

MONALDI & SORTI

SECRETUM

Lectulandia

Igual que en la primera entrega, *Imprimatur*, el narrador es el anónimo mozo de albergue y ayudante del abate Atto Melani, antiguo castrato, diplomático y espía del Rey Sol. En esta ocasión, ambos asisten a la opulenta fiesta que el cardenal Spada ofrece en su mansión romana para celebrar el enlace de su sobrino. Fundidos con los ilustres invitados, entre los que figuran las más nobles familias italianas, un gran número de prelados de las altas jerarquías eclesiásticas y destacados representantes de las cortes europeas, los enviados secretos de Luis XIV tienen como misión nada menos que influir en la elección del próximo Papa y en la sucesión al trono de España. Sin embargo, una serie de acontecimientos inesperados comprometen el éxito de la misión y ponen a prueba la sagacidad de Melani y su compañero.

Lectulandia

Monaldi & Sorti

Secretum

Atto Melani II

ePUB v1.0
14.6.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Secretum*
Monaldi & Sorti, 2004
Traducción: César Palma

ePub base v2.1

Todo en esta tierra es una mascarada,
pero Dios ha establecido que así
sea interpretada la comedia.

Elogio de la locura,
ERASMO DF ROTTERDAM

Constanza, 14 de febrero de 2041

A Su Exc.ª Mons.
Alessio Tanari
Secretario de la Congregación para las Causas de los Santos
Ciudad del Vaticano

Mi muy querido Alessio:

Ya ha pasado un año desde la última vez que os escribí. Nunca me habéis respondido.

Hace unos meses me trasladaron repentinamente (lo que tal vez ya sabéis) a Rumania. Soy uno de los contados sacerdotes que hay en Constanza, pequeña ciudad a orillas del mar Negro.

El significado de la palabra «pobreza» es aquí tan cruel y contundente como el que antes tenía en nuestros pagos. Casas lúgubres y derruidas, niños desarrapados que juegan en las calles sucias, sin letreros, mujeres demacradas que desde las ventanas de edificios horrendos miran con desconfianza todos los destartalados vestigios del socialismo real, la monotonía y la miseria que reinan por doquier.

Ésta es la ciudad, ésta es la tierra a la que fui destinado hace unos meses. Aquí es donde me han pedido que cumpla mi misión pastoral y no voy a faltar a mis obligaciones. No van a impedírmelo ni la miseria de este país ni la tristeza que todo lo invade.

Como sabéis, el rincón de tierra del que procedo es bien distinto. Hasta hace pocos meses fui obispo de Como, la risueña ciudad lacustre que inspiró a Manzoni prosas inmortales: la antigua perla de la opulenta Lombardía, preñada de nobles memorias, en cuyo característico centro histórico residen hoy hombres de negocios, empresarios de la moda, futbolistas, acaudalados industriales de la seda.

Pero este cambio brusco e inesperado no debía alterar mi misión. Me dijeron que precisaban de mí en Constanza, que una vocación como la mía era la que mejor podía responder a las necesidades espirituales de esta tierra, que el traslado de Italia (que se me notificó con sólo dos semanas de antelación) no debía tomarlo como una postergación, ni mucho menos como un castigo.

No bien se me expuso la novedad, manifesté bastantes dudas (y también una enorme sorpresa), ya que nunca antes había desarrollado mi labor pastoral fuera de Italia, salvo unos meses de formación en Francia, durante los ya remotos años de mi juventud.

Aunque juzgaba que el grado de obispo era la mejor culminación posible de mi carrera, y no obstante mi edad avanzada, habría aceptado de buen grado un nuevo destino: en Francia, en España (país cuyo idioma no ignoro) o incluso en América Latina.

Lo cual, de todos modos, hubiese sido completamente irregular, pues muy rara vez se procede al traslado de un obispo a países lejanos de un día para otro, salvo que tenga graves manchas en su carrera. Y ése, como desde luego sabéis, no es mi caso, lo que no ha impedido —precisamente por la forma abrupta e inaudita del traslado— que algún fiel de Como se haya sentido autorizado, no sin motivo, a sospechar.

Con todo, yo hubiera aceptado una decisión así como se acepta la voluntad de Dios, sin reservas ni quejas. Sólo que decidieron enviarme aquí, a Rumania, un país del que lo ignoro todo: su lengua, sus tradiciones, su historia y sus necesidades actuales. Así pues, lo que ahora hago es castigar mi fatigado cuerpo jugando al balón en el oratorio con los chicos del lugar, cuya veloz habla trato inútilmente de entender.

He de confesaros (perdonad la sinceridad) que vivo sumido en una tribulación perenne, no por mi nuevo destino (que he aceptado con gratitud y serenidad, porque ha sido la voluntad del Señor), sino por las misteriosas circunstancias que han concurrido para enviarme aquí. Lo que ahora me apremia es aclarar dichas circunstancias con vos.

En mi última misiva de hace un año abordaba un tema sobremanera delicado. Se hallaba a la sazón muy avanzado el proceso para la canonización del beato Inocencio XI Odescalchi, de cuyo pontificado entre los años 1676 y 1689 se guarda gloriosa memoria, promotor y financiero de la batalla de los ejércitos cristianos contra los turcos en Viena en 1683, que expulsó para siempre de Europa a los seguidores de Mahoma. Siendo aquel Papa originario de Como, a mí me correspondió el honor de instruir el proceso, por el que el Santo Padre sentía un enorme interés, ya que la apabullante e histórica derrota del Islam se había producido al amanecer del 12 de septiembre de 1683, esto es, cuando en Nueva York, habida cuenta de la diferencia horaria, aún era el día 11… Pues bien, pasados cuarenta años del trágico ataque islámico contra las Torres Gemelas de Nueva York del 11 de septiembre, a nuestro bien amado Pontífice no se le escapó la coincidencia entre las dos fechas, por lo que se fijó el propósito de proclamar santo a Inocencio XI —e1 Papa enemigo del Islam — el día en que se celebrasen ambos aniversarios, como gesto de reafirmación de los valores cristianos y del abismo que separa a Europa y a todo Occidente del Corán.

Cuando concluí el sumario os envié aquel inédito. ¿Os acordáis? Me refiero al texto mecanografiado de dos viejos amigos míos, Rita y Francesco, cuyo rastro había perdido hacía años. En el texto cuentan una larga serie de infamias del beato Inocencio, dictadas por los intereses personales a los que habría servido durante todo su pontificado. Por otra parte, si Inocencio XI fue sin duda instrumento del Señor cuando incitó a los príncipes cristianos a armarse contra el turco, en otros momentos causó gravísimas ofensas a la moral cristiana por su codicia de dinero, así como daños irreparables a la religión católica en Europa.

Entonces os pedí, como recordaréis, que sometieseis el asunto a la opinión de Su

Santidad, con el fin de que él pudiese decidir la conveniencia de dejar las cosas como estaban o —como yo confiaba— conceder el *imprimatur*, ordenando la publicación para que todo el mundo pudiese conocer la verdad.

Esperaba, os lo digo con el corazón en la mano, al menos un acuse de recibo. Creía que, más allá de los graves hechos que me habían impulsado a escribiros, os habría agradado tener noticias de quien, a fin de cuentas, fue vuestro docente en el seminario. Sabía perfectamente que la respuesta a mis interrogantes tardaría mucho, incluso muchísimo tiempo en llegar, dada la gravedad de las revelaciones que daba a conocer a Su Santidad. No obstante, suponía que entretanto, como ocurre en casos así, daríais señales de vida enviándome al menos una nota.

Y, sin embargo, nada. Pasaban los meses sin que me llegase ninguna comunicación escrita ni telefónica, y eso que de la respuesta que esperaba dependía el resultado del proceso. Supuse que Su Santidad precisaba reflexionar, evaluar, sopesar. O que había encargado la opinión de expertos, de forma confidencial. Así pues, me resigné pacientemente a la espera. Además, no podía hacer otra cosa, ya que, obligado como estoy al secreto y a velar por la fama del beato, a nadie más que a vos y al Santo Padre podía contar lo que había descubierto.

Hasta que un día, en una librería de Milán vi, entre otros mil, el libro de mis dos amigos.

Salí de dudas en cuanto lo abrí. Sí, era aquel libro. ¿Cómo era posible? ¿Quién lo había hecho imprimir? No tardé en responderme: nuestro Pontífice era el único que podía haber ordenado su publicación. El Papa debía de haber otorgado el *imprimatur* que yo esperaba, autorizando la impresión del escrito de Rita y Francesco.

Era patente que el proceso de canonización del papa Inocencio XI quedaba interrumpido para siempre. Pero ¿por qué no se me había informado? ¿Por qué nadie, y sobre todo vos, Alessio, me había dado una pista de lo que estaba pasando?

Pensaba escribiros de nuevo cuando un día, a primera hora de la mañana, recibí una nota.

Me acuerdo de aquel día con absoluta claridad, como si fuese hoy. Justo cuando me disponía a entrar en mi despacho, mi secretario me entregó un sobre. Lo abrí en la penumbra del pasillo, distinguiendo con dificultad las llaves papales que tenía impresas, y extraje una tarjeta.

Me convocaban a una entrevista. Me llamó la atención el apremio con que se me requería —dos días después, y encima un domingo—, pero aún más la hora (las seis de la mañana) y la identidad de la persona que quería hablar conmigo: monseñor Jaime Rubellas, secretario de Estado del Vaticano.

El encuentro con el cardenal Rubellas fue de lo más cordial. Se interesó primero por mi salud, por las necesidades de mi diócesis, por el estado de las vocaciones. Luego me interrogó discretamente sobre la marcha del proceso de canonización de

Inocencio XI. Asombrado, le pregunté si no estaba al corriente de la publicación del libro. No respondió, pero me miró como si le hubiese lanzado un reto.

En ese instante me informó de cuánto me necesitaban en Constanza, de las nuevas fronteras de la Iglesia de hoy, de la falta de sacerdotes en Rumania.

Fue tal la sencillez con que el secretario de Estado me explicó mi traslado que en ese momento me olvidé de que seguía ignorando por qué me había convocado para comunicármelo en persona y de una forma tan inusual, como a escondidas de ojos indiscretos, y tampoco le pregunté cuánto iba a durar mi ausencia de Italia.

Al despedirnos, monseñor Rubellas me pidió inopinadamente que guardase en secreto nuestra conversación y el tema que habíamos tratado.

Aquí, en Constanza, querido Alessio, cada noche me hago con insistencia las preguntas que no llegué a formular aquella mañana en Roma, mientras en mi cuartito practico pacientemente el rumano, curiosa lengua en la que los sustantivos se anteponen a los artículos.

No bien llegué a la ciudad supe que Constanza, en el Imperio romano, al que durante no poco tiempo estuvo sometida, se llamaba Tomi. Luego, repasando un mapa de la región, descubrí que en las cercanías hay una localidad de nombre singular: Ovidiu.

Empecé a temerme lo peor. Tras revisar rápidamente el manual de literatura latina comprobé que mi memoria no me había traicionado. Cuando Constanza se llamaba Tomi, el emperador César Augusto desterró aquí al célebre poeta Ovidio, con la justificación oficial de que había escrito poemas licenciosos, cuando lo cierto es que sospechaba que conocía demasiados secretos de la casa imperial. Durante dos lustros Augusto rechazó los ruegos de Ovidio, hasta que éste murió, sin haber vuelto nunca a Roma.

Ahora sé, querido Alessio, cómo habéis correspondido a la confianza que hace un año deposité en vos. Mi destierro aquí, en Tomi, el lugar del exilio por «culpas literarias», me lo ha revelado. La publicación del escrito de mis dos amigos no sólo no fue obra de la Santa Sede, sino que os ha caído encima como un jarro de agua fría. Y pensasteis que yo estaba detrás, que fui yo quien lo hizo imprimir. Por ese motivo me desterrasteis aquí.

Pero os equivocáis. Al igual que vosotros, no tengo la más remota idea de cómo ha llegado a publicarse él libro: el Señor, *quem nullum latet secretum*, que conoce todos los secretos —como se dice en las iglesias ortodoxas de estos lares—, se vale para sus fines también de quien actúa contra Él.

Si habéis echado una ojeada al paquete que os envío con ésta, ya sabréis qué contiene: otro texto dactilografiado de Rita y Francesco. Tal vez se trate, como el anterior, de un documento histórico o de una novela; quién sabe. Está en vuestra mano descubrirlo cotejando las pruebas documentales que me han enviado en anexo

y que también os remito.

Seguramente os preguntaréis cuándo recibí el texto, desde dónde me lo enviaron y si he vuelto a ver a mis dos viejos amigos, pero esta vez todo eso he de guardarlo en secreto. Sé muy bien que sabréis entenderme.

Por último, supongo que os preguntaréis por qué os lo envío. Ya imagino vuestro asombro y vuestras dudas acerca de si el que suscribe peca de ingenuo, está loco o sigue una lógica que no entendéis. Yo sólo puedo deciros que una de las tres opciones es la válida.

Que una vez más Dios os inspire en la lectura que os disponéis a hacer. Y que de nuevo os haga instrumento de Su voluntad.

Lorenzo dell'Agio,
pulvis et cinis

VERDADERA Y EJEMPLAR NARRACIÓN

de las Gloriosas Empresas

Que tuvieron lugar bajo el pontificado de

INOCENCIO XII

EN ROMA EL AÑO 1700

Dedicada al Excelentísimo

e Ilustrísimo Amo,

Abate Atto Melani

Con privilegio de los superiores

En Roma, por Michel'Ercole

MDCCII

Eminentísimo y reverendísimo Señor:

Estoy cada vez más convencido de que Vuestra Señoría recibirá con sumo beneplácito una compendiosa crónica de los extraordinarios sucesos que acaecieron en Roma en julio del año 1700, y que tuvieron como clarísimo e ilustrísimo protagonista a un súbdito muy fiel de Su Majestad Cristianísima el rey Luis de Francia, hechos sobre los que aquí se aportan abundantes descripciones y profusión de paráfrasis.

Éste es el fruto de las fatigas de un simple labriego, pero tengo lo firme esperanza de que el luminoso ingenio de Vuestra Ilustrísima no abominará de lo que haya alumbrado gracias a mi silvestre Musa. Aunque el don sea pobre, la voluntad es rica.

¿Sabréis perdonarme que en las páginas siguientes no haya puesto muchos elogios? El Sol nunca dejará de ser el Sol, aunque nadie lo ensalce. Como recompensa, no espero sino lo que ya me habíais prometido, que aquí no os recuerdo, sabedor de que un alma tan generosa como la vuestra no puede desdecirse.

Hago votos para que Vuestra Excelencia tenga una larga vida, lo que es desearme a mí mismo larga esperanza, y humildemente hago una profunda reverencia.

Primera Jornada

7 DE JULIO DE 1700

El sol resplandecía con fuerza en el cielo de Roma en aquel mediodía de julio del año 1700, cuando Dios Nuestro Señor me concedía la merced de trabajar mucho (pero por un discreto jornal) en los jardines de la villa Spada.

Al levantar la vista del suelo y mirar hacia el horizonte, más allá de las remotas verjas de acceso abiertas para la ocasión, fui quizá yo el primero en distinguir, después de los pajes que vigilaban la entrada de honor, la nube de polvo blanco que levantaba en la calle la cabeza de la larga y lenta serpiente que formaban los carruajes de los invitados.

Picados también por la curiosidad, los otros servidores de la villa habían abandonado sus ajetreadas faenas, que reanudaron muy pronto y todavía con mayor ardor: en la parte trasera del casino de la villa se desesperaban los mayordomos, que desde hacía días impartían a gritos órdenes a los criados; se atolondraban y tropezaban unos otros los lacayos que amontonaban las últimas viandas en la bodega, y los aldeanos que descargaban cajas de fruta y verdura se apresuraban a subir a los carros estacionados en la puerta para los abastecedores, llamando a sus mujeres, que se demoraban buscando entre las criadas la mano merecedora de recibir religiosamente las majestuosas guirnaldas de flores, aterciopeladas y rosadas como sus mejillas.

Entretanto llegaban pálidas bordadoras para entregar telas adamascadas, cortinajes y ebúrneos manteles recamados, cuya sola vista cegaba bajo aquel sol abrasador; los carpinteros terminaban de clavar y limar estrados, sillas y butacas, alborotando el aire en singular contrapunto con el sonido desordenado de los instrumentos de los músicos, que probaban la acústica de los teatros naturales; los arquitectos, con los ojos entornados, verificaban el trazado de una alameda y el efecto final de sus aparatos escénicos, arrodillados y sujetándose la peluca, que les hacía sudar la gota gorda.

Toda esa agitación tenía un motivo. Dos días después, el cardenal Fabrizio Spada iba a festejar las nupcias de su sobrino Clemente, de veintiún años y heredero de una copiosa fortuna, con Maria Pulcheria Rocci, también sobrina de un eminente miembro del Sagrado Colegio Cardenalicio.

Para celebrar dignamente el acontecimiento, durante varios días el cardenal Spada agasajaría con entretenimientos a un sinfín de prelados, nobles y caballeros en la villa solariega, rodeada por magníficos jardines y ubicada en el Janículo, al lado de la

fuente del Acqua Paola, desde donde se contempla el panorama más hermoso y amplio de los tejados de la ciudad.

A causa del bochorno estival se había preferido la villa al no menos grandioso y célebre palacio solariego de la ciudad, sito en la piazza Capo di Ferro, donde los invitados no podían disfrutar de las delicias del campo.

Lo cierto es que la recepción comenzaba oficialmente ese mismo día, hacia las doce de la mañana, cuando, como estaba anunciado, en el horizonte se perfilaron los carruajes de los invitados más puntuales. Se esperaba la llegada de gran número de nobles linajes y de eclesiásticos de todas partes: de los representantes diplomáticos de las potencias, de los miembros del Sagrado Colegio, de los vástagos e integrantes de más edad de las grandes familias. Los primeros entretenimientos oficiales estaban previstos a partir del día de la boda, cuando todo estaría listo para maravillar con efectos escénicos naturales y efímeros, con verdura del lugar mezclada con flores exóticas y otras confeccionadas de cartón piedra, tan perfectas que era casi imposible reconocerlas bajo mil apariencias, y todo más rico que el oro de Salomón, más huidizo que el azogue de Idria.

El vocerío de los preparativos se sobreponía al ruido de los carruajes, pero la nube de polvo estaba cada vez más próxima, tanto que a la altura de la curva que desemboca en las verjas de la villa Spada ya se divisaban los primeros destellos de sus magníficos ornamentos.

Nos habían dicho que primero llegarían los invitados de fuera de Roma, para que se repusiesen de las fatigas del viaje y disfrutasen durante un par de noches de la paz que reinaba en la villa. Podrían así acudir a la celebración frescos, reposados y reconfortados. Lo cual seguramente contribuiría al buen humor general y al pleno éxito del acontecimiento.

Los invitados romanos, en cambio, podrían elegir entre alojarse en lo villa Spada o, si estaban muy atareados con las obligaciones propias de sus cargos y negocios, ir a diario a las doce en su carruaje y volver a su residencia por la noche.

Después de la boda estaban previstas, en efecto, otras jornadas y veladas, con diversiones de lo más espectaculares y variadas: partidas de caza, música, teatro, diversos juegos de sociedad y hasta una academia. Y para concluir, fuegos artificiales. En total, desde el día de la boda iba a haber una semana entera de festejos, hasta el jueves 15 de julio, cuando, antes de despedirse, los huéspedes gozarían del especial favor de ser escoltados hasta la ciudad para visitar el fastuoso y soberbio palacio Spada, en la piazza Capo di Ferro, donde un siglo antes los tíos abuelos del cardenal Fabrizio, los difuntos cardenal Bernardino y su hermano Virgilio, habían reunido una riquísima colección de cuadros, libros, antigüedades, objetos preciosos, frescos, trampantojos y las más variopintas ingeniosidades arquitectónicas, que yo nunca había visto lirio, pero por lo que me habían contado,

dejaban estupefacto a todo el mundo.

Además de los carruajes que se avistaban en el horizonte, se oía ahora el lejano chirriar de las ruedas por el empedrado. Aguzando la vista reparé en que sólo llegaba un coche; claro, me dije, los señores se cuidaban siempre de guardar distancia entre sus respectivos séquitos, de modo que cada uno de ellos fuese recibido como era debido y se evitasen los riesgos de cualquier desaire involuntario, que no rara vez acababan, ay, en discordias, viejas enemistades y, si Dios no mediaba para evitarlo, hasta en sangrientos duelos.

Esta vez, para evitarlo se confiaba en la prudencia del maestro de ceremonias y del gentilhombre de la casa, el intachable don Paschatio Melchiorri; ambos tenían el cometido de recibir a los invitados, dado que, como era bien sabido, el cardenal Fabrizio estaba sumamente ocupado con su cargo de secretario de Estado.

Mientras trataba de distinguir el escudo del carruaje que se acercaba y ya vislumbraba la lejana polvareda que levantaban los que venían detrás, volví a aprobar para mí el tino de la elección de la villa Spada romo teatro del acontecimiento: en los jardines del Janículo, tras la puesta del sol, el fresco estaba garantizado. Yo lo sabía muy bien, pues desde hacía un tiempo frecuentaba la villa. Mi modesta granja estaba relativamente cerca, pasada la puerta San Pancrazio. Mi esposa Cloridia y yo teníamos la suerte de vender hierbas frescas y buena fruta de nuestro pequeño huerto a los fámulos de la villa Spada. Y de vez en o cuando me llamaban para algún trabajillo, especialmente cuando había que trepar a lugares difíciles, como tejados y claraboyas, para lo que resultaba muy útil merced a mi reducida estatura. También me requerían si escaseaba el personal, como en esta ocasión para la fiesta en la villa, a la que también se había trasladado a todos los criados del palacio Spada, circunstancia que el cardenal había aprovechado para llevar a cabo obras de mejora, como decorar con pinturas al fresco una alcoba para los esposos.

Así pues, desde hacía dos meses estaba a las órdenes del maestro florista, trabajando afanosamente en roturar, plantar, podar y cultivar. Había mucho que hacer. Los dueños de la villa Spada deslumbrarían a todo el mundo. En la parte exterior de la verja que rodeaba la finca habían puesto miradores ornados de flores que, en fértiles espirales, se enroscaban como blandas y olorosas serpientes alrededor de columnas, pilares y capiteles, afinándose poco a poco hasta confundirse con las pequeñas filigranas de las arcadas. La alameda de entrada, antes flanqueada por sencillas hileras de vides, estaba ahora bordeada por dos alas de maravillosos arriates floridos. En los muros, todos pintados de verde, se representaban falsas ventanas; los prados mullidos, cortados a la perfección siguiendo las pautas del maestro florista, imploraban ser tocados con el pie desnudo.

El casino de la villa, es decir, el edificio destinado a morada, recibía con la sombra grata y la fragancia embriagadora de un gran cenador de glicinas, coronado

por cúpulas de arquitectura efímera soberbiamente cubiertas de verdura.

Al lado del casino surgía, completamente reformado, el jardín de estilo italiano. Era un jardín secreto, esto es, cerrado. Las paredes que lo ocultaban a la vista tenían pinturas de paisajes y motivos mitológicos; por doquier había divinidades, amorcillos, sátiros. Dentro, en la frescura de la penumbra, quien quisiese retirarse en paz y recogimiento, lejos de miradas indiscretas, podía contemplar sin ser molestado olmos y álamos de Capocotta, guindos y ciruelos, vides de uva moscatel, generosas parras, árboles de Bolonia y de Nápoles, castaños, tallos silvestres, membrillos, plátanos, granados y moreras, además de fuentes, pequeños juegos de agua, juegos de perspectiva, terrazas y mil atracciones más.

A continuación, el huerto de los simples, también recién plantado de arriba abajo, con hierbas frescas y curativas para preparar infusiones, cataplasmas, emplastos y muchas cosas más del arte médica. Las plantas oficinales estaban cercadas por setos de salvia y romero podados en diligentes figuras geométricas, cuyo olor penetraba el aire y confundía los sentidos del visitante. Detrás del edificio un sendero llevaba, bordeando un umbroso bosquete, a la capilla privada de los Spada, donde se celebraría la boda. Desde ahí, siguiendo la cuesta que de la colina descendía a la ciudad, partían como un tridente tres veredas, una de las cuales conducía a un teatro al aire libre (expresamente construido para la fiesta y casi terminado), otra a un cobertizo (acondicionarlo como vivienda de guardianes, comediantes, fontaneros y otros empleados y otra a la salida de atrás.

En la parte delantera de la villa, en medio del agreste marco del viñedo, había una larga alameda (paralela a la de la entrada, pero situada más en el interior) que conducía a la rotonda de la fuente con el ninfeo, y seguía hasta un pequeño prado bien cuidado en el que se habían instalado para las meriendas al aire libre bancos y mesas copiosamente ornados de tallas y taraceas, a la sombra de suntuosos toldos de tela de lino rayas.

El visitante que veía aquello por primera vez se detenía admirado, hasta que comprendía que todo ese aparato no era sino un marco y una invitación a la vista más espectacular de la viña entera; sus estupefactas pupilas se veían entonces surcadas por una fulminante sucesión de bastiones romanos y murallas almenadas, que, surgiendo de repente de la profundidad de sus milenarios, invisibles y soñolientos cimientos, se extendían por la derecha hacia el horizonte. Ante aquella visión inesperada y fantástica los párpados se agitaban veloces, el corazón latía con fuerza. Entre todas aquellas delicias, rebosantes de fragancias y encantos todo parecía nacido para el placer y todo era poesía.

La villa Spada se erigía como el gran teatro de aquellas celebraciones y ya no parecía el pequeño, aunque delicioso, casino estival, que casi desmerecía frente a la riqueza y magnificencia del mucho más suntuoso palacio Spada de la piazza Capo di

Ferro. Podía ahora parangonarse sin rubor con los celebérrimos casinos de delicias de dos siglos atrás cuando Giuliano da Sangallo y Baldassarre Peruzzi ennoblecían Roma con su arte, el primero construyendo la villa Chigi, el segundo contratado por el cardenal Alidosi para edificar su casino en Magliana, mientras Giulio Romano empezaba la villa del datario Turini en el Janículo y Bramante hacía el Belvedere del Vaticano y Rafael, la villa Madama, esas dos joyas arquitectónicas.

En realidad, desde tiempo inmemorial era costumbre en la Ciudad Eterna que los grandes señores se edificasen ricas residencias en las cercanías del campo, donde olvidar, aunque sólo fuesen a ellas pocas veces al año, las ocupaciones y los afanes cotidianos. Amén de las espléndidas mansiones que construían los romanos (cantadas por muchos eximios poetas, de Horacio a Catulo), yo sabía perfectamente, por lecturas o conversaciones con algunos libreros eruditos (pero aún más con viejos campesinos, que conocen mejor que nadie viñedos y huertos), que sobre todo en los últimos doscientos años los grandes príncipes de Roma habían adoptado la moda de edificar villas de delicias en los alrededores de la ciudad. Dentro de las murallas Aurelianas, o en sus proximidades, poco a poco las explanadas yermas y los terrenos húmedos fueron reemplazados por el viñedo y su casino, es decir, el jardín y la villa.

Si las primeras villas tenían almenas y torreones (como los que todavía pueden verse en la empero indefensa Vigna Capponi), brillante herencia de las turbulencias del Medievo, cuando las casas de los señores eran también sus fortificaciones, al cabo de pocos años el estilo se serenó y elevó, y ya todo noble ansiaba poseer una residencia con vistas a viñedos, huertos, bosques o pinares que dulcemente crease la ilusión de poseer todo cuanto la mirada abarcaba sin moverse del sillón, y de ejercer dominio.

En la Ciudad Santa, mientras progresaban los preparativos en el verde recinto de la villa, reinaba a la sazón una atmósfera alegre. Aquel año del Señor de 1700 era año de jubileo. Por ello, de todas partes convergían peregrinos sin cuento, llegados para implorar el perdón de sus pecados y el beneficio de la indulgencia. Tan pronto como desde la vía Romea alcanzaban la cima de las colinas circundantes y avistaban la cúpula de San Pedro, los fieles (llamados por tal motivo «romeros») entonaban un himno a la más excelente de las ciudades, teñida de la sangre púrpura de los mártires, inmaculada por los blancos lirios de las vírgenes de Cristo. Las posadas, las hospederías, los colegios y hasta las viviendas privadas, sujetas a la obligación de la hospitalidad, estaban atiborrados de peregrinos; los callejones y las plazas bullían de noche y de día de devotos, que inundaban el aire con sus letanías. Las noches las alumbraban las antorchas de las procesiones de las cofradías, que sin pausa animaban las calles de los barrios del centro. En medio de tanto fervor, ya ni el crudo espectáculo de los flagelantes suscitaba horror: el restallido del látigo, con el que los

ascetas se martirizaban la espalda sudada y descarnada, hacía de contrapunto a los cánticos de alabanza que las novicias entonaban en la frescura de los claustros. No bien llegados a la ciudad del vicario de Cristo, los peregrinos, aunque extenuados por el largo viaje, iban al punto a San Pedro y sólo después de rezar largo rato ante la tumba del apóstol se permitían unas horas de descanso. Al día siguiente, antes de salir de sus alojamientos, se ponían de rodillas, elevaban el corazón al cielo, hacían la señal de la cruz, meditaban sobre los misterios de la vida de Cristo y de la Santísima Virgen María, desgranaban el rosario y comenzaban el recorrido de las cuatro basílicas jubilares, y luego la oración de las cuarenta horas o el ascenso de la Escalera Santa, con lo que obtendrían el perdón total y completo de los pecados.

En pocas palabras, en aquel jubileo, que, como cada veinticinco años desde la época de Bonifacio VIII, atraía a la ciudad a decenas de miles de romeros, todo transcurría con aparente normalidad. Sin embargo, no había que dejarse engañar por las apariencias. Una profunda aflicción recorría silenciosa a las masas de fieles y de romanos: Su Santidad estaba gravemente enfermo.

Dos años antes, el papa Inocencio XII, llamado en el siglo Antonio Pignatelli, había sufrido una grave forma de podagra, que había empeorado poco a poco hasta impedirle ejercer con normalidad su cargo. En enero del año jubilar había experimentado una leve mejoría y en febrero había podido celebrar consistorio. Sin embargo, debido a su avanzada edad y a sus achaques, no había estado en condiciones de abrir la Puerta Santa.

A medida que avanzaba el año santo, mayor era el número de fieles que acudían a Roma. Y el Papa lamentaba no poder cumplir los actos devoción, en los que hubieron de sustituirle obispos y cardenales. En San Pedro, donde cada día se presentaban miles de fieles, se encargaba de escuchar las confesiones el cardenal penitenciario.

En la última semana de febrero el Pontífice volvió a empeorar. En abril encontró fuerzas para bendecir a la multitud de devotos desde el balcón del palacio pontificio en Monte Cavallo. En mayo visitó incluso las cuatro basílicas y hacia finales de mes recibió al gran duque de Toscaza. A mediados de junio parecía casi recuperado; visitó numerosas iglesias así como la fuente de San Pedro en Montorio, justo a dos pasos de la villa Spada.

No obstante, todos sabían que la salud de Su Beatitud era más frágil que un copo de nieve al final de la primavera, y el calor de los meses estivales no prometía nada bueno. Las personas próximas al Pontífice contaban en voz baja que sufría frecuentes crisis de astenia, que pasaba noches atroces, que tenía cólicos subitáneos y muy crueles. A fin de cuentas, se repetían entre ellos los cardenales, el Santo Padre tenía ochenta y cinco años.

El Jubileo del año 1700, felizmente inaugurado por nuestro señor Inocencio XII, corría pues el riesgo de ser clausurado por otro Papa: su sucesor. Un hecho

extraordinario, se pensaba en Roma, mas no por ello imposible. Algunos ya vaticinaban un cónclave para noviembre; otros, incluso para agosto. El bochorno del verano, juraban los más pesimistas, socavaría las últimas defensas del Pontífice.

El humor de la curia (y el de todos los romanos) se debatía entre la serena atmósfera del jubileo y las malas noticias sobre la salud del Papa. Yo mismo tenía un interés personal en el asunto. Mientras viviese el Santo Padre, tendría el honor de servir, aunque sólo fuese esporádicamente, al hombre más temido y reverenciado de toda Roma: el eminentísimo cardenal Fabrizio Spada, a quien Su Santidad había elegido como su secretario de Estado.

Por supuesto, no podía afirmar que conociese bien al ilustrísimo y muy benévolo cardenal Spada. Ahora bien, por otros sabía que era muy probo y honesto, juicioso y de agudo entendimiento. No por casualidad Su Santidad lo había querido a su lado. Así, suponía que la fiesta que estaba a punto de empezar no podía ser una simple reunión de almas nobles, sino un cenáculo de cardenales, embajadores, obispos, príncipes y otras personas de relieve. Y todos enarcarían las cejas con estupefacción ante la exhibición de músicos y comediantes, de entretenimientos poéticos, de alocuciones oratorias y de opíparos banquetes en las verdes escenografías y en los teatros de cartón piedra de los jardines de la villa Spada, todo lo cual no se veía en Roma desde los tiempos de los Barberini.

Mientras tanto, ya había identificado el escudo del primer carruaje: pertenecía a la familia Rospigliosi. Sin embargo, debajo tenía una vistosa borla de sus colores, lo que indicaba que en el coche viajaba, bajo la protección de los Rospigliosi, un personaje muy estimado por aquel gran linaje, no un miembro de la familia.

El carruaje estaba a punto de llegar a la verja de honor, pero a mí ya no me despertaba curiosidad la entrada de los vehículos en la villa, ver cómo se abrían las portezuelas y todo el ritual del recibimiento a los señores. Al principio, en mi primera temporada en la villa, sí me ocultaba en los rincones a fin de observar a los lacayos que ponían los escabeles para que se apeasen los invitados, las criadas con las cestas de frutas —el primer homenaje del dueño de la casa—, los discursos del maestro de ceremonias, que siempre se quedaban a medias por el cansancio de los recién llegados, y así sucesivamente.

Me alejé para no molestar con mi oscura presencia la llegada de aquellas señorías y volví a mis faenas.

Mientras roturaba jardines, cortaba arbustos, arreglaba setos y arrancaba hierbajos, de vez en cuando levantaba la vista para regocijarme contemplando la ciudad de las siete colinas, dejándome arrullar por las alegres notas de los ensayos de orquesta que me traía la suave brisa estival. Con la palma de una mano en la frente para protegerme del resplandor solar, divisaba a la izquierda la grandiosa cúpula de

San Pedro; a la derecha, la más modesta pero no menos espléndida de Sant'Andrea della Valle; en el centro, la imponente altura de Sant'Ivo alla Sapienza, justo al lado de la sumisa cúpula pagana del Panteón, y por último, al fondo, poderoso y tranquilo, el palacio pontificio del Quirinal en Monte Cavallo.

Al terminar una de esas breves pausas y agacharme para seguir mi faena con la podadera en unos arbolillos, vi que una sombra se alargaba al lado de la mía.

La observé largo rato; no se movió. Mi mano, en cambio, que empuñaba la podadera, se movió sola. La punta de la hoja dibujó el contorno de la sombra que tenía detrás en la tierra de la alameda. El ropón, la peluca y la caperuza de abate… Fue entonces cuando la sombra, como queriendo condescender a la inspección de mi mano, se volvió lentamente hacia el sol, que descubrió su perfil; en el suelo pude así trazar una nariz aguileña, un mentón impertinente, unos labios burlones. La mano, que ahora acariciaba esos rasgos más que calcarlos, me temblaba. Ya no tenía dudas.

Atto Melani. Incapaz de apartar la mirada de la silueta que había delineado en la tierra, una maraña de pensamientos me ofuscaba la vista y los sentidos. El señor Atto Melani… para mí, don Atto. Atto, nada menos que Atto.

La sombra esperaba benigna.

¿Cuántos años habían pasado? Dieciséis; no, diecisiete, calculé tratando de acopiar fuerzas para volverme. Y, desdeñando las leyes del tiempo, mil pensamientos y recuerdos hicieron en esos pocos segundos su parábola. Casi diecisiete años sin tener la menor noticia del abate Melani. Y ahora reaparecía, su sombra estaba allí, detrás de mí, y tapaba la mía, me repetía mecánicamente mientras por fin me levantaba y me volvía muy despacio.

Finalmente mis ojos se enfrentaron al sol.

Atto, un poco más bajo y curvado de como lo había dejado, se apoyaba en un bastón. Con su caperuza de abate y su ropón violeta, lo mismo que llevaba cuando nos conocimos, parecía un hombre de otro siglo, indiferente a la moda. Ante mi mirada fija y atónita sus palabras fueron de lo más lacónicas y descorazonadoras.

—Me retiro a descansar; acabo de llegar. Nos veremos más tarde. Te mandaré llamar.

Como un fantasma, desapareció camino del casino, bajo el resplandor del sol.

Me quedé de piedra. No sé cuánto tiempo permanecí así, inmóvil en medio del jardín. Tal como le ocurriera a Galatea en su blanco y frío mármol, el soplo vital calentó mi pecho poco a poco. En mi corazón estalló entonces el desbordante torrente de afecto y dolor que desde hacía años sentía cada vez que recordaba al abate Melani.

Las cartas que le había enviado a París habían caído en un pozo de negro silencio.

Durante todos esos años había acudido inútilmente a la estafeta de correos de Francia en busca de una respuesta. Al final, por calmar mi inquietud, me resigné a recibir un mensaje tristemente definitivo, que mil veces me imaginé: «Tengo el penoso deber de comunicarle la muerte del señor abate Atto Melani…»

Pero nunca tuve noticias suyas. Las recibía sólo ahora, con esa inesperada aparición que me había dejado sin aliento. No podía creerlo: llegado a la villa Spada, donde lo habían recibido con todos los honores por su condición de huésped, lo primero que había hecho era buscarme a mí, un campesino inclinado sobre su azada. La amistad y la lealtad del abate Melani habían podido más que la distancia y los años.

Terminé deprisa y corriendo parte del trabajo que me quedaba y monté en mi mula para encaminarme hacia casa. ¡No veía la hora de contárselo todo a Cloridia!

Durante el trayecto me repetía enternecido que no tenía motivos para asombrarme, pues era muy propio de él reaparecer de esa forma impetuosa e inesperada. Me emocionaba y acongojaba sobremanera revivir como en un sueño el torbellino de enseñanzas y pasiones del intelecto que el abate Melani me había revelado en la época en que lo seguí en sus peligrosas andanzas…

Poco a poco, sin embargo, junto a la emoción y la gratitud surgió un interrogante. ¿Cómo había conseguido Atto encontrarme en la villa Spada? Hubiese sido lógico que me buscase en la via dell'Orso, en el palacete donde antes se hallaba la Posada del Donzello, en la que yo había servido y nos habíamos conocido. Pero Atto, a todas luces invitado por el cardenal para las próximas nupcias de su sobrino, a su llegada había venido directamente a verme, con toda la apariencia de saber muy bien dónde podía encontrarme.

¿Por quién lo había sabido? No podía ser por nadie de la villa Spada, pues nadie estaba al corriente de nuestro antiguo trato, por no mentar que mi persona nunca era objeto de atención. Por lo demás, no teníamos ningún conocido común; lo único que nos unía era la remota aventura que habíamos vivido hacía diecisiete años en el Donzello. De aquellos avatares extraordinarios yo había redactado primero un sucinto diario, que luego convertí en unas pormenorizadas memorias, de cuyo resultado me sentía muy orgulloso. Hablaba de ellas a Atto en la última misiva que le había enviado unos meses antes, postrer intento de tener noticias suyas.

Mientras atravesaba los campos al trote, di rienda suelta a los recuerdos y por unos instantes, en una especie de ensoñación, vi aquellos sucesos lejanos y sorprendentes: la peste, los envenenamientos, las persecuciones por los subterráneos, la batalla de Viena, las conspiraciones de los soberanos de Europa…

Con cuánta brillantez, me dije, había logrado relatarlo todo en mis memorias, tanto es así que, cuando las terminé, mi mayor deleite era leerlas en las noches de insomnio. Y no me molestaba revivir todas las infamias cometidas por Atto, sus

culpas, sus miserias y blasfemias. Me bastaba llegar al final de mi manuscrito para sentirme sereno y hasta contento: el amor de mi Cloridia, que todavía hoy, *Deo gratias*, sigue conmigo; la pureza de la labor en los campos y, por último, la mención a la villa Spada, para la que trabajo como un campesino desconocido, cuyas vicisitudes admirables nadie podía siquiera imaginar. Claro, la villa Spada…

Como asaltado por mil escorpiones, aguijé a mi mula para llegar cuanto antes a casa.

Por desgracia, había comprendido.

Cloridia no estaba. Jadeando, corrí a los baúles donde guardaba todos mis libros. Los vacié con ímpetu, hurgué en el fondo: las memorias habían desaparecido.

—Ladrón, bandido, truhán —gruñí en voz baja—. Y yo soy un cretino, un idiota, un cernícalo.

¡Mencionar mis memorias en la carta dirigida a Atto había sido un grave error! Aquellas páginas contenían demasiados secretos, demasiadas pruebas de las infidelidades y las traiciones de que Atto Melani era capaz. Tan pronto como tuvo conocimiento de su existencia —ay, sólo ahora me daba cuenta—, había mandado a uno de los sicarios que tenía en Roma para que las hurtase. Para alguien así, entrar en mi desprotegida casita debió de ser corno un juego de niños.

Despotricaba contra Atto, contra mí mismo y contra el enviado a robar mis hermosas memorias. Con todo, ¿acaso podía esperar otra cosa del abate Melani? Sólo necesitaba hacer un repaso de sus turbios manejos,

Cantante castrado y espía de los franceses… esto ya lo decía todo sobre su catadura. Su carrera de cantor había terminado hacía mucho. Sin embargo, de joven había sido un célebre soprano y, con la excusa de los conciertos, durante años había hecho de espía en las cortes de media Europa.

El subterfugio, la mentira y el engaño eran su pan cotidiano; la emboscada, la conjura y el asesinato, sus aliados. Era capaz de empuñar una pipa y hacerla pasar por una pistola; de ocultar la verdad sin llegar a mentir; de conmoverse (y conmoverte) por puro cálculo. Además, conocía y practicaba las artes de la persecución y el hurto.

Por otra parte, su intelecto era de lo más agudo y sagaz. Tal como lo recordaba, su conocimiento de los asuntos de Estado llegaba a los secretos más recónditos de las coronas y las familias reales. Además, su ingenio vivo y mordaz desentrañaba el alma humana como un cuchillo el blando tocino. Se granjeaba la simpatía de los demás con su mirada chispeante y la estima con su gran elocuencia.

Todas sus mejores virtudes, empero, estaban al servicio de los fines más sórdidos. Si te iluminaba con una revelación, no era más que para obtener tu cooperación. Si decía que estaba cumpliendo una misión, lo único que en realidad perseguía era lograr algún sucio fin personal. Y si prometía su amistad, pensaba yo asqueado, sólo

lo hacía para conseguir los favores que más le convenían.

Prueba de ello era su indiferencia hacia los viejos amigos. Me había dejado sin noticias suyas durante diecisiete años. Y ahora, como si tal cosa, me llamaba urgentemente a su servicio…

«No, don Atto, ya no soy el muchacho de hace diecisiete años», me hubiese gustado decirle mirándolo directamente a la cara. Le demostraría que era un hombre con experiencia en la vida, que ya no era tímido con los señores, sino sólo deferente, capaz de afrontar cualquier situación y de decidir lo que más me interesaba. Y, aunque a causa de mi baja estatura todos seguían llamándome «chico», era y me sentía una persona distinta del mozo que Atto había conocido hacía tantos años.

No, no podía aceptar el proceder del abate Melani. Y, *massime*, no podía tolerar el hurto de mis memorias.

Me tumbé en la cama para descansar y desembarazarme de estas y otras cogitaciones, atormentando sin tregua las sábanas. Sólo entonces me acordé que Cloridia me había avisado que no iba a volver a casa; como toda buena comadrona, matrona, *obstetriké* o partera (en lo que se había convertido después de practicar largamente en los últimos años), se quedaba en la casa de las parturientas los días previos al alumbramiento. Con ella iban nuestras dos adoradas hijas, de diez y seis años, ya creciditas pese a su edad, pues acompañaban siempre a su madre (a la que veneraban) no sólo como alumnas, para ser bien instruidas en tan importante servicio, sino además para ayudarla siempre que hiciese falta alcanzándole aceites y grasas calientes, hazalejas, tijeras e hilo para cortar el cordón umbilical, o cuando extraía diestramente las secundinas, es decir la placenta, y en otros menesteres semejantes.

Les dediqué algún pensamiento: dotadas de una cordura en público solo pareja a su vivacidad entre las paredes domésticas, ambas niñas seguían a su madre como una sombra. Su ausencia hacía que la casa me pareciera ahora aún más vacía y triste, y me recordaba mi melancólica infancia de expósito.

Así, la soledad me hizo meditar con pesadumbre. El insomnio me envolvió en su frío abrazo y conocí cuán amargo es el lecho conyugal sin el consuelo del amor.

Pasada una hora (me había saltado la comida por falta de apetito), decidí regresar a la villa Spada para reanudar mis faenas. El reposo, aunque exiguo, había surtido el efecto deseado: el abate Melani y su regreso inesperado (por el que aún no sabía si alegrarme) ocupaban ahora menos mi mente. Me dije, eso sí, que Atto había llegado como un molesto trítono a turbar el apacible contrapunto de mi vida. Lo mejor que podía hacer era no pensar en él.

Me había dicho que mandaría llamarme; hasta entonces, pues, podía dedicarme a otras cosas. Tenía mucho que hacer y me apresté a uno de los trabajos que más me distraían: la limpieza de la pajarera. El fámulo que solía ocuparse de esa tarea tenía

que guardar cama casi siempre por una grave herida en el pie que no terminaba de cicatrizar. Así pues, no era la primera vez que cumplía esa función. Fui por la comida y enseguida me dirigí a la pajarera.

No extrañe al lector que en la villa Spada hubiese una atracción tan exótica, ya que todas las de esa clase gozaban de gran predicamento desde hacía mucho en las villas romanas. El cardenal de Médicis tenía en su villa del monte Pincio osos, leones y avestruces; en las villas Borghese y Pamphili, ciervos y gamos vivían en libertad. En la época del Papa León X, en los jardines del Vaticano paseaba incluso un elefante, llamado *Hannón*. Además de los animales, para maravillar y entretener a los huéspedes no faltaban lúdicos entretenimientos como el mallo o palamallo (se jugaba en la villa Pamphili); el juego de trucos, llamado también billar, que se jugaba en la villa de los Caballeros de Malta o en la villa Costaguti, en un terreno que parecía limpiado con jabón o en un tablero cubierto con un paño; o bien las bochas, como en la villa Mattei, para vencer el humor melancólico de las tardes de verano.

La pajarera se encontraba en un rincón apartado de la villa, entre la capilla y el huerto, oculta a la vista por una hilera de árboles y un seto alto y tupido. Se había construido de tal modo que estuviese soleada en invierno y umbrosa en verano, para no exponer a los pájaros a molestas intemperies. Tenía la forma de un pequeño castillo de planta cuadrada, con cuatro torres en las esquinas y un cuerpo central, todo cubierto con cúpulas de red metálica, sobre las que además había hermosos pináculos con banderolas de hierro. El interior tenía frescos con vistas celestes y paisajes lejanos, para dar a los volátiles la impresión de mayor espacio. Había plantas de acebo y laurel, siempre verdes, tiestos con maleza para hacer nidos y cuatro grandes bebederos. Los huéspedes (algunos grupos de los cuales estaban en jaulas separadas) eran numerosos y muy agradables tanto a la vista como al oído: ruiseñores, avefrías, estarnas, perdices griegas, francolines, faisanes, escribanos hortelanos, verderones, mirlos, calandrias, pinzones, tórtolas, paros carboneros y otros más.

Entré con precaución en la pajarera y enseguida causé un gran revuelo de alas. Me habían dicho que debía alimentar y cuidar a los pájaros siempre la misma persona, al objeto de ganarse su confianza. Mi presencia en lugar de su amo habitual había hecho cundir entre ellos la inquietud. Avancé cautelosamente, mientras unas avefrías me seguían nerviosas y un grupo de pajarillos volaba alrededor de mí en actitud hostil. Tuve un escalofrío cuando un mirlo se posó audazmente en mi hombro y batió con fuerza las alas al lado de mi cuello, y por puro milagro no me estrellé contra un francolín que se abalanzaba sobre mí revoloteando con insolencia.

—¡Si no paráis ahora mismo me marcho y os quedáis sin comida! —los amenacé.

Sin embargo, por toda respuesta obtuve una salva más fuerte y estridente de graznidos, ululaciones y aleteos, y nuevas y peligrosas incursiones aéreas a un palmo de mi cabeza.

Me guarecí en una esquina, atemorizado, hasta que la tormenta se calmó. El gobierno de los pájaros y de las pajareras, me dije, no era un oficio hecho para mí.

Cuando por fin se aquietaron todos, incluidos los más impertinentes, empecé a limpiar y renovar los bebederos y los comederos, que luego rellené con agua fresca, achicoria, remolacha, álsine, lechuga, semillas de llantén, grano, taño, mijo y semillas de cáñamo. A continuación abastecí la pajarera de hierba de espárragos, excelente para construir nidos. Mientras esparcía trozos de pan seco, un joven y hambriento francolín me saltó al brazo tratando de dejar a sus compañeros sin el botín de apetitosa miga.

Una vez que hube terminado de limpiar las perchas y barrer las deyecciones del suelo, me dirigí a la salida, feliz de dejar atrás el hedor y el caos de la pajarera. Estaba cerrando la puerta cuando de pronto se me hizo un nudo en la garganta.

Había sonado un tiro de pistola a poca distancia. Alguien estaba disparándome.

Instintivamente me agaché cubriéndome la cabeza con las manos. Oí entonces una voz dura y fuerte, que a todas luces se dirigía a mí:

—¡Arrestadlo! Es un ladrón.

Levanté las manos, como para rendirme. Me volví, pero no vi a nadie. Me di una palmada en la frente y sonreí, decepcionado por mi mala memoria. Alcé por fin lentamente la mirada y lo encontré en su sitio de siempre.

—Muy gracioso —dije cerrando la puerta de la pajarera y procurando ocultar el miedo.

—He dicho que lo arrestéis. Es un ladrón. ¡Pum!

Con un segundo disparo, que parecía aún más verdadero que el primero, se había anunciado definitivamente la criatura más singular de toda la villa Spada: el papagayo *César Augusto*.

Cumple que ahora explique la naturaleza y la conducta de aquel extraño volátil, que habrá de desempeñar un papel importante en los sucesos que me dispongo a narrar.

Sabía que algunos autores llaman al papagayo «Luz de los pájaros», «Reinador de las Indias Orientales» y de otras maneras semejantes, en razón de sus virtudes. Los primeros ejemplares se los llevaron a Alejandro Magno de la isla Taprobana; más tarde se descubrieron muchas otras especies en las Indias occidentales, *massime* en Cuba y en Manacapán. Por otra parte, todos saben que el papagayo (del que, según algunos, existen más de cien variedades) posee la muy singular facultad de imitar la voz humana, y no sólo ésta, sino también ruidos y sonidos y muchas cosas más. Años atrás, en Roma poseyó esas dotes el papagayo del excelentísimo cardenal Madruzzo, y también el del cardenal Cassiano dal Pozzo, mediocre imitador de la voz humana pero excelente de voces de perros y gatos. Había otros que sabían remedar a la perfección los sonidos de otros pájaros, incluso de más de una especie. Fuera del

Estado de la Iglesia aún se guardaba memoria del papagayo de la Alteza Serenísima de Saboya, que según muchos hacía alarde de una palabra rápida y muy suelta. Al parecer, el papagayo del cardenal Colonna recitaba de memoria todo el credo. Por último, a la finca de los Barberini, situada al lado de la villa Spada, había llegado hacía poco un papagayo de la misma especie que *César Augusto*, blanco y amarillo, un buen hablador por lo que contaban.

Ahora bien, *César Augusto* superaba con creces a todos sus camaradas. Imitaba a la perfección la voz humana, incluso de personas a las que había conocido hacía poco, sin omitir el tono, la cadencia, el acento y hasta los leves defectos de pronunciación. Reproducía sonidos de la naturaleza como truenos, el fragor de los manantiales, el susurro del follaje, el silbo del viento y el embate de las olas marinas. Era igualmente diestro con las voces de los perros, los gatos, las vacas, los asnos, los caballos, de todas las especies de pájaros y seguramente con las de otros animales con las que aún no lo había oído exhibirse. Contrahacía fielmente el chirrido de los goznes de una puerta, el ruido de pasos que se acercan, el del disparo de una pistola o un arcabuz, el repiqueteo de las campanas, el trote de los caballos, los portazos, los gritos de los vendedores ambulantes, el llanto de un niño, el entrechocar de dos espadas en duelo, todos los matices de las risas y el llanto, el tintineo de cubiertos, platos y vasos, y así sucesivamente.

Era como si para *César Augusto* todo el cosmos fuese un inmenso gimnasio donde afinar cada día sus extraordinarias, indescriptibles e insuperables dotes de imitador. Su prodigiosa memoria le permitía, semanas después de haberlos oído, declamar susurros y voces, superando así cualquier humana facultad.

Nadie sabía qué edad tenía. Algunos decían que cincuenta años; otros, incluso sesenta. Lo cierto es que todo era posible, dada la conocida longevidad de los papagayos, que no rara vez pasan el siglo y sobreviven a sus dueños.

Con todo, su incomparable talento, que habría podido convertir a *César Augusto* en el más célebre papagayo de todos los tiempos, tenía un límite. En efecto, el papagayo de la villa Spada se negaba desde hacía mucho a desplegar sus capacidades. En pocas palabras, fingía que era mudo.

De nada habían valido peticiones, halagos, órdenes ni un cruel ayuno al que fue sometido, por orden del cardenal Spada en persona, para convencerlo de exhibirse. César Augusto permanecía desde hacía muchos años (nadie recordaba cuántos) recluido en un pertinaz silencio.

Nadie, por supuesto, conocía la causa. Algunos recordaban que *César Augusto* había pertenecido originalmente al padre Virgilio Spada, tío del cardenal Spada y muerto hacía cuarenta años. Virgilio, aficionado a las antigüedades y al mundo clásico, era quien le había puesto el nombre del más célebre emperador romano. Debía de tratarse de una prueba de amor; en efecto, se contaba que Virgilio quería

mucho a su plumado, y entre los criados corría el rumor de que la muerte del amo había sumido a *César Augusto* en la tristeza más profunda. ¿Era el luto lo que había cerrado el pico al papagayo? Sí, era como si hubiese hecho un voto de silencio, con la melancólica e insensata esperanza de que su antiguo dueño resucitase.

Pero yo sabía que eso no era del todo cierto. *César Augusto* hablaba, vaya que si hablaba. La verdad es que nadie más que yo podía atestiguarlo, por cuanto únicamente en mi presencia abría el pico. Yo mismo no sabía explicarme la causa; barruntaba que me tenía una simpatía especial. Tal vez porque nadie más que yo lo trataba con urbanidad; no lo irritaba ni molestaba con ramitas o piedras para que hablase, como harían los criados de la villa.

Había hecho todo lo posible por inducirlo a decir algo en presencia de otros asegurando que pocos minutos antes, cuando nos hallábamos solos, había hablado de corrido, pero impepinablemente permanecía callado, mirando a todos con ojos vacíos. Por su culpa quedaba como un tonto, y al final nadie volvió a darme crédito; con palmaditas en el hombro y la seguridad de todos de que el papagayo ya no hablaba (y la conjetura de algunos de que quizá nunca lo había hecho) concluyeron mis intentos.

La memoria de las pasadas gestas de *César Augusto* fue perdiéndome con la muerte de los viejos criados de la familia Spada. Ahora yo era quizá el único que sabía de qué era capaz aquel enorme pájaro blanco de cresta amarilla.

Ese día, como de costumbre, el plumado me lo había recordado. Los falsos disparos y la voz de un esbirro (una de las muchas que César Augusto debía de haber oído deambulando por Roma) me habían pillado por sorpresa, tan auténticos como sonaban. Era imposible saber dónde había oído los sonidos originales. Y es que *César Augusto* gozaba desde antiguo de un privilegio exclusivo: no estaba recluido con los otros pájaros y tenía una pequeña pajarera propia, con alcándara y comedero. Desde ahí solía levantar el vuelo, a veces para explorar la villa, otras para ausentarse durante varias semanas. Dando vueltas por la ciudad, surtía su depósito de imitaciones con números siempre nuevos, de los que yo era el único y pasmado espectador.

—*Dona nobis hodie panem cotidianum* —dijo tres o cuatro veces *César Augusto* salmodiando el padrenuestro.

—Te he dicho mil veces que no blasfemes —lo amonesté—. Si no… Oh, ya sé lo que quieres. Tienes razón.

Resultaba que había renovado las reservas de agua y comida de todos los otros pájaros, menos las del papagayo. Estaba ofendido. Y es que *César Augusto* tenía un excelente apetito y comía de todo; pan, requesón, sopa (sobre todo si estaba hecha con vino), castañas, nueces, manzanas, peras, cerezas y muchas cosas más. Pero su pasión, digna más de un caballero que de un ave, era el chocolate. De vez en cuando, si después de un banquete en la villa Spada sobraba alguna jícara, se le permitía mojar el pico y su negra lengua en la costosa y exótica bebida. Le gustaba tanto que

durante varios días era capaz de hacerme toda clase de zalamerías (algo inusitado en un bicho con tan malas pulgas como él) para que le consiguiese una cucharada.

Una vez que le hube cambiado el agua y llenado la pequeña despensa de fruta y semillas, oí unos pasos que se acercaban.

—Chico, ¿sigues aquí? —me preguntó con tono reprobador un mayordomo—. Alguien te está buscando. Te espera al pie de la escalinata de atrás.

—Ea, no llores, tú también sabías que tarde o temprano volveríamos a vernos. ¡Atto Melani es un pedernal! —exclamaba Atto sujetándome por los antebrazos y sacudiéndome fraternalmente.

—Si no estoy llorando, no os…

—Calla, calla, no digas nada, acabo de informarme sobre ti, tienes dos niñas preciosas. ¿Cómo se llaman? ¡Qué emoción! —me susurró al oído, mientras me acariciaba la cabeza con embarazosa ternura.

Un par de campesinas observaban anonadadas la escena.

—¡Vaya sorpresa! ¡Eres padre! —seguía el abate sin inmutarse—. Y pensar que, viéndote, nadie lo diría; pareces el de siempre…

Tras esa observación, que no supe si recibir como un cumplido o una ofensa, pude por fin librarme, aunque con gran esfuerzo, de los brazos de Atto y di un paso atrás. Estaba rendido, como si hubiese tenido que defenderme de una agresión.

No podía creerlo: parecía que le hubiese picado una tarántula. Lo cierto es que, cuando me acercaba, había notado cómo los ojitos triangulares del abate me escrutaban con atención y que, al reparar en el ceño fruncido que a mi pesar no lograba borrar de mi rostro, Atto había cambiado de pronto de actitud para transformarse en el vejete parlanchín que ahora me abrumaba con besos y abrazos.

Fingía no darse cuenta de mi frialdad y me cogió del brazo para llevarme a pasear por los huertos de la villa.

—Anda, cuenta, chico, cuéntame qué ha sido de tu vida —susurró con tono confidencial, mientras entrábamos, no sin dificultad, en la vereda de las robinias, donde los jardineros contratados para la ocasión pululaban dando los últimos toques.

—En realidad, don Atto, debéis de saberlo perfectamente… —traté de decirle pensando en el hurto de mis memorias, en las que refería también mis recientes andanzas.

—Lo sé, lo sé —me interrumpió al momento con tono paternal, al tiempo que se detenía ante la fuente de la villa Spada, que para la fiesta se había transformado, por medio de un estrado, en una espléndida arquitectura efímera.

En lugar de la típica y modesta pila con una gran piña de piedra de donde manaba agua, surgía ahora un dios Tritón, magnífico y serpentino que, con la cola enroscada a un peñasco piramidal, soplaba con ímpetu una orza, de la que salía un caprichoso

chorro que se abría como un paraguas y caía a los pies de su artífice con musical gorgoteo. Alrededor, el espejo de agua del ninfeo ofrecía el sensual espectáculo de las plantas acuáticas que, con bonitas flores medio abiertas, flotaban laxas.

Atto observó con admirado interés el Tritón y su hermoso juego de agua.

—Bonita fuente —comentó—. El Tritón está bien conseguido, y los peñascos también son de buena factura. Sé que en la villa d'Este, en Tivoli, hubo una vez un órgano de agua, que luego fue imitado en el jardín del Quirinal y en la villa Aldobrandini, en Frascati, pero también en Francia, por orden de Francisco I. Reproducía el sonido de las trompetas o el canto de los pájaros. Bastaba con soplar en unos finos tubos de metal introducidos en tiestos de tierra medio llenos de agua y ocultos entre las ninfas.

Rodeó entonces la fuente. No lo seguí. Se detuvo en el extremo apuesto y me miró de reojo entre los chorros de agua. Enseguida volvió a mi lado.

—Ver de repente a un viejo amigo al que temías muerto puede confundir el corazón y también la mente —continuó—. Te aseguro que con el tiempo recobraremos los antiguos sentimientos.

—¿Con el tiempo? ¿Cuánto pensáis quedaros en Roma? —pregunté, ya contrariado por la idea de verme envuelto en alguno de sus ruines asuntos.

Se detuvo. Me miró con los ojos entornados; a continuación posó la vista en la fuente y luego en el horizonte, como para meditar prudentemente su respuesta.

Tuve entonces ocasión de observarlo bien por primera vez. Así, vi las carnes blandas y fláccidas de las mejillas, la piel arrugada de la nariz y de la frente, los surcos que atormentaban los labios y las comisuras de la boca, las venillas azuladas que le recorrían las sienes, los ojos aún vivaces pero pequeños y hundidos, con el blanco ahora amarillento, y el cuello, sobre todo, despiadadamente marcado por el cruel cincel del tiempo. La gruesa capa de albayalde que cubría su rostro, en lugar de suavizar los efectos de la edad, convertía a Atto en el triste simulacro de un fantasma. Por último, las manos, apenas veladas por los bullones de encaje de las mangas, estaban atrofiadas, maculadas y arqueadas.

Diecisiete años atrás había conocido a un hombre maduro pero vigoroso. El que ahora tenía delante era un anciano.

Como si no reparase en mi mirada, que indagaba implacablemente su decadencia, calló unos instantes, con la vista perdida en el cielo azul y una mano apoyada en mi hombro. De pronto me pareció terriblemente cansado.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme en Roma? —repitió para sí con tono ausente —. Pues sí, caray, he de decidir cuánto tiempo voy a quedarme…

Daba la sensación de chochear.

Mientras tanto, habíamos llegado al cenador de glicinas. La fresca brisa que soplaba bajo la sombra nos tranquilizó. Era un mes de julio caluroso; las noches

apenas mitigaban el sofoco mañanero.

—Un poco de sombra, gracias a Dios —dijo Atto con un suspiro y, sentándose en un banco, se enjugó el sudor con un pañuelito de encaje blanco que tenía en la mano. Enseguida se levantó, se inclinó hacia una glicina, la arrancó y, tras volver a sentarse, inhaló profundamente el delicioso aroma. De repente me dio un leve manotazo y se echó a reír—. ¡Qué maravilla, haces las mismas preguntas tontas de siempre! Oh, es magnífico encontrar a los amigos iguales a sí mismos, de verdad que es estupendo. ¿Que cuánto tiempo voy a quedarme en Roma? Chico, la respuesta es obvia: como puedes suponer, me quedaré en la villa Spada toda la semana de los festejos. ¡Pero no me iré de Roma antes del cónclave! Ahora ven y deja de hacer preguntas —agregó poniéndose en pie como un joven resuelto y cogiéndome alegremente del brazo.

No se podía con Melani, pensé molesto y divertido al tiempo. Hacía un instante parecía atontado y ahora se escabullía como una anguila; era imposible saber cuándo hablaba en serio.

—Don Atto —dije elevando la voz—, nunca me atrevería a faltaros al respeto, pero ayer fui víctima de una de las peores afrentas de mi vida y por eso…

—Oh, qué desagradable. ¿Y bien? —Volvió a oler la flor de glicina y tamborileó levemente con la otra mano sobre el puño del bastón.

—Me han robado. ¿Lo entendéis? Ro-ba-do —remaché acalorado, sin poder contener más mi cólera.

—Oh, bueno, consuélate —repuso con suficiencia—, a mí también me ha pasado. Recuerdo que en el convento de las capuchinas, en Monte Cavallo, hará treinta años, me sustrajeron tres anillos de oro cuajados de gemas, un diamante en forma de corazón, un libro de lapislázuli encuadernado en oro y guarnecido con rubíes y turquesas, una capa de camelote de Francia, guantes, abanicos, píldoras y bolas aromáticas, lacre…

Entonces estallé.

—Ya está bien, don Atto. No finjáis que no sabéis nada: vos os habéis apoderado de mis memorias, del relato de los sucesos que vivimos hace diecisiete años, cuando nos conocimos. Había confiado únicamente en vos, erais el único que conocía su existencia, ¿y cómo me habéis correspondido? ¡Mandando a alguien a que me las robase!

Atto no se descompuso. Con afectada delicadeza, posó la flor de glicina en un seto y siguió tamborileando con los dedos sobre el puño de plata del bastón, dejando que continuase con mi desahogo.

—¡En ningún momento habéis pensado en mí, que os añoraba con lágrimas ardientes, que os escribía sin interrupción implorándoos una respuesta! Vuestra única preocupación era que alguien pudiese leer las memorias y descubriese así que sois un intrigante, que sonsacáis los secretos de las personas honradas, que traicionáis a

vuestros amigos, que seríais capaz de cualquier cosa y que, en resumidas cuentas, si se tercia no tendríais la menor contemplación.

Me sequé con la palma de la mano el sudor de la frente, jadeando por la emoción. Atto, con la punta de dos dedos, me tendió su pañuelito de encaje, que acepté. Estaba extenuado.

—¿Has terminado? —preguntó al fin, con indiferencia.

—Yo… veréis, estoy indignado con vos. Quiero recuperar mis memorias —balbucí, rabioso conmigo mismo porque con el abate seguía actuando como el mozo presumido de diecisiete años atrás, pese a todo el tiempo transcurrido.

—Oh, eso es imposible. Ahora tu manuscrito se encuentra en lugar seguro. Lo he escondido en París para que nadie pueda darle el *imprimatur*.

—¿Admitís, entonces, que sois un ladrón?

—Un ladrón, un ladrón… —canturreó—. Empleas un lenguaje un poco rudo. La pluma, en cambio, no se te da mal; me he divertido bastante leyendo tu relato, aunque a veces te excedes en el tono y has escrito alguna cosilla que puede dejarme en mal lugar. Además, has sido muy ingenuo: escribir del abate Melani semejantes cosas y después contárselo…

—Claro, yo también me he dado cuenta —dije.

—Como te explicaba, no me ha desagradado tu trabajo. Es más, en algunos momentos lo he encontrado bastante eficaz. Tienes una pluma ágil, a veces algo ingenua, pero nunca tediosa. A lo mejor llega a resultarte útil. Es una lástima que hayas omitido que eras padre, pues me habría encantado saberlo… pero te entiendo: la radiante alba del nuevo día, que eso son los hijos para todo padre, no podía encontrar espacio en aquella historia vieja y sombría.

Guardé un silencio hostil, para que supiese que tampoco ahora tenía intención de contarle nada de mis niñas.

—Imagino que durante estos años habrás leído libros, gacetas, un poco de rimas —prosiguió cambiando de tema, como para animarme a hablar.

—En realidad, don Atto, compro y leo con sumo placer libros de historia, política, teología, vidas de santos. Entre los poetas, me gustan Chiabrera, Achillini, Filicaia… Pero no leo gacetas.

—Perfecto. Es a ti a quien necesito.

—¿Para qué?

—¿Le has enseñado a alguien tus memorias?

—No.

—¿Existen más copias?

—No; no he tenido tiempo de transcribirlas. ¿Por qué lo preguntáis?

—¿Te conformas con mil? —preguntó a su vez, secamente.

—No sé a qué os referís —dije, pese a que empezaba a comprender.

—Sea. Mil doscientos escudos, en moneda de Roma, pero ni uno más. Y tendrán que ser dos memorias.

Fue así como el abate Melani compró las largas memorias en que había descrito nuestro primer encuentro y todas las aventuras que siguieron.

En segundo lugar, por aquella cifra compraba por adelantado otras memorias o, mejor dicho, un diario: la descripción de su estancia en la villa Spada.

—¿En la villa Spada? —exclamé incrédulo, mientras reanudábamos nuestro paseo.

—Así es. Tu amo es secretario de Estado y el cónclave está a punto de empezar; ¿crees que la flor y nata de la aristocracia romana, de las jerarquías eclesiásticas y de los embajadores va a reunirse aquí por pura diversión? La partida de ajedrez del cónclave ya ha comenzado, chico. Y en la villa Spada se van a mover importantes peones, puedes estar seguro.

—Y supongo que no queréis perderos un solo movimiento.

—Soy especialista en cónclaves —afirmó sin sombra de modestia—. No olvides que la ilustre estirpe pistoyesa de los Rospigliosi, como cuyo invitado tengo a gala estar aquí, me debe el honor de contar con un Papa entre sus antepasados.

Hacía diecisiete años ya le había oído vanagloriarse de haber favorecido la elección del papa Clemente IX Rospigliosi.

—Así pues, hijo mío —concluyó Melani—, vas a redactar para mí una crónica juiciosa de todo cuanto veas y oigas en los próximos días, añadiendo los datos necesarios y oportunos que yo te indique. Luego me entregarás el manuscrito, del que no guardarás copia y cuyo contenido no podrás reproducir. Éste es el pacto. Por ahora es todo.

Yo estaba perplejo.

—¿No estás conforme? Si no hubiese escritores, los hombres y su fama desaparecerían en un solo día, y las virtudes serían enterradas con ellos. ¡Pero el recuerdo que se atesora en los libros no muere nunca! —proclamó el abate con voz solemne y melosa, tratando de halagarme.

No estaba del todo equivocado, reflexionaba yo mientras Atto continuaba con su perorata.

—Decía Anaxarco, sabio y docto filósofo, que una de las cosas más dignas de esta vida es lograr que el mundo te tenga por inteligente en tu profesión. En efecto, si en un mismo arte hubiese millones de hombres expertos y doctos, solamente los que se esforzaran en destacar serían reputados dignos de alabanza, y su fama no moriría por toda la eternidad.

Si había entendido bien, el abate Melani quería una especie de biógrafo que enalteciese sus gestas de aquellos días. Tenía el propósito, pues, de cumplir muchas, me dije inquieto, recordando que el abate era temerario e intrépido como el que más.

—… Yo, siguiendo esa máxima —prosiguió Atto con gesto ampuloso y vivaz—, de joven estudié con ahínco, de mayor apliqué mis conocimientos y ahora me esfuerzo para que el mundo me conozca. He servido a varios príncipes y a grandes hombres con palabras, consejos y hechos, y redactado para ellos numerosos informes sobre el arte de la diplomacia; muchos, pues, son los que se han valido y los que siguen valiéndose de mí.

«Sin embargo, vuestros servicios no han convenido a todos», comenté para mis adentros, recordando la facilidad con que Atto cambiaba la fidelidad de un amo a otro.

—Como prueba de lo que digo —añadió con énfasis, como si hubiese adivinado mis objeciones—, te dictaré para tus memorias gran cantidad de ejemplos, todos los cuales confirmarán esta verdad. Y quienes los lean sacarán gran provecho de ellos, pues conocerán hechos muy hermosos.

Con dos niñas que criar, para Cloridia y para mí aquel dinero constituía una auténtica bendición. De modo que no vacilé en aceptar la oferta de Atto de comprarme lo que ya me había robado, máxime porque sabía perfectamente que nunca recuperaría mis memorias.

—Sólo una cosa, don Atto —dije al fin—. No creo que mi pluma esté a la altura de cumplir lo que me pedís.

En realidad, me hacía temblar de miedo la idea de que montones de caballeros y notables pudiesen llegar a tener un día entre sus manos un escrito mío. Atto lo entendió.

—Te dan miedo los lectores, y ese miedo hace que prefieras seguir siendo un simple campesino, ¿no es verdad? —preguntó, mientras se detenía a coger una ciruela.

Respondí afirmativamente con la mirada.

—Pues entonces, en tu prólogo no te dirigirás «Al benévolo lector», sino «Al maligno lector».

—¿Cómo decís?

Melani tomó aliento y, al tiempo que con su pañuelo de encaje sacaba brillo a la ciruela, empezó a instruirme con palabras didácticas y una mueca pedantesca.

—Has de saber que, hace muchos años, cuando imprimí algunas de mis obras, yo también seguí la común y vulgar costumbre de disculparme con los benévolos lectores por los errores que por defecto mío pudiesen detectar en la obra. Ahora, en cambio, tras las experiencias habidas, estimo que los benévolos lectores, leyendo con prudencia las obras ajenas, como llenos de bondad, cuando hay algo bueno lo descubren y, cuando no, suelen conformarse con la buena voluntad de los autores. Así, me he convencido de que es mucho mejor dedicar el prólogo de los libros a los

lectores malignos y maldicientes, que tienen el oído tan tierno que se escandalizan hasta de un pequeño error.

Dio un mordisco a la ciruela y se puso a escrutar mi mirada distraída.

—A estos *nasuti* (por emplear el término latino), a estos maldicientes y detractores, que juzgan todos los libros excesivos, todas las obras imperfectas, todos los conceptos erróneos y todos los esfuerzos baldíos, les digo que no deseo que lean ni miren mis obras, que cuanto menos les gusten a ellos, más les gustarán a los demás. ¿Sabes qué respuesta doy cuando uno de estos pajarracos viene a importunarme con sus agrios comentarios?

Contesté con una mirada interrogativa.

—Respondo: «Si a vuestra merced os parece larga mi obra, leed la mitad; si os parece breve, añadid lo que os plazca; si la estimáis demasiado clara, consolaos pensando que os costará menos entenderla; si os parece demasiado oscura, haced comentarios al margen; si demasiado baja de materia y de estilo, tanto mejor, pues si cae le dolerá menos que desplomarse desde grandes alturas.»

El abate rubricó su perorata escupiendo con un golpe seco el hueso de la ciruela, como si fuese la pluma de un detractor. Yo estaba admirado de su sagacidad; de Atto Melani, me dije, siempre se aprendía algo.

—Nunca he leído vuestras obras, don Atto, pero seguramente de ellas se podrá afirmar —dije para halagarlo—, en el peor de los casos, que son demasiado doctas…

—No te apures —repuso desenfadadamente, con la boca llena—, que nadie va a decir que son demasiado doctas, pues eso es un elogio, y esos cuervos repudian el elogio, no incurren en él ni por equivocación. A lo sumo pueden decir: «Este autor se ha servido de las obras de otros.» Y tendrían razón. Pero yo siempre me he servido con modestia, nombrándolos y alabándolos como corresponde. Por eso mismo no puedo perdonar a Aristóteles que utilizara las obras de Hipócrates sin mencionarlo una sola vez.

—Si me lo permitís —intervine con tono de humildad, pero deseando demostrarle que ya no era el mozo ignorante de antaño y que durante todo el tiempo que no nos habíamos visto había hecho un gran acopio de conocimientos—, a esos detractores les respondería lo que san Jerónimo dijo a sus calumniadores en el prólogo sobre san Mateo y en el cuarto volumen sobre Jeremías: con el ánimo de disculparse por haberse servido de las obras de Orígenes en la composición de sus libros, dijo que no podía censurársele por ello, sino elogiarle, dado que todos los autores antiguos observaban la misma costumbre. Además, si fue hurto servirse de otros autores, ¿qué diríamos de Ennio, de Cecilio, de Plauto, de Cicerón y de Virgilio? Es más, ¿qué diríamos de Hilario, que tomó hasta ocho mil versos de Oriente y los trasladó a sus libros?

El abate sonrió con una pizca de admiración y sorpresa, paternalmente

complacido del despliegue de mis conocimientos, y acto seguido se agachó para apagar su sed en una pequeña fuente.

—Bien pensado —proseguí envanecido—, ni siquiera harían falta vuestras palabras a los lectores malignos, ya que, según reza un antiguo oráculo, la mayor desventura del hombre de bien es ser amado y alabado por los malos, y su mayor dicha, ser por éstos odiado y reprobado.

—Oh, yo acepto de todo corazón las correcciones —se apresuró a aclarar el abate mirando un cerezo que estaba cerca de nosotros—, pero detesto las difamaciones. Cuando alguien me señala mis errores, como filósofo, lo tengo por maestro; como cristiano, por mi hermano, porque cumple conmigo tan cortés obra de caridad. Ahora bien, chico, recuerda que jamás debes tolerar a esos desconsiderados que, a pesar de saber leer apenas la obra de los demás, tan pronto como ven el título y echan una ojeada a las ilustraciones, ya arrugan la nariz ganchuda y le dan nombres despectivos que sacan de su furiosa ignorancia. Si alguno de ellos sabe componer, en sus escritos no hace más que señalar con el dedo a éste o desprestigiar a aquél. Tanto es así que —concluyó con una risita socarrona— convendría preguntarle qué príncipe le otorgó el privilegio de la censura general. Perdona, ¿puedes cogerme esas bonitas cerezas de allá arriba?

—Tenéis toda la razón —dije, admirado de la agudeza del abate, mientras trepaba por el tronco del árbol—. Es adecuado debatir sobre los puntos dudosos y buscar la verdad, pero con la modestia que se aprende en la sustancia de la filosofía y en los sermones del cristianismo.

—Desde luego, la discreta y moderada corrección es muy santa —precisó acalorado—, y ningún literato, por grande que sea, debe rechazarla nunca, porque no hay hombre tan excelente que no pueda ser engañado por su propio saber. Los evangelistas, los apóstoles, los profetas y los santos padres escribieron inspirados por Dios, y por ello escribieron bien; pero todos cuantos han escrito en el mundo después de ellos han errado, unos más y otros menos. Con todo, quien apalease al enfermo en vez de curarlo ejercería más de verdugo que de médico.

Había bajado del cerezo y me disponía a hablar para continuar la singular disputa retórica que sosteníamos en el huerto, cuando el abate me atajó en el instante en que despegaba los labios.

—Ya es suficiente, hijo mío, que el pensamiento se hace arrogante muy deprisa. Lo que debemos ejercitar es la humildad, no la presunción. Las obras humanas son imperfectas a causa de nuestros pobres ingenios y encuentran detractores por la infelicidad de nuestros tiempos. Mi enseñanza de hoy te servirá para que tus futuros escritos no queden desvalidos y a merced de los detractores. Quiera Dios Nuestro Señor concedernos la gracia de conocer nuestros errores para enmendarlos, y, a los otros la de no condenar lo que se hizo con buen fin, para que no se ofenda la Divina

Majestad ni por nuestros errores ni por los ajenos.

Dicho lo cual, me invitó con un gesto a saborear con él las cerezas. Comí contrito y agradecido ala vez porque el abate me hubiese recordado el mandamiento de la humildad de espíritu justo cuando estaba cayendo en la estéril jactancia. ¿O es que el Evangelio no dice «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos?

Al cabo de unos instantes Melani me miró satisfecho y, sin añadir nada más, me entregó una letra de cambio pagadera por un usurero de la judería. La cogí lentamente. Estaba hecho: me había vendido a Atto para un servicio literario, por llamarlo de algún modo, que contemplaba, sin embargo (como ocurre muchas veces cuando la pluma se convierte en medio de lucro), mi absoluta disponibilidad. Mientras pugnaban en mi interior los sentimientos de amistad, repulsión e interés, y el sabor agridulce de las cerezas se disolvía en mi boca, lo único que sabía con certeza era que ya estaba a su servicio.

Entretanto, habíamos llegado al casino, ante el cual vimos estacionados otros carruajes de invitados. Lo que se temía había ocurrido: los huéspedes procedentes de Roma también se habían presentado en la fiesta con días de antelación. Como desde esa noche iban a celebrarse losa banquetes, nadie (ni siquiera Atto) había tenido la paciencia y el buen gusto de esperar a la inauguración oficial de los festejos.

Atto miraba con atención los escudos que lucían los carruajes, sin duda para averiguar con quién iba a compartir la magnífica hospitalidad de los Spada durante esa semana.

—He oído decir a un criado de tu amo que don Livio Odescalchi y la marquesa Serlupi están a punto de llegar. Espera… —dijo reteniéndome y mirando los carruajes, desde una distancia suficiente para reconocer sin que nadie lo reconociese —. Esa cara me suena. Creo que es… Sí, claro, monseñor D'Aste —afirmó Atto, mientras a lo lejos veíamos apearse del coche a un anciano canoso y macilento, tanto que casi se perdía en los paramentos cardenalicios—. Es tan pequeño, desgarbado y enteco que Su Santidad lo llama monseñor Trapito —apostilló con sorna para demostrar que estaba al corriente de las habladurías de Roma—. Veo por allí un gran movimiento de lacayos —continuó—. Debe de estar llegando alguno de los Barberini o de los Colonna, tan dados a presumir; se creen el centro del mundo. Me parece ver las armas de los Durazzo en el carruaje de atrás, que debe de traer al cardenal Marcello; el viaje desde Faenza, donde es obispo, sí es largo. Como no descanse un buen rato, no podrá disfrutar de la fiesta. Anda, también ha llegado el cardenal Bichi —comentó aguzando aún más la vista—. No sabía que tuviese tanta intimidad con el cardenal Fabrizio.

—A propósito, don Atto, ignoraba que conocieseis al cardenal Spada —lo

interrumpí.

—¿Cómo? ¿No sabías que ha sido durante años nuncio en Francia? Hubo un tiempo en que nos tratábamos con bastante asiduidad en París. Es un individuo, ¿cómo diría yo?, muy conciliador. Lo que más le preocupa es no tener enemigos. Y hace bien, porque en Roma ése es el mejor modo de medrar. Apuesto a que se acuerda muy bien de su paso por París, porque fue entonces cuando le concedieron el capelo cardenalicio; en mil seiscientos setenta y seis, si no me equivoco. Antes había sido nuncio en Saboya, donde ganó algo de experiencia. Ha participado en tres cónclaves: el de Inocencio XI, precisamente en mil seiscientos setenta y seis; el de Alejandro VIII, en mil seiscientos ochenta y nueve, y el del Papa que hoy ocupa el solio, en mil seiscientos noventa y uno. La próxima elección será la cuarta en la que intervendrá, lo que no está nada mal para un cardenal que tiene apenas cincuenta y siete años, ¿no te parece?

Pese a los muchos años transcurridos, Atto conservaba intacta su capacidad de recordar los pormenores de la carrera de decenas de Papas y cardenales. El agente con el que Su Majestad Cristianísima podía contar ya no era, desde luego, un hombre atlético, pero seguía teniendo una memoria perfecta.

—¿Creéis que esta vez puede ser elegido Papa? —pregunté con la secreta esperanza de ser algún día uno de los domésticos de un Pontífice.

—Por supuesto que no. Es demasiado joven. Podría reinar entre veinte y treinta años. De sólo pensarlo, los otros purpurados caerían postrados en cama con fiebre —respondió Melani entre risas—. Conmigo se va a mostrar altanero, porque teme que lo tomen por vasallo del rey de Francia. Hay que entender a estos pobres cardenales —concluyó con una mueca burlona.

Seguimos paseando cerca de la verja de entrada, cuando en eso vimos aparecer en la calle a un viejo jorobado y temblequeante, casi calvo y con un gran cuévano lleno de papeles. Humilde y con el sombrero en la mano, pidió algo a los lacayos, que enseguida intentaron despedirle con cajas destempladas. Y es que, quienquiera que fuese, tendría que haberse presentado en la entrada de servicio, donde los pobres no se exponían a sufrir el menosprecio de los nobles huéspedes de la villa.

El abate se aproximó y con un gesto me indicó que lo siguiera. El viejo llevaba manguitos y un delantal tiznado; era a todas luces un artesano, quizá un tipógrafo.

—Sois Haver, el encuadernador de la vía dei Coronari, ¿verdad? —le preguntó Atto en medio de la calle—. Yo os he mandado llamar. Tengo trabajo para vos. —Y extrajo un montón de hojas.

—¿Cómo queréis la portada?

—De pergamino.

—¿Alguna inscripción en el lomo?

—Ninguna.

Tras establecer rápidamente otros acuerdos, Atto puso en las manos del anciano un puñado de monedas en concepto de anticipo.

De pronto oímos un enorme estrépito en la zona verde que rodeaba la calle situada a nuestra izquierda.

—¡Al hombre, al hombre! —exclamaba alguien con voz estentórea

Entonces salió veloz una sombra que pasó entre nosotros y tropezó violentamente con el encuadernador y con el abate Melani, que cayó al suelo lanzando un agudo grito de rabia y dolor.

Los papeles que Atto tenía en la mano salieron volando por los aires, lo mismo que las hojas que había en el cuévano del encuadernador, mientras la sombra que había derribado al abate se desplomaba también describiendo espirales dramáticas e indescriptibles.

Cuando por fin dejó de rodar, vi que era un joven sucio y enjuto, con la camisa hecha jirones, barba de varios días, la mirada perdida y afligida por el triste accidente. Llevaba en bandolera un morral de mala estofa del que se habían caído varios objetos mugrientos, entre los que me pareció distinguir una bolsita de cuero, un par de medias viejas y unas cuartillas grasientas, tal vez el miserable fruto de una visita a un basurero en busca de algo para comer o para sobrevivir.

Pero no tuve tiempo de observarlo mejor, ni de ofrecer mi ayuda a Atto y al desconocido, pues el estrépito que había oído al principio se hacía cada vez más intenso.

—Prendedlo, prendedlo, por todas las jacerinas —decía ahora a grito pelado la voz de antes.

En el pabellón donde se alojaban los esbirros que vigilaban la villa empezaron a oírse gritos e imprecaciones. En ese instante el joven se levantó y, echando de nuevo a correr, desapareció entre el follaje.

Atto, que se había sentado, intentaba inútilmente ponerse en pie. Justo cuando me disponía a prestarle ayuda, mientras el encuadernador recogía humildemente las hojas en su cuévano, pasaron corriendo por delante de nosotros dos esbirros de la villa, que se unieron dando gritos desaforados al perseguidor. Pero éste, ay, tropezó también con el pobre Atto, que volvió a caer al suelo. El perseguidor, por su parte, rodó por el empedrado, después de eludir milagrosamente a los lacayos, a dos monjas (a las que yo solía ver allí llevando pequeños regalos al cardenal Spada) y a dos perros. Entre los chillidos de las monjas y los ladridos de los perros, la calle era un guirigay.

Me apresuré a socorrer al abate Melani, que gemía desconsolado.

—Ay, primero aquel loco, y ahora éste… Mi brazo, maldición.

La manga derecha de la chaqueta de Atto, que comenzaba a impregnarse de humor negruzco, tenía un buen corte, probablemente causado por una cuchillada. Lo

despojé de la prenda. Una fea herida, de la que manaba abundante sangre, desfiguraba el fláccido y blanco brazo del abate.

Dos doncellas misericordiosas que vivían en el casino, donde se desempeñaban como ayudantes de guardarropa, habían presenciado la escena. Nos proporcionaron gasas con un poco de ungüento medicinal que, según nos aseguraron, aliviarían el dolor y curarían la herida del abate.

—Este pobre brazo parece signado por el destino —se quejaba Atto, mientras yo se lo vendaba—. Hace once años me caí a un foso, me herí gravemente el brazo y el hombro, a punto estuve de morir. Aquel accidente me impidió, entre otras cosas, venir a Roma con el duque de Chaulnes para el cónclave que se celebró después de la muerte de Inocencio XI.

—Se diría que los cónclaves son perjudiciales para vuestra salud —comenté instintivamente. El abate me echó una mirada que despedía fuego.

Un pequeño grupo de curiosos, niños y campesinos de la zona se había congregado alrededor.

—Malditos sean esos dos sujetos —refunfuñó Atto—. El primero era demasiado rápido; el segundo, demasiado pesado.

—Por mil bombas —exclamó el de la voz potente—, ¿cómo que pesado? Si he estado en un tris de atrapar a ese cerretano.

El círculo de espectadores se abrió al punto, asustado por esas palabras groseras y graves.

Las había pronunciado un coloso tres veces más alto, dos veces más ancho y probablemente cuatro veces más fornido que yo. Lo miré con fijeza: rubio era, y bello y de gentil aspecto, pero un antiguo golpe, que le había partido una ceja, le daba una expresión melancólica, que contrastaba con sus maneras joviales y rudas.

—De todos modos, y lo juro sobre la punta de todas las alabardas de Silesia, no pretendía ofenderos —prosiguió el energúmeno avanzando hacia nosotros.

Acto seguido, sin pedir permiso levantó a Atto del suelo y lo puso en pie como si fuese una aguja de pino. El corrillo que nos rodeaba, intrigado, se apretujó aún más, pero enseguida fue dispersado por los lacayos de la villa, que habían acudido en buen número. Mientras, el encuadernador recogía respetuosamente los papeles de Atto, esparcidos aquí y allá, a un lado y otro de la verja.

—Eres un esbirro —afirmó Atto estirándose y limpiándose la chaqueta—. ¿A quién perseguías?

—A un cerretano, he dicho; un gorrón, un gallofero o como diablos llaméis a esa gentuza. Seguramente os quería robar, por el alma de cien espingardas.

—Ah, un mendigo —traduje.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Atto.

—Sfasciamonti.

Atto, no obstante el dolor, lo miró de hito en hito.

—Bonito nombre, muy apropiado para ti. ¿Dónde trabajas? —inquirió, pues no había visto de dónde había llegado Sfasciamonti.

—Por lo general, en los aledaños de la via de Panico, pero desde ayer trabajo allí —respondió señalando la villa Spada.

A continuación explicó que era uno de los esbirros contratados por el cardenal Fabrizio para garantizar la seguridad de sus invitados. En ese instante el encuadernador se acercó con premura.

—Excelencia, he encontrado el arma que os ha herido —dijo tendiendo a Atto una especie de daga brillante de puño cuadrado.

Sin embargo, Sfasciamonti se hizo con ella antes que el abate y se la guardó en el bolsillo.

—Eh, un momento —protestó, Atto—. Ése es el cuchillo que me ha herido.

—Exacto, es el cuerpo del delito, que queda a disposición del gobernador y del alguacil. Tengo la misión de ocuparme de la seguridad de la villa, y no hago más que cumplir con mi deber.

—Esbirro, has visto lo que me ha pasado. La hoja de aquel miserable, gracias a Dios, sólo ha acariciado mi brazo, no mi espalda. Si tus colegas lo atrapan, quiero que también pague por esto.

—¡Os lo prometo y juro, por la cartuchera de Wallenstein! —rugió Sfasciamonti, lo que suscitó en los presentes un murmullo de temor.

La herida no era leve y el abate seguía perdiendo sangre. Dos criadas trajeron más gasas y volvieron a vendarle el brazo para detener la hemorragia. Pude así admirar el estoicismo con que el abate Melani soportaba el dolor, una virtud que no, le conocía. Todavía se quedó un rato para entablar acuerdos con el encuadernador, que en el ínterin había recogido del suelo todos los papeles de Atto, a los que debía dar forma y dignidad de volumen. Estipularon rápidamente el precio y se citaron para el día siguiente.

Nos dirigimos luego hacia el casino, donde Atto pensaba llamar a un médico o un cirujano para que le examinase el feo corte.

—Por ahora me duele poco, confiemos en que no empeore. Maldita la hora en que se me ocurrió citar en la verja a ese encuadernador. Pero le tengo mucho cariño a mi librito.

—A propósito, ¿qué le habéis encargado que os encuaderne?

—Oh, nada importante —respondió levantando las cejas y poniendo la boca redonda como una cereza.

Entramos en el casino sin decir nada más. Yo estaba perplejo por la afectada indiferencia con que el abate Melani había respondido o, mejor dicho, no había

respondido a mi pregunta. Los mil doscientos escudos me obligaban a compartir su suerte durante muchos días, para documentar su estancia en la villa Spada. Y aún no sabía qué me esperaba exactamente.

Le pedí permiso para retirarme, con el falso pretexto de ciertas tareas muy urgentes que se me habían acumulado. En realidad no me quedaba mucho por hacer aquel día; no era doméstico interno de la casa y, además, los preparativos para el comienzo de los festejos ya estaban terminados. Sólo deseaba un poco de soledad para reflexionar sobre los últimos acontecimientos. El abate, sin embargo, me rogó que le hiciese compañía hasta que llegase el cirujano.

—Apriétame más las gasas del brazo, por favor; el vendaje de esas chicas está haciendo que me desangre —me dijo con una punta de impaciencia.

Hice lo que me había pedido y reforcé además el vendaje con otras gasas que el ayudante de cámara nos había traído.

—¿Un librito francés, don Atto? —me resolví por fin a preguntar aludiendo a lo que me había dicho antes.

—Sí y no —respondió lacónico.

—Ah, quizá circula en Francia, pero ha sido impreso en Amsterdam, como es muy común… —dije esperando sonsacarle algo más.

—Que no —replicó con un suspiro de cansancio—. En realidad ni siquiera es un libro.

Nos interrumpió la llegada del cirujano. Mientras éste se afanaba con el brazo de Atto, dando órdenes al ayudante de cámara, aproveché para meditar.

Obviamente, no era casual que Atto reapareciese después de diecisiete años de silencio y me pidiese, como si tal cosa, que fuese su memorialista. Y aún era menos casual que estuviese entre los invitados a la boda del sobrino del cardenal Fabrizio Spada. Éste era secretario de Estado del papa Inocencio XII y había nacido en el reino de Nápoles, por lo que era partidario de los españoles. El papa Inocencio estaba al borde de la muerte y desde hacía meses toda Roma se preparaba para el cónclave. Melani era agente francés: un lobo en el cubil de las ovejitas.

Conocía bien al abate y no necesitaba hacer excesivos esfuerzos para entender su proceder. Bastaba aplicar una regla elemental: pensar mal. Así se acertaba siempre. Seguro que, enterado por mis memorias de que trabajaba como criado del cardenal secretario de Estado, había conseguido que lo invitasen a la fiesta de los Spada, conjeturé, valiéndose de su antiguo trato con el cardenal. Y ahora quería servirse de mí, encantado de la fortuita coincidencia que me había puesto donde más útil podía serle. Quizá pretendiese de mí no sólo que contase sus gestas en el próximo cónclave. Pero ¿qué podía tener previsto esta vez? Sobre eso era más difícil hacer cábalas. Una cosa sí tenía muy clara: hasta donde me lo permitieran mis escasas fuerzas, no iba a consentir que los manejos del abate Melani dañasen de ningún modo a mi amo, el

cardenal Spada. Al menos en este sentido era una bendición que Atto me hubiese confiado aquel encargo: así podría seguir sus pasos.

El cirujano ya había terminado su tarea, no sin haber arrancado a Atto algún ronco chillido de dolor y un buen montón de monedas por sus honorarios, que tuvo que desembolsar el herido debido a la temporal ausencia del gentilhombre de la casa.

—Menuda hospitalidad —comentó Atto con acritud—. Acuchillan a los invitados y éstos tienen encima que pagarse las curas.

El secretario de la villa Spada, que entretanto había acudido a la cabecera de Melani en ausencia de don Paschatio, el gentilhombre de la casa, mandó que le sirvieran enseguida el almuerzo, que dos lacayos se quedasen para ayudarlo a comer, ya que no podía hacerlo solo a causa del brazo herido, y que atendiesen todos sus deseos. Reiteró una y otra vez sus excusas, maldijo con palabras muy civilizadas la delincuencia y la mendicidad que en cada jubileo convertían a la urbe en un lazareto y le aseguró que, a la mayor brevedad, se le reembolsaría lo que había pagado con los correspondientes intereses e incluso se le recompensaría ampliamente por la gravísima afrenta que había sufrido, y eso que por fortuna habían contratado para encargarse de la seguridad de la villa durante los días de la fiesta a un esbirro, al que sin duda el gentilhombre de la casa pediría cuentas. Así siguió durante un cuarto de hora largo, sin percatarse de que Atto empezaba a quedarse dormido. Yo aproveché para retirarme.

La extraña agresión a Atto me había dejado entre consternado e intrigado. Con la excusa de arreglar unos setos de la entrada que no me parecían perfectos, saqué las tijeras de podar que llevaba en el mandil y me dirigí de nuevo hacia la verja.

—¿No has tenido bastante con el accidente de antes, chico?

Me volví o, mejor dicho, alcé la cabeza hacia lo alto.

—Este bosque debe de estar lleno de cerretanos. ¿Te quieres meter en más líos?

Era Sfasciamonti, que montaba guardia.

—Oh, ¿estáis vigilando?

—Vigilando, sí, vigilando. Estos cerretanos son una maldición, líbranos de ellos, Señor, por todas las estrellas del firmamento —dijo mirando alrededor con inquietud.

Cerretanos. Tanto repetía ese término de sonido siniestro, cuyo verdadero significado en realidad yo desconocía, que entendí que quería explicármelo.

—¿Qué es un cerretano?

—¡Chist! Noramala, ¿quieres que te oiga todo el mundo? —bisbiseó Sfasciamonti, y agarrándome violentamente del brazo me apartó del seto, como si un cerretano se ocultase entre el follaje.

Me llevó hasta la tapia, oteando a diestro y siniestro con sumo tiento, tanto que parecía temer una celada.

—Son… ¿cómo te diría yo? Son galloferos, pidienteros, sopistas, guitones… Vagamundos, en una palabra.

A lo lejos, dentro del parque, las notas de los músicos contratados con ocasión de la boda se mezclaban con los últimos golpes de martillo para terminar los decorados efímeros y teatrales.

—¿Queréis decir que son mendigos, como los gitanos?

—Eso mismo. O, mejor dicho, no —rectificó casi indignado—. ¡Que cosas me haces decir! Los cerretanos son mucho más o, más bien, menos. Los cerretanos hacen un pacto con el diablo —susurró persignándose.

—¿Con el diablo? —exclamé incrédulo—. ¿Acaso los persigue el Santo Oficio?

Sfasciamonti negó con la cabeza y elevó desconsolado la vista al o cielo, como para remarcar la gravedad del tema.

—Si tú supieses, chico.

—¿Qué hacen, pues?

—Piden caridad.

—¿Eso es todo? —repuse decepcionado—. Pedir limosna no es malo. ¿Qué culpa tienen de ser pobres?

—¿Quién te ha dicho que son pobres?

—¿No acabáis de decir que mendigan?

—Ya, pero eso se puede hacer por elección, no por necesidad.

—¿Por elección? —repetí entre risas. Empezaba a sospechar que la masa de músculos que era Sfasciamonti no estaba regida por más de media onza de cerebro.

—Más aún, por lucro. Lo creas o no, mendigar es uno los oficios más rentables del mundo. En tres horas ganan más que tú en tres meses.

Sobrecogido, callé.

—¿Son muchos?

—Desde luego. Están por todas partes.

La seguridad con que respondió a mi última pregunta me dejó impresionado. Vi que miraba alrededor y escudriñaba la alameda repleta de carruajes y criados atareados, como si temiese haber hablado demasiado.

—Ya se lo he contado todo al gobernador de Roma, monseñor Pallavicini —continuó—, pero nadie quiere darse por enterado. Me dicen: Sfasciamonti, no te preocupes. Sfasciamonti, bebe una copa. Pero yo lo sé: Roma está infestada de cerretanos y nadie los ve. Cuando pasa algo malo, ellos siempre están detrás.

—¿Queréis decir que antes, cuando perseguíais a aquel joven y el abate Melani resultó herido…?

—Claro. Fue el cerretano quien lo hirió.

—¿Cómo sabéis que era un cerretano?

—Me encontraba en la puerta San Pancrazio cuando lo reconocí. La policía andaba tras sus pasos desde hacía tiempo. Es imposible atrapar a los dichosos cerretanos. Enseguida comprendí que debía hacer algo, tenía una misión que cumplir. No me gustó verlo cerca de la villa Spada; por eso lo seguí.

—¿Una misión? ¿Cómo podíais estar tan seguro? —pregunté con cierto escepticismo.

—Los cerretanos van por la calle mirando a todas partes, pendientes de las bolsas ajenas y de cualquier otra cosa que puedan auñar. Se pasan la vida robando, tumbados a la bartola y retozando. Los conozco bien: sólo ellos tienen esos ojos avispados y aviesos. Un cerretano que camina mirando de frente como una persona normal con toda seguridad va a hacer algo importante. Estuve gritando hasta que me oyeron los otros esbirros de la villa. Es una lástima que huyera, porque le habríamos sonsacado algo.

Me pregunté que habría hecho Atto Melani en mi lugar.

—Apuesto a que conseguiréis averiguar adónde ha ido a parar ese hombre —dije —. El abate Melani, que se aloja en la villa Spada, seguramente os estará muy agradecido —concluí con la esperanza de espolear la codicia del esbirro.

—Claro que puedo averiguarlo. Sfasciamonti sabe siempre a quién preguntar —afirmó, mientras brillaba en sus pupilas no el ansia de la ganancia, sino el orgullo del esbirro.

Sfasciamonti había reanudado su ronda. Yo observaba cómo su imponente mole se confundía en la lejanía con la curva de la tapia, cuando vi que se acercaba un hombre desmirriado y encorvado.

—Perdona —me dijo con tono amigable—. Soy el secretario del abate Melani. He llegado esta mañana con él. He tenido que ir unas horas a la ciudad y ahora no me acuerdo de por dónde diablos se entra. ¿No había aquí delante una puerta vidriera?

Le expliqué que la puerta efectivamente existía, pero estaba en la parte trasera del casino.

—Habéis dicho que sois el secretario del abate Melani, si no he entendido mal —dije sorprendido. Atto me había ocultado que en esta ocasión no estaba solo.

—Sí. ¿Lo conocéis?

—¡Ya era hora! ¿Dónde os habíais metido? —bramó el abate Melani cuando vio entrar al secretario en sus aposentos.

Mientras lo acompañaba, tuve tiempo de fijarme mejor en él. Una gran nariz aquilina, plantada entre los ojos azules, protegidos con anteojos de cristales muy

gruesos y sucios, y coronados por sendas cejas espesas y rubias. Una mata de pelo trataba en vano de disimular el largo y delgado cuello, en el que despuntaba una nuez insolente y puntiaguda.

—Yo… he ido a presentar mis respetos al cardenal Casanate —se justificó— y me he retrasado un poco.

—Dejadme adivinar —dijo Atto, entre divertido e impaciente—. Os han tenido un buen rato haciendo antesala, os han preguntado hasta la saciedad quién erais y quién os enviaba. Al final, después de otra media hora de espera, os han dicho que Casanate ha muerto.

—Sí, en efecto… —balbuceó el otro.

—¿Cuántas veces os he de repetir que tenéis que decirme adónde vais cuando os ausentáis? El cardenal Casanate falleció hace seis meses; yo lo sabía y os habría ahorrado este papelón. Chico —dijo Atto dirigiéndose a mí—, éste es Buvat. Jean Buvat. Es escribano de la Biblioteca al de París y un gran hombre. Es un poco distraído y demasiado amante del vino. Pero tiene el honor de acompañarme en alguna ocasión, como la presente.

Recordaba, en efecto, que era un colaborador de Atto, como éste mismo me había contado en los días de nuestro primer encuentro, y que era un copista de talento extraordinario.

Nos saludamos cohibidos. La camisa mal remetida en el pantalón, donde los faldones formaban una especie de rodete, y las mangas estranguladas en un nudo sin lazo eran otras pruebas de la índole despistada de aquel hombre.

—Habláis muy bien nuestro idioma —le manifesté amablemente, con ánimo de contrarrestar la brutalidad del abate.

—Ah, las lenguas habladas no son su único talento —afirmó Atto—. Buvat se distingue más con la pluma, pero no como tú: tú crea; él copia. Y lo hace mejor que nadie. Pero sobre esto hablaremos en otra ocasión. Id a cambiaros de ropa, Buvat, que vuestro aspecto es deplorable.

El secretario se retiró sin decir palabra al cuartito contiguo, donde habían instalado su catre y dejado sus baúles de viaje.

Aprovechando que estaba allí, conté a Atto mi charla con Sfasciamonti.

—Cerretanos —me dijo—. Sectas secretas. De modo que, según tu esbirro, aquel pordiosero llegó por azar, empuñando el arma, para probar su hoja en mi brazo. Interesante.

—¿Tenéis otra teoría? —pregunté, a la vista de su escepticismo.

—No, ninguna. Hablaba por hablar —se limitó a responder distraídamente—. Además, en Francia existe algo parecido entre los mendigos, aunque nadie sabe nada con precisión sobre estas cosas, sólo de oídas.

El abate me había recibido con las ventanas que daban al jardín abiertas, en sayo, sentado en un bonito sillón de terciopelo rojo a cuyo lado había una mesilla con los restos de su opíparo almuerzo: la raspa de una enorme lubina, que aún despedía aroma a hinojo silvestre. Me acordé de que estaba en ayunas desde la mañana y noté que se me despertaba el apetito.

—He oído hablar de algunas antiguas tradiciones —prosiguió Atto sobándose el brazo herido—, pero son cosas hoy algo perdidas. En París existió una vez el gran César, o rey de Tule, el soberano de los andrajosos y de los vagabundos. Recorría la ciudad en un miserable carrito tirado por perros, como imitando al verdadero soberano. Cuentan que tenía una corte, pajes y vasallos en cada una de las provincias. Incluso convocaba los estados generales.

—¿Una asamblea del pueblo, queréis decir?

—Exacto. En lugar de nobles, sacerdotes y damas, reunía a miles de tullidos, ladrones, mendigos, timadores, putas y enanos… Sí, un poco de todo, en suma —se apresuró a enmendar su metedura de pata—. Anda, quítate ese mandil lleno de herramientas, que supongo debe de pesar bastante —dijo tratando de ser simpático.

La frase poco feliz del abate Melani no me había enojado, pues sabía perfectamente cuántos de mis desdichados semejantes poblaban los oscuros antros del hampa. Y también sabía que había sido bendecido por la buena suerte.

Mientras accedía gustoso a la invitación de Atto y me despojaba de mi pesado mandil de jardinero, un paje pidió permiso para entrar: traía una carta para el abate.

—Creo que también en Alemania —continuó Atto cuando el paje se hubo marchado— ha existido siempre algo semejante. Se llama Cofradía de los Falsos Mendigos o algo así. En España, según me contaron hace años, hay varios grupos de la misma índole. Pero son secretos y dudo que se pueda saber más.

—No entiendo. ¿Por qué tanto misterio? Los señores y los hombres de Estado son los que deberían hacer las cosas en secreto.

—Te equivocas —aseguró Atto con una sonrisa sardónica, mientras rompía distraídamente el lacre de la carta, aún muy pendiente de aleccionarme—. Todo el mundo adora el secreto. La mitad de la humanidad quiere guardarlo para sus propios fines. La otra mitad lo quiere descubrir, también para sacar provecho.

—¿Y los mendigos?

—Como habrás entendido, a menudo son falsos mendigos. Estafadores. Y eso ya es un secreto.

—Pero ¿acaso es necesario estar en una sociedad secreta para ser estafador? ¿Y hacer pactos con el diablo, como dice Sfasciamonti? Yo veo mendigos por todas partes aquí, en Roma, *massime* ahora, con el jubileo. Si se les mira bien, en efecto, a veces parecen más degolladores que limosneros. Pero de ahí a formar una secta, y encima prohibida…

—¿Y los zapatos? —me interrumpió de improviso Atto, mirando detrás de mí—. ¿No pensaréis presentaros a mi lado calzado de semejante guisa?

Buvat estaba de nuevo con nosotros, lavado, peinado y con un atuendo limpio, pero el raso verde oscuro de los zapatos estaba visiblemente desgastado, por no decir raído, en varios puntos, uno de los tacones de roble estaba partido y las hebillas, casi completamente descosidas, colgaban de los lazos.

—He olvidado los zapatos nuevos en el palacio Rospigliosi —se atrevió por fin a decir—, pero os prometo que antes de que anochezca iré a buscarlos.

—No vayáis a olvidar allí también la cabeza —dijo el abate con una resignación que delataba su desprecio—. Y no perdáis el tiempo callejeando, como tenéis por costumbre.

—¿Cómo está vuestro brazo? —pregunté.

—Estupendamente. Me encanta que me corten en lonchas con una hoja afilada —respondió, y enseguida se acordó de la carta que le habían entregado.

Su lectura, que hizo rápidamente, debió de causarle una serie de sentimientos encontrados: primero arrugó la frente, luego sus labios se abrieron una sonrisa carnosa y conmovida que le hizo temblar el hoyuelo del mentón. Por último, fijó pensativo la vista en el cielo, al otro lado de la ventana. Estaba pálido.

—¿Malas noticias? —inquirí tímidamente, tras cruzar una mirada interrogante con su secretario.

Los ojos inexpresivos del abate nos revelaron que no había oído nada.

—Maria… —me pareció oír que murmuraba antes de guardarse la carta, mal doblada, en el bolsillo del sayo.

Aunque sentado en el sillón, se había apoyado en su bastón de paseo, como para soportar el peso de una noticia muy grave. Su aspecto volvía a ser el de un Atto Melani viejo y cansado.

—Ahora vete. También vos, Buvat, os lo ruego. Dejadme solo.

—Pero… ¿estáis seguro de que no necesitáis nada? —pregunté vacilante.

—Ahora no. Volved al anochecer.

No bien dejamos los aposentos del abate y bajamos por la escalera de caracol de servicio, mi frente y la de Buvat fueron acogidas de nuevo por el fulgor del mediodía.

Estaba desconcertado. ¿Qué había sumido a Atto en tal postración? ¿Quién era la misteriosa Maria, cuyo nombre había brotado de una manera tan dulce de sus labios? ¿Era una mujer de carne y hueso? ¿O una invocación a la Santa Virgen?

Sea como fuere, razoné mientras caminaba a buen paso al lado de Buvat, el hecho resultaba inexplicable. Atto no se distinguía por su fe ardiente; hasta donde recordaba, ni en los momentos de mayor peligro lo había oído invocar la ayuda del cielo. Ahora bien, todavía más extraño sería que la tal Maria fuese una mujer del

mundo. En efecto, el suspiro y la palidez con que Atto había susurrado aquel nombre hacían pensar en una promesa incumplida, en una pasión antigua e insatisfecha, en un tormento del corazón. En una palabra, en un amor.

El amor por una mujer: la única prueba, me dije, a la que el castrado Atto Melani nunca habría podido hacer frente.

—Si queréis recuperar vuestros zapatos, os espera una buena cabalgada bajo el sol hasta el palacio Rospigliosi —comenté a Buvat mirando hacia los establos en busca del palafrenero.

—Ay —dijo con una mueca de malestar—, y ni siquiera he comido.

Aproveché la ocasión al vuelo.

—Si no tenéis inconveniente, puedo prepararos algo rápido en las cocinas…

No hubo que repetírselo dos veces. Dimos, pues, media vuelta y, tras cruzar la puerta trasera del casino, enseguida estuvimos en el barullo de las cocinas de la villa Spada.

En medio del tráfago de los pinches que limpiaban y de los ayudantes de cocina que ya se disponían a preparar la cena, me hice con algunos restos: tres agujas sin espinas y desaladas, ya guarnecidas de rodajas de limón con rizos de mantequilla, dos rosquillas ázimas y un bello recipiente blanquiceleste en forma de copa, lleno de aceitunas verdes con cebollas. Conseguí también una caña de vino moscatel. Para mí, que me moría de hambre, corté un par de trozos de queso a las hierbas y miel y los puse sobre cogollos de lechuga, que había sacado en perfecto estado de las sobras de las guarniciones. Después de una jornada de trabajo, eso no podía saciarme, pero al menos me permitiría llegar vivo y con moderado apetito a la hora de cenar.

Sin embargo, en el febril trajín de las cocinas no era fácil encontrar un rincón donde pudiésemos comer nuestro tardío almuerzo. Yo buscaba además un lugar apartado para conocer un poco mejor a aquel ser extraño, alto y taciturno, que trabajaba como secretario para Atto Melani. Tal vez de ese modo conseguiría aclararme las ideas sobre la mentada Maria y sobre el singular comportamiento del abate, así como sobre lo que éste tenía previsto para su futuro y, *massime*, para el mío.

Así pues, propuse a Buvat, que no se hizo de rogar, que nos sentáramos en la hierba del parque, a la sombra de un níspero o de un melocotonero, donde además tendríamos la ventaja de poder coger directamente del árbol un sabroso fruto, que sería nuestro postre. Al punto nos apropiamos de un cesto y de una tela doble de yute y nos encaminamos por la grava candente hacia la capilla de la villa Spada. El espeso bosquete de delicias que se extendía detrás era el sitio ideal para nuestra improvisada colación. Llegados a aquella sombra perfumada, el suave frescor del suelo dio alivio inmediato a nuestros pies, y nos habríamos sentado en la orilla del bosque si unos

ronquidos quedos y regulares no nos hubiesen revelado la presencia del capellán, don Tibaldutio Lucidi, quien evidentemente había decidido disfrutar de un breve descanso de las fatigas del oficio divino. Nos alejamos, pues, y elegimos como techo la acogedora copa de un hermoso ciruelo cargado de frutas maduras y rodeado por todas partes de fresas silvestres.

—Conque sois escribano en la Biblioteca Real de París —dije para entablar conversación, mientras extendía sobre la hierba la amplia tela de yute.

—Escribano para Su Majestad y escritor para mí mismo —explicó medio en broma, medio en serio, al tiempo que hurgaba con avidez en el cesto de los víveres—. Lo que de mí ha dicho el abate Melani no es del todo cierto. No solamente copio, sino que también creo.

Pese a que le había dolido el juicio de Atto, Buvat hablaba con cierta ironía de sí mismo, conforme a esa actitud resignada que, en los espíritus elevados pero destinados a una vida subalterna, determina la imposibilidad de que hasta ellos se tomen en serio.

—¿Y sobre qué escribís?

—Fundamentalmente de filología, aunque de forma anónima. Con motivo de una peregrinación que hice a Nuestra Señora de Loreto, en la Marca de Ancona, publiqué algunos antiguos textos latinos que había descubierto hacía años.

—¿En la Marca de Ancona, decís?

—Sí —respondió con amargura, mientras se dejaba caer al suelo y hundía los dedos en la copa con aceitunas—. «*Nemo propheta in patria*», dijo el Evangelista. En París nunca he publicado nada; apenas consigo que me paguen. Por suerte, el abate Melani me da de vez en cuando algún trabajillo; si no, el encargado de la biblioteca, un viejo cicatero y envidioso… Pero háblame de ti. Según el abate, también escribes.

—Ejem, no exactamente, nunca he dado nada a la imprenta. Me hubiese gustado, pero no he podido —expliqué turbado, apartando la mirada y fingiendo prisa en servirle los lomos de aguja con mantequilla.

No le dije que mi único escrito, las voluminosas memorias sobre los hechos que nos habían acaecido al abate y a mí muchos años atrás en la Posada del Donzello, me lo había robado Atto.

—Comprendo. Pero ahora, si no estoy equivocado, el abate Melani te ha encargado que anotes los sucesos de estos días —apuntó, al tiempo que cogía una rosquilla ázima y la abría con avidez para hacer sitio al relleno.

—Sí, aunque todavía no sé muy bien qué debo…

—Yo ya sabía que tenía intención de proponértelo, pues asegura que no escribes nada mal. Tienes suerte; Melani es muy pródigo en el pago —prosiguió, mientras ponía en el pan un par de lomos de pescado.

—Pues sí —convine, encantado de que por fin hablásemos de Atto—. Volviendo

a lo de antes, ¿qué trabajos me decíais que os encargaba el abate Melani?

Buvat pareció no oírme. Se detuvo a reflexionar un instante, sin hacer otra cosa que exprimir limón sobre la rosquilla rellena. Por fin me dijo:

—¿Por qué no me enseñas lo que has escrito? A lo mejor podría ayudarte a encontrar un impresor…

—Hum… No merece la pena, señor Buvat; no es más que un diario y está escrito en lengua vulgar… —aduje, con la nariz pegada a mis trozos de queso a las hierbas, deplorando para mis adentros la debilidad del pretexto.

—¿Y eso qué tiene de malo? —protestó Buvat blandiendo la rosquilla—. ¡No estamos en el siglo dieciséis! Además, ¿no has nacido libre? Pues puedes obrar a tu manera. Así como no tendrías que rendir cuentas a nadie si hubieses escrito en alemán o en hebreo, tampoco tienes que hacerlo por haber escrito en lengua vulgar. —Se interrumpió para dar un bocado, mientras con la otra mano me pedía que le alcanzase el vino—. ¿Es que la majestad de la lengua vulgar no es lo bastante grande para abordar los temas más exquisitos? —exclamó a continuación, con la boca llena —. El reverendo monseñor Panigarola se ocupó con ella de los mayores secretos de la teología, y antes que él lo hicieron los muy singulares ingenios de monseñor Cornelio Muso y de Fiamma. El excelentísimo señor Alessandro Piccolomini puso en ella casi toda la filosofía; Mattiolo adaptó prácticamente la entera medicina simple, y Valve, toda la anatomía. ¿Y no vas a poder tú plasmar las cuatro hablillas de un diario? Donde puede instalarse cómodamente la reina, que es la teología, bien avenida con la doncella, que es la filosofía, y sentirse aun mejor el ama de llaves, que es la medicina, imagínate una simple criada, lo que es precisamente el diario.

—Pero mi lengua vulgar no es siquiera el toscano, sino la lengua romana — repuse, también con la boca llena.

—«¡Oh, tú, conque no has escrito en toscano!», diría aquí el maestro Aristarco. Mas yo te digo que si no has escrito en toscano, ni en alemán, es porque eres romano, y quien prefiera el toscano que lea a Boccaccio y a Bembo —afirmó tajantemente mi interlocutor con semblante cómico y voz bronca, y concluyó sus palabras con un gran trago de moscatel.

Era perspicaz e inteligente este Buvat, me dije, mientras daba un buen mordisco a una lechuga. A pesar de la dulce frescura de aquel cogollo, noté que una punta de envidia me quemaba el estómago; ¡ojalá tuviese yo un ingenio tan agudo como el suyo! Encima, Buvat era francés, y no necesitaba su lengua materna para expresarse tan bien. ¡Dichoso él!

—He de decir, sin embargo —quiso precisar mientras devoraba las últimas cebollas—, que tan mal hábito es muy propio de los italianos, un pueblo de envidiosos profesionales. ¿De dónde sacáis esta costumbre tan bárbara? ¿Por qué tenéis el hábito inhumano de ser enemigos mortales de elogiar a otros? En cuanto un

ingenio aparece entre vosotros y su nombre y reputación crecen, ya están ahí los infundiosos para difamarlo y maltratarlo sembrándole el camino de tamañas invectivas y maledicencias que su valor suele convertirse en miseria.

Con la condescendencia que procura el hambre aplacada, no me costó darle la razón, mas no era del todo cierto que dicho defecto fuese exclusivamente italiano. ¿Acaso él mismo no se había quejado poco antes de las vejaciones que sufría por la envidia de su jefe bibliotecario, que lo dejaba morir de hambre sin un real? ¿Y no había confesado que en París no le permitían publicar una línea siquiera, mientras que en Italia había encontrado amparo literario? Con todo, no se lo hice notar. Todas las gentes, con excepción de los italianos, adolecen de la misma debilidad: el orgullo de pertenecer a un pueblo. Y yo no tenía el menor interés de herir el de Jean Buvat.

Nuestra colación estaba a punto de concluir. No había conseguido que me dijese nada sobre Melani; peor aún, nuestra conversación había caído en un terreno resbaladizo: mis memorias. No es que creyera que el abate no merecía que denunciase a su escribano el robo de mis memorias, sino que, si lo hacía, Buvat me habría formulado una serie de preguntas sobre Atto y, sencillamente, no me parecía oportuno airear las antiguas fechorías de su amo. Desvié, pues, el tema señalando a Buvat —que, mientras hablaba, seguía rebuscando sin parar en el cesto de los víveres — que ya habíamos acabado con lo que habíamos traído y sólo nos quedaba arrancar algunos frutos de la copa del ciruelo, de cuya sombra éramos felices huéspedes. Por motivos obvios, él fue el encargado de la tarea, al tiempo que yo me ocupaba de sacar brillo con el yute a las ciruelas maduras y de colocarlas en el cesto vacío. Agotada la conversación, dimos cuenta de las ciruelas en religioso silencio, sólo interrumpido por los parabólicos lanzamientos de los huesos, que propulsábamos con la boca. ¿Fue aquella rítmica lluvia de huesos sobre la fresca hierba del bosquete, el dulce susurro de las hojas, acariciadas por los céfiros del principio de verano, las fresas silvestres que —con nuestros cuerpos tumbados sobre la humedad maternal de la tierra— arrancábamos directamente con los labios, o todo eso junto? No lo sé, pero el caso es que nos entró sueño. Mientras oía los ronquidos de Buvat y me decía que tenía que despertarlo, pues debía ir a la ciudad por sus zapatos o, de lo contrario, no le daría tiempo de regresar al anochecer, advertí otro sonido que fue en aumento hasta sobreponerse a aquéllos, un sonido que me resultaba más conocido y familiar: yo también me había quedado dormido y roncaba como un bendito

Primera Noche

7 DE JULIO DE 1700

Cuando despertamos, el sol ya se había puesto. El parque de la villa empezaba a llenarse de visitantes, que paseaban y departían admirando los decorados que dos días más tarde servirían de marco a la boda de Maria Pulcheria Rocci y Clemente Spada. Los ecos de las voces llegaban hasta nuestro bosquete.

—Eminencia, permitid que os bese las manos.

—¡Querido monseñor, cuánto me agrada veros! —fue la respuesta.

—También para mí es muy grato encontraros aquí, Eminencia —dijo una tercera voz.

—¿Vos? —repuso el segundo—. Queridísimo marqués, me faltan palabras para expresar la alegría que me causa veros. Esperad, todavía no he tenido tiempo de saludar a la marquesa.

—Eminencia, yo también querría besaros las manos —dijo una voz femenina.

Más tarde sabría perfectamente (después de verlos muchas veces durante esos días en la fiesta) que quienes se intercambiaban esos cumplidos eran el cardenal Durazzo, obispo de Faenza, de donde acababa llegar; monseñor Grimaldi, presidente de la Anona, y el marqués y la marquesa Serlupi.

—¿Cómo os ha ido el viaje, Eminencia?

—Bueno, ha sido un poco fatigoso, el calor, ya podéis imaginar. Pero, Dios mediante, hemos llegado. Que quede claro que he venido sólo por la amistad que me une al secretario de Estado. Ya no tengo edad para estos entretenimientos. Demasiado calor para un anciano como yo.

—Pues sí, hace un calor… —convino monseñor Grimaldi.

—Es como estar en España, donde, según me cuentan, el calor es casi infernal —comentó el marqués Serlupi.

—De eso nada, en España se está estupendamente, yo guardo un buen recuerdo. Un gran recuerdo, os lo aseguro. Oh, perdonadme, he visto a un viejo amigo. Marquesa, mis respetos.

Vi que el cardenal Durazzo interrumpía algo bruscamente la charla recién iniciada para, seguido de un criado, dirigirse presuroso hacia otra eminencia, nada más y nada menos que el cardenal Barberini, como sabría después.

—¿Cómo has podido insinuar…? —oí que la marquesa Serlupi reprochaba a su marido.

—¿Qué he insinuado? Yo no quería decir nada sobre…

—Debéis saber, marqués —terció monseñor Grimaldi—, si vuestra benevolencia me permite daros una explicación, que el cardenal Durazzo fue nuncio en España antes de recibir el capelo cardenalicio.

—¿Y bien?

—Pues parece (aunque son sólo rumores, nada más que rumores) que Su Eminencia no era bienquisto por el rey de España; es más, y esto sí se sabe con certeza, los parientes que lo acompañaron fueron agredidos por desconocidos y uno de ellos murió a causa de sus heridas. Entenderéis, pues, que en los tiempos que corren…

—¿Qué queréis decir?

Monseñor Grimaldi lanzó una mirada indulgente a la marquesa.

—Quiere decir, querido marido —intervino ella, irritada—, que a Su Eminencia, uno de los papables del próximo cónclave, no le gusta oír la menor mención a los españoles, que podrían vetar su elección. Precisamente hablamos de eso hace apenas dos días en casa.

—No puedo acordarme de todo. —El marqués Serlupi resopló, turbado, al darse cuenta de la torpeza que había cometido con un posible futuro Pontífice, mientras su mujer despedía con una sonrisa de afectuosa complicidad a monseñor Grimaldi y éste daba la bienvenida a otro huésped.

Ésa fue la primera ocasión en que comprendí bien el verdadero carácter de la fiesta que estaba a punto de empezar. El abate Melani tenía razón. Si en la villa todo se hallaba aparentemente dispuesto para que el espíritu se distrajese de las cosas graves por medio de los entretenimientos, los participantes estaban absolutamente pendientes de los sucesos de aquellos días; sobre todo, del inminente cónclave. Cualquier conversación, frase o sílaba podía hacer saltar de sus sillas, como pinchados por un punzón aguzado, a las eminencias y a los príncipes que, fingiendo buscar el esparcimiento, en realidad habían acudido a la villa del cardenal secretario de Estado para conseguir su elección o la de las potencias a las que servían.

En ese preciso instante reparé en que la persona a la que se había acercado monseñor Grimaldi era el mismísimo cardenal Spada, quien, una vez que hubo saludado debidamente a aquél, empezó a pasar revista a las instalaciones en compañía de su gentilhombre de la casa, don Paschatio Melchiorri.

No obstante su capa morada de cardenal, a duras penas pude reconocer a Fabrizio Spada, tan enfadado parecía. Tenía un semblante nervioso y distraído.

—¿Y el teatro? ¿Por qué no está aún acabado? —preguntó el secretario de Estado jadeando por el bochorno, mientras se dirigía al casino desde el bosquete.

—Casi hemos alcanzado nuestros propósitos, Eminencia. Dicho de otro modo, hemos hecho grandes progresos y prácticamente hemos resuelto el problema de…

—Señor gentilhombre de la casa, no quiero progresos, quiero resultados. El teatro

debe estar listo mañana. ¿No sabéis que están llegando los huéspedes?

—Por supuesto que sí, Eminencia, pero…

—¡Yo no puedo ocuparme de todo, don Paschatio! He de pensar en otras mil cosas —exclamó el cardenal con voz tan exasperada como desconsolada.

El gentilhombre de la casa asentía y se inclinaba. Estaba tan conturbado que no podía pronunciar palabra.

—¿Y los cojines? ¿Ya están cosidos?

—Casi, Eminencia; es decir, falta muy poco…

—Queréis decir que no están listos. ¿Voy a tener que sentar a los miembros de edad avanzada del Sagrado Colegio en la tierra desnuda?

Dicho esto, el cardenal Spada, seguido por una plétora de criados, dejó al pobre don Paschatio en medio de la vereda, donde, ignorando que yo lo observaba, procedió a limpiarse el polvo de los zapatos.

—¡Dios mío, mis zapatos! —refunfuñó Buvat levantándose sobresaltado al ver el gesto de don Paschatio—. Tengo que ir a buscarlos.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para ir al palacio Rospigliosi. Así pues, me levanté despacio y le propuse que nos encaminásemos por sendas solitarias hacia el sotabanco del casino, donde seguramente encontraríamos a un criado dispuesto a prestarle un par de zapatos menos desgastados que los suyos.

—Los zapatos de un lacayo —masculló Buvat con una punta de vergüenza, mientras guardábamos a toda prisa en el cesto los restos de nuestra colación—. Sí, claro, sin duda estarán en mejor estado que los míos.

Enrollé la tela de yute, me la puse bajo el brazo y anduvimos furtivos hacia el lado opuesto al de las voces. Bordeamos el parque, siempre lejos de las luces de la fiesta, por la orilla de la oscura cuesta que descendía hacia el viñedo de la villa. Con la complicidad del crepúsculo, ganamos la puerta de servicio del casino sin demasiadas complicaciones. En efecto, a cambio de una módica retribución, Buvat se hizo con un buen par de zapatos de librea charolados y con lazos, tras lo cual acudimos a nuestra cita con Atto Melani. Ni siquiera tuvimos necesidad de llamar a la puerta; el abate, con peluca, afeites y polvos, vestido con un traje de gala de raso bordado, las mejillas brillantes de rojo carmín y salpicadas de lunares (no precisamente pequeños, sino grandes y ridículos) a la moda francesa, nos esperaba en el umbral golpeando nerviosamente su bastón de paseo. Observé que, en lugar de las medias rojas de abate, se había puesto unas blancas.

—¿Dónde diablos os habíais metido, Buvat? Os espero desde hace más de una hora. ¿Acaso pretendéis que baje solo, como un plebeyo? Los demás invitados ya están en el jardín. ¿A qué creéis que he venido aquí? ¿A mirar desde la ventana cómo el marqués Serlupi habla con el cardenal Durazzo mientras yo me pudro en mi habitación?

La mirada del abate cayó enseguida en el centelleo que a la luz de los candelabros producían los zapatos de lacayo de su secretario.

—Callad. No quiero saber nada —lo previno con un suspiro y alzando la vista al cielo, cuando Buvat ya se resignaba de mala gana a explicarle lo ocurrido.

Se marchaban así, sin que Melani me hubiese dicho nada, como si no hubiera reparado en mi presencia. Sin embargo, justo cuando Buvat me hacía una triste señal de despedida, Atto se volvió sin detenerse y me indicó que lo siguiera.

—Chico, mantén los ojos abiertos. El cardenal Spada es secretario de Estado, y estoy seguro de que sabrás intuir si está pasando algo importante. Por supuesto, no nos interesan sus discusiones con el gentilhombre de la casa.

—La verdad es que no os he prometido que fuese a espiar para vos.

—No tendrás que espiar, porque tampoco serías capaz. Lo único que has de hacer es mantener los ojos, los oídos y el cerebro alertas. Para conocer el mundo, eso basta y sobra. Es todo. Mañana, al amanecer, ven a verme.

Menuda prisa tenía el abate por unirse a las conversaciones con los otros huéspedes ilustres de los Spada, me dije. Y no, desde luego, por deseo de entretenerse… Sin duda, había presenciado, desde la ventana, el rapapolvo que el cardenal Fabrizio había echado a don Paschatio y, por consiguiente, también había advertido el singular estado de aprensión del secretario de Estado. Quizá por ese motivo me había hecho su última recomendación: no perder de vista al dueño de la casa.

Esa noche, pensé, era mejor que me quedase en el casino, por la mañanera cita que tenía con Atto al día siguiente. Pero sobre todo porque mi Cloridia no estaba en casa. Dormir en nuestro lecho vacío era para mí la peor tortura posible. Más valía, pues, que me acostase en la yacija improvisada que podía encontrar en el desván, en la estancia de la servidumbre.

Cuando iba a buscar al gentilhombre de la casa para ofrecerle mis últimos servicios antes de nuestra breve cena, me acordé de que me había dejado en los aposentos de Atto mi mandil de jardinero con las herramientas. Supuse que el abate no se molestaría si entraba un instante en su habitación para sacar mis pertenencias. Un ayudante de cámara me dio permiso para coger las llaves de la puerta de Atto. Hacía tiempo que me conocían en la villa y, aunque no trabajaba allí regularmente, me tenían una confianza ciega.

Entré, cogí el mandil y ya me disponía a salir cuando mis ojos tropezaron con el escritorio de Atto: un montoncillo de polvo absorbente y, un poco más allá, dos plumas de ganso partidas. El abate debía de haber escrito bastante, y con suma agitación, durante nuestra ausencia; sólo una mano febril podía haber roto la pluma dos veces. ¿Tenía algo que ver aquello con la misiva que había recibido y tanto lo

había turbado?

Eché una ojeada por la ventana. El abate Melani y Buvat se alejaban por una vereda del jardín. Estaba a punto de perderlos de vista, cuando me acordé de que un momento antes me había parecido ver en la habitación de Atto un instrumento que me sonaba de algo. Paseé la mirada alrededor; ¿dónde estaba? En el sillón del desayuno, eso era. No me había equivocado. Era un catalejo. Aunque jamás había tenido uno entre las manos, conocía su forma y su funcionamiento, ya que en Roma el famoso Vanvitelli los empleaba para pintar sus célebres y maravillosas vistas de la ciudad.

Cogí, pues, el catalejo, me lo pegué al ojo y me puse a mirar las figuras ya lejanas de Atto y su secretario. Quedé sorprendido y fascinado por la milagrosa virtud de aquella máquina, capaz de acercar las cosas situadas en lontananza y de agrandar las minúsculas, del mismo modo cómo, por citar al padre Tesauro, el ingenio dota de interés a las cosas aburridas y alegra las tristes. Sonrojado por la emoción, con los párpados todavía rebeldes al duro metal del instrumento, sin saber manejarlo bien, ora lo fijaba en el azul del cielo, ora en el verde de la vegetación, sintiéndome como un águila entre los humanos y como una rapaz entre los mamíferos, hasta que por fin conseguí fijar su potente ojo en la dirección adecuada.

Vi que Atto se detenía y hacía grandes reverencias a dos cardenales y a una noble acompañada por dos damas jóvenes. Buvat, que ya se había adueñado de una copa de su preciado vino, tropezó con un tablón y a punto estuvo de verter el néctar sobre la mujer. Melani abrió los brazos con aspaviento tratando de excusarse con las tres señoras y enseguida reprendió discreta pero ásperamente a Buvat, quien ya había dejado la copa y se limpiaba torpemente la tierra de sus medias negras. La verdad es que no resultaba fácil moverse por las veredas; por doquier había lacayos, criados y peones, que aún no habían retirado los materiales y desechos para la construcción del teatro, de las arquitecturas efímeras, de las mesas al aire libre y de las obras de jardinería y de irrigación.

Cuando vi que Atto y Buvat se detenían a hablar con otro par de caballeros, me decidí. Era el momento de actuar. Si el lobo francés había llegado al aprisco de los corderos españoles, yo tenía ahora la ocasión de espiar en la madriguera del lobo.

Si he de ser franco, lo que me proponía hacer me avergonzaba un poco. El abate me había tomado a su servicio a cambio de un generoso pago. Las dudas me consumían. Sin embargo, concluí que podía ser más útil si conocía mejor las exigencias de mi amo temporal, incluidas aquellas que, por no sabía qué razones, todavía no me había contado. Así pues, comencé a explorar con minuciosidad el aposento en busca de las cartas —o más probablemente de la carta— que el abate había escrito con enorme pasión en nuestra ausencia. Estaba seguro de que aún no la había despachado; Buvat, que, como el abate me había explicado, copiaba su

correspondencia, había regresado demasiado tarde para hacer una copia destinada a los archivos de Atto, según era costumbre entre los nobles. Lo demostraba la ausencia de restos de cera en el escritorio, así como que la vela (con la que Atto tendría que haberla fundido para sellar la carta) seguía intacta.

Busqué en vano. En el baúl de Atto y entre las cosas guardadas en los dos roperos que había en su aposento, a primera vista no había ninguna misiva. Al lado de un mapa y de un manuscrito de cantatas, descubrí un pequeño legajo con noticias y hojas volantes de gacetas, llenas de comentarios y anotaciones del abate. En su mayoría trataban de asuntos inherentes al Sagrado Colegio Cardenalicio, y algunas notas recordaban sucesos muy lejanos. En esencia, era un conjunto de chismes sobre las relaciones entre las distintas eminencias, sus rivalidades, las zancadillas que se ponían en los cónclaves, y así sucesivamente. Aunque sólo les eché un rápido vistazo, me divirtieron bastante.

Acuciado por el escaso tiempo de que disponía, enseguida me puse a buscar en otros sitios. Abrí una cajita de medicinas, donde sólo encontré cremas y ungüentos, un perfume para peluca y una botellita de agua de la reina de Hungría; luego un estuche, donde había un espejito, un broche, cordoncillos con hebijones, dos pretinas y dos esferas de reloj. Nada más. Me dio un vuelco el corazón cuando, envuelta en un paño de lana, encontré una pistola. ¿Qué había venido a hacer Atto a la villa Spada? Nadie va armado a las bodas, me dije. Diecisiete años antes, para someter a nuestros adversarios, había hecho pasar una pipa por pistola y conseguido engañarlos. En cambio, ahora debía de temer por su integridad, pensé, si había decidido llevar consigo un arma.

Tras repasar zapatos y borceguíes, comencé de mala gana a hurgar entre la ropa; había tanta como para una estancia de un año, pero eso era muy propio del abate. Revisé rápidamente la larga serie de jubones, coletos, roquetes, tunicelas, casaquines, capas, capuces, cinturones y chorreras de punto de Venecia en forma de hojas, chalecos, pantalones, manguitos, ferreruelos y medias enteras. Mis rudas manos acariciaron la apreciada seda, el brillante raso, la sargueta, la gamuza, la chinchilla, el damasco, el tabí, el brocatel, el caniquí, las muselinas, las popelinas, las holandas, las telas con pliegues, lisas o labradas, los rasos esplendentes, con o sin paramentos, la seda de Milán y el satén de Génova. Ante mis ojos pasaban los tonos de color más exquisitos: el ceniciento, el perlino, el fueguino, el musgo, el carminoso, el acabellado, el nacarado, el azabache, el colombino, el azufrado, el cárdeno, el ígneo, el albazano, el lechoso, el cambiante, el *gris castor* y el oro y el plata lisos, a cuadros o a rayas.

E1 ropón violeta con que el abate Melani había reaparecido ante mí aquel día, tras tantos años de silencio, desentonaba con esas formidables vestimentas. Para mi sorpresa, reparé en que era la única prenda pasada de moda en aquel suntuoso

armario. No tardé en comprender. Atto la llevaba a propósito por mí, para que no notase en él más que la lenta erosión que el tiempo obra en los rostros y para que su aspecto de hoy coincidiese lo más posible con mi recuerdo. Dicho de otro modo, sabía cuánto lo había añorado y quería conmoverme.

Aún sin saber si sentir gratitud o resentimiento (pues podía juzgar el hecho de distintas formas), me puse a revisar el ropón, que —lo confieso— me evocaba circunstancias lejanas y muy especiales de mi juventud.

Palpé en el pecho algo que en un primer momento tomé por una joya, pero estaba prendido en el interior. Volví del revés el ropón y, no sin estupor, descubrí un escapulario de la Virgen del Carmen, el escapulario milagroso que, por concesión de la Virgen María, otorga a sus portadores las gracias solicitadas y la liberación de las penas del purgatorio el primer sábado después de la muerte. Sin embargo, lo que había atraído la atención de mis dedos eran tres pequeñas protuberancias: en una bolsita cosida al escapulario, justo a la altura del corazón, había tres perlitas.

Enseguida las reconocí: eran las tres margaritas, las tres perlas venecianas que tan importante papel habían desempeñado durante el último y turbulento diálogo que, diecisiete años atrás, en la Posada del Donzello, habíamos mantenido Atto y yo antes de perdernos de vista.

Así vine a saber que Atto las había amorosamente recogido del suelo al que yo las había arrojado en un arranque de cólera y que las había conservado. Durante todos esos años, además, las había llevado en su corazón, quizá en una muda oración a la Santa Virgen…

Me dije, con todo, que Atto no debía de llevar el escapulario con mis perlitas todos los días, dado que ahora lo había dejado con el ropón en el armario. Como ya me había encontrado, tal vez se sentía libre de su voto.

¡Ah, abate granuja!, protesté para mis adentros, al tiempo que me emocionaba descubrir el afecto que me profesaba. Yo tampoco podía negar que, pese a los viejos rencores, lo quería con toda mi alma. Y si seguía sintiendo lo mismo por él —no obstante el desasosiego que me había hecho pasar durante casi dos décadas— después de sus más recientes trastadas, bien podía suponer que, a mi pesar, jamás podría renunciar a su amistad.

Me reproché con acritud mi deseo de espiarlo pero, justo cuando me disponía a marchar avergonzado, me detuve vacilante en el umbral de la puerta; ya no era un zagal, los impulsos del corazón ya no me quitaban la luz de la inteligencia. Y la inteligencia me susurraba ahora al oído que había que fiarse muy poco de Atto.

Fue así como mi estado de ánimo cambió de nuevo. Si hubiese tenido que responder sólo por mí, pensé, nunca me habría atrevido a violar la vida íntima del abate, pero nuestro mutuo afecto no podía hacerme olvidar la posibilidad de que detrás del encargo que había aceptado, es decir, la redacción del diario de sus

empresas de esos días, (para mí la circunstancia era más que verosímil) riesgos y trampas de toda índole. ¿Y si alguien lo acusaba de hallarse en Roma para espiar y entorpecer el desarrollo del futuro cónclave? No resultaba descabellado, pues él mismo no había ocultado su propósito de proteger los intereses del Rey Cristianísimo de Francia ante la elección del próximo Pontífice. El cardenal Spada, mi amo y anfitrión de Atto, pagaría muy probablemente las consecuencias. Concluí, pues, que no sólo estaba en mi derecho, sino que además era mi deber con mi querida familia conocer los peligros a los que me exponía.

Acallados de ese modo mis escrúpulos, reanudé mis pesquisas. De la inspección que hice debajo y detrás de la cama, encima de los armarios, por entre los cojines de los sillones y el pequeño sofá de brocatel adornado con plumas doradas no obtuve ningún resultado. No había nada detrás de los cuadros, ni parecía que nadie los hubiese abierto para esconder algo entre el lienzo y el marco. Igualmente infructuosa fue mi búsqueda en los restantes rincones de la habitación. Las pocas pertenencias de Buvat, en el modesto cuartito contiguo, tenían aún menos que ocultar.

Sin embargo, yo sabía, pues lo recordaba perfectamente desde que lo conociera, que Atto viajaba con un montón de papeles. Los tiempos, como yo mismo, habían cambiado, pero Atto no; al menos, no en los hábitos de un carácter tan intrigante e impetuoso como el suyo. Para poder actuar, tenía que saber; para saber, tenía que recordar, y para ello le valían las cartas, las memorias, las notas que llevaba consigo, todo un archivo andante de una vida dedicada al espionaje.

En ese instante, abandonando la inútil búsqueda de papeles ocultos con ojos y dedos, y dejando que mi memoria divagase libre, tuve una iluminación. Una reminiscencia de hacía diecisiete años. Un recuerdo lejano pero todavía vivo de la forma en que Atto y yo habíamos dado con la clave del misterio que nos había causado tantos desvelos. Eran papeles, y los habíamos encontrado en el lugar donde el instinto y la lógica (y el buen gusto) nunca nos hubiesen llevado: un par de calzones sucios.

—Me habéis subestimado, abate Melani —susurré mientras abría por segunda vez la cesta de la ropa sucia y me ponía a revisarla, pero no por encima, sino por dentro —. Habéis cometido una verdadera imprudencia, don Atto —añadí con una sonrisita satisfecha palpando el forro de un par de calzones y notando que crujía bajo mis dedos un fajo de cartas. El forro no estaba cosido, sino asegurado con una serie minúsculos ganchillos a la parte central de la prenda. Una vez abiertos aquéllos, podían introducirse las manos en el espacio que había entre las dos capas de tela. Cuando lo hice, mis dedos tocaron un objeto plano y ancho. Lo extraje. Era un legajo de pergamino, anudado con una cinta. Su forma, aplastada como un lenguado, permitía guardar un número preciso de papeles. Le di varias vueltas entre las manos, boquiabierto por mi hallazgo.

No me quedaba mucho tiempo. Sin duda Atto deseaba tanto explorar la villa como ver a los otros invitados que, al igual que él, habían llegado antes de la boda. Sin embargo, podía sorprenderme en su aposento si tenía que ir a él por cualquier necesidad. Estaba espiando a un espía; debía apresurarme.

Deshice el nudo. Antes de abrir el legajo noté que en el extremo inferior del anverso figuraba una inscripción casi imperceptible, como hecha adrede para que la leyese sólo quien ya conociese su existencia: «Sucesión de España - Maria.»

Abrí la ligarza. Había un montón de cartas, todas dirigidas a Melani, pero sin firma. Ante mis ojos se desplegaba una caligrafía nerviosa, irregular, aparentemente incapaz de contener las emociones. Las líneas no se conformaban, por decirlo así, con los márgenes de la hoja; algunas frases tenían añadidos que invadían los renglones adyacentes. De una cosa no cabía duda: las misivas estaban escritas por una mujer. Debían de ser de aquella misteriosa Maria, el mismo nombre que había oído susurrar a Atto.

El problema de la sucesión de España, en cambio, lo conocería en breve y por extenso merced a esas cartas. La primera, llena de ambages obviamente pensados para guardar el anonimato y no dar noticias que pudiesen aprovechar ojos enemigos, empezaba así:

Queridísimo amigo:

He llegado a las cercanías de Roma. Las cosas se están moviendo rápidamente. En una parada, he sabido algo que vos ya sabréis: hace unos días, el embajador español, el duque de Uzeda, fue recibido dos veces seguidas en audiencia por el Papa. Después de presentarse ante el Santo Padre para agradecerle la concesión del capelo cardenalicio a su compatriota, monseñor Borgia, a Uzeda le llegó por correo extraordinario un despacho urgente de Madrid, lo que le llevó a pedir a Su Santidad que lo escuchase de nuevo. Le entregó una carta de parte del rey de España, con una súplica. ¡El rey pide a Inocencio XII que medie en el tema de la sucesión!

El mismo día, el secretario de Estado y común amigo nuestro, el cardenal Fabrizio Spada, visitó al duque de Uzeda en la embajada, en la plaza de España. El asunto debe de pasar por un momento crucial.

Dado que no solía leer gacetas, estaba ayuno de lo que ocurría con la sucesión en España. La misteriosa remitente, en cambio, parecía muy bien informada.

Supongo que toda Roma habla de ello. Nuestro joven rey católico de España, Carlos II, se muere sin hijos. El rey se va, amigo mío, se desvanecen las huellas de su corto y doloroso tránsito por la tierra, mas nadie sabe a quién pasará su vasto reino.

Recordaba que España comprendía Castilla, Aragón y las posesiones de ultramar,

las colonias, pero también Nápoles y Sicilia. En suma, un montón de territorios.

¿Estaremos todos nosotros a la altura de la ardua tarea que nos espera? ¡Ay, Silvio, Silvio! Lozano eras cuando el destino te regaló todas las venturas. ¡Pero ten cuidado! Que el juicio que no madura, en ignorancia fructifica.

Me asombré sobremanera: ¿por qué Atto era llamado Silvio en la carta? ¿Y qué sentido tenían esas expresiones, que parecían acusar al abate Melani de ignorancia e inmadurez de juicio?

La epístola concluía con una apostilla no menos críptica:

Decid a Lidio que todavía no puedo responderle. Él sabe por qué.

Proseguí la lectura. La misiva incluía en apéndice un informe sintético y pormenorizado:

Resumen del estado presente de las cosas

Recogía una mezcla de datos y compendiaba el difícil camino de la sucesión española en los últimos tiempos.

España está en su ocaso y hoy ya nadie teme al Rey Católico con el justo terror que suscita en todos el Rey Cristianísimo de Francia, Luis XIV, hijo primogénito de la Iglesia. Mas, por gracia de Dios, el soberano de España es rey de Castilla, Aragón, Toledo, Galicia, Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaén, los Algarves, Algeciras, Gibraltar, las islas Canarias, de las Indias, así como de las islas y de la tierra firme del mar Océano, del Norte, del Sur y de las Filipinas, y de otras islas o tierras descubiertas o por descubrir. A través de la corona de Aragón, el heredero recibirá los tronos de Valencia, Cataluña, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Menorca y Cerdeña. Sin contar el estado de Milán, el ducado de Brabante, de Limburgo, Luxemburgo, Güeldres, Flandes y todas las otras tierras que en los Países Bajos pertenecen o puedan pertenecer al rey. Quien se siente en el trono de España será el auténtico dueño del mundo.

De modo que el rey de España se estaba muriendo sin descendencia directa. Por eso resultaba difícil la tarea del futuro heredero de las enormes posesiones, repartidas por todo el mundo, que convertían a la corona española en el mayor reino de todo el orbe. Hasta hacía poco tiempo, como averigüé leyendo la continuación de la carta, había habido un heredero designado para la sucesión del trono español: el joven príncipe elector de Baviera, José Fernando, que, por razones de parentesco, era quien sin duda más derecho tenía a él. Hacía apenas un año, sin embargo, José Fernando

falleció repentinamente. Fue una desaparición tan inesperada y de consecuencias tan graves que enseguida, en las cortes de media Europa, cundió la sospecha de un envenenamiento.

Así las cosas, se planteaban dos hipótesis: el soberano moribundo de España, Carlos II, podía nombrar heredero a un nieto del soberano de Francia, Luis XIV, o a un súbdito del emperador de Austria, Leopoldo I.

Empero, ambas soluciones entrañaban riesgos e incertidumbres. Si se optaba por la primera, Francia, que era la más temible potencia europea, se convertiría además en la mayor monarquía de Europa y del mundo, al unir a sus propias posesiones de ultramar las de la corona española. En cambio, si se elegía la segunda, esto es, si Carlos nombraba heredero a un súbdito de Viena, renacería el Imperio que únicamente el glorioso Carlos V había sido capaz de reunir bajo su mando: de Viena a Madrid, de Milán a Sicilia, de Nápoles a las lejanas Américas.

La segunda hipótesis era la más probable, porque Carlos II de España era un Habsburgo, como Leopoldo de Austria.

Hasta ese momento, explicaba la carta, Francia había logrado mantener el equilibrio con sus enemigos (es decir, casi todos los otros Estados europeos). La paz con España duraba desde hacía tiempo, y con Inglaterra y Holanda había entablado un pacto para el futuro reparto de las enormes posesiones españolas, dado que hacía mucho se había constatado que Carlos II no podía tener hijos.

Ahora bien, la divulgación de dicho pacto, un mes antes, había hecho que los españoles montasen en cólera: el rey de España no podía aceptar que los otros Estados aprestasen la división de su reino, como hicieran los centuriones con la túnica de Nuestro Señor en la cruz.

El informe concluía así:

Si el rey fallece ahora, la situación puede volverse explosiva. La aplicación del acuerdo de reparto se ha complicado en grado sumo. Por otra parte, Francia jamás aceptará acabar cercada por el Imperio de Viena, y los otros, tanto el emperador Leopoldo I como el rey de Inglaterra, el hereje holandés Guillermo de Orange, no pueden consentirle que devore España de un bocado.

Leí una última anotación:

Sé que me esperabais para hoy, pero unos imprevistos me fuerzan a retrasar, aunque por poco tiempo, el momento en que podremos por fin abrazarnos. Esperadme mañana, poco después de las vísperas. No me guardéis rencor.

La carta siguiente, escrita por otra mano, era la respuesta de Atto que yo tanto había buscado. Como había supuesto, no estaba sellada, pues Buvat aún debía hacer una copia para el archivo del abate.

Mi muy clemente señora:

Como bien sabéis, en estos últimos meses los embajadores de todas las potencias y sus señores, los soberanos, están desesperados por la sucesión de España. Los oídos y los ojos de todos están en perenne acecho, sedientos de cualquier novedad o secreto que puedan arrancar a las otras potencias. Todo gravita alrededor de los embajadores de España, de Francia y del Imperio; o lo que es lo mismo, de Penélope y de sus dos Pretendientes. Los tres reinos esperan el parecer del Papa sobre la sucesión: ¿Francia o Imperio? ¿Qué consejo dará Su Beatitud al Rey Católico? ¿Elegirá al duque de Anjou o al archiduque Carlos?

Ahora lo veía con claridad: en Roma iba a decidirse el destino del Imperio español. A todas luces, las tres potencias estaban dispuestas a acatar el juicio del Santo Padre.

Lo cierto era que la carta de la dama hablaba de la mediación del Pontífice, no de su parecer.

Aquí, en Roma, el aire está preñado de mil turbulencias. Como sabéis, todo lo complica más la presencia en estos pagos de los embajadores de las mayores potencias, esto es, Francia, España e Imperio. Hace seis meses llegó el conde Leopold Joseph von Lamberg, embajador de Su Majestad Leopoldo I de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Romano.

El duque de Uzeda, español de aguda inteligencia, está aquí desde hace un año.

El mismo tiempo lleva el representante diplomático francés, Luis Grimaldi, duque de Valentinois y príncipe de Mónaco, un gran pendenciero, que sobre todo causa problemas y ya se ha peleado con media Roma por ridículos asuntos de etiqueta. Tanto es así que Su Majestad ha tenido que darle un tirón de orejas y recordarle su obligación de tratar de mantener relaciones fructíferas con el país que lo hospeda.

Es muy poco lo que este hombre puede hacer por Francia. Por fortuna, el Rey Cristianísimo no cuenta sólo con él.

Pero pasemos a nosotros. Confío en que gocéis de perfecta salud, ahora y siempre. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de mí. Hoy, nada más llegar a la villa Spada, he sufrido un extraño accidente: un desconocido me hundió un puñal en el brazo derecho.

A continuación el abate, cargando las tintas, se explayaba sobre la sangre derramada en su blanca camisa y las operaciones del cirujano, soportadas por él heroicamente. Y con arrebato escribía:

Yerto yazgo por la herida, de esa cruel hoja que me atravesó. Y el dolor, ay, punzante permanece.

¿Quería Atto impresionar a la tal Maria? Por el tono de la carta no podía descartarse un intento de seducción.

Más adelante, el abate decía que, aunque el esbirro de la villa estaba convencido de que el autor había sido un mendigo, él temía no haber sido una víctima casual, sino el objetivo de un atentado organizado por la facción adversaria. Por eso pensaba pedir una audiencia privada al embajador Von Lamberg, no bien éste —invitado

asimismo a la boda del sobrino del cardenal Fabrizio— llegase a la villa Spada.

Mas, amiga mía, curemos la herida, no la ofensa, que la venganza jamás ha cerrado llagas.

Aquellas revelaciones me sorprendieron. Ya había notado la actitud escéptica de Atto cuando le conté mi conversación con Sfasciamonti; pero ahora descubría que Melani tenía sospechas muy precisas. ¿Por qué no me había dicho nada? Sin duda, de Buvat se fiaba, pues le copiaba todas sus cartas. ¿Acaso no se fiaba de mí? Esta posibilidad, sin embargo, resultaba del todo inverosímil: me había pagado para que fuese su cronista. De todos modos, con el abate nunca se podía estar seguro de nada…

La carta terminaba con un lenguaje remilgado, hasta ahora inconcebible para mí en los labios o en la pluma de Atto Melani:

¡Si supieseis cuánto sufrimiento me ha causado saber que vais a demoraros un tiempo más en las puertas de Roma!

¡Ay, cruel! Aunque quiero ser el blanco de vuestras flechas, esta vez una de ellas me ha herido. Vuestra carta, hiriendo, ha apuntado con el puñal de vuestros bellos ojos.

Mi brazo está sangrando de nuevo y no dejará de hacerlo hasta tener la dicha de sostener el vuestro. Daos prisa, pues, en llegar a la villa Spada y a mi lado, queridísima amiga, si por mi causa no queréis tener un cargo de conciencia.

Debajo de la insoportable melosidad de esas líneas, leí:

¿Sigue, pues, sin importaros nada la felicidad de Lidio?

Otra vez el tal Lidio. Para mí, un nombre asaz curioso, y punto. En efecto, tenía muy escasas posibilidades de saber algo de él si antes no averiguaba quién era la misteriosa corresponsal del abate Melani.

En resumen, la tal Maria estaba también invitada a la villa Spada, pero iba a llegar con retraso. Eso explicaba el gesto de desazón del abate Melani cuando leyó su carta.

Conjeturé que debía de ser una noble de cierta edad, dado que Atto se dirigía a ella como a una antigua amiga. En las dos cartas, además, no hacía ninguna mención a su familia; todo indicaba que viajaba sola. El hecho de que pese a eso la hubiesen invitado a la boda sólo podía ser prueba de que era un personaje muy importante y de alta alcurnia, ya que, viudas o no, las nobles de edad avanzada y solas suelen vivir encerradas en la oración o recluidas en un convento. Se retiran de la sociedad y ya nadie se atreve a incomodarlas, salvo para las obras pías. Y la tal Maria debía de ser también una dama de temperamento singular para aceptar la invitación.

Tenía curiosidad por conocerla, o al menos por saber quién era, Eché una rápida ojeada a las otras cartas del legajo: eran de ella, y hablaban de hechos de España. Tal vez era española. O quizá una italiana (por lo bien que escribía en mi idioma) que vivía en aquel país o poseía importantes intereses en él. Por desgracia, en todas las misivas quedaba bien guardado el secreto de su identidad. Así, no me quedaba más remedio que esperar a que llegase a la villa. O interrogar discretamente a Buvat.

Postergué la lectura de las restantes cartas para otro día; ya había aprovechado en demasía la ausencia del abate y de su secretario. No podía seguir arriesgándome a que me descubrieran.

Tal como había proyectado antes de entrar en los aposentos de Atto, me dirigí a la planta baja para cenar algo y luego ponerme a disposición del gentilhombre de la casa.

Había devuelto a su sitio las llaves de la habitación del abate y estaba cerca de la puerta de las cocinas cuando vi salir, rojo y jadeante, al cochero que servía al cardenal Fabrizio en el palacio apostólico. Pregunté a una lechera veneciana, que frecuentaba la villa y también se aprestaba a marcharse, si por casualidad había ocurrido algo.

—Ay, no, nada. Sólo que el cardenal Spada tiene una prisa de mil demonios estos días y parece que en el palacio apostólico no paran ni un ratito. Algo muy importante tiene que ser eso que tantos apuros le da, digo yo. Su Eminencia está siempre de muy mal humor, y el cochero se está volviendo majareta de tanto llevar al patrón de un embajador a un cardenal y viceversa, por algo que tiene que ver con un breve papal o algo así.

Me quedé de piedra. ¡Qué capacidad tienen las mujeres! A la modesta lechera le habían bastado los pocos minutos que por norma estaba en las cocinas de la villa para ponerse al corriente de noticias que yo habría tardado un día entero, si la suerte me asistía, en conocer. Mi Cloridia también era así: desde que era una de las más apreciadas y solicitadas parteras de las nobles romanas (y de sus criadas), traía a diario tantas noticias a casa que yo hubiera podido preparar regularmente una gaceta.

—Ah, muchos saludos a vuestra señora esposa y un beso a las niñitas —añadió la lechera como si me hubiese leído el pensamiento—. Veréis a mi hermana el embarazo le va que ni pintado desde que Cloridia le cantó las cuarenta al muy cabrón de mi cuñado. Es una muy gran mujer su esposa, señor mío.

Yo sabía perfectamente que Cloridia era no sólo una partera, sino una auténtica amiga, buena consejera y disponible, a quien las mujeres, del pueblo y de otras clases sociales, recurrían en busca de esclarecimiento y ayuda en los casos más íntimos y delicados.

Desde la instrucción del marido durante el embarazo de la mujer hasta el destete

del niño; mi esposa hacía todo esto siempre con una sonrisa conquistando con sus palabras. Era tan buena que el famoso *medicus* y cirujano Baiocco la llamaba a veces para que lo ayudase en los partos que tenían lugar entre los seculares muros del hospital Fatebenefratelli, en la isla tiberina de San Bartolomé.

Afable, alegre, graciosa, bromista, valiente, Cloridia siempre infundía ánimos a las parturientas prometiéndoles que darían a luz sin mucho dolor; lo sabía, les decía, por muchos signos que ya había visto en otras. Eso mismo, aunque sea falso, lo recomienda, para consolar a los enfermos, el propio Platón en la *República*.

En suma, después de quince años ejerciendo de comadrona, las mujeres —y no sólo ellas— consideraban a Cloridia una juez de familia.

Dejé a la lechera y me hice un sitio en un rincón de la mesa donde la servidumbre devoraba la cena. Al tiempo que comía en silencio, meditaba sobre las palabras de Atto: para conocer el mundo, basta mantener los ojos, los oídos y el cerebro alertas. ¿No era precisamente eso lo que hacía mi Cloridia? Yo, en cambio, no era capaz, y lo, sabía muy bien; en este sentido, no había progresado nada desde que, inocente y joven, trabajaba como mozo en la Posada del Donzello. Pero si entonces mi defecto era la inexperiencia, lo que ahora me frenaba era el exceso de experiencia acumulada; asqueado, lo que yo hacía era apartarme de la mezquina lucha humana de todos los días.

Mi mujer me reprochaba, sin duda con razón, que fuese un nuevo Cincinato. Todos los días inclinado sobre la azada, y los domingos sobre mis libros, no veía, no oía, no preguntaba nada. Evitaba el contacto con mis vecinos y, por supuesto, las relaciones de amistad. Tanto es así que, las veces que me enteraba de algo y por la noche se lo contaba a Cloridia, ella siempre me decía: «¿No me digas? Eso no es ninguna novedad, lo sabe todo el mundo.»

Yo despreciaba el mundo, pero he de confesar que el mundo, por el mal que había visto en él, también me daba miedo.

Ahora, sin embargo, algo había cambiado. La reaparición inesperada del abate Melani volvía a remecer mi vida. Sabía que Cloridia me echaría un sermón cuando le dijese que había vuelto a caer en las redes de Melani, pero no me importaba, porque la quería incluso cuando, risueña y marisabidilla, me regañaba como si fuese un escolar. Además, se lo tomaría de otra manera cuando supiese lo de los mil doscientos escudos que me había ofrecido por mis memorias…

Sí, algo había cambiado. Por mucho que aún me sintiese —y siguiese siendo— física y espiritualmente un enano, tal vez ya había llegado el momento de que desenterrase y sacase provecho de los pocos talentos que la divina misericordia me había concedido. Bien es cierto que con Atto uno sabía dónde empezaban las cosas, pero nunca dónde acababan. Por otra parte, su escapulario me había revelado que con la vejez había aumentado sensiblemente su temor a Dios.

¿Qué le debía yo realmente a Atto Melani? No sólo el desengaño, fruto de su desconfianza, sino también lo bueno que había pasado en mi pobre vida: ante todo, Cloridia. En efecto, si diecisiete años atrás el abate no hubiese aparecido para convulsionar mis días y los de los huéspedes de la Posada del Donzello, mi adorada Cloridia y yo nunca habríamos sido marido y mujer, y ella habría permanecido para siempre en el abismo del infame comercio en que la había conocido.

Tampoco habría podido adquirir la ciencia del pensamiento de los hombres, ni el conocimiento de las cosas del mundo, por cuyo medio ese mismo mundo yo ahora calibraba. Una ciencia muy amarga, sin la menor duda, pero que había convertido al trémulo mozo en un hombre.

Cuando terminé de cenar, dejé esas reflexiones para intentar extraer conclusiones de la última novedad. Ateniéndome a lo que me había dicho la lechera, era evidente que el abate Melani tenía razón. En las plantas superiores del palacio apostólico de Monte Cavallo se estaba maquinando algo de suma importancia.

Me había despedido amistosamente del maestro de cocina y ya salía por la puerta, cuando una voz me llamó al orden.

—¡Señor maestro pajarero!

Quien me interpelaba con un título que en realidad no merecía era precisamente la persona a la que estaba buscando, don Paschatio Melchiorri, el gentilhombre de la casa.

Por encima de todo, don Paschatio respetaba las prerrogativas de quienes estaban a su cargo, a todos los cuales trataba con no menos afecto que solemnidad. El caso es que, juzgando don Paschatio que el título era el primer atributo que debía respetarse, había dado liberalmente a cada uno de sus subordinados un apelativo adecuado a la magnificencia de la casa Spada, a la que todos servíamos humilde y fielmente. Así yo, como me ocupaba con creciente frecuencia del agua y la comida de las pajareras, me había convertido en «maestro pajarero». Un campesino de la zona que de vez en cuando se encargaba de podar, roturar y abonar los arriates de los jardines ya no se llamaba Giuseppe (su verdadero nombre) para don Paschatio, sino «maestro podador». El viñador Lorenzo, que vendía a la villa Spada racimos dorados y vino pajizo, recibía el título de «maestro viticultor». Con el tiempo, don Paschatio había repartido apelativos análogos a todos los criados de la villa Spada, sin excluir a los más humildes, como era mi caso. Así, cuando don Paschatio pasaba revista se oían aquí y allá títulos altisonantes como «Maestro caballerizo mayor, buenos días», «Maestro vicedespensero, buenas tardes», «Maestro ayudante de trinchante, mostradme la mesa del comedor», cuando en realidad no eran más que un mozo de cuadra, un mozo que trabajaba en la despensa y un ayudante del cocinero. No procedía de esa manera por mor de retórica, sino por el enorme respeto que profesaba

a su señor. Si alguien le hubiera pedido que se cortase un dedo, antes de negarse habría reflexionado un rato. Pero nadie podría pedirle jamás que se privase del placer y el honor de servir con devoción y fidelidad a la noble e ilustre familia Spada.

El hecho es que don Paschatio había oído mi frase de despedida al cocinero mayor, «Hasta mañana, jefe», y le había parecido demasiado familiar y desenfadada.

—Veréis, señor maestro pajarero —me instruyó con cortés seriedad, como para ponerme en guardia de un peligro—, el cocinero mayor está al mando del cocinero, del trinchante, de los marmitones, de los veedores y, por supuesto, de los despenseros.

—Lo sé, don Paschatio, yo…

—Dejadme hablar, dejadme hablar, señor maestro pajarero. El buen cocinero mayor debe preparar la lista de la compra para el veedor, cerciorarse de que se ha comprado todo cuanto ha anotado en su lista y de que pasa directamente de la despensa a las manos del cocinero. La disposición de los víveres, que deben…

—Creedme, yo sólo pretendía… —traté en vano de interrumpir

—… de los víveres, decía, que deben presentarse magníficamente así en la mesa ordinaria como en los banquetes, depende del tino y la valía del cocinero mayor, que, si es excelente en su profesión, consigue que lo poco parezca mucho y sabe hacer un buen papel con gasto exiguo, al revés que los menos expertos, aunque gasten el doble. En cambio, los cocineros mayores que no saben mandar y administrar a la perfección acaban mancillando su honor y el de sus señores. ¿Me seguís, señor maestro pajarero?

—Sí, don Paschatio —asentí resignado.

—El cocinero mayor debe asimismo ocuparse de que los víveres se conserven bien, se mantengan frescos, lleguen a la mesa en cantidad moderada y en el momento debido para que no se enfríen, y de que en la despensa y en la cocina secreta, que son sus dominios, no entre ningún extraño, y a veces ni siquiera los de la casa. Debe poner todos los medios para que la comida que llega a la boca de su señor sea siempre de la mejor calidad y pase por el menor número de manos posible, con el fin de evitar que las pitanzas se adulteren o puedan contener veneno. En suma, el cocinero mayor, señor maestro pajarero, tiene la vida de su señor en sus manos.

—Comprendo lo que queréis decir, pero yo sólo me he permitido despedirme…

—Señor maestro pajarero, en virtud de lo que acabo de recordaros, os ruego que os despidáis como manda la norma de la casa Spada y os dirijáis con deferencia al señor cocinero mayor —agregó con voz dolida, como si yo hubiese ofendido gravemente al interesado, quien en ese instante estaba pensando en otra cosa.

—Os doy mi palabra de que así lo haré, señor gentilhombre de la casa —repuse, contagiado por el abuso de esos apelativos, olvidándome de que siempre llamaba a don Paschatio por su nombre.

Era evidente que la natural tendencia de don Paschatio se había acentuado por los preparativos de la boda.

—Señor maestro pajarero —dijo para terminar—, ha llegado a mi conocimiento que un caballero extranjero que nos honra con su presencia, invitado por Su Eminencia el cardenal Spada, ha requerido en estos días vuestros servicios. Sé que es un personaje importante y no pretendo inmiscuirme, pero espero que sigáis cumpliendo con vuestras obligaciones tan bien como siempre, sin desatender por ello las necesidades de dicho caballero.

—Perdonadme, pero ¿cómo lo habéis sabido? —pregunté sorprendido.

—Simplemente me han informado de ello y… bueno, sólo eso. Espero contar con vuestra cortés y responsable comprensión —respondió don Paschatio.

Era indudable que Atto, con el fin de disponer de mis servicios siempre que quisiese en la villa Spada, había desembolsado una buena suma, quizá al propio gentilhombre de la casa. Merced a ello, ahora se reputaría de hombre que podía ser muy generoso.

Comuniqué a don Paschatio que en ese mismo instante podía ordenarme lo que desease.

—Os lo agradezco, maestro pajarero —afirmó con satisfacción mal disimulada—. Podríais, en efecto, encargaros de ciertas tareas, ya que algunos, como diría yo… nos han traicionado.

Me explicó que esa tarde varios criados habían desaparecido inexplicablemente dejando sin clavar las tablas de las gradas del teatro, lo que impediría que la obra se terminase a tiempo, como el cardenal Spada había mandado perentoriamente semanas atrás. Yo conocía el motivo (asaz fútil, a decir verdad) de su deserción: habían abordado a un grupo de jóvenes campesinas y se las habían llevado a los viñedos que se extienden al otro lado de la puerta San Pancrazio, detrás del casino Corsini en Quattro Centi, para cortejarlas. Pero callé esta circunstancia; aunque tampoco quería ser un delator, lo hice sobre todo por no mortificar más a don Paschatio. El gentilhombre de la casa ya estaba bastante afligido, pues no era la primera vez que sus subordinados lo abandonaban y el rapapolvo del cardenal Spada le había hecho mella.

—He entregado a Su Eminencia una lista de los individuos a los que hay que castigar —mintió, ignorante de que yo había escuchado su conversación con el amo —, pero entretanto nos urge ayuda. Maestro pajarero, conociendo la naturaleza versátil de las prestaciones que dais a esta ilustre casa Spada, os pido que os pongáis un atuendo adecuado, una librea para ser más exacto, y colaboréis sirviendo platos y bebidas en las mesas, según las necesidades de los invitados de Su Excelencia. Ahora todos están en el prado, junto a la fuente, donde empiezan a cenar. Id, os lo ruego.

No pude evitar un estremecimiento al ver la librea: se componía de un turbante

blanco, una cimitarra, un par de babuchas, unos pantalones bombachos y un cinturón con arabescos para llevar cruzado al pecho. Huelga decir que todo me quedaba inmenso.

Claro, no me acordaba de que las cenas iban a tener un exótico toque oriental y, en consonancia con ellas, también las libreas. El penacho largo y altivo del turbante indicaba a todas luces que llevaba un uniforme de jenízaro, el poderoso y terrible cuerpo del Gran Turco. Y esto no era nada en comparación con lo que iba a ver.

Una vez que me puse el uniforme turco, me entregaron dos grandes bandejas de plata para que llevase los primeros platos fríos: en la primera, higos frescos, servidos sobre sus hojas y adornados con sus flores, con nieve encima; en la segunda, un embutido partido en suculentas rodajas. Otros llevaban timbales de mojama, pasteles a la genovesa, barras azucaradas de pistachos con trozos de cidra, capón de galera, platijas en adobo de tres colores, ensaladas reales y gelatinas blancas heladas.

Después de pasar por el gran cenador llegué a la alameda que del casino conducía a la fuente y de ésta a las mesas. De camino me sedujo el perfume de los narcisos indios, las belladonas y los cólquicos recién brotados que llegaba de los bancales situados en la alameda de entrada a la villa, así como el aire fresco que emanaba de la tierra blanda y húmeda de la viña. Por fortuna, ya el dulce abrazo de la penumbra vespertina atenuaba el bochorno del día.

Cuando llegué a mi destino, no pude menos que asombrarme por la amena y generosa opulencia de la decoración. Bajo la bóveda del cielo estrellado, en la mullida alfombra de hierba, los pabellones a la turca, hechos de impalpables y deslumbrantes velos armenios montados en ágiles estructuras de madera terminadas en punta, y coronados con una media luna dorada, creaban la ilusión de un auténtico palacio de Oriente. En todo el perímetro había sahumerios encendidos, de los que ascendían, en anchas volutas, aromas que endulzaban el pensamiento y halagaban el sentimiento. A poca distancia, aunque separada por un seto artificial, estaba la mesa más modesta de los secretarios (Buvat, ya instalado, se servía copiosos vasos de vino), ayudantes y acompañantes de las eminencias y los príncipes. Muchos de aquellos personajes, en efecto, eran bastante mayores o sufrían de gota, por lo que siempre debían contar con alguien cerca para que los ayudase.

Mientras los camareros servíamos la mesa principal, colocada sobre grandes alfombras orientales gamuzadas, otros jenízaros sostenían, empapados en sudor pero impasibles, grandes antorchas que iluminaban generosamente la mesa.

Así, entre tamaño esplendor, empezaba la cena, y precisamente con los platos que yo mismo ayudaba a servir. Casi aturdido por el lujo y la pompa de aquel gran teatro del placer, me acerqué para atender a los comensales siguiendo las indicaciones del cocinero mayor, que oportunamente se había apostado detrás de una antorcha para dirigir, como el músico la orquesta, la pacífica milicia de los camareros. Cuando se

acababa de verter vino al último huésped, me arrimé a la mesa. Como los ojos de don Paschatio y los del cocinero mayor me observaban con ansia infinita, enseguida comprendí que me disponía a servir a algún personaje importante.

—… Así que de nuevo le pregunté: «Santidad, ¿cómo pensáis resolver el problema?» El Santo Padre, que acababa de terminar de comer y en ese instante se estaba lavando las manos, me respondió: «¿Es que no lo veis, monseñor? ¡Como Poncio Pilatos!»

Toda la mesa estalló en sonoras carcajadas. Estaba tan emocionado por mi delicada e inesperada tarea que aquella repentina descarga de hilaridad, que nunca me habría esperado de esa reunión de prelados y personas de alto linaje, casi me paralizó. El cardenal Durazzo era quien había desencadenado el buen humor del grupo contando con sutil malicia las palabras de uno de los muchos Pontífices que había conocido en su larga carrera. Sólo un rostro, en el extremo opuesto de la mesa, había permanecido imperturbable y casi glacial; luego conocería el motivo.

—En cualquier caso, fue un santo Pontífice, uno de los más virtuosos de todos los tiempos —añadió Durazzo, mientras los invitados, calmándose poco a poco, se enjugaban alguna lagrimita causada por el exceso de risa.

—Santo, francamente santo —dijo otra eminencia limpiándose rápidamente con la servilleta el vino que le había goteado en la barbilla.

—En toda Europa quieren hacerlo beato —agregaron desde el lado opuesto de la mesa.

Cuando levanté la vista, advertí que el cocinero mayor y don Paschatio trataban desesperadamente de llamar mi atención agitando los brazos y señalando hacia algo que tenía delante de mis narices. Miré: el cardenal Durazzo no apartaba la vista de mí y esperaba. Medio atontado por la carcajada general de hacía unos instantes, me había olvidado de servirle.

—Vaya, chico. ¿Qué quieres, que no actúe como Poncio Pilatos, sino como Nuestro Señor en el desierto? —me dijo, y sus palabras provocaron otra risotada general.

Serví a toda prisa los higos al cardenal y a sus vecinos, abrumado por un deplorable estado de confusión mental. Sabía que había cometido un descuido imperdonable y que había dejado en ridículo a la casa Spada; además, aunque sólo por un breve momento, había sido el hazmerreír de los invitados. Mis mejillas echaban fuego, y maldije la hora en que había ofrecido mi ayuda a don Paschatio. No tenía arrestos ni para levantar la vista; sabía que habría encontrado clavada en mis ojos la mirada del gentilhombre de la casa, llena de inquietud, y la del cocinero mayor, preñada de iracundia. Por suerte, aquélla no era la fiesta propiamente dicha. El cardenal Spada estaba ausente, su llegada se esperaba para dos días después, cuando comenzaban oficialmente los festejos.

—… Pero hay motivos para creer que pronto se repondrá. Por lo menos, es lo que se espera —dijo alguien con voz apesadumbrada, mientras yo seguía sirviendo.

—Es lo que se espera, por supuesto —convino monseñor Aldrovandi, cuyo nombre aún no conocía—. En Bolonia, de donde he llegado hoy, me piden con insistencia noticias sobre su salud, cada día, cada hora. Todo el mundo está muy preocupado.

No hace falta decir que estaban hablando de la salud del Papa, y todos opinaban.

—Esperemos, esperemos, y oremos; la oración puede resolverlo todo —dijo otro prelado con tono triste aunque poco convencido, haciéndose la señal de la cruz.

—¡Cuánto bien le ha hecho a Roma!

—El asilo de San Miguel en Ripa Grande y, además, ciento cuarenta mil escudos al año para los pobres…

—Es una pena que no haya podido secar los pantanos Pontinos… —apuntó la princesa Farnesio.

—Vuestra Señoría me permitirá que le recuerde que el miserable estado presente de la campiña romana y los efluvios malsanos que oprimen a Roma no son fruto de la naturaleza, sino de la insensata tala de árboles que realizaron los Papas del pasado, empezando por Julio II y León X —rebatió monseñor Aldrovandi tratando de zanjar de plano cualquier alusión que pudiese hacerse a los fracasos de Inocencio XII—. Pablo III, si no me equivoco, también ordenó talas.

La coletilla era una diestra manera de recordar que la princesa era descendiente del papa Pablo III, Alejandro Farnesio.

—El bosque de Baccano —repuso ella— fue talado porque era guarida de asesinos y ladrones.

—¡Lo que son ahora los bosques de Sermoneta y Cisterna! —replicó acalorado un comensal desconocido para mí; después sabría que era el príncipe Caetani—. Habría que arrasarlos sin contemplaciones. Lo digo por el orden público —añadió empachado por la frialdad con que los demás acogían sus palabras.

En efecto, como yo mismo sabía desde hacía tiempo, los príncipes Caetani pedían a cada Papa permiso para talar esos bosques, que les pertenecían, por afán de lucro.

—Más vale que pidamos a Dios que conserve largo tiempo estos bosques, y también los de la zona de Albano Laziale —afirmó monseñor Aldrovandi con una sonrisa en los labios—. El día que los talen, quedaremos a merced de los vientos insalubres, del austro, del siroco, del ábrego. Roma y su salud pública se quedarían sin la menor protección.

Caetani no pestañeó.

—En los tiempos de la antigua Roma no existía una sola ciénaga en los alrededores —continuó impertérrito Aldrovandi—. Gregorio XIII mandó talar el bosque del Mar, que guarecía de los vientos meridionales, para aumentar las

ganancias de la Anona, pero en contrapartida consiguió que la nocividad del aire de la campiña romana aumentase bastante.

—Sin embargo, yo puedo afirmar que Pablo V —terció la princesa de Rossano, casada con un Borghese y, por consiguiente, del linaje de aquel gran Papa— hizo de todo por impedir que los Orsini acabasen con los oquedales de Palo y Cerveteri.

—Desde hace años Su Santidad Inocencio XII promulga bandos para la defensa de los oquedales, especialmente los de Nettuno, Terracina y Conca —repuso imperturbable monseñor Aldrovandi—. También en Romaña habría conseguido regular las aguas si los boloñeses y los ferrareses no se hubiesen peleado. En cuanto al nuevo puerto de Anzio, no ha podido terminarlo por falta de recursos económicos y porque nunca ha querido imponer al pueblo excesivos gravámenes. Con todo, a pesar de las dificultades, siempre ha tenido olfato para los asuntos más importantes. ¿No fue él quien decidió que el año empezase el uno de enero y no el veinticinco de marzo?

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa, o al menos entre aquellos que en ese instante no chismorreaban secretamente con su vecino.

—Es una lástima que haya hecho derribar el teatro Tor di Nona —dijo el mismo caballero que no le había reído la gracia al cardenal Durazzo.

Monseñor Aldrovandi, quizá sin darse cuenta, había hecho hasta ese momento un panegírico del Papa que recordaba más una necrológica, pero también había acallado la primera crítica velada contra el Pontífice. Ahora, en cambio, fingió que no había oído la segunda (la impopular decisión de destruir uno de los más espléndidos teatros de Roma) y se volvió hacia la persona que tenía al lado dando la espalda a su interlocutor.

Mientras les servía, oí perfectamente a dos damas susurrar:

—¿Habéis visto al cardenal Spinola di Santa Cecilia?

—¡Ay, sí! —respondió con una risita la otra—. A medida que se acerca el cónclave, quiere hacer creer que ya no sufre de podagra. Quiere aparentar que es un mozalbete, todo para que no lo excluyan del círculo. Ahí lo tenéis; mirad cómo come, bebe y ríe, a su edad…

—Es íntimo de Spada, aunque los dos intentan ocultarlo.

—Lo sé, lo sé…

—¿El cardenal Albani no piensa venir?

—Vendrá dentro de dos días, para la boda. Dicen que tiene que ocuparse de un breve papal muy urgente.

La mesa de la cena tenía forma de herradura. Llegado al extremo de la segunda ala, me disponía a servir a un huésped cuya cara me sonaba y que no tardaría en reconocer, cuando de pronto sentí un golpe seco pero fuerte en el brazo con el que sostenía la bandeja. Fue la catástrofe. Los higos, las hojas, las flores y la nieve

salieron disparados hacia la izquierda y se estamparon en la cara y el traje del anciano caballero al que había servido previamente. La bandeja cayó al suelo, con un estruendo de campana rota. Un murmullo, entre divertido y reprobador recorrió toda esa parte de la mesa. Mientras el desventurado caballero se desembarazaba dignamente de los higos, miré espantado alrededor ¿Cómo explicar a don Paschatio, al cocinero mayor y a todos los invitados que no había sido culpa mía, sino del huésped al que me disponía servir? Lo miré, lleno de mudo rencor, aunque sabedor de que nada podría contra él, pues el criado nunca tiene razón. Y lo reconocí. Era Atto.

El castigo fue rápido y discreto. Quince minutos después, ya no llevaba una bandeja, sino que sostenía una de las enormes y pesadas antorchas que iluminaban magníficamente la mesa. Inmovilizado durante toda la cena, fui candelabro humano. Ardía de rabia contra el abate Melani y me devanaba los sesos intentando comprender por qué me había hecho esa trastada tan cruel, de resultas de la cual, además del castigo, había comprometido mi trabajo presente y futuro en la villa Spada. Mientras la cena proseguía, estuve buscando en vano su mirada: parado y detrás de él, sólo podía observar su nuca.

Convertido en un nuevo Pier delle Vigne, hube de resignarme. La cena estaba empezando, de modo que más valía armarse de paciencia. Acababan de servir la primera mitad del primer servicio: huevos cuajados en leche, mantequilla, cidra, almíbar y canela; cabeza de esturión hervido, hecho con flores, hierbas aromáticas, zumo de limón, pimienta, gelatina de carnes blancas y almendras (un trozo por comensal).

El calor que despedía la antorcha era insoportable, y yo sudaba a chorros con el turbante turco. Me dije que los fámulos desertores habían hecho bien en huir de la villa Spada para cortejar a las campesinas. No obstante, sabía que nunca habría tenido corazón para traicionar a don Paschatio y abandonarlo en esos días tan complicados.

En tan atormentadora inmovilidad no tenía más alivio que el de compartir el esfuerzo con otros siete compañeros (cada uno con su antorcha) y, *massime*, el de ser espectador de todas aquellas eminencias y nobles. Además, el sitio que me había tocado, cerca de la mesa, era sumamente singular, como más adelante tendré ocasión de explicar.

Ya había aceptado el castigo cuando, de sopetón, Atto se volvió hacia mí.

—Chico, aquí está tan oscuro que tengo la impresión de estar una caverna. ¿Quieres acercar la antorcha? —me dijo en voz alta, con cara de pocos amigos, como si yo fuese un criadito del montón al que no conocía de nada.

No pude hacer otra cosa que obedecer. Me coloqué justo detrás de él para iluminar lo mejor que podía su parte de la mesa, a la que, dicho sea de paso, no le faltaba nada de luz.

¿Qué tramaba Atto? ¿Por qué antes me había hecho aquello y ahora me torturaba?

Entretanto, la conversación entre los comensales, hasta entonces muy libre, se centró en temas frívolos. Lamentablemente no siempre podía saber quién intervenía, ya que desde mi ángulo visual, y forzado a permanecer inmóvil, podía ver a buena parte de los invitados, pero no a todos. Por otro lado, seguían siendo desconocidos para mí la mayoría de los rostros y de las voces (llegaría a conocer bien a casi todos en los días siguientes).

— … Perdonad, monseñor, pero sólo el montero de lebrel está autorizado a llevar arcabuz.

—Sí, Excelencia, pero dejad que os diga, con vuestra venia, que el montero puede dárselo a su palafrenero.

—De acuerdo. ¿Y bien?

—Como decía, cuando el jabalí es cobarde y no se atreve a luchar en campo abierto, se le mata con arcabuz. Así se hacía antes en las tierras de los Caetani, las más propicias a las partidas de caza.

—¡De eso nada! ¿Y las tierras del príncipe Peretti?

—Perdonadme todos, y no os ofendáis, pero no son nada al lado de las del duque de Bracciano —corrigió la princesa Orsini, viuda del mencionado duque.

—Vuestra Señoría se refiere a las del príncipe Odescalchi —dijo una voz fina y gélida. Miré a quien había hablado; era el mismo caballero que no se había reído del chiste del cardenal Durazzo sobre el Papa que se comparaba con Poncio Pilatos.

Por un instante la mesa se sumió en un silencio sepulcral. La princesa Orsini, en su afán de defender la buena memoria de las posesiones familiares, había olvidado con demasiada facilidad que, para evitar la bancarrota, los Orsini habían vendido poco a poco sus tierras al príncipe Livio Odescalchi, y que esas tierras y sus correspondientes feudos habían cambiado de nombre al cambiar de propietario.

—Tenéis razón, primo —admitió con condescendencia la princesa, que había empleado el tratamiento convencional entre nobles a los que unen relaciones de parentesco o amistad—. Y es una dicha que ahora tengan el nombre de vuestra casa.

De modo que quien había contradicho a la princesa era don Livio Odescalchi, el sobrino del difunto papa Inocencio XI. La sabrosa anécdota que el cardenal Durazzo había contado un rato antes debía de referirse, pues, a este Pontífice, motivo por el cual al príncipe Odescalchi, que a su difunto tío debía toda su inmensa fortuna, no le había hecho ni pizca de gracia. Por fin veía en persona al sobrino de aquel Papa sobre el cual, diecisiete años antes, en la Posada del Donzello, había sabido cosas capaces de encanecer al más pintado. Ahuyenté esos recuerdos, que tanto dolor habían causado a mi esposa y a mi llorado suegro.

Esa noche supe que don Livio también había tenido un palco en el teatro Tor di Nona, al que ya no podía ir más porque el Papa lo había mandado demoler. Eso

explicaba la reacción de monseñor Aldrovandi cuando Livio tocó el tema.

—Por la fragua de Hefesto, chico, me estás asando el cuello. ¿Quieres apartarte un poco?

Atto se había vuelto otra vez hacia mí para increparme y casi darme un empujón con la mano. Ahora, después de sus dos reprimendas, yo estaba a más de tres varas de mi posición original, casi en el otro extremo de aquel brazo de la mesa.

La cena se desarrollaba con una singular libertad de maneras y de palabra, lo cual podía notar fácilmente cualquiera, incluso las personas ajenas por completo a esos círculos de tan alto rango, como era mi caso. Eso sí, de cuando en cuando se manifestaban el orgullo batallador de las grandes familias y el sutil pero venenoso de las altas jerarquías eclesiásticas. Pero el rígido protocolo, que cualquier eminencia o príncipe habría respetado si se hubiese encontrado con otro a solas, se había roto como por arte de magia, tal vez como consecuencia de la amenidad y la placidez del sitio elegido y dispuesto para la cena.

—¡Perdonadme, os ruego un momento de silencio! Quisiera brindar a la salud del cardenal Spada, que no ha podido estar esta noche nosotros, como saben Vuestras Señorías y Vuestras Excelencias, por los presentes imperativos de gobierno —dijo de pronto monseñor Pallavicini, gobernador de Roma—. Me ha pedido que esta noche haga con sus huéspedes, si no de padre, al menos de tío.

Una leve risa de aprobación recorrió la mesa.

—En cuanto lo vea —continuó monseñor Pallavicini—, le expresaré mi gratitud por sus dotes políticas, y en especial por esta mesa, que no hemos encontrado servida a la española ni a la francesa, sino rodeada otomanos.

Se elevó otro murmullo divertido.

—Esto último nos recuerda nuestro común destino de cristianos —añadió Pallavicini amablemente, pero mirando con el rabillo del ojo al cardenal D'Estrées, embajador extraordinario *a latere* del Rey Cristianísimo, que mantenía relaciones muy estrechas con la Sublime Puerta Otomana.

—Y de enemigos de la herejía —repuso al punto D'Estrées, que aludía a su vez al hecho de que los herejes holandeses e ingleses habían sido aliados del católico emperador de Viena.

—Más vale no mentarle mucho la Puerta, porque D'Estrées es capaz de ahuecar el ala —comentó uno en un tono de voz lo bastante audible para los demás.

—Calma, dejemos de hablar de estas cosas —intervino el cardenal Durazzo, que había estado pendiente de todo—. Si antes un jenízaro no quiso servirme los higos, ahora, oyendo hablar de herejes, puede que le dé por dejar caer la antorcha encima de mí y quemarme.

Cuando se captó la alusión de Durazzo al percance que había sufrido por mi causa, la mesa prorrumpió nuevamente en grandes carcajadas. Yo, cuitado de mí,

hube de permanecer impasible, con la antorcha erguida.

Precisamente para que no hubiese escaramuzas políticas de esa clase, el cardenal Spada, hombre asaz prudente, como me había dicho Don Paschatio, había tomado una serie de medidas. Así, para evitar que los invitados pelasen la fruta a la moda francesa o a la española, se servía ya mondada.

Ciertamente, desde hacía años no se veía a unos señores ataviados a la española y a otros a la francesa, porque merced a los esplendores de Versalles se había impuesto que todos se vistiesen como el Rey Cristianísimo. No obstante, por el mismo motivo, hacía furor la costumbre de mostrar de qué lado se estaba con un sinfín de minucias: del pañuelo de bolsillo (a la moda española cuando se llevaba a la derecha, a la francesa cuando se llevaba a la izquierda), a las medias (blancas para los que estaban del lado francés, rojas para los que estaban del lado español). No era casual, pues, que esa noche el abate Melani, en vez de las rojas que usaba siempre, se hubiese puesto unas de color blanco.

Tampoco se podía impedir que las damas luciesen un ramillete de flores en el seno derecho si eran güelfas (de la facción de los españoles) o en el izquierdo si eran gibelinas (si apoyaban a Francia). Ahora bien, para evitar el incidente más grave, es decir, que la mesa estuviese puesta según la tradición de un país u otro, sobre todo en lo referente a la colocación de los cubiertos —factor decisivo, donde los haya, de la significación política de los banquetes—, se había optado por renunciar a los cánones y hacer algo inédito: cuchillos, tenedores y cucharas se habían colocado verticalmente dentro de las copas, lo cual, si asombró mucho a los invitados, también evitó inútiles polémicas.

—… Pero con los bracos es muy diferente —aseguraba entretanto otro cardenal, que llevaba una vistosa peluca a la francesa.

—¿Por qué lo decís?

—El príncipe Peretti tenía antes sesenta bracos. Cuando terminaba la caza, los mandaba a pasar el verano a otro sitio, porque los bracos no aguantan el calor; además, así ahorraba.

Quien encomiaba la caza con bracos, protegido por su voluminosa peluca, era el cardenal Santa Croce.

—No hacía falta recordar a todos que pasa por apuros económicos —oí que un joven canónico comentaba a su vecino, muy cerca de mí, aprovechando que la conversación se había dividido en una serie de grupos pequeños.

—Ja, Santa Croce se ha crucificado —repuso el otro con sorna—. El hambre que pasa le hace soltar demasiado la lengua y dice cosas que debería guardarse para sí.

Estas palabras las había pronunciado otro cardenal, cuyo nombre aún desconocía; parecía enfermo, pero comía y bebía con ansia, afectando un humor sanguíneo.

Quiso entonces asistirme la suerte (o quizá otro factor, del que hablaré más tarde),

pues en ese momento se acercó un criado al para mí desconocido cardenal con una nota.

—Eminencia, traigo una nota para Su Eminencia Spinola…

—¿Para Spinola di Santa Cecilia o para mi sobrino Spinola di San Cesareo? ¿O para Spinola presidente de Ripetta? Esta noche estamos los tres.

El criado calló, sin saber qué responder.

—El gentilhombre de la casa sólo me ha dicho que es para Su Excelencia el cardenal Spinola —dijo por fin tímidamente, con una voz difícil de oír en la algarabía del banquete.

—Entonces podría ser yo. Dámela.

Abrió la nota y enseguida volvió a cerrarla.

—Entrégasela inmediatamente al cardenal Spinola di San Cesareo, que está sentado al otro lado. ¿Lo ves? Allí, al fondo.

En el ínterin, por elemental discreción, su vecino de mesa se había vuelto hacia su plato para seguir comiendo. Cuando el criado se hubo marchado, Spinola di Santa Cecilia (ya que era evidente ahora que se trataba de él) se le acercó y dijo:

—¿Sabes una cosa? El gentilhombre de la casa, mentecato como siempre, me ha hecho llegar una nota de Spada para mi sobrino, Spinola di San Cesareo.

—No me digas —repuso el otro, con la mirada encendida de golosa curiosidad.

—Rezaba: «Los tres a bordo mañana al amanecer. Yo aviso a A.»

—¿«A.»? ¿Quién es?

—¿Qué sé yo? Pero, si le gusta pasear en barca, confiemos en que no se hunda —concluyó Spinola entre risas.

Los huéspedes se despidieron muy avanzada la noche. Yo estaba exhausto. La llama de la antorcha que había sostenido con gran esfuerzo durante horas me había inflamado la cara y empapado todo el cuerpo de sudor. Los encargados de las antorchas tuvimos que esperar humildemente hasta que el último comensal hubo dejado la mesa. Por ello, pese a que ardía de ganas de pedirle explicaciones, no pude acercarme Atto. Tuve que resignarme a ver cómo se alejaba, con Buvat, mientras los criados apagaban las velas de la mesa con el matacandelas. No se había dignado dirigirme ni una mirada.

Cuando subí al sotabanco, al cuarto de la servidumbre, estaba tan agotado que no podía ni pensar. Al oscuro compás de los ronquidos de mis compañeros, la angustia me atenazaba: el abate nunca me había tratado tan mal. Yo ya no entendía nada. Estaba confundido, desesperado. Se apoderó de mí el temor de que hubiese cometido un imperdonable error al haberme dejado enredar de nuevo por Melani. Me estaba dejando arrastrar por los acontecimientos, cuando lo suyo hubiese sido que me tomase tiempo para reflexionar y también, ¿por qué no?, para poner a prueba al abate.

En cambio, en un solo día Atto se había metido en mi vida como si tal cosa. Pero, claro, la tentación del dinero había sido irresistible…

Me desvestí y, tras acostarme en una de las yacijas libres, me quedé enseguida profundamente dormido.

—… Se han cebado con él.

—¿Dónde ha sido?

—En la via dei Coronari. Lo han asaltado cuatro o cinco y le han robado todo.

Acababa de despertarme un murmullo que oía no lejos de mí. Dos fámulos hablaban evidentemente de una espantosa agresión.

—¿Qué oficio tenía?

—Encuadernador.

Salí disparado en cuanto oí aquello, aunque no tardaría en saber que mi prisa no estaba justificada.

En efecto, cuando llamé a la puerta de los aposentos del abate Melani, lo encontré ya en pie de guerra. No estaba acostado, como esperaba, sino inclinado sobre un montón de papeles, con las manos manchadas de tinta. Seguramente acababa de terminar de escribir una carta. Me saludó con el rostro ofuscado, la mirada siniestra.

—Vengo para informaros de un hecho muy grave.

—Estoy al corriente. Ha muerto Haver, el encuadernador.

—¿Cómo lo habéis sabido? —pregunté asombrado.

—Yo te hago la misma pregunta.

—Acabo de enterarme arriba, por dos lacayos.

—Pues mis fuentes de información son mejores que las tuyas. Sfasciamonti, el esbirro, acaba de estar aquí. Me lo ha contado él.

—¿A estas horas?

—Estaba a punto de enviar a Buvat a buscarte —dijo el abate sin responder a mi pregunta—. Estamos citados con el esbirro en la cochera.

—¿Teméis que esto tenga algo que ver con la agresión que habéis sufrido hoy?

—Tú también lo crees; si no, no hubieras venido aquí en plena noche.

Sin decir nada más, bajamos los tres a la cochera, donde nos esperaba Sfasciamonti en un viejo coche de servicio, con un cochero y un tiro de dos caballos, listo para partir.

—¡Por mil bombas! —exclamó el esbirro visiblemente agitado, mientras el cochero sacaba los caballos de la cochera y cerraba la verja detrás de nosotros—. Parece que todo ha ocurrido así: el pobre Haver dormía en la parte alta del taller. Tres o cuatro sujetos (hay quien dice que eran más) entraron de noche. Lo que no sabemos

es cómo, porque la puerta no estaba forzada. Al pobre lo ataron y le taparon la boca con un trapo, y luego lo pusieron todo patas arriba. Cogieron todo su dinero y se largaron. Pasado no sé cuánto tiempo, el encuadernador consiguió sacarse el trapo y empezó a gritar. Lo encontraron fuera de sí. Estaba muy asustado. Mientras contaba lo ocurrido a los vecinos, se sintió mal. El médico lo encontró muerto.

—¿Estaba herido? —pregunté.

—No he visto el cadáver. Antes que yo llegaron al lugar del crimen otros esbirros. Ahora mis hombres se están informando.

—¿Nos dirigimos hacia allí?

—Más o menos —me contestó el abate—. Nos aproximaremos bastante.

Nos detuvimos en la piazza Fiammetta, cerca del principio de la via dei Coronari. Un cuarto de luna aclaraba levemente la noche. Soplaba un aire fresco y agradable. Sfasciamonti se apeó y nos pidió que lo esperásemos allí. Miramos alrededor: no había nadie, salvo un hortelano con su carretilla. Al cabo de unos minutos, un silbido nos sobresaltó.

Era Sfasciamonti, oculto a medias en un portal, del que asomaba su abultada barriga. Hacía gestos con el brazo para que nos acercásemos. Fuimos.

—Despacio —protestamos cuando nos introdujo violentamente en la entrada oscura y húmeda.

—¡Chist! —replicó el esbirro arrimándose también a la pared y ocultándose detrás de la puerta cerrada—. Dos cerretanos. Seguían vuestros pasos. Al verme se han escondido. A lo mejor ya se han marchado. Debo cerciorarme.

—¿Nos vigilaban? —inquirió Atto con inquietud.

—¡Silencio! Ahí están —susurró Sfasciamonti, y nos invitó a mirar por la rendija que había entre los batientes de la puerta. Contuvimos la respiración. Estirando prudentemente el cuello, vimos a dos viejos vagabundos, macilentos y harapientos, que cruzaban la calle.

—Eres un zote, Sfasciamonti —rezongó Atto lanzando un suspiro de alivio—. ¿De verdad crees que esos dos moribundos pueden seguir a alguien?

—Los cerretanos saben vigilar sin hacerse notar. Son secretos —afirmó el esbirro sin pestañear.

—De acuerdo —zanjó el abate Melani—. ¿Has hablado con la persona que te dije?

—¡Ya está hecho, por el culatazo de cien espingardas! —lo tranquilizó enseguida el esbirro, jurando a su peculiar manera.

Estábamos en una bocacalle de la via dei Coronari, a solo una manzana del taller del encuadernador. Llegamos a éste por un camino muy tortuoso, ya que tanto Atto como Sfasciamonti querían evitar por todos los medios pasar por el lugar del crimen,

donde podían encontrarse con los esbirros encargados del caso. La oscuridad, por suerte, nos ayudaba.

—¿Por qué nos escondemos, don Atto? Nosotros no tenemos nada que ver con la muerte del encuadernador —dije.

Melani no respondió.

—El juez de lo criminal ha puesto el caso en manos de dos esbirros nuevos a los que yo no conozco —nos informó Sfasciamonti mientras dejábamos atrás la piazza Fiammetta y nos encaminábamos hacia la piazza San Salvatore in Lauro.

Nos adentramos por las callejuelas del barrio Ponte, donde Buvat tropezó primero con un grupo de frailes mendicantes dormidos, luego esquivó a duras penas un montículo de cajas y cestas de vendedores ambulantes que, también dormidos, esperaban el alba y a los primeros clientes. Por el olor que despedía todo aquel revoltijo se adivinaba que debajo debía de haber escarolas, altramuces dulces, cañutillos de suplicación y quesos.

El lugar de la cita se hallaba al abrigo de ojos indiscretos, en el taller de un rosariero, vale decir, un fabricante de rosarios.

Nos recibió el artesano, un anciano con la cara surcada de arrugas, que saludó a Atto con gran deferencia, como si lo conociese desde hacía tiempo. Sin demora nos condujo a un lugar fresco y minúsculo, repleto de grandes rosarios de madera y de hueso, de todas las formas y de todos los colores, hábilmente entrelazados y colgados de las paredes o puestos en pequeñas mesas. El rosariero abrió un cajón.

—Aquí lo tenéis, señor —dijo respetuosamente, al tiempo que entregaba al abate un paquete de terciopelo azul, por cuya forma me pareció un cuadrito.

Dicho esto, el rosariero entró con Sfasciamonti en la trastienda. Con un gesto, Atto indicó a Buvat que se marchase con ellos.

Yo no entendía nada. ¿Por qué a causa de la muerte del encuadernador habíamos ido a toda prisa a ese taller de objetos sagrados para recoger aquello que tenía todos los visos de ser la imagen de un santo, tal vez de pared? No conseguía relacionar los dos hechos.

Atto adivinó mis pensamientos. Me cogió de un brazo y sin más pasó a explicarse:

—Esta mañana, acordé con el encuadernador que me dejase el libro aquí, en el taller de este buen hombre.

De modo que lo que el rosariero había entregado a Melani no era un cuadro, sino el misterioso librito del que al abate le costaba tanto hablar.

—Conozco bien al rosariero, me ayuda siempre que lo necesito y sé que puedo fiarme de él —añadió, aunque sin aclararme qué ayuda podía obtener de un rosariero ni cuál era la naturaleza de aquel librito—. Como el encuadernador se ausentaba con frecuencia de su taller, estimé que era mejor recoger mi obrita aquí —prosiguió el

abate—. Al fin y al cabo, ya había pagado por adelantado la nueva encuadernación. ¡Y vaya si estuve acertado! De no ser por ello, ahora mismo un esbirro estaría acosándome con toda suerte de preguntas: que si conocía al encuadernador, desde cuándo, qué relaciones tenía con él… Como si fuese fácil explicar que, justo cuando hablaba con el pobre Haver, un desconocido me dio una puñalada en el brazo. Nadie me creería. Ya imagino el interrogatorio consiguiente: ¿cómo explicáis que os atacaran precisamente en ese momento? Tiene que haber una conexión. ¿Qué hacéis vos en Roma? En fin, que no me habrían dejado en paz, chico.

Acto seguido me indicó con un gesto que lo siguiese, pero no hacia la salida, sino hacia la trastienda, donde desde hacía unos minutos estaban Sfasciamonti, el rosariero y Buvat.

Allí, sentada en un viejo catre, nos esperaba una mujer de unos cincuenta años, pequeña, humilde y tímida. Estaba hablando con Sfasciamonti y con el rosariero, en presencia de Buvat, que escuchaba amodorrado. Cuando vio a Atto, la mujer se levantó al punto en señal de respeto, pues se había dado cuenta de que se trataba de un caballero.

—¿Habéis terminado? —preguntó Melani.

El esbirro y Buvat asintieron.

—Esa mujer es vecina de la casa del pobre Haver —comenzó a explicar Sfasciamonti, mientras nos alejábamos del taller y dejábamos atrás la piazza San Salvatore in Lauro—. Lo vio todo desde una ventana. Oyó que alguien se quejaba y llamaba a la puerta del encuadernador. Haver, un hombre muy misericordioso por lo que cuentan, abrió y, antes de que tuviese tiempo de cerrar, irrumpieron otros dos sujetos… Se marcharon media hora después, llevándose un montón de papeles y algunos libros encuadernados.

—Pobre Haver. Y pobre idiota, también —comentó Atto.

—Lo que no sabemos es por qué se han llevado papeles —dije mirando a Atto.

—Cuando hay cerretanos involucrados, es imposible saber nada —intervino Sfasciamonti, con expresión ceñuda.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que han sido tus mendigos? —preguntó Atto algo nervioso.

—Por experiencia. Cuando aparece uno, en este caso, el que corría y os hirió, siempre llegan más —respondió el esbirro con rostro serio.

Atto se paró en seco. Los demás tuvimos que imitarle.

—A ver, ¿de qué estás hablando? Sfasciamonti, tus medias explicaciones no nos llevan a ningún lado. Dime de una vez por todas qué hacen estos mendigos, estos… cerrisanos, como tú los llamas.

—Cerretanos —corrigió humildemente Sfasciamonti.

Era evidente: Atto Melani nunca lo reconocería, pero la serpiente del miedo ya le reptaba desde los tobillos hasta el interior del vientre. Sabía perfectamente que había tenido que vérselas con uno de los extraños individuos de los que Sfasciamonti hablaba, que había recibido una cuchillada que aún le causaba dolor y entorpecía sus movimientos, y que el encuadernador ante el cual había ocurrido todo aquello había sido agredido esa misma noche en su taller y había muerto. Precisamente a ese desdichado le había mandado encuadernar su librito. Eran coincidencias que no podían agradar a nadie.

—Ante todo quiero saber —conminó con brusquedad el abate, cuyo espíritu impaciente lidiaba con sus viejos miembros cansados— si actúan solos o si los manda alguien. Y si los manda alguien, ¿quién es?

—¿Creéis que es tan fácil descubrirlo? Con los cerretanos siempre ocurren cosas extrañas. Mejor dicho, únicamente ocurren cosas extrañas.

El esbirro empezó entonces a contar lo que sabía del origen de los cerretanos y de la verdadera naturaleza de esa misteriosa agrupación.

—Los cerretanos. Gentuza. Proceden de Cerreto, en Umbría, donde se refugiaron después de huir de Roma. Eran sacerdotes, expulsados por los sacerdotes superiores.

En Cerreto, continuó, los cerretanos eligieron un nuevo sacerdote jefe, que los dividió en grupos, clases y sectas conforme a sus talentos: biantos, felsos, affriatos, falsos bordones, accattosos, affarfantos, accapponos, alacrimantos, ascionos, accadentos, cagnabaldos, mutuatores, attremantos, admiractos, acconios, attarantatios, apezzentios, cocchinos, spectinos, iucchos, falpatorios, affarinatios, alampadatios, relicarios, paulianos, alacerbantios, calicidarios, lotorios, crociarios, compatrizantios, affamigliolios, vergognosios, morghigenios, testatorios y así sucesivamente.

—¿Cómo os acordáis de todos esos nombres?

—Es mi oficio…

A continuación explicó que los biantos, que también se llaman galloferos, falsifican las bulas de los Pontífices, o de los prelados, y las exhiben por ahí alardeando de que han obtenido permiso para conceder indulgencias y salvar del purgatorio y del infierno y absolver de todos los pecados, todo lo cual la gente ingenua paga a precio de oro.

—Los felsos se llaman así porque son falsos, se hacen pasar por adivinos y engañan a la gente simple de las aldeas; por dinero fingen que adivinan el futuro y que están llenos de espíritu divino. Los affratos son los falsos frailes, o falsos curas, que nunca han obtenido las órdenes menores ni mayores; recorren los pueblos oficiando la santa misa y se quedan con las limosnas, y ponen como penitencia más limosnas, que acaban también en sus bolsillos. Los falsos bordones fingen ser peregrinos y se dedican a pedir limosna para ir a Tierra Santa, a Roma, a Santiago de

Compostela o a Loreto. Los accatosos afirman que tienen parientes o hermanos en poder de los turcos y mendigan para poder rescatarlos, pero no es verdad. Los affarfantos, en cambio…

—¡Espera! Si los cerretanos son todo eso que dices, ¿por qué nadie los detiene? —objetó Atto.

—Porque son secretos. Están divididos en sectas, nadie sabe cuántos son ni dónde están.

—¿Son sectas, como dices, o simples grupos de hampones?

—Las dos cosas. Son sobre todo hampones, pero tienen ritos secretos que los hermanan y les sirven para jurarse fidelidad. Así, si uno cae preso, los otros pueden estar seguros de que mantendrá la boca cerrada. De lo contrario, podría ser víctima de una maldición. Por lo menos, eso creen ellos.

—¿Cuáles son sus ritos?

—Ojalá lo supiese. Misas negras, sacrificios, pactos de sangre y cosas de ese estilo, probablemente. Pero nadie los ha visto nunca. Los celebran en el campo, en sitios aislados: iglesias y casas abandonadas…

—¿Hay muchos en Roma?

—Donde más hay es en Roma. ¿Y por qué?

—Porque aquí está el Papa. Y donde está el Papa, hay dinero. También hay peregrinos, víctimas predilectas de sus rapiñas. Y ahora hay jubileo: más dinero, y más peregrinos.

—¿Ningún Pontífice ha promulgado jamás un bando eclesiástico contra esas sectas? —inquirió Atto.

—Para prohibir una secta o una banda de criminales es imprescindible conocerla bien —respondió Sfasciamonti—. Hay que atribuirle hechos precisos, y sus integrantes han de tener nombre e identidad. Es imposible prohibir a un simple grupo, formado por andrajosos miserables sin techo ni nombre.

Atto asintió mudo, rascándose pensativo el hoyuelo del mentón.

Regresamos al coche casi al amanecer. Sfasciamonti se despidió de nosotros.

—Más tarde iré a la villa Spada. Tengo que pasar por mi casa. Mi madre me está esperando. Hoy es el día que le llevo provisiones. Si no llego a la hora de siempre, se preocupa.

—Ahora los dos tenéis que hacer algo por mí.

—¿Los dos? —pregunté asombrado, mientras intercambiaba una mirada con Buvat.

Acabábamos de despedirnos de Sfasciamonti. El abate Melani ya había subido al coche para regresar a la villa Spada. Entonces, en lugar de dejarnos hacer lo propio, cerró la portezuela.

—Por ahora os quedáis aquí —dijo lacónicamente.

Luego me tendió una carta, ya cerrada y sellada. La reconocí enseguida: era la carta, su respuesta a la misteriosa Maria.

—Pero, don Atto… —intentamos protestar débilmente Buvat y yo, que en verdad ansiábamos poder descansar un rato antes de emprender la nueva jornada de trabajo.

—Después. Ahora marchaos. Buvat entregará la carta. Solo. Porque tú —añadió dirigiéndose a mí— no estás vestido de manera adecuada. Tendré que regalarte un traje nuevo. Pero te explicaré a ti adónde tenéis que ir; con Buvat gastaría saliva en balde.

—Permitid que insista —repuse.

En ese instante leí el nombre del destinatario:

Señora condestablesa Colonna

Me sentí incapaz de detenerme en uno solo de los pensamientos que al momento me cruzaron por la cabeza. No veía la hora de regresar a casa para descansar (y meditar sobre los últimos e inquietantes sucesos), pero hete aquí que se me desvelaba la identidad de la misteriosa Maria, que secretamente se carteaba con Atto y cuya llegada se esperaba la villa Spada.

La condestablesa Colonna… conocía ese nombre. ¿Quién no había oído hablar en Roma del gran condestable y príncipe romano Lorenzo Onofrio Colonna, descendiente de una de las familias más antiguas y nobles de Europa? Muerto unos diez años atrás, ella debía de ser su viuda…

—Vale, habla —resopló Atto interrumpiendo el hilo de mis razonamientos—. ¿Qué quieres?

Vi entonces que la expresión del abate cambiaba: de la impaciencia pasaba al estupor, como si le hubiesen sobrevenido una idea o un recuerdo.

—¡Mira que soy tonto! Anda, sube, chico —exclamó y, abriendo la portezuela, me invitó a sentarme—. Desde luego que tenemos que hablar. Cuéntamelo todo. Supongo que durante la noche habrás tenido el buen gusto de robar algún minuto a tu merecido descanso para hacer un detallado informe de cuanto has oído —agregó con el aire más natural del mundo, como si toda esa noche no hubiésemos estado juntos deambulando por Roma.

—¿Oído? ¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? Durante la cena de ayer, cuando te hice bailar ese minué alrededor de la mesa empleando tu antorcha como pretexto para que te pusieras detrás del cardenal Spinola. Anda, cuéntame qué dijeron.

No salía de mi asombro. Atto confesaba que en la cena me había ultrajado adrede

cuando me mandó acercarme porque según él no lo alumbraba bastante, y luego cuando me envió bruscamente al extremo opuesto de la mesa con la excusa de que el fuego le quemaba la nuca. Y no sólo eso: el abate lo había preparado todo para que escuchase las conversaciones de los comensales.

—En verdad, don Atto, no acierto a entender qué interés pueden tener esas conversaciones. Veréis, sólo trataban de cosas frívolas y sin importancia…

—¿Sin importancia? Chico, en lo que dice un cardenal de la Santa Iglesia Romana no hay una sola sílaba que carezca de significado. Puedes afirmar que son todos unos cabrones, cosa que yo no discutiré, pero lo que sale de sus bocas siempre tiene interés.

—Seguramente tenéis razón, pero yo… Bueno, quizá un hecho sí me pareció curioso.

Le conté el equívoco que había tenido lugar ente los dos cardenales Spinola: la nota del cardenal Spada dirigida a uno de ellos y entregada al otro, y su contenido.

—Decía: «Los tres a bordo mañana al amanecer. Yo aviso a A.»

Atto calló, pensativo.

—Eso puede ser interesante, francamente interesante —susurró luego mirando a Buvat, que esperaba acuclillado en el borde de la calle.

—¿Qué queréis decir?

Guardó un momento de silencio, con la mirada clavada en mis ojos, pero con la mente ya tras el carro alígero de los sucesos futuros.

—¡Que soy un genio! —proclamó por fin dándome un manotazo en el hombro—. Este abate Melani, que con el pretexto de la antorcha te mandó cerca de las personas adecuadas, que ríen sin venir a cuento y hablan más de la cuenta, es un verdadero genio.

Me quedé pasmado. Atto había relacionado hechos pasados de los que yo no tenía noción y acontecimientos futuros que él ya veía plasmados ante sí, cuando para mí no eran sino niebla.

—Bien, pronto también nosotros subiremos a bordo —añadió frotándose las manos, como si se preparase para el momento decisivo.

—¿A bordo de una barca? —pregunté.

—Por ahora id a entregar la carta —ordenó Melani abriendo la portezuela y haciéndome bajar sin muchas contemplaciones—. Cada cosa a su tiempo.

Segunda Jornada

8 DE JULIO DE 1700

Al cabo de unos minutos Buvat y yo vimos desaparecer el coche de Atto por las callejuelas. Traté de poner orden en mis ideas. ¿Maria, la condestablesa Colonna (pues tal debía de ser la identidad de la misteriosa dama con quien Atto mantenía desde hacía tiempo contactos secretos), estaba pues en Roma? El abate había pedido que la carta se entregase en el monasterio de Santa María, en el Campo de Marte. Ahora bien, ¿no había escrito la propia Maria en su misiva que se había detenido en las afueras de Roma y que no llegaría antes del día siguiente?

El cielo, de una claridad implacable, dejó pronto el campo despejado al flagelo creciente de la canícula. Nuestra marcha era lenta, pero no por el calor, sino por el paso vacilante y distraído de Buvat. Mirando hacia arriba como alelado, se detenía cada dos por tres para observar fascinado una cúpula, un campanario o un simple muro de ladrillos.

Por fin decidí romper el silencio:

—¿Sabéis en manos de quién debemos dejar la carta?

—No en las de la princesa, desde luego. Hemos de entregarla a una monjita que le es muy devota. Verás, de joven la princesa pasó una temporada aquí, porque la abadesa era su tía.

—¿Sabéis si la princesa conoce al abate Melani?

—¿Que si lo conoce? —dijo entre risas Buvat, como si la pregunta fuese digna de ironía.

Permanecí un instante en silencio.

—¿Queréis decir que lo conoce bien? —pregunté luego.

—¿Sabes quién es la princesa Colonna?

—Bueno, si no recuerdo mal, creo que… era la esposa del condestable Colonna… que murió hará diez años.

—La princesa Colonna era —me corrigió Buvat—, antes que eso, la sobrina del cardenal Mazzarino, gran estadista y político muy sutil, gloria de Francia y de Italia.

—Sí, en efecto —farfullé, azorado por no haber sido capaz de recordar lo que sabía perfectamente años atrás—. Y ahora —añadí tratando de apurar el mal trago— vamos a entregarle secretamente esta carta de parte del abate Melani.

—Claro —dijo Buvat—, Maria Mancini está en Roma de incógnito.

—¿Maria Mancini?

—Es su nombre de bautizo. En realidad detesta incluso oírlo mentar, pues no es

de ilustre cuna. El abate debe de estar muy nervioso. La princesa y él no se ven desde hace mucho tiempo. ¡Mucho tiempo, caray, mucho tiempo!

—¿Mucho tiempo? ¿Cuánto?

—Treinta años.

Ya sabía quién era la misteriosa Maria por la que Atto suspiraba de forma tan desgarradora. Se había casado años atrás con el príncipe Lorenzo Onofrio Colonna y, por su conducta demasiado libre, se había granjeado una reputación de mujer testaruda y veleidosa, que aún persistía. Todo eso sólo lo sabía de oídas, pues cuando se afianzó su fama yo era apenas un zagal.

¿Por qué Atto no me había dicho a quién estaba destinada la carta que nos había confiado? ¿Cuál era la naturaleza de su relación? Las misivas que había leído furtivamente me habían dejado in albis en este punto, no así en el de la sucesión de España, tema que evidentemente interesaba sobremanera a los dos. Pero tuve que dejar para más tarde tan apremiantes interrogantes porque habíamos llegado a nuestro destino.

Nos hallábamos ante el convento de las monjas de Santa María, en el Campo de Marte. Tras llamar a la puerta, Buvat explicó a la monja que salió a recibirnos que tenía que entregar personalmente una carta a sor Caterina y se la enseñó. Cumpliendo las órdenes de Atto, yo me aparté. Pasados unos minutos de espera, otra religiosa se asomó al portal.

—Sor Maria no ha llegado —dijo apresuradamente antes de arrebatar la carta a Buvat con un raudo movimiento de manos y de cerrar enseguida el pesado batiente de madera.

Buvat y yo nos cruzamos una mirada de perplejidad.

Estaba resuelto el misterio: los contactos que mantenían el abate Melani y la condestablesa eran tan secretos que las cartas siempre se dejaban en el convento, estuviese allí Maria o no (esta vez, además, primero iba a ir a la villa Spada). Se confiaban, pues, a la férrea discreción de las monjas.

Seguidamente fuimos al palacio Rospigliosi en Monte Cavallo, donde Buvat entró para buscar los zapatos que había olvidado el día anterior. Durante los breves minutos que lo esperé en la calle, admiré el imponente y descomunal edificio que se alzaba sobre la colina del Quirinal y que estaba repleto, según había leído, de beldades, magníficos jardines, espléndidas terrazas curvadas y maravillosos recintos de delicias.

En el camino de regreso, el secretario de Melani seguía deteniéndose a contemplar el paisaje y me forzaba a cambiar constantemente de rumbo. Además,

cada vez que volvía a una calle por la que ya habíamos pasado, lo hacía en la dirección inversa, aunque siempre con paso seguro.

—Pero ¿no había que ir por aquí? —preguntaba sorprendido, sin reparar en su distracción ni en el esfuerzo que yo hacía para llevarlo por el camino correcto.

Me acordé entonces de que Atto, al presentarme a su secretario, me había mencionado otro de sus defectos. Quizá había llegado el momento de aprovecharlo. Decidí que no sería difícil llevar a Buvat por la dirección equivocada, dado que había algo en su naturaleza que lo impulsaba hacia allí.

Atravesamos un callejón en el que mercaban algunos de los muchos miserables llegados a la urbe para el jubileo. En cosa de segundos nos abordaron gentes que de ordinario menudean por las calles, siempre distintas y siempre iguales: vendedores de polvos para eliminar la ventosidad intestinal, alumbre de heces que hace eterna la llama de las mechas, aceite de tejo verbasco contra las resfriaduras, pasta de cal viva para matar a las ratas, espejuelos que permiten ver en la oscuridad. También había individuos portentosos que, impávidos, empuñaban tarántulas, cocodrilos, lagartos de India y basiliscos; otros que bailaban sobre una cuerda dando saltos mortales o que caminaban rapidísimo con las manos, levantaban pesos con los sombreros, se lavaban la cara con plomo fundido, se hacían cortar la nariz con un cuchillo o se sacaban de la boca una cuerda de diez brazos de largo.

De repente aparecieron en el callejón unos caballeros honestamente vestidos, acompañados por mujeres muy elegantes, que anunciaron su deseo de interpretar una comedia.

Al punto rodeó a los actores un gentío de niños, mujeres, curiosos, zascandiles, haraganes, transeúntes que lanzaban pullas y viejos que murmuraban malévolos, pero no despegaban la vista de la escena. Los comediantes sacaron de no se sabe dónde unas tablas y en un santiamén montaron un estrado. Subió la mujer más guapa del grupo y se puso a cantar, acompañada a la guitarra por uno de los actores. Entonaron primero una mezcla de canciones y ritmos populares que enardecieron al numeroso público que presenciaba aquel espectáculo gratuito. Terminado el preludio musical, y mientras la gente esperaba que empezase la comedia, subió al escenario el más viejo del grupo. Éste sacó de su bolsillo un frasquito lleno de un polvo oscuro, un portentoso medicamento, según él, que ponderó como algo grandioso e incomparable. Una parte del público comenzó a protestar, ante la evidencia de que los comediantes eran en realidad charlatanes y de que el que ahora hablaba era el archicharlatán. Sin embargo, la mayoría siguió con atención las explicaciones: el polvo no era otra cosa que la quintaesencia mágica, capaz de hacer rico inmediatamente a su poseedor. Si se unía con aceite bueno, se convertía en un ungüento milagroso contra la sarna; si se mezclaba con estiércol de gato, era perfecto para preparar emplastos y cataplasmas.

Mientras el archicharlatán vendía las primeras botellitas de polvo, compradas con

entusiasmo por campesinos de paso que habían asistido embargados a la exposición, nos alejamos de la muchedumbre maloliente que obstruía casi todo el callejón y salimos a la calle.

Cuando llegamos ante una taberna, dejé caer mi propuesta como quien no quiere la cosa.

—Estoy seguro de que, en vez del merecido descanso, no os desagradaría refrescar el espíritu de otra forma —dije aminorando el paso.

—Eh… sí, creo —repuso titubeante, mirando un campanario. Luego, al ver el cartel de la taberna, pero sobre todo al oír el ruido de vasos y el vocerío procedentes del interior, cambió de tono—. ¡No, maldición, por supuesto que no!

Mientras mojaba en un buen vaso de vino tinto la rosquilla que había pedido para desayunar, Buvat decidió satisfacer mi curiosidad y abrirme una rendija sobre la vida de la condestablesa.

—Diez años antes de su muerte, los últimos de su poder en Francia, el cardenal Mazzarino hizo ir a París a un montón de parientes que vivían en Roma: dos hermanas y siete jóvenes sobrinas. Estas últimas eran todas casaderas.

Las hijas de la primera hermana del cardenal, Anna Maria y Laura Martinozzi, contrajeron nupcias con el príncipe de Conti y con el duque de Módena, respectivamente. Imposible lograr mejores enlaces. Ahora bien, al cardenal le quedaban por casar las sobrinas más complicadas: las hijas de su otra hermana, las cinco hermanas Mancini: Ortensia, Marianna, Laura, Olimpia y Maria.

Eran caprichosas y astutas, maliciosas y bonitas, y su llegada había desencadenado en la corte sentimientos parejos y especulares: el odio de las mujeres y el amor de los hombres. Algunos las llamaban, con desprecio, «las Mazzarinetas».

Pero las Mazzarinetas sabían escanciar en el cáliz de la seducción néctares opuestos entre sí: inocencia y malicia, pureza y desvergüenza, juventud y experiencia, prudencia y astucia. Quien bebía de él era gobernado por las jóvenes con la ciencia exacta e implacable de las pasiones.

Aun así (o, mejor dicho, justamente por sus miras ambiciosas), Su Eminencia consiguió con el tiempo encontrarles buenos partidos. Muy pronto Laura se prometió con el duque de Mercoeur. Marianna se desposó con el duque de Bouillon. A Ortensia le tocó el marqués de La Meilleraye, y a Olimpia, el conde de Soissons. Lo increíble había tenido lugar. Ahora eran condesas, duquesas, estaban casadas con príncipes de la sangre, con grandes maestros de la artillería, con descendientes de Richelieu, de Enrique IV, y además eran riquísimas. Sus madres, las hermanas de Mazzarino, pertenecían, por supuesto, a la aristocracia romana, pero a la pobretona.

—Sin duda, la familia Mancini es de antigua cuna —precisó el secretario—. Se remonta a antes del año mil, pero nunca ha tenido las riquezas de las mejores

aristocracias. En este sentido, sus apellidos son elocuentes: Martinozzi, Mancini… —canturreó remarcando los *ozzi* y los *ini*—. Es fácil darse cuenta de que no son nombres conspicuos.

A pesar del temperamento de las muchachas, los matrimonios de las Mazzarinetas se habían concertado y celebrado, en última instancia, sin excesivas complicaciones. Solamente una sobrina había causado a Mazzarino infinidad de problemas: Maria.

A su llegada a París contaba catorce años, y el joven Luis, uno más. Se instaló en el palacio de su tío, casi aturdida por el lujo y el boato que habían inflamado la rabia del pueblo contra el cardenal durante los años de la Fronda. Al principio la reina madre, Ana de Austria, la trató con benevolencia, igual que a todas las otras sobrinas de Mazzarino, como si fuesen de su misma sangre.

—Pues bien, un día la madre de las Mancini cayó gravemente enferma y empezó a recibir regularmente visitas de Su Majestad. Ahí, el rey encontraba siempre a Maria. Ni que decir tiene que todo era muy comedido: lamento mucho el mal estado de vuestra señora madre, *et cetera, et cetera*. Oh, majestad, pese al triste momento, me siento honrada por vuestras palabras, y así sucesivamente —dijo Buvat remedando primero la afectación regia y luego el azoramiento femenino.

La madre de Maria finalmente murió, y el día del funeral hubo quien notó que la joven departía con el soberano con una confianza y una libertad mucho mayores que las que usaba antes de la desaparición de la difunta.

La misma noche de las exequias, en la corte se representó un ballet de título profético: *L'amour malade*. Luis, como solían hacer los jóvenes, participaba en las danzas. En el gran salón del Louvre, en presencia de toda la corte, el regio piruetear de Luis abrió la primera de las diez *entrées*, cada una de las cuales representaba un remedio para la curación del dios doliente.

No pocos cortesanos advirtieron que los jarretes de Luis estaban más muelles de lo usual, que respiraba más hondo, que sus saltos eran más largos, que miraba con más atención y expresividad, como si una fuerza invisible lo sostuviese y le susurrase la receta secreta que cura el amor y lo hace triunfar.

Ni uno solo de los nobles de su edad que frecuentaban la corte lograban tratarlo con verdadera amistad. Era demasiado afectado, demasiado serio cuando sonreía, y demasiado risueño cuando mandaba.

Cuando conversaban con él, las jóvenes se sentían tan atenazadas por la ofuscación y el respeto que se guarecían bajo el manto opresivo de las formalidades y las reverencias.

La única que no temía a Luis era Maria. Mientras todas las demás temblaban de miedo (y de ganas de ser elegidas) ante el rey, la joven italiana jugaba la partida del amor con la serena malicia que habría empleado con cualquier otro joven apuesto.

En público el rey era gélido y distante con todo el mundo, pero con Maria, a

veces sin darse cuenta, se turbaba y cambiaba su máscara de indiferencia por la del deseo. Se moría de ganas de brindarle su plena y total confianza, y le tenía prohibido que guardase con él las formas. En presencia de Maria llegaba incluso a tartamudear, a enrojecer, a perderse en cómicos aturullamientos.

—Hay quien ha visto a Su Majestad —juró Buvat— morder la almohada antes de conciliar el sueño, atormentado por el recuerdo de pequeñas pero insoportables meteduras de pata. Por ejemplo, una insinuante ocurrencia de Maria que le había hecho mucha gracia, pero a la que sólo supo responder con un torpe tartajeo. Así, además de su regia compostura, había perdido la oportunidad de decirle «te amo».

Una vez más, los hechos se imponen a causa de una enfermedad. A finales de 1658, en Calais, tras una serie de viajes y de inspecciones sumamente agotadoras, y quizá también por el aire insano que le enturbia los humores, Luis enferma gravemente. Padece fiebre violenta y persistente, todo París teme por la vida del soberano durante un par de semanas. Merced a las artes de un médico de provincia, Luis por fin se recupera. A su vuelta a París, no tardan en referirle el chisme que más se oye en la corte: en toda la ciudad, los ojos que más lágrimas han derramado, la boca que más ha invocado su nombre y las manos que más han rezado pertenecen a Maria.

De esa suerte, en lugar de una declaración abierta (cosa imposible con un soberano), Maria ha enviado a Luis un mensaje involuntario pero mucho más poderoso. La corte entera es la que, con sus murmuraciones, dice al rey: ella te ama, y tú lo sabes.

En los meses siguientes la corte se instala en Fontainebleau, donde Mazzarino, que sigue llevando las riendas del gobierno, mantiene ocupado al joven soberano con nuevos entretenimientos cada día; excursiones en carruaje, comedias, conciertos, paseos en barca se suceden sin tregua. Y siempre, ya en carruaje, en la tierra desnuda o en la hierba, las huellas de Luis se entrelazan con las de Maria. Se buscan constantemente y se encuentran a cada segundo.

—Permitidme una pregunta —interrumpí—. ¿Cómo es que conocéis tan bien todos estos particulares? Eso ocurrió hace más de cuarenta años.

—El abate Melani conoce esta historia mejor que nadie —se limitó a responder.

—Vaya. De modo que también a vos, como a mí, os ha contado todo lo de aquella época —dije exagerando adrede—. Os ha hablado de los trabajos confidenciales que realizaba para el cardenal Mazzarino, de Fouquet…

Había mencionado a propósito dos secretos bien guardados del pasado de Melani: su amistad (que él mismo me había revelado diecisiete años atrás) con el superintendente Fouquet, ministro de Finanzas de Francia, perseguido por el Rey Cristianísimo, y el hecho (que había conocido por otros) de que Atto había sido un agente secreto al servicio de Mazzarino.

Creí percibir un destello de sorpresa en la mirada de Buvat. Tal pensaba que el abate Melani me había hecho las mayores confidencias y que, por consiguiente, yo era digno de confianza.

—Entonces también te habrá contado —añadió bajando la voz— que estuvo muy enamorado de Maria sin que, naturalmente, nada llegase a haber entre ellos y que, cuando la razón de Estado obligó al rey a casarse con la infanta de España, Maria dejó París y vino a Roma pare contraer matrimonio con el condestable Colonna. Y que en Roma Maria y el abate siguieron viéndose, pues él llegó aquí poco después. Y continúan escribiéndose; el abate no la ha olvidado.

Me llevé el vaso de vino a los labios y bebí un largo trago procurando taparme lo más posible la cara para que no se notase mi sorpresa. Ya que había conseguido que Buvat creyese que conocía bien las interioridades de la vida de Atto y que por tanto podía hablar libremente conmigo, no podía dejar que descubriese que lo escuchaba todo de su boca por primera vez.

Así pues, Atto había estado enamorado de Maria, y justo cuando a ésta la galanteaba el joven rey de Francia. Ahora se explicaban sus suspiros en el instante en que le entregaron la carta de la condestablesa en la villa Spada, me dije.

Tras pedir otra rosquilla me acordé de una conversación de diecisiete años antes, cuando conocí a Atto; una conversación entre los huéspedes de la posada donde trabajaba. Recordé que entonces se decía que Atto había sido el confidente de una sobrina de Mazzarino, de la que el rey estaba locamente enamorado, tanto que quería casarse con ella. Ahora sabía quién era aquella sobrina de Mazzarino.

De pronto nos interrumpió una escena lamentablemente habitual en las tabernas. Cuatro mendigos habían entrado para pedir limosna, lo que provocó la cólera del dueño y el mudo enfado de los parroquianos.

Uno de los intrusos empezó a insultar a un par de jóvenes que estaban sentados a nuestro lado, y enseguida estalló una trifulca, tan violenta que tuvimos que apartarnos. Eran unos diez individuos —mendigos, clientes de la taberna, dueño y mozo— los que se enfrentaban. En la pelea cayeron sobre nuestra mesa y por puro milagro no volcaron la jarra de vino.

Por suerte, una vez que los mendigos se marcharon, todo volvió a la normalidad y pudimos volver a sentarnos. Oí al dueño despotricar un buen rato contra los pordioseros que invaden las calles de Roma en tiempos de jubileo.

—Pues sí, yo también sabía que el abate Melani estaba muy enamorado de Maria Mancini —mentí con la esperanza de sonsacar algo más a Buvat.

—Tan enamorado que, al marcharse ella, cada día iba a visitar a su hermana Ortensia —explicó Buvat sirviendo vino en los vasos—. Hasta que encolerizó a su marido, el duque de La Meilleraye, un sujeto mojigato y violento, que lo mandó apalear y lo hizo expulsar de Francia.

—Ah, sí, el duque de La Meilleraye —repetí mientras bebía, recordando aún lo que había oído contar a los huéspedes del Donzello.

—El abate, que, según parece, no podía vivir sin alguna de las Mazzarinetas, aprovechó entonces para irse a Roma y ver a Maria, con la bendición del rey, que le había dado una buena suma de dinero. Pero creo que ya es hora de que nos vayamos —dijo Buvat tras comprobar que habíamos apurado toda la jarra de vino—. Han pasado varias horas; el señor abate se estará preguntando dónde estoy —añadió, y pidió la cuenta al dueño.

Tras alquilar dos jamelgos, cabalgamos hasta la villa Spada sin decir palabra. Yo me caía de sueño, mientras Buvat se quejaba de mareos, que atribuía a la temprana hora en que el abate lo había levantado. A mí me sorprendía sentirme tan rendido; quizá los acontecimientos del día anterior habían sido demasiado para mí. Ya no era el fresco muchachito de antaño. Apenas tuve fuerzas para despedirme de Buvat con una pequeña reverencia, tras lo cual monté en mi mula y me dejé llevar hasta mi casita. Sabía que no encontraría a Cloridia. Aquel dichoso parto se hacía esperar. Tumbado de espaldas en la cama y, cuando ya me vencía el sueño, me reconfortó la idea de que nos veríamos esa noche en la villa Spada: se esperaba la llegada de la princesa de Forano, invitada a la fiesta, y, como se hallaba en avanzado estado de gestación, se había requerido por mayor seguridad la presencia de Cloridia. Y así me quedé dormido.

Me despertaron de una manera inesperada y desagradable, por no decir más. Fuerzas hostiles y poderosas me zarandeaban, acompañadas de una voz tronante, perentoria e insistente. Vano hubiese sido todo intento de regresar al inmaterial universo de los sueños y de oponerse a los indeseables apremios mundanos.

—¡Despertad, despertad, os lo ruego!

Abrí los ojos, que enseguida hirió dolorosamente la luz solar. Tenía una jaqueca insoportable, la más fuerte que había sufrido jamás. Un mensajero de la villa Spada, que reconocí a duras penas por el dolor de cabeza y lo que me costaba mantener los ojos abiertos, me sacudía un hombro.

—¿Qué hacéis aquí… y cómo habéis podido entrar? —pregunté débilmente.

—He venido a entregaros una nota de parte del abate Melani y he encontrado la puerta abierta. ¿Os sentís bien?

—Más o menos… ¿La puerta estaba abierta?

—Mi intención era llamar, creedme —afirmó el mensajero con la deferencia que creía me debía como destinatario de una nota de un huésped tan importante como el abate Melani—, pero me he permitido entrar para asegurarme de que no os había

pasado nada. Diría que os han robado.

Miré alrededor. La habitación donde había dormido parecía uno auténtica leonera. Ropas, mantas, muebles, zapatos, rejilla, orinal nocturno, los instrumentos para el parto de Cloridia y hasta el crucifijo que normalmente colgaba encima del tálamo conyugal estaban diseminados por todas partes, de la cama al suelo. Había un vaso hecho añicos junto a la puerta.

—¿No notasteis nada al llegar?

—No, yo… Creo que todo estaba en orden…

—Entonces ha pasado mientras dormíais. Eso sí, debíais de tener un sueño muy profundo. ¿Queréis que os ayude a poner las cosas en su sitio?

—No; no os molestéis. ¿Dónde está la nota?

Tan pronto como el mensajero se hubo marchado, intenté sobreponerme a la consternación poniendo un poco de orden, mas no conseguí sino aumentar mi desconcierto y desasosiego. También en las otras habitaciones —en la cocina, en la despensa y hasta en la bodega— lo habían revuelto todo salvajemente. Alguien había entrado en casa mientras dormía y escudriñado en todos los rincones en busca de algo valioso. Peor para ellos, me dije; los únicos objetos de valor estaban enterrados debajo de un árbol cuya ubicación sólo conocíamos mi esposa y yo. De hecho, después de una media hora larga, comprobé que no faltaba nada importante. Me senté en la cama, todavía atormentado por la jaqueca y la debilidad.

Habían entrado en mi casa en pleno día, me repetí. ¿Había notado algo a mi llegada? A decir verdad, lo único que recordaba era que me moría de sueño. De pronto, aún medio obnubilado, caí en la cuenta de que no había leído la nota que me había mandado Atto. La abrí y me quedé boquiabierto:

Buvat narcotizado y robado.
Ven a verme de inmediato.

—No cabe duda, a los dos os han drogado —dijo el abate Melani recorriendo nerviosamente de arriba abajo su aposento en la villa Spada.

Buvat estaba sentado en un rincón, ojeroso, tan alelado que incluso parecía incapaz de bostezar.

—Es imposible que no hayas oído a los ladrones mientras te ponían toda la casa patas arriba —continuó Atto dirigiéndose a mí—, y que Buvat no haya notado que lo levantaban del colchón, lo tendían en el suelo, hurgaban entre sus mantas y lo despojaban de todo, dinero incluido, dejándolo medio desnudo. No, todo eso es imposible sin la ayudo de un poderoso somnífero.

Buvat asintió tímidamente, sin ocultar el sentimiento de culpa y la vergüenza por

lo que le había pasado. De modo que también él, al volver de nuestra misión en la ciudad, se había quedado dormido como un tronco. El abate tenía razón: nos habían drogado.

—Pero ¿cómo lo han hecho? —bramó Melani.

Crucé con Buvat una mirada inexpresiva y cansada; no teníamos la más remota idea.

—¿Nadie ha intentado entrar en vuestros aposentos? —pregunté a Atto

—No. Tal vez porque yo, en vez de ir por las tabernas —recalcó con gesto elocuente—, he estado despierto trabajando.

—Pero ¿no habéis oído nada?

—Nada de nada, y eso es lo más raro. Había, claro está, atrancado la puerta que comunica mi habitación con la de Buvat. De todos modos, quien lo haya hecho tiene que ser un auténtico mago.

—Es posible que Sfasciamonti no hubiese regresado aún —dije—, pero los otros esbirros de la villa tienen que haber visto…

—Los esbirros, los esbirros…[1] —canturreó el abate nerviosamente—. Ésos sólo saben beber y disipar en los burdeles. Seguro que dejaron entrar a cualquier fulana que, después de brindarse a los guardias, ayudó a los ladrones. Ya se sabe cómo son estas cosas.

—Todo es muy extraño —observé—. Pasa esto pocas horas después de la funesta agresión al encuadernador. ¿Habrá alguna relación entre los dos hechos?

—¡Dios santo, ojalá no! —susurró Buvat, que no tenía el menor deseo de ser el causante, aunque sólo fuese indirecto, de una muerte.

—Es indudable que buscaban algo que podía tener alguno de vosotros dos —afirmó Atto—. Lo demuestra el hecho de que éstas son las únicas estancias del casino que les han interesado. He interrogado discretamente a la servidumbre, pero ningún criado sabía nada; nadir los ha molestado.

—Hay que avisar enseguida a don Paschatio Melchiorri —exclamé.

—De eso nada —me detuvo Atto—. Al menos hasta que tengamos las ideas más claras sobre este asunto.

—Pero ¡alguien ha entrado en el casino! ¡Todos podríamos correr peligro! Y es mi deber informar a mi amo, el cardenal Spada…

—Claro, así alarmarías a todo el mundo, los invitados se quejarían del servicio de orden de la villa y se marcharían. Y adiós a los festejos nupciales. ¿Es eso lo que quieres?

El abate estaba tan acostumbrado a tener mala conciencia que le daba lo mismo ser la víctima en los casos oscuros, como el presente; de todos modos, temía tener algo que ocultar y siempre optaba por el secreto. Hube, con todo, de reconocer que sus objeciones estaban bastante fundadas; no me atrevía siquiera a imaginar que

pudiese malograr los himeneos del cardenal Fabrizio. Así pues, me resigné a complacer al abate.

—¿Qué debían de buscar? —pregunté cambiando de tema.

—Si no lo sabéis vosotros, yo menos. Es obvio que el objetivo de los ladrones guarda también relación conmigo, porque soy el único que os conoce a los dos. Pero ahora…

—¿Sí?

—Tengo que reflexionar, y mucho. Mientras, vayamos por orden. Hay que despejar otras incógnitas cuya solución tal vez nos lleve a aclarar el resto. Tú, chico, vas a venir conmigo.

—¿Adónde?

—A bordo, como te había prometido.

Después de pasar rápidamente por las cocinas para recoger algo que echarnos al coleto, dejamos la villa Spada con la mayor discreción. Evitamos la alameda de entrada atajando por el viñedo y ganamos la verja sin que nadie nos viese.

Mientras avanzábamos por aquel sendero irregular y nos embarrábamos los zapatos, Atto debió de sentir en la nuca el aliento caliente de mi curiosidad.

—Bien, se trata sencillamente de lo siguiente —dijo sin más preámbulos—. Tu amo debe subir a bordo de algo en compañía de Spinola di San Cesareo y de un tal A.

—Lo recuerdo perfectamente.

—En contra de lo que puedas pensar, lo primero que hay que averiguar no es dónde van a reunirse, sino quiénes participan en el encuentro.

—Es decir, quién es A.

—Exactamente. Sólo si se conocen la condición y las prerrogativas de los que participan en una reunión secreta, puede descubrirse el sitio donde tendrá lugar. Si es entre un príncipe y dos simples burgueses, se celebrará en las heredades del príncipe, que lógicamente no puede incomodarse por dos inferiores; si es entre dos ladrones y un hombre honrado, a buen seguro se llevará a cabo en un sitio elegido por los ladrones, que están acostumbrados a los conciliábulos secretos, y así sucesivamente.

—Ya entiendo —dije con una punta de impaciencia, mientras a duras penas nos abríamos camino por el lodazal.

—Pues bien, tenemos dos cardenales. Uno informa al otro y le dice que él en persona avisará al tercero. Se trata seguramente de uno de sus pares, pues de lo contrario tu amo se habría expresado en otros términos en la nota, en éstos, por ejemplo: «Nos vemos mañana a bordo; también estará A.», para subrayar que el tercer personaje no es de su rango. Pero la nota reza: «Yo aviso a A.», ¿no es así?

—Así es —confirmé, al tiempo que salíamos a hurtadillas de la verja de la villa.

—Es como decir: esta vez le aviso yo, tú no te preocupes. En pocas palabras, ese

mensaje me hace pensar que entre los tres hay, o podría haber, relaciones frecuentes, familiares, habituales.

—Conforme. ¿Luego?

—Luego, tenemos un tercer cardenal.

—¿Estáis seguro?

—En absoluto, pero es el único indicio que tenemos. Ahora mira esto.

Por suerte, nos hallábamos lo bastante lejos de la villa para que no pudiesen vernos sus ocupantes. Con un gesto muy rápido extrajo de su bolsillo una hoja medio ajada, doblada por la mitad. La desplegó.

Acciaioli
Albani
Altieri
Archinto
Astalli
Barbarigo
Barberini
Bichi
Boncompagni
Borgia
Cantelmi
Carpegna
Cenci
Colloredo
Cornaro
Costaguti
…

—Pues bien, ahora te pregunto: ¿cuántos apellidos de cardenales empiezan por la letra A?

—Don Atto, ¿qué me estáis mostrando? —pregunté, inquieto por aquel extraño documento. ¿Pretendía Melani mezclarme en algún asunto de espionaje?

—Lee y punto. Son los cardenales que elegirán al próximo Pontífice. ¿Cuáles empiezan por la A?

—Acciaioli, Albani, Altieri, Archinto y Astalli —leí en las primeras líneas.

Acto seguido dobló la hoja y la guardó en el mismo bolsillo del que la había sacado, mientras reanudábamos la marcha.

Ya casi habíamos llegado a la puerta San Pancrazio, por la que se sale de la

ciudad a la via Aurelia, que lleva al este. Atto echó un rápido vistazo en derredor, pues no quería levantar sospechas. El documento que llevaba podía acarrearle una acusación de espionaje, lo que tendría terribles consecuencias.

—Vamos a ver —dijo con una sonrisa, como si estuviésemos hablando de cualquier vanidad.

Comprendí que estaba relajando los músculos de la cara para el inminente encuentro con los guardias de la puerta San Pancrazio. Yo aún no sabía adónde íbamos, pero era evidente que Atto había elegido un camino que pasaba necesariamente por esa puerta.

—Astalli es legado pontificio en Ferrara —prosiguió—. Ahora no está en Roma, y aquí sólo tiene un motivo para venir: el cónclave. Archinto está en Milán, demasiado lejos para acudir a la fiesta de tu amo. Acciaioli, el primero de la lista, no es, hasta donde yo sé, buen amigo de los Spada.

—Sólo quedan, pues, Altieri y Albani.

—Así es. Altieri encaja perfectamente en nuestras suposiciones, ya que, al igual que Spada, forma parte del grupo de los cardenales nombrados por el papa Clemente X, de feliz memoria. Sin embargo, Albani encaja aún mejor por una cuestión de equilibrios políticos.

—¿Qué queréis decir?

—Es muy sencillo: si tres cardenales se reúnen en secreto es porque representan a tres facciones distintas. Pues bien, Spinola, a entender de muchos, respalda al Imperio. Spada, en cambio, dada su condición de secretario de Estado de un Papa napolitano, sería afín a España. Por su parte, Albani pasa por ser amigo de Francia. En resumidas cuentas, tenemos un pequeño sínodo de preparación para el cónclave. Por eso tu amo está tan nervioso estos días: su bronca al gentilhombre de la casa, su aire alterado y afligido.

—Sé por una lechera que el cardenal Spada visita mucho a embajadores y cardenales por algo que tiene que ver con un breve papal —dije, sorprendido de poseer informaciones interesantes, a las que sin embargo aún no había sabido sacar provecho.

—¡Estupendo! ¿Me equivoco, o Albani es secretario para los breves? —concluyó Atto satisfecho.

Atto estaba en lo cierto; yo mismo se lo había oído decir a dos damas durante la cena de la víspera.

En ese momento dejamos de hablar. Habíamos llegado ante los guardias que custodiaban la puerta San Pancrazio. Yo vivía justo a extramuros y la cruzaba a diario en un sentido o en otro, de modo que los guardias me conocían de sobra. Ir en compañía de un caballero constituía una ventaja añadida, de forma que nos dejaron pasar sin el menor problema.

—Aún no me habéis dicho adónde vamos —observé, aunque empezaba a formarme una idea en los meandros de mi fantasía.

—Verás, nuestros tres cardenales quizá celebren su conciliábulo a bordo de una embarcación. ¿En el Tíber, por ejemplo?

—No parece muy verosímil.

—Yo creo que sí, en la medida en que su intención es ocultarse de miradas indiscretas. No obstante, disponen de un lugar mucho más cómodo y seco, y además a dos pasos de la villa Spada. Ya casi hemos llegado. A lo mejor has oído hablar de él: se llama el Navío.

Tras todas las deducciones de Atto, era el nombre que yo esperaba.

—Lo conozco perfectamente —repuse—. Paso por ahí todos los días de camino hacia la villa Spada, pero, de no ser por vos, jamás se me habría ocurrido pensar que podría ser el lugar de encuentro de tres cardenales —admití—. Ahora entiendo que la expresión «a bordo» no era más que un juego de palabras…

Atto apretó el paso, acogiendo con una sonrisa muda mi diplomática declaración de inferioridad.

—El lugar —continuó— es francamente singular. Como quizá sepas, está estrechamente vinculado a Francia, circunstancia que hace todavía más interesante el encuentro entre Spinola y tu amo Spada: un cardenal de la facción española y un cardenal amigo del Imperio se citan clandestinamente en terreno francés…

—En suma, es una reunión para elegir al próximo Papa. Si además resulta que el tercero es Albani, pro francés, Francia vendría a ser la anfitriona.

—Ahora sólo echaremos una ojeada —dijo—. Seguramente el encuentro ha tenido lugar al amanecer, hora de las maquinaciones ocultas, de modo que ya habrá terminado todo. De todos modos, podremos recabar datos interesantes. Además…

—¿Además?

—Una coincidencia enormemente extraña. En el Navío se guarda algo muy singular. Objetos que… bueno, es una vieja historia que te contaré tarde o temprano.

Justo cuando Atto pronunciaba estas últimas palabras, llegamos a nuestro destino. Tuve, pues, que dejar para más tarde todas las aclaraciones.

El sitio al que nos aprestábamos a entrar, que distaba muy poco de mi morada rural y que iba a desempeñar un papel muy importante en los hechos que aquí contaré, era conocido por todo el mundo, pero contadísimas personas lo habían visitado.

Se llamaba villa Benedetta, por un tal Benedetti, de quien solamente sabía que décadas atrás había hecho construir aquel edificio con fasto y pompa. Por su peculiar forma, similar a un velero, los lugareños le daban también el nombre de villa del

Navío o, más sencillamente, el Navío.

Ya he dicho que todo el mundo lo conocía, y no sólo en la zona. La villa, en efecto, gozaba de una fama por demás inusual. A la muerte de su constructor, unos diez años antes, había heredado el palacio y su jardín un pariente del cardenal Mazzarino, que sin embargo jamás había ido a la villa, con lo que se convirtió en un lugar olvidado. Pero no abandonado: cuando anochecía, se vislumbraban luces; de día, sombras de personas; desde la calle se oían acordes musicales, ruido de pasos, risas bajas. El murmullo suave de una fuente sonaba sin pausa, y en la grava del patio, los pasos presurosos de algún lacayo.

Ahora bien, jamás se había visto a visitante alguno. Ningún carruaje se paraba para que se apeasen huéspedes de importancia, ningún criado salía para aprovisionar las cocinas o, en invierno, para surtir de leña. Pero, aunque nunca se le viera, todos sabían que alguien debía de haber dentro.

Era como si el Navío estuviese animado por una vida secreta, independiente de todo contacto con el exterior. Misteriosos señores sin rostro parecían ocultarse en su interior, como dioses de un Olimpo menor, ajenos al mundo y conformes con su misteriosa intimidad. Alrededor, un halo arcano espantaba a los curiosos e inspiraba cierta inquietud incluso a quienes, como yo, pasaban por la villa al menos una vez al día.

Por otra parte, el emplazamiento del Navío no podía ser más hermoso ni ideal, asomado como estaba a la via Aurelia, justo en la cumbre de las dulces alturas de la colina del Janículo. En el límite entre la ciudad y el campo, el edificio disfrutaba de un aire perfecto y de vistas muy amenas y variadas, sin que el ojo tuviese que hacer el esfuerzo de buscarlas. Aunque se alzaba entre las suaves y púdicas alturas de la colina, el Navío tenía un aspecto orgulloso y gallardo: más que una villa o un palacio, semejaba un auténtico castillo. Por añadidura, un castillo navegante, si puede emplearse un término así. La proa (como no tardaría en comprobar) era la escalinata doble de la fachada, encajada en el verde del jardín, que, formando una doble curva simétrica y convergente, llevaba a una pequeña terraza, fiel imagen de una toldilla. La popa, en el extremo opuesto, estaba representada por una fachada semicircular, con una galería interior cubierta por amplias ventanas en forma de arco que daban a la parte de atrás, es decir, a la puerta San Pancrazio. El casco, por último, se componía de cuatro plantas para habitación, de formas sencillas y airosas, rematadas por cuatro torreones, que a su vez estaban coronados por gallardetes, como banderas izadas en la arboladura de un velero.

El Navío dominaba altivamente las copas de los árboles circundantes, tanto que se veía desde muy lejos. Y no tenía importancia que el jardín no fuese muy grande, como, por lo demás, rezaba un lema latino ubicado en la entrada, que había leído muchas veces al pasar por allí:

Agri tantum quo fruamur
non quo oneremur.

Es decir, su creador aconsejaba poseer la cantidad de tierra suficiente para disfrutar, en vez de despilfarrar el dinero para comprar mucha.

Aquel lema, que pertenecía a la antigua sabiduría rural, no era sino el preludio de los numerosos descubrimientos que haríamos en la villa,

Atto se detuvo y observó atentamente la lejana bifurcación que se abría en la calle de la puerta San Pancrazio dejando a la vista el cercano casino Corsini.

—Sé que fue un tal Benedetti quien construyó el Navío —comenté mientras explorábamos discretamente la calle—. Pero ¿quién era?

—Un hombre de confianza de Mazzarino. Era agente suyo aquí, en Roma. Compraba en su nombre cuadros, libros, objetos de valor. Con el tiempo se convirtió en un discreto experto. Mantenía contactos con Bernini, Algardi, Poussin… No sé si estos nombres te dicen algo.

—Por supuesto que sí, don Atto. Son grandes artistas.

Benedetti no era arquitecto, pero tenía talento para la arquitectura, continuó Atto. A veces se embarcaba en proyectos que lo sobrepasaban. Por ejemplo, propuso construir una gran escalinata en la colina que hay entre la plaza de España y Trinitá dei Monti, pero no le hicieron caso. En ocasiones, sin embargo, sus ideas se llevaban a cabo.

—A partir de un proyecto suyo se levantó el catafalco para el funeral que se celebró aquí, en Roma, por la muerte del cardenal. A mi juicio era un poco pesado y pomposo, pero no feo. Benedetti era un buen diletante.

—Puede que también interviniera en el Navío —aventuré.

—En efecto, se cuenta que la villa es obra suya, mucho más que de los arquitectos a quienes se encargó. Y yo sé que es verdad.

—¿Lo conocíais bien?

—Lo ayudé cuando estuvo en Francia, hace poco más de treinta años, precisamente por el Navío. A su muerte me dejó, como muestra de gratitud, algunas cosillas en herencia. Un par de graciosos cuadritos.

Habíamos llegado al vallado de la villa. Atto miró a poniente; tuvo que parpadear levemente para protegerse del resplandor del mediodía.

—Fue a Francia a visitar Vaux-le-Vicomte, el castillo de mi amigo Nicolas Fouquet. Lo acompañé, y me reveló que buscaba inspiración para su villa.

»Pero basta de charlas, ya hemos llegado. Podrás verlo todo con tus propios ojos, y juzgar, si quieres.

Nos acercamos a la entrada, que era de una factura insólita y admirable. La popa

del Navío pendía sobre nosotros: una gran galería cubierta, redonda y con luminosas arcadas, que daba a la calle donde nos encontrábamos. El agua de una fuente susurraba queda. La popa estaba pegada al vallado, magníficamente tallado en forma de peñasco, con ventanas y puertas que figuraban grutas marinas y ensenadas. El Navío, ondeando sobre imaginarias olas, parecía anclado en una escollera. Así, entre pinos, adelfas, tréboles y margaritas, se ofrecía a la vista la imagen deliciosa y absurda de un velero fondeado.

Nadie parecía vigilar la portezuela de entrada a la villa, situada en el vallado. De hecho, estaba apenas entornada y daba a un zaguán, que a su vez daba a un jardín.

Atto y yo avanzamos con prudencia, convencidos de que en cualquier momento alguien saldría a nuestro encuentro. Del interior de la villa nos llegaban voces que la distancia apagaba. Resonó una carcajada femenina. No apareció nadie.

Llegamos a un amplio patio, a cuya derecha se erguía la mole esbelta e imponente del Navío. En medio, una hermosa fuente, animada por juegos de agua, entonaba con delicadeza sus suaves murmullos.

Nos detuvimos y echamos una ojeada alrededor para orientarnos. Delante y a la izquierda se extendía el parque, que cautamente comenzamos a explorar. A lo largo de la orilla había espalderas y macetas de cítricos y de otros frutos valiosos; una rampa de nueve calles con rosales, órdenes de árboles en cenadores hechos en forma de escaque, con espalderas de distintos frutos, y un bosquete.

Los chorros de una segunda fuente que había en una terraza ubicada en el centro de la primera planta del edificio hacían de gracioso y siempre nuevo contrapunto sonoro.

—¿No nos anunciamos?

—Por ahora, no. Sé que estamos violando una propiedad privada, pero no había nadie de guardia. Si alguien nos pide explicaciones, diremos que queríamos presentar nuestros respetos al dueño de esta preciosa villa. Dicho de otro modo, nos haremos los tontos.

—¿Hasta cuándo? —pregunté, preocupado por la posibilidad de tener algún problema en un sitio tan próximo a mi casa y a la villa Spada.

—Hasta que encontremos algo interesante sobre la reunión de nuestros tres cardenales. Y ahora deja de hacer preguntas.

Una vereda cubierta por un enorme parral de variadas uvas exquisitas se extendía ante nosotros.

—La uva, símbolo cristiano del renacimiento; Benedetti recibía así a sus visitantes —observó Melani.

El parral terminaba, como pudimos observar, frente a un bello fresco de Roma Triunfante.

Como no podíamos acercarnos al edificio, porque seguramente alguien nos

descubriría en nuestra inspección ilícita, fuimos por entre las umbrosas veredas del parque, donde nos sentimos protegidos y abrigados por el apacible mediodía, por la fragancia de los cítricos, por el suave murmullo de las fuentes.

Deambulando por el jardín dimos con una glorieta en la que se elevaban dos pequeñas pirámides. Cada una tenía una dedicatoria. En la primera se leía:

GENII AMOENITATI
Qui procul a curis ille laetus;
si vis esse talis,
esto ruralis.

—Bien, chico, te toca a ti —me retó amablemente Atto.

—Diría: «A la amenidad del genio. Dichoso quien no tiene preocupaciones; si tú también quieres ser dichoso, vive en el campo.»

La otra pirámide tenía un epígrafe análogo:

AMICITIAE FELICITATI
In secunda, et in adversa fortuna,
nil solidius amico:
hunc facilius in rure
quam in aula invenies.

—«A las dichas de la amistad. En la suerte buena y en la mala, no hay nada más digno de confianza que un amigo: pero lo encontrarás más fácilmente en el campo que en la corte» —traduje.

Permanecimos unos segundos en silencio ante las dos pirámides, ambos —eso al menos me figuré— con el deseo de saber qué pensaba el otro. ¿Qué reflexiones podían inspirar esas sentencias a Atto? El genio y la amistad… Si hubiese tenido que decir qué genio lo dominaba, enseguida habría pensado en sus dos auténticas pasiones: la política y la intriga. ¿Y la amistad? El abate Melani me tenía aprecio, yo lo sabía desde que le encontrara mis perlitas secretamente guardadas en el corazón, a manera de exvoto en el escapulario de la Virgen del Carmen. Pero, hecha esa salvedad, ¿Atto era o había sido alguna vez, por un instante al menos, mi amigo, un amigo verdadero y desinteresado, como le gustaba presumir cuando le convenía?

De improviso se oyó en lontananza una melodía sinuosa, un canto extraño, como de una sirena grave, que parecía brotar ya de una flauta, ya de una viola de gamba, o

incluso de una voz femenina.

—Interpretan música en la villa —observé.

Atto aguzó el oído.

—No, el sonido no procede de la villa, sino de las inmediaciones.

Exploramos el parque con la mirada, pero en balde. El viento empezó entonces a soplar y levantó con un susurro el manto incoloro de las hojas caídas que, víctimas precoces de la canícula estival, invadían los parterres, las veredas y los setos.

La melodía parecía surgir de nuevo del edificio.

—De ahí, sale de ahí —se corrigió Atto.

Señalaba una ventana que daba al patio de entrada, hacia poniente, que entreveíamos a través de las hojas de los árboles. Sin demora nos acercamos.

Así, por primera vez llegamos a pocos pasos del edificio, al pie de la ventana, desde donde cualquiera no sólo podía vernos, sino también oírnos. Sin embargo, seguimos moviéndonos a nuestras anchas. Aunque no daba crédito a que nadie nos cortase el paso, poco a poco cobré aplomo en aquel lugar tan desconocido y misterioso para mí hasta hacía apenas un rato.

Dirigimos la vista y el oído hacia lo alto, hacia la ventana (la única que, en efecto, estaba abierta) de la que aparentemente provenía la música. Empero, una vez más el velo invisible del silencio cayó sobre el parque y sobre nosotros.

—Da la impresión de que les divierte esconderse —refunfuñó Atto.

Pudimos así contemplar mejor la arquitectura del Navío. La fachada a cuyo pie nos hallábamos estaba dividida en tres órdenes; en su superficie había un vano conformado por un hermoso pórtico, al que o rodeaban arcos y columnas sobre las cuales, a la altura del primer piso, se extendía una terraza. Nos acercamos al pórtico.

—Don Atto, mirad aquí.

Hice notar al abate que encima de cada una de las cuatro lunetas del pórtico había una inscripción latina:

AERIS SALUBRITAS

LOCIS SUBLIMITAS

URBIS VICINITAS

DOMUS COMMODITAS

—«Aquí se tiene salubridad de aire, sublimidad de lugar, proximidad a la ciudad, comodidad de la casa» —tradujo Atto—. Todo un himno de Elpidio Benedetti a su villa.

Sobre las dos puertas de la fachada había sendas inscripciones de parejo tema:

Agricola semper in proximum annum dives est.

Laudatio ingentia Rura, exiguum colito.

—«El agricultor siempre es rico… el próximo año.» «Alabados sean los grandes campos, y los pequeños cultivados.» Divertido. Mira, aquí también hay por todas partes.

Atto me invitó a entrar en el pórtico. Recorriendo la fachada con la mirada vi muchísimos lemas, algo borrosos, como una selva que trepase por los muros, en grupos de tres en cada pilar.

Me fijé en el primero y leí:

La discreción es la madre de las virtudes.
No todos los literatos son sabios.
Más vale un buen amigo que cien parientes.

Un enemigo es excesivo, y cien amigos no bastan.
Un sabio y un loco saben más que un sabio solo.
Es más importante saber vivir que saber hablar.

Una cosa engendra otra, y el mundo la gobierna.
Con poca inteligencia se gobierna el mundo.
El mundo se gobierna mediante opiniones.

A los lados de la galería había medios pilares, que también tenían unos lemas:

En las cortes nadie disfruta más que los bufones.
En la villa, el sabio contempla mejor, y disfruta.

—Había oído hablar de las inscripciones del Navío —comentó entonces Atto, que había ido descubriéndolas conmigo—, pero jamás hubiese imaginado que eran tantas ni que estaban por doquier. Un trabajo francamente notable. Hay que felicitar a Benedetti. Aunque no todas son de su cosecha —concluyó con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué queréis decir?

—«El mundo se gobierna mediante opiniones» —recitó Atto con voz chillona e insinuante, estirándose el traje para que pareciese un hábito, con las cejas enarcadas en una expresión severa y dos dedos bajo la nariz a modo de bigote.

—¿Su Eminencia el cardenal Mazzarino? —aventuré.

—Una de sus frases favoritas. Sólo que ésta, a diferencia de tantas otras, nunca la escribió.

—¿Reconocéis más lemas?

—Veamos… «La discreción es la madre de las virtudes.» Ésta es de mi buen amigo el papa Clemente IX. Luego… «Más vale un buen amigo que cien parientes.» Me la repetía a menudo Su Majestad Ana de Austria, la difunta madre del Rey Cristianísimo… ¿Has dicho algo?

—No, don Atto.

—¿Estás seguro? Juraría que he oído algo como… un susurro, eso es.

Miramos en derredor por un instante, vagamente inquietos. Como no distinguimos nada, continuamos nuestra visita, mientras la melodía se reanudaba, esta vez casi inaudible.

—Una folía —comentó el abate.

—Pues sí, aquí todo es disparatado —convine.

—Pero ¿qué has entendido? Yo me refiero a la melodía que estamos escuchando; son variaciones sobre el tema de la folía. O al menos eso me parece por lo poco que se alcanza a oír.

Guardé silencio, pues no sabía qué era, en música, el tema de la folía

—La folía es un motivo popular de origen portugués, que fue primero una danza —explicó Atto en respuesta a mis tácitos interrogantes—. Es muy conocida. Se compone de una urdimbre musical, digámoslo así, de una estructura muy simple, sobre la cual los músicos improvisan un gran número de variaciones y de contrapuntos de alto virtuosismo.

Seguimos escuchando la melodía, cuyos acordes sonaban ora graves y serenos, ora amorosos y brillantes, ora melancólicos, pero siempre volubles.

—Es muy hermosa —susurré, casi mareado por el encanto de la música.

—Es el bajo continuo, también variado, que acompaña a los contrapuntos: siempre conquista a las naturalezas soñadoras como la tuya —dijo risueño Atto—. De todos modos, en este caso no te falta razón. Hasta ahora creía que no existían mejores variaciones de la folía que las del maestro Marais, en Versalles. Pero éstas, a la manera italiana, son adorables. Su autor, quienquiera que sea, es extraordinario.

—¿Quién compuso la primera folia? —pregunté presa de curiosidad, mientras la música se desvanecía en el aire.

—Todos y nadie. Como te he explicado, es una melodía popular, una danza muy antigua. Se pierde en la noche de los tiempos. El propio nombre de «folía» es

misterioso. Pero ahora déjame leer, aquí hay algo de Lorenzo de Médicis. —Se aprestó a repasar unos versos, pero enseguida se interrumpió—. ¿Lo has oído tú también? —murmuró.

Yo también lo había oído. Dos voces. Una masculina y otra femenina. A poca distancia de nosotros. Y pisadas en la grava.

Miramos alrededor. No había nadie.

—Bueno, en el fondo estamos haciendo una visita amistosa —dijo Atto, y ambos soltamos el aliento que habíamos contenido—. No hay nada que temer.

Reanudamos una vez más la exploración. Se me habían quedado grabados aquellos versos de los muros del Navío que animaban a huir de las cosas vanas del mundo y a buscar la verdad y la sabiduría en el seguro puerto de la naturaleza y la amistad. Resultaba curioso, me dije, encontrar justo allí, mientras hacíamos pesquisas sobre la reunión secreta de los tres cardenales, pensamientos y palabras que exhortaban a despreciar los afanes de la política y de los negocios. Yo me había alejado de las cosas del mundo: había renunciado a ser gacetero y me había recluido en mi campito con Cloridia. En cambio, pasados diecisiete años, Atto seguía apegado a ellas, y de qué manera. No obstante, aquellos versos, con su suave insistencia en la caducidad de las cosas de la tierra, parecían haber dejado en su rostro (aunque bien podía ser cierta ilusión) una sombra de duda y de reflexión.

—Vaya versos. Por mucho que los conozcas y los releas, siempre te dicen algo —comentó como para sí.

Leímos, en medio de los arcos, bellas estrofas sobre las estaciones de Marino, de Tasso, de Alemanni, así como dísticos de Ovidio. A continuación atrajo nuestra atención, en el costado del palacio, entre dos ventanas, una serie de sabias máximas:

Quien pierde la fe ya no puede perder nada más.
Al que no tiene amigos, pobre lo llaman.
El que rápido promete despacio se arrepiente.
Hombre reidor es siempre engañador.
Quien sigue el juego acaba pobre.
El burlador es siempre burlado.
Quien habla mal de otros piensa primero en sí mismo.
Quien piensa bien deduce bien.
Quien gana reputación consigue peculio.
Quien quiera tener muchos amigos, que pruebe con pocos.
Quien no se aventura no tiene ventura.
El que más listo se cree es el menos avisado.

—Maldición —bisbiseó de pronto Atto.

—¿Qué os ocurre?

Calló por un instante.

—¿Es que no has oído nada? Un ruido seco, justo aquí, delante de mí.

—La verdad es que… sí lo he oído, como una rama partida.

—¿Una rama que se parte sola? Sería francamente interesante —ironizó mirando alrededor algo inquieto.

Aunque no quería confesarlo, todo indicaba que nuestra exploración seguía dos caminos paralelos: el de las inscripciones que descifrábamos y el de los ruidos misteriosos que nos asediaban, como si ambas realidades heterogéneas, las palabras escritas y los rumores de lo desconocido, no hiciesen más que llamarse mutuamente.

Una vez, más nos dimos ánimos y seguimos adelante. La lista de máximas continuaba más allá.

Quien todo lo quiere de rabia muere.
El que no está hecho a mentir cree que todos dicen la verdad.
Quien está acostumbrado a hacer daño sólo piensa en eso.
Quien paga sus deudas se enriquece.
Quien quiera mucho ha de pedir poco.
Quien cuenta todas las plumas nunca hace colchón.
Quien no tiene discreción no merece respeto.
Quien no estima no merece ser estimado.
Quien compra a tiempo compra barato.
Quien el peligro ama en él acaba.
Quien siembra virtud coge fama.

Después de éstas, otras rezaban:

GUÁRDATE
Del alquimista pobre
Del médico enfermo
De la cólera súbita
Del loco acalorado
Del odio de los señores
De la compañía de los traidores
Del perro ladrador
Del hombre que no habla

Del trato con ladrones
De posada nueva
De puta vieja
De riñas nocturnas
De la opinión de los jueces
De las dudas de los médicos
De las recetas de los boticarios
Del etcétera de los notarios
De las enfermedades de las mujeres
De las lágrimas de las putas
De las mentiras de los mercaderes
De los ladrones de casa
De la criada que vuelve
Del furor del pueblo

—De las putas viejas y de la opinión de los jueces hay que desconfiar, desde luego —dijo Atto con una sonrisita.

Un cuarto grupo de lemas sabios figuraba al final:

HAY TRES ESPECIES DE PERSONAS ODIOSAS
El pobre soberbio
El rico avaro
El viejo loco

A TRES ESPECIES DE HOMBRES HAY QUE EVITAR
Cantores
Viejos
Enamorados

TRES COSAS MANCHAN LA CASA
Gallinas
Perros Mujeres

TRES COSAS HACEN AL HOMBRE PRUDENTE
Un amor
Una discusión
Una pelea

TRES COSAS SON DESEABLES

Salud
Buena fama Riquezas

TRES COSAS SON MUY CIERTAS
La sospecha, que no se va de donde ha entrado
El viento, que no entra ahí donde no ve salida
La lealtad, que nunca se recupera una vez perdida

TRES COSAS MORTALES
Esperar en balde
Estar en la cama y no dormir
Servir y no gustar

TRES COSAS ALEGRAN
El gallo del molinero
El gato del carnicero
El mozo del huésped

—Bueno, éstas no están a la altura del resto —refunfuñó Atto, a quien probablemente no había gustado el lema que aconsejaba evitar a cantores y viejos, categorías de las que él formaba parte.

—Según vos —pregunté con la mente embotada de tantas máximas—, ¿por qué están todas estas inscripciones?

No respondió. Era evidente que Atto se planteaba la misma pregunta y no quería confesar que la compartía conmigo, pues aún me juzgaba inexperto en las cosas del mundo.

El viento, que se había levantado hacía un rato, arreció de pronto hasta hacerse violento. Remolinos caprichosos revolvían los arbustos, la tierra, los insectos. Me entró polvo en los ojos y me cegó. Me apoyé contra el tronco de un árbol para frotarme las órbitas y tardé un buen rato en recuperar la vista. Cuando abrí los ojos, el espectáculo había cambiado bruscamente. Con un pañuelo, Atto se limpiaba los párpados de la suciedad que también le había nublado la vista. Me sentía un poco mareado; por unos instantes la ráfaga más violenta que jamás había visto en la colina del Janículo nos había sustraído del mundo y, con él, de la villa.

Miré hacia lo alto. Las nubes, que antes se perseguían morosamente en un cielo que surcaban el naranja, el rosa y el lila del ocaso incipiente, eran ahora las dueñas lívidas e impetuosas de la bóveda celeste. El horizonte, opaco y lechoso, devolvía una

claridad informe y ajena. Ahora parecía que la música llegaba del gran claro por el que se accedía al parque.

Luego todo se despejó. De pronto, tal como había desaparecido, el astro diurno resurgió para proyectar un fino y dorado rayo sobre la fachada del Navío. Una leve brisa nos trajo, por un breve momento, las notas de la folía.

—Qué curioso —comentó Atto limpiándose el polvo de sus sucios zapatos—. La música va y viene, viene y va. Es como si no estuviese en ningún sitio y en todos. A veces, en los palacios de los grandes señores hay salas construidas con artificios de albañilería, concebidos para multiplicar los puntos de escucha y crear la ilusión de que los intérpretes se encuentran en un lugar distinto del real. Pero nunca he oído hablar de un jardín con esas virtudes.

—Tenéis razón —asentí—. Es como si aquel motivo estuviese simplemente, cómo diría yo… en el aire.

De repente oímos dos voces y una argentina risa femenina. Debían de ser las mismas que, sin cuerpos humanos emisores, habíamos oído hacía apenas un rato.

Un alto seto nos impedía mirar. Atto se alisó los pliegues del justillo, preparándose para presentarse y responder a cualquier pregunta. En el seto había una parte menos tupida, desde donde finalmente distinguimos, casi en transparencia, dos figuras. Y, con ellas, dos rostros. Un caballero no precisamente joven, y sin embargo vigoroso, que me llamó la atención —pese a ser una aparición fugaz— por su mirada franca, sus rasgos nobles y sus modales decididos pero corteses, hablaba amablemente con una chica tratando al parecer de darle ánimos. ¿También era suya la risa femenina que habíamos oído a nuestra llegada al Navío?

—… Os guardaré gratitud toda mi vida. Sois mi mejor amigo —dijo ella.

Vestían a la manera francesa, aunque (no sabría decir exactamente por qué) con un toque sumamente singular. Protegidos como estábamos por la verde barrera, no habían reparado en nuestra presencia, circunstancia que nos convertía en unos fisgones.

Se volvieron ligeramente y pude ver entonces con nitidez el rostro de la chica. Su tez era más lisa que el cristal y, si bien no era nívea, la mezcla de blancura y rubicundez le daba ese tono entre claro y moreno que la asemejaba a una nueva Venus (porque, como dice el proverbio, el moreno no quita belleza, sino que la acrecienta). Sus facciones no eran largas, sino de una redondez que igualaba toda la belleza de las esferas celestes. Su cabello, como si despreciara el color del oro tan común en el mundo, era negro azabache, pero nada tosco; su negrura, si acaso, era un aviso de muerte para los que de ella se prendaban sin esperanza. Tenía la frente grande y amplia, bien proporcionada a sus otras gracias, y las cejas, oscuras, lo que no le daba, al revés que a otras, semblante altanero, sino que, cuando abría los ojos, semejaban nubes tras las que aparece el sol después de la tormenta.

La miraba, a través de la casual fisura entre las hojas, y sus grandes ojos, más redondos que rasgados, de una vivacidad incomparable, capaces de encolerizarse pero no de destilar hiel, me parecían instrumentos dulcísimos y crueles, cometas funestos, lanzadores de despiadados dados amorosos, que podían cegar aun a los más linceos; mas no por ello hoscos, pues coexistían con mil dulzuras inocentes. Los labios eran un coral animado, tanto que el cinabrio no podría tener un color más hermoso y vivaz. Su nariz era perfectamente proporcionada, y toda la cabellera de una majestad sin igual, sostenida por el maravilloso pedestal del cuello, bajo el cual descollaban dos colinas de Ibla, o dos genuinas manzanas de Paris, que la hacían digna de ser proclamada diosa de la Belleza. Tenía los brazos tan deliciosamente rellenos que hubiese sido imposible pellizcarlos; la mano (de pronto se la llevó al mentón) era un esfuerzo admirable de la naturaleza, sus dedos estaban conformados primorosamente y su blancura sólo era comparable a la de la leche.

Los atributos de la muchacha, sus movimientos y sus actos, en los que me he detenido sólo para hacer esta tosca e imperfecta descripción, resultaban tan cautivadores y atractivos, tan conmovedora y nada afectada era su risa, su voz tan insinuante, sus gestos tan acordes con lo que decía (o parecía decir) que aun oyéndola sin verla el corazón de cualquiera se hubiese sentido tocado.

Entonces, y sólo entonces, después de haber captado de las palabras de ambos nada más que esa frase de agradecimiento («Os guardaré gratitud toda mi vida. Sois mi mejor amigo»), que podía significar cualquier cosa, Atto me sacó de mis cavilaciones dándome un tirón.

Me volví hacia él. Estaba pálido como después de un desmayo. Me indicó por señas que rodeásemos el seto y nos presentásemos ante los desconocidos. Se puso en camino nervioso, obligándome a seguirlo a paso ligero. Cuando llegó al final de la vereda, se detuvo.

—Mira y dime si continúan allí.

Obedecí.

—No, don Atto. Ya no los veo. Deben de haberse ido a otro sitio.

—Búscalos.

Se sentó en un murete y tuve la impresión de que estaba otra vez viejo y cansado.

Acaté su orden sin rechistar, pues la magnífica visión de la chica daba alas a mi valor y a mi curiosidad. Ya improvisaría algo si alguien me pillaba: que estaba ahí, diría, acompañando a un caballero, súbdito de Su Majestad Cristianísima Luis XIV de Francia, que se había permitido cruzarlos límites de la villa sólo porque deseaba presentar sus respetos al dueño, quienquiera que éste fuese. Por lo demás, como había dicho Atto, ¿no había sido siempre el Navío un territorio de Francia en Roma?

Tras explorar en vano la vereda donde habían aparecido el caballero y la muchacha, me introduje en la contigua, y luego en otra, y luego en otra más,

desembocando siempre en el gran patio de entrada. Todo fue en balde; parecía que los dos habían desaparecido en la nada. Tal vez habían entrado en la villa, me dije; más aún, seguramente era así.

Cuando volví a reunirme con el abate Melani, me pareció que había recobrado un poco el color.

—¿Os encontráis mejor? —pregunté.

—Sí, sí. No es nada, sólo una… una impresión pasajera.

Sin embargo, lo noté aún turbado, como si alguien acabase de comunicarle una noticia grave e inesperada. Aunque estaba cómodamente sentado, se apoyaba en el bastón.

—Si os sentís mejor, quizá podamos marcharnos —propuse.

—No, aquí no se está nada mal. Además, no tenemos ninguna prisa. Me muero de sed.

Nos allegamos a una de las dos fuentes, donde el abate bebió, mientras yo lo ayudaba a mantener el equilibrio. Regresamos a las veredas, mirando de cuando en cuando el Navío, ahora silencioso. Atto me había cogido del brazo y se apoyaba en él discretamente.

—Como te he contado, la villa pertenecía a Elpidio Benedetti, que la dejó en herencia a un pariente de Mazzarino —me recordó—. Pero lo que no sabes es quién es ese pariente. Voy a decírtelo: Filippo Giuliano Mancini, duque de Nevers, hermano de una de las mujeres más famosas de Francia, la condestablesa Colonna.

Levanté la vista. Ya no tendría que recurrir a subterfugios para arrancar a Buvat medias verdades, pues el abate se disponía a correr el velo sobre la misteriosa Maria Mancini.

En ese instante me pareció oír, procedente de la villa, el flébil motivo de la folía. Pero era otra pieza —anunciada en tácito claroscuro—, más interior y reposada, lejana y distante; una viola de gamba, quizá, o *une voix humaine*, una voz humana, elegíaca y crepuscular.

Atto, en cambio, parecía no oírla. Calló un momento, como para tensar en su interior el arco de sus sentimientos y disparar bien el dardo de la narración.

—Recuerda, chico, que un corazón brilla por otro sólo una vez en la vida. Ahí se acaba todo.

Sabía a qué se refería. Buvat me había hablado de ello: el primer amor del Rey Cristianísimo también había sido el mayor de su vida. Y la elegida había sido precisamente ella, Maria Mancini, sobrina del cardenal Mazzarino. Pero la razón de Estado había acabado bruscamente con su romance.

—Luis jugó su carta con Maria y perdió —prosiguió sin reparar en la familiaridad con que había nombrado a su rey—. Era una gran pasión, que fue reprimida,

aplastada, pisoteada, a despecho de las leyes de la naturaleza y del amor. Aunque ello ocurriese en un lugar y en un tiempo concretos, y sólo entre dos almas, la reacción de las fuerzas artificialmente coartadas fue desmedida. Aquel amor frustrado, hijo mío, acarreó la venida al mundo de los ángeles vengadores: Guerra, Hambre, Carestía y Muerte. El destino de la gente y el de pueblos enteros, la historia de Francia y de Europa, todo se vio arrastrado por la furia vengadora de las Erinias surgidas de las cenizas de aquel amor.

La historia se vengaba así de aquel amor negado, de aquel agravio. Un agravio pequeño, si se calibraba con los criterios de la razón; inmenso, si se medía con los del corazón.

Y es que el joven rey nunca se había sentido tan ligado a nadie como a Maria, ni siquiera a la reina madre Ana.

—Por norma, el don de la comprensión recíproca y duradera de los corazones se concede a las almas mansas —declaró el abate Melani—, es decir, a aquellos que dejan que sus pasiones se explayen sólo en huertos humildes y ordenados. En cambio, los hombres y las mujeres que albergan en su pecho el vigor imaginativo del bosque sólo pueden sufrir pasiones tan absolutas como fugaces, fuegos de paja capaces de iluminar una noche sin luna, pero que no duran más que esa misma noche. Pues bien —continuó Atto—, para Luis y Maria no fue así. Sus pasiones ardían fogosas, pero también tenaces, y sobre ellas floreció la inefable y secreta comprensión de los corazones, que los unió como nunca se había visto en otros tiempos y lugares.

El mundo, entonces, empezó a odiarlos. Ay, eran frutos demasiado amargos: su cáscara, *massime* la del joven rey, era excesivamente blanda para soportar las artimañas, los venenos, la sutil ferocidad de aquella corte.

El problema no era la juventud del soberano, pues, cuando se enamoró de Maria, ya contaba veinte años. No era pues un niño, y sin embargo aún no se había casado, y ni siquiera prometido.

—¡Cosa del todo inusitada, contraria a todas las costumbres! —exclamó el abate Melani—. Por regla general no se espera tanto para casar a un joven rey. Más en este caso, habida cuenta de que la familia no disponía de muchos herederos al trono: después de Felipe, hermano del rey, y el tío Gastón de Orleáns, viejo y enfermo, el primer príncipe de la sangre era el Gran Condé, el miembro podrido, el rebelde de la Fronda, derrotado y pasado al servicio del enemigo español…

Pero Ana y Mazzarino esperaban, procurando mantener sobre la cabeza de Luis una cúpula de áurea ignorancia, que les permitía reinar con total libertad. El joven soberano no se daba cuenta de nada; le gustaban las diversiones, los ballets, la música, y dejaba que Mazzarino gobernase. Aparentemente Luis se mostraba indiferente a las futuras, inevitables y tremendas responsabilidades de gobierno.

Parecía blando y apático como su padre, aquel Luis XIII, al que casi no había conocido. Era como si hasta los tres años de exilio en que tuvo que vivir por culpa de la Fronda a la tierna edad de diez años, siendo ya huérfano de padre, le hubiesen producido sólo una momentánea e infantil sensación de extrañeza.

—Perdonad —interrumpí—, pero ¿cómo se explica que de alguien tan manso y débil haya surgido el Rey Cristianísimo?

—Es un misterio que sólo los hechos que me dispongo a narrar pueden explicar. Siempre se ha dicho que Luis cambió a causa de la Fronda, que fue la revuelta del pueblo y de los nobles lo que determinó su futuro desquite. ¡Patrañas! Pasaron diez años entre el estallido de la Fronda y el brusco cambio del alma del rey. Así pues, ése no fue el motivo. Su Majestad siguió siendo un joven tímido y soñador hasta mil seiscientos sesenta, más o menos hasta que se casó. Al año siguiente ya era el soberano inflexible del que tanto has oído hablar. ¿Quieres saber qué ocurrió ese año?

—La separación forzosa de madamisela Mancini —dije suponiendo la respuesta, mientras Atto asentía con la cabeza.

—Cuánto odio se derramó sobre aquellos dos pobres jóvenes: el odio de la reina madre, el de Mazzarino…

—¡Qué decís! Su tío, el cardenal, tendría que haber estado encantado.

—Ah, habría mucho que decir sobre ese tema… Por ahora, basta que sepas esto: aunque el cardenal fue muy hábil a la hora de convencer a toda la corte de que estaba poniendo trabas a ese amor por su supuesto sentido del honor de la familia, del deber con la monarquía y demás, yo, que no soy francés, no me tragué sus explicaciones. Conocía bien a Mazzarino, tenía sangre abruzesa y siciliana; para él lo único importante era el provecho personal y el rango de su familia. Nada más. —Atto hizo un gesto para dar a entender que sabía lo que se decía. Luego reanudó su narración—. Te decía, pues, que todos detestaban aquella historia de amor pero, como no podían tomarla con el rey, descargaron todo su odio contra la pobre Maria, a quien ya tenían ojeriza tanto los cortesanos como sus parientes.

—¿Por qué?

—En la corte la odiaban porque era italiana. Estaban hartos de todos los italianos que Mazzarino había llevado a París —respondió Atto, que se contaba entre aquéllos —. Su familia la aborrecía desde el principio: recién nacida, su padre le hizo el horóscopo y previó aterrorizado que causaría rebeliones y desgracias, y hasta una guerra. Obsesionado por la astrología, pasión que luego contagió a la madre de Maria, aun en su lecho de muerte pidió a su esposa que tuviese cuidado con ella.

La madre de Maria no se hizo de rogar: la atormentó durante toda su infancia. Siempre le sacaba a relucir sus defectos, también los físicos («¡Invisibles minucias!», afirmó Atto). No quería llevarla a París con sus otras hijas, a lo que accedió sólo después de los insistentes y tristes ruegos de Maria, que tenía entonces catorce años.

Una vez en la corte, la madre la aisló cuanto pudo encerrándola en su habitación, mientras las hermanas menores eran admitidas al lado de la reina. En su lecho de muerte emuló a su marido: a su hermano el cardenal le confió primero sus otros hijos, y luego le rogó que recluyese a Maria, la tercera, en un convento, recordándole la predicción astrológica del padre.

La animosidad de su madre la hirió profundamente, comentó Melani con tono muy serio, y el toque masculino que Maria a veces manifestaba con los íntimos —sus risotadas, su andar un poco pesado y marcial, sus réplicas mordaces y siempre atinadas, pero más propias de un capitán de mercenarios que de una doncella— revelaba la poca fe que en su naturaleza femenina le habían inculcado las enseñanzas maternas.

—¡Femenina sí era, y mucho! —exclamó Atto.

Miró alrededor, como si buscase en el parque un rincón preciso, un lugar mágico en el que una presencia, una entidad cualquiera, pudiera confirmar sus pensamientos e hiciese carne el verbo. Enseguida volvió la vista hacia mí.

—Te diré más: era magnífica, perfecta, una criatura de otro mundo. Y no es un juicio mío, sino una verdad. Ahora bien, si se lo dijeses a quienes la han conocido (con la salvedad, quizá, de su esposo Lorenzo Onofrio Colonna, que Dios tenga en su gloria), puedes estar seguro de que mostrarían su sorpresa y disentirían. ¿Sabes por qué? Pues porque sus movimientos no se correspondían en absoluto con sus cualidades femeninas. En pocas palabras, no se comportaba como una mujer hermosa.

No es que no fuese atractiva, al revés, pero, en cuanto notaba que un hombre la miraba, se descomponía. Si estaba caminando, empezaba a renquear; si estaba a la mesa, se encorvaba; si estaba hablando, no callaba como cualquier muchacha tímida de su edad, porque tenía un ingenio demasiado despierto y vivaz. Así, cuando la veías contener el aliento en una conversación, podías estar seguro de que iba a tener una salida de tono rubricada con una risita. Eso dejaba helado al auditorio francés, nadie comprendía que manifestaba así su profundo malestar y, por ende, su gran pureza de corazón. Es más, todos querían despreciarla como a una simple pueblerina.

Por todo ello, su sinuoso cuello de cisne se tachaba de enjuto, sus ojos relumbrantes se consideraban duros, sus tupidos rizos morenos pasaban por secos y crespos, y la palidez de las mejillas (fruto de las miradas turbias y hostiles de la corte) se atribuía a una coloración naturalmente mortecina.

—En realidad, las mejillas de Maria no tenían nada de mortecinas: ¡cuántas veces las he visto encenderse por el ímpetu o el fervor de su joven espíritu! Y lo mismo se ha de decir de su boca, roja y grande, de dientes alineados y perfectos, que sin embargo ningún pintor se atrevió nunca a reproducir, por lo mucho que contrastaban con los pequeños labios entonces en boga, que recordaban el trasero de las palomas…

—Es una pena saber que tan gran belleza se haya mantenido oculta a sí misma —dije para apoyar el enfático ardor de Melani.

—No fue así toda su vida, por supuesto. La maternidad la transformó. Cuando la vi en Roma, joven puérpera, casada con el condestable Colonna, aunque su corazón roto se había quedado en París, todo su ser había conquistado la plenitud de la feminidad. Al convertirse en madre expulsó de sus miembros el atroz fantasma de su progenitora.

—Vos supisteis entender enseguida la auténtica naturaleza de Maria —apunté.

—No fui el único; también Su Majestad, pues se enamoró de ella. Aunque sin gran experiencia del bello sexo, el rey jamás se hubiese prendado de un rostro poco agraciado, insulso o simplemente corriente. Pero como te he dicho, Maria se había convencido, por los crueles juicios de su madre, de que tenía poca prestancia, de que era desgarbada y poco femenina. Fea, en una palabra. ¡Oh, si hubiese existido un pintor mago capaz de inmortalizar, sin ser visto, la imagen de Maria en aquella época! Yo habría comprado el cuadro al precio de mi propia sangre, porque cuando Maria era realmente ella misma, cuando se olvidaba de sus miedos, era espléndida. Ojalá alguna vez se hubiese cumplido el milagro de que alguien la inmortalizase en toda su naturalidad con cuatro pinceladas. Pero no, los retratos que le hicieron en la corte solo reflejan el empacho que le provoca posar para el pintor, la sonrisa forzada y la postura afectada; como creía ser, no como era.

En la época de sus amores con Luis, Maria aún se sentía una lechuza en una viga, no el ruiseñor que en realidad era. Sin embargo, esa circunstancia no le vino del todo mal. Una vez en Francia, en efecto, se sumió en el estudio, convencida de que debía suplir la gracia con la sabiduría. Así, en apenas un año y medio de formación en el convento de la Visitación, sacó más provecho que sus hermanas y primas, encerradas allí con ella. Gracias a su francés impecable, teñido del encanto exótico del acento italiano, a la apariencia de cultura en todos los campos (que en su caso era mucho más que una simple apariencia), a su amor visceral por la literatura caballeresca y la poesía —que le gustaba declamar— y, por último, a su pasión por la historia antigua, descollaba sobre las fatuas damas de la corte, que se permitían juzgarla de manera ofensiva.

Una vez que ingresó en la corte, Maria reveló un intelecto y un ingenio que superaban con creces a los propios de su edad. Dado su temperamento, que no concebía el amor sin desafío, no tardó en percibir en el soberano, su coetáneo, mucha materia bruta que sólo anhelaba ser forjada.

—Es lo que les sucede a muchos hombres jóvenes de mente despierta y, sin embargo, aniñados: materia aún inerte, pero lista para ser modelada, esencia primordial que invoca la sabia luz de un espíritu femenino, a la vez elevado y fuerte —añadió Atto levantando el índice al cielo en actitud didáctica, con lo que pretendía

aparentar que sabía más de la materia femenina que las mismas mujeres—. Un creador con una obra de arte, Hefesto con el escudo de Aquiles, tal era la relación de Maria y Luis. Igual que el escudo aqueo, Luis ya era de factura exquisita; Maria, pues, podía darle la chispa divina de la fuerza, la bondad y justicia, que sólo derivan de un corazón feliz y satisfecho.

Aquella evocación parecía desgarrar el corazón y el alma de Atto, pero no por el esfuerzo que para él, antiguo enamorado de Maria, suponía hablar del amor que ella sentía por un rival imbatible. Otro, creí entrever, era su tormento. La elevación de la materia masculina por medio del espíritu femenino, hecho sobre el que ahora me instruía, era algo que el eunuco Atto había tenido que conseguir por sí mismo, en soledad.

—Había que plasmar aquella lava candente e informe en la sabiduría —continuó —, en la agudeza de ingenio y en la pureza del alma, en la prudencia y también en la confianza en el prójimo, esto es, volver lo puro como una paloma y prudente como una serpiente, según la palabra del Evangelista. El espíritu y el intelecto del Rey Cristianísimo estaban perfectamente preparados para dar ese paso —recalcó melodiosamente.

Éste era, pues, el camino que la vivaz mirada de Maria abría al joven y fogoso rey. Ella fue el primer deseo que tuvo Luis. Se le negó. Él la reclamó con todo su aliento, pero no infringió el orden constituido. Aún desconocedor de su propio poder, permaneció inmerso en los vapores novelescos de la adolescencia: un prolongado letargo en el que su madre, Ana, y el cardenal tuvieron cuidado de recluirlo por su propia conveniencia.

—¿Pensáis, pues, que el Rey Cristianísimo ha sufrido tanto que aún lleva las huellas de ese dolor en el alma?

—Peor. Para sufrir se necesita un corazón, y él ha renunciado al suyo. Es decir, ha permanecido ajeno a sí mismo; sólo así consiguió remontar el abismo de desesperación al que lo había lanzado aquella pasión truncada. Pero no se puede renunciar impunemente al propio corazón. San Agustín nos recuerda: la ausencia de bien genera el mal.

Así, el joven corazón del soberano dejó de sufrir muy pronto y se volvió gélido y cruel. El amor, que había logrado extraer de su naturaleza las mejores cualidades, hizo aflorar las peores cuando le fue negado.

—Su reino se convirtió, y así sigue, en el reino de la tiranía, la sospecha, el veneno, la arbitrariedad y la futilidad elevada al rango de virtud —susurró Atto con voz apenas audible, consciente de que las palabras que acababa de pronunciar podían perjudicarlo si llegaban a oídos hostiles.

Cogió el pañuelo y se enjugó con gesto cansado las gotas que le perlaban la frente y los labios.

—Despreció a todas las mujeres que tuvo después —prosiguió con renovada fogosidad—, como a su esposa María Teresa. O las veneró, para luego relegarlas, como hizo con su madre, Ana. O sólo las deseó carnalmente, como a sus numerosas amantes.

En cada una de ellas Luis buscaba a Maria pero, al no tener ya un corazón al que responder, precisamente a causa de aquella antigua pérdida, nunca buscaba su alma, ni siquiera cuando habría merecido la pena, como en el caso de la pobre madame de La Valliére. Y, casi sin darse cuenta, nunca permitió a ninguna ocupar el puesto de su antiguo amor; es más, acabó volviéndose abiertamente misógino. A su esposa, María Teresa, le prohibió participar en el Consejo del Reino, como, según la tradición, le habría correspondido, e inmediatamente después del matrimonio echó de él también a su madre, Ana de Austria. Luego, no obstante, la gratificó con un cumplido cuando, apenas muerta, afirmó que había sido «un buen rey», tan injurioso le parecía el género femenino. Trató, en resumidas cuentas, a todas sus amantes con suma crueldad.

—En mil seiscientos sesenta y cuatro dijo a sus ministros: «Os ordeno que, si notáis que una mujer, cualquiera que sea, impera sobre mí y me gobierna, me pongáis en guardia; me desembarazaré de ella en veinticuatro horas.» Y estaba casado desde hacía tres años.

—Perdonad la pregunta —lo interrumpí—, pero ¿cómo podía Luis pensar en casarse con Maria, que no era de sangre real?

—Duda legítima, pero infundada. Te haré una pequeña revelación: ¿sabes que Su Majestad Cristianísima ya no es viudo, sino que ha vuelto a contraer matrimonio?

—¡No leeré las gacetas, pero, si hubiera una nueva reina de Francia, creo que lo habría oído por la calle! —exclamé presa de un incrédulo estupor.

—En efecto, no hay ninguna reina. Se trata de un matrimonio secreto, aunque es un secreto a voces. Se celebró una noche de hace diecisiete años, poco después de mi regreso a París. La augusta esposa, puedo garantizarlo, es, como poco, socialmente impresentable. Un pequeño ejemplo: de pequeña pedía limosna.

El rey quiso usar con madame de Maintenon (así se llamaba la elegida) una prerrogativa que veinticuatro años antes se le había negado con Maria, o que, mejor dicho, el propio Luis no se atrevió a reclamar: casarse con quien se le antojara, contra la voluntad de todos.

—Su gesto, empero, no fue más que una cáscara vacía —afirmó Alto con tristeza —. Madame de Maintenon no es Maria Mancini, sus cabellos no «huelen a brezo», como gustaba de repetir el joven rey, arrobado ante la exuberante cabellera de mi Maria.

Este matrimonio tardío, concluyó Atto con convicción, no había sido más que un homenaje silencioso y lejano al primer y único amor de su vida, y sólo había valido a

la esposa «secreta» (todos lo sabían, pero nadie osaba mencionarlo) la cólera y el malhumor del rey, quien le daba a entender que podía desprenderse de ella cuando se le antojase.

—Así las cosas, ahora madame de Maintenon, al revés que Maria no puede permitirse la libertad de dar al rey el más mínimo consejo sin recibir una severa reprimenda. Sólo le cabe jactarse, como si ella misma hubiese elegido estar confinada en la sombra —añadió el abate con evidente desprecio.

¡El Rey Cristianísimo casado en secreto! Y además, según parecía, con una mujer de orígenes oscuros. ¿Cómo era posible? Mil preguntas afloraban a mis labios, pero Atto ya reanudaba el hilo de la narración.

—En conclusión, creo que el rey de Francia estaba dispuesto a casarse con Maria. De todos modos, has de tener presente —precisó Melani con tono enfático— que en aquella época Luis era rey sólo de nombre; de hecho, reinaban el cardenal Mazzarino y la reina madre. Nada en la absoluta condescendencia que Luis tributaba a su madre y a Su Eminencia permitía presagiar que las cosas pudieran cambiar. Luis, igual que había hecho su padre, Luis XIII, habría podido perfectamente dejar para siempre los asuntos de Estado en manos del primer ministro.

Ni el propio Luis llegó a pensar que las cosas pudieran cambiar. A los veintiún años aún estaba bien acurrucado bajo las faldas de su madre, a la sombra del cardenal, como un adolescente. ¡Sin embargo, desde hacía cinco años se había convertido en «rey mayor de edad»! La regencia de su madre había terminado hacía tiempo.

Luis nunca se opuso a los proyectos matrimoniales que Mazzarino dispuso para él, primero con Margarita de Saboya y luego con la infanta de España; ya sabía cuán transitorias eran tales promesas políticas. Además, en sus veintiún años de vida ni una sola vez se había rebelado contra sus tutores, nunca había puesto un «pero», menos una condición.

Pero sobre todo, prosiguió el abate, ¿qué le importaban a Luis los líos de la política, como las maniobras matrimoniales (eso creía) que Mazzarino urdía alrededor de él? Luis no vivía en la realidad de cada día: era demasiado vulgar y sórdida para él, o al menos eso pensaba.

Cuando trabaron amistad, Maria le leyó a Plutarco, las *Vidas de hombres ilustres*. En el fondo, nacida con el corazón de un caudillo, ella soñaba con convertirse algún día en «un hombre ilustre». El joven rey, deseoso de evadirse del desierto de la política que Mazzarino alentaba en torno a él, se entregó a esos relatos y se sintió finalmente un héroe.

A partir de entonces empezó a pensar de un modo distinto, más verdadero y sanguíneo, en los lejanos acontecimientos de la Fronda, en las humillaciones sufridas por su familia, enlodada por las manos de la plebe sublevada, en aquellos días

trágicos que le habían robado, sin que él se percatara, el tiempo de la despreocupación.

Maria, pues, ama la poesía, la recita bien, con estilo y sensibilidad. Aconseja a Luis que lea novelas y versos, desde los historiadores del mundo clásico como Heródoto hasta los poemas caballerescos y bucólicos. Él se llena los bolsillos con ellos, los disfruta, revela una capacidad de juicio que asombra a la corte, donde nadie le conocía semejantes cualidades.

Está transformado, alegre, conversa con todos. Abandona la apatía áurea y amable que hasta entonces lo había subyugado y participa con ardor en las discusiones sobre este o aquel libro. Superponiendo sus rostros y sus nombres a los de los protagonistas de sus lecturas, Luis y Maria se proyectan en un universo novelesco del que se sienten los héroes.

La mañana de un hermoso día de sol, Luis ordena que se organice un almuerzo sobre la hierba en Franchard, un lugar rocoso y a trasmano, y lleva consigo toda una orquesta. Llegados al sitio, Luis se apea del carruaje, se llena los pulmones con el aire sano de la altura y, sin pensárselo dos veces, comienza a trepar hacia la cima de la colina. Parece un poco eufórico; todos lo miran con una mezcla de ansiedad y desaprobación. Maria lo acompaña, y él le sostiene caballerosamente el brazo durante el ascenso por aquellos peñascos abruptos y empinados. En cuanto llegan a la cumbre, Luis ordena que la orquesta y la corte se reúnan con ellos; unos y otros complacen su deseo, no sin riesgo y esfuerzo. Mientras se arañan las rodillas en las piedras, los cortesanos se miran desconcertados e impacientes. Ningún rey de Francia había escalado jamás montañas como un macho cabrío, y menos con una orquesta y la corte al completo. Tampoco Luis lo habría hecho, piensan, si no hubiera estado esa mujer, la italiana.

Otro día, en Bois-le-Vicomte, Maria y Luis pasean por una arboleda. De repente, quizá para ayudarla, él le ofrece el brazo. Maria tiende la mano, que choca ligeramente contra la empuñadura de la espada del rey. Entonces éste extrae de la funda el acero que había osado ser un obstáculo para la mano de Maria y lo arroja lejos, para castigarlo. Un acto de pueril caballerosidad, que enseguida circula por toda la corte.

Llevado por la ingenuidad de su pasión, Luis se ponía en ridículo, aunque nadie tuvo nunca el valor de decírselo. Además, todos consideraban que bajo tantas niñerías no podía ocultarse un sentimiento adulto.

—¡Los cortesanos se equivocaban! —exclamé.

—Sí y no —me corrigió Atto—. El entusiasmo que unía a Luis y María, y que ellos mismos aún no se atrevían a llamar amor, cobraba a veces, no puedo negarlo, los tonos infantiles y patéticos propios de la pasión de los jovenzuelos, pero sólo porque Luis, demasiado tiempo reprimido por su madre y por el cardenal, vivía por

primera vez, a los veinte años y de golpe, en una confusa y ardiente mezcolanza, lo que su corazón ya habría querido experimentar a los dieciséis.

A los dieciséis años Luis XIV apenas había conocido una pálida iniciación amorosa. La reina se había opuesto, pero su padrino se había convertido en su cómplice: una vieja criada, alguna sirvienta dócil y experta, hasta una damisela de honor y una amistad superficial con una hermana de María. Pero nada —Mazzarino vigilaba—, nada que tocara el corazón del rey. El encuentro con María le había abierto las puertas del amor y Luis ya no quiso dar marcha atrás.

La ansiedad, la intemperancia, el rubor, los gestos teatrales…, el joven soberano sufrió con María todos los tormentos del niño al que empieza a despuntarle el vello, a una edad en que por norma un monarca ya ha asumido sus responsabilidades y su corazón ha probado ya las dificultades y durezas del arte de reinar.

—No es casual —argumentó el abate Melani— que la naturaleza masculina haya hecho voluble el corazón de los adolescentes. La mariposa sale de la crisálida y goza de su libertad volando de flor en flor; adquiere así prudencia y experiencia, y sólo después advertirá la urgencia de hacer su nido.

Del mismo modo, prosiguió Atto, el adolescente inexperto e imprudente consume su ardor como el fuego devora la paja: se enamora desesperadamente de una auténtica damisela o de la heroína de un cuento, y por ambas se siente dispuesto a partir en dos el globo con su espada. Pero su joven y voluble corazón muy pronto lo aparta de aquéllas y apaga su sed en las aguas desmemoriadas del Leteo. Luego todo vuelve a comenzar, nuevos sueños, nuevas lealtades y nuevas pasiones, nuevos propósitos desatinados, en la divina locura de los breves años de paso en los que el futuro carece de importancia.

Sin embargo, todo está destinado a disolverse en el olvido de un nuevo presente. Sólo permanecerá, en el umbral de los veinte años, una confusa reminiscencia, una vaga sensación de placer y de peligro. El nuevo hombre se mantendrá sabiamente alejado de esas corrientes impetuosas y, dirigiendo con prudencia la mirada hacia el futuro, pondrá a su corazón el freno de la cordura: elegirá con cordura a la madre de sus hijos y le prodigará luego toda su devoción conyugal.

—Sobre el corazón no se manda, don Atto —me limité a comentar.

—Sobre el de un rey, sí.

Al despertar, merced a María, de su demasiado largo letargo, Luis tuvo la desgracia de encontrar a la mujer de su vida demasiado pronto y demasiado tarde; era demasiado inexperto para conservarla y demasiado adulto para olvidarla. Su corazón bullía, su cordura estaba sometida a él. La razón de Estado, al fondo, era todavía un pensamiento remoto y oscuro.

Yo sabía perfectamente qué pasaba por la mente de Atto cuando se expresaba en aquellos términos: no sólo la juventud del Rey Cristianísimo, sino también la suya;

sus años brillantes de cantante castrado recorriendo Europa, entre la música, el espionaje, el fiel servicio a los grandes señores, el peligro que le pisaba los talones y alguna inconfesable pasión amorosa que le encendía los sentidos.

En el preciso instante en que esa intuición me permitía captar su fervor, el abate hinchó el pecho y entonó una melodía.

Se dardo pungente
d'un guardo lucente
il sen mi ferí,
se in pena d'amore
si strugge 'l mío core
la notte ed il dí…[2]

Yo sabía muy bien de quién era la mirada brillante que había herido el pecho del abate Melani. Era como si con la fuerza del pensamiento se hubiera introducido en las carnes de Luis, como un guerrero en una armadura, para saborear la dicha y el dolor de aquella pasión amorosa que le estaba prohibida.

Atto cantaba con un tono lastimero y desafinado. Habían pasado diecisiete años desde la última vez que lo había oído. En aquel tiempo su voz, antaño famosa por su timbre y su potencia, había perdido la mitad, si no más, de su vigor. No obstante, las arias que cantaba, de su maestro Luigi Rossi (el *seigneur* Luigi, como él lo llamaba), conservaban todo su encanto.

La voz aguda y resonante de Atto, celebrada en toda Europa tanto por el público más selecto de las cortes como por los grandes auditorios de los teatros, no era ahora más que un gorjeo débil e incorpóreo. Vacío de toda fuerza interior, su canto parecía la cáscara de una fruta que se ha quedado seca; se había vuelto inmaterial, transformándose de prestación canora en alusión sugestiva, de vocalización en susurro, de afirmación en recuerdo. Lo que oía era un simulacro, aunque extraordinariamente cincelado, de la voz del gran Atto Melani. De sus trinos no quedaba casi ninguna evidencia física, sólo la incierta reminiscencia de una magia perdida para siempre: una magnífica y sublime cita de sí mismo.

No obstante, aquel hilo de voz seguía siendo celestial, arrebatador y refinado, hablaba al corazón mil veces mejor que toda una escuela de sabios al intelecto. Desvanecidas la corporeidad y la potencia de su canto, quedaba, indefensa pero intacta, su íntima e inefable belleza.

Atto repetía ahora los siguientes versos, como si sus palabras tuvieran para él un sentido recóndito y desgarrador:

Se un volto divino
quest'alma rubó,

se amar é destino
resista chi può![3]

Aún lo atormentaba el recuerdo de Maria. Sentía que la había mirado a través de los ojos de Luis, rozado con la yema de los dedos de éste, besado con sus labios y, por último, que había percibido con el corazón del Rey Cristianísimo los latidos desesperados de la separación. Sensaciones que a Atto, año tras año, le parecían más verdaderas y reales que si las hubiera experimentado él mismo. Ya que su condición de eunuco le impedía llegar a Maria, había acabado poseyéndola a través del monarca.

Así se consumaba y renovaba aquel extraño amor a tres, entre dos almas separadas para siempre y una tercera, celosa guardiana de su pasado. A mí me tocaba el honor único y secreto de ser su espectador.

Melani interrumpió bruscamente su canto y, con un breve saltito, señal de que había recuperado el vigor, se separó del murete que le había dado protección y apoyo.

—Ya es hora de que entremos en la villa. Tiene que haber ahí alguien, maldición, que nos mande detener —dijo con una risita.

Me costaba romper el hechizo que la imagen de Maria, evocada por el abate con las palabras y con el canto, había dejado en mi espíritu.

—¿Un aria de vuestro maestro, el seigneur Luigi?

—Veo que no lo has olvidado —respondió—. No, ésta es de Francesco Cavalli, de su *Jasón*. Creo que ha sido la ópera más representada en el último medio siglo.

Dicho esto, se apartó de mi lado a grandes zancadas; no quería hablar más.

Jasón, o de los celos. Nunca había oído esa ópera tan famosa, pero conocía bien el celebérrimo mito griego de los celos que Medea, reina de Cólquide, tenía de Jasón, jefe de los Argonautas, enamorado de Isifile reina de Lemnos. Un amor a tres, justamente.

Nos dirigimos hacia el lado norte de la villa, opuesto al de la entrada. La puerta de acceso estaba coronada por un dístico:

Si te, ut saepe solet, species haec decipit alta;
nec me, nec Caros decipit arcta Domus.

Una vez más tuve la curiosa e inefable sensación de que las palabras escritas en los muros de la villa recordaban, o incluso reflejaban, una realidad desconocida.

Tanteamos la puerta. Estaba abierta. En el momento mismo en que posaba la mano en el picaporte, creí oír un frenético rumor de pasos y de objetos, como si en el

interior alguien se levantara de repente de una silla. Miré a Atto: si había oído algo, no lo demostraba.

Franqueamos la puerta. Dentro no había nadie.

—No hay vestigio de las tres eminencias, según parece —comenté.

—No esperaba encontrarlos aquí, desde luego, pero podrían haber dejado algún rastro de su reunión, una nota, un apunte… Me bastaría saber en qué sala se han reunido. Son detalles que siempre resultan muy, muy útiles. La villa es grande. Parece que aquí nadie tiene ganas de vigilar; mejor para nosotros.

Nos hallábamos en un gran salón oblongo, alumbrado por la luz de las ventanas situadas a los lados. Enfrente de nosotros, una puerta cerrada. Aparentemente el salón estaba destinado a comedor de verano; por una ventana abierta entraba, suave y melancólico, el viento de poniente. En una salita contigua se entreveía una mesa para el juego de trucos, también llamado billar.

Avanzamos unos pasos con cautela, sin perder de vista la puerta del lado opuesto, imaginando que alguien acabaría saliendo por ahí.

En medio del salón había una gran mesa circular sobre la que descollaba una amplia bandeja redonda de buena madera blancuzca taraceada. Nos aproximamos. Atto empujó con cuidado la bandeja, que giró sobre sí misma.

—Brillante idea —comentó—. Los platos pueden pasar de un comensal a otro sin incomodar al vecino o contratar a un trinchante. Diría que Benedetti apreciaba las comodidades de la vida. Alguien debe haber salido de la sala poco antes de que nosotros entráramos —añadió un instante después.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Hay huellas en el suelo. Sus zapatos estaban manchados de tierra.

Nos separamos. Yo fui a explorar la parte del salón próxima a la entrada y Atto se encargó del resto.

Observé que en dos salientes de la pared, opuestos y simétricos, había sendos aparadores empotrados y del mismo color que la pared, de suerte que ocultaban discretamente las comodidades para las viandas y la bebida. Abrí los cajones. Estaban repletos de hermosa platería, con cubiertos de las formas y dimensiones más dispares, así como de utensilios para escamar el pescado y de largos cuchillos afilados para el servicio de carnes y de caza. Numerosos y variopintos eran los servicios de copas, cálices, vasos, cráteras, vasijas y tarros, botellas grandes y pequeñas de vino, bacías para los refrescos, jarras para el agua, tazones para caldos y bebidas calientes, todos de vidrio historiado, dorado y pintado, con alegres figuras de animales, amorcillos o decoraciones florales. El dueño de casa debía de amar los placeres de la vista no menos que los de la mesa; todo ello, para disfrutar del aire salubre del Janículo, entre el verdor de los huertos. A pesar de su extraño aislamiento, el Navío era realmente una villa de delicias.

Pegado a la pared, cerca de uno de los aparadores, había un tubo vertical de latón: empezaba a la altura de un hombre con una embocadura abocinada como una trompeta y ascendía hacia el techo, donde desaparecía. Atto notó mi mirada interrogativa.

—Ese tubo es otra de las comodidades de la villa —explicó—. Permite comunicarse con la servidumbre que se encuentra en las otras plantas sin necesidad de ir a buscarla. Basta hablar por él y la voz sale por las boquillas situadas en los otros pisos.

Me aparté del tubo. En cada postigo de las ventanas había pintados medallones de ilustres mujeres romanas: Pompeya, tercera mujer de César; Servilia, primera mujer de Octaviano; Drusila, hermana de Calígula; Mesalina, quinta mujer de Claudio, y muchas otras, como Cossutia y Cornelia, Marcia y Aurelia y Calpurnia (conté un total de treinta y dos), todas celebradas con solemnes inscripciones latinas con su nombre, estirpe y esposo.

Observarnos que encima de los arcos y entre ventana y ventana había otros dichos, todos ellos alusivos al sexo femenino; eran numerosísimos, hasta el punto de que estas páginas no bastarían para reproducir ni la décima parte:

> De las mujeres, el quinto elemento es un natural devaneo.
> Es más fácil encontrar dulce el ajenjo que en medio de mujeres gran silencio.
> La mujer ríe cuando puede y llora cuando quiere.
> Mujeres y gallinas fastidian a las vecinas.
> Hombre y mujer en lugar estrecho parecen paja junto al fuego.
> Interés más que amor suele atar el femenino corazón.

—Aquí todo está dedicado a las cualidades femeninas y a los placeres de la mesa. Es el salón de las mujeres y del paladar —apuntó Atto mientras observaba un medallón con el perfil de Plautia Herculanilla.

Hasta entonces, ocupados en hallar señales de la presencia de los tres augustos miembros del Sagrado Colegio Cardenalicio, cuyas huellas, de hecho, habíamos encontrado, aún no habíamos prestado atención a lo más interesante del salón: la rica serie de cuadros expuestos en las paredes. Atto se puso a mi lado mientras los contemplaba y caía en lo cuenta de que, como cabía esperar, el motivo de todos ellos era el mismo; a saber: rostros de hermosas mujeres.

El abate Melani comenzó a pasar rápidamente de un cuadro a otro sin siquiera leer los nombres que, alrededor de los marcos, indicaban la identidad de las damas. Conocía a la perfección todos y cada uno de los rostros (y le gustaba demostrarlo),

porque los había visto personalmente o en otros retratos, y me enseñaba el nombre.

—Su Majestad Ana de Austria, añorada madre del Rey Cristianísimo —dijo, como si me la presentara en carne y hueso, mostrándome el rostro dulce y altivo de la difunta soberana, la mirada muy penetrante, la frente no vanamente alta, el cuello redondo pero noble, al que envolvía con amoroso respeto la gorguera escotada de organdí del suntuoso vestido de tafetán negro, con el corpiño adornado de brocado plisado, sobre el que se abandonaban suavemente sus regias y diáfanas manos—. Como tuve ocasión de contarte cuando nos conocimos, puedo afirmar que a la reina madre le gustaba sobremanera mi canto —añadió con una punta de coquetería, al tiempo que se ajustaba la peluca con un gesto rápido y discreto—, sobre todo las arias tristes, cantadas al atardecer.

Luego pasó a los retratos de la princesa Palatina, de la condesa Marescotti, de la añorada madame Enriqueta, cuñada del Rey Cristianísimo, todas retratadas de una forma tan noble y realista que se diría que acababan de almorzar en la mesa del salón.

Llegamos al último retrato, más a la sombra que los demás, pero siempre visible.

Puesto que a la mirada la instruye el deseo y a la palabra el intelecto, mis ojos abrazaron aquel rostro femenino y lo encontraron entre mis recuerdos antes de que el abate Melani anunciase su nombre.

Ya la había reconocido, pues, cuando él dijo:

—Madame Maria Mancini.

Era sin duda la muchacha que habíamos entrevisto a través seto, en el parque.

—Naturalmente, ha sido fruto de tu fantasía —dijo Atto después de escuchar mi explicación, mientras salíamos del salón y cruzábamos una puerta situada a la izquierda—. Has quedado sugestionado por un encuentro agradable e inesperado. Es normal; cuando tenía tu edad, me ocurría a menudo. —Al pronunciar estas palabras desvió la vista.

—De todos modos, no entiendo dónde se han metido la muchacha y su acompañante —objeté.

Atto no dijo nada. En las paredes del saloncillo había varios grabados en forma de cuadros que, con un hábil trampantojo, representaban bajorrelieves antiguos de singular gracia y hermosura. También aquí había una serie de retratos, pero esta vez masculinos.

Las paredes estaban adornadas con dichos referidos a la vida de la corte.

EL BUEN CORTESANO

Para adquirir mérito:

Sirva con puntualidad y modestia.
Hable siempre bien de su amo y nunca mal de nadie.
Alabe sin exceso.
Trate a los mejores.
Escuche más que hable.
Ame a los buenos.
Se gane a los malos.
Platique con dulzura.
Obre con prontitud.
No se fíe de nadie ni desconfíe de todos.
No cuente su secreto ni se preste a oír el de otros.
No interrumpa las explicaciones ajenas ni sea prolijo con las propias.
Crea que los demás tienen más dotes que él.
No emprenda obras que lo superen.
No crea fácilmente ni responda sin pensar.
Sufra y disimule.

LA CORTE

En las cortes siempre hay algún lobo con piel de cordero.
Contra las insidias en las cortes no hay mejor remedio que la retirada y la lejanía.
La corte a menudo recibe consejo del pueblo.
La corte y la satisfacción son dos extremos demasiado grandes.
En el aire de la corte sopla por necesidad el viento de la ambición.
Los asuntos de las cortes no siempre caminan al paso de los más diligentes.
En la corte ni siquiera las más sinceras amistades están exentas del veneno de
las falsas sospechas.
La mayor parte de los cortesanos son monstruos con dos lenguas y dos corazones.

—¡Sin embargo, a mí me parece que es la misma muchacha! —insistí, mientras Atto empinaba la nariz para leer los lemas

—¿Estáis seguro de que Maria Mancini tiene ahora casi sesenta años? La muchacha que hemos visto… en fin, es idéntica a la del cuadro, pero parece muy joven.

Dejó bruscamente de leer y me miró a los ojos.

—¿Crees que podría equivocarme?

Acto seguido volvió sus pupilas hacia los cuadros para ilustrármelos. Representaban a personas insignes de Francia e Italia: Pontífices, poetas, artistas, científicos, soberanos y allegados, ministros de Estado.

—Su Santidad el difunto papa Alejandro VII; Su Santidad el difunto papa Clemente IX; el caballero Bernini; el caballero Cassiano dal Pozzo; el caballero Marino; Su Majestad el difunto Luis XIII; Su Majestad Reinante Luis XIV; Monsieur, hermano de Su Majestad Luis XIV…

Mientras pronunciaba los nombres pasando apresuradamente de un cuadro a otro, tuve la sensación de que mi pregunta sobre la edad de Maria Mancini lo había dejado bastante alterado. En realidad Atto debía de tener razón: no podía haber visto a Maria en el parque, no sólo porque aún no había llegado a Roma, sino porque, si tenía más o menos la misma edad que el Rey Cristianísimo, ahora debía de contar más de sesenta años.

—… Su Eminencia el difunto cardenal Richelieu; Su Eminencia e1 difunto cardenal Mazzarino; el difunto primer ministro Colbert; el difunto superintendente Fouquet… —Se detuvo—. «Sufra y disimule» —susurró repitiendo uno de los lemas que acabábamos de leer en las paredes de la sala.

—¿Cómo decís?

—«¡La mayor parte de los cortesanos son monstruos con dos lenguas y dos corazones! » —Sonrió mientras citaba teatralmente ese otro lema, como si quisiera ocultar, valiéndose de una gracia, un pensamiento desagradable.

—Se ha hecho tarde —observó el abate observando el cielo violeta en cuanto salimos del Navío.

La inspección no había dado muchos frutos. No habíamos encontrado rastro de los tres cardenales, fuera de las huellas de zapatos, y ya no teníamos tiempo para explorar toda la villa.

—Ahora vuelve a tus faenas en los jardines de la villa. Mantén la boca cerrada y haz como si no pasara nada.

—Debo poner remedio a los daños del robo antes de que regrese Cloridia…

—Yo te lo reembolsaré todo por el doble de su valor; así tu mujercita se consolará enseguida. Quiero que vuelvas aquí esta tarde, después de vísperas. ¡Y ahora vete! —me ordenó con un tono sumamente brusco.

Atto estaba nervioso. Muy nervioso.

Segunda Noche

8 DE JULIO DE 1700

Mientras me dirigía hacia la cabaña para buscar mis herramientas, me puse a cavilar sobre el hecho de que Atto no hubiera formulado ni una sola pregunta sobre Cloridia: ni cómo estaba, ni cuándo podría verla ni a qué se dedicaba ahora. Ni siquiera después de que yo la mencionara había tenido el gesto de preguntarme algo por simple cortesía. Y eso a pesar de que había leído su increíble historia en las memorias que me había robado. Una historia que muchos años antes, en los tiempos de la posada del Donzello, el abate jamás habría podido imaginar. Lo cierto es que en aquella época no se trataban mucho. Es más, por lo que yo recordaba, nunca habían cruzado una palabra y ambos hacían como si el otro no existiera. Atto, si alguna vez había pronunciado el nombre de Cloridia, siempre lo había hecho con desprecio. El castrado y la cortesana… yo no podía esperar, desde luego, que entre ellos naciera una amistad…

—¡Estás despedido! ¡Tu trabajo da asco!

Aquella voz chillona me pilló tan desprevenido que poco faltó para que el corazón me diese un vuelco.

Me volví y lo vi a pocos pasos de mí, sobre una rama, acariciándose el pico con sus patas corvas.

—¡Despedido, despediiiido! —repitió divertido *César Augusto*, como solía hacer cuando me concedía una breve pausa durante la faena. Probablemente había aprendido esa desagradable frase en algún taller durante sus peregrinaciones por la ciudad.

—¿Qué haces ahí arriba? —pregunté, irritado por el susto—. ¿Por qué no vuelves a tu jaula?

Calló, como si no hubiera necesidad de respuesta, y osciló rítmicamente la cabeza en señal de queja. No era infrecuente que *César Augusto* se mostrase melancólico e impaciente con los cambios de estación. En esos días, para desahogar su inquietud siempre hacía una trastada.

Para dar súbita y molesta sustancia a su malestar, *César Augusto* pasó a la acción. Alzó el vuelo, pasó rozándome la cara, dio media vuelta, voló a ras de tierra, se posó a mi lado y con el pico asió la podadera que yo había dejado en el suelo.

—¡No, maldición! ¡Devuélvemela enseguida! —le ordené.

—¡Despedidlo, despedidlo! —repitió una vez más con una luz maligna en sus ojillos redondos. La podadera no le impedía de ningún modo imitar a la perfección la

voz humana, cuyo sonido no procedía de la garganta, como nos ocurre a nosotros, sino de una cavidad gutural inesperada. Desplegó las grandes alas blancas, las batió torpemente en el inmóvil aire estival y levantó el vuelo.

Enseguida lo perdí de vista, pero no porque hubiera desaparecido rápidamente en el horizonte. Mientras contemplaba su vuelo, en efecto, un detalle me distrajo. Con el rabillo del ojo creí notar por un instante fugaz que alguien me observaba desde el otro lado del seto, pero el tremendo calor que hacía podía haberme confundido.

—Apártate, chico.

La voz firme e impaciente que me ordenaba hacerme a un lado me sacó de esas impresiones efímeras. Entre los setos de la vereda se abrían camino dos lacayos que escoltaban a un tercer personaje: con el rostro aún más ensombrecido que en la víspera, avanzaba, en atuendo de laico, Su Eminencia el cardenal Fabrizio.

Me incliné respetuosamente mientras el trío pasaba delante de mí en dirección a la salida de la villa. Cuando me levantaba para limpiarme los pantalones, creí oír un ruido y volví a sentirme escrutado por unos ojos malignos. Paseé la mirada en rededor, mas no vislumbré siquiera la silueta oscura que —lo habría jurado poco antes— se movía detrás de los setos circundantes. En cambio, vi revolotear silenciosamente a *César Augusto* por encima de las cabezas del cardenal Spada y de sus acompañantes, que se adentraban en la alameda.

Una vez que hube terminado mi trabajo de poda y mis tareas en la pajarera, me percaté de que aún tenía bastante tiempo antes de mi cita vespertina con el abate Melani.

Decidí pasar por casa. Encontré, ay, el mismo penoso desbarajuste con que me había despertado unas horas antes. Viendo la rabiosa furia con que unos desconocidos sin rostro habían puesto patas arriba nuestra habitación, por un momento la desazón se apoderó de mí.

Cuando hube terminado de colocar todo en su sitio, regresé a la villa Spada. En los jardines seguía haciendo un calor insoportable. Me quité la camisa y me acurruqué a la sombra de una gran haya, en un rincón secreto un tanto elevado, al pie de la muralla, donde Cloridia y yo solíamos citarnos en las breves pausas de trabajo, al abrigo de miradas indiscretas. Desde allí se dominaba la alameda pero, oculto por las frondas, era imposible que alguien me viera. Poner en orden nuestras cosas arrasadas por los vándalos me había hecho mucho más amarga la ausencia de mi dulce esposa. Así, mientras su recuerdo me hacía suspirar y sollozar de nostalgia e impaciencia, di en pensar en los amores del Rey Sol con Maria Mancini, así como en la extraña pasión que parecía unir a ésta y Atto, que desde hacía treinta años mantenían una secreta y abundante correspondencia epistolar, pero no habían vuelto a verse.

En cualquier caso, todo cuanto tenía que ver con Atto era extravagante, inusitado y arcano. ¿Qué decir de los extraños fenómenos que ocurrían en el Navío? Por otro lado, ¿la muerte del encuadernador no guardaba relación con la herida de Atto y la extraña manera en que se había producido? A todo ello había que añadir un hecho enormemente inquietante: el doble intento de robo que Buvat y yo habíamos sufrido después de que, como resultaba evidente, nos hubieran narcotizado.

Sentí que la confusión y la desesperación me atenazaban otra vez el pecho. Ahora no sufría por el amor de Cloridia, sino que tenía miedo. ¿Qué estaba pasando realmente? ¿Acaso éramos víctimas, como Melani había escrito a la condestablesa, de una conspiración a favor del emperador? ¿O todo estaba relacionado con los cerretanos, como afirmaba Sfasciamonti? ¿O ambas cosas?

De nuevo me reprochaba haber permitido que el abate me involucrase en sus enredos. La verdad es que también él parecía ir a tientas en la oscuridad. Además, lo había visto perdido e inquieto durante nuestra extraña visita al Navío. Volví a pensar en Maria y recordé que ahora parecía residir en Madrid. En España, el lugar donde, como sabía por las cartas de ella y Atto, se estaba jugando el destino del mundo…

De pronto una sensación de seda tibia envolvió mi espalda desnuda y me sacó dulcemente del gris sopor en que sin darme cuenta me había deslizado. Un susurro aplacó mi congoja:

—¿Hay sitio para mí?

Abrí los ojos: mi Cloridia había vuelto.

Cuando estuvimos saciados de besos mudos y de abrazos en la cálida luz que escoltaba al ocaso, Cloridia dijo:

—¿No me preguntas cómo me ha ido? ¡Si supieras qué aventura!

En efecto, durante varios días mi mujer, que como he dicho, era comadrona, había estado lejos de mí y del lecho conyugal para asistir a una parturienta. Yo no veía la hora de contárselo todo y de recibir su consuelo y consejo, pero ella parecía tan impaciente como yo por ponerme al corriente de sus últimas novedades. Resolví, pues, dejar que se explayase primero. Cuando la natural locuacidad femenina de mi Cloridia se hubiera aplacado, podría hablarle de la imprevista reaparición del abate Melani y de mis tormentos.

—¿Las niñas? —pregunté ante todo, pues nuestras dos hijas la habían ayudado en sus tareas.

—No te apures, están abajo, durmiendo con las otras muchachas de la servidumbre.

—Entonces —dije con simulado entusiasmo—, ¡cuéntame todo!

—El granjero de la finca de los Barberini ha tenido un precioso crío, gordo y rollizo. Sano y bien constituido, como Dios manda —susurró con orgullo—. Sólo que…

—¿Sí? —pregunté esperando que no se extendiera.

—Ejem, ha nacido a los cinco meses.

—¿Qué? ¡Eso es imposible! —exclamé con voz ahogada y fingiendo asombro, porque ya sabía adónde quería llegar.

—Eso mismo afirmaba el granjero, mientras su pobre esposa sufría los dolores del parto, pero resulta que sí es posible, amor mío. Tuve que bregar varias horas con aquella bestia ignorante para apaciguarlo y convencerlo de que, si bien es verdad que el plazo normalmente establecido para el nacimiento humano es el noveno mes, hay mujeres que dan a luz en el quinto, e incluso se conocen casos de alumbramientos en el mes duodécimo…

Me desprendí de los brazos de mi esposa y la miré directamente a los ojos.

—… Plinio testimonió ante el tribunal en defensa de una mujer —continuó Cloridia con candidez— cuyo consorte había regresado sólo cinco meses antes de la guerra y juró que era posible dar a luz en el quinto mes. Asimismo, Masurio cuenta que, bajo la pretura de Lucio Papirio, no se aceptó la reclamación de un hombre en un litigio de herencia porque su madre afirmaba que había estado encinta durante trece meses. Pero también es innegable que el gran Avicena salvó a una madre de la lapidación testificando ante el juez que se puede parir incluso después de catorce meses.

Yo me moría de ganas de hablar.

—Cloridia, verás, tengo un montón de cosas que contarte…

Pero ella no me escuchaba. Mi bella esposa, después de todos esos días de ausencia, parecía tan ardiente como el aire.

—Lo he hecho muy bien, ¿sabes? —me interrumpió como si no me hubiera oído, apretando su fresco seno contra mi pecho—. Le explique a ese energúmeno que el hombre es el único animal que tiene un tiempo indeterminado para nacer. Todas las bestias tienen un tiempo establecido: la elefanta siempre pare al segundo año, la vaca al primero, yegua y la burra al undécimo mes, la perra y la cerda al cuarto, la gata al tercero, los polluelos de la gallina rompen el cascarón después de ser incubados durante veinte días y, por último, la cabra y la oveja dan a luz al quinto mes …

«En efecto, sus maridos —comenté para mis adentros—, don Chivo y Don Carnero, tienen un buen par de cuernos en la cabeza.»

Mi Cloridia era incorregible. Eran incontables los casos de paternidad dudosa que había resuelto gracias a su habilidad de comadrona. En su amor por los niños (fuera cual fuese el padre) y por sus madres (cualquiera que fuese la fidelidad de la que eran capaces), Cloridia hacía de todo, juraba y perjuraba, con tal de convencer a los maridos recelosos. No se detenía ante nada. De palabra fácil, con la sonrisa en los labios y el aire más cándido del mundo, brindaba explicaciones y ejemplos en abundancia a todos los esposos: al soldado recién licenciado, al pastor que debía

ausentarse por la trashumancia y al vendedor ambulante. E incluso a la suegra ceñuda y a la cuñada entrometida. Y siempre le daban crédito, a despecho de la regla del sabio, según la cual a quien mucho habla no se le debe creer todo, porque en la abundancia de razonamientos usualmente hay alguna mentira.

No sólo eso. Temiendo que la criatura, al crecer, mostrase alguna semejanza con el vecino o cualquier otro individuo, antes del parto e inmediatamente después Cloridia «instruía» a los padres y a los parientes desconfiados explicándoles con una locuacidad incansable que la imaginación de la mujer encinta podía hacer que el niño naciera como la cosa vista o fantaseada durante el coito. De vuelta en casa tras un parto, le encantaba referirme cómo, cuándo y ante qué auditorio había soltado su historia preferida. Durante todos aquellos años me la había repetido quizá mil veces, sazonándola en cada ocasión con detalles nuevos o inventados y atribuyéndose siempre nuevas ideas y hallazgos. Adoraba que la admirase y me mostrase orgulloso de sus gestas, que me riera cuando quería hacerme reír y que fingiese estupor cuando eso era lo que esperaba de mí. Yo deseaba verla feliz y satisfecha, y le seguía el juego.

Aquella tarde, sin embargo, no lo conseguía. Tenía demasiado que contarle y una desesperada necesidad de sus consejos.

—Le dije al granjero: «¿Acaso ignoráis la historia narrada por Heliodoro, que enseña cómo la imaginación puede hacer que las criaturas sean semejantes a la cosa imaginada? ¡Es universalmente conocida! Oídme», le dije. «Cuenta Heliodoro, en el libro de sus *Historias etíopes* que una bellísima joven de piel blanca nació de padre y madre negros, es decir, de Idaspe, rey de Etiopía, y de la reina Persina. Y ello sólo fue fruto del pensamiento, o sea, de la imaginación de la madre, con la que el rey se unió en una habitación donde había pintados muchos actos de hombres y de mujeres blancos, en particular los amores de Andrómeda y Perseo. La reina se deleitó tanto viendo a Andrómeda durante el acto amoroso…»

Obviamente, yo conocía al dedillo la continuación y, mientras acogía, dócil pero distraído, las suaves presiones de Cloridia sobre mi cuerpo, repetía para mí con ella: «La reina se deleitó tanto viendo a Andrómeda durante el acto amoroso que quedó embarazada de una niña que se le parecía. Esta explicación dieron los gimnosofistas, que eran los hombres más sabios de aquel país. Y Aristóteles la confirma…»

—Y Aristóteles la confirma al narrar que en la Morea una mujer negra, habiendo cometido adulterio con un etíope y quedado encinta, parió una hija blanca, la cual, tras casarse con un hombre blanco, parió un hijo negro. Y san Jerónimo refiere que el gran Hipócrates liberó a una mujer del crimen del adulterio de que había sido acusada por haber dado a luz a una hembra que no se parecía a su padre. Testificó ante el tribunal que la razón había sido una pintura que tenía en su habitación, semejante a la criatura, porque la mujer había fijado el pensamiento en ella en el momento de la

concepción.

Podía consolarme, pensé mientras esperaba impaciente el final del relato: si el gran Hipócrates, Plinio y Avicena habían tenido la desfachatez de cometer perjurio ante un juez inventándose semejantes embustes para salvar el honor y la vida de una puérpera y su hijo, mi esposa estaba en buena compañía.

—Alciato, y antes que él Quintiliano —continuó Cloridia, mientras trajinaba con mis ropas y daba amplia libertad a su inspiración—, salvó a otra mujer de la misma culpa, pues había parido una hija negra y ella y su marido eran blancos; la defendió con el argumento de que en su habitación tenía una figura pintada de un etíope.

—¿Y luego? ¿Le contaste la historia de las ovejas de Jacob? —pregunté para complacerla, mientras comenzaba a temer el resultado de sus manejos.

—Por supuesto —respondió sin dejarse distraer de sus intenciones

—¿Y tu teoría de que la comida puede influir en el aspecto del recién nacido? —inquirí rozándole con los labios la palma de las manos, para mantenerlas bajo control y tratar de disuadirlas de que perseverasen su inspección.

—Hum, no —contestó con una pizca de disgusto—. ¿Recuerdas cuando ayudé a parir a la mujer de aquel cafetero suizo? Bien, cuando traté de disipar las sospechas del marido explicándole que en las especies animales se ven más semejanzas que en la de los hombres, porque aquéllos sólo consumen un alimento y éstos muchos diferentes, me dijo enfadado que en su país los hombres y las mujeres alpinos no comen más que castañas y leche de cabra con agua, y sin embargo nacen con las mismas diferencias que nosotros.

—¿Cómo te las arreglaste entonces?

—Con la historia de la imaginación femenina. Le juré que en todo el mundo es una verdad reconocida, es más, ciertísima, que los pensamientos fijos de la mujer tienen el poder de marcar en el cuerpo de la criatura la semejanza y la imagen de la cosa deseada. ¿Acaso no nacen cada día criaturas con manchas marrones en la piel, como las del cerdo, o de manzana, o de vino o de uva u otras semejantes? La fuerte imaginación, pues, puede marcar en el vientre femenino un cuerpo ya totalmente constituido, hasta el punto de imprimir en la piel las formas más variadas, que representan los pensamientos de la mujer. En definitiva, le dije: «Tú, que haces que tu pobre mujer sirva café día y noche a las mesas, te lo tienes merecido: ¡la pobrecilla, a fuerza de mirar el café, ha parido un hijo del mismo color!»

Ay de mí. Si el famoso Tertuliano se dejó convencer por una vil mujerzuela de que el alma de los justos era de colores, como se lee en Cesare Baronio, mi aguda y docta Cloridia no podía encontrar rival en un cafetero cornudo, que además tenía las entendederas de un suizo. Con esta muda apreciación, acogí resignado la narración de las proezas de mi señora, que en el ínterin había reanudado sus efusiones.

—¿Quieres decir que la imaginación del hombre no vale nada? —pregunté

fingiendo estupor y sorpresa para apartarme un poco de sus arrumacos.

—Ese punto suscita profundas dudas. Aristóteles cree que sí. En cambio, Empédocles e Hipócrates, cuya opinión comparto, afirman que la imaginación del hombre sucumbe ante la de la mujer, que es muy vehemente —respondió pasando de la palabra al hecho sobre mi cuerpo—. Salvo en el caso del padre sabio y el hijo necio. ¿Por qué a veces un hombre sabio tiene un hijo necio? No parece posible que la madre lo desee. Sin embargo, yo afirmo que ocurre. La mayor parte de los maridos estudiosos tiene siempre un humor melancólico, y la melancolía es hermana carnal de la locura. Las mujeres odian sobremanera tanto aquélla como ésta en el uso amoroso. Así, es posible que, durante el acto carnal, prefieran un hombre necio y alegre a uno sabio y melancólico. Por no mentar que los maridos distraídos no atienden bien a ese acto…

Me estremecí de vergüenza. Cloridia tenía razón. No había correspondido a sus ardores y había permanecido melancólico y ausente. Ni siquiera cuando había puesto en práctica todas sus artes femeninas, desde las más sinuosas a las más exuberantes, había conseguido movilizar a mi angustiado badajo para el dulce y sacrosanto deber conyugal ¡Y pensar que hasta poco antes la había deseado tanto! Maldije mis condenados pensamientos sobre el abate, el encuadernador, los ladrones y todo cuanto me había sumido en mi horrible congoja.

—¿Preferirías, pues, un consorte necio y alegre, esposa mía? —pregunté.

—Un hombre alegre y necio es siempre conveniente para la calidad de la prole: deleitando enormemente a la mujer en el acto amoroso, hará que ésta desee que la sabiduría se una a tanta alegría y así, merced al poder de la imaginación, engendrará un hijo alegre y de ingenio.

Sonreí azorado. Ella se sentó y se ató el corsé.

—Dime qué te perturba tanto.

Por fin me brindaba la ocasión de contárselo todo: la llegada de Melani, el robo de mis memorias, el encargo de hacerle de biógrafo durante aquellos días y, por último, mis sospechas y lacerantes dudas, sin olvidar la herida de Atto, la extraña muerte del encuadernador, así como el doble pillaje perpetrado por desconocidos en nuestra casa y a Buvat. Pero sobre todo le hablé de la misteriosa Maria, es decir, de madame la condestablesa Colonna, con la cual Atto se escribía en secreto, y de la inquietante visita al Navío. Cuando supo que los ladrones habían puesto patas arriba nuestra habitación, se sobresaltó.

—¿Y ahora me lo dices? —exclamó abriendo los ojos como platos y mirándome como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estaba casada con un zote.

Mi salaz consorte ya no recordaba el largo rato que había tenido que esperar a que acabase con su parloteo.

Bien pronto se calmó; cuando le dije el monto del dinero que nos había dado el

abate, recuperó el buen humor.

—Conque el abate Melani ha vuelto por estos pagos para causar daño … —comentó Cloridia.

Mi mujer nunca había sentido mucha simpatía por el abate. Por mí conocía todas las tropelías de que era capaz el castrado, pero no estaba fascinada por la elocuencia del diplomático ni había experimentado las mil peripecias que yo había vivido a su lado.

—Te manda saludos —mentí.

—Devuélveselos —repuso con una pizca de escepticismo—. De modo que tu abate castrado está chalado desde hace treinta años por una mujer —añadió entre sarcástica y complacida—. ¡Y qué mujer!

Cloridia, como buena comadrona, había oído hablar de Maria Mancini y conocía en líneas generales sus vicisitudes romanas como esposa del condestable Colonna.

En cambio, no hizo ningún comentario sobre nuestra visita al Navío ni sobre la enigmática aparición a que yo había asistido. Me habría gustado mucho que me iluminara con su sensata opinión, ella, que antaño fuera tan experta en artes ocultas como la lectura de la mano, la ciencia de los números y la guía de la vara ardiente, pero al punto pasó al grano: preguntaría a sus mujeres para ayudarnos en nuestras pesquisas. Pondría en movimiento la poderosísima y oculta red del boca a boca femenino; mil ojos vigilarían, observarían, seguirían y memorizarían para nosotros asaeteando con prudencia y discreción detrás de la engañosa apariencia de la tranquila mirada de una puérpera o de los lánguidos párpados de una novia.

Discurrimos largo rato. Como siempre, se mostró pródiga en juiciosos consejos y sabias recomendaciones y ensalzó en exceso mis virtudes. Me conocía bien y sabía cuánto aliento necesitaba.

Ya no tuve dudas. Ahora que le había contado todo y me había confiado a ella, mis miedos se habían desvanecido y, con ellos, el peso que vaciaba mis sentidos de toda fuerza y turgencia.

Yacimos juntos y por fin nos amamos. A la sombra de la gran haya, como un nuevo Títiro, modulé dulcemente mi flauta en honor de mi Musa silvestre.

Había anochecido. Tras desasirme del abrazo de mi Cloridia, le arreglé púdicamente la ropa y me encaminé con paso lento hacia el casino, al encuentro del abate Melani.

Con el alma tocada por la gracia de los amores conyugales, abarqué por primera vez con la mirada los jardines de la villa en todo su risueño fulgor.

El cardenal Spada no había reparado en gastos para dar al festejo todo el esplendor imaginable. La villa Spada era más pequeña y modesta que otras residencias nobles, pero su dueño quería que la riqueza del boato la situase para la ocasión entre las primeras. No había dejado de exaltar lo que distinguía a las villas

romanas de las del resto del mundo, esto es, su emplazamiento, y es que, ahí donde se elevaran, siempre se hallaban en forzosa pero muy dulce unión con los vestigios de la Roma antigua.

El cardenal Fabrizio había mandado que las estatuas, los mármoles, las inscripciones y todo cuanto la ignorante azada había descubierto casualmente en los terrenos de la villa Spada se sacaran del olvido de las bodegas o de la invasión del culantrillo y se repartieran por los jardines modernos con su majestuoso candor.

Los hermosos parterres concéntricos, con arbolillos a los lados, divididos por senderos en estrella y arreglados para la ocasión por 'I'ranquillo Romaúli, el maestro florista, estaban ahora cubiertos de columnas, sarcófagos y estelas, mientras a lo largo de la muralla se alternaban fragmentos de capiteles con cítricos en espaldera; en la entrada, sobre la grada de una ruina, se alzaba un cenador sostenido por pilares, como si el tiempo, haciendo ondear el verde estandarte de la naturaleza, quisiera simbolizar la derrota y vanidad de las cosas humanas.

Pero la villa Spada era sólo un pequeño ejemplo. Muchas villas de Roma encerraban templos casi intactos o tramos enteros de acueducto, Por ejemplo, en la villa Colonna, en Monte Cavallo, se había conservado durante mucho tiempo (hasta que, ¡ay!, fue insensatamente derribado) una buena parte del gigantesco Templum Solis; por su lado, en la villa Médicis, en el Pincio, se exhibía el Templum Fortunae; la villa Giustiniani, en Letrán, estaba delimitada por el acueducto Claudio, cerca del cual había otras ruinas enormes y anónimas. El interior del mausoleo de Augusto, con todos los gloriosos y solemnes vestigios del mayor de los emperadores, se transformó en jardín en la época en que fue propiedad de monseñor Soderini. En la colina Palatina y en la del Celio, villas y ruinas, edificios nuevos y viejos se extendían en una única e inextricable trama. El palacete Gentili se había construido junto a las seculares murallas Aurelianas, una de cuyas torres se había incluso incorporado, y los jardines Farnesianos (obra inestimable de Vignola, Rainaldi y Del Duca) se habían armoniosamente fusionado con los restos de los palacios imperiales del Palatino. El propio cardenal Sacchetti, cuando en su villa del Pigneto (debida al genio de Pietro da Cortona) quiso dar sepultura a su asno preferido, el famoso *Grillo*, se sirvió de antiguos restos romanos que encontró en su terreno, donde bastaba hundir la azada para golpear contra el mármol de los siglos de Cicerón y Séneca. En las villas Ludovisi y Pamphili había sendos casinos enteramente consagrados a las estatuas; en la villa Borghese, el cardenal Scipione había dedicado la mayor parte del espacio a su colección de bustos y figuras.

Ahora bien, en la villa Spada las antigüedades no eran el único motivo de embellecimiento y lujo de la viña y el casino. Las alamedas que conducían a fuentes y templetes y el bosquete se habían adornado con obeliscos, como en el jardín Del Búfalo, en la villa Ludovisi, o como la aguja del jardín de los Médicis, de la que

había admirado espléndidos grabados en los libros de mi difunto suegro. Sólo que los ornamentos de la villa Spada eran efímeros, de cartón piedra, a imitación de las soberbias arquitecturas ideadas por el caballero Bernini y erigidas en la piazza Navona o en la plaza de España para celebrar nacimientos regios u otros dignos acontecimientos, espléndidas y destinadas a durar el espacio de pocas noches de fiesta.

Las villas romanas eran lugares de descanso y disfrute, como en los tiempos de Horacio (y así creo que seguirán siendo in *saecula saeculorum*), hechas para el juego, las extravagancias y las más variadas formas de entretenido deleite. De todo lo cual bien podía decirse que la villa Spada ofrecía un compendio sin parangón para las nupcias que se aprestaba a celebrar.

Habría querido detenerme para admirar una a una las mil delicias y maravillas que la villa obsequiaba a la vista, pero la tarde avanzaba. Dejé, pues, mis reflexiones y apreté el paso para encaminarme a la cita con el abate Melani. Y con la condestablesa, a quien, por cuanto había leído en su carta al abate, se esperaba después del crepúsculo.

—¡Dios santo, chico, qué pintas traes! Se diría que recibo a una delegación de pastores arcadios.

Bajé la cabeza y miré empachado mis ropas arrugadas por el amor y sucias por la hierba sobre la que había yacido con mi mujer.

—¡Buvat, pon un poco de orden en estos aposentos! —ordenó inmediatamente después a su secretario tratándole de «tú» en lugar del «vos» habitual—. Pasa un trapo por el suelo y, si no encuentras ninguno, sírvete de los codos de tu chaqueta; total, no te la cambias nunca. Apila mis papeles y pide algo de comer. ¡Y deprisa, maldición! Espero invitados.

Aunque desacostumbrado a las tareas de criada y seguramente preguntándose por qué Atto no se las encargaba a un ayuda de cámara, Buvat no se atrevió a protestar, dado el nerviosismo de su amo. Se dispuso, pues, a ordenar a la buena de Dios los papeles del abate, los adornos, las sobras del almuerzo que descollaban sobre un diván y los numerosos rimeros de libros que atestaban el suelo. La impericia de Buvat era tal que el desorden aumentaba en vez de disminuir, a pesar de que le eché una mano.

Vi que el abate se sobaba el brazo herido.

—¿Qué tal la herida, don Atto? —pregunté.

—Mejor. Pero no descansaré hasta averiguar quién me ha hecho esto. Ocurren cosas muy extrañas: primero mi herida delante del encuadernador, luego la muerte de éste, que en paz descanse, y por último el intento de robo de que fuisteis víctimas tú y Buvat…

En ese preciso instante llamaron a la puerta. Buvat fue a abrir. Un mensajero le tendió una carta, que se apresuró a entregar al abate Melani en cuanto cerró la puerta.

Atto rompió el sello y la leyó rápidamente. Luego la guardó en su bolsillo y a media voz nos informó de su contenido.

—No vendrá. Un ligero ataque de fiebre la ha obligado a detenerse, Se disculpa por no haber podido avisar antes, *et cetera, et cetera*.

Al cabo de unos minutos el abate Melani nos mandó salir. Como en la víspera, la causa residía en la carta de la condestablesa, que Atto quería leer con tranquilidad, al abrigo de nuestras miradas indagadoras.

Tras despedirme de Buvat, que iba a echar un vistazo a la biblioteca del casino, empecé a sentirme enojado. ¿Para qué me había convocado el abate, si ahora me echaba sin haberme mandado, pedido ni dicho nada? Era verdad que la mala nueva del retraso de la condestablesa lo había sorprendido y que sólo el día anterior me había encomendado que llevara el registro de aquellas jornadas. Aun así, pensaba que hasta el momento Atto me había utilizado más como informante (en la cena del día anterior, por ejemplo) que como biógrafo. Y eso no era todo: el abate había sido sumamente parco sobre la naturaleza de aquel librito del que al parecer se derivaba un singular cúmulo de desventuras. Con todo, tras enterarse de la muerte del encuadernador, Atto había querido recuperarlo sin dilación.

Transcurrida una hora, cuando Atto, acompañado de Buvat, charlaba con otros invitados en los jardines de la villa, mientras yo los observaba con el catalejo, empecé la búsqueda del librito encuadernado. El rosariero se lo había entregado envuelto en un paño de terciopelo azul, lo que ahora me impedía reconocer la forma y el color de la encuadernación.

Examiné el aposento y miré uno tras otro todos los volúmenes del abate Melani, pero no había, ay, ni rastro de un librito recién encuadernado; todos mostraban signos de desgaste y de frecuente consulta. A todas luces Atto había traído consigo sólo los que más necesitaba. Habría, pues, reparado enseguida en una encuadernación nueva. Dediqué unos momentos a leer unas páginas con jugosas noticias sobre los cardenales; en la cena me habían resultado muy útiles para comprender las alusiones y las salidas que se cruzaban las eminencias. Eché un nuevo vistazo por todos los rincones, pero sin frutos. ¿No se lo habría prestado el abate a algún invitado? Si era así, el tema que trataba no debía de ser tan reservado.

Yo ya sabía qué temía Atto: haber sido víctima de una conspiración contra Francia, dirigida tal vez por el partido imperial. Sin embargo, no estaba del todo convencido. El relato de Sfasciamonti sobre los cerretanos, a los que nunca antes

había oído mencionar, le suscitaba dudas. Había escrito a la condestablesa que quería una audiencia con el embajador imperial, el conde Von Lamberg, pero éste, esperado en la villa Spada, aún no había llegado. Sin duda aparecería al día siguiente, en la boda. Hasta entonces al abate y a mí no nos quedaba sino aguardar.

Por lo demás, volví a preguntarme qué me había contado el abate Melani. Me había dicho que el cónclave estaba a las puertas y me había enseñado una lista de cardenales escrita de su puño y letra. ¿Qué más? ¿Qué había sido del entusiasmo didáctico del espía experto que me había impartido valiosas e incontables enseñanzas en los días en que trabajaba como mozo en la Posada del Donzello? Y Atto tenía que saber de cónclaves; incluso se había jactado de haber hecho elegir a un Papa.

El abate Melani había envejecido, concluí con una pizca de tristeza. Ahora, más que su voz, eran sus objetos personales, a los que yo interrogaba a escondidas, los que me brindaban aclaraciones y noticias: sus ropas (entre las que había encontrado mis perlitas) y, *massime*, la correspondencia secreta con la condestablesa.

Madame la condestablesa, la princesa Maria Mancini Colonna… Atto sí se había extendido apasionadamente sobre ella durante nuestra incursión, pocas horas antes, en el Navío. Sin embargo, aquella historia se remontaba a muchísimos años atrás, no tenía nada que ver con el próximo cónclave. Más aún, Atto se había guardado de revelarme qué trato mantenía ahora con la condestablesa; por ejemplo, no había dicho una sola palabra de su interés común por el asunto de la sucesión de España, ni qué lazos tenía la condestablesa, nacida en Roma y criada en París, con el reino de España.

Abandoné la búsqueda del librito encuadernado por el pobre Haver e introduje de nuevo las manos en la ropa interior sucia del abate, de donde extraje el fajo de la correspondencia secreta entre él y la condestablesa. Como había ocurrido la primera vez, encontré la carta de Maria Mancini junto con la respuesta todavía sin sellar de Atto. Las leí rápidamente, pues esta vez quería tener tiempo para echar un vistazo también a las misivas anteriores, que en la víspera había dejado de lado.

La carta de la condestablesa empezaba con una referencia a la agresión sufrida por el abate Melani:

¡Qué pena habéis infligido a mi corazón, amigo mío! ¿Cómo estáis? ¿Cómo se encuentra vuestro brazo? ¿Hay en verdad motivos para sospechar que detrás del ataque está la mano del cruel Imperio? Ruego ardientemente que al menos vos os salvéis de los sicarios del emperador. Porque ya son muchas, demasiadas, las muertes signadas por el águila bicéfala de los Habsburgo de Viena.

Manteneos en guardia, ojo avizor. Me estremece pensar que pediréis audiencia al conde Von Lamberg. No comáis a su mesa, no bebáis de la copa que haya llenado su mano, no aceptéis nada de él, ni siquiera una pizca de tabaco. Allí donde falló el puñal, podría tener éxito el veneno, el arma preferida de los emperadores austríacos.

¿Seguís teniendo la piedra bezoar que os envié hace algunos años? ¡Recordad que os protegerá de cualquier tóxico!

¿No había encontrado una pistola entre los efectos personales de Atto?, pensé entonces. No cabía duda de que no se había tomado a la ligera su propia seguridad. La carta continuaba así:

No olvidéis la horrible muerte del duque de Osuna, que, no bien fue nombrado general de la defensa costera española en el Mediterráneo, puso todo su empeño en conseguir una tregua con los franceses. Pero hete aquí que, después de aspirar una toma de tabaco, le sobrevino una parálisis en la espalda seguida de mareos, y murió a las tres de la madrugada sin haber pronunciado una sola palabra. ¿Y qué decir del fin repentino y oscuro del secretario de Estado, Manuel de Lira, que tanto hacía por la paz con Francia? Asimismo, permitid que os recuerde, a pesar del dolor que me causa por los motivos que bien conocéis, el delito más despiadado de todos: el cometido contra la difunta reina de España, nuestra amadísima María Luisa de Orleáns, primera esposa de Carlos II, la cual no perdía ocasión para convencer a su marido de que no se adhiriera a la alianza contra el Rey Cristianísimo, su tío, y era odiada por muchos en España, entre otros, por el conde Mansfeld, embajador del Imperio.

¿Os acordáis? La pobre reina tenía miedo, incluso había escrito al rey de Francia para pedirle un contraveneno. Sin embargo, cuando el antídoto llegó a Madrid, de noche, María Luisa acababa de morir.

La noche anterior, leí en la carta de la condestablesa, la soberana había pedido leche, difícil de encontrar en la capital. Se contaba que la condesa de S., amiga y protegida del embajador imperial, además de desterrada de Francia debido al asunto de los venenos, cuya primera víctima, treinta años atrás, había sido precisamente la madre de María Luisa, al final le había conseguido un poco. Mientras la reina de España moría entre atroces dolores, algunos juraban que la leche que había bebido antes de sentirse mal, fresca y deliciosa, había sido preparada en casa del embajador Mansfeld. Y quizá no fuese casual que, al día siguiente del crimen, la condesa de S. partiera repentinamente sin dejar rastro.

Advertí que Maria Mancini se cuidaba de ocultar la identidad de la presunta envenenadora, de origen francés pero afecta a la facción imperial. Me habría gustado saber cuáles eran los motivos que Atto «bien conocía» y que hacían tan doloroso aquel recuerdo a la condestablesa, pero la carta proseguía con una triste alocución dirigida a aquel nombre, Silvio, tras el cual yo imaginaba se escondía, en un juego de espejos, el mismo abate Melani:

Silvio, Silvio, ¿acaso crees, muchacho fatuo, que del azar las desgracias son fruto? ¡Pues errado estás! Que estos sucesos tan monstruosos y nuevos a los hombres no acontecen sin divina intervención. El cielo harto está de que desdeñes tan altaneramente el amor, el mundo y los afectos humanos. Que a los dioses no los complace tener iguales en la tierra ni tanta ostentación de orgullo.

Una vez más, me sorprendió el ardor de las indescifrables acusaciones que la condestablesa dirigía al abate Melani.

Por si ello no bastase, tras unas líneas de excusas por su retraso (debido

justamente a una fiebre sin importancia), añadía la habitual apostilla sobre el tal Lidio:

Me acusáis de valorar poco la presunta felicidad de Lidio, pero yo os digo que es menester considerar el resultado final de toda situación, pues de hecho la divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y luego los ha apartado radicalmente de ella. Y a él le repito: no puedo responder a la pregunta que me hacías, Lidio, sin saber antes que has terminado felizmente tu existencia.

¿Quién era este misterioso personaje, Lidio, al que la condestablesa se dirigía a través de Atto con expresiones tan impenetrables? ¿Y por qué oscuro juego de espejos la dama llamaba a veces Silvio al abate?

De la respuesta de Atto tampoco se deducía gran cosa. Me sumí en la lectura de una sarta de ceremoniosas zalamerías.

Oh, bellísimo escollo, por la ola y el viento de mis lágrimas, de mis suspiros tan a menudo en vano recorrido, ¿es verdad que por mí suspiráis y piedad sentís? ¿O me engaño?

Vuestra dulzura me conmueve, amiga mía, y me estremezco de desdén hacia mí mismo por haberos provocado desprevenidamente esta agitación. ¿Seré yo lo causa de la fiebre que padecéis?

¡Mi plumado cálamo y su punta teñida de tinta, dardos que el costado abrieron de mi querida mujer, hermanos por su naturaleza y maldad, no permanecerán intactos, ya no serán dardos o flechas, sino varas en vano emplumadas, en vano armadas, hierros despuntados y desarmadas alas!

En este punto la carta del abate estaba manchada de tinta: había roto realmente su pluma de oca, culpable de haber escrito palabras que habían preocupado, y quizá enfermado, a la condestablesa. Tras el asombro que me produjo tanta impetuosidad, reanudé la lectura (evidentemente, Melani se había hecho con una nueva pluma).

Ahora heridme vos así con vuestro cálamo. ¡Lo reclamo, lo exijo!

Mas no me hiráis los ojos ni las manos, culpables ministros de la inocente voluntad. Heridme el pecho; herid a este monstruo, de la piedad y el amor áspero enemigo; herid este corazón, que con vos fue cruel: os lo ofrezco desnudo.

A partir de ese momento el tono, en vez de vehemente, era ponderado. Por encima de todo, Atto quería mostrar valor y audacia en el asunto Von Lamberg y disimular la inquietud que seguramente lo atenazaba.

En cuanto a mí y a mi vida, no temáis, mi buena amiga. Desde luego que llevo conmigo vuestra bellísima piedra oriental. ¿Cómo podría olvidar el bezoar? También en Francia es muy estimado contra las fiebres malignas y el veneno. Cuando el embajador me reciba, lo llevaré bien guardado en el bolsillo, para que me auxilie en el caso de que sintiera algún malestar.

De todos modos, de joven conocí bien al padre del conde Von Lamberg: era embajador del

Imperio en Madrid cuando yo estaba con el cardenal Mazzarino en la isla de los Faisanes para las negociaciones de paz entre Francia y España. Le quitamos en sus propias narices la mano de la infanta María Teresa, tan deseada por el emperador Leopoldo en Viena; el rey Felipe IV terminó concediéndola obtorto collo[4] *a Luis XIV, a cambio de condiciones de paz menos humillantes. Lo cual fue una suerte, pues, si no hubiera sido así, hoy el Rey Cristianísimo no podría reclamar para su nieto, el duque de Anjou, los derechos sobre la corona de España. Bien es verdad que Felipe IV hizo que María Teresa firmara la renuncia a cualquier pretensión sobre el trono español (como en su tiempo la había firmado Ana de Austria antes de casarse con Luis XIII de Francia), pero los juristas más expertos ya han demostrado que esas renuncias no son válidas.*

En resumen, querida amiga, Von Lamberg padre rindió un pésimo servicio a Austria, mientras que el que nosotros cumplimos para Francia fue excelente. Si el hijo iguala a su padre en habilidad, ni yo ni los intereses franceses en la sucesión española correrán peligro. En cualquier caso, pronto lo sabré, pues la llegada del embajador del Imperio se espera para dentro de poco. ¿Y vos? ¿Cuándo estaréis aquí?

Silvio fue soberbio, pero veneraba a los dioses, y un día fue vencido por vuestro Cupido. Desde entonces se inclina ante vos llamándoos suya.

Aunque suya no fuisteis.

Levanté la vista, conmovido por las últimas líneas. Pobre abate Melani; recordaba a la condestablesa el amor que sentía por ella desde hacía cuarenta años y se humillaba aludiendo a su inmutable condición de castrado: Maria nunca había sido suya, ni habría podido serlo.

A pie de página había una fugaz referencia al tal Lidio:

Paso ahora a nuestro Lidio. No hablemos más de él; habéis vencido, por ahora. No obstante, lo que recibiréis cuando nos veamos os convencerá. Entonces cambiaréis de opinión. Sabéis que a él le satisface sobremanera vuestro juicio y vuestra aprobación.

Cerré el fajo y reflexioné. A juzgar por su correspondencia con la condestablesa, Atto parecía única y exclusivamente interesado por la sucesión de España y por los riesgos (incluidos los físicos) que ésta entrañaba. Ni una palabra sobre el próximo cónclave, para el cual me había dicho, sin embargo, que había venido a Roma. Eso no era todo; según las cartas, Melani temía ser blanco del puñal (o del veneno) imperial a causa de la sucesión española, pero nada decía del cónclave, donde, en última instancia, tendría que defender los derechos franceses contra los austriacos. Era como si al abate no le importara en lo más mínimo el cónclave.

Suspendí de golpe mis meditaciones; aquella impresión, confesé para mis adentros, parecía irracional o carente de fundamento. No podía creer que Atto no se preocupara por el cónclave que se perfilaba en el horizonte.

Era absurdo. ¿No me había enseñado el propio abate, muchos años antes, a razonar por suposiciones y a no retroceder ni siquiera ante las verdades que parecen más inverosímiles? ¿El cónclave y la sucesión… o la sucesión y el cónclave? Sí, era como si del resultado de la sucesión de España dependiera el del cónclave.

Pasé rápidamente al resto de la correspondencia, con la esperanza de encontrar algún dato sobre la misteriosa condesa de S. Todos los fajos eran bastante gruesos: relaciones confidenciales, informes muy detallados sobre el reino de España y sobre el rey Carlos II. Estaban numerados, con cifras casi invisibles, escritas en una esquina. Abrí el primero. Debía de ser bastante antiguo: la condestablesa escribía desde la capital española.

Observaciones
para servir a las cosas de España

Aquí, en Madrid, todos se preguntan qué será del reino después de la muerte del soberano. Las últimas esperanzas de un heredero se han disipado desde hace tiempo, el rey está enfermo y todos dicen que su simiente ha muerto. Con el pobre cuerpo del monarca, devorado por la enfermedad, todo se encamina hacia el ocaso en este reino sobre el que nunca se pone el sol: el poderío de España, el fasto de la corte, hasta el glorioso pasado están oscurecidos por las miserias del presente…

Leí con sorpresa esas líneas tan desconsoladas, amargas y definitivas. ¿Quién era, pues, Carlos II de España, «el rey», como lo llamaba la condestablesa en sus cartas a Atto? Me di cuenta de que no sabía nada del soberano moribundo de aquel reino ilimitado. Así pues, me enfrasqué en la lectura de ese lúgubre informe y me abismé en la sensación de inminente desastre que aquellas líneas, como veneno sabiamente destilado, infundieron en mi alma.

Que se corran las cortinas, que caigan los telones sobre los amplios ventanales, que se expulse el sol de la sala del trono, que descienda piadosa sobre El Escorial la noche sin luna: el cuerpo del rey se deshace horriblemente, amigo mío, y con él toda su estirpe. Que se levante la tormenta y se lleve el inmundo hedor de la muerte real. Bebamos todos en las aguas del Leteo, para que la orgullosa España no recuerde el insulto de un fin tan repugnante.

El gemido de dolor de la condestablesa me conmovió profundamente. Seguí leyendo. Lo que decía la carta no eran meras metáforas; en el palacio real se vivía de verdad a cubierto de la luz del día, sólo alumbrado por contadas velas; de este modo se intentaba atenuar, a los ojos de los cortesanos y de los embajadores de visita, el espectáculo espantoso del cuerpo y el rostro del rey.

La nariz hinchada y pustulosa, la enorme frente desfigurada por amenazadores bubones, los pómulos lívidos, el aliento que huele a vísceras podridas. Los párpados, del color de la carne viva, caen sobre las bolsas negrísimas y purulentas de los ojos, que, opacos y hundidos en las cuencas, se mueven con dificultad y están medio ciegos. Tampoco la lengua le obedece; el habla es incierta, un balbuceo, un murmullo incomprensible para quien no está cerca de él desde siempre.

Agotado, exangüe, jadeante, narraba la condestablesa en su informe, el rey sufre constantes desfallecimientos. Se desvanece, lo que provoca el pánico de la corte; luego se recupera, se levanta bruscamente, para enseguida dejarse caer sobre el trono como una marioneta sin hilos. Pasa de la somnolencia a repentinos y violentísimos ataques epilépticos. Camina a duras penas y sólo permanece de pie si se apoya contra la pared, en una mesa o en el hombro de alguien. Le cuesta llevarse la mano a la boca. Tiene los órganos y las articulaciones destrozados. Los pies y las rodillas se le hinchan cada ves más. Se anuncia la hidropesía. Está sometido a una dieta de gallos y capones alimentados con carne de serpiente. Sólo bebe orina fresca de vaca. Desde hace algunos meses el rey se arrastra de la cama al sillón y de éste a la cama. Su cuerpo ya está en descomposición. Y sólo tiene treinta y nueve años.

Dejé por un instante la lectura. ¡El rey de España tenía, pues, apenas dos años más que yo! ¿Qué horrendo mal lo había reducidlo a semejante estado?

Repasé rápidamente aquellos folios en busca de la respuesta.

Los ataques de mal caduco, amigo mío, no dejan de devastar las carnes del rey. En la corte todos hemos aprendido a reconocer sus síntomas: el labio inferior de Su Majestad se pone primero pálido como el de un cadáver, luego se tiñe de rojo, de azul, de verde. Enseguida llegan los temblores de las piernas. Por último, todo el cuerpo se sacude con brincos y saltos penosísimos una, dos, diez veces.

Carlos II de España vomita varias veces al día. La mandíbula prominente del Rey Católico, herencia de sus antepasados Habsburgo, no es sólo fea: cuando cierra la boca, los dientes inferiores, demasiado salientes, no tocan los superiores; es más, se puede cómodamente meter un dedo. El rey Carlos no puede masticar. Para su desgracia, de sus ascendientes (sobre todo de Carlos V) ha heredado un apetito de león, así que acaba comiéndolo todo en trozos enteros. Engulle higadillos de oca como si fuesen sorbos de agua, bajo la mirada impotente y sombría de los cortesanos, y poco después de levantarse de la mesa devuelve toda la comida. El vómito se acompaña de fiebres y virulentos dolores de cabeza, que lo obligan a guardar cama durante varios días. Apenas puede seguir los razonamientos de sus consejeros y no sonríe nunca. Ya no lo divierten los bufones, los enanos de la corte ni las marionetas, que tanta gracia le hacían antes.

No es que el ingenio, la memoria y la facilidad de palabra lo hayan abandonado del todo, pero se pasa casi todo el tiempo taciturno y melancólico, adormilado e indolente, contando los días con el triste reloj del asma.

Con el tiempo sus súbditos se han acostumbrado a tener por soberano a un hombre reducido a este estado. En cambio, los embajadores de los reinos extranjeros no dan crédito a sus ojos: en cuanto se establecen y acuden por vez primera a la corte, se encuentran ante un ser agonizante, con la mirada vacía y la voz desfalleciente. En su presencia no queda otro alivio que apartar la mirada y la nariz.

Terminé la lectura con el corazón transido de inquietud y pesar. Lo que había averiguado clandestinamente en los papeles de Atto aclaraba la carta de Maria Mancini y la respuesta del abate que había leído la víspera. La gran actividad diplomática en torno a la sucesión de España no era sólo una febril preparación para futuros desafíos entre las potencias, sino una guerra ya iniciada. Era evidente que un soberano en ese estado podía fallecer en cualquier momento. Ahora bien, no había encontrado nada de la misteriosa condesa de S. Tendría que seguir buscando; aún quedaba mucha correspondencia por leer.

Miré por la ventana. Hacía rato que Atto y Buvat habían desaparecido en el horizonte. Por la alameda paseaba una dama que mostraba los signos de un avanzado embarazo. Debía de ser la princesa de Forazo, aquella Teresa Strozzi por cuya salud Cloridia había sido llamada a velar desde aquella noche. Dediqué un rápido y dulce pensamiento a mi esposa, a la que pronto volvería a ver.

No era prudente permanecer más tiempo en los aposentos de Atto. Él mismo podía sorprenderme ahí, y tampoco tardarían en reparar en mi larga ausencia del trabajo. Más valía que me presentase a don Paschatio, quien me había mandado, ay de mí, sostener las antorchas también en la cena de esa noche. Por fortuna, me habían exonerado de servir la mesa.

Mientras con cautela volvía a poner los papeles en su sitio, un sinfín de pensamientos se agolpaba en mi pobre y ya cansada cabeza, que siempre he juzgado demasiado pequeña para los grandes asuntos de Estado y demasiado tosca para las sutilezas de la diplomacia.

De sus cartas se desprendía que la condestablesa residía habitualmente en la corte española. Ahora me explicaba su conocimiento e interés por las cosas de España. Pero ¿qué vicisitudes la habían llevado hasta allí?

Madame la condestablesa (que evidentemente disponía de fuentes muy reservadas) presentaba en su informe un cuadro cruel y apocalíptico de la corte española, que contrastaba singularmente con las palabras tiernas, y en verdad muy osadas, que Atto le dedicaba en sus misivas. Aquella correspondencia era un extraño hircocervo[5] mezcla de amor y política, de galantería y diplomacia. Conociendo al abate Melani, al menos uno de los dos caminos —sentimiento y conspiración— debía de conducir, sin embargo, a un fin práctico. El camino del corazón llevaba al encuentro inminente, después de treinta años de separación, entre Atto y Maria. El camino de la política, en cambio, llevaba a un objetivo aún desconocido.

El propio Melani afirmaba que su único interés residía en el próximo cónclave; en cambio, sus papeles me demostraban que la sucesión al trono de España era una cuestión mucho más candente. Atto, me dije, debía de tener algún proyecto secreto; lo bastante secreto, al menos, para no querer revelármelo.

Sin embargo, yo tenía ojos y oídos; yo también sabía sonsacar a los cardenales y a los príncipes que en esos días visitaban la villa Spada pormenores valiosos, chismes reveladores, susurros y delaciones. Sin duda Atto sabía interpretar todo aquello con una habilidad mil veces superior a la mía; hecho a todas las taimadas vilezas de las intrigas de Estado, verdadero artista de las maquinaciones entre bastidores, le bastaba un puñado de piedritas para componer un mosaico de colores. Pero yo tenía de mi parte la juventud. ¿Acaso no había sido yo quien había oído de los labios del cardenal Spinola di Santa Cecilia las palabras que nos habían puesto sobre la pista de la cumbre entre Spada, Albani y el otro Spinola?

No sólo eso: deseaba sobre todo favorecer al cardenal Spada, mi amo, aunque ello comportaba ayudar a alguien tan insensato como el abate Melani. Si él, como súbdito francés, actuaba en nombre del rey de Francia, yo espiaría en calidad de servidor de un magnánimo cardenal de la Santa Iglesia Romana, en nombre de la fidelidad y el reconocimiento.

Imprudente, no consideraba que él había recibido un mandato de su señor. Y yo no.

Mientras estaba en estas cogitaciones, llegué junto al criado que distribuía las libreas a la turquesca. Era hora de que me transformara en candelabro humano para iluminar la mesa de los señores y los cardenales, y de apagar mi sed de conocimientos de la alta sociedad bebiendo en la fuente más fresca: la corte de Roma, excelsa escuela de todas las disimulaciones y de todas las astucias. Sólo esperaba que a tales agudezas del ingenio no se añadieran, como había ocurrido la noche de la víspera, las ocurrencias de Melani, que podían costarme caras. Por suerte, el trinchante había anunciado que la cena de aquella velada sería algo más moderada que la anterior; como al día siguiente se celebraban los esponsales, más valía que los estómagos evitasen la indigestión, que podía aguar el disfrute del espléndido banquete nupcial.

Mientras me vestía, vislumbré a mi Cloridia, que se dirigía rauda hacia el cenador, hermosa en el traje de fiesta que le habían dado para que bajara a los jardines y fuera la sombra vigilante de la princesa de Forano. Saber que estaba cerca me proporcionaba una sensación de gran paz y serenidad. Ella también me vio y se aproximó un instante para decirme que la princesa no tenía ganas de acudir a la cena y que estaba descansando, precisamente, bajo el cenador.

—¿Y las niñas? —pregunté, pues Cloridia habría precisado la ayuda de nuestras dos hijas en caso de parto.

—Están en casa. No quiero que anden dando vueltas por aquí, al menos mientras duren los festejos. Si las necesito, las mandaré llamar.

Le conté que la condestablesa no había llegado y le resumí el contenido de las cartas que acababa de leer.

—Tengo algunas informaciones para ti —me dijo—, pero ahora no hay tiempo. Veámonos aquí esta noche.

Me estampó un beso en la frente y se alejó deprisa, dejándome con el anhelo de conocer las novedades que en tan poco tiempo había recogido entre sus mujeres, así como admirado por la diligencia y prontitud con que siempre lo resolvía todo.

— … Si reflexionamos detenidamente, resulta de lo más curioso que el jubileo lo inaugure por primera vez un Papa y, Dios no lo quiera, quizá lo clausure otro —masculló el cardenal Moriggia, con la boca llena de lucio con salsa de manzanas—. Hecho que acaecerá si el Santo Padre pasa a mejor vida y antes de fin de año se elige a su sucesor.

—Tristísimo, querréis decir que resulta tristísimo, Eminencia —repuso monseñor D'Aste, comisario apostólico de las armas, con las mandíbulas embutidas de pavo a la suiza—. Está rico este pavo. ¿Cómo lo han preparado?

—Relleno de tocino, Vuestra Excelencia, condimentado con clavo de olor y canela, cocido en vino y agua, regado con jarabe de melocotones, intercalado con rodajas de limón y cubierto con huevos duros y azúcar —se apresuró a explicar el trinchante a D'Aste susurrándole la receta al oído.

—Esta noche, el goloso de Trapito se hace el audaz y corrige a quien está por encima de él —murmuró con ironía el príncipe Borghese refiriéndose a D'Aste con el mote que había inventado el Papa quien, como me había dicho Atto, lo llamaba monseñor Trapito a causa de sus rasgos minúsculos y poco agraciados.

—Tristísimo, diantres, tristísimo, es precisamente lo que he dicho, me parece —se defendió Moriggia, ruborizado, y se echo al coleto un buen vaso de vino tinto que le desatascase tanto el azoramiento de la garganta como el de la voz.

—Palurdo —comentó, sin dejarse ver, alguien que evidentemente había bebido más de la cuenta.

Moriggia se volvió al instante, pero no pudo distinguir a la persona que lo había insultado de esa manera.

—Muy buenas las frituras —dijo lo D'Aste con la intención de cambiar de tema.

—Oh, exquisitas —lo apoyó Moriggia.

—Palurdo —le espetaron de nuevo, pero tampoco pudo descubrir al autor.

—¿Cómo ha ido la visita del Santo Padre al asilo de los pobres huérfanos de San Miguel? —preguntó el cardenal Moriggia afectando interés, con la esperanza de distraer la atención.

—Oh, magníficamente. Había mucha gente y muchos devotos que querían besarle el pie —respondió Durazzo.

—A propósito, a los inspectores de la datería[6] se les ha concedido la gracia de

obtener el perdón de sus pecados si durante el jubileo visitan en un solo día las cuatro basílicas.

—¡Se ha hecho justicia! También le los presos y los enfermos disfrutan de prerrogativas especiales —recordó alguien desde la otra punta de la mesa.

—Una decisión santa e iluminada. Pobres inspectores de la dataría, hay que tener en cuenta su condición —aprobó a su vez Moriggia

—Palurdo.

Esta vez, dos o tres invitados se volvieron para descubrir al individuo que osaba dirigir epítetos tan graves a un miembro del Sacro Colegio. Pero la conversación continuaba.

—Es un jubileo francamente extraordinario. Nunca ha habido en Roma semejante atmósfera de fervor cristiano. Y diría que nunca se han visto tantos peregrinos, ni siquiera en el glorioso jubileo de Clemente X. ¿No es verdad, Vuestra Eminencia? —preguntó Durazzo al cardenal Carpegna, que un cuarto de siglo atrás había participado directamente en las fastuosas ceremonias jubilares.

Además la familia Carpegna estaba emparentada con los Spada, lo que lo hacía más interesante para los demás aquella noche.

—Oh, un jubileo extraordinario, sin duda —balbuceó, un tanto encorvado sobre su plato y con la boca llena, el venerable Carpegna, al que la edad había vuelto algo atolondrado.

—Contad, contad, Eminencia, algún recuerdo que os sea particularmente grato —lo alentaron algunos.

—Ejem, me acuerdo, por ejemplo… Sí, recuerdo que en la iglesia del Jesús, Mariani erigió una gran máquina para la adoración del Santísimo que requirió el concurso de mucha gente. La decoración (preciosa, creedme) representaba el triunfo del cordero eucarístico entre los símbolos del Testamento y del Apocalipsis, con una imagen de San Juan Evangelista recluido en la isla de Patmos. Bajo la mirada del Padre Eterno, envueltos por mil nubes llenas de espíritus celestes y resplandores, se veían siete ángeles con siete trompetas y un cordero divino que sostenía un libro que simbolizaba la visión del Apocalipsis que el amor de Dios por los hombres envió a Juan y a todos nosotros.

—¡Muy cierto! —aprobó Durazzo.

—¡Santas palabras! —rubricó monseñor D'Aste.

—Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo —exclamaron todos (salvo los que tenían la boca repleta de truchas fritas, que acababan de servir) santiguándose (salvo quienes tenían las manos asidas a copas de vino, cuchillos y tenedores de pescado).

—Había visiones de coros angélicos —continuó Carpegna con la mirada un tanto inexpresiva— y estaban las efigies de las cuatro figuras evangélicas, es decir, el León, el Águila, el Buey y el Hombre. Recuerdo que el pecho todo teñido de sangre

y, mostrando su corazón entre luces de plata y oro, descubría la Santa Eucaristía, que no procede sino del amor de Dios por los hombres.

—Soberbio —aprobaron sus vecinos de mesa.

—También el jubileo de este año será un ejemplo para los siglos venideros —afirmó Negroni con tono enfático.

— De eso no cabe duda. Siguen llegando peregrinos de toda Europa. Es incuestionable que la obra pura y desinteresada de la Santa Madre Iglesia es más poderosa que cualquier fuerza terrenal.

—¿A propósito como está yendo este jubileo? —preguntó con voz casi inaudible el barón Scarlatti al príncipe Borghese.

—Muy mal —susurró el otro— número de peregrinos está descendiendo mucho. El Papa está preocupadísimo. No entra ni un escudo.

La cena tocaba a su fin. Las eminencias, los príncipes, los barones y monseñores se despedían entre bostezos y se encaminaban a paso lento hacia la salida para subir a sus respectivos carruajes. En un cortejo más humilde, sus secretarios, ayudantes, acompañantes, criados y fámulos se retiraban también de la mesa que les habían preparado a poca distancia, y con libaciones asaz más modestas, para escoltar a sus ilustres amos. Mientras la mesa se vaciaba, los encargados de sostener las antorchas pudimos por fin relajar los músculos de la espalda y el abdomen, tensos durante toda la noche.

Aunque nadie se enteró, al despojarme del ridículo turbante otomano y dejar en el suelo la tea humeante, quien resopló con más fuerza fui yo, y no por el cansancio, sino por el miedo.

Lo había visto enseguida y había comprendido lo que estaba a punto de hacer. Luego, cuando lo oí llamar tres veces «palurdo» al cardenal Moriggia, no me cupo duda de que, si lo cogían, lo castigarían con la mayor crueldad. Sin embargo, demostró ser tan afortunado como tonto, y nadie lo vio en la luz opaca de la mesa. Me alejé de los otros sirvientes hacia la muralla de la villa. Entonces me llamó, con su gracia habitual:

—¡Palurdo!

—En mi opinión, el palurdo eres tú —repliqué vuelto hacia la zona del jardín de donde parecía provenir la voz.

—*Dona nobis hodie pane cotidianum* —dijo *César Augusto* desde la oscuridad.

Había revoloteado durante toda la cena por encima del cortinaje que cubría la mesa. Sin duda esperaba coger algún buen bocado de los manjares que se servían, hasta que se dio cuenta de que no podía hacerlo sin que lo vieran. Yo había sentido escalofríos cada vez que había insultado al cardenal Moriggia por el mero placer de ofender, aunque nadie podía imaginar que aquella vocecita burlona fuera la de César

Augusto, por el simple motivo de que, como ya he recordado, el papagayo sólo hablaba en mi presencia y todos lo consideraban mudo.

Me adentré un poco más en el prado esperando que nadie viniera a buscarme para alguna tarea de última hora.

—Te has portado muy mal —lo regañé hablando a ciegas en las tinieblas—. La próxima vez te retorcerán el cuello y te asarán. ¿Has visto ese plato de perdices del tercer servicio? Así van a dejarte.

Un rumor de alas sonó en la oscuridad, seguido de un temblor de plumas que lamió mis oídos. Se posó en una mata, a un palmo de mí. Por fin lo veía, blanco fantasma de largo penacho amarillo orgullosamente erguido sobre la frente, como una absurda bandera con los colores papales.

M senté en la hierba húmeda y fresca, aún algo acalorado y extenuado por las horas que había pasado sujetando la antorcha. *César Augusto* Miraba con los ojos de quien implora, por piedad, un poco de comida.

—*Et remitte nobis debita nostra* —insistió citando una vez más el *Pater Noster*, que sacaba a relucir con tono de víctima cada vez que tenía hambre.

—Hoy has comido bien. Lo tuyo no es más que gula —concluí.

—Cli-clonc, tinnnn —dijo el diabólico animal imitando con singular precisión el ruido que hacen los cubiertos en los platos y un alegre tintineo de vasos. Era la enésima provocación.

—Me tienes harto. Me voy a dormir y te aconsejo que…

¿Con quién estás hablando, chico?

Atto Melani me había dado alcance.

Me costó Dios y ayuda aclararle la extraña naturaleza del animal con que me había sorprendido conversando. Sobre todo porque *César Augusto* se refugió en la sombra tan pronto como vio al abate Melani y negaba a mostrarse.

Tampoco me fue fácil lograr que Atto creyese que no había enloquecido y que no estaba hablando solo, sino que había un papagayo escondido en la oscuridad con el que se podía entablar cierto diálogo, aunque, todo hay que decirlo, usando fórmulas retorcidas y poco ortodoxas. Pero *César Augusto*, que seguramente permanecía inmóvil mirando a Atto desde la sombra con una mezcla de desconfianza y curiosidad, no abrió el pico.

—Será como dices, chico, pero tengo para mí que esa cosa no va a decir nada. Eh, *César Augusto*, ¿estás ahí? ¡Qué nombre más altisonante! ¡Cra, cra, cra! Venga, sal. ¿De veras has llamado palurdo a Moriggia?

Silencio.

—Eh, cuervo, ¡te hablo a ti! ¡Vamos, déjate ver! ¿Conque no hablas?

El pico de la volátil permaneció sellado y tampoco tuvimos el honor de verlo aparecer.

—Bueno, sílbame cuando se digne mostrarse y se exhiba en todas las pruebas fantásticas de que me has hablado. Acudiré enseguida. Ja, ja —rió Atto—. Bien, ahora pasemos a asuntos serios. Quisiera decirte un par de cosas para mañana, antes de que el sueño me…

—*Puella*.

Atto me miró, estupefacto.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

Señalé a la oscuridad, hacia *César Augusto*, sin atreverme a confesar abiertamente que había sido él quien lo había ofendido llamándolo con el mote más injurioso para un castrado: *puella*, «niña» en latín. Además, no sabía qué decir, pues era la primera vez que el papagayo hablaba en presencia de otros. Aunque se tratara de un insulto, no dejaba de ser un honor para Melani.

—Es absurdo. He visto y oído a otros papagayos, todos excelentes pero ésta parecía realmente…

—La voz de una persona de carne y hueso, os lo había dicho. En esta ocasión ha reproducido el timbre de un anciano. ¡Pero si supierais cómo imita también las voces de mujer y el llanto de los niños! Para no mentar los estornudos y los accesos de tos.

—¡Señor abate!

Esta vez, era una auténtica voz humana la que reclamaba nuestra atención.

—Señor abate, ¿estáis aquí? ¡Hace media hora que os busco!

Era Buvat, que, ansioso y jadeante, buscaba a su amo en la penumbra del jardín.

—Señor abate, es preciso que subáis enseguida. Vuestros aposentos… Creo que alguien se ha introducido sin vuestro permiso, mientras cenabais, y que ha… En una palabra, han entrado ladrones.

—¿Lo saben los demás? —preguntó Atto, mientras abría la puerta de sus aposentos, sumidos en la oscuridad.

—No, solamente vos. Por otra parte, vuestras órdenes…

—Está bien, está bien —asintió Atto. Había indicado a Buvat que, si surgía cualquier imprevisto, se lo comunicase sólo a él. Pronto yo entendería el motivo.

Atto bajó el picaporte. Empujó la puerta y entró iluminándose con una vela.

—La puerta no ha sido forzada —observó asombrado.

—Así es, y os lo habría dicho si me hubierais dado tiempo —repaso Buvat, que durante la afanosa carrera que había seguido a su anuncio apenas había podido abrir la boca.

También yo avancé unos pasos y entré en la habitación. Con la luz de otras dos velas más pudimos distinguir las huellas inequívocas de una irrupción. Todo, cada objeto, cada adorno, se hallaba en el más completo e indecoroso desorden. Había una silla volcada. Libros, gacetas y toda suerte de papeles estaban diseminados por el

suelo. Las ropas de Atto, desparramadas igualmente o amontonadas sobre los muebles, habían sido sin duda examinadas. Una ventana estaba abierta.

—Es extraño, de lo más extraño —comenté—, que con toda la vigilancia que hay en estos días en la villa Spada los ladrones no hayan tenido ninguna dificultad para llegar hasta el casino…

—Tienes razón. De todos modos, debe de haber sido un trabajito rápido —observó Atto después de echar un vistazo alrededor—. Me parece que sólo se han llevado el catalejo. Es un objeto tentador. Aparte de eso, creo que no falta nada.

—¿Cómo podéis saberlo? —pregunté, pues el examen de Atto apenas había durado unos segundos.

—Es sencillo. Después de la agresión que sufristeis vosotros dos, confié todas mis cosas de valor a un criado de la villa. Los papeles de cierta importancia… en suma, no están aquí —respondió con una expresión taimada que fingí no advertir, ya que también yo conocía su ubicación: la ropa interior sucia, donde yo mismo había encontrado las cartas de Maria.

El abate se apresuró a poner en orden sus atuendos.

—Mirad cómo los han dejado. Un instante… —gimió.

Atto palpaba su ropón violeta, en cuyo interior yo sabía que guardaba el escapulario de la Virgen del Carmen con mis tres perlitas a modo de exvoto.

—¡No está! —exclamó—. ¡Idiota de mí! ¡Lo había olvidado aquí!

—¿Qué? —pregunté simulando no saber de qué hablaba.

—Ejem, una… reliquia. Una reliquia muy valiosa que había prendido en un escapulario de la Virgen del Carmen. Me la han robado.

Mis pobres perlitas, sollocé para mis adentros; su destino era ser robadas. En cualquier caso, eso indicaba que los ladrones habían registrado de punta a cabo los aposentos del abate Melani.

Ahora nos alumbraban dos grandes candelabros, que yo había encendido para poder movernos mejor. El abate Melani se arrodilló de repente, desplazó la otomana y levantó un trozo del entarimado en espiguilla, situado junto a la ventana. Quitó un listón de madera, luego otro y por último un tercero.

—¡No, por todos los santos! —imprecó en voz baja—. ¡Malditos truhanes!

Buvat y yo nos miramos con gesto interrogativo, sin decir nada. Atto se puso en pie, se limpió el polvo de los codos y se dejó caer en un sillón, con los ojos desorbitados.

—Pobre de mí, qué desastre. ¿Cómo es posible? ¿Qué sentido tiene? ¿Quién ha podido…? No lo entiendo —desvariaba meneando la cabeza, con la frente apoyada sobre una mano, indiferente a nuestro semblante atónito.

»Ha ocurrido una desgracia —explicó una vez recuperado—. Algo grave. Me han robado algunos papeles muy importantes. Ni quiera me molesté en comprobarlo,

porque estaba convencido de que nadie podría encontrarlos. Había colocado los listones del suelo perfectamente. Ignoro cómo han hecho para descubrirlos, pero es así.

—¿Estaban debajo del suelo? —pregunté

—Exacto. Ni el propio Buvat sabía que se encontraban allí —dijo Melani para descartar inmediatamente la sospecha de una traición

En el breve silencio que siguió, Atto debió de intuir la pregunta que nos rondaba en la cabeza a Buvat y a mí. Puesto que era evidente que tendríamos que ayudarlo a hallar los papeles desaparecidos, necesitábamos una descripción, aunque fuera sumaria, de su contenido.

—Es un informe reservado que escribí para Su Majestad Cristianísima —dijo al fin.

—¿Y de qué trata?

—Del próximo cónclave. Y del próximo Papa.

El problema, explicó, era doble. Ante todo, había prometido a su Majestad el rey de Francia entregarle el informe lo antes posible. Pero la del abate Melani era la única copia, y ni meses de trabajo (ni un esfuerzo de memoria sobrehumano) le habrían bastado para escribirlo de nuevo. Así pues, corría el riesgo de hacer un tremendo papelón con Su Majestad. Pero eso era lo de menos.

El informe revelaba circunstancias secretas sobre la elección de los últimos Pontífices y pronósticos sobre el inminente cónclave, y estaba firmado por Atto. Aunque no hubiera llevado su firma, resultaba fácil adscribírselo por determinados datos recogidos en el texto. El documento se encontraba en ese momento en manos desconocidas y probablemente hostiles, que podían acusarlo de espionaje a favor de Francia o, peor aún, de querer difundir el informe, lo que le acarrearía ser imputado por difamación en medio público.

—… Delito que, como sabrás, en Roma se castiga con penas durísimas —concluyó.

—¿Qué hacemos? —preguntó Buvat no menos preocupado que su amo.

—Ya que no podemos denunciar el robo al alguacil, hemos de conformarnos con la ayuda de Sfasciamonti. Después de que os hayáis acicalado un poco, iréis a buscarlo, Buvat. No, mejor id enseguida.

Una vez solos, Atto y yo estuvimos un buen rato de rodillas recogiendo las hojas dispersas por el suelo. El abate Melani no decía nada. Yo entretanto, empezaba a abrigar una sospecha sobre el objeto del robo. Opté por hablar dando un rodeo.

—Don Atto —dije—, el escondite que habíais elegido era excelente ¿Cómo habrán podido descubrirlo los ladrones? Además, no forzaron la puerta. Alguien tenía una copia de la llave. ¿Cómo es posible?

—Voto a bríos, de veras que no lo sé, es un misterio. Ahora tendremos que

confiar en la ayuda de ese esbirro, que volverá a atormentarme con su historia de los cerretanos, o como demonios se llamen esos mendigos, si es que alguna vez han existido.

—¿Cómo vais a describirle vuestro manuscrito? Tampoco a él podrá decirle exactamente qué contiene, ya que no se puede confiar en nadie.

Guardó silencio y me miró fijamente a los ojos. Intuyó mis sospechas y comprendió que no podía postergar más las explicaciones. Hizo una mueca de disgusto y suspiró. Se aprestaba a decirme, de muy mala algo que yo ignoraba.

En el pasillo ya resonaban los pasos de Buvat, junto con los de Sfasciamonti, mucho más sonoros. No sé si la casualidad o un medido cálculo hizo que Atto hablara justo cuando el esbirro abría la puerta, es decir, en el último instante que nos quedaba, porque después yo ya no podría decirle nada con libertad ni, por tanto, acosarlo con preguntas a las que no quería responderme.

—El manuscrito acababa de ser encuadernado. Era el librito que hizo Haver.

Aunque parecía un poco adormilado, Sfasciamonti escuchó con atención el relato de lo sucedido. Inspeccionó el escondite en las tablillas del suelo y echó un vistazo a los aposentos de Atto. Acto seguido preguntó con discreción por la naturaleza del documento robado y se conformó con la sumaria explicación que le dio el abate.

—Es un escrito de política, pero para mí es sumamente importante y útil.

—Me hago cargo. El que había encuadernado Haver, supongo.

El abate no pudo negarlo.

—Se trata de una coincidencia —dijo.

—Naturalmente —convino Sfasciamonti, impasible.

Por último el esbirro preguntó si Melani tenía la intención de denunciar el robo al alguacil o al gobernador de Roma. La víctima del hurto era una persona de relieve, podía pegarse por toda la ciudad un bando de busca y captura ofreciendo una recompensa por el botín y los ladrones.

—¡Acabáramos! —exclamó Atto—. Las recompensas no sirven para nada. Cuando me robaron unos anillos de oro y un diamante en forma de corazón en el convento de las capuchinas en Monte Cavallo, el gobernador ofreció una recompensa enorme por los culpables: resultado: nada de nada.

—No puedo dejar de daros la razón, señor abate —dijo Sfasciamonti—. Si no he entendido mal, además de los documentos solo os han robado el catalejo y el escapulario del Carmelo.

—Exacto.

—Aún no me habéis dicho qué clase de sagrada guardabais en el escapulario. ¿Una espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Una astilla de la Cruz? En estos días menudean. En estos días menudean, pero siempre son tentadoras. Ya

sabéis, con el jubileo…

—No —respondió lacónico Melani, que de ningún modo quería que me enterase de que había guardado celosamente mis perlitas junto al corazón durante todos esos años.

—Un trozo de vestidura, entonces, o un diente…

—Tres perlas —le interrumpió Atto, rindiéndose al fin y mirándome de reojo—, del tipo de las margaritas venecianas.

—Una reliquia singular —observó Sfasciamonti.

—Proceden de las vestiduras luminosas que la Virgen llevaba el día de su aparición en el monte Carmelo —explicó Atto con el aire más natural del mundo, sin que el pasmado esbirro se percatase de su ironía—. ¿Os basta con eso?

—Sin duda —contestó Sfasciamonti, recuperado ya del asombro—. Veamos… sí, para empezar buscaremos el catalejo.

—¿El catalejo? ¡Eso me tiene sin cuidado! —protestó Atto.

—A vos, pero a otro podría parecerle un objeto interesante que revender a buen precio. Además, no pasa fácilmente inadvertido. La reliquia y vuestro documento político, en cambio, son más difíciles de identificar. El pequeño tratado no es más que un montón de papeles para quien no conozca su contenido. Podría estar en manos de alguien que… en definitiva, que no sea como vos.

—¿Qué queréis decir?

—¿En qué idioma está escrito vuestro documento?

—En francés —respondió Atto tras una leve vacilación.

—Puede haberlo robado alguien que no sepa leer ni en italiano, no digamos en francés. Por consiguiente, no tiene la más remota idea de lo que posee.

—En tal caso no habría buscado mi documento ahí debajo —dijo Atto señalando el punto en que había retirado las tablillas del suelo.

—Eso depende. Quizá encontró el escondite por casualidad y el cuidado con que lo habíais guardado despertó su curiosidad. Pero de nada vale hacer suposiciones. Lo que hay que hacer primero es encontrar el objeto.

—¿Y de qué forma?

—¿Sabéis que hace un buen abogado cuando se arresta a una banda de criminales? —preguntó Sfasciamonti.

—Decídmelo vos

—Deja en manos de su ayudante la defensa del jefe y él se encarga de la de un bandido del montón. Así el juez no consigue averiguar quien es el pez gordo. Nosotros actuaremos igual: fingiremos que queremos encontrar el catalejo, pero buscaremos vuestro documento político.

—¿Y cómo lo buscaremos?

—Ante todo hemos de dirigirnos a los que revenden objetos robados. Conozco un

par, de los mejores. Si han visto alguna de vuestras cosas, quizá me echen una mano. Pero no es seguro. Habrá que negociar.

—¿Negociar? Mientras se trate de desembolsar algo de dinero, sea, puedo pagar el favor, pero, Dios santo, no puedo dejarme ver por ahí con gente de mala fama. Aquí hay cardenales, yo tengo relaciones que …

—Como queráis —zanjó Sfasciamonti con tono educado pero firme—. Me encargaré yo mismo. Tú, chico, podrías acompañarme. A los ladrones no les gusta conservar mucho tiempo lo robado; quema. Hay que empezar pronto.

—¿Cuándo?

—Ahora

Fue así como empecé a conocer mejor la naturaleza triple, y en verdad muy singular de Sfasciamonti. Sus imprecaciones habituales —todo un repertorio de armas y artilugios bélicos— hacían que pareciera un bravucón cualquiera, jactancioso y fanfarrón, como su nombre indicaba[7]. En cambio, cuando se hablaba de cerretanos, su fatuidad desaparecía, se convertía en febril aprensión, y el esbirro alto y gordo se dejaba intimidar por el primer vejete que pasaba, como le ocurriera la vez, que nos detuvimos en la piazza Fiammetta. Por último, cuando había que afrontar no la amenaza indefinida de los cerretanos, sino un hecho delictivo concreto y determinado, se convertía en un esbirro excelente: de pocas palabras, tenaz y flemático. Así se había ocurrido en las indagaciones sobre la agresión sufrida por Haver, y su conducta fue igual de equilibrada y atenta cuando se trató del robo de los documentos de Atto. Supo abstenerse de pedir pormenores del escrito y sobre todo dio por buena la versión del abate sobre una circunstancia absolutamente increíble: que no había ninguna relación entre la muerte de Haver y el robo recién perpetrado. Era evidente que no podía ser así. Sin embargo, el esbirro (trocado en una especie de policía privado por la misión que le había encomendado el cardenal Spada) había insinuado que lo que a él le interesaba de los hechos era cómo encauzarlos en beneficio de quien lo contrataba.

Aún era imposible establecer cuál de las tres naturalezas (la jactanciosa, la medrosa o la reflexiva) se correspondía mejor con el auténtico temperamento de Sfasciamonti, pero me imaginaba que ese momento llegaría tarde o temprano.

Por ahora ofrecía a Atto su discreción y su ayuda, y además de noche. El abate sabía que todo ello tenía, al igual que mi silencio, un precio adecuado.

Así pues, Sfasciamonti y yo nos pusimos en marcha a toda prisa, casi sin despedirnos de Atto y su secretario. Como no podría acudir a mi cita con Cloridia, pedí a Buvat que la avisara. Rogué que no se preocupara demasiado y de mala gana tuve que dejar

para después el momento en que ella me daría las noticias que habían recogido sus mujeres.

Salimos de la villa a hurtadillas, bajo el manto estrellado de la noche, que me pareció, a aquella hora ya tardía y con el alma sobrecogida por tan tenebrosos acontecimientos (asesinatos, robos), ya no acogedor, sino amenazador sobre nuestras indefensas cabezas.

El esbirro había hecho que uno de sus sicarios ensillara dos caballos, en el más pequeño de los cuales me ayudó a montar (nunca he sido un gran jinete).

Tomamos sin demora el camino hacia el centro de la ciudad. Yo seguía a Sfasciamonti hacia un destino desconocido. Lo cierto es que la velocidad de su cabalgadura, habida cuenta de la corpulencia del jinete, no superaba mucho la de la mía.

Bajamos hacia la puerta San Pancrazio dejando a nuestra izquierda la vista grandiosa de la urbe, de la que, bajo la tenue claridad lunar, apenas se distinguían los perfiles de los tejados, los campanarios y las cúpulas. Era corno si la escasa iluminación de ventanas, sotabancos y claraboyas resaltase como fuera de lugar, del revés, una basílica, un palacio en una especie de caprichoso juego del escondite entre mi mirada y la visión que guardaba mi memoria de aquel maravilloso panorama en las horas diurnas.

Doblamos a la izquierda hacia la piazza delle Fornaci y dejamos a nuestra derecha la puerta Settignano, para avanzar decididamente hacia el puente Sisto. Pasados las casas y los cuartos de alquiler, la vista volvía a abrirse al lecho del Tíber, que cerca de las orillas mostraba su curso rubio y fangoso, y en el centro, su glauca y generosa proliferación de peces.

Al fin aminoramos la marcha. Tras cruzar la piazza della Trinitá dei Pellegrini habíamos llegado a los aledaños de la piazza San Carlo. La oscuridad y el silencio reinaban por doquier, únicamente rotos por los destellos que los cascos de los caballos hacían brotar del empedrado y por el ruido de pasos que resonaban en las callejuelas. Desde muy pocas ventanas se insinuaban en el aire inmóvil tenues luces de velas, que quizá alumbraban la última faena del día (remendar, amamantar, consolar…) de una joven madre de familia.

Detrás de uno de esos ventanucos que daban modestamente a la calle, se encontraba nuestro objetivo.

—Hemos llegado —anunció Sfasciamonti desmontando del caballo y señalando una puerta pequeña—. Recuerda, tú nunca has estado aquí. Nuestro hombre está de incógnito. Nadie sabe que duerme en esta casa. El propio párroco hace la vista gorda cuando viene para la visita pascual; acepta un par de escudos y, a cambio, los registros de la parroquia quedan limpios.

—¿A quién venimos a visitar? —pregunté apeándome a mi vez.

—Bueno, visitar no es la palabra apropiada. Las visitas se anuncian o se esperan, y nosotros vamos a darle una sorpresa, por todas las espingardas de Asia, ja, ja —rió.

Se situó delante de la puerta, con los pulgares metidos en el cinturón y sacando curiosamente la barriga, al tiempo que espiraba rítmicamente como si se preparara para desfondar la puerta con las entrañas. Llamó. Pasaron algunos instantes. Se oyó el ruido de un cerrojo. Los goznes se movieron.

—¿Quién es? —dijo una voz preñada de recelo, que yo no habría sabido decir si era de hombre o de mujer.

—Abre, soy Sfasciamonti.

Ante nosotros apareció no una tierna madre de familia, sino una vieja gibosa y contrahecha, que, como me explicaría a continuación el esbirro, tenía como inquilino a nuestro hombre. La mujer ni siquiera intentó protestar por la hora avanzada; como parecía conocer a mi acompañante, debía de saber que no admitía discusiones. Sólo esbozó una débil queja cuando vio que nos encaminábamos hacia la escalera que llevaba al cuarto de arriba.

—Pero está durmiendo…

—Justamente —repuso Sfasciamonti, y quitándole la vela de la mano para alumbrar nuestro camino dejó a la pobre mujer en la oscuridad.

Después de dos tramos llegamos a un rellano y a una puerta cerrada. La vela, que el esbirro me había confiado, iluminaba de forma siniestra nuestros rostros.

Llamamos. Nada.

—No duerme. De lo contrario, habría respondido. Está siempre con un ojo abierto —susurró mi compañero—. Soy Sfasciamonti, ¡abre!

Esperamos un instante. Una llave giró en la cerradura. Se abrió una rendija.

—¿Qué pasa?

El esbirro tenía razón. El inquilino de la habitación, cuya nariz asomaba por el resquicio de la puerta, estaba vestido y levantado. La luz de una vela brillaba en la estancia. Aunque era muy débil, me permitió distinguir los rasgos del hombre: una enorme nariz de rata, larga e hinchada, y dos ojitos negros coronados por largas y espesas cejas color azabache; más abajo, una boquita torcida y babosa enmarcaba torpemente una hilera indisciplinada de dientes de conejo amarillentos.

—Déjanos entrar, Maltés.

El hombrecillo que respondía al curioso nombre (debido a que procedía de la isla de Malta) se sentó en una silla, sin invitarnos a tomar asiento, cosa que de todos modos hicimos, a falta de algo mejor, en su cama. Encendió una tercera vela, que dio al cuarto una claridad menos cavernosa. Eché un vistazo rápido. La pequeña habitación era un auténtico cuchitril, sin más muebles que la cama en que estábamos sentados, la silla de nuestro anfitrión, una mesilla, un armario, un arcón, unas viejas cajas de madera y un montón de papeles medio abandonados en un rincón.

El Maltés parecía muy nervioso. Encorvado, con la mirada huidiza, jugueteaba con un botón de la camisa, a todas luces asustado por la visita y ansioso de que nos marchásemos cuanto antes. Por la conversación que mantuvo con Sfasciamonti deduje que existía entre ambos una antigua relación, en la que siempre desempeñaban el mismo papel: uno daba los palos y el otro los recibía.

—Estamos ayudando a una persona de relieve, un abate francés. Le han robado algunas cosas que tiene en mucho aprecio. Es huésped de la villa Spada. ¿Sabes algo del asunto?

—¿Te refieres a la villa Spada de la puerta San Pancrazio? Es la de la familia Spada.

—No te hagas el tonto. Te he preguntado si sabes algo del robo.

El Maltés me escrutó antes de lanzar una mirada interrogativa a mi acompañante.

—Es un amigo —lo tranquilizó Sfasciamonti—. Haz como si no estuviera.

El Maltés calló. Luego negó con la cabeza.

—No sé nada.

—Le han robado un objeto que quiere recuperar como sea. Un catalejo.

—No sé nada y no he visto a nadie. Hoy he estado aquí todo el día.

—La persona ofendida, el abate francés, está dispuesta a pagar para recuperar lo que le pertenece. Repito, le tiene mucho aprecio.

—Lo siento, si supiera algo te lo diría. No he oído nada.

Estábamos decepcionados, pero no insistimos. La cara asustada y ratonil de nuestro interlocutor traslucía algo semejante a la sinceridad. Nos levantamos.

—Entonces, será mejor que pregunte a monseñor Pallavicini —añadió Sfasciamonti con indiferencia—. Le pediré audiencia. Por lo demás, hace poco estuvo cenando en la villa Spada.

La mención del gobernador de Roma surtió el efecto deseado. Estábamos a punto de salir cuando la pregunta del Maltés nos detuvo en el umbral.

—Sfasciamonti, ¿qué es un catalejo?

Nuestro anfitrión ignoraba, pues, qué era un catalejo, y tuvimos que explicarle que se trataba de un artilugio óptico tubular, provisto de lentes, con el que podían verse de cerca las cosas lejanas. La descripción de Sfasciamonti era bastante tosca, y en verdad algo vaga, así que hube de echarle una mano. Al cabo, el Maltés dio una respuesta: conocía a alguien que podía saber algo.

—Es uno que sólo compra objetos extraños, difíciles de vender: antigüedades, instrumentos diversos. Y parece que tiene una gran pasión por las reliquias. Ahora, con el jubileo, se ha enriquecido mucho; he oído decir que hace excelentes negocios. Tiene compinches que actúan en su nombre, pero a él no se le ve nunca. No se sabe por qué, quizá no viva en la ciudad. Yo nunca he tenido relación con él. Lo llaman el Tudesco.

La mueca que se le escapó a Sfasciamonti delató su inquietud.

—Sé que últimamente ha comprado algo parecido al catalejo que buscáis —continuó el Maltés—, un artilugio con lentes que se pueden mover, para ver las cosas más grandes, o más pequeñas, no lo sé muy bien.

Sfasciamonti asintió; ésa era la pista que necesitábamos.

—No recuerdo quién me lo dijo —concluyó el otro—, pero creo que sé quién lo ha comprado en su nombre. Lo llaman el Llaverista.

—Lo conozco —dijo Sfasciamonti.

Cinco minutos después, estábamos en la calle, donde nos aprestamos a emprender la búsqueda de los misteriosos personajes mencionados por el receptador. Sfasciamonti farfullaba anatemas contra su informador.

—«No sé nada, no sé nada…» ¡Cómo que no! Cuando oyó el nombre del gobernador, le tembló la contera y preguntó qué es un catalejo.

—Pero ¿de verdad no lo sabía?

—Los tipos como el Maltés son gentuza. Compran por dos monedas el producto de los robos y lo revenden a otros. Es todo lo que saben hacer. Son bestias. Su único mérito consiste en correr el riesgo de ser los primeros en comprar. Por eso suele creerse que son los que encargan los robos, pero eso es un error. Lo cierto es que quienes les compran saben valorar mejor las cosas. El Llaverista es de esa especie; es muy conocido entre los hampones. Es un homicida y un ladrón.

Me había impresionado la cara que había puesto el esbirro al mencionar el Maltés al hombre que estaba detrás del Llaverista.

—¿Y el Tudesco? ¿Habéis oído hablar de él?

—Por supuesto. Desde hace mucho se habla de él —respondió Sfasciamonti—. Y ahora, con el jubileo…

—¿Y qué se cuenta?

—No se sabe siquiera si existe. Dicen que está muy unido a los cerretanos. Otros dicen que lo hemos inventado los esbirros, para echarle la culpa cuando no conseguimos encontrar al autor de un robo de objetos de valor o de un timo a los peregrinos.

—¿Y es verdad?

—¡Cómo se te ocurre! —dijo enfadado—. Yo creo que el Tudesco existe, como sé que existen los cerretanos. Sólo que nadie está interesado en encontrarlo.

—¿Por qué?

—Puede que haya hecho algún favor a personas importantes. Así es Roma. No debe estar ni demasiado limpia ni demasiado sucia. Los esbirros y el gobernador han de poder jactarse de que la limpian, si no, ¿para qué servimos? Pero también es necesario que haya suciedad, y mucha; si no, ¿para qué estamos? —dijo con una risa

socarrona—. Además, ya has visto cómo se las arregla el Maltés. Si una persona influyente sufre un robo, él está dispuesto a ayudar. A cambio, el gobernador lo deja en paz, aunque sabe perfectamente dónde mora y puede arrestarlo en cualquier momento.

Al retrato que me había hecho de Sfasciamonti debía añadir ahora un nuevo rasgo. El esbirro, en efecto, no se andaba con rodeos (como luego volvería a demostrarme) a la hora de describir la mala o inadecua da conducta de sus colegas y del gobernador. Algunos podían pensar que era un mal defensor del orden, incapaz de fidelidad y de apego a las instituciones seculares de la Santa Madre Iglesia, pero yo no era de ese parecer. Que Sfasciamonti viera el mal allí donde anidaba, y lo declarara —aunque confidencialmente, como hacía conmigo—, era una prueba de su carácter franco y sencillo. Por lo demás, no le faltaba la rudeza de espíritu necesaria para operaciones como la que estábamos llevando a cabo. Desde el principio me había revelado que quería investigar a los cerretanos, pero que no había obtenido el apoyo del gobernador ni de los otros esbirros. Por otra parte, me parecía indispensable para su trabajo que estuviese de algún modo en connivencia con reconocidos criminales como el Maltés, o quizá como el Llaverista, cuya búsqueda emprendíamos. Lo esencial, me decía, era que fuese honrado en el fondo de su corazón. Sólo mucho más tarde descubriría que estas reflexiones eran muy acertadas y, al mismo tiempo, completamente erradas.

En el camino advertí que Sfasciamonti, que había entrado con tanta osadía en la guarida del receptador, comenzaba a mirar alrededor con cierta frecuencia. Llegamos a la piazza Montanara y doblamos a la derecha por una callejuela.

—Es aquí.

Era una casita de dos plantas, cuyos ocupantes parecían entregados al reposo nocturno. Nos acercamos a la entrada y seguimos las instrucciones del Maltés: llamamos tres veces con fuerza, otras tantas suavemente, esperamos y luego volvimos a llamar con fuerza.

Cuando ya parecía que nadie acudiría a abrirnos, oímos una voz sofocada al otro lado de la puerta.

—¿Sí?

—Buscamos al Llaverista.

Nos hicieron esperar fuera, sin decirnos si el hombre al que buscábamos estaba allí o si alguien iba a interesarse por nosotros.

—¿Quién lo busca a estas horas de la noche? —preguntó al fin otra voz.

—Amigos.

—Hablad, pues.

Nuestro hombre debía de encontrarse al otro lado de la puerta, y no parecía que

tuviera ninguna gana de abrir.

—Esta noche han robado un catalejo en la villa Spada, en el Janículo. Su dueño es alguien muy estimado por nosotros y está dispuesto a pagar por recuperar lo que le pertenece.

—¿Qué es un catalejo?

Repetimos brevemente la explicación que habíamos dado al Maltés: las lentes que permiten ver las cosas más pequeñas o más grandes, el artilugio metálico, *et cetera*. Siguió un instante de espera.

—¿Cuánto paga el dueño? —inquirió la voz.

—Lo que haga falta.

—Tengo que preguntarle a un amigo. Volved mañana después de vísperas.

—Está bien —repuso el esbirro después de vacilar un instante—, volveremos mañana.

Nos alejamos unas pocas anas, tras lo cual Sfasciamonti me señaló la primera bocacalle, por la que doblamos para apostarnos a vigilar desde allí la casa del Llaverista.

—Nos está dando largas. Ha dicho que volviéramos mañana. ¿Cree que soy tonto? A esa hora los objetos robados estarán a mil leguas de aquí.

—¿Esperamos a que salga? —pregunté no sin temor, pensando en los homicidios que había cometido el Llaverista.

—Exacto. Veamos adónde va. Sospechará que la mercancía quema y que más vale deshacerse de ella lo antes posible. Yo en su lugar no me movería de casa. Pero es otro fugitivo como el Maltés y estará bastante nervioso.

La previsión de Sfasciamonti se confirmó. Al cabo de diez minutos una figura vacilante se asomó por la puerta del Llaverista, miró en rededor y salió a la calle. Aunque la luz de la luna era demasiado exigua para discernir con seguridad, parecía que el sujeto llevaba un paquete bajo el brazo.

Lo seguimos a prudente distancia intentando, con cuidado religioso, no hacer el menor ruido. Ambos sabíamos que nuestra presa debía de estar provista de un cuchillo. Mejor perderlo a él que a nuestra alma, pensé.

Tomó primero el camino del campo di Fiore, por lo que creímos que se dirigía a la guarida del Maltés, pues se encontraba más o menos en esa dirección. Sin embargo, luego siguió por la piazza de Pollaioli, y a continuación, por la piazza Pasquino.

El Llaverista, que había tenido la suerte de no topar con rondas nocturnas, entró al fin en la piazza Navona. En ese preciso instante, un inoportuno nubarrón cubrió lo que quedaba de luna.

A pesar de que apenas había luz, nos detuvimos cautelosamente detrás de la esquina del palacio Pamphili, a la entrada de la plaza. Exploramos con la mirada la

gran explanada, partida en tres por la gran fuente central del caballero Bernini y por otras dos en cada extremo. La plaza parecía vacía. Miramos mejor. Nada, lo habíamos perdido.

—Malditos sean todos los guardapapos —imprecó Sfasciamonti. Fue entonces cuando oímos unos pasos que corrían veloces delante de nosotros. Alguien huía a la carrera, hacia nuestra derecha. El Llaverista debía de haber advertido nuestra presencia y se daba a la fuga.

—¡La fuente, estaba detrás de la fuente! —exclamó Sfasciamonti refiriéndose al más cercano de los dos conjuntos de estatuas acuáticas que adornan los extremos de la piazza Navona.

Ni siquiera hoy sabría decir qué oculta virtud del alma (o qué debilidad o falsa audacia) me impulsó a imitar a Sfasciamonti, que se lanzó en pos del fugitivo.

Durante un buen rato me mantuve detrás de la descomunal mole del esbirro, quien, no obstante su denuedo, perdía terreno sobre el perseguido.

Todo seguía en la más honda oscuridad, pero nos ayudaba el ruido de los pasos del Llaverista, que resonaban en el empedrado, secos y nítidos como latigazos. Vi a lo lejos la embajada de Francia, fácil de reconocer por las antorchas que iluminaban sus ventanas. Estábamos a punto, pues, de entrar en campo di Fiore.

—A la izquierda, ha ido hacia la izquierda —me indicó Sfasciamonti, con la voz rota por la fatiga.

En cuanto torcí a la izquierda, vi con sorpresa que la persecución estaba a punto de tocar a su fin. El fugitivo, que había sabido administrar bien su ventaja, aumentándola incluso un poco, se había caído.

Sin embargo, cuando Sfasciamonti se echó encima de él, el sujeto se recuperó: con un hábil salto, rodó hacia un lado, de modo que el esbirro agarró sólo aire y cayó también al suelo. El fugitivo, aunque extenuado, corrió nuevamente en dirección al teatro de Pompeyo. Yo ya había llegado al lugar, pero me distrajo un hecho inesperado: nuestro hombre había dejado en el suelo un envoltorio. Me hallaba entonces a la misma distancia del objeto y de quien lo había abandonado. Con el rabillo del ojo vi que Sfasciamonti se levantaba cojeando ligeramente.

—¡Sigue tú! —me incitó, mientras volvía a ponerse en marcha.

Fue una enorme necedad acatar esa orden, dada y recibida cuando nuestra extrema agitación nos impedía discernir las consecuencias de nuestros actos. Así pues, no interrumpí mi carrera ni cuando vi que el individuo vacilaba entre derecha e izquierda y al fin, del todo inesperadamente, entraba en un portal, que seguramente sabía que estaba abierto. Me persigné mentalmente y, tras franquear a mi vez el portal, oí los pasos que se alejaban escaleras arriba y me lancé en su persecución.

La desatinada carrera por las fuliginosas tinieblas de las escaleras, tropezando en los peldaños y apoyándome con las manos en las gélidas paredes de los rellanos para

no perder el equilibrio, sigue pareciéndome hoy una obra maestra de la estulticia, cuyas consecuencias pudieron ser peores de lo que fueron. Muy poco me consolaba oír, mucho más abajo, los pasos de Sfasciamonti, que se acercaba.

No sé, y quizá nunca sepa, si el individuo al que perseguíamos sabía adónde llevaban las escaleras. En cualquier caso, mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que en el último tramo las paredes adquirían un tono azulado, luego gris y, por último, blanquecino. De repente, cuando casi me había olvidado del motivo de mi presencia allí y de lo que me esperaba, los rosados dedos de la Aurora me abrieron dulcemente los ojos y me mostraron, libre del yugo de velas y antorchas, el precioso espectáculo del nuevo día que nace.

Había empujado una puerta entornada al final de las escaleras y ahora me encontraba en una terraza. La cruel claridad matinal me abrazaba por doquier; cuando había dado alcance a Sfasciamonti en campo di Fiori, rayaba el alba, pero, absorto en la persecución, no me había dado cuenta.

Lo que vino a continuación sucedió en un santiamén. Sin aliento, para no desplomarme doblé el tronco hacia delante, con las manos en las rodillas. Oí entonces la voz de Sfasciamonti, que parecía proceder del piso inferior.

—¡Chico, déjalo! No es un catalejo…

Me volví y lo vi. Se había escondido detrás de mí, y ahora lo tenía enfrente. Me cogió por el cuello y, empujándome hacia la pared de la caseta, me sujetó con fuerza. Tenía el cuchillo en mi vientre. De nada valía intentar un movimiento; si lo hacía, me hubiera atravesado.

El sujeto vestía andrajos y hedía. Tenía ojeras y la piel picada de viruelas. Podía tener unos treinta años, muy mal llevados: treinta años de prisión, de hambre, de noches al raso. Era tuerto como un gato callejero.

Quizá gracias a las facultades anormalmente ampliadas por la proximidad de la muerte, leí en su mirada la indecisión: no sabía si matarme enseguida y enfrentarse a mi compañero o escapar de nuevo. Pero ¿por dónde? La terraza no era sino un simple pasillo que bordeaba la caseta que alojaba la caja de la escalera. De sopetón comprendí mi estupidez: lo habíamos forzado a matarme.

—… Es un maldito… ¿Cómo se dice…? —La voz de Sfasciamonti resonó en las escaleras, a pocos pasos de nosotros.

El tipo me miraba con el rabillo del ojo mientras buscaba una vía de escape. Me di cuenta de que no la encontraba.

Dos o tres segundos más, y habría sabido qué se siente con una hoja de cuchillo fría en el hígado. Tuve una idea.

—El Tudesco te matará —conseguí decir, pese a la fuerza con que me tenía acogotado.

Vaciló. Sentí que le temblaba la mano.

Entonces ocurrió. Bajo el peso de elefante de Sfasciamonti, la puerta se abrió con inaudita violencia, como las de los faros —incluso blindadas— que desfonda la potencia del mar tempestuoso. Las tablas se estamparon contra el hombro de mi adversario, que se tambaleó. Con una voltereta, el cuchillo saltó entre nuestros rostros y cayó tintineando al suelo.

—¡Un trabuscopio! —exclamó triunfante Sfasciamonti, que salió a la terraza agitando un artilugio metálico medio envuelto, mientras mi adversario, trastornado por el golpe, se disponía a huir hacia la izquierda.

Sfasciamonti le vio la cara y exclamó con indignación:

—¡Tú no eres el Llaverista!

Nos arrojamos sobre el desconocido, pero yo tropecé con un enorme ladrillo y caí rodando al suelo. Todas mis fuerzas no bastaron para frenar la carrera de mi cuerpo hacia el borde de la terraza. Y terminé en la sima del patio, sufriendo el castigo que merecía por mi alocada conducta de aquella noche.

Caí de espaldas. Antes de precipitarme hacia el choque mortal, diez o quince anas más abajo, tuve tiempo de percibir el mudo estupor que se había pintado en el rostro de Sfasciamonti; en un instante sin tiempo, pensé absurdamente que quizá aquél era el sentimiento (no el dolor o la desesperación) que se apodera de nosotros cuando asistimos a la muerte inminente de otro hombre. Pobre Sfasciamonti, me dije; después de salvarme de morir acuchillado, me veía de nuevo desahuciado.

No obstante la singularidad de aquellos momentos, logré conservar en la memoria un detalle que al esbirro se le escapó. Mientras me precipitaba hacia la muerte, antes de eclipsarme en la sima, el perseguido respondió a la amenaza que acaba de hacerle:

—Tresmientrestes.

Luego no hubo más que cielo, enmarcado por el cuadrilátero del patio, que se cerraba cada vez más rápido sobre mí, una acongojada súplica al Omnipotente por el perdón de mis pecados y, con el corazón y el alma dirigidos a mi Cloridia, la espera del fin.

Tercera Jornada

9 DE JULIO DE 1700

Era un canto purísimo y leve, del que, puesto que ignoraba su procedencia, sólo sé decir que no estaba en sitio alguno y me rodeaba por todas partes.

Hablaba de inocencia, de tímidas novicias de mejillas sonrosadas, de ermitas remotas y soleadas. Era una tierna salmodia, que deleitaba los oídos, mientras saboreaba mi nueva condición.

Finalmente comprendí: se trataba del canto de una hermandad en peregrinación a Roma para el jubileo. Hombres y mujeres que componían una mezcla sublime de voces dulces y robustas, argentinas y estentóreas, masculinas y femeninas; levantados a la salida del sol, modulaban una canción de agradecimiento al Señor, mientras se dirigían a visitar las cuatro basílicas para obtener el perdón de sus pecados.

El rectángulo de cielo azul del que había caído seguía en lo alto, cristalino e inmóvil.

Estaba muerto y vivo al mismo tiempo. Tenía los ojos llenos del azul de aquel rectángulo, pero no veía. El cielo goteaba de mis pupilas como lágrimas de ángeles. Sólo la música, sólo aquel coro de devotos me retenía, como si pudiera mantenerme con vida.

Las últimas impresiones de mis sentidos (la caída, las paredes del patio que me devoran, el aire que presiona contra mi espalda) habían sido barridas por aquella santa melodía.

Otras voces indistintas se entrelazaron y se propagaron en un oculto contrapunto.

Entonces, al cobrar conciencia de estar rodeado de otros seres, rompí la débil cáscara de mi sopor.

Como un nuevo Lucifer caído del Paraíso, advertía que un humo siniestro y caliente me rodeaba los miembros y me hundía en el viscoso vientre de los Infiernos.

—Saquémoslo de allí —dijo una de las voces.

Traté de mover un brazo o una pierna, si aún los tenía. Conseguí levantar un pie. Pero un suceso tan esperanzador se mezcló con una sensación inesperada.

—¡Qué peste! —dijo una voz.

—Levantémoslo entre los dos.

—¡Le debe la vida a la mierda, ja, ja!

No estaba muerto ni me había estrellado contra el duro suelo del patio, y tampoco

me había hundido en los Infiernos; me estaban sacando de un carro de caliente y humeante estiércol.

Como a continuación me explicó Sfasciamonti mientras me quitaba de la espalda algunas boñigas, había terminado mi carrera sobre una colosal montaña de bosta fresca que un campesino había dejado ahí durante la noche con la intención de venderla a la mañana siguiente, como abono, al superintendente de la villa Peretti.

Así pues, por puro milagro no me había partido el cuello. Pero, una vez en el asqueroso cúmulo de excrementos, me había desvanecido y quedado como muerto. Quienes se habían reunido alrededor de mí estaban preocupados; alguno se había hecho la señal de la cruz. Sin embargo, justo cuando pasaba la cofradía de los peregrinos, yo había movido la cabeza y agitado los párpados.

—Es el designio del Señor —comentó un vejete—. La plegaria de la cofradía lo ha resucitado.

Arriba Sfasciamonti, distraído por la caída y alarmado por mi suerte, había dejado escapar a nuestro hombre, que, para no enfrentarse a la amenazadora mole del esbirro, había saltado intrépidamente a un tejado próximo y continuado su huida por las terrazas circundantes. La corpulencia de mi compañero, por cuya causa podía desfondar alguna claraboya, lo indujo a renunciar a darle caza. Cuando bajó, me sacó del carro de estiércol con la ayuda de un hortelano, que había llegado al lugar para colocar su mercancía en el cercano mercado de campo di Fiore, que ya se disponía a abrir.

—Es un maldito enredo —dijo Sfasciamonti, mientras me conducía a la tienda de un ropavejero de las inmediaciones para que me hiciese con ropa limpia—. Esto es lo que llevaba el Llaverista. ¡Y no es un catalejo, pardiez!

Extrajo de un trapo grisáceo el artilugio que le había visto blandir victoriosamente media hora antes, cuando apareció en la terraza, en los indelebles instantes en que un cuchillo me oprimía las entrañas.

El instrumento, sometido a dura prueba por las vicisitudes de la noche, no era ahora más que un montón de chatarra retorcida, en la que apenas se distinguía la forma de un microscopio. Sólo quedaban la base, un cilindro vertical y un perno de unión. Dentro del trapo había además fragmentos de vidrio (que verosímilmente habían pertenecido a las lentes), tres o cuatro tornillos, una ruedecilla dentada y una tira de metal medio abollada.

—Seguramente ha ocurrido lo siguiente —dijo Sfasciamonti entrando en la tienda del ropavejero—. Lo robaron hace poco. Hoy me informaré de si algún esbirro sabe algo. El propio Llaverista dio el golpe, o puede que comprara el botín a otro ladrón. Cuando llamamos a su puerta, tergiversó nuestra explicación confundiendo el catalejo con este trabuscopio.

—Microscopio —corregí.

—Bueno, lo que sea. Entonces salió de casa y fue a la piazza Navona. Buscaba a algún cerretano —afirmó el esbirro. Tras hacer una seña al comerciante, me condujo al patio interior para que me refrescara en una fuente.

—¿Por qué?

—Ya has oído al Maltés. El Llaverista trabaja para el Tudesco, y el Tudesco, como te he dicho, con los cerretanos —respondió indicando con la cabeza hacia la terraza que daba a campo di Fiori—. El trabuscopio estaba destinado al Tudesco. De noche, en la piazza Navona duermen muchos mendigos auténticos, pero también muchos cerretanos. El Llaverista fue a ver a uno de éstos.

—¡El que ha estado a punto de matarme! —exclamé recordando el alarido de Sfasciamonti cuando supo que no se trataba del Llaverista.

—En efecto. Se encontraron detrás de la fuente, pero el cerretano nos oyó y echó a correr. Lo seguimos creyendo que era el Llaverista, a quien conozco bien y que tiene un aspecto muy distinto: es alto, rubio y con la nariz rota. No es tuerto, como me parece que era el mostrenco al que hemos perseguido.

Había arriesgado la vida por nada, pues, pensé mientras me quitaba las ropas sucias y me lavaba someramente. Dónde estaría el catalejo de Atto, no digamos sus papeles. Aunque el abono fuera fresco y blando, pues estaba mezclado con paja, aún tenía los huesos doloridos por la caída.

Una duda me carcomía. El Maltés ignoraba qué era un catalejo, y probablemente también un microscopio, objeto aún más inusitado. Tampoco el Llaverista sabía qué eran y cómo se llamaban los dos aparatos, hasta el punto de confundir uno con otro.

—¿Cómo sabíais que se trataba de un microscopio? —pregunté al esbirro señalando el hatillo donde guardaba los restos del artilugio.

—Qué pregunta. Está escrito.

Abrió el hatillo y me enseñó la base de madera, donde figuraba una plaquita metálica dentro de un gracioso marco.

MACROSCOPIUM HOC

JOHANNES VANDEHARIUS

FECIT

AMSTELODAMII MDCLXXXIII

—«Microscopio que hizo en Amsterdam, en mil seiscientos ochenta y tres, Giovanni Vandeario» —traduje.

Sfasciamonti tenía razón, estaba escrito. Y, aunque toscamente, había sido capaz de comprender esas palabras en latín.

—Alguien tendría que explicarme cómo se dispara con un objeto como este dichoso trabuscopio, que tiene los cañones llenos de vidrio —farfulló para sí, incapaz de resignarse a la idea de que el instrumento no fuera también un arma.

Volvió a entrar en la tienda del ropavejero, de la que salió poco después con un paño, una camisa y un par de pantalones viejos pero limpios para mí.

Mientras me secaba con el paño y me vestía, aún desconcertado por la irrefrenable sucesión de los acontecimientos, así como por las pruebas físicas que había tenido que soportar, me acordé de contar a mi compañero cómo había intentado sacar de quicio al cerretano advirtiéndole que el Tudesco le daría muerte, y la extraña respuesta que había oído como por milagro cuando caía desde la terraza. El esbirro puso los ojos en blanco.

—«El Tudesco te matará…» ¡Has perdido el seso!

—¿Por qué? Sólo pretendía salvar mi vida.

—Sí, maldición, pero le has dicho a un cómplice del Tudesco que su jefe lo va a eliminar, en fin… ¡El Tudesco es peligroso! Menos mal que, como dices, lo hiciste por salvar tu vida.

—Por eso precisamente me gustaría saber qué me respondió el cerretano. Quizá me amenazara con venir a buscarme.

—¿Qué te dijo exactamente?

—No lo entendí, era una frase sin sentido.

—¿Lo ves? Era un cerretano. Te habló en jacarandana.

—¿En qué?

—En jacarandana.

—¿Qué es? ¿Su jerga?

—Oh, mucho más que eso. Es una verdadera lengua. Sólo la conocen los cerretanos, es invención suya. Les permite hablar delante de los extraños sin que les entiendan, pero la usan también los ladrones y los pordioseros de todo tipo.

—Entiendo. Sé que los malhechores, para advertir que llega la policía, dicen «Viene la Virgen» o «Llueve».

—Sí, pero ésas son cosas que sabe todo el mundo, como que «dátil» quiere decir azote, que «pines» son dineros o que «delito de cordel» significa tormento. Pero hay otras más difíciles. ¿Qué te dice la frase «El jorobado no tiene espiga del primero de mayo»?

—Absolutamente nada.

—Claro, porque ignoras que en su jerga «jorobado» significa yo; «espiga», miedo, y «primero de mayo», Dios.

—O sea, «Yo no temo a Dios» —dije asombrado por la oscuridad de aquella

breve proposición, que parecía tan adecuada a un cerretano.

—No es más que un ejemplo. Yo lo conozco gracias a que los esbirros acabamos aprendiendo algo. Pero siempre es poco. El cerretano te dijo una palabra incomprensible, ¿verdad?

—Si no recuerdo mal, algo así como tresmientitis, tresmientetis o tresmientrestes.

—Debe de ser otra clase de jacarandana. No me suena de nada, nunca la había oído. Los muy miserables emplean a veces palabras corrientes, que embarullan, jerigonzan, retuercen, con un método secreto que muy pocos conocen —afirmó, al tiempo que entrelazaba, atormentaba y doblaba unos dedos con otros para explicarse mejor—, y no se entiende ni jota.

—Entonces, ¿cómo diantres vamos a saber qué me dijo el cerretano? No tenemos forma de continuar las pesquisas para encontrar los papeles del abate Melani —dije sin disimular mi decepción.

—Es menester tener paciencia. Además, no es como dices. Ahora al menos sabemos que alguien recoge estos extraños instrumentos con los que se ve grande y pequeño, trabuscopios, catalejos *et cetera*, y que también es un apasionado de las reliquias. Podemos buscar al Llaverista, pero ya habrá cambiado de paradero. Es un tipo peligroso, así que más vale alejarse de él. El rastro que tenemos que seguir es el de los cerretanos.

—¡No me parece menos peligroso!

—Es verdad, pero nos llevará directamente al Tudesco.

—¿Creéis que él robó los papeles del abate Melani?

—Creo en los hechos. Es la única pista que tenemos.

—¿Tenéis idea de cómo continuar?

—Desde luego, pero habrá que esperar a mañana por la noche. Hay cosas que no se pueden hacer de día.

Llegamos al sitio donde habíamos dejado los caballos. Nos separamos; también esta vez, Sfasciamonti debía hacer unos recados para su madre. Como me hallaba aún bajo los efectos de la desagradable aventura, el esbirro estimó más seguro que regresara a la villa Spada a pie; él se ocuparía de devolver ambas cabalgaduras.

Todavía maloliente y debilitado, pero al menos presentable, me encaminé hacia la puerta San Pancrazio. A aquella hora temprana la ciudad ya estaba repleta de peregrinos, vendedores ambulantes, mozos, criadas, sablistas, holgazanes y comerciantes. En todas las callejuelas sonaban cantos de lavanderas, gritos de niños, ladridos de perros vagabundos, además de las imprecaciones de los cocheros cuando algún tambaleante carrito de quesos cortaba el camino a su carruaje. En los mercados de barrio, gran teatro en que la ciudad de Pedro renueva cada día sus ritos, el festivo caos de la mañana se convertía en espectáculo: el hábito negro y revoloteante de un

protonotario apostólico hacía de telón al verde de los cogollos de lechuga, el manto negruzco de un clérigo trataba de desplazar del centro de la escena al naranja de las zanahorias frescas, los ojos perplejos de los lenguados escrutaban desde los puestos de pescado la eterna comedia humana.

Estaba en los alrededores de la via Giulia, inmerso en esa mezcolanza de gente, mercancías y vehículos, cuando topé con una aglomeración aún más nutrida. Procuré abrirme paso, con la intención de salir de ahí. Pronto, sin embargo, tuve que detenerme y acabé estirando el cuello para ver de qué se trataba. En el centro del corro había un tipejo de aviesa catadura, con el pelo recogido en una larga coleta y el torso desnudo. Sobre el pecho tenía una gran marca azulada en forma de áspid. Mas era en el cuello donde se le agitaba, viscosa y desleal, una auténtica serpiente. El público observaba sus evoluciones fascinado y asustado. El joven empezó a farfullar una especie de nana; la culebra se retorcía rítmicamente siguiendo la entonación y el compás de la cantinela, lo que suscitaba la admiración y el estupor de los espectadores. De vez en cuando el histrión se interrumpía y pronunciaba en voz baja algún arcano vocablo, que tenía el poder de detener las contorsiones del reptil; éste se paraba repentinamente, tenso y rígido, y sólo volvía a la vida cuando se reanudaba la cantinela. De pronto el joven aferró la cabeza del animal y metió un dedo en su boca, que se cerró velozmente; lo mantuvo dentro unos instantes y luego lo retiró. A continuación distribuyó vasitos llenos de un ungüento rojizo que, según explicó, era tierra de serpiente, un antídoto perfectísimo con que derrotar al veneno en caso de mordedura y que no causa el menor sufrimiento. La gente echaba muchos óbolos en el sombrero de paja que el sujeto tenía a sus pies.

Miré con expresión interrogativa a mi vecino, un muchacho que llevaba una gran hogaza de pan.

—Es un sampaulista —dijo.

—¿Un sampaulista?

—Un día, san Pablo concedió la gracia a una familia prometiéndole que todos sus miembros y descendientes nunca tendrían que temer al veneno de las serpientes. Para distinguirse de los demás, los descendientes de esa familia nacen con una marca de serpiente en el cuerpo y se llaman sampaulistas.

Detrás de nosotros, un vejete se entrometió.

—¡Patrañas! —exclamó—. Cogen las serpientes en invierno, cuando tienen poca fuerza y casi nada de veneno. Las purgan y las tienen en ayunas; así se vuelven exangües y obedientes.

Las palabras del vejete se oyeron claramente en el grupo que rodeaba al sampaulista; algunas cabezas se volvieron.

—Conozco sus trucos —continuó el anciano—. Él mismo se ha hecho la marca en forma de serpiente que tiene en el pecho pinchándose en varios puntos con una

aguja delgadísima y luego frotándose en la piel un mejunje de hollín y jugo de hierbas.

Otras cabezas, ajenas al espectáculo, se volvieron hacia el vejete. En ese preciso instante se oyó exclamar:

—¡Mi faltriquera! ¡No la tengo! ¡Me la han cortado!

Una mujer pequeña, que hasta aquel momento había observado como embelesada al sampaulista, despotricaba con desesperación. Alguien le había cortado el cordoncillo que llevaba en bandolera y robado la faltriquera de cuero con todo el dinero para la jornada. Los presentes se transformaron en un magma incontrolable, donde todos se retorcían para cerciorarse de que no les faltaba nada (faltriquera, collar o broche).

—Lo sabía —dijo el vejete con una risa sarcástica—. El amigo del sampaulista se ha salido con la suya.

Me volví hacia el que hasta entonces había captado nuestra atención. Aprovechando la confusión general, el sampaulista (si de verdad merecía ese nombre) había desaparecido.

—En compañía de su cómplice, claro está —añadió el anciano.

Al reanudar mi camino, el humor se me ensombreció. Yo tampoco me había percatado de que la atracción de la serpiente no era más que una manera de engatusar a víctimas ignorantes, a las que un cómplice del sampaulista tenía la misión de hurtar su dinero. Aquellos dos eran unos auténticos virtuosos del robo, pensé; en cuanto la cosa se había puesto fea, se habían desvanecido como nieve bajo el sol. ¿Y si eran cerretanos? Sfasciamonti había dicho que todo cerretano se disfraza de mendigo y que mendigar es el oficio más lucrativo del mundo. ¿Quería decir que todo mendigo es casi con seguridad un cerretano? Si era así, la perspectiva resultaba horripilante: sin saberlo, durante años había dado limosna a un ejército de criminales que tenían a la ciudad en un puño.

Abandoné tales consideraciones, que me parecían todavía demasiado fantasiosas, y volví a pensar en mi caída y en la muerte atroz a que me había expuesto. ¿Qué me había salvado la vida? ¿La plegaria de los peregrinos en procesión o el carro de abono? Sin duda, el estiércol había sido el artífice más inmediato de mi salvación. ¿Era, pues, deudor del azar? Sin embargo, había abierto los ojos justo cuando pasaba la procesión de los peregrinos, ante cuyos cantos me había milagrosamente despertado. El pavor a la caída habría podido matarme, pero no lo hizo. ¿Se había irradiado, pues, sobre mí la gracia en virtud de los inocentes votos de amor y caridad de aquel cortejo de fieles venidos de lejos?

Pero ¿cuán eficaces eran esos votos? En la intención de los fieles, a no dudar eran inocentes y rebosaban de ardor, razoné. Ahora bien, me dije mientras pasaba bajo una

sórdida y cara pensión para peregrinos, que según sabía pertenecía a un cardenal, tras esas plegarias había algo más, quizá no tan inocente y puro: la organización misma del jubileo.

Yo sabía perfectamente (como todo el mundo) que en el año del Señor de 1300 el papa Bonifacio VIII había inaugurado la solemne festividad del año santo con las mejores intenciones. Inspirándose en la noble costumbre de los Pontífices de los tiempos antiguos, que concedían cada cien años a los creyentes el perdón pleno y universal de los pecados, siempre que visitaran la basílica de San Pedro en el Vaticano, el papa Bonifacio VIII instituyó oficialmente el año jubilar propiamente dicho, añadiendo sólo una obligación más a las ya existentes, esto es, la peregrinación a la basílica de San Pablo, que los fieles debían hacer en unos días determinados.

La novedad se difundió a la velocidad del rayo por toda la cristiandad y atravesó el corazón de los fieles de todas partes como si la hubiesen anunciado los propios ángeles del Paraíso con sus trompetas. El éxito fue colosal. En aquel año de 1300, a la Ciudad Santa llegaron infinidad de romeros o peregrinos desde los pastizales de los Apeninos, tras cruzar valles y gargantas, simas y barrancos, cumbres y altiplanicies, ciudades y pueblos, ríos, mares y costas remotas, trayendo consigo, así para las necesidades del viaje como para las de su estancia en Roma, una bolsa bien provista de dinero; cosa que los Papas, y con ellos todos los romanos, juzgaban importante y muy conveniente.

Para realizar el gran viaje, los romeros habían sacrificado a menudo sus bienes más preciosos: los campesinos abandonaban los campos, los comerciantes descuidaban sus negocios, los pastores vendían los rebaños y los pescadores, las barcas. Pero no para pagarse el viaje (porque lo hacían a pie, como todo buen peregrino de fe viva y pura), sino para conseguir en la urbe un camastro que costaba, eso sí, un ojo de la cara. Ni se mentaba la posibilidad de dormir a la intemperie, pues, cuando el desventurado peregrino no era víctima de carteristas y asesinos, los guardias pontificios se encargaban de disuadirlo. Además, ¿por qué dormir en la calle, cuando los mismos Papas habían aprestado estupendos alojamientos para hospedarlos? Empero, aunque las cofradías y los hospicios hacían cuanto podían, las camas escaseaban siempre. En el jubileo de 1650 se contaba que hasta la cuñada del Papa, la poderosísima y denostada doña Olimpia, había comprado pensiones y fondas para beneficiarse con la llegada de los romeros. Pero eran todos los romanos, en verdad, los que disfrutaban de los efectos del santo acontecimiento. Conscientes de su responsabilidad como anfitriones, se habían convertido de la noche a la mañana en posaderos, porque sabían perfectamente que los albergues y los hospicios religiosos no podían acoger el flujo de recién llegados. Cuando los pobres viajeros, extenuados por las fatigas de la travesía, llegaban a la puerta de los habitantes de la Ciudad Santa (como cuenta Buccio di Ranallo), se les recibía con sonrisas angelicales, atenciones e

ilimitada misericordia. No obstante, cuando entraban en las habitaciones, la música cambiaba y los ángeles se transformaban en perros feroces: trataban a los huéspedes con rudeza, hacinaban a diez en una habitación (cuando no cabían más de tres o cuatro), les daban sábanas sucias y almohadas hediondas, una comida asquerosa y cara. Nadie podía dejar de albergar la sospecha de que el súbito aumento de los precios de los alimentos era consecuencia de hábiles fraudes que retenían los víveres lejos de la ciudad. Se atribuía la mala calidad de la comida a carnes y quesos putrefactos, que según algunos (pero esto también era sólo una sospecha) se mezclaban astutamente con los frescos.

Lo cierto es que los romeros creían que dormir al raso, sobre el duro suelo, era un mérito que hacer valer en el momento del perdón de los pecados y se acurrucaban humildemente por las calles de Roma. Pero en plena noche los despertaban con rudeza los esbirros, que primero los apaleaban con saña por haber violado el decoro de la ciudad y las disposiciones de orden público, y luego decían: «¿Sois peregrinos? Pero ¿cómo se os ocurre dormir como mendigos? Hay una posada a dos pasos de aquí.» Así los desdichados se veían obligados a alquilar a precios desorbitados un cuarto en las pensiones de los parientes del Pontífice o de otros prelados.

Ocurrían episodios aún más vergonzosos. En efecto, había peregrinos a los que, nada más llegar extenuados a las puertas de Roma, secuestraban a fuerza de golpes, para llevarlos a trabajar forzados a sus campos, bandas de negreros que no los liberaban, humillados y atontados por las fatigas, sino varios meses después.

Pero la fe, indiferente a estos pasajeros inconvenientes, desde hacía siglos seguía atrayendo a la Ciudad Santa a los gloriosos ejércitos de creyentes, y con ellos grandes sumas de dinero. Entre los ejemplos más antiguos, sabía que en el jubileo de 1350 había habido un millón doscientos mil peregrinos en Cuaresma y en Pascua, y ochocientos mil en Pentecostés; en 1450, la cámara apostólica había recaudado cien mil florines (festejados con la conversión de nada menos que cuarenta judíos y un rabino). Y en 1650, apenas cincuenta años antes del jubileo que ahora se celebraba, habían afluido setecientos mil peregrinos. La fiesta y el botín eran grandes para todos; para los remendones que ponían suelas nuevas a los zapatos de los romeros, para los posaderos que les daban de comer, para los vendedores de agua que apagaban su sed y para todos los comerciantes que tenían algo que ofrecer: rosarios, imágenes sagradas, escabeles, hierbas medicinales, vino, libros de plegarias, pan, ropas, sombreros, reliquias auténticas de santos, plumas y papel, gacetas, guías de Roma.

Según la voluntad de Bonifacio VIII, entre un jubileo y otro debían transcurrir cien años. Este intervalo secular era la señal para todos los pecadores de que del perdón y de la paciencia del Altísimo no puede ni debe abusarse.

Ahora bien, ante el éxito de la iniciativa y sus repercusiones económicas, el

solemne plazo de cien años lo acortó enseguida a la mitad, es decir, a medio siglo, el papa Clemente VI, que convocó la festividad siguiente para 1350 (aunque no acudió a ella, pues a la sazón se encontraba en Aviñón, entonces sede del papado, mientras Roma estaba ensangrentada por las luchas entre familias nobles, agotada por la peste y convulsionada por los tumultos del facineroso plebeyo Cola di Rienzo).

El sucesor de Bonifacio IX redujo el intervalo a cuarenta años y convocó un nuevo jubileo en 1390, y luego otro apenas diez años después, en 1400. Martín V celebró otro en 1423, y Nicolás V hasta dos consecutivos, en 1450 y 1451.

Con mayor orden procedieron los Papas posteriores, que llevaron a veinticinco los años de intervalo entre dos jubileos: Sixto IV en 1475, Alejandro VI en 1500 y Clemente VII en 1525. Sin embargo, inmediatamente después Pablo III y Julio III celebraron tres en un lapso de cuatro años.

El ritmo se aceleró aún más. Pío IV celebró durante su pontificado nada menos que cuatro jubileos (dos de ellos en el mismo año); Clemente VIII, tres, y Pablo V seis casi sin pausa: 1605, 1608, 1609, 1610, 1617 y 1619. Pero esto no es nada en comparación con Urbano VIII, que en veinte años sumó nada menos que doce.

Dado el enorme éxito, los siguientes Papas no quisieron cambiar de rumbo: Inocencio X convocó cinco jubileos en diez años, Alejandro VII otros cinco en nueve años y Clemente IX logró acumular cuatro en dos años.

Por su parte, entre los Pontífices más recientes, si bien es verdad que Alejandro VIII e Inocencio XI se habían limitado a convocar, respectivamente, uno y dos años santos, Clemente X había acumulado tres seguidos (en 1670, 1672 y 1675) y el nuevo Santo Padre, Inocencio XII, no había podido menos que celebrar cuatro en ocho años. No siempre, todo hay que decirlo, las celebraciones extraordinarias atraían a Roma a grandes multitudes de peregrinos. Además, la festividad, que en sus inicios seguía el severo ciclo secular, progresivamente se vinculó a causas más contingentes, para gran asombro de la posteridad y a veces de los propios contemporáneos.

A lo largo del tiempo ciertos jubileos extraordinarios se concibieron sólo para algunas naciones o grupos (Perú, Armenia, India, los maronitas del Líbano, los cristianos del Imperio etíope) que no suscitaban siempre en la comunidad de los fieles, en especial italianos y europeos, sentimientos de fraternidad inmediata, universal y entusiasta.

El Concilio de Trento, la lucha contra las herejías, el rescate de los prisioneros en manos de los musulmanes, la paz entre Francia y España o (con mucha frecuencia) la elección de un nuevo Papa habían constituido otras ocasiones (algunos las llamaban maliciosamente pretextos) que no siempre tenían un carácter de absoluta urgencia y gravedad.

Impresionaba que nada menos que nueve veces se hubiera convocado el año santo a favor de las necesidades de la Iglesia, es decir, de sus arcas, y que precisamente con

tal motivo Urbano VIII (acusado de haber disipado el dinero de la cámara apostólica) había celebrado uno tras otro nada menos que cuatro (en 1628, 1629, 1631 y 1634).

Si bien se habían concedido a los fieles muchos jubileos, con justa razón, contra el peligro musulmán, siempre vivo en Oriente, resultaban menos comprensibles los apremios que en 1560 habían inducido al papa Pío IV a atribuir a las incursiones de un pirata llamado Dragut la apertura del año santo extraordinario.

Sea como fuere, en cuatro siglos exactos, desde el primer jubileo de 1300 hasta el inaugurado por Su Santidad el papa Inocencio XII en 1700, según los planes originales del papa Bonifacio VIII habrían debido celebrarse cinco jubileos. El total, en cambio, había llegado a treinta y nueve.

Entonces, sumido en la angustia y la duda, ya al final de mis reflexiones, me pregunté si tamaña ligereza no acabaría debilitando o anulando incluso ante el Altísimo las plegarias de los creyentes. Mi duda se veía reforzada por la idea de que el jubileo atraía a gente deshonesta y fomentaba muchos tristes acontecimientos (robos, estafas, atracos) como el que acababa de presenciar.

Pero ya era hora de que el sueño me permitiese suspender esos interrogantes. Había llegado a casa. Me prometí que más tarde pediría aclaraciones a don Tibaldutio Lucidi, el capellán de la villa Spada.

Tal como había previsto, Cloridia no estaba. Sin duda se había quedado en la villa Spada para velar el embarazo de la princesa de Forano. Menos mal, pues habría preferido morir a que me sorprendiese en aquel estado pestilente. Lo primero que hice fue llenar la tinaja para el baño, y me sumergí por completo tratando de eliminar el hedor que llevaba encima. Mientras me echaba en la cabeza un cubo tras otro de agua, temblaba más por el recuerdo de los peligros corridos que por la gélida y desagradable ablución. Cuando terminé de secarme, ya se había hecho de día. El astro diurno, que resplandecía hermoso e implacable, despertaba los sentidos e invitaba a los mortales a la acción.

Indiferente a aquel radiante reclamo, me arrastré hasta la cama, agotado, y ya casi en duermevela recé a la Virgen para agradecerle que me hubiera salvado la vida.

Aún tenía las manos unidas cuando vi el billete.

La letra, algo temblorosa pero decidida, no dejaba lugar a dudas sobre su autor:

He estado toda la noche en vela. Espero tu informe.

Dediqué un último y airado pensamiento al abate Melani. Por su culpa había estado a punto de estirar la pata, y para nada. ¿Quería noticias mías? Las tendría a su debido tiempo, no antes.

Dormí más de dos horas, lo que obviamente no me permitió reponer las fuerzas, pero sí al menos caminar, pensar y hablar.

Estaba casi dispuesto a no moverme de casa hasta que alguien viniera a llamarme, desafiando tanto la cólera de don Paschatio como la del abate Melani, cuando de pronto, como un azote en la espalda desnuda, un recuerdo me sacó de mi sopor: ¡era el gran día, el de la boda del sobrino del cardenal Spada!

Cuando llegué a la villa, el aire estaba preñado de jubiloso frenesí. Los peones, los mozos, los lacayos y los pinches no eran los únicos que rondaban atareados por las alamedas, los jardines y el casino. Había además un montón variopinto y jocoso de artistas, que alegrarían las horas posteriores al banquete nupcial: los músicos de la orquesta. Pedí enseguida noticias de Cloridia. Todos los criados a quienes interrogué me respondieron que seguía en los aposentos de la princesa de Forano, de donde no había salido en toda la noche. Bien, pensé, si estaba tan ocupada no había tenido tiempo de preocuparse por mí. Enfilé entonces el camino del bosquete y proseguí hacia la capilla, en cuyo atrio se celebrarían aquella tarde los augustos esponsales entre Clemente Spada, sobrino de Su Eminencia el cardenal Fabrizio, y Maria Pulcheria, sobrina del cardenal Bernardino Rocci.

Los fámulos de la villa Spada se morían de curiosidad por ver a la novia. Nada se sabía de ella, salvo que no era una gran belleza. Sin duda, la decoración podía servir de marco a las bodas de Venus. El atrio y el murete que rodeaba la pequeña iglesia estaban exquisitamente ornados con triunfos de flores frescas, dispuestos en macetas de terracota y cornucopias de mimbre y entremezclados con guirnaldas de flores recién cortadas y cestos guarnecidos con limones, manzanas, tomates del Nuevo Mundo (que la naturaleza ha hecho hermosos, pero desagradables al gusto), espigas de trigo y frutas variadas generosamente esparcidas. Cómodos sillones en las primeras filas y sillas de madera dorada y tallada en las siguientes estaban armoniosamente dispuestos en semicírculo, de suerte que a ningún invitado le estorbara la vista el vecino de la fila anterior.

En un rincón, apoyados contra el muro y cubiertos delicadamente por una tela adamascada, estaban ya preparados los haces de bastones guarnecidos con cintas de colores atadas y con coronas de flores en la punta que nosotros, los sirvientes, emperifollados para la ocasión, deberíamos agitar con festiva exultación al final de la ceremonia. Sobre la pequeña arena con sillas y sillones había además maravillosas bóvedas abiertas de madera y cartón piedra, compuestas por parejas de columnas cuadrangulares con graciosos capiteles, entre los cuales se asomaban alegres arcos redondos revestidos de flores, hiedra y caprichosos manojos de hierbas silvestres.

También el resto del mobiliario nupcial (paramentos de terciopelo sanguíneo, paños de seda dorada, cortinas con las armas familiares de ambos novios) había sido

ultimado y sabiamente dispuesto. Dos criadas estaban terminando de acomodar los cojines de mullida felpa sobre las sillas, y la voz paternal de don Tibaldutio, que daba las últimas instrucciones a los monaguillos, resonaba en la capilla. Recuperé el ánimo; al menos el rito nupcial iba a empezar a su debido tiempo.

Sentí la necesidad de arrodillarme ante el altar y rezar una nueva plegaria de agradecimiento por haber salvado la vida. En el interior de la capilla había una estatua de la Virgen del Carmen, la misma a la que el abate Melani había confiado durante todos esos años mis tres perlitas a modo de exvoto. Esa circunstancia intensificó mi deseo de dirigirme también yo a aquella epifanía de la Santísima Virgen y Madre y de confiarle el destino de todos nosotros para los días venideros. Entré, busqué un rinconcito apartado y me hinqué de hinojos.

No había pasado mucho tiempo cuando don Tibaldutio, al salir de la sacristía, me vio. Se puso a reordenar y dar los últimos toques a los paramentos sin quitarme ojo. Yo sabía por qué lo hacía. Don Tibaldutio era un carmelita simpático y rubicundo, que vivía en un cuartito, detrás de la sacristía, dedicado a casa parroquial. Así, aislado del resto de la villa, muchas veces se sentía solo y aprovechaba mi presencia (cuando iba a la capilla a rezar o me encontraba en sus inmediaciones ocupado con algún trabajo en los jardines o en las pajareras) para cruzar cuatro frases. Su cargo de capellán de los Spada, en la villa de la familia del secretario de Estado, no era irrelevante, y más de un cura habría implorado por obtenerlo. Él, empero, en lugar de aprovecharse de su posición para recibir súplicas y presentarlas a su amo, hacía de pastor de almas y nada más. Y su grey, más que los Spada (siempre ocupados en sus negocios), era la humilde servidumbre de la villa, que permanecía en el casino todo el año y era prácticamente la misma desde hacía muchas Pascuas.

Pues bien, para don Tibaldutio representaba sin duda un gran honor celebrar los esponsales del sobrino y heredero del cardenal Fabrizio, pero no es menos cierto que habría prescindido de hacerlo con el mayor gusto.

Cuando me levanté tras terminar mi recogimiento a los pies de la Virgen del Carmen, don Tibaldutio vino a mi encuentro con su habitual sonrisa abierta y reconfortante. Me puso paternalmente una mano sobre la cabeza, como hacía siempre, y me preguntó por mi Cloridia.

—Haces bien en confiarte a Nuestra Señora. ¿Tienes las oraciones especiales del jubileo? Puedo prestarte un opúsculo. Si quieres, voy a buscarlo enseguida; acabo de terminar mis obligaciones para el fausto acontecimiento de esta tarde y me queda un rato libre.

Decidí coger al vuelo la ocasión para acallar las dudas que me habían surgido acerca de la validez de la indulgencia jubilar.

—Don Tibaldutio —dije—, precisamente sobre eso pensaba pedirle aclaraciones y consejo…

Le referí brevemente las aflicciones en que me había encontrado algunas horas antes. Sin embargo, empleé expresiones más prudentes y menos directas que las utilizadas en mis reflexiones solitarias; si le hubiera resumido con franqueza cuánto me repugnaba la ligereza con que se realizaban los años santos, habría dicho ciertamente la pura verdad, pero quizá habría escandalizado a aquel hombre de iglesia probo y morigerado. Así pues, me valí de expresiones y giros que rodeaban y apenas rozaban el meollo de mis dudas, sin pronunciar nunca palabras como «codicia», «corrupción» o «simonía».

—Entiendo —me interrumpió don Tibaldutio. Luego, alzando sabiamente la mano y bajando los párpados con una seráfica sonrisa, me invitó a sentarme con él en un banquito lateral de la capilla—. Como muchos otros, te preguntas qué diferencia hay entre las indulgencias plenarias y la santa indulgencia jubilar, y si ésta no es más que un pretexto, como parece a los ojos profanos.

—Veréis, don Tibaldutio, no es exactamente eso lo que quería decir…

—Las indulgencias plenarias, hijo —continuó como si no me hubiera oído—, se adquieren en cualquier parte, mientras que la jubilar sólo se consigue en Roma y en año santo. Cuando hay un jubileo, no se dan indulgencias plenarias en ningún lugar del mundo, pues, de lo contrario, nadie vendría a peregrinar a Roma en los años santos. Además, las indulgencias plenarias exigen que se rece ante los siete altares, mientras que con la jubilar basta hacerlo ante el altar mayor. Por último, la sede apostólica incluye en la indulgencia del jubileo muchos favores, que nunca se conceden en las plenarias.

Habría querido interrumpir al capellán, pero su razonamiento plácido y firme, junto con su mirada, que nunca dirigía a mí, sino siempre hacia abajo, a sus manos entrelazadas en actitud de plegaria, me hacía muy difícil intervenir.

—En verdad, don Tibaldutio, más bien me preguntaba sobre… digamos, sobre los efectos del jubileo —conseguí decir—, dado que…

Tampoco esta vez el santo varón me dejó terminar.

—El efecto del jubileo es muy claro. Las personas sensatas, bautizadas y unidas a la Iglesia por el vínculo de la comunión eclesiástica son las únicas que pueden tomar parte en el jubileo, y las que obtienen la indulgencia del año santo reciben *plenissimam omnium peccatorum quorum indulgentiam, remissionem, et veniam*; es decir, el perdón pleno, la indulgencia y la remisión de todos sus pecados.

Se puso entonces de pie y, tras dar unos pasos, se detuvo ante el confesionario.

—Pero, cuidado: la indulgencia sólo libra del castigo, no de la culpa —me advirtió tamborileando sobre la portezuela del confesionario—. El pecado sólo puede eliminarse si se nos otorga la gracia, que únicamente nos llega por las formas sacramentales, es decir, por la confesión sacramental o al menos por la confesión *in Voto,* el acto de contrición y la promesa de confesarse en Pascua.

—Perdonad, me he expresado mal —dije molesto para poner fin a aquella parrafada, cuando ya desesperaba de obtener alguna aclaración útil—. Es que yo dudaba de la eficacia en el caso de que…

—La eficacia, la eficacia… Eso sólo depende de nosotros, los creyentes —repuso con firmeza—. Para ganar la indulgencia, basta cumplir adecuadamente las obras indicadas, que, como bien sabes, son la limosna y la visita con oraciones a las cuatro basílicas en el mismo día, así como la visita con oraciones de treinta iglesias para los romanos de quince para los forasteros, que sufren la incomodidad del viaje ¡Pero cuidado con querer embaucar a Jesús! Nuestro Señor Inocencio XII ha establecido que para este jubileo el día eclesiástico se cuente de vísperas a vísperas. En ese lapso de tiempo, pues, han de hacerse las visitas a las basílicas previstas el mismo día; en caso de necesidad, también pueden cumplimentarse de la medianoche a la medianoche siguiente, como se acostumbraba antes, pero nunca de mediodía a mediodía, como, ¡ay!, hacen muchos romanos porque les resulta más cómodo. No se puede llegar a la iglesia demasiado temprano ni demasiado tarde: ¡no vale hacer la adoración ante la puerta cerrada de la parroquia y, con esta excusa, ahorrarse las limosnas al sacerdote!

Permaneció escrutándome, mientras yo, con la mirada clavada en el suelo, sólo esperaba el momento de despedirme para regresar desazonado al trabajo, con las mismas dudas con que había llegado a la capilla.

—Porque, hijo mío —añadió inesperadamente en un susurro, abandonando de repente el tono didáctico—, si bien la cámara apostólica se enriquece durante los años santos con desmesura, no creas que los pobres párrocos reciben un solo escudo.

Alcé la mirada hacia don Tibaldutio y mis pupilas, al cruzarse con las suyas, preguntaron al fin lo que la lengua no conseguía decir lisa y llanamente: ¿cuánto valían, a los ojos del Altísimo, las súplicas de los creyentes elevadas al cielo merced a los jubileos convocados, ¡ay!, con oscuros fines de lucro?

—Bien —contestó satisfecho a la muda pregunta.

Comprendí. Todas sus respuestas habían sido como mis preguntas: habían carecido de la virtud de la limpidez. Con una señal, me invitó a que lo siguiera a la sacristía.

—Dios es misericordioso, hijo —empezó a decir mientras avanzábamos—. No es ciertamente ese ser severo y vengador que aparece en el Antiguo Testamento y con el que se han quedado los judíos. Juzga este precepto: si no se está en pecado mortal, sino sólo venial, la confesión ni siquiera es necesaria para conseguir la indulgencia jubilar; basta el acto de contrición en el propio corazón, o sea, la llamada confesión *in Voto*, de la que te hablaba hace poco. Eso no es todo. En pecado mortal, bastan las obras indicadas para conseguir la indulgencia jubilar, siempre que la última se haga en estado de gracia, esto es, después de haberse arrepentido y confesado. ¿Todo esto

tendría algún sentido si el Señor no fuera misericordia infinita?

Claro, reflexioné, como en la parábola evangélica de los labradores de la viña: los recién llegados obtuvieron todo el jornal, como si hubieran trabajado todo el día. ¿Acaso eso no significaba que Dios recompensaba lo poco que dábamos con mucho y nuestra nada con todo?

—Las obras de visita a las iglesias son moralmente buenas. Incluso quien las hace en pecado mortal se encamina hacia la reconciliación con Dios. Y eso es lo importante —continuó el capellán—. Te doy un ejemplo. Si alguien incurre en un pecado venial cuando está consiguiendo la indulgencia jubilar, no obtendrá ésta por dicho pecado, pero sí por todos los cometidos antes. Si alguien, mientras visita las iglesias, se impacienta por los pisotones de la multitud o dice groserías al vecino que le ha dado un empujón y luego, arrepentido, continúa con sus rezos, conservará el valor de su oración o de la visita a la iglesia. Lo mismo vale para aquel que, rezando en la iglesia, no expulsa rápidamente un mal pensamiento sobre una mujer que lo mira; si después se arrepiente, rechaza la imagen de la mujer y ya no se distrae, su oración será buena y válida a todos los efectos.

Ya habíamos llegado a la sacristía, donde don Tibaldutio tuvo la gentileza de pedirme que me sentase antes de cerrar bien la puerta. Supuse que iba a revelarme una gran y secreta verdad.

—El Dios de los cristianos ha sacrificado a su único hijo por nuestra redención —dijo finalmente con franqueza—. La bienaventurada Virgen y Madre donó a santo Domingo la corona del rosario para que rezara por la salvación de nuestra alma. Asimismo, confeccionó con sus santísimas manos el escapulario del Carmelo, al que yo mismo me he consagrado y gracias al cual podemos estar seguros de que Nuestra Señora *Regina Mundi* y Coronada de Estrellas vendrá a buscarnos al Purgatorio el primer sábado después de nuestra muerte. ¿Crees que los mortales merecemos esto? No, muchacho, son la gracia y la misericordia infinita de Dios las que lo quieren, no desde luego el fruto de nuestros méritos por rezar algún avemaría o llevar un trocito de tela de más, gestos que de por sí no valen nada, y aún menos la vida eterna. El Señor conoce nuestra insignificancia y pereza; por eso nos ofrece el Paraíso sobre una bandeja de oro, a cambio de una moneda de vil cobre. En Su amor infinito por nosotros, sus hijos. Le basta nuestro pequeño acto de fe y buena voluntad; nosotros damos un pequeño paso tambaleante hacia Él, y he aquí que el Padre Misericordioso corre a nuestro encuentro y nos levanta entre Sus brazos.

Esperé a que don Tibaldutio continuara con su razonamiento y llegara a las revelaciones que yo deseaba. Pero había terminado. Abrió la puerta de la sacristía y me acompañó de nuevo ante la estatua de la Virgen del Carmen, donde me había hablado al principio. Tras impartirme una tácita bendición sobre la frente, me dejó allí y se alejó sereno y sin decir palabra.

En ese instante vi con claridad el alcance de las enseñanzas del capellán. Yo mismo debía extraer la conclusión: si la misericordia divina concedía la indulgencia jubilar incluso a quien estaba en pecado mortal, con mayor motivo, pues, debía prestar oídos a los peregrinos inocentes, aunque fueran arrastrados hacia la Ciudad Santa por el afán de lucro ajeno.

Como esperaba, don Tibaldutio me había revelado una gran verdad, pero no secreta. Una verdad tan humilde y sencilla que podía perturbar a algunos augustos oídos. Era más sabio susurrarla detrás de puertas bien cerradas.

Salí de la capilla, sereno y reconciliado. Estaba a punto de proseguir hacia el teatro, cuando oí un eco de pasos marciales y apresurados que se encaminaban en mi dirección.

—Por aquí, maestro, venid.

Don Paschatio, jadeante, mostraba el camino a un individuo alto y delgado, vestido de negro, con un mechón grisáceo que le engalanaba la frente, ojos centelleantes y rostro grave y sombrío. Detrás de ellos iba un músico (lo reconocí por su atuendo, parecido al de todos los otros componentes de la orquesta), que llevaba dos estuches de violín y, debajo del brazo, una enorme carpeta que debía de estar llena de hojas con partituras y composiciones varias.

Los seguí durante un momento hasta que llegamos al teatro, donde ya se habían colocado los músicos. Entonces tuve una sorpresa mayúscula: no era una orquesta, sino una marea humana. Calculé que había más de cien. Estaban absortos en afinar los instrumentos, pero se callaron de repente cuando don Paschatio y los dos individuos para mí desconocidos aparecieron en el amplio anfiteatro. El hombre vestido de negro suscitaba un sentimiento de devota reverencia, y quizá incluso de sumisión.

Observé con placer que también la tarima para los intérpretes y los bancos para el público, de buena madera pulida y lustrada, se habían acabado a tiempo. Ahora sólo dos carpinteros seguían dando martillazos a un tabique mal puesto; desaparecieron ante un severo gesto de don Paschatio, en cuanto el más alto de los dos desconocidos subió al estrado y se situó en el centro de la orquesta.

Entonces entendí: era el célebre Arcangelo Corelli, compositor y violinista de gran fama, sobre cuya participación en los festejos se había murmurado mucho en los días precedentes. Dirigiría una de sus composiciones.

Aislado como vivía del mundo, entre las idas y venidas de la villa Spada a mi campito y de éste al lecho conyugal, hasta el año anterior no había sabido nada de él. Un cantor de la capilla Sixtina, que vino a comprar uva, me habló por primera vez del «gran Corelli». Y don Paschatio acababa de decirme que no era solamente un gran músico, sino el nuevo Orfeo de nuestro tiempo, cuya gloria se extendía por media

Europa, y que un día sería inmortal.

Pero apenas tuve tiempo de detenerme en aquellos recuerdos recientes, pues Corelli había pedido que le entregasen su violín y había hecho repiquetear dos veces el arco sobre el atril.

Como soldados en formación, los intérpretes empuñaron a su vez el arco y lo elevaron a la par, cual imagen reflejada por mil espejos, en el mismo ángulo, inclinación y postura, sobre las cuerdas de su instrumento: violines, violas y contrabajos estaban en línea. Por un instante el silencio reinó soberano.

—No pretende únicamente que suenen como un solo hombre, sino que también lo parezcan. Incluso hoy, que no es más que un ensayo —me susurró don Paschatio, que se había sentado a mi lado.

En su voz percibí el tripe sentimiento de curiosidad, alegría y extenuación que le causaba la exhibición del maestro Corelli, el privilegio de ser su anfitrión y la importancia de su cometido.

—Tiene muy mal carácter —continuó don Paschatio—. Nunca habla, mira siempre hacia delante, sólo piensa en la música. Nada más le interesa. Trata con los que le encargan obras por medio del músico que has visto llegar con nosotros. Es su discípulo preferido y dicen que es también su… En fin, el maestro Corelli está siempre con él, nunca con una mujer.

En aquel momento la música nos tapó la boca. Como movidos por una fuerza invisible y etérea, y no sólo por el gesto de Corelli, los músicos atacaron en perfecto y divino unísono un concierto compuesto por su maestro. Para mi asombro, reconocí enseguida una folía.

Nuevamente aquel motivo sencillo, casi elemental, me sorprendía mostrando su segunda naturaleza: ágil, insinuante y sutil. Era como una hermosa y opulenta campesina, ignorante del mundo pero conocedora del alma humana, que despierta el deseo del rico señor mucho más que su esposa, sobrada de riquezas y exigencias. Así era la folía: sencilla y capaz de todo. Ocho compases claros y rotundos, del *re* menor al *fa* mayor (pero esto lo sabría sólo mucho más tarde), y luego de nuevo al *re* menor. Un breve motivo a primera vista inocente, casi demasiado modesto, pero capaz de desencadenar las más inauditas y exuberantes fantasías.

Al principio la folía, hija del pueblo, parece demasiado elemental: de *re* a *fa*, de *fa* a *re*. Así era también la de Corelli; en la breve modulación de ocho compases, la melodía se escandía primero en sencillos acordes. Luego, variación tras variación, el mecanismo se ponía en marcha. Los acordes de acompañamiento se desdoblaban. A continuación, en la segunda variación, se disolvían en tresillos, ritmados a la francesa, y en la tercera, en arpegios. En la cuarta se distribuían en escalas; en la quinta, en trémolos, y así el juego poco a poco se complicaba con jocosos embellecimientos, majestuosos contrapuntos, orgullosos picados, quejumbrosos

ligados y mil artificios de adorno que precipitaban al oyente en el vértigo. De vez en cuando una variación lenta, en la que súbitamente se reanudaba el motivo con ánimo lánguido e indolente, permitía tomar aliento a oyentes e intérpretes.

Con las variaciones, la niebla indistinta del tema inicial terminó disipándose. Todo un paisaje, primero oculto entre las pocas notas del motivo inicial, se revelaba ahora al oyente. Era como si por fin se aclarara el sentido final del tema mismo, el sentido de la folía: un viaje no de una tonalidad a otra, no de *re* a *fa* y viceversa, sino de un mundo a otro. ¿Y qué mundos eran, si no los de la salud y la locura? Era necesario ir del uno al otro para que se iluminaran recíprocamente y cobraran sentido. De *re* a *fa*, de *fa* a *re*: ninguna melodía puede conquistar el corazón y la mente sin el perenne flujo de una tonalidad a otra. Y nadie alcanzará jamás la sabiduría, parecía insinuar aquella música, sin la sagrada peregrinación hacia la locura.

El maestro Corelli tocaba el primer violín; con breves y secos movimientos de la cabeza dirigía al conjunto sinfónico, como un viejo jinete que sólo necesita dar un golpe de tacón o de cadera para gobernar a su querida jaca. Parecía decir: «Ahora detente y escucha, no te quedarás con las manos vacías. Sé qué buscas.»

Entonces, al trasluz, como si las notas quisieran comentar mis pensamientos (en la naturaleza ocurre lo contrario), entreví detrás de aquella música todo el gusto agridulce del pasado, de las cosas acaecidas, de las deseadas y de las que nunca habían tenido lugar, de los diecisiete años que me habían separado de Atto, de las lecciones sobre la diplomacia y el gobierno que me había impartido; enseñanzas que, como por obra de aquel mago pintor que él había invocado en nuestra visita al Navío para que inmortalizara el rostro de la condestablesa de joven, se habían grabado en mí para siempre…

Sin duda arrebatado por la fuerza de su creación, Corelli ya no dirigía. Tocaba absorto su violín, acariciando con el arco la tercera cuerda, luego la primera, con una suavidad que casi parecía indiferencia, como si estuviera tocando sólo para sus oídos. Pero no era amor propio. La orquesta lo seguía con los ojos cerrados y de vez en cuando lanzaba a su director rápidas miradas de soslayo, minúsculos golpes de remo que mantenían la embarcación de la folía en equilibrio exquisito y perfecto en el tránsito de un episodio tranquilo a un intermedio algo más vivaz, y luego de nuevo a un ritmo lento. Todos los intérpretes tocaban realmente como un solo instrumento, pensé. Formaban con Corelli una unidad, y esa unidad era Corelli.

Me acordé de la primera aventura que había vivido con Atto, de sus lecciones de (teórica) moral, de la música grandiosa pero olvidada del *seigneur* Luigi Rossi que él me había hecho conocer…

Así, mientras las notas que escuchaba extendían sobre mi cabeza y mis hombros el cálido manto de los recuerdos, mientras las sombras plateadas del pasado se abatían sobre mí, noté como si las manos piadosas de Euterpe depositaran en mi

regazo el sentido último de mi presencia a aquella hora y en ese sitio. Con el rostro rozado por el perfume de las capuchinas de un parterre cercano, vislumbré el destino hacia el que tendía aquel sublime velero de sonidos: después de diecisiete años, hombre y ya no muchacho, mi sino me llamaba al lado de Atto, a una nueva prueba de valor, a una renovada lid del corazón y el intelecto, durísimo y escabroso viaje al término del cual me esperarían una vez más la virtud y el conocimiento. Más tarde sabría que aquello era tan cierto como falso, porque estaba inducido por esa filosofía sin palabras ni ideas que, hablando por boca de flautas y címbalos, se burla de nosotros.

Las notas se apagaban en el dulce abrazo del acorde final, cuando una voz barrió las sombras engañosas en que yo había anidado.

—Por todos los santos, ¿dónde te habías metido?

Mi Cloridia me había encontrado. Vio en mi rostro las huellas de la noche azarosa y me interrogó con una mirada muda y preocupada. Con un gesto le pedí que nos alejáramos del anfiteatro y la conduje hacia el cañaveral que delimitaba al norte la parte verde del jardín, justo antes de la muralla. Era una estratagema útil, ya que ahora toda la villa Spada era presa de una gran agitación y ni siquiera nuestra haya estaba al abrigo de oídos indiscretos. Le resumí cuanto había sucedido entre la noche y el alba.

—Estáis todos locos: tú, Sfasciamonti y Melani —dijo con una voz que oscilaba entre el llanto, el reproche y el alivio por haberme encontrado sano y salvo.

Me estrechó con fuerza y permanecimos algunos minutos abrazados. Sentí el perfume de su piel mezclado con el tufillo silvestre del cañaveral y esperé con toda mi alma que el olor a estiércol me hubiera abandonado.

—Tengo poco tiempo. La princesa de Forano me quiere permanentemente a su lado. Sufre continuos vahídos, indisposiciones y fiebres intermitentes. En definitiva, tiene miedo al parto, y eso que ésta es la cuarta criatura que traerá al mundo.

—¿Cómo ha podido consentir el marido que lo acompañe a la villa Spada, sabiendo que le falta tan poco para dar a luz?

—Lo cierto es que no lo sabe, cree que está en el sexto mes —respondió Cloridia guiñando un ojo, con el aire vago y burlón de quien maneja todos los hilos—. De todos modos, la princesa quiere asistir a los esponsales, pues la novia es una buena amiga suya; no he podido convencerla de que regrese a casa. Sentémonos ahí y escúchame; tengo prisa.

Fuimos detrás de una hilera de cañas, molestando a un par de gorriones, que alzaron el vuelo irritados.

Cloridia había recabado, cumpliendo su promesa, información interesante. Pocas semanas antes había ayudado a parir a una doncella del embajador de España. La

joven le estaba muy agradecida, pues, merced a sus cuidados, su bonita hija, llamada Natalia, que salía del vientre materno con los pies por delante, no con la cabeza, había nacido bien. Cloridia la había extraído con gran habilidad: penetrando con sus finos dedos en el canal de la matriz y poniendo en práctica la célebre maniobra de Segismunda, en la que mi mujer era muy diestra, había girado a la pequeña en el vientre materno y la había sacado por la cabeza sin peligro.

Por gratitud, la joven madre, que ya había perdido dos niños en el parto, había estrechado su amistad con Cloridia.

—Le expliqué sucintamente lo que les había ocurrido al abate Melani y al encuadernador. Para animarla a hablar, le dije que los españoles tal vez tuvieran algo que ver en el asunto y que, por tanto, era muy importante que me refiriera cuanto de extraño hubiera visto u oído. Me dijo: «¡Jesús bendito, comadre Cloridia, rogad por vuestro marido y por vuestro amo, el cardenal Spada! »

—¿Por qué?

Cloridia sólo necesitó insistir un poco para que la joven confesara. Escuchando casi por descuido (pero también adrede) detrás de la puerta del embajador, el duque de Uzeda, la doncella había comprendido que en Roma se fraguaban maniobras políticas que decidirían el futuro de España y del mundo.

—Eso es justo lo que he leído en las cartas de la condestablesa Colonna —dije.

—Me parece muy bien que hayas echado un vistazo a esos papeles. Estoy orgullosa de ti. El abate Melani se lo merece, porque él incluso los roba (los papeles ajenos, me refiero), aunque luego le cuesten caros —observó Cloridia con una risa sarcástica, aludiendo a las memorias que Melani había hecho que me robasen para luego comprármelas por una buena suma de dinero.

Cloridia jamás era tierna cuando hablaba de Atto. No se fiaba de él (¿cómo quitarle la razón?) y lo tenía en muy baja estima. Con todo, lo que mi esposa realmente no soportaba era que Atto hiciera caso omiso de ella. El abate, aun a sabiendas de que Cloridia se encontraba a dos pasos, nunca había querido verla o hacerla partícipe de nuestras pesquisas, aunque sólo fuera para pedirle un parecer o una pequeña información. Y ella no toleraba la idea de que, sin calcular las catastróficas consecuencias de ese acto, se prescindiera de sus preciosos consejos.

Después de su regreso no había ido a ofrecerle sus saludos y servicios. A mí no me cabía duda de que se desviaba de su camino para no cruzarse con Atto si divisaba su silueta en los jardines de la villa Spada, y que el abate hacía lo mismo. En resumidas cuentas, mi esposa y Melani se pagaban con la misma moneda.

—¿Qué más has averiguado? —pregunté.

—La doncella me ha contado también, aunque de pasada, que el Rey Católico está muy enfermo y podría morir en cualquier momento. Pero resulta que no tiene herederos, y por eso han pedido ayuda al Papa. En la embajada a todos los aterroriza

que los tomen por espías. Por otras compañeras, la joven se ha enterado de que corre un rumor entre los españoles que viven en Roma.

—¿Qué rumor?

—Que el Tetráchion va a llegar a España.

—¿El Tetráchion? ¿Qué es eso?

—Ni ella misma lo sabe. Sólo dice que es el legítimo heredero de España.

—¿El legítimo heredero de España?

—Eso me ha dicho. Me ha preguntado si sabía algo. Es la primera vez que lo oigo mentar. ¿Y tú?

—También. Tampoco la condestablesa lo menciona. De todos modos, ¿qué tiene que ver el Tetráchion con la cuchillada que recibió el abate Melani y con la muerte del encuadernador?

—No tengo ni la más remota idea. Como te he dicho, para hacer hablar a la doncella le conté que los españoles están mezclados en este asunto. Me refirió entonces que, según los rumores, la llegada del Tetráchion traerá desventura. Para ella, lo ocurrido a Melani y la muerte del encuadernador constituyen los primeros signos de esa desventura.

—¿Crees que te dirá algo más?

—Seguramente no. Tiene miedo. Pero ya sabes cómo es el boca a boca entre la servidumbre. Una vez en marcha el mecanismo, funciona solo. No descarto que dentro de poco me lleguen nuevas informaciones sobre el dichoso Tetráchion. Mientras tanto, ten cuidado, por lo que más quieras. No siempre tendrás tanta suerte como esta noche.

—Sabes que lo hago por los dos —repuse con gesto grave, aludiendo al generoso pago que Atto me había hecho por dejar constancia escrita de su estancia romana.

—Entonces procura que al final de esta historia los dos sigamos con vida. No es agradable ejercer de viuda. Y no te confundas: te ha pagado para que escribas, no para que te dediques a recuperar sus papeles robados.

—No olvides que me han narcotizado y han entrado en nuestra casita. He de impedir que eso vuelva a ocurrir —traté de defenderme.

—Ocurrirá si sigues yendo con Melani. Recuerda el artículo cinco: quien tiene dinero, tiene las de ganar.

Cloridia tenía razón. Con aquel proverbio jocoso lo había dicho todo. No era necesario que yo siguiera a Atto en todas sus circunvoluciones. Ya me había pagado; que fuera él, pues, quien buscara mis servicios. La noche anterior, en cambio, no sólo lo había seguido, sino que había ido por ahí en su lugar poniendo en peligro mi vida.

¿Qué sería de mi familia si muriera? Cloridia no podía criar sola a las niñas. No, ni siquiera el control que quería ejercer sobre Atto a favor de mi amo, el cardenal Spada, merecía que arriesgase tanto.

—Me has tenido preocupado, chico, créeme.

El abate Melani interpretaba mal el papel de buen padre de familia. Estaba sentado en el sillón, frotándose el brazo. Buvat, mandado por su señor, me había encontrado no bien hube terminado mi diálogo con Cloridia. El aposento estaba de nuevo en orden.

—Ya he hablado con Sfasciamonti —continuó—. Me lo ha contado todo. Has sido muy valiente.

Callé durante unos segundos. Al cabo estallé:

—¿Eso es todo?

—¿Cómo…?

—¿Eso es todo lo que tenéis que decirme? ¿Después de que he arriesgado la vida por vuestros asuntos? «Has sido muy valiente», y punto, ¿verdad? —añadí casi a voz en grito.

Se levantó de pronto y trató de taparme la boca con la mano.

—Maldición, ¿qué te pasa? Podrían oírte…

—Pues no me trate como a un idiota. Soy un padre de familia. ¡No tengo la menor intención de arriesgar la vida por un poco de dinero!

Atto, inquieto, daba vueltas alrededor de mí. Mi voz seguía resonando en la habitación y podían oírla desde fuera.

—¿Un poco de dinero? ¡Qué ingratitud! Creía que estabas satisfecho con nuestro acuerdo.

—¡El acuerdo no preveía mi muerte! —repliqué sin bajar la voz.

—Está bien, está bien, pero habla más bajo, por lo que más quieras —pidió con el tono de una capitulación—. Todo tiene arreglo.

Se sentó y me indicó que tomara asiento en el sillón que había frente al suyo, como si me reconociese la condición de beligerante de igual fuerza, finalmente invitado a la mesa de negociaciones.

Así, después de haber entrado en el aposento de Atto para sustraerme a su servicio, al final salí de allí con lo contrario de lo me había propuesto. Como era habitual en él cuando se discutía de asuntos pecuniarios, y *massime* cuando era él quien tenía que apoquinar, se expresó con parquedad, precisión y cierto tono de amargura. Los términos de nuestro nuevo acuerdo eran los siguientes: debía esmerarme al máximo en el cumplimento de sus instrucciones, en favorecer sus intereses y en efectuar todos los actos necesarios para la redacción de las memorias cuyo pago me había adelantado, sin exponerme a peligros mortales o de particular gravedad. Este compromiso terminaría cuando Atto se marchara de la villa Spada, o antes, si su juicio inapelable lo consideraba oportuno.

Aquel enrevesado galimatías significaba que debería prestar con más desvelos

mis servicios al abate Melani, incluso en trances peligrosos, de ser posible sin dejarme la piel: la frase «de ser posible» pesaba como una losa sobre mis hombros.

Sin embargo la contrapartida, Atto lo sabía, era importante:

—No sólo dinero, sino también casas. Propiedades. Terrenos. Fincas. Te daré la dote para tus hijas. Una buena dote. Y, cuando digo buena, no exagero. Dentro de algunos años estarán en edad de casarse. No quiero que se encuentren en apuros —afirmó afectando una generosidad que sólo era fruto de mi presión—. Tengo varias propiedades en el gran ducado de Toscana, todas de valor, con excelentes rentas. Cuando termine la fiesta de tu amo, iremos juntos a un notario y pondremos por escrito el traspaso de algunas propiedades, o quizá de sus rentas, ya veremos qué es lo más conveniente. Tú no tendrás que hacer nada; tus dos niñas se convertirán de inmediato en titulares de una dote, y espero que eso les baste para encontrar un buen marido, aunque ya sabes que en esto lo que más vale es la ayuda del Señor.

Me hizo levantar y me abrazó vigorosamente, como para sellar no sé qué pacto fraterno.

Lo dejé hacer. Estaba sopesando detenidamente las consecuencias de aquel acuerdo: podía garantizar a mis criaturas, hijas de un humilde peón y de una comadrona, un futuro seguro y digno, incluso acomodado. La sorpresa y el miedo a perder una ocasión única me habían hecho aceptar muy deprisa. Sin embargo, en el hilo que une el corazón con el intelecto se me habían posado mil dudas: ¿y si Atto estiraba la pata? ¿Y si algo (enfermedad, muerte, partida imprevista) le impedía cumplir con su compromiso? ¿Y si, sobre todo, me embaucaba? No creía mucho en esta última posibilidad, pues, si hubiera querido engañarme, no me habría pagado por adelantado la redacción de las memorias, y menos aún en dinero contante y sonante. Sea como fuere, le pregunté:

—Perdonad, don Atto… ¿no sería razonable poner algo por escrito?

Dejó caer las manos de los brazos del sillón, como agotado por un esfuerzo titánico.

—Ay, chico, sigues siendo un ingenuo. ¿Crees que, si quisiera engañarte, un contrato así te ayudaría a tener razón ante un tribunal o a obtener tu crédito?

—Yo, la verdad… —Vacilé, pues no sabía nada de cuestiones legales.

—¡Venga, chico! —exclamó Melani—. ¡Aprende a vivir y a razonar como un hombre de mundo! Y aprende a mirar a los ojos a los hombres con los que tratas, porque de tu intuición sobre la persona dependerá tu éxito o tu fracaso. De lo contrario, cualquier asunto te resultará un enigma; cualquier contrato, un magma oscuro.

Escandalizado por mi propuesta de redactar un contrato y apenado por mi escasa experiencia de las cosas del mundo, guardó un elocuente silencio.

—De todos modos —añadió—, te comprendo.

Cogió papel y pluma y puso por escrito la promesa que acababa de hacerme.

Me la entregó. Melani se comprometía a constituir a nombre de mis dos hijas una dote matrimonial con rentas o propiedades a definir ante un notario romano, si bien garantizaba desde ese mismo instante que sería considerable.

—¿Estás conforme? —preguntó secamente.

—Sí, creo que sí. Don Atto, debo agradeceros…

—Déjalo. —Me cortó con un gesto de la mano y cambió enseguida de tema—. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Sfasciamonti me ha descrito con todo detalle los hechos de ayer. Tenía que preguntarte una sola cosa: ¿qué te dijo exactamente el cerretano en la terraza?

—Algo así como tresmeintitis… No, ahora me acuerdo, me dijo tresmientrestes —respondí haciendo un esfuerzo de memoria.

—Has sido francamente valiente.

—Gracias, don Atto. Lástima que mi valentía, como decís, no sirva de nada.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo tenemos la chatarra del microscopio. Ni catalejo, ni reliquia, ni papeles.

—¿Que no ha servido de nada, dices? Ahora sabemos del Tudesco.

—Bueno, tampoco sabemos nada de él, ni siquiera si existe —objeté.

—Vuestros esfuerzos no han sido baldíos. Coincido con Sfasciamonti en que tenemos una pista importante. En Roma hay alguien, el Tudesco, que colecciona instrumentos ópticos y reliquias. No sólo eso: tiene vínculos con los cerretanos. Ahora sabemos a quién buscar. La cuestión de la lengua secreta de los cerretanos, por último, no me preocupa en absoluto. Si no conseguimos descifrarla, les obligaremos a hablar la nuestra, ¡ja, ja!

Era raro ver a Atto con esa confianza ciega. Sospeché que fingía optimismo para tranquilizarme y retenerme a su servicio.

—Sfasciamonti dice que nadie sabe dónde se encuentra —indiqué.

—Los hampones nunca desaparecen. Ahora quizá haga falta conocer su verdadero nombre. Tudesco no es más que un mote.

Aquella observación me recordó el extraño nombre que había mencionado Cloridia y que, según ella, también podía ser útil al abate.

—Don Atto, ¿habéis oído hablar del Tetráchion?

En ese instante llamaron a la puerta. Era Sfasciamonti, que entró con paso decidido, sin esperar a que le invitaran a pasar. Su rostro tenía también las huellas de la noche insomne y ajetreada.

—Tengo noticias. He estado en el palacio del gobernador —empezó—. Nadie sabe nada del catalejo. En cambio, he averiguado algo sobre el trabuscopio.

Sfasciamonti había enseñado los restos del instrumento óptico a algunos de sus colegas, que al punto habían hablado de un robo perpetrado días atrás. El artilugio era

propiedad de un sabio holandés, al que habían robado todas sus pertenencias de la habitación de la posada donde se alojaba, cerca de la plaza de España.

—También le abrieron la puerta con una llave. No necesitaron, pues, forzar la cerradura. Y no hay rastros del culpable.

—Interesante —observó Atto—. Es la técnica preferida por nuestro ladrón.

—Hoy es la boda —prosiguió el esbirro—, no podré hacer nada. Habrá que esperar a la noche. Quiero hacer algunas preguntas a un par de miserables. Nos vemos después del banquete nupcial. Tú, chico, vendrás conmigo.

Inseguro, miré a Atto.

—No —dijo, intuyendo que me resistía a correr nuevos riesgos—. El asunto me concierne a mí. Así pues… iré yo también.

Me pilló desprevenido. Cloridia habría querido que dejara de ir por ahí de noche por cuenta de Melani. Éste se ofrecía ahora a acompañar a Sfasciamonti, pero ¡conmigo! Si un vejete como él se atrevía, me dije algo azorado, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

El esbirro nos explicó el objetivo.

—Muy, muy interesante —concluyó Atto.

—¿Quién te lo ha dicho, eh? ¡Habla! ¿Por quién lo has sabido?

La agresión tuvo lugar en cuanto estuvimos solos. Me agarró por el cuello y me empujó contra la pared. Atto tenía la modesta fuerza de un anciano, pero el sorpresivo ataque y el respeto que mal que bien me inspiraba (y que provocaba titubeo), así como el cansancio por la noche pasada, me impidieron hacerle frente como es debido.

—¡Dímelo! —me vociferó a la cara por última vez.

Temiendo que lo hubieran oído, miró atrás con el rabillo del ojo, hacia la puerta de la habitación, y aflojó las manos. Yo, que me había limitado a asir sus muñecas casi esqueléticas a fin de que no me asfixiase, aproveché para soltarme.

—Pero ¿qué os ocurre? —protesté.

—Debes decirme quién te ha hablado del Tetráchion —dijo con voz firme y glacial, como si yo hubiera pretendido apoderarme de uno de sus bienes.

Le conté, pues, que una doncella del embajador había relacionado oscuramente el incidente que él había sufrido y la muerte del encuadernador con el advenimiento del misterioso Tetráchion, que sería nada menos que el legítimo heredero de España. Cuando aludí a la enfermedad del Rey Católico y al hecho de que estaba a punto de morir sin hijos, hube de hacer un considerable esfuerzo para que no se me escapara que me había enterado de todo eso leyendo a escondidas las cartas de Maria.

—Bien, bien, veo que sabes todo lo esencial sobre la sucesión de España. Evidentemente, has vuelto a leer las gacetas —comentó.

—Ejem, sí, don Atto. De todos modos, mi mujer confía en conocer más detalles en los próximos días —concluí, con la esperanza de que se hubiera calmado.

—No lo dudo. Pero no esperarás librarte así —dijo con mordacidad.

No daba crédito. Después de todos los servicios que le había prestado, Atto me trataba como al más sórdido de los traidores.

—¿Queréis decirme —exclamé al fin— quién o qué demonios es el Tetráchion?

—Ése no es el problema.

—¿Cuál es, entonces?

—El problema es saber dónde está.

Abrió la puerta y al salir me indicó por señas que lo siguiera.

—Las cosas no podían seguir así eternamente —afirmó.

Nos encaminábamos hacia la salida de la villa Spada, en medio de un frenético tropel de peones, modistillas, mozos y lacayos.

Atto había decidido responder a mis preguntas con hechos, llevándome a un destino desconocido, pero también con palabras, reanudando el hilo de la narración interrumpida la víspera.

A medida que el rey se hacía hombre, contó Atto, más delicada se tornaba la posición de Mazzarino. Sabía que no podría mantener eternamente a su soberano en un estado de feliz y nebulosa ignorancia de las cosas de Estado y de la vida. Después de haber sido el amo absoluto, ¿qué papel tendría el cardenal junto a un monarca joven, vigoroso y en plena forma? Mazzarino daba vueltas y más vueltas a la cabeza durante los largos viajes en carruaje, cuando recibía distraídamente a los postulantes, en todos los ratos libres que le dejaba el trabajo, y también en la cama, mientras esperaba el sueño, cuando los pensamientos más acuciantes ejecutan su última y furiosa danza. Sin embargo, pese a las quejas de la reina madre contra Maria, no movía un dedo para separar al joven soberano de su sobrina…

—El rey, que se daba cuenta de todo, tomó el silencio de Mazzarino por un asentimiento. ¡Ciertamente, el cardenal tampoco quería ver a su sobrina humillada en el papel de amante el día que Luis tuviera esposa!

—En definitiva, Luis abrigaba la ilusión de que el cardenal le permitiera casarse con Maria —aventuré.

—Era más que una ilusión. Una vez el rey llegó a llamar a Maria «¡mi reina!» en público, para gran escándalo de toda la corte, con la reina madre a la cabeza, pero Luis, por toda respuesta, compró a la reina de Inglaterra una espléndida gargantilla de grandes perlas, que formaba parte del tesoro real inglés. Debía ser su regalo de compromiso para Maria. Por otra parte, ¿no es acaso verdad que un año después el rey inglés, Carlos II Estuardo, pidió a Mazzarino la mano de Ortensia, la hermana menor de Maria? Las negociaciones al final fracasaron, pero sólo porque el soberano

británico quería, además de la dote en dinero, el feudo de Dunkerque, y Mazzarino no cedió. Las esperanzas de Luis no carecían, pues, de fundamento.

En la corte se espiaba y refería a Ana de Austria cada suspiro de la pareja. Una ocurrencia mordaz de Maria, una frase de más o una carcajada espontánea se transformaban, en las lenguas maldicientes de los cortesanos, en un capricho y en una insolencia que había que condenar a voz en cuello. Basta, en cambio, que el joven rey lance una mirada fugaz a cualquier damisela para que los cortesanos se alegren y denuesten a Maria Mancini.

Muy pronto se organiza un viaje: todos van a Lyon para presentar al rey una muchacha, Margarita de Saboya, posible candidata a la mano de Luis. Él obedece, pero lleva consigo a Maria y evita cuidadosamente cualquier contacto con la reina madre.

Cada noche, durante el viaje, el rey se exhibe en un baile, después de haber tomado una copiosa merienda vespertina, para no tener que cenar con su madre. Luego juega a las cartas con Maria.

Vi que habíamos salido de la villa Spada y nos dirigíamos hacia la puerta San Pancrazio.

En el encuentro con Margarita de Saboya, continuó Atto, Luis se muestra tan frío como un muñeco. Sólo tiene ojos y oídos para Maria. Son inseparables. Cuando viajan, Luis primero sigue a caballo el carruaje de Maria, luego le hace de cochero y al final acaba de pasajero. En las noches de luna, Luis pasea hasta tarde delante de las ventanas de la sobrina de Mazzarino. Cuando va a la comedia, la quiere a su lado, en un palco preparado expresamente. Quienes los acompañan en los paseos ya están habituados a permanecer detrás y a dejar solos a los enamorados, varios metros por delante, para no molestarlos. En la corte ya no se habla de otra cosa. El cardenal y la reina madre, en cambio, callan y dejan hacer.

Toda la corte está estupefacta por el comportamiento insolente del joven rey. Pronto el resultado de las negociaciones es adverso. Humillada, la pobre Margarita llora.

Luego la sorpresa: llega un enviado secreto de Madrid. El rey español ofrece a Luis la mano de su hija, María Teresa, infanta de España.

—Se diría que habéis llevado un diario de aquellos días —comenté disimulando mi curiosidad, ya que sabía que Atto tenía la costumbre de reunir informaciones que luego utilizaba de diversas e imprevisibles maneras.

—¡Yo, un diario! —replicó molesto—. Estaba en misión diplomática oficial, en el séquito del cardenal Mazzarino, que debía concluir la Paz de los Pirineos con España. Con los ojos y con la mente grababa todos los pormenores, eso es todo. Formaba parte de mi deber.

Cuando la corte regresa a París, en febrero de 1659, Luis juzga oportuno festejar

el fracaso del encuentro con Margarita de Saboya.

—En la fiesta había trajes *echancrés* a la moda de los campesinos de Bressannes, ciudadela que el cortejo real había atravesado en el viaje hacia Lyon, con *manchettes* y *collerettes en toile écrue, á la verité un peu plus fine* —explicó Atto con una sonrisita maligna y deliciosa, en una mezcla de francés e italiano—. Mademoiselle y Monsieur vestidos en *toile d'argent* con *passepoils* color rosa, *tabliers* y *piéces de corsage* de terciopelo con la *dentelle* de oro y plata, y eran plumas rosadas, blancas y color fuego las que cubrían sus sombreros de terciopelo negro, mientras el cuello de Mademoiselle estaba abrazado por hileras de perlas, demasiado numerosas para contarlas, y salpicado de diamantes.

Allí estaban mademoiselle de Villeroy, *parée* de diamantes, y mademoiselle de Gourdon, totalmente cubierta de esmeraldas, acompañadas por el duque de Roquelaure, el conde de Guisa, el marqués de Villeroy, el chispeante Puyguilhem (que luego se convertiría en el célebre conde de Lauzun), también ellos vestidos y acicalados con las *houlettes de vernis*, igualmente a la moda de los campesinos de Bressannes. Todo esto constituía otro sello de silencio con que el gran arquitecto que es el Amor festejaba, burlón, las bodas frustradas entre Luis y Margarita de Saboya.

—¿Y la oferta de matrimonio con la infanta de España? —pregunté.

—Todavía no habían empezado las negociaciones. Mazzarino mantenía contactos secretos con los españoles, que poco a poco irían conociéndose. Todo estaba aún por decidir. Además… —añadió Atto pensativo, mientras cruzábamos la puerta San Pancrazio bajo la vigilante mirada de los guardias—. Además, siempre he tenido la impresión de que el cardenal albergaba proyectos muy distintos de los matrimoniales para obligar a España a una paz en beneficio propio. Al menos mientras…

—¿Mientras qué?

En marzo de 1659 ocurre algo imprevisto. Llega a París don Juan de Austria, el hijo bastardo del rey de España.

—Venía de Flandes, donde era gobernador, y se dirigía a España. Recuerdo muy bien aquellos días, porque don Juan llegó de incógnito, a la hora del crepúsculo, y en la corte cundía la agitación. La reina Ana lo recibió en su habitación, y yo mismo asistí al encuentro.

Era un hombre bajo, apuesto, de cabeza hermosa y pelo negro, aunque un poco rechoncho. Su rostro era de aspecto noble y agradable. Vestía un traje gris sobre un justillo de terciopelo a la francesa. La reina lo trató con mucha familiaridad, se dirigió a él casi siempre en español y le presentó al joven rey Luis. En cambio don Juan, hijo del rey Felipe de España, pero engendrado por una actriz, desde siempre demasiado orgulloso de su nacimiento, se comportó con desmedida altivez, lo que decepcionó e indignó a la corte que lo alojaba.

—La misma situación embarazosa se repitió al día siguiente —narró Atto—,

después de que tuvo el honor de dormir en los aposentos de Mazzarino. Don Juan fue al Louvre, donde Ana y el cardenal lo recibieron con amabilidad no correspondida. Monsieur, el hermano del rey, le prestó su guardia, sin recibir a cambio la menor muestra de agradecimiento. Todos estaban asombrados y consternados por la desfachatez del Bastardo. Pero esto no era nada en comparación con lo que sucedería después.

—¿Hubo un incidente diplomático?

Atto suspiró y levantó la vista, como si empujara el rebaño renuente de sus recuerdos al redil de la reflexión lógica.

—Un incidente… no exactamente. Algo distinto. Muy pocos conocen la historia que me dispongo a revelarte.

—No os preocupéis —lo tranquilicé—, no se la contaré a nadie.

—Más te vale, por tu propio bien.

—¿Qué queréis decir?

—Nunca se sabe qué pueden acarrear las informaciones que queman.

Habíamos recorrido un buen tramo de la vía di San Pancrazio. Ya sabía adónde íbamos. Atto me lo confirmó al detenerse. Estábamos frente a la entrada.

—Es aquí. O al menos debería ser —dijo Atto, y me invitó a pasar al Navío.

Nos encontramos otra vez en el hermoso patio, que alegraba el siempre renovado borboteo de la fuente. En esta ocasión, del interior de la villa no llegaba la menor señal de presencia humana; ni música ni ningún vago rumor que pudiera alentar la fantasía.

Avanzamos hacia las alamedas que habíamos explorado la primera vez, junto a las espalderas de los cítricos. El silencio que reinaba por doquier parecía más propicio para la narración de Atto que la amable algazara de la villa Spada. Sólo una tímida brisa acariciaba el follaje más alto de los árboles, únicos testigos de nuestra presencia. Mientras paseábamos por el jardín del Navío, el abate Melani devanaba el hilo del relato.

En el séquito de don Juan, o el Bastardo, como muchos lo conocían, había un extraño ser, una mujer, a la que todos llamaban Capitor.

—Un nombre deformado, porque en realidad se llamaba La Pitora, o algo por el estilo, palabra que en español significa, me parece, «cretina».

Capitor estaba loca. Pero no era una loca cualquiera. Corría el rumor de que pertenecía al singular grupo de locos videntes, esto es, aquellos que captan misteriosamente, en lo más recóndito de una visión distorsionada, destellos de verdades ocultas. El Bastardo la había convertido en una especie de animal doméstico, un juguete para el solaz cruel y grosero de sus soldados, y a veces de los señores.

—Su fama de clarividente, pero también de demente excéntrica y divertida, la había precedido en París —explicó Atto—, hasta el punto de que, poco después de su llegada, preguntaron al Bastardo si la había traído consigo.

Así pues, Capitor se presentó en el Louvre. Vestía de hombre, con el pelo corto, sombrero emplumado y espada. Sus ojos se cruzaban, o dicho de otro modo, era bizca. La piel amarilla y picada de viruelas, en marcada por la cabellera color rata, la nariz aguileña y la ventana que se abría en medio de sus dientes hacían de ella un fenómeno peculiarmente feo. Su cuerpo contrahecho, en forma de pera —los hombros eran minúsculos y delgados, mientras que las caderas se ensanchaban en paréntesis enormes—, contribuía a que pareciese un auténtico adefesio.

Iba siempre acompañada de una bandada de pájaros de todas las especies, que se refugiaban en sus hombros y en la amplia ala de su sombrero: jilgueros, papagayos, canarios y muchos más.

—Pero ¿qué tenía de especial? —pregunté muerto de curiosidad.

—Estaba todo el día en el Louvre —respondió Atto—, donde la reina, el rey y su hermano se divertían mucho bromeando y tomándole el pelo. Replicaba muchas veces con extrañas cantinelas, enigmas sin sentido, poemitas cómicos. Con frecuencia rompía a reír sin motivo, en medio de un banquete o del discurso de un miembro de la corte, como suelen hacer los locos. Pero si alguien la reprendía, adoptaba una tristeza fúnebre y apuntaba el índice contra su opositor chillando anatemas incomprensibles y amenazadores. Después rompía a reír a más no poder y se mofaba con ocurrencias insólitas y verdaderamente divertidas, entre las carcajadas de los presentes, del desgraciado que había creído que podía castigarla. A menudo tocaba las castañuelas y bailaba a la manera de los gitanos españoles. Lo hacía de un modo asaz curioso, sin música de acompañamiento, pero con tal fogosidad que más que un baile parecía un rito arcano. Al final, después de la última pirueta, sudada y jadeante, se dejaba caer en el suelo y terminaba con un alarido ronco de victoria. Todos aplaudían, embrujados y turbados por el magnetismo de la loca.

Desde la llegada a la corte de aquel ser inefable reinaba una atmósfera inusitada. Primero todos creyeron que podrían burlarse de ella, pero luego fue al revés. Con sus extravagancias, sus exhibiciones y sus caprichos, Capitor divertía a todos. Con sólo dos excepciones.

—La loca no tenía temas de conversación preferidos. Mejor dicho, no tenía ninguno. Si estaba triste, permanecía abatida en un rincón y no había manera de hablar con ella. A veces esperaba a que alguien le preguntara algo, por ejemplo: «Hoy hace buen tiempo, ¿verdad?» Si estaba de buen humor y el interlocutor le caía simpático, respondía alguna insensatez, como: «El tiempo no espera al tiempo, porque si no tendría que esperar también a los que ya no tienen tiempo, o dejarlos morir en su no tiempo. Yo no moriré, porque ya estoy en el no tiempo de Capitor. Tú,

en cambio, estás en el tiempo de hoy, que te parece bueno porque crees verlo, cuando lo que realmente ves es la nada de tu no tiempo. ¿Lo habías pensado?»

—¡Eso carece de sentido!

—En efecto. Pero, créeme, cuando aquella loca endemoniada soltaba su cantinela, te quedabas embobado con la sospecha de que había dicho algo sensato, o incluso alguna revelación de la que sólo ella era capaz. Y no era una idea equivocada.

—¿Qué queréis decir?

—La loca, Capitor, tenía… no sé cómo definirlas, digamos, facultades especiales. Me explico. Más de una vez le habían preguntado dónde estaba este o aquel objeto perdido, que su dueño buscaba en vano desde hacía tiempo. Ella lo encontraba en un santiamén.

—¿Cómo?

—Se concentraba un momento, luego iba sin dudarlo detrás de un armario o hurgaba en un cajón, y la cosa buscada estaba allí.

—Dios santo, ¿y cómo hacía para…?

—Hacía cosas aún más extraordinarias. Adivinaba el contenido de sobres cerrados o nombres de personas antes de que se las presentaran. Tenía sueños premonitorios, sumamente detallados y verdaderos. Siempre ganaba a las cartas, porque, decía, veía las figuras en el rostro de los contrincantes.

—Casi parece un caso de brujería.

—Tienes razón. Sin embargo, nadie pronunció nunca esa palabra, que habría provocado un escándalo. Todos tomaban a Capitor por lo que era: un juguete un poco extraño que distraía a la soldadesca del Bastardo y, algunos días, a la familia real. En el Louvre fueron muchos los que se deleitaron con ella durante la estancia de don Juan de Austria. Cuando se marchó, la reina, el hermano del rey y madame de Montpensier le regalaron sus retratos pintados sobre esmalte y adornados con diamantes. Madame La Baziniére, que incluso la invitaba a cenar a su casa, le obsequió una vajilla de plata y cajas llenas de cintas, abanicos y guantes. Como te decía, con ella se divirtieron todos, menos dos personas.

—¿Quiénes?

Abiertamente mimada por el rey y por la reina madre, respondió Atto, Capitor se comportó en París de un modo extraño, pero nunca insolente. Ahora bien, cuando estaba en presencia de Maria Mancini, sacaba siempre el mismo tema: la infanta de España. Es decir, la mujer cuya mano habían ofrecido a Luis.

—Repetía sin tregua: «Qué hermosa es la infanta, qué gran reina será un día, es más hermosa que cualquier otra mujer», y así sucesivamente —canturreó Atto.

Nadie sabía por qué la loca pinchaba con tan irritante insistencia a la sobrina de Mazzarino, que ya no tenía una vida fácil en la corte. Algunos decían que actuaba instigada por los españoles, que temían que la influencia de la joven italiana diera al

traste con la boda con la infanta. Otros juzgaban que, sencillamente, Maria no era del agrado de su rival, con la que tenía en común una naturaleza instintiva y sanguínea, que, como es sabido, es razón de muchas discordias cuando los temperamentos son iguales y hostiles.

Maria no le seguía el juego. Le sobraban los problemas con la corte y no tenía suficiente flema para aguantar esas provocaciones. Reaccionaba con rabia, llamaba «cretina» a Capitor, la insultaba, la despreciaba. La loca respondía tomándole el pelo con crueles poemillas y juegos de palabras rayanos en la obscenidad.

—¿Y quién era la otra persona que no estaba contenta con la presencia de Capitor en París?

—Para responderte debo narrarte un hecho curioso, que es precisamente lo que me interesaba contarte y que me ha obligado a hacer este largo preámbulo.

Ocurrió una tarde muy lluviosa, durante una de esas tormentas repentinas y violentas que pueden impedir que se comercie varias horas y que recuerdan a los humanos la superioridad de las fuerzas de la naturaleza.

Mientras el aguacero arreciaba creando torrentes de fango en las calles de París, en una sala del Louvre tenía lugar una extraña reunión. El Bastardo se había dignado finalmente corresponder a las mil atenciones con que le habían honrado en París y ofrecía a la familia real un pequeño entretenimiento. Capitor entregaría algunos regalos al cardenal Mazzarino, tras lo cual se deleitaría a la familia reinante con un breve intermedio canoro.

—¿Y quién debía cantar? —pregunté intrigado, conociendo el pasado musical de Atto.

—Desde el día que nos conocimos, hace ahora diecisiete años, sabes que en mis años mozos el público me estimaba bastante por mis dotes musicales y que soberanos y príncipes de la sangre me honraban con su atención. Entre ellos, como te conté ayer, la reina Ana apreciaba enormemente mi canto —afirmó el abate Melani.

Recordé al punto que de joven había sido uno de los castrados más aclamados tanto en los teatros como en las cortes de toda Europa.

—Sí, me acuerdo muy bien, don Atto —respondí brevemente, sabedor de que el abate Melani no era muy amigo de hablar de esa parte de su pasado, que no se avenía bien con su actual carrera de asesor político del rey y mensajero diplomático secreto.

—Pues bien, me tocó cantar a mí. Y no fue fácil. Es más, fue una de las exhibiciones más singulares de toda mi vida.

Todos creían que iban a asistir a una escena de la loca, explicó Atto: dos o tres carcajadas, y punto. Los presentes no podían ser más selectos: la reina Ana, Mazzarino, el joven rey, Monsieur su hermano y, por último, Maria, que temía que Capitor le gastase alguna broma de mal gusto, motivo por el cual Luis quiso tenerla a su lado, en un escabel. A cierta distancia, hundido en un sillón, estaba don Juan, con

un servidor.

—A una señal del Bastardo, entraron tres pajes españoles, cada uno con un objeto voluminoso tapado con un paño de terciopelo color sangre. A continuación entramos Capitor y yo, ella rodeada por su habitual corte de pájaros. La loca estaba sonriente y muy contenta de ser ministra del real divertimento.

Los regalos, así velados, se depositaron sobre otras tantas mesas, dispuestas en hemiciclo, frente a la media luna que formaban Ana, Mazzarino y los demás. Se creó así un círculo, en cuyo centro se situó la loca, que abrazaba una guitarra. «Animo, Capitor, muestra al cardenal nuestro reconocimiento», exhortó amablemente el Bastardo. Después de inclinarse en señal de sumisión, Capitor se dirigió al cardenal. «Estos regalos son para Su Eminencia —dijo educadamente—, para que pueda extraer su sentido oculto y presunto, pero también el claro y resplandeciente que hace sabia el alma.»

Descubrió el primer presente. Era un gran globo de madera en el que figuraban todas las tierras conocidas, todos los ríos que las surcan y todos los mares que las rodean. Reposaba en un monumental e imponente pedestal de oro macizo. El Bastardo, lleno de orgullo, explicó que ese globo terráqueo formaba pareja con uno celeste; los había mandado hacer en Amberes y él se había quedado con el que representaba las regiones del cielo, mientras que el otro se lo obsequiaba a Mazzarino.

Capitor hizo girar el globo terrestre, lo rozó con un dedo estirado y con la mirada clavada en los ojos del cardenal recitó un soneto:

> Amigo, mira bien esta figura,
> *et in arcano mentis reponatur,*
> *ut magnus inde fructus extrahatur,*
> y juzga bien su naturaleza.
>
> Amigo, ésta es la rueda de la fortuna,
> *quae in eodem statu non firmatur,*
> *sed in casibus diversis variatur,*
> que bien eleva, o bien baja.
>
> Mira, que aquél ya está en la cumbre,
> *et alter est expositus ruinae;*
> el tercero, en el fondo, de todo bien privado.
>
> *Quartus ascendet iam, nec quisquam sine*
> razón de aquel que obrando ha merecido,
> *secundum legis ordinem divinae.*

—Santo cielo, ¿cómo podéis recordar de memoria el soneto? ¡Han pasado cuarenta años!

—Sabe, muchacho, que aún recuerdo de memoria todo el *Orfeo* de Luigi Rossi,

que tuve el honor de cantar en París ante el rey cuando éste apenas tenía nueve años, en mil seiscientos cuarenta y siete, o sea, hace más de medio siglo. De todos modos, Capitor hizo circular una copia de aquel soneto, creo que con el fin de que el mensaje no pasara inadvertido. Si lo hubieras leído y releído mil veces, como hicimos todos nosotros en los días siguientes, tú también te acordarías hoy sin ninguna dificultad…

—Interpretarlo no me parece tan difícil. La «rueda de la fortuna» alude, obviamente, al globo terrestre que gira.

—Comprenderás que el cardenal vaciló ante aquella dedicatoria sorprendente y un poco descarada.

—¿Por qué descarada?

—Si me has escuchado bien, habrás advertido que el soneto es bastante curioso.

—Para empezar, contiene versos en latín.

—No sólo eso.

—Bueno, además dice algo similar al proverbio «Cuanto mayor es la fortuna, tanto menos segura es»: un día se tiene suerte, y al siguiente el viento puede cambiar.

—Justamente. A Mazzarino, que estaba en el apogeo de su poder, no le hizo gracia oír que, *secundum legis ordinem divinae*, es decir, según el orden de la ley de Dios, antes o después debería resignarse a ceder el mando.

Un cortesano le susurró enseguida al oído que la esfera que imita el mundo (la cual crea la ilusión de poder abarcar con una sola mirada y con una mano todo el orbe terrestre) sugería sutilmente la idea de la posesión de tierras, ciudades y países enteros: la prerrogativa exclusiva de los monarcas. Era como decir que Capitor, don Juan y toda España lo reconocían como soberano de Francia. Tanto más cuanto que el Bastardo había querido precisar que regalaba la esfera terrestre al cardenal, quedándose para sí el globo de las constelaciones. Al cabo, la interpretación halagó a Su Eminencia, que recuperó el buen humor.

Luego Capitor destapó el segundo obsequio. Era un gran y maravilloso plato de oro de estilo flamenco, en el que figuraban, en plata repujada, el dios del mar, Neptuno, con el tridente en la mano como un cetro, y su esposa, la nereida Anfítrite. Sentados el uno al lado del otro en un suntuoso carro del que tiraba una pareja de tritones al galope, hendían gloriosamente las aguas dejando una vasta tierra a sus espaldas.

—Uno de los más bellos platos flamencos que yo haya visto nunca. Debía de valer una fortuna —comentó Atto—. Capitor lo presentó con un nombre muy extraño, que se me quedó grabado, porque no era francés ni español, ni de ninguna lengua de nuestros tiempos, y que te diré luego.

Sobre el plato habían dispuesto pastillas de incienso, que Capitor encendió para que exhalaran su poderoso y noble perfume. Cuando el humo empezó a despejarse, la loca proclamó amenazadora, dirigiendo una grosera sonrisa al cardenal:

—¡Dos en uno!

Había señalado con el índice primero a las dos divinidades marinas, y luego al tridente.

Mazzarino, prosiguió el abate Melani, se sintió bastante halagado. En efecto, como muchos de los presentes, había identificado en las dos divinidades a sí mismo y a la reina Ana, y en el cetro de Neptuno, a la corona de Francia, bien apretada en su puño. Para otros, en cambio, la alegoría marina del carro que surca el inmenso mar dejando la tierra firme, y sobre todo de aquel cetro de tres dientes que empuñaba Neptuno, no aludía a la corona de Francia, sino a la de España, señora del océano y de dos continentes, agotada por la guerra y caída en las manos de Mazzarino. Lo cual deleitó a más no poder a Su Eminencia.

«Aquel que prive a la corona de España de sus hijos, la corona de España lo privará de sus hijos», añadió aún más enigmáticamente Capitor, lo que acalló de golpe los murmullos de los asistentes.

—Estas palabras dieron también lugar a muchas hipótesis. Todos entendimos que la advertencia estaba dirigida al rey Felipe IV de España, cuyos hijos varones morían a tierna edad. Ese hecho se debía, según la mayoría, a que su hermana Ana de Austria había tenido que firmar la renuncia al trono de España, con lo que se había privado a la corona española de la descendencia por la línea femenina; según otros, a que Felipe se obstinaba en no nombrar como su heredero a don Juan el Bastardo, a pesar de que muchos lo deseaban como futuro rey.

Capitor se acercó al tercer regalo. De nuevo levantó de un tirón el paño rojo y lo lanzó lejos.

Esta vez se trataba de una espléndida copa, también de plata y oro, sostenida por un largo pie en forma de centauro.

—Un objeto de finísima factura —comentó Melani—, pero sobre todo simbólico, como los otros dos regalos.

En efecto, la copa estaba llena de una materia densa y aceitosa, como un ungüento. Capitor explicó que era mirra.

—La loca me invitó a acercarme y me tendió el tema musical. Yo conocía la pieza y no había necesitado ensayar. El acompañamiento de guitarra era elemental y hasta los modestos recursos melódicos de la loca bastaban.

—¿Qué cantasteis?

—Una cancioncilla anónima, muy conocida entonces: *Pasacalle de la vida*.

—¿Y gustó?

Atto hizo una mueca en que se mezclaba la amargura del recuerdo con el frío de un mal presentimiento.

—Nada, por desgracia. Es más, fue entonces cuando comenzaron todos los problemas.

—¿Qué problemas?

Por toda respuesta, Atto canturreó con voz discreta pero firme el pasacalle que había entonado más de cuarenta años atrás para la familia real y el hijo bastardo del rey de España, acompañado a la guitarra por una loca visionaria:

Oh, cuánto te engañas
sí crees que los años
nunca se acaban,
y hay que morir.

La vida es un sueño
que muy grato parece,
breve es el goce,
y hay que morir.

Baldía es la medicina,
igual que la quina,
porque no se puede curar,
y hay que morir.

Se muere cantando,
se muere tocando
la cítara o el caramillo,
y hay que morir.

Se muere bailando,
bebiendo, comiendo,
con esa carroña,
y hay que morir.

Los jóvenes, los ángeles
y todos los hombres
deben terminar un día,
y hay que morir.

Los sanos, los enfermos,
los valientes, los débiles,
todos deben terminar,
y hay que morir.

Si tú no piensas en ello,
has perdido los sentidos,
estás muerto y puedes decir
hay que morir.

Se enjugó una gota de sudor de la frente. Parecía revivir los remotos y aterradores instantes en que comprendió que se habían servido de él para lanzar una oblicua advertencia a Mazzarino.

Al final de la canción Atto había dirigido una mirada furtiva a Su Eminencia. El cardenal estaba blanco como el papel. En ningún momento perdió el temple ni dio muestras de irritación, pero el castrado, que conocía perfectamente cada pliegue de su rostro, captó su inconfesado miedo.

—Verás —me explicó el abate Melani—, para conocer bien a los grandes hombres de Estado es menester estar muy cerca de ellos, y durante mucho tiempo, porque los que gobiernan las naciones precisan ser extraordinarios maestros del disimulo, para que nadie pueda penetrar en su naturaleza. Ahora bien, merced a mi posición, tuve ocasión de observar de cerca a Su Eminencia, y durante bastante tiempo. Al cardenal, de carácter intrépido y decidido, sólo lo asustaba una cosa: la muerte.

—No lo entiendo —dije asombrado—. Pensaba que los cardenales, los príncipes y los ministros, que conocen tan bien los secretos y las maquinaciones de Estado, estaban… ¿cómo diría yo…?

—Más libres de esos miedos, porque los distraen las altas tareas del Estado, ¿verdad? Craso error. El poder que esas eminentes personas ejercen no las libra de los fantasmas que acosan a los humildes; es más, sus fantasmas son más numerosos y fuertes. Ello porque todos los seres humanos están hechos de la misma sustancia, y porque los que se elevan entre los sabios y los hombres de influencia se exponen al riesgo de creerse similares a los dioses. Así, resulta arduo resignarse a que Nuestra Señora Muerte llegará antes o después a hermanarnos para siempre con el último de los súbditos.

El cardenal Mazzarino libraba desde hacía tiempo una inútil lucha con el espectro de la muerte, contra la que nada puede hacerse. La macabra canción que Capitor había hecho cantar a Atto parecía elegida para turbar la inquieta conciencia del cardenal.

—La mirra es uno de los presentes que los Reyes Magos hicieron a Nuestro Señor —observé.

—Exacto. Es símbolo de la mortalidad, pues se emplea para asperjar los cadáveres —recalcó Atto.

También el segundo regalo, el plato, ocultaba un mensaje secreto. El incienso que contenía, y cuyo penetrante perfume Capitor había esparcido en el aire, se usa en los lugares sagrados y los Reyes Magos se lo obsequiaron al niño Jesús para reconocer su naturaleza divina.

Así pues, eran varios los aspectos de la persona de Su Eminencia que aquellos presentes evocaban y honraban: su cargo de cardenal y de hombre de Iglesia, representado por el incienso, y su naturaleza de hombre mortal, que simbolizaba la mirra.

—Por último, el pedestal del globo, de oro macizo, era signo de realeza; un homenaje al poder de Mazzarino, concubino de la soberana y señor absoluto de Francia, el reino más fastuoso y poderoso de Europa y del mundo entero —comentó gravemente Melani—, como Nuestro Señor, que fue llamado Rey de Reyes.

Los tres objetos, en conclusión, simbolizaban los tres regalos que Nuestro Señor

recibió en su nacimiento de los Reyes Magos: oro, incienso y mirra. O sea, los símbolos de la realeza, de la divinidad y de la mortalidad.

«Capitor, Su Eminencia te está muy agradecido —la despidió la reina Ana con tono afable y desenfadado, tratando de cambiar de tema y de sacar a todos de su azoramiento—. Ahora dejemos que entre la orquesta.» Y mandó abrir las puertas.

En efecto, fuera de la sala había un nutrido grupo de músicos, cuyos servicios había requerido Monsieur. Además, para aplacar los estómagos después de los oídos, se había dispuesto un refrigerio.

Las puertas se abrieron y los músicos empezaron a entrar en el salón presentando sus respetos y llenándolo de un creciente rumor. Al mismo tiempo, unos lacayos introducían a pulso, resoplando por el esfuerzo, las mesas ya servidas para saciar los apetitos reales. No lejos de allí se apretujaba la ferviente multitud de cortesanos, que esperaban poder entrar y disfrutar de la continuación del entretenimiento.

Toda aquella agitación distraía a Luis, Mazzarino, la reina madre y Monsieur, cuando Capitor, a punto ya de ceder el papel central al concierto y al banquete, volvió por última vez su mirada al cardenal. «Virgen que se casa con la corona trae la muerte —proclamó sonriendo, con tono fuerte y claro—, que se cumple cuando las Lunas alcanzan los Soles del himeneo.» A continuación hizo una reverencia y se mezcló, rodeada por su fiel bandada de pájaros, con las volutas humanas de músicos y sirvientes que se desplegaban por el salón en alegre desorden.

—Sólo entonces renunció don Juan a su altanería —explicó Atto—. Se dirigió al cardenal y a la reina para pedir excusas en nombre de la loca y reconoció que sus exhibiciones eran a veces un esparcimiento poco o nada comprensible. Añadió que, incluso cuando parecía pasarse de la raya, no lo hacía por descortesía, sino arrastrada por su naturaleza inconstante y excéntrica, *et cetera et cetera*.

A una demente podían consentírsele algunas locuras, razonó el abate Melani, pero las extravagancias de Capitor aquella noche parecían amenazas. Y don Juan no quería que pudiera decirse que él le había mandado pronunciar esas palabras hostiles.

La loca vidente había hecho cantar a Atto una canción que habla de muerte y de su carácter ineluctable. Primero había ofrecido al cardenal tres objetos costosos, que le recordaban su condición de cardenal, lo cual era cierto; de rey, lo cual era casi cierto, pero inoportuno, pues era el amante secreto de la reina, y por último, que estaba destinado a la muerte, cosa certísima, pero que a nadie gusta oír dos veces en la misma velada.

El soneto contenía además alusiones (a la inconstancia de la fortuna, a la inminencia de los fracasos…) que nadie se habría atrevido a hacer delante del primer ministro del reino más poderoso de Europa.

Al final, aprovechando la llegada de la orquesta y de los lacayos, Capitor había

desaparecido dejando a Su Eminencia un último mensaje amenazador.

Nadie tenía dudas sobre el sentido de aquellas últimas palabras. La «corona» era, a todas luces, el joven Luis. ¿Quién podía ser la «virgen» de la que hablaba Capitor, sino Maria Mancini?

—La «virgen» parecía una clara alusión a Maria, a la que el rey nunca conoció carnalmente.

—¿En serio? —pregunté asombrado.

—Nadie lo sabía, salvo yo, porque conocía la extremada inocencia de su amor, y el cardenal, que estaba al corriente de cada minuto de la vida del joven rey. Cuando Maria llegó a Roma y se casó con el condestable Colonna, éste me confió poco después de la boda que ella era virgen, lo cual lo había sorprendido bastante pues no le era ajena su relación con el rey de Francia.

Si el matrimonio entre «virgen» y «corona» llegaba a tener lugar, venía a decir la advertencia de Capitor, alguien perdería la vida. Dado que el vaticinio iba dirigido al cardenal Mazzarino, tutor de Maria y padrino de Luis, y por tanto árbitro del destino de ambos, era fácil suponer que ese fin se le predecía a él, e incluso se le deseaba.

Dichas por cualquier otro, las palabras de Capitor podrían parecer un delirio inofensivo. En boca de aquel ser de arcanas facultades adivinatorias, en cambio, parecían la voz de la Dama Negra de la ineluctable guadaña.

—No es fácil explicarlo aquí y ahora, cuarenta años después —dijo el abate—. Cuando aquella asquerosa criatura abría la boca, todo el mundo se estremecía. Pero todos se reían: los necios porque se divertían, los demás porque temblaban.

También Atto, durante la disparatada liturgia de Capitor, debía de haber sentido el azote del miedo, pues había tomado parte, aunque pasivamente y representando un papel secundario, en la puesta en escena destinada a Mazzarino.

En el Navío se había levantado viento y el cielo, hasta entonces inmaculado, parecía oscurecerse ligeramente.

—Sin embargo, vos mismo, don Atto, habéis dicho que se sospechaba que Capitor hablaba inducida por los españoles, que querían el matrimonio entre Luis y la infanta de España, por lo que hostigaban a Maria Mancini. Entonces, el mensaje de Capitor habría sido… ¿cómo diría…?

—¿Una simple amenaza con fines políticos? Es verdad, y algunos así lo interpretaron, pero creo que Su Eminencia no estaba completamente seguro. El hecho es que a partir de ese instante la actitud de Mazzarino hacia Maria y el rey cambió bruscamente; cuando don Juan el Bastardo y su loca se marcharon, se convirtió en un acérrimo enemigo del amor entre los dos jóvenes. Pero hay algo más: Capitor había llamado al plato con un nombre griego. Un nombre que tú ahora también conoces.

—¿Queréis decir…?

—Tetráchion.

Aquel relato me tenía tan absorto que no reparé en el curioso fenómeno que se estaba produciendo desde hacía unos minutos: un repentino y extraño cambio del tiempo, igual al que se había manifestado allí mismo la víspera.

El viento, primero moderado, había cobrado nuevo vigor. Las nubes, que súbitamente habían comenzado a entenebrecer la bóveda celeste, se juntaban rápidamente formando un banco, y luego, un cúmulo. Una poderosa corriente de aire que levantó del suelo hojarasca y polvo nos obligó a taparnos los ojos para no quedarnos ciegos. Como el día anterior, tuve que apoyarme en un árbol por miedo a perder el equilibrio.

Apenas duró unos instantes. En cuanto terminó la breve y singular tormenta, la luz del día pareció más alegre y franca. Nos sacudimos el polvo de la ropa con las manos. Elevé la vista al sol y me deslumbré más de lo que había esperado: había casi tanta luz como a nuestra salida de la villa Spada.

—Qué curioso es el tiempo por aquí —comentó Atto.

—Ahora caigo —dije—. La primera vez que mencionasteis el Navío, dijisteis que aquí había «objetos».

—Te felicito, tienes buena memoria.

—Los regalos de Capitor —agregué.

No dijo nada. Se estaba dirigiendo hacia el portal.

—Está abierto —observó.

Alguien había entrado en el Navío. O tal vez, me dije, había salido.

Mientras atravesábamos la sala de la planta baja, las notas del tema musical que habíamos oído la primera vez, la folía, llegaron a nuestros oídos. Entretanto, no pude menos que asediar a Atto con nuevas preguntas.

—Perdonad, pero ¿por qué creéis que los regalos de Capitor se encuentran aquí?

—Se trata en parte de hechos concretos y en parte de una deducción inevitable.

La sombría predicción de Capitor, explicó Atto, había corrido por la corte a la velocidad del rayo. Nadie tuvo el valor de ponerla por escrito, porque se decía que había aterrorizado al cardenal. Incluso los memorialistas más meticulosos prefirieron callar, porque sus memorias estaban hechas para circular y ser leídas en la corte, no para permanecer en la clandestinidad.

Pero el silencio no bastaba. Mazzarino estaba obsesionado por el problema de cómo conservar el poder a expensas del joven rey Luis, quien tarde o temprano —lo sabía perfectamente— lo pondría en un brete. Después de la oscura profecía de Capitor, cada noche recibía la visita de nuevos y negros fantasmas.

—Como te he dicho —subrayó Atto, no sin ironía—, el cardenal siempre había estado seguro de que viviría mucho, mucho tiempo.

Desesperadamente aferrado a las glorias del mundo, como un molusco a una roca,

había terminado por confundir la roca con la vida misma, cuando era ésta la que le daba las fuerzas para apretar las valvas.

—Recuerda, chico: los grandes hombres de Estado son como conchas aferradas al escollo. Miran los peces deslizarse de un lado a otro y se dicen: «Pobres miserables, perdidos y sin meta, sin una buena roca que morder.» Pero si un día les da por pensar que tienen que soltarse de la roca, se espantan. Y no se dan cuenta de que ahí viven presos.

Desde luego, esas palabras no revelaban el pensamiento del fiel servidor de Mazzarino que había sido Atto cuarenta años atrás. Ni eran propias de la índole ansiosa y sedienta de gloria que yo le conocía. Eran las reflexiones de alguien que se halla en la última estación de la vida y comienza a enfrentarse al mismo problema que había devorado a Mazzarino hasta el último momento: ¿debía la concha abrirse y soltarse de la roca?

—¿Has sido tú? —preguntó.

—¿El que ha hecho qué, don Atto?

—No, tienes razón, venía de fuera —dijo dirigiéndose a una de las ventanas que daban al patio de entrada.

Lo seguí y yo también miré: nada.

—Era como ruido… de pisadas presurosas sobre la grava o la tierra —precisó Atto.

Entonces, casi mezclado con las notas de la folía, lo oí yo también. Parecían pasos apresurados en una alameda, en aquella alameda. Iban y venían. Luego cesaron.

—¿Salimos? —propuse.

—No. No sé cuánto podremos permanecer aquí dentro. Antes debo estar seguro de algo.

Encontramos la escalera de husillo, o de caracol, que llevaba a la primera planta.

Entretanto Atto proseguía con su relato. Mazzarino no podía aguantar demasiado tiempo aquel estado miserable. Había perdido la omnipotente seguridad que lo guiaba y sostenía desde que había derrotado la revuelta de la Fronda. Temía al futuro, una sensación desconocida y que no sabía gobernar. Tenía en su poder aquellos objetos, los regalos de Capitor, y todos lo sabían. No resultaba nada fácil desembarazarse de ellos, como si fueran el botín de un robo. Para no tenerlos siempre a la vista, los había metido en un arcón.

De aquella historia no había vuelto a hablar con nadie. Quería olvidarla y, sin embargo, no hacía más que pensar en ella. Nunca, a pesar de su ascendencia siciliana, había dado crédito al mal de ojo, pero si el influjo maléfico existía, pensaba, de seguro lo tenían aquellos tres chismes.

Al final se decidió. Si los tres regalos de Capitor no podían cambiar de dueño, debían al menos desaparecer, irse lo más lejos posible.

—Se los confió a Benedetti. Le encargó que los guardara en Roma, adonde Mazzarino no venía nunca. Además, Su Eminencia no quería que estos obsequios estuvieran en ninguna de sus propiedades.

—¿No habría sido más sencillo destruirlos?

—Sin duda, pero nunca se sabe cómo pueden acabar estas cosas. ¿Y si un día tenía que encargar a un nigromante que dispersase el poder mágico de los tres objetos? Si los destruía, ya no podría volverse atrás. Todo era absurdo, pero a Mazzarino no le gustaba el riesgo, por mínimo que fuese. Los regalos debían permanecer al alcance de su mano.

—Así pues, Benedetti los guardó aquí —deduje.

—En realidad, cuando el cardenal le hizo el encargo, el Navío aún no existía, como ya te he explicado. Pero ahora llego al meollo del asunto.

Tal era el desasosiego que producía al cardenal el recuerdo de la loca visionaria de Capitor, amén de la absurda historia de los tres regalos, que dudó hasta el final entre conservarlos o alejarlos de su lado. Cuando decidió confiarlos a Benedetti, su ansiedad seguía siendo inmensa. Así pues, tomó una segunda decisión que, en otras circunstancias, habría sido inconcebible en un hombre práctico como él, realista y que se reía de conjuros y supersticiones.

—Como no sabía si había procedido bien, antes de desprenderse de ellos los mandó retratar.

—¿Mandó hacer un cuadro, queréis decir?

—Quería conservar al menos su imagen. Te parecerá estúpido, pero es así.

—¿Y quién pintó el… retrato de los tres regalos?

—En aquel entonces había un flamenco en París, un pintor muy diestro. Los flamencos, como quizá sepas, son excelentes con las naturalezas muertas, las mesas puestas, las composiciones florales y cosas por el estilo. El cardenal le hizo pintar con celeridad un retrato de los regalos. Yo, por desgracia, nunca lo he visto. Pero sí los regalos, incluido el Tetráchion —concluyó, confirmando implícitamente que estábamos en el Navío para recuperarlo.

—No entiendo. A mí nunca se me habría ocurrido hacer pintar el retrato de tres cosas inanimadas, que además, ¿cómo diría…?

—¿Traen mala suerte? Por supuesto que no. Sin embargo, el Bastardo había explicado al cardenal que él había hecho lo mismo: en Amberes, antes de ir a París, para su deleite había mandado pintar un cuadro de los obsequios, pero con el globo celeste en lugar del terráqueo, que se hallaba en el taller de un orfebre para que le colocaran el pedestal de oro macizo.

Así, después de haber ido a aquella villa tras los pasos de los tres cardenales y de sus encuentros reservados con vistas al próximo cónclave, ahora descubría que también era la depositaria de los secretos de otra tríada: los obsequios de Capitor.

Caí en la cuenta de que se había producido un cambio sustancial en las palabras de Atto. El abate había vuelto a Roma declarando que quería permanecer en la ciudad hasta el próximo cónclave para encauzarlo en beneficio del rey de Francia, pero al mismo tiempo me había ocultado —cosa de veras singular— el otro gran acontecimiento político del momento: la lucha política y dinástica por la sucesión al trono de España. El asunto, empero, le interesaba sobremanera, como había descubierto yo leyendo clandestinamente sus cartas a la condestablesa. Y ahora por fin el abate descubría en sus palabras ese secreto interés. No era casual que, al mencionar yo el misterioso Tetráchion y relacionarlo con la sucesión española, hubiera saltado como un animal herido y no hubiera pensado sino en llevarme al Navío para buscar el rastro del misterioso objeto. Siempre que se tratara de un objeto, como observé.

—Perdonad, don Atto, pero hay algo que se me escapa. La doncella española de la embajada habló del Tetráchion como del heredero al trono de España; por lo tanto, como de una persona. Según vos, en cambio, es un objeto.

—Sé lo mismo que tú —zanjó sin más.

La respuesta no me bastaba. Me disponía a hablar de nuevo cuando sonó un ruido, que esta vez me sobresaltó a mí. Lo había oído claramente, muy distinto del débil eco de la música.

—¿Habéis sido vos?

—No. Lo sabes perfectamente.

Había llegado el momento de echar una ojeada y descubrir quién merodeaba por ahí.

Desde la ventana central del salón se los veía bastante bien. Estaban abajo, en el jardín. Él era un joven no demasiado alto y bastante desgarbado. Lo observé a mis anchas: no era nada feo, pero sus ojillos parecían buscar su sitio en el óvalo del rostro; los rasgos eran gomosos, y la nariz, demasiado gruesa e hinchada. Tenía esa edad inmadura en que el cuerpo, rehén de fuerzas primaverales y desordenadas, se dilata desde el interior y casi hace estallar la corteza tierna de la niñez.

Su andar, inseguro y nervioso, delataba un intento artificial de exhibir modales galantes, así como las ganas de los adolescentes bien educados de actuar al fin en libertad.

En cuanto a ella… Desde donde estábamos (teníamos la nariz pegada a las ventanas, pero nos hallábamos demasiado a la izquierda) sólo la veía de refilón, pero la conocía perfectamente del encuentro del día anterior.

Él le ofrecía el brazo, de sopetón lo retiraba para adelantarla y se ponía a andar de espaldas gesticulando animadamente para acompañar alguna amabilidad. Jugando, se llevaba la mano a la empuñadura de la espada, remedaba actos de heroísmo,

reclamaba duelos.

Ella reía y lo dejaba hacer. Caminaba ligera, de puntillas como una bailarina, haciendo girar un quitasol de encaje rosa, mágica copa en la que recogía las palabras de él. Tenía la cabellera levemente desordenada, prueba de los muchos besos recién dados o del deseo ardiente de recibirlos enseguida, detrás del siguiente recodo.

Nos llegaban sólo fragmentos de su conversación.

—Yo quisiera… si sólo supierais… —oí decir al joven, cuya voz se confundía con el murmullo de las frondas.

—Majestad, cuando vos… podrá ocurrir… —fue cuanto entendí de lo que ella dijo.

Me volví hacia Atto.

Se había apartado unos pasos de la ventana y observaba a los jóvenes con la rigidez de un ídolo de piedra, los ojos vidriosos, la mandíbula endurecida y los labios apretados.

Cuando volví a mirar a la pareja, había desaparecido detrás del seto más cercano.

Seguimos unos instantes más con la vista clavada en el lugar donde se habían esfumado.

—La muchacha… se parecía mucho a la del retrato juvenil de la condestablesa —dije vacilante—. También el rostro del joven me resultaba familiar.

Atto guardaba silencio. Volvía a oírse el motivo de la folía.

—Quizá lo haya visto retratado en una estatua… ¿es posible? —añadí sin atreverme a expresar abiertamente mi impresión.

—Se parece, en efecto, a un busto que hay ahí fuera, en la fachada principal del Navío, en un nicho, pero sobre todo recuerda un retrato que has visto aquí dentro.

—¿Cuál?

No respondió. Tras exhalar un suspiro, descargó por fin el peso que, sin que yo me percatara, había llevado hasta entonces en su interior.

—En este maldito lugar hay cosas que no consigo entender. Es probable que el subsuelo emane vapores poco salubres; sé que ocurre en algunos sitios.

—¿Queréis decir que podríamos ser víctimas de alucinaciones?

—Puede ser. Sea como fuere, hemos venido aquí con un propósito y no permitiremos que nadie nos estorbe. ¿Queda claro? —exclamó levantando repentinamente la voz, como si alguien entre aquellas paredes estuviera a la escucha.

Se hizo nuevamente el silencio. Atto se apoyó contra la pared farfullando en voz baja alguna oscura imprecación.

Esperé a que se hubiera calmado y entonces planteé la pregunta.

—Se parecía a él, ¿verdad?

—Subamos —repuso con tácito asentimiento.

No obstante las numerosas historias de fantasmas, apariciones y manifestaciones

de espíritus que todos conocemos desde la más tierna infancia, siendo además fenómenos con los que tarde o temprano topamos debido al poder de sugestión, yo jamás había tenido ocasión de observar un suceso tan singular.

Mientras subíamos por la escalera de caracol que conducía al primer piso, rumiaba sobre lo absurdo de aquellas visiones: primero Maria Mancini, es decir, la joven condestablesa, o quien fuese, en compañía de un maduro caballero; ahora, manteniendo una conversación galante (esto sí resultaba ridículo e inimaginable) con el regio amante que Atto Melani le había atribuido en sus relatos. Primero había visto la efigie en mármol del joven, luego su retrato (en el Navío había más de uno) y, por último, a él en carne y hueso, siempre que realmente fuera de carne y hueso el ser atolondrado y tímido que había creído ver en el jardín.

Habría querido creer a pies juntillas en la hipótesis de Atto, la de que no eran más que alucinaciones fruto del aire malsano que rodeaba a la villa. Ahora bien, mientras el mármol de las escaleras lo sentía firme bajo mis pies, percibía la atmósfera de aquellas apariciones evanescente y peligrosa. Habría preferido evadirme en el sueño, pero estaba suspendido a medio camino, empantanado en una ciénaga cambiante, donde el pasado parecía estancarse dichosamente y entrelazar por unos instantes ante mis ojos confundidos, como en un juego de luces, los hilos rotos de la historia.

Pero todavía no había llegado la hora de encontrar las respuestas, pues estábamos buscando las huellas de un espectro bien distinto: el fantasma de los miedos de Mazzarino.

La escalera que llevaba a la primera planta estaba en el salón, en el extremo opuesto a la entrada y sobre el lado que daba a oriente. Cuando llegamos al último tramo, quedé consternado.

Nos encontrábamos en una enorme galería, que estimé de no menos de ciento treinta palmos de largo y veinte o más de ancho. Todo el suelo estaba enlosado con finas mayólicas de tres colores, cada una de las cuales parecía un dado con la cara en relieve. Las paredes estaban cubiertas de estucos, todos ricamente dorados con pintura, que atraían naturalmente la vista hacia el techo con un hábil juego de espirales. En la bóveda gigantesca vimos un maravilloso fresco que representaba a la Aurora. El propio Atto no pudo contener palabras de admirado estupor.

—La *Aurora* de Pietro da Cortona… —dijo con el rostro hacia lo alto, olvidando por un momento nuestras pesquisas y las presencias inquietantes con que nos habíamos tropezado.

—¿Conocéis la obra?

—Cuando se pintó, hace más de treinta años, toda Roma supo que había nacido una maravilla —afirmó con reprimida emoción.

Después de la Aurora, en la siguiente sección del techo había una representación

del Mediodía, y a continuación una de la Noche. Los tres frescos seguían así sugestivamente el recorrido de la luz diurna, desde las claridades del alba hasta las penumbras del ocaso. En los frentes, nichos y cuadros de menor tamaño contenían claroscuros, marinas y muchas aldeas de deliciosa factura.

En los espacios entre las ventanas, sobre los lados largos, se exhibía una armería noble y erudita: doce grandes trofeos de armas antiguas y modernas hechas de estucos empotrados en bajorrelieves de metal dorados, cada una con un lema moral que indicaba el valor de defensa del cuerpo y el espíritu. Las admirables cornucopias guardaban delicadamente espadas y cañones, viseras y quijotes, bandoleras y cimitarras, venablos, lorigas, morteros, hondas, manguales, picos, tercerolas, rodelas, hachas, estandartes, saetas, aljabas, morriones, arietes, timbales, teas, togas militares y muchas cosas más.

—Toda esta chatarra le encantaría a Sfasciamonti —observó el abate Melani.

Cada objeto estaba decorado con un dicho latino.

—*Abrumpitur si nimis tendas*. «Si lo estiras demasiado, se rompe» —tradujo Atto leyendo con una sonrisita la inscripción grabada en un arco.

—*Validiori omnia cedunt*. «El más fuerte puede con todo» —descifré a mi vez el dicho que figuraba en un cañón.

—Es increíble —comentó—, no hay rincón, capitel ni ventana del Navío que no tenga algún proverbio.

El abate se alejó sin esperarme. Movía la cabeza, seguramente dándole vueltas a una idea. Le di alcance.

—Lo más absurdo es que entre estas paredes tapizadas con lemas tan sabios, ¿qué música suena? —prorrumpió en voz alta—. ¡La folía, la locura!

Tenía razón. El motivo de la folía, que me parecía ejecutado con un instrumento de arco, apremiaba cada vez más, como si nos acompañase en la lectura de las inscripciones.

La inopinada revelación de aquella paradoja sumió mi mente en un torbellino de interrogantes y pensamientos cuyo sentido no atinaba a discernir.

—¿Ya no sois, pues, de la opinión de que nos lo hemos imaginado todo? —pregunté.

—La mantengo —se apresuró a responder—. De todos modos, lo más probable es que la música llegue hasta nuestros oídos desde alguna villa cercana, donde alguien debe de estar improvisando sobre el tema de la folía.

Dicho esto, Melani siguió avanzando. En los lados largos de la galería había siete ventanas. Las centrales tenían dos balcones que daban a ambos extremos del jardín, a oriente y a occidente.

Nos volvimos hacia el extremo de la galería orientado al sur, hacia el camino. Terminaba en un mirador semicircular, en cuya fachada exterior se destacaban

grandes ventanas en forma de arco. Más allá, sobre una plataforma saliente que se apoyaba en la muralla lindante con el camino, había una fuente. Estaba formada por dos sirenas que levantaban una esfera de la que brotaba un potente chorro de agua. Mientras disfrutaba de aquella visión, volvía la mirada atrás y captaba, en la bóveda del mirador, un fresco de la Felicidad rodeada de los Bienes que la acompañan. El humilde gorgoteo de la fuente, despreocupada de su soledad, irradiaba su dulce murmullo por toda la primera planta. Sobre las fachadas laterales de ésta, en el murete de los balcones, había otros dos manantiales artificiales (uno ya lo habíamos oído desde el patio de entrada), que con el del mirador, mayor y más hermoso, formaban un triángulo mágico y alegre de aguas susurrantes y argentinas, que llenaban toda la galería con su rumor.

—¡Mirad! —exclamé de pronto.

En un postigo de la puerta que llevaba a uno de los dos miradores con las fuentes estaba íntegramente reproducido el soneto de Capitor sobre la fortuna.

LA FORTUNA
Amigo, mira bien esta figura,
et in arcano mentis reponatur,
ut magnus inde fructus extrahatur,
y juzga bien su naturaleza.

—¡He aquí el primer indicio! —exclamó el abate triunfante, después de leer los primeros versos.

—Quizá los tres obsequios de Capitor que buscamos no se encuentren lejos de aquí.

Seguimos echando un vistazo en rededor. Advertimos que también todo el mirador semicircular, como los entrepaños y los postigos de las ventanas de la galería, estaban cubiertos de proverbios y lemas. Elegí uno al azar.

—«Las desgracias de los pueblos se derivan de los odios particulares de los grandes» —leí en voz alta.

Atto me miró con cierta sorpresa. ¿No era justamente eso lo que me estaba enseñando con su relato sobre la infelicidad amorosa del Rey Sol, que se había convertido a la postre en fuerza destructiva?

—Mira —dijo de pronto, con la voz sofocada por la sorpresa.

Pendientes hasta entonces sólo de los frescos, los lemas, los triunfos de armas y el mirador redondeado con su fuente, dirigimos al fin la mirada al extremo opuesto de la galería, orientada hacia el norte.

A pesar del tiempo transcurrido y de las inusitadas experiencias que se sucedían

sin cuento, aún recuerdo perfectamente el mareo que me sobrevino.

La galería no tenía fin. Sus lados se prolongaban en paralelo hasta converger en el infinito, y tuve la sensación de que mis pupilas, arrancadas de las órbitas, se proyectaban inermes en aquel abismo. Desconcertado por el insoportable resplandor de la luz exterior, vi que las paredes se fusionaban con los triunfos de armas, con los frescos de la bóveda y, por último, con la poderosa, solemne y temible imagen que se recortaba en el horizonte, fijada en el ventanal como en la mira de un cazador: la colina del Vaticano.

—Muy bien, Benedetti, muy bien —comentó Atto.

Necesitamos unos minutos para darnos cuenta de lo que había sucedido. El extremo septentrional de la galería estaba constituido por una pared donde se abría un ventanal, que daba a un mirador cuadrangular. El muro en torno al ventanal estaba revestido de espejos, que duplicaban y prolongaban la galería hasta el infinito. Sin embargo, el efecto únicamente se conseguía desde un punto de observación bastante alejado y equidistante de ambos lados largos. En medio de la pared, y por ende en el foco de la perspectiva de ese embudo arquitectónico, estaba la vista de los palacios vaticanos; bastaba acercarse al ventanal para abarcar también la cúpula de la basílica de San Pedro.

Aquella villa en forma de navío apuntaba su proa, pues, hacia la sede del papado. La duda residía en si aquella coincidencia era una señal piadosa o amenazadora.

—No lo entiendo. Es como si mirásemos por el cilindro de un cañón, como si desde aquí pudiéramos disparar contra los palacios vaticanos —comenté—. Vos conocisteis a Benedetti. En vuestra opinión, ¿es casualidad o no que el Navío tenga esta orientación?

—Diría que…

Se interrumpió. De pronto oímos ruido de pasos en el jardín. Sin querer mostrarse inquieto, pero olvidándose de lo que se disponía a responder, Atto empezó a pasearse nerviosamente por la habitación.

Exploramos las estancias que flanqueaban la galería, que eran cuatro. Primero había una pequeña capilla y a continuación, un baño. Encima de la entrada de aquélla se leía la inscripción *Hic anima*; encima de la de éste, *Hic corpus*.

—«Esto es para el alma», «Esto es para el cuerpo» —tradujo Melani—. ¡Qué bromistas!

El baño, ricamente amueblado y decorado con estucos y mayólicas, disponía de dos lavabos, en los cuales el agua era dispensada por dos grifos: sobre uno de ellos rezaba *calida*, y sobre el otro, *frigida*.

—Agua caliente y fría, a elección —comentó Atto—. Increíble. Ni los reyes cuentan con estas comodidades.

Volvimos a oír ruido de pasos en el exterior. Parecían ligeramente más apresurados que los anteriores.

—¿De veras no queréis salir a ver si los dos…? En definitiva, ¿quién hay fuera?

—Por supuesto que sí —respondió Atto—, pero primero quiero terminar de explorar esta planta. Si no encontramos nada interesante, pasaremos a la de arriba.

Como era previsible, también la capilla estaba decorada con dichos sagrados, desde las paredes hasta los postigos de las ventanas. Atto leyó uno al azar.

—*Ieiunium arma contra diabolum*. «El ayuno es un arma contra el diablo.» Habría que recordárselo a Sus Eminencias cuando se ceban en casa del cardenal Spada.

Las otras dos estancias eran pequeñas y estaban dedicadas al papado y a Francia. En la primera estaban los retratos de todos los Pontífices; en la segunda, las efigies de los reyes de Francia y de la reina Cristina de Suecia. Una placa descollaba en cada puerta: *LITERA* en la de los Papas, *ET ARMA* en la de los reyes.

—A los Papas, el cuidado del espíritu; a los reyes, la defensa del Estado —explicó Atto—. Benedetti no era desde luego un amante del poder temporal de la Iglesia —comentó con una risita socarrona.

En las paredes de la pequeña habitación dedicada a Francia había espléndidos tapices con escenas bucólicas, que atrajeron la atención del abate Melani. En el primero se veía a una pastorcilla y, al fondo, a un sátiro que intenta raptar a otra tirándola del pelo, pero no lo consigue porque ésta lleva una peluca. En el segundo, un joven con arco y flechas se inclina sobre una ninfa herida en el costado y vestida con una piel de lobo, todo ello dentro de un marco floral salpicado de cartones y medallones en relieve.

—Éstas son Corisca y Amarilis, y aquélla, Dorinda herida. Son dos escenas de *El pastor Fido*, la celebérrima tragicomedia pastoral del caballero Guarini, que desde hace más de un siglo tiene una gran acogida en todas las cortes cristianas —afirmó con satisfacción—. Tienes ante ti, chico, dos de los más hermosos tapices de las manufacturas de Francia. Vienen del faubourg Saint Germain y están admirablemente tejidos por las diestras manos de los Van der Plancken, o De la Planche, si lo prefieres —precisó con tono de fino experto—. Yo mismo se los hice comprar a Elpidio Benedetti, cuando vino a Francia hace más de treinta años.

—Son francamente bellos —convine.

—Originariamente eran cuatro, pero por consejo mío Benedetti obsequió dos de ellos al palacio Colonna para Maria Mancini, que entonces estaba en Roma. Sólo yo sabía cuánto le agradarían. A mi regreso a la ciudad, vi que los había colgado en su habitación, justo frente a su escritorio. Siempre ha amado el riesgo: ¡durante años los

tuvo delante de las narices de su marido, sin que él se diera cuenta de nada! —dijo con una risita burlona.

—¿El marido nunca se dio cuenta de que esos tapices estaban colgados? —pregunté sin entender.

—No, quería decir que nunca descubrió… En fin, olvídalo —respondió Melani con un aire repentinamente evasivo.

—Supongo que *El pastor Fido* era una de las lecturas preferidas de Maria Mancini y del rey en la época de su relación —aventuré tratando de encontrar un sentido a las palabras de Atto.

—Más o menos —farfulló, y se alejó bruscamente de los tapices fingiendo interés por un cuadro que representaba una escena pastoral—. En aquel entonces era la lectura preferida de muchos. Es un drama muy famoso, ya te lo he dicho.

El mismo abate se dio cuenta de su actitud reticente.

—Detesto airear los secretos de amor de Maria y de Su Majestad ——declaró con tono cómplice—, sobre todo los que compartían cuando estaban solos.

—¿Solos? Pero si vos los conocéis… —observé vacilante.

—Sí. Yo y nadie más.

Me pareció sumamente curioso que Melani manifestara escrúpulos de conciencia. Nunca había dado muestras de tenerlos cuando me contaba complacido los episodios secretos e íntimos de la vida del Rey Cristianísimo. Al contrario…

Estaba a punto de decir algo, cuando oí los pasos de antes. Subían a una velocidad alarmante. Nos volvimos hacia la escalera de caracol, situada en el extremo opuesto del salón.

Tiesos como dos bacalaos y paralizados por un miedo que ninguno quería confesar, esperamos a que la presencia extraña se manifestase. El eco de los pasos que subían por los escalones se dispersaba de tal modo en la galería que no habríamos sabido hacia qué lado volvernos si no hubiéramos conocido la ubicación de la escalera. Las pisadas se acercaban cada vez más, tanto que se podía jurar que habían llegado a la altura de la galería. Luego cesaron. Ambos mirábamos fijamente el extremo opuesto de la galería. No había nadie.

Acto seguido la sombra se alzó entre nosotros, enorme e inconcebible. Nos había engañado. El ser estaba ahí, a nuestras espaldas, en el umbral del mirador desde el que se avistaba el Vaticano.

En el preciso instante en que me preguntaba cómo había podido materializarse de esa forma, en absoluto silencio, sentí que sus garras me apretaban el hombro izquierdo y supe que no tenía defensa.

Aterrorizado, volví ligeramente la cabeza y vi al fantasma. Era un individuo flaco, aquilino y mal vestido. Tenía los ojos hundidos, la piel tensa. Ni siquiera hizo falta

bajar la mirada para saber el resto. Bastaba el olfato: del cuello al bajo vientre, su camisa chorreaba sangre.

—¡Buvat! —exclamó Atto—. ¿Qué hacéis aquí?

El secretario no respondió.

—Tu… tu mujer —susurró el pálido espectro vuelto hacia mí—. Corre… de inmediato.

Se apoyó contra la pared. Luego se deslizó al suelo y se desvaneció.

Tercera Noche

9 DE JULIO DE 1700

Corrí hasta quedar sin aliento. Sostenido por la escasa luz que quedaba y por las primeras brisas vespertinas, cubrí la breve pero no ínfima distancia que separaba el Navío de la villa Spada a una velocidad a la que ni siquiera el miedo a mi propia muerte habría podido impulsarme. «Cloridia, Cloridia», me repetía angustiado. «Y las niñas, ¿dónde estarán?» Había labrado en mi mente todo el trayecto que debía hacer con el cincel de la aflicción: franquear la entrada principal de la villa, recorrer la alameda, entrar en el casino, tomar un par de atajos interiores, subir al primer piso, ir a los aposentos de la princesa de Forano…

Sin embargo, no bien el muro de la villa Spada apareció ante mi vista, comprendí que me resultaría muy difícil lograr mi propósito. Delante de la villa reinaba la mayor confusión. En la explanada donde se abrían las verjas de honor, desde hacía horas atestada de carruajes, fámulos, parásitos y servidores, hacía su ingreso el cortejo de uno de los principales invitados a la boda: Luis Grimaldi, príncipe de Mónaco y embajador del Rey Cristianísimo de Francia.

Traté de abrirme paso hacia la entrada de la villa, pero me lo impidió la multitud de aldeanos y pueblerinos deseosos de ver a personajes de postín. Todos querían echar al menos un vistazo a los cardenales, los príncipes y los embajadores invitados a la boda. La aglomeración no hacía más que aumentar por las personas que entraban y salían de la villa, bajo la vigilancia de dos guardias armados. Al otro lado de las verjas la muchedumbre era indescriptible, el estruendo, insoportable; Ofuscaba la vista la polvareda que levantaban los cascos de los caballos; el gentío ondulaba perezosamente, en vano espoleado por quienes (cocheros, palafreneros, escoltas) hacían maniobras o entraban en la villa.

—¡Permiso, permiso! ¡Soy un criado de la villa Spada, dejadme pasar! —vociferé como un enajenado tratando de abrirme camino, pero nadie me oía.

En ese instante un coche dio marcha atrás; dos muchachas lo esquivaron milagrosamente dando gritos y una tropezó conmigo. Caí al suelo y, en el intento de agarrarme a algo, arrastré conmigo a no sé qué desgraciado, que a su vez derribó a su vecino. Así acabé atrapado en un extraño montón de piernas y brazos. Al levantarme constaté que tan nimio incidente había dado lugar a una riña. Dos palafreneros se estaban moliendo a palos. Dos cocheros se daban empujones y, cuando uno de ellos blandió su cuchillo, alguien se puso a llamar a gritos a los esbirros. El cortejo del príncipe de Mónaco se detuvo, tambaleándose y rechinando como una única y

enorme carroza.

Sin hacer caso de la pelea, reanudé la carrera hacia mi Cloridia, con el corazón en un puño. Sin embargo, los carruajes me cerraban el camino hacia la entrada y era imposible pasar. Así pues, me mezclé en la reyerta para tratar de colarme por una selva de piernas, botas y zuecos. Recibí primero un codazo en el pecho, luego un empellón de un crío. Bajé la cabeza, listo para embestir. Los grandes ojos del chiquillo me miraron estupefactos e inermes. Me lancé al ataque.

En vez de chocar con un vientre muelle, mi frente se estrelló contra una superficie espaciosa pero firme. Era una mano, enorme e invencible, que me aferró por el pelo y me levantó la cabeza a la fuerza.

—¡Por todas las culebrinas! Muchacho, ¿qué haces aquí? ¡Tu mujer te necesita con urgencia!

Sujetándome aún por el pelo, Sfasciamonti me miraba divertido y sorprendido.

—¿Qué le ha sucedido a Cloridia? —exclamé.

—A ella nada. En cambio, a la princesa de Forano le ha pasado algo bueno. Ahora, ven.

Me subió sobre sus poderosos hombros y me llevó hacia la verja de la villa. Desde aquella posición, como un nuevo Aníbal a la grupa de su elefante, pude contemplar todo el panorama. La multitud murmuraba y se agitaba de nuevo: desde su carruaje, el príncipe de Mónaco lanzaba; dinero al pueblo. Con un amplio gesto teatral, sacaba monedas de una faltriquera y las arrojaba a decenas, derramando sobre las cabezas del público chorros dorados. Su rostro delataba el sumo placer que experimentaba al ver cómo la plebe se pegaba y pugnaba por lo que para él no significaba nada.

—El príncipe de Mónaco es un auténtico fanfarrón —susurró Sfasciamonti mientras pasábamos delante de los guardias armados que había en la puerta de la villa y por fin entrábamos—. El dinero se lanza al pueblo desde el balcón del palacio de uno, no delante de las villas ajenas.

—¿De modo que Cloridia está bien? —pregunté, ahora algo más tranquilo, tras bajar de sus hombros—. ¿Y mis niñas?

—Todas están perfectamente. ¿No te lo ha dicho Buvat? La princesa de Forano ha tenido un hermoso varoncito. Tu mujer necesitó ayuda cuando la asistía en el parto. Mientras esperaba a que llegaran tus hijas, preguntó por ti. Nadie sabía dónde estabas, y entonces Cloridia dijo que buscaran al abate Melani. Como tampoco nadie conocía el paradero de éste, Buvat ofreció sus servicios. Lo primero que le pidieron fue que retirase las sábanas manchadas de sangre, y se ensució la camisa. Entonces se puso pálido, dijo que no soportaba la vista de la sangre y fue a buscaros. A propósito, ¿dónde estabais?

En ese momento arqueamos las cejas con estupefacción al ver que hacía su entrada el cortejo de la novia, la joven Maria Pulcheria Rocci. El séquito contaba con nada menos que once carruajes, amén de muchos otros más enviados por cardenales, embajadores, príncipes y grandes caballeros de la corte de Roma.

Un tiro de honor de seis abría la marcha, seguido por las tres primeras comitivas, compuestas de carruajes y carros de ornamento. Todas merecen recordarse y describirse, aunque yo sólo pude verlas parcial y limitadamente debido a mi baja estatura.

En la primera, muy aplaudida, viajaba la novia. La caja del carruaje era completamente dorada, con figuras de tamaño natural del Otoño y el Invierno en la parte delantera, y del Verano y la Primavera en la trasera. En medio sobresalía el Sol, rector de dichas estaciones, y a sus pies se representaban dos ríos que se unían al final de su curso. El conjunto, en fin, estaba rodeado y embellecido por grupos de amorcillos.

Seguía, como es norma en los esponsales nobles, un sencillo carro negro y vacío.

A continuación venía el carruaje de la familia de la novia. Estaba totalmente cubierto de terciopelo verde y guarnecido por dentro de brocado verde con bordados de oro. En el carro que iba detrás había dos imágenes aladas de la Fama empuñando trompetas, y a su lado otras de la Pintura y la Escultura sujetando los utensilios que requieren sus nobles artes.

Por último, el tercer carruaje, sin más adorno que su interior color carmesí y carente de séquito, anunciaba con afectada compunción la entrada del verdadero triunfador de la fiesta, el cardenal secretario de Estado Fabrizio Spada.

La riqueza y el esplendor de los coches eran una prueba palmaria de la generosidad del cardenal, que había querido ofrecer tan memorable boato a la novia de su sobrino; pero esa generosidad resultaba más elocuente si uno se detenía a pensar en la descomunal cantidad de dinero —era lo que se murmuraba aquella tarde — que le había costado el bonito gesto.

—Hablan de veintiséis mil escudos —me susurró un joven lacayo aprovechando un momento en que pudimos zafarnos de los empujones del gentío.

El cortejo enfiló el largo paseo de entrada, entre la aclamación de los presentes, situados a los lados. Llegado a la glorieta que antecede a la graciosa fachada del casino Spada, dobló a la derecha y bordeó el jardín de naranjos, para desaparecer de mi vista detrás del zarzal en dirección a la capilla. Me apresuré. Quería abrazar lo antes posible a mi mujer. Alcé la mirada hacia las ventanas del primer piso, donde sabía que se alojaba la princesa de Forano, pero no conseguí vislumbrar nada. Resolví subir hasta la puerta de la dama; no podía, desde luego, permitirme llamar, pero a lo mejor lograba acercarme a Cloridia. La imaginaba muy atareada entre el recién nacido, los cuidados a la puérpera y sus variados consejos. Encontré desierto el

pasillo; todos habían bajado para asistir a la llegada de la novia. Oí la voz argentina de mi esposa por la puerta entreabierta.

—Cleófanes, mal hijo del excelente Temístocles, no disfrutó de la leche materna, y por el mismo motivo Jantipo degeneró de Pericles, Calígula de Germánico, Cómodo de Marco Aurelio, Domiciano de Vespasiano y Absalón de David, al que debía haber mencionado primero.

»¿Cómo asombrarse de que Egisto fuese adúltero? ¡Si lo alimentó una cabra! A Rómulo lo amamantó una loba, de la que chupó el instinto cruel de despotricar contra su hermano Remo y de raptar a las Sabinas, como si fueran ovejas.

Comprendí de inmediato. Conocía al dedillo el repertorio puerperal de mi Cloridia. En las horas que seguían a cada parto que había salido bien, le apasionaba disertar sobre la extrema importancia de dar el pecho al pequeño.

—Convendréis conmigo, princesa, en que el vínculo del amor filial nace con la concepción, pero se acrecienta cuando se cría al niño con la leche materna —explicaba con un tono dulce y persuasivo.

Teresa Strozzi callaba.

—Graco, valeroso romano, nos sirve de ejemplo —continuó Cloridia—. Cuando regresaba victorioso a Roma de las guerras de Asia, salieron a recibirlo al mismo tiempo, a las puertas de la ciudad, su madre y su nodriza. Graco sacó entonces dos obsequios, que había escogido durante la campaña: un anillo de plata para su madre y un cinturón de oro para su nodriza. A la primera, que se lamentaba por haber sido pospuesta a la nodriza, le dijo: «Vos, madre, me disteis a luz después de llevarme nueve meses en el regazo, pero al nacer me echasteis enseguida de vuestro pecho y de vuestro lecho. Esta nodriza me recibió, me acarició y me sirvió no nueve meses, sino tres años seguidos.»

La princesa permanecía en silencio.

—Este razonamiento, hecho por un pagano, debería ruborizarnos —insistió Cloridia—, pues, habiendo nacido cristianos, hacemos profesión de fe perfecta, que tiene por fundamento creer y obrar con caridad. Y si se nos enseña a amar incluso a nuestros enemigos, con mayor motivo nos enseña a amar a nuestros hijos.

—Querida —rebatió una voz cansada pero tajante, que deduje era la de la princesa—, ya he sufrido bastante por este pequeño, como antes por sus tres hermanos, para extenuarme todavía más dándole mi leche.

—Oh, escuchadme, os lo ruego —suplicó mi arrojada consorte—. Si considerarais solamente toda la diversión de que priváis a vuestra criatura prohibiéndole el seno materno, tengo para mí que no lo haríais. Para los niños no existe pasatiempo más dulce en el mundo; no hay comedia que pueda compararse con sus llantos de impaciencia y con los movimientos súbitos que hacen al tocar la teta, ni con esa risa de alegría cuando abren la boquita y hunden la nariz y la cara en el tibio

seno de la madre.

Las tiernas imágenes que evocaba mi hermosa comadrona no parecían conmover a la dama.

—¿Por qué habría de someterme a tanto sacrificio? —preguntó con una pizca de impaciencia en la voz—. ¿Para que me propine patadas cuando sea capaz de dar sus primeros pasos y luego, cuando sea adulto, me trate con ingratitud y presunción?

—Ésa es precisamente la causa de que en nuestros días los hijos quieran tan poco a sus padres —se acaloró Cloridia—. Dios quiere que los hijos respondan al poco cariño que han recibido en su juventud con escaso amor en la edad de discreción.

—Mi marido contrató hace tiempo a una nodriza. La ha mandado llamar; llegará dentro de poco. Y ahora basta, no sea que el pequeño se despierte. Déjame, quiero descansar —la despidió bruscamente.

Cuando Cloridia salió, con el rostro sombrío y los puños apretados, pasó a mi lado casi sin verme. Bajó rápidamente por las escaleras de servicio; fui detrás de ella. Una vez en las cocinas, estalló.

—¡Ah, la política del moderno alumbramiento! —bramó, y al oírla algunas fámulas se volvieron hacia ella.

—Cloridia, ¿qué ha pasado? —preguntaron con curiosidad.

—¡Oh, nada! Sólo que se ha propagado con feracidad inextirpable la costumbre de que la madre no vulgar, remilgada, no se digne llevar a su seno al vástago cuyo molesto peso tuvo que cargar en su regazo —proclamó acompañando las palabras con grandes gestos y muecas, para remedar a las damas a las que trataba.

Las chicas de la cocina rompieron a reír. Una, que según sabía era madre de una niña de dos años, se sacó un pecho de la blusa y lo apretó hasta que le salió un chorro de leche, prueba de que aún criaba a su hija.

—¿Te parece vulgar? —preguntó entre carcajadas.

—¡Adiós, niños, adiós! —clamaba Cloridia, cual profetisa, dando vueltas por la cocina con los brazos abiertos para desahogar toda la cólera que le había provocado la princesa de Forano—. Vuestras madres ya no os aguantan, porque en el embarazo dais mucho la tabarra y resultáis demasiado dolorosos en el parto. Así, el niño europeo se ve obligado a emprender su camino en un pecho desconocido, cuando no de bestia, y a deambular bajo una estrella pervertida por la contingencia de una nutrición diferente. Decepcionada, la naturaleza materna reniega de sí misma y la leche huye de las mamas, desterrada por el miedo a la deformidad y por el fastidio. He aquí, pues, el origen del distanciamiento de los hijos de sus padres. La nobleza del sentimiento filial degenera en el borde de la cuna, cuando la nutrición es villana. La índole del espíritu se atenúa cuando el cuerpo es abandonado a la bovina rusticidad. ¡Las inclinaciones se absorben con la leche, y aquéllas son sórdidas cuando ésta es de

establo!

No era la primera vez que asistía a ese espectáculo de mi esposa. Siempre ocurría lo mismo: cuando Cloridia ayudaba a dar a luz a una noble, la alegría del nacimiento se convertía al momento en ansia de convencer por todos los medios a la puérpera de que diera su leche a la criatura, sin recurrir a nodrizas o, peor aún, a cabras o vacas. Todo era en vano; lo que para una pueblerina era la cosa más natural del mundo (aunque sólo fuese por motivos económicos), para una condesa era un esfuerzo inadmisible y ultrajante. Y mi Cloridia, que había amamantado a nuestras dos niñas durante los primeros tres años, sufría enormemente y a duras penas se resignaba.

Cloridia, ahuyentando su rabia con un suspiro de resignación, se volvió hacia mí y me abrazó con una bonita sonrisa en los labios.

—¿Dónde te habías metido? En cuanto la princesa rompió aguas, mandé llamar a las niñas, pero necesitaba ayuda urgente y el pobre Buvat casi se moría de miedo a la vista de la sangre.

—Lo sé, perdóname, pero tengo una excelente noticia… —dije para anunciarle el acuerdo al que había llegado con Atto sobre la dote matrimonial de las niñas.

—Déjalo, ya me lo contarás más tarde. Ahora vamos a cambiarnos; no quiero perderme a la novia por nada del mundo.

En efecto, el gentilhombre de la casa, don Paschatio Melchiorri, había permitido a los criados y fámulos de la villa Spada participar en los esponsales, pero vestidos con unos hermosos atuendos campesinos de fiesta confeccionados especialmente para nosotros. Así, ofreceríamos un marco campestre a la celebración de la boda, en perfecta armonía con el lugar rústico en que nos encontrábamos.

Yo llegué primero. Cloridia se demoró atendiendo a nuestras pequeñas, a las que había dado permiso para acompañarnos a fin de que vieran a los novios.

La ceremonia había empezado hacía un buen rato cuando llegué a la capilla. Don Tibaldutio se disponía a pronunciar la homilía. Todo el mundo estaba reunido en el atrio, donde tradicionalmente se celebraban las bodas; los hombres detrás del novio, las mujeres detrás de la novia. Don Tibaldutio empezó:

—Ilustrísimas y Excelentísimas Señorías, estamos aquí congregados para celebrar una unión. Y la unión es el mayor tesoro de la vida humana, como pronto os demostraré. En efecto, cuatro son las cosas que mantienen a las repúblicas del mundo más que todas las demás. La primera es la religión. Sabemos que esto es verdad constatando que, ahí donde no hay religión, no hay temor de Dios. Y donde no hay temor de Dios, no hay justicia. Y donde no hay justicia, no hay paz. Y donde no hay paz, no hay unión. Y donde no hay unión, no puede haber verdadera república. De todo lo cual se desprende la suma importancia de la religión y del temor de Dios bendito, del cual dependen todos nuestros actos. Por ello, con Su divina bondad, nos

da el ser y el bienestar en este mundo, y en el otro, el eterno reposo. La segunda es la justicia, por la cual se castiga a los depravados y perversos, y se premia a los buenos. Y por medio de la justicia se mantiene la paz, cosa muy necesaria para el mantenimiento de las repúblicas. La tercera es precisamente la paz, sin la cual las repúblicas no pueden durar, pues, si no hay paz, no hay unión. La cuarta y última, y la más importante de todas, es, pues, la unión, sin la cual la religión sería débil; la justicia, inquieta, y la paz, carente de fuerza. Porque, al no haber unión en la república, la religión se ejercita poco, la justicia duerme y la paz se desune.

Mientras el sermón continuaba, observé a los novios. Desde mi posición, empero, apenas podía ver algo más que la extremada riqueza y esplendor del traje y el tocado de la novia. De vez en cuando echaba un vistazo hacia el grupito de sirvientas, al que debía unirse mi Cloridia. Muy pronto llegó, seguida de nuestras pequeñas, más hermosa que nunca con su traje de campesina blanco, rojo y oro, los colores de los himeneos. Mis hijas no se quedaban atrás: estaban muy bien ataviadas con los vestidos que su madre les había cosido; la mayor llevaba uno de estopilla amarilla con mangas de damasco color rosa adornadas con encajes que imitaban el oro, y la pequeña, uno encarnado con pasamanería turquesa. Ambas portaban hermosos ramilletes de flores blancas, que agitarían festivamente al final de la ceremonia junto con las demás doncellas de la villa Spada, siguiendo a la novia.

—Allí donde no hay unión —se acaloraba entretanto el capellán—, reina la enemistad, causa de todas las ruinas del mundo, como probaré ahora con la autoridad de las historias antiguas. La primera enemistad se produjo en el cielo, entre la Suma Bondad Divina y Lucifer. La segunda, entre Adán y la serpiente. La tercera, entre Caín y Abel. La cuarta, entre José y sus hermanos. La quinta, entre Alejandro y Darío. La sexta, entre Pompeyo y César. La séptima, entre Marco Antonio y César Augusto. Estas enemistades fueron causa de grandísimas ruinas. La unión, pues, es la mayor fortaleza y el mayor tesoro de la vida humana, y mantiene a todos los Estados del mundo. Pero ¿cómo se alcanza la unión? El filósofo ha dicho que marido y mujer deben corresponderse en el cuerpo, o sea, sentir una mutua atracción física, lo cual surte infinitos y bellísimos efectos. Pero también es verdad que debe haber correspondencia en el alma, y entonces se producirán excelentísimos frutos.

De pronto advertí que Cloridia y sus amigas parloteaban entre ellas, con la mano en la boca para contener la risa. Comprendí el motivo cuando, poco después, la novia se volvió hacia mí y distinguí, aunque brevemente, sus facciones: Maria Pulcheria Rocci era, a pesar de su nombre, muy poco *pulchra*; más aún, era bastante fea.

—No es casual que los antiguos tuviesen la costumbre de encender cinco lámparas en la celebración de las bodas —continuaba el capellán—. Estaban convencidos de que el tres, número impar, simbolizaba la forma espiritual, y el par, como el dos, la materia. El matrimonio, en definitiva, debe ser una unión congruente

de forma y de materia, en las cuales pueden reconocerse al hombre, ser espiritual y activo, y a la mujer, criatura material y pasiva. En efecto, en la celebración de las fiestas de los esponsales, los antiguos solían exigir al varón que tocara el fuego, y a la mujer, el agua, porque el fuego ilumina y el agua recibe la luz, pero también porque el primero, por su propia naturaleza, purga, y la segunda, purifica. Luego otra cosa se deduce de esta costumbre; a saber, que el matrimonio ha de ser claro, puro, casto y celebrado entre iguales.

La piel cetrina y picada de viruelas, los labios tan finos que apenas se le veían, las mejillas hinchadas y pálidas, la frente baja, los ojos pequeños y apagados daban a Maria Pulcheria Rocci el perfil y el colorido de un lenguado.

La alusión de don Tibaldutio a la recíproca atracción física no podía ser menos apropiada, pensé con una risita; pero enseguida se me hizo un nudo en la garganta cuando la vocecita de mi conciencia me recordó que tampoco yo, con mi estatura, era precisamente un Adonis…

Mi mirada fue hasta Cloridia. Me deleité largo rato contemplando su bella imagen: piel de violeta, sagrada, dulce y risueña esposa y madre. Sin embargo, me había elegido a mí. Libremente. No podía decirse lo mismo del novio, Clemente Spada; las razones que lo habían llevado a casarse con la poco agraciada Rocci debían de sustentarse en bases mucho más prosaicas que las que nos habían afortunada y tiernamente unido a Cloridia y a mí.

—El matrimonio se ha de contraer con amor —advirtió entonces don Tibaldutio al notar algunos bostezos entre los ilustres fieles—, y no deben contrariarse las leyes y las formas ordenadas por la Santa Madre Iglesia Católica Cristiana. Se debe mantener indisoluble y conservar con fe, como sacramento, y sobre todo su finalidad ha de ser la de tener o la de evitar el pecado de la incontinencia. Quien lo entiende de otro modo no merece contarse entre los cristianos.

Después del largo sermón con que el capellán había acogido a los novios, se celebró el rito nupcial.

—El anillo en el dedo, el collar en el pecho y la corona en la cabeza —recitó con solemnidad don Tibaldutio, mientras algunas damiselas depositaban los tres objetos en el banco de los novios para la bendición—. El anillo denota la pureza del acto, como la mano tendida atestigua la fe limpia del novio. El collar manifiesta la sinceridad del corazón. La corona, la claridad de la mente, puesto que en la cabeza reside la perspicacia del intelecto.

Fue entonces, durante la bendición de don Tibaldutio, cuando lo vi: fastuoso y resplandeciente entre las águilas bicéfalas de las insignias imperiales, rigurosamente vestido a la española en señal de su fidelidad a la casa de Habsburgo, el conde Von Lamberg, embajador del emperador en la corte pontificia, seguía la ceremonia con fe severa y perfil de esfinge. Busqué a Atto con la vista y enseguida lo encontré: la

frente perlada de sudor, el rostro empolvado con mucho albayalde, las mejillas brillantes de rojo carmín, adornado de la cabeza a los pies con borlas y flecos amarillos y rojos (sus colores preferidos), el abate Melani no apartaba de Von Lamberg la mirada tensa e indagadora. Entretanto el embajador, con un atuendo mucho más austero de brocado color plomo con rígidos encajes de plata, aparentemente ajeno a la viva atención de que era objeto, miraba con indiferencia al capellán. Evoqué las muertes misteriosas en la corte española, las sospechas de envenenamiento que pesaban sobre su partido, los temores de Maria Mancini por la vida de Atto. El abate había escrito que quería enfrentarse con él de tú a tú. ¿Van Lamberg le concedería audiencia?

Lejos del atrio, con todos los demás criados, una vez concluida la ceremonia nupcial, vi que mi esposa venía a mi encuentro flanqueada por nuestras hijas saltarinas, como Diana por sus ninfas. Con sus ramilletes floridos habían tomado parte en el festivo cortejo que escoltaba a la novia hacia su nueva vida conyugal, y seguían conmovidas por tamaño honor. La orquesta acompañó el éxodo de los invitados con una sublime melopea[8] del maestro Corelli, un contrapunto muy dulce a la homilía de don Tibaldutio.

Cloridia, que debía ir a echar un vistazo al niño de la princesa de Forano, me encargó que diera de comer a nuestras dos pequeñas en las cocinas del casino y que luego las acompañara a casa y las acostara. Le robé unos instantes para enseñarle la promesa escrita de Melani. Puso los ojos como platos.

—Si no la viera escrita, no lo creería —exclamó saltando de alegría, abrazándome y besándome.

Pero el tiempo apremiaba. Antes de irse corriendo, feliz, Cloridia me proporcionó una información que le habían transmitido durante la celebración las lenguas despiertas de sus habituales y fieles mujeres.

—Esta noche, vendrá a cenar también el cardenal Albani, por si te interesa —dijo guiñándome el ojo, tras lo cual se marchó a toda prisa.

Albani. Atto y yo lo habíamos buscado en vano en el Navío. Ahora él acudía a nosotros.

—Se cuenta que el cardenal Buonvisi no goza de muy buena salud —comentó con voz apesadumbrada, después de tomar un sorbo de vino moscatel, el anciano cardenal Colloredo, que en calidad de penitenciario mayor, es decir, de confesor de los cardenales, estaba siempre al corriente de todo.

El banquete nupcial se hallaba en su apogeo y las sombras de la tarde ya habían caído sobre la villa, cuando don Paschatio, el gentilhombre de la casa, me llamó para

que sostuviera una vez más una antorcha al lado de la mesa, en lugar de un lacayo indispuesto. Vestido de jenízaro, presencié, pues, la fastuosa cena empuñando la tea. Los novios, con sus respectivas familias, y el cardenal Spada, numen tutelar de los festejos, se habían prudentemente sentado a una mesa separada. Esta medida, además de tradicional, tenía dos objetivos para el dueño de casa: honrar a la familia de la novia y evitar verse envuelto en conversaciones políticas que podían desembocar en diatribas y, aunque eran inevitables en un convite que contaba con dieciocho cardenales, desentonar en la boca del cardenal secretario de Estado pontificio.

Alrededor, en las mesas de servicio que iluminaban grandes candelabros de complemento de tres y cuatro brazos, resaltaban y devolvían destellos de luz dorada y plateada copas de plata para las bebidas, jarras de cristal, bandejas, saleros, angarillas, bocales, vasos y platillos, copitas, grandes platos repletos de gelatina de ciruelas, de filetes de róbalo, de mújoles grandes y de fresas. Además, había una mesa llena de pescados, otra de aves, otra de verduras frescas y otra de frutas y confituras: un auténtico placer para la vista, que era en realidad su único fin, pues yo sabía que los platos que iban a comer eran otros, más suculentos aún que aquellas delicias.

Ante las malas noticias sobre la salud del cardenal Buonvisi, todos menearon la cabeza afectando aflicción.

—Sí, es verdad, no está muy bien. Él mismo me lo comunicó por escrito la semana pasada —intervino el abate Melani. Declaraba así su amistad con Buonvisi, quien le confiaba incluso sus problemas personales.

—De todos modos, espero que se reponga pronto, de manera que… porque me interesa mucho su salud —afirmó Colloredo, que traslució por un instante el deseo de que Buonvisi se recuperase para participar en el cónclave que todos sabían próximo.

Colloredo no podía imaginar que Buonvisi moriría pocas semanas después, el 25 de agosto, y que él mismo no sobreviviría más de dos años. En un destello de clarividencia, sin embargo, dijo con semblante absorto:

—El trece de junio falleció el cardenal Maidalchini. El tres de marzo, Casanate.

Un escalofrío recorrió la espalda de muchos de los cardenales presentes, la mayoría de ellos de avanzada edad.

Entretanto se había servido la segunda parte del cuarto servicio. Para restablecer el paladar y disponerlo a los nuevos manjares, primero se había preparado un sorbete de grosellas, diluido con zumo de limón. Luego venían unas truchas rebozadas con hojaldres, rellenas de jarabe de guindas y de cidras confitadas, y con limones intercalados; unos pasteles ovalados rellenos de esturión y de lonchas de hígado de ganso; puntas de espárragos, alcaparras, setas, endrinos, agraz, yemas de huevos duros, zumo de limón, harina y mantequilla, llevados a la mesa debajo de una tapa calada, y todo espolvoreado de azúcar; un potaje de tortugas, cocidas a la brasa después de haberles cortado la cabeza (cocinadas así se requieren pocas especias),

con almendras tostadas, hígado de ganso, hierbas aromáticas, vino moscatel, polvo de hornear, adornado con pasta y servido con un manto de azúcar y medios huevos rellenos.

—Vuestra Eminencia no debería pensar en cosas tristes en una ocasión tan alegre como estos magníficos esponsales —dijo el cardenal Moriggia, al que la noche anterior *César Augusto* había llamado «palurdo»—. Además, está bien recordar las virtudes de los finados, pero no es preciso aprenderse de memoria la fecha de su muerte.

—No lo habría hecho —repuso Colloredo—, pero, veréis, desde que se presentó la cuestión del diecinueve…

Nadie se atrevió a abrir la boca. Todos sabían de qué se trataba, incluso yo, porque lo había leído en las crónicas, entre los papeles de Atto. El año anterior, tres purpurados habían fallecido en el intervalo de un mes: Giovanni Delfino, patriarca de Aquileya, el 19 de julio; el cardenal de Aguirre, el 19 de agosto, y el cardenal Fernández de Córdoba, gran inquisidor de España, el 19 de septiembre. Hasta el 19 de octubre siguiente todos los cardenales de Europa habían vivido aterrorizados de que la serie se prolongara, temeroso cada uno de ser el próximo en caer. Sin embargo, por suerte no había ocurrido nada, y el cardenal Pallavicini había roto aquella funesta serie pasando a mejor vida el 11 de febrero. El Sacro Colegio había suspirado con enorme alivio.

—El querido Delfino, al que conocía como hombre y como cardenal, habría sido un excelente Pontífice —apuntó Atto pronunciando el nombre que estaba en la mente de todos y revelando así otra amistad íntima entre los purpurados—. Lástima que por el exceso de celo de alguien las cosas hayan ido de otro modo.

El ambiente se tornó denso.

—Hay individuos a quienes su desmedido celo lleva a dar consejos a desconocidos sólo para cubrir de fango a las personas respetables —añadió con gesto indiferente.

El ambiente se hizo aún más denso. El término «celo», sobre el que Atto había cargado dos veces las tintas, aludía al partido de los Cardenales Celosos, llamados así porque predicaban la independencia del Sacro Colegio respecto a la influencia de las potencias extranjeras. Entre ellos se contaban Colloredo y Negroni.

Por la instructiva lectura de las crónicas del abate Melani, yo sabía que en el último cónclave, celebrado nueve años antes, el cardenal Delfino, amigo de Atto, estaba a punto de ser elegido Papa, con el beneplácito de todas las coronas. Sin embargo los Celosos, que no toleraban que el nombramiento del Pontífice dependiese de las potencias extranjeras, se valieron de las peores artimañas para defenestrarlo. Como Atto había insinuado, Colloredo había escrito al confesor del Rey Sol, el padre La Chaise (con el que el cardenal nunca había tenido trato), para apoyar la

candidatura del cardenal Barbarigo, también de los Celosos.

Además, Negroni había hecho circular el rumor de que, en su juventud, Delfino había matado a un hombre con un atizador, crimen que efectivamente había cometido, pero sólo para defenderse de un ladrón que se había introducido en su casa y lo había agredido con un puñal.

Al cabo se había impuesto la malicia y, en vez de Delfino, eligieron al cardenal Pignatelli, es decir, el Papa que estaba a punto de morir.

—En cualquier caso, es indiscutible que nuestro Pontífice, Inocencio XII, es un Papa santo, bueno y sabio —afirmó el cardenal Negroni, con lo que pretendía dar a entender, para quien conocía aquellas intrigas, que la oposición a la elección de Delfino no era muy de lamentar.

Atto guardaba silencio.

—Por lo demás, lo prueba la *Romanum decet Pontificem* —añadió Negroni refiriéndose a la constitución con que Inocencio XII, poco después de su elección, había prohibido que los parientes de los Papas se enriquecieran a expensas de la Iglesia—. No sé cuántos habrían tenido su valor.

Era la enésima alusión a Delfino: para impedir su elección, los Celosos habían proclamado a los cuatro vientos que tenía un montón de sobrinos que se enriquecerían con las arcas del Vaticano.

Sobre la mesa nupcial había caído el silencio. Sólo se oía el ruido de las mandíbulas que trituraban pacientemente el pastel a la inglesa de salmonetes a la plancha, con salsa blanca, tortitas y gelatina de ciruelas, adornado con rodajas de limón y varillas de canela. Las pugnas curiales habían decididamente dejado en segundo plano al himeneo.

No obstante la sutileza que desplegaban, la tensión creada por aquella escaramuza se había contagiado a los portadores de antorchas. Ahora yo sudaba aún más. Nadie se atrevía a interrumpir el venenoso duelo verbal entre Atto y Negroni.

—Oh, no sois nada generoso con el Pontífice anterior —replicó Atto con una sonrisita—. Si el príncipe Odescalchi estuviera aquí esta noche, no sé qué opinaría de vuestras palabras. Él, sobrino del papa Inocencio XI, que reinó antes de este Pontífice y de Alejandro VIII, nunca fue nombrado cardenal, porque su tío no quería que lo acusaran de favorecer a sus parientes.

—¿Adónde queréis llegar? —preguntó Negroni.

—Cómo explicaros, Excelencia… Se dicen muchas cosas por ahí. Todas malignidades, por supuesto. Cuentan que el príncipe Odescalchi presta dinero al emperador, que pierde en el juego sumas cada vez más desorbitadas, que ha ofrecido ocho millones de florines a Polonia para que lo elijan rey, como si fuera un título que pudiera venderse al mejor postor, y que ha pagado cerca de cuatrocientos cuarenta mil escudos romanos para obtener los feudos de los Orsini… Él, nieto de un Papa que

combatía el nepotismo…

—Repito: ¿adónde queréis llegar?

—A decir que todo esto demuestra, al menos a los ojos del público, que el final del nepotismo ha supuesto el principio de las verdaderas fortunas de los sobrinos de los Papas.

El murmullo de desaprobación aumentó. Atto hablaba mal del príncipe Odescalchi, que se había quedado en casa debido a una indisposición (se decía que era hipocondríaco), pero a quien sin duda referirían aquellas palabras; además, faltaba al respeto a un Papa todavía vivo que había eliminado oficialmente el nepotismo, cosa que en realidad no había agradado a nadie (porque cada cual espera poder disfrutar algún día de las injusticias del mundo), pero que todos fingían aprobar ciegamente.

—No pretendo ofender a Su Santidad, Dios me libre —continuó el abate Melani —. Hablo así con la única intención de entretener a los insignes intelectos con que esta noche, sin merecerlo, me siento. Ahora bien, el cardenal Aldobrandini, que fue sobrino de Clemente VIII, o el cardenal Francesco Barberini, sobrino de Urbano VIII, y muchos otros ejemplos que podría citar, nunca dudaron en dejar las delicias de Roma para defender los intereses de la Iglesia, incluso para ir a luchar contra ejércitos de tierras lejanas. Pues bien, me pregunto si podemos decir lo mismo de…

—Basta, abate Melani, os estáis pasando de la raya.

Quien así había hablado era el cardenal Albani. Lo que asombró al auditorio no fue sólo el tono tajante con que había dejado con la palabra en la boca a Atto. Según yo había leído en las sabrosas crónicas del abate, Albani era el redactor de la bula *Romanum decet Pontificem* contra el nepotismo, la que acababa de mencionar el cardenal Negroni, y junto con el dueño de casa, el cardenal Spada, era uno de los cardenales que se ocupaban de los contactos de más alto nivel entre la Santa Sede y Francia. Además, se lo consideraba uno de los miembros más influyentes de todo el Sacro Colegio. Había estudiado, brillando entre los mejores, con los jesuitas del Colegio Romano, donde el célebre helenista y hebraísta Pierre Poussines había intuido de inmediato sus dotes para el estudio del latín y el griego. Aún imberbe estudiante, se había enfrentado a la traducción latina de una homilía de san Sofronio, patriarca de Jerusalén, deslumbrando a todo el mundo por su precocidad. Al mismo tiempo había descubierto en un monasterio el manuscrito de la segunda parte del menologio greco-bizantino de Basilio Porfirogéneto, cuya grave pérdida se lamentaba desde hacía tiempo. Con ese ánimo erudito, había traducido el elogio del diácono Procopio sobre san Marcos Evangelista, que luego los padres bollandistas incluyeron en las *Acta Sanctorum*. En resumen, ya de joven Albani había dado pruebas de poseer una mente asaz fina y docta, que bien podía presagiar futuras y gloriosas metas.

Después de licenciarse en jurisprudencia en Urbino, con una fulgurante carrera se

convirtió primero en gobernador de Rieti y Viterbo, y luego, bajo los últimos dos Pontífices, en secretario de los Breves, cargo muy delicado, reservado a los intelectos más penetrantes. Se le encargaron asuntos de gran importancia, entre ellos el cuidado de buena parte de las relaciones con Francia, por cuya causa muy pronto se le acusó de apoyar a los franceses. Puede que la acusación no careciera de fundamento; el año anterior, en 1699, muchos habían solicitado una bula de condena contra el abate francés Fénelon, sospechoso de herejía. Albani había respondido promulgando el breve *Cum Alias*, donde se condenaban veintitrés proposiciones contenidas en un libro de Fénelon, pero no se mencionaba ni una sola vez el término «herejía». No sólo eso: se había apresurado a escribir una carta a Fénelon para instruirlo sobre las formas de una sumisión adecuada, que fue tan rápida que obtuvo el elogio escrito del Papa.

Aunque era demasiado joven para que lo eligieran Papa (en la época de los hechos que narro apenas contaba cincuenta y un años), el cardenal Albani era uno de los asesores más escuchados por los tres últimos Pontífices, un importante mediador con Francia y el autor material de algunas de las más relevantes disposiciones en materia de doctrina y política. Cumple, sin embargo, señalar un detalle: pese a su condición de cardenal, Albani no era sacerdote. En efecto, aún no había recibido las órdenes mayores. Ahora bien, esa falta no era rara entre los purpurados, que a menudo la suplían en la inminencia del cónclave a fin de no perder (¡nunca se sabe!) la posibilidad de ser elegidos para el Sacro Solio. En resumidas cuentas, Atto había sacado de sus casillas a un pez gordo, que además tenía relaciones muy estrechas con el cardenal Spada, su anfitrión.

—Eminencia, me inclino ante todo cuanto digáis —declaró Melani con tono complaciente.

—¡Os lo ruego —replicó Albani con una mueca de enfado—, no os inclinéis! Sólo me pregunto si sabéis lo que decís.

—Eminencia, creedme, yo ya no digo nada.

—Habéis citado nombres y hechos. Yo os digo: ¿habéis acaso pensado que aquí sois huésped de un cardenal secretario de Estado?

—Me siento francamente honrado por ello.

—Bien. ¿Y habéis acaso pensado que antes de Inocencio XI los Papas, en vez de un secretario de Estado, tenían en ese cargo a un cardenal que elegían arbitrariamente entre sus sobrinos, sólo porque era su pariente?

—La verdad es que continuaron haciéndolo los que lo sucedieron en el cargo. Diría que al menos Alejandro VIII…

—Sssí, de acuerdo —admitió a regañadientes Albani, que se había dado cuenta del error—. Sólo quería decir que con el difunto papa Inocencio XI, quien me hizo el honor de nombrarme, siendo yo aún joven, refrendario de sus signaturas, empezó esta

justa reforma, merced a la cual podemos afirmar que hoy, bajo este Papa, no sólo no hay un cardenal sobrino, sino tampoco un sobrino nombrado cardenal.

Moriggia, Durazzo, Negroni y otros rieron sarcásticamente para apoyar a Albani y arrinconar a Atto. En efecto, Su Santidad Inocencio XII, el Papa actual, no había nombrado cardenal a ninguno de sus sobrinos.

—Habrá sido el destino o, mejor dicho, la predestinación —repuso Atto, que a continuación mordió un bocado de tarta de agraz con polvo de galletas de Saboya y confituras.

Hubo un instante de silencio. Luego Albani estalló.

—¿Sabéis qué no soporto, abate Melani? A las personas que, como vos, por apoyar a los franceses, malogran algo mucho más noble, cómo es el placer de la mesa, a todos estos cardenales, príncipes y caballeros. ¡Acusar a la Santa Madre Iglesia de no ver ni entender es tan absurdo como pretender que el rey de Francia lo ve y lo puede todo!

También Albani había pasado por ser partidario de los franceses, me dije perplejo, pero la manera en que había atajado las palabras de Atto parecía desmentir plenamente aquel juicio.

El abate Melani le escuchaba con toda calma, sin descomponerse, mientras desmenuzaba pacientemente la tarta con el tenedor. Yo, en cambio, luchaba para no poner los ojos en blanco y mantener la postura inmóvil y erguida que se exige a un portador de antorcha. El trinchante no salía de su asombro; nunca hubiera imaginado que las eminencias acabarían discutiendo en vez de entregarse en cuerpo y alma a los manjares que había servido en la mesa. Don Paschatio, medio escondido detrás de una de las columnitas que sostenían los cortinajes, estaba sencillamente aterrorizado. Era la primera vez en su vida que tenía el honor de sentar a la mesa a tantos cardenales, pero su júbilo se había ido al traste por la imprevista cólera de Albani: un desahogo tan inusitado en un purpurado que se podía temer que pronto se marchase tirando la silla al suelo y maldiciendo a la villa Spada con todos sus ocupantes.

—Vamos, Excelencia… —trató de calmarlo el conde Vidaschi.

—En efecto, estos franceses… —oí murmurar al príncipe Borghese.

—Sí, están demasiado acostumbrados a nombrar los Papas desde París —repuso el barón Scarlatti.

La salida de Atto había sido muy audaz. Con la palabra «predestinación» había querido aludir a un opúsculo publicado cuatro años antes, el *Nodus praedestinationis*, obra del difunto cardenal Sfondrati y cuyo prólogo había escrito Albani. Ahora bien, éste, que era muy erudito, pero no en todos los temas doctrinales, no se percató de que el libro tocaba de cerca, y de manera no siempre ortodoxa, algunas cuestiones teológicas bastante delicadas. Sectores agustinianos y jansenistas pidieron su inmediata condena por parte del Santo Oficio. Al final el asunto quedó en nada, pero

tanto el papa Inocencio XII como Albani pasaron por un trance difícil. Aquél era el único y grave baldón de la impecable carrera del cardenal Albani.

La maligna pulla de Atto llamó aún más mi atención sobre su extraño comportamiento de aquella noche. En la cena anterior había estado casi callado. ¿Por qué ahora había caído en la tentación no sólo de intervenir, sino de picar a los presentes? ¿Cómo se había permitido provocar de una manera tan impertinente a un amigo y estrechísimo colaborador del dueño de casa? Además, ¿no había delatado demasiado su extracción francesa? Desde luego, todos sabían que era un agente al servicio del Rey Cristianísimo, pero hacer gala (y dejar que Albani lo denunciase abiertamente) del bando al que pertenecía, me dije, era muy poco prudente. A partir de ahora quien se acercase a él sería estigmatizado; el simple hecho de tener trato con Melani podía parecer una abierta señal de adhesión a los apetitos del rey de Francia.

Albani se había calmado. No contento con el efecto obtenido, Atto volvió a tomar la palabra.

—Vuestra Excelencia tiene una inteligencia demasiado sutil para no perdonarme algún error que pueda cometer, y un corazón demasiado grande para no ser indulgente si recuerdo brevemente que el papa Alejandro VIII, como me disponía a decir hace un momento, tuvo dos sobrinos secretarios de Estado: el cardenal Rubini, formalmente, y el cardenal Ottoboni, sustancialmente. Sin embargo, pronunció las famosas palabras: «Cuidado, han dado las once.» Con ello quiso decir que las cosas no podían continuar así durante mucho tiempo. ¡Y era el Papa anterior al de hoy! Por tanto, veréis que…

—En fin, abate Melani, vuestro propósito es enfadar a estas Excelencias —lo interrumpió don Giovanni Battista Pamphili, que al tener varios casos célebres de nepotismo en su familia, y siendo de carácter simpático y afable, consiguió fácilmente cambiar el tono y el rumbo de la conversación—. Es verdad que estamos en tiempos de jubileo y es preciso reconocer los pecados, ¡pero los propios, no los ajenos!

Las carcajadas de sus vecinos de mesa distendieron un poco las facciones de algunos Cardenales Celosos y acallaron las inoportunas invectivas de Atto.

—El príncipe de Mónaco, nuevo embajador del Rey Cristianísimo de Francia, hizo una entrada muy digna en el Quirinal, hace algunos días, para saludar al Santo Padre, con un suntuoso, noble y rico cortejo, servido por un número infinito de prelados y nobles —intervino Monseñor D'Aste tratando de colaborar en la maniobra de distracción de Pamphili.

Alguien, sin embargo, debió de aconsejarle con una prudente patada por debajo de la mesa que evitara mencionar la palabra «Francia; ya que hizo una breve mueca de dolor y calló al momento.

—Monseñor Trapito nunca entiende el qué y el cuándo —comentó el príncipe Borghese al oído del barón Scarlatti.

El trinchante, muy agitado y completamente sudado, dio la orden de servir enseguida más vino, para animar y distraer a la mesa.

—El martes, el reverendo padre de los dominicos fue en procesión a visitar al nuevo padre general de los franciscanos —dijo Durazzo.

—Sí —repuso Negroni—, he sabido que subió hasta la cumbre de la escalinata del Ara Coeli con la cruz al hombro, menudo esfuerzo. A propósito de novedades, sé que el camarero secreto de Su Santidad ha ido a llevar el birrete cardenalicio al eminentísimo Noailles, hasta…

—Sí, así es, y entretanto están eligiendo al encargado de llevarlo a los nuevos cardenales, Lamberg y Borgia —interrumpió Durazzo, que evitó así que Negroni mencionara París, donde el nuevo cardenal Noailles esperaba el birrete.

En ese instante, finalizado ya el banquete nupcial, todos se volvieron hacia la mesa de los novios. El cardenal Fabrizio Spada se había levantado con la copa en la mano para saludar la providencial llegada, en silla de manos, de la princesa de Forano, *deus ex machina* que ponía término a la embarazosa disputa.

Teresa Strozzi permaneció sentada en la silla de manos. Aunque visiblemente agotada por el parto, no había querido renunciar a abrazar a la novia, a quien, como Cloridia me había referido, unía una estrecha amistad.

El pequeño no estaba. La princesa ya lo había dejado, huelga decirlo, en manos de la nodriza. Llegaría poco después con el padre. El cardenal Fabrizio recibió a la princesa con un brindis y un discurso.

—Se equivocó Aristóteles al afirmar que la mujer es débil —empezó con tono jocoso—. Si es verdad que las hembras de las fieras salvajes, como los leopardos, las panteras, los osos, los leones y similares, son más fuertes y robustas que los machos, yo añado que la conducta femenina es ociosa y deliciosa, y que estas dos cosas bastan para enervar a un Hércules o a un Atlas.

La observación, no menos aguda que picante, del cardenal secretario de Estado hizo reír a todos los presentes.

—Tampoco coincido con Aristóteles —prosiguió Spada— cuando llama a la mujer «monstruo» y «animal ocasionado». Aquí el gran hombre desvarió, quizá porque estaba encolerizado con su esposa.

Las nuevas carcajadas levantaron los ánimos. La tensión que el abate Melani había provocado se disipó por completo.

—Pero sobre todo —continuó el dueño de casa con tono lisonjero— una mujer como la princesa aquí presente puede sin más ser calificada de fuerte, no de débil, digna de equipararse con Lastenia de Mantinea y Axiotea Flisiaca, discípulas de Platón. Y si se reputa de fabulosos los ejemplos de las Pantasileas y Camilas, los de

Zenobia y Fulvia, mujer de Antonio, que menciona Dión en la *Vida de Augusto*, son muy ciertos e históricos. Y quien no conoce la gloria de las Sibilas no conoce nada. Bien puedo comparar a estas mujeres con nuestra puérpera, a fin de que todas juntas, después de la Virgen Santísima, sean modelos de virtud y sabiduría para nuestra novia.

Hubo un aplauso y un brindis en honor de Maria Pulcheria Rocci; como novia, era menos importante que la parturienta. Además, el rostro de lenguado color alga de mar de la pobre no podía inspirar epitalamios alados.

—¿Y qué decir de Aspasia, maestra de Pericles y de Sócrates? —continuó el discurso—. ¿O de la sabia Areta, recordada por Boccaccio? ¿Acaso no fue simultáneamente madre y filósofa? Supo criar a su prole tan bien que escribió un libro utilísimo sobre el tema, y otro, para uso de los muchachos, sobre la vanidad de la juventud. Pero al mismo tiempo enseñó filosofía natural durante treinta y cinco años, teniendo a cien filósofos por discípulos, y compuso obras muy eruditas: un libro sobre las guerras de Atenas, uno sobre la fuerza de la tiranía, uno sobre la República de Sócrates, uno sobre la infelicidad de las mujeres, uno sobre la vanidad de las pompas fúnebres, un tratado sobre las abejas y uno sobre la prudencia de las hormigas.

Trajeron entretanto el quinto servicio, todo él compuesto de frutas. Aunque yo ya había comido, no pude permanecer indiferente ante los platos de trufas, servidas sobre tostadas de pan y medios limones, las bandejas de ravioles con mantequilla, coles, queso parmesano, trufas, yemas de huevo, zumo de limón y canela. Tampoco los otros pobres portadores de antorchas, que como Tántalo debían asistir impotentes al chasquido de mandíbulas y paladares de los grandes señores, fueron indiferentes a semejantes delicias. Llegó luego el turno de las aceitunas de Ascoli fritas, del queso fresco de Florencia y de las aceitunas de España.

—Pero ¿no era el servicio de la fruta? —preguntó en voz baja el barón Scarlatti al príncipe Borghese.

—Y hay fruta —respondió el otro—. Son las trufas que están en las tostadas y en la bandeja, los daditos de cidra que rellenan las olivas fritas y las flores de cítricos que adornan las aceitunas frescas.

—Ah, ya entiendo —repuso lacónico Scarlatti, realmente poco convencido de reconocer la fruta fresca en las subterráneas trufas.

Para refrescar el paladar llevaron a la mesa jarras con pistachos confitados, pistachos pelados, pistachos con cáscara, panecillos de pistacho, panecillos de melocotón al estilo de Siena, cogollos de lechuga aliñados, así como, en honor del cardenal Durazzo, que era miembro de una noble familia de Génova, jarras de peras confitadas de Génova, ciruelas de Génova, nueces confitadas de Génova, cidras confitadas de Génova y acerolas confitadas de Génova.

En aquel momento llegó, fajada en los brazos de su padre, la criatura de la princesa de Forano.

—*Minor mundus!* —saludó el cardenal Spada, recordando así el nombre de «mundo en miniatura» que los antiguos habían dado al hombre por su perfecta composición.

Spada bendijo al pequeño y formuló votos por su buena fortuna.

—Que seas signo de fecundidad para nuestros queridos novios de hoy —concluyó.

Hubo un enésimo brindis. A continuación tomaron la palabra varios parientes de los novios que, por turno y dirigiéndose a éstos, los elogiaron, magnificaron y animaron, amén de desearles toda suerte de parabienes, como por norma se hace en estos banquetes.

El siempre generoso manto de la noche había caído hacía unas dos horas, cuando Sfasciamonti llegó con tres caballos ensillados. Todos los invitados, ahítos de exquisiteces, ya se habían encaminado hacia sus camas.

Atto y yo, según lo convenido, esperábamos en un rincón no muy alejado de la villa Spada. Buvat, que durante el banquete nupcial había empinado un poco el codo, se había abandonado también en los brazos de Morfeo y roncaba en su cuarto.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras el esbirro nos ayudaba, primero a mí y luego a Atto, a montar en la silla.

—Cerca de la piazza della Rotonda —respondió.

Sfasciamonti, como él mismo nos había explicado esa mañana, había obtenido información para llegar a dos cerretanos. Eran dos peces pequeños, pero ya era bastante contar con dos nombres seguros. O mejor dicho, con dos motes: el Pelirrojo y el Podrido. Con estos expresivos apodos se conocía en el hampa romana a nuestros dos objetivos.

Fuimos hacia el Tíber, y de ahí al centro de la ciudad, a paso rápido y silencioso. Como la noche anterior, cruzamos el río por la isla de San Bartolomé.

Como estaba anunciado, detuvimos las cabalgaduras a poca distancia de la piazza della Rotonda. Nos esperaba un hombrecito que se apresuró a coger las riendas de nuestros caballos mientras desmontábamos. Era un amigo de Sfasciamonti y cuidaría de los rocines durante todo el tiempo que fuera necesario.

Llegamos a un rincón oscuro de la plaza, donde, atados el uno al otro por una gruesa cadena de hierro, había unos carros para el transporte de mercancías. Probablemente pertenecían a los pobres comerciantes ambulantes del mercado que se celebraba de día en la piazza della Rotonda.

Era un callejón sin salida donde reinaban la oscuridad y el olor a rata y a moho. Atto y yo nos miramos con inquietud; parecía el mejor sitio para que nos tendieran

una celada. Para nuestra sorpresa, Sfasciamonti pasó enseguida a la acción.

Me dio el candil que habíamos llevado con nosotros y que alumbraba muy débilmente el espacio. Miró debajo de los carros y meneó la cabeza decepcionado. Luego se colocó delante de uno de ellos y apoyó las manos encima. Echó hacia atrás una pierna, como para tomar impulso, y lanzó una patada contra el oscuro recoveco que había bajo el carro.

Se oyó un alarido ronco en el que se mezclaban en igual medida la cólera y la sorpresa.

—Ajá, aquí está —dijo el esbirro con el desgaire de quien busca una pluma en un cajón—. En nombre del gobernador de Roma, monseñor Ranuzio Pallavicini, sal de ahí, perro miserable —lo conminó.

Como no ocurría nada, se inclinó, tendió la mano y tiró con fuerza. Se oyó un rauco refunfuño de queja, que terminó cuando de debajo del carro Sfasciamonti sacó sin demasiadas contemplaciones una figura humana. Era un vejete macilento y vestido con harapos, barba larga y amarillenta debajo del mentón, pelo estoposo y ralo como un manojo de espinacas. La penumbra me impedía captar otros detalles, aunque uno no podía escapárseme: el tufo de mugre podrida, fruto de los años transcurridos en la miseria, que emanaba del pobre viejo.

—No he hecho nada, ¡nada! —protestó agarrado a una vieja manta que había arrastrado consigo y sobre la que probablemente había dormido hasta nuestra llegada.

—¡Qué peste! —se limitó a comentar Sfasciamonti, mientras levantaba como a un fantoche al infeliz, que temblaba de sueño y de miedo.

Cogió la mano derecha del viejo, la abrió y pasó por ella varias veces la yema de los dedos, como para tantearle la piel. Cuando acabó ese extraño examen, sentenció:

—Vale, estás limpio.

Acto seguido, sin darle tiempo de decir nada, lo sentó en el carro, esta vez con menos rudeza, pero sujetándole con fuerza un brazo.

—¿Ves a estos caballeros? —dijo señalándonos—. Son personas que no tienen tiempo que perder. A veces duermen aquí dos cerretanos. Aquí, a tu lado. Estoy seguro de que sabes algo.

El vejete guardó silencio.

—Los caballeros quieren hablar con alguno de los cerretanos.

El anciano bajó la mirada y siguió callado.

—Soy un esbirro. Puedo partirte el brazo, meterte en una celda y tirar la llave —advirtió Sfasciamonti.

El viejo no dijo nada. Luego se rascó la cabeza, como si concluyera una reflexión.

—¿El Pelirrojo y el Podrido? —preguntó.

—¿Acaso podían ser otros?

—Sólo vienen aquí a veces, cuando tienen que ocuparse de sus asuntos. Pero no

sé qué hacen; de veras que no lo sé.

—Lo único que quiero que me digas es dónde están esta noche —insistió Sfasciamonti apretando con más fuerza el brazo del otro.

—No lo sé. Siempre cambian de sitio.

—Mira que te parto el brazo.

—Probad en Termine.

Sfasciamonti aflojó al fin el brazo del pobrecillo, que se apresuró a colocar su manta debajo del carro y volvió a su mísera yacija.

Mientras nos dirigíamos a caballo hacia el nuevo destino, el esbirro explicó algún pormenor.

—En verano muchos duermen en ese escondrijo que acabamos de dejar. Si tienen las manos callosas, son mendigos, gente que ha trabajado antes de caer en la miseria. Si no tienen callos, son cerretanos; gente que nunca se ha ganado el pan con el trabajo.

—Por eso habéis tocado la mano del viejo —deduje.

—Claro. A los cerretanos les gusta vivir sin esfuerzo, timando y robando. Ahora vayamos a Termine, y ojalá tengamos más suerte. Desde hace tiempo conozco el nombre de los dos a los que estamos buscando y me muero de ganas de echarles el guante.

Vi que, mientras pronunciaba estas palabras, se remangaba la camisa para contener su excitación. Se preparaba para enfrentarse a los dos malhechores, pero sobre todo al miedo que secretamente abrigaba hacia los cerretanos y que con el paso de los días se acentuaba y volvía más pertinaz.

Encontrar al Podrido y al Pelirrojo era desafiar a la suerte. La indicación que nos había dado el mendigo era muy vaga: Termine, la enorme explanada donde se entregaban y almacenaban los productos agrícolas de la campiña romana, al lado de las ruinas de las termas de Diocleciano, era un lugar tan extenso como desierto en las horas nocturnas. Dejamos atrás la piazza della Rotonda y llegamos a la piazza Colonna, desde donde fuimos a la Fontana di Trevi y Monte Cavallo. Seguimos camino hacia las Cuatro Fuentes, cruzamos la vía Felice, pasamos por la via de Porta Pia y por último desembocamos en los aledaños de Termine.

No tuvimos contratiempos en el camino. Sólo en un par de ocasiones, cerca del palacio pontificio de Monte Cavallo, nos dieron el alto las rondas nocturnas; Sfasciamonti les presentó sus credenciales y continuamos sin ningún problema.

Y el silencio sólo fue roto una vez, a la altura de la iglesia de San Carlino, por una pregunta que me hizo Atto:

—«Tresmientrestes», eso te dijo el cerretano, ¿verdad?

—Sí, don Atto. ¿Por qué?

—Oh, por nada, por nada.

Una vez llegados a nuestro destino, como era previsible, el panorama de Termine no invitaba de ningún modo al optimismo.

En la Porta Pia doblamos hacia la derecha. Enseguida nos encontramos delante de la inmensa mole de los graneros de la cámara apostólica, el gran edificio de varias plantas donde se acopiaban los cereales para la producción del pan. Los almacenes, de los que dependía la supervivencia del pueblo romano, tenían la forma de una gran S, hallándose más o menos la mitad de ellos pegados al cuerpo descomunal de las termas de Diocleciano. Los muros de estas ruinas, que tanto los elementos como la acción rapaz del hombre habían corroído, dominaban toda la segunda mitad de la gran plaza de Termine. En el interior del antiguo establecimiento termal se había erigido, sustrayendo merecidamente al paganismo los grandiosos espacios que antaño cobijaban piscinas refrescantes y vaporosas, la iglesia de Santa María de los Ángeles. Detrás de ésta, cuya fachada rústica e irregular estaba insólitamente construida en los muros de las termas, se extendían los miembros húmedos y pesados de los restos romanos. A la derecha se entreveía, en cambio, la oscuridad de la muralla de la villa Peretti Montalto, la ilimitada finca de viñas, jardines y casinos que el difunto papa Sixto V había mandado construir con gran esplendor y que pocos años antes, el extinguirse su familia, habían heredado los príncipes Savelli. Detrás de los graneros, en fin, estaba la muralla que ocultaba el huerto de los monjes de San Bernardo.

Ninguna presencia, humana o de otra índole, acompañó nuestra llegada. Nos acogieron las siluetas colosales y silenciosas de las termas y los graneros, y también el canto de los grillos, impunes perturbadores de la quietud nocturna. El perfume dulce y punzante del trigo vivificaba el aire estival de la noche.

—¿Y ahora? —pregunté, sorprendido por la desoladora escena que se ofrecía a nuestra vista.

Atto callaba; parecía pensar en otra cosa.

—Sé adónde tenemos que ir —afirmó Sfasciamonti—. Creo que ahí encontraremos algo.

Avanzamos hacia los graneros, cuyas paredes devolvían el rítmico eco de los cascos de los caballos. A nuestra izquierda había un montón de ruinas y delante nos encontramos un murallón de forma irregular, en el que se abría una amplia entrada sin vigilancia.

—Cuando no llueve, vienen muchos —susurró Sfasciamonti.

En un arbolillo oculto atamos los caballos y por fin nos aprestamos a entrar en las ruinas.

—Una cosa —advirtió Sfasciamonti mientras desmontábamos—. Hay que saber tratar a esta gente. Si encontramos a alguno, hablaré yo.

Pese a la profunda oscuridad y a la naturaleza siniestra del lugar, que engañaba nuestros sentidos, tuve la casi plena certeza de ver en el rostro del abate Melani, apenas alumbrado por la luna creciente, una sonrisita irónica.

Así pues, nos acercamos a la gran entrada (en realidad, un enorme vano sin puerta) que conducía al interior de las ruinas. Mientras la franqueábamos, imaginé de pronto las grandiosas reuniones balnearias que debían de haber tenido lugar siglos atrás en aquellos espacios termales: grupos sudorosos de patricios romanos, pero también gente del pueblo llano, entregados a baños de vapor, sahumerios y abluciones dentro del casquete acogedor y húmedo de las termas y bajo el ala protectora del techo…

El techo; no había. Involuntariamente atraídos por la luz lunar, mis ojos se elevaron hacia lo alto y se asombraron al encontrarse a su vez bajo la mirada justa e indiferente de las estrellas.

Estábamos en una especie de gran arena al aire libre, delimitada en sus cuatro lados por los ciclópeos murallones de las antiguas termas. El tiempo y la incuria le habían arrancado para siempre la cubierta que dieciséis siglos antes había surgido del celoso cuidado de arquitectos y albañiles.

Gracias a la luz del astro nocturno se podía avanzar con cautela por aquel extraño espacio sin tropezar a cada instante. Aquí y allá se distinguían, perlinos por el albor sideral, grandes e indolentes bloques de piedra, columnas dolorosamente volcadas en el suelo, volubles capiteles y jactanciosas pilastras.

En los agujeros que separaban los vestigios, y entre éstos y las ondulaciones del terreno, se discernían perfiles de seres dormidos, acostados sobre montones de trapos y colchas.

—Cerretanos y pordioseros. Están por todas partes —murmuró Sfasciamonti.

—¿Cómo encontraremos a esos dos? —pregunté en un susurro—. ¿Cómo se llaman…? ¿Al Pelirrojo y al Podrido?

Por toda respuesta, el esbirro se apartó de nosotros para dirigirse hacia un túmulo, detrás del cual se entreveía una especie de arquitrabe, tan suavemente hundido en la tierra que parecía haberse adormecido después de esperar en vano durante siglos el regreso de las glorias imperiales. Miró en derredor buscando algo, hasta que encontró a su próxima víctima: un miserable vagabundo que dormía a sus pies. Sin embargo, la presencia amenazadora del esbirro no escapó a los sentidos de aquél, adiestrados para el peligro. Dio varias vueltas en sueños y al fin se estremeció. Entonces, casi sin aliento por la sorpresa, vi que Sfasciamonti se había sentado encima del desventurado antes de que éste pudiera cambiar de posición. Nos acercamos, mirando hacia atrás por miedo a las represalias de los compañeros del mendigo, pero todo permanecía quieto. Sfasciamonti había lanzado su ataque con tanta discreción que ninguno de los que dormían al raso en la gran arena parecía haberse dado cuenta de nada.

El esbirro había inmovilizado con las rodillas los brazos de la víctima. Luego se había sentado, plantando sus poderosas posaderas sobre el vientre del adversario, mientras con las manos le mantenía cerrados la boca y los ojos para impedirle tanto emitir el menor sonido como ver quién lo aplastaba. Por su destreza, se intuía que no era la primera vez que empleaba esa técnica.

—El Pelirrojo y el Podrido. Son dos cerretanos. Dime dónde están —le ordenó al oído.

Levantó lentamente la mano de una comisura de los labios del pobrecillo para permitirle musitar algo.

—Pregunta a ése, al de la manta de rayas —dijo el vagabundo señalando a un sujeto que dormía a poca distancia.

Sfasciamonti pasó rápidamente al segundo y puso en práctica la misma técnica de interrogatorio.

—Hace días que no los veo —susurró el hombre, cuyo rostro joven entreví cuando el esbirro levantó sus manazas—. No sé si esta noche duermen aquí. Mira allí, detrás del hoyo.

Había señalado una especie de foso de donde salía un fuerte olor a orina. Era probablemente el lugar donde los vagabundos hacían sus micciones nocturnas. Sfasciamonti soltó la presa, no sin antes prevenir al joven con una última mirada feroz. Fue hacia el foso. Dio un paso, dos, tres. Se había alejado un poco cuando oímos el alarido.

—¡Pelirrojo, los broches! ¡Afofa!

Era el joven al que Sfasciamonti acababa de interrogar. Tras lanzar el grito huyó por donde habíamos venido, hacia la gran explanada de Termine.

—¡Detenlo! —me ordenó Sfasciamonti al ver que yo estaba algo rezagado y, por lo tanto, más cerca del joven.

Alrededor de mí otros cuerpos, envueltos en harapos y miserables gabanes, se despertaban y volvían a la vida. Sentí que la sangre me palpitaba en las venas y me faltaba el aire. Aquel espacio yermo, apenas alumbrado por la luna, bullía de pobres mendigos, pero también de degolladores. Cazador y presa podían en cualquier momento cambiar sus papeles. Comencé a perseguir al joven, casi más por el deseo de huir que por el de cogerlo.

Sfasciamonti y yo estábamos tras los pasos del fugitivo, y también Atto se había puesto en marcha, cuando otra sombra surgió veloz de la oscuridad. Corría, sorteando a duras penas las protuberancias del terreno, hacia la salida de la explanada al aire libre.

Los dos hombres habían aprovechado nuestra sorpresa y nos sacaban bastante ventaja. Habíamos llegado a la gran explanada de Termine y ya me encaminaba hacia nuestras cabalgaduras, cuando oí la voz de Sfasciamonti:

—Deja los caballos. ¡Vamos a pie!

Tenía razón. El joven se había dirigido inmediatamente hacia la izquierda, en dirección a la muralla tras la cual se extendía, a levante, la ilimitada y grandiosa villa Peretti Montalto.

Al cabo de unos segundos había alcanzado la esquina de la villa, entre la plaza Termine y el camino que baja hacia la via Felice, y empezaba a trepar por la muralla. Cuando Sfasciamonti y yo llegamos, el joven ya había pasado al otro lado.

—¡Aquí, aquí, hay unas brechas hechas por ellos! —indicó entre jadeos el esbirro señalándome numerosos boquetes, distribuidos aparentemente al azar en la superficie de la muralla, en los que se podía introducir el pie para ascender con rapidez.

Imitamos, pues, al fugitivo en su hábil escalada y en pocos instantes ganamos el extremo del muro, donde nos sentamos a horcajadas. Miramos hacia abajo; para seguir teníamos que dar un salto de unas cuatro anas, vale decir, dos veces la altura de Sfasciamonti. Entretanto se oían a lo lejos los pasos del cerretano, que se alejaba a toda prisa por una alameda.

Con los pies colgando, como dos pescadores en la dichosa espera de que el hilo de la caña se tense, nos miramos el uno al otro, impotentes. Habíamos perdido.

—Maldito —susurró Sfasciamonti tanteando en vano el muro en busca de otros puntos de apoyo—. Él sabe de memoria dónde están las brechas para descender por este lado. No ha tenido necesidad de saltar.

Volvimos sobre nuestros pasos y echamos un vistazo al gran espacio a cielo abierto donde habíamos tendido nuestra emboscada nocturna a los mendigos durmientes. Todo estaba en silencio, el lugar estaba desierto.

—Aquí ya no encontraremos a nadie durante meses —anunció Sfasciamonti.

—¿Dónde está el abate Melani? —pregunté.

—Habrá ido en pos del otro pero, si a nosotros no nos ha asistido la suerte, imagínate a él…

—Tresatresquitresestrestoy —oímos que profería una voz satisfecha e irónica.

Era Atto, e iba a caballo. En una mano sostenía su pistola. En la otra, las riendas y un ronzal, que terminaba en torno al cuello del individuo al que yo había visto escapar en el momento en que el joven gritaba. Sfasciamonti estaba boquiabierto. Él había vuelto con las manos vacías; Atto, en cambio, había vencido.

—El Pelirrojo —exclamó el esbirro señalando incrédulo al prisionero.

—Señores, os presento a Pompeo di Trevi, llamado el Pelirrojo. Es cerretano y desde este momento está a nuestra disposición.

—Por todos los barbotes empernados, podéis decirlo bien alto —aprobó Sfasciamonti—. Vamos a la cárcel de Ponte Sisto, lo haremos hablar. Una sola pregunta: ¿qué diablos habéis dicho hace un momento, al vernos?

—¿Esa palabra extraña? Es una larga historia. Coged a este desgraciado, atadlo mejor, y vámonos.

Atto, como acostumbraba, había optado por hacer caso omiso de las reglas y la prudencia. En vez de perseguir al cerretano a pie, como quería Sfasciamonti, había montado a caballo, con dificultad y sin ayuda de nadie. Eso sí, antes se había fijado en el camino que tomaba el fugitivo: a la izquierda del otro, es decir, hacia el norte, rumbo a la tersa y fragante campiña del Castro Pretorio. Espoleando ásperamente a su modesto rucio, se había lanzado entonces en pos del cerretano. Por fin lo había avistado, ya agotado por la carrera, cuando empezaba a trepar por la muralla que daba a los campos de cítricos y las hileras de viñas, donde podía encontrar fácilmente la salvación.

—Un momento más y lo habría perdido. Estaba demasiado lejos para amenazarlo con la pistola. Entonces se me ocurrió decirle algo.

—¿Qué?

—Lo que menos se esperaba. Palabras en su lengua.

—¿En su lengua? ¿Queréis decir en su jerga? —preguntamos al unísono Sfasciamonti y yo.

—En jerga, en jacarandina… Puras patrañas. Mejor dicho, tresputresras trespatrestratresñas —respondió, y rió taimadamente, mientras el esbirro y yo nos mirábamos pasmados.

Mientras íbamos de la villa Spada a la piazza della Rotonda y luego a Termine, Atto no había dejado de dar vueltas a las misteriosas palabras que el cerretano había pronunciado en el instante en que yo caía al patio de campo di Fiore. De repente tuvo una iluminación: no había que buscar lo que tenía sentido, sino lo que carecía de él.

—El idioma que emplean estos miserables es tan necio y elemental como sus cerebros. Sigue un único principio: introducir entre las sílabas un elemento ajeno, como se hace a veces en las escrituras cifradas para confundir las ideas.

Mientras Atto hablaba, nuestra extraña caravana avanzaba por la piazza dei Pollaioli en dirección al Ponte Sisto; la encabezaba Sfasciamonti, a cuyo caballo estaba firmemente anclado el cerretano, con las manos atadas a la espalda y las piernas sujetas entre sí por un lazo, lo que le impedía abrirlas demasiado y, por lo tanto, correr. Seguía el caballo de Atto, y detrás, el mío.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

—Es tan sencillo que casi me da vergüenza explicarlo. Ponen la sílaba «tres» entre las otras.

—Tresmientrestes… ¡Entonces el cerretano me dijo «mientes»!

—¿Qué le habías dicho tú?

—Dios santo, no me acuerdo bien… Bueno, sí. Le había dicho que el Tudesco lo

mataría.

—Y, en efecto, estabas mintiendo, sólo querías ganar tiempo. Yo he hecho lo mismo, sólo que de un modo un poco diferente. Al saludaros hace un momento dije…

—Tres-a-tres-quí-tres-es-tres-toy. Es decir… «Aquí estoy.»

—Exacto. Y también al Pelirrojo le dije algo en «treseado», como he decidido llamar a su estúpida lengua llena de «tres».

Era lo último que se esperaba el Pelirrojo. Cuando oyó la voz de Atto, junto con el fragor amenazante de los cascos que se acercaban, se le agarrotaron las manos, se soltó de la pared y cayó al suelo.

—Perdonad la pregunta: ¿qué le dijisteis al cerretano?

—Hice como tú. Le dije lo primero que me vino a la cabeza.

—¿O sea…?

—Trespaterster tresnostrester. Las dos primeras palabras del *Pater noster*.

—¡Pero eso no significaba nada!

—Lo sé, pero por un instante creyó que yo era uno de los suyos y el estupor lo dejó paralizado. Cayó como un saco de patatas. Se hizo un poco de daño y, como no se levantaba, tuve tiempo de atarlo. Por suerte los palafreneros que aparejan estos caballos conocen su trabajo y la cuerda era larga. Cuando lo tuve bien ceñido, até el extremo de la cuerda a la silla y, para recordarle que no hiciera tonterías, le apunté con mi arma.

A continuación Melani reconstruyó todo cuanto había ocurrido en las termas de Diocleciano. El vagabundo al que Sfasciamonti había interrogado sentado sobre su vientre nos había traicionado.

—Ese miserable —prosiguió el abate con una sonrisita irónica dirigida al esbirro — señaló al Podrido diciéndote que le preguntaras, pero sin revelarte que era uno de los dos hombres que buscábamos. Y tú caíste en su trampa.

Sfasciamonti no dijo nada.

—Así pues, ¿fue el Podrido el que gritó esas extrañas palabras al Pelirrojo? —pregunté.

—Exacto. Anunció que estaban «los broches», lo que en mi opinión significa «los esbirros».

—Luego dijo «afufa», que equivaldrá a «huye» o a «coge las armas» —conjeturé.

—Yo me inclino por «huye», a la vista de los acontecimientos. Esto no es el «treseado», sino otra jerga cuya comprensión resulta algo más difícil, porque exige cierta experiencia. Pero nada es imposible.

Excepción hecha de mis escasas preguntas, un doble silencio, roto por el ruido que hacían los cascos de los caballos en el empedrado, había acompañado el relato con el que Atto había ilustrado con satisfacción la captura del cerretano.

Sfasciamonti callaba, pero creo que puedo imaginar lo que pasaba por su cabeza. Orgulloso de sus toscas habilidades de esbirro, de pronto se había visto despojado del mando de la acción. Lo que él no había conseguido con la fuerza y la intimidación, Atto lo había logrado con su sagaz intelecto y una pizca de merecida fortuna. Al defensor de la ley, al que en materia de cerretanos sus colegas no tomaban en serio, no debía de resultarle fácil que se le adelantaran en la captura de los misteriosos malhechores por los que sin duda sentía, como en una batida de caza, casi una canina atracción, pero también un miedo muy humano. Sin embargo, las cosas estaban así: gracias a un *Pater Noster* pronunciado sin venir a cuento, teníamos en nuestro poder a un miembro de la extraña secta.

El segundo silencio, el mío, tenía la misma causa. Era francamente extraño, me decía, que en tan poco tiempo hubiéramos arrestado a un cerretano y, en cambio, los esbirros de toda Roma y el propio gobernador, monseñor Pallavicini, negaran su existencia. Iba a preguntar a Sfasciamonti sobre este particular, pero los acontecimientos volvieron a impedírmelo. En efecto, en ese preciso instante decidimos que yo debía acercarme a la villa Spada para despertar a Buvat (esperando que ya hubiera dormido la borrachera). El secretario del abate Melani, en opinión de los tres (si bien de la manera poco ortodoxa sobre la que hablaré más adelante), nos sería muy valioso.

Nos reuniríamos en nuestro destino final: la cárcel de Ponte Sisto, que daba al Tíber, justo debajo del Janículo, no lejos de la villa Spada. Ahí sería interrogado el cerretano.

La habitación, en un sótano cubierto de líquenes, era sórdida y sin ventanas. En lo alto de la pared de la izquierda había una reja, la única entrada de aire y, en las horas diurnas, de un poco de luz.

El cerretano, aún atado y dolorido, estaba aterrado por la idea de acabar ante el verdugo. Ignoraba que su presencia en aquel agujero hediondo era del todo ilegal. Sfasciamonti había conseguido que uno de sus numerosos amigos dejara entrar a hurtadillas a todo nuestro grupo en el edificio de la cárcel por una puerta secundaria. El arresto del Pelirrojo era irregular: el cerretano no había cometido ningún delito ni pesaba sobre él ninguna sospecha. Mas eso no importaba; había llegado la hora del juego sucio, al que los esbirros, como luego diré, estaban acostumbrados desde hacía mucho.

Sfasciamonti había conseguido una hopalanda y una peluca para Buvat, que haría de notario criminal y redactaría el sumario. El esbirro se encargaría del interrogatorio. Atto y yo asistiríamos en calidad de ayudantes, viceesbirros o no sé qué, protegidos por el secreto de la ceremonia y la total ignorancia del prisionero en materia de leyes.

En el sótano había una mesa, iluminada por un gran cirio. Buvat se sentó y, con

gesto serio, empezó a trajinar con papel, pluma y tintero. Para hacer más verosímil la puesta en escena, Sfasciamonti había cuidado todos los detalles. El cirio estaba flanqueado por severos textos de derecho, como los *Commentaria tertiae partis in secundum librum Decretalium*, de Abbas Panormitanus, la *Praxis rerum criminalium*, de J. Damhouder, y por último, muy amenazador, el *De malefiis*, de Alberto da Gandino. Aunque todos esos títulos resultaran ininteligibles al detenido, los volúmenes estaban colocados de pie y con el lomo hacia él, de modo que las inscripciones oscuras, suponiendo que supiera leer, reforzaran en su ánimo la idea de estar sometido a un poder hostil e impenetrable.

De pie frente a la mesa, Sfasciamonti tenía al reo bien sujeto por un extremo de la cuerda que le ceñía los brazos a la espalda. Era un muchacho rechoncho, bajo, de ojos pequeños y azules, frente rectangular surcada de profundas arrugas horizontales, signo inequívoco de una vida disoluta e impune, y pómulos lozanos, prueba de una naturaleza ingenua y vulgar. Observándolo de cerca se comprendía el origen de su apodo: tenía la cabellera tupida e hirsuta de color zanahoria.

Buvat se ajustó la peluca demasiado ancha y, aún algo balbuciente a causa de los vapores del sueño y el vino, carraspeó un par de veces. Luego comenzó a escribir, al tiempo que leía con tono afectado las cláusulas de circunstancias que plasmaba en el papel:

—*Die etcetera etcetera anno etcetera etcetera. Roma. Examina~ tus fuit in carceribus Pontis Sixtis*… ¿Qué pasa?

Sfasciamonti había interrumpido la redacción del sumario para susurrar un consejo al oído de Buvat.

—Por supuesto, por supuesto —respondió éste.

Luego me enteraría de que, por indicación de Sfasciamonti, la fecha del interrogatorio se había dejado en blanco para que el esbirro pudiera archivar más tarde todo el informe a su antojo.

—Entonces continuemos —dijo Buvat volviendo a adoptar un aire circunspecto —. *Examinatus in carceribus Pontis Sixtis, coram et per me Notarium infrascriptum*… Tu nombre, joven.

—Pompeo di Trevi.

—¿Dónde está Trevi exactamente? —preguntó Buvat con naturalidad, pero revelando su escaso conocimiento del Estado de la Iglesia, que habría suscitado el recelo del interrogado si éste no hubiera estado totalmente ofuscado por el miedo.

—Cerca de Spoleto —respondió con un hilo de voz.

—Entonces escribamos: Pompeius de Trivio, *Spoletanae diocesis, aetatis annorum*… ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, creo.

—*Sexdecim incirca* —prosiguió Buvat—, *et cui delat iuramento de veritate*

dicenda et interrogatus de nomine, patria, exercitio et causa suae carcerationis, respondit.

Sfasciamonti zarandeó al joven y tradujo las palabras del notario:

—Jura que dirás la verdad y luego repite tu nombre, edad y la ciudad en que has nacido.

—Juro que diré la verdad. Pero ¿no he dicho ya mi nombre?

—Repítelo. Es para el sumario. Lo exige el procedimiento, hay que ser precisos —afirmó el esbirro con ánimo de conferir mayor veracidad a la puesta en escena.

El joven miró en derredor un poco cohibido.

—Me llamo Pompeo, nací en Trevi de Spoleto, puedo tener unos dieciséis años, no tengo ningún oficio y…

—Es suficiente —lo interrumpió Sfasciamonti, y a continuación se acercó de nuevo a Buvat para susurrarle algo al oído.

—Ah, está bien, está bien —repuso el secretario.

En esa parte del sumario había que mencionar el motivo del arresto, que no existía. Por consejo del esbirro, Buvat procedería a escribir una circunstancia falsa, a saber, que se había arrestado al cerretano por pedir limosna en una iglesia durante la misa.

—Sigamos —dijo el falso notario ajustándose los anteojos en la nariz aquilina—. *Interrogatus an sciat et cognoscat alios pauperes mendicantes in Urbe, et an omnes sint sub una tantum secta an vero sub diversis sectis, et recenseat omnes precise, respondit*…

—Voy a buscar el látigo —anunció Sfasciamonti.

—¿El látigo? ¿Para qué? —inquirió el cerretano con un ligero temblor en la voz.

—No has respondido a la pregunta.

—No la he entendido —repuso el otro, que obviamente no sabía una palabra de latín.

—Te ha preguntado si conoces en Roma otras sectas además de la tuya —intervino Atto—. Desea saber si están unidas bajo el mando de una sola y, para terminar, quiere una lista precisa de todas ellas.

—Pero tú no quieres responder —añadió el esbirro, y sacó de un bolsillo un par de llaves que verosímilmente abrían una habitación donde se guardaban los instrumentos para los criminales reacios a hablar—. Conque tu espalda necesita una buena tunda.

Súbitamente el muchacho se postró de rodillas, lo cual hizo tambalear a Sfasciamonti, que lo sujetaba con el lazo.

—Señor, escuchad —dijo con tono implorante volviéndose ora a Buvat, ora al esbirro—. Entre nosotros, los pobres mendigos, hay varias cofradías, distintas unas de otras por sus costumbres y por su dedicación. Os diré cuáles son, al menos las que

recuerde.

Siguió un instante de silencio. El muchacho lloraba. El abate Melani y yo estábamos estupefactos. El primero de los misteriosos cerretanos que caía bajo el azote de la ley no sólo aceptaba que lo interrogara el notario criminal y rechazaba la prueba del látigo, sino que incluso prometía desembuchar.

Sfasciamonti, dirigiéndole una mirada entre sorprendida y decepcionada, lo hizo levantarse. Una vez más tenía que abstenerse de emplear sus brutales maneras de esbirro.

—Démosle una silla —dijo, y puso con benevolencia torpe y desganada uno de sus enormes brazos en el hombro del joven truhán, que, aterrorizado y gemebundo, no paraba de temblar.

Cuando le hube colocado un escabel bajo los muslos, la confesión empezó.

—La primera se llama Hermandad de los Filateros. Son los que, mientras piden limosna en las iglesias entre una multitud de personas, cortan las bolsas y las faltriqueras y roban todo lo que encuentran dentro.

Recordé el episodio del sampaulista y de la mujer bajita a quien habían cortado la faltriquera de cuero. ¿Lo había hecho un filatero? El Pelirrojo se interrumpió y nos miró de uno en uno estudiando en nuestro rostro el efecto de aquellas revelaciones, que para él casi debían de ser tanto como profanar una divinidad.

—La segunda se llama Hermandad de los Perfectos —prosiguió—. Son los que se fingen enfermos y moribundos, se revuelcan en el suelo, gritan y piden limosna, pero en realidad están perfectamente. La tercera se llama Hermandad de los Desahogados. También están sanos, pero son mandrias; como no quieren trabajar, van de moscones.

—Sé qué es un mandria, pero no qué significa «ir de moscón» —dije.

—Mendigar —respondió el Pelirrojo. Luego pidió un vaso de agua y se lo dimos.

—Continúa —dijo Sfasciamonti.

Pordioseros y vagos. ¿Acaso esa clase de individuos no componía la mayor parte de la multitud que desde hacía años veía por la mañana en las calles de Roma? Sin saberlo, durante mi breve vida tal vez me había cruzado con muchos más cerretanos de lo que creía.

—La cuarta se llama Hermandad de los Truchas —continuó nuestro rehén—; son los que están acurrucados, como muertos de frío o como tiñosos, y piden limosna. La quinta se llama Hermandad de los Tunos; son los que se fingen botarates y dementes, nunca responden a derechas y piden limosna. La sexta es la Hermandad de los Mataperros; van en cueros, exhibiendo sus carnes, y también mendigan. La séptima se llama Hermandad de los Trompetas…

—Un momento, un momento —lo interrumpió Buvat. Al fingido notario, provisto de una pluma demasiado grande e inadecuada para escribir con rapidez, le costaba seguir el río crecido de la confesión.

Se había preparado para redactar un acta ficticia, pero ahora tenía que escribir una verdadera, y sumamente valiosa. En efecto, Sfasciamonti le hacía continuamente señas de que no perdiera ni una palabra. Yo había entendido el motivo: el esbirro quería contar con la prueba de la existencia de los cerretanos para antes o después poder presentarla a sus colegas y al gobernador.

—Hagamos lo siguiente —propuso Atto—. Primero di los nombres de las cofradías, para que podamos formarnos una idea. Luego explicarás a qué se dedican.

El joven cerretano obedeció. Comenzó a dar una lista, donde incluyó las cofradías que acababa de citar:

Filateros
Perfectos
Desahogados
Truchas
Tunos
Mataperros
Trompetas
Ermitaños
Bailones
Malandrines
Galafates
Figurillas
Fichas
Palanquines
Alfimoreros
Chirlerines

—Basta, es suficiente. ¿Tú a qué hermandad perteneces? —preguntó Atto.

—A la de los Desahogados.

A continuación el Pelirrojo ilustró todas las infamias de que eran capaces las otras cofradías que había mencionado. Habló de los ermitaños, que se visten de frailes para mendigar; de los bailones, que a fin de conseguir limosnas se fingen lunáticos, frenéticos o poseídos y se revuelcan por el suelo echando baba por la boca después de haber comido un mejunje con jabón. Reveló los trucos de los malandrines, que para pedir limosna llevan gruesas cadenas de hierro al cuello, aparentan hablar turco, repitiendo siempre «Bran bran bran» o «Bre bre bre», y fingen haber sido prisioneros de los infieles. Los galafates van siempre en pareja, fingen ser soldados y roban al primer indefenso con el que topan de noche por la calle. En cambio, los figurillas son

bandidos empobrecidos, y los fichas, esbirros en esa misma situación. Los palanquines simulan sufrir fuertes estremecimientos, cual títeres, porque (eso dicen) son los descendientes de los pecadores que no quisieron arrodillarse delante del Santísimo Sacramento y por ello han sido castigados. Los almiforeros son mendigos que roban caballos y los chirlerines, ladronzuelos que viven mendigando en la calle.

—Maldición, qué batiburrillo —comentó al fin Atto Melani.

—Resulta que todos los cerretanos son mendigos —observé.

—¿No lo decía yo desde el principio? —repuso Sfasciamonti—. Sólo que se valen de la mendicidad para cometer otros actos infames: acciones violentas, timos, robos…

—Disculpad, pero aún no hemos terminado el interrogatorio —nos llamó al orden Buvat, que enseguida prosiguió, con un aplomo digno de un verdadero notario, con la cláusula formal del acta—. *Interrogatus an pecuniae acquistae sint ipsius quaerentis an vero quilibet teneatur illas consignare suo superiori secundum cuiusque sectam illorum, respondit*… Repito, pues, joven: ¿os quedáis con el dinero que ganáis con la mendicidad o con otras actividades criminales, o habéis de entregárselo a los superiores de cada cofradía?

—Señor, el que gana algo, al menos entre los desahogados, se lo queda. En cambio, nuestro jefe, Giuseppe da Camerino, da dinero a todos. He oído decir que los truchas y los trompetas hacen las cosas en común y se reúnen a menudo en posadas u otros sitios, donde eligen a sus jefes y oficiales. Mi compañero, el que ha huido para que no lo cogieran, me contó que la semana pasada se encontró con cuatro malandrines, dos figurillas y dos fichas. Fueron a un mesón del barrio Ponte para divertirse un poco. Pidieron buenos vinos y muchas cosas de comer. Se dieron un banquete de nobles, como quien dice. Cuando terminaron, el mesonero les hizo la cuenta y dijo que eran doce escudos, que el cabecilla de los malandrines pagó en el acto y sin rechistar. Y se lo pasaron en grande, porque nunca les falta el dinero, *massime* a los jefes de las cofradías.

—¿Dónde se reúnen los de tu cofradía?

—En la piazza Navona, en Ponte, en campo di Fiore y en la piazza della Rotonda.

—Ahora dime si te confiesas, si tomas la comunión y si vas a misa.

—Señor, pocos de nosotros lo hacen, porque, para seros sincero, la mayoría somos peores que los luteranos. No sé nada más, os lo juro.

—¿Alguno de los señores quiere inquirir algo más? —preguntó Buvat dirigiéndose a nosotros.

De nuevo Sfasciamonti se acercó al oído de Buvat para pedirle que no anotase en el sumario la siguiente pregunta.

—Claro, claro —lo tranquilizó el falso notario—. Pues bien, muchacho, ¿entre tus compañeros de cofradía has oído hablar del reciente robo de unos documentos, de

una reliquia y de un catalejo en la villa Spada?

—Sí, señor.

Nos miramos los cuatro, y esta vez ni siquiera Buvat consiguió contener una mueca de sorpresa.

—¡Sigue, por Diana! —dijo Atto con los ojos desorbitados.

—Señor, yo sólo sé que lo hizo el Tudesco. Ignoro por qué. Desde el comienzo del jubileo hace grandes negocios, saca dinero de todas las calles de Roma.

—¿Y dónde demonios podemos encontrar a ese Tudesco? —lo apremió Atto.

El cerretano lo explicó todo.

—Creo que está bastante claro —comentó Sfasciamonti, cuando el otro hubo acabado.

Como lo que el Pelirrojo había desembuchado acerca del Tudesco concernía en realidad a la búsqueda de los efectos personales de Atto, no se consignó por escrito, al igual que muchas otras cosas que el cerretano había contado esa noche.

—Ay de mí como alguien me encuentre encima esta acta —nos dijo Sfasciamonti sin que lo oyera el interrogado—. Le pondré una fecha, digamos, de seguridad: el cuatro de febrero de mil quinientos noventa y cinco. Y la guardaré en los archivos del gobernador. Sólo yo sabré dónde puedo encontrarla, porque ahora nadie mira entre los papeles del siglo pasado. La sacaré cuando se me antoje. Más aún, esta fecha demostrará que los cerretanos existen desde hace tiempo y por fin podré plantarme ante todos cuantos se han burlado de mí.

La siguiente decisión fue más difícil, pero necesaria. No se podía mantener preso al cerretano sin una orden de captura, o al menos sin un permiso del alguacil. Lo cierto es que Sfasciamonti había insinuado esta posibilidad a un carcelero, buen amigo suyo, que sin embargo no había querido ni hablar de ella. Le había respondido que, aunque hubiera muchos inocentes en la prisión, y también muchos culpables en libertad, esas cosas debían hacerse bien; por norma las disponen los jueces, o los poderosos cuyas órdenes, sin que lo sepa el pueblo, cumplen aquéllos.

Por otra parte, era imposible retener al reo (si se le podía llamar así) de otra forma; la villa Spada, que también disponía de un amplio almacén subterráneo, no valía, por razones evidentes, para ese fin. Tampoco, obviamente, nuestras viviendas.

Para que todo pareciese menos improvisado, hicimos que el Pelirrojo esperara en una habitación contigua y fingimos conferenciar un rato. Luego lo mandamos entrar y tuvimos buen cuidado de recibirlo con semblante decepcionado y tenso.

—El notario ha hablado con Su Excelencia el gobernador —mintió Sfasciamonti —, y éste quiere recompensarte por tu deseo de colaborar.

El cerretano miró alrededor aturdido, sin entender qué ocurría.

—Ahora te acompañaremos a la salida. Eres libre.

Cuarta Jornada

10 DE JULIO DE 1700

—Ten piedad, muchacho.

El viejo estaba desnudo. No tenía más adorno que una gruesa cadena de hierro que llevaba en bandolera desde Dios sabía cuánto tiempo y que le martirizaba el hombro derecho, cuyas pobres carnes decrépitas hollaba e infectaba. Encorvado y macilento, me tendía implorante la palma de la mano mugrienta y doblada. Se le veían no sólo las costillas, sino cada uno de los tendones. Con un látigo en la mano, habría sido la imagen perfecta de un flagelante. Estaba apoyado contra un muro y hedía. Una luenga barba grisácea, que le llegaba casi hasta los pies, tapaba sus partes pudendas.

Yo lo miraba sin pronunciar palabra, y tampoco le daba la limosna. Estaba sobrecogido por aquel cuadro de miseria, infelicidad y abandono.

—Ten compasión, muchacho —añadió el desdichado. Doblándose sobre el vientre, se sentó en el suelo, exhausto.

—Perdonad, pero no tengo… —balbucí, mientras el viejo pordiosero se tumbaba y se volvía de costado.

—Tresmientrestes —susurró, y me pareció advertir en su voz una nota melancólica y sutil de reproche.

Empezó entonces a volverse de un lado a otro y a dar sacudidas cada vez más rápidas. Tenía convulsiones. Me disponía a levantarlo, cuando de pronto se puso a temblar como un junco y luego se agarrotó, presa de incontenibles escalofríos. Tenía los labios apretados, los músculos del cuello completamente tensos, como si fuera a ahogarse. De repente se sentó y abrió la boca, de la que salió una baba espumosa y amarillenta, que le ensució horriblemente el pecho y el vientre. Espantado y asqueado, retrocedí. Sus pupilas se volvieron del revés en las órbitas, como si dirigieran la mirada a un universo paralelo, hecho de desesperación y soledad, que sólo él entendía. Tendió nuevamente la mano, trémula y arrugada. Hurgué en mi bolsillo, pero sólo tenía una moneda de un escudo, suma desmesurada para una limosna. Estaba a punto de decirle que no tenía nada cuando, como si me hubiera leído el pensamiento, volvió a susurrar:

—Tresmientrestes.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado. Vi que una sombra, veloz y rapaz, se alargaba sobre el muro, detrás del viejo. Un ser volador (¿un vampiro, o acaso un diablo que venía a castigar mi avaricia?) se cernía sobre nuestras cabezas y se

disponía a atacar. Antes de que pudiera volverme sentí agitarse el aire, el roce de la punta de sus alas en las orejas, la carne blanda de mis hombros asida por sus garras, que penetraban en ella dolorosamente. Cuando me di la vuelta, ya era tarde: el ser volador se había plantado firmemente en mi hombro y desembarazarse de él resultaba tan imposible como morderse una oreja. Intenté alejarlo con las manos, pero se soltó del hombro y me hundió las garras en el rostro. Ya me había olvidado del viejo, de su cuerpo maltrecho y de su boca que vomitaba una baba repugnante. Traté de gritar, pero los garfios uñosos del ser volador me cerraban los labios. Entonces se oyó una voz, un sonido sofocado:

—¡Arrestadlo! ¡Arrestaaaadlo!

En ese momento del sueño, o mejor dicho de la pesadilla, entendí. Me pasé el antebrazo por la cara y pensé que no había sido muy atinado dormir con la ventana abierta. Noté cómo su cuerpo, mitad pollastro y mitad lechuza, se batía a toda prisa en retirada para ir a posarse en otra parte.

Me llevé las manos al rostro mientras me sentaba en la cama y abría por primera vez los ojos. Era de día, el sol entraba con ímpetu en la habitación y la inundaba con sus benéficos dardos.

Se había acurrucado en el respaldo de una silla. Le eché una mirada feroz. Además de entrar sin permiso, se había permitido andar por mi hombro y mi boca mientras yo dormía, y así se había metido no sólo en mi habitación, sino también en mi sueño, por más desagradable que fuera. Me miraba de través, con su descaro y desconfianza habituales.

—Estaba acertado en mi sueño. Eres verdaderamente un ser monstruoso. ¿Por qué has tenido que despertarme así?

César Augusto no respondió.

La noche anterior, habíamos regresado de la cárcel de Ponte Sisto deprisa y en silencio. Los tres —Atto, el esbirro y yo— estábamos demasiado cansados para hablar. Además, sabíamos que no podríamos continuar las pesquisas hasta la noche siguiente; nuestro apetito de acción, pues, se veía frenado por la inevitable espera.

Debido a mi agotamiento, me había dormido casi enseguida, pero mi breve reposo fue perturbado por la visión onírica del decrépito pordiosero, sin duda inspirada por la confesión del Pelirrojo. Pues sí, me dije, ese viejo recordaba a los bailones, que para obtener limosna se fingen lunáticos, frenéticos y endemoniados y se retuercen en el suelo y echan baba después de haber comido un mejunje con jabón, pero también a los malandrines, que llevan gruesas cadenas de hierro al cuello…

—*De minimis non curat Papa* —graznó el papagayo interrumpiendo mis reminiscencias.

—Ya sé que el Papa no se ocupa de nimiedades, ja, ja, gracias por compararme

con Su Beatitud. Ya, ya lo sé, debo poner comida en las pajareras. De todos modos, no creo que sea una nimiedad —le dije mientras me levantaba y buscaba mi ropa—. Sólo te pido que me des tiempo para prepararme.

César Augusto voló perezosamente hacia la ventana aún abierta. Noté que llevaba en la pata derecha un pequeño haz de ramitas, lo que se repetía con frecuencia en los últimos días. Naturalmente, no podía saber en qué las empleaba.

Permaneció unos minutos más en el alféizar y luego echó a volar hacia los viñedos de la villa. Mientras cerraba los postigos, antes de abandonar la habitación, vi otro signo de su comportamiento insólito: una mancha color ocre, medio líquida, con fragmentos de semillas de cereales y manzanas. No era su costumbre ofender al prójimo defecando en un lugar tan impropio como la ventana. *César Augusto* debía de estar muy nervioso.

Después de cumplir con mi tarea ritual en las pajareras, decidí aprovechar el estado de semilibertad que me brindaba estar temporalmente al servicio de Atto Melani y desaparecí. El abate y Buvat aún no habían venido a buscarme, y lo más seguro era que Sfasciamonti estuviera desempeñando sus funciones de encargado de la seguridad de la villa Spada. Busqué a Cloridia, pero me dijeron que estaba en los aposentos de la princesa de Forano. Ésta se estaba vistiendo y por el momento no era posible distraer a mi consorte de sus obligaciones. Algo contrariado, robé una manzana en la cocina y mordisqueándola me alejé de la villa Spada.

En la alameda que conducía a la salida, oí a lo lejos una voz conocida.

—¡El maestro pajarero, dónde está al maestro pajarero! ¿Es que hoy no trabaja nadie aquí?

Don Paschatio, a quien a buen seguro había abandonado una vez más alguno de sus criados, me buscaba para que hiciese de suplente, pero decidí que no era un buen día para ofrecer mis servicios. Todavía me venían a la cabeza los ruidos y las imágenes de la noche de la víspera: Sfasciamonti agrediendo al viejo mendigo de la piazza della Rotonda, la imprudente inspección del lugar en que dormían pordioseros y mendigos en Termine, y por último, la persecución del cerretano y el interrogatorio de su compinche, el Pelirrojo, en la cárcel de Ponte Sisto; tales hechos, además de suscitar mis angustiosas visiones oníricas del alba, me habían dejado un poso de inquietud en las primeras horas de vigilia. Nada mejor que un tranquilo paseo por la ciudad para olvidar tanto desasosiego, me dije.

Sin embargo, no quería alejarme demasiado, de modo que primero bajé por la cuesta hacia la strada della Scala, luego torcí a la derecha, después a la izquierda y me dediqué a dar vueltas entre la piazza de Rienzi y Santa Maria in Trastevere.

Una cofradía de romeros, precedidos por el estandarte de su ciudad y vestidos con largas túnicas negras, se dirigía hacia la basílica de San Pablo salmodiando un cántico

de alabanza a la Virgen. El pequeño cortejo avanzaba por callejones y callejas húmedos, donde tenduchas repletas de toda suerte de mercancías y tabernas que olían a vino y a carne asada tenían sus puertas abiertas de par en par como para tirar del brazo al paseante. Avergonzadas, las fachadas de alrededor escondían sus miserias detrás de largas hileras de paños blancos que, tendidos a secar entre ventana y ventana, soltaban gélidas gotitas sobre la cabeza de los transeúntes, mientras las ruedas de los carros, los pies de los niños que jugaban y los cascos de los asnos que arrastraban resignados su carga cosquilleaban las soñolientas calles del Trastevere.

En la piazza de San Callisto vi un gran gentío que avanzaba al son de unas letanías. Delante iban dos hombres de mediana edad, sucios y desaliñados, que caminaban a duras penas con la ayuda de sendos bastones. No sin inquietud, noté que ambos tenían los ojos en blanco como el viejo con el que había soñado al alba. Entre los dos, dándoles el brazo, iba un sujeto de no peor traza, que también renqueaba y llevaba bastón. Los seguía un violinista, que irradiaba por la calle el sonido insinuante y melancólico de una chacona, y detrás iban otros pordioseros, casi todos ciegos o tullidos. Mendigos, siempre mendigos. Había vivido años en Roma en medio de ellos sin prestarles atención. Ahora, tras el regreso de Atto Melani, habían cobrado para mí una importancia enorme. Me acerqué a la procesión para observar mejor el rito. Los dos ciegos que encabezaban el grupo sostenían, respectivamente, un vasito y una tabaquera, ambos de plata, y canturreaban en quejumbroso contrapunto con el sonido del violín:

—Caridad para santa Isabel, una ofrenda para santa Isabel.

De vez en cuando, de la masa indistinta de los paseantes salía un benefactor y echaba una moneda en el vasito de plata. El otro ciego le ofrecía entonces una pizca de tabaco, que el amable donador tomaba de la tabaquera con una especie de copita.

El resto del cortejo, como observé al doblar a la derecha por el vicolo de Pazzi, era un enjambre de individuos desharrapados y miserables, entre los que había algunos sin ojos, otros sin piernas o sin brazos. Los rodeaban niños pobres que les imploraban caridad, a la manera de las aves marinas que siguen a los barcos esperando las sobras que arroja el pañolero.

Un joven clérigo se acercó a la cabeza de la procesión. Echó en el vasito de las ofrendas una moneda de plata y tomó una pizca de tabaco, que le hizo toser y estornudar. Cuando se alejó, lo seguí y lo abordé.

—Perdonad, padre, ¿qué procesión es ésta?

—Es la Cofradía de Santa Isabel. Suele salir el domingo, pero desfila hoy, que es sábado, porque en el jubileo se hacen excepciones, de las que también se benefician las cofradías.

—¿La Cofradía de Santa Isabel? —repetí. Recordaba haber oído hablar de ella—. ¿La que está compuesta por ciegos y cojos?

—Sí, pobrecillos. Por suerte el papa Pablo V les ha dado permiso para mendigar. Si no fuera por los esbirros…

—¿Qué queréis decir?

—Oh, nada, nada. Resulta que la cofradía tiene que pagar muchos impuestos por las ceremonias religiosas y al final no les queda demasiado. Pero ahora has de excusarme, hijo. Tengo que ir a San Pedro en Montorio y se me hace tarde.

No conseguí retener al joven clérigo ni sonsacarle más detalles sobre la Cofradía de Santa Isabel. No bien se hubo marchado, compré a un vendedor ambulante un cucurucho de pescado frito recién hecho y deliciosamente crujiente con una parte ínfima del dinero que el abate Melani me había pagado por mis servicios literarios.

Regresé a la plaza de Santa Maria in Trastevere. Mirando una vez más la noble y vetusta fachada de la iglesia, comí apoyado contra los peldaños de la fuente del centro de la plaza. Entretanto meditaba. Me acordaba de que había oído hablar de la Cofradía de Santa Isabel, que, el día en que se celebra la fiesta de la santa, iba en procesión con escolta militar y visitaba las cuatro basílicas santas. Sin embargo, ignoraba que tuviera una autorización papal para mendigar. Además, me había parecido curiosa la observación del clérigo sobre los esbirros; ¿qué relación guardaban los colegas de Sfasciamonti con el pago de las cofradías por las fiestas religiosas? Me volví y vi desaparecer en una bocacalle la serpiente ondulante y andrajosa de la procesión. Había dejado tras de sí un tufillo a cuerpos desaseados, a ropa podrida y a fritanga.

—¡Me pregunto por qué pago cuatro julios de impuestos! —me espetó, como buscando la polémica, el dueño de una posada que tenía cuatro mesas justo allí fuera. Era un individuo de mediana edad con acento de los Abruzos, el vientre hinchado, ojos pequeños y felinos y el gesto de los que protestan por todo pero nunca hacen nada. Después del paso de la cofradía se había puesto a barrer la entrada de su local con irritada diligencia.

—Pero si la Cofradía de Santa Isabel no ha entrado en su establecimiento —repuse asombrado por lo encolerizado que estaba el posadero con esos parias tullidos.

—Muchacho, no sé cuánto tiempo llevas en esta ciudad, pero puedo asegurarte que soy mucho más viejo que tú —afirmó tras apoyar la escoba contra el muro—. Y no puedes ni imaginar la de cosas que he visto y oído. Por ejemplo, el que es dueño de una tienda, un puesto, un almacén, un depósito, un albergue, una posada, un mesón, un figón, un horno o cualquier otro sitio donde se venda algo, sea de comer o de otra especie, o practique un oficio o trabajo, debe pagar diez bayocos cada tres meses, y por adelantado, para la limpieza y purgación de la calle. Pagan impuestos los coches de alquiler, las minas de puzolana, los puertos del Tíber y hasta las carrozas que circulan por la ciudad. Y los que no están obligados a pagar impuestos por la limpieza tienen que desvivirse para respetar las ordenanzas de sanidad contra la

putrefacción del aire: los vaqueros, los carniceros y los cocheros deben eliminar los desechos de los establos, los mataderos y las cocheras. Los hortelanos y los viñadores no pueden tener estiércol en las calles de dentro y de fuera de Roma. Los fruteros, los verduleros, los pescaderos y los vendedores de heno se deben llevar por la tarde toda la basura que hayan producido, hasta la última paja, hoja o brizna, porque de lo contrario les ponen una multa de cinco escudos. ¿Qué más? Ah, sí. Los tintoreros y los curtidores no pueden tirar las aguas de su trabajo a la calle, sino en pequeñas alcantarillas construidas expresamente. Pues bien, yo me pregunto qué pagan los de la Cofradía de Santa Isabel, que vienen aquí, apestan y ensucian más que los nubios de la antigua Roma, ocupan la calle y me espantan a los clientes.

Me apresuré a sacar provecho de mi breve conversación con el joven clérigo.

—Acaban de decirme que pagan impuestos a los esbirros —comenté.

—¿A los esbirros? ¡Ja, ja! —Riendo, el posadero cogió la escoba y se puso de nuevo a barrer—. ¿A eso lo llamas impuesto? Es el precio de los esbirros.

—¿El precio de los esbirros?

Se detuvo y miró alrededor, como para asegurarse de que nadie lo escuchaba.

—Dios santo, muchacho, ¿dónde vives? Todo el mundo sabe que los esbirros reciben bajo cuerda dinero de la Cofradía de Santa Isabel para que les permitan mendigar a su antojo, incluso donde los bandos y los edictos lo prohíben. La cofradía entrega dinero como aportación para fiestas religiosas, pero todos saben que no es para eso.

Se puso a barrer con brío, como para desahogar a escobazo limpio su rabia impotente y pertinaz.

—Perdonad —continué—, pero si me decís…

—Él habla en plata y dice lo que yo también veo.

La voz que se había interpuesto pertenecía a un vendedor de calzado, que llevaba sobre los hombros dos hatos de zapatos de las formas y medidas más variadas (botas y zuecos, alpargatas y zapatillas), recogidos con largos lazos de cuero y asegurados a una tabla de madera que portaba a la espalda. Era un vejete endeble y esmirriado, con toda la cara surcada de arrugas, cuyo atuendo se componía sólo de una camisa gris anudada al vientre, unos pantalones demasiado cortos y un sombrero de paja sin copa.

—Si se les presta ayuda, esos desgraciados no harán sino aumentar. Mírame, muchacho. Yo me gano el pan. En cambio, los de la Cofradía de Santa Isabel tienen protectores y engordan.

—¿Qué decís? Si todos son ciegos y tullidos —insistí.

—¿No me digas? ¿Cómo te explicas entonces que haya cada vez más mendigos, hampones y granujas? ¿Cómo te explicas que uno de cada dos romanos pida caridad? ¡Y el hecho es que consiguen limosna, vaya si la consiguen!

—Será porque no hay pan para todos…

—¡Que no hay pan! —se burló el vendedor de zapatos—. Pobre idiota…

—La verdad —terció el posadero— es que los pobres no son pobres. Un mendigo situado en un buen lugar, delante de la iglesia de San Sisto, por ejemplo, gana más que yo.

—¿Qué decís?

—Le dan limosna los necios —apostilló con tono agrio el vendedor ambulante.

—Ser pobre en Roma es la mejor escuela de robo, de indecencia, de blasfemia, de abominación —afirmó el posadero sin darme tiempo a reflexionar ni a rebatirlo.

La controversia que tan toscamente he reproducido duró en verdad bastante tiempo, lo que me permitió conocer, si no hechos y cosas precisos, al menos la opinión de mis dos disputantes, que luego sabría que muchos compartían.

En efecto, un muro de hastío y desconfianza se había levantado poco a poco alrededor de los pobres en Roma, ciudad que desde hacía siglos se tenía por el puerto universal de todos los menesterosos.

Pocas décadas antes, se contaban entre los pobres miles de ejemplos de almas piadosas. No era casual que Roberto Bellarmino, en su *De arte bene moriendi* (pero estos detalles los conocería más tarde en otras fuentes), remitiéndose a sabios filósofos y excelsos doctores de la Iglesia como Aristóteles, Basilio, Crisóstomo y, sobre todo, al célebre *De amore pauperum*, de Gregorio Nacianceno, predicara que en cada ciudad hay dos ciudades, la de los pobres y la de los ricos, unidas por el vínculo de la piedad y la generosidad. En efecto, Dios pudo habernos creado a todos fuertes y doctos, pero no quiso; con maravillosa providencia, le plugo hacer a uno rico y a otro pobre, a uno docto y a otro ignorante, a uno robusto y a otro débil, a uno sano y a otro enfermo. A los pobres, sin embargo, siempre se les hacía la caridad (entre otras cosas porque, como afirma el padre Daniello Bartoli, quien hace la caridad no pierde, sino que gana). Según los laxistas, bastaba con destinarles lo superfluo. Según otros, más rigurosos, era preciso darles siempre algo, ya que en verdad se encontrarían muy pocos fieles, incluso entre los reyes, dispuestos a admitir que poseían más de lo necesario.

Pero con el tiempo el problema se había vuelto más serio: no se discutía cuánto había que destinar a los pobres, sino si realmente lo eran. En las calles de la Ciudad Santa (como escribe el padre Guevarre, pero esto lo ignoraban los dos con quienes estaba hablando) abundaban sobre todo los individuos disolutos, que se valían de sus andrajos, sus miembros falsamente retorcidos, sus devaneos simulados, sus temblores artificiales y sus parálisis teatrales para que los ingenuos les dieran limosna y conseguir un sitio cómodo donde dormir. Los subsidios públicos y privados, los hospicios que habían abierto los Papas (como el inaugurado en San Miguel por el papa Inocencio XII) y las regalías de los nobles (el cardenal Farnese donaba hasta un

quinto de sus pingües ingresos) acababan así no en las manos de los verdaderos miserables, sino en la faltriquera de los perezosos, los deshonestos y los malvados, que se conformaban con vivir y morir en una acera siempre que no tuvieran que trabajar. Preferían mil veces un destino de canallas, pero en absoluto reposo. En efecto, los mendigos respiran el aire de Roma; y el romano es así: ya que para él nada merece la pena, no merece la pena hacer nada.

Los falsos pobres acudían de todas partes: de la campiña, del Estado de la Iglesia, de otros Estados italianos, de toda Europa. De la campiña romana afluían a la ciudad hordas de tunantes, dispuestos a todo para escapar del duro trabajo en los campos. Con el tiempo, su ejército había crecido tanto que ahora eran millares y habían convertido la mendicidad en una profesión o, mejor dicho, en un arte. Cuando no mendigaban, cometían robos, estafas y hurtos. Como había escrito agudamente el arcipreste Piazza, con la excusa de las limosnas abarrotaban la entrada de las iglesias y aprovechaban el gentío para birlar a mujeres y viejos. Así, por esos falsos pobres, malquistos en la esfera pública y rechazados en la privada, mirados con recelo por los comerciantes y con enojo en las iglesias, plaga del trato cívico, en la Ciudad Santa (incluidos los numerosos extranjeros que la visitaban) detestaban ahora a la desventurada comunidad de los menesterosos. Tanto es así que ocho años antes el cardenal Carpegna había llegado a pedir que se encarcelara masivamente a los pobres para vigilarlos mejor.

—Pero no todos son cerretanos, bailones o malandrines… —dije con indiferencia. Esperaba que al oír los nombres de las sectas soltasen más la lengua y me proporcionasen algún detalle interesante.

—¿Cerretanos? —preguntó el posadero pasmado.

—Los que roban —tradujo el otro.

—¡Se llamen cerretanos, mendigos, romeros, peregrinos o vagabundos, todos son iguales! El que quiere trabajar siempre encuentra una ocupación honrada. Si no, que se pudra.

Había confiado en sacar de la acalorada conversación con los dos hombres datos útiles, alguna indiscreción, alguno de los rumores populares que a menudo revelan los secretos más ocultos de las cosas humanas. Sin embargo, tanto el posadero como su amigo parecían tener sólo una noción muy general de los cerretanos, por lo que no podían aportarme nada para la indagación de Atto. Lo único que había averiguado era que la mayoría de los romanos no sentía misericordia por los pobres, sino resquemor y resentimiento. Al principio yo creía que todos los miserables eran buenos. Luego, tras descubrir el universo sórdido y secreto de los cerretanos, pasé a creer que se dividían en buenos y malos. Ahora, en cambio, la voz del pueblo me hacía desconfiar incluso de los primeros y sospechar que la causa principal de su condición no era la indigencia, sino la indolencia.

¿Para quién podrá haber salvación, me pregunté, en un mundo donde hasta los más humildes y desheredados son pecadores?

Acababa de despedirme del posadero y el zapatero, pero no tuve tiempo de profundizar en mi reflexión. En efecto, me di cuenta de que no podía retrasarme más; tenía que regresar a la villa Spada y a la faena. Los festejos se reanudarían inmediatamente después de la comida. Tiré en un rincón el cucurucho amarillento y grasiento del pescado frito que me había comido y apreté el paso.

Llegué a la villa cuando estaban a punto de empezar los nuevos esparcimientos de la boda. Como he dicho, los invitados debían acudir a la villa Spada por la tarde. Los que habían optado por quedarse en ella ya debían de haber almorzado a gusto, o tomado una merienda, habida cuenta de que el calor no permitía comer en exceso. Para ello se habían extendido en los prados, bajo la fresca sombra de los árboles, grandes telas bastas cubiertas de hermosos manteles adamascados, sobre los que se habían dispuesto alegres cestos de frutas y flores, canastas repletas de pan, vasijas con requesón tierno y sabroso queso, platos atiborrados de jamones de cerdo, ciervo, conejo y oso, cántaros de aceitunas rellenas de almendras, bandejas de frutos secos bellamente preparadas, fuentes de dulces recién salidos del horno y mil manjares más, frescos y sencillos, de modo que incluso bajo los rayos candentes de Sirio pudiera apetecer a los huéspedes satisfacer el estómago al aire libre, discretamente besados por la brisa de la colina del Janículo, disfrutando con bucólico sopor de la vista de la urbe y de la mullida tierra del prado.

Los carruajes de los invitados ya abarrotaban la explanada que había frente a la entrada. Me pareció reconocer la del duque Federico Sforza Cesarini, la del marqués Bongiovanni y la del príncipe don Camillo Cybo. En efecto, poco después vería a aquellas clarísimas señorías y a otras más, de nombre no menos ilustre, festejar los esponsales entre Maria Pulcheria Rocci y el joven Clemente Spada entregando su valioso intelecto al más noble de los pasatiempos: el debate académico.

Las academias, o cenáculos de augustos intelectos orientados a la discusión y a la contemplación, existían en Roma desde el lejano siglo XV. Habían nacido alegremente, al aire libre, entre los jardines de la ciudad, bajo el perfume de las fresias, bajo la sombra atigrada de las glicinas y pérgolas; por eso se llamaban Academia de los Viñadores o Academia de los Jardines Farnesianos. A mediados de siglo había surgido también la muy culta Academia de las Noches Vaticanas y la de Derecho Civil y Canónico, que debatían sobre los más altos temas de teología, lógica, filosofía y gnoseología.

Ahora bien, en nuestro siglo, que ya se encaminaba hacia su ocaso, habían conocido su verdadero florecimiento. No había palacio, salón, patio, jardín o terraza

donde no se reunieran elocuentes hermandades de doctos ingenios, dedicados a medirse el uno con el otro en una noble contienda intelectual. Durante días enteros se sucedían discursos, disputas, controversias y debates, que mantenían los cerebros ocupados hasta altas horas de la noche.

Naturalmente, los cenáculos no estaban abiertos al primero que llegara. Los candidatos tenían que someterse a un examen severo, y los que aprobaban eran bautizados con nombres inusitados, como Indómito Estrellado o Resplandeciente Académico de la Noche, o con otros forjados sobre modelos de la antigüedad, como Honorio Amalteo, Elpoménides Maturicio, Anastasio Episteno o Tenorio Autórfico.

Por norma, el nombre de las hermandades se correspondía con los elevados temas que debatían sus miembros: la Academia Eclesiástica, la del Divino Amor, la Teológica, la de los Concilios o la de los Dogmas discutían, naturalmente, sobre las cosas de la fe. En cambio, los matemáticos y los astrónomos de la Academia de Filosofía Natural o la de los Lincei (llamada así porque debían observarlo todo con los ojos agudos de los linces) se ocupaban de las ciencias. Los académicos de la Nueva Poesía, así como los de la famosa Arcadia, nombre tomado de los pastores arcadios que pueblan las visiones poéticas de muchos vates excelsos, se reunían para hablar de rimas. Por último, los seguidores de la Academia de Santa Cecilia, patrona de músicos y cantores, enaltecían los fastos de la música.

Por el contrario, no estaba tan clara la razón de ser de academias de nombres más oscuros, que a veces se dedicaban a pasatiempos bastante curiosos. Como la Academia del Oráculo, cuyos miembros se reunían en la campiña de Roma. Uno de ellos, de complexión robusta, se sentaba en una piedra embozado en su capa y fingía ser un oráculo. Otros dos, apostados a su lado, hacían de intérpretes de sus profecías. Otro miembro de la hermandad se acercaba entonces al oráculo, como si fuese un forastero, y le consultaba sobre algún acontecimiento futuro, por ejemplo, si tal matrimonio tendría lugar. El oráculo respondía con palabras en apariencia carentes de sentido, como «¡Pirámide!» o «¡Botón!», y los dos intérpretes debían aclarar su significado ilustrando los ángulos, la figura o el uso de la pirámide, o la naturaleza, la forma y la utilidad del botón. Dos censores muy severos fiscalizaban la explicación con rigurosa disciplina, anotando hasta los errores más insignificantes de lengua, acento y dicción cometidos por los dos intérpretes. Los errores se castigaban con una multa pecuniaria, que servía para la compra de viandas con que se reconfortaba y refocilaba alegremente todo el grupo.

Si las agrupaciones de esta índole ya suscitaban dudas, de otras no podía siquiera intuirse su actividad. Verbigracia, se suponía que la Academia de los Viñadores se ocupaba de asuntos del espíritu y del arte, pero preferiblemente bajo las frondas de un viñedo. Se sospechaba que los del Simposio se reunían de vez en cuando para empinar un poco el codo (en efecto, el simposio no es más que una reunión de

bebedores) y que los Humoristas eran proclives a la broma. Pero ¿qué demonios hacía la Academia de los Arrebatados, la de los Nevosos o la de los Enharinados? ¿Cuál era la verdadera vocación de los Abreviadores y de los Desaliñados? ¿Cómo se entendían entre sí los Equívocos? ¿Y las reuniones de los Amordazados se hacían por escrito?

Aumentaba el misterio el hecho de que las academias no surgían solas, sino en grupos; por contagio, como las enfermedades. Hasta el punto de que en pocos años habían visto la luz la de los Imperfectos, los Inexpertos, los Impetuosos, los Incautos, los Incitados, los Incultos, los Infecundos, los Enclenques y los Informes.

Cambiaba la moda y entonces tocaba el turno a las academias inspiradas en la tristeza (Débiles, Delicados, Desalentados, Despreciados; Desunidos), en la pasividad (Melancólicos, Ausentes, Mansos, Moderados), en el peligro (Ambiciosos, Animosos, Ardientes, Arriesgados, Audaces) o en la noche del espíritu (Ocultos, Sombríos, Obstinados, Ociosos).

En cambio, sobre la naturaleza de ciertas academias medio clandestinas no se sabía absolutamente nada. Quizá porque estaban destinadas a desarrollarse bajo el agua, como la de los Fluctuantes. O porque aceptaban secretamente a miembros no humanos, como la misteriosa Academia de los Anfibios.

Desde luego, esta febril actividad comportaba gastos. Ahora bien, por regla general un benévolo mecenas ofrecía a los académicos, que dedicaban a aquél sus obras poéticas, científicas o doctrinales, una sede prestigiosa en un palacio patricio, dinero para los ágapes y para la publicación de los mejores (y raros) escritos, así como para la organización de lujosos (y menos raros) festejos. Solía ser un cardenal o un vástago de alguna rica y benemérita familia, o incluso un Pontífice al que interesaban, por motivos de Estado o afectivos, los temas desentrañados por tal o cual grupo de sabios. Cuando el generoso mecenas pasaba a mejor vida, la academia, ahora sin benefactor, juzgaba oportuno disolverse; así, en 1689, la muerte de la reina Cristina de Suecia dejó en la calle a decenas, por no decir centenares, de artistas, músicos, poetas y filósofos, que tuvieron que abandonar el palacio de Cristina en via della Lungara y buscar prestamente otro modo de vida. Conforme morían sus mecenas, los ingenios de los Estériles, los Vagos y los Agravados corrían el riesgo de perderse, pero sus miembros pertenecían a varias academias y fundaban continuamente otras nuevas. El saber humano estaba a salvo.

Fuesen simples distracciones de vividores o serias discusiones científicas, lo cierto es que Roma se había convertido en un único y gran foro universal de la palabra, donde al menos una de las más nobles facultades humanas estaba garantizada a discreción: hablar, hablar y hablar. Siempre que quien hablara, por supuesto, se hiciera intérprete de altos conceptos y doctas meditaciones.

Era a lo que precisamente iba a asistir ese día, me dije, a una serie de

disertaciones para cerebros finos y selectos, pronunciadas por académicos llamados adrede a la villa Spada para animar la conversación, y ante los cuales yo habría contenido humildemente los bostezos de principio a fin. Sin embargo, todo ocurrió de otra manera.

Me había puesto la librea para el servicio diurno, cuando una voz conocida despertó mi atención.

—¡Estamos muy atrasados, los huéspedes esperan! ¡Además, ha de estar bien caliente y fluido, no turbio y viscoso! ¿Le habéis añadido almendras, avellanas y agua de Orange? ¿Y la media onza de clavo de olor?

Era don Paschatio, que regañaba a dos ayudantes del trinchante porque juzgaba que no habían preparado debidamente el chocolate. Los dos lo miraban con ojos bovinos e insolentes, como si se tratara de un viejo tío un poco chocho.

—Hum… —Don Paschatio alzó la vista al cielo mientras se lamía un dedo impregnado de chocolate—. Creo que también le falta una pizca de anís. ¡El trinchante, llamad al trinchante!

—En verdad… se ha tomado media jornada de permiso —dijo uno de los ayudantes.

—¿De permiso? ¿Mientras los huéspedes no paran de llegar? —Don Paschatio palideció.

—Dijo que vuestra última recriminación lo había ofendido.

El gentilhombre de la casa estaba al borde del desmayo.

—Ofendido… Como si un trinchante tuviera derecho a ofenderse —refunfuñó desconsolado—. Un gentilhombre de la casa ya no pinta nada. *O tempora*…

Se volvió de golpe y me vio. El rostro se le iluminó.

—¡Maestro pajarero! —exclamó—. Es una suerte que estéis aquí, al servicio de la ínclita casa Spada, en vez de sustraeros a vuestro deber como hacen demasiados de vuestros compañeros.

Sin darme tiempo a responder, me puso en las manos una pesada bandeja de plata.

—¡Aparejad esta bandeja, para que al menos podamos empezar! —ordenó a los otros dos.

Me vi así al punto sosteniendo sobre la bandeja el peso de una jícara de fina porcelana color cebolla rosa, llena de chocolate caliente, rodeada de doce tazas tintineantes, además de los vasitos de vainilla para endulzar debidamente la amarga bebida. Al ponerme en marcha, ante mis ojos surgieron las nalgas ondulantes y hermosas de Diana, pintada en la jícara, que por los bosques perseguía con su aljaba a un pobre ciervo destinado al espetón. Acompañado por el golpeteo de las tazas, entré por fin en el salón grande de la planta baja del casino, donde la sombra aliviaba a los acalorados e invitaba a los paladares a disfrutar del exótico néctar.

Allí encontré una escena muy distinta de la que había imaginado. En efecto, no había ninguna academia. Mejor dicho, en contra de lo que manda la tradición de las cofradías de intelectos, no había orador ni público silencioso y embargado. El salón estaba atestado de invitados, repartidos en pequeños grupos sin orden ni concierto: unos de pie, otros en sillas colocadas en semicírculo; algunos deambulaban haciendo y deshaciendo corrillos, saludando a los recién llegados y pasando de un interlocutor a otro, pero sin apartarse nunca del meollo, a la manera de esas nubes de mosquitos que en verano se entrevén a contraluz y a media altura en los claros y que parecen una comunidad, mas, si se observan de cerca, no son más que un cúmulo de singularidades confusas.

Sin embargo, alcanzaba a oírse lo que proclamaban los retóricos más fogosos, que, delante de aquel mar de cabezas y cuerpos, sinuoso y distraído, disertaban sobre la inmortalidad del alma, el movimiento de los planetas, las últimas plantas importadas del Nuevo Mundo o las antigüedades romanas.

Todos los discursos científicos y filosóficos, que el eco del gran salón amplificaba, acababan formando una nube densa y lechosa donde no era posible distinguir más que un par de frases a la vez.

—Porque, en efecto, como dice Giovio en el cuarto libro de su obra… —decía un erudito a mi izquierda.

—Tal como escribe Dionisio de Halicarnaso… —recitaba a mi derecha un fino orador.

—Vuestras Excelencias no ignorarán que la doctrina sublime de santo Tomás de Aquino… —se desgañitaba un tercero.

En verdad, nadie los escuchaba, porque en Roma las reuniones no tienen otro fin que la charla fútil, la comida y la bebida. En efecto, los romanos están acostumbrados desde siempre a medir los acontecimientos humanos con el metro plurisecular del Imperio romano, o incluso con el eterno de la Iglesia católica. Llevados por la errónea convicción de que son parte de esas potencias temporales y espirituales, cuando no son sino sus súbditos, acaban por no valorar en nada las cosas cotidianas y por mirarlo todo desde las alturas.

Atto vino a mi encuentro, perfectamente a sus anchas en medio de aquel retumbante pandemónium.

—Siempre lo mismo. Todos comen y beben, nadie escucha —me susurró al oído —. Sin embargo, allí atrás hay un jesuita —añadió señalando un corro situado cerca de nosotros— que está ofreciendo una disertación muy interesante sobre el problema de la obediencia y la rebelión del príncipe. Pero da igual; todos hablan de sus asuntos con el vecino. Hay una verdad indiscutible: cuando los parisinos dan con una meretriz, la toman por santa, se arrodillan y rezan. En cambio, cuando los romanos encuentran una santa, la toman por meretriz y le preguntan cuánto cobra.

En cuanto enseñé mi bandeja y la posé en un gran escabel para llenar las tazas, un tropel de caballeros se acercó con jovial premura.

—Mirad, marqués, hay chocolate.

—Venid vos también, monseñor, están sirviéndolo.

—¿Y la disertación sobre las *Décadas*, de Livio? —protestó un prelado que asistía a un discurso académico.

—Dejad las *Décadas*… o decaerá el chocolate —repuso otro, y el comentario provocó sonoras carcajadas en todo el grupo.

Serví la jícara y en un santiamén las tazas desaparecieron en las manos y los labios de los presentes. Por suerte, otros criados de refuerzo acudieron al punto. Los que aparecieron primero se vieron asaltados por nuevos grupos de invitados, y los siguientes por príncipes, arciprestes, secretarios y camarlengos.

Mientras se formaba esa aglomeración, oí detrás de mí una breve conversación que me intrigó sobremanera.

—¿Os habéis enterado? Parece que quieren desenterrar el proyecto de monseñor Retti.

—¿Aquel que quería reformar la policía, en tiempos del papa Odescalchi?

—El mismo. ¡Y yo estoy totalmente de acuerdo! Hay que parar los pies a esos esbirros infames y corruptos.

Mirando de reojo descubrí que los que se cruzaban esas frases eran dos prelados de mediana edad. El tema me interesaba mucho: donde hay esbirros, hay ladrones, y todo cuanto concernía a aquella cuestión podía resultar de utilidad para mis asuntos y los del abate Melani. Pero lamentablemente los dos prelados escaparon a mi vista (y a mi oído). Con la esperanza de encontrarlos de nuevo, me prometí referir a Atto lo que había averiguado.

La bóveda majestuosa y enorme del salón, que antes retumbaba por el guirigay, devolvía ahora el eco de sorbos, succiones y chasquidos de lengua. Nadie quería privarse del gusto del chocolate, que el trinchante —aunque don Paschatio dijera lo contrario— había preparado con juicio y maestría.

Súbitamente se abrió un surco en la masa informe de los festejantes. Llegaba el cardenal Spada, acompañado por los recién casados. Para hacer su aparición, el dueño de casa había preferido esperar a que se agotaran las discusiones a fin de disfrutar del placer de la merienda.

—¡Viva! ¡Vivan los novios! —exclamaron muchos, que corrieron a felicitar a Spada y a besarle el anillo, al tiempo que se elevaba una salva de alegres aplausos.

—Un discurso, Eminencia, un discurso —rogaron algunos al cardenal.

—Está bien, amigos, sea —repuso sonriente y benévolo, acallando el estruendo con un gesto de las manos—. Pero mi aportación tiene que ser muy pequeña ante tal reunión de doctos ingenios. Confío en que sepáis perdonarme si en los modestos

versos que me dispongo a recitar, y cuyo tema os es sin duda familiar, no igualo la ciencia que he oído en estas salas, mas, como dice el poeta, *non datur omnibus adire Corinthum*.

Pidió silencio y, con expresión jovial, recitó un soneto.

Yo soy aquel que, por misteriosa esencia,
con el ayuno tiene tan grandes lides
que todos los teólogos desorientados no saben
a cuál de nosotros favorecer con su sentencia.

Ambos competimos en estudiar el gusto
y la abstinencia en la escuela de los jesuitas,
y uno dice que los licores bebidos
quebrantan la incontinencia.

Para apaciguar los escrúpulos, el otro aconseja
que sea rito civil de la amistad
si se toma a veces sin vainilla.

Entre la inocencia y la malicia
esta doctrina media concierta a maravilla
el ayuno, la gula y la avaricia.

Enseguida estallaron las carcajadas y los aplausos. El cardenal Spada había brillantemente desentrañado y resuelto un problema candente y muy debatido entre los expertos en la doctrina de los jesuitas: ¿tomar una taza de chocolate comporta la interrupción del ayuno? La propuesta de Spada, que recordaba el mejor estilo de la Compañía de Jesús, era un sabio término medio: se podía beber chocolate, pero amargo, sin vainilla, para conciliar entre sí la gula, la abstinencia y el ahorro.

Volvían a congregarse los corrillos académicos que la llegada del chocolate había dispersado. Alrededor de distintos oradores, o de parejas enzarzadas en duelos verbales, había oyentes ociosos, uno sorbiendo de su taza, otro charlando animadamente con su vecino, otro gesticulando a un conocido que había entrevisto en la otra punta. En aquella variopinta asamblea de damas, prelados y nobles era fácil discernir las adscripciones políticas; para reconocer a los partidarios de Francia, de España y del Imperio bastaba fijarse en la posición de los pañuelos de bolsillo, en el color de las calzas o en qué lado del pecho las damas se habían prendido una flor.

Con la excusa de retirar las bandejas y las jícaras abandonadas en las mesas y los escabeles, dejé mi puesto y me acerqué al abate Melani, quien con gesto aburrido departía con dos señoras mayores, pero que en realidad estaba pendiente del salón para no perderse un sólo suceso digno de interés o, mejor dicho, de sospecha. Cuando me vio llegar, se apartó rápidamente de las dos damas y me indicó con una furtiva señal que lo siguiera al exterior, a la galería que remataba las escaleras que comunicaban el jardín con el salón principal.

El sol aún pegaba con fuerza y nos encontramos providencialmente solos. Le hice un breve resumen de la conversación entre los dos religiosos y del proyecto de reforma del orden público en Roma que acababa de conocer sin que nadie se diese cuenta.

—Les asiste razón —comentó—. Los esbirros romanos son los más corruptos e impenitentes que hay sobre la faz de la tierra.

En ese instante aparecieron en la galería unos altos prelados. Habían salido al aire libre para aspirar un poco de tabaco. Sus rostros me eran conocidos, pero no me venían a la mente sus nombres. Sólo recordaba perfectamente el de uno de ellos, y por eso mismo me sobresalté. Era Su Eminencia el cardenal Albani.

Atto se percató enseguida de lo propicia que era la situación. Siguió hablando, pero con un tono cada vez más inflamado.

—No hay nadie tan corrupto como los esbirros, chico —insistió con renovada fogosidad, pero ahora dirigiéndose también a los cardenales.

Sólo quien lo conociese bien podía reparar en el resplandor de sus ojillos, que delataban no sé qué proyecto o ansia.

—Aunque aún peores son los jueces —prosiguió—, porque en estos tiempos locos y aparentemente modernos, pero hijos todavía lactantes de un pasado reciente, tiempos a los que yo llamo la República Universal de las Palabras, los hechos no cuentan más que por el nombre que se les da. Los jueces son ciudadanos honorarios de esta República, porque están destinados a aplacar la sed de redención y de venganza de los débiles y de las víctimas de la injusticia, que abarrotan desde siempre y para siempre su antecámara; antecámara de la que salen con pocos hechos, pero con muchas de esas palabras de las que está formada la República, como Sus Eminencias entenderán fácilmente.

La perorata de Atto suscitó un hondo escozor. Se dirigía al mismo tiempo a unos ilustres purpurados y a mí, humilde plebeyo. Sin embargo, tal insolencia, ya grave e inusitada, no era nada en comparación con el contenido faccioso de su alocución, que casi parecía un himno a los facinerosos.

—Por las manos de los jueces pasa el futuro del mundo —continuó—, pues cuando se da poco valor al hombre, como en nuestros tiempos, triunfa el derecho, que es en sí vacío y por ende propenso, como la locura, a llenar cualquier espacio disponible. Si en una gaceta lees: «Los jueces han hecho arrestar al presunto estafador fulano de tal», enseguida piensas que el bien ha vencido al mal, porque los jueces se llaman jueces, mientras que la gaceta llama estafador al arrestado. Con esto, aun antes del proceso, fulano de tal ya ha recibido el golpe mortal, porque la fama tiene un gran aliento y unas alas inmensas, y lanza a su voluntad el dardo que le han puesto en el carcaj, sin mirar en qué veneno ha sido empapado. Nadie, pues, te dirá que a menudo esos jueces mienten o malversan, que son fantoches, marionetas, títeres

creados de la nada y manipulados para golpear a los adversarios, engañar, intrigar y distraer a la opinión pública.

Miré en derredor. Los cardenales que asistían a la temeraria soflama de Atto estaban lívidos por la consternación. La tarde debía dedicarse a las academias, no a la apología de la revuelta.

—Con todo —prosiguió Melani—, nótese que, aunque la República Universal de las Palabras está poblada por marionetas y títeres, se asienta sobre piedras tan pesadas como las de las murallas de Ilion: se llaman justicia, verdad, sanidad, seguridad… Cada una de ellas es un coloso que no se puede cuestionar ni mover, porque la fuerza de las palabras es la única soberana de nuestros tiempos. A quien se oponga a la verdad y a la justicia aparentes se le tildará siempre de falso y deshonesto; a quien se oponga a la sanidad, de propagador de la peste; a quien se oponga a la seguridad, de subversivo. Tratar de convencer a otros, a muchos más, de que detrás de esas palabras se oculta con frecuencia, con harta frecuencia, su contrario es como querer levantar esas murallas y desplazarlas mil leguas. Más vale taparse los ojos y seguir adelante, como hacen desde siempre quienes rigen la suerte de las naciones, los soberanos y sus ocultos consejeros. Ellos conocen bien esta perversa rueda de la fortuna y la alientan, porque quieren que los jueces, los esbirros y los demás títeres de esta triste y grotesca República de las Palabras sigan siendo sus esclavos y nuestros carniceros. Hasta que también ellos, quizá un día, sean colgados por orden de un juez.

—Abate Melani, sois un provocador.

Era Albani. Como en la antevíspera, el secretario de los Breves de Su Santidad volvía a increpar a Atto.

—Yo no pretendo provocar —repuso amablemente el abate—, sólo meditaba sobre…

—Vuestro único afán es intrigar y confundir. Creáis desavenencias y alentáis la desconfianza contra los jueces, animáis a que se desacate a los esbirros. Os he oído con toda claridad.

—¿Intrigar? Todo lo contrario, Eminencia. Como súbdito francés…

—Todo el mundo sabe que estáis del lado del Rey Cristianísimo —lo interrumpió nuevamente Albani—, pero las cosas tienen un límite. El solio pontificio no es tierra de conquista para esta o aquella potencia. La Ciudad Santa es el puerto universal de la fe, en el que tienen cabida todos los hombres de buena voluntad. —Su tono no admitía réplicas.

—Me inclino ante Vuestra Eminencia —se limitó a decir Atto con una reverencia, y se dispuso a besar el anillo del cardenal.

Pero, para mayor afrenta del abate, Albani no lo vio (o no quiso verlo) y se volvió de golpe hacia su grupo para comentar con dureza lo ocurrido.

—¡Es increíble! Venir aquí, a la casa del secretario de Estado, para hacer

propaganda de Francia y difundir ciertas ideas… —dijo con indignación a los suyos.

Así pues, Atto se encontró arrodillado detrás de Albani. Un amigo de este último se dio cuenta y rió socarronamente. Era una humillación tan grave como cómica.

Pocos instantes después, Melani había regresado al salón. Yo lo seguía procurando pasar inadvertido. Su temeraria perorata había tenido lugar en mi presencia. Podía pensarse que era la arenga de un agitador, a la que yo había asistido por azar. En cualquier caso, debíamos evitar que corriera la voz de que yo estaba a su servicio. De lo contrario, también recelarían y desconfiarían de mí. No quería proteger sus intereses, sino los míos. ¿Y si el cardenal Spada decidía que estaba demasiado comprometido con un alborotador? Corría el riesgo de que me despidiera.

A cierta distancia el uno del otro, cruzamos el salón, que seguía repleto de invitados. Con una señal Melani me mandó que lo siguiera a sus aposentos, en las plantas superiores.

—Dime, ¿has comprendido cómo obra la República de las Palabras? —me preguntó en el ínterin, como si no hubiese terminado su arenga.

—Pero, don Atto…

—Tienes dudas, lo sé. Te gustaría decirme: si realmente estáis en lo cierto, ¿cómo podéis saber, vos y los que piensan como vos, que no hay que fiarse de los esbirros y que a veces los jueces son corruptos y sumisos?

—Bueno, sí, entre otras cosas…

—Son verdades clandestinas, chico, desterradas de la República de las Palabras, carecen de valor. Recuerda que —agregó con una sonrisita de reprobación—, para mantener el orden en los Estados y en los reinos, el pueblo nunca debe saber la verdad sobre dos cosas: qué contienen de verdad las salchichas y qué ocurre en los tribunales.

No tuve tiempo de contradecirlo ni de prolongar la discusión, pues habíamos llegado a la puerta de sus aposentos. La abrió, me hizo esperar brevemente en el umbral y regresó con un cesto de ropa blanca sucia.

—Ahora quiero cambiarme la camisa, porque tengo un encuentro importante. He de arreglarme, estoy en un estado penoso. El conde Von Lamberg, embajador del Imperio, aunque con cierto retraso, está a punto de llegar a la villa y pretendo abordarlo. Quiero pedirle que me reciba. Coge esta ropa y haz que la laven y planchen, porque dentro de poco no tendré nada limpio que ponerme. Ahora, déjame.

Mientras me dirigía hacia el lavadero con la ropa sucia de Atto, varios pensamientos me surcaban por la mente. Sus palabras acusaban a los soberanos y a ese selecto círculo (consejeros, ministros de Estado…) al que él mismo se sentía orgulloso de

pertenecer. Se diría que con aquella arenga buscaba efectivamente alentar, provocar, incitar a la rebelión, como había declarado Albani. Ahora que el cardenal lo había reprendido dos veces, Atto iba a granjearse la fama de temerario y agitador, el mayor impedimento para poder maniobrar en paz. Era un espía, y los espías necesitan discreción. ¿Qué lo había impulsado a exhibirse de esa manera, revelando además su adscripción al partido francés? A buen seguro quienes habían asistido a la segunda disputa entre él y Albani ya habían propagado aquel sabroso chisme entre los demás invitados a la fiesta. El daño ya estaba hecho.

Lo extraño era que Atto no se mostraba preocupado. Tan pronto como estuvimos solos, en vez de comentar la humillación que le había infligido Albani —dándole la espalda cuando él se inclinaba—, había reanudado como si no pasara nada su singular razonamiento sobre la República Universal de las Palabras.

Quizá yo me había engañado, me dije. No podía esperar del abate Melani la implacable lucidez que le había conocido diecisiete años atrás. Había envejecido, eso era todo. La pérdida de las facultades intelectuales y morales había traído consigo la imprudencia, el escaso juicio y la intemperancia. El hombre mordaz se había vuelto pendenciero; el prudente, temerario; el frío, ofuscado. Sabía que con la edad raras veces se mejora. Así pues, no podía sorprenderme que hubiera empeorado en algo.

Justo entonces vi a lo lejos a un grupo de personas entrar en el casino con un numeroso séquito de armígeros. El cardenal Spada, oí decir a los criados, iba a recibir a un personaje importante. Ya sabía de quién se trataba.

Pasados unos minutos, el huésped entró en el salón, mientras Fabrizio Spada, acompañado por los recién casados, salía a su encuentro con obsequiosa y generosa pompa. Muchos invitados acudieron a ver al recién llegado: el conde Von Lamberg, embajador del emperador de Viena.

El cardenal Spada (como sabría después) le había enviado uno de sus propios carruajes, precedido por el del cardenal de Médicis. Para evitar graves problemas de etiqueta, los otros dos representantes de las potencias, el español conde de Uzeda y el francés príncipe de Mónaco, habían tácitamente acordado con su homólogo imperial coincidir sólo el día de los esponsales y hacer una segunda visita por separado en días distintos. De ese modo se evitarían conflictos de honor y de precedencia, así como violencias y enfrentamientos (que se producían casi a diario en Roma) entre los respectivos lacayos, que siempre querían conquistar el mejor sitio para el carruaje de su amo.

Los embajadores de las otras dos grandes potencias (Francia y España) no vendrían, pues, aquel día, y toda la atención estaba centrada en Von Lamberg.

A causa de mi modesta estatura no pude, tapado por la densa barrera de espaldas, cabezas y nucas, presenciar el instante en que Von Lamberg hizo su entrada en el

salón. Sin embargo, casi de inmediato se formaron dos alas de invitados, por en medio de las cuales pasó el embajador imperial. Lo acompañaba un montón de lacayos en librea amarilla y soldados en uniforme de gala. El cardenal Spada, que iba a su lado, le abría respetuosamente camino hacia el centro. Damas y caballeros se inclinaban a su paso como muestra de pleitesía y trataban de hacerse notar prodigándole buenos deseos y bendiciones.

—Excelencia…

—¡Que Dios os guarde!

—Que Vuestra Excelencia se conserve siempre bien.

Una nota inesperada se elevó de pronto en medio del rosario de fórmulas de respeto que seguían a las venias.

—*Si Deus et Caesar pro me, quis contra?*

No me costó reconocer la voz que había pronunciado la frase latina. Era Atto. Debía de estar también arrodillado para rendir homenaje al poderoso diplomático austriaco. «Si Dios y el emperador están conmigo, ¿quién estará contra mí?», había dicho. Me estiré todo lo que pude y, por encima de la calva brillante de un religioso, pude al fin ver la escena. Atto, en efecto, estaba de rodillas ante Von Lamberg, pero en una postura elegante y firme, que traslucía la voluntad de ser cortés sin necesidad de humillarse.

Me fijé en el embajador del Imperio, cuyo rostro pude esta vez observar mejor que la víspera. Sus ojos eran negros como el carbón, no profundos, sino fríos y huraños. La mirada era tenebrosa, huidiza e inquieta, indicio de un alma acostumbrada a la mentira y el disimulo. Tenía la frente bastante alta, las facciones regulares, pero la tez amarillenta y apagada, como si su aptitud para las lúgubres meditaciones la hubiera vuelta opaca. Un bigote ligero y bien cortado, cuyo único fin era marcar la diferencia con los inferiores, daba al rostro una pincelada de suma elegancia. Todo en él infundía deferencia y respeto, pero sobre todo recelo.

—Sabias palabras —repuso Von Lamberg, visiblemente intrigado—. ¿Quién sois?

—Un admirador, deseoso de testimoniar a Vuestra Excelencia sus más profundas y sinceras alabanzas —respondió Atto entregándole una nota.

Von Lamberg la cogió. Un rumor de sorpresa y curiosidad se elevó de la concurrencia. El embajador abrió la nota, la leyó y la cerró. Soltó una risita.

—Está bien, está bien —dijo devolviéndosela a Atto con indiferencia, tras lo cual continuó su camino. El abate Melani se levantó rápidamente con una sonrisita satisfecha.

Volví a mi puesto, de pie junto a la chimenea, con la esperanza de oír otras conversaciones interesantes de los labios de los dos prelados de antes. Pero ahora en los mismos sillones se sentaba otra pareja.

—En definitiva, servir chocolate… —decía enfurruñado un joven canónigo.

—Lo que os pasa es que no queréis reconocer la realidad. El Papa es del partido español, nació en el reino de Nápoles, que es posesión española, y Spada es su secretario de Estado —repuso el otro, un joven respetable que parecía de noble linaje.

—Bien, Excelencia, pero servir chocolate, una españolada tan descarada, la bebida preferida del rey Carlos II de España, cuando puede que el cónclave se celebre en cualquier momento…

—Parece una señal de partidismo, lo sé, lo sé. Veréis cómo se habla mucho de ello en los próximos días.

Yo ignoraba que el chocolate se consideraba un signo político a favor de España. Lo que sí sabía era que la idea de servir la bebida de cacao había sido de don Paschatio y que el cardenal Spada la había acogido bien, e incluso le había divertido declamar —cosa que había ocurrido hacía un rato— un gracioso soneto sobre el tema. Sin embargo, pensé con una risita, era fácil imaginar el sobresalto del secretario de Estado y el rapapolvo que echaría al pobre gentilhombre de la casa si esas críticas y sospechas llegaban a sus oídos.

En eso atrajo mi atención un movimiento en el lado derecho de la sala. Un lacayo del cardenal Spada se dirigía hacia el cardenal Spinola, al que rodeaba un pequeño grupo de invitados. Reparé en él sólo por que, al abrirse paso entre la gente, chocó contra la espalda de la marquesa Bentivoglio, primera dama de la reina de Polonia, que se derramó en el pecho una buena cantidad de chocolate aún caliente. El lacayo, duramente recriminado por el príncipe de Carbognano, reanudó su camino entre mil excusas y entregó una nota a Spinola. Éste la leyó con elocuente desinterés, como si quisiera hacer ver a los presentes su escasa importancia, y se la devolvió al portador. Yo estaba demasiado lejos para oír, en aquella alegre algazara, lo que el cardenal dijo al lacayo con fulminante rapidez en el momento de despedirlo. No obstante, aguzando al máximo todos mis sentidos y olvidando por un instante el festivo estruendo de la recepción y mi impotente inmovilidad, creí leer en los labios de Spinola, con la ayuda del gesto con que instruía al lacayo, unas sílabas muy expresivas: «… fuera, en la galería».

Ver e ir hacia allí fue todo uno. El apremio era evidente: la nota, que con toda probabilidad Spada había mandado a Spinola, se enviaba ahora a un tercero. Ya sabía quién se encontraba en la galería, como poco antes: el cardenal Albani. Un mensaje corría secretamente entre los tres miembros del Sacro Colegio que se habían reunido en el Navío. Si conseguíamos al menos intuir el contenido de la nota (ya que interceptarla era francamente improbable), habríamos dado un gran paso para comprender las maquinaciones relacionadas con el cónclave. Averiguaríamos quizá el estado (o los progresos) de esas negociaciones secretas, cuya existencia sospechaba Atto, para la elección del nuevo Papa, e incluso por qué los tres cardenales habían decidido reunirse en el Navío, lugar de mil misterios. No podíamos fallar.

Me alejé de la pared y, cuidándome de que el lacayo no reparase en mí, me encaminé hacia la galería. El astro de mediodía resplandecía aún generoso. Entonces, al acercarme al ventanal que daba al balcón, vi recortarse, como las figuras a contraluz que los jesuitas proyectan tan hábilmente sobre el fondo de sus espectáculos teatrales, las siluetas oscuras de los huéspedes que se entretenían al aire libre. La intuición, aliada indispensable en las situaciones apuradas, me permitió distinguir enseguida al cardenal Albani. Estaba ahí, a la izquierda, en el mismo sitio donde había humillado a Atto, en medio de un corro de amigos y cobistas que los cardenales, como las vacas a las moscas, arrastran siempre consigo. Sólo un criado de la casa Spada, que acababa de servir las tazas de chocolate bien caliente, se apartó del grupo.

Cuando me dirigía hacia la salida del salón sorteando piernas, sillas y mesas, y rogando al Altísimo que no me viera don Paschatio, me percaté de que Melani había estado pendiente de todo. Buvat, que montaba guardia cada vez que aquél se enzarzaba en una conversación, renunciando así a tomar su habitual copita de vino, se acercó a él para susurrarle algo al oído. El abate se despidió al punto y sin demasiados cumplidos de un cordial trío de caballeros. Con las prisas, tropezó con un secretario del séquito de Von Lamberg y poco le faltó para caer de bruces.

El lacayo nos sacaba demasiada ventaja para que pudiéramos alcanzarlo. Así pues, a través del ventanal asistimos —Atto desde la derecha, yo desde la izquierda— a la entrega de la nota. Lamentablemente quienes rodeaban al cardenal nos ocultaron el momento en que la abría y leía. Poco después llegamos al umbral de la galería, jadeantes, pero tratando de que no se notase nuestra premura. En ese preciso instante vi que todos cuantos estaban allí se volvían hacia mí con una expresión de hilaridad y asombro pintada en el rostro. El sol, cuyos rayos me daban de frente, me hería cruelmente las pupilas y me impedía distinguir las facciones de quienes así me miraban.

Me volví hacia Atto. También él me miró con cierta sorpresa, pero enseguida desvió la vista hacia Albani, que estaba cerrando la nota. Los demás seguían contemplándome con la misma curiosidad.

Se daban codazos unos a otros mientras me señalaban. Avergonzado, se me subieron los colores. No me atrevía a preguntar qué les interesaba tanto de mí, pero tampoco quería moverme, ahora que estaba cerca de Albani.

—¡Qué simpático! —dijo Albani dirigiéndose a mí—. El cardenal Spada tiene verdaderamente buen gusto.

Dejó la taza en el murete de la galería valiéndose de la mano en la que aún tenía la nota. De resultas de ello, cayó un poco de chocolate en el papel. El cardenal retiró de inmediato sus níveos dedos, desacostumbrados al contacto con las viles materias culinarias, que además estaban hirviendo. La nota fue a parar al lado de la taza, en el

antepecho. Oí entonces un ruido familiar por encima de mi cabeza, acompañado de una especie de caricia en la coronilla. Una sombra rauda se interpuso entre el sol y yo. Con sus plumas a guisa de timón, el ser dio los dos golpes que bastaban para virar hábilmente y posarse en el murete, cual animado torbellino, junto a la taza de chocolate de Albani. No pude contenerme.

—*¡César Augusto!* —exclamé.

Los hechos que siguieron fueron de los más convulsos del día, y seguramente de los más extraños de los que la villa Spada haya sido jamás teatro.

Hasta un momento antes, el cardenal Albani y sus amigos, como todos los presentes en la galería, admiraban encantados no a mí, sino el majestuoso plumaje de *César Augusto,* que estaba posado en un saliente de la pared exterior de la villa, encima de mi cabeza.

Como ya he tenido ocasión de decir, al papagayo le chiflaba el chocolate. De vez en cuando yo le conseguía un poco, que sustraía de las cocinas. Sin embargo, era la primera vez que toda la villa Spada estaba invadida por aquel aroma embriagador. No era casual que aquel día el pájaro hubiera vencido su índole circunspecta y se hubiera unido a la fiesta, con la esperanza de agenciarse un poco de la rica bebida.

En el momento en que Albani había dejado su taza, el volátil se inclinó, conforme a su naturaleza altiva y despectiva, por la solución más fácil: el robo.

Antes de posarse en el antepecho ya había mojado el pico en la taza del cardenal. Albani y los demás sonreían con cierto embarazo.

—Gracioso, ¿verdad? Increíblemente gracioso —tuvieron tiempo de decir antes de que *César Augusto,* bajo la mirada sorprendida de los recién llegados que se agolpaban, le echase la garra a la hoja.

Albani tendió una mano con la intención de recuperar la nota, que tenía a menos de un palmo, pero *César Augusto* le soltó un fuerte picotazo. El cardenal la retiró con un gritito de contrariedad. Los otros invitados dieron un paso atrás.

—Eminencia, yo os ayudaré —dije abriéndome paso, con la esperanza de que *César Augusto* no se atreviera a utilizar la violencia contra un viejo amigo. Tendí la mano y le quité delicadamente la nota. A continuación recibí un impacto brutal.

Alguien me había derribado, o más bien se había dejado caer sobre mí. Por las protestas que oía, comprendí confusamente que éramos al menos tres los que nos revolcábamos en el suelo. Un individuo me arrancó la nota, mientras otros me oprimían con todo su peso un costado.

—Oh, Eminencia, perdonadme, perdonadme, he tropezado —oí que decía el inconfundible Buvat.

—¡Idiota! ¡Ya veréis! —replicó otro.

—¡Detened a ese loco! —exclamó otra voz.

Adiviné al punto el plan de Atto: provocar un alboroto, quizá una trifulca,

arrojando al larguirucho de Buvat sobre el grupo, y adueñarse de la nota.

—¡Ay! ¡No, maldición! —dijo Melani unos segundos después.

Me zafé de la pierna de no sé quién y me levanté.

Casi todos estaban ya de pie, incluso Buvat, que se arreglaba la ropa bajo la mirada estupefacta y airada de una decena de personas. *César Augusto* seguía allí, en el murete, sólo que ahora tenía la hoja de papel en el pico. Se la había quitado a Atto de las manos. Éste lo miraba implorante, pero no se atrevía a pedirle que se la devolviese, pues Albani tenía la vista clavada en el pájaro y su nota.

—*César Augusto*… —susurré esperando atraer su atención.

Me respondió con un murmullo líquido. Estaba chupando la nota, impregnada de chocolate. Luego desplegó las alas, me miró de soslayo y levantó el vuelo en medio de un pequeño torbellino de plumas blancas.

El cardenal Albani se estremeció.

—Un pájaro extraño, no cabe duda —comentó con la voz algo quebrada, tratando de recuperar el temple.

Vi de reojo que el cardenal se secaba con un pañuelo la frente perlada de sudor. Mi mayor interés era saber hacia dónde iba el pájaro. Mis temores se confirmaron: estaba saliendo de la villa, rumbo a la puerta San Pancrazio.

No me resultó fácil marcharme. Farfullé una excusa y me alejé de la galería. Atto me alcanzó enseguida en el salón, donde docenas de cabezas estaban vueltas hacia el teatro de la curiosa escena que acababa de tener lugar fuera. Nos mezclamos con el gentío, pero tuve que calibrar bien el momento idóneo para salir del salón y luego de la villa sin que me viesen don Paschatio ni los otros criados, para lo cual previamente hube de ir a los aposentos del abate Melani para cambiarme la librea por mi ropa.

—Deprisa, deprisa, diantres. El maldito pajarraco puede estar ya en cualquier parte —dijo el abate, mientras yo me ponía los pantalones a toda velocidad.

Para pasar inadvertidos no tuvimos más remedio que cruzar el cañaveral situado entre los parterres del paseo de entrada de la villa y luego retroceder hacia la parte posterior del jardín. Por fortuna el sol estival ya envainaba los aguijones de fuego con que gustaba de atormentar objetos y seres vivos, por lo que la persecución fue menos ardua.

Pasada la capilla, atravesamos la alameda que lleva al teatro y llegamos a la salida de atrás. Nos ensuciamos un poco, pero al menos habíamos evitado que nos vieran los otros invitados o los guardias apostados en la entrada principal. Debíamos impedir que Albani, Spinola y Spada barruntaran nuestras investigaciones.

Atto había ordenado a su secretario que permaneciera en la fiesta y vigilara con suma discreción a las tres eminencias. Por descontado, no esperaba que averiguara gran cosa.

Los dos sabíamos que, si lográbamos alcanzar a *César Augusto* y apoderarnos de

la nota, conoceríamos los pormenores de la próxima cita y tal vez los planes de los tres prelados. Cierto es que César Augusto había chupado bien la hoja, allí donde estaba impregnada de su amado chocolate. Ahora bien, justo por ese motivo yo estaba convencido de que no se desembarazaría de ella, sino que la guardaría con cuidado para volver a lamer de vez en cuando la dulce superficie con su lengüita negruzca.

Acabábamos de pasar la puerta San Pancrazio, cuando Atto me agarró el hombro.

—¡Mira!

Era él. Daba vueltas justo encima de nuestras cabezas. Sin duda nos había oído. Dobló inmediatamente hacia la derecha y empezó a alejarse. Me lo esperaba. Cuando comenzaba sus solitarias correrías fuera de la villa, que duraban días, a veces semanas, lo veía dirigirse hacia los árboles de copa más alta y frondosa. Era lo que hacía ahora. En Roma no tenía mucha elección. Los pinos más majestuosos, los cipreses más orgullosos, los plátanos más hospitalarios de las cercanías estaban todos allí, donde lo vimos desaparecer, nítido y veloz como un blanco y amarillo cometa, en la bóveda verde de los jardines del Navío.

Cuarta Noche

10 DE JULIO DE 1700

Volvimos a entrar en el parque del Navío con toda tranquilidad, sólo que esta vez no mirábamos al frente, sino hacia arriba. Sin duda *César Augusto* estaba ahí, en alguna parte, encaramado en una alta rama, quizá observándonos.

A aquella hora ya no sufríamos los candentes influjos de la canícula. Ahora bien, como en nuestras visitas anteriores, las sombras de la tarde, que a la sazón caía sobre la villa Spada, se desvanecieron en cuanto franqueamos la verja del Navío, barridas, junto con las pocas nubes, por una brisa caprichosa que dejaba el campo libre a una luz resplandeciente de oro puro. En pocas palabras, era como si en la villa de Elpidio Benedetti el crepúsculo fuese un huésped ingrato.

Tras cruzar el patio nos dirigimos hacia los espaldares de cítricos, por donde comenzamos una cauta investigación. Los tonos vivos de los naranjos y los limoneros, los toques de color de los tiestos de rosas, además de las sombras jaspeadas de los cenadores en forma de escaque y las del cercano bosquete, confundían no sólo la vista, sino también el olfato y todos los sentidos. Leves soplos de viento hacían murmurar las hojas, vibrar las flores, mecerse los troncos. Al cabo de unos minutos creía ver a *César Augusto* en todos los rincones y en ninguno. Recorrimos la alameda cubierta que terminaba en el fresco de Roma Triunfante. Nada. También Atto parecía desanimado. Cambiamos de dirección y fuimos hacia el edificio.

—Maldito pajarraco —murmuró.

—Os confieso que, en mi opinión, tenemos pocas posibilidades de dar con él. Cuando *César Augusto* no quiere que lo encuentren, no hay nada que hacer.

—¿Nada que hacer? ¡Ya veremos! —dijo blandiendo el bastón de empuñadura de plata hacia el cielo, como para reprender a una divinidad.

—Os digo que, si no quiere que lo encuentren, no hay quien dé con él, aun cuando…

—Soy yo quien dice qué haremos y qué dejaremos de hacer, chico. Soy un diplomático de Su Majestad el Rey Cristianísimo —replicó con brusquedad.

Me contuve un instante y luego decidí hablar.

—Pues bien, don Atto, explicadme entonces por qué me arrancasteis la nota justo cuando acababa de cogerla. Si Buvat no hubiera armado aquel jaleo, si no se hubiera abalanzado sobre mí, posiblemente ahora estaría en nuestras manos. ¡Pero la cogisteis vos y dejasteis que os la birlase el papagayo!

Esperé sus palabras con el pecho henchido de emoción. Como siempre que lo zahería, Atto respiraba muy agitado.

Permaneció callado un segundo y al cabo habló con un susurro cruel.

—No entiendes nada, jamás has entendido nada. No habrías sido capaz de retener esa nota. Albani estaba delante de ti, te habría visto todo el mundo, habrías tenido que devolverla. Buvat y yo éramos los únicos que podíamos hacerla desaparecer, pero tu necio papagayo tenía que estar allí para estropearlo todo.

—En primer lugar, el papagayo no es mío, sino herencia del difunto monseñor Virgilio Spada, el tío del cardenal Fabrizio, que Dios tenga en su gloria. Además, gracias a él logré quitar la nota a Albani.

—Yo habría podido distraer a Albani. Entretanto Buvat habría aprovechado…

—¿Distraer a Albani? ¡Si no habéis hecho más que granjearos su enemistad! Hoy habéis provocado por segunda vez un escándalo delante de él con vuestros discursos temerarios. Todos deben de estar hablando de ello en la fiesta.

—Cállate.

Me enojé. Era la gota que colmaba el vaso. Yo sabía que mis reproches eran justos. Atto no podía mandarme callar por las buenas. Sin embargo, se trataba de otra cosa.

Inquieto y prudente, Melani miraba por encima de mi hombro, como si escrutase a una fiera en libertad.

—¿Está detrás de mí? —pregunté pensando en *César Augusto*.

—Se está alejando. Va vestido como la otra vez.

—¿Vestido?

Me volví.

Se hallaba a poco más de una decena de anas. Llevaba bajo el brazo un pesado fajo de papeles atados con una cinta roja y se dirigía, con paso rápido y cara arrobada, hacia una muchacha de piel blanca como el requesón y espesa cabellera rizada y negra. Con una inclinación, a la que ella respondió con una amplia sonrisa, le entregó una bolsita de dinero y unos papeles.

Apenas tuve tiempo de reconocer a la pareja antes de que desapareciera detrás de una gran maceta de limoneros. Resultaba difícil equivocarse. Eran otra vez ellos: el maduro caballero y la joven a quienes había visto conversar el día de nuestra primera visita al Navío. Ella era (idéntica a) Maria Mancini. Él, ahora que lo veía por segunda vez, me recordaba vagamente a alguien, pero ¿a quién?

Tal como se habían manifestado, desaparecieron. Ya escarmentados por las otras apariciones, no tratamos de seguirlos ni de entender cómo se habían esfumado. Miré a Atto.

—¡Ay, de modo que es cierto! —murmuró.

Ahora sabía a quién habíamos visto.

Sería demasiado largo recapitular los hechos que me recordaba aquella frase. Baste decir que la pronunció, mientras agonizaba, un huésped del Donzello, la posada en la que trabajaba como mozo y donde, en esos mismos días, conocí a Melani.

El moribundo que había proferido aquellas palabras era Nicolas Fouquet, ex superintendente de Finanzas del Rey Cristianísimo, encarcelado de por vida por una conspiración palaciega y, después de mil peripecias, refugiado en Roma, precisamente en el Donzello. Atto sabía que me acordaba muy bien de aquellos acontecimientos, ya que sobre ellos versaban las memorias que me había sustraído y luego pagado con dinero contante y sonante.

—Era el mismo caballero del otro día, con Maria… —murmuré aún conmocionado por la enigmática manifestación.

El abate dejó que el silencio asintiera por él. Olvidados de nuestro altercado, seguimos mirando de un lado a otro, con la nariz empinada hacia las ramas y las copas, ocultándonos mutuamente que ya no estábamos pendientes de *César Augusto*, sino del abismo de recuerdos a los que la aparición, con artes de nigromante, nos había precipitado. Yo rememoraba los tiempos en que había conocido al abate Melani; él, en cambio, retrotraía más sus reminiscencias, evocaba su amistad con Fouquet, su tremendo destino, su trágico fin. Por eso, me dije, la primera aparición en el Navío lo había turbado aún más que las siguientes. Había visto al mismo tiempo a Maria, a quien estaba unido por sentimientos de lo más enmarañados y profundos, y a Fouquet, de cuya muerte atroz había sido a la vez espectador y actor.

Me daba perfecta cuenta de la violenta pugna de emociones encontradas que se producía en el alma de Atto. Había visto a su antiguo amigo, pero no viejo y postrado por los años de cárcel, como lo había conocido yo, sino en la plenitud de su fuerza y madurez. El fajo que portaba bajo el brazo debía de contener los documentos que ese trabajador infatigable al servicio del reino se llevaba siempre a casa —Atto lo sabía —, antes de que las maquinaciones de la corte de Francia le arrancaran el sillón de ministro, el honor, la libertad y la vida.

De buen porte y facciones distinguidas, el paso firme y la mirada sombría, pero porque estaba dirigida hacia cosas elevadas y nobles; así era el Fouquet que Atto había conocido de joven. Al volver a verlo ahora el abate se sumía, dando un arriesgado salto hacia atrás, en cien sucesos remotos, en mil conmociones del ánimo y de la Historia, en la angustia de infinitos dolores y quizá en otros tantos remordimientos. En aquella villa, como en un límpido y plácido estanque, el pasado se reflejaba tranquilamente y, ajustándose el tocado, como si hiciera un guiño, decía: sigo aquí.

Vi que Atto caminaba un poco encorvado. Ya no se movía como un anciano todavía ágil, sino con la vacilación de un joven revejido. Me sentía incapaz de

afrontar aquellas pruebas del corazón y del espíritu; si yo estuviese en su lugar, pensé, los sollozos sacudirían todo mi cuerpo. En cambio, él resistía y seguía fingiendo que buscaba al papagayo. No pude dejar de perdonarlo; me dije que tenía que pasarle por alto, al menos en parte, sus numerosos defectos (temeridad, doblez, arrogancia…) si de verdad quería considerarme su amigo. Ciertamente, eso podía suponer engañarme a mí mismo en exceso; creerlo, por ejemplo, capaz de una amistad sincera y comprobada. «Sois mi mejor amigo…»; no, era imposible que esa frase, que yo había oído durante la primera aparición de Maria Mancini y Fouquet, la pronunciase alguna vez el abate Melani. Pero ¿acaso la amistad no es compañera inseparable de la ilusión, de la que se nutre para prolongarse a sí misma y prolongar también las alegrías aparentes pero necesarias que da a los seres humanos?

—Creo que tienes razón. *César Augusto* no está o es demasiado difícil encontrarlo —dijo Atto con voz apagada.

—Si no quiere que lo encuentren, por desgracia éste es el lugar ideal —completé el razonamiento con aire igualmente distraído.

—De todos modos, es curioso que haya venido precisamente aquí —observó Melani—. Los tres cardenales, el Tetráchion, tu papagayo; este sitio comienza a estar atestado.

—En el caso de *César Augusto*, creo que se trata de una casualidad. Le gustan los árboles grandes y frondosos, y aquí están los más hermosos de todo el Janículo.

—Pues tratemos de averiguar si los otros también han venido aquí por casualidad.

—¿Los otros? —pregunté pensando con aprensión en las apariciones.

—Comenzando por el Tetráchion —se apresuró a aclarar Melani, mientras se dirigía hacia la entrada del edificio.

Sin embargo, de nuevo tuvo que detenerse. Una melodía muy suave, brotada de un violín, se difundía con dulzura por el parque y alrededor de nosotros. Era imposible saber de dónde provenía y para el placer de quién estaba destinada.

—Otra vez esa música… la folía —dijo Atto.

—¿Queréis que demos una vuelta por el edificio para ver de dónde viene?

—No, quedémonos aquí. No hemos parado de correr. No me desagradaría descansar un poco.

Se sentó en un pequeño banco de mármol. Creí que iba a justificarse con una frase como «los años no pasan en balde» o «ya no soy un chiquillo», pero se contuvo.

—La folía, la locura. Como la de Capitor —dije.

—¿Tú también lo has pensado?

—Me lo explicasteis vos. Capitor, la loca de España, cuyo mote no es más que la deformación de La Pitora, que en español significa «la loca».

—*Tout se tient.* Pero ésta es una folía que no parece tener fin. Cada vez que la oímos, suenan nuevas variaciones. En cambio, la folía de Capitor tuvo fin.

—Queréis decir que terminó marchándose de Francia.

—Sí. Finalmente, un día, ella y el Bastardo se fueron. Pero ya nada fue como antes.

—¿Qué ocurrió?

—Una serie de desventuradas circunstancias que conducirían a la escena a la que acabamos de asistir —susurró Atto, que por fin se decidía a hablar sobre la aparición de Maria y Fouquet.

Después de la exhibición de Capitor, me contó el abate Melani, la actitud del cardenal cambia de manera drástica. La oscura profecía de la loca («Virgen que se casa con la corona trae la muerte») lo acosa, la trompeta del miedo chilla, argentina y tremenda, en sus oídos: hay que estorbar, romper, impedir la unión entre Luis y Maria por todos los medios. «Me juego la cabeza en ello», medita aterrorizado el cardenal, que detrás de la palidez de siempre esconde su nueva e inconfesable angustia.

Así pues, durante los dos meses siguientes, en la primavera de 1659, obstáculos cada vez mayores se interponen entre los dos enamorados. En junio Mazzarino comunica oficialmente que Maria debe abandonar la corte. El cardenal, que ha dispuesto ir a los Pirineos para discutir algunos detalles del tratado de paz con España, llevará a su sobrina consigo para separarse de ella en el camino y mandarla a La Rochelle, donde tendrá que residir con sus dos hermanas menores, Ortensia y Marianna. Partida prevista: 22 de junio.

Temiendo la reacción de Luis, la reina se cuidó mucho de anunciarle la noticia. Mazzarino encargó, pues, a la propia Maria que comunicara al soberano su partida. Luis montó en cólera; amenazó con hacer caer en desgracia a Mazzarino, mientras la desesperanza de Maria aumentaba desmesuradamente su rabia y su sed de venganza. Durante tres días no dirigió la palabra a su madre; en el colmo de la desesperación, se arrojó a los pies de Mazzarino y de la reina y les suplicó entre lágrimas que lo dejaran casarse con Maria. Con voz firme y consumada retórica, Mazzarino le recordó que su padre y su madre lo habían elegido a él, el cardenal, para asistirlo con sus consejos, que le había servido hasta entonces con inviolable fidelidad, que nunca podría hacer ningún daño a la gloria de Francia y de la corona, que, en definitiva, él era el tutor de su sobrina Maria y que preferiría apuñalarla a permitirle semejante traición.

El rey, entre lágrimas, cedió. Cuando se quedaron solos, Mazzarino dijo a la reina: «¿Qué otra cosa podía hacer? En su lugar, yo habría hecho lo mismo.»

Incluso después de aquel día Luis continuó asegurando a Maria que nunca aceptaría casarse con la infanta de España, que contaba con poder vencer la resistencia del cardenal y de su madre, y que ella y sólo ella ascendería algún día al trono de Francia. Como prenda de sus promesas, el rey le regaló entonces el precioso collar que había comprado a la reina de Inglaterra y que había reservado para el día

del anuncio de su noviazgo.

Maria, sin embargo, ya no se hacía ilusiones. Profundamente herida por la debilidad de su amado, llegó incluso a animarlo a que se casase con la infanta.

Luis trató de tranquilizarla, le juró que sólo pensaba en ella y que encontraría una solución. Mas eran promesas que ya no podían satisfacer a quien las escuchaba ni a quien las pronunciaba.

Los días que siguieron no fueron para Maria sino un alternarse de sentimientos y humores encontrados: se debatía entre su amor por el rey y su amor propio. Entretanto Luis repetía sin cesar en la corte que su dolor por la próxima separación era insoportable. Pero las palabras ya no bastaban.

—Pocos, chico, vieron lo que yo vi entonces. Y puedes estar seguro de que nadie contará nunca nada —afirmó Atto.

Para que pudiera explayarse sin que se le anquilosaran las piernas, Atto y yo comenzamos a caminar bajo los cenadores del parque. En aquel lugar, poblado por los fantasmas del pasado, cada alameda parecía inspirarle un episodio; cada seto, una frase; cada parterre, un pormenor.

La víspera de la partida de Maria, el rey aún no está dispuesto a resignarse. El 21 de junio, la reina madre y su hijo mantienen una larga conversación en el cuarto de baño. El rey sale de allí con los ojos hinchados. Maria debe marchar; Luis ha perdido una batalla, pero aún espera, quién sabe cómo, ganar la guerra.

Al día siguiente, aquejado de un mal de amores de inusitada virulencia, le practican dos sangrías, en el pie y en el brazo (en los días siguientes le realizaron cuatro purgas y seis curas con sanguijuelas). Sollozando sin rebozo y prometiéndole en voz alta que se casaría con ella, Luis acompaña a Maria a su carruaje.

—Naturalmente, ella no entendía nada. Luis era el rey, podía hacer lo que se le antojara. Sin embargo, estaba cediendo a los deseos de su madre y del cardenal.

—¿Qué dijo Maria?

—«¡Ah, sire, vos lloráis, pero sois el rey, y quien se va soy yo!» —respondió Atto con una sonrisita en los labios.

—Pero ¿por qué no impuso el rey su voluntad?

—Has de saber que sólo la ausencia del bien amado nos revela su importancia. Luis estaba muy enamorado, pero, justo porque era la primera vez, aún no sabía que sería la única. La reina Ana lo convenció de que con el tiempo olvidaría a Maria y de que un día le estaría agradecido por el mal que ahora le infligía. Él la creyó. Y el daño fue irreparable.

Volvimos a sentarnos en un banco de mármol.

Tras la partida de Maria, entre los dos enamorados empieza una correspondencia intensa y desgarradora. Ella opta por dejar a sus hermanas en La Rochelle y refugiarse a poca distancia, sola, en la fortaleza de Brouage.

Estamos en agosto. Luis, con Ana y la corte, se pone en camino hacia los Pirineos, donde se ultimará el tratado entre Francia y España y donde, para sellar el acuerdo, se celebrará el matrimonio entre Luis y la infanta.

—Como creo que ya te he referido, yo formaba parte de aquella expedición tan capital en la historia de Europa —dijo Atto con palmario orgullo.

El 13 y el 14 de agosto, las Mazzarinetas van a saludar al rey y a su madre, que están de paso por la zona. Aunque todos pernoctan en el mismo palacio, a Maria y Luis no se les permite cruzar una sola palabra. El rey sufre en silencio.

—Fue entonces cuando pensé: «¡Su Majestad va a ser igual que el lirón de su padre, Luis XIII! El cardenal puede dormir tranquilo…» —dijo Atto con una sonrisa sarcástica.

En aquella ocasión, justo cuando el joven rey montaba en su caballo para reanudar el viaje, Melani le entrega una carta secreta de Maria: el adiós definitivo.

—Nadie, salvo yo, supo de la existencia de aquella misiva. Era larga y conmovedora. Nunca olvidaré sus palabras finales.

Dicho esto, recitó de memoria:

> *Des pointes de fer affreuses, hérissées, terribles, vont être entre Vous et moi. Mes larmes, mes sanglots font trembler ma main. Mon imagination se trouble, je ne puis plus écrire. Je ne sais ce que je dis. A Dieu, Seigneur, le peu de vie qui me reste ne se soutiendra que par mes souvenirs. Ô souvenirs charmants! Que ferez vous de moy, que feray je de vous? Je perds la raison. Adieu, Seigneur, pour la derniére fois![9]*

—Y fue realmente el último adiós de Maria a su amor —concluyó.

—¿Leísteis la carta a escondidas?

—¿Eh? —Atto se mostró molesto—. Cállate y no me interrumpas.

Mientras para mis adentros me reía por haber pillado a Melani en falta (era evidente que había leído la carta de Maria antes de entregarla al rey), prosiguió con su relato.

Mazzarino intriga para que Maria acepte la propuesta de matrimonio del condestable Lorenzo Onofrio Colonna, miembro de la noble y antiquísima familia romana a cuyo servicio había estado el padre del cardenal. El propio Mazzarino había servido a Felipe Colonna, abuelo de Lorenzo Onofrio. Precisamente Felipe Colonna era quien había disuadido a Mazzarino, cuando éste contaba veinte años, de casarse con la hija de un oscuro notario de la que estaba enamorado, además de encauzarlo por la senda de la «sotana», esto es, de la prelatura, merced a la cual, como le había predicho, obtendría una gran fortuna. El camino del joven rey parecía así seguir y adaptarse al del cardenal, que retorcía sin piedad sobre su joven protegido el hilo roto de su destino.

Con tal de convencer a Maria de que se case con Lorenzo Onofrio, Mazzarino

está dispuesto a hacer concesiones. La joven le pide entonces permiso para regresar a París. Así pues, vuelve a la capital, pero su tío ordena que la encierren en casa. Sin embargo, el destino dispone que, cuando Mazzarino se encuentra en el otro extremo de Francia, Maria y sus hermanas tengan que dejar el palacio de su tío a causa de ciertas obras de reforma. ¿Y dónde se alojan? En el Louvre, en los aposentos del cardenal, que, impotente, conoce la noticia por las misivas de sus informadores.

En el Louvre Maria es objeto de nuevas e inesperadas atenciones: el heredero del ducado de Lorena, Carlos, futuro héroe de la batalla de Viena, la corteja con donaire y pide su mano. Carlos es un joven de dieciocho años, apuesto, emprendedor, desbordante de ardor. Ella está dispuesta a casarse con él, lo prefiere con mucho a Colonna, a quien nunca ha visto y que la enclaustraría en Italia, donde los maridos tienen sobre las mujeres un poder absoluto. Pero Mazzarino, con distintos pretextos, se niega enérgicamente; teme que, incluso casada, Maria siga siendo peligrosa si se queda en París.

Mientras tanto se ultiman los detalles del matrimonio entre Luis y la infanta de España. Siete meses de negociaciones y preparativos antes de proceder a la ceremonia, que se desarrollará en dos tiempos, como requiere la costumbre, a ambos lados de la frontera (todos los soberanos tienen prohibido poner el pie en el reino limítrofe, gesto que equivale a una declaración de guerra).

El primer acto del tratado consiste en la renuncia solemne a la herencia sobre el trono de España que proclama la infanta María Teresa. Al día siguiente, siempre en suelo español, se celebra la boda por poderes con el Rey Cristianísimo. Don Luis de Haro, el negociador español, representa al soberano. No se admite la presencia de ningún francés, salvo el testigo de bodas de Luis, Zongo Ondedei, obispo del Fréjus y hombre de paja de Mazzarino.

Ana de Austria y el cardenal no soportan la espera. Han repetido hasta la saciedad a Luis que su prometida española es agraciada, mucho más que Maria Mancini. Es preciso que lo sea de verdad.

Así pues, enviaron de incógnito a madame de Motteville, dama de compañía de Ana, y a mademoiselle de Montpensier, prima del rey, con la misión de evaluar las virtudes femeninas de la novia. Ambas sabían que a su regreso al campamento francés en la frontera deberían responder a una sola pregunta: «Decid, ¿cómo es?»

—Trataron por todos los medios de parecer satisfechas —explicó entre risas Atto —, pero fue suficiente ver sus caras, sus sonrisas forzadas, sus gestos de circunstancias… Enseguida comprendimos la verdad.

«A decir verdad, no parece muy esbelta, tiene las piernas cortas. En una palabra, es baja», admitieron al unísono. «Sin embargo, está bastante bien hecha. Sus ojos no son demasiado pequeños, la nariz no es demasiado grande», se esforzaban en decir interrumpiéndose la una a la otra. «Tiene, eso sí, la frente un poco alta», que era una

manera elegante de afirmar que tenía entradas y su cabellera no era precisamente exuberante.

Madame de Motteville tuvo el descaro de declarar: «Si tuviera los dientes más regulares, sería una de las mujeres más hermosas de Europa.» A mademoiselle de Montpensier, más escrupulosa, dado que faltaba poco para que todos pudieran juzgar a la infanta por sí mismos, se le escapó, con tono desconsolado: «Da pena verla.» Luego se corrigió a toda prisa explicando que se refería al horrible tocado y a esa «máquina monstruosa», el enorme guardainfante en el que la moda española constreñía el pobre cuerpecillo de María Teresa.

—Así las cosas, todos estábamos aterrorizados por la reacción de Luis cuando, al día siguiente, viera por primera vez a la infanta.

—¿Y qué sucedió?

—Nada de lo que temíamos. En el encuentro con su futura esposa cumplió el ceremonial como un perfecto comediante. Interpretó, bajo la mirada complacida de su madre, que tan encarecidamente se lo había pedido, el papel ritual del enamorado devorado por la impaciencia, como manda la tradición en las bodas reales. Incluso galopó por la orilla del río, de manera muy galante, con el sombrero en la mano, siguiendo el barco de la novia. Luis estaba espléndido, gallardo y ardiente a la grupa de su corcel, y embelesó a la pobre María Teresa.

El abate Melani se ató el lazo de un zapato, luego el otro, y por último elevó la vista al cielo.

—Pobre infanta —murmuró—. Y pobre Luis.

Con aquella conducta impecable, Luis trataba de seguir los consejos de la reina madre: refrenar su corazón y atender a razones. La veneraba y confiaba en que, junto con el cardenal, hubiera elegido lo mejor para él. Llegaba a ese extremo por la inexperiencia en las cosas de la vida y el amor a que su madre y Mazzarino lo habían condenado. Empero, ya el primer día en que vio a su prometida comenzó a devorarlo silenciosamente la carcoma de la duda, del recelo, del amargo miedo de haber sido engañado.

A partir de entonces todo en Luis fue frialdad. Su rostro, sus actos, sus palabras, de las que mil oídos estaban constantemente pendientes, no dejaban traslucir nada. Era imposible detectar la menor manifestación de flaqueza en quien, con apenas doce años, al ser sorprendido por el pueblo enfurecido durante la sublevación de la Fronda cuando se disponía a huir con su madre del palacio real, se había metido en la cama aún vestido y había fingido dormir sin abrir un ojo en toda la noche, mientras la muchedumbre furibunda desfilaba a sus pies guardando silencio por el sagrado respeto que le inspiraba el sueño inocente del rey niño. ¿Qué le habría ocurrido si alguien hubiera levantado sólo un poco las mantas y descubierto el engaño?

A sus amigos, que fueron a verlo después de la visita de María Teresa para

animarlo a que abriese el corazón y le pidieron su parecer sobre la infanta, simplemente les respondió: «Fea.» No hubo manera de sacarle nada más.

—¡Debía de sufrir mucho! —comenté.

—¿Por el hecho de que su futura esposa no fuese como se la imaginaba? No; no tanto como piensas. Para él eso no cambiaba mucho las cosas. Comenzaba a darse cuenta de que su corazón no atendía con docilidad a las garantías de su madre, como antaño había querido creer. Se había quedado al sol cálido de dos bellos ojos negros, náufrago en el aroma de brezo de una salvaje cabellera morena, arrullado por las frases mordaces y la risa argentina de Maria.

En las celebraciones y los festejos nupciales, el rey actuó con displicencia. Sólo intervino en un detalle: para las libreas de la recepción, eligió los colores del escudo familiar de Maria.

Cumple con su primer deber conyugal sin pestañear, pero al día siguiente, cuando la corte ya se encamina hacia la capital, se marcha y abandona a su esposa durante dos días. ¿Adónde va? Nadie deja escapar la menor insinuación, pero todos lo saben: Luis se ha desviado repentinamente de su camino y corre al galope hacia Brouage, el castillo en el que se había alojado Maria, en las tierras de la Charente, donde aún flota su recuerdo.

En Brouage el soberano llora al borde del mar. Pide que le enseñen la cama donde durmió Maria y pasa la noche en ella, sin pegar ojo.

—Pero, si vos mismo habéis dicho que nadie hablaba de eso, ¿cómo conocéis tantos detalles? —pregunté asombrado.

—Yo mismo lo entreví en aquella habitación, la de Maria. Había acudido con otros por orden de Su Eminencia. Lo encontramos en una especie de agonía. Recordaba, pensé, un Descendimiento: las mantas arrancadas del lecho, postrado en un rincón debajo de la ventana, bañado en sudor por el abatimiento en el frío amanecer de la Charente.

Salimos de nuevo a la alameda en dirección a la explanada de la entrada y la cruzamos de una punta a otra, acompañados por el murmullo de la fuente que había en el centro. Atto medía el terreno con sus pasos cansinos y lentos.

En Brouage Luis se arrancó finalmente el corazón del pecho. Allí lloró todas sus lágrimas. Allí dijo adiós para siempre al amor, sin saber que también se decía adiós a sí mismo, a su índole apacible y sosegada que había conocido y saboreado y que ya no le pertenecía.

—Nunca lo olvidaré. El rostro que se elevó para mirarme, bajo la luz cenicienta del alba, en Brouage, era el de una estatua de sal. Fue el último acto. El resto es… una ciénaga.

—¿Una ciénaga?

—Sí. La lenta pérdida de aquel amor, su interminable agonía, los dolorosos e

infinitos intentos que hizo el rey por olvidar a Maria.

De vuelta en París con su esposa española, la ingenua María Teresa, Luis se entera por boca de la pérfida condesa de Soissons de que el joven y apasionado Carlos de Lorena corteja a Maria con amabilidad y, probablemente, con provecho. El rey se enfurece con Maria, la desprecia, la trata groseramente. Ella, por su parte, se muestra fría. Entonces Luis vuelve al redil y comienza a visitarla en el palacio de Mazzarino, en la rue des Petits Champs.

—Es decir, justo enfrente de mi actual vivienda —explicó Atto con calculado desenfado—. Los cortesanos, encabezados por las chismosas de madame de La Fayette y madame de Motteville, que seguían detestando a Maria por envidia, insinuaron que Luis iba allí más por la belleza de Ortensia, la menor de las Mancini, que por amor a Maria.

—¿Era verdad?

—¿Qué podía importar eso? Luis XIV ya estaba casado. Las promesas se habían roto, el sueño se había esfumado. Un año antes, los dos enamorados competían en la composición de versos; ahora se desafiaban venenosamente con pullas y piques. Se habían convertido en el *eidolón*, el fantasma de sí mismos. Habían dejado que se les escapara la vida para siempre.

—Perdonad, don Atto, ¿habéis dicho «la condesa de Soissons»? —pregunté para estar seguro del nombre.

—Sí. ¿Acaso la conoces? —inquirió a su vez con ironía, molesto por la interrupción—. Ahora escucha y calla.

Callé, pues, pero mi pensamiento corría hacia otra parte, hacia la carta de Maria en la que había leído sobre la peligrosa envenenadora, la misteriosa condesa de S., cuyo recuerdo tanto afligía a aquélla. ¿Se trataba de esta Soissons? El relato del abate, empero, ya galopaba más allá y me distrajo de mis reflexiones.

En el año que transcurre entre su matrimonio con María Teresa y la muerte de Mazzarino, explicaba Melani, Luis cae en la cuenta del error que ha cometido; peor aún, sabe que es irreparable. Las profecías de su madre no se han cumplido, la felicidad no ha llegado. Pero no puede volverse atrás.

—Todo o nada, así era el rey de Francia. Y sigue siendo igual. Maria lo era todo para él, y se la quitaron. A partir de entonces a Luis le quedó la nada.

—¿Qué queréis decir?

—La disolución, la destrucción, el desmantelamiento sistemático y razonado de la monarquía y de la propia figura del rey.

Con una mueca manifesté mi desacuerdo. ¿Acaso Luis XIV, Rey Cristianísimo de Francia, no era el soberano más temido de Europa? Sin embargo, no dije nada al respecto. Otras reflexiones me atribulaban el alma.

—Don Atto, ¿qué relación guarda todo esto con las apariciones del superintendente Fouquet y de Maria Mancini?

—Una relación enorme. Luis tenía casi veintidós años en mil seiscientos sesenta, cuando se casó con María Teresa. Aún era un jovenzuelo indeciso e inexperto, incapaz de oponerse a Mazzarino y a su madre.

Sin embargo, un año después, como bien sabes, festeja su vigésimo tercer cumpleaños, el cinco de septiembre, mandando arrestar al pobre Nicolas. Luego lo encierra de por vida en la remota fortaleza de Pignerol y le inflige mil padecimientos. Ahora te pregunto: ¿cómo se explica que el joven tímido y soñador que era doce meses antes se convirtiera de pronto en semejante fiera?

—La respuesta es, según vos, la pérdida de Maria Mancini —aventuré—. Ahora bien, el sentido de las dos escenas a las que hemos asistido sigue pareciéndome oscuro.

—¿Qué hemos visto hace un rato? A Nicolas entregando una bolsa de dinero a Maria. Y en su primera aparición Maria le decía: «Os guardaré gratitud toda mi vida. Sois mi mejor amigo.» Pues bien, la aparición de hoy explica por qué Maria expresó aquellas palabras de afecto y gratitud a Fouquet.

—¿Es decir?

—Vayamos por partes. Tras la muerte del cardenal Mazzarino, Maria no conseguía que el heredero universal de la fortuna de Su Eminencia, el peligroso loco que era el duque de La Meilleraye, marido de su hermana Ortensia, le entregase su dote. La situación era muy penosa, pues, aparte de ese dinero, Maria no poseía absolutamente nada. Pidió ayuda a Fouquet, que había sabido apreciarla y protegerla desde su llegada a la corte. Y, precisamente gracias a la hábil intercesión del superintendente, Maria obtuvo por fin la dote de su cuñado.

—Así pues, esa bolsa de monedas y todos esos papeles eran la dote de Maria.

—Sí. Los papeles debían de ser letras de cambio o algo semejante.

—Por eso, pues, Maria, como oímos en nuestra primera visita, dijo a Fouquet: «Os guardaré gratitud toda mi vida. Sois mi mejor amigo» —concluí con vehemencia.

En ese instante me percaté de que el abate y yo estábamos hablando de esas visiones como si fueran fenómenos de lo más normales.

—Don Atto, da la sensación de que los hechos que me contáis aquí, en el Navío, convergen en este mismo lugar… y es como si vuestra narración hiciera revivir el pasado.

—El pasado, el pasado… ojalá fuera tan sencillo —gimió Atto con un suspiro—. Ese pasado nunca ha existido.

Me quedé de piedra.

—El encuentro entre Fouquet y Maria por la dote y las palabras de

agradecimiento de ésta a aquél no son sólo manifestaciones de acontecimientos pasados, ¿lo entiendes? Porque Nicolas no entregó así su dote a Maria y ella no le dijo nunca esas palabras.

—¿Cómo estáis tan seguro? —pregunté dubitativo.

—Porque Maria le mandó esas frases de agradecimiento y estima en una carta, que el superintendente no leyó nunca, pues la interceptó Colbert, quien ya había destinado a Fouquet a la ruina, con la complicidad del rey. Como sabes, cuando llegó la noticia del arresto de Fouquet, Maria y yo estábamos en Roma; me enteré de la funesta novedad por una nota de mi amigo de Lyon, ministro de Su Majestad.

—¿Y la dote?

—Maria se disponía a partir hacia Italia, expulsada de París y destinada a casarse con el condestable Colonna por la voluntad del cardenal, aunque póstuma. La dote le fue enviada directamente a Roma, tanto apremiaba a la reina madre y a la corte desembarazarse de ella.

—En suma, el superintendente nunca entregó en persona su dote a Maria ni nunca pudo leer, y menos aún oír, aquellas palabras: «Os guardaré gratitud toda mi vida. Sois mi mejor amigo.»

—Exacto.

—Entonces, hemos asistido a dos episodios que jamás tuvieron lugar.

—Eso es menos exacto o, mejor dicho, incompleto. Si no hubieran obligado a Maria a alejarse de París, si no hubieran arrestado a Fouquet, habrían podido encontrarse. Él le habría entregado en persona el legado de su tío y ella le habría manifestado de viva voz su agradecimiento. Por otra parte, la partida de Maria entristeció mucho a Nicolas, que preveía sus desastrosas consecuencias, aunque tengo para mí que aún no podía imaginar que él sería el primero en caer bajo el hacha del nuevo rey que había surgido de las infelices cenizas de aquel amor.

—Así pues, hemos visto lo que habría debido suceder entre Maria y Fouquet si las malignas conjuras no hubieran alterado el curso natural de sus vidas… —comprendí en una iluminación que me dejó anhelante.

—Tanto como ver… —me corrigió el abate cambiando bruscamente de tono, ahora hosco a causa del cariz que adoptaban nuestras suposiciones—. ¡Corres demasiado! Diría, más bien, que todo es fruto de nuestra imaginación. No olvides que podríamos ser, como creo, víctimas de alucinaciones provocadas por los vapores corruptos del suelo. Y quizá también espoleadas por mis relatos.

—Don Atto, lo que decís es seguramente cierto para el segundo de los tres episodios a los que hemos asistido, el de Maria Mancini en compañía del joven rey, pero no para el primero ni para el último. ¿Cómo podía yo imaginar con tanta exactitud circunstancias cuya existencia ni siquiera conocía? ¿O pretendéis decirme que nuestras alucinaciones son de índole clarividente?

—Puede que sencillamente hayas compartido una alucinación mía.

—¿Qué queréis decir?

—Podría tratarse de un episodio de transmisión del pensamiento. En Francia y en Inglaterra se han publicado recientemente varios tratados, como los del abate de Vallemont, que explican que este fenómeno es del todo real y científico, fácilmente explicable por medio de las leyes de la razón. Según dichos autores, nuestro pensamiento emite corpúsculos pequeñísimos e invisibles que topan con los de otras personas e impregnan la imaginación.

—¿Estaríamos, entonces, rodeados por las partículas invisibles de los pensamientos de otros?

—Exacto. Un poco como las exhalaciones del azogue.

—No sé nada de eso.

—Nada demuestra mejor que el azogue la sutileza de los vapores y las exhalaciones. Este metal, líquido y seco, exhala humos tan finos y penetrantes que al moverlo con una mano, teniendo con la otra bien sujeta una pieza de oro, éste se cubre de azogue. Llega a la pieza de oro aunque uno se la meta en la boca. Asimismo, si se pone en contacto con oro, plata o estaño, estos metales se ablandan hasta convertirse en una pasta, llamada amalgama. Si el azogue se introduce en un tubo de cuero y se lo calienta un poco, penetra en el cuero y sale como a través de un cedazo.

—¿De veras? —exclamé asombrado, porque nunca había oído nada semejante.

—Sí. Y lo mismo, según he leído, puede ocurrir con la imaginación.

—De modo que yo sólo habría asistido a una de vuestras fantasías involuntarias.

Atto asintió como si fuera una obviedad.

Caminamos juntos y en silencio un rato más. De vez en cuando miraba de reojo a Atto, que, con el entrecejo fruncido, parecía sumido en profundas meditaciones, de las que no me hacía partícipe.

Reflexioné largamente sobre las explicaciones del abate. Habíamos visto, pues, no lo que había ocurrido entre Maria Mancini y Fouquet, sino cuanto habría ocurrido si el destino de ambos hubiera seguido su curso natural y benévolo.

Si hubiera tenido tiempo y ocasión de filosofar, me habría preguntado: ¿hay una mano pura que reanuda en algún lugar utópico los hilos rotos de la historia? ¿Algún refugio piadoso recoge los acontecimientos que no se cumplieron?

Eran preguntas que, como las picas de un batallón en armas, parecían apuntar hacia el lugar en que nos encontrábamos.

—Fíjate —dijo de súbito el abate deteniéndose con un estremecimiento ante un amplio y bello parterre—. Mira estas plantas; cada una tiene una estaca con su nombre.

—Jacinto, violeta, rosa, loto… —leí mecánicamente—. ¿Y bien?

—Sigue: ambrosía, nepente, panacea y hasta molu —dijo empalideciendo.

Mi mirada interrogadora pasó de esos nombres al rostro de Melani.

—¿Es que no te dicen nada? —preguntó—. Son las plantas que componían los míticos jardines de Adonis.

Callé, perplejo.

—¡Sencillamente, no existen! —exclamó Atto con la voz quebrada—. La ambrosía es el alimento de los dioses del Olimpo que daba la inmortalidad. El nepente es una planta egipcia legendaria que, según las creencias de los antiguos griegos, serenaba el ánimo y hacía olvidar los dolores. La panacea…

—Don Atto…

—Calla y escucha —me cortó bruscamente, con cara de espante—. La panacea, decía, aunque esto probablemente ya lo sabes, es una planta misteriosa, que los alquimistas buscan desde hace siglos, capaz de curar todos los males y de evitar la vejez. El molu, por último, es la hierba mágica que Mercurio dio a Ulises para que fuera inmune a los filtros de la maga Circe. ¿Ya has comprendido? ¡Estas plantas no existen! ¿Quieres decirme qué hacen aquí, expuestas con su nombre?

Se volvió de repente para encaminarse con premura hacia la villa. Lo seguí. No bien le di alcance, asistimos a un espectáculo que ponía los pelos de punta.

Detrás de un almenaje que coronaba la muralla de la villa, volaba un ser céreo y espectral que tocaba un violín. En sus hombros flotaba un impalpable manto de gasa negra que, impulsado por un viento intenso y súbito, trazaba caprichosas espirales. La música que brotaba de su arco no era otra que la folía que nos había acompañado de forma tan misteriosa en nuestras numerosas peregrinaciones al interior del Navío.

Retrocedimos instintivamente, mientras advertía que mis carnes se volvían frías como el mármol. Sin embargo, poco después el abate, con el rostro térreo, avanzó unos pasos. Me quedé observándolo con la boca abierta y crispada por la consternación, como una máscara trágica.

—¡Oh, tú! —exclamó dirigiéndose a la aparición, al tiempo que blandía el bastón como si estuviese ante una visión apocalíptica—. ¿De dónde vienes? ¿De qué gente? ¿Cuáles son tus pesares? Por los númenes, o por lo que te sea más querido, te suplico: responde sin engaño a mi pregunta, para que yo al fin sepa.

—¡Soy un oficial de las fuerzas armadas holandesas! —bramó al punto el otro desde arriba sin dejar de tocar el violín, en absoluto sorprendido por nuestra presencia ni por la singular exhortación del abate.

Me pareció que Melani iba a desmayarse. Corrí a sujetarlo, pero se rehizo de inmediato.

—¡Tú, holandés volante! —vociferó Atto con toda la fuerza de su garganta, como si fuesen sus últimas palabras—. ¿De qué mundo de espectros has llegado aquí, a este

Navío fantasma?

El extranjero dejó de tocar y nos escrutó en silencio. De pronto se inclinó y desapareció detrás de las almenas, para reaparecer enseguida con una rudimentaria escalera de cuerda, que desenrolló sobre el lado de la muralla.

Atto y yo permanecíamos callados, la respiración contenida. Hete aquí que el ser que se había manifestado ante nuestros ojos de aquella forma espectral y flotando libremente en el aire descendía ahora, para nuestro asombro, con el violín y el arco bajo el brazo, apoyándose con prudencia en la cuerda como cualquier mortal.

—Giovanni Henrico Albicastro, soldado y músico, para serviros —se presentó haciendo una leve reverencia al abate Melani, sin reparar aparentemente en la palidez de nuestros rostros.

El susto que acababa de pasar había dejado a Atto sin fuerzas para hacer o decir nada. Permaneció, pues, en silencio, encorvado sobre su bastón.

—Tenéis razón —continuó nuestro curioso interlocutor dirigiéndose al abate—. Esta villa del Navío es tan triste y tranquila que recuerda un fantasma. Precisamente por eso me gusta. Cuando vengo a Roma, me refugio aquí, en la cornisa de allá arriba. Tocar de pie ahí no es muy cómodo, lo reconozco, pero el panorama del que se disfruta, os lo aseguro, ofrece la mejor inspiración.

—¿Una cornisa? —preguntó el abate con un estremecimiento.

—Sí, al otro lado de los muros hay un caminito —explicó tranquilamente el otro indicando con un gesto la muralla de la que acababa de descender.

Atto bajó la vista, con aire abatido.

—¿Es vuestra la folía que tocabais hace un momento? —preguntó luego con voz queda.

Albicastro se limitó a dirigirle una mirada cortésmente interrogativa.

—Señor, tenéis el honor de hablar con el abate Atto Melani —intervine venciendo la turbación.

Al conocer el nombre de su interlocutor Albicastro asintió.

—Sí, señor abate, la he compuesto yo. Espero no haber ofendido demasiado vuestros oídos con mi violín. Parecíais muy agitado cuando me interpelasteis.

—Al contrario, señor, al contrario —repuso Melani con un hilo de voz, mientras la palidez del miedo cedía poco a poco ante el tono violáceo de la vergüenza.

—No quiero entreteneros, señor —dijo Albicastro—. Parecéis muy cansado. Con vuestra venia, me despido. Nos veremos más tarde. Al fin y al cabo, vos también estáis de visita en la villa, ¿no es verdad? Nunca se termina de descubrirla.

Tras acompañar sus palabras con una pequeña inclinación, el músico se alejó a grandes zancadas.

Una vez que nos quedamos solos, el silencio reinó durante un buen rato entre el abate

y yo. Decidí ir a ver. Trepé por la escalera de cuerda que Albicastro había dejado en la muralla y, cuando llegué arriba, me asomé al otro lado.

—¿Está ahí? —preguntó Atto con cierto nerviosismo, la mirada fija en la punta de sus magníficos zapatos.

—Sí, está —respondí.

En efecto, había una cornisa. Además, no era tan estrecha. ¡Vaya con el holandés volante!

El abate callaba. Lo humillaba el recuerdo del pánico que había sentido sin motivo pocos minutos antes.

—Sea como fuere, ese holandés es un poco extravagante —observé—. Dudo que sea corriente que un violinista toque en una cornisa.

—Además, esas flores misteriosas, que me han… —apuntó el abate.

—Don Atto, con todo el respeto que os debo, permitidme decir que esas flores no son tan misteriosas como creéis.

El abate dio un respingo, como si lo hubiera mordido.

—¿Y tú qué sabes? —protestó picado.

—Ciertamente —dije con toda la modestia de que era capaz—, la ambrosía, el nepente, la panacea y el molu se hallaban, como decís, en los míticos jardines de Adonis. Tal vez por ese motivo Elpidio Benedetti eligió esas plantas. Sin embargo, no es cierto que no existan. Os hablo como simple ayudante de jardinero, y mi conocimiento procede de la humilde experiencia que he tenido en los jardines de la villa Spada y de algunos manuales de flores que me gusta leer de vez en cuando. Pues bien, os aseguro que la ambrosía, si antaño fue el alimento de los dioses del Olimpo que daba la inmortalidad, la conozco hoy como una seta, que encanta a las hormigas. Lo mismo pasa con el nepente, que los manuales describen como una planta carnívora traída por los padres jesuitas de China. Lo que ignoro es si viene de Egipto y, según las creencias de los antiguos griegos, serena el ánimo y hace olvidar los dolores. Es probable que la panacea sea buscada desde hace siglos en la alquimia, pero yo la conozco como una plantita medicinal que alivia los callos. Y el molu, por último, no es más que una especie de ajo, lo que no empece para que volviera inmune a Ulises frente a los filtros de la maga Circe, pues todo el mundo conoce sus múltiples propiedades…

Al notar la grave afrenta que ensombrecía el rostro de Atto dejé de hablar.

Pobre abate Melani. Siempre había reaccionado con escepticismo ante las misteriosas apariciones a las que habíamos asistido repetidamente en el Navío, obstinándose en achacarlas a vapores corruptos, corpúsculos, imaginaciones y otras cosas. Sin embargo, yo ahora tenía la prueba de que la tensión y el miedo habían crecido en su pecho no menos que en el mío.

No obstante, aquéllos se habían manifestado a destiempo: ante las plantas del

jardín, en las que el abate había creído reconocer las flores legendarias de los jardines de Adonis, e inmediatamente después, por una extraña casualidad, ante la imagen de aquel singular individuo; Albicastro, músico y soldado, engañosamente suspendido en el vacío. En definitiva, había flaqueado por el miedo a lo desconocido justo cuando no había nada de desconocido. Se había equivocado varias veces y ahora estaba avergonzado hasta la médula.

—Eso es justo lo que quería decir —comentó por fin, quizá intuyendo mis reflexiones—. Confirma lo que te he enseñado desde el primer día que entramos aquí: la superstición es hija de la ignorancia. Todo en este mundo puede explicarse por medio de la ciencia de las cosas y de los fenómenos; si yo hubiera tenido conocimientos de floricultura, no habría caído en tan penoso equívoco.

—Desde luego, don Atto, pero permitid que os haga notar que, en mi modesta opinión, aún no hemos encontrado una explicación convincente de las apariciones que hemos presenciado.

—No la hemos encontrado debido a nuestra ignorancia. Exactamente como hace un momento, cuando hemos creído ver volar a un hombre que, en realidad, caminaba por una cornisa y era azotado por el fuerte viento.

—¿Pensáis que alguien nos ha gastado una broma?

—¿Cómo saberlo? Las posibilidades de falsear la realidad son infinitas.

Entramos enseguida en la planta baja del edificio.

—Después del susto que nos dio ayer Buvat, tendrías que haberme hecho algunas preguntas —comentó Atto.

—Sí, es verdad. ¿Cómo diantres consiguió encontrarnos y alcanzarnos sin que ninguno de los dos lo viera ni oyera? Apareció tan de repente que parecía caído del cielo.

—Tampoco yo daba crédito a mis ojos, pero luego hallé la explicación —dijo llevándome a un cuartito ubicado a la derecha de la puerta de entrada.

—¡Ahora entiendo! —exclamé.

El cuartito no era sino el hueco de una pequeña escalera de servicio. Buvat había subido por ella, no por la escalera de honor que habíamos usado nosotros, situada en el lado diametralmente opuesto del edificio (al fondo y a la izquierda de la entrada). Por eso había aparecido de forma inesperada a nuestro lado, junto al ventanal del salón de la primera planta desde donde se divisaba el Vaticano. No habíamos acertado a distinguir de dónde procedían sus pasos no sólo por el eco que producía la gran bóveda de la galería, sino además porque nos parecía imposible que hubiera otra entrada imperceptible para nuestros sentidos.

Subimos, pues, al primer piso por la escalera de servicio. Como su más espaciosa hermana, también era de caracol.

Estábamos ya en los últimos peldaños, cuando nos acometió un potente chiflido, acompañado de un estruendo profundo y amenazador. Instintivamente me tapé los oídos para protegerlos de la tremenda onda sonora.

—Maldición —imprecó el abate Melani—. ¡Otra vez esa folía!

Nos encontramos con Albicastro. Se había puesto a tocar justo en el último peldaño de la pequeña escalera de caracol, que, haciendo de caja de resonancia de su violín, transformaba los sonidos graves en gigantescos mugidos, y los agudos en vertiginosos silbidos. La música cesó.

—Parece que la folía os alegra más que cualquier otro tema musical —observó Melani claramente alterado por este nuevo sobresalto.

—Como afirmaba el gran Sófocles: «La vida es más hermosa cuando no se razona.» Además, esta música se aviene bien con el Navío, *stultifera navis*, o nave de los necios, si preferís —afirmó animoso el holandés, que después de limpiar su instrumento se puso a afinarlo, emitiendo así una serie de maullidos cómicos y desagradables.

Atto, por toda respuesta, empezó a declamar:

Por calles y plazas los necios pululan
cometiendo por doquier locuras
y, rechazando el título que es suyo,
a sí mismos sabios se proclaman.
Por eso pensé cómo pertrechar
la nave de los necios:
galeras, fustas, carracas y cargueros,
amén de barcazas, gabarras, balleneros…

Daba la sensación de que Atto trataba de loco a Albicastro con esos versos.

—¿Conque conocéis a mi querido Sebastián Brant? —preguntó el holandés asombrado y nada ofendido.

—Con tan harta frecuencia he sido recibido en la corte de Innsbruck o por el elector de Baviera que enseguida he captado vuestra alusión a la *Stultifera navis*, de Brant, el libro más leído en Alemania en los últimos doscientos años. Si no se ha leído esa obra, no se puede afirmar que se conoce al pueblo alemán.

Una vez más me quedé sorprendido por el conocimiento enciclopédico de Atto. Diecisiete años atrás había comprobado que, si bien tenía ideas poco claras sobre la Biblia, en lo relativo a la política y la diplomacia lo sabía todo.

—Así pues, coincidiréis conmigo en que la *Stultifera navis* se compadece bien con la villa en que nos encontramos —contestó el músico, que a continuación recitó:

No hay un solo hombre vivo
que pueda preciarse de no estar chiflado,

mientras que quien se tiene por necio
pronto se convierte en sabio.

A lo que el abate replicó:

Pues tal es el defecto del necio,
que niega de qué está hecho.

Y Albicastro, observando divertido los mil flecos, bordados de cuero y cintas del traje de ceremonias de Atto, declamó:

Callo de los que, con atuendo de locos,
van por ahí seguros y tiesos
vanagloriándose de sus trajes de Leiden
y de las telas que ofrece Malinas,
piel salvaje sobre piel salvaje,
y sobre la manga, la figura de un cucú.
Pero si se les llamase mentecatos,
muchos no lo creerían.

—Lo cierto es que aquí dentro ocurren muchas cosas extrañas —tercié de inmediato, antes de que fuese a más esa lid en la que no hacían más que tildarse mutuamente de locos—. Lo que quiero decir es que —me corregí al momento, al ver que Atto reprimía a duras penas un gesto de impaciencia por mi observación—, según parece, circulan vapores corrompidos, u otras especies de exhalaciones extrañas, que… producen alucinaciones.

—¿Exhalaciones? Quizá. Es la belleza de este lugar. ¿Acaso la prudencia de la naturaleza no ha dado a los niños el sello de la locura, para despertar, endulzar y aumentar así el placer de sus maestros? Del mismo modo, esta villa aplaca los afanes de los transeúntes que en ella se cobijan.

Mientras hablaba, el holandés dejó el violín en su estuche, del que extrajo una serie de partituras.

—¿Insinuáis que el Navío posee virtudes sobrenaturales? —pregunté.

—No más que las que posee el amor.

—¿Qué queréis decir?

—¿Cupido, el dios del amor, no tiene siempre el aspecto de un amorcillo despreocupado y alocado, con el pelo revuelto? Sin embargo, el amor, como dice el poeta, mueve el sol y las estrellas.

—Habláis con enigmas.

—En absoluto, es muy sencillo: basta la inocencia de un niño para levantar el

mundo. No hay nada tan poderoso.

El abate Melani enarcó las cejas con suficiencia y luego me miró de soslayo como para decirme que Albicastro estaba un poco tocado de la cabeza.

Mientras, el músico proseguía:

Alejandro sojuzgó el mundo entero:
un sirviente lo mató con un bebedizo.
Darío huyó y libre quedó de peligro:
Besso, su siervo, lo asesinó.
así es como acaba el poderío:
Ciro su propia sangre bebió.
Amigo, nunca tu poder será tanto
que su fin no encuentre a tiempo.
Y si miro los muchos imperios que ha habido,
el asirio, el meda, el persa, el macedonio y el griego,
y Cartago y el Estado romano,
descubro que todos su final han tenido.

Los versos que el holandés había recitado me turbaron sobremanera, pues recordaban mucho el relato de Melani sobre el miedo a morir que tenía el poderoso cardenal Mazzarino.

—De nuevo vuestro Brant. Siempre habláis de locura y os encanta tocar la folía… —observó el abate con un escepticismo mal disimulado.

—No despreciéis la locura, pues no es un defecto. ¿O es que no compartís lo que dice mi viejo coterráneo de Rotterdam, a saber, que muy semejante a la locura es perdonar los errores de los amigos, tratar de ocultarlos, engañarse sobre éstos y no querer verlos, y llegar incluso a apreciar y a admirar sus vicios como grandes virtudes? ¿No es la mayor sabiduría?

Atto, aunque imperceptiblemente, bajó la vista; Albicastro había dado en el clavo. Era como si estuviese al corriente de la conversación que habíamos tenido Melani y yo y de mis consideraciones sobre nuestra atormentada amistad.

El holandés volvió a fijarse en sus partituras y empezó a recitar para sí:

Ya no se ven amigos
como David y Jonatán,
como Patroclo y Aquiles,
como Orestes y Pílades.
Como Démades y Pitias
o como lo fue de Saúl su escudero
y Escipión y Lelio.

En nuestros días no hay nadie
que sepa amar al prójimo como a sí mismo,
no hay ningún Moisés ni ningún Nehemías,
ni nadie tan generoso como Tobías.

El abate tragó saliva, pero guardó silencio.

—Y si la locura es la mayor sabiduría —continuó el holandés dirigiéndose de nuevo a nosotros—, ¿dónde podría refugiarse más cómodamente que en este Navío, que, como vos mismo reconocisteis ayer, está literalmente tapizado de lemas de sabiduría?

—¿De modo que nos habéis espiado? —exclamó Atto con sorpresa y desprecio, pues empezaba a sospechar que las incómodas alusiones de Albicastro sobre la amistad no eran del todo casuales.

—Os oí cuando levantasteis la voz. Vuestras palabras resonaron en la torre —respondió el otro sin alterarse—. Pero tendréis otras cosas que hacer; permitidme, pues, que os deje.

Bajó por la escalera de caracol, e instantes después ya no oímos siquiera el eco de sus pasos. El abate Melani tenía el rostro sombrío.

—Ese holandés es francamente irritante —masculló.

—Vos no congeniáis con Holanda, don Atto —no pude menos que observar—. Si no recuerdo mal, antaño vuestro cuerpo no toleraba las telas flamencas.

—Gracias a Dios, eso ya no me pasa, desde que ese pueblo de herejes cicateros ha mejorado las técnicas de teñidura de los tejidos hasta equipararse por fin a las manufacturas reales francesas. Esta vez, sin embargo, habría preferido tener un ataque de trescientos estornudos seguidos a escuchar las insensateces del tal Albicastro.

Nos encaminamos entonces hacia la escalera de honor para ir a la planta de arriba, en la que nunca habíamos estado y donde nos esperaban no pocas sorpresas.

La primera se produjo en los mismos peldaños. Las espirales helicoidales estaban tapizadas de inscripciones:

Amigos, muchos. Un amigo, ninguno.
Que el amigo tenga tu mismo espíritu.
Corrige al amigo que yerra, pero abandona al incorregible.
Cree sólo en el amigo al que conoces desde hace mucho tiempo.
No antepongas los nuevos amigos a los viejos.
Daña más adular a los amigos que criticar a los enemigos.
Que la amistad sea inmortal y la enemistad, mortal.
Cuídate de tus enemigos, pero témeles.
Resístete a las nuevas amistades, pero luego consérvalas tenazmente.

Mientras subía por las escaleras y esas y otras máximas pasaban delante de mis ojos, volví a experimentar la extraña impresión de que algo en el Navío, como un oscuro e impersonal órgano de los sentidos, había captado mis pensamientos sobre la amistad y ahora, sin darme una respuesta, sometía a examen mis secretas reflexiones. Recordé: ¿en nuestra primera visita no había leído frases sobre la amistad grabadas en las pirámides que había en el jardín? Luego los hechos se habían encadenado, y de una forma muy clara. Primero la disputa con Atto; después las palabras y los versos de Albicastro acerca de la amistad (resultado, quizá, no tanto de un enigmático parto del azar como del fisgoneo del músico). Pero hete aquí que ahora surgían nuevas frases que parecían querer echar sal sobre mi herida interior.

Me sentía como el cardenal Mazzarino, perseguido por la pesadilla de Capitor: cuanto más rechazaba los consejos de esas sentencias, más me asediaban.

«Amigos, muchos. Un amigo, ninguno.» En la villa Spada daba y recibía muchas palmaditas en el hombro, pero ciertamente no podía presumir de tener con nadie una auténtica amistad, y mucho menos con el abate Melani. «Que el amigo tenga tu mismo espíritu.» ¿Atto y yo el mismo espíritu?, me decía con sarcasmo. El príncipe de los ingenuos y el rey de los intrigantes… «Corrige al amigo que yerra, pero abandona al incorregible.» Qué fácil es decirlo, pero ¿acaso el abate Melani no era precisamente el típico ejemplo de amigo tan incorregible como hábil para conseguir que no se le abandone? Él, que me precedía en la escalera, seguramente había leído también aquellas máximas, pero, como yo suponía, no hizo el menor comentario.

Tan pronto como llegamos arriba topamos con otro detalle digno de atención. Una inscripción aún más singular que todas las anteriores figuraba en el pequeño arco por el que se accedía a la planta.

Sólo para tres amigos fabriqué,
pero luego no supe encontrarlos.

—Por suerte, no se nos ha escapado esta inscripción —comentó Atto para sí.

—¿Qué querría decir Benedetti?

—La inscripción dice «fabriqué…». Parece que pretende explicar las razones por las que construyó el Navío.

—¿Quiénes son los tres amigos?

—No has de pensar necesariamente en tres personas. También pueden ser…

—¿Tres objetos?

Atto me respondió con una sonrisita de satisfacción.

—¡Los regalos de Capitor! —deduje con entusiasmo—. Tenéis, pues, motivos para buscarlos aquí.

—Sería excesivo e ingenuo interpretar las palabras literalmente y dar por hecho

que el Navío se construyó adrede para los tres objetos. Tengo para mí que la frase sólo significa que el edificio es, o ha sido, el refugio natural de los regalos de Capitor.

—Queda por averiguar el sentido de «no supe encontrarlos» —observé.

—Ya lo averiguaremos, chico. Una cosa cada vez —repuso mientras salíamos de la escalera.

El segundo piso estaba subdividido de forma asaz distinta de los otros dos que habíamos visitado. Desde la escalera de honor pasamos a un vestíbulo, que llevaba, a la izquierda, a una terraza que daba al sur, hacia la calle. Era la azotea del mirador cubierto de la primera planta, de cuya fuente se oía, en efecto, el elocuente murmullo. Permanecimos allí un instante para recrear nuestra vista y nuestro espíritu, pues se dominaban todos los lugares y los viñedos de alrededor, e incluso, en lontananza, el color argentino del mar.

—Es fantástico —comentó Atto—. En toda Roma jamás he disfrutado de un panorama más generoso. El Navío es único. Es tan recoleto dentro de sus muros como libre y airoso fuera.

Volvimos al interior y nos adentramos por un pasillo que conducía al extremo opuesto del edificio, el que daba al norte. En el centro de la planta había un salón oval, con ventanas en los dos lados largos. Más allá de la sala el pasillo continuaba y llevaba a una salita provista de un balcón desde el que se veían San Pedro y el Vaticano. En un rincón estaba la escalera de servicio. Regresamos al salón oval.

—En este salón debían de servirse las comidas en la estación fría. Hay cuatro estufas —observó Atto.

—No entiendo por qué es mucho más pequeño que la galería de la primera planta, que está justo debajo. Se nos ha escapado algo.

—Mira aquí.

Había acertado con mi intuición. Atto fue al primer pasillo, luego al segundo. En cada uno había dos portezuelas, que nos habían pasado inadvertidas. Descubrimos que daban a cuatro apartamentos, dos por pasillo, que tenían una alcoba, un cuarto de baño y una pequeña biblioteca.

—Cuatro alojamientos independientes. Es probable que Benedetti alojase aquí a sus amigos, como hace el cardenal Spada con sus huéspedes de relieve —conjeturé.

—Quizá. Sea como fuere, ahora sabemos por qué el salón principal es mucho más pequeño en la segunda planta que en las inferiores. En efecto, ese salón no es más que el punto de unión de los cuatro apartamentos.

Mientras explorábamos esas habitaciones llenas de polvo, allí donde mirábamos nos seguían amables las sentencias, las frases y los proverbios que en paredes, columnas y jambas había diseminado caprichosamente la mente extravagante de Benedetti. Leí al azar:

Más vale no perder la paz propia por los chismes de otros.
La nobleza poco se aprecia, si falta la riqueza.
Ni por cada mal al médico, ni por cada pleito al abogado, ni por cada sed a la jarra.

Encima de las puertas de los cuatro apartamentos había otros agudos aforismos:

La libertad holgada lo abarca todo.
Más vale poco y bueno que mucho y malo.
El sabio sabe encontrarlo todo en lo poco.
No se puede llamar poco a lo suficiente.

Busqué a Atto con la mirada. No lo encontré; se había ido a inspeccionar uno de los cuatro apartamentos. Yo también entré.

Apoyado contra la jamba de una puerta, me recibió escrutándome sin pronunciar palabra.

—Don Atto…

—Calla.

—Pero…

—Estoy pensando. Me pregunto cómo diantres es posible.

—¿A qué os referís?

—Tu papagayo. Lo he encontrado.

—¿Lo habéis encontrado? —balbucí con incredulidad.

—Está aquí, en este apartamento —dijo señalando un cuarto contiguo—. Con los regalos de Capitor.

Era verdad. Los cubría una fina capa de polvo, pero ahí estaban. También *César Augusto*. Los años no habían hecho mella en él. En ese sudario inmaterial, esperaba desde Dios sabía cuánto tiempo a que lo destaparan y, conforme a su naturaleza, lo admiraran.

—Tienes un gran honor, chico —agregó Atto mientras yo entraba en la estancia —. Ahora puedes tocar uno de los mayores misterios de la historia de Francia: los regalos de Capitor.

Un cuadro. Habíamos encontrado un cuadro. Era muy grande, casi un metro y medio de alto por dos de ancho. Estaba en el suelo, ignorado por todos, salvo por las

paredes y las inscripciones del Navío.

Su tema eran dispares y hermosos objetos, armoniosamente dispuestos con una atinada mezcla de orden y desorden. En el centro, abajo, en primer plano, había un enorme plato de oro ricamente historiado de estilo flamenco, colocado oblicuamente sobre un escalón. Se distinguían en él dos estatuillas de plata: el dios del mar, Neptuno, empuñando el tridente, y la nereida Anfítrite, su esposa. Estaban sentados muy juntos en un carro que dos tritones arrastraban por encima de las olas. Yo sabía perfectamente de qué se trataba: uno de los regalos de Capitor, aquel donde había quemado las pastillas de incienso.

A la derecha, encima del escalón, figuraba una copa de oro, cuyo pie era un centauro con la mitad equina también de oro y la mitad humana de plata. Se trataba, naturalmente, de la reproducción de la copa llena de mirra que Capitor había entregado al cardenal.

Por último, detrás de estos dos objetos destacaba un gran globo terráqueo de madera con el pedestal de oro: el tercer regalo. Delante de él la loca española había recitado el soneto sobre la fortuna que tanto había incomodado a Su Eminencia.

En el cuadro se representaban otros objetos de factura no menos exquisita, que perfeccionaban el sentido y la composición de la imagen pictórica. Así, en segundo plano se entreveía una mesa, sobre la que reposaban un tapiz rojo, un laúd, un violón, un tamboril y un libro de notaciones musicales, abierto en no sé que página, tal vez justo en la de aquel lúgubre *Pasacalle de la vida* que Capitor había hecho cantar a Atto y que tanto había aterrorizado al cardenal. A la izquierda, un perro de noble raza olisqueaba el gran tapiz rojo con tímida curiosidad y la pata elegantemente doblada.

En el centro de la composición otro animal se exhibía con orgullo: un espléndido papagayo blanco, de gran cresta amarilla, posado sobre el globo lignario, también con una pata levantada y la cabeza ladeada hacia la izquierda, donde estaba el perro, como si lo remedase y marcase su indiferente superioridad. Era el fiel retrato de *César Augusto*, tanto que hasta reproducía su expresión burlona y altanera.

—Es el cuadro que Mazzarino encargó a aquel pintor holandés antes de deshacerse de los tres presentes de Capitor… —recordé anudando los hilos del relato de Atto en la urdimbre de los nuevos sucesos.

Consciente de la singularidad e importancia del momento, el abate guardaba silencio. Por fin dijo:

—Boel. Se llamaba Pieter Boel. Años después se convirtió en pintor oficial de la corte. Te dije que era bueno y, como puedes comprobar, no mentía.

—El cuadro es… realmente extraordinario, don Atto.

—Lo sé. Me habían hablado de él, pero nunca lo había visto. Como puedes observar, la descripción que te hice de los regalos de Capitor era fiel. La memoria no me traiciona —añadió con satisfacción mal disimulada.

—Sin embargo, yo había entendido que el cuadro se había quedado en París. ¿No habíais dicho que Mazzarino lo había conservado, consigo?

—Yo también creía que estaba en Francia. Ahora bien, a medida que exploramos el Navío, y sobre todo desde este momento, más se afianza en mí una convicción.

—¿Cuál?

—Que aquí no están los regalos de Capitor. O, al menos, que ya no están.

—¿Qué queréis decir?

—Yo también creía que el cardenal se los había confiado a Benedetti para que los guardase aquí, en el Navío. En sustitución de los regalos, Mazzarino debía quedarse con el cuadro. Pero resulta que lo que encuentro aquí es el cuadro, no los regalos. No es, desde luego, lo que esperábamos, pero siempre es mejor que nada. Como dice una de las máximas que acabamos de leer, «El sabio sabe encontrarlo todo en lo poco».

Una vez más, reflexioné con estupor, el Navío había tenido la extraña capacidad de anticiparse (y de responder) a las necesidades íntimas de los humanos que lo visitaban.

—Los presentes se enviaron a otro sitio —razonaba el abate Melani—, pero ¿adónde? El cardenal nunca dejaba nada al azar.

Volvimos de nuevo la mirada hacia aquel retrato al tiempo sublime, enigmático y nefasto.

—Es impresionante. El papagayo se parece realmente a *César Augusto* —observé.

—No se parece. Es *César Augusto*.

—¿Qué decís?

—No recordaba que fueses tan corto de entendederas. ¿Crees que puede haber un papagayo de este tipo pintado en un lienzo y un segundo, idéntico, de carne y hueso, en dos villas colindantes sin que uno sea el retrato del otro?

—Pero el cuadro se pintó en París —objeté molesto por el sarcasmo del abate.

—No puede ser mera coincidencia. Sé que una vez te conté que la loca de Capitor era una apasionada de los pájaros. Tenía siempre un…

—… grupito que le hacía compañía, es verdad, me lo habíais dicho… ¡Entonces puede que vos, hace muchos años, vierais a *César Augusto*! Ha pasado mucho tiempo, pero los papagayos son muy longevos.

—Claro, a lo mejor lo vi. ¿Quién sabe? La loca estaba siempre rodeada de un montón de papagayos. De todos modos, nunca me han gustado esos bichos. Para serte sincero, jamás he entendido el placer que encuentran muchos en tenerlos en casa, a pesar de la suciedad y la peste que dejan y el alboroto que arman. En fin, aunque hubiera visto a tu pájaro, sería imposible que hoy me acordara de él.

—¡Es increíble que *César Augusto* haya acabado en las pajareras de la villa Spada! —exclamé, todavía poco convencido del razonamiento del abate.

—¡Cielo santo, si la explicación cae por su propio peso! Es evidente que Capitor abandonó a César Augusto en París; lo que ya no sé decirte es si se lo regaló a alguien o simplemente se olvidó de él. Sea como fuere, ya puedes imaginar lo que decidió hacer Mazzarino en cuanto supo que la loca había dejado en su ciudad a aquel pajarraco.

—Pues… debió de mandarlo lo más lejos posible.

—Con los tres regalos. Por eso lo hizo retratar con ellos. Ahora dime, ¿qué sabes del papagayo?

—Sólo que hace muchos años pertenecía a monseñor Virgilio Spada, que Dios tenga en su gloria, tío del cardenal Fabrizio. Según parece, era un hombre peculiar, amante de las antigüedades y de las rarezas de la más variada índole. Sé que tenía también una colección de curiosidades naturales.

—Eso lo sé yo también. Llevaba en Roma cerca de un año cuando Virgilio Spada murió. Era un apasionado de los castrados. Había estudiado con los jesuitas, que querían que ingresara en su orden, pero Virgilio eligió la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri porque se había enamorado de la voz del gran Girolamo Rosini, el aclamado cantor del oratorio. Asimismo, Virgilio era amigo de Loreto Vittori, el maestro castrado de Cristina de Suecia, y tomó personalmente a su servicio a otro joven cantor, Domenico Tassinari, que acabó dejando la música para hacerse oratoriano, como su amo.

Mientras Atto nombraba con satisfacción las amistades que Spada había entablado con los cantores emasculados, sus semejantes, yo meditaba.

—Hay algo que no entiendo, don Atto. ¿Cómo es que *César Augusto* cambió de dueño, pasando de Benedetti a los Spada?

—Elpidio Benedetti y Virgilio Spada se conocían muy bien. En aquel entonces oí contar que en el Navío se aplicaron muchas ideas de Virgilio; por ejemplo, la de que una villa ha de albergar más curiosidades que lujo, o la de que ha de ser fortaleza de profundas especulaciones de fe y conocimiento para atraer con ellas al visitante e inducirlo a la reflexión.

—El Navío sería, pues, un arca y una escuela de sabiduría —comenté con una punta de sorpresa por el singular símil—. Entonces, tal vez Benedetti regaló el papagayo a monseñor Virgilio como agradecimiento por sus consejos.

—O quizá tu extravagante pájaro no huía de la villa Spada y recalaba en el Navío, sino que hacía el camino inverso, hasta que al final, con el beneplácito de Benedetti, los Spada lo adoptaron. Pero no somos adivinos y *César Augusto* no va a contarnos nada, sobre todo mientras siga libre. Aunque tiene las horas contadas.

—¿Cómo pensáis capturarlo? —pregunté perplejo por la seguridad del abate.

—Qué pregunta… Por ejemplo, con un reclamo para papagayos, si existe alguno. O con su comida preferida, como el chocolate. O quizá con una lora de paja, ¿eh?

Guardé silencio, estupefacto por la absoluta incompetencia de Atto en materia de pájaros.

La oscuridad, que ahora envolvía también al Navío, nos obligaba a regresar a la villa Spada. Mientras volvíamos sobre nuestros pasos, oímos a lo lejos la voz de Albicastro:

Es necio quien pretende ser sabio
sin moderación ni mesura
y quiere cazar grullas,
no con halcón, sino con cuclillo.

Melani se volvió de golpe. Luego, como si se le hubiese ocurrido una idea, sonrió y continuó andando.

—¿Cómo capturaremos a *César Augusto*? Bastará una pequeña ayuda. Ya sé cómo empezar y con quién.

Los dos estábamos rendidos y abatidos cuando franqueamos las verjas de la villa Spada, y no teníamos la menor gana de mezclarnos en la fiesta y en sus refinamientos triviales. Durante casi todo el camino Atto había permanecido callado. Parecía harto de husmear entre los invitados y deseoso de retirarse lo antes posible a su habitación para meditar sobre los numerosos y sorprendentes acontecimientos de ese día, que se habían multiplicado hasta el descubrimiento del cuadro de Pieter Boel.

Nos despedimos casi apresuradamente tras citarnos para el día siguiente, pero sin fijar hora. «Mejor así», pensé. Como esa mañana, quizá también a la siguiente podía apetecerme dar un paseo solo. O tal vez encontraría ocasión de ver por fin a mi Cloridia y a nuestras dos niñas. O incluso (aunque esa secreta preferencia no me atrevía a confesármela ni a mí mismo), ya que mi adorada esposa y las pequeñas no corrían ningún riesgo y Cloridia seguramente estaba muy ocupada, podría aprovechar para reflexionar a fondo sobre cuanto estaba ocurriendo. En la jornada que ahora concluía había vivido una serie de sucesos extraños y llamativos que reclamaban ser puestos en orden, aunque carecían de los elementos necesarios para su comprensión, a la manera de los niños, que olvidan su condición de tales pero exigen que se les trate como a adultos porque saben que poseen entendimiento humano.

Primero había tenido la pesadilla del viejo mendigo; luego habían seguido la procesión de la Cofradía de Santa Isabel, la breve conversación con el cura y la otra, más larga, con el posadero y el zapatero sobre los mendigos verdaderos y los falsos. Después, el nuevo relato de Atto sobre el Rey Cristianísimo y Maria Mancini, el doble encuentro con Albicastro, las inscripciones del Navío, que parecían reflejar mis pensamientos, el cuadro con los tres regalos, entre los cuales aparecía la efigie de

César Augusto… Sí, el papagayo; había desaparecido con la nota de Albani y nosotros regresábamos a la villa Spada con las manos vacías.

Era demasiado, francamente demasiado, me dije mientras me vencía el sueño en mi cuartito improvisado del casino de la villa. Sólo el nuevo día me traería luz y consejo, pensaba, con una imagen más clara de las cosas, o al menos de su apariencia.

Obviamente, me engañaba.

Quinta Jornada

11 DE JULIO DE 1700

—¡Arriba, maldición! ¡Arriba, he dicho!

No podía haber un despertar peor. Alguien me sacudía pegando gritos desaforados para devolverme al mundo de la vigilia, pero a costa de una horrible jaqueca.

Tenía los ojos aún medio cerrados cuando oí las palabras que me revelaron la identidad de quien me acosaba.

—¡Llevo siglos esperando a que te despiertes! Aquí hay alguien que posee informaciones muy importantes. Has de ponerte manos a la obra, y enseguida. Es una ord… En conclusión, ésta es mi firme voluntad, y no sólo la mía.

Las palabras del abate Melani (pues se trataba, huelga decirlo, de él) rememoraban la figura amenazadora e imperiosa del Rey Cristianísimo, que había aprendido a evocar con astucia, adoptando ya el tono del ingenuo y desafortunado amante de Maria Mancini o, como ahora, la del inflexible tirano a cuya voluntad todos deben doblegarse ciegamente.

—Un momento, acabo de… —farfullé queriendo protestar, con la boca todavía pastosa, mientras me revolvía en la cama para librarme de sus manos.

—No te concedo ni un segundo —atajó y, cogiendo de una silla la ropa que yo vestía la noche de la víspera, me la lanzó.

Cuando Atto dejó por fin de zarandearme, le dediqué la primera mirada del día; él, a su vez, tenía clavados en mí sus ojos fogosos y acerados. Advertí intrigado que no había venido con las manos vacías. Había depositado sobre la silla un montón de herramientas de hierro y de madera que me resultaron tan familiares como fuera de lugar en un dormitorio.

Al tiempo que me vestía a toda prisa, agucé la vista y observé de qué se trataba.

Entre los útiles de mango largo vi un rastrillo, una pala, una azada y una escoba. Dentro de un pesado cajón con mango había un zapapico, un barreño, un almocafre, un capacho, un escardillo, unas tijeras, unos cuchillos y unas vasijas, además de pinceles y escobillas. Los reconocí.

—¡Estas herramientas de jardinería son de la villa! —exclamé sorprendido—. ¿Para qué las queréis?

—Lo que importa es para qué las quieres tú —respondió y, tras entregarme bruscamente toda esa chatarra, que milagrosamente no se cayó al suelo, me mandó con un gesto autoritario que saliera con él—. Ahora mismo, sin embargo, nos

apremia otra cosa. Es domingo. Lo primero que debemos hacer es ir a misa; si no, repararán en nuestra ausencia. Aligera, don Tibaldutio está a punto de empezar el oficio.

La villa Spada bullía con los preparativos del quinto día de festejos. Seguramente la cena de la víspera se había prolongado más de la cuenta, pues poco antes de dormirme no se oía aún ruido de carruajes de invitados que se marchaban. No obstante ello, los criados cumplían con diligencia sus tareas: barrían, colocaban las cosas en su sitio, cocinaban, ponían la mesa, adornaban y aireaban. Alrededor de nosotros se movía sin cesar una multitud de doncellas, camareros y lacayos, algunos de los cuales me miraban con envidia, pues desde hacía días aquel misterioso caballero francés me eximía de atender casi todas mis obligaciones. Atto me espoleaba hundiéndome con fuerza la empuñadura del bastón entre los omóplatos. Estuvimos en un tris de cruzarnos con don Paschatio (lo oímos quejarse, no lejos de nosotros, de la alevosa ausencia de una zurcidora), que a buen seguro me habría encomendado algún trabajo urgente. Cargado como iba de utensilios de toda especie, avanzaba tambaleante y con miedo de caer al suelo, de tropezarme con el rastrillo que yo mismo llevaba o de ser atropellado por un jadeante marmitón.

Tras dejar el cajón de las herramientas en la cabaña, entramos en la capilla, que curiosamente estaba repleta de fieles de toda condición, desde las eminencias que se alojaban en la villa hasta los sirvientes más humildes (situados discretamente aparte), en el preciso instante en que empezaba el oficio de don Tibaldutio. Participé en el rito con fervor, pidiendo perdón al Altísimo también por el abate Melani, que asistía a la santa misa por mero cálculo.

Al salir, Atto se puso a repartir con desgana saludos a diestro y siniestro, al tiempo que empezaba a aguijonearme de nuevo cruelmente la espalda.

—Muévete, maldición —me susurró al oído, mientras sonreía al cardenal Durazzo con aparente naturalidad.

—¿Queréis explicarme qué os pasa? —protesté cuando, ya recuperadas las herramientas, nos dirigíamos hacia los parterres de la entrada de la villa—. ¿Qué diantres urge tanto?

—¡Chist! Allí está. Por suerte no se ha marchado —murmuró Atto señalando dos veces con la punta de la nariz a un individuo inclinado sobre una de las dos filas de cuadros que bordeaban la vereda principal.

—Pero si es el maestro florista —dije.

—¿Cómo se llama?

—Tranquillo Romaúli. Es sobrino de un jardinero famoso y trabaja en la villa Spada. Lo conozco bien porque su difunta esposa, una gran comadrona, fue la maestra de Cloridia y trajo al mundo a nuestras dos hijas. Don Paschatio me ha mandado muchas veces que le preste servicios como ayudante.

—Ah, claro, lo olvidaba; tú también eres ducho en plantas… —masculló el abate recordando el papelón que había hecho la víspera en el Navío, ante las supuestas flores del mítico jardín de Adonis—. Ahora prepárate para lo que vas a oír. Tranquillo Romaúli sabe algo del Tetráchion.

Con tono emocionado y palabras aladas me explicó que se había despertado a primera hora de la mañana, mientras el alba se desperezaba con un bostezo y abandonaba el tálamo que compartía con el ocaso. Durante toda la noche lo habían asaltado los mil interrogantes que la jornada anterior había engendrado y dejado sin respuesta. La villa dormía aún en absoluta calma; sólo algunos furtivos candiles hendían la luz azulina de la alborada desde las ventanas de quienes, como Melani, querían espiar el día en su secreta juventud. Entonces Atto había ido al jardín para dar un sano paseo y aspirar el aire inocente y perfecto de las primeras luces, que sólo los perezosos desprecian.

—Exploré todo el jardín sin notar nada sospechoso —dijo, con lo que revelaba que el verdadero propósito del paseo era espiar y husmear—. Cuando llegué a las inmediaciones del bosquete, lo vi unos pasos más allá. Trajinaba en un parterre con un par de tijeras.

—Es su oficio. ¿Y luego?

—Hablamos de esto y lo otro: el tiempo, la humedad, qué flores tan bonitas, ojalá hoy haga menos calor… en fin, lo típico. Hasta que lo nombré.

—¿El Tetráchion?

—¡Chist! ¿Quieres que te oiga todo el mundo? —susurró Atto mirando en derredor con inquietud.

El abate Melani se había alejado tras ese breve diálogo con don Tranquillo. Cuando sólo había avanzado unos pasos, oyó al maestro florista, que verosímilmente se creía solo, murmurar unas frases confusas. Luego, sin moverse de su asiento, el hombre había elevado la mirada al cielo y pronunciado con claridad la frase, o mejor dicho el fragmento, que tanto había alarmado a Atto.

—«… y además el Tetráchion». Eso dijo. ¿Te haces cargo?

—Es increíble. ¿Qué puede saber él? El maestro florista me ha parecido siempre un alma muy alejada de las cosas de la política. Por no hablar de asuntos tan… insólitos como el del Tetráchion.

—Insólitos o no, tanto da —zanjó Atto—. Por increíble que parezca, el maestro florista sabe algo. Tal vez quería que yo lo oyese. No puede ser que por puro azar dijera esa palabra a pocos pasos de mí, y precisamente hoy.

—¿Estáis seguro de que oísteis bien?

—Absolutamente. Es más, ¿sabes en qué pienso? En el boca a boca secreto del que habló tu esposa.

—En efecto, Cloridia me dijo que tarde o temprano recibiría más información.

—Estupendo. Sólo que resulta que, en vez de recibirla ella, la hemos recibido directamente nosotros, los verdaderos interesados, a través del maestro florista.

—¿Dejando de lado a Cloridia? Me cuesta creerlo. En su círculo la veneran. Asiste a parturientas en toda Roma y no tienen secretos para ella.

—Sí, mientras se trate de chismes de mujeres, pero en un asunto de esta naturaleza nadie preferiría una simple comadrona a un agente diplomático de Su Majestad el Rey Cristianísimo —afirmó Atto con irritante suficiencia.

—Tal vez podría intentar hablar con el maestro florista para averiguar si…

—¿Que podrías, dices? Tienes que averiguar qué sabe del Tetráchion. Ahora me marcho. Es una feliz coincidencia que hayas trabajado para él —agregó, y lo señaló para indicarme que debía empezar enseguida las pesquisas.

—Don Atto, necesitaré tiempo para…

—No quiero atender a razones. Comenzarás ahora mismo. Ponte a su lado con esas herramientas y finge que quieres trabajar. Nos veremos a la hora de la comida. Tengo que despachar unas cartas bastante urgentes. Confío en que sabrás cumplir con tu deber.

Se alejó con paso firme hacia el casino. No me había dejado elección.

En verdad, habría preferido ir antes a la cocina para comer algo, pero el maestro Tranquillo ya me había entrevisto y yo no quería que pensase que ocultaba algo. Así pues, me dirigí hacia él mostrando la sonrisa menos hipócrita que podía.

Tranquillo Romaúli, que había tomado el nombre de su abuelo, diestro y célebre floricultor, me recibió con benevolencia. Por su complexión parecía inapropiado para el arte silencioso y apocado de la jardinería. Era un hombre grande y robusto, de barba espesa e hirsuta, pelo color azabache, ojitos vagamente obtusos coronados por unas cejas enmarañadas y tupidas. Tenía la mandíbula fuerte y una gran barriga, hinchada por las muchas y copiosas comidas, que le daba un aspecto imponente y cómicamente desgarbado cuando tendía sus manazas para cortar las hojitas de una planta enferma, pero sobre todo, habiéndose quedado casi sordo como una tapia de resultas de una antigua dolencia de oídos, tenía un vozarrón que transformaba toda conversación en un cruce de gritos y que dejaba a sus interlocutores no menos sordos que él. No resultaría fácil sonsacarle qué sabía del Tetráchion, siempre que estuviese dispuesto a contarme algo. Romaúli rara vez se limitaba a explicarse con pocas frases; aunque de carácter amable, hablaba más que una cotorra y de un tema único y obsesivo: las flores y la jardinería. Su doctrina era tan amplia y profunda que todos lo juzgaban una especie de enciclopedia andante del cultivo de las flores. Se decía que podía recitar de memoria todo el *De florum coltura*, del padre Ferrari, y que conocía perfectamente los orígenes, la historia y el trazado de cada uno de los huertos y jardines de Roma.

Tras los saludos formales de rigor, me preguntó si no tenía nada que hacer esa

mañana.

—Oh, bueno… nada en especial, la verdad.

—¿En serio? Entonces eres el único que no brega en la villa Spada. De todos modos, supongo que esas herramientas te servirán para algo —dijo señalando los utensilios que me había entregado Atto.

—Así es… —convine con empacho—. Esperaba ser útil de algún modo.

—Pues bien, tu esperanza se ha cumplido —repuso con satisfacción, al tiempo que cogía una caja de madera llena de aperos y me invitaba con un gesto a seguirlo.

Nuestro destino, explicó, eran los parterres próximos a la capilla de la villa. Hacía un día espléndido. Diríase que la fresca brisa del amanecer mantenía un amable diálogo con el gorjeo de los pájaros y con las estelas multiformes de las nubes que observaban desde lo alto, plácidas e inmóviles, la eterna perpetuación de las vanidades terrenales. Nuestros pasos sonaban aterciopelados sobre la fina tierra de las veredas, mientras el sol, aún bajo en el horizonte, extendía sobre nosotros sus primeros y tímidos rayos.

Sin embargo, esa feliz disposición de los elementos naturales pasaba inadvertida a Tranquillo Romaúli, que, como de costumbre, estaba absorto en las preocupaciones de su arte y ya había empezado a aleccionarme.

—Don Paschatio me ha mandado que replante los jazmines —explicó con tono quejumbroso—, y eso que yo le había dejado bien claro que el jardín más noble no admite el jazmín. Ni el nuestro, el amarillo, por supuesto, ni el lirio común blanco. Si me apuras, siempre hay que optar por el martagón bermejo o naranja. Hoy nadie tiene la más remota idea de lo que se debe cultivar en un jardín; es un verdadero escándalo.

—Tenéis razón, es muy grave. ¿Decíais, pues, que el jazmín no es digno de los mejores jardines? —pregunté con fingido interés.

—Digamos que es preferible el narciso blanco —respondió levantando la voz—, o el narciso doble de Constantinopla, que germina entre diez y doce flores, o el narciso de Ragusa, o el narciso amarillo, o el narciso estrella; o bien el narciso marino o el junquillo, de olor muy suave, como el del jazmín, rebajado y mezclado con el del azahar.

—Entiendo —dije reprimiendo un bostezo. No se me ocurría la forma de desviar la conversación hacia el Tetráchion sin despertar sospechas.

Ya habíamos pasado el casino y nos faltaba poco para llegar a los parterres de la capilla. El peso y el volumen de mi carga me hacían vacilar. Maldije a Atto para mis adentros.

—Sé que lo que me dispongo a explicarte parece trillado y obvio —prosiguió el maestro florista—, pero nunca me cansaré de repetir que los modernos cometen un gran error descuidando el cultivo del narciso falso, llamado trompón por su cáliz

largo en forma de trompa. Asimismo, se deberían buscar más los narcisos indios, entre los que se cuentan la belladona, que se hizo italiana por primera vez en el jardín del príncipe de Caserta, y el narciso en forma de lirio esférico, que no pudo crecer en Francia y, en cambio, cuando gozó de la amenidad y la majestad romanas, abrió sus flores en dulce sonrisa en los jardines felices de mi abuelo. Luego han de elegirse el croco, el cólquico, la corona imperial, el íride, los ciclámenes, las anémonas, los ranúnculos, los asfódelos, las peonías, el lirio de los valles o muguete, los claveles y el tulipán.

—¿El tulipán de Holanda? —pregunté para evitar que el diálogo se convirtiese en monólogo.

—¡Por supuesto! En ninguna otra planta la naturaleza juega más libremente con tal variedad de colores. Tanto es así que años atrás hubo quien contó más de doscientos distintos. Pero ¡ojo! —Se detuvo y me miró de hito en hito con semblante severo.

—¿Sí, maestro florista? —pregunté, temiendo haber hecho o dicho algo inadecuado, mientras me paraba en seco y hacía resonar toda la chatarra que llevaba.

—Muchacho —me advirtió Tranquillo, con toda la atención puesta en su perorata —, ojo, no has de olvidar que junto a las que he mentado se deben poner la granadilla, procedente del Perú y que hay que sujetar con varas, la yuca india, los jazmines de Cataluña y de Arabia y, por último, el americano, que algunos llaman, según creo, quamoclit.

—Quamoclit, sí, lo recuerdo —mentí lanzando un suspiro de alivio tras la falsa alarma. El maestro, que ahora hablaba con voz más fuerte, no oyó mis palabras y seguía como si tal cosa.

—Entre las rosas hay que elegir la blanca, la canina, la damasquina, la encarnada, la jaspeada (todas ellas dobles, ojo), la italiana, de un rosado suave y perpetua, por lo que se denomina rosa de todos los meses; la holandesa, de cien hojas pero sin olor, la de color canela y la de color oscuro aterciopelada.

Habíamos dejado en el suelo nuestros respectivos cajones de herramientas. Muy pesado el mío; el suyo asaz ligero.

—En cuanto a los arbustos, se deben preferir el melocotonero y el ciruelo de flores dobles —continuó con ímpetu de tenor—, la retama de flores blancas, el mirto de flores dobles, la granada, el saúco rojo y el laurel indio, que se vio por primera vez en la casa Farnesio; el acebuche, que algunos llaman árbol del paraíso por su suave olor; el zumaque de espigas color amaranto, que floreció en Roma hace más de sesenta años; la acacia india, descubierta en los jardines Farnesianos, y la planta llamada «árbol blando», venida a nuestras latitudes desde los valles del Perú. Ahora bien, entre las especialidades exóticas de gran valor y calidad no hay que olvidar el tamarindo, la malva india y la *Arbuscula coralli*.

Me miró a los ojos, como si esperara que dijese algo.

—Pues sí… —asentí débilmente.

—Para terminar, ni que decir tiene que en las fuentes y en los estanques se han de plantar nenúfares blancos y amarillos, caltas palustres de flor amarilla y doble, y tréboles de flores blancas.

Esta última afirmación me permitió entender que Tranquillo Romaúli tenía los ojos de la mente fijos en el único interés de su vida —el cuidado amoroso de flores y plantas—, incluso cuando su mirada atravesaba la de otro.

—Ahora, al trabajo —dijo. Me dio el cajón y empezó a remover con las manos la tierra del parterre—. Ve pasándome las herramientas que te pida. Primero, el jalón.

Hurgué en el cajón y casi enseguida encontré la vara con punta de hierro que sirve para marcar hitos en el terreno. Se la tendí.

—Ahora dame el tiesto con las semillas.

—Aquí está.

—Lengüetilla.

—Sí.

—Segote.

—Tened la bondad.

—Almocafre.

—Sí.

—Escardillo.

—Sí.

—Ligón.

—Tomad.

Giró entre sus manos la herramienta y se levantó de golpe.

—No doy crédito, es imposible —dijo para sí mordisqueándose los nudillos de la mano derecha. Yo había cometido un error—. ¡Hijo mío! —exclamó, al tiempo que estiraba los brazos con la actitud seria y misericordiosa del sacerdote que reprende a un pecador—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que ésta es una dolabela, no un ligón, que es cuatro veces mayor?

Sabedor de la gravedad de mi fallo, no me atreví a replicar. El ligón (me confundía siempre) no tenía nada que ver con la pequeña azada en forma de U que había entregado al maestro florista y que servía para trasplantar, sino que era un apero de tamaño mucho mayor que tenía la misma utilidad, con un apéndice encorvado hueco en el que entra el astil, que Tranquillo Romaúli llevaba siempre en el fondo del cajón.

—Perdonad, yo creía… —traté de justificarme, mientras sacaba a toda prisa el tubo de hierro e introducía en éste el astil. Luego, por Mostrarme aún más diligente, engrasé el ligón con un poco del sebo que el maestro florista llevaba siempre consigo

y que servía para que penetrase mejor en la tierra que rodeaba la planta que se iba a trasplantar.

—No te disculpes. Más vale que pensemos en trabajar. He visto que has traído las macetas —dijo, una vez recuperada la calma, y se aprestó a extraer las plantitas que iba a reemplazar.

Mientras Tranquillo arrancaba las plantas, removía y regaba con delicadeza y cuidado la tierra y, por último, colocaba con cariño los nuevos bulbos, yo buscaba con desesperación la manera de apartarnos del tema de las flores y de acercarnos al que me interesaba.

—El abate Melani me ha dicho que hoy habéis tenido una conversación muy sustanciosa y provechosa.

—¿El abate qué? Ah… te refieres al caballero pistoyés, o francés, o no sé de dónde. Le gustaron mucho las combinaciones de colores de mis cuadros —recordó, mientras con una escobilla limpiaba de las baldosas que circundaban los parterres la tierra que les había caído durante la escarda.

—El mismo.

—Pues bien, no me sorprende que haya manifestado tal elogio. Siempre hay que mantener una correspondencia simétrica entre los colores, tal como he hecho yo, y como hacía en los buenos tiempos de antaño el duque Caetani en el jardín de Cisterna. Cada parterre ha de llenarse con al menos dos o tres especies de flores, distintas entre sí por su naturaleza y su color, y separadas, de forma que las plantas idénticas o semejantes que se coloquen frontal u oblicuamente se correspondan.

—Así es, y el abate Melani ha dicho que…

—¡Pero hay algo más! —advirtió blandiendo severamente la regadera de cobre—. Nunca, lo que se dice nunca, hay que mezclar ranúnculo, junquillo de España y tulipán, porque generan desarmonía y deformidad. Lo decía siempre mi abuelo, el difunto Tranquillo Romaúli, que tuvo uno de los más hermosos jardines de Roma; pues sí, uno de los pocos jardines perfectos, de los que hoy no se ven —afirmó con un suspiro de melancolía exagerada.

—Sí, tenéis razón —convine, mientras reprimía a un tiempo un nuevo bostezo y mi contrariedad por no ser capaz de romper el muro de prolijas explicaciones del maestro florista.

En ese momento, detrás de nosotros pasaron dos fámulos que llevaban sendos cestos llenos de pollos recién matados y desplumados. Tras intercambiar unos codazos, me lanzaron a hurtadillas una sonrisa cómplice y sardónica, pues en la villa Spada la verborrea del maestro florista era bien conocida, y temida con razón.

No me quedaba sino jugarme el todo por el todo.

—Pues bien, el abate Melani me ha dicho que la charla que ha mantenido con vos le ha complacido tanto —dije lo más rápidamente que podía— que le encantaría

reanudar ese placer cuanto antes.

—¿No me digas?

Era la primera vez que respondía con coherencia. Buena señal.

—Sí. Veréis, el abate está muy preocupado. Se cierne la muerte sobre Madrid, sobre El Escorial…

Me miró con aire pensativo, sin decir nada. Tal vez había entendido la alusión: el rey de España enfermo, la sucesión al trono, el Tetráchion…

—Estás bien informado —observó con tono de inesperada gravedad—. El Escorial se seca, hijo, mientras Versalles… y ahora también Schönbrunn… —Dejó la frase a medias.

Era la señal, me dije. Romaúli sabía algo. Había nombrado además los jardines más famosos de Francia y del Imperio, los dos contendientes en el asunto de la sucesión de España.

—Nos toca llevar una pesada carga —concluyó enigmático. Había empleado el plural; se refería a otros, probablemente al boca a boca, como sospechaba el abate Melani. Y ahora quería liberarse del secreto que tanto abrumaba su alma.

—Coincido con vos —repuse.

Asintió con una sonrisa de mudo y secreto entendimiento.

—Si el abate, tu protector, tiene tanto interés en el destino de El Escorial, seguramente tendremos cosas que contarnos.

—Que lo hicierais sería muy oportuno —afirmé recalcando la última palabra.

—Con tal de que él esté correctamente informado —precisó Romaúli—. Si no, gastaríamos nuestra saliva en balde.

—No lo dudéis —lo tranquilicé, aunque sin comprender el sentido de su última advertencia.

Mientras me dirigía hacia el casino, resumiendo para mis adentros el diálogo con el maestro florista, al torcer por un callejón oí ruido de pasos y voces.

—… Y es inaudito lo que se ha permitido el abate Melani, estoy de acuerdo, pero la reacción de Albani ha sido todavía más sorprendente.

Hablaba de Atto. Era la voz de un hombre mayor y de condición elevada. No podía desaprovechar la ocasión. Me escondí detrás de un seto con el propósito de enterarme del contenido de la conversación.

—Muchos sospechaban que era demasiado afecto a Francia —continuó la voz—, pero ha echado un buen rapapolvo a Melani. Así, ahora resulta que pasa por moderado, que se mantiene imparcial entre franceses y españoles.

—Es increíble lo rápido que puede cambiar la reputación de un hombre —repuso una segunda voz.

—Ya lo creo. Ahora bien, por el momento eso no puede serle de gran utilidad. Es

demasiado joven para que lo nombren Papa. Pero todo vale para salir adelante, un arte en el que el querido Albani es un maestro, ¡ja, ja!

Avancé a gatas detrás del seto siguiendo, sin que me vieran, a los dos hombres que daban el paseo matinal. No cabía duda de que eran dos invitados que habían pernoctado en la villa. Probablemente eran dos purpurados, cuyas voces, por desgracia, no me eran lo bastante conocidas para deducir a quiénes pertenecían. Para colmo de males, un rumor en los arbustos vecinos me impedía distinguirlas bien.

—¿Qué ha sido de la nota que le estaban entregando? ¿Es cierto lo que os contaron ayer?

—Me he informado y me han dicho que efectivamente es cierto. El papagayo se apropió del mensaje y se lo llevó a su nido para leerlo, ¡ja, ja, ja! Aunque Albani quiso mostrarse indiferente, en realidad estaba desesperado. Encargó a dos de sus criados que lo buscasen por doquier sin que los viesen, pues nadie debía darse cuenta de la importancia del asunto. Sin embargo, el gentilhombre de la casa vio a uno trepar a un árbol del jardín y el criado le explicó ingenuamente lo que estaba haciendo, y ahora todo el mundo está al corriente. Lo que nadie sabe es dónde está el pájaro.

Por mucho que aguzara el oído, no podía seguir la conversación, pues el seto doblaba hacia la derecha y ellos se dirigieron hacia la izquierda. Me quedé unos instantes acuclillado en el suelo, a la espera de que se alejaran. Ya recapitulaba, con secreta euforia, todas las novedades urgentes que debía referir a Atto: la promesa, aunque velada, del maestro florista de revelar cuanto sabía sobre el Tetráchion; la desesperación de Albani por la pérdida de la nota, que nadie debía leer y que, por ende, contenía información valiosa; por último, las especulaciones políticas sobre los dos altercados de Atto y Albani, circunstancia de la que al parecer éste se había aprovechado para desembarazarse de la incómoda fama de vasallo de los franceses.

Ignoraba que no llegaría a contarle nada de todo eso.

— … a su nido para leerlo, ¡ja, ja, ja!

Me había levantado, y di un brinco. Aterrorizado de que me descubrieran espiando, volví a agacharme. Era la voz de uno de los dos cardenales de hacía un momento. ¿Cómo había podido regresar sin que yo me percatase?

—Todo vale para salir adelante, ¡ja, ja!

Empalidecí. El oído no podía traicionarme. El purpurado estaba detrás de mí.

Me volví y lo vi justo cuando desplegaba las alas y levantaba el vuelo, mostrándome insolente el plumaje de su cola, sus patas y el trozo de papel que, desde hacía varias horas, apretaba entre sus rapaces garras.

Encontré a Atto en su habitación, donde esperaba noticias de mi encuentro con el maestro florista. Tan pronto como conoció la última novedad, esto es, la aparición de *César Augusto*, salió conmigo corriendo al jardín. Allí exploramos primero la zona de

la cabaña de los aperos, donde poco antes había visto al pájaro. Sin embargo, no había rastro de él.

—La pajarera —propuse.

Llegamos acezantes, así por la prisa como por nuestro afán de que no nos vieran los criados de faena ni los cardenales que paseaban por las inmediaciones, pero tampoco allí encontramos a *César Augusto*. Contemplé impotente la tropa de ruiseñores, avefrías, estarnas, perdices griegas, francolines, faisanes, hortelanos, verderones, mirlos, calandrias, pinzones, tórtolas y paros carboneros. Picoteaban semillas de cereales y hojas de lechuga, ajenos a nuestra inquietud. Aun en el supuesto de que supiesen dónde se ocultaba su compañero, no podían hacer más que fijar en nosotros sus ojitos vacíos. Cuando ya lamentaba que el papagayo fuese la única ave que poseía el don de la palabra, advertí que un joven francolín miraba con insistencia hacia arriba, aparentemente nervioso. Conocía muy bien a aquel pajarito vivaz e impertinente, que, cuando yo repartía la comida, se posaba muchas veces en mi brazo para coger de la palma de mi mano el pan seco, que le chiflaba y que por nada del mundo quería que diese también a sus compañeros de jaula. Ahora mostraba la misma agitación: piaba irritado apuntando hacia lo alto con el pico. Entonces entendí y también miré.

—Todo vale para salir adelante, ¡ja, ja! —repitió *César Augusto* al verse descubierto.

Estaba fuera, en lo alto de la pajarera, es decir, encima de la bonita cúpula de red metálica que coronaba toda la arquitectura de esa prisión de pájaros. Como es lógico, desde su huida nadie le había puesto comida en su jaula particular. *César Augusto*, pues, debía de haber robado en algún sitio un trozo de pan, que ahora picoteaba en aquel pináculo, bajo la mirada envidiosa del francolín.

—Baja ahora mismo y entréganos el papel —le ordené, con cuidado de no gritar demasiado para que no me oyesen los otros criados.

Por toda respuesta, echó a volar y se posó en un álamo cercano, pero sin su acostumbrada desenvoltura. Pretendía, sin duda, provocarnos. Todo indicaba que por uno de nosotros sentía animosidad, y no resultaba difícil adivinar por cuál.

—Le ha costado posarse, debe de tener la nota todavía en una garra —expliqué a Atto.

—Confiemos en que no la suelte en un sitio indebido —comentó con un suspiro— y que la solución llegue pronto.

—¿La solución?

—He mandado a Buvat en busca de un experto. Fue a caballo con uno de los criados. Por suerte, tu colega cuenta con todas las indicaciones necesarias, pero espero que no ate cabos. Si no, todo el mundo se presentaría aquí, empezando por el gentilhombre de la casa.

Me disponía a preguntarle qué entendía por «experto», cuando los acontecimientos se adelantaron a mis palabras. Buvat asomó la cabeza por un seto.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Melani.

Quizá merced a oscuras facultades premonitorias, en ese preciso instante *César Augusto* emprendió el vuelo rumbo al jardín de la excelentísima casa Barberini, que tenía una larga linde con la villa Spada.

—¿Los Barberini tienen guardias armados en su jardín?

—Que yo sepa, no.

—Bien —dijo Atto—. Nuestro amigo no llegará lejos.

Justo entonces en el cielo apareció una sombra aguzada y rauda que, aunque lejana, parecía cernirse amenazadora sobre el perfil volador de *César Augusto*. Éste seguramente se dio cuenta, porque al punto descendió y torció hacia la izquierda, quizá para dirigirse hacia un matorral. La sombra veloz desapareció en ese momento de la cúpula azul y luminiscente del cielo.

—Ven, te presentaré al experto —dijo Atto—. O, por emplear el término correcto, al cetrero, pues así le gusta que lo llamen.

Nos esperaba a la salida de la villa Spada. Era un individuo francamente curioso y singular: alto y esmirriado, pelo color azabache, ojos negros y rapaces, nariz aquilina. Llevaba en bandolera una gran bolsa de tela con todos sus instrumentos. Lo acompañaba un hermoso y enorme braco, deseoso de pasar a la acción.

Miré a Atto con gesto interrogativo, mientras llevábamos al cetrero hacia la pajarera, al lugar desde el que *César Augusto* se había fugado.

—«Con halcón cazaremos grullas, no con cuclillo» —recitó el abate remedando burlón a un aedo—. El extravagante Albicastro me dio la idea con una de sus citas de aquel poemita moral sobre los locos.

El cetrero lanzó entonces una mirada a la amplia bóveda del cielo y silbó dos veces. Notamos sobre nuestras cabezas un torbellino de plumas y garras; amortiguando la caída con un giro acrobático, se arqueó a pocos pasos de nosotros y concluyó su parábola en el antebrazo del amo, que se había estirado para que lo distinguiera mejor. El hombre tenía el brazo derecho cubierto con un guante de cuero basto que impedía que las garras de la rapaz, que yo contemplaba entre aterrorizado y admirado, le desgarrasen las carnes. El animal se había posado entre el puño y el codo, y palpaba ahora con satisfacción su sólido apoyo, mientras su maestro le tapaba la cabeza con una capucha de cuero para nublarle la vista. Había domesticado tan bien al pájaro que, tras dejarlo libre a saber dónde, con llamarlo una sola vez éste había acudido a su lado.

—No cazaremos grullas, sino un papagayo —anunció Atto—. Y con la mejor arma: un halcón.

Volvimos a adentrarnos en la villa, con la muda esperanza de que nadie nos

pidiese cuentas. La suerte nos fue favorable. Sólo encontramos a uno de los centinelas amigos de Sfasciamonti, que nos dejó pasar mirándonos intrigado pero sin hacernos preguntas.

—Es espantoso —protesté, mientras trepábamos por la muralla que separaba la finca de los Barberini de la villa Spada siguiendo la dirección que había tomado *César Augusto*—. Lo hará trizas.

—Trizas, trizas… —repitió Atto con tono burlón, mientras pasaba al otro lado de la muralla con la ayuda de un alto escabel—. Digamos que lo hará entrar en razón. La nota nos pertenece, eso lo sabe el papagayo perfectamente. En realidad, yo habría podido recurrir a esta solución desde el principio, pero tú no la hubieras aceptado.

—¿Qué os hace pensar que voy a aceptarla ahora?

—El apuro. El papagayo ya no obedece ninguna orden, la situación se nos escapa de las manos. No olvides una cosa, chico: las decisiones incómodas deben tomarse en momentos de apuro. Y, si aún no se ha pasado por ningún apuro, hay que esperarlo o crearlo. Es una vieja artimaña de todos los hombres de gobierno, a los que en mi larga carrera de consejero he podido observar con frecuencia —afirmó Atto con una mansa sonrisita, dando a entender que la desobediencia arrogante de *César Augusto* le brindaba la feliz oportunidad de recurrir a métodos duros.

Saltamos el murete, continuación natural de un muro romano fortificado con torres que empezaba más a la izquierda y seguía bajando casi hasta la piazza San Cosimato. Valiéndose también del escabel, el braco pasó la barrera.

—Podéis decir lo que os plazca, pero el braco es sanguinario —protesté—. Sé bien lo que puede hacer: una vez, en un adiestramiento, vi cómo uno cogía un pollastro, lo descuartizaba y le arrancaba del pecho el corazón todavía palpitante.

Entretanto el cetrero había quitado la capucha al halcón y lo había soltado. La rapaz se había elevado rápidamente hacia el cielo, donde parecía apenas una mancha oscura, tan grande era la altura que había alcanzado.

—A lo mejor no le hace demasiado daño —declaró Atto—. Además, a nosotros lo único que nos interesa es la nota. Si la deja, nadie le hará nada.

—Habláis como si el halcón supiese lo que hace. Los pájaros son animales, carecen de intelecto y de piedad, y tienen el corazón frío —repliqué.

—Alto ahí, muchacho —intervino entonces el cetrero. Hablaba con acento del norte, quizá de Bolonia o Vicenza, donde sabía que los cetreros, o halconeros, siempre habían abundado—. Tu ignorancia sólo es equiparable a la gallardía de mi halcón —me dijo con voz áspera—. Que los pájaros carecen de piedad, has afirmado. ¿Ignoras, pues, que el gran Palamedes, imitando el vuelo de las grullas, que cuando van en grupo forman una V o una A, y muchas otras letras, compuso las letras de las que procede la gramática, esto es, como dice san Jerónimo, *grues viam sequentur ordine literato*, y que el verbo latino *congruere*, que indica precisamente el hecho de

ser congruente, se deriva de la vida sabia de esos pájaros?

—No lo sabía, pero…

Mientras con singular elocuencia el cetrero me impartía esas nociones, el halcón daba una serie de amenazadoras vueltas sobre nuestras cabezas en busca de su víctima. Avanzamos con cautela entre las malas hierbas, por si hallábamos algún rastro de *César Augusto*. Atto y el cetrero estaban convencidos de que lo encontrarían. Yo no estaba tan seguro, pero creía que si eso ocurría podría conseguir que el papagayo entendiese que le convenía entregarnos la nota para así librarse de una lucha tan cruenta. Todos mirábamos hacia arriba esperando que pasase algo. El braco olfateaba con frenesí los arbustos, escudriñando aquí y allá el menor movimiento.

—Entonces, tampoco sabrás que en los tiempos antiguos los pájaros enseñaron al hombre todas las virtudes y las ciencias, empezando por la del viaje y la del descubrimiento de nuevas tierras. Los primeros barcos se construyeron a semejanza de los cisnes, que son excelentes nadadores. El gran Colón descubrió las islas del golfo de México siguiendo el vuelo de las aves. Gracias a ellas, o más bien a sus plumas, el hombre puede vestirse; basta pensar en las plumas con que adorna sombreros y yelmos, y en los abanicos de plumas con los que las mujeres se desacaloran.

—Sí, pero…

—La primera trompeta se fabricó con el hueso de la pata de una grulla, el primer cartero fue una paloma. Los arquitectos de los orígenes copiaron el arte de hacer nidos, los primeros músicos imitaron, huelga decirlo, el canto de los pájaros, en especial el de las perdices, en las que los pintores se han inspirado muchas veces, y aún más los poetas; tanto es así que son plumas las que mojan en negra tinta para escribir sus cármenes.

Mientras se explayaba en su docta doctrina, el cetrero seguía con atención tanto las piruetas del halcón como los acechos del braco y, como sus dos fieras, parecía estremecerse por la febril búsqueda de la víctima.

—Para la agricultura —prosiguió—, no hay mejor abono que el estiércol de los pájaros, y merced a ellos los campesinos se libran de grillos, saltamontes, langostas y otras plagas semejantes.

»Asimismo, el campesino obtiene de la llegada de las aves no sólo anuncios sobre el momento de la siembra, la vendimia, la poda o la aradura, sino también previsiones de las lluvias, los cambios, la duración de las estaciones. Las grullas, las ocas y los patos se organizan en ejércitos, al mando de jefes; de noche ponen centinelas que velan por los que duermen. Son valientes; el reyezuelo no vacila en enfrentarse al águila, y el cernícalo combate hasta la muerte segura. Y no hay que olvidar que no fueron hombres los que salvaron a los romanos, sino las ocas del Capitolio, que los

despertaron con sus graznidos cuando los invasores enemigos, aprovechando la noche, entraban en silencio en la urbe.

»¿Y cómo se puede afirmar que los pájaros no tienen corazón? Practican la gratitud, la fidelidad y la justicia mucho mejor que los hombres. Para digerir bien, el gavilán captura un pajarito y lo mantiene vivo en el estómago durante toda la noche, y a la mañana siguiente, en vez de devorarlo, como muestra de gratitud lo deja libre. Las ocas son más pudorosas que las niñas: se cercioran de que nadie las ve antes de aparearse e inmediatamente después se lavan muy bien. Las cornejas sólo conocen el amor conyugal. La tórtola, si se queda viuda, no vuelve a emparejarse nunca. La golondrina alimenta siempre de manera igual y equitativa a cada una de sus crías. ¿Es que los hombres son capaces de algo así? Además, los pájaros machos son locuaces, y las hembras, taciturnas; al revés que entre los hombres y, bien pensado, mucho mejor. Hasta las ocas, charlatanas como son, cuando saben que se aproxima un águila se meten una piedra en el pico para resistir la tentación de graznar, con lo que evitan que las descubran.

»Nos ayudan también en la enfermedad: para eliminar los dolores de vientre, basta ponerse un pato vivo encima; para el mal de costado, lo mejor es comer un papagayo de Austria; si se padece de escurribanda, se debe comer la piel de un cisne, un águila o un mergo; la hidropesía se cura con polvos de murciélagos quemados, y para el prurigo se usan nidos de golondrina disueltos en agua. En fin, sería baldío intentar enumerar todos los remedios que nos ofrecen generosamente las aves y… Un momento.

El cetrero se detuvo. Todo ocurrió de improviso. El braco ladró con fuerza y se quedó en muestra; había encontrado el rastro. Oímos un crujido, luego un aleteo, en un matorral cercano. *César Augusto*, blanco y resplandeciente con su cresta amarilla, salió de la maraña de arbustos y levantó el vuelo. El perro volvió a ladrar, pero el cetrero no dejó que lo persiguiera y exclamó:

—¡Mira! ¡Mira!

Al oír la llamada el halcón supo que había llegado su momento. Con el pico apuntado hacia abajo, se lanzó sobre *César Augusto*, que por suerte, pese a ser tres veces más lento que su agresor, había cogido un buen impulso y se dirigía hacia la muralla romana fortificada. La rapaz fue corrigiendo la inclinación de su ataque a medida que se aproximaba. Era como un proyectil, listo para clavar la punta de su pico en la carne de la víctima, o para frenar en el último instante y virar y herirla con sus mortales garras. Luego ya sólo tendría que seguir su caída deslavazada, para precipitarse a continuación sobre su pobre cuerpo, ya en el suelo, herido e indefenso, y matarla con dos o tres golpes directos en el vientre.

El papagayo avanzaba a toda prisa hacia la gran muralla, detrás de la cual seguramente esperaba encontrar cobijo, o al menos salvarse del primer ataque.

—¡*César Augusto*! —lo llamé con la esperanza de que me oyese, pero me di cuenta de que todo ocurría demasiado rápido para los sentidos humanos.

El halcón estaba cada vez más cerca. Ya le faltaban sólo veinte anas, quince, diez, siete. Todos nosotros, tres hombres y un braco, contemplábamos atónitos la escena. La muralla seguía estando muy lejos. Era imposible que el papagayo llegase hasta allí. Ya no había remedio. Esperé el impacto.

—¡No! —masculló con rabia el cetrero.

Lo había conseguido. En el último momento, *César Augusto* había elegido un refugio más próximo. Se había metido en un bosquete, lo bastante espeso para desalentar al halcón, que frenó y enseguida se elevó.

—*¡César Augusto!*—exclamé de nuevo, mientras corría hacia él—. ¡Deja la nota y todo se arreglará!

Tratamos de distinguir entre las ramas el perfil del papagayo, pero en vano. Se había escondido muy bien, como tuvo que reconocer el propio cetrero.

—Prometisteis que le dejaríais tiempo para razonar —espeté con vehemencia a Atto.

—Es una pena. No sabía que las cosas fueran a ser tan rápidas. De todos modos, ya ha tenido tiempo para pensar.

—¿Para pensar? ¡Pero si estará paralizado por el terror!

Los hechos que siguieron me desmintieron plenamente.

Mientras explorábamos la copa y la base de los árboles, un doble silbido, súbito y lacerante, rompió el silencio. Nos miramos los unos a los otros. Era el silbido del cetrero, que, sin embargo, parecía tan estupefacto como nosotros.

—Yo no… no lo he hecho. Yo no he silbado —balbuceó.

Instintivamente miró hacia el cielo.

—El guante, maldita sea —imprecó al advertir que, habiendo oído la llamada, su fiel pupilo ya se acercaba y no tardaría en buscar su brazo.

Así pues, se puso deprisa y corriendo el guante de cuero y recogió justo a tiempo a la bestia volante. Fue entonces cuando con el rabillo del ojo vi la mancha blanca que planeaba silenciosamente hacia la izquierda, rumbo a la muralla romana. Atto también la vio, sólo que pasados unos (e importantes) segundos.

El papagayo había imitado a la perfección la llamada del cetrero conseguido así que el predador volviese donde su amo. Eso le había dado tiempo y ocasión de moverse antes de que su enemigo ganase altura y tuviese una nueva posibilidad de atacar.

—¡Hacia allá! —exclamó Melani vuelto hacia el cetrero.

El tiempo perdido había dado a *César Augusto* una considerable ventaja. El halcón, libre de nuevo, tuvo que volver a ganar altura. El braco ladraba como un descosido.

—¿Es que tu pájaro no puede atacar enseguida? —preguntó Atto, al tiempo que corría hacia el sitio donde *César Augusto* se había esfumado.

—Primero tiene que ascender. ¡No ataca en horizontal, como un cernícalo! —respondió dolido el cetrero, como si se le hubiese pedido que fuese a una boda vestido con harapos.

Siguió una persecución atropellada por la muralla romana, cuesta abajo, a lo largo del camino que cruzaba la finca Barberini hasta la piazza San Cosimato. De vez en cuando el penacho amarillo de *César Augusto* aparecía detrás de la antigua muralla, salpicada de vetustos torreones. Era incapaz de volar más alto que el halcón, como hacen las garzas reales para esquivar el ataque. Sin embargo, había comprendido cuáles eran los puntos débiles de su enemigo y aplicaba una táctica de despiste: volaba a baja altura pasando rápidamente de un árbol a un agujero en el muro, y viceversa, y entremedias lanzaba el doble silbido del cetrero, que había aprendido a imitar de forma tan perfecta. Enseñado a obedecer esa orden desde el principio de su adiestramiento, el halcón acudía al punto a su amo, que echaba chispas. Para colmo, en un par de ocasiones *César Augusto* imitó la llamada de caza, «¡Mira, mira! », lo que sumió a su adversario en la más absoluta confusión, tanto es así que, si su amo no lo hubiera disuadido con gritos e injurias, habría dirigido sus intenciones guerreras contra un par de pajaritos que volaban inocentemente por las inmediaciones.

El final de la calle estaba flanqueado por dos muros ordinarios, ya no por restos romanos. Me volví para buscar a Atto; lo habíamos perdido. También *César Augusto* había desaparecido, mas yo albergaba la esperanza de que hubiese seguido volando en la misma dirección, pues así, cuando llegara al primer espacio abierto, podríamos avistarlo.

Desembocamos frente al convento de las monjas de San Francisco, en la piazza San Cosimato. El abate Melani nos dio alcance al cabo de un rato, jadeante (y eso que había dejado de correr), y se sentó en el borde de la calle.

Hay que aguardar mucho y pasar penalidades
para dar con la bestia enemiga,
por valles y montes, a pie, a caballo,
batiendo bosques y estando al acecho,
hurgando colinas, setos, espesuras
donde la bestia, agazapada, de todos se burla.

—Así es como Albicastro me tomaría el pelo con su amado Brant, si viese en qué estado me encuentro —comentó con tono filosófico Melani, resollando como un fuelle.

Noté que el abate recuperaba el gusto de antaño por soltar citas en las ocasiones más dispares. Sin embargo, especialmente en los momentos más intensos, como el

presente, le faltaba aliento para cantar; de ahí que, en vez de las canciones del *seigneur* Luigi, su antiguo maestro, prefiriera ahora los versos.

Me puse a contemplar la plaza. A pesar de ser domingo y de la hora temprana, la piazza San Cosimato estaba atestada de gente. Su Santidad (pero eso no lo sabría sino más tarde) había decidido conceder benévolamente por indulto a los niños y a las niñas de Roma el santo jubileo y la remisión de los pecados mediante la visita de la basílica vaticana. Por tal motivo, los chiquillos de varios barrios se disponían a acudir en procesión a la basílica, provistos de estandartes, cruces y crucifijos, todo ello, eso sí, adecuado a su pequeña estatura y a la debilidad de su edad. Todas las niñas estaban vestidas con muy nobles roquetes y tocadas con guirnaldas decoradas con la estampa de un santo al que profesaban especial devoción. Acompañaban y ordenaban la conmovedora procesión los padres de las criaturas y las monjas del convento de San Francisco, quienes llenaban la plaza y se sorprendieron al vernos aparecer llenos de polvo y con la lengua fuera.

El cetrero estaba completamente desesperado.

—No regresa, no lo veo —lloriqueaba.

Había perdido de vista a su halcón. Temía que lo hubiese abandonado, lo que a veces hacen las rapaces aparentemente acostumbradas a su amo, pero que en el fondo de su corazón siguen siendo salvajes y feroces.

—¡Allí está! —exclamó Atto.

—¿El halcón? —preguntó el cetrero con el rostro iluminado.

—No, el papagayo.

Yo también lo había visto. *César Augusto*, que, como nosotros, debía de estar bastante cansado, se había descolgado de una cornisa y planeaba hacia la cercana piazza San Callisto. Atto ya estaba exhausto, el cetrero sólo pensaba en su halcón. Únicamente el braco y yo estábamos dispuestos a seguir al papagayo, con intenciones opuestas: yo, para salvarlo; él, para devorarlo.

El perro soltó un tremendo ladrido de desafío y se lanzó al ataque, lo que sembró el terror en las filas de la procesión, que los niños abandonaron a la desbandada. Yo me sumé al desbarajuste, con lo que creé más confusión y recibí los angustiosos reproches de las monjas.

César Augusto volaba cada vez con menos fuerza. Se posaba en alféizares, templetes, balcones, de donde se elevaba de nuevo con esfuerzo cuando el miedo al perro, que le enseñaba rabiosamente los colmillos, lo empujaba a buscar otro refugio. Yo no podía siquiera pedirle que bajase al suelo y se dejase atrapar, pues el braco me precedía, ladraba malignamente y saltaba furioso, ansioso por clavar los dientes al pobre fugitivo. Los transeúntes presenciaban atónitos el paso de nuestra maraña aullante, inaudita quimera compuesta de alas que huyen, colmillos que atacan y piernas que acuden en ayuda.

Agucé repetidas veces la vista: el maldito trozo de papel parecía aún prendido a la pata del papagayo. Tras recorrer un buen trecho de la calle de Santa Maria in Trastevere, nuestro singular trío torció a la izquierda y llegó por fin al puente de la isla de San Bartolomé.

César Augusto se posó en la esquina del alféizar de una ventana, justo en la entrada del puente. Estaba muy alto, y el perro, que quizá ya se había dado cuenta de que había perdido el rastro de su amo, empezaba a estar harto de aquel circo agotador y absurdo. Miré al papagayo, que parecía dispuesto a no moverse por nada del mundo de ese sitio seguro. A mi izquierda se extendía el puente de San Bartolomé; más allá, la bella isla que, única franja de tierra insular, completa y decora la impetuosa corriente del rubio Tíber. Por fin el braco volvió sobre sus pasos, no sin antes lanzar un último gruñido de rabia y desilusión.

—Anda, ven —rogué a *César Augusto*—. Ya estamos solos.

En sus ojos leí el deseo de deponer finalmente las armas en manos amigas. Estaba a punto de bajar, pero entonces tuvo lugar un último y cruel imprevisto.

Una vieja, habitante de aquella modesta casa, se había asomado a la ventana. El aspecto inusitado de aquel pájaro tan extraño, pero a la vez tan hermoso, la había dejado estupefacta. Incapaz de apreciar tanto esplendor, atolondrada por su propia sandez, la anciana intentó espantarlo de malas maneras, de un manotazo. El pobre *César Augusto* se salvó lanzándose al aire, impulsado por el viento que acompaña generoso la corriente en ese punto del río.

Lo vi elevarse audazmente, cual nuevo halcón, bajar y luego subir otra vez, hasta que cedió al capricho de las ráfagas de viento y desapareció, convertido ya sólo en una gota en el mar de los deseos perdidos.

Entré en la villa Spada empapado en sudor, molido y amargado. Tendría que haberme presentado enseguida ante el abate Melani para darle la mala noticia, pero él aún no había llegado. Seguramente el cansancio lo había obligado a hacer un alto en el camino tras la persecución del papagayo, pues, además de los impedimentos de la edad, seguía con el brazo dolorido. Para evitar un encuentro lleno de quejas, decidí meter bajo de la puerta de sus aposentos una nota donde le informaba del resultado negativo de la caza. Ahora bien, antes de dejársela, esto es, en cuanto entré en la villa, supe que esa tarde me aguardaban muchas faenas y afanes.

Las fiestas de la boda incluían un entretenimiento lúdico: un gran juego de la gallina ciega en los jardines de la villa Spada. Cardenales, príncipes, caballeros y nobles damas contenderían alegremente, ocultándose, persiguiendo, encontrando y perdiéndose entre los setos y las veredas del parque, rivalizando en sagacidad, velocidad y listeza. A la gallina ciega sólo podía jugarse allí donde hubiese adecuados estorbos para caminar e incluso oír, y donde por el contrario resultase fácil

esconderse y difícil encontrarse, sencillo huir y complicado perseguir; como los magníficos jardines de la villa Spada, que las decoraciones efímeras y florales habían convertido casi en un laberinto.

Me avisaron de que don Paschatio me reclamaba de nuevo por la escasez de criados. No menos de cuatro sirvientes habían plantado al gentilhombre de la casa esgrimiendo pretextos variados y de lo más fantasiosos, que iban de un acceso de humor melancólico a la muerte repentina de una tía.

Como el día se había nublado y refrescado un poco, el juego empezaría pronto. Fui corriendo a la cocina; ya era la hora de comer y la caza a *César Augusto* me había despertado un hambre voraz. Encontré restos de capón y huevos duros fríos, pero muy agradables al paladar y al estómago.

Estaba royendo aún algún huesecillo cuando el ayudante de don Paschatio me dijo que tenía que ponerme la librea e ir al cruce entre la vereda que bordeaba el jardín secreto y la que llegaba hasta la fuente a través de los viñedos. En esa encrucijada, bajo un gran pabellón pentagonal de rayas blanquiazules, cuyas pilastras estaban decoradas con grandes escudos de madera pintados con las enseñas familiares de los novios, Spada y Rocci, había aguas frescas, zumos de naranja, limonada, triunfos de frutas y cítricos, pan recién cortado y buenas confituras. Habían colocado todo eso allí con el fin de que los jugadores se refrescasen, acalorados después de tanto correr, buscar y esconderse, pero también para los que no participaban en el juego y preferían estar cómodamente tumbados en los grandes sillones de tela blanca, a la sombra del pabellón.

Al dirigirme a mi puesto no pude menos que admirar una vez más los infinitos caprichos concedidos al buen arquitecto de la naturaleza, una naturaleza en la que yo, ahora que los trabajos de jardinería estaban terminados, descubría siempre nuevos detalles con maravillada estupefacción. En efecto, dado que en los jardines todo ha de ser amable, en la villa Spada cada elemento se había sometido al placer de la vista y del intelecto, empezando por el orden de los bosques y de la vegetación, ya que el arte de construir no es solamente arquitectura de muros y techos, sino sobre todo de setos, veredas, prados, exedras, cenadores, glorietas, parterres y huertos. En las villas más importantes dominaban los grandes paseos arbolados, que en realidad aquí brillaban por su ausencia. Por ello, para dar más enjundia a los senderos, éstos estaban bordeados de hileras de noble boj, alheñas y acantos.

Cenadores abovedados introducían suavemente al visitante, trémulo y admirado, en la confluencia de dos senderos, o en encrucijadas recubiertas de pequeñas y verdes cúpulas silvestres. Espalderas de laurel en forma de dosel podadas parejamente, de entre siete y quince palmos de altura, rivalizaban con acebos en arco, con árboles de mirto recortados como parasoles o pan de azúcar, con edificios efímeros de madera cubiertos de un manto vegetal y con ristras de columnas de plantas decoradas con

festones y coronas, que hacían de marco a los músicos: en un estrado semicircular, un pequeño grupo de instrumentos de cuerda difundía en el aire un melodioso contrapunto, un alegre escondite de trinos y punteos que parecía anticipar el juego al que estaban invitados los huéspedes de la casa.

Allí, a pocos metros de dicho estrado, era donde se me había encargado servir las naranjas y los limones exprimidos y el pan cortado, cuidarme de los sillones y atender cualquier otra cosa que pudiera ser del agrado de las Excelencias y Eminencias presentes.

En cuanto llegué, con suma galantería me puse a escanciar jugos y a llenar vasos, pasando solícito de un comensal a otro, como una matutina abeja que revolotea de flor en flor.

Una vez cumplido mi deber, para estar a disposición de las señorías me coloqué al lado de una pilastra de madera del pabellón, frente al cual, inmóviles como la mujer de Lot, había otros criados. Los invitados de la fiesta, de pie o arrellanados en los sillones, hablaban en voz alta, discutían y reían bajo el ala blanca y celeste del toldo de lino. A pocos pasos de mí, unos monseñores de mediana edad apaciguaban con la limonada las lenguas que las palabras habían desatado.

En ese momento reparé en mi suerte. Junto a mí estaban los mismos dos monseñores a quienes había oído conversar sobre un proyecto de reforma del cuerpo de los esbirros durante la academia. Por lo que parecía, seguían con el mismo tema.

—… Conque ahora las cosas van a cambiar.

—¡La idea tiene ya veinte años, es imposible que quieran ponerla en práctica ahora!

—Pues parece que es verdad. Me lo ha dicho mi hermano, que todavía es auditor de la Rota, pero íntimo amigo del cardenal Cenci.

—¿Y qué puede saber Cenci?

—Claro que sabe. En Roma, en ciertas esferas, el asunto es bien conocido. Parece que la cosa está madura. Si el Papa vive aún unos meses, la reforma llegará a buen puerto.

Dirigí el oído hacia ellos, como Diana apunta su arco contra el ciervo que huye.

—De todos modos, es lo que procede —afirmó el primero—. Ni vos ni yo, que somos personas decentes, hemos tenido nunca ocasión de ver entrar de noche a la soberbia cohorte de los esbirros en una posada o en una taberna, porque de noche dormimos y no nos dedicamos a la juerga, pero todo el mundo sabe perfectamente lo que pasa. Los esbirros se cogen unas cogorzas tremendas, ensucian, arman grescas y se van sin siquiera despedirse. Si al tabernero se le ocurre pedir que le paguen, le escupen en la cara como si hubiese cometido contra ellos un crimen de lesa majestad, lo maltratan más que a un asesino callejero y a la noche siguiente regresan para vengarse. Mandan entrar en el establecimiento a una meretriz, o a dos bribones que

conocen, y les hacen jugar con una baraja de cartas sin el correspondiente timbre. Luego aparecen ellos, fingen que han ido para una inspección, encuentran los naipes, o a la meretriz, y meten a todos en la cárcel: al huésped, a los mozos y a todo aquel que se encuentre en ese momento en la taberna, con lo que arruinan tanto el local como a la familia del dueño.

—Lo sé, lo sé —dijo el otro—. Son trucos tan viejos como el mundo.

—¿Y os parece poca cosa? —preguntó el primero—. Cuentan que los esbirros les sacan un diezmo, una «propina», como dicen ellos, no sólo a todos los comerciantes y vendedores ambulantes, sino también a los artistas. Además, cobran un impuesto a las meretrices. Y no sólo eso: arriendan cuartos de posadas que luego realquilan, a precios más altos, a las mismas mujeres del vicio, de las que así obtienen doble ganancia. Si ellas se niegan, pierden sus ventajas.

—¿Ventajas? —repitió el otro un poco desconcertado.

—Las protegidas por los esbirros pueden trabajar, perdonadme el término impropio, también en las fiestas de guardar. A las otras, en cambio, las vigilan y las obligan a descansar en las fiestas religiosas, como manda la ley. Así, éstas pierden sus ganancias. No sé si me explico.

—Vaya, es increíble —observó el otro con una mezcla de sorpresa, curiosidad y una pizca de agitación lúbrica, mientras se enjugaba la frente con un pañuelito de encaje blanco.

—Venid —dijo el primero—, vayamos a echar una ojeada al juego de la gallina ciega.

Se levantaron de los sillones, se cogieron del brazo con cortesía familiar y se encaminaron hacia la muralla lindante con la finca Barberini. Allí seguramente doblarían a la izquierda, hacia el bosquete, donde todos estaban alborotados con el juego.

Miré alrededor. No podía abandonar mi puesto y dejar a los otros criados del toldo de forma abrupta y repentina, porque se habría enterado don Paschatio. Salvo en las contadas ocasiones en que tenía que hacer de reemplazo, seguía gozando de una libertad casi total. Si no quería problemas, no podía convertirme en un desertor más, pues probablemente el propio cardenal Spada sería informado, con lo que perdería el trabajo o se me retiraría el permiso de servir a Atto.

En ese preciso instante, cuando no veía cómo podía salir del apuro, encontré la solución. Una dama con escote a la francesa, los hombros cubiertos por un gran manto blanco, recibía una gran dosis de zumo de naranja roja en una copa de cristal historiado. A su lado, el marqués Della Penna esperaba también a que le sirvieran. Entonces, sin pensarlo dos veces, cogí una jarra de limonada de la mesa y me lancé hacia él.

—Pero… muchacho, ¿qué haces?

En mi carrera para servir al marqués, había chocado a propósito con el brazo de otro criado, que había derramado zumo rojo en el manto inmaculado de la dama. Ésta había protestado enseguida, sorprendida y airada.

—¡Oh, cielos, qué he hecho! Permitidme que enmiende este desaguisado. Hay que lavarlo de inmediato, yo mismo me encargo —dije, y tras despojar a la dama del manto me dirigí hacia el casino. Merced a la rapidez con que ejecuté la maniobra, dejé a la víctima y a los presentes sin posibilidad de réplica. La escuela de Atto, maestro de falsos incidentes, había dado sus primeros frutos.

Confié la prenda a una doncella, rogándole que la lavase y me la devolviese personalmente. Ahora tenía el pretexto que necesitaba para dejar mi puesto en el pabellón.

Poco después ya estaba en el bosquete, tras los pasos de los dos monseñores. ¿Cómo podría escucharlos sin que me vieran?, me preguntaba. Por fin los vislumbré paseando entre los setos de boj y de laurel, siguiendo los razonamientos de antes. ¡Albricias! Las buenas y viejas reglas del maestro Tranquillo Romaúli me ofrecieron la fórmula. Cerca de las estatuas, los setos medían poco más de un ana; en otras partes eran más altos. Esta altura especial, o sea, el hecho de que los setos no fueran muy bajos, pero tampoco muy altos como los laberintos, me brindaba una ventaja decisiva: me ocultaban por completo, pero dejaban al descubierto a los otros desde los hombros hasta la cabeza. Podía, pues, ver sin que me vieran, seguir sin que me siguieran.

Me detuve detrás de un seto, listo para escuchar, cuando una voz me hizo dar un respingo.

—¡Cucú! ¡Sé que estás aquí, granujilla!

—¡Ji, ji, ji, ji! —dijo una voz femenina.

El penitenciario mayor, el cardenal Colloredo, avanzaba a tientas, entorpecido por la sotana, con los ojos tapados por una gran venda roja y las manos, repletas de enormes anillos con topacios y rubíes, tendidas hacia delante en busca de su presa.

Escondida tras un arbolillo a pocos pasos de allí, una jovencita de buena cuna, con un bonito traje color crema y al cuello una pesada diadema de esmeraldas, asistía temblorosa a la llegada de Colloredo.

—¡Eso no vale! No respetáis las reglas —lo regañó la muchacha, pues el anciano purpurado, fingiendo que se enjugaba el sudor de la frente, había bajado un poco la venda para verla.

Entonces salió de un seto un caballero con una vistosa peluca a la francesa. Lo reconocí al punto: era el marqués Andrea Santacroce. Cogió por detrás a la joven, apretando su pecho contra la espalda de ella, y le besó apasionadamente la nuca, como hace la oca cuando, cubriendo a su compañera, la muerde sensualmente por atrás.

—Estáis loco —oí que murmuraba la muchacha mientras se desasía del abrazo—. Están llegando los demás.

En efecto, por las inmediaciones rondaba otro hombre vendado, que empujaba a sus compañeros de juego hacia delante, como a las presas en una partida de caza.

Santacroce se esfumó tan deprisa como había aparecido. La damisela le lanzó una última y lánguida mirada.

Me agazapé más entre las hierbas, aterrorizado por la idea de que me descubrieran y tomaran por un fisgón de amores clandestinos.

—¡Sé que estáis cerca, ja, ja! —canturreaba feliz el presidente de la Anona, monseñor Grimaldi, vendado con un gran pañuelo amarillo.

Muy cerca de él algunos huéspedes se divertían provocándolo sin dejarse atrapar. Las damas lo rozaban con abanicos, los hombres le hacían cosquillas en la barriga con un dedo, y luego desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, unos bajo la sombra cómplice de copas de nísperos y madroños, otros bajo el caritativo cobijo que ofrecía un jovencísimo ejemplar de esos extraños árboles, las palmeras, que, tras ser plantadas por vez primera por Pío IV en su jardín, frente a la villa Pia, habían arraigado muy bien y expandido su exótica cabellera en toda la urbe. Grimaldi avanzó un pasito, seguro de sorprender al jugador más próximo, el cardenal vicario Gaspare Carpegna. Sin embargo, se estrelló contra el tronco de la palmera, lo que suscitó las carcajadas de todo el grupo.

El cardenal vicario, que se había librado por un pelo del asalto, se había apoyado muy contento contra un muro, cuando éste soltó un chorro de agua que le dio en toda la cara y le empapó el cuello y la capa morada. Estalló una risotada general, aún más estruendosa.

A fin de que los juegos tuviesen más imprevistos, el cardenal Spada había mandado diseminar por la villa pequeños artilugios que arrojaban, para regocijo de las almas alegres y joviales, chorros, cubos y palanganas de agua sobre el paseante que sin darse cuenta los accionaba. El muro en que Carpegna había apretado sin querer una palanca era en realidad una pared de madera pegada a un árbol y recubierta de ladrillos, detrás de la cual se ocultaba una máquina hidráulica con un tubo que salía al exterior, dirigido hacia su blanco.

—El cardenal Carpegna quería irse de rositas… pero le ha caído una meadita, ja, ja —se burló el cardenal Negroni, quien acto seguido tropezó con una cuerda tendida verticalmente, que volcó sobre su cabeza un cubo de agua colocado en una rama, de modo que acabó empapado.

Estallaron nuevas risas, que aproveché para alejarme un poco. Cuando ya iba a desistir de mi audaz plan de espionaje y me disponía a regresar al casino, reconocí a los dos monseñores que buscaba entre los que observaban distraídamente aquel divertido pasatiempo. Absortos como estaban en sus razonamientos, no me vieron.

—Los esbirros protegen a los prófugos y a los desertores —afirmaba el primero, mientras se dirigían despacio hacia el estanque de la fuente—, pero encarcelan por insolvencia a quien tiene una simple deuda civil. ¿Y qué decir de los reos contumaces que son arrestados y llegan a la cárcel medio muertos? De acuerdo, lo dicen todos los textos de doctrina: hay que aplicar las torturas, pero al final del procedimiento, no al principio.

»¿Y qué decir de los arrestos ilegales? Nadie habla de ellos, pero proliferan. Detienen a gente en plena noche, la interrogan, maltratan y encierran en una celda sin motivo. Os lo digo con rotundidad: mientras las cosas sigan así, los peregrinos y los forasteros no pueden sino marcharse de Roma escandalizados, atribuyendo los delitos de los corchetes a las personas que presiden dignamente los gobiernos públicos…

—El Papa, el secretario de Estado, el gobernador… —completó el otro, que se había parado ante el estanque y admiraba, a los pies del Tritón, los nenúfares, las caltas palustres de doble flor amarilla y los tréboles de pétalos blancos, que se abandonaban muelles a ras del agua.

—¡Por supuesto! Y se dirán barbaridades de ellos en los países extranjeros, para gran desdoro y escarnio de la Santa Sede Apostólica.

La larga y forzosa inmovilidad, al abrigo de un simple seto de boj, aunque tupido y tan alto como un niño, resultaba peligrosa y molesta. La amenaza de que me descubriera un jugador de la gallina ciega que por azar entrase en el sendero desde el que estaba espiando me daba escalofríos. Estaba a punto de tener un calambre en los dedos de los pies por lo mucho que me esforzaba en pisar la grava sin hacer ruido.

De pronto me dio un vuelco el corazón: se terminaba el seto. Mejor dicho, se había desplazado. Saliendo poco a poco de las líneas, se había encaminado hacia la izquierda, dejándome al descubierto.

Por pura casualidad los dos monseñores me daban la espalda, por lo que no me vieron. Me sentía tan desesperado e indefenso como un cerdo en la puerta del matadero. De un salto me refugié en una espaldera de jazmín. Vi que los dos monseñores dejaban de hablar y se volvían a mirar estupefactos en mi dirección. Rogué al Señor y agaché la cabeza.

Levanté la vista. No me miraban a mí, sino el seto, que, increíblemente, trotaba hacia el cardenal Nerli, el cual, según se contaba, era malquisto por muchos. Observamos desde lejos la escena. Nerli estaba vendado y seguía a una dama.

Entonces ocurrió. Una canilla de hierro surgió del seto ambulante y regó con un alegre chorro de agua a Nerli, que profirió un grito de espanto. Acto seguido, el lío de hojas y arbustos huyó hasta el otro lado del bosquete. Todo el grupo se abandonó a una explosión de hilaridad. El cardenal se quitó la venda de los ojos.

—Bonita broma, ¿verdad, Eminencia? —decían exultantes a Nerli, blanco como un papel, algunos miembros del Sacro Colegio, que, a juzgar por las carcajadas,

habían disfrutado más malignamente que nadie de la función.

—Oh, sí, una ocurrencia exquisita —comentó una dama—, y qué elegante ese chorrito, francamente bien hecho.

El cardenal, roído por la vergüenza y la irritación, no parecía compartir esa opinión.

—Eminencia, no sea malo —le dijo una de las damiselas—, póngase el pañuelo en los ojos, que el juego tiene que seguir.

Perdidos en aquel gran mar de lozano verdor y en la sonrisa de su interlocutora, los ojos y la mente del cardenal Nerli se resignaron encantados a un dulcísimo naufragio. Los jardines le aplacaron el alma con su magnificencia, y con sus perfumes le ablandaron el corazón y le levantaron el espíritu.

El prelado se dejó dócilmente vendar y el juego se reanudó con la despreocupación del principio.

Los dos monseñores comentaron con desaprobación las inocentes diversiones de los otros invitados, mientras yo me aseguraba de que la espaldera de jazmín, detrás de la cual me había refugiado como un gusano desnudo, no estuviese provista también de inquilinos y piernas. Casi enseguida prosiguieron su paseo para distanciarse del griterío de los jugadores. Avanzaron un rato en silencio. Cruzaron inmensos cenadores montados sobre viguetas y pilares, bajo los cuales, como si estuviesen bajo un cielo nuevo que se contempla a través de lentes verdes, sus ojos captaban durante breves instantes melocotoneros, alcachoferas, perales, limoneros, membrillos, cipreses y encinas, que jugaban al escondite con la mirada del visitante, ya que, como enseña León Battista Alberti, sin misterio no hay belleza. Yo, saltando de un limonero a un boj, no los perdía de vista, ni de oído.

—Pero volvamos a lo nuestro —dijo el segundo prelado, que se había animado después de oír los argumentos de su colega—. Lo que me decís es muy cierto, os asiste la razón. Os diré más: debido a la prepotencia de los esbirros, o sólo a su incompetencia, los tribunales y los registros de los notarios civiles están llenos de causas que acaban declarándose nulas. Cuando finalmente detienen a uno que merece terminar entre rejas, lo maltratan tan brutalmente, olvidando reunir las pruebas como es debido, que a la postre los abogados defensores obtienen la suspensión o la anulación del proceso. Por lo que se refiere a esta reforma, veréis, lo cierto es que yo no abrigo muchas esperanzas. Lo sabéis mejor que yo: con los esbirros no se puede razonar.

—Desde luego que no. ¡Sin embargo, ahora no hablamos de esbirros, sino de ladrones manifiestos, pagados por la cámara apostólica! Todos son pobrísimos antes de enrolarse. El salario que reciben es de hambre: un cabo cobra seis escudos, y un esbirro, cuatro y medio. Supongamos que el cabo saque otros tres escudos al mes con un trabajito honesto, y el esbirro, dos.

—Supongamos.

—¿Cómo se explica entonces que, si uno va a su casa muy poco tiempo después de que hayan entrado en servicio, la encuentre adornada con muebles de lujo? ¿O que sus mujeres rivalicen con las grandes damas en atuendos y joyas? Y, si aún no tienen esposa, los hallaréis rodeados de un hatajo de meretrices, amén de los crápulas con los que se dedican a jugar y a toda suerte de vicios. Para pagar todo eso se necesitan más de cuarenta escudos al mes. Ese dinero sólo puede proceder de robos, ¿no creéis?

—Desde luego que lo creo, y os doy toda la razón.

Se oían los gritos lejanos de las damas, que reclamaban el final del juego y que todos merendaran y descansaran antes de la cena. Los dos monseñores cruzaron la verja del jardín secreto en busca de paz. Esperé a que se adentraran un poco entre los olmos y los chopos de Capocotta, y entonces entré también, ocultándome de lado detrás de una pequeña hilera de vides de uva moscatel.

—¿Y el proyecto de reforma? —preguntó el primero.

—Es sencillo y justo. En primer lugar, suprime de todos los tribunales tanto de Roma como del campo, mediante una bula especial, los cargos de alguacil, teniente, cabo, ministril, canciller y similares, que por norma se conceden también a los esbirros.

—Sois un optimista. ¿De verdad creéis que Su Santidad, en las condiciones de salud en que se encuentra, aprobará una reforma tan cruda y radical?

—Ya veremos, ya veremos. Pero aún no habéis oído el resto. Ante todo, se reducirá el número de esbirros. Luego el de la Gran Capa, o presidente de justicia, si lo preferís, dispondrá de los esbirros de varios tribunales, cosa que, como bien sabéis, hoy no se puede hacer. Para las rondas y los arrestos importantes los esbirros podrán contar con la ayuda de soldados, como ya se hace en muchos reinos y repúblicas. Por último, se despedirá a unos doscientos esbirros.

—¿Y en su lugar?

—Muy sencillo: serán reemplazados por soldados.

Mientras regresaba al casino para recoger el manto de la noble dama lavado de las manchas de naranja y listo para su devolución, innumerables reflexiones acuciaban mi mente.

No ignoraba, naturalmente, que entre los esbirros había individuos de ralea miserable, grosera y funesta. Sin embargo, nunca había oído enumerar de esa manera todos los comercios perversos de los guardianes de la ley. No cabía duda de que eran corruptos. ¡Pero eso era lo menos grave! Por lo que había oído, los esbirros practicaban infamias atroces, que convertían la ley en teatro del engaño y el orden en siervo de la arbitrariedad.

Pensé en Sfasciamonti. No era sorprendente que le costase lograr que sus colegas

indagaran sobre los cerretanos. ¿Por qué iban a descubrir los secretos de las sectas de los mendigos, me dije, si bastante tenían con ocultar los propios?

Sfasciamonti, ciertamente, había demostrado que era capaz de recurrir a los peores métodos: falsificar sumarios, arrestar injustamente, mentir, amenazar a los interrogados. Incluso habría estado dispuesto a encarcelar ilegalmente al Pelirrojo. Pero todo ello lo hacía, a mi entender, con una finalidad de por sí encomiable: combatir la escoria de los cerretanos y descubrir dónde estaban el manuscrito del abate Melani, el catalejo y la reliquia. Así, aunque no había que aplaudir esos métodos, si eran necesarios para llegar a la verdad podían ser aceptados sin titubear.

Cuando llegué a los aposentos de Atto, ya me estaba esperando para oír mi informe.

—Por fin apareces. ¿Dónde te habías metido? —me preguntó, mientras Buvat le aplicaba un ungüento en el brazo.

Le conté mis numerosos avatares, incluidos los previos a la persecución de *César Augusto,* que aún no había tenido ocasión de referirle: la conversación con el maestro florista, la desesperación de Albani por la pérdida de la nota que había birlado el papagayo, el revuelo que había provocado la doble disputa entre Atto y Albani, gracias a la cual el secretario de los Breves se había desembarazado de la incómoda fama de fidelidad a Francia.

El abate Melani acogió las tres novedades con agitación, alivio y reflexivo silencio, respectivamente.

—Así pues, el maestro florista está dispuesto a hablar. Bien, muy bien. Sin embargo, ha dicho que debo informarme correctamente antes de ir a verlo. ¿A qué se refiere? ¿No será partidario del emperador?

—Señor abate —intervino Buvat—, si me lo permitís, tengo una idea.

—¿Sí?

—¿Y si ese Tetráchion, que Romaúli ha nombrado, fuese la flor de una casa? Los escudos nobiliarios están repletos de bestias de los nombres más singulares, como el dragón, la sirena, el unicornio. Es posible que las plantas tengan el mismo uso.

—¡Sí, podría ser el blasón de una familia! —exclamó Atto dando un respingo, de resultas de lo cual manchó de ungüento la casaca de su pobre secretario—. Más cuando aquel maestro florista entiende de flores. Sois un genio, Buvat. Es probable que Romaúli desee que yo esté bien informado antes de verlo porque no piensa mentar a nadie y pretende que yo conozca qué linaje se oculta bajo el Tetráchion cuando hablemos.

—Entonces, ¿procedería de ahí el heredero al trono de España, como decía la doncella del embajador Uzeda? —pregunté—. Pero, si es así, ¿qué relación guarda todo esto con el hecho de que Capitor diera a su plato el nombre de la flor de un escudo?

—No tengo ni la más remota idea, chico —respondió Atto muy alterado—, pero se diría que Romaúli tiene la intención de ofrecernos elementos útiles.

Dicho esto, el abate Melani envió a su secretario a buscar, en los libros de armas y en los *consegnamenti* (los registros oficiales de los escudos reconocidos), el emblema nobiliario que contuviera la flor llamada Tetráchion.

—Podéis empezar ahora mismo en la biblioteca de la villa Spada. En ella no pueden faltar la muy estimable obra que Pasquali Alidosi consagra a los escudos grabados en madera, ni la de Dolfi, que tiene la ventaja de ser más reciente. Luego, Buvat, continuaréis con el otro asunto.

—¿Y cuándo copio vuestra respuesta a la carta de madame la condestablesa? —preguntó el secretario.

—Después.

Una vez que hubo salido Buvat, en verdad con pocas ganas de ponerse de nuevo a trabajar a esa hora (que normalmente dedicaba al descanso junto a una buena garrafa de vino), me habría gustado preguntar a Atto de qué otro asunto debía ocuparse su secretario, quien, por otra parte, apenas se dejaba ver desde hacía dos días. Sin embargo, el abate habló antes.

—Ahora pasemos de los *vegetabilia* a los *animalia*. ¿Conque Albani se atormenta por culpa de tu papagayo? —dijo refiriéndose a lo que le había contado poco antes—. Ja, ja, peor para él.

—¿Y qué me decís de los comentarios que hacen sobre él?

Me miró con expresión grave, sin pronunciar palabra.

—Tenemos que estar pendientes de todo y no descartar nada —dijo al fin.

Estupefacto, asentí, si bien no había entendido qué quería decir con esa frase genérica, tan obvia que significaba todo y nada, como la mayoría de las afirmaciones políticas. El abate había preferido no hablar de la nueva imagen pública de Albani. Quizá, pensé, él también ignoraba cuáles podían ser sus consecuencias y no quería reconocerlo. Obviamente, ayuno como estaba yo de las cosas de Estado, me engañaba.

Quinta Noche

11 DE JULIO DE 1700

Tenía una cuenta pendiente con el abate Melani. ¿Quién era la condesa de S., la misteriosa envenenadora de quien la condestablesa hablaba con un tono tan reticente en su carta? ¿Tenía algo que ver con la condesa de Soissons, nombrada por Atto, que había sembrado cizaña entre Maria y el joven rey, y cuya identidad yo también desconocía? Cautivado por su propio relato, el abate no había dado respuesta a mis preguntas.

Mientras Atto disfrutaba de la cena en compañía de los otros huéspedes ilustres de la villa, una vez más introduje las manos en la ropa blanca y enganché con los dedos la cinta que envolvía la correspondencia secreta con la condestablesa. Esta vez, sin embargo, no encontré la misiva de Maria Mancini ni la respuesta que el abate había escrito hacía poco rato y que, por lo que acababa de oír, aún no había despachado. ¿Dónde podían estar esas cartas?

Entonces me fijé en el legajo de los informes, que me recordó lo que había leído en la última ocasión sobre el desdichado rey Carlos II de España. Tal vez, si contenían más datos sobre la condesa de S., podrían ayudarme a comprender su relación con los asuntos del abate Melani.

Abrí el informe de la condestablesa que Atto había marcado en una esquina con el número dos:

Observaciones
para servir a las cosas de España

Dado el penoso estado en que se encuentra el Rey Católico y la falta de un heredero, en Madrid no ha quedado más remedio que buscar una explicación: el sortilegio.

Desde hace mucho tiempo se hablaba del tema. Por fin, hace dos años, el rey en persona se dirigió al poderoso inquisidor general, Tomás Rocaberti.

El inquisidor, tras consultar con el confesor de Su Majestad, el dominico Froilán Díaz, expuso el asunto a otro dominico, Antonio Álvarez de Argüelles, modesto director espiritual de un convento perdido de Asturias, pero excelente exorcista.

Cuentan que, cuando recibió la carta de Rocaberti, Argüelles casi se desvaneció. En su misiva, el inquisidor general le explicaba la situación con pelos y señales y le pedía que implorase al diablo que le revelase el maleficio que habían lanzado al soberano.

Argüelles no se lo pensó dos veces. Convocó en una capilla a una monjita a la que en cierta ocasión había liberado de una posesión diabólica. Le hizo poner la mano en el altar y pronunció las fórmulas correspondientes.

Se oyó así hablar al maligno por la boca de la monjita. La voz reveló que el rey Carlos había sido víctima de un sortilegio a la edad de catorce años, por medio de una bebida embruja da. Su finalidad era *ad destruendam materiam generationis in Rege et ad eum incapacem ponendum ad regnum*

admninistrandum; es decir, volverlo estéril e incapaz de reinar.

Argüelles preguntó entonces quién había realizado el maleficio. El diablo, a través de la monjita, respondió que había preparado la bebida una mujer llamada Casilda, quien había extraído el líquido maléfico de los huesos del cadáver de un condenado a muerte. El jugo había sido luego suministrado al rey mezclado en una taza de chocolate.

Ahora bien, existía una forma de curar la afección diabólica: el rey debía beber en ayunas, una vez al día, medio cuarto de aceite bendito.

Enseguida se pasó a la acción. Sin embargo, la primera vez que Carlos tomó un poco de aceite, lo acometieron unas arcadas tan atroces que los religiosos, exorcistas y médicos se temieron lo peor. Hubo, pues, que limitarse a usar el aceite externamente, ungiéndole la cabeza, el pecho, los hombros y las piernas; después se recitaban las fórmulas, las letanías y los conjuros procedentes.

Pero hace apenas un año Rocaberti murió de repente. Todos, como es lógico, temieron que se tratase de una venganza de Satanás. Froilán Díaz, el confesor del rey, tiene que seguir solo. Pero hete aquí que llega una ayuda inesperada: desde Viena, el emperador Leopoldo muestra interés por el asunto. Resulta que en la capital del Imperio ha ocurrido algo inaudito: en la iglesia de Santa Sofía, un joven, poseído por espíritus malignos y sometido a exorcismos, ha revelado que el Rey Católico de España es víctima de brujería. El chico (o los espíritus que hablaban por su boca) explicó incluso que los instrumentos de la magia se ocultaban en un lugar determinado del palacio real español.

En Madrid se desata una caza frenética: en los aposentos regios, cuadrillas de sabuesos arrancan tablas, taladran molduras, derriban tabiques, levantan losas de mármol. Al final se encuentra algo: una muñeca y un montón de rollos de papel.

No hay duda: la muñeca es un fetiche que sirve para hacer maleficios. En cambio, nadie sabe qué hay escrito en los rollos. El emperador envía entonces a Madrid a un padre capuchino, célebre y temido exorcista, para que erradique la influencia del mal de las habitaciones del rey. Pero entretanto las cosas se complican. No pasa un día sin que corra el rumor de que se ha descubierto otro maleficio, de que se ha encargado a un sacerdote que lo combata, y así sucesivamente. La situación empieza a ser incontrolable. Una mujer, una demente, se presenta en el palacio dando voces sin que nadie, contagiados todos de la atmósfera lúgubre e inquietante que impera esos días, se atreva a detenerla, por temor a que sea una mensajera de fuerzas sobrenaturales.

La loca consigue franquear la barrera de guardias y llega hasta los aposentos regios, donde grita que el monarca es víctima de la magia negra, que le han echado el sortilegio con una tabaquera y que la autora del hechizo es su esposa.

Se da mucho crédito a la revelación porque la segunda esposa del rey, Mariana de Neoburgo, tiene tan pésimo carácter que a veces se comporta como una auténtica posesa.

Cuando Carlos le niega un regalito, la loca le revela que el favor pedido está en realidad destinado a alguien capaz de eliminar el mal de ojo (que tiene aterrorizado al rey). Si no lo concede, el misterioso brujo se vengará, pero no condenando a Carlos a la muerte ni a la enfermedad, sino haciendo que se evapore en la nada, como una flor seca. El Rey Católico, temblando de miedo, termina por ceder.

Al difundirse los rumores sobre las brujerías y los exorcismos, la reina decidió actuar contra el responsable de todo aquel desbarajuste, que según ella no era otro que el pobre Froilán Díaz. Lo arrestaron sin dilación, pero huyó y llegó a Roma, donde sin embargo fue detenido y devuelto a España. Ahora, en el año del jubileo en que nos encontramos, cada día aparecen en Madrid orates, brujas y posesos que, desquiciados por sus pesadillas, a gritos, mesándose los cabellos o revolcándose en el suelo, proclaman en las plazas, ante la mirada consternada del pueblo, las intrigas maléficas de la familia real. Nada parece capaz de defender al Rey Católico y a su esposa, y sobre todo el honor del reino, de los ataques infamantes de los endemoniados.

Extenuado y confundido por esta girándula infernal, el rey se debate entre el sentimiento de culpa, la vergüenza y una profunda tristeza. Acude con creciente frecuencia a la cripta de El Escorial, manda abrir los féretros de sus antepasados para verles el rostro, con lo que condena a esos despojos regios a la inmediata desintegración. Cuando destaparon el ataúd de su primera esposa, María Luisa de Orleáns, no pudo contener su desesperación: abrazó el cadáver y quería llevárselo, sin reparar en que se deshacía entre sus manos. Tuvieron que sacarlo a la fuerza de la cripta, mientras invocaba entre lágrimas el nombre de María Luisa y gritaba que no tardaría en alcanzarla en el cielo.

En esto, el rey es un auténtico Habsburgo, epígono de Juana la Loca, que no se separaba nunca del féretro de su marido Felipe el Hermoso, y de Carlos V, que, retirado en un convento tras su abdicación, se metía en un ataúd, desnudo y envuelto en un sudario, para escuchar su propia misa fúnebre. Felipe II dormía al lado de su ataúd, con una calavera sobre la corona de España. Por último, Felipe IV iba, como su hijo, a la cripta de El Escorial, donde cada noche dormía en un nicho distinto.

También la reina está desesperada. Ella, sin embargo, podría remediar todos sus males quedándose embarazada. Si la monarquía pudiese contar con un heredero, por fin se abriría una rendija en las turbias perspectivas de su futuro. Hace dos años la soberana se sometió a los cuidados especiales de un monje jerosolimitano, que tenía permiso para acceder libremente a sus aposentos.

Lo cierto es que nunca se ha tenido un conocimiento certero de la forma en que se efectuaban dichos ejercicios contra la esterilidad. Se sabe, con todo, que un día el monje, en el fervor extático de la oración, pegó un gran salto y la reina, que yacía entre las mantas, se asustó tanto que cayó del lecho. El oscuro suceso sembró en la corte tamaño desconcierto que hubo que alejar enseguida al jerosolimitano. Son muchos los que insinúan que la soberana ha podido, en la búsqueda frenética de un embarazo, imponer a su propio cuerpo actos dignos de la lujuria más desenfrenada.

Por desgracia, todo es posible. La reina lleva sobre sus espaldas demasiadas amarguras. Su alma, ya oprimida por años de desengaños conyugales, está exasperada por la atmósfera siniestra e inquietante que impera en la corte. Mariana busca comprensión; se sabe que envía a sus corresponsales alemanes cartas atormentadas, en las que intenta explicar y justificar la locura en que ha caído el que fuera el mayor y más temido reino del mundo, hoy objeto de compasión y mofa por parte de todos.

Pero escribe en vano. El sufrimiento envenena sus pensamientos y los hace enemigos de la palabra escrita. Dicen que se confía a menudo por carta al landgrave de Hesse, pero éste vacila en responderle; según se cuenta, las misivas de la soberana son un puro galimatías, fruto inequívoco de una mente turbada, donde verbos y sujetos deambulan sin sentido, como los orates y los endemoniados que yerran chillando en la negra noche de Madrid.

Aquí terminaba el informe de la condestablesa, que completaba y ampliaba la desoladora descripción del infeliz Rey Católico.

Busqué de nuevo las dos últimas cartas, que evidentemente el abate había guardado en otro sitio. ¿Por qué lo había hecho?, me preguntaba. ¿Acaso empezaba a tener algún barrunto de mis intrusiones?

Hurgué un poco entre los papeles de Buvat, pero no encontré nada. Luego miré entre sus ropas. Descubrí un curioso montón de hojas mal dobladas dentro de los bolsillos de sus pantalones. Estaban llenas de distintas letras: en una sólo figuraba la *e*, en otra la *o*, en otra la Y, en otra la *l* y en otra la R. Perplejo, les di una y otra vez la vuelta; recordaban los ejercicios que se hacen cuando se aprende a escribir. Sin embargo, la caligrafía no era buena: tenía un trazo débil e inseguro. Sonreí; aquello aparentaba ser una práctica peculiar a la que se dedicaba el secretario de Melani para eliminar los vapores del vino antes de volver a sus obligaciones. No obstante, no había que sorprenderse del estado en que solía encontrarse Buvat; en efecto, en aquellos días de fiesta no cometían excesos solamente los nobles invitados, sino también sus acompañantes.

Poco después encontré en una casaca las dos misivas que buscaba. Me tranquilicé; quizá el abate Melani sencillamente se las había entregado a Buvat para que éste se acordase de archivar una copia de la respuesta a la condestablesa antes de

despacharla. Me dispuse a leerlas.

Sin embargo, la carta de la condestablesa, en vez de aclararme las ideas, me confundió más.

Mi muy dilecto amigo:

Mi fiebre no tiene visos de bajar y estoy muy enojada por tener que retrasar aún más mi llegada a la villa Spada. Con todo, el médico me asegura que dentro de dos días podré por fin reanudar el viaje.

Mientras tanto, aquí sigo recibiendo noticias. Parece que Carlos II ha empleado tonos muy tristes para rogar la mediación del Papa. El pobre Rey Católico está atenazado; como ya os conté, ha pedido a su primo Leopoldo I que le envíe desde Viena a su hijo segundón, el archiduque Carlos, un chico de quince años. El rey lo quiere en Madrid. Había hecho incluso armar un escuadrón naval en el puerto de Cádiz, listo para zarpar e ir a recoger al archiduque. Es evidente que lo va a nombrar su heredero. Sin embargo, como sabéis perfectamente, se interpone el Rey Cristianísimo, quien, no bien conoció el asunto, mandó decir al rey, por medio del embajador Harcourt, que estimará tal decisión como una ruptura formal de la paz; para confirmar sus palabras, hizo preparar una flota en Tolón, mucho más sólida que la española, pronta para levar anclas e ir a bombardear los buques del segundón. Leopoldo no se atreve a exponer tanto a su hijo. Así pues, el rey le ha propuesto que lo mande a los territorios españoles de Italia. Leopoldo, empero, vacila: el Imperio, tras años de lucha en el este contra el turco, ya no quiere desangrar a sus súbditos para defenderse. Y el rey de Francia lo sabe.

Más aún, el Rey Cristianísimo ha comprendido que ha llegado el momento de asestar el golpe decisivo. Como sabéis, para asustar más a los españoles, hace un mes hizo público el pacto secreto de partición de España que suscribió dos años atrás con Holanda e Inglaterra. Al conocer la noticia, la pareja real, abatida, abandonó precipitadamente El Escorial hacia Madrid. La reina tuvo un ataque de cólera y rompió todo cuanto había en su habitación. Ni yo misma conseguí aplacarla. En la corte cunde el desasosiego; el Consejo de los Grandes teme a Francia y está dispuesto a aceptar a un sobrino del Rey Cristianísimo como heredero con tal de evitar una invasión francesa.

Por su parte, el rey ha escrito inmediatamente a su primo Leopoldo, a Viena, para darle las gracias por no haberse sumado al pacto de partición y para rogarle que no lo haga en el futuro.

Perdonad que os haya contado hechos que ya conocéis, pero os debo recalcar que la situación es asaz grave. Si Su Beatitud Inocencio XII no consigue que el Rey Cristianísimo entre en razón, será el fin de todos.

Pero ¿estará el Santo Padre en condiciones de cumplir una tarea tan delicada y pesada? Todos sabemos que se encuentra muy enfermo y que el cónclave puede estar a las puertas. Hasta he oído que no querría ocuparse del asunto. ¿Qué sabéis vos? Asimismo, parece que ha perdido facultades y que, cada vez que se le pregunta algo, dice: «¿Y qué podemos hacer?» También se cuenta que en los momentos de mayor lucidez le gusta repetir: «Se nos priva de la dignidad que pertenece al vicario de Cristo y se nos abandona.»

Sería inaudito que alguien se atreviese a forzar la mano de Su Beatitud aprovechándose de su enfermedad.

Alabo, Silvio, que se venere a los dioses; mas importunar a los que son sus ministros, yo lo censuro.

Y tú, amable Silvio, que por tu voluntad de ser esclavo de Dorinda, siendo tú su señor, a sus pies estás postrado, levántate cuando te lo pida.

Afluían a mi mente mil conjeturas. Procuré ir por orden. Ante todo, la condestablesa volvía a hablar de una mediación. Según ella, el rey de España había pedido ayuda al Papa para nombrar su heredero al archiduque Carlos y llevarlo de Viena a Madrid sin desencadenar una guerra. Sin embargo, el Rey Cristianísimo amenazaba con hundir los barcos del archiduque.

Ahora bien, yo recordaba que en su primera carta el abate Melani había claramente escrito que el Pontífice tendría que haber proporcionado al rey de España un parecer sobre la elección del heredero: el duque de Anjou, nieto del Rey Cristianísimo de Francia, o el archiduque Carlos, hijo segundón del emperador de Austria. Algo bien distinto, pues, de la mediación que mencionaba la condestablesa, quien, por otra parte, en la conclusión parecía hacer un velado reproche al abate —o a Silvio, como lo llamaba siempre— por la presión a que se veía sometido el Pontífice.

Pero ¿por qué la condestablesa dirigía sus protestas a Atto? ¿Es que el viejo castrado seguía siendo tan influyente en la corte pontificia?

Por último, la condestablesa respondía a la anterior carta de Melani, en la que éste le recordaba, entre mil reverencias, su amor sempiterno y platónico. Y aquí estaba el nuevo misterio. Maria se ocultaba a sí misma bajo un nombre falso: Dorinda.

Dorinda… ¿dónde había oído ese nombre? A diferencia de Silvio, Dorinda no era nada común. No obstante, tenía la impresión de haberlo ya oído, o quizá leído. Pero ¿cuándo?

Se me habían acumulado demasiados interrogantes. Subido en la biga ligera y veloz de la curiosidad, me apresuré a leer la respuesta del abate Melani.

Empero, tuve que soportar la farragosa lectura de un planto interminable y lleno de frases ampulosas por el retraso de la condestablesa, que había puesto en peligro la propia vida del abate, amén de la detallada descripción de la boda de Maria Pulcheria Rocci y Clemente Spada, donde el abate no prescindía de los comentarios más irreverentes sobre el rostro de lenguado de la novia.

Por fin llegué a lo que buscaba:

> Procurad reponeros pronto. ¡Os lo ruego! No os afanéis con preocupaciones inútiles. Su Majestad el rey de España Carlos II de Habsburgo ha tomado una decisión muy ponderada al ponerse en manos del Santo Padre. Es indudable que elegir a quién confiar el futuro de su magnífico reino, que reúne no menos de veinte coronas, exige el consejo divino.
>
> No temáis, Inocencio XII es un Pignatelli, familia de fieles súbditos del reino de Nápoles y, por consiguiente, de España. No va a negarse a la petición del Rey Católico, podéis estar segura. Aunque tarde en tomar una decisión, será meditada y dictada por el amor que tiene a la corona española.
>
> Aquí todos estamos convencidos de que lo que resuelva Su Beatitud será cosa sagrada para el rey de España. Y de que nadie en Europa se atreverá a oponerse a la opinión del Papa.
>
> Nada pueden contra los rayos del cielo los poderosos de la tierra. La mano del Omnipotente, que se tiende protectora sobre los sucesores de Pedro, según las palabras *qui vos spernit, me spernit*, concederá al verbo de Su Santidad el triunfo que se merece.

Ya no entendía nada: era como si el abate Melani y la condestablesa conversasen en dos lenguas distintas, sin que les importase no entenderse. En definitiva, ¿el Rey Católico había optado por el archiduque, como decía la condestablesa, e imploraba el apoyo del Papa, o no sabía qué heredero elegir y sometía la decisión al parecer papal?

La carta de Melani concluía así:

Y vos, clementísima, no os preocupéis por la salud del Pontífice. Está rodeado de espíritus excelentes, que lo cuidan y se ocupan de sus obligaciones, mas sin atreverse a tocar el báculo pastoral que Su Santidad empuña por derecho divino. Destaca entre todos el cardenal secretario de Estado Fabrizio Spada, a quien vos también tenéis en alta estima y que os espera con impaciencia en su maravillosa finca de la villa Spada, en el Janículo.

Amiga mía, desde esta colina se domina toda la ciudad de Roma, y quizá incluso la vista alcance hasta más allá de sus limites. No os demoréis más.

¿Nos veremos dentro de dos días?

Y al final de la carta:

Así castigas, Dorinda. ¿Y tú, Silvio, qué más puedes esperar de ella? ¿Pretendes acaso recibir más de lo que ya te da? Y tú, Dorinda, diosa del cielo, eterna, haz que Silvio conozca no tu cólera, sino tu piedad.

Atto aceptaba la invitación que le hacía la condestablesa de no inclinarse más ante ella, aunque de manera simbólica; en efecto, se decía a sí mismo: ¿qué más puedo exigir? Su amor por ella no tenía esperanza. Con todo, el abate Melani respondía con un dulce ruego a las recriminaciones que le dirigía la condestablesa cada vez que lo llamaba Silvio: le pedía que aplacara su cólera y tuviera piedad de él.

Hube de reconocer que el abate Melani poseía un buen talento poético para el amor.

Le di más vueltas al nombre de Dorinda, pero no conseguí acordarme de dónde lo había visto u oído.

Además, mis pensamientos pronto pasaron a asuntos más serios. Pese a que Atto seguía sin decirme nada sobre la sucesión de España, en sus misivas a la condestablesa sólo hablaba de eso (y también de amor). Me había percatado de esa circunstancia ya el día de su llegada a la villa Spada. Sin embargo, no había sacado nada en limpio. Ni siquiera había conseguido averiguar más sobre la condesa de Soissons, ni si ésta y la enigmática envenenadora, la condesa S., eran la misma persona.

Estaba desconsolado. No había visos de que el misterio despejase sus nubes.

Una cosa era segura: el cardenal Spada, mi amo, estaba implicado de algún modo en el asunto. En efecto, tanto la condestablesa como Melani referían que el secretario de Estado había visitado al embajador español por la petición del rey de España a Inocencio XII y que, debido al pésimo estado de salud en que éste se hallaba, se ocupaba personalmente de las obligaciones del Pontífice. Tenía, pues, que aclararme más las ideas acerca de esa serie de misterios. Así pues, decidí que al día siguiente preguntaría a Atto al menos por la identidad de la condesa de Soissons.

Las indicaciones del Pelirrojo eran bastante precisas. El lugar no resultaba nada atractivo pero, según las instrucciones que habíamos recibido, era necesario acudir de noche para que nadie nos viera. La precaución era indispensable, pues debíamos pillar por sorpresa al escurridizo Tudesco.

En verdad, yo había imaginado un sitio en las afueras, a trasmano, en medio de los huertos y los bosques, al abrigo de los hombres y del paso de mercancías. En cambio, el Pelirrojo nos había mandado al corazón mismo de la Ciudad Santa. «¡Yo nunca he estado allí! —había advertido—. Pero por otros de mi cofradía sé que vive en ese lugar.»

El camino no era largo. Desde la villa Spada llegamos a la piazza di Monte Cavallo y nos encontramos frente a los sagrados e imponentes muros del palacio apostólico. Doblamos a continuación a la derecha para dirigirnos hacia la calle de San Vitale. A la izquierda, detrás de los altos muros que flanquean el camino, descollaba el campanario de los jesuitas de San Vitale alla Valle Quirinale. Su bella y esbelta silueta me trajo a la memoria la pequeña iglesia que a veces se vislumbra en lontananza, en los días más claros, desde nuestro campito, y rogué a Dios que nos conservase la salud a mí y a mi dulce Cloridia, a quien imploré mentalmente, dadas las numerosas imprudencias que había cometido en esos días y las que a buen seguro iba a seguir cometiendo, que rezase no sólo por el bien de mi alma, sino también por el de mi carne.

Llegados por fin a la strada Felice, que une la mole severa de Santa María Mayor con las dulces alturas del monte Pincio en una sucesión armoniosa de subidas y bajadas, torcimos a la derecha dejando atrás las Quattro Fontane. Poco antes de las iglesias de los monjes de Pablo I el Ermitaño y de San Norberto de los Padres Premonstratenses, a escasos pasos de Santa María de la Salud de' Benfratelli, se abría a la derecha una callejuela sin nombre. Al entrar en ella vimos un edificio pequeño a un lado, y enfrente, una casa aislada. Pasadas esas viviendas, la callejuela doblaba hacia la izquierda y se tornaba sendero en medio de prados yermos.

Justo allí, siguiendo las instrucciones del Pelirrojo, dejamos el camino para dirigirnos hacia la derecha. En ese punto el terreno se empinaba en una especie de cerro, que crecía y se prolongaba casi como si fuese la espalda de un gigante enterrado. Al bordear el oblongo montículo observamos que en la parte inferior de un costado, a la derecha, tenía un boquete que derivaba en una abertura mayor, y luego en dos grutas. Eran varias cavernas artificiales, obras de fábrica originalmente, ahora recubiertas de tierra, arbustos, trepadoras, setas, líquenes y mohos de toda especie.

Las grutas estaban dispuestas en dos filas paralelas: una más baja, a cuya altura nos encontrábamos; la otra estaba constituida por cavidades de mayor tamaño, situadas encima y detrás de las anteriores, de modo que se accedía a ellas por una

especie de corredor de no pocas anas de largo. En el extremo derecho de esa serie de cuevas había un grupo de cavidades a una tercera altura, sobre la cual surgía una casita de campo provista de una torrecilla, que antecedía al convento de las monjas de San Francisco en las Termas. El nombre del convento no era casual.

—¡Quién iba a decirlo! —exclamó Atto, cuyos conocimientos de la Antigüedad yo recordaba de los días de nuestro primer encuentro—. Las termas de Agripina. Jamás habría imaginado que iba a buscar a sujetos tan fétidos como los cerretanos en un sitio tan noble.

Se movía entre los vetustos vestigios imperiales casi de puntillas, como si temiese dañar, con un simple roce, un ladrillo de varios siglos. Miraba alrededor con cautela y preocupación, y hablaba con un leve tono de melancolía. Diecisiete años atrás yo lo había visto reconocer y admirar un mitreo subterráneo, y sabía que había escrito una guía de Roma para los amantes de las bellezas antiguas. No obstante el mucho tiempo transcurrido, parecía que mantenía intactas sus viejas predilecciones.

—Hemos llegado —dijo Sfasciamonti apuntando con el índice al frente—. Éste es el lugar.

Al final de la hilera de cavidades, delante del último tramo de muro del convento, se perfilaba, impasible y oscura, una torre.

Era uno de los numerosos pináculos que antaño hacían de Roma una *urbs turrita*, esto es, una ciudad adornada de innumerables torreones, agujas y cimas; puestos de observación nacidos en la Edad Media, que le daban una apariencia vetusta y guerrera. No era alta; seguramente había sido truncada, como ocurría con frecuencia durante las invasiones bárbaras, o su sumidad se había derrumbado en un incendio.

«Nadie os detendrá —había añadido enigmáticamente el Pelirrojo al darnos las indicaciones para llegar a la guarida del Tudesco—. Si acaso, vosotros mismos decidiréis marcharos.»

Tuvimos la primera confirmación cuando alcanzamos la torre. Recorrimos todo el exterior, deteniéndonos en cada fachada. Las ventanas estaban atrancadas. En una cabaña pegada a la torre encontramos la puerta de entrada. Era de madera, chirriante y en mal estado. La empujamos. Estaba abierta.

Nos encontramos enseguida en un gran espacio oscuro y maloliente. Ratas y animales vagabundos de toda especie habían sin duda elegido hacía tiempo aquel tugurio para sus deyecciones. La luz del candil apenas nos permitía evitar las colosales telarañas que recorrían todo el antro y las nauseabundas materias (desechos, escombros, basura) que inundaban el suelo.

De pronto mi pie tropezó con un cuerpo sólido, bien firme en el suelo. Me froté el dedo gordo dolorido. Era un escalón.

—Don Atto, un peldaño —anuncié.

Alumbré con el candil. Una rampa pegada a la pared de la derecha llevaba hacia

una puerta.

Tampoco esta vez había candados ni cerraduras que nos impidieran el paso.

—El Pelirrojo tenía razón —observó Sfasciamonti—. Ningún obstáculo dificulta nuestro camino. Es evidente que quien se oculta detrás de estas puertas y rampas no teme a los intrusos. Es muy interesante.

Al otro lado de la segunda puerta nos esperaba otra subida, muy empinada. Melani se detenía con frecuencia para tomar aliento.

—¿Cuándo llegamos? —preguntó desconsolado, mientras vanamente trataba de escudriñar detrás de sí, con la ayuda del candil, el trayecto que habíamos hecho.

—Estamos ascendiendo hacia la cima de la torre —respondí.

—Eso ya lo sé —replicó con acritud—. Lo que quiero que me digas es dónde diantres está la guarida del Tudesco. ¿En el tejado quizá?

—Puede que el Tudesco sea una cigüeña —dijo Sfasciamonti conteniendo la risa.

Entretanto yo rememoraba las veces en que, años atrás, Atto y yo habíamos explorado durante noches enteras subterráneos y túneles en el vientre oscuro de la ciudad, enfrentándonos a albures de toda índole y librándonos de peligrosas emboscadas. Ahora volvíamos a encontrarnos en un sitio tenebroso, sólo que éste nos conducía hacia el cielo, no a las entrañas del subsuelo.

Avanzamos en línea recta unos minutos, alumbrados por la débil luz del candil, hasta que llegamos a un pequeño antro de forma rectangular. Una tarima de hierro cubría el suelo. Delante de nosotros, una escalera de mano llevaba a una pequeña puerta, que parecía dar acceso a un piso superior. Nos miramos los tres, recelosos.

—¡Esto no me gusta, por mil bombardas! —comentó Sfasciamonti.

—A mí tampoco —dijo Melani—. Si subimos, nos será imposible batirnos en retirada y volver rápidamente al exterior.

—Si esta torre tuviese un ventanuco, o al menos una rendija, podríamos saber cuánto hemos subido —observé.

—De eso nada, ya es noche cerrada —repuso el abate.

—¿Qué hacemos?

—Prosigamos —respondió Atto avanzando hacia el antro—. Qué raro, aquí huele como a…

Se interrumpió. Los sucesos se precipitaron en ese instante, tan rápidos que no pudimos gobernarlos. Mientras seguíamos a Melani, la tarima se puso a resonar ligeramente bajo nuestros pies y, con un movimiento discreto pero decidido, descendió medio palmo.

Esa amenaza repentina nos hizo estremecer.

—¡Atrás! Es una tram… —exclamó Sfasciamonti.

Pero ya era demasiado tarde. Una puerta de madera y hierro, maciza y muy pesada, descendió con estrépito detrás de nosotros, aislándonos de la escalera de la

que veníamos, y se plantó brutalmente en el suelo como la azada de un campesino en la árida y desnuda tierra. Por suerte, el candil no se había apagado, pero lo que la luz estaba a punto de revelarnos iba a hacerme añorar la oscuridad más tenebrosa.

Delante y alrededor de nosotros bailaban gotas de fuego infernal, que proyectaban sobre nuestros rostros su infame claridad y los volvían parecidos a los de las almas condenadas. Si tocaban la piel, sólo podían infligir indecibles sufrimientos.

—¡Dios omnipotente, ayúdanos! Hemos acabado en los Infiernos —proferí vencido por el pánico.

Atto no hablaba; trataba de apartar de su cara aquellas luciérnagas demoníacas, espantándolas como se hace con las moscas, pero con ardor y desesperación tres veces mayores.

—¡Mis pies, maldición! —exclamó Sfasciamonti.

En ese momento lo sentí yo también: un calor insoportable se me metía hasta dentro de los zapatos. Tuve que levantar un pie, luego el otro, y de nuevo el primero, porque no podía mantenerlos en el suelo. Atto y el esbirro saltaban también como dos locos, al tiempo que apartaban de sí las gotas de fuego, intentando inútilmente pisar lo menos posible.

—¡Larguémonos de aquí, maldita sea! —vociferó Atto, y se precipitó con Sfasciamonti hacia la escalera de mano y la pequeña puerta que antes no habíamos querido franquear y que ahora se había convertido en nuestra única escapatoria.

Nos encontramos ante una fila de travesaños de hierro herrumbroso. El esbirro empezó a subir primero. Avanzamos angustiados, pegados uno a otro, con los pies aún medio abrasados, mientras unas malignas gotas de fuego invadían guasonamente el antro. Felizmente la puerta, como las anteriores, estaba abierta. La abertura era tan estrecha que había que agacharse casi hasta tocar las rodillas con la nariz. Así, me encontré apretujado entre la poderosa mole de Sfasciamonti y la silueta exangüe y descarnada de Atto, temblando como un junco e implorando a nuestro Señor que se apiadase de mi alma.

—¡Nooo!

Justo cuando Sfasciamonti lanzaba ese grito desesperado, lo vi desaparecer, devorado por un abismo, y sentí que, asiéndose a mi brazo derecho, me arrastraba al precipicio con una fuerza prodigiosa.

La máquina invisible y natural que rige las acciones humanas en tales calamidades puso en marcha sus ruedas y me empujó, sin que yo me diese cuenta, a agarrarme a mi vez a Atto, que se precipitó conmigo. Enlazados los tres, como una miserable caravana de carne y huesos, fuimos arrastrados por una fuerza invencible en una caída vertiginosa y sin fin.

«… *Et libera nos a malo*», tuve la fuerza de recitar con el pensamiento, mientras el abismo hostil me dejaba casi sin respiración.

Me pareció que la caída había durado una eternidad. Estábamos en el suelo, uno encima del otro, como si la horca de Lucifer nos hubiese amontonado entre las mieses de los condenados y arrojado ante los jueces infernales.

El peso de Atto y el mío, amén del terror, tenía paralizado y agarrotado a Sfasciamonti. Melani gimoteaba dolorido y aturdido, y apenas se movía. Con gran esfuerzo salí de aquella doble alfombra humana, y agradecí al Señor que pudiese sentarme en el suelo, pues ya no quemaba. Un olor penetrante y familiar, pero inquietante en aquellas trágicas circunstancias, me había impregnado la ropa y la piel. Pasé revista al lugar en que nos hallábamos, y la angustia se apoderó de mi alma.

Naturalmente, el candil estaba medio roto. Sin embargo, se vislumbraba por doquier una misteriosa claridad, una mezcla de niebla y de fulgores azulinos, como la que las luciérnagas irradian en los jardines después del ocaso, que sutilmente lo envolvía todo.

¿Estaba entero? Me miré las manos y temblé. Emitían luz; mejor dicho, estaban hechas de luz.

Ya no era un hombre. Un resplandor opalescente emanaba de todo mi cuerpo, como observé al examinarme las piernas y el vientre. Mis restos mortales estaban en otro lugar. Una pobre alma perdida, miserable efigie que deambulaba en el más allá, sustancia traslúcida e inmaterial, los había reemplazado.

En ese instante Sfasciamonti se levantó y me vio.

—¡Tú… tú estás muerto! —farfulló horrorizado mirando de hito en hito lo que quedaba de mi persona.

Miró en derredor con los ojos como platos y enseguida posó la vista sobre sus manos y brazos. Él también irradiaba la luz azul que estaba por todas partes, dentro y fuera de nosotros.

—Entonces, yo también… todos nosotros… Ay, Dios mío —sollozó.

En eso nos sorprendió la aparición. Un ser de las tinieblas, envuelto en un hábito negro, con el rostro tapado por una gran capucha mística, nos observaba inmóvil desde un nicho horadado en la pared y cerrado con una reja de hierro.

También Atto se puso en pie y lo vio. Durante largos e interminables instantes los tres estuvimos en vilo entre la respiración y el ahogo la desesperación y la esperanza, la vida y la muerte. Otros seres encapuchados surgieron detrás del que estaba en el nicho, que, como podía deducirse, era en realidad un túnel. Estábamos ante malignos emisarios del Averno. A buen seguro se echarían sobre nosotros para devorarnos.

La reja se levantó. Ya no nos separaba nada de los demonios. Su jefe, el que había aparecido primero, dio un paso al frente. El instinto nos hizo retroceder. Hasta Sfasciamonti, o mejor dicho el enorme fantasma azulino que había ocupado su lugar, temblaba como una hoja de otoño.

Todo ocurrió en un santiamén. El ser satánico extrajo de los recovecos de su hábito un largo objeto de color naranja. Era una daga incandescente, forjada en el calor blanco de las llamas del Hades, que apuntó contra nosotros a manera de anatema. Dentro de poco, me dije, saldría la lengua de fuego que disgrega todos los restos de átomos mortales y nos convertiría (si nuestros envoltorios luminosos seguían siendo materia) en pobres espectros errantes.

Dirigió la daga centelleante hacia mí, en señal de condena. ¿Qué había hecho yo, me pregunté lloriqueando, para no merecer al menos el Purgatorio, en lugar de este Infierno sin apelación? Cuatro diablos se me acercaron, me inmovilizaron y, con sus brazos como garfios y sin piedad, me tumbaron en el suelo. No grité; tanto me amordazaba el miedo que no podía. Además, me dije en un arrebato de humor desesperado, ¿quién puede oír el lamento de los condenados? ,

Vino hasta mí su jefe. Lo único que se le veía, pues seguía manteniendo oculto el rostro, era la mano macabra y ganchuda con que empuñaba la daga de fuego. Yo ignoraba qué estaba pasando con Atto y Sfasciamonti, pero el sordo alboroto que oía me hacía suponer que también los estaban maltratando.

El ángel del mal se inclinó y se colocó sobre mí. Apuntó la daga sobre mi frente, por encima de los ojos, justo en el centro. Penetraría el envoltorio óseo (o su apariencia) con la fuerza irresistible del fuego. Luego, como un perno, la hoja candente giraría en la caja craneal para remover y freír bien mi materia gris.

—No —imploré, no sé si con el pensamiento o con el hilo de voz que se me había permitido conservar después de la vida terrena.

En el abismo sin luz que era la capucha de mi verdugo creí ver (poder del mal y de sus adlátares) una sonrisa maligna, que saboreaba mi terror y mi próximo fin. El calor de la hoja me secaba las pupilas (¿las tenía aún?), que sólo el ansia animal de vivir mantenía abiertas.

La punta de la hoja incandescente estaba a menos de un pelo de mi frente. Iba a hundirse. Ahora, dentro de menos de un segundo. Sí, Cloridia, amor mío, mis dulces niñas…

Entonces, como un dulce preludio de la muerte, perdí el conocimiento. Antes de desmayarme, el corazón y el alma latieron juntos unos segundos, los suficientes para oír:

—Un momentucho: vislumbramiento arriesgadizo.

—¿Qué? ¡Maldito idiota! ¡Os voy a hacer trizas!

Siguieron ruidos violentos, los típicos de una pelea, y luego sonó el disparo.

—Ánimo, héroe, levántate.

Una bofetada. Rápida, violenta y traicionera como un cubo de agua. Me había despertado y trataba de librarme del torpor del desvanecimiento. Ahora oía la voz de

Atto, que me hablaba.

—Yo… yo no… —balbucí, todavía tumbado, con la sensación de que la cabeza me iba a estallar. Tosí varias veces. Apestaba a quemado y había humo por todas partes.

—Regresa entre los vivos —me instó Melani—. Tenemos que salir de aquí antes de que nos asfixiemos. Pero primero quiero presentarte a Belcebú. Te sorprenderás, creo, cuando veas que ya lo conocías.

Aún tembloroso, me senté. La luz azulina ya no inundaba el antro infernal. Ahora todo era amarillo, rojo y naranja; una antorcha iluminaba el espacio. Me miré las manos. Había dejado de emanar aquella misteriosa claridad fosforescente.

—La he recargado —oí decir a Sfasciamonti.

—Bien —repuso Atto.

Observé que la escena de antes, en la cual creí que decía adiós a la vida, se había transformado por completo.

Sfasciamonti blandía en la mano derecha la daga con que habían estado a punto de ejecutarme. Apuntaba con ella al grupito de demonios encapuchados, que, muy juntos y quietos, estaban arrimados a la pared, sin aparentar la menor intención de rebelarse. Tanta disciplina respondía a algo: en la mano izquierda el esbirro tenía lista su pistola reglamentaria. Atto, por su parte, empuñaba una antorcha improvisada: un cono de hojas de papel que debía de haber prendido con la daga incandescente y que ahora, además de alumbrar el estrecho espacio en que nos hallábamos, esparcía vapores irrespirables.

—Ea, miserable, sácanos de aquí —dijo Atto al jefe de los demonios, al tiempo que se tapaba la nariz con un pañuelo para no aspirar demasiado humo.

Fue entonces cuando reconocí al cabecilla de la infernal banda. Aquel hábito mugriento y demasiado grande, el olor a suciedad que despedía, sus manos como zarpas…

La capucha se abrió un poco. Entonces vi aquel rostro apergaminado, miserable mosaico de piel ajada que se mantenía unida sólo por cansancio, la nariz tumescente y pustulosa, como una zanahoria en mohecida, los ojos mendaces, desconfiados e inyectados de sangre, sus cuatro dientes podridos y marrones, las arrugas profundas como surcos de arado, el cráneo esquelético y la mollera amarillenta, de la que pendían resignados ralos mechones de pelo de color ferrugiento.

—¡Ugonio! —exclamé.

Es menester que ahora explique la naturaleza y el pasado del mencionado personaje y de sus compañeros, con quienes muchos años atrás el destino me había hecho compartir no pocos avatares.

Ugonio era un saqueador de tumbas, es decir, uno de los extraños individuos que pasan todo su tiempo en las entrañas de Roma buscando reliquias de los santos y de

los primeros mártires de la fe cristiana. Los saqueadores de tumbas, por decirlo con más claridad, eran auténticos seres de las tinieblas, que cavaban en el subsuelo con, las manos, separando el fango de los cascajos, la tierra de las piedras, las astillas del moho, y que se entusiasmaban con sólo obtener al final de esa labor porfiada y meticulosa de criba un trocito de ánfora romana, una monedita de la época imperial o un fragmento de hueso.

Tenían la costumbre de revender a elevado precio lo que encontraban en el subsuelo aprovechándose de la buena fe o, mejor dicho, de la imperdonable ingenuidad de los compradores. Hacían pasar el pedacito de ánfora por un fragmento de la jarra con que había apagado su sed nuestro Señor en la última cena; la monedita se convertía en una de las monedas por las que el Iscariote traicionó al Hijo de Dios, y el fragmento de hueso, en un trozo de la clavícula de san Juan. De todas las viles sustancias que los saqueadores de tumbas rescataban bajo tierra no, se tiraba nada: una astilla de madera medio podrida se vendía muy cara como si hubiese pertenecido a la Santa Cruz, la pluma de un ave muerta se subastaba como una genuina pluma del ala de un ángel. El mero hecho de que estuvieran siempre excavando, amontonando y ordenando aquella materia inmunda les había dado fama de infalibles cazadores de objetos sagrados y garantizado numerosos clientes a los que engatusar. Con el tiempo, y gracias a una astuta obra de corrupción, se habían hecho con copias de las llaves de las bodegas y los almacenes de media ciudad, lo que les permitía acceder a los lugares más secretos de la urbe subterránea.

Por último, los saqueadores de tumbas aunaban a sus prácticas execrables una religiosidad genuina, intensa y casi fanática, que sacaban a relucir en los momentos más inesperados. Si no recordaba mal, habían solicitado a varios Pontífices permiso para poder formar una cofradía, pero su petición nunca había obtenido respuesta.

Así pues, Ugonio era uno de ellos. Nacido en Viena, la cadencia y el acento con que hablaba mi lengua impedían a veces discernir un sentido cabal en sus palabras. Por eso le habían dado el nombre de Tudesco.

—El Tudesco… —exclamé estupefacto dirigiéndome a Ugonio—. ¡De modo que eres tú!

—Niego mi fe a este nombrezuelo abochornoso, que impugneo con mi integrada personificación —protestó—. En Vindobona me parturieron, pero domeñizo el sermón itálico como mi lengua materniz.

—Calla, animal —le ordenó Atto, que, muchos años antes, ya lo había oído presumir de su disparatado lenguaje—. Oírte me da náuseas. ¿Conque te has enriquecido con el jubileo, robando a los romeros o timándolos con tus supuestas reliquias, vendiéndoles a alto precio un hueso de jamón como si fuese la tibia de san Calixto? Me han contado que te has convertido en un pez gordo. Y ahora te has

vendido a Von Lamberg, ¿verdad? Pero ¡qué digo! Eres vienés, de modo que te has comportado como un auténtico patriota manteniéndote fiel a Su Majestad Imperial Leopoldo I, igual que aquel maldito embajador. Bah, ¿quién iba a decirme que tendría que aguantar de nuevo tu repugnante presencia? —concluyó Melani con desprecio, escupiendo al suelo.

Yo, mientras tanto, miraba a Ugonio, y mil recuerdos bullían en mi mente. En verdad, las sospechas del abate parecían confirmarse: si el tristemente célebre Tudesco, cómplice de los cerretanos, era vienés, todos sin duda habían conspirado contra nosotros pagados por el Imperio de Viena. No obstante ello, me alegraba ver al viejo saqueador de tumbas, compañero de tantas aventuras, e intuía que al abate tampoco le desagradaba, a pesar de su indignada reacción.

—¿Qué me dices de la puñalada que me dio en el brazo el cerretano, tu compinche? ¿Estaba destinada a mi pecho? ¡Habla! —lo apremió Atto.

—Niego, reniego y abjuro de las absurdozas acusicaziones de vuesas mercedes. Y mi testuz desposee conocimiento verídico de que os hubiesen desgañatizado un miembro con un arma blanquecina.

—Entiendo, no quieres colaborar. Te arrepentirás. Y ahora sácanos de aquí —continuó Atto—. Enséñanos el camino de salida. Sfasciamonti, dame la pistola y mantén a Ugonio al alcance de la daga. El que haga un movimiento falso acabará con un agujero en la tripa.

Los encapuchados, a los que el terror me había hecho tomar por diablos, se encaminaron hacia el nicho por el que habían aparecido. Los seguimos, amenazándolos con la pistola y la daga, así como con la masa muscular de Sfasciamonti. Entramos, pues, en un túnel fétido y angosto, que conducía fuera del círculo infernal, de nuevo hacia lo desconocido.

—¡Pero… estamos bajo tierra! —exclamé de pronto al notar una extraña humedad y reconocer la *opus reticulatum*, la estructura de ladrillos típica de los antiguos muros romanos.

—Sí —asintió Sfasciamonti—. ¿Qué ha sido de la torre?

—Estamos en algún pasadizo secundario de las termas de Agripina —respondió el abate Melani—. Puede que antaño esto fuera un pasillo que llevaba al segundo piso, con ventanas y balcones, donde se respiraba aire limpio. Más tarde os explicaré el resto.

Un hecho habrá quedado meridianamente claro: las ambiguas artes de los saqueadores de tumbas los unían de facto a otro grupo de individuos execrables, los cerretanos. No era casual, pues, que hubiésemos topado con ellos buscando al famoso Tudesco.

Mientras recorríamos el túnel a la débil luz de la antorcha de Atto, cuya combustión renovaba añadiendo pequeños trozos de tela que encontraba en el suelo,

Sfasciamonti empezó a interrogar a Ugonio.

—¿Por qué te llaman Tudesco? ¿Y por qué ordenaste el robo del manuscrito y de las reliquias del abate Melani?

—Es un embustorio porquerizo y de fe mala. Soy de hito en hito inocencio, lo perjurizo desde hoy hasta siempre, o casi nunca, por descontado.

Sfasciamonti calló un instante, pasmado por el idioma descocado y desquiciado del saqueador de tumbas.

—Ha dicho que no es verdad. Sea como fuere, lo llaman Tudesco porque ha nacido en Viena y el alemán es su lengua materna —aclaré.

Habíamos salido del túnel y llegado a unos escalones. Yo seguía bajo el efecto de la reciente experiencia. Me turbaba la sensación de haber pasado de la vida a la muerte (eso era al menos lo que me había parecido), y luego de nuevo a la vida. Las patadas, los empujones y los golpes me habían dejado derrengado y dolorido. La ropa me apestaba a mil olores extraños y tenía la inexplicable impresión de que mi espalda estaba cubierta de una capa de manteca de cerdo. Por último, me daba una vergüenza atroz ser el único que se había desmayado de miedo, y además justo cuando Atto y Sfasciamonti acababan de hacerse con la situación.

La antorcha de Atto terminó su breve vida. Así pues, de improviso tuvimos que avanzar en la más profunda oscuridad, palpando el suelo con los pies y las paredes con las manos. Temblé ante la idea de que una nueva batalla pudiera estallar en aquella asfixiante escalera, una batalla de resultados imprevisibles y casi seguramente sangrientos. Sin embargo, la tropa de encapuchados prosiguió ordenadamente el ascenso; Atto y Sfasciamonti no tuvieron que sofocar ninguna insurrección. Los saqueadores de tumbas eran así: astutos y estafadores, dispuestos a hacer timos y artificios de toda especie, pero incapaces de lastimar por medios violentos; a menos, claro está, que tuviesen que socorrer (como había ocurrido diecisiete años atrás) a un eclesiástico de alto rango, tarea a la cual su celo cristiano se aplicaba con un valor y una audacia dignos de héroes de la fe.

—Malditos harapientos —imprecó Atto—. Primero esa broma del Infierno, y ahora este paseíto.

—Don Atto, antes nos envolvió una extraña luz azul. ¿Cómo hicieron para que pareciésemos semejantes a espectros? —encontré el valor para preguntar.

—Es un viejo truco. O dos, si no recuerdo mal. En el suelo del antro, donde creímos que nos caía encima una lluvia de lascas inflamadas, había una tarima de hierro, que tenía debajo brasas de carbón. La tarima estaba hirviendo, pero sólo lo notamos cuando se nos calentaron bien los zapatos. Debajo de la tarima, en las brasas, habían colocado un recipiente, probablemente de cerámica barnizada, lleno de espíritu de vino y, en medio, un trozo de alcanfor, que inundó el pequeño espacio con sus exhalaciones.

—¡Ya entiendo! Por eso huelo así. Ya me parecía que se trataba…

—Es justamente lo que creías: alcanfor —me cortó Atto—, lo que se usa contra las polillas. Pero déjame seguir. La tarima era móvil y, al pisarla nosotros, puso en marcha un mecanismo. A su vez, éste hizo descender bruscamente una puerta de cierre vertical, que armó un ruido tremendo. Mientras, la llama de nuestro candil penetraba en el antro impregnado de los vapores de espíritu de vino y de alcanfor, que enseguida se prendieron. La sorpresa y el terrible ardor que sufrían nuestros pies surtieron efecto; con todo aquel fuego danzante y el calor que llegaba de abajo, creímos que estábamos en el Infierno. Entonces huimos por la escalera de mano y la portezuela, la única escapatoria, que nos aspiró hacia abajo con más fuerza que Escila y Caribdis.

—Pero ¿cómo diantres pudo pasar eso?

—Sfasciamonti y yo lo entendimos mientras tú echabas una cabezadita. Al final de la escalera había una rampa de metal, lisa y bien untada con manteca de cerdo.

Me toqué las posaderas. Sí, reconocí la manteca de cerdo que, cuando era mozo de posada, usaba para engrasar cacerolas y sartenes antes de preparar un pollo en salsa de vino y nueces o un ave guisada.

La manteca de cerdo, prosiguió Atto, lanzándonos a toda velocidad por la rampa, nos había hecho recorrer en sentido inverso la torre en toda su altura.

—¿En toda su altura? ¿Qué queréis decir? —intervino Sfasciamonti, que escuchaba la explicación de Atto con la boca abierta.

—La torre no es tan baja como pensábamos. Es muy alta, aunque se ha enterrado parcialmente en el transcurso de los siglos. Nosotros entramos por una casita construida en época más reciente, que no nos ha conducido a la planta baja de la torre, sino más o menos a la mitad de su altura original. La rampa, en cambio, nos ha hecho bajar hasta su antigua y auténtica base, que hoy, sin embargo, se halla en el subsuelo, a bastantes metros de profundidad.

—En el subsuelo, la torre está comunicada con toda una red de túneles —concluí orgulloso de mis viejos conocimientos sobre los subterráneos romanos, todos ellos indefectiblemente unidos entre sí.

—En efecto, y ahí nos esperaba el segundo truco. Al ver que habíamos llegado a las termas de Agripina, y encima de noche, lo que delataba nuestra intención de penetrar en los túneles, quemaron en el segundo espacio un vaso de aguardiente o de algún licor semejante. Si recuerdo bien la receta, en el aguardiente se disuelve un poco de sal común.

—Un momento —lo interrumpí—. ¿Cómo sabéis todos estos particulares?

—Son juegos de niños. En Francia los conoce todo el mundo. Basta comprar un libro adecuado, como los del abate de Vallemont, de quien me parece que ya te he hablado.

—¿Aquel que me mencionasteis en el Navío? —pregunté un tanto inquieto.

—El mismo.

El artificio siguiente, terminó de explicar el abate Melani, no precisaba la presencia de fuego, sino de una vela que se encendía y luego se apagaba. Y nuestro candil, como habían previsto los maquinadores de todo aquello, había llegado encendido hasta el final de la rampa, para romperse justo en el suelo. Si el lugar estaba bien impregnado de los vapores de la mezcla de aguardiente y sal, los rostros que se vieran en esa atmósfera adoptarían el semblante pálido y mortuorio de los cuerpos exhumados o de las almas errantes. Y así había ocurrido.

—Perdonad —dije entonces, mientras me percataba de que nuestra subida en la oscuridad estaba a punto de concluir y de que pronto volveríamos a caminar por terreno llano—, ¿por qué no os disteis cuenta enseguida de que se trataba de una farsa?

—La sorpresa. Lo organizaron todo a la perfección: primero el fuego danzante, luego nuestros rostros transformados en espectros, por último, el ejército de diablos, la daga flamígera, en realidad calentada en una estúpida chimenea… Lamentablemente, yo también me asusté, y por eso capté tarde el olor a alcanfor. Si no, os habría avisado a tiempo.

—¿Cómo descubristeis, entonces, lo que estaba pasando?

—En cuanto el idiota de Ugonio, alias el Tudesco, abrió la boca. Era imposible no reconocerlo, pese a los años que han pasado. Él también te reconoció. Dijo: «Vislumbramiento arriesgadizo»; esto es, se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un peligroso error. Diría que te ha ganado en vista y en memoria, ja, ja. —Atto rió socarronamente.

—¿Por eso no me hirió?

—Yo no lliero nunca —intervino con tono ofendido Ugonio, desde el extremo opuesto de la fila.

—¿Nunca? —pregunté no sin una punta de cólera en la voz, pues recordaba los momentos de pánico que había pasado por culpa de la daga incandescente.

—Todos los intrusionistas llegan un algo meaduchos —refunfuñó Ugonio reprimiendo a duras penas una risa alborozada y maligna.

Tenía razón. Antes de desmayarme, yo no había podido contener una involuntaria, infantil y aterrorizada micción.

El propósito de ese teatro infernal era evidente. La guarida del Tudesco se hallaba entre los túneles que confluían en las termas de Agripina. Nadie podía entrar si no era invitado; los pocos que se atrevían debían pasar por aquel tiovivo de terror y salir pitando, expulsados como perros, con los calzones empapados de pis.

Después de diecisiete años era la primera vez que me aventuraba de nuevo en los subterráneos de Roma, donde casualmente volvía a encontrar a Ugonio, justo como la

última vez que había salido de allí. ¿Qué me había conducido hasta aquel lugar? Las pesquisas relacionadas con el robo que había sufrido el abate Melani. Un botín compuesto por papeles, un catalejo y las reliquias de la Virgen del Carmen con mis tres viejas perlitas. Sí, las reliquias; casi las había olvidado. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?, me dije con una sonrisita; reliquias y subterráneos… el pan cotidiano de los saqueadores de tumbas. No quedaba sino encontrar los objetos robados.

Habíamos llegado al final de la escalera que nos había sacado del segundo antro infernal. Aquí nos esperaba una sorpresa.

Estábamos en un amplio depósito, de al menos treinta anas de largo y otras tantas de ancho, con el suelo bien allanado, las paredes reforzadas con pequeños ladrillos, provisto de puertas (que debían de dar a otros túneles) y de una escalera de mano que llevaba a una trampilla en el techo. Reinaba un desorden indescriptible: rimeros y más rimeros de objetos de las formas más variopintas convertían el espacio en una disparatada babel de dijes, reliquias, vestigios, baratijas, quincalla, trastos, trebejos, recuerdos, bagatelas, juguetes, escombros, muebles, astillas, antiguallas, cascotes, desechos, residuos y muchas más materias viles regurgitadas de los robos y los atracos perpetrados en las más sórdidas calles de la urbe.

Vi así montículos de monedas corroídas por el tiempo, pilas desmesuradas de papeluchos prensados y atados con cuerda, cestos de ropa sucia y ajada, columnas que llegaban hasta el techo de muebles medio carcomidos, decenas o, mejor dicho, centenares de pares de zapatos de toda clase, desde botas de campo hasta finísimos chapines de cortesana, fajas y cinturones, libros y cuadernos, plumas y calamos, ollas y pucheros, retortas y alambiques, águilas y zorros disecados, trampas para ratas, pieles de oso, crucifijos, misales, paramentos sagrados, mesillas y mesas grandes, martillos, serruchos y cinceles, colecciones enteras de clavos de todas las medidas, además de filas de tablas de madera, grandes largueros de hierro, escobas y cepillos, trapos y andrajos, huesos, calaveras y costillas, tinajas de aceite, bálsamos, ungüentos y muchas más asquerosidades.

Por si fuese poco, junto a todo eso había jarrones llenos de anillos, brazaletes y pendientes de oro, cajones de medallas y monedas romanas, marcos y adornos de maderas muy preciadas, objetos de plata, servicios de porcelana de mesa y de café, cofres de cristal, garrafas, copas y vasos de exquisita manufactura bohemia, manteles de Flandes, terciopelos y pasamanerías, arcabuces, espadas y puñales, valiosos cuadros de paisajes, retratos de damas y de Papas, Natividades, Anunciaciones, todos brutalmente amontonados unos encima de otros, a merced del polvo.

—Dios santo —dejó escapar Sfasciamonti—. Esto casi parece…

—Lo has adivinado —lo interrumpió Atto—. El botín de los últimos trescientos mil robos cometidos en Roma durante el jubileo.

—Me dan ganas de vomitar —dijo el esbirro.

—Conque era verdad lo que decían de ti —continuó Melani dirigiéndose con desprecio a Ugonio—. Tus negocios prosperan durante el año santo. Supongo que has hecho un voto especial a la Santísima Virgen.

El saqueador de tumbas no dijo nada ante el comentario irónico. Mientras tanto, yo caminaba prudentemente en medio de aquel descomunal desbarajuste, con cuidado de no tocar ningún objeto. Había que avanzar por estrechos pasillos entre los montones sin rozar nada para no romper un florero o una taza, o para que no te cayese encima una rima de libros o una pirámide de ánforas, mal apoyadas contra un viejo armario tambaleante. En un rincón oscuro, un objeto medio oculto entre un cúmulo de sábanas viejas y una preciosa píxide de oro atrajo mi atención. Era una extraña maraña de chatarra, como un seto de trozos curvos de latón y hierro. Se la mostré a Atto, que se estaba acercando. Cuando el abate la recibió de mis manos, la contempló con atención.

—Eran dos esferas armilares. O quizá tres, no lo sé. Estas bestias las han hecho papilla.

En efecto, eran dos o tres de aquellos artefactos especiales en forma de globo, constituidos por varios círculos concéntricos de hierro que giran alrededor de un eje y que están fijados a un pedestal, de los que se valen los científicos para calcular el movimiento de los astros.

—La requisación se complejizó por un improvisto —se justificó Ugonio—. Desdichosamente, las cosuchas se enrederizaron.

—Claro, se enrederizaron —lo remedó enfadado Atto, que tras arrojar la maraña metálica empezó a moverse entre los montones de fruslerías—. No me cuesta imaginar el motivo. Después del robo iríais a emborracharos a algún sitio. Seguro que aquí está también… Sí, en efecto.

Unos objetos cilíndricos, colocados verticalmente, estaban alineados en el suelo. Atto cogió uno, que parecía menos sucio y dañado que los otros.

—Muy bien —añadió limpiando el cilindro con el antebrazo—. Dichosos los ojos.

A continuación me lo tendió con una sonrisita triunfal.

—¡Vuestro catalejo! —exclamé—. ¡Es verdad, entonces, que lo robó el Tudesco!

—Desde luego. Como los otros de esta colección.

En el suelo había un pequeño bosque de catalejos de distintas formas y dimensiones, algunos nuevos, otros mugrientos y medio rotos. Sfasciamonti también se acercó y empezó a hurgar cerca de donde estaban los catalejos. Por fin cogió del suelo un gran instrumento de aspecto conocido y me lo enseñó.

MACROSCOPIUM HOC

JOHANNES VANDEHARIUS

FECIT

AMSTELODAMII MDCLXXXIII

—Es el otro microscopio que robaron al docto holandés, del que me hablaron unos colegas esbirros, ¿te acuerdas? Es el gemelo del que tú y yo le quitamos la otra noche al cerretano.

La tropa de los encapuchados asistía impotente y molesta al descubrimiento de sus tráficos.

Todos miramos a Ugonio.

—¿Has robado también mi tratado manuscrito? —inquirió Melani con rabia.

La joroba del saqueador de tumbas se había contraído, como empequeñeciéndose y encorvándose más manifestase su deseo de evitar las consecuencias de sus fechorías.

Sfasciamonti blandió la daga y agarró a Ugonio por el cuello de su desastrado gabán.

—¡Ay! —gritó, y soltó enseguida a su presa.

El esbirro se había pinchado un dedo. Volvió del revés el cuello de Ugonio y apareció un broche. Al punto lo reconocí: era el escapulario de la Virgen del Carmen, el exvoto que habían robado al abate Melani

Y cosidas a él seguían mis tres perlitas venecianas, que Atto había conservado amorosamente durante todos esos años.

El esbirro arrancó la reliquia del pecho de Ugonio y se la tendió a Atto. Éste la cogió con dos dedos.

—Ejem, creo que debes quedártela tú —me dijo con una pizca de empacho, al tiempo que me la daba sin mirarme.

Me puse contento. Esta vez guardaría celosamente mis perlitas, en recuerdo del abate Melani, que de vez en cuando era capaz de un gesto de afecto. Apreté la reliquia, aunque no sin una mueca de asco por la peste que emanaba tras su larga estancia a bordo del saqueador de tumbas.

Sfasciamonti, de nuevo en acción, apuntaba la daga hacia la mejilla de Ugonio.

—Y ahora, el tratado del abate Melani.

Atto empuñó la pistola. El saqueador de tumbas no se hizo de rogar demasiado.

—No he latrozinado nada de nadísima; me encomisionaron un alzamiento —susurró.

—¡Ah, un robo por encargo! —tradujo Atto volviéndose hacia nosotros—. Justo lo que siempre he sospechado. ¿Quién te lo hizo? ¿Acaso el embajador imperial, tu

malvado compatriota, el conde Von Lamberg? Dime, ¿te mandan también apuñalar a la gente? —preguntó mostrando a Ugonio el brazo que le había herido el cerretano en fuga.

El saqueador de tumbas vaciló un instante. Miró alrededor evaluando las posibles consecuencias de su silencio: por un lado, la pistola de Atto, la daga y la corpulencia de Sfasciamonti; por otro, sus amigos, numerosos pero todos tullidos…

—Me encomisionizaron los de la junta de archimandritas.

—¿Quiénes son ésos? —preguntamos al unísono.

La explicación de Ugonio fue larga y enrevesada, pero merced a nuestra paciencia, y a que aún conservábamos fresco en la memoria su verbo fantasioso, conseguimos entender, si no todos los detalles, al menos las principales afirmaciones.

El asunto era simple. Los cerretanos elegían regularmente a un representante, una especie de rey de los desarrapados. Se llamaba archimandrita mayor y era coronado en una gran asamblea de todas las sectas de cerretanos. Daba la casualidad de que el último acababa de pasar a mejor vida.

—¿Y eso qué tiene que ver con el robo que te encargaron?

—Se me escabulle, dígolo con el respeto meritorio de vuestro soberanísimo mandamiento. Nunca se eyacula el quid de un alzamiento. ¡Es un problema secretor!

—¿No hablas porque tienes que guardarle el secreto a tu cliente? ¿Y pretendes librarte así? —masculló Atto.

El depósito polvoriento y asfixiante en que nos encontrábamos estaba alumbrado por unas antorchas colgadas en la pared; el humo que soltaban salía por unos canales cavados hacia arriba, cuya boca estaba colocada encima de la llama de cada hachón. De pronto Atto cogió una y la acercó a un montón de papeles. Si mis ojos no me engañaban, eran actas legales y notariales, robadas por los saqueadores de tumbas Dios sabía cómo.

—Si no me dices a quién has entregado mi tratado manuscrito, como que hay Dios, te juro que prendo fuego a todo lo que hay aquí.

Hablaba en serio. Ugonio se sobresaltó. Comprendiendo que su patrimonio de vestigios estaba en peligro, empalideció, al menos hasta donde se lo permitía su piel de cartón piedra. Primero trató de ablandar a Melani y luego intentó hacerle ver que se estaba metiendo en una empresa arriesgada: los propios cerretanos habían sufrido un grave robo y por eso el momento era especialmente inquietante.

—¿Un grave robo? Nadie roba a los ladrones —replicó Atto con tono burlón—. ¿Qué han robado a los cerretanos?

—La lenguoria nuevoria.

—¿La nueva lengua? Las lenguas no se roban, porque no se poseen; se hablan y punto. Invéntate otra cosa, idiota.

A la postre, Ugonio cedió. Explicó al abate su propuesta.

—De acuerdo —dijo Atto al fin—. Si mantienes tu promesa, no mandaré destruir este sitio. Sabes perfectamente que puedo hacerlo —añadió antes de pedirle que nos acompañara a la salida—. Esbirro, ¿tienes algo más que preguntar a estos animales?

—Por ahora, no. Quiero saber si mañana sabrán mantener su palabra. Marchémonos ya. No puedo estar tanto tiempo fuera de la villa Spada.

Mientras nos alejábamos de las termas de Agripina, seguíamos meditando sobre los formidables hechos que acabábamos de vivir.

—Ugonio me reconoció en cuanto me vio de cerca. ¿Cómo podía ignorar a quién le estaba robando el tratado y el catalejo? —pregunté a Melani.

—No lo ignoraba. Los de su calaña siempre saben lo que se llevan.

—Sin embargo, le dio igual.

Así es. A todas luces, se sentía muy presionado por quien le encargó el trabajo. Le habían ofrecido mucho dinero, o quizá temía fracasar.

—¡Ahora lo entiendo! Por eso siempre tenía la sensación de que alguien me observaba en la villa Spada —solté sin darme cuenta.

—¿Cómo dices? —preguntó Atto estupefacto.

—Jamás os lo he contado, porque no estaba seguro de lo que veía. Con la de cosas extrañas que hemos presenciado… —agregué aludiendo a las apariciones del Navío—. No quería que pensarais que me había vuelto un visionario. El caso es que en los días pasados varias veces me pareció que me espiaban. Era como si… vaya, como si me vigilasen desde detrás de los setos.

—¡Claro! Hasta un niño lo comprendería; debían de ser Ugonio y los otros saqueadores de tumbas —concluyó Atto, nervioso por mi lentitud de razonamiento.

—Puede que también nos siguieran la noche en que nos narcotizaron —reflexioné en voz alta—. En la taberna adonde fuimos entraron unos tipos raros, mendigos bastante pendencieros. Provocaron una gresca que nos obligó a abandonar la mesa. Poco les faltó para volcar la jarra de vino.

—¿La jarra de vino? —preguntó Atto con los ojos como platos.

Le narré entonces la trifulca que había tenido lugar en la taberna. Le expliqué además que Buvat y yo habíamos perdido de vista nuestra mesa durante un momento. Atto estalló.

—¿Y ahora me lo cuentas? —exclamó con impaciencia—. Santo Dios, ¿no comprendes que os durmieron echando un poco de somnífero en vuestro vino?

Humillado, guardé silencio. Sí, así debía de haber ocurrido todo. Los mendigos (en realidad, un grupo de cerretanos) habían organizado una falsa riña para crear confusión en el local. De ese modo nos habían hecho dejar nuestra mesa y, sin que los viéramos, habían vertido el narcótico en el vino. Por último, se habían marchado como si tal cosa.

—Ugonio y sus secuaces esperaron a que os quedaseis dormidos para introducirse en tu casa y en el cuarto de Buvat —concluyó Atto ya un poco más calmado—. Luego, en cuanto pudieron, lo intentaron conmigo.

—Es un milagro que consiguiesen pasar la muralla de la villa y salir con el botín sin que nadie los viese —comenté.

—Desde luego —convino Atto lanzando una mirada hostil a Sfasciamonti—, es un milagro.

El esbirro, avergonzado, bajó la vista. Si yo había quedado como un pelele, él corría el riesgo de que se le tachara de incapaz. En cambio Atto, al descubrir a Ugonio, había averiguado no sólo quién, con el somnífero, nos había dejado fuera de combate a Buvat y a mí, sino también la identidad del ladrón de su tratado sobre los secretos del cónclave, de las reliquias y del catalejo, que ahora estrechaba en su mano reventando por igual de rabia y de guerrera satisfacción.

Tan pronto como cruzamos el Tíber, Sfasciamonti anunció que se adelantaba porque debía regresar lo antes posible a la villa. De ese modo nosotros podríamos disfrutar del privilegio de un paso más cómodo y moderado.

—Os precederé. ¡Se ha hecho muy tarde, por mil espiches! Mis ausencias no pueden durar demasiado. No quiero que el cardenal Spada crea que me sustraigo a mi deber —explicó.

—Mucho mejor, mucho mejor —comentó Atto en cuanto estuvimos solos.

—¿Por qué?

—Cuando lleguemos, tendremos cosas que hacer.

—¿A estas horas de la noche? —exclamé.

—Buvat debería haber terminado el trabajo que le encargué.

—¿La búsqueda de la flor en los escudos nobiliarios?

—No sólo ése —respondió lacónico el abate.

Claro, Buvat. La noche de la víspera se había dejado ver después de mucho tiempo, y Melani, tras encargarle que rastrease la presencia del Tetráchion en los escudos familiares, le había pedido que se ocupase de algo que llamó simplemente «otro asunto». ¿En qué andaba metido? En los primeros días su presencia había sido constante y asidua. Últimamente, en cambio, aparecía breves instantes, para después ausentarse de nuevo, y por largo tiempo. Ahora yo sabía que Melani le había confiado una tarea, que evidentemente el escribano realizaba fuera de la villa. Comprendí que el abate no quería revelarme de momento ese misterio.

Cuando llegamos a la villa Spada, el secretario de Atto aún no había regresado.

—¡Bien! Se ve que la pista que le he dado es fructuosa. Puede que sólo le falten los últimos pormenores.

—¿Pormenores? ¿De qué? —inquirí.

—De las acusaciones con que entramparemos a Von Lamberg.

Sexta Jornada

12 DE JULIO DE 1700

—¿Es que nunca cierras la puerta?

Abrí los ojos. Estaba en mi casa. La luz del día, que se arrojó sobre mí desde la puerta abierta de la habitación, me encandiló. Reconocí la voz que me había despertado de esa manera tan desagradable: el abate Melani había venido a visitarme.

—Tienes una casa muy bonita. Se nota el toque femenino —comentó.

Con lo rendido que había llegado por la noche, apenas había tenido fuerzas para cerciorarme de que mis dos hijas dormían plácidamente en su camita —Cloridia seguía pernoctando en los aposentos de la princesa de Forano— y enseguida había caído en el negro sopor.

—Vamos, levántate. El tiempo apremia y tenemos cosas que hacer. Buvat no ha encontrado nada en los libros de armas sobre el maldito Tetráchion. Hay que interrogar a Romaúli.

—No, basta, perdonadme, don Atto, quiero dormir —repliqué con tono cortante.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó la voz castrada del abate.

Antes de que pudiese pedirle que bajase la voz para no perturbar el sueño de mis niñas, que dormían en el piso de arriba, ambas ya se habían asomado. Se quedaron mirando estupefactas al curioso caballero con calzas rojas, peluca y cara empolvada, todo él guarnecido de encajes y galones. La menor, que era la menos tímida, se acercó a él con desparpajo, ansiosa de tocar las maravillas que trufaban el atuendo de Melani.

—¡Padres! —exclamó Atto encantado, al tiempo que acogía a la pequeña en sus brazos—. ¿Hay algo más dulce que volver a casa, afligido por los negocios, y encontrar en la escalera a tu querida hijita, que te está esperando, y al verte se lanza a ti feliz, te abraza y te besa y te cuenta tantas cosas que enseguida te quita de la cabeza cualquier pensamiento sombrío, juega contigo y te alegra aunque no quieras?

Me levanté apresuradamente para pedir a mis hijas que no molestasen al abate, pero éste me detuvo con la mano.

—¡Quieto! No creas que es impropio de un hombre serio entretenerse con los niños —me espetó con un fingido aire de reproche, olvidando el motivo por el que estaba allí—, pues te recuerdo que Hércules, como se lee en la obra de Eliano, se recreaba jugando con niños tras el sudor de las batallas, y que a Sócrates lo sorprendió Alcibíades en juegos así, y que Agesilao cabalgaba una caña para divertir a sus hijos. Más vale que aproveches para vestirte, mientras yo hago de ayo de estos

dos angelitos. Ya sabes lo que nos espera.

Dicho esto, dejó que mis niñas le manoseasen las borlas y las puntillas con una serenidad de la que nunca lo habría creído capaz.

Sí, yo sabía qué nos esperaba: la búsqueda del Tetráchion. O, mejor dicho, del plato que Capitor, la loca vidente, había regalado a Mazzarino y llamado «Tetráchion», nombre que, según la moza de cámara amiga de Cloridia, designaba a un impreciso «heredero» al trono del Rey Católico de España. Atto había oído pronunciar ese mismo nombre a Tranquillo Romaúli, el maestro florista de la villa Spada, lo que resultaba asaz llamativo, dado que el hombre parecía poco propenso a hablar de nada que no fuesen pétalos y corolas. Como era viudo de una comadrona, cabía sospechar que los chismes que se contaban las mujeres y que Cloridia había estimulado habían llegado hasta nosotros a través del maestro florista. Así, inducido por mí, Romaúli había dejado caer que El Escorial se estaba secando —tales fueron sus palabras—, además de mencionar enigmáticamente Versalles, residencia del Rey Cristianísimo, y la vienesa Schönbrunn. Al abate Melani se lo conté todo con pelos y señales, y Buvat apuntó la posibilidad de que Tetráchion fuese un nombre de flor presente en algún blasón nobiliario. Sin embargo, la búsqueda en los armoriales había resultado infructuosa, como el abate acababa de informarme, por lo que éste no veía la hora de conversar más profundamente con Romaúli.

Un plato, un heredero y un maestro florista: tres pistas que parecían conducirnos por sendas distintas.

—Ya que todo indica que tu Romaúli es el único que sabe qué o quién es el Tetráchion —dijo Atto, como si siguiese el hilo de mis reflexiones—, estimo que debemos empezar por ahí.

Una vez en la villa Spada, hice dar a Atto un pequeño rodeo antes de encontrarnos con Tranquillo Romaúli, que a esa hora tenía que estar preparando los jardines para los festejos vespertinos, pues debía acompañar a mis niñas hasta el casino, donde estaba Cloridia, para que ayudasen a mi esposa en su función de partera con la puérpera y con la criatura recién nacida, y para que al tiempo disfrutasen de los amorosos cuidados maternos.

Cuando llegamos, el maestro Romaúli estaba inclinado sobre un arriate, atareado con un par de tijeras y una regadera. Al vernos se le iluminó el rostro. Tras los saludos de rigor, Atto fue directamente al grano.

—Mi joven amigo me ha contado que os complacería continuar cierta conversación —dijo Melani con calculada desenvoltura—, pero quizá ahora prefiráis quedaros a solas conmigo y, por tanto… —De este modo indicó la conveniencia de que me alejase.

—Oh, en absoluto —repuso el maestro florista—, para mí es como si me escuchase mi propio hijo. Os lo ruego, permitid que se quede.

Así pues, Romaúli no tenía el menor reparo en hablar de temas delicados, como el Tetráchion, en mi presencia. Mejor, me dije. Si no le molestaban los testigos, significaba que estaba plenamente seguro de sus argumentos.

Como el maestro florista no había hecho ademán de moverse de donde estaba, es más, permanecía inclinado, Atto tuvo que sentarse para facilitar la conversación. Por suerte, justo al lado había un banquito de piedra. Yo eché una ojeada en derredor; nadie nos observaba ni merodeaba por los aledaños. La situación era propicia para sonsacar a Romaúli cuanto supiese.

—Pues bien, egregio maestro florista —dijo Atto—, ante todo debéis saber que en el momento presente el destino de El Escorial me interesa casi más que el de Versalles, al que tengo el honor de venerar muy fielmente. Por este motivo…

—Claro, claro, cuánta razón tenéis, señor abate —lo interrumpió Romaúli trajinando con un rosal de tallo bajo—. ¿Podéis sujetar un instante las tijeras?

Atto obedeció, no sin una mueca de sorpresa y contrariedad, mientras Romaúli manipulaba con las manos desnudas el tallo de la planta. Luego reanudó su parlamento.

—Por este motivo, decía, estoy seguro de que también vos sabréis calibrar la gravedad del momento y que, por consiguiente, es de sumo interés para todos los… terrenos, por decirlo así, resolver de forma incruenta la crisis grave, gravísima, mejor dicho, que podría…

—Aquí tenéis —lo interrumpió el otro tendiéndole una rosa que acababa de arrancar—. Sé adónde queréis ir a parar: al Tetráchion.

El estupor dejó mudo al abate por unos segundos.

—El maestro florista es un hombre intuitivo y parco en palabras —comentó al cabo con tono amable, mientras echaba una mirada rápida en derredor para comprobar que no había nadie espiando.

—Oh, era obvio —repuso Romaúli—. Nuestro común amigo, aquí presente, me había dicho que queríais volver sobre nuestra primera conversación, en la que aludí al Tetráchion y también mencioné el junquillo de España y el jazmín de Cataluña. Y ahora me habláis de El Escorial; no hace falta tener mucho seso para comprender adónde queréis llegar.

—En efecto, así es. —Atto vaciló, un poco desconcertado por la rápida deducción de su interlocutor—. Pues bien, el Tetráchion…

—Vayamos por partes, señor abate, vayamos por partes —le atajó de nuevo Romaúli, y señaló la rosa que acababa de entregarle—. Tened la bondad de olerla.

Perplejo, Atto giró la rosácea corola entre sus manos, sin entender a qué obedecía el extraño regalo; acto seguido se llevó los pétalos a la nariz y aspiró profundamente.

—¡Pero si huele a ajo! —exclamó con una mueca de asco.

Tranquillo Romaúli rió con ganas.

—Bien, vos mismo habéis demostrado que, si una flor huele mal, igual que una boca con mal aliento, no hay belleza que valga. Por ello, dotar a las flores de buen olor, cuando de él carecen o lo tienen malo, resulta tan beneficioso o milagroso como darles la vida.

—Así será, pero a esta florecilla, ejem, impertinente —objetó Melani con un pañuelo de encaje en la nariz, todavía aturdido por el desagradable olor—, no se le ha dado la vida, sino la muerte.

—Exageráis ——dijo amablemente el maestro florista—. No es más que una flor abonada.

—¿O sea?

—El abono se hace con estiércol de oveja macerado en vinagre al que se añaden musgo, algalia y ámbar en polvo. Las semillas se dejan en ese líquido durante tres días. La flor que nazca tendrá los aromas suaves y deliciosos del musgo y la algalia, que tonifican y confortan las fosas nasales del gentil oledor.

—¡Pero esta rosa apesta a ajo!

—Por supuesto. Ha sido tratada de otro modo, para que sea resistente a los parásitos. De todos modos, como enseñan Dídimo y Teofrasto, basta plantar ajo y cebolla cerca de cualquier especie de flor de guirnalda, y massime cerca de las rosas, para que éstas se impregnen irremediablemente del hedor aliáceo.

—Qué repugnante —susurró Atto—. De todos modos, ¿qué tiene que ver todo esto con el Tetráchion?

—Esperad, esperad. Con el abono —prosiguió Romaúli impertérrito— se puede incluso eliminar el mal olor de ciertas flores, como el de la calta africana, también llamada clavel africano. Basta macerar las semillas en agua de rosas y ponerlas a secar al sol antes de la siembra. Una vez nacida la flor, hay que sacar las semillas y repetir la operación, y así sucesivamente.

—Ajá. ¿Y cuánto tiempo se precisa para conseguir ese resultado? —preguntó Atto con cierta curiosidad.

—Oh, una nadería. No más de tres años.

—Claro, una nadería —repitió Atto sin que Romaúli percibiese su tono irónico.

—Y aún se necesita menos para estos pilluelos —dijo Romaúli avanzando de puntillas e invitando a Melani a volverse a mirar hacia un húmedo y umbroso rincón situado detrás del banco, entre el tronco de una palmera y un murete.

—¡Pero estas flores son… negras! —exclamó Atto.

Tenía razón: los pétalos de un grupo de claveles, ocultos en el rincón (donde a menudo había visto trajinar al maestro florista en los últimos días), eran del negro más intenso que había visto jamás.

—Los he plantado ahí para que no llamen la atención —explicó Romaúli.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —pregunté—. En la naturaleza no existen flores

negras.

—Oh, es una bagatela para quien conozca el secreto del arte. Se coge el fruto escamoso del aliso, que previamente ha de haberse secado en el árbol, se reduce a un polvo muy fino y se mezcla con un poco de buen estiércol de oveja diluido en vinagre. Se añade sal para corregir la virtud astringente del vinagre y se ablanda todo. Por último, se agregan las raíces del joven clavel. Así de sencillo.

Atto y yo, aunque tediados por las explicaciones del maestro florista, estábamos estupefactos por la amable e ingeniosa perversión con que creaba tales milagros florales. No había revelado a nadie, ni siquiera a mí, su fiel ayudante, la existencia de los claveles negros. Me pregunté qué otras diabluras habría sembrado en los cuadros de la villa Spada. Y, en efecto, nos confió que acababa de concluir un parterre entero de lirios en cuyos pétalos figuraban los apellidos de los novios (Spada y Rocci) teñidos en letras de oro y de plata; otro de rosas abonadas con rarísimas esencias orientales; otro de tulipanes obtenidos con bulbos impregnados de colores (celeste, azafrán, carmín), así como estriados de mil tonalidades, tal que un arco iris bajado a la tierra, y otro de plantas monstruosas, nacidas de semillas heterogéneas juntadas en la misma bola de estiércol, o de arbustos de perejil con las hojas enrolladas en forma de cilindro, que había conseguido majando las semillas en un mortero y ahogando ahí el meato, y mil prodigios más de su arte.

—No veo la hora —concluyó— de que el cardenal Spada se acerque con los invitados a echar una ojeada a mis pequeñas obras.

—Me parece estupendo. Ahora bien, sigo sin entender por qué no queréis hablar del Tetráchion y comienzo a temer que os estoy haciendo perder el tiempo —dijo Atto, cuyo tono daba a entender que era él quien desaprovechaba el tiempo. Acto seguido se levantó con decisión del banco.

Miré desalentado alrededor. ¿Había cambiado de parecer el maestro florista?

—Sin embargo, estoy a punto de abordarlo —aseguró Romaúli—. En El Escorial los jardines se marchitan lastimosamente, como ya tuve ocasión de afirmar la vez anterior.

—¿Los jardines, decís? —preguntó Atto con un ligero sobresalto.

—Muchos, falsamente informados, afirman que aquellos cármenes españoles, antaño espléndidos, no tienen futuro debido al clima, hoy más frío en invierno y más seco en verano. Espero, como ya expliqué a vuestro protegido aquí presente, que vos no compartáis esa errónea opinión. Sabed que he leído mucho sobre aquellos desventurados jardines. Un buen maestro florista los salvaría. Yo nunca he estado en España, jamás me he movido de Roma. Con todo, me encanta hacer paralelismos con los jardines de Versalles, que sé que son ubérrimos, pese al aire húmedo e insano de la región, y con los variopintos prados de Schönbrunn, que, por lo que he leído, recientemente han sido cultivados en el riguroso clima del bosque vienés.

El abate Melani se volvió hacia mí y me miró con encono, mientras el maestro florista se aprestaba a efectuar una de sus operaciones de jardinería.

—Es que yo —intenté justificarme en un susurro—, cuando le dije que estabais preocupado porque la muerte se cernía sobre El Escorial, no pensé que iba a entender…

—¿Le dijiste eso? Qué metáfora tan refinada —murmuró Atto.

—Yo tengo la receta para salvar esos jardines —continuó Romaúli sin enterarse de nada—. Es una suerte que vos estéis aquí, pues, como he sabido por vuestro protegido, tenéis un enorme interés por el asunto.

—Sí, pero ¿qué hay del Tetráchion? —balbucí, aún con la esperanza de que el maestro florista nos dijese algo útil.

—De eso se trata. Pero vayamos por partes. Es un tema delicado —sentenció Tranquillo Romaúli—. Pensad en las anémonas. Para que salgan dobles, hay que elegir la simiente de flores que no sean ni precoces ni tardías; no deben haber sufrido frío ni calor, para que así engendren una semilla de absoluta perfección.

—¿Flores dobles, decís? —pregunté, pues comenzaba a imaginar, y a temer, adónde iría a parar.

—Por supuesto. De un clavel simple saldrá uno doble si un brote de aquél se planta en un tiesto de buena tierra en un plazo de treinta días a contar desde el quince de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen Madre de Dios, y se mantiene en un lugar templado, a resguardo de los rigores del invierno.

»De un clavel doble saldrá uno cuádruple si se cogen dos o tres semillas de la especie doble, se introducen en un canuto de cera o en una pluma más ancha en la base que en el extremo superior y luego se plantan en tierra. Eso es lo yo he hecho, ¿lo veis?

Señaló amorosamente unas flores de aspecto bastante singular: eran claveles muy blancos, con cuatro flores en cada tallo, que el dulce y perfumado peso de aquéllas doblaba casi como un arco.

—Ésta es mi receta para salvar El Escorial. Son flores muy resistentes a cualquier cambio de temperatura y de clima. Las he inventado yo. Son mis claveles *tetráchion*.

—¿Queréis decir… que vuestro Tetráchion es… esta planta? —balbuceó Atto, que había empalidecido y retrocedido ligeramente.

—En efecto, señor abate Melani —respondió Romaúli un tanto sorprendido por la evidente desilusión de Atto—. Estas cuádruples inflorescencias son tan nobles que he querido darles un nombre rebuscado: *tetráchion*, del griego antiguo *tetra*, que precisamente significa «cuatro». Pero quizá no compartís mi opinión ni mis esperanzas sobre El Escorial. Si es así, os ruego que me lo digáis ahora mismo, para no aburriros más. Seguramente os habría complacido más visitar mi taller de esencias de flores. Yo mismo puedo llevaros. Vendréis a verme uno de estos días, ¿verdad?

La charla con Tranquillo Romaúli nos había sumido en el humor más tétrico.

—¡Mal rayo os parta a ti y a tu mujer! —espetó el abate Melani tan pronto como nos hubimos alejado—. Nos había prometido toda clase de información a través de su supuesta red de mujeres, y aquí estamos, con las manos vacías.

Agaché la cabeza y callé; Atto tenía razón. En realidad, empezaba a creer que Cloridia, tras el riesgo al que me había expuesto por servir a Melani, había cambiado secretamente de idea sobre la ayuda ofrecida en un principio y había decidido no dar más noticias, por temor a que éstas me llevasen a otras acciones peligrosas.

Lógicamente, no revelé al abate mis sospechas.

—Es indudable que el maestro florista —dije— no tiene nada que ver con el boca a boca que circula entre las mujeres. De todos modos, al menos nos ha proporcionado un dato: Tetráchion significa «cuádruple».

—¿Y puedes decirme qué diantres tiene que ver con el plato de Capitor? —refunfuñó el abate con una risita nerviosa.

—Creo que nada, don Atto, pero, repito, al menos ahora sabemos qué significa la palabra.

—Para saber que tetra significa «cuatro» en griego no necesitaba a tu maestro florista —replicó, picado.

—Pero no sabíais que Tetráchion quiere decir simplemente «cuádruple» —me atreví a observar.

—De eso ya no me acordaba… a mi edad. No soy bibliotecario, como Buvat.

—Tal vez en el plato de Capitor había algo cuádruple.

—Como te he dicho, representaba a Neptuno y Anfítrite conduciendo un carro entre las olas.

—¿Estáis seguro de que no había nada más?

—Eso es todo lo que vi, a menos que me juzgues completamente chocho —protestó Atto—. De todos modos, sólo lo sabremos con certeza cuando hayamos encontrado los tres presentes de Capitor. Y sabes perfectamente dónde es menester buscarlos.

Mientras con paso cansino y fúnebre nos dirigíamos por enésima vez hacia el arcano Navío de Elpidio Benedetti, me acordé de que me apremiaba preguntar algo al abate Melani: ¿quién era la condesa de Soissons, la mujer que había sembrado cizaña entre Maria y el rey? Bien podía ser la misteriosa condesa de S., la envenenadora que la condestablesa había mencionado de forma tan reticente.

Sentí una violenta punzada de resentimiento contra el abate. Seguía sin decirme nada sobre la sucesión de España, mas sus cartas a la condestablesa no versaban sino de eso. A mí me hablaba de otra España, de una España de unos cuarenta años atrás,

la de don Juan el Bastardo, Capitor y sus enigmáticos regalos a Mazzarino. ¿Estarían relacionadas esas dos Españas? Quizá existiese un nexo, guardado en la misteriosa esencia del Tetráchion.

—Estás pensativo, chico —comentó Atto, que en realidad hasta ese momento lo había estado más que yo.

Con cierta preocupación observaba mi rostro cogitabundo y ceñudo; como todos los mentirosos de profesión, siempre temía que tarde o temprano sus interlocutores anudasen los hilos rotos de sus medias verdades.

—Pensaba en el Tetráchion y también, ahora que nos acercamos al Navío, en Maria Mancini —dije lanzando un gran suspiro.

A todas luces, era mentira. Sí pensaba en Maria, pero sólo porque se me seguían escapando ciertos detalles de sus cartas a Atto, y eso que las había leído varias veces.

—Para ser exacto, me preguntaba por qué se ensañaron los cortesanos con esa muchacha, como lo hizo, por ejemplo, la condesa de Soissons… A propósito, ¿quién era? —pregunté con fingida ingenuidad.

—Veo que ni los intensos sucesos de las últimas horas ni el escaso reposo nocturno han conseguido que te olvides de mis relatos —observó el abate satisfecho, creyendo tal vez que me había embebido tanto en la narración de las vicisitudes amorosas del joven Rey Cristianísimo que ahora le suplicaba más pormenores. Era lo que Atto esperaba.

La condesa de Soissons, explicó el abate Melani, no era otra que la hermana mayor de Maria. Se llamaba Olimpia Mancini y, según algunos, fue una de las iniciadoras amorosas del joven rey.

En la primavera de 1654, cuando ella contaba diecisiete años y Luis quince, bailan con frecuencia juntos en las fiestas. Y Olimpia alberga previsibles esperanzas…

Sin embargo, su tío Mazzarino la promete muy pronto al conde de Soissons, un Saboya emparentado con la familia real. Se casan en 1657.

—Olimpia tenía un temperamento muy envidioso —refunfuñó Atto ante ese recuerdo palmariamente desagradable—. La cara larga y puntiaguda, sin otra belleza que los hoyuelos en las mejillas y dos ojos vivaces pero demasiado pequeños. La corte se preguntaba: «¿Ha sido la amante del rey?»

—¿Lo fue? —inquirí con la esperanza de que Melani revelase algún particular útil para mis investigaciones.

—La pregunta está mal formulada. No se puede hablar de amantes en el caso de un jovenzuelo de quince años. Se puede preguntar, a lo sumo: ¿cedieron al deseo? Y la respuesta es: ¿eso qué importa?

Según Atto, se sabía con certeza que el pasatiempo con Olimpia, fuese o no

platónico, no había tenido ninguna consecuencia para el joven rey; nada que le tocase el alma. Y cuando los corazones de Luis y Maria empezaron a palpitar el uno por el otro, Olimpia ya estaba preñada de su primer hijo.

—Pero el embarazo, ay, no puso freno a la terrible envidia que tenía de su hermana, quien había conseguido, del modo más natural, lo que Olimpia había intentado vana pero calculadamente antes que ella: ganarse el corazón del rey.

El rencor lleva a Olimpia a coquetear de nuevo con el soberano entre el primer y el segundo embarazo. Sin embargo, una vez más fracasa en su propósito. Obtiene entonces el secreto apoyo de la reina madre, reacia al amor entre Luis y Maria, y le regocija turbar a su hermana mediante una carta en que le revela la oposición de la madre de Luis.

—¡De modo que fue ella quien calumnió a Maria al oído del rey, cuando éste volvió a París después de su matrimonio español! —proclamé sorprendido.

Como expósito, sin hermanos ni hermanas, siempre había soñado e imaginado que tenía un montón. Y en mis sueños me los figuraba como los amigos más verdaderos y dignos de confianza.

—¿Te asombra? Las cosas son así desde los tiempos de Caín y Abel —sentenció Melani con aire de suficiencia, y a continuación recitó:

El veneno que en sí guardan la envidia
y el odio se ve mejor entre hermanos:
Caín, Esaú, Tieste, los hijos de Jacob,
y Etéocles, gran envidia albergaban,
como si no hubiesen sido hermanos,
pues la sangre emparentada se incendia tanto
que arde mucho más que la de fuera.

—Como has oído —explicó a continuación—, no es casual que Sebastián Brant, tan apreciado por Albicastro, consagrase unos versos de su *Nave de los necios* al odio fraterno. Pero por suerte no es una regla infalible —precisó el abate—. Maria se mantuvo siempre muy unida a otra de sus hermanas, Ortensia.

Claro, pensé, ¿no era el propio Atto un ejemplo viviente de amor fraterno? Durante toda su vida había estado unido a sus hermanos por un inquebrantable *foedus* de ayuda recíproca. Lo sabía desde hacía muchos años, porque una vez, en la Posada del Donzello, un huésped, en un cuchicheo censor, contó que los hermanos Melani actuaban «siempre en grupo, como los lobos».

—Olimpia, pues, susurró malignamente al oído del rey que, mientras él se desposaba en los Pirineos, Maria se había dejado cortejar por el joven Carlos de Lorena y que incluso estaba dispuesta a casarse con él.

—¿Y qué otra cosa podía hacer la pobre? —comenté—. Si el rey ya estaba

casado.

—Exacto. Maria quería enlazarse con un francés. No deseaba regresar a Italia, donde las mujeres de abolengo se ven obligadas por sus maridos a marchitarse en casa como adornos.

Una vez que hubo cumplido sus ponzoñosos oficios, Olimpia asistió con maligno placer al fruto de sus maledicencias. Fue el día en que presentaron la lozana esposa de Luis a Maria. Después de mucho tiempo —el de la separación, el de la violencia de Mazzarino, el de las lágrimas de Luis en el castillo de Brouages—, Maria volvía a ver al rey. El amor —y con él los celos— no había desaparecido; sólo estaba encadenado.

Pues bien, cuando Maria se presentó ante Luis, éste, roído por los celos, le lanzó una mirada tan fría y desdeñosa que ella apenas pudo hacer las tres reverencias de rigor. La perfidia de Olimpia había triunfado.

Mazzarino, en su lecho de muerte, recompensó generosamente la acucia con que Olimpia había separado a Luis y Maria: la nombró superintendente de la casa de la reina, para gran contrariedad de la propia María Teresa, nada contenta de verla rondar, siempre esperanzada, a su marido.

—Pobre María Teresa. Olimpia aprovechó su puesto junto a ella para tener el placer cruel de ser la primera en contarle los adulterios del rey.

Empezó con la primera favorita oficial de Luis XIV Louise de La Valliére. Disfrutando secretamente de que el hombre que no había sido suyo traicionara a su esposa, Olimpia, que se entrometía en todo, se la propuso al rey como «tapadera»: fingiría que la cortejaba para poder pasear de noche con su cuñada Enriqueta.

Sin embargo, el muro que divide el poder de los soberanos de su voluntad es sumamente fino, y Louise acabó convertida en la verdadera amante del rey. Olimpia la atacó entonces con un odio inefable, empujando al lecho del fogoso soberano a otra damisela de la reina, Anne-Lucie de La Motte, tras lo cual informó mediante una misiva anónima a la cándida Louise. Como no consiguió separar a los dos amantes, Olimpia pidió una audiencia secreta a la reina María Teresa y se lo refirió todo: las escapadas del rey y la relación estable con madame de La Valliére. Luego gozó del espectáculo: torrentes de lágrimas, una memorable escena entre el rey y su madre y, por último, la trifulca entre las damas de honor.

El propio rey puso remedio inmediato a la situación. Aunque exasperado, aprovechó la ocasión para librarse del yugo materno e imponer a madame de La Valliére a su esposa, a su madre y a toda la corte como su primera amante oficial.

—Sin querer, Olimpia había tirado piedras contra su propio tejado —dijo con sorna el abate—. Ahí comenzó su caída, que aún tendría que haber sido más rápida, habida cuenta de todo el mal que había causado.

—¡Fijaos! —exclamé interrumpiendo la narración.

Habíamos cruzado la puerta San Pancrazio y nos hallábamos en las inmediaciones del Navío. Ante la entrada de la villa había tres magníficos carruajes.

—Uno es del cardenal Spada —observé.

De pronto los tres coches se pusieron en marcha y doblaron a la derecha. Mientras se alejaban, vimos claramente que los habitáculos estaban vacíos. Los pasajeros (Spada, Spinola y Albani) se habían quedado en el Navío, donde probablemente sus lacayos los recogerían más tarde.

—Ánimo, chico, quizá esta vez tengamos suerte. Los tres están «a bordo» —comentó Atto.

Los tres cardenales volvían, pues, a reunirse en la villa de Benedetti. En la anterior ocasión habíamos intentado seguirles inútilmente la pista. Ahora los habíamos encontrado por casualidad; podía ser una buena señal.

Como casi habíamos llegado a nuestro destino, Atto concluyó apresuradamente su narración.

—Olimpia se perdió en su furia celosa. Acabó encargando conjuros y venenos contra las amantes del Rey Cristianísimo, y pociones de amor para el propio Luis. Sus intrigas fueron descubiertas cuando estalló el asunto de los venenos, y le costaron una orden de arresto y una huida presurosa a Bruselas. Hoy sigue deambulando por Europa, poseída por un odio incontenible contra Francia, haciendo todo lo posible por perjudicar al reino del Rey Cristianísimo. Se sospecha, entro otras cosas, que envenenó a su marido, y también a madame Enriqueta y a su hija.

—¿A madame Enriqueta y a su hija? —repetí con tono inseguro.

—Santo Dios, ya estamos otra vez. Siempre te lo tengo que repetir todo. Enriqueta, acabo de decirlo, era la cuñada del rey. Además, hemos visto su retrato aquí, en la planta baja. Era la madre de María Luisa de Orleáns, la primera esposa del rey Carlos II de España. Pero ésta es otra historia —zanjó el abate, que curiosamente siempre tenía mucha prisa cuando nuestra conversación abordaba las cosas que atañían a la situación presente de España.

De todos modos, yo había descubierto por fin la identidad de la misteriosa condesa de S.: madame Soissons era, pues, una hermana de Maria Mancini. La condestablesa, en su carta, había efectivamente mencionado las sospechas de envenenamiento que pendían sobre su cabeza tras la muerte de la reina de España, es decir, María Luisa de Orleáns. La discreción con que hablaba de ello no se debía, ay, a la participación de Olimpia en los asuntos presentes, sino sólo al hecho de que se trataba de su hermana. Eso explicaba que la hubiese nombrado manifestando tanto dolor por sus fechorías. En definitiva, yo había metido la pata (era mi segundo error del día, después del cometido con el maestro florista): la misteriosa condesa de S. no era en absoluto misteriosa ni tenía nada que ver con los peligros que al parecer

flotaban sobre la cabeza del abate Melani.

Al terminar Atto su relato me sentía enojado, pero no quería que se me notase. Desde hacía días leía a escondidas la correspondencia entre Atto y la condestablesa acerca de la sucesión de España y no había sacado nada en limpio. Toda su atención parecía concentrada en indagar, dada la proximidad del cónclave, los encuentros entre mi amo, el cardenal Spada, el cardenal Albani y el cardenal Spinola di San Cesareo. Encuentros que tenían lugar en el Navío, aunque esto no dejaba de ser una suposición nuestra, pues todavía no habíamos confirmado nada después de todas las visitas que habíamos hecho a aquella extraña villa hacia la que otra vez nos habíamos encaminando. El Navío, eso sí, con sus inexplicables e inquietantes apariciones, había traído al abate recuerdos lejanos: Maria Mancini, el joven Rey Cristianísimo e incluso el superintendente Fouquet, hasta llegar a Capitor, la loca de don Juan el Bastardo (otra vez volvíamos a España), quien cuarenta años atrás entregara tres presentes a Mazzarino, entre ellos el plato que había llamado Tetráchion.

El Tetráchion. Como perdido en un laberinto circular, pensaba de nuevo en él. La moza de cámara de la embajada de España, de cuyos labios este nombre de oscuro significado había brotado por sorpresa, había sido interrogada hábilmente por Cloridia para ayudarme a esclarecer los lazos entre la puñalada que había recibido el abate en el brazo, la muerte del encuadernador Haver y el copioso intercambio epistolar entre Atto y Maria sobre el tema de la sucesión de España, donde además se nombraba al cardenal Fabrizio, mi amo. En efecto, las cartas referían que el cardenal secretario de Estado Fabrizio Spada se había entrevistado con el embajador español por la demanda de ayuda que el rey de éste, Carlos II, había formulado a Inocencio XII y que, debido al pésimo estado de salud del Pontífice, Spada tenía poder para ocuparse personalmente de los asuntos de aquél.

Regresaba, pues, al punto de partida: la sucesión de España, de la que el Tetráchion, ente indefinible sin rostro ni forma, sería el legítimo heredero.

Desde que el abate y yo nos habíamos puesto en camino, no hacía más que dar vueltas a lo mismo, sin resultado alguno. Intuía que todo estaba relacionado, pero ignoraba de qué forma. Quizá la solución estuviese al alcance de la mano, pero yo era incapaz de descubrirla. Aquella maraña de indicios recordaba la folía: un motivo circular, penetrante aunque huidizo, una especie de serpiente marina, renuente e insinuante, que al cabo ciñe al benévolo oyente en un híbrido abrazo y lo paraliza en sus anillos.

La folía. Acabábamos de cruzar la verja de la villa y aquella música ya nos recibía en el Leteo de su abrazo cálido y picante.

Volvimos a encontrar a Albicastro encaramado en la cornisa, extrayendo del mágico carcaj de su violín los sonidos chispeantes de la folía.

—¿Éste ha de estar siempre en medio? —farfulló Atto—. ¿No tiene miedo al ridículo?

Albicastro dejó de tocar y nos miró. Me estremecí, pues temía que el músico hubiese oído el comentario poco respetuoso del abate Melani, pese a que lo había hecho en voz muy baja.

—¿Sabíais, señor abate, que las cosas humanas, al igual que los silenos de Alcibíades, tienen siempre dos aspectos opuestos entre sí? —dijo enigmáticamente el holandés—. Así como esas estatuillas ridículas y grotescas guardaban imágenes divinas, así lo que desde fuera parece muerte, examinado desde dentro, es vida, y viceversa, lo que parece vida es muerte.

El músico, ay, había oído las mordaces palabras de Atto.

—En las cosas humanas —prosiguió—, lo que parece bello resulta deforme; el rico, pobre; el infame, glorioso; el docto puede revelarse ignorante; el fuerte, débil; el generoso, innoble; el alegre, triste; la prosperidad, adversidad; la amistad, odio; lo provechoso, dañino. Dicho de otro modo, al abrir el sileno, todo se encuentra repentinamente trocado en su contrario.

—¿Queréis decir que lo que me parece ridículo puede ser divino? —preguntó Atto con tono burlón.

—Me asombráis, señor abate. Precisamente a vos, que venís de Francia, os cuesta entender mis palabras. Sin embargo, tenéis un ejemplo delante de los ojos. ¿Qué francés puede decir que su rey no es rico y dueño de todo? Ahora bien, si está a merced de muchos vicios, ¿acaso no es igual al más innoble de los siervos? Y, sobre todo, si su corazón está vacío de los bienes del alma y si muere sin haber podido saciar la concupiscencia, ¿no hay que llamarlo pobrísimo? Sin duda conocéis lo que dijo Solón a Creso, rey de Lidia: «El hombre muy rico no es más dichoso que otro que viva al día, a no ser que la fortuna, en medio de su completa felicidad, lo acompañe hasta llevar a buen fin su vida.»

Al oír estas últimas palabras Melani se sobresaltó y se alejó con desprecio sin despedirse siquiera de su interlocutor.

Mientras lo seguía, me puse a pensar. Creso, rey de Lidia; el nombre de aquel famoso monarca de la Grecia antigua me recordaba algo. La palidez que percibía en el rostro de Atto, ahora que con el rabillo del ojo lo veía avanzar mudo, con el semblante crispado, me hizo abrigar la sospecha de que el violinista holandés le había tocado una fibra asaz sensible. Traté de estimular otra fibra en mí, la de la memoria, y recordar dónde había oído la historia del sabio Solón y del lidio Creso; pero fue en vano. Donde la memoria fracasa, me dije, ha de abrirse camino el razonamiento: Albicastro había comparado a Creso con el Rey Cristianísimo…

Unos segundos bastaron, entonces, para que me acordase de aquel nombre, Lidio, que se repetía de forma enigmática en las cartas de Atto y de la condestablesa. Si

Creso era rey de Lidia, «lidio» tenía que ser él. Aquel misterioso personaje enviaba a Maria mensajes a través de Atto, y ella le respondía por medio del mismo intermediario. ¿Qué le decía la condestablesa? «Es menester considerar el resultado final de toda situación, pues en realidad la divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y, luego, los ha apartado radicalmente de ella.» Y además: «No puedo responder todavía a la pregunta que me hacías, Lidio, sin saber antes que has terminado felizmente tu existencia.» Pensándolo bien, sonaban a citas extraídas de algún libro del mundo antiguo. Por otra parte, ¿esas frases no se parecían a las que Solón dirige a Creso y que Albicastro había recordado? Me prometí examinar lo antes posible la biblioteca de la villa Spada en busca del episodio de Creso y Solón para confirmar mis sospechas.

Di alcance a Atto y echamos una ojeada alrededor. No había rastro de los tres cardenales.

—No están aquí. Ya habríamos oído algún ruido o visto a algún secretario.

Era como si los tres purpurados se hubiesen esfumado en la nada.

—Hay algo que no encaja —dijo Atto pellizcándose meditabundo el hoyuelo del mentón—. Pongámonos en movimiento. No sirve de nada que nos quedemos aquí como estatuas. Tenemos mucho que hacer.

Nuestro objetivo era el plato. A juzgar por el cuadro en el que figuraban los tres regalos de Capitor, que habíamos encontrado dos días antes en el Navío, y por los recuerdos de Atto, se trataba de un objeto bastante voluminoso, de oro, de factura exquisita y muy bello. Cumplía, pues, todos los requisitos para que Benedetti lo tuviese expuesto en una sala; sin embargo, dado el estado de aparente abandono del Navío, no era imposible que alguien lo hubiese puesto a buen recaudo de los ladrones.

—Encontramos el cuadro en el segundo piso —dijo Atto—. Deberíamos empezar por ahí.

Era la planta donde había cuatro apartamentos con baño y un pequeño salón común. La búsqueda fue muy minuciosa. Revisamos camas, armarios, arcones y cómodas, pero infructuosamente.

No pasamos por alto, en el registro que hicimos de todos los rincones, las pequeñas bibliotecas que había en cada apartamento. Subido en una silla, hurgué detrás de las hileras de libros, tragando una buena cantidad del polvo que a saber desde hacía cuántos años los cubría. Tampoco esta fase de la búsqueda nos deparó ningún fruto, salvo un detalle.

Cuando revisaba los volúmenes de la cuarta y última biblioteca, me llamó poderosamente la atención algo que vi en la tercera fila, contando desde arriba. Era una larga serie de tomos iguales, en cuyo lomo, grabado en oro, se leía:

Heródoto

HISTORIA

En el primer tomo leí, debajo del título:

Libro I

LIDIA Y PERSIA

Conocía, por supuesto, el nombre del célebre historiador griego y el título de su obra, pero lo que me había desconcertado era el encabezamiento del libro: Lidia, el país de Creso.

—Voy al primer piso, aquí no hay nada —exclamó Atto bajando por las escaleras.

—A mí aún me queda algo que hacer. En un momento me reuniré con vos —dije.

Pues sí, tenía algo que hacer. Bajé de la silla y me senté en un sillón. Abrí el libro para buscar los pasajes que hablaban de la historia de Creso.

Mientras lo hojeaba, elevé un mudo agradecimiento a las paredes que me cobijaban. Una vez más, el Navío había prestado oídos, por caminos oscuros e inefables, a una petición de explicaciones, a un deseo de conocimiento. Sólo que en esta ocasión no había respondido con sus inscripciones; para satisfacerme, me había puesto un libro delante de los ojos.

Tuve mucha más suerte en esta búsqueda que en la del plato. El pasaje que lo explicaba todo comenzaba en el capítulo vigésimo séptimo.

El rico Creso, rey de Lidia, recibió un día la visita de Solón, sabio ateniense. Creso le dijo: «Amigo ateniense, hasta nosotros ha llegado sobre tu persona una gran fama en razón de tu sabiduría y de tu espíritu viajero, ya que por tu afán de conocimientos y de ver mundo has visitado muchos países; por ello me ha asaltado ahora el deseo de preguntarte si ya has visto al hombre más dichoso del mundo.»

Creso, que era inmensamente rico, venerado y poderoso, estaba convencido de que Solón iba a decirle que él, el gran soberano de los lidios, era el hombre más dichoso.

En cambio, Solón citó como modelo de felicidad a un desconocido, un tal Telo de Atenas, que había tenido vida próspera, muchos hijos y nietos, y que había muerto combatiendo en batalla contra los enemigos de su ciudad. En segundo lugar Solón situó a los hermanos argivos Cléobis y Bitón, los dos atletas que arrastraron más de cuarenta estadios el carro sobre el que iba su anciana madre hasta el santuario donde se celebraba una fiesta en honor de la diosa Hera. Llegados al templo, su madre rogó

a Hera que concediese a sus hijos el don más preciado que puede alcanzar un hombre. Una vez concluidas las ceremonias sagradas y el banquete, Cléobis y Bitón se durmieron en el santuario y ya no despertaron; ése fue el fin que tuvieron. El pueblo erigió estatuas con sus efigies y los honró como hombres excepcionales.

Al oírlo Creso se encolerizó. «¿En tan poco aprecias nuestra felicidad, amigo ateniense, que ni siquiera nos consideras dignos de rivalizar con simples particulares?» Solón respondió con sabias palabras:

Me parece que eres muy rico y rey de muchos hombres, pero no puedo responder aún a la pregunta que me hacías sin saber antes que has terminado felizmente tu existencia. Porque una persona sumamente rica no es, desde luego, más dichosa que otra que viva al día, a no ser que la fortuna, en medio de su completa felicidad, lo acompañe hasta llevar a buen fin su vida.

…

Si lleva a buen fin su vida, ahí tienes a quien buscas, ése es el hombre digno de ser llamado dichoso; pero, antes de que muera, hay que esperar y no llamarlo todavía feliz, sino afortunado.

…

Ningún ser humano, por sí mismo, posee todos los bienes, pues, si cuenta con unos, carece de otros, y el que permanentemente cuenta con un mayor número y luego termina apaciblemente su vida, ése es quien, en mi opinión, debe recibir en justicia ese nombre. Ahora bien, es menester considerar el resultado final de toda situación, pues en realidad la divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y, luego, los ha apartado radicalmente de ella.

—Chico, ¿no piensas bajar? ¡Todavía nos queda todo por hacer!

La voz de Atto me devolvió bruscamente al presente. El volumen de Heródoto tembló en mis manos.

Había leído suficiente, pensé. Ahora empezaba a entender.

Si mis razonamientos eran acertados, el Rey Sol en persona se ocultaba bajo el nombre de Lidio, así como tras la metáfora de Creso contenida en el parlamento de Albicastro. Por lo demás, ¿acaso el propio Atto no me había contado que Heródoto era una de las lecturas preferidas de Luis y Maria?

Ése era el secreto que tan vanamente había indagado: la condestablesa y el Rey Cristianísimo se escribían en secreto, y Atto oficiaba de intermediario.

Ciertamente, ya no eran Luis y Maria, la muchacha ebúrnea y el tímido joven de las apariciones en el Navío; sus escritos ya no eran susurros de amor. Mas el rey de Francia seguía teniendo en gran estima los consejos de Maria Mancini, hasta el punto de aceptar el riesgo de mantener una correspondencia secreta con tal de disfrutar de los beneficios de su inteligencia. Recordaba perfectamente, en efecto, que Atto, en una apostilla, le había escrito:

Sabéis que a él le satisfacen sobremanera vuestro juicio y vuestra aprobación.

Lo cierto era que Atto, en la misma carta, había escrito asimismo que tenía que entregar algo a la condestablesa. Algo que, aseveraba, le haría cambiar de opinión sobre Lidio. ¿De qué podía tratarse?

Pasados los primeros momentos de entusiasmo, empero, surgieron las dudas. Era evidente la referencia a Heródoto, pero no tanto que bajo el sobrenombre de Lidio se ocultase el Rey Cristianísimo. No era casual, sin duda, que a Luis le gustase leer a Heródoto con su enamorada. Mas, por otra parte, Albicastro había establecido un símil demasiado fácil entre Creso y el rey de Francia. En suma, aún no podía descartar del todo que quien aparecía con el nombre del rey de Lidia en las cartas de Atto a Maria fuese otro. Y lo que sabía de la vida de Maria Mancini tras su marcha de París era demasiado poco para poder indagar sobre la identidad de aquel misterioso personaje.

Precisaba, pues, otra confirmación. Ya sabía cuál: Silvio.

En sus cartas Maria Mancini llamaba a veces Silvio a Atto y, en los pasajes en que le daba ese nombre, le dirigía advertencias, recomendaciones y hasta reproches cuyo significado se me escapaba por completo.

¿No serían también citas literarias, como las del Lidio de Heródoto? Dejé volar mi imaginación, y ya veía a Silvio como un personaje de un libro, quizá un mensajero de amor, tomado de la mitología.

Sólo necesitaba encontrar el origen del nombre de Silvio, me dije, para descubrir una pista más sobre la identidad de Lidio e incluso —tal era al menos mi esperanza— la prueba definitiva de que el Rey Cristianísimo y la condestablesa mantenían aún amorosas conversaciones.

Sin embargo, no tardé en desanimarme. Sólo contaba con un nombre: Silvio. Era como buscar una aguja en un pajar. ¿Por dónde comenzar mis pesquisas?

Una mano se posó de pronto en mi hombro y me apartó de mis reflexiones.

—¿Quieres dejar de meditar con ese libro en la mano, como san Ignacio? Ayúdame.

El abate, sudado y cubierto de polvo, había venido a buscarme para que reanudase la actividad.

—Hasta ahora no he encontrado nada. Quiero seguir registrando el primer piso. Échame una mano.

—Enseguida, don Atto, enseguida —dije, y subí de nuevo a la silla para colocar en su sitio el librito de Heródoto.

Dejé para más tarde mis cavilaciones.

Bajamos a la primera planta, donde estaban la galería de espejos de perspectiva falaz, la capilla, el baño y los dos gabinetes, uno dedicado al papado y otro a Francia.

Al punto me encontré ante la magnífica imagen, bordada en un tapiz, de una

hermosa ninfa ataviada con una piel de lobo y a la que un joven cazador ha herido en un costado con una de sus flechas. El suave semblante de la ninfa, su ebúrnea tez y sus delicados rizos de ébano contrastaban eficazmente con la vista de la sangre que manaba de su herida y con el sentimiento de desesperación pintado en el rostro del muchacho. Por último, el marco floral, salpicado de cartones y medallones en relieve, ornaba el tapiz con exquisita elegancia.

Luego lo reconocí: era uno de los tapices flamencos que el abate Melani había contemplado en extática admiración durante nuestra anterior visita al Navío. Atto me había explicado que él mismo se los había hecho comprar a Elpidio Benedetti treinta años antes, durante la, estancia de éste en Francia.

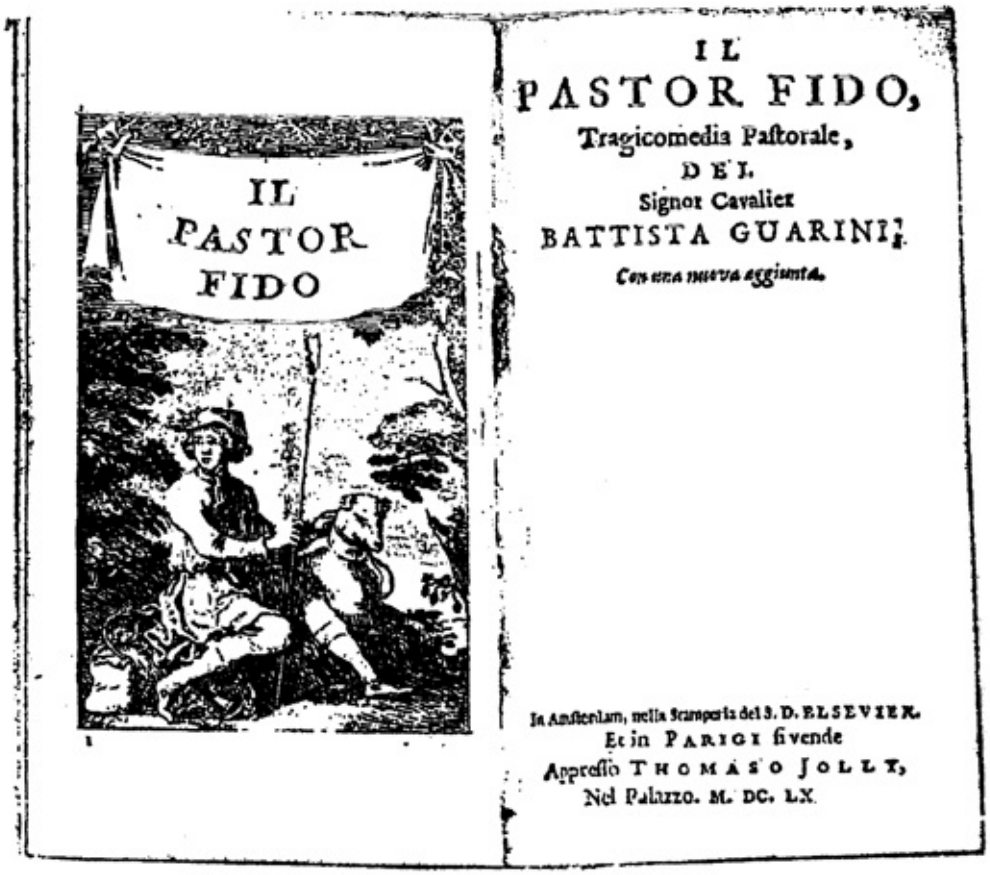
¿Qué más me había dicho el abate?, me pregunté, mientras los pensamientos empezaban a bailar en mi cabeza y avanzaban, como bacantes en procesión, hacia una meta emocionante y desconocida. Originariamente, según me había contado Melani, había cuatro tapices, pero el propio Atto había pedido a Benedetti que regalase dos a Maria Mancini, porque las escenas representadas en ellos estaban inspiradas en un drama amoroso, *El pastor Fido*, muy caro a ella y al joven rey (pero esta circunstancia hube prácticamente de arrancársela de la boca, pues el abate se mostraba remiso a hablar del tema). Un drama de amor…

Con una sonrisa ingenua, y esforzándome para fingir un fuerte ataque de tos a causa de la gran cantidad de polvo, pedí permiso al abate Melani para alejarme de la polvareda que habíamos levantado.

Enseguida, sin esperar siquiera su autorización, eché a correr, cual nuevo Mercurio con sandalias aladas, escaleras arriba hasta el segundo piso, y en contados segundos llegué a la biblioteca donde había dejado la *Historia* de Heródoto.

Subido en la silla, mis dedos casi arañaban el lomo de los libros al recorrer los títulos, como si las pupilas necesitasen la ayuda del tacto para confirmar lo que leía.

Por fin lo encontré, minúsculo, casi una libreta, de media cuarta de alto y un dedo de ancho. Estaba encuadernado en piel negruzca con cuadrados de oro, el lomo ornado de lirios florentinos. Lo abrí.



Sin pensarlo dos veces, confié en el registro, de fino raso granate ya descolorido; fui a la página que marcaba desde tiempo inmemorial y leí al azar:

Oh, feliz Dorinda.
El cielo te envía la dicha que buscas.

Me emocioné. Dorinda, así se llamaba la ninfa herida que acababa de ver en el tapiz; el abate Melani me lo había dicho la primera vez que lo vimos. Y Dorinda era también el nombre que la condestablesa se había dado en su última carta, en la que llamaba Silvio a Atto.

Había dado con lo que buscaba. Ahora sólo me quedaba encontrar el nombre de Silvio. Si, como pensaba, era uno de los personajes de *El pastor Fido*, habría vencido. Así pues, con el pecho trémulo de emoción, empecé a recorrer con la mirada las páginas del librito en pos de un Silvio que, como quizá Melani entre la condestablesa y el Rey Cristianísimo, fuese un mediador de amor entre Dorinda y su amado. Bien pronto lo encontré.

¿Conoces, Silvio, de Montán
único hijo, sacerdote de Diana,
hoy pastor famoso y muy rico?

Resultaba que este Silvio no era un mensajero, como yo había esperado, sino un jovenzuelo rico y muy apuesto. Salvo por la riqueza, no parecía el retrato del abate Melani…

Lo que leí a continuación desbordó mi imaginación:

¡Oh, Silvio, Silvio! ¿Por qué natura
en la flor de la vida
habrá sido tan pródiga contigo
en dones y belleza
si todo tu afán es pisotearlos?

Era un diálogo entre Silvio y su viejo criado Linco, que reprochaba al muchacho que fuese duro de corazón. Un poco más adelante leí:

LINCO
Oh, muchacho loco. ¿Por qué buscas lejos
una fiera peligrosa, si aquí mismo la tienes,
a tu lado, toda tuya?
…
SILVIO
¿En qué selva anida?
LINCO
La selva eres tú, Silvio,
y la fiera que en ella anida
es tu ferocidad.
…
Y no digo que tengas un corazón de fiera,
sino que tu pecho es de hierro.

No; no podía ser Atto quien se ocultaba bajo el apodo de Silvio. El retrato de aquel pastorcillo rico y soberbio me recordaba mucho, diría incluso que muchísimo, a otra persona:

Mira en rededor, Silvio:
toda la hermosura del mundo
es obra de amor.
El cielo, la tierra, el mar, todo ama.
…
Todo ama, Silvio,
salvo tú. ¿Va a ser tu alma, Silvio,
en el cielo, la tierra y el mar,
la única sin amor?

Rememoré los relatos del abate Melani. ¿No era merecedor Su Majestad el Rey

Cristianísimo de Francia de toda esa retahíla de reproches? ¿El corazón del soberano no se había vuelto de hielo tras su separación de Maria Mancini?

¡Sufre más por ti quien te venera, Silvio!
¿Quién diría que tu gentil semblante
oculta tanto malquerer?

Y además:

¡Oh, inclemente Silvio, oh, muchacho fiero!

Volví al frontispicio. Quería leer primero el *argumentum*, es decir, la sinopsis de la trama, para conocer el papel de Dorinda, la ninfa bajo cuyo nombre se ocultaba la condestablesa. Así supe que Silvio era novio de Amarilis, pero no la amaba. No amaba a ninguna mujer; sólo quería ir de caza por los bosques. Hasta que, por error, hirió en el costado a una ninfa que estaba enamorada de él, Dorinda, al confundirla con una fiera porque vestía una piel de lobo. Silvio entonces se enamora, parte el arco y las flechas, le cura la herida y se casan.

¿No era esa historia muy parecida a la del joven rey de Francia, prometido a la infanta de España pero enamorado de Maria Mancini? Únicamente el corolario de su amor, que conocía perfectamente por Atto, había sido muy diferente del final feliz de *El Pastor Fido*, que seguramente ellos esperaban.

El tiempo apremiaba. Atto no tardaría en subir. Me acerqué a la escalera de caracol. Oía un extraño zumbido. Bajé cautelosamente unos escalones y me asomé un poco para ver al abate Melani. Cansado, se había arrellanado en un pequeño sillón esperando mi llegada y se había quedado dormido.

Me senté en un peldaño y llegué a la conclusión de que el Rey Cristianísimo no se ocultaba únicamente bajo el nombre de Lidio, sino también bajo el de Silvio. La condestablesa, pues, no sólo era para el soberano lo que Solón había sido para Creso, sino además la Dorinda amante de Silvio.

Por fin había despejado muchas incógnitas de las cartas de Atto y Maria. Su correspondencia no encubría espionaje de Estado, oscuras maniobras políticas ni las vilezas de la diplomacia internacional, como había sospechado durante los días en que, yo sí, había espiado vilmente al abate y la condestablesa.

No, sus misivas contenían un secreto inimaginable, mayor y más puro: Luis y Maria se escribían para hablar de amor después de cuarenta años de su último adiós.

Comprendí finalmente por qué el abate me hablaba con tanta seguridad de lo que

el soberano francés sentía por la condestablesa y de cómo se le había endurecido el corazón por la pérdida de su amada. Entendí asimismo por qué hablaba de todo ello como si fuesen hechos del presente, vivos y palpitantes: ¡nunca había dejado de conocer detalles muy reservados y de primera mano de la relación, jamás muerta, entre los dos enamorados!

Por eso había venido Atto a Roma, para ver a Maria Mancini después de treinta años y entregarle un mensaje de amor del Rey Cristianísimo. En ese instante habría dado cualquier cosa por saber qué le mandaba el monarca por intermedio de Atto. ¿Qué podía requerir un encuentro cara a cara? ¿Una carta autógrafa del rey? ¿Una prenda de amor? También comprendí por qué el abate Melani había vacilado tanto ante mis preguntas la primera vez que vimos los tapices del Navío. *El pastor Fido* no había sido sólo la lectura preferida de los dos antiguos amantes; lo era aún. Era su código secreto. Y Atto hacía de intermediario ahora igual que entonces.

Pero ¿qué amor puede haber entre dos viejos que no se ven desde hace cuarenta años?

Me respondieron las palabras de una carta de Atto a Maria, que recordé en ese momento:

> *Silvio fue soberbio, pero veneraba a los dioses, y un día fue vencido por vuestro Cupido. Desde entonces se inclina ante vos llamándoos suya.*
>
> *Aunque suya no fuisteis.*

El amor del rey por Maria Mancini, pues, estaba hecho de recuerdos y de ocasiones frustradas.

¡Y yo que había creído que Atto hablaba así de su desgraciada condición de castrado! No, se refería a la nunca quebrantada castidad de aquel amor y a cuán profundamente esa circunstancia había quedado grabada en el alma del viejo soberano.

Evoqué todos los pasajes de las cartas que Maria había escrito a Silvio y por fin entendí el sentido de las advertencias y de los reproches que tomaba de *El pastor Fido*:

> *¡Ay, Silvio, Silvio! Lozano eras cuando el destino te regaló todas las venturas. ¡Pero ten cuidado! Que el juicio que no madura en ignorancia fructifica.*

Por fin estas palabras, incomprensibles cuando las relacionaba con el abate Melani, me manifestaban dócilmente su significado. En efecto, el Rey Cristianísimo había ascendido al trono muy joven; su destino, pues, se había cumplido siendo él «lozano». Sin embargo, quien recibe el poder demasiado pronto «en ignorancia

fructifica», o sea, es arrogante toda su vida. Y ahora que estaba en juego la cuestión de la sucesión al trono de España, Maria pedía a Luis XIV que actuase sabiamente.

Asimismo, ¿María Mancini no acusaba al soberano de ser en cierto modo responsable, por su arrogancia como gobernante y en su conducta privada, de la cadena de desgracias que habían sufrido en España los amigos de Francia?

¿Acaso crees, muchacho fatuo,
que del azar las desgracias
son fruto? ¡Pues errado estás!
Que estos sucesos tan monstruosos
y nuevos a los hombres no acontecen
sin divina intervención. El cielo
harto está de que desdeñes tan altaneramente
el amor, el mundo y los afectos humanos.
Que a los dioses no los complace
tener iguales en la tierra
ni tanta ostentación de orgullo.

El mecanismo me quedó perfectamente claro enseguida. La condestablesa, con consumada habilidad, hablaba de Lidio a Atto en tercera persona, le enviaba mensajes y respuestas a través del abate, y luego se dirigía a Atto llamándolo Silvio, pero con la intención de hablar al rey. Dos identidades para despistar a los extraños y protegerse de posibles espías. La estratagema había sido plenamente eficaz conmigo. Nunca habría descubierto la verdad si Albicastro y el Navío no me hubiesen enseñado la senda que llevaba a Lidio. El holandés volante con su buque fantasma, como los había llamado Melani.

Claro, observé haciendo girar entre mis manos *El pastor Fido*, el Navío me había ofrecido todas esas iluminaciones. Primero con la frase de Albicastro, excéntrico ocupante de la villa, quien con singular clarividencia había establecido un paralelismo entre Creso y el rey de Francia. Por eso Atto se había sobresaltado y dado media vuelta sin replicar al músico holandés; lo había turbado aquel arcano oráculo. Luego con el libro de Heródoto, y después con el del caballero Guarini, que había aclarado todas mis ideas. Una vez más, la villa misteriosa de Benedetti había demostrado sus insondables facultades.

Al momento me reí de mí mismo al pensar que era mucho más probable que su difunto propietario, Elpidio Benedetti, en calidad de agente del cardenal Mazzarino en Roma, hubiese reunido en su villa libros, cuadros, objetos de arte y todo cuanto un francófilo a la moda no podía dejar de tener ni de conocer.

Algo era indudable: el tema y el propósito del encuentro anunciado entre Atto y Maria no eran el cónclave ni la sucesión de España, sino el amor. Sus conversaciones epistolares giraban en torno a maniobras políticas, pero el eje era otro. No eran sino una tapadera; podían suscitar el interés de personas hechas a las intrigas, pero nada

más.

De ahí que Atto se acalorase tanto cuando, en nuestras visitas al Navío, me contaba la antigua historia de aquel infortunado amor regio. Para él era algo siempre presente, y se diría incluso que las apariciones y los fantasmas del pasado que habíamos visto en el Navío no eran más que las emanaciones espirituales de esa pasión a distancia (pero aún poderosa) entre la condestablesa y el maduro soberano.

Tal era probablemente el auténtico motivo de la presencia de Melani en la villa Spada: para encontrarse, él y la condestablesa aprovecharían la invitación a la boda de los Spada. ¡Sí, ni el cónclave ni la sucesión de España!, me dije.

Sin embargo, Maria no llegaba. Había faltado el día de la ceremonia. ¿Qué la retenía? Quizá una fiebre pertinaz, como ella misma declaraba en una de sus misivas; o, puestos a imaginar, una natural renuencia a la contienda amorosa, que la empujaba a hacerse desear «por delegación», como si identificase en la persona de Atto a su antiguo amante y no lo considerase sólo su mensajero.

Oí los pasos del abate Melani. Se había despertado y subía en mi busca.

Eché otro vistazo al librito de *El pastor Fido*. Era realmente minúsculo, pensé; guardármelo en el bolsillo y llevármelo, sin que el abate se diese cuenta, era un juego de niños. Después lo devolvería. Ahora lo necesitaba; leería las cartas de Maria a la luz de esos versos.

—¡A buenas horas! ¿Se puede saber qué haces? —exclamó al verme en lo alto de la escalera.

—Como os habíais dormido, decidí dejaros descansar un poco.

—Mal hecho, pues sin tu ayuda no he podido hacer casi nada —me recriminó tratando de disimular su desconcierto.

Era una forma elegante de confesar que lo había vencido el sueño al quedarse solo.

—No podemos seguir a tientas —continuó el abate—. Quiero explorar el Navío de punta a cabo. El plato tiene que estar en algún sitio. Ya hemos registrado bien el segundo piso, de modo que vamos a empezar por la planta baja. Luego pasaremos a la primera y terminaremos en la tercera, la de la servidumbre.

Mientras me precedía por la escalera de caracol, observé su figura curvada y roída por los años, pero siempre espoleada por el reto de la acción. Me conmovió pensar en la naturaleza de su misión. Era la primera vez que, en contra de lo que tantas veces había ocurrido en el pasado, Melani me sorprendía demostrando sentimientos y propósitos nobles.

Con el alma transida de emoción, me adentré en las otras estancias de la villa para ayudar a Atto en la búsqueda de los tres presentes de Capitor, y sobre todo del plato.

Inspeccionamos el gran salón de la planta baja, las estanterías, los aparadores, los

cajones. Todos los objetos (cubiertos, vasos, adornos) se hallaban donde los habíamos visto en nuestra anterior visita. Allí estaban los retratos de las bellas y gentiles damas de Francia (entre ellos el de Maria, que yo había admirado tanto).

Cuando me incorporaba después de haber intentado sacudir en vano el polvo que yacía en un sillón, me topé con uno de esos retratos, al que antes no había prestado atención.

—Madame de Montespan —anunció Melani, que se había acercado también a ese rostro femenino de belleza extraordinaria y perturbadora—. Antaño favorita del rey de Francia. Una relación que duró diez años, durante los cuales tuvieron siete hijos. Fue casi una segunda reina.

Apenas tuve tiempo de detenerme en las carnes exuberantes del pecho, en los ojos glaucos y rebosantes de voluntad de despertar deseo, en los labios dispuestos al beso, en los brazos bien torneados. Atto ya había pasado al cuadro siguiente.

—Louise de La Valliére —dijo—, el primer adulterio oficial de Su Majestad, como ya te he contado —añadió ante aquel rostro de pureza singular e irrepetible, coronado por una cabellera rubia plateada, síntesis de finura, elegancia y ligereza, tanto era así que parecía esculpida por el Señor para que la humanidad conociese la tríada bendita que conforman la gracia, la modestia y la ternura, y para capturar de un modo casi mágico, a través de sus ojos del color del mar, el corazón y la confianza.

—¡Qué distintas son! —exclamé—. Ésta, tan pura, y aquélla, tan… ¿cómo decir…?

—¿Conturbadora y pecaminosa? Habla sin reparo. Con un solo ojo se ve que madame de Montespan no era precisamente un ángel —afirmó con sorna el abate—. Sin embargo, lo más importante es que ambas están muy lejos de la índole franca e impetuosa que poseía Maria. Las dos son francesas, aunque opuestas entre sí. Maria era italiana —concluyó el abate recalcando las últimas palabras. La mirada se le había encendido con renovado ardor al recordar a Maria Mancini.

Por fin comprendía yo de qué observador íntimo y privilegiado había tenido la suerte de escuchar el relato de aquel drama que había trastornado el alma del Rey Cristianísimo. Ansiaba, pues, conocer la continuación de aquella historia antigua y desdichada, más aún ahora, que sabía que seguía viva. Por otra parte, estaba convencido de que Atto tenía que ver a María para transmitirle un mensaje sumamente importante del Rey Cristianísimo, y yo quería averiguar su contenido.

—Si la memoria no me falla, el rey de Francia tuvo muchos amores tras la marcha de Maria Mancini —dije, mientras el abate me conducía a la sala donde estaban los retratos de reyes y príncipes.

—Tuvo muchas favoritas —me corrigió—, y nunca menos de dos a la vez.

—¿Dos? ¿Ésa es la costumbre de los soberanos franceses?

—Por supuesto que no. —Atto sonrió, al tiempo que abría un gran aparador lleno

de cristales de Venecia y de porcelanas de Savona, que procedió a revisar—. Antes al contrario. Nunca se había visto en Francia nada semejante: una reina y dos amantes titulares, las tres obligadas a vivir juntas. Además, madame de Montespan estaba casada. Enrique IV, abuelo de Luis, tenía una amante, pero nunca se arriesgó a imponerla a su consorte la reina.

—Supongo que esto también fue, en vuestra opinión, la nefasta consecuencia del abandono de Maria —dije para que picase el anzuelo, impaciente como estaba por satisfacer cuanto antes mi curiosidad sobre las relaciones que mantenían ahora el Rey Cristianísimo y la condestablesa.

—El joven monarca transformó el diluvio de dolor que había anegado su corazón en un diluvio universal, capaz de inundar pueblos enteros durante generaciones —afirmó pausadamente el abate—. ¿Que no podía tener a Maria como reina? ¡Pues lo pagarían las otras reinas! ¿Que no podía tener a Maria como mujer? Pues entonces tendría un montón de mujeres, todas a la vez.

Luis, explicó Atto, tendría siempre al menos dos amantes simultáneamente, que a su vez serían traicionadas por otras, en una sucesión constante, y nunca estarían seguras de los sentimientos del rey ni de los designios que tenía para ellas. «Las tres reinas», así se llamaba a esa tríada.

—Quien ha sufrido un daño necesita infligirlo, hasta la extenuación —continuó Melani—. Como no podía pertenecer a Maria, Luis optó por dividirse entre muchas para no ser de ninguna. Con frío cálculo e ira glacial, fragmentó su vida entre sus numerosas mujeres: su esposa, las favoritas estables y sus mil amantes de un mes o de una noche, partiéndoles a todas el corazón. Ayúdame a levantar esta alfombra, por favor.

A todas tenía en vilo, prosiguió, y ni la propia corte supo jamás si las damas con quienes le gustaba exhibirse eran realmente las favoritas del momento o, con su astro en el ocaso, le servían únicamente para encubrir una nueva y secreta preferencia. Todas se sometían a la severa disciplina del soberano, y ninguna se atrevía a levantar la cabeza.

—En la corte fue manifiesto el drástico cambio de talante del rey ya al día siguiente de su matrimonio —contó el abate—. Luis hizo volver a Madrid a todo el séquito español de María Teresa.

La reina, continuó Atto en el ardor de sus recuerdos, no opuso la menor resistencia, pero pidió a cambió una gracia a su marido: la de poder permanecer siempre a su lado. Siempre. Luis se la concedió. Enseguida ordenó al gran mariscal de logis que no los separase nunca. Mantuvo su promesa hasta la muerte de María Teresa: en el Louvre, en Fontainebleau, en Saint-Germain y aun en Versalles durmió siempre a su lado; abandonaba en plena noche el lecho de sus amantes para volver a la alcoba de su legítima esposa y permanecer allí hasta el amanecer. Todo ello sin

hacer excepciones, sin dar explicaciones y sin la menor agitación, ni siquiera cuando por la habitación de María Teresa cruzan jadeantes comadronas con un fardo en brazos: el enésimo bastardo que acaba de dar a luz alguna amante del rey en los aposentos contiguos. La concesión que la pobre reina había juzgado una gracia (tener al rey siempre a su lado) Luis la había convertido en una terrible y despiadada condena.

—¡Qué decís! ¿Las amantes del rey parían en los aposentos contiguos a los de la reina?

—Ahora viene lo mejor —respondió el abate Melani con lúgubre ironía—. El parque de caza preferido de Su Majestad estaba integrado por las damiselas que servían a la soberana. Más aún, cuando se cansaba de una concubina, solía concederle un puesto en el séquito de su esposa. Fruto de esta situación, María Teresa decía siempre con un suspiro: «Mi sino es que me sirvan las amantes de mi marido.»

El abate examinó con curiosidad el interior de una gigantesca sopera de color nacarado y decorada con granadas de brillante porcelana verde y carmín.

—Durante dos décadas el rey tuvo un vástago cada año, y me limito a los que ha reconocido, pero sólo seis de ellos son hijos de la reina. Siete son hijos de madame de Montespan; el resto, de sus otras amantes —recordó Atto con las cejas enarcadas—. Colbert, su primer ministro, sirvió al rey en silencio hasta su muerte. Le hizo de alcahuete, le consiguió comadronas, ajuares y cirujanos complacientes para que sus amantes diesen a luz; encontró incluso, entre sus viejos criados, las familias adoptivas para criar a los bastardos secretos, es decir, los hijos de las concubinas de paso —concluyó el abate, que a continuación se puso a tantear el relleno de un pequeño sillón.

El rey no se conforma con imponer a la reina la penosa cohabitación con sus amantes y sus vástagos, sino que hasta cuando viaja las lleva en su carruaje y también come con ellas. Luego viene lo peor: legitima a los nuevos bastardos y los declara incluso príncipes de Borbón. Concierta para ellos matrimonios regios, inaugurando la inaudita mezcla con los Borbones legítimos. Llega a dar la mano de una de sus bastardas a un «nieto de Francia»; en efecto, obliga al hijo de su hermano Felipe a casarse con la última hija que ha tenido con madame de Montespan. La corte rumorea; los padres del muchacho se desesperan, gritan y lloran; el rey se regodea.

—¿Adónde va a parar si sigue así? —exclamó Atto con vehemencia.

—Según vos, ¿habría que preocuparse por el futuro del trono?

Tomó aliento un instante, después de retirar de la pared un gran cuadro cuyo marco nos había parecido (erróneamente) demasiado grueso para no tener un doble fondo.

—Temo que un día el rey pueda incluir a sus bastardos en la línea de sucesión al trono. Eso sería el fin. Significaría que ya no solamente un hijo de reina, sino

cualquiera, lo que se dice cualquiera, podría convertirse en monarca. Si eso llegase a ocurrir, todo pueblerino se preguntaría: ¿por qué no puedo ser yo?

»Sentémonos un poco —propuso Atto, y se desplomó en un diván con un gran suspiro de cansancio—. Descansemos. Luego continuaremos la búsqueda.

Yo también tomé asiento en un sillón, lanzando un gran bostezo.

—De lo que no cabe duda es de que el Rey Cristianísimo —observé siguiendo el hilo de las evocaciones de Atto— se consoló bien rápido con todas sus amantes tras la marcha de Maria.

Lo estaba provocando: pretendía que me revelase algo sobre los contactos que el soberano y la condestablesa mantenían en este momento. Atto Melani dio un respingo.

—¿Es que no me escuchas cuando hablo? Su primera favorita, Louise de La Valliére, sólo le sirvió para vengarse de la reina madre, que lo había separado de Maria haciéndole creer que la olvidaría pronto. Mas fue un triunfo tardío, una represalia inútil contra su vieja madre, fruto de un coraje póstumo, una furiosa libación ofrecida ante el sepulcro de su corazón —afirmó con apesadumbrada vehemencia.

¿Qué satisfacción podía encontrar el rey obligando a la reina, su esposa, y a la reina madre a que comiesen a la misma mesa que su amante? ¿O introduciendo a ésta a escondidas en los aposentos de su madre y sentándola a la mesa de juego a su lado, junto a su hermano y su cuñada, para luego contárselo a la vieja reina, como un niño malcriado? Eso sí, Luis XIV no podía dejar de defender su reputación. Así, obligó a Louise a dar a luz con una máscara en el rostro, atendida por un cirujano que le habían llevado vendado.

La pobre Louise, esquiva y de natural modesto, fue un dócil instrumento en las manos de un rey que ya no tenía corazón, sino sólo orgullo. Luis quiso imponérsela a su madre mientras ésta vivió, en una partida a dos en la que la verdadera venganza —como en el odio con que persiguió a Fouquet— estaba dirigida contra el gran ausente, Mazzarino.

Cuando no tuvo que luchar más, la despidió, ya aburrido, a pesar de los tres hijos que habían tenido.

—Louise no estaba hecha para la vida mundana, los juegos y las habladurías, las intrigas y los manejos de la coquetería de corte —explicó Melani con un suspiro, mientras se estiraba en el diván—. No era nada necia, le gustaba leer, pero no era mujer de salidas rápidas, frases ingeniosas, respuestas agudas. En una palabra, no era María —concluyó con una sonrisita pícara.

Nos pusimos en pie y reanudamos la búsqueda del plato de Capitor. Empezamos por la sala donde se hallaba la mesa para el juego de trucos, o billar. Las paredes estaban adornadas con grabados en forma de cuadros; algunos representaban

bajorrelieves antiguos; otros, a la manera de Annibale Carracci, reproducían retratos de hombres insignes. Los descolgamos por si encontrábamos detrás cavidades secretas, pero no había nada. El verde esmeralda del tapete del billar, lleno de polvo, se había vuelto con los años del color del rocío. En medio había una sola bola de hueso blanco, abandonada y prisionera, casi como metáfora del corazón de Louise de La Valliére, rehén en el desierto de la indiferencia de Luis. Dándole tristemente un golpecito, Atto la hizo rebotar en la banda opuesta y reanudó su relato:

—Así pues, el rey no tardó en acudir a Louise de La Valliére sólo para deleitarse con las coqueterías y las provocaciones de una de sus pares, madame de Montespan, llamada Athénaïs. Un día, forzado a partir a la guerra en Flandes, dejó a Louise sola en Versalles, embarazada de cuatro meses, y se llevó a madame de Montespan en el séquito de la reina.

—¿Damas de la corte en guerra? ¿Y también la reina?

—No me digas que, con todo lo que has leído y estudiado por tu cuenta, no sabes ni siquiera esto —dijo mientras salíamos de la sala del billar y regresábamos al gran comedor.

Desde ahí entramos en un cuarto que conducía a la parte trasera del jardín, expuesta hacia el este. Salimos. Una vereda llevaba, como descubriríamos poco después, a una pequeña y graciosa gruta.

—Os lo repito: he leído libros, no las gacetas falsas y mendaces —repliqué con impaciencia, ocultando cierto empacho.

—Pues bien, al rey le gustaba llevarse a las guerras, a la manera turca, todas las comodidades de que gozaba en la corte: los muebles más hermosos de la corona, las porcelanas, los cubiertos de oro, todo lo necesario para organizar ballets y fuegos artificiales en cada una de las ciudades por donde pasaba, y, naturalmente, a sus mujeres.

Cómo debían de estremecerse los habitantes de las aldeas y los campos, me dije, al ver de cerca la disparatada mezcolanza de guerra y fiesta del cortejo real, con caballeros empenachados que escoltaban los carruajes dorados, cofres irreales que ocultaban a las más bellas damas del reino.

—El fango que ensucia los adornos, la cara del rey, más delgada y quemada por el sol —prosiguió Atto—, y el cansancio de sus mujeres, descompuestas por el viaje y los horarios inhumanos, son los únicos signos que revelan que aquello no es un desfile en el parque de Versalles antes de la representación de una comedia de Moliére. Me acuerdo de un viaje en especial. Los habitantes de Auxerre, donde las mujeres son sumamente hermosas, abarrotaban las calles para ver a la familia real y a las damas que viajaban en el carruaje de la reina. Las damas asomaron la cabeza por las ventanillas y, nada más verlas, el pueblo de Auxerre empezó a desternillarse de risa, diciendo: «*Ah, qu'elles sont laides!*», «¡Qué feas son!» El rey se carcajeó a gusto

y estuvo hablando de ello hasta la noche —explicó con sorna el abate.

El Rey Cristianísimo también se llevó consigo a toda la corte en la guerra de Devolución, que emprendió a la muerte de Felipe IV, su suegro, para reivindicar una parte del Flandes español como herencia de María Teresa.

—Habéis dicho que se llevó a todos menos a Louise. ¿Y la reina?

—María Teresa era la primera que debía acompañarlo, dado que, al menos en apariencia, la guerra se libraba por ella. Tan pronto como una ciudad caía en manos francesas, tenía que ir a tomar formalmente posesión.

Sin embargo Louise, corazón apasionado y simple, en un momento dado decidió poner en peligro su embarazo y exponerse a la cólera del monarca. Alcanzó a la corte en Flandes, adonde llegó desfallecida. Al rey, en absoluto impresionado, sino más bien divertido, le describieron el espectáculo de la pobre muchacha encinta, abatida y casi muerta, con sus acompañantes, en la antesala de María Teresa, mientras ésta, deshecha en lágrimas, vomitaba a causa de la afrenta y la ira.

Entretanto habíamos llegado a la pequeña gruta. Lo más probable era que el plato no estuviese ahí, pero ambos necesitábamos respirar aire limpio después de todo el polvo que nos había entrado en los pulmones.

En la pureza de las ráfagas que mi pecho capturaba en el jardín creí reconocer la descripción de Louise de La Valliére: Louise la ingenua, la entusiasta, tímido céfiro rápidamente mancado.

—¿El rey no montó en cólera por la desobediencia de su amante? —pregunté mientras abandonábamos la gruta para enfilar un pequeño sendero.

—Aparentemente, no. Es más, declinó la invitación que la reina le hizo de subir a su carruaje y siguió cabalgando al lado de Louise. Pero eso no es todo. A la mañana siguiente, cuando iba a misa, la pobre María Luisa se vio forzada a arrinconarse en su propio carruaje para hacer sitio a Louise, y por la noche hubo de soportar su presencia durante la cena. Al día siguiente, sin embargo, olvidándose tanto de su esposa como de su amante, el rey pasa casi todo el día encerrado con llave en su habitación. Madame de Montespan hace lo mismo. Ambas habitaciones, mira qué casualidad, se comunicaban.

La reina ignora aún que habrá de resignarse a una penosa promiscuidad: la presencia a su lado de las dos favoritas de su marido será a partir de entonces la regla, en sus viajes en carruaje y en toda suerte de circunstancias.

La vida de las dos amantes no era mejor que la de la reina. Luis, prosiguió el abate, las tenía bajo llave, absolutamente sometidas. Aunque una de ellas siempre prevalecía sobre la otra, tenía buen cuidado de mantener viva su inquietud con un montón de concubinas anónimas, en un ir y venir constante por sus aposentos. Las favoritas oficiales se sentían oprimidas por la incertidumbre, y el miserable espectáculo de sus piques y sus rivalidades aplacaba los celos de María Teresa.

El sendero nos había conducido a un teatro, mucho menor que el que en esos días se había preparado en la villa Spada para los espectáculos de la fiesta, pero asaz gracioso y preñado de un hermoso misterio. Lo circundaban un pequeño pórtico ornado de bajorrelieves antiguos y macetas de flores; en medio había una pequeña fuente, cuyos acariciadores borboteos sonaban entre un arco y otro.

—El rey había acorazado su corazón con una torre de hielo —prosiguió Atto, profundamente enfrascado en la narración y casi del todo indiferente a tanta belleza —. Sólo los grandes dolores lo turbaban un poco; por ejemplo, al morir sus hijos, y se le murieron muchos. De los seis legítimos, únicamente el gran delfín sigue vivo. Cuando, hará treinta años, falleció su hijo menor, el pequeño duque de Anjou, lo vi destrozado; temió que fuese una señal de la cólera de Dios, pero se le pasó rápido. Sin embargo, jamás supo reaccionar de otra forma que con ira, ni cuando Louise de La Valliére decidió entrar en un convento.

—¿En un convento? —pregunté, entre un trago y otro de rica y fresca agua de la fuente.

—Sí. Pobre mujer, era un corazón sincero. En realidad sólo había pretendido que el rey la amara, que la correspondiera. Fue la única favorita que amó a Luis como a un simple ser humano, lo que lo halagó mucho, pero nada más. Ella, en cambio, se tomó en serio ese sentimiento, y de qué manera; cuando resolvió hacerse carmelita, quiso pedir públicamente perdón a la reina. «Mis pecados han sido públicos; es menester que también lo sea la penitencia», dijo, y se arrodilló a los pies de María Teresa, que, conmovida, la mandó levantarse enseguida y la besó. Había un montón de gente. Fue un momento de intensa emoción. Sólo faltaba el rey.

Regresamos a la casa. En poco tiempo terminamos de registrar la planta baja. El abate miró desconsolado nuestras imágenes reflejadas en un espejo. Por nuestros atuendos blanqueados por el polvo y nuestras cabelleras cubiertas de telarañas teníamos traza de ropavejeros.

—¿Qué hacemos ahora, don Atto? ¿Subimos al primer piso?

—Sí, y no sólo para buscar el plato.

Una vez en el primer piso, Atto me llevó al baño situado junto a la capilla.

—*Hic corpus!* —exclamó Atto repitiendo el lema de la entrada, que habíamos leído tres días antes—. Aprovecharemos las maravillas de la ingeniería hidráulica. Siempre que aún funcione.

Abrió entonces el grifo con la inscripción *calida*, agua caliente, pero no salió nada. Lo intentó con el del agua *frigida*, y tuvimos más suerte.

—Abre esos arcones, a lo mejor encontramos toallas.

Atto había acertado. Aunque viejas y resecas, las telas se habían mantenido a resguardo del polvo. También hallé un duro trozo de jabón. Pudimos así, primero él y

después yo, lavarnos y limpiarnos a conciencia.

A continuación seguimos con la búsqueda de los regalos, pero sobre todo del plato, de Capitor.

En la primera planta, formada por cuatro saloncitos y la gran galería que, en virtud de un juego de espejos, parecía prolongarse hasta los palacios vaticanos, había realmente mucho que inspeccionar. Abrimos sólidas cómodas de ébano con taraceas de marfil y bronce, o de raíz de roble con incrustaciones de palo de rosa, repletas de viejas tacitas de porcelana. Dimos la vuelta a postigos pintados con vivos colores y a duras penas desplazamos severos armarios oscuros, adornados con espirales y hojas, flanqueados por cabezas de ciervo y solemnes columnas esculpidas en forma de sátiro, ceñudos bargueños de cajones secretos y de polvorientos objetos de cristal.

Apartamos el imponente espejo de la chimenea, sobre cuya repisa había infinidad de estatuillas de porcelana muy fina, entre otras, la de una rubia y delicada pastorcilla con un cuévano; la de un joven deshollinador con gorra y escalera (quizá la más peculiar), y la de un mandarín chino con el índice alzado (con claras marcas de rotura reparadas con cola), en gesto admonitorio.

En las arcas que había debajo de las ventanas encontramos, entre teteras de plata ennegrecidas, cordones y borlas de pasamanería para cortinas, y hasta una baraja de cartas de juego procedente de París. El abate Melani metió la nariz incluso en las estufas, de las que salió manchado de hollín.

Tosiendo por el polvo, enrollamos alfombras y dibujos franceses, levantamos tapices enormes con escenas mitológicas y pastorales, por si hallábamos un boquete secreto, una salida oculta que nos condujese a un cuartito recóndito e íntimo (¡pues no es fácil esconder un globo!), en nuestra porfiada búsqueda de una señal que nos acercase a los presentes de Capitor.

—Después de Louise de La Valliére —dijo Melani sonriendo entre dientes—, empezó el reinado de madame de Montespan. Excepcionalmente hermosa, ingeniosa y siempre a la moda, de sensualidad ardiente y alma de hielo, madame de Montespan quiso conquistar al rey a toda costa, y eso se notaba. Él lo comprendió enseguida, pero se le resistió. No sólo eso, sino que le tomaba el pelo. «Madame de Montespan me querría para ella, pero yo no quiero», decía.

Al cabo, sin embargo, los sentidos del rey y su intelecto, huérfanos del corazón, cedieron. El ascenso de madame de Montespan coincide con la muerte, o su simple apariencia, de todo sentimiento. No es sólo que Luis pierda la capacidad de amar, sino que ya nunca volverá a ser amado.

—Pero el Rey Cristianísimo tardaría mucho tiempo en darse cuenta de que ninguna mujer lo había amado de verdad —añadió Atto con tono enigmático.

Con Athénaïs comenzaron los diez años de apogeo de Luis XIV, la era de la

magnificencia y la arrogancia, que terminaría con el asunto de los venenos, cuando el rey descubre que es él quien está a merced de sus amantes, no al revés. En esos años dará lo peor de sí mismo, recibirá en su lecho a un sinfín de doncellas de intrépidas esperanzas, siempre dispuestas y siempre distintas. No todas merecían ser condenadas; algunas pretendían salvar así de la guerra a su joven marido o su novio, o intentaban que el padre recuperase un patrimonio familiar injustamente confiscado por el pérfido Colbert. Pero lo cierto es que el rey se deleitaba sobre todo ensañándose con esas muchachas.

—Chico —soltó Atto al ver el horror pintado en mi rostro—, el Rey Cristianísimo había sufrido, un día de un pasado lejano, como nunca creyó que se pudiese sufrir, él, que había conocido el terror de la Fronda.

Así, como un niño cruel que por simple curiosidad inflige inefables padecimientos a un pajarito, el rey observaba la ominosa quiebra de las ilusiones de aquellas desdichadas para saber si sufrían como él había sufrido y si se podía llegar a sufrir tanto. Dicho de otro modo, quería arrancar a esos corazones el secreto de su dolor, el único que había hecho sucumbir al magnífico Rey Sol.

—Pero todo eso tenía lugar en la intimidad de los aposentos del rey —recordé a Atto, mientras avanzábamos por la galería, bajo cuya gran bóveda resonaban nuestros pasos.

En cambio, en la corte Athénaïs reinaba tranquilamente: «la amante reinante», la llamaban parafraseando el título de «reina reinante», que distingue a la esposa del rey de la reina madre. Y no andaban muy desencaminados. Con madame de Montespan, Luis regaló a la corte un simulacro de reina: poseía la belleza excepcional y el ingenio apropiados para enaltecer el esplendor de la corte de Francia.

—Irradiaba lujo y magnificencia, como la Aurora de Pietro da Cortona —dijo el abate señalando el espléndido fresco del techo de la galería.

El fresco del Mediodía, que, entre la Aurora y la Noche, ocupaba el centro de la galería, atrajo de pronto la atención de Atto. Representaba la caída de Faetón, fulminado por Júpiter porque había querido conducir el carro del Sol.

—La primera vez que vinimos no me fijé en él. Para celebrar la culminación del día, Benedetti eligió un hecho de soberbia castigada. En las paredes de abajo, en cambio, puso lemas que exaltan al rey de Francia. Francamente singular.

—Sí —reconocí sorprendido—, parece una advertencia al Rey Sol. —«Tú eres mortal, Faetón, y no lo por ti deseado» citó de memoria Atto, confirmando mi observación—. Ovidio, *Las metamorfosis*.

El abate prosiguió con su narración. Athénaïs ejercía de soberana sin serlo: recibía, departía, fascinaba a todos los embajadores. El rey la exhibía con sumo placer, de lo que ella se jactaba; cumplía un servicio a la monarquía, vaya.

—Sabía perfectamente que en realidad Luis no la amaba —explicó Atto con

amargura—, pero también que la necesitaba mucho «para que los demás viesen que era amado por la mujer más hermosa del reino», como ella misma solía decir. En definitiva, un ornamento como tantos otros.

Mientras Atto hablaba, llegamos al ventanal. De nuevo, ante la ilusión óptica del juego de espejos, vi la galería multiplicarse y proyectarse al infinito hasta tocar la cúpula de San Pedro. Aquel efecto deslumbrante y sofisticado recordaba el destino de madame de Montespan, ilusoria reina de Francia.

—Athénaïs, como Maria, tenía el valor de enfrentarse al rey —añadió Atto—. No le daba miedo decir lo que pensaba y poseía un gusto exquisito, como una auténtica reina.

Durante la década de su «reinado» el palacio de Versalles se convierte en lo que es aún hoy. El cartón piedra de las arquitecturas efímeras, que en los días de Louise duraban una fiesta, se transmuta en rocas, travertinos, bronces, mármoles, todo dispuesto conforme al orden secreto de lo imprevisto y de la sorpresa, y crea bosquetes, fuentes y arriates. El gran canal se puebla de una flota enana de góndolas y falúas, bergantines y galeras. El parque, que resopla bajo el manto de los bochornos estivales, se motea del blanco y azul de los pabellones chinos.

Mas Athénaïs se dedica sobre todo a su residencia particular, no distante de Versalles, cuyo esplendor reproduce en miniatura. El gran Le Nôtre (sublime genio de la arquitectura, artífice del palacio y, antes, de Vaux-le-Vicomte, el infausto castillo del superintendente Fouquet) tiene que superarse a sí mismo: jardines de nardos, narcisos, jazmines, alhelíes, anémonas, y estanques de agua tibia perfumada con hierbas aromáticas…

—… Y todo cuanto uno no puede ni imaginar si no lo ha visto. Una pena.

—¿Por qué decís eso? —pregunté intrigado por su melancólica queja.

—Porque tanta grandeza no corrió mejor suerte que el castillo de Fouquet. Todo se destruyó con la caída en desgracia de su dueña, igual que Vaux tras el arresto de Fouquet. Además, es otra prueba de lo que te estoy exponiendo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Estalló el asunto de los venenos, chico, el mayor proceso del siglo, como ya te he dicho. Tuvo que comparecer casi toda la corte. Al final la más involucrada, después de Olimpia Mancini, fue Athénaïs. Hubo testigos que afirmaron haberla visto en misas negras donde se sacrificaban niños y en las que ella participaba para conservar el amor del rey. Todo se silenció, pero para Athénaïs fue el fin. Y el cazador comprendió que había sido la pieza de caza.

Cuando se enteró de qué vilezas eran capaces sus amantes y supo lo de los ritos satánicos, lo de las brujerías que habían cometido para ganarse sus favores en el lecho, Luis comprendió que en el fondo de todos sus amores había muy poco amor. Nunca se recuperó de aquella revelación. Creía que las cosas eran distintas respecto a

los tiempos de Maria Mancini, cuando los suyos lo habían inmolado en el altar del poder. Pero su destino se había repetido: una vez más, había sido un peón en el tablero de quienes le juraban fidelidad. Y ahora estaba solo, no le quedaba ni el consuelo de compartir su triste suerte con la mujer de su vida. Así se le abrieron las puertas de la vejez.

Habíamos terminado de explorar la primera planta y empezamos a subir por la gran escalera de honor. Llegamos así al tercer piso, donde antaño se alojaba la servidumbre. Aquello parecía otro mundo: no había estucos en las paredes y los techos, muebles ni adornos; sólo altillos para criados, otros para guardar talabartería, y varios cuartos de servicio. Arañas, moscas y ratones eran señores absolutos de aquellas estancias desnudas y tristes, que evocaban la tétrica imagen de la vejez del Rey Cristianísimo.

Empezamos pacientemente a golpear las paredes con los nudillos en busca de habitaciones secretas, de una trampilla entre los listones del suelo, de un cofre oculto detrás del marco de una ventana.

Luego pasamos a un baúl. No quería abrirse; a diferencia de todos los muebles que habíamos revisado hasta ese momento, estaba cerrado con llave.

—¡Ajá, a lo mejor lo tenemos! —exclamó el abate con recobrado buen humor—. Baja al primer piso y busca un cuchillo en los cajones de los cubiertos. Creo que he visto uno en el armario que sostiene el gran general Pata de Cabra —indicó con tono socarrón aludiendo al imponente y severo sátiro de madera esculpido en el mueble.

En el primer piso no encontré nada, de modo que fui a la planta baja, donde sí hallé un cuchillo. Antes de regresar con el abate, mi mirada se detuvo unos instantes en un retrato colgado en la pared que previamente no me había llamado la atención.

Era de una dama no muy joven, bastante regordeta, cuyas facciones, aunque no repulsivas, eran tan anodinas y ordinarias que desentonaban con la pomposidad del retrato. Debía de ser, eso sí, un personaje de gran relieve. En la parte de abajo del marco leí: «Madame de Maintenon.»

Era la tercera vez que me topaba con ese nombre. ¿No se trataba de la dama con quien el Rey Cristianísimo se había casado en secreto, como me había contado Atto Melani? Sí, en efecto. Volví a observar el retrato: el rostro vulgar, casi de pueblerina, contrastaba sobremanera con la vivacidad y la gracia aristocrática de las otras favoritas regias pintadas a su lado. Subí al tercer piso.

—Madame de Maintenon… —murmuré—. ¿Cómo pudo el rey de Francia casarse con ella? Quiero decir, después de las mujeres tan encantadoras que…

—¿Has visto su retrato abajo? ¿No es increíble? —comentó Atto mientras cogía el cuchillo que yo le tendía—. El rey se casó con ella secretamente una noche de octubre de hace diecisiete años, apenas dos meses después de la muerte de la reina

María Teresa.

—Secretamente… —repetí—. Me lo dijisteis hace unos días, la primera vez que vinimos al Navío, pero temo no haber entendido bien; sería una especie de esposa que no es reina. Creo que ya he oído hablar de esta clase de nupcias reales, en las que la consorte del rey no reina a su lado y no da a luz herederos al trono…

—No, ése es el matrimonio morganático, estás desencaminado. Madame de Maintenon es, más modestamente, una esposa «no declarada», no oficial, en suma. Todos en la corte lo saben, y eso le viene de perlas al rey, pero no quiere que se hable del asunto. *Tamquam non esset*, como si no existiese.

—¿Quién era ella antes? —inquirí al recordar que el abate la había calificado de «socialmente impresentable».

—Una institutriz que, como te conté, pedía limosna de niña —contestó enarcando las cejas y mirándome con una sonrisita, al tiempo que, con la hoja ya metida en la rendija del baúl, trataba de forzar la cerradura.

Françoise d'Aubigné, a quien más tarde el rey otorga el título de madame de Maintenon, prosiguió el abate Melani, era desde hacía diez años la institutriz de los muchos hijos habidos de la unión del Rey Cristianísimo con madame de Montespan. Tres años mayor que el soberano, por sus venas no corría ni una gota de sangre noble. Era una huérfana de muy baja ralea, nacida en una portería donde su madre, mujer de un hugonote que pasaba de una cárcel a otra, había sido acogida por misericordia. Junto con sus dos hermanos, pasó la infancia vestida con harapos mendigando una escudilla de sopa en las puertas de los conventos. La suerte quiso que en plena Fronda encontrase a un viejo tullido, Scarron, poeta satírico y lenguaraz, que en aquellos tiempos de barricadas estaba de moda. Scarron, postrado en una silla de ruedas, no se valía por sí mismo y daba miedo verlo. Pero aquel hombre no se anduvo por las ramas; propuso a Françoise, quien entonces contaba dieciséis años, que se convirtiese en su esposa a trueque de cuidarlo.

Ahora bien, una vez extinguidos los fuegos de la Fronda, los Scarron pasaron apuros. El poeta tenía que componer sin pausa por encargo para distintos personajes. Su joven y lozana mujercita hace de señuelo para los ingenuos: seduce, no se entrega (o eso parece…), pero da esperanzas. Entretanto él la alimenta e instruye.

Cuando Scarron murió, ella apenas tenía veinticinco años. No heredó sino un cúmulo de deudas. Tras subastar en almoneda sus escasos muebles, la joven viuda se quedó en la calle. Algo, sin embargo, había ganado: ahora era poseedora del arte de la coquetería y de la instrucción que precisaba para cautivar a un rico protector que la librase de la miseria.

—Su amistad con Ninon de Lenclos, poderosa pelandusca de alto copete, vino a demostrarlo —dijo con una risita el abate—. De Ninon heredó un par de fogosos amantes, gracias a los cuales conoció a Athénaïs de Montespan.

Ésta acababa de dar su primer hijo al rey: una niña. Como debía criarla en el mayor secreto, propuso a Françoise que fuese su institutriz. Madame de Montespan siguió teniendo hijos y, al cabo de pocos años, llegó el golpe de suerte: la legitimación de los bastardos. Por voluntad del rey, madame de Montespan y sus hijos se trasladaron a vivir a la corte, con muebles, ropas e institutriz.

—Françoise tuvo entonces la listeza de simular que era una dama devota, incluso mojigata —comentó Atto con acritud—. Una desfachatez, si piensas que pocos años antes madame de Montespan le había encargado que disuadiese a Louise de La Valliére de hacerse carmelita asustándola con la vida de privaciones que la aguardaba.

—¡De todos modos, no podía esperar atraer al rey así, yendo de santa!

—Tenía amplias miras. Desde hacía años el clero y los mojigatos de la corte no hacían más que criticar a madame de Montespan y los excesos del rey. Ella se convirtió en su emisario, actuando en la sombra. Llevaba mucho tiempo viviendo con Athénaïs, como una auténtica judas. Su gran momento llegó al final del asunto de los venenos: madame de Montespan ya estaba perdida y el rey había despertado bruscamente.

—¿Queréis decir que adoptó hábitos más morigerados?

—No exactamente —respondió Atto—. En realidad, la conducta del rey nunca fue tan libertina como en los días en que concluyó el asunto de los venenos, como si pretendiese así conjurar el miedo. Pasaba de una desconocida a otra, una distinta cada noche, y todas muy jóvenes, por lo que se murmuraba. Entonces sufrió un nuevo golpe fatal: su reciente favorita, la preciosa Angélique de Fontages, dio a luz un niño muerto, y ella también falleció poco después, ahogada por el chorro de sangre de un horrible mal de pecho. Sólo tenía veinte años, podía ser su hija.

La salud del rey se resiente como consecuencia de tantos reveses. Además, en esos años una caída de caballo y varios abscesos en las caderas, que le extirpaban con hierros candentes, lo constriñen a pasear por las alamedas de Versalles en un sillón con ruedas de madera. Se siente acorralado; primero la traición y ahora la muerte, además de la enfermedad, le gritan que está dramáticamente solo.

—En medio de todas esas envenenadoras y arpías, ¿de quién podía fiarse? Necesita desesperadamente a alguien, pero ya no quiere más favoritas. Ha comprobado que son un juego demasiado peligroso para un hombre maduro.

Una vez que forzamos el baúl, vimos que no ocultaba nada. Abrimos todas las ventanas para que entrasen el aire limpio y los dulces sonidos del mediodía romano. Nos sentamos un momento en un alféizar que daba al oeste. Ante nuestros ojos se extendían las copas blandas y amables de los árboles más altos. Volví de nuevo la mirada hacia los cuartos de los criados y, tal vez por efecto de la narración del abate Melani, me parecieron menos sórdidos. Tan adustos como el rostro de madame de Maintenon, en ellos se notaban más las huellas del tiempo, pero la falta de pompa y

de esplendor permitía al alma del visitante descansar de estupores y emociones para experimentar en cambio un sentimiento de paz e intimidad.

Françoise de Maintenon, continuó Atto, se había convertido en una auténtica madre para los bastardos regios, lo que procuraba al rey una sensación de seguridad sin igual. En aquel círculo restringido de la corte, era la única que por su baja extracción no podía aspirar al papel de favorita oficial, pues ésta siempre debía ser elegida entre las familias de rancio abolengo. Sabía ser agradable en su conversación, pero no brillante. El rey, en fin, no se sentía ni atraído ni amenazado por ella, lo que le gustaba en grado sumo. Así, empezó a disfrutar con creciente regularidad de unas horas de charla reposada con ella; sólo hablaban de sus hijos o de temas intrascendentes. Luis se distraía con aquella institutriz, que físicamente no le atraía, pero que tampoco le repugnaba.

—Dicho de otro modo, Françoise le daba paz sin ocupar ningún sitio en su corazón. Sus sentidos estaban agotados, su alma desconfiaba. Además, al enviudar, le horrorizaba la idea de que lo presionasen de todas partes para que volviera a casarse y diese una nueva reina a Francia. Ya se había sometido a un matrimonio forzado. Decidió, pues, que había llegado la hora de vengarse; como te he contado, impuso aquella pordiosera y ex prostituta al mismo reino que le había impuesto a María Teresa y quitado a Maria. Y gozó mucho del escándalo que su elección suscitó en la corte: el ministro Louvois llegó a postrarse a sus pies para suplicarle que no se casase con ella.

Bajamos del alféizar y reanudamos la búsqueda.

—Mas una nueva sorpresa desagradable esperaba al Rey Cristianísimo. Su nueva esposa era mucho menos plácida de lo que pensaba…

—¿En qué sentido?

—Hace unos años el rey descubrió que madame de Maintenon pasaba informaciones, sobre cosas que él mismo le confiaba, a un círculo privado de curas, obispos y devotos, así como a ciertos sujetos sospechosos de herejía. Su propósito no era otro que el de «convertir» al rey. O, por decirlo más claramente, el de infiltrar al clero en el gobierno.

Me quedé boquiabierto. Ciertamente, pensé, no podía decirse que el rey de Francia hubiese tenido suerte con las mujeres: primero madame de Montespan, con sus misas negras, y ahora madame de Maintenon, a quien incluso había concedido la gracia del matrimonio, revelaba los secretos de Estado a los eclesiásticos para conducirlos al gobierno.

El lugar en que nos hallábamos volvió a antojárseme sórdido y hostil, y deseé regresar a los magníficos salones de abajo. Quizá también el rey de Francia añorase así el bello rostro de madame de Montespan cuando descubrió que su insignificante esposa era igual de venenosa.

—Imagínate —dijo Atto—, con todo lo que ya le había hecho pasar el cardenal Mazzarino. Al rey se le inyectaron los ojos en sangre; ¿cómo se atrevía esa mujerzuela del montón, a quien por divertirse había impuesto a la corte como esposa, a conspirar a sus espaldas y a revelar a ese hatajo de mojigatos los asuntos de Estado más secretos? ¡Ella, a la que el rey no había consentido nunca que comiese a su mesa! Ella, que en el palacio de Versalles sigue ocupando un aposento de amante. Ella, que, en fin, aunque es llamada «majestad» en privado, en público tiene que conformarme con quedar postergada.

—¿No la expulsó, como hizo con madame de Montespan?

—Habría podido encausarla, bajo la acusación de conjura política. Sin embargo, eso habría puesto en ridículo precisamente a quien había querido desposarla atentando contra el sentido común.

¿Qué hizo entonces el monarca ante la corte, que esperaba impaciente su reacción? Sorprende a todos y actúa como si nada ocurriese. En lugar de exiliar a la traidora, manda que sus reuniones diarias con los ministros se celebren… ¡en la habitación de ella!

Rey y ministro están sentados, el uno frente al otro. Detrás del segundo ocupa un lugar madame de Maintenon, sumida en la sombra de su «nicho», la cabina forrada de madera que ha mandado hacer, hipondríaca contumaz, para protegerse de las corrientes de aire. De vez en cuando Luis le pide su opinión. Pero no pasan de ser actos de distracción. La prueba es que ella debe responder forzosamente en términos vagos, y ni por pienso puede intervenir sin que lo requiera explícitamente el rey; si lo hace, éste arremeterá contra ella con violencia inaudita.

—Su Majestad no está dispuesto a admitir ante la corte que aquella falsa santurrona lo ha engatusado, por lo que opta por imponerla todavía más que antes. Pero entre ellos todo ha acabado —concluyó el abate Melani.

Detrás de una vieja estufa encontramos un jergón improvisado, a cuyo lado había un cucurucho de higos frescos, algunos todavía intactos, una bolsa de tela con algunas rebanadas de pan y otro envoltorio más grande, lleno de queso. Vimos también una botella de tinto medio vacía y un vaso azul historiado. Completaba el marco un velón medio consumido.

—Conque el holandés volante duerme aquí —observó Atto con desprecio—. Por eso nunca nos deja ni a sol ni a sombra. Fíjate cuánto queso come; una barbaridad, como todos los holandeses. Eso explica sus vaniloquios.

El hambre, con todo, nos rindió. El abate cogió con displicencia un trozo de queso, lo puso en una rebanada de pan con medio higo encima (pues no hay nada más rico que el dulce fruto sobre el sabor salado del queso) y acto seguido le dio un buen bocado. Yo, también con cierto apetito, cogí los mismos ingredientes y lo imité,

compartiendo con él tanto el vino como el vaso. Ahora bien, mientras que yo en pocos minutos di cuenta de aquella magra colación, Atto masticaba de mala gana, hasta que al cabo tiró el queso y siguió comiendo sólo el pan y el higo.

—Ya estoy harto del queso. También en Francia lo ponen en todo. Lo aborrezco.

Una vez que hubo terminado, Melani hurgó debajo del jergón, donde halló un peine, un par de zuecos y un tarro de sardinas saladas.

—Todo esto se lo ha comprado a vendedores ambulantes —dijo Atto sin ocultar su desprecio por las frugales costumbres de Albicastro.

Por fin nos pusimos de nuevo en marcha. Llegados al extremo norte de la planta, encontramos una enorme mesa de nogal con un gran cajón de aspecto tan sospechoso como el baúl que habíamos registrado antes.

—Es bien sólido —observó Atto—. Podría haber algo dentro —aventuró, e intentó abrirlo con el cuchillo—. No está cerrado con llave, sólo atascado.

Tratamos entonces de forzarlo con las manos, lo que nos robó mucho tiempo y fuerzas.

—Entre venenos, conjuras y traiciones —comenté—, la galería de esposas y amantes del Rey Cristianísimo es francamente poco honorable.

—No obstante ello, en la corte aún hoy tengo que oír cómo escarnecen y menosprecian a mi Maria —afirmó Atto con ardor, mientras resoplaba para sacar el cajón de la mesa—. La mujer fría, ambiciosa, intrigante y calculadora que en realidad era tenía que darse a conocer, según los cortesanos, con el naufragio de su vida. Los más indulgentes sostienen que finalmente demostró menos inteligencia de la que aparentaba con su brillante conversación. «Tenía ingenio», dicen entre risas, «pero nada de discernimiento. Ardiente, impulsiva, sus estallidos de cólera sedujeron durante un tiempo, pero después molestaron». He tenido que aguantar comentarios de esta índole a esas lenguas encarnizadas. Nunca se ha apaciguado su odio hacia Maria. Ni siquiera ahora, pasados cuarenta años y un número todavía mayor de amantes por el lecho del rey.

—¿Cómo lo explicáis?

—Maria era extranjera, italiana para más inri, como Mazzarino. Los franceses estaban cansados de italianos, tantos había llevado el cardenal. ¡La gota que colmó el vaso fue que el soberano perdiera la cabeza por la sobrina de aquél!

—Sin embargo, el rey tuvo muchas amantes, como acabáis de contar. ¿Cómo es posible que la corte siga acordándose de Maria todavía hoy? —pregunté con la esperanza de sonsacarle algo sobre los contactos secretos que mantenían ahora el rey y Maria Mancini.

—¿Cómo iban a olvidarla? Un ejemplo basta. La reina María Teresa y madame de Montespan se aliaron en una sola ocasión. Ocurrió hace treinta años, y fue contra Maria Mancini. Ésta, huyendo de su marido, pidió refugio en París, pero el rey no se

encontraba en la corte, sino en el teatro de la guerra que entonces libraba contra Holanda, y había dejado la regencia, como manda la tradición, a María Teresa. La petición de Maria pasó, pues, a la reina, que se la denegó. Actuó así instigada por Athénaïs, quien se había percatado de todo: Maria no sólo había sido el primer amor del rey, sino también el último; todavía podía quedar alguna llama.

Mientras tanto, habíamos terminado la exploración (bastante violenta, a decir verdad) de la mesa de nogal. En el afán de forzar las partes más íntimas nos habíamos despellejado las manos y las muñecas. Y, como a la postre comprobamos, en su interior no había nada.

—Cuando el rey se enteró de la petición de Maria —continuó mi compañero enjugándose los arañazos con un pañuelo—, ya era demasiado tarde para arreglar lo que María Teresa había hecho.

Luis, sin embargo, no quiere entregar a Maria a su marido, que la reclama. Encarga a Colbert que la instale en un convento alejado de París y le asigna una pensión. Maria, que no sabe nada de las maniobras de María Teresa y Athénaïs, exclama: «¡He oído decir que se da dinero a las mujeres para verlas, no para no verlas nunca!»

—Habéis dicho que eso ocurrió hace treinta años —apunté para acicatearlo.

—Has de saber esto —dijo Atto irritado por la cautela con que acogía sus apasionadas afirmaciones—. Tengo la certeza de que madame de Maintenon intenta desde hace tiempo convencer al rey de que invite oficialmente a Maria a París. ¿Por qué crees que lo hace, con lo celosa que es?

—Lo ignoro —respondí con fingida vacilación.

—Porque al rey se le oye cada vez más hablar de Maria, suspirar por ella. Tiene sesenta y dos años, los desengaños lo han minado, y está enjuiciando su vida. Maria tiene más o menos su misma edad. Lo que madame de Maintenon espera es que, si el rey la ve ahora, se rompa el recuerdo angelical que conserva de ella. Mas no sabe que el encanto de Maria es intemporal —añadió Atto con vehemencia, aunque no podía saber gran cosa del aspecto físico que tenía ahora la condestablesa, pues tampoco la veía desde hacía treinta años.

—¿Madame de Maintenon nunca la ha visto?

—Todo lo contrario. Se conocían y eran amigas. Maria incluso la llevó consigo a un balcón para ver desde allí la entrada triunfal del rey y de María Teresa en París, inmediatamente después de su boda. Pero es menester vivir al lado de Maria para entender que ni mil años de tiempo ni mil leguas de distancia pueden empalidecer su recuerdo —dijo de un tirón el abate.

—Ironías del destino: la primera mujer de Su Majestad y la última juntas en el mismo balcón —comenté—. Pero, don Atto, permitid que insista. ¿Cómo es posible que los sentimientos del rey no hayan cambiado desde hace treinta años hasta hoy? Si

no ha vuelto a verla —solté con la esperanza de que por fin se le escapase algo.

Calló un instante, pensativo.

—Yo tampoco la veo desde hace más de treinta años —murmuró.

Y, sin embargo, seguía amándola, concluí para mis adentros.

—Ahora por fin va a llegar —lo animé.

—Sí, eso parece.

Los minutos siguientes transcurrieron en el más absoluto silencio. Atto rumiaba algo.

—Salgo a tomar una bocanada de aire —dijo de pronto—. Ya no soporto tanto polvo. Tú haz lo que te plazca, nos veremos aquí dentro de veinte minutos.

Lo miré con aire interrogativo.

—Ah, claro, no tienes reloj —recordó—. Ven, bajemos.

Nos detuvimos en el segundo piso, donde Melani empezó a abrir los cajones de un bargueño.

—Había visto por aquí un relojito de viaje. Helo aquí.

Lo dejó sobre la tapa de un escritorio que había al lado y comenzó a darle cuerda. Luego lo puso en hora y me lo entregó.

—Ya está, así no te equivocarás. Nos vemos luego.

Atto estaba alterado. Habíamos rebuscado durante horas, pero precisaba salir por otro motivo: el furor de los recuerdos le había henchido el pecho y ahora quería estar un rato solo para aquietar las emociones.

Al punto, pues, me vi sumido en el más completo silencio, con el relojito en la mano, a modo de linterna.

Sentado en un viejo taburete de cuero, medité sobre el largo relato del abate Melani. Me había hablado de tres mujeres del Rey Sol, y tres eran los pisos del Navío que habíamos inspeccionado. Quizá estuviese dejando volar demasiado mi imaginación, mas, como ya presintiera, los tres pisos del Navío guardaban muchas semejanzas con aquellas tres mujeres. Los jardines de la planta baja, la gruta y el jardín secreto eran tan bellos y airosos como Louise de La Valliére; en la primera planta, la falacia y el primor de la espléndida galería de espejos y la superlativa magnificencia de la Aurora de Pietro da Cortona eran como madame de Montespan, «la mujer más bella del reino», «la amante reinante», mientras, al lado de la Aurora, el fresco del Mediodía con la caída de Faetón del carro del Sol parecía una advertencia contra la soberbia de Luis XIV, que en la época de madame de Montespan se hallaba precisamente en la cumbre de su reinado. Por último, la tercera planta era desabrida y ordinaria como el rostro de madame de Maintenon, triste como la vida del rey a su lado, vacía como la vejez del soberano.

A estas alturas ya lo sabía todo, o casi, sobre los avatares sentimentales del Rey Cristianísimo, excepción hecha de lo más importante: las relaciones que en la

actualidad mantenía con la condestablesa y qué perseguía el rey con la misión de amor (pues yo ya sabía que de eso se trataba) que había encomendado a Atto.

En ese preciso instante descubrí que no estaba solo.

Si primero fue el día o antes la noche,
si el hombre ha creado al burro,
si Sócrates engendró a Platón o viceversa.
Eso enseñan hoy en las escuelas.
¿No son necios y tontos de capirote
los que noche y día andan por ahí
atormentándose a sí mismos y
atormentando a los demás
con cosas que nadie puede cambiar?

Me volví. La voz que había recitado esos versos era la de Albicastro, que estaba parado en el umbral, balanceando el violín con una mano.

—¿Ahora me tomáis también a mí por loco? —pregunté, sorprendido por su declamación—. ¿Es que os he ofendido en algo?

—De ningún modo, hijo, de ningún modo. Sólo bromeaba. Es más, quería hacerte un cumplido. ¿Acaso el propio Cristo no agradece a Dios que ocultara a los sabios el misterio de la bienaventuranza para, en cambio, revelárselo a los niños o, lo que es lo mismo, a los pobres de espíritu? Porque en griego *nepiois* significa tanto «pobres de espíritu» como «niños», y se opone a *sofóis*, sabios.

—Es probable, señor, que por mi estatura semeje un zagal, mas sabed que vos y yo tenemos aproximadamente la misma edad —dije con cierto empacho—. De cualquier forma, sabed que con vuestras palabras no me habéis ofendido…

—Te lo agradezco, hijo —repuso Albicastro, y se sentó con desenfado en una *consolle* de pórfido—. De todos modos, yo me refería a tu alma, que me parece pura como la de un niño. O como la de un pobre de espíritu, si lo prefieres —añadió con una risita.

—Entonces, no puedo estar en mejor compañía. ¿No llamaban a san Francisco «el juglar de Dios»? —dije, ya definitivamente distraído de mis reflexiones.

—Mejor aún, como dijo el Apóstol: «Dios eligió lo que es locura para el mundo» y «plugo a Dios salvar a la humanidad por medio de la ignorancia».

—¿Qué habría que hacer, entonces? ¿Enloquecer?

—No; no hay que enloquecer, sólo simular locura.

—No os entiendo.

—En primer lugar, todo el mundo da la razón al famoso proverbio: «Donde falta realidad, lo mejor es la simulación.» Por eso se hace bien en enseñar a los niños esta máxima: «No hay nada más sabio que fingirse loco en el momento oportuno.»

—No creo que la simulación sea una gran virtud.

—Pues lo es, en la medida en que te libra de las alimañas. Fingirse loco es señal de la mayor sabiduría, como sabía perfectamente el joven Telémaco, hijo de Ulises. Fue el artífice del triunfo de su padre, ¿y sabes cómo? Fingió que se había vuelto loco en el momento debido.

No comprendí qué quería decir, pero en ese instante otras dudas me acuciaban.

—Señor Albicastro, permitidme una pregunta: ¿por qué habláis siempre de la locura?

Por toda respuesta, el músico holandés abrazó el violín y empezó a tocar su folía.

—En la primera carta a los corintios, san Pablo dice —recitó lentamente, al tiempo que con el arco pautaba las primeras notas de su melodía—: «Si alguno entre vosotros cree que es sabio, hágase necio, para llegar a ser sabio.» ¿Y sabes por qué? Porque, por boca del profeta Isaías, el Señor advirtió: «Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes.»

Me sentí intrigado y deslumbrado por aquella argumentación singular e indulgente sobre la locura. El holandés, por su parte, haciendo sonar quedas las notas de la folía, parecía encantado de arrastrarme a su terreno. Tal vez Atto tenía razón: comía demasiado queso.

—¿Según vos, entonces, la verdadera sabiduría se oculta bajo la locura? Pero ¿por qué? —pregunté poniéndome de pie para acercarme a él.

—Sertorio nos dice que es imposible arrancar la cola a un caballo de un solo tirón; ahora bien, podemos dejarlo sin cola arrancando las cerdas de una en una —respondió con candor Albicastro dando tres golpecitos a las cuerdas de su violín, como para reproducir el sonido de las cerdas arrancadas de una en una.

No pude dejar de reír ante su graciosa ocurrencia.

—¿Y no se malograría una representación si, en el teatro, alguien quitase la máscara a un actor para que los espectadores viesen su verdadera cara? —prosiguió el violinista—. ¿No merecería ese sujeto que lo echasen a pedradas? Levantar el velo de ese engaño significa arruinar el espectáculo. Todo en esta tierra es una mascarada, chico, pero Dios ha establecido que la comedia se interprete así.

—Pero ¿por qué? —insistí, mientras, repentina e impaciente, en mi alma se abría camino la sed de conocimiento.

—Ponte en el siguiente caso: un sabio, caído del cielo, de buenas a primeras arma un gran alboroto y a grito pelado proclama que uno de los muchos hombres a los que todo el mundo venera como amo y señor no tiene nada de amo y señor; peor aún, que no es siquiera un hombre, pues no es más que un trozo de carne viva que se deja dominar por las bajas pasiones, igual que una bestia. O todavía peor, que no es sino un esclavo de los más embrutecidos, puesto que voluntariamente sirve a otros amos y señores que están por encima de él y cuya vileza nosotros no podemos ni imaginar. Dime, ¿no sería repudiado por todos los pueblos, no dejarían de prestarle atención?

No hay nada más dañino que una sabiduría intempestiva.

Dicho esto, Albicastro bajó de la *consolle* de pórfido y, pirueteando al ritmo de su folía, se dirigió hacia la escalera de caracol.

Que, como Terencio enseña,
quien dice verdad cosecha odio.

Cuando terminó de declamar estos versos, que, según intuí, debían de pertenecer a su querido poema, *La nave de los necios*, de Sebastián Brant, que citaba siempre, se volvió una vez más hacia mí.

—El mundo es un enorme banquete, chico, y la ley de los banquetes es: «¡Bebe o vete!»

Oí bajar a Albicastro. Me quedé unos instantes inmóvil; sus palabras me bullían aún en la cabeza.

—Hemos de rendirnos a la evidencia.

Levanté la cabeza. Atto Melani había regresado.

—Los regalos deben de estar aquí —dije—. Tal vez no hayamos buscado bien a fondo. Deberíamos tratar de…

—No, es inútil. No se trata de buscar. Lo errado es la idea.

—¿Qué queréis decir?

—Me has dicho que Virgilio Spada, el tío del cardenal, tu amo, fue el primer dueño del papagayo.

—¿Y bien?

—El bueno de Virgilio, como bien sabes, tenía una colección de curiosidades.

—Así es, todos en la villa Spada lo saben. Virgilio Spada era muy religioso, pero también un hombre docto, sabio, y poseía una colección de *mirabilia*, de objetos curiosos y raros, bastante famosa y…

—Exactamente. Creo que tú también lo has entendido: cuando Benedetti decidió desprenderse de los tres regalos y dárselos a alguien, el candidato ideal era Virgilio Spada.

—Un momento. ¿Por qué había de dar Benedetti los regalos? ¿No le había encargado Mazzarino que los guardase aquí, en el Navío?

—Le encargó que los guardase, en efecto, pero… hay un detalle.

Fue así como Atto me reveló cuanto se había callado cuatro días antes, en nuestra primera visita al Navío, cuando me habló de Elpidio Benedetti, constructor y dueño del Navío, y de las relaciones que tenía con él.

—Verás, chico, una persona influyente ha de afrontar cada día las maquinaciones

más dispares e imprevistas —dijo a manera de prólogo—, y por ende necesita contar con hombres fieles y de confianza que lo acompañen en las incertidumbres de los asuntos cotidianos.

—Sí, don Atto. ¿Y bien? —No pude disimular mi malestar por su verbosa introducción, un recurso para justificar su pasada reticencia.

—Pues bien, el cardenal Mazzarino tenía, además de secretarios y colaboradores, una tropa de… fieles, por llamarlos de algún modo, entre los cuales me cupo el honor de figurar.

Los fieles, como explicó Atto con elegantes perífrasis, no eran sino espías, testaferros y muñidores de los que el cardenal se valía en los asuntos personales más secretos y delicados. Uno de ellos era el dinero; mejor dicho, el primero.

—Si te dijese que el cardenal era rico, mentiría. Era… ¿cómo diría yo? —añadió alzando la vista—, la riqueza encarnada.

Los muchos años pasados en la cima del poder del reino de Francia le permitieron un enriquecimiento disparatado, frenético, desmedido. Y, sobre todo, ilegal. El cardenal arañó un poco por todas partes: en los impuestos, en las contratas, en las concesiones, en las exportaciones. Entreveró a su antojo sus propios bienes con los de la corona y, al hacer la partición, buena parte del dinero que pertenecía al erario real se quedó pegada a sus dedos.

Naturalmente, semejante patrimonio (a la muerte de Mazzarino se habló de decenas de millones de *livres*, pero nadie sabrá nunca la cantidad exacta) debía invertirse con gran discreción.

—Mi pobre amigo Fouquet fue calumniado, arrestado por malversación, apartado de su familia y de sus afectos, y luego encarcelado de por vida. En cambio, el cardenal, auténtico responsable de todo, nunca pagó por sus licencias, por darles ese nombre, que eran incontables y muy graves —comentó el abate con voz amarga—, aunque hay que reconocer que supo evitar los peligros.

Mazzarino ocultó su patrimonio clandestino e ilegal. Confió los capitales secretos a banqueros y testaferros, en su mayoría del extranjero, para impedir así que alguien le tendiese una trampa. El dinero no se dejaba sólo en manos de banqueros. Mazzarino encargaba a sus secuaces que invirtiesen en cuadros, objetos preciosos, bienes inmuebles. Únicamente había que elegir. Su Eminencia podía permitirse lo que quisiera, y la tropa de sus fieles actuaba en toda Europa.

—Aquí, en Roma, por ejemplo, Mazzarino compró hace sesenta años a los Lante el magnífico palacio Bentivoglio en Monte Cavallo, que así se convirtió en el palacio Mazzarino. Desde hace veinte años la familia Rospigliosi reside ahí en alquiler, y mi buena amiga Maria Camilla Pallavicini Rospigliosi tiene la delicadeza de alojarme de vez en cuando.

—¡De modo que el palacio Rospigliosi es en realidad el palacio Mazzarino! —

exclamé algo emocionado, pensando en el espléndido edificio situado en el Monte Cavallo, que había visto cuando acompañé a Buvat a recuperar sus zapatos.

—Así es. Pagó por él setenta y cinco mil escudos.

—¡Una buena cifra!

—Es sólo para que te hagas una pequeña idea de las posibilidades del cardenal. ¿Sabes quién lo convenció de comprar el palacio?

—¿Elpidio Benedetti?

—Muy bien. Compraba en su nombre libros, cuadros, objetos de valor. Recuerdo, entre otras cosas, unos hermosos dibujos de Bernini, que le hizo pagar a un precio bastante elevado. ¿Y qué decir del palacio Mancini, donde se crió Maria? Benedetti lo hizo restaurar y ampliar sin escatimar gastos, todo a cargo de Mazzarino, por supuesto. Y cuando Su Eminencia invitó a Roma al señor de Chantelou para que comprase objetos de arte, Elpidio Benedetti fue quien lo mandó a ver a Algardi, Sacchi, Poussin… No sé si estos nombres te dicen algo.

—Son artistas famosos, creo.

—En efecto. Luego contrató, en nombre de su señor, a algunos músicos, que envió a París, como la ñoña de Leonora Baroni.

Atto no me preguntó si conocía ese nombre, pero yo lo recordaba. Él mismo me había contado, muchos años atrás, que aquella mujer había sido una cantante de enorme talento, a la que había tenido como encarnizada rival.

—Elpidio Benedetti fue también testaferro secreto de Mazzarino. A la muerte de éste, conservó dinero a su nombre, cuyo verdadero propietario no conocía nadie más que él. Carecía de medios para pagar algo tan grande y hermoso como el Navío. No es casual que proyectase su construcción inmediatamente después del fallecimiento del cardenal.

—Así pues, el Navío se…

—Se construyó con el dinero de Mazzarino. Como todo cuanto poseía Elpidio Benedetti, incluida su casita de la ciudad. Por algo, como ya te he dicho, Benedetti lo dejó en herencia al duque de Nevers, sobrino de Mazzarino y hermano de Maria.

—Quiso devolver lo robado.

—Bueno, tampoco hay que pasarse de la raya; ¿es ladrón el que roba a otro ladrón? —dijo con una sonrisita Melani.

Cuando el cardenal encargó a Benedetti la custodia de los regalos de Capitor, le puso una condición: esos tres objetos maléficos no debían permanecer en sus propiedades. Continuamente perseguido por sus propias culpas y por los fantasmas que aquéllas evocaban, tenía el oscuro presentimiento de que no sólo su persona, sino también sus bienes debían estar separados físicamente de esos objetos infernales.

Elpidio Benedetti cumplió la condición a rajatabla, pues también él era hombre supersticioso. Así, cuando hubo que decidir dónde guardar los tres regalos, no le

quedó más remedio que renunciar a tenerlos en su casa de la ciudad, que en realidad pertenecía a Mazzarino. El Navío a la sazón no existía (sería acabado seis años después de la muerte de su eminencia), de suerte que Benedetti no tuvo más opción que dárselos a otra persona: Virgilio Spada.

—¿Te acuerdas de la inscripción que leímos en la villa y que reza: «Sólo para tres amigos fabriqué, pero luego no supe encontrarlos»? Ya habíamos sospechado que los «tres amigos» eran los tres presentes de Capitor, pero el «no supe encontrarlos» tal vez aluda al hecho de que sólo está su retrato, mientras que los objetos no se pueden encontrar.

—Porque acabaron en poder del padre Virgilio —concluí.

—Por supuesto, no pudo ser una venta, sino una entrega en custodia —especificó Atto—, por cuanto, como te he dicho, el cardenal quería disponer siempre de esos tres objetos, por lo que pudiese pasar. Es posible, pues, que los regalos de Capitor se hallen aún entre los bienes de Virgilio Spada.

—¿Y dónde?

—La villa Spada es pequeña. Si el gran globo de Capitor estuviese allí, ya lo habrías visto.

—Sí —reconocí—. Pero, esperad. Tengo la certeza de que Virgilio Spada poseía un globo terrestre, cuya factura, si no recuerdo mal, era flamenca.

—Como el de Capitor.

—Exacto. Ahora está en el palacio Spada. Yo no lo he visto, pero he oído hablar de él. Sé que visitantes de todo el mundo acuden a admirar las rarezas del palacio. Es algo que enorgullece mucho al cardenal Fabrizio. Si el globo se encuentra en el museo de curiosidades del padre Virgilio, ahí tiene que estar también el plato de Capitor. Pero vos deberías saberlo —añadí—. Cuando nos conocimos en el Donzello, creo que estabais escribiendo una guía de Roma…

—Ay —exclamó Atto con una mueca de disgusto—. ¿Recuerdas cuándo la interrumpí? Desde entonces no he vuelto a tocarla. Llegué a visitar un montón de palacios de Roma, pero el de los Spada era uno de los pocos que me faltaban. Bien es cierto que por libros y otras guías, conozco las maravillas arquitectónicas que en él abundan, pero nada más. Ahora tendremos que encontrar la manera de entrar.

—Podríais aprovechar la visita al palacio que el cardenal Fabrizio ofrecerá a todos los invitados el próximo jueves, el último día de los festejos.

—Para seguir con mi guía de Roma tal vez, pero no para encontrar el plato de Capitor. Faltan tres días para el jueves. No puedo esperar, tanto tiempo. Además, ¡menuda idea! Con el palacio Spada repleto de huéspedes, me dedico a revolotear a mis anchas de habitación en habitación y a hurgar en cajones y cofres —agregó el abate imitando con los brazos el vuelo de una mariposa curiosa.

—¿El palacio Spada, decís? ¿Y por qué ha de preocuparos? —preguntó una voz

argentina que yo conocía bien.

El abate Melani se sobresaltó.

—¡Por fin hemos dado con ellos, señor Buvat! Ya os dije que seguramente tanto mi adorado marido como vuestro amo estaban aquí.

Cloridia, seguida por Buvat, había venido a buscarme y me había encontrado.

Mi esposa tenía noticias para nosotros. Informada por nuestras dos niñas (que, en ausencia de su madre, siempre mantenían los oídos bien alerta para luego referírselo todo hasta en los mínimos detalles) del lugar a donde habíamos ido, fue por el secretario del abate Melani, que también nos buscaba, para finalmente adentrarse en el Navío.

Después de haberse evitado varias veces, Cloridia y Atto se encontraban ahora en ese raro trance. Melani, a quien la voz de mi esposa había hecho esbozar una mueca de enfado, se volvió hacia ella. Entonces, al verla por primera vez al cabo de tantos años, de improviso su rostro mudó de expresión.

—Buenos días, doña Cloridia —la saludó, pasados unos instantes, con una inclinación y una cortesía inesperada.

En la Posada del Donzello el viejo castrado había dejado una cortesana procaz y descarada de diecinueve años, y ahora tenía delante a una esposa y madre serena y radiante. Mi mujer era francamente hermosa, y ahora lo era más que cuando la había conocido, pero sólo en ese instante, a través de la mirada admirada del abate, la vi en todo su esplendor, por vez primera privado del dulce manto de la costumbre conyugal. Sus rizos, que ya no llevaba planchados ni eran rubios, sino de su moreno original, estaban recogidos en la nuca con naturalidad y enmarcaban libremente el rostro de Cloridia. Los párpados sin maquillaje y los labios rosa pálido le daban una frescura que Atto no había visto en la joven meretriz de muchos años atrás.

—Perdonad la irrupción —dijo mi consorte tras responder con otra inclinación al saludo de Atto—, pero tengo novedades. Pasado mañana tendrá lugar aquí un nuevo encuentro de los tres cardenales que os interesan —anunció sin más preámbulos.

—¿Cuándo exactamente? —preguntó enseguida Atto.

—A mediodía. Os ruego que tengáis cuidado —agregó Cloridia con un tono que dejaba traslucir cierta inquietud.

Sonreí para mis adentros. La noticia era demasiado importante para que mi mujer no nos la refiriese. Sin embargo, ahora veía confirmado cuanto había sospechado de Cloridia. Se había enfriado el entusiasmo con que al principio se había prestado a ayudarnos en nuestras pesquisas, pues temía por mí.

—Podéis estar tranquila. Yo velaré por vuestro marido —prometió Melani con voz meliflua e increíble empaque.

—Os lo agradezco —repuso mi esposa inclinando levemente la cabeza—. ¡Qué

magnificencia! Es la primera vez que entro en el Navío —añadió después de mirar alrededor estupefacta.

Por suerte, la belleza de la villa la había distraído de sus miedos.

—Nuestro Buvat no puede decir lo mismo, aunque no creo que en la ocasión anterior se fijase en nada —dijo risueño el abate acordándose de la llegada de Buvat cubierto de sangre, tras el parto de la princesa de Forano.

El secretario de Atto no le oyó; ya estaba distraído leyendo las numerosas inscripciones de las paredes del salón en que nos hallábamos.

—Para los años que lleva abandonada, la villa se encuentra en muy buen estado. Diríase que su patria son las islas Afortunadas, también llamadas de la Locura, pues ahí nació dicha diosa, donde todas las cosas crecen sin semilla ni aradura, donde no hay fatiga, vejez ni enfermedad. Eso es al menos lo que cuenta el docto Erasmo, mi compatriota —añadió Cloridia como si tal cosa.

Atto y yo nos sobresaltamos. La audaz observación de Cloridia me dejó atónito. Aún no había tenido tiempo de hablarle de nuestro encuentro con el extravagante músico holandés ni del motivo de la folía que éste tocaba sin parar, acompañándolo con curiosas máximas sobre la locura. Y, sin embargo, era como si lo hubiese intuido todo, y además con la mayor naturalidad: el Navío y la locura. Y no sólo eso; criada también en Amsterdam, había oído hablar muchas veces, como Albicastro, de los encomios que su compatriota de Rotterdam había tejido en honor de la demencia. Pensé que la antigua familiaridad de mi esposa con las artes adivinatorias no debía de ser ajena al asunto. Atto parecía compartir mi opinión.

—Antes, si la memoria no me falla, erais maestra en la lectura de la mano —dijo ocultando su turbación—. ¿Puedo ahora preguntaros qué es, según vos, lo que da la eterna juventud a esta villa deshabitada?

—Muy sencillo: lo que los griegos denominaron atinadamente «buena disposición del alma» y nosotros preferimos llamar locura.

—¿De modo que sois dueña de un arte arcano que os permite juzgar que el lugar en que nos hallamos posee un alma? —inquirió el abate sin disimular su escepticismo.

—¿Qué mujer, digna de ese nombre, no posee ese arte? —preguntó a su vez Cloridia con una sonrisita pícara—. Pero pasemos a otra cosa. He oído que necesitáis entrar en el palacio Spada.

Le resumí nuestra complicada situación (suscitando en ella múltiples exclamaciones de asombro) y le hablé del globo flamenco y del plato que debíamos buscar en el museo de curiosidades dejado por el difunto Virgilio Spada.

—Casualmente tenéis ante vosotros a la persona apropiada. Dentro de unos días dará a luz la mujer del credenciero del palacio Spada. La atiendo desde hace meses. Va a ser un parto largo y difícil, la mujer está muy entrada en carnes y seguramente

necesitará la ayuda de su marido. El palacio, pues, va a quedar sin vigilancia.

—Pero habrá otros criados —objeté.

—¿Olvidas que todos están ahora en la villa para ayudar a los criados de allí? —repuso Cloridia con aire donoso—. Os diré más. El credenciero y su esposa se han instalado temporalmente en un cuartito de la planta baja, para vigilar mejor ahora que el palacio está vacío. Ellos también debían trasladarse a la villa Spada, pero por el embarazo de la mujer ha ido en su lugar el guardián. Es una ocasión que no podemos desaprovechar —concluyó con aplomo.

Qué segura estaba de sí mi Cloridia, pensé divertido. Temía por mí sólo cuando iba por ahí sin ella. En cambio, cuando podía acompañarme o estar cerca, se volvía incluso temeraria, como si se sintiese una poderosa diosa, cuya sola presencia bastaba para hacerme invisible.

—Pero ¿no hay nadie más en el palacio? —preguntó dubitativo Atto.

—Están los guardias, por supuesto, pero se limitan a ir de ronda alrededor del edificio —explicó Cloridia.

—Lo que ocurre es que nosotros precisamos entrar en el palacio Spada lo antes posible —objetó Atto—. No podemos esperar a que esa mujer esté en días.

—Eso es sencillo. Hoy voy a pasar a hacerle una visita. Le doy una infusión de hierbas estimulantes… y asunto resuelto.

—¿Quieres decir que puedes hacerla parir antes de tiempo? —pregunté perplejo, pues mi esposa nunca me había dicho que las comadronas supiesen recurrir a esos expedientes—. ¿Cómo es posible?

—Muy fácil. Le haré estornudar la matriz.

Temiendo que Cloridia nos estuviese tomando el pelo, Atto y yo nos callamos un instante.

—¿Queréis decir que el útero femenino puede estornudar? —inquirió circunspecto el abate.

—Claro. Tal que fuese la nariz. Hay que coger un dracma de mejorana, medio de neguilla, un escrúpulo de clavo de olor y otro de pimienta blanca bien molidos, medio escrúpulo de nuez moscada, eléboro blanco y castóreo, mezclarlo todo y hacer un polvo casi impalpable. A continuación, con una pluma se ha de soplar varias veces en la matriz de la mujer, que ello provocará admirables estornudos. Si eso no fuese suficiente, hay que echar en un bocal de carbones los mismos polvos mezclados con grasa, con el fin de que produzcan humos que hagan estornudar a la matriz. Naturalmente, antes habrá que abrir mucho el útero, para que el humo penetre hasta el fondo, lo que se consigue fajando bien a la mujer con una sábana alrededor del ombligo.

—Perdonad —la interrumpió Atto preocupado—. Eso no es peligroso, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Ciertos remedios agradan sobremanera a la matriz de la

mujer. Así, si se le pone delante aroma de musgo o de ámbar, se siente al punto atraída, por lo mucho que le gustan esos olores. Estoy segura de que, con estos recursos, el credenciero del palacio Spada me mandará pronto a buscar a toda prisa, porque la criatura estará a punto de nacer.

—¿Y si no surte efecto?

—Lo hará. Si no, emplearé algunos simples que actúan rápidamente por propiedades ocultas, como la piedra del águila atada al muslo, la piel de ciervo o la semilla de verdolaga, que se da a beber a la parturienta con vino blanco; o también la placenta de perra pulverizada, que se unta en la boca del sexo; o las mudas que dejan las serpientes en el mes de septiembre, que se introducen en la matriz. Pero este último remedio es menos prudente.

Viendo con qué naturalidad enumeraba Cloridia todas esas maniobras, el abate Melani había empalidecido.

—¿Cuándo crees que…? —pregunté.

—Como está gorda, dudo que los dolores le empiecen antes de mañana, entre las tres y las cuatro. ¿Es demasiado tarde?

—No, nos puede valer. Pero ¿cómo vamos a entrar y salir? —inquirió el abate.

—Hoy, cuando vaya al palacio Spada, me informaré discretamente y estudiaré la situación. Mañana os diré algo. Eso sí, tendréis que arreglároslas solos con las llaves de las habitaciones.

—No os aflijáis por eso —repuso Atto con una sonrisita.

Adiviné en quién estaba pensando.

Sexta Noche

12 DE JULIO DE 1700

El cometido que esta vez me tocaba cumplir en el jardín, huelga decir que vestido de jenízaro, consistía en aparejar las luces para el entremés que iba a representarse esa noche. Estaba a las órdenes del gentilhombre de la casa, don Paschatio Melchiorri, a quien a su vez había instruido el arquitecto. Éste había tenido una idea sumamente original: hacer que los propios preliminares, en verdad singulares, fuesen un espectáculo, para solaz y esparcimiento de los invitados antes del comienzo de la obra.

En el espacio se había colocado una mesa con un fuego en medio, sobre el cual yacía un caldero con agua hirviendo. Intrigados, unos cuantos cardenales se aproximaron.

—Prepararemos ahora varios colores transparentes para embellecer la pieza de esta noche, y primeramente el color zafiro, o celeste, que también es el más hermoso —dijo con tono de pregonero don Paschatio, en atuendo de gala, mientras yo lo seguía con un bacín de barbero, una vasija de latón bajo el brazo y una bolsa en bandolera.

»Maestro pajarero, sacad de la bolsa un trozo de sal amoníaca. Frotadla en el fondo y por las paredes del bacín hasta que se consuma entera y añadid de cuando en cuando un poco de agua, pero poca, insisto, pues, cuanta más sal haya, más espléndido será el color.

Obedecí, tras lo cual me pidió que pasase el agua por un filtro y la dejase en la vasija de latón. Vi con sorpresa que salía un agua del color del zafiro. Acto seguido, me rogó que vertiese una parte en dos grandes frascos de cristal que tenían la curiosa forma de una media luna: una de sus mitades era cóncava y la otra, convexa.

—Ahora elaboraremos agua esmeraldina —anunció don Paschatio, mientras extraía de la bolsa un frasquito con algo amarillo que parecía azafrán.

Echó un poco en el agua de uno de los frascos celestes, lo mezcló rápidamente con una cuchara y enseguida el líquido cambió de color, volviéndose verde.

A continuación pusimos una buena cantidad de piedra alumbre en el caldero de agua hirviendo; una vez disuelta, la espumamos y trasegamos con un filtro a cinco frascos de vidrio, el último del tamaño de un perol.

—Aquí tenemos el color rubí —dijo don Paschatio a los presentes, al tiempo que vertía en el primer frasco unas gotas de un vino bermejo bien cargado de color, que al punto tiñó el agua de un rojo vivísimo.

»¡Y ahora el color balaje! —exclamó echando en el segundo frasco vino tinto y blanco.

Luego, en los dos últimos frascos vertió un vinillo de Frascati y una botellita de tinto de Marino.

—¡Y, para terminar, el color gris paja y el topacio! —dijo complacido, mientras en el rostro de todas las señorías y eminencias se dibujaba el estupor.

—¿Y éste? —preguntó el cardenal Moriggia señalando el frasco más grande.

—Se queda así. Imitará el color diamante que tiene en las islas griegas el astro diurno —respondió don Paschatio, que nunca había estado en Grecia, pero que, como un papagayo, repetía las instrucciones del arquitecto.

Así terminó el espectáculo de la preparación de los colores. En cambio, el que ahora nos aprestábamos a llevar a cabo, me explicó don Paschatio, debía mantenerse a reparo de las miradas indiscretas.

—Pues, si descubren el artificio, adiós maravilla —dijo con un gesto furtivo.

Con ayuda de otros criados llevamos los frascos detrás de la tela pintada del escenario, que representaba la campiña de Chipre. Ahí había una pared de madera calada. Tapamos los agujeros con los frascos colocados por su mitad convexa, sostenidos por trípodes. Detrás de cada uno, por el lado cóncavo para que recibieran mejor la luz, pusimos una mariposa, o sea, una lámpara que irradiaba una luz de intensidad constante.

—Sube hasta el extremo el frasco más grande —me ordenó el gentilhombre de la casa señalando la parte alta de la tela pintada—. No pongas detrás una lámpara, sino una gran antorcha. Y tras ésta, un bacín de barbero bien bruñido, que reflejará la luz de la llama.

Mi estupor fue mayúsculo cuando, al salir de detrás de los bastidores para contemplar el resultado de los preparativos, vi que un sol gallardo y diamantino resplandecía artificiosamente en el cielo chipriota de la tela pintada y se erguía, paternal, sobre la festiva campiña compuesta por frescas y luminosas verduras esmeraldinas e inflorescencias de color rubí, balaje y topacio, mientras en lontananza los destellos de zafiro del mar se elevaban sobre las olas espumosas y perladas, color gris paja.

El escenario estaba adornado además con árboles, piedras, colinas, cerros, hierbas, flores, fuentes y hasta cabañas rústicas, todo ello de finísima seda de variados colores, ya que la liberalidad del munífico cardenal Spada, junto al juicio y el arte del arquitecto, enemigos ambos de la espantosa avaricia, había echado por tierra buena parte del trabajo del maestro florista para recrear todas las cosas con seda, que así serían más alabadas que si eran naturales. El mar, compuesto de igual guisa, estaba lleno de conchas, caracoles y otros animalillos, troncos de coral de todos los colores, madreperlas y cangrejos insertados entre las piedras, con tal

diversidad de hermosuras que me extendería demasiado si quisiera escribir sobre todas ellas.

El escenario estaba simplemente iluminado con alegres parejas de antorchas, porque el espectáculo se iniciaría al final de la tarde, cuando la luz del día refulge aún generosa. Asimismo, otras lámparas ofrecían, a los actores y a los espectadores, no sólo luces resplandecientes, sino también perfumes soberbios: copas repletas de agua alcanforada colgaban de candelabros o de hachones, de suerte que, como enseña Serlio, irradiaban bellos fulgores y suaves efluvios, que disponían el corazón y la mente de los presentes al disfrute de la pieza.

Para entonces las gradas, con confortables butacas de satén, ya estaban llenas de un noble público. Yo, lógicamente sentado en el suelo, esperaba el principio del espectáculo. Desde el lugar donde me encontraba, incómodo y demasiado lateral, de todos modos oía los comentarios de los invitados situados en las primeras filas. Tres caballeros eran especialmente parlanchines. Siguieron hablando incluso cuando los actores hicieron su entrada en el escenario.

—El último espectáculo al que recuerdo haber ido fue en marzo, en el palacio de la Cancillería. Era el oratorio de Scarlatti, la *Santissima Annunziata* —dijo uno de los tres.

—¿Aquel de cuya letra es autor el cardenal Ottoboni?

—El mismo.

—¿Qué nos decís de los versos del cardenal? ¿Eran… ottobuenos?

—Ottopésimos —respondió el otro.

Los tres caballeros estallaron en estruendosas carcajadas, al tiempo que se sumaban a los aplausos con que el auditorio daba la bienvenida a los actores.

—A propósito de cosas ottopésimas, ¿qué opináis de la comedia de Giovanni Domenico Bonmattei Pioli?

—¿La que imprimieron en enero del año pasado?

—Una auténtica bazofia. Lo apadrinó Ottoboni, que es miembro de la muy docta Academia de la Arcadia, pero las comedias de Pioli son el colmo de la vulgaridad.

—Su Santidad debe de haber sufrido una recaída —dijo el tercer caballero cambiando de tema—. Hoy ha cumplido nueve años de pontificado. En el Quirinal han celebrado capilla pontificia, y él no ha asistido.

—No, yo os diré qué le ocurría. Estaba claudicando bajo los golpes del embajador de España y sus amigos.

—¿En serio? —preguntó uno de los otros dos—. ¿Queréis decir que por fin han conseguido convencerlo?

—Un viejo enfermo como él no podía resistir largo tiempo las acometidas de esos cuatro zorros.

—Pobre hombre. Seguro que la cosa no acabó antes de la hora de comer —concluyó el tercer interlocutor—. A Su Beatitud sólo se le ha visto por la tarde, cuando salió a la ciudad, donde fue muy aplaudido.

—Con todo merecimiento, porque ese pobre Papa es un santo y mártir.

—Confiemos en que Dios Nuestro Señor lo llame pronto a su lado, para que así terminen sus sufrimientos. Al fin y al cabo, ya no pinta nada…

—Chitón, *lupus in fabula* —dijo el segundo señalando la alameda por la que avanzaba el cardenal Spada, seguido por los novios. Una nueva salva de aplausos los recibía.

Con un breve gesto, el dueño de la casa invitó a los comediantes a empezar. Era un entremés debido a la pluma del romano Epifanio Gizzi, titulado *Amor, premio de la constancia*. Versaba sobre nobles sentimientos y sobre las virtudes de la fidelidad y perseverancia que demanda el sagrado vínculo del matrimonio.

El escenario se abrió con algunos efectos que deleitaron grandemente a los espectadores. El arquitecto había mandado confeccionar siluetas de cartón grueso y coloreado, que, desplazándose a través de un listón de madera ensamblado al suelo con cola de milano, cruzaban por debajo de un arco, detrás del cual permanecía oculto el hombre que las maniobraba, el propio arquitecto, mientras una música vocal e instrumental sonaba dulcemente. A la vez, con la misma técnica del cartón recortado, pasaban por el cielo la luna y los planetas, que, sin que nadie nos viese, tirábamos con un alambre de hierro negro.

La obra estaba muy bien conseguida y el público disfrutó de lo lindo. La acción se desarrollaba en la isla de Chipre. Los personajes eran dos caballeros, Rosauro y Armillo, éste acompañado por su zafio criado Barafone, que en varias peripecias se disputan los favores de dos damiselas, Florinda y Celidalba. Tras innumerables reveses de la fortuna (duelos, naufragios, carestías, cambios de identidad, reconocimientos, intentos de suicidio), se descubre que Armillo se llama Alcesti y que es hermano de Celidalba, cuyo verdadero nombre es Lindori. Entretanto Florinda, que en todo momento ha desdeñado las sentimentales atenciones de Rosauro, acaba cediendo y se casa con él, demostrando así que la constancia siempre se ve recompensada con el amor.

Los caballeros vestían ropas magníficas, confeccionadas con paños de oro y de seda, y hasta el jubón del criado estaba forrado de finísimas pieles de animales salvajes. Las redes de los pescadores, que hacían de comparsas en la playa, eran de oro fino, e incluso los atuendos de las ninfas y pastorcillas despreciaban la avaricia.

Mientras los actores arrancaban aplausos y risas al noble público, entre bastidores los otros fámulos y yo creábamos los efectos escénicos más variados. Simulamos un naufragio digno de asombro por su verosimilitud. Para imitar el sonido del trueno, hicimos rodar por el suelo de madera una gran piedra; para obtener los relámpagos

soltamos transversalmente sobre el escenario un pedrusco ornado de oro estridente, cuyos destellos parecían de lo más auténticos; por último, para remedar las centellas me coloqué detrás del bastidor con un bote lleno de polvos de barniz en medio de cuya tapa, que estaba agujereada, había una vara encendida, de esas que hacen fuegos de bengala. Todo, truenos, relámpagos y centellas, lo pusimos en marcha a la vez y el efecto que obtuvimos fue sensacional.

Los náufragos que arribaron a la playa de Chipre se calentaron en el escenario con un fuego que prendimos con una candelilla y un aguardiente muy fuerte, y tanto duró que todo el mundo lo tuvo por un prodigio.

Mientras así trajinaba detrás de los bastidores, tenía la mente en otra cosa. ¿Qué habían querido decir los caballeros a los que había oído hablar con aquello de que el embajador español, el duque de Uzeda, finalmente había convencido al Papa? De sus palabras casi podía colegirse que él y otros habían presionado al moribundo Pontífice para que hiciese algo que a todas luces no le complacía. Sobre Uzeda sólo sabía lo que había leído en la correspondencia entre Atto y la condestablesa: el embajador de España había presentado a Su Beatitud la petición de ayuda de Carlos II.

¿De qué podía tratarse? ¿Y quiénes eran los otros tres «zorros» que sin muchas contemplaciones habían ayudado a Uzeda a hacer claudicar al viejo Papa? Los tres caballeros a quienes acababa de oír compadecían sinceramente al Papa, que sufría y al parecer ya no tenía ningún poder. Sus palabras me traían a las mientes las reflexiones de la condestablesa, quien había escrito que el Papa solía decir: «Se nos priva de la dignidad que pertenece al vicario de Cristo y se nos abandona.» ¿Quién se atrevía a hacer eso al sucesor de Pedro?

«*Lupus in fabula*», había dicho al final uno de los tres caballeros cuando apareció el cardenal Spada, tras lo cual la conversación se interrumpió bruscamente. ¿Por qué? ¿No sería que mi benévolo amo, el cardenal Fabrizio, era uno de los susodichos «zorros»?

—Me alegra comprobar que sigue siendo cierto lo que afirma el muy docto padre Mabillon sobre las bibliotecas de Roma, cuyas condiciones, por otra parte, son igual de excelentes que cuando estuve en Italia hace muchos años —aseguró Buvat con entusiasmo.

Una vez terminada la representación del entremés, el abate Melani había regresado a sus aposentos seguido por mí y había llamado a su secretario para que lo informase de cuanto había averiguado durante sus investigaciones. Por fin llegaba el momento de saber qué había ido a hacer el fiel servidor de Atto a la ciudad.

—Buvat, olvidaos del padre Mabillon y contadme qué habéis descubierto —lo conminó Atto.

El secretario repasó un montón de hojas con anotaciones rasgadas a toda prisa en

una caligrafía minúscula y puntillosa.

—Lo primero que hice fue pedir consejo a Benedetto Millino, ex bibliotecario de Cristina de Suecia, que…

—No me interesa saber quién os ha aconsejado, sino lo que habéis encontrado.

Eso era lo que pretendía explicar, dijo Buvat, y enseguida añadió que había ido a la biblioteca de la Sapienza, a la Angelica, a la Biblioteca Barberina alle Quattro Fontane, a la biblioteca del Colegio de la Penitencia en San Pedro, al Colegio de los Padres Franciscanos Menores de San Juan de Letrán, a la biblioteca de los penitenciarios de la basílica de Santa María Mayor, a la Vallicelliana en la Chiesa Nuova, a la biblioteca del Colegio Clementino, a la Colonnese, o Sirleta, a la biblioteca de los padres teatinos y a la de la Trinidad de los Montes de los padres mínimos de San Francisco de Paula, así como a la del eminentísimo cardenal Casanate, heredada por los padres dominicos, y a…

—Bien, bien. Lo esencial es que no hayáis ido ni a la de los jesuitas ni a la del Vaticano. Están llenas de espías, que lo habrían fisgoneado y registrado todo.

—He cumplido vuestras órdenes, señor abate.

—Espero que también os hayáis abstenido de acudir a las bibliotecas privadas de los cardenales, como las de los Chigi o las de los Pamphili.

—Sí, señor abate. Como me advertisteis, habría llamado demasiado la atención.

Lo cierto es que a Buvat esa triple abstinencia le había supuesto una gran desventaja, pues en la Biblioteca Apostólica del Vaticano, en la de los jesuitas y en la de los palacios de las familias cardenalicias habría encontrado mucho más fácilmente los libros que buscaba.

Por suerte, exhibiendo su acreditación de escribano de la Biblioteca Real de París, lo habían recibido con benevolencia en todos los sitios en los que se presentó. Pudo así tocar, y aun hojear, un manuscrito griego de ocho siglos de antigüedad que recogía el famoso *Comentario sobre el sueño de Nabucodonosor*, compuesto por san Hipólito, obispo de Oporto; por primera vez había consultado las célebres *Antigüedades*, de Pirro Ligorio, en dieciocho tomos; asimismo, la recopilación de sagrada y profana erudición del caballero Giacovacci y un códice latino con las *Actas del Concilio de Calcedonia*, con enmiendas al original. Con la yema de sus temblorosos dedos rozó la biblioteca personal de san Felipe Neri en la Vallicelliana, donde se hallaban la *Vita di Sant'Erasmo Martire*, escrita por Giovanni Soddiacono, monje de Monte Casino, luego convertido en Pontífice con el nombre de Gelasio II (cuyo decimoctavo volumen, subrayó Buvat, contiene, como es sabido, la antigua *Collation*, de Cresconius), un importantísimo códice de Beda el Venerable sobre el Círculo Lunar y las Seis Edades del Mundo, las colecciones del portugués Aquiles Estaço, de Giacomo Volponi d'Adria y de Vincenzo Bandalocchi, además de los famosos repertorios del abogado Ercole Ronconi.

Con todo, la visita más emocionante era la que había hecho a la biblioteca del Colegio de Propaganda Fide, celebérrima por su imprenta, donde, con magnánimo y previsor celo, se editan libros en veintidós idiomas. Esta biblioteca hacía fundamentalmente gala, explicó el secretario de Atto, de los cuidadísimos catálogos de los libros que poseían, incluidos los más singulares e impresos en las naciones extranjeras, ordenados conforme a la diversidad de lenguas, la variedad de las costumbres, las rarezas de las religiones y de las normas, y que estaban escritos con los caracteres, los emblemas, las cifras, los jeroglíficos más exóticos, y con líneas misteriosas trazadas en cuero de elefante, en cortezas, en membranas de pescados o en pieles de dragones.

—¡Ya es suficiente, Buvat, vive Dios! —imprecó Atto dándose una palmada en la rodilla—. Me importan un ardite los libros impresos sobre cortezas de pescado. ¿Por qué tendréis que desmandaros siempre que se habla de libros y de manuscritos?

En nuestro trío cayó el silencio. Buvat estaba humillado. Por mi parte, estaba impresionado por la cantidad de bibliotecas que había visitado el escribano francés. En poco tiempo había revisado los inmensos recursos librescos de la ciudad —no poco distantes entre sí—, fruto de la secular obra de acumulación de libros impresos y manuscritos de decenas de papas y cardenales. Era indudable que sólo una infinita pasión por la literatura y la escritura podía haber inspirado tan intensa y extensa investigación. La pena era que al secretario de Atto le costase tanto pasar del análisis a la síntesis.

—Buvat, os mandé en busca de libros porque en esta ciudad todo el mundo habla de ciertos temas, pero nadie tiene las ideas claras. Informadme únicamente del asunto que os pedí que investigaseis: los cerretanos —rogó Atto—. ¿Qué podéis decir de su lengua secreta?

—Es complicadísima —respondió Buvat, esta vez con menos entusiasmo—. Cierto es que los esbirros pueden aprender algún rudimento, pero sólo la práctica cotidiana permite comprender correctamente lo que murmuran entre sí. Es una lengua secular, pero de cuando en cuando, si detectan que ya no es del todo impenetrable, la renuevan con pequeñas modificaciones que la vuelven de nuevo incomprensible. La rígida tradición de los cerretanos establece que sea su rey, y solamente su rey, el encargado de establecer las nuevas reglas. Las escribe de su puño y letra (razón por la cual no puede ser nunca analfabeto) y luego se leen en una reunión general con representantes de todas las sectas, quienes después se encargan de divulgar el nuevo código por todas partes. Así, desde hace siglos, sólo ellos hablan su lengua y nadie puede denunciarlos. Ni siquiera cuando descifran los secretos militares de los reinos en que moran y los transmiten al enemigo.

—¡Espionaje! —gruñó Atto—. ¡Ya lo sabía! ¡Maldito Von Lamberg!

—¿Cómo consiguen apoderarse de los secretos? —pregunté.

—Ante todo, siempre pasan inadvertidos. Nadie se fija en un viejo mendigo tirado en la calle, aparentemente turulato —contestó Buvat—. Ese sujeto, sin embargo, duerme con un ojo abierto, está al tanto de la hora en que entramos y salimos de casa, sabe quién nos acompaña, desde debajo de la ventana escucha las conversaciones y, a la primera de cambio, nos roba en nuestras narices. Además, son legión, y se comunican entre sí a la velocidad del rayo. Uno ve algo y al momento ya están al corriente diez, cien de sus compinches. Nadie es capaz de distinguirlos entre sí, porque todos parecen iguales, sucios y malcarados. Sobre todo, nadie comprende lo que se dicen cuando hablan. Sus sectas…

—Un momento. ¿Habéis revisado el libro que os dije?

—Sí, señor abate. Según creíais recordar, la *Nave de los necios*, de Sebastián Brant, contiene un capítulo sobre los mendigos alemanes. Éstos también poseen una lengua secreta y mantienen estrechas relaciones con los italianos. Tanto es así que entre los vagabundos italianos existen grupos llamados *lanzi, lancresine* o *lanchiesine*, probablemente porque dichos nombres se derivan del alemán *landreisig*, que precisamente significa vagabundo y sin hogar. Además, cada grupo de…

—¿Mantienen estrechas relaciones, decís? Estupendo, continuad.

—Pues bien, *La nave de los necios* es una fuente histórica de lo más interesante para el estudio de los cerretanos y sus costumbres, tal vez la primera de su especie, ya que se publicó en Basilea para el carnaval de mil cuatrocientos noventa y cuatro, mientras que el llamado *Liber vagatorum*, que se considera el documento más antiguo que ha llegado hasta nosotros sobre los vagabundos, si bien ya circulaba a finales del siglo quince, no fue impreso hasta mil quinientos diez…

—Id al grano.

Buvat extrajo sin demora una hoja de su bolsillo y leyó:

En su jerga se expresan,
y de la limosna se alimentan.
Por sus socorridas son
alojados y vestidos,
que ellas, renqueando por la ciudad,
simulan enfermedad y pobreza suma
para a su cónsul llevar numos.
Él, mientras, garbeando va
y con los dados hace fustas.
Tras trampear aquí y allá,
bate talones esta alma lasa
por el verdoso, donde afana
ansarones y gomarras,
que, con sus avisos y avechucos,
hace cuartos y garrote da.

—Hete aquí la jerga, su lengua secreta. ¡Traduce! —lo conminó Melani.

—Las socorridas son las rameras, el cónsul es el rufián, numos son dineros, garbear es robar, hacer fustas significa timar, y batir talones, huir; el verdoso es el campo, ansarones son gansos, y gomarras, gallinas; los avisos son los maleantes, y los avechuchos, la gentuza; por último, hacer cuartos es descuartizar, y dar garrote, estrangular.

Buvat lo dijo todo de corrido, sin que el abate ni yo entendiésemos ni jota.

—Bien, bien —se limitó a decir Atto—. Excelente, felicitaciones. Ahora al menos la jerga ya no es un secreto para nosotros.

—Ejem, la verdad, señor abate —balbuceó el secretario—, es que yo no he traducido la jerga que cita Brant; la edición que he consultado estaba anotada.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que de los otros términos de la jerga no has encontrado…?

—Ningún diccionario, manual o repertorio. Nada de nada, señor abate —admitió Buvat en un susurro—. Por tal motivo, la lengua de los cerretanos es indescifrable. Os lo aseguro: no existe ningún diccionario que…

—¿De modo que te has pasado días enteros a mis expensas en las bibliotecas —rugió Atto—, espulgando legajos y paparruchas, perdiendo un tiempo precioso con códices griegos, actas de concilios y otras memeces de ese tipo, para volver con este resultado?

—En realidad… —trató de explicarse el secretario.

—¡Y yo que he intercedido por ti para que el cicatero de tu jefe bibliotecario te aumente el sueldo!

—Que no me ha concedido, sin embargo… —se atrevió a apuntar Buvat con un hilo de voz—. Pero, volviendo al diccionario que os interesa, señor abate, debéis creerme…

—No hay tiempo, es hora de actuar.

Ugonio había mantenido su palabra. Según lo acordado, Sfasciamonti, por medio de un andrajoso muchacho que servía a aquél de mensajero, estaba ya al corriente del lugar de la cita.

Al principio el trayecto a caballo no fue peligroso ni incómodo. El lugar de encuentro estaba extramuros de la ciudad, más allá de la puerta del Pueblo, en el cementerio de las meretrices.

Mientras avanzábamos a la grupa de nuestros jamelgos, interrogué a Atto sin que me oyesen Sfasciamonti, que nos precedía a discreta distancia, ni Buvat, que cabalgaba disgustado detrás.

—Ayer dijisteis que Buvat estaba reuniendo las pruebas para atrapar a Von Lamberg. Os confieso que el sentido de vuestras palabras es para mí un misterio.

—Ya. Sólo llega a la verdad quien experimenta el ardiente deseo de descubrirla

—afirmó con una sonrisita retadora—. Sin embargo, se trata de algo muy simple. Escucha. Los bribones tendieron una trampa al encuadernador, quien, no sé si por fatalidad, murió. ¿Qué querían del pobre Haver? Mi tratado sobre los secretos de los cónclaves. Era un robo por encargo, pues esos zarrapastrosos no saben qué hacer con esa clase de cosas. Los cerretanos se llevaron de la casa de Haver todo cuanto pudieron, pero luego, al examinar lo robado, el individuo que los había mandado allí notó que faltaba mi tratado.

—Porque ya estaba en manos del rosariero.

—Exacto.

—Y vos estáis seguro de que detrás de todo está el conde Von Lamberg.

—Completamente. Como se desprende de todo lo que sabemos, el individuo en cuestión cuenta en Roma con excelentes medios en lo que se refiere a hombres, dinero y protección, y se ocupa de asuntos de alta diplomacia. Sabe perfectamente que también el abate Melani dispone de ciertos apoyos, y que conoce hechos y personas que podrían desempeñar un papel decisivo en el próximo cónclave. Diría que este retrato coincide en todo con el del conde Von Lamberg.

Mientras el paso de los caballos resonaba entre nosotros, me puse a rumiar las explicaciones de Atto. Evoqué la aterradora figura del embajador del Imperio, su mirada de esfinge, la fama siniestra que acompañaba los manejos del emperador en los asuntos de España: las conspiraciones, las muertes misteriosas, los envenenamientos…

—Los cerretanos perpetraron el robo en la casa de Haver —continuó Atto— y, mira por dónde, en los países de lengua germánica existen otras sectas de gentes de esta calaña, que de algún modo están hermanadas con las italianas. Es muy probable que Von Lamberg conozca a estos canallas, que son capaces de todo merced a sus infames dotes. Añade que Ugonio, nuestro querido saqueador de tumbas, alias el poderosísimo Tudesco, cómplice de los cerretanos, es oriundo de Viena. ¿Qué resulta de todo ello? Fracasado el robo en la casa del encuadernador, Ugonio fue a buscar mi tratado sobre los cónclaves a la villa Spada. Y esa vez sí lo encontró.

—¿Y vuestra herida en el brazo? —pregunté adivinando de antemano la respuesta.

—Muy sencillo. Von Lamberg quiso mandarme un aviso para intimidarme. Y además serio. Esperaba que me asustase y me quitase de en medio.

—O sea, no quería mataros. Sin embargo, hay algo que no entiendo. Con tantos diplomáticos y agentes de Su Majestad Cristianísima como hay ahora mismo en Roma, ¿por qué Von Lamberg ha tenido que tomarla precisamente con vos?

—Por motivos obvios, chico. Sabe que oyen mis palabras y leen mis escritos personas influyentes, y que yo puedo tener privanza con algunos de los miembros más eminentes del Sagrado Colegio, quienes están preparando… pues sí, están

preparando la próxima elección papal, lo que naturalmente interesa sobremanera a Von Lamberg.

La vacilación con que Atto explicaba por qué el conde Von Lamberg había intentado apropiarse de su tratado me pareció singular. No me faltaban razones para ello: gracias a la lectura clandestina de la correspondencia entre Atto y Maria, sabía que alrededor del Papa no se jugaba solamente la partida del cónclave, sino también la de la sucesión de España.

Este aspecto de la cuestión seguía suscitándome dudas. ¿Qué motivos tenía Atto para no mencionar la sucesión de España después de reconstruir lo que le había acontecido (el robo, la herida en el brazo)? Porque sin duda Von Lamberg, embajador de los Habsburgo, estaba interesado en el asunto, dado que la casa de Austria aspiraba a situar a uno de sus miembros en el trono de Madrid.

Fingí que me contentaba con sus explicaciones y proseguimos nuestro camino en silencio.

El lugar de encuentro, tétrico y maldito, se avenía muy bien con la silueta lúgubre de Ugonio, que nos esperaba en medio de la extensión de piedras sepulcrales. Algunas rapaces nocturnas surcaban el aire lanzando graznidos guturales; la atmósfera de la calurosa noche, casi impregnada de un negro jugo de restos mortales, era aún más densa, lóbrega y tórrida en aquel descuidado camposanto. Ugonio había elegido bien: lo más indicado para una cita clandestina era el cementerio de las meretrices.

El saqueador de tumbas se aproximó tambaleándose bajo el peso de un enorme costal de yute que cargaba al hombro.

—¿Qué llevas ahí dentro? —lo interpeló Atto.

—Una nadería de naditas. Cosuchas jubiliosas.

Atto llegó hasta él y palpó el costal. El botín repiqueteó con fuerza, tan atiborrado debía de estar de objetos de madera, de metal y de huesos.

—¿No se te dan mal los negocios en el jubileo, verdad? —preguntó Atto.

Ugonio asintió con falsa modestia.

—Éste es un espejito de señora —proclamó el abate tocando con la yema de los dedos una esquina del fardo—, que habrás robado a una pobre dama mientras rezaba en la iglesia. En cambio, el montón de monedas que están al lado son seguramente limosnas que has birlado a los ingenuos con alguna de tus sucias tretas, o tu paga de rufián por haber llevado a una posada a un grupo de peregrinos extenuados por el viaje. Y lo que aquí tenemos es un santísimo sacramento sustraído a un párroco muy despistado, y esto parece un crucifijo, del que bien puedes haber despojado a una cofradía que visitaba las cuatro basílicas. ¿O me equivoco?

El saqueador de tumbas no pudo contener una mueca bestial y medio risueña, que traslucía la vergüenza que le causaba que se descubriesen sus fechorías y el supremo

regocijo que le procuraba el jubileo, merced al cual podía tan fácilmente satisfacer sus bajos apetitos.

Luego extrajo de su gabán un librito y se lo tendió a Melani. El volumen estaba en muy mal estado, su encuadernación dejaba mucho que desear, y tenía unas ochenta páginas.

Atto volvió la guarda y se encontró con el frontispicio; yo, por mi parte, estiré el cuello y leí:

Nueva manera

De entender la jerga

O lengua de Villanos

Nuevamente compilada por orden Alfabético.

Obra no menos Agradable que útil

MDXLV

En Ferrara por Giovanmaria di Michieli

Et Antonio Maria di Sivieri compañeros.

Año MDXLV

—¡Ajá! —exclamó Atto agitando el libro bajo la nariz de Buvat.

—¿Qué es? —pregunté.

—Lo que mi diestro secretario tendría que haber encontrado. Un diccionario para entender la jerga, o lengua de villanos. Nos permitirá averiguar qué dicen los cerretanos. Por suerte, también había encargado a Ugonio que lo buscase —respondió Atto, al tiempo que dejaba caer en las garras del saqueador de tumbas un par de testones.

—Se lo hurtillé a un compadrastro excelentísimo —explicó Ugonio, y se echó a reír miserablemente.

—Por lo que veo, se trata de una edición antigua. No me parece muy fiable —intervino el secretario de Atto, que escrutaba nerviosamente el libro.

—Callad, Buvat, y dejadme leer —lo cortó el abate. Empezamos a hojear el volumen.

A

Acontecimiento	*Descuerno*
Acuchillado	*Eclipsado*
Ademán afectado	*Garambainas*
Adornar	*Entoldar, guarnir*
Afeitar	*Talar*
Agarrar con fuerza	*Embrocar, engasir*
Agujeros	*Mechinales*
Ahorcar	*Bornar*
Ajos	*Quemantes*
Albañil	*Currique*
Alcahueta	*Tabaquinara, engarzadora*
Alguacil	*Grullo*
Amancebado	*Izado*
Amistad	*Liga*
Amortajar	*Ensabanar*
Andar	*Talón*
Andrajosos	*Despilfarrados*
Anillo	*Dedil*
Apaleado	*Fustancado*
Aporrear	*Soba*
Aposentarse en un lugar	*Tabernáculo*
Aposento	*Garitón*
Aprendiz	*Intoso*
Aprisionar	*Embrocar*
Ardid	*Leva*
Armar gresca	*Leña*
Arrebatar	*Galimar, harbar*
Arrugado de ceño	*Gandujado*
Asilo	*Taberna meritoria*
Astrólogo	*Estrellero*
Astucia	*Cifra*
Atractivo	*Garabato*
Atufar	*Encalabrinar*
Avariento	*Escaso, guardón*
Azote	*Dátil, vámonos antes, frisa*

EN SENTIDO INVERSO

Abanico *Soplón*
Abocadar *Robar*
Abrocho *Unión carnal*
Acuchilladizo *Pendenciero*
Aerra *Llave*
Aflojar *Desenvainar la espada*
Aforrado *Azotado*
Afufar *Irse huyendo*
Agosto *Pobre*
Aguzadera *Alcahueta*
Alcándora *Camisa*
Alfaquín *Clérigo*
Almagre *Burla, engaño*
Alturante *Gorra*
Amapolarse *Ponerse color en las mejillas*
Amigos *Dineros*
Andorra *Ramera*
Ansión *Tristeza*
Aquilino *Ratero*
Arador *Jugador de naipes*
Asentar el guante *Castigar a alguien*
Atar su dedo *Asegurar*

B
Baraja *Cartispitis, huebra*
Batacazo *Baque*

Seguían todas las letras del alfabeto, cada una de ellas con su doble lista de términos en lengua romance y la correspondiente traducción al idioma de los cerretanos, y viceversa.

—Es un diccionario sumamente extraño —insistió Buvat con aire escéptico—. Mezcla palabras y frases. Y crea confusión: Aquilino, un nombre propio, significa ratero, y Andorra, un nombre de lugar, ramera.

—Es mejor que nada —repuso Atto—. Hagamos una prueba. ¿Qué fue lo que gritó el cerretano aquél, el Podrido, cuando fuimos a buscarlos a él y al Pelirrojo?

—«Los broches» y… «afufa» —respondí.

Pasamos las hojas y dimos con lo que buscábamos.

—¿Lo veis? —dijo Atto alborozado a su secretario—. Lo que me imaginaba: los

broches son los esbirros, y afufar significa salir pitando. El Podrido avisó al Pelirrojo. Este librito no es tan inútil. Ahora necesito que me prestes otro servicio —añadió mirando al saqueador de tumbas—, que me dejes algo que sé que te sobra. —Y con la mano hizo el gesto de girar una llave en la cerradura.

Ugonio lo entendió al vuelo. Asintiendo con una sonrisa sórdida y cómplice, extrajo de su gabán un enorme aro de hierro del que colgaban docenas y docenas de viejas y tintineates llaves, de toda suerte de formas, estados y dimensiones, que enseguida tendió a Atto. Era el arsenal secreto que ya he descrito, gracias al cual los saqueadores de tumbas accedían a todas las bodegas de Roma para buscar en el subsuelo las reliquias sagradas con que comerciaban. Pero a menudo se valían de él también para introducirse en viviendas privadas y desvalijarlas.

—Bien, bien —dijo Atto contemplando el pesado manojo—. No me cabe duda de que en el palacio Spada nos serán de ayuda.

Con el rabillo del ojo vi que Sfasciamonti, como todo esbirro que se precie, ardía en deseos de sacar alguna información al saqueador de tumbas. Seguía algo desconcertado por aquel ser de estampa bestial, una especie de cruce entre topo y hurón, tan diferente de los delincuentes que había conocido hasta entonces. Al fin decidió encararlo directamente.

—Dime qué has descubierto.

—He parlamentizado con dos grandilocuentes —explicó el saqueador de tumbas —. El trataducho será entregado el jueves al gran legator, que se presentará a Albanum.

Vi que Atto empalidecía. La noticia era doblemente grave. Los cerretanos no iban sólo a dar el tratado de Atto a un misterioso «gran legator», sino que además éste iba a depositarlo en manos de un tal Albanum. No podía ser sino el cardenal Albani, el poderoso secretario de los Breves de Su Santidad, el hombre con quien Atto había tenido dos agrias discusiones en la villa Spada.

—¿Dónde guardarán mi tratado hasta el jueves?

—En la Bola Sagrada.

—¿La Bola Sagrada?

Observé a Sfasciamonti. Tenía la misma mirada de asombro que Atto Melani.

—Eso verbizaron —respondió Ugonio encogiéndose de hombros—. Luego el gran legator exponenciará ante Albanum las insinuaciones, las acusaciones y las requisaciones contra el trataducho.

—¿Quién es el gran legator?

—Lo ignorizo. He olfatizado que no me lo quieren verbizar.

Varias monedas pasaron rápidamente de las manos de Atto a las de Ugonio. Mientras las deslizaba dentro de una faltriquera mugrienta, el saqueador de tumbas se encasquetó bien la capucha en la frente, preparándose para desaparecer en la

oscuridad.

—El trataducho de vuesa merced corrobora una sabiduría suspicaciosa y riesgosa —dijo a Atto antes de despedirse.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando largan, los grandilocuentes se ponen ansiófilos, alborotandados… están como en ascos. Sed prudencio, vuestra enormidad, y no me hagáis siempre petiduras de frutas nuevas y postreras, que no quiero que me partan el colon.

Durante el camino de regreso no me atreví siquiera a dirigir la palabra a Atto. Hablarle no parecía lo más indicado; por lo que habíamos podido colegir del tortuoso relato de Ugonio, a los cerretanos no les hacía ni pizca de gracia lo que el abate Melani había escrito en su tratado, que el jueves entregarían a un misterioso gran legator, quien a su vez se lo presentaría a Albanum, esto es, el cardenal Albani, con un escrito de acusación en toda regla contra Atto.

Era evidente que el gran legator no podía ser otro que el conde Von Lamberg. En efecto, sólo podía nombrarse a alguien de tan alto linaje mediante perífrasis, tal como habían hecho los cerretanos.

¿Qué haría después Albani? ¿Denunciaría a Atto como espía francés? Tras las dos disputas que habían tenido en la villa Spada, para el astuto purpurado nada hubiese sido más fácil que enlodar y detractar a su adversario político (pues a la postre de tal podía calificársele) causándole problemas sin cuento, entre ellos quizá el arresto inmediato por espionaje y conspiración política.

Los interrogantes se multiplicaban. ¿Qué diantres era y dónde estaba esa Bola Sagrada en cuyo interior, según Ugonio, guardarían el tratado de Atto hasta el fatídico jueves? Sfasciamonti callaba; él tampoco parecía capaz de ayudarnos a resolver el enigma.

—Lo olvidaba: Von Lamberg ha aceptado recibirme —anunció Melani.

—¿Cómo os lo ha comunicado?

—¿Te fijaste en que le di una nota mientras se servía el chocolate?

—Sí. Recuerdo que os respondió: «Bien, bien.» ¿De modo que en aquella nota le pedíais audiencia?

—Así es. Después fui a ver a su secretario, quien fijó la cita. Me recibirá el jueves.

Noté que le temblaba ligeramente la voz al pronunciar la última palabra, el día en que tal vez conocería la verdad sobre la cuchillada de que fuera víctima. Avanzaba montado en su rocín, y yo sabía que su alma soportaba el peso de una nueva angustia. Se sentía a merced de dos gigantes: el conde Von Lamberg, embajador del emperador, y el cardenal Albani, secretario de los Breves.

Y pensar que había venido a Roma (al menos eso me había contado) para dirigir

los rumbos del cónclave y marcar los cauces del papado.

El timonel se estaba convirtiendo en náufrago y el destino que había querido domeñar hacía añicos la embarcación de su alma, como hiciera la cruel Escila con el navío de Ulises.

Séptima Jornada

13 DE JULIO DE 1700

—¡Doña Cloridia! ¡Busco a la comadrona Cloridia! ¡Abrid!

No sé cuánto tiempo estuvieron llamando a la puerta de mi casita. Cuando por fin abrí los ojos, vi que aún era noche cerrada. Mi esposa ya se había vestido y se encaminaba a abrir la puerta.

Hice lo propio a toda prisa. Por el aire fresco y cortante deduje que estábamos en las horas inmediatamente previas al alba, cuando la temperatura es más baja. Di alcance a Cloridia. En la puerta aguardaba un muchacho que acababa de apearse de un carro; la esposa del credenciero del palacio Spada había roto aguas.

—Tenéis que ir ahora mismo, doña Cloridia —la apremió el muchacho—. Uno de los guardias del palacio Spada me ha pagado para que os lleve. La parturienta está sola con su marido, que no sabe qué hacer. Os necesitan con urgencia.

—Vaya mala pata —rezongó mi mujer dando un taconazo en el suelo, y empezó a recoger presurosa sus instrumentos—. Anda, despierta a las niñas —me ordenó—, y ven a buscarnos cuanto antes a la villa Spada.

—Querrás decir al palacio Spada —la corregí.

—He dicho a la villa. Nos encontraremos delante de la puerta de atrás. Y lleva tu capa grande de tela de yute.

—Pero no tengo frío.

—Obedéceme y no me hagas perder tiempo —replicó irritada Cloridia, a quien mi lentitud de razonamiento en las situaciones apuradas sacaba literalmente de quicio.

Aún amodorrado por el sueño, con ojos vacíos miraba a mi esposa ir de un lado a otro de la habitación para coger ya una hazaleja, ya un frasquito de aceite. Se detuvo a meditar un instante, luego extrajo del baúl una camisa y una falda que había usado cuando estuvo encinta, las envolvió en un hatillo con un par de zuecos y otras prendas, y en un santiamén ya estaba en el carro, atosigando al muchacho.

—¿También las medias de punto? Ah, eso sí que no. Pensad en otra solución, doña Cloridia.

—¿Queréis que el credenciero me pida que le explique por qué la comadre que me ayuda lleva bonitas calzas rojas de abate bajo la falda?

Cuando llegué a mi cita con Cloridia, no daba crédito a lo que el reflejo

ceniciento de la luna devolvía a mis ojos: Atto, cuyo rostro lampiño y fláccido estaba medio tapado por una cofia de partera, vestía anchos atuendos femeninos, los que usara mi esposa en sus días de preñez. En ese instante trataba inútilmente de resistirse a las manos expertas de Cloridia, que le levantaban la falda del disfraz.

Cloridia lo había vestido muy bien de vieja matrona y, como acababa de descubrir que debajo de la falda se había quedado de tapadillo con sus dilectas calzas rojas, le mandaba que las reemplazase por un par de medias de cáñamo hechas de punto y muy comunes entre las pueblerinas. Eso había soliviantado a Atto. El viejo castrado, que había tenido una larga carrera en los teatros de medio mundo cantando en los más variados papeles femeninos, no se sentía muy incómodo con ropa de comadrona. Sin embargo, lo que alguien de su talla artística no podía consentir era la vulgaridad de las medias de punto, típicas de las mujeres del montón.

—¿O preferís calzar los zuecos a pie desnudo, como un harapiento? —le enjaretó Cloridia.

—Buena idea, seríais una cerretana perfecta —tercié, mofándome de Atto a manera de saludo, lo que me valió una mirada amenazadora.

Mientras el carro nos esperaba al otro lado de la verja, mi esposa hizo un rápido repaso de la situación. Sus hierbas, lamentablemente, habían surtido efecto mucho antes de lo previsto; Cloridia había supuesto que la mujer del credenciero del palacio Spada daría a luz por la tarde, de modo que habría tenido oportunidad de explicarnos bien durante la mañana cuanto había visto y examinado la víspera en el palacio.

—Ahora, en cambio, no tenemos tiempo —dijo preocupada——: De todos modos, he sabido que en la planta noble hay una cámara, cerrada con llave, que mandó construir personalmente el padre Virgilio. Contiene varios objetos, uno de los cuales es precisamente el globo flamenco del que me hablasteis ayer. Puede que en esa cámara esté lo que buscáis. El alojamiento del credenciero está en la planta baja, al lado derecho del vestíbulo de tres pequeñas naves. La escalinata está justo al lado. Lo demás os lo mostraré cuando estemos allí.

Nos dirigimos hacia la salida, seguidos por las pequeñas. En el camino Cloridia me explicó su plan.

—Diré al credenciero que, como su mujer está gorda, he precisado traer conmigo, aparte de mis hijas, a una vieja comadrona de confianza —dijo señalando a Atto—, porque necesito que el marido y otra persona sujeten a la parturienta cuando la haga parir, mientras nuestras dos niñas se ocupan de los instrumentos, las hazalejas y todo lo demás.

—¿Se tragará la píldora? —preguntó Atto mirándose dubitativo el traje.

—Sosegaos, señor abate —lo tranquilizó Cloridia con voz aflautada—. Todo saldrá bien —rubricó con una sonrisita, en la que denotaba su seguridad de que Atto no necesitaba esforzarse mucho para imitar la voz y los gestos femeninos de manera

harto convincente.

Atto, pues, se haría pasar por ayudante de partera, lo que no dejaba de ser peligroso, por no mentar la repugnancia que le suscitaba el asunto. ¿Cómo había conseguido Cloridia convencerlo de que se disfrazase de esa guisa? Lamenté sobremanera no haber presenciado su labor de persuasión.

—Argumentáis bien —dijo Melani—. Sin embargo, todavía no me habéis explicado cómo voy a esfumarme del alojamiento del credenciero. No me gustaría exponerme a ser vuestro ayudante durante todo el parto para luego volver aquí con las manos vacías.

—Confiad en mí —repuso Cloridia en un susurro, pues nos hallábamos cerca de la verja—. Ya no queda tiempo para más explicaciones. Con una señal os haré saber cuándo podéis iros.

—Pero… —trató de decir Atto.

—Ya no hay más peros.

—¿Y yo? —pregunté.

—Tú finge que te despides de nosotros. Luego, en cuanto hayamos distraído al chico que conduce el carro, te enfundas bien en tu capa y subes a la parte de atrás.

Así pues, mi dulce esposa no había considerado necesario que me disfrazase. Claro, pensé con una punta de melancolía, yo podía colarme más fácilmente a escondidas gracias a mis reducidas dimensiones…

Una vez que todos hubieron subido al carro, con la máxima celeridad y prudencia me acurruqué detrás. Por suerte, me dije con una sonrisa, mis dos niñas, comedidas pero no exentas de vivacidad, ayudaban con sus cuchicheos a que el joven conductor no se percatase de mi presencia.

Cuando el carro entró en el patio del palacio, me embutí todavía más en la capa. Los guardias nos franquearon el paso.

Tal como nos había anunciado Cloridia, el credenciero y su mujer, que habían llegado de Milán para trabajar para los Spada poco antes de que ella se quedase embarazada, se alojaban temporalmente en la planta baja con el fin de vigilar la entrada del palacio, ahora que la servidumbre se había trasladado a la villa para la boda.

Esperé oculto en la cochera. Según lo acordado, pasados unos instantes Cloridia dijo que se había dejado una bolsa en el carro. Mientras el credenciero y Melani cruzaban la puerta de servicio para ir a donde se encontraba la parturienta, ella me hizo entrar a hurtadillas. Subimos al primer piso. Sin dilación puse a prueba las llaves del aro que nos había prestado Ugonio; tras contados intentos di con las precisas y las cerraduras cedieron dócilmente una tras otra.

—Espera aquí y no abras la boca —me ordenó mi mujer dándome un beso en la

frente—. Dentro de poco te mandaré a la «comadre» Melani. Mira ahí fuera —dijo tras abrir una ventana del gran pasillo que daba al patio interior, aún sumido en la oscuridad de la noche—. Cuando vine ayer, se me ocurrió esto.

Desde esa ventana, me explicó Cloridia, se veía todo cuanto sucedía en la habitación de la preñada, lo cual resultaba enormemente ventajoso. En efecto, para saber durante nuestra búsqueda si teníamos campo libre, bastaba con que nos cerciorásemos de que el credenciero seguía con su esposa. Eché una ojeada: Atto y el credenciero ya estaban en el interior; en la cama yacía la mujer encinta. Ver al abate Melani ataviado de ese modo me hizo sonreír. La ausencia de Cloridia lo tenía en ascuas. Para mantener la compostura sacaba de la bolsa los instrumentos del parto, pero los sostenía con la punta de los dedos, con cara de asco, como si fuesen ratas muertas.

Cloridia bajó por las escaleras, abandonándome en la oscuridad, y entró en la vivienda del credenciero. La vi coger tres almohadas y colocarlas en el suelo. Luego, para mi gran sorpresa, hizo que la parturienta se tumbase boca arriba sobre ellas y se las acomodó bien debajo de la espalda, de manera que la cabeza quedase inclinada hacia el suelo. Aunque la postura era bastante incómoda y la pobre mujer se quejaba, Cloridia se lo puso aún más difícil, o al menos eso le pareció a mi ojo profano, al doblarle las rodillas de forma que los pies se juntasen con la espalda, como en el dibujo que figura a continuación:



—¡Qué calor hace aquí! —exclamó Cloridia, y abrió la ventana para que desde donde yo estaba no sólo pudiese ver, sino también oír, lo que ocurría en la habitación.

—¿Es imprescindible que mi esposa dé a luz así? —gimió el credenciero, que no soportaba ver a su mujer doblada de esa guisa.

—Yo, desde luego, no tengo la culpa de que tu mujer esté gorda. Toda la manteca que tiene en la barriga comprime la matriz y la hace muy angosta. Ésta es la única postura que dilata el útero lo bastante para que el parto resulte fácil, por gorda y corpulenta que sea la mujer.

—¿Y cómo? —preguntó receloso el marido dirigiéndose también a Atto, que enseguida miró a otro lado con aire ausente.

—Es muy sencillo. La gordura del cuerpo se extiende hacia los lados —respondió mi esposa sin titubear— y no impide salir a la criatura, como sí ocurre con la silla de parto, donde la barriga, la grasa y los intestinos, al colocarse encima del útero, lo comprimen y, en consecuencia, constriñen al niño a numerosas estrecheces que le

impiden nacer.

Colocada la mujer gemebunda de dicha forma con la ayuda del credenciero y del abate Melani, que mantenía apartada la mirada de las vergüenzas de la parturienta, Cloridia mandó que le sujetasen los brazos y se arrodilló entre sus piernas después de haberse provisto también de una almohada.

Tapó las partes pudendas de la mujer y a continuación pidió a nuestra hija mayor una alcuza llena de aceite de lirios blancos. Se untó las manos hasta los codos y enseguida empezó a ungir el vientre y el sexo de la mujer. Luego, con enorme diligencia, introdujo la mano derecha en la matriz y ablandó sus partes internas con mucho aceite. Por último, mandó que la pusiesen de lado y le aplicó cuatro dedos de aceite en el extremo de la columna vertebral, que se llama cóccix y que en el parto se desplaza bastante hacia fuera, como yo mismo había tenido oportunidad de observar cuando Cloridia dio a luz a nuestras dos niñas. Hizo entonces una maniobra que arrancó un grito a la pobre mujer.

—Vaya, la matriz es muy angosta —gruñó Cloridia—. Comadre —dijo al abate Melani—, anda, alcánzame el aceite de violetas amarillas que está en ese pomo de cristal.

Procedió del mismo modo que antes y luego estimó oportuno impartir una pequeña lección de obstetricia a nuestras dos pequeñas.

—Si la parturienta tiene la matriz estrecha, únjasele sin límite ni medida con aceite de violetas amarillas. Como una o diez unciones no pueden suplir el defecto de la naturaleza, dense veinte o incluso treinta, hasta que, como propugnaron Hipócrates y Avicena, el arte corrija ala naturaleza. Avicena aprueba incluso que se rocíen unas gotas de aceite en la matriz, para que se relajen mejor las partes internas.

Las niñas asintieron con la cabeza. Por su parte, el credenciero y su mujer, con el rostro empapado de sudor, se miraban admirados y felices por contar con los servicios de tan excelente y renombrada comadrona.

Yo comenzaba a impacientarme, pues Cloridia había prometido que dejaría libre al abate Melani, pero éste no se movía de su sitio. Además, veía que también él estaba cada vez más nervioso y lanzaba elocuentes miradas a mi esposa.

—Ay, es poco aceite —dijo Cloridia—. Comadre, ve por la garrafa que he dejado en la bolsa.

Atto obedeció. Cuando volvió, Cloridia lo miró preocupada.

—Comadre, parecéis indispuesta.

—Bueno, yo… la verdad es que… —farfulló Atto, que no sabía adónde quería ir a parar Cloridia.

Ella lo escrutó atentamente, al tiempo que le preguntaba:

—¿Sentís acaso un leve síncope? ¿Lasitud? ¿Jaqueca?

Mientras el abate Melani, por toda respuesta a la mirada indagadora de Cloridia y

a sus preguntas, ponía expresión atribulada y asentía dubitativo, mi esposa se levantó de sopetón y, abalanzándose sobre él, lo agarró del cuello. Sorprendido, con los ojos como platos, Atto trató instintivamente de defenderse, pero no pudo evitar que le desgarrase la pechera de la camisa y hundiese dentro su nariz fingiendo que le examinaba los pechos.

—Estas manchas rojas… —mascullaba ella pensativa, palpándole primero un seno y luego el otro, que no eran otra cosa que trapos, bajo la atenta mirada de la mujer del credenciero, que incluso había dejado de quejarse—. Y éstas de aquí… de color morado. ¡Ay, pobre amiga mía, me temo que tienes petequias!

—¿Pete qué? —preguntaron los otros dos al unísono.

—En Milán las llaman *segni* —explicó Cloridia a la pareja, que se sobresaltó.

Tras estas palabras Atto por fin comprendió lo que yo había adivinado hacía unos minutos. Lo vi cambiar de expresión y contener a duras penas un suspiro de alivio.

—Es un morbo fruto del exceso de calor y sequedad —prosiguió mi esposa—, y por lo tanto ataca *facillime* a los temperamentos coléricos, como el que tiene, según sé, mi comadre aquí presente. Querida, conviene que vayáis a vuestra casa lo antes posible y os aquietéis. Comed alimentos fríos, que refrescan la índole colérica, y veréis que os repondréis pronto. No os preocupéis por nosotros, que podremos arreglárnoslas sin vos.

—Podéis coger mi mula, que está en el establo de la servidumbre —ofreció el credenciero, espantado por la posibilidad del contagio—. Es el único que queda, no podéis confundiros.

—¿Y los guardias? —preguntó Atto con voz flébil.

—Tenéis razón. Os acompañaré.

—¡Ni hablar! —intervino rauda Cloridia—. Os necesito aquí. Además, debéis manteneros a resguardo de la posibilidad de contaminación. Seguramente hay una salida de servicio cuyas llaves tenéis…

Mi astuta esposa lo había contemplado y previsto todo. El credenciero abrió un cajón y extrajo una llave.

—Yo tengo una copia —dijo, titubeante, a Atto—, pero os ruego que…

—La recuperaréis muy pronto, no lo dudéis —zanjó mi esposa arrancándole la llave de la mano y entregándosela al abate.

La verdad es que no la necesitábamos, pues con toda seguridad había una copia en el aro de Ugonio, pero, naturalmente, eso no se lo podíamos decir al credenciero.

Lanzando a Cloridia una mirada airada y divertida al mismo tiempo, Melani encendió una candela y salió por la puerta a toda prisa. Me asomé un momento a la oscura escalinata para asegurarme de que Atto se acordaba de las indicaciones de Cloridia y no se equivocaba de camino.

—Tu mujer tiene ganas de bromear —comentó tan pronto como me vio—. Me

cogió desprevenido con esa historia de las petequias. De todos modos, he de reconocer que tiene una excelente memoria.

En efecto, en su escenificación de las petequias Cloridia no había hecho sino citar las sentencias que oyera diecisiete años atrás a Cristofano, el médico y cirujano sienés que había estado recluido en cuarentena con todos nosotros en la posada en la que yo trabajaba y donde había conocido a Atto. Eran palabras inolvidables; todos estábamos pendientes de sus labios mientras vivíamos bajo el constante miedo al contagio.

Así pues, como no había podido concertar con Atto la estrategia, mi esposa se había valido de esas palabras para hacerle una señal muy clara. Sabía que Melani, no bien las hubiese entendido, obedecería sin chistar.

Conduje a Atto a la ventana del pasillo y le expliqué que desde ahí podríamos vigilar cómodamente la situación para no ser descubiertos.

—¡Y ahora —ordenaba imperiosamente Cloridia—, rehúyanse como la peste los chiflones! Pongamos a tu mujer junto a la ventana abierta —indicó al credenciero—, con el fin de que respire el aire sano y perfumado de la alborada, pero atranquemos bien la puerta de la habitación, pues debemos evitar las corrientes de aire. Sólo la abriremos una vez que la criatura haya nacido.

—Pero yo debo hacer mi ronda cada media hora —protestó el credenciero.

—Eso está descartado.

—Pero…

—Entenderéis la importancia, para evitar el contagio, de no inquietarse ni desasosegarse. La enfermedad seca y agota en breve tiempo la humedad radical de los cuerpos y, al cabo, puede matar —afirmó la excelente comadrona Cloridia citando una vez más, ahora por puro placer, las palabras que tantos años atrás oyera al médico en la Posada del Donzello.

El credenciero, pálido como un muerto, fue entonces a cerrar la puerta de la habitación, acompañado por la sonrisa seráfica de mi tenaz esposa, que ya estaba de nuevo de rodillas entre las piernas de la parturienta.

—Ya está.

Así comentó el abate Melani el breve movimiento de la puerta que, chirriando un poco, se abrió a una estancia oscura.

La cerramos nada más entrar. Ignorábamos de cuánto tiempo disponíamos; todo dependía de lo que durase el parto, tras el cual el credenciero llevaría a Cloridia a casa. Para entonces nosotros ya teníamos que haber acabado nuestra búsqueda y sacado la mula del establo, si no queríamos despertar sospechas en el credenciero.

Procuramos someter al gobierno de nuestros sentidos el espacio tenebroso que nos envolvía. Nos alumbrábamos con la candela de Atto, que yo mismo movía de un

lado a otro en el intento de conciliar la timidez de los pasos y el frenesí de las pupilas. La sala donde nos hallábamos parecía enorme.

—No creo que ésta sea la galería que mencionó tu mujer —declaró el abate Melani.

—En cualquier caso, no hay globos —observé.

Cruzamos la sala, luego otra, y después una tercera. En todas había magníficos frescos e infinidad de cuadros que el abate contemplaba con delectación.

—Vaya, reconozco estos cuadros, son de un pintor flamenco, Van Laer, los vi hace años en la galería del cardenal Casanate, que en paz descanse —dijo quitándome la candela de la mano y deteniéndose ante cuatro pequeñas composiciones que representaban a una vaca, una posada y dos escenas de asesinato en un bosque—. Hace apenas cuatro meses que murió el cardenal y los dominicos de la Minerva, a los que legó todas sus propiedades —añadió con una risita burlona—, ya han empezado a vender su herencia.

Mientras Atto se paraba una y otra vez frente a todos los lienzos, yo volvía rápidamente sobre mis pasos, como un gato en la noche, para mirar a Cloridia desde la ventana.

Los dolores de la parturienta eran cada vez más agudos y la pobrecilla sufría mucho, mas, como había previsto mi esposa, el nacimiento de la criatura se demoraba lo suyo.

Viendo que la cosa iba para largo, y a pesar de que su mujer le rogaba que le sujetase la mano, el credenciero no había olvidado sus deberes de vigilancia e insistía otra vez en que no podía dejar de hacer su ronda por las estancias del palacio.

Así pues, desde la ventana vi y oí que Cloridia, para entretenerlo, esgrimía su tema favorito: la lactancia.

—¿Habéis dicho que queréis contratar a una nodriza? ¡Os debe de sobrar el dinero! ¿Y para qué tiene los pechos vuestra mujer, si puede saberse?

—Pero, comadre Cloridia —balbució el credenciero—, mi esposa tiene que volver pronto a servir…

—Claro, para ganar justo lo que se necesita para pagar a una nodriza. ¿No sería preferible que os quedarais con la criatura en casa?

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Ahora tengo que hacer la ronda por…

—Es increíble —exclamó mi mujer, que se apartó de la parturienta para obstruir el paso al credenciero—. Hoy día hasta las artesanas ansían que otra críe a sus hijos fuera de casa, como si todos fuésemos príncipes y delicadas princesas, quienes, en cambio, no pueden permitirse el lujo de vivir rodeados de tanto jaleo, pues ya tienen bastante con el ajetreo de los negocios públicos.

El credenciero estaba pasmado.

—¿Quién ignora, en efecto —continuó Cloridia—, que, cualquiera que sea el

estado o la condición de la persona, siempre es mejor criar a los niños en casa que darlos a una nodriza? ¡El propio Aulo Gelio lo confirma!

El hombre, que seguramente no tenía ni la más remota idea de quién era Aulo Gelio, pareció atemorizado.

—Las mujeres de hoy, la verdad sea dicha, superan en esto a la naturaleza inhumana del tigre o de otras bestias aún más crueles —prosiguió Cloridia—, pues no sé de otro animal que no quiera amamantar a sus hijos. Cómo se explica que quien con su propia sangre ha alimental do de buena gana a su criatura en el vientre, cuando aún ignoraba si era varón, hembra o monstruo, lo destierre de su propio pecho y su lecho en cuanto lo ve y lo reconoce como hijo y oye sus vagidos y los suspiros que le reclaman su ayuda, contentándose con haberle dado el ser, pero negándole el bienestar, como si Dios y la naturaleza le hubiesen dado las mamas sólo para ornamento del busto, igual que al hombre, no para alimentar a sus hijos…

Había oído suficiente. Por experiencia sabía que, una vez encauzado ese tema, Cloridia conseguiría retener al credenciero un buen rato más… De nuevo con Atto, ya en las primeras luces del alba, reemprendimos nuestro camino. No tardamos en dejar atrás una larga serie de estancias soberbiamente decoradas con motivos mitológicos e históricos: la habitación de Amor y Psique, la sala de Perseo, la galería de los Estucos y las habitaciones de Calisto, de Eneas y de los Feudos.

—No hay nada que hacer. Aquí no hay el menor rastro del globo del que hablas.

En ese instante oímos una sucesión de gritos, seguidos de un chillido desgarrador e interminable que hizo que el abate Melani estuviera a punto de desmayarse. Nos acercamos corriendo a la ventana: la mujer del credenciero había dado a luz. Las hierbas empleadas por Cloridia para inducir el parto habían obtenido un resultado más rápido que nuestras pesquisas.

—Maldigo a tu mujer y el día en que nos fiamos de ella —murmuró el abate—. Ahora resulta que no podemos movernos de aquí y no hemos llegado a nada.

En ese momento Cloridia, que tenía en brazos al recién nacido, envuelto en una hazaleja y en plena llantina, miró hacia la ventana e hizo un rápido gesto con el que quería indicarnos: «Seguid, no os preocupéis.»

Volvimos, pues, inseguros y cautelosos, a nuestra búsqueda. Visitamos la sala de Aquiles, el salón con las historias de la antigua Roma, el de los Cuatro Elementos y el de las Cuatro Estaciones, la gran galería, el gabinete e incluso la capilla.

—Hay algo que no me cuadra —dijo Atto—. Regresemos a la escalinata.

—¿Por qué?

—Antes, cuando subí de la planta baja, torcimos a la derecha. Ahora quiero que vayamos a la izquierda. Luego te explicaré por qué.

Como pronto comprobaría, el abate tenía buenos motivos para proceder así. En efecto, a la izquierda de la gran escalinata de entrada descubrimos enseguida una

cámara que aún no habíamos explorado. La luz del día, que con el paso de los minutos se tornaba más firme y manifiesta, nos permitía observar no sólo las paredes, las puertas y las ventanas, sino también los altos techos de los que el ojo debe gozar en la planta noble de todo palacio señorial.

Nada más entrar nos topamos con un gran candelabro de pie, cuyas velas, una vez que las hubimos encendido con nuestra candela, alumbraron todo el espacio. Grande fue mi asombro al ver que estábamos en una amplia galería, llena de frescos de toda clase y decorada con obras de arte y muebles de inestimable valor.

Incluso una inteligencia roma no podía menos de percatarse de que aquélla era una de las salas más espléndidas y eminentes del palacio Spada, cuya visita el benévolo huésped debía hacer con humildad.

La galería era asaz vasta y de forma rectangular alargada. Un lado estaba cubierto de frescos y cuadros; en el frontero, en cambio, había una serie de grandes ventanas que la iluminaban durante el día, y en cada entrepaño, un noble busto de mármol. Por último, el techo lo conformaba una bóveda con un imponente fresco, cuyo orden y sentido no habría acertado a entender sin las aclaraciones del abate Melani.

Las magníficas figuras de la bóveda, explicó, representaban a la Astronomía y a la Astrología. Vi unos amorcillos que sostenían un blanco toldo en el que estaban trazadas las líneas que se intersecan en la superficie de la tierra. En un extremo del fresco estaba pintado Mercurio, que llevaba al cielo un cuadrante, mientras la asamblea de los dioses paganos lo observaba con admirado estupor. En el extremo opuesto había cuatro figuras femeninas, que simbolizaban la óptica, la Astronomía, la Cosmografía y la Geometría, y construían también un cuadrante catóptrico, además de muchas otras figuras antropomorfas muy meritorias y dignas de elogio.

En las paredes había una cantidad inusitada de cuadros excelentes, en su mayoría retratos fieles y muy veraces de hombres ilustres, cuyos rostros, aunque aún no podía distinguir los detalles, me parecían casi reales.

Ahora bien, la mayor sorpresa sobrevino cuando reparamos en que nos espiaban, y no unos ojos humanos. Un gran cangrejo de color blanquecino, encaramado en la bóveda, nos observaba con gesto hosco.

—Dios santo, señor abate. Nunca he visto un cangrejo tan grande, y que además trepe a los techos. ¡Y es blanco! —dije temblando.

—Pues bien, chico, creo que vas a tener ocasión de aprender algo. Estamos en la célebre galería del astrolabio anacámptico del palacio Spada.

—¿Astrolabio ana… qué? —traté inútilmente de repetir, sin apartar la vista del gran cangrejo, que, al menos por el momento, no mostraba intenciones de abalanzarse sobre nosotros.

—O cuadrante catóptrico, si lo prefieres, como lo llamaba el docto padre Kircher.

Me quedé boquiabierto.

—¿Habéis dicho Kircher? —pregunté al recordar que con ese personaje nos habíamos topado, y muy de cerca, en nuestra aventura de diecisiete años atrás.

—Si leyeses de vez en cuando las gacetas —se limitó a decir Melani—, sabrías algo sobre las maravillas de tu ciudad.

—Sé que el palacio Spada está lleno de maravillas arquitectónicas y que acuden personas de todo el mundo para admirarlas, pero…

—Supongo que al menos sabes qué es un cuadrante —me interrumpió el abate.

—Por supuesto, don Atto. Es un reloj solar, merced al cual puede conocerse la hora por la sombra que un objeto, como una piedra o un hierro, arroja en puntos determinados.

—Bien. Sin embargo, éste es un cuadrante especial, funciona de modo catóptrico, como dice Kircher, es decir, no por los rayos solares, sino por la reflexión. ¿Sabes que hay ahí abajo? —dijo señalando una especie de ventanuco que daba al patio.

—Lo ignoro.

—Un soporte con un espejo que refleja la luz del sol y de la luna. Los Spada tienen espejos de distintas clases y formas, los cuales devuelven los rayos solares o lunares y proyectan siluetas luminosas, como tu cangrejo blanco. Como ves, no es más que un resplandor reflejado en la bóveda de la galería, que así indica la hora exacta.

Volví a mirar hacia arriba. El abate tenía razón, el animal era blanco porque un rayo de luz lo dibujaba en la bóveda.

—¿Y señala la hora exacta? —pregunté incrédulo.

—Desde luego. Tú mismo puedes entrever esas líneas de la bóveda. Con una luz menos tenue que la de este candelabro, quien las conoce puede seguir a través de ellas el avance de las horas y los minutos en la bóveda de la galería, que por ende es también un enorme cuadrante, pero invertido, ya que el rayo no llega de arriba abajo, como en los cuadrantes convencionales, sino al revés. El cangrejo es luz lunar reflejada. Barrunto, además, que ahora se ve porque en estos días de julio estamos en el signo de Cáncer. Deben de valerse, pues, de un espejo que reproduzca esa forma.

Aunque la explicación de Atto era interesante, yo mismo la interrumpí lanzando un gritito de sorpresa.

—¡Fijaos! Ahí está el globo flamenco. Mejor dicho, son dos.

Nos acercamos para examinar mejor el hallazgo. En efecto, en una zona más interior de la galería había dos grandes globos de madera; en uno estaban representadas las regiones terrestres, y en el otro, las celestes. Leímos el nombre del fabricante, un tal Blaeu de Amsterdam.

—Ay, si éste es el globo terrestre del que has oído hablar, no tiene nada que ver con el globo de Capitor —dijo Atto con voz cansada y apagada.

—¿No es el de Capitor?

—No.

Efectivamente, la esfera que teníamos delante no guardaba gran semejanza con la del cuadro ni reposaba sobre un pedestal de oro.

—¿Entonces? —pregunté.

—Sencillamente nos hemos equivocado. Sí, hemos cometido un nuevo yerro —gimió Atto sentándose en un arcón.

De pronto levantó la vista, atraído por algo que había en el muro de enfrente. Se acercó a la serie de retratos que ornaban la pared sin ventanas y se detuvo pensativo ante uno. Era la efigie de un individuo de rostro severo, mirada firme pero dulce, frente ancha, boca decidida y barba entrecana, tocado con un tricornio como el de los jesuitas y ataviado con una muceta que a la altura del pecho tenía bordado un corazón entre dos ramas.

—Helo aquí. Te presento a Virgilio Spada. Como te he dicho, pertenecía a la orden de los oratorianos, discípulos de san Felipe Neri, y aquí está retratado conforme a sus dictados. Era un hombre sabio y muy devoto. Ayudó a su orden de muchas maneras, sobre todo materiales.

Vi alrededor otros retratos de miembros de la familia, mas Atto apenas les dedicó una mirada. Siguió meditabundo unos instantes más y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No; esto no puede ser.

—¿Qué queréis decir? —pregunté sin saber hacia dónde dirigir mis pensamientos.

—Chico, ¿te has fijado en lo que nos rodea? ¿Dónde diablos está la colección de curiosidades de Virgilio? Yo no veo rastros. No hemos encontrado ni una sola pieza. Sin embargo, debería estar a la vista, pues a la familia le encanta recibir a personajes de relieve y enseñarles sus pertenencias.

—¿Y bien?

—Este retrato me dice algo.

—¿Qué?

—No lo sé. He de reflexionar, ahora estoy demasiado cansado. Vámonos, es posible que Cloridia haya terminado.

Dicho esto, se encaminó lentamente hacia la puerta, curvado bajo el peso de los años y de las pesquisas frustradas.

Siguiendo sus pasos, yo devoraba con avidez las maravillosas, y para mí impenetrables, decoraciones del cuadrante catóptrico.

—Don Atto, ¿qué son todos esos signos y números pintados allá arriba?

—Los números son las casas del Zodíaco con los cuadros astrológicos necesarios para ordenar las figuras celestes, esto es, los temas de nacimiento y de los horóscopos. Las líneas son las franjas de las horas en las distintas partes del mundo —explicó Atto deteniéndose, con la nariz empinada.

—¿El padre Virgilio se interesaba por estos asuntos? —pregunté perplejo, conocedor de los riesgos mortales que un eclesiástico podía correr si se ocupaba de horóscopos, *massime* cincuenta años atrás.

—Oh, has de saber que los Spada han sido grandes amantes de la ciencia celeste. Virgilio y su hermano Bernardino sentían una enorme pasión por la astrología, también por la prohibida. Como ya te he contado, yo me encontraba en Roma desde hacía un año cuando Virgilio murió, en mil seiscientos sesenta y dos. Se decía que poseía libros que el Santo Oficio había puesto en el índice, además de algunos escritos en olor de herejía, que sin embargo… —El abate se interrumpió y se quedó mirándome como capturado por un pensamiento repentino—. ¡Chico, eres un genio! —exclamó.

Lo interrogué con la mirada.

—Sé dónde encontraremos el plato de Capitor —respondió.

Melani me explicó a continuación, con voz apenas audible, que Virgilio era sobre todo un apasionado de la astrología judiciaria, vale decir, de previsiones y horóscopos. Había estudiado su propia figura celeste y también la de su padre, así como muchas otras. Sin embargo, en 1631 dicha ciencia fue oficialmente condenada por el papa Urbano VIII Barberini.

—Me acuerdo muy bien de lo que se contaba sobre ello cuando nos conocimos en el Donzello —dije.

—Entonces no te habrás olvidado del triste fin del pobre abate Morandi, cuando le descubrieron todos esos libros de astrología.

Reprimí un temblor ante el recuerdo de lo que en aquella época supe.

—En aquella ocasión muchos prelados aficionados a la materia se asustaron. Entre ellos se contaban el padre Virgilio Spada y su hermano Bernardino. Corrió el rumor de que Virgilio trasladó de noche los libros prohibidos del palacio Spada al oratorio, donde hasta su muerte los mantuvo escondidos en un gran cajón cerrado con llave.

—En una palabra, debemos buscar en la Congregación del Oratorio.

—Sí. Va a ser sumamente difícil eludir la vigilancia de los padres de San Felipe, y dudo que esta vez tu Cloridia pueda ayudarnos.

Una vez fuera de la galería del cuadrante catóptrico, nos asomamos de nuevo a la ventana para ver qué hacía mi dulce esposa. Aunque ya estaba recogiendo, limpiando y ordenando sus cosas con ayuda de nuestras dos pequeñas, seguía desplegando su encarnizada prosa para que la oyese bien el cada vez más perplejo credenciero, quien, para no perder la compostura, a la sazón acariciaba y consolaba a su extenuada mujer.

—Todavía es peor cuando, por no pagar a una nodriza o porque se ha cansado de amamantar, la madre alimenta a su hijo con leche de animales. Pues puede estar

segura de que, cuando su pequeño pruebe ese veneno del alma y del cuerpo que es la leche de animal, la digerirá con dificultad y, por consiguiente, estará demasiado lleno para adherirse a su pecho, que poco a poco olvidará.

Agitamos los brazos para avisar a Cloridia de que habíamos terminado la búsqueda, aunque en vano, y que podía tranquilizarse y poner fin al río de palabras con que estaba reteniendo al credenciero. Sin embargo, arrastrada por el ímpetu de su perorata, mi mujer no nos veía. Además, debíamos cuidarnos de que no nos viesen mis niñas, quienes, en la inocencia de su edad, podían traicionarnos.

—La verdad es que la leche de cabra produce cabras, y la de vaca, bueyes. Ahora bien, ¿qué padre o qué madre desea un hijo remolón como una ternera y cornudo como una cabra? ¿O uno que tenga ambas características? El espíritu animal arraiga en la humedad radical de esos cuerpecitos y ya no los abandona hasta la muerte. ¿Cómo es el rostro de las criaturas que han recibido alimento de una vaca? Tienen la mirada acuosa y bovina, los párpados caídos, la cabeza grande, los miembros hinchados y la piel blanda y blanquecina. ¿Y cuál es la índole de estos pequeños desgraciados? Si no es sombría y taciturna, como la del macho cabrío, se revela plácida y templada, como la de la ternera. ¡Ay, lo orgullosas que se sienten de ellos sus necias madres! Claro, porque pueden actuar a su antojo sin que su estúpida criatura, bastardeada, las moleste, y miran asqueadas a las cansadas madres que amamantan y se afanan con su pequeño torbellino, incansable y avispado.

Finalmente Cloridia nos vio.

—¡Para concluir, hay que guardarse de alimentar con leche de animales a un ser al que Dios ha dado el alma! —afirmó con voz casi quebrada por el ardor, al tiempo que guardaba en la bolsa sus instrumentos—. Hasta los tres años de vida, ninguna criatura debería probar una sola gota de leche de bestia, que, todo sea dicho, no deja de perjudicarlo seriamente pasada esa edad. Todos, pues, así los padres como las madres, y sus hijos e hijas, han de mantener la boca alejada de la leche de animales durante toda la vida, si quieren vivir con buena salud y claridad de espíritu. *Deo gratias*, hemos terminado.

Se santiguó, como hacía siempre después de un parto, y la oímos impartir los últimos consejos a la puérpera, mientras Atto y yo nos deslizábamos hacia el establo para buscar a la mula que nos llevaría, cansados y decepcionados, a la villa Spada.

Ya estábamos en el patio interior, aún sumido en las brumas que preceden a la madrugada, y nos dirigíamos hacia las cuadras, cuando oímos un ruido siniestro e inquietante. Procedía de nuestra izquierda, donde se extendía una larguísima galería de singular magnificencia, bordeada por una vereda con setos que terminaba en un jardín.

Fue entonces cuando vislumbramos un coloso descomunal, un cuadrúpedo más alto que dos hombres y largo como una carroza, negro como la noche, cubierto de

tupido e inmundo pelaje. Por unos instantes interminables (a mí al menos me lo parecieron) me quedé paralizado por el terror y como hipnotizado por aquel monstruo infernal. Lo vi saltar los setos de la vereda y galopar a una velocidad inaudita hacia nosotros, lanzando de nuevo el tronante aullido que acabábamos de oír.

Finalmente eché a correr dando brincos sobrehumanos, olvidándome incluso del abate Melani, y en un santiamén me encerré en las cuadras.

Atto ya estaba allí. Evidentemente se había alejado enseguida porque el miedo no lo había paralizado.

—El monstruo… el coloso… —dije sin resuello, con el rostro demudado.

Miré a Melani. En la cara tenía pintada una sonrisita.

—¿Qué os parece tan divertido? —pregunté irritado.

—Ahora mismo lo sabrás. Sígueme.

Unos minutos después, Atto estaba en la entrada de la galería, sentado en la base de una columna, acariciando tranquilamente al coloso. Pues coloso no era, sino un simpático perrito. Asustado por mi llegada, el animalillo, que dormía en el jardín situado en el extremo de la galería, había reaccionado primero con los típicos gruñidos caninos y luego se había acercado para espantar al intruso. Lo que yo había tomado por un monstruo descomunal era en realidad un chucho que no me llegaba a las rodillas.

—¿Lo has entendido? —preguntó Melani.

—Creo que sí, don Atto.

Empero, seguía pareciéndome increíble. La galería desde la que había llegado el perrito era una obra maestra del gran Borromini, cuyos servicios los Spada habían contratado muchas veces para mejorar y agrandar su palacio. Estaba construida de forma que engañara la mirada del observador mediante un juego de perspectivas muy hábil, y sólo quien lo conocía era capaz de descubrirlo. La galería se empequeñecía conforme el visitante se adentraba en ella: las parejas de columnas laterales se achataban, el suelo de cuadros negros subía y se estrechaba, mientras que los recuadros se hacían más pequeños, a fin de imitar así el punto de fuga hacia el infinito que los artistas saben tan bien simular en sus invenciones cuando pintan calles, ciudades y templos.

Asimismo, los estucos de la bóveda semicircular conformaban un conjunto cuadrangular cada vez menor, de modo que acompañaran el achicamiento de la propia bóveda. La galería no terminaba en un vasto jardín que se extendía hasta el horizonte, sino en un modesto patio, en el que habían puesto setos de boj de imitación, esculpidos en piedra y pintados con dos manos de color verde, que no tenían forma regular de paralelepípedo, sino que, cuanto más apartados estaban de la galería, y por tanto del observador, más bajos y estrechos eran, con lo que se creaba de manera irresistible la sensación de que se dilataban hacia el cielo. Un cielo que

había creído ver detrás de los setos y que en realidad estaba pintado, con diestro y cromático artificio, pocos pasos más allá, en el muro que concluía toda la ilusión.

Entré en la galería y acaricié tímidamente la primera pareja de columnas, la segunda, luego la tercera… cada vez más angostas y bajas. El juego óptico de Borromini, por la habilidad de su construcción y ejecución, me había engañado hasta el punto de aterrorizarme. Entre los setos falsos, el perrito me había parecido un gigante, y su supuesta rapidez no era sino una ilusión fruto de la extrema cortedad de la galería. Sus gruñidos, deformados y ampliados por el eco de la bóveda, habían llegado hasta mí como rugidos de una fiera.

—Nos asusta lo que no entendemos, aquí igual que en la galería de los espejos del Navío —dijo Melani a manera de paternal amonestación, mientras trotábamos a lomos de la mula hacia la villa Spada.

—Había oído hablar de la galería de perspectivas del palacio Spada y de su maravillosa ilusión óptica. Vienen a visitarla príncipes y embajadores del mundo entero. Pero no sabía bien qué era y, al pillarme desprevenido, me he asustado… Veréis, estoy muy cansado —traté de justificarme, presa de la vergüenza.

—Has visto un pórtico inmenso, cuyas dimensiones eran en realidad mínimas. En un pequeño espacio has visto un largo sendero. Cuanto más distantes, mayores parecen los objetos pequeños, si se los coloca en el sitio debido —filosofó Atto—. La grandeza no es más que ilusión en esta tierra, y la maravilla del arte es la imagen de un mundo fatuo.

Yo sabía en qué estaba pensando en realidad: en el Navío. Pero no en la galería de los espejos. Meditaba sobre la misteriosa aparición de que habíamos sido testigos y sobre su débil esperanza de encontrar algún día una explicación racional.

Guardé silencio. La Ciudad Santa empezaba a despertar, nos cruzábamos con los primeros transeúntes, todavía medio envueltos en los anillos del sueño, y las sombras de cogitaciones informes y nocturnas dejaban su lugar al claro pensamiento.

Cuando llegamos a la villa Spada, encontramos una carta para el abate Melani, la de siempre. Su reacción, una vez que la abrió y leyó, no fue distinta de la de las ocasiones anteriores: se mostró compungido y me despidió con la excusa de que quería descansar. La verdad es que deseaba responder a la misiva, en la que la condestablesa anunciaba su enésimo retraso.

En las horas siguientes no pude disfrutar de un solo minuto de reposo, porque el programa del día contemplaba un entretenimiento de ardua preparación. El cardenal Spada había pedido infinidad de veces a don Paschatio que se ocupase de que todo saliese a la perfección, amén de advertirle que los obreros y criados que se sustrajesen a sus cometidos serían duramente castigados. Por su parte, don Paschatio había asegurado que esta vez nadie se atrevería a desertar, lo cual, ay, ya había jurado en

todas las ocasiones anteriores, sin que los hechos le diesen nunca la razón. También esta vez un par de lacayos habían dejado plantado al gentilhombre de la casa declarándose enfermos (en realidad habían ido a pescar a la isla de San Bartolomé, de lo que me había enterado la víspera al oírlos hablar).

Por desgracia, el trabajo que había que hacer era excesivo y complicado. En efecto, para el entretenimiento de los huéspedes se había preparado una partida de caza de pájaros. En ella podían participar no sólo los gentilhombres y los caballeros presentes, sino también las damas, porque en la cacería de volátiles no abundan los peligros, sino la festiva recreación: una cacería alegre, en definitiva, compuesta a su vez de variados juegos y caprichos cinegéticos, como el cardenal Spada en persona había anunciado a sus huéspedes el día anterior.

El terreno de la villa Spada era, sin embargo, demasiado pequeño para la partida, que precisaba mucho espacio para esconderse, tender celadas y emboscadas a las aves. Por ello se acordó con la excelentísima casa Barberini que se llevara a cabo en la tierra vecina de su propiedad (la misma donde dos días antes el halconero había intentado en vano atrapar a *César Augusto* con su halcón).

Se dividiría a los invitados en grupos, según los medios que fuesen a emplear. El primero, compuesto de una decena de personas, recibiría especialísimas trampas para pájaros: matorrales simulados con un palo de madera levantado en su interior en forma de Y, que sobresalía por la punta. En cada extremo divergente del palo había un hierro; ambos, como las hojas de unas tijeras, se cerraban mediante un mecanismo que se accionaba a distancia con una cuerda larga y robusta, aplastando las patas del pájaro.

El segundo grupo de cazadores dispondría de unos árboles falsos que podían plantarse en la tierra merced a la afilada punta en que acababa su tronco. En la copa tenían un palo horizontal, muy atractivo para los volátiles deseosos de posarse. En la base del tronco se ocultaba una gran ballesta, que apuntaba hacia arriba, empulgada con una especie de rastrillo provisto de numerosas saetas. Si se disparaba en el instante preciso (en este caso también a distancia, ya que el disparador se accionaba con un robusto alambre marrón), el singular proyectil traspasaría de abajo arriba a la ingenua avecilla posada en la copa del árbol.

Para otros participantes había arcabuces especiales que se fijaban en el suelo (gracias a un mango especial con punta de hierro) y con los que se apuntaba a ramas bien visibles cuando un ave de paso se posaba en ellas. También se accionaban a distancia, en este caso con un hilo invisible.

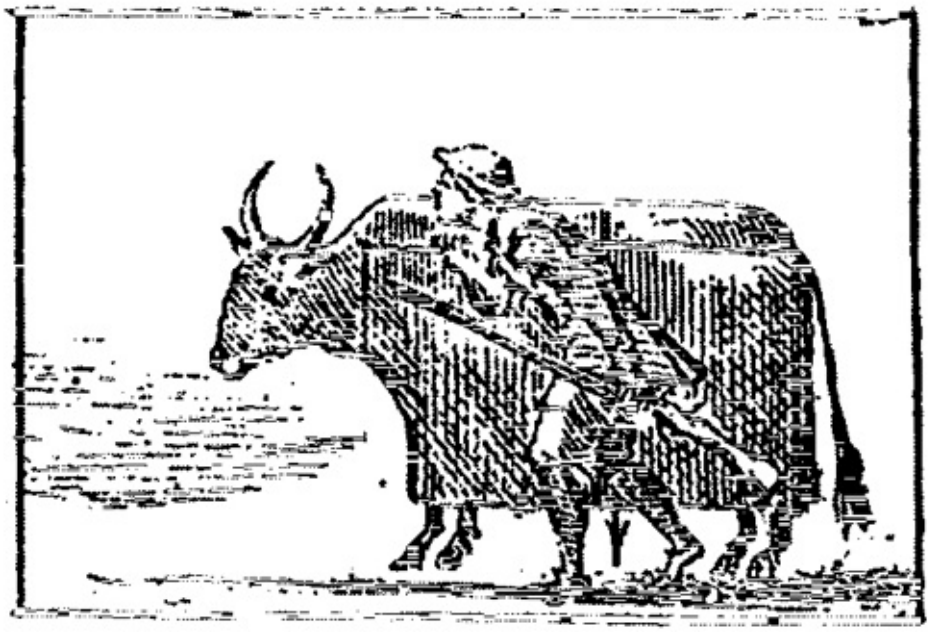
En cambio, a los caballeros con vista más aguda les habían asignado ballestas de excelente factura y calidad, para que capturasen al vuelo a los bogadores del aire.

Para los gentilhombres más vigorosos habían preparado árboles portátiles en toda regla, capaces de esconder al cazador con su arcabuz. Confeccionados de cartón

piedra recubierto de trozos de corteza y montados sobre un armazón de hierro, tenían ramas falsas y abundante follaje. El interior estaba provisto de correas de cuero, que permitían caminar llevando a hombros, dejando los brazos libres, el arbóreo simulacro. El invitado podía mirar desde dos pequeños agujeros, acercarse a placer a su víctima, apuntar con el arcabuz, sacar despacio el cañón por una abertura destinada a tal fin y disparar con éxito seguro. La idea, tomada de los consejos de caza del caballero boloñés Gioseffo Maria Mitelli, hijo de un pintor y fresquista que había trabajado mucho en el palacio Spada, suscitó tanta maravilla que reproduzco aquí abajo un dibujo.



Y aún otros, más arriesgados, lo intentarían con el llamado buey de caza, esto es, se valdrían de imponentes vacas falsas, pintadas al óleo con gran verosimilitud sobre lienzos tensados con varas de madera, que también se usarían como pantallas para aproximarse a la presa sin asustarla y luego dispararle; cual genuinas vacas de Troya, por equipararlas a más nobles ejemplos. También de este recurso he hecho un dibujo, pero por otros motivos.



En efecto, en cuanto apareció, la vaca espantó a todos los animales de la finca Barberini y también a algunas damas. Ello fue porque la efigie bovina estaba pintada al óleo, no a la aguada, como era lo propio, de modo que llameaba bajo el sol con un esplendor cegador y casi parecía un espejo ustorio. Hubo, pues, que retirarla con gran presteza, para que los pájaros no se fueran volando despavoridos.

Huelga decir que para atraer a traición a un buen número de víctimas se necesitaba que la zona de la jovial cacería estuviese bien surtida de pajaritos canoros, para que llamasen con sus gorjeos a sus semejantes.

Con este fin se habían comprado muchas jaulas repletas de pinzones y jilgueros. Como yo llevaba entonces el atuendo de maestro pajarero, don Paschatio me confió la importante misión de diseminar estratégicamente las jaulas por el terreno de los Barberini procurando que cada grupo de cazadores contase con el mismo número de reclamos y que éstos estuviesen situados de manera uniforme sobre la zona de caza. Para que el efecto de este ardid fuera mayor, tenía que poner otros pajaritos canoros en los troncos de plantas y árboles atándoles las patitas con alambre.

Mientras recogía las jaulas y las trasladaba de dos en dos a la finca de los Barberini, salió a mi encuentro don Tibaldutio. Tenía ganas de charlar un rato conmigo. Como ya he dicho, vivía aislado del resto de la villa, en un cuartito situado detrás de la capilla, y muchas veces se sentía solo.

Le propuse que me hiciese compañía mientras colocaba en el suelo, en los árboles y en los matorrales las jaulas con los reclamos.

El capellán acababa de empezar a hablar de algún tema intrascendente, cuando su presencia proba y casta reavivó, como una llama invisible, el ardiente recuerdo de la noche de la víspera.

Las memorias de Atto, me dije, serían llevadas «*ad Albanum*». ¡Nada menos que un cardenal movía los hilos de esos sucios negocios! ¿Qué fuerza maligna, qué cucharón infernal era capaz de mezclar en la caldera de la Ciudad Santa a un alto purpurado, brazo derecho de Su Beatitud, con las diabólicas sectas de los cerretanos? ¿Y desde cuándo pasaba eso? Recordé que Sfasciamonti había dicho en una ocasión que originalmente los cerretanos eran ex sacerdotes. Me parecía inverosímil. Sólo un hombre de iglesia podía despejar mis dudas.

Como el buen pastor que era, don Tibaldutio escuchó mis preguntas sin pestañear. Le conté que había oído rumores en la calle sobre los orígenes religiosos de las sectas de mendigos.

—La plaga es muy remota y sus orígenes están envueltos en el misterio —declaró con tono grave el carmelita.

Todo había comenzado tras las invasiones bárbaras que pusieron fin a los nueve siglos del dominio romano sobre el mundo. En aquellos tiempos oscuros la mayoría de los hombres eran pobres aldeanos y vivían aislados, en pequeñas comunidades rurales. Los caminos eran inseguros, numerosos los bandidos y soldados desbandados, que acechaban como lobos y osos en busca de presas. Los frailes y monjes estaban a salvo en sus conventos, muchos de ellos encaramados en cimas inaccesibles. Con excepción de los mercaderes, obligados a viajar por sus comercios, todos vivían en las aldeas, eran campesinos y rogaban a Dios por la próxima cosecha. Pero no siempre estaban solos: recibían visitas cada cierto tiempo.

En efecto, a las aldeas acudían unos individuos harapientos, sucios, macilentos, que pedían limosna. Llegaban de lugares oscuros, desgajados de los pueblos, de lazaretos abandonados, de pequeños amasijos de chozas, casi una civilización paralela entregada a la mugre. Eran vagabundos, guitones, galloferos, bordoneros, sopistas, faquires o mangantes. Pero no eran pobres, sólo lo aparentaban. Sabían aprovecharse de las palabras del Evangelista: *date elemosynam et omnia munda sunt vobis,* que impone al buen cristiano la limosna.

—Es probable que algunos fueran sacerdotes —precisó don Tibaldutio—, pero, en vez de honrar al Señor con la oración, entregaron su alma al Maligno.

Escogían a los aldeanos más humildes, ignorantes del mundo y sus insidias, y se presentaban ante ellos con ropas insólitas y un brillo en los ojos que igual podía ser de loco como de sabio. Se declaraban a un tiempo sanadores, magos y profetas, salvadores del cuerpo y del alma. Vendían talismanes, reliquias, oraciones milagrosas, fórmulas mágicas de conjuros, ungüentos y panaceas, anunciaban milagros y castigos divinos, interpretaban sueños, encontraban milagrosamente

tesoros y valiosas herencias ocultas, exorcizaban y proferían anatemas, despotricaban contra los pecadores y prometían el camino del cielo a los justos. Todo lo hacían pidiendo un óbolo, que siempre obtenían.

Pedir limosna (que era tanto el fin como el medio) les permitía dominar las voluntades, embaucar, timar, como narra el docto Gnesio Basapopi. Cuando se flagelaban, hacían que de las heridas manase sangre de pollo o de gato, mas los crédulos y los simples, que eran legión, no dejaban de entregarles pingües donaciones y socorros. Por otra parte, ¿no habían tenido los sofistas fama de marrulleros y charlatanes?, ¿no la habían tenido también los mismísimos Sócrates y Platón? Ninguno de aquellos aldeanos se acordaba del obispo de Hipona, que advirtió que sólo debía darse dinero a los pobres, jamás a los histriones.

—¿Nunca los desenmascaraban? —pregunté, mientras sacaba de la jaula un jilguero, le ataba la pata a un alambre y éste a un clavo hincado en el tronco de una joven acacia.

—Claro que sí, de vez en cuando alguna víctima se encaraba a ellos, pero era excepcional. Además, cuando ocurría, esos canallas mudaban de piel con serpentina habilidad y volvían a sus antiguos oficios de juglares, tañedores de rabel o incluso de sacamuelas, porque, como dice la sentencia de Teócrito, *paupertas sola est artes quae suscitat omnes*: sólo la miseria despierta todos los ingenios.

Luego canturreó:

Con arte y engaño
se vive medio año;
con ingenio y falsedad
se vive la otra mitad.

—¿Qué es eso? —pregunté, mientras nos dirigíamos a la zona donde estaban situados los arcabuces.

—Una vieja canción de falsos mendigos. Para que te hagas una idea de lo corruptas que son sus almas.

Mas eso no era todo. Según rumores que circulaban con insistencia, antaño los villanos estaban reunidos en una sola secta. Luego su sumo sacerdote fundó las distintas corrientes, pero no para dividirlos con arreglo a sus especializaciones, sino con una satánica finalidad: la de imitar a las órdenes religiosas de la Iglesia católica.

Tal hipótesis no podía desecharse, puesto que Bernardino de Siena había referido que Lucifer, tras reunir un día a todos los demonios, les manifestó el deseo de crear una Iglesia que se opusiese a la de Cristo, una *Ecclesia malignantium* que anulase, o cuando menos mitigase, la eficacia de la otra, la celestial, pero que se modelase a partir de ésta. El propio Agripa de Nettesheim, que tan poco creía en los maleficios de las brujas, estaba hasta tal punto convencido de los poderes maléficos de los

hampones que los acusaba de practicar la magia negra.

—*Et quaecumque ille ordinavit in ecclesia sua in bonum, ego deordinabo in ecclesia mea in malum* —declamó don Tibaldutio, con gesto grave, las palabras de Bernardino.

Con el paso del tiempo las cosas se precipitaron, explicó el capellán, mientras yo comprobaba la mira de uno de los arcabuces plantados en el suelo. Los verdaderos religiosos fueron también contagiados por el escándalo. Llegó a los monasterios la fama de la libertad de que se disfrutaba en el mundo; bastaba con aparejar unas cuantas nonadas para los ingenuos. Entonces el cuerpo prevaleció sobre el espíritu, el comer y el beber sobre la oración, el ocio sobre las obras consagradas al Señor.

—Envueltos en negras vestiduras, como escribe Libanio en *Pro templis*, los monjes comían más que los elefantes. Tenían aspecto de hombres, pero vivían como puercos, y en público consentían y perpetraban actos atroces y nefandos. Como san Agustín sabía muy bien, los hermanos de clausura se convirtieron en una innoble y cenagosa Gehena —dijo lanzando una mirada compasiva a un petirrojo que encontré muerto en una jaula, tal vez a causa de tanto trajín.

Excomulgados por su propio obispo, monjes y supuestos monjes abandonaron la clausura para vagar por ahí a su antojo, turbando la paz de la Iglesia e introduciendo la nueva corrupción entre la gente honrada. Se sumaron a la turba de los verdaderos y falsos pordioseros, harapientos, haraganes, leprosos, gitanos, vagabundos, tullidos y paralíticos; un impuro rebaño tumbado a la entrada de las iglesias.

Todas las puertas se abrían ante su astucia. Nadie podía hacer nada contra ellos, porque eran pobres o al menos lo aparentaban y, como enseña Domingo de Soto en su *Deliberatio in causa pauperum*, en caso de duda siempre se ha de dar el óbolo: *in dubio pro paupere*.

—La práctica de la caridad no sólo borra el pecado, sino que, como dice san Juan Crisóstomo, quienes *pro foribus ecclesiae sedent, stipem a nobis mendicantes, medicos vulnerum nostrorum*; es decir, los miserables mendigos que, amontonados unos encima de otros, están a la entrada de las iglesias son los médicos del alma. O, como predica Pedro Crisólogo, *manus pauperis est gazophilacium Christi; quia quicquid pauper accipit, Christus acceptat*: cuando el pobre tiende la mano para pedir caridad, es el propio Cristo quien lo hace.

—Si os he entendido bien, resulta que el hampa es hija de la compasión, y por lo tanto, indirectamente, de la propia Iglesia —deduje sorprendido, mientras ponía unas pocas migas de pan en una jaula.

—Vaya… —titubeó don Tibaldutio—. No era mi intención decir nada semejante.

Reconoció, con todo, que había algo sumamente inquietante. Los hermanos hospitalarios de Altopascio, por ejemplo, que mendigaban salvajemente entre los castillos y las aldeas, gozaban de la autorización oficial de la Iglesia de Roma. En sus

sermones aterrorizaban al pueblo con amenazas de excomunión y prometían indulgencias, y a cambio de dinero absolvían a cualquiera.

¿Acaso los Pontífices no habían sucumbido también a la equívoca fascinación de la superstición y la charlatanería? Bonifacio VIII llevaba siempre un talismán contra el mal de piedra, y Clemente V y Benedicto XII no se separaban jamás del *cornu serpentinum*, un amuleto en forma de serpiente que Juan XXII tenía incluso en su propia mesa, clavado en el pan y rodeado de sal.

—Ahora bien, algunos dicen —añadió bajando el tono una octava— que en los primeros tiempos los propios cerretanos contaban con una autorización oficial.

—¿En serio? ¿Y de qué clase?

—Es una historia que me contó un cofrade oriundo de aquella región. Por lo que parece (pero nadie posee pruebas, recuérdalo), en las postrimerías del siglo decimocuarto los cerretanos tenían una concesión regular para pedir limosna en Cerreto, en beneficio de los hospitales de la Orden del Beato Antonio. Dicho permiso sólo podían otorgarlo las autoridades eclesiásticas.

—¡Entonces se toleraba conscientemente a los cerretanos! Tal vez la situación no haya cambiado.

—Si ese permiso en verdad existió —se limitó a decir—, tendría que estar consignado en los estatutos de la ciudad de Cerreto.

—¿Y lo está?

—Alguien ha arrancado las páginas correspondientes a la cuestación —respondió con voz apagada.

Por otra parte, agregó de un tirón, se rumoreaba que tenían un amigo en el mismísimo Vaticano.

—¿En el Vaticano? ¿Y quién puede ser? —exclamé sin disimular mi incredulidad.

Leí en su rostro el arrepentimiento por haber hablado demasiado y el malestar por no poder dar marcha atrás.

—Bueno, verás… hay quien habla de un marquesano. Pero bien puede tratarse sólo de envidia, porque ocupa un cargo importante en la fábrica de San Pedro. Por eso lo denuestan tanto.

Así pues, dije pasmado para mis adentros, alguien de la fábrica de San Pedro (la obra perpetua de restauración y reparación de la iglesia más importante de la cristiandad) mantenía tratos con los cerretanos.

Había que profundizar más al respecto, desde luego, pero no con el capellán, que se había delatado y seguramente no iba a proporcionarme más pormenores.

Había llegado el momento de despedirse. Yo había terminado de colocar los reclamos y de revisar los arcabuces fijos, y don Tibaldutio había respondido cumplidamente a mis preguntas acerca de la antigua relación entre la Iglesia y el hampa.

¡Cuánto se parecía al oficio hábil y taimado de los truhanes la multiplicación de los años santos, que década tras década habían perdido, a los ojos de los creyentes, su esencia de fiesta de sagrada solemnidad secular para convertirse en una máquina cotidiana de hacer dinero! ¿No era ello consecuencia, aunque lejana, de los errores y las fechorías cometidos cuando, antes de la implantación del jubileo, los cerretanos, nacidos de la costilla de la Santa Madre Iglesia y alimentados por la leche sagrada de Misericordia y Caridad, vinieron al mundo? Sfasciamonti tenía razón, me dije con angustia: estábamos rodeados. La sede del papado era un fortín en el que el caballo de Troya había entrado hacía mucho tiempo.

Don Tibaldutio se sonó la nariz a manera de conclusión y, pensativo, me miró de reojo por entre los pliegues del pañuelo. Se daba cuenta de que yo me guardaba algo que no quería revelarle.

Le di las gracias y le prometí que recurriría a su doctrina si necesitaba nuevas aclaraciones sobre el tema.

Un instante antes de despedirme del capellán, me acordé de una duda que albergaba desde hacía unos días.

—Perdonad, don Tibaldutio —dije con fingida indiferencia—. ¿Alguna vez habéis oído hablar de la Cofradía de Santa Isabel?

—Por supuesto, todo el mundo la conoce —respondió el capellán, a quien la ingenuidad de la pregunta pilló desprevenido—. Es la que se encarga de dar dinero a los esbirros. ¿Por qué lo preguntas?

—La vi pasar hace unos días… No la había visto nunca. Simplemente por eso —dije con displicencia mal simulada.

No conseguía despejar la duda que empezaba a corroerme despacio y que aún no se había apoderado de mi cerebro.

Gracias al cielo, la alegre cacería había tenido un resultado asaz propicio y feliz. Damas y caballeros, en varias horas de acechos y emboscadas, habían desfogado sus instintos cinegéticos, tras lo cual regresaron al casino con contadas y esmirriadas piezas en sus morrales (perdices, gorriones, cornejas, algún sapo, dos topos y hasta un murciélago), lo que no fue óbice para que se divirtiesen a más no poder. Al final, una vez que hube retirado las jaulas con los reclamos, calculé que éstos eran mucho más numerosos que las presas capturadas.

Sólo unos pequeños incidentes (resueltos, felizmente, con prontitud por la servidumbre, que acudió en masa) turbaron en algunos momentos la diversión y causaron enormes sobresaltos al pobre don Paschatio. El príncipe Vaini, muy dado a las calaveradas, se había entretenido apuntando la ballesta contra el sombrero de Giovan Battista Marini, alguacil del Campidoglio, hasta que en una de ésas se le disparó por error la saeta, que rozó el cráneo de Marini y fue a clavarse, con el

sombrero, en un árbol. El cardenal Spada, apoyado por el gentilhombre de la casa y por varios lacayos, tuvo que mediar para evitar que Vaini y su víctima llegaran a las manos. Por suerte, el duelo al que se retaron varias veces con tono airado no pasó a mayores.

Entretanto monseñor Borghese y el conde Vidaschi, a falta de presas más nobles, habían disparado el arcabuz contra un gran cuervo. El negro volátil (cuya carne es notoriamente indigesta) cayó al suelo y parecía maltrecho. Sin embargo, cuando los dos agresores se acercaron para capturarlo, levantó el vuelo, planeó de forma muy desordenada entre los otros jugadores y acabó asiéndose a la bella y sedosa cabellera de la marquesa Crescenzi, que lanzó un grito de pánico. Cuando por fin el pájaro se apartó, todo el grupo le apuntaba con sus arcabuces y ballestas, pero el pobrecillo, herido en un ala, no conseguía elevarse del suelo, donde al final un criado acabó ignominiosamente con él a escobazo limpio.

El tercer incidente, en cambio, no había sido fruto de un exceso de audacia, como en el caso del príncipe Vaini, sino de suma impericia. El marqués Scipione Lancellotti Ginnetti, conocido por su escaso ingenio y *massime* por su cortísima vista, creyendo que había descubierto una presa en la rama más alta de un enorme pino, había disparado su ballesta. La saeta, al clavarse en una rama, hizo que se tambalease todo el árbol y del follaje cayó una pequeña esfera blancuzca, que se hizo trizas en el suelo. Dos caballeros se acercaron.

—¡Un huevo! —exclamó el primero.

—No hay que disparar a los nidos, es inútil y cruel —añadió el otro dirigiéndose al marqués Lancellotti Ginnetti.

Acudieron más personas, todas con ganas de remarcar el error del marqués, que en aquellos días intrigaba para ser nombrado coronel del pueblo romano (antiguo y noble cargo de las instituciones comunales de la ciudad), empresa en la que muchos esperaban que fracasase. Además, era preferible distraer la atención de la cacería propiamente, dicha, a la vista de sus magros resultados. El marqués intentó disculparse afirmando que había apuntado a un gran pajarraco, mientras todos reían entre dientes, pues sabían perfectamente que Lancellotti Ginnetti no veía a un palmo de su nariz.

Mirando hacia lo alto, muchos huéspedes, sedicentes expertos en caza, trataban de discernir a qué especie de pájaro pertenecía el huevo que había caído al suelo.

—Golondrina de mar.

—Yo diría que es de faisán —aventuró monseñor Gozzadini, secretario de los Memoriales de Su Santidad.

—Pero, Excelencia, encima de un árbol…

—Sí, claro, es verdad.

—Una perdiz o una estarna —apuntó otro.

—¿Una estarna? Demasiado pequeño.

—Excusadme. Debe de ser de tórtola o, a lo sumo, de paloma torcaz. Está clarísimo.

—O de tórtola blanca…

—Un arrendajo, quizá —se atrevió a decir el marqués Lancellotti Ginnetti, que juzgaba deshonroso no opinar sobre el huevo que él mismo había hecho caer.

—¡Pero bueno, marqués! —espetó con su habitual tono insolente el príncipe Vaini—. ¿No veis que el huevo es blanco, cuando los de arrendajo tienen puntos? ¡Lo saben hasta las piedras!

Todo el grupo se ensañó con el pobre Lancellotti Ginnetti subrayando la gravedad de su error con una serie de «¡Acabáramos!», «¿En qué estaría pensando?», «Menuda locura» y así sucesivamente, todo condimentado con alusivos carraspeos.

De repente se oyó el lacerante estruendo de un arcabuz. Todos, incluido Lancellotti Ginnetti, se agacharon al punto para esquivar otros posibles disparos.

—¿Quién ha sido? —preguntó el príncipe Vaini mirando aturdido en derredor.

Por suerte no había muertos ni heridos. Luego se supo, tras una rápida comprobación, que ninguno de los caballeros allí presentes tenía en su poder un arcabuz. Los que se hallaban más lejos y sí estaban armados negaron haber disparado en los últimos minutos. Algunos de los reunidos seguían con la piel de gallina y se alejaron para reanudar la partida de caza.

El incidente, al que yo había asistido por azar mientras colocaba en un lugar mejor una jaula de reclamos, dejó en mi alma una sensación de inquietud. Disparado desde cerca, un arcabuz mataba sin remedio.

Cumpliendo con mi deber referí enseguida a don Paschatio lo ocurrido. La angustia y el terror se dibujaron por igual en su rostro. Sólo faltaba que hubiese un muerto en la fiesta cuyas riendas él dirigía, y encima de alto linaje. Comenzó a deplorar la idea de la partida de caza, argumentando que era inapropiado organizarla en esos días en que el cónclave parecía inminente y todos se detestaban. Alguien podía caer en la tentación de saldar viejas cuentas.

Pasado el miedo, conseguí sosegarme poco a poco. Tenía una sospecha. Todavía no podía imaginar hasta qué punto estaba fundada y lo oportuno que hubiese sido verificarla, pero otros asuntos urgentes ocupaban ahora mi alma y me llamaban a la acción.

Una acción de espía, para ser exacto.

Séptima Noche

13 DE JULIO DE 1700

Encontré a Atto en sus aposentos. No había participado en la alegre cacería, ya que, según sus propias palabras, había tenido bastante con la de *César Augusto*. Lo cierto es que durante ese tiempo se había dedicado a responder a la carta de la condestablesa. Ahora, una vez escrita la misiva, se aprestaba a bajar con Buvat para cenar en los jardines de la villa Spada. Le referí todo cuanto don Tibaldutio me había contado: los cerretanos tenían un amigo en San Pedro, cuyo nombre el capellán no me había revelado.

—¿No me digas? Bien, bien —comentó—. Pediré enseguida a Sfasciamonti que se informe.

Al cabo de media hora, tras asegurarme de que el abate y su secretario se dirigían hacia la mesa, introduje de nuevo las manos en la ropa interior sucia y extraje el pequeño legajo de su correspondencia secreta.

Saqué del bolsillo el librito titulado *El pastor Fido* que había tomado prestado de la biblioteca del Navío; estaba listo para leer las cartas de Maria a la luz de aquellos versos. Como en la ocasión previa, no encontré en el legajo la misiva de la condestablesa ni la respuesta que el abate acababa de escribirle. Busqué entre los efectos de Buvat con la esperanza de descubrir algún papel interesante, como en mi inspección anterior, mas esta vez no encontré nada.

Busqué por todas partes, en vano. Me inquieté. Tal vez Melani empezaba a percibir indicios de mis incursiones. Ay, debía de haberse llevado las cartas.

Sólo me quedaba proceder a la lectura del tercer y último informe de Maria Mancini sobre la corte de España, el único que aún no había revisado.

Ahora que había descubierto la verdad sobre la correspondencia entre Atto y Maria, me decía, ahora que había captado el alma verdadera, que no era la política ni el espionaje, sino el amor, quizá en esas notas podría hallar alusiones y citas que en un primer momento se me habían escapado. Eché una ojeada por la ventana para asegurarme de que Atto estaba lejos y ocupado, y abrí el sobre.

Acompañaba el informe una carta escrita por Maria y enviada desde Madrid dos meses antes, en respuesta a una misiva de Atto. En ella la condestablesa confirmaba que viajaría a Roma para asistir a la boda de Clemente Spada y Maria Pulcheria Rocci.

Amigo mío, comprendo vuestro punto de vista y el de Lidio, pero os repito lo que pienso: todo es

inútil. Además, lo que hoy parece un bien mañana se convierte en desdicha.

De todos modos iré. Acataré los deseos de Lidio. Nos veremos, pues, en la villa Spada. Os lo prometo.

Ahí estaba de nuevo la referencia herodotea a Lidio, o Creso, el rey de Lidia, bajo cuyo nombre, como había descubierto la víspera, Atto y Maria señalaban al Rey Cristianísimo.

Puse en orden mis ideas. ¡Lidio, el Rey Cristianísimo en persona, había rogado a Maria que aceptase la invitación del cardenal Spada! Pero ¿por qué?

Leí una y otra vez ambos párrafos, hasta que tuve una intuición: el soberano quería convencer a Maria de que regresase a Francia. Tal era la misión del abate Melani, y debía cumplirla en los esponsales de la villa Spada.

El rey de Francia echaba de menos a la condestablesa. ¿No me lo había insinuado el propio Atto el día anterior, durante nuestra última visita al Navío? Incluso me había revelado que madame de Maintenon quería que el rey viese a una Maria vieja, con la esperanza de macular de forma indeleble el recuerdo que él conservaba de los años de su juventud.

Supuse que el soberano intrigaba por medio de Atto para convencer a Maria de que fuese a verlo, quizá aceptando la invitación oficial a la corte por la que tanto abogaba madame de Maintenon, o bien en un encuentro secreto, lejos de miradas inquisitivas.

Ahora bien, la condestablesa, a juzgar por la carta que había empezado a leer, no tenía la menor intención de aceptar. Consideraba que «todo es inútil»; más aún, «lo que hoy parece un bien mañana se con vierte en desdicha». Probablemente se refería a un posible encuentro con el Rey Cristianísimo. Tras la dicha de los abrazos se impondría la amarga realidad: los cuerpos marchitos, las facciones ajadas, la belleza perdida.

Claro, reflexioné, la condestablesa jamás se presentaría entrada en años ante el amor de su vida.

Firmemente aferrado a esas certezas, proseguí la lectura. Fruncí el entrecejo al ver que la condestablesa parecía cambiar bruscamente de tema. Ahora hablaba de los asuntos de España:

¿Sabéis qué dicho circula en Madrid? Carlos V fue emperador; Felipe II, rey; Felipe IV, sólo hombre, y Carlos II ni siquiera eso.

¿Cómo, amigo mío, se ha llegado a tal decadencia? Mil termitas corroen el viejo tronco de la monarquía, pero no os confundáis: muchas, demasiadas vienen de allende los Pirineos. ¿Quién ha inoculado en los cansados miembros de España la ponzoña de los espías, de los intrigantes, del terror artificial, de la falsa información, de la corrupción? ¿Quién quiere que España se vacíe desde dentro, se contamine, se embriague y se pudra como el cadáver viviente de su rey?

Yo soy italiana de nacimiento, me he criado en Francia y he elegido España como mi nueva patria. Sé distinguir cuándo las sombras de los Grandes Chacales se extienden sobre Madrid.

Interrumpí la lectura. ¿Quiénes eran los Grandes Chacales? Tal vez los otros reinos europeos. El informe continuaba con la lista de las derrotas del último medio siglo. Desde la sangrienta batalla de Rocroi, donde las fuerzas españolas, preparadas para el triunfo, acabaron masacradas por los franceses. Francisco de Melo, jefe de las fuerzas españolas, que malogró toda posibilidad de victoria, recibió como premio doce mil ducados en vez de un castigo. ¿Cabía concebir algo más adecuado, se preguntaba la condestablesa, para conseguir el derrumbamiento y la subversión de todos los valores?

A partir de entonces todo había ido de mal en peor: las humillaciones en Flandes, las derrotas de Balaguer, Elvas y Estremoz, la desbandada de Lens y la vergonzosa retirada de Castel Rodrigo, la pérdida de Portugal tras veinticuatro años de guerra y la sublevación de Nápoles (que había incluso proclamado la república), domada con enormes esfuerzos. Pero ¿cómo sorprenderse de los continuos reveses militares, si para remediar la carencia de medios los ejércitos españoles habían tenido que dotarse (como en la expedición contra Fuenterrabía) de viejas armas de colección que el duque de Albuquerque cedió al rogárselo personalmente el rey en el último instante? ¿Cómo sorprenderse, si el padre de Carlos, Felipe IV, había tenido como consejero de mayor confianza a una monja, desconocedora de cuanto acontece en el mundo? La situación empeoraba cuando se pasaba al terreno de la diplomacia: la Paz de Westfalia había humillado a España, la de los Pirineos la había dejado en ridículo ante toda Europa.

Mientras tanto, los miembros de la dinastía habían caído como moscas: la primera esposa de Felipe IV, Isabel, fallecida cuando apenas contaba cuarenta y un años; dos años después la siguió su primogénito, Baltasar Carlos; el principito Felipe Próspero, muerto antes de cumplir un lustro; la primera esposa de Carlos II, desaparecida cuando aún no tenía treinta por un probable envenenamiento.

Ahora, en la cúspide de este largo calvario, en la capital todos estamos a la deriva. Agentes secretos de todos los bandos, pagados o chantajeados, hacen correr rumores de derrota, fomentan revueltas, malquistan a los súbditos con cualquier gobierno que se forme.

¿Creéis, amigo mío, que no lo he entendido? La orden es tajante: que el ministro sea corrupto, que el magistrado sea arbitrario y que el sacerdote cometa pecado.

Se ha enfrentado a los Grandes del Reino entre sí para que no sea factible ninguna acción común. Los gobiernos deben durar poco para aumentar la incertidumbre. A los ministros que roban se les sanciona con clemencia, o no se les impone el menor castigo, para convencer así a los ciudadanos honrados de que el mal es provechoso. Los gobernantes se demoran en ceremonias y fiestas, sin importarles que la patria se caiga a trozos. Hay que perder la esperanza en el mañana, en la justicia, en la humanidad.

Sólo entonces, bajo el poderoso impulso del mal ejemplo, se cumplirá el plan de los Grandes Chacales: el esbirro robará, el mercader timará, el soldado desertará, la madre honesta se volverá puta. Los hijos habrán de crecer sin amor ni ilusión, para sembrar el desorden y la infelicidad entre las generaciones futuras. Que se repita la prueba de Herodes, que mueran todas las semillas de amor, que cunda la locura.

Hay que acabar con la pretensión de cada súbdito español de gozar de derechos, de respeto, de

dignidad. Que se convenza de que su destino no le importa a nadie y, por tanto, no puede esperar ayuda. Debe sentirse traicionado por todo y por todos, y odiar.

Ante su consternación, su hambre, su miedo, el protocolo de palacio debe conservar todo su boato y los ricos han de mantener sus desmedidos privilegios. Cada día debe tener para el súbdito español el color del desengaño, el olor de la traición, el amargo sabor de la rabia. Hasta que una mañana se levante maldiciendo a sus gobernantes, pero con resignación; ese día los tiempos estarán maduros.

En efecto, la ruina o la fortuna de los reinos no pasan por las finanzas ni por los ejércitos, sino por el ánimo del pueblo. A la larga ni el tirano más sanguinario puede hacer nada contra la hostilidad y la desconfianza de sus conciudadanos. Éstas son más potentes que los cañones, más rápidas que la caballería, más indispensables que el dinero, pues el verdadero poder (como sabe todo ministro) emana del espíritu, no de la carne.

El desprecio del pueblo es un viento caliente que ningún muro puede detener. Al final acaba con la piedra más dura, con el bastión más sólido, con la espada más afilada.

Por ello los tiranos de todas las épocas quieren aplastar al pueblo, mas no sin antes haber obtenido su permiso. Para alcanzar tal propósito es esencial la mentira, madre y hermana de todos los déspotas. Así pues, invocan peligros que ellos mismo han creado secretamente, y que las gacetas exageran, afirmando que poseen su solución. Para lograrla, pedirán y obtendrán plenos poderes, con los que finalmente llevarán al pueblo a la desesperación.

¿Qué ocurrirá entonces? Los Grandes Chacales se regocijarán. ¡Ay, necios! Ése será también su fin: estallará la guerra de todos contra todos para repartirse los despojos de la muerta España. Una gran lucha fratricida, una nueva guerra del Peloponeso, de la cual no podrá surgir la paz, sino otras guerras, hijas de la primera.

Como ignoraba los asuntos políticos de España, no podía entender bien las alusiones de la condestablesa. Pasé directamente, pues, a leer el informe y así supe la causa de tanto desconsuelo:

Observaciones
para servir a las cosas de España

A la muerte del rey Felipe IV, Carlos II es aún un niño. Por lo tanto, la regencia le corresponde a su madre, María Ana. Incapaz de dirigir sola el destino del reino, la viuda de Felipe IV deja el gobierno en manos de un jesuita, el padre Nithard, su confesor. Sin embargo, muy pronto es expulsado por una conjura de don Juan el Bastardo. Pasados unos años, ocupa su puesto Valenzuela, un aventurero sin escrúpulos al que el rey Carlos, ahora adolescente, ha nombrado Grande de España para que le perdone un accidente de caza (durante una batida, le disparó un tiro en la nalga). Pero el Bastardo urde una segunda conspiración, exilia a la reina y manda encarcelar a Valenzuela. La mujer de éste es arrestada, encerrada y violada; acaba sus días pidiendo limosna y muere loca. Más tarde también fallece el Bastardo, la reina madre regresa y nombra un nuevo primer ministro, el conde de Medinaceli.

Medinaceli trabaja todo el día, aparentemente se esmera, pero en realidad no saca nada adelante. No obstante, presenta la dimisión aduciendo agotamiento. Transcurren tres años antes de encontrar un sucesor. Por fin toma las riendas el conde de Oropesa. Hombre de salud frágil, aquejado de ataques crónicos de erisipela, pasa casi más tiempo en la cama que levantado. Al cabo de apenas tres años, por una conjura de palacio se le destituye y manda al exilio con una simple nota. El rey Carlos nombra entonces un nuevo gabinete sin primer ministro, que no tardará en ser conocido como el «gobierno de los estafadores». Se reparte el poder entre tres nobles y un cardenal, pero, ante su incapacidad manifiesta, se produce un nuevo cambio. Llega al gobierno el duque de Montalto, al que se jubila rápidamente. El rey llama entonces de nuevo a Oropesa, por quien siente especial simpatía. Sin embargo, una revuelta popular desbarata los designios del soberano: Oropesa huye milagrosamente de los rebeldes con su esposa y sus hijos, disfrazado de monje.

Las cuentas públicas están en una situación tan calamitosa y embrollada que nadie es capaz de reconstruir las finanzas del Estado. Los funcionarios públicos mantienen altos los impuestos para poder lucrarse; sustraen a escondidas los ingresos al erario o se dejan corromper. La economía real se halla en tan mal estado que hasta el personal del Alcázar se queda sin sueldo. Pese a ello, al tiempo se elevan durante tres semanas los gravámenes sobre la carne y el aceite a fin de pagar a los actores contratados para celebrar el cumpleaños del rey.

Los franceses irrumpen en Cataluña, derrotan al ejército español en el río Ter y ocupan Palamós y Gerona.

El rey, que ve las actividades de gobierno como el diablo el agua bendita, pasa los días en el jardín del Buen Retiro recogiendo cestos de fresas.

En las calles el ejército de miserables, mendigos, ladronzuelos y desertores ha crecido de forma desmesurada. El pueblo está postrado. Los alimentos más cotidianos se pagan a precio de oro. Los robos, los homicidios y los atracos están a la orden del día. Suben los impuestos sobre los productos de horno, los panaderos se niegan a trabajar. Madrid, ya hambrienta, se queda sin pan. No se encuentra harina. Para conseguir un poco el embajador inglés en Madrid debe mandar una escuadra armada hasta los dientes a fin de que no asalten a sus criados. Los panaderos corren a diario el riesgo de que los roben y maten.

La única respuesta que el pueblo hambriento recibe es un anuncio: la reina está embarazada, España tendrá un heredero al trono. Sin embargo, ya nadie da crédito a las mentiras del palacio real.

Hace un año se vivió el día más sombrío. Era el 28 de abril de 1699, la multitud enfurecida se presentó en el Alcázar, bajo las ventanas regias. El soberano en persona tuvo que salir al balcón y sólo de milagro consiguió calmar a los insurgentes. En la corte se respira la catástrofe.

El rey está paralizado por el miedo, dispuesto a hacer cualquier cosa que se le diga, pero nadie quiere ni puede aconsejarle. Los bandos en que se divide la corte son avisperos donde todos, hasta los buenos amigos, esperan la ruina del otro. Francia y Austria, atizando secretamente el fuego de la cólera, encienden ambiciones y envidias.

Interrumpí la lectura al oír en el pasillo ruido de pasos que parecían aproximarse. En un verbo lo puse todo en su sitio y fui hacia la puerta, dispuesto a salir, mas, ay, era demasiado tarde; Atto Melani volvía a sus aposentos. La suerte quiso que estuviese solo.

Me refugié en el cuartito de Buvat, rezando para que éste tardase en venir, y desde allí observé al abate a través de la puerta entornada. Se despojó primero de la pesada peluca color pajizo, lo cual —debido al escaso frescor reinante, pese a lo avanzado de la hora— le arrancó un gruñido de satisfacción. La colocó en una fraustina, que enseguida trasladó a la cómoda situada al lado de su cama. A continuación, gimiendo por el cansancio, se desnudó rápidamente. La intensidad del día había minado sus fuerzas. Se había retirado a sus aposentos antes de que acabase la cena y ahora no llamaba siquiera a un ayuda de cámara para que lo descalzase.

Oculto en el cuartito, hube de presenciar a mi pesar cómo Atto se desnudaba. Cuando se hubo quitado la ropa, descubrí con sorpresa un cuerpo de extrema madurez, como no podía ser menos, pero en excelente forma.

La piel era fláccida y estaba arrugada en diversos puntos; sin embargo, los hombros se mantenían bien erguidos, las piernas tensas y esbeltas, y aparentaban veinte años menos. Los miembros inferiores no tenían una sola de las manchas azuladas que inevitablemente acarrea la vejez. Claro, si no hubiese sido así, me dije,

el abate Melani jamás habría podido aguantar el trajín de esos días.

«El abate tiene miedo de morir olvidado, pero, si sigue así, aún puede vivir muchos años, e intensamente. A buen seguro le sobra tiempo para pasar a la historia», concluí riendo para mis adentros.

Atto apagó la luz y, únicamente bañado por la claridad de la luna, se tumbó en la cama sin siquiera quitarse de la cara el albayalde, los lunares postizos y el carmín de las mejillas. Muy pronto empezó a roncar profundamente.

Me aprestaba a irme, cuando me acordé de que todavía no había conseguido encontrar lo más importante: las dos últimas cartas de Atto y Maria. El abate debía habérselas llevado consigo. Era la mejor ocasión para dar con ellas.

Rebusqué en su ropa y calzado, tacones incluidos, pero no hallé nada. Ahora bien, las enseñanzas de Melani, así como las numerosas y singulares experiencias que había vivido a su lado, me habían aguzado los sentidos y el entendimiento. Una mirada atenta alrededor, pues, me hizo reparar en un detalle curioso. Atto no había dejado la vistosa peluca en el tocador, como hubiese sido normal, sino en la cómoda, es decir, al lado de su lecho. Como si tuviese que vigilarla incluso mientras dormía…

Tras denodados esfuerzos para no hacer el menor ruido, que me costaron sudar lo que no está escrito, mi empresa resultó fructífera: las misivas estaban en un bolsillo secreto de la peluca, dentro de la tela almidonada a la que estaban pegadas las mechas rizadas de la cabellera postiza. La elección de semejante escondite no dejaba resquicios para la duda: el abate tenía serios temores de que pudiesen robárselas. Motivos no le faltaban, me dije, después de todos los percances con los cerretanos. Con todo, tanta precaución también podía significar que su contenido era mucho más delicado y complejo que el de las anteriores. Para mi sorpresa, no había sólo dos cartas, sino cinco. Con la lentitud de un caracol, maldiciendo los crujidos del suelo de madera, me alejé por fin de la cama donde descansaba el abate Melani.

Tres de ellas parecían bastante antiguas. Intrigado, abrí una. Encontré la parte final de una misiva en español, escrita por una mano muy insegura. Cuál no sería mi estupor cuando leí la firma: «Yo, el rey.»

Era una carta del rey de España, el pobre Carlos II. Estaba fechada en 1685, es decir, quince años antes. A pesar de la gran semejanza entre la lengua española y la italiana, la caligrafía tortuosa y atormentada del soberano no me permitió comprender nada de su contenido. Desdoblé otras dos hojas en busca del principio de la carta para averiguar al menos a quién estaba dirigida. Mas, para mi asombro, descubrí que en cada una figuraba tan sólo la parte final de una misiva de muchos años atrás. Ambas estaban firmadas por el rey de España, y tampoco en este caso logré entender el contenido.

¿Qué significaban esas páginas truncadas? ¿Y por qué las tenía el abate Melani? Si las guardaba en la peluca, seguramente eran muy importantes.

Ay, tenía muy poco tiempo para reflexionar y me apremiaba hacer otra cosa: leer las epístolas de Atto y Maria y dejarlas en su sitio antes de que llegase Buvat.

Mis ojos acababan de recorrer las primeras líneas, cuando tuve un sobresalto.

Mi muy querido amigo:

A mis oídos ha llegado una noticia sorprendente, que a buen seguro os pasmará e interesará tanto como a mí. Su Beatitud Inocencio XII ha creado una comisión especial de consulta sobre la cuestión española. Según parece, después de mucho vacilar, ayer, 12 de julio, cediendo a los ruegos del embajador español Uzeda, el Pontífice aceptó pronunciarse sobre la petición del rey y encargó al cardenal secretario de Estado, nuestro benévolo Fabrizio Spada, al secretario de los Breves, cardenal Albani, y al camarlengo, cardenal Spinola de San Cesareo, que estudien la situación para preparar la respuesta papal.

El corazón me latió con fuerza. Spada, Albani y Spinola, las tres eminencias que desde hacía días se reunían secretamente en el Navío y cuyo rastro Atto y yo intentábamos seguir en vano. ¡La sucesión de España era, pues, el auténtico motivo de sus encuentros, no el cónclave!

Levanté la vista de la carta y fruncí pensativo el ceño. ¿Por qué Atto no se había apresurado a contarme la novedad que le transmitía Maria en su misiva?

Ojeé febrilmente la carta. Me detuve más adelante:

Así pues, Su Santidad ha cedido a espíritus más tenaces que el suyo. ¿Tendrá la entereza suficiente para apoyar eficazmente al rey? Os confieso, querido amigo, mis dudas al respecto. ¿Qué querría decir el Santo Padre con esas palabras quejumbrosas que os reproduje en otra carta: «Se nos priva de la dignidad que pertenece al vicario de Cristo y se nos abandona»?

Pasé rápidamente a la respuesta de Atto, que aún me dio más que pensar:

Clementísima madame:

Desde hace tiempo estoy al corriente de la existencia de la comisión de los tres cardenales encargados de emitir un dictamen sobre la cuestión española. El asunto se conoce bien aquí, en Roma, al menos en los círculos mejor informados. Si estuvieseis entre nosotros, en la fiesta, ya lo habríais notado…

Dudé de esas palabras. ¿No pretendería Atto hacer creer a Maria que estaba al tanto de todo para no quedar mal? La carta de Melani proseguía así:

En realidad, Su Beatitud había elegido inicialmente al cardenal Panciatici en vez de a Spinola, lo que habría sido mejor para Francia, dado que este último apoya claramente al Imperio; pero el primero tuvo que renunciar por problemas de salud, cuya gravedad le ha impedido acudir incluso a los deliciosos himeneos de la villa Spada.

Sea como fuere, os han informado con suma prontitud, pues el Papa no encomendará

oficialmente el encargo hasta mañana, 14 de julio.

No, Atto no fingía con la condestablesa. Le decía la verdad; a mí, en cambio, me había mentido. A juzgar por los pormenores sobre los que se explayaba con tanta seguridad, conocía desde hacía tiempo las gestiones diplomáticas que habían hecho los tres cardenales en relación con la ayuda solicitada por Carlos de España al Papa. Y me lo había ocultado a sabiendas.

De pronto hice memoria. ¿Qué había oído decir la noche de la víspera, mientras esperaba el comienzo de la comedia, a aquellos tres espectadores? El embajador de España, el duque de Uzeda, con la ayuda de otros, habría logrado por fin convencer al papa Inocencio XII. Sin embargo, no habían dicho de qué lo habían convencido, ni mencionado el nombre de las personas que con su influencia sobre Su Beatitud habían secundado a Uzeda. Sólo habían hablado de «cuatro zorros».

Ahora la carta de la condestablesa lo aclaraba todo. Inocencio XII, evidentemente, no quería inmiscuirse en el asunto de la sucesión española, pero al cabo había cedido a las presiones del embajador de Madrid. ¿Y quiénes eran los otros «zorros», sino Albani, Spada y Spinola? Por eso uno de los tres invitados a los que había oído la noche anterior hizo callar a los otros con las palabras «*lupus in fabula*» en cuanto vio que se acercaba el cardenal Spada.

En definitiva, las tres eminencias habían intrigado de todas las maneras imaginables para que el moribundo Pontífice les asignase el encargo de dictaminar sobre la sucesión de España. Ahora bien, lo más grave era que, cuando la víspera, el 12, el papa Pignatelli se dejó persuadir de que debía instituir la comisión, los tres cardenales llevaban una semana reuniéndose secretamente en el Navío. Tal vez en cada encuentro decidieran la táctica que les convenía seguir con el Santo Padre.

¿Podía haber mejor tapadera para sus conciliábulos que los himeneos de la villa? Nadie sospecharía nada si los veía juntos, ya que Spada era el dueño de casa y tanto Albani como Spinola se contaban entre los invitados. Por no mentar lo sigilosas que eran sus reuniones en el Navío, como bien sabíamos el abate y yo, pues siempre se nos habían escabullido.

En fin, daba la impresión de que el pobre y viejo Papa ya no pintaba nada, como habían comentado los tres invitados la noche de la víspera. Experimenté amargura. Ay, eso significaba que Spada, en calidad de secretario de Estado, era con toda probabilidad (junto con el secretario de los Breves, Albani, y el camarlengo, Spinola de San Cesareo) uno de los causantes de que el Pontífice profiriera aquel lamento: «Se nos priva de la dignidad que pertenece al vicario de Cristo y se nos abandona», como la condestablesa había referido a Atto dos veces en sus cartas.

¿Qué papel desempeñaba el abate en todo eso? Ahora no cabía duda: Melani quería espiar a los tres purpurados, pero no por el cónclave, sino a fin de averiguar si

sus decisiones acerca de la sucesión de España eran favorables o desfavorables a Francia y, llegado el caso, estar preparado para intervenir por su rey. De no haber leído su correspondencia con Maria, yo habría estado ayuno de todo.

Desalentado y humillado, continué la lectura:

… y de todos modos no debéis pensar que Su Santidad se halla en malas manos. Por lo que he podido saber, lo asisten, de forma perfecta y desinteresada, el secretario de Estado y el secretario de los Breves, así como el camarlengo, que se ocupan de los asuntos del Estado con atención y diligencia sumas. Como ya os escribí, no han despojado del báculo pastoral a Su Santidad, sino que están cumpliendo fielmente el difícil encargo que el Pontífice ha querido asignarles, un peso que han aceptado humildemente y con alegría. No temáis.

Los nervios me hicieron estrujar la carta, con el riesgo de dejar rastros de mi lectura clandestina. ¡Qué descaro! Atto sabía perfectamente lo que los tres cardenales hacían durante sus reuniones secretas en el Navío (aunque no había conseguido sorprenderlos) y, sin embargo hablaba de ellos con tono dócil y amable. Y esto a pesar de que uno de los tres era nada menos que Albani, quien se contaba entre sus más acérrimos enemigos, cómplice de Von Lamberg, como habíamos descubierto la noche anterior gracias a las informaciones de Ugonio. La cosa era francamente extraña; ¿qué me ocultaba el abate Melani?

Al seguir la lectura advertí que el tema cambiaba bruscamente:

Pero dejemos esta palabrería fútil. Sabéis con cuánta facilidad me dejo arrastrar a las vanidades del mundo y de la política cuando me habla (o me escribe) la más dulce, noble y encantadora de las princesas. Aun cuando tuvieseis que entretenerme con la más trillada de las estratagemas, conseguiríais sin esfuerzo cautivarme, por cuanto todo lo que sale de vuestra boca, como de vuestra pluma, es sublimidad, maravilla y cosa digna de amor.

Pero ha llegado el momento de pasar a los asuntos serios. Clementísima y queridísima madame, ¿cuánto tiempo más vais a renunciar a los placeres de la villa Spada? Sólo faltan dos días para la conclusión de los festejos y aún no he tenido la gracia de postrarme a vuestros pies. Tampoco me decís si os habéis repuesto ni cuándo llegaréis. ¿Es que queréis que muera?

Si conservas la piedad y la virtud
contigo nacidas,
alma cruel mas hermosa,
apiádate de mí y dame ahora
un solo suspiro tuyo.

¿Qué dios envidioso os hace dar la espalda a Lidio y desdeñar sus ruegos? Vos lo sabéis: estoy aquí solamente porque prometisteis a Lidio que vendríais.

He aquí la verdad. ¿Cómo había podido albergar dudas? Melani la amaba, y su amor se confundía con el del rey, de quien no era más que su antiguo mensajero.

Cada vez que tocaba el tema erótico, Atto revelaba que todo lo demás no era sino mero pretexto para explayarse, aunque sólo fuera sobre el papel, con el objeto de sus sentimientos.

No había más misterio que el viejo amor de tres augustos ancianos. El abate, bien es verdad, había mantenido la mayor reserva conmigo en lo referente a la sucesión de España haciéndome creer que los tres cardenales se reunían por el cónclave. Sin embargo, no era menos cierto que había preferido que yo no supiese nada del asunto debido a su gravedad. Me acordaba bien, desde la época en que nos conocimos en la Posada del Donzello, de su propensión a hacer revelaciones sorprendentes acerca de sucesos lejanos en el tiempo, mientras me ocultaba cuidadosamente la verdad sobre sus maniobras y planes del momento. Por último, ¿qué podía yo esperar de un espía tan versado como él? Tenía que rendirme: el abate Melani siempre me ocultaría algo, aunque sólo fuese por su natural desconfiado y retorcido.

Así pues, con mirada nueva reflexioné sobre la carta de Melani que acababa de leer y ya no me pareció tan sospechosa. ¿El tono obsequioso con que Atto hablaba de Albani, por poner un ejemplo, no podía ser producto del miedo a que alguien leyera la misiva y se descubriese que estaba espiando a los tres cardenales en nombre del Rey Cristianísimo?

Tenía que marcharme de allí. Dejé la última misiva donde la había encontrado, en la peluca del abate. Sin embargo, los versos de amor, por su naturaleza rebelde a la humana voluntad, siguieron conmigo perpetuando la inmóvil danza de las rimas en el trecho que me separaba de mi cama. Allí saqué por última vez el librito de *El pastor Fido*, del caballero Guarini, y busqué aquellas rimas. Las encontré en los labios de Silvio y Dorinda, y la confirmación de la verdad, por una vez mejor que mis temores, me hizo sonreír. Atto, Atto *alma cruel mas hermosa*, me repetí, en la meditación confusa que precede al sueño, en el misterio de las horas nocturnas, cuando el alma se alimenta de sombras e imágenes vanas y le complace descubrirse inmortal.

Octava Jornada

14 DE JULIO DE 1700

—¿Qué insinúas con eso? ¿Que soy un ignorante?

El pobre Buvat calló enseguida, abrumado por el tono agrio de Atto.

Esa mañana el abate estaba sumamente alterado. Buvat acababa de regresar de la ciudad y nos había encontrado hablando muy concentrados, tratando de dar con la manera de introducirnos en la Congregación del Oratorio sin que nos descubriesen los padres de San Felipe. Atto había zaherido a su secretario en cuanto éste intentó meter baza.

—Jamás me lo permitiría, señor abate —se defendió Buvat con gesto vacilante—, pero…

—Pero ¿qué?

—Veréis, resulta que es innecesario ocultarse de los padres de San Felipe, pues, como decía, permiten las visitas.

El abate Melani y yo nos miramos boquiabiertos.

—Además —continuó Buvat—, el propio Virgilio Spada emplazó su colección en un lugar accesible, que en realidad constituye un auténtico museo, hecho para satisfacer la curiosidad de muchos visitantes.

Aunque en su juventud había vestido el uniforme de soldado al servicio de España, Virgilio Spada, por lo que nos explicó Buvat, era hombre muy religioso, cultivado y erudito, buen amigo del gran arquitecto Borromini, al que, medio siglo antes, había introducido en la corte del papa Inocencio X. Requerido por el Pontífice para que pusiese en orden el gran hospital del Espíritu Santo de Saxia, se ganó el nombramiento de limosnero secreto de Su Santidad. Además, gracias a sus dotes espirituales lo habían recibido fraternalmente en la pía Congregación del Oratorio, llamada así porque su creador, san Felipe Neri, había celebrado sus primeras reuniones espirituales en el oratorio de San Jerónimo de la Caridad, y luego en el de Santa Maria in Vallicella, donde ahora se encontraba la sede de la Congregación del Oratorio, y también la colección de Virgilio.

—¿Cómo diantres lo sabéis? —preguntó Melani.

—Sin duda recordaréis que en los pasados días, cuando recorrí las bibliotecas en busca de información sobre los cerretanos, fui también a la Vallicelliana, que se encuentra precisamente en el oratorio de los padres de San Felipe, con quienes departí larga y placenteramente. Entonces podría haber echado una ojeada a la colección de Virgilio Spada, si me hubieseis dicho que pensabais que los objetos que

tanto os interesan se hallaban allí.

Melani bajó la mirada y farfulló rabiosamente para sí un par de comentarios obscenos.

—Está bien, Buvat —dijo luego—. Llevadnos a ver a vuestros amigos oratorianos.

—Aquí seguramente está lo que buscáis —dijo el joven religioso girando la llave en la cerradura de una gran cómoda de dos puertas.

Era una sala alegre y luminosa, pero resultaba severa por las vitrinas, las cómodas y las estanterías de nogal que, repletas de toda suerte de objetos, la tapizaban y le daban el aspecto de una sacristía.

—Nadie sabe que estos objetos, los objetos que buscáis, están aquí. Puede que lo recuerde sólo algún miembro de la familia Spada —añadió el religioso con una mirada que delataba su deseo de averiguar por qué estábamos al corriente de que se encontraban en ese lugar.

—Efectivamente, así es —dijo Atto sin satisfacer la curiosidad del oratoriano, que se quedó ayuno de información.

Nos hallábamos en la sala del oratorio de los padres de San Felipe dedicada a museo, una habitación esquinada de la segunda planta, entre la piazza de la Chiesa Nuova y una callejuela llamada via de' Fillipini.

Previamente habíamos tenido que realizar una pormenorizada visita de toda la colección de Virgilio Spada: monedas romanas, medallas de todas las épocas, bustos antiguos y modernos, relojes solares, espejos cóncavos, lentes convexas, gnomones, piedras volcánicas, cristales, piedras preciosas, colmillos de seres monstruosos, zarpas de grandes bestias, dientes y huesos de animales misteriosamente transformados en piedra, famélicas mandíbulas de seres desconocidos, vértebras de elefante, conchas gigantescas, caballos marinos, aves y rapaces disecados, cuernos de rinoceronte y cornamentas de ciervo, caparazones de tortuga, huevos de avestruz y pinzas de crustáceos, además de candiles de los primeros cristianos hallados en las catacumbas, tabernáculos, vasijas y ánforas romanas, griegas y persas, copas, jarras, tinajas, vasos lacrimatorios, cálices de hueso, monedas chinas, esferas de alabastro y mil diabluras más, a cuya ilustración asistimos suspendidos entre la maravilla y la impaciencia.

Después de más de media hora de visita guiada (fatigosa pero necesaria, pues habríamos llamado demasiado la atención si hubiéramos inquirido enseguida por el motivo de nuestro interés), Atto formuló la pregunta fatídica: ¿la colección no contaba por casualidad con tres objetos muy apreciados por el buen Virgilio Spada y que eran así y asá? El oratoriano nos condujo entonces a una habitación contigua, donde el globo de Capitor por fin apareció ante nosotros, triunfal y orondo. El abate y

yo, reprimiendo el entusiasmo, lo examinamos sin excesivo interés, como si se tratase tan sólo de una obra hermosa del arte humano.

—Ya lo tenemos, chico, ya lo tenemos —me susurró el abate Melani dominando a duras penas su júbilo, mientras nuestro guía nos conducía hacia el segundo objeto, la copa con el centauro. Una vez más, disimulamos nuestro interés.

—Don Atto, es la que figura en el cuadro, no hay duda —tuve tiempo de decirle al oído.

El momento crucial, empero, no llegó sino al final, cuando la gran llave negruzca giró en la cerradura y accionó el mecanismo que recluía, a saber desde hacía cuánto tiempo, el tercer regalo. El oratoriano abrió las dos puertas y extrajo un objeto de aproximadamente un brazo de largo y dos de ancho, muy pesado y envuelto en una tela gris.

—Aquí está —dijo colocándolo con prudencia en una mesilla y quitándole la tela —. Hemos de tenerlo bajo llave porque es especialmente valioso. Bien es verdad que aquí nadie entra sin anunciarse, pero nunca se sabe.

Apenas oíamos las palabras del padre oratoriano, siempre cortés, pues la sangre nos latía con fuerza en las sienes y nuestros ojos ansiaban reemplazar sus manos para descubrir más prontamente el objeto que tanto habíamos buscado.

Por fin lo vimos.

—Es… precioso —se le escapó a Buvat.

—Es obra de un maestro holandés (al menos eso cuenta la tradición), cuyo nombre, sin embargo, se ignora —se limitó a decir el sacerdote.

Pasados los primeros instantes de emoción, pude finalmente deleitarme contemplando las formas refinadas del plato, las finas decoraciones del borde, las exóticas conchas y las filigranas caprichosas, y sobre todo la maravillosa escena marina central, en la que dos tritones surcan las olas arrastrando el carro de dos divinidades, sentadas la una al lado de la otra, con las partes pudendas apenas cubiertas por un manto dorado: un hombre con aspecto de Neptuno empuñando un tridente y la nereida Anfítrite, que, bien abrazada a su esposo, lleva las riendas. Ambas estatuillas, repujadas en plata, atraían la mirada, pues estaban en el lecho dorado del plato, el cual tenía una pequeña lengüeta de oro que tapaba, como si de un paño se tratara, las partes pudendas de las figuras.

Mientras yo observaba la divina pareja, Atto se acercó para escrutar una minúscula inscripción. Hice lo mismo y también me puse a leer. Las letras estaban grabadas a los pies de las dos divinidades:

MONSTRUM TETRÁCHION

—¿Deseáis ver algo más? —preguntó el oratoriano, mientras Atto, sin haberle siquiera pedido permiso, cogía el plato y con ayuda de Buvat revisaba atentamente las dos estatuillas de plata.

—No, padre, os damos las gracias por todo —respondió finalmente el abate—. Ahora sólo nos queda despedirnos de vuestra merced. Ya hemos visto todo lo que queríamos.

—El significado más correcto de *monstrum* es «maravilla», «cosa maravillosa». Pero ¿qué sentido tiene escribir *monstrum tetráchion*, es decir, «maravilla cuádruple»?

Tan pronto como estuvimos en la calle, alejándonos del oratorio de los padres de San Felipe rumbo al Tíber, Atto empezó a interrogarse sobre el significado de la inscripción. Teníamos que apresurarnos para llegar al Navío. Era casi mediodía y, como había anunciado Cloridia dos días antes, los tres cardenales se reunirían una vez más; podía ser nuestra última oportunidad de espiarlos, o al menos nuestro último intento, dado que hasta ahora habíamos fracasado siempre.

—Permitidme, señor abate —lo interrumpió Buvat.

—¿Qué pasa ahora? —espetó nerviosamente Melani.

—En realidad, *monstrum tetráchion* no significa «maravilla cuádruple».

Atto, desconcertado, miró a su secretario con las cejas un tanto arqueadas y refunfuñó en voz baja.

—*Tetráchion*, como naturalmente sabéis, es una palabra de origen griego. Ahora bien, en griego «cuádruple» se dice *tetraplásios*, no *tetráchion*. Por otra parte, *tetráchion* no debe confundirse tampoco con *tetrákis*, adverbio que significa «cuatro veces» —explicó el secretario, mientras a Atto se le subían los colores a causa de la humillación.

—Entonces ¿qué quiere decir *tetráchion*? —pregunté, dado que al abate le faltaba el aliento para hablar.

—Es un adjetivo, cuya traducción es «con cuatro columnas».

—¿Cuatro columnas? —repetimos incrédulos Melani y yo.

—Estoy seguro de lo que digo. En cualquier caso, se puede verificar en un buen diccionario de griego.

—Cuatro columnas, cuatro columnas… —canturreó Atto—. ¿No habéis notado nada curioso en las dos estatuillas, las divinidades marinas?

Buvat y yo reflexionamos por unos instantes.

—En efecto —respondí rompiendo el silencio—. Están en una posición asaz singular, sentadas juntas, y si no me equivoco Neptuno tiene la pierna izquierda entre las de Anfítrite.

—No sólo eso —apuntó Buvat—. Tampoco se distingue la pierna derecha del dios de la izquierda de la nereida. Es como si las dos estatuillas estuviesen…

completamente unidas. Sí, están entrelazadas por un costado, o por un muslo, no lo sé, tanto es así que al verlas me dije: «Qué raro, parecen un solo ser.»

—Un solo ser —repitió Atto pensativo—. Es como si tuviesen, ¿cómo diría yo?, cuatro piernas en dos —añadió en voz baja.

—Entonces las cuatro columnas son las piernas —deduje.

—Es posible, sí, en términos lingüísticos sin duda es posible, puedo confirmarlo —declaró Buvat, cuyo intelecto, que tal vez carecía de audacia, era incomparable cuando cogía el toro de la erudición por los cuernos.

—Buvat —dijo el abate—, permitidme que, abusando de vuestra admirable ciencia, os pregunte si, en vez de por «maravilla cuádruple», *monstrum tetráchion* puede traducirse por «monstruo con cuatro piernas» o «con cuatro patas».

Buvat, tras reflexionar unos segundos, sentenció:

—Sí, desde luego. En latín monstrum significa tanto «prodigio» o «maravilla» como «monstruo». No obstante, no entiendo adónde nos lleva todo esto…

—Bien, es suficiente —zanjó Atto.

—En resumidas cuentas, ¿qué es el Tetráchion, don Atto? —pregunté—. Si en verdad es el heredero al trono de España, parece que se trata de un animal.

—Ignoro qué es el Tetráchion. Es más, para ser sincero, sé aún menos que antes, pero tengo la sensación de que si damos otro paso estaremos cerca de la respuesta. Siempre sucede lo mismo: inmediatamente antes de la solución de una verdad de Estado, todo parece confuso; cuanto más avanzas a tientas en la oscuridad, más te aproximas, hasta que de pronto todo se esclarece.

Mientras explicaba así nuestros progresos, cruzamos el puente sobre el Tíber y empezamos a ascender a grandes zancadas por el monte del Janículo en dirección a nuestra meta.

—Sólo falta una tesela del mosaico —prosiguió Melani—. Cuando la tengamos, quizá resolvamos el enigma. Me pregunto de dónde ha salido la palabra Tetráchion. Tenemos que formular un par de preguntitas a cierta persona. Confiemos en que ya haya llegado a la villa Spada. El tiempo apremia; Spada, Albani y Spinola no tardarán en reunirse en el Navío. Démonos prisa.

Nuestra primera exploración en el jardín de la villa Spada dio un resultado negativo. Romaúli, según nos dijeron los otros criados, andaba por ahí, pero nadie sabía exactamente dónde; como casi siempre estaba agachado, se ocultaba con facilidad entre los setos y los parterres.

—¡Voto a bríos! —imprecó Atto—. Necesitamos recurrir a algo.

Buvat y yo lo seguimos a su aposento. En cuanto entró, fue corriendo hacia su mesa y se apoderó de un objeto que ya me era familiar: el catalejo. Lo apuntó hacia el jardín, pero en vano.

Bajamos enseguida y fuimos hacia el lado opuesto de la villa. Esta vez, tras una rápida observación Melani murmuró con tono satisfecho:

—Te he pillado, maldito florista.

Ya sabíamos dónde estaba.

Tan puntual en el cumplimiento de sus tareas como el despuntar del sol y de la luna, Tranquillo Romaúli no podía dejar de regar los lirios de San Antonio, que muy poco antes había plantado en los jardines de la villa Spada y requerían cuidados constantes e intensos. Estaba mojando con precaución los diáfanos cálices lanceolados, reunidos en graciosos racimos, cuando nos presentamos ante él y lo saludamos con toda la cortesía que nos permitían la prisa y la emoción.

—¿Lo veis? Con los lirios, el terreno ha de regarse generosamente, pero nunca hay que empaparlo —dijo sin responder a nuestro saludo—. En realidad, en esta época deberían estar en reposo, pero yo he conseguido un cruce, que…

—Señor maestro florista, permitid que os hagamos una pregunta —lo interrumpí con amabilidad—. Una pregunta sobre el Tetráchion.

—¿El Tetráchion? ¿Mi Tetráchion? —dijo, mientras el rostro se le enternecía sólo de pensar en su criatura.

—Sí, señor maestro florista, el Tetráchion. ¿Dé dónde habéis sacado el nombre?

—Ay, es una historia un poco triste —contestó dejando en el suelo la regadera, con el rostro marcado por algún recuerdo lejano.

Por suerte, no se extendió demasiado en la explicación. Años atrás, Romaúli no se dedicaba solamente a las flores: estaba casado. Como yo sabía muy bien, su difunta esposa era una diestra comadrona, que enseñó su arte a Cloridia y trajo al mundo a nuestras dos niñas. Por lo que se desprendía de su relato, fue la pérdida prematura de su esposa lo que empujó a Romaúli a entregarse en cuerpo y alma a la jardinería, en el vano intento de espantar las sombras indelebles del luto. Poco después del triste suceso, los deudos de su mujer le pidieron que les dejase como recuerdo algún objeto personal de la difunta.

—Les regalé unas joyas, dos cuadritos, una imagen sagrada y los libros de trabajo.

—Es decir, libros para comadronas… —lo espoleó Atto.

—Sirven para conocer los accidentes de los partos difíciles y para instruir sobre las distintas clases de matriz y sobre otras cosas —respondió el florista.

—¿Y de qué libro tomasteis el término Tetráchion?

—Oh, bueno, no me acuerdo, todo eso lo entregué hace muchos años. Los detalles los he olvidado. En realidad, el nombre no es más que un recuerdo, un recuerdo de mi pobre esposa.

Habíamos averiguado suficiente.

—Gracias, muchas gracias por vuestra paciencia, y dispensadnos si os hemos

importunado —dije, mientras Atto ya se alejaba sin despedirse hacia la verja de la villa. Romaúli nos miraba sorprendido.

Corriendo di alcance a Atto, que acababa de salir a paso de carga sin siquiera dignarse mirar a dos cardenales que, sin embargo, se habían vuelto hacia él para saludarlo. Por su parte Buvat, por orden de su amo, se había dirigido hacia el casino de la villa.

—Ve en busca de tu mujer —me explicó Melani—. Tenemos que encontrar el libro del que el maestro florista sacó el nombre. Quiero el autor, el título, el número de página, todo.

Nos alejamos rápidamente de la villa Spada. El Navío nos esperaba.

—¡Malditos sean Tranquillo Romaúli y su verborrea! Lo sabía; han vuelto a desaparecer.

Era mediodía. Habíamos entrado en la villa de Benedetti, pero, como en las ocasiones anteriores, no había el menor rastro de los cardenales.

—La cita estaba fijada para esta hora —observé cuando terminamos de inspeccionarlo todo.

Nos hallábamos en el segundo piso. Cerca de nosotros, el cuadro de Pieter Boel yacía en el suelo.

—Es como si tuviese un torpe defecto de factura —comentó Atto.

Inclinado sobre el lienzo, el abate comparaba el retrato del plato de Capitor con el original, que tan detenidamente habíamos contemplado hacía apenas un rato en el museo de los padres oratorianos.

—Justo lo que ya había observado: lo que a primera vista parece la pierna derecha de Anfítrite se desplaza hacia el lado izquierdo de Poseidón —continuó el abate—. Asimismo, la que aparenta ser la pierna izquierda del dios en realidad se desplaza hacia la nereida.

—Entonces yo estaba en lo cierto —intervine—. Sencillamente tienen una pierna entrelazada en la del otro.

—Al principio yo también pensé eso —repuso—, pero mira bien los dedos de los pies.

Yo también me incliné para observar la pintura.

—Es verdad, los dedos gordos… —exclamé sorprendido—. Pero ¿cómo es posible?

—La postura en que están no les permitiría entrelazar las piernas. Por consiguiente, la pierna derecha es de la nereida y la izquierda, de Poseidón.

—En resumidas cuentas, es como si el orfebre hubiera pegado mal las piernas a los lados de las estatuillas.

—En efecto. Lo cual resulta bastante extraño en un artista capaz de producir una

obra de arte como ésta. ¿No te parece?

—Tenemos que regresar al oratorio de los padres de San Felipe y pedir que nos enseñen de nuevo el plato.

—No creo que sirviese de mucho. Lamentablemente no hay forma de comprobar a cuál de las estatuillas están fijadas las piernas. Lo intenté con el original, pero ¿ves esa pequeña banda que atraviesa horizontalmente los costados de las dos divinidades para tapar sus partes pudendas?

—Sí, ya me había fijado en ella.

—Pues bien, el orfebre la soldó en las estatuillas, de forma que no se pueda descubrir el misterio. Lo único que me pregunto es por qué… —Melani se interrumpió con una mueca de rabia y contrariedad—. Él otra vez, el holandés loco. ¿Cuándo va a parar?

Surgido, como tenía por costumbre, de no se sabía dónde, Albicastro tocaba de nuevo; orgulloso e indomable, el motivo de la folía resonaba una vez más en las salas del Navío. Al poco rato entró en la habitación en que nos encontrábamos.

—Gracias por el cumplido, señor abate Melani —dijo con tono plácido el violinista, que había oído el comentario de Atto—. Telémaco, hijo de Ulises, venció a los pretendientes precisamente gracias a su locura.

Melani resopló.

—Enseguida me marcho, no os preocupéis —añadió amablemente Albicastro al reparar en el gesto descortés de Atto—. ¡Pero recordad a Telémaco, os será útil!

Era la segunda vez que el holandés mencionaba a Telémaco. Sin embargo, ninguna de las dos yo había entendido el sentido de sus palabras. Conocía a Homero y la Odisea sólo en líneas generales, porque había leído la trama muchos años antes en un libro de historias griegas. Me acordaba de que Telémaco había fingido locura ante la asamblea de los pretendientes que habían invadido el palacio de su padre, Ulises, entregándolos así a la matanza en que éste acabaría con la vida de todos ellos. Empero, se me escapaba el sentido del consejo de Albicastro.

—Don Atto, ¿qué habrá querido decir? —pregunté cuando el holandés se hubo marchado.

—Nada, sencillamente está loco —declaró con brusquedad Melani, que cerró con un fuerte portazo no bien salió el músico.

Volvimos al retrato. Sin embargo, al cabo de unos segundos oímos de nuevo el penetrante son del violín de Albicastro y de su folía. Melani, irritado, puso los ojos en blanco.

—En el cuadro no hay rastros de la inscripción que figura en el plato —dije tratando de centrar su atención en la imagen del Tetráchion—. Es demasiado pequeña para reproducirla correctamente.

—Sí —convino Atto pasados unos instantes—. O quizá Boel no quiso

reproducirla. O tal vez alguien le ordenó que no lo hiciese.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. El orfebre que creó el plato pudo también hacer las piernas así adrede, atendiendo a un encargo.

—¿Y por qué?

—¡Pardiez, chico! —exclamó Atto—. Sólo estoy haciendo suposiciones. ¡Tú también puedes ejercitar un poco el intelecto y buscar respuestas! ¡Y, sobre todo, di a ese holandés que pare de una vez! Quiero meditar en silencio. —Dicho esto, se puso las manos en los oídos y se dirigió hacia la escalera.

Era sumamente raro que el abate Melani montase en cólera. La música de Albicastro no podía molestar ni afligir tanto, pues no sonaba demasiado fuerte. Tuve la impresión de que, más que el volumen, era su tema, la folía, lo que sacaba de quicio a Atto. O quizá, pensé, lo irritaban más el propio Albicastro, el soldado violinista, y su extravagante filosofía. El abate no solía tachar de locos a sus adversarios. Con Albicastro, que sin embargo no era su enemigo, lo había hecho. Se diría que los razonamientos del holandés lo sulfuraban sobremanera.

—Bien, don Atto, ahora mismo bajo a decírselo…

El abate, sin embargo, había desaparecido de mi vista.

—Déjalo estar, buscaré un lugar mejor —lo oí decir desde alguna habitación cercana.

Enseguida procuré dar con él. Creí que estaría en el saloncito central de la segunda planta, en medio de los cuatro apartamentos, pero ahí no había nadie. Ahora bien, estaba seguro de que Atto no había ido a las plantas inferiores; en efecto, en la escalera principal no se oía ningún ruido procedente de abajo. Fui entonces a la escalera de servicio, donde por fin oí sus pasos, pero, en vez de bajar, subían.

—No hay quien aguante esto —imprecaba mientras avanzaba hacia el piso de arriba.

Cuando empecé a subir, lo entendí. Como ocurriera la primera vez que nos encontramos con Albicastro, el sonido del violín se amplificaba desmesuradamente en la pequeña escalera de caracol, con ecos que transformaban la agradable melodía en una especie de batahola infernal. La caja de la escalera tenía tal resonancia que parecía que no sonaba sólo un violín, sino cincuenta o cien, y que todos tocaban la misma pieza y desafinaban una nota, lo que convertía el tema simple y lineal de la folía en un canon impetuoso y envolvente, que se enroscaba en el oyente con sus espiras vertiginosas y cada vez más estrechas, como las de la escalera de caracol que ahora Atto y yo recorríamos a pocos pasos el uno del otro, él huyendo de la música; yo, siguiéndolo.

—¿Adónde vais? —pregunté a gritos para imponer mi voz a la ensordecedora orquesta de los mil Albicastros que se retorcían como espíritus inquietos en el hueco

de la escalera.

—¡Aire, quiero aire! —respondió—. Aquí me asfixio.

Durante el ascenso lo oí toser una vez, dos, y luego tuvo un tremendo ataque, un acceso ronco y doloroso con visos de catarro, de sofocación, de garganta destrozada y pulmones abrasados. Bien es verdad que en el Navío había mucho polvo, pero aquel acceso, aquel resuello de Atto permitía colegir que tenía el humor seriamente alterado. Su alma estaba afligida, su cuerpo buscaba aligerarse de peso huyendo de la folía.

—Don Atto, a la mejor abriendo una ventana… —exclamé.

No dijo nada. Tal vez no me había oído. En efecto, para mi sorpresa observé que, a medida que subía, la música aumentaba de intensidad, pese a que al principio nos había parecido que el sonido del violín de Albicastro procedía de abajo.

—La de arriba es la planta de la servidumbre, y está vacía —indiqué a voces, mientras procuraba dar alcance a Atto.

Llegué enseguida, pero el abate había seguido subiendo.

Ya habíamos estado en la tercera planta, hacía dos días, pero habíamos llegado hasta ella por la escalera de honor, que no tenía más tramos. Ahora, pues, estábamos ante un nuevo hallazgo. A diferencia de la principal, la escalera de la servidumbre conducía hasta la parte superior del Navío, la terraza.

Subí los últimos y angostos escalones y, como un alma que es recibida en el Paraíso, escapé de la oscuridad de la escalera y del estruendo artificial de la folía para salir a la luz diáfana y radiante de la terraza.

Encontré a Melani medio desplomado en el suelo, tosiendo aún, como si acabase de librarse de morir asfixiado.

—Maldito holandés —murmuró—. Que se vaya al diablo con su música.

—Habéis tenido un acceso de tos —observé, mientras lo ayudaba a levantarse.

Ni siquiera me respondió. Había alzado la vista y miraba atónito la belleza del espacio que se extendía ante nosotros, delimitado por un muro coronado de bellos tiestos de piedra con motivos florales. En el muro había unas anchas aberturas ovales, a través de las cuales se disfrutaba de un amplio panorama y se dominaban todas las villas de alrededor. En las cuatro esquinas se alzaban las pequeñas cúpulas que sobresalían en el Navío y que permitían distinguirlo desde lejos; los cuatro pequeños luquetes, revestidos de cerámica de colores variados, tenían en la punta veletas para reconocer los vientos, cada una terminada a su vez en una cruz, que ofrecían un bellísimo ornamento a la terraza.

—Pese a todas las pesquisas que hemos hecho, hasta ahora no habíamos descubierto este mirador. Admira, chico, esta maravilla y esta paz.

Le temblaba el bastón. El acceso de tos, aunque breve, lo había dejado bastante

maltrecho. Era de nuevo el Atto viejo y cansado del primer día.

Me dio la espalda y se dirigió hacia el lado corto de la terraza, que estaba orientado al sur y daba a la via di San Pancrazio, la calle por la que se entraba en el Navío.

Acodados en una baranda de hierro forjado en forma de hojas, durante unos minutos contemplamos la soberbia vista de los pinos y las viñas que rodeaban el Navío, los solemnes muros de la Ciudad Santa, la puerta de San Pancrazio y, por último, muy lejano y secreto, el reflejo plateado del sol sobre las olas del mar.

Luego nos dirigimos hacia el extremo de la terraza que daba al norte. Ahí se alzaba un gracioso edificio, una especie de pequeño pabellón, rematado por una galería colgante con lirios de Francia en sus cuatro esquinas, a la que se subía por dos escaleras de hierro ubicadas a los lados.

Subimos por la de la izquierda y al punto nos asombró la magnificencia del panorama que, así a la izquierda como a la derecha, ofrecía a la vista la triunfal grandeza de la Urbe Eterna. Ante nosotros se desplegaban, en una glorificación de símbolos de la fe, un enjambre de cúpulas benditas, un bosque de santas cruces, pináculos audaces, venerables campanarios y tejados rosados de nobles palacios, rodeados por las colinas que desde tiempo inmemorial protegen a la cuna de la cristiandad. Me acordé de los consejos que Virgilio Spada diera a Benedetti, y que Atto me había referido pocos días antes: construir la villa como fortaleza de sabiduría que estimulase a los visitantes a profundas reflexiones de fe y de intelecto.

Volví entonces la mirada hacia los jardines del Navío, hacia el gran emparrado del paseo de entrada; como había señalado el abate, Benedetti recibía a los visitantes con uvas, símbolo cristiano del renacimiento.

—Estamos en la proa —dijo el abate.

En la arquitectura naval del Navío, en efecto, la galería colgante era una metáfora del tajamar.

Como dos almirantes en el puente, contemplábamos ante nosotros la colina del Vaticano, guardiana de las cosas que no perecen jamás. El Navío osaba apuntar su proa hacia los palacios apostólicos, como si dijese: «Yo también custodio un trozo de eternidad.» Claro, pensé, ¿acaso el Navío no era el lugar del renacimiento, donde se anudaban los hilos rotos del pasado y el presente? ¿No era eso lo que había sucedido cuando yo mismo había asistido a las apariciones del joven Luis y su amada Maria, a sus escaramuzas amorosas? ¿Y también cuando en el jardín avistamos la imagen del superintendente Fouquet, sereno, libre, todavía no hundido por la calumnia y la desgracia? Esas visiones habían recreado para nosotros lo que la Historia había negado a aquellos personajes. El teatro de lo que debiera haber sido y no fue; eso era el Navío.

Tan elevada labor era lo que hacía reclamar a aquel velero un lugar al lado de la

colina del Vaticano. San Pedro, roca de la fe, y a su lado el otro guardián de las cosas eternas, el Navío, fortaleza de la justicia expulsada de la estela de la Historia.

Y así, mientras en aquella pequeña terraza suspendida sobre el infinito el viento me levantaba los lazos de la camisa, por unos instantes me sentí un intrépido marino en la proa de una nueva Arca, embarcación milagrosa capaz de salvar el justo sino y protegerlo en otro tiempo.

Atto se encargó pronto de cortar el vuelo de mi fantasía haciéndome volver a las cosas presentes.

—Puede que tú te hayas formado una idea precisa.

Enseguida entendí a qué se refería.

—No —dije—. Lo único que deduzco es que se trata de un monstruo. Si la previsión es acertada, un monstruo con cuatro patas está a punto de ascender al trono de España. Pero no me parece que tenga mucho sentido.

—Lo sé. No he dejado de pensar en ello, pero no se me ocurre nada. Me temo que hasta que tu esposa nos consiga el libro que consultó Romaúli no sacaremos nada en limpio.

—Espero que Cloridia sea rápida, como tiene por costumbre.

—Bajemos —dijo finalmente el abate—. Quiero echar otra ojeada al cuadro.

Fue entonces cuando hicimos el descubrimiento.

—¡Fíjate! —exclamó Atto—. Por ahí es por donde pasan.

Sólo se veía desde ahí, desde ese ángulo. En efecto, en todo el edificio no había otro punto de observación tan alto y orientado hacia el noroeste como la escalera en que nos hallábamos, desde la cual se distinguía en el muro del jardín una portezuela por la que se accedía furtivamente a una calle que discurría a un costado del Navío. Por dentro quedaba hábilmente oculta por una barrera de plantas y zarzas. Si se desconocía su existencia, era imposible encontrarla. ¿Adónde se iba una vez fuera? Lo vimos con nuestros propios ojos, ya que un grupito, tal vez la escolta de uno de los tres cardenales, entraba por una portezuela parecida en una villa ubicada al otro lado de la calle, propiedad de un noble genovés llamado Torre.

Aguzando la mirada descubrí más lejos a los tres purpurados, que paseaban tranquilamente por los jardines de Torre.

—Ya sabemos por qué Spada, Spinola y Albani se citan siempre en el Navío —dijo Atto—. Confunden a quien intenta perseguirlos entrando aquí y luego desaparecen misteriosamente. En realidad se reúnen en la villa de Torre. Para tu amo, Spada, es una solución perfecta; dispone cerca de su finca de un excelente escondite para sus reuniones secretas, esto es, la villa de Torre, y un lugar para enturbiar las aguas, el Navío. No es casual que hasta hoy siempre nos haya despistado.

El abate Melani hablaba sin apartar la mirada del trío. De pronto estiró el cuello y entornó los ojos para ver mejor lo que ocurría, pero estábamos demasiado lejos. Por

excepcional que fuese nuestro punto de observación, nos iba a resultar inútil. Entonces el abate se dio una palmada en la frente.

—¡Necio de mí! La fortuna me asiste y yo la desprecio.

Introdujo la mano en su chaqueta y extrajo un cilindro largo y estrecho: el catalejo. Lo llevaba consigo desde que localizamos a Romaúli en el jardín de la villa Spada, pues desde allí habíamos ido directamente al Navío.

Tras escrutar brevemente al grupo me entregó el artilugio óptico.

—Ahora mira tú, te servirá de experiencia.

Pegué el ocular a la pupila.

El cardenal Spinola meneaba ligeramente la cabeza, como si dudase, mientras Spada y sobre todo Albani le hablaban con vehemencia. En realidad aquello no duró mucho. A unas palabras de Albani, Spinola asintió con un gesto sin excesiva convicción, o eso me pareció desde aquella distancia; acto seguido Albani lo cogió del brazo con visible satisfacción y los tres continuaron su camino. Atto me quitó entonces el catalejo y se puso de nuevo a observar.

A la luz de lo que había averiguado la noche de la víspera leyendo las misivas entre Melani y la condestablesa, aquel episodio ya no tenía misterios ni siquiera para mí. Los tres cardenales debían ofrecer a Su Beatitud Inocencio XII consejos sobre el asunto de la sucesión de España, con el fin de que el Papa pudiese responder de la mejor manera posible a la solicitud de ayuda que le había formulado el rey de España, Carlos II. Así pues, las tres eminencias tenían que acordar una línea común; un gesto de enorme importancia política, dada la inminencia del cónclave, que podía depararles la fortuna o la ruina. A todas luces Spinola no compartía enteramente el parecer de los otros dos prelados.

Mientras Atto espiaba ávidamente la reunión de los tres purpurados, lo observé una vez más. Estaba inquieto, y yo sabía por qué. ¿Aquellas reuniones, en las que casi con plena seguridad se decidía la elección del nuevo Papa, eran imparciales? Apenas dos días antes habíamos sabido por Ugonio que Albani era cómplice del embajador del Imperio, el conde Von Lamberg. Además, Spada era el secretario de un Papa napolitano, que por tanto apoyaba a los españoles. Spinola, por su parte, como había leído en la última carta del abate, se inclinaba por el imperio. Los intereses franceses, al parecer, no los representaba nadie. Sin duda, eso no debía de agradar a Atto. Por si eso fuese poco, Von Lamberg y Albani se habían adueñado de su tratado sobre los secretos del cónclave, del que con toda probabilidad pretendían valerse para perjudicarlo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Si bajamos a investigar por ahí sólo conseguiremos que nos descubran los guardias de Torre.

—¿Entonces?

—Me doy por vencido. La fiesta en la villa Spada está a punto de concluir, mañana todos los invitados se habrán marchado. Nunca sabremos sobre qué confabulan esos tres hombres.

La seráfica resignación que traslucían las palabras de Atto no hizo sino confirmar mi convicción. Ahora sabía que su presencia en la villa Spada no guardaba relación con las reuniones secretas, el cónclave ni la sucesión de España, sino con la misión de amor que le había encomendado el Rey Cristianísimo, a saber, que convenciese a Maria Mancini de que lo recibiese.

—Vayamos a echar una última ojeada al cuadro —dijo al fin—, aunque ya he perdido la esperanza de comprender algo. Luego iremos a ver si Buvat ha encontrado a Cloridia.

Bajamos por la escalera de hierro y, justo cuando nos aprestábamos a enfilar la de servicio para volver a la segunda planta, oímos la voz:

El espejo de los locos
a esto denomino,
donde, a fe mía, cada loco se ve
e identifica rostros
idénticos al suyo.

Era el inconfundible timbre de Albicastro, aunque ligeramente apagado. Provenía del pabellón sobre el que reposaba la pequeña terraza.

—Otra vez el holandés loco —gimió el abate Melani—. Como no tenía bastante con el violín, ahora arremete con su condenado Sebastián Brant. Pero ¿qué hace Albicastro ahí dentro? ¿Y cómo ha conseguido entrar? —preguntó irritado.

—Es raro, sí. Si hubiera subido a la terraza, lo habríamos visto —señalé.

—Oh, al diablo —dijo Atto, y abrió la puerta del pabellón, en la que antes no habíamos reparado. Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

El pabellón estaba vacío. No había ni rastro de Albicastro. Curiosamente, la luz era escasa. Entraba por dos ventanas de la pared frontal, que daba a San Pedro. Los cristales estaban parcialmente ahumados, con el fin de reducir drásticamente la luminosidad y (eso barrunté) de dificultar los movimientos de los visitantes. El espacio, de forma cuadrangular, tenía dos columnas en el centro, quizá para sostener la terraza. Atto y yo estábamos codo con codo, y la verdad es que resultaba reconfortante sentirlo pegado a mí en un lugar tan extraño. De pronto volvimos a oír al holandés.

Quien bien se mira pronto aprende

—y su mente al punto colige—
que no ha de tenerse por lo que no es
ni por sabio tomarse.

Una voz incorpórea, sin lugar ni destino. A buen seguro aquellos versos eran los típicos desatinos de Albicastro, pero daba la impresión de que para llegar hasta nosotros habían atravesado una dimensión que desvirtuaba la materia sonora y desvaía sus propiedades. Quizá sería más atinado decir que era la voz del fantasma de Albicastro. Parecía provenir de la izquierda.

Nos volvimos, pues, hacia ese lado.

Estaba ahí; mejor dicho, ambos estaban ahí mirándonos. Qué explicación tan cómicamente cruel, pensé en un disparatado rayo de humorismo, mientras contemplaba al ser uno y doble y él nos miraba. Tras la voz fantasmal de Albicastro, el Tetráchion nos arrebataba con toda su carnal evidencia, tan estúpidamente animal.

Nos miraban a la vez, con esa expresión bobalicona que sólo el mentón de los Habsburgo, su mandíbula monstruosamente protuberante, puede conferir a un rostro humano; los ojos disparejos, uno salido y otro metido, el cuello torcido, los cuerpos deformes: uno esmirriado, como acontece a muchos seres maltratados por la naturaleza; el otro hinchado. Sus costados fundidos entre sí y las piernas oscilantes y espantosamente enroscadas, cual tentáculos de un monstruo marino, daban a ese ser el desdichado destino de los gemelos que comparten un solo cuerpo.

Incapaz de abrir la boca, levanté una mano como para protegerme los ojos y vi que el pobre ser (o uno de los dos, pero ¿cuál?) me hacía un gesto, tal vez un saludo, o quizá me rogaba que lo dejásemos en paz. Sus facciones, como hechas de azogue, empezaron a deformarse aún más: el mentón de uno se hundía, al tiempo que la frente del otro despuntaba; un pecho se retorcía en un atroz espasmo, mientras la mano elevada del otro se volvía zarpa, pezuña, muñón. ¿Qué fuerza repugnante y espantosa dominaba aquellas carnes, aquellas pieles, aquellos huesos, y los deformaba con el mismo poder cruel que el disector ejerce sobre los cadáveres vacíos de sus bestias?

Sin la menor contemplación por el triste espectáculo del *monstrum tetráchion* ni por el horror que nos inspiraba, la voz de Albicastro sonó una vez más, guasona y feroz como esas pinturas grotescas en las que la Muerte, esqueleto andante con la guadaña al hombro, pasea tranquilamente entre damas y caballeros emperifollados, aprestándose a segar:

El puré de los locos nunca olvidé,
pues me gustaba el espejo:
el Orejas de Burro es mi hermano.

Luego no quedó nada. Sólo horror, locura y desesperación, mi grito, nuestra huida

precipitada escaleras abajo y enseguida por la calle, sin preocuparnos por el otro, y por último, el dolor de haber encontrado en el abismo misterioso del Navío un segundo abismo poblado de monstruos, de tristes males, de muerte.

—¿Sabéis quién es Ulisse Aldrovandi?

—No; no lo sé —oí responder a mi voz, hueca y descolorida como mi rostro.

Estábamos en los aposentos de Atto, en la villa Spada, donde Buvat había convocado a Cloridia. Seguían temblándome las piernas, pero había recuperado el suficiente aplomo para escuchar voces ajenas, o al menos para fingir que lo hacía.

—¿Qué te pasa, marido mío?

—Nada, nada —contesté, al tiempo que con la mirada le indicaba la expresión ceñuda de Atto y le hacía entender con un gesto que en ese instante no podía explicarle nada—. Cuéntanos qué has averiguado.

Cloridia había tenido éxito enseguida, aunque no había encontrado el libro, sino algo todavía mejor. Ahora podía explicarnos qué era el Tetráchion.

—Vuestro secretario, señor abate Melani, me ha pedido que os hable de algo sumamente curioso —empezó.

—¿Por qué curioso?

—Es una materia de la que se ocupan pocas personas, una materia oscura, diría. Trata de cosas sobre las que las comadronas en realidad no están obligadas a saber, aunque siempre terminamos sabiendo un poco de todo: medicina, anatomía, filosofía natural —dijo con una mueca expresiva.

—¿Y cuál es esa materia tan inusual?

—La ciencia de los fetos anormales y de la generación de prodigios y portentos. La ciencia de los monstruos.

—¿De los monstruos? —preguntó Atto, en cuyo rostro percibí por un instante la misma expresión de terror que había adoptado en presencia del Tetráchion.

Cloridia nos hizo saber entonces que existía una literatura muy amplia sobre el particular. Entre los ejemplos más ilustres, citó los *Deux livres de chirurgie*, de Ambroise Paré, primer cirujano del rey de Francia, publicado hacía más de un siglo, o el más reciente *Monstrorum historia*, del muy docto boloñés Ulisse Aldrovandi, que contenía una lista de los casos más célebres de parto monstruoso o de cuerpos contra natura.

—Por ejemplo, el famoso caso del etíope nacido con cuatro ojos, el de un hombre que vino al mundo con cuello y cabeza de grulla, el de otro que nació con cabeza de perro —dijo Cloridia con aire de querer ponernos a prueba.

La lista de partos monstruosos, de la naturaleza o del hombre, seguía con niñas velludas, lactantes con piernas caballunas, recién nacidos que tenían la forma de un pez vestido con hábito de monje, criaturas que parecían escorpiones, que tenían dos

manos en cada brazo y grandes orejas de burro, o cara de lobo; otros tenían el cuerpo de un chivo bípedo, zarpas de rapaz, tetas fláccidas, alas de demonio, garras de águila y busto de cánido; los había también con apariencia de sirena (pero sexo masculino), con cabeza de diablo, con cuernos, con orejas caprinas, con grandes fauces bestiales, con lengua bífida, con manos sin más dedos que el pulgar, con aletas crestadas en brazos y espalda, con cola de foca; asimismo había seres con vientre de mujer, una pata de cerdo y otra de gallina, una mano humana y la otra en forma de pezuña, cabeza de asno, una cabeza de gallo en lugar de la cola, el cuerpo entero cubierto de plumas, e incluso espeluznantes entes en forma de pez-puerco, con aletas palmeadas y prensiles, ojos humanos que salen de las escamas de los lados y boca con colmillos; por último, un notable ejemplo de *monstrum cornutum & alatum*: cara de oso, sin brazos, enorme pene fusiforme terminado en punta, una pierna cubierta de plumas, alas de águila, un ojo en la rodilla y el pie izquierdo en forma de aleta.

—Bien, bien, ya he tenido suficiente —protestó Atto, tan asqueado como yo por las descripciones—. ¿Qué es, pues, el Tetráchion?

—El Tetráchion, señor abate Melani —respondió Cloridia con tono sutilmente sarcástico—, puede resultaros algo indigesto, como algunos de los pobres seres, casi todos ellos abortados o nacidos muertos, que me acabáis de oír mentar.

—¿Y por qué?

—Es otra clase de naturaleza desafortunada. En el lenguaje de los especialistas, se trata del célebre caso que tuvo lugar en París en mil quinientos cuarenta y seis. Una mujer, embarazada de seis meses, dio a luz una criatura con dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas. El doctor Paré, que describió dicho caso, efectuó el examen anatómico del pequeño y en su interior halló únicamente un corazón. Así concluyó, siguiendo el célebre postulado de Aristóteles, que en realidad no eran dos niños, sino uno. Con toda probabilidad la malformación fue fruto de carencia de materia o de defecto de la matriz, que era muy pequeña, pues, queriendo la naturaleza crear dos niños, no pudo porque halló la matriz demasiado angosta, de modo tal que el semen, al verse constreñido y encerrado en exceso, se coaguló en un globo, lo que dio lugar a dos niños unidos.

—¿Y esos dos seres o, mejor dicho, ese ser tenía… cuatro piernas? —preguntó Atto.

—Dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas.

Atto bajó la mirada y arrugó la frente, mientras con los ojos del pensamiento volvía a la visión infernal que había compartido conmigo.

—Ahora bien, también existen ejemplos de Tetráchion menos graves, por decirlo así —continuó Cloridia.

—¿A saber?

—El de dos niños gemelos, perfectos en todo, pero unidos en una parte del cuerpo

sólo por la piel. O el de dos niños unidos por un miembro, el brazo o la pierna, y por consiguiente deformes. Lamentablemente estos dos casos vienen a ser, desde su nacimiento, iguales a los más graves, motivo por el cual es imposible separarlos, so pena de que se les quiera matar. Hay que dejarlos crecer y, si llegan a la edad adulta, se les puede operar con poco daño; a lo sumo, quedan cojos.

Tanto me había espantado la visión del ser (o los seres) que habíamos hallado en el pabellón de la terraza que no podía tener la certeza de que se correspondiera exactamente con el retrato hecho por mi sagaz consorte. Con todo, en un detalle sí coincidía: en el número cuatro. El cuatro contenido en el Tetráchion, el ser que se sustenta en cuatro columnas. Como en la representación (ciertamente estilizada y mejorada) de las dos deidades del plato de Capitor.

—De todos modos, hay cosas peores —comentó Cloridia.

—Cosas peores… —repitió Atto un poco aturdido—. ¿Qué queréis decir?

Cloridia explicó que aludía a entes inauditos como el *monstrum triceps capite vulpis, draconis & aquilae,* que antaño rondaba por las orillas del Nilo y que tenía un brazo y una garra de águila, cola caballuna, patas con plumas que terminaban en dos pies, una aleta, una pata de perro y tres cabezas. O como el *monstrum bifrons,* que una francesa diera a luz en 1555; tenía dos lados, como el dios Jano, con cabeza, brazos y piernas tanto detrás como delante. O como el monstrum *biceps caudatum,* nacido el 26 de octubre de 1598 en una pequeña ciudad entre Augeria y Tortona: dos niños, con su correspondiente columna vertebral, pero unidos por el costado derecho, de suerte que cada uno de ellos tenía un brazo y una pierna, pero en medio, en lugar de las otras dos piernas, había una enorme y horripilante excrecencia carnosa.

—Decidme sólo una cosa más, doña Cloridia —la interrumpió Atto—. ¿Por qué causa nacen estas monstruosidades?

Mi esposa explicó entonces que, para no ser imperfecto, el parto ha de cumplir cinco condiciones: que el niño nazca en el lugar adecuado, en el tiempo oportuno, con facilidad, con accidentes que se curen con las purgas habituales, y con los miembros sanos y perfectos. El parto que incumpla alguna de estas condiciones será imperfecto, y muy imperfecto si las incumple todas. Si la criatura nace con alguna manquedad recibirá el nombre de monstruo; si las tiene todas, será un trozo de carne informe que recibirá el nombre de mola.

Mas la causa principal reside en la imaginación de la madre. Si una mujer desea con ahínco algo, puede plasmar en el infantil cuerpo la imagen de la cosa por la que suspira. Ahora bien, ¿qué mujer puede ser tan tonta como para desear cosas espantosas que la hagan engendrar hijos monstruosos? La respuesta es que en la generación de los monstruos no hace falta el deseo; basta que la puérpera vea algo monstruoso, aun sin desearlo.

—Se trata de un hecho natural que se produce casi a diario. Si vemos a alguien

bostezar, también bostezamos; si vemos brotar vino del odre, nos entran ganas de orinar; si vemos un trapo rojo, nos saldrá sangre de la nariz; si vemos a otro tomar una medicina, o prepararla en la botica, se nos moverá el cuerpo y haremos de vientre tres o cuatro veces. Por esta misma causa, cuando el asesino topa con el cuerpo del asesinado, de las heridas de éste mana más sangre.

Atto no rebatió las palabras de Cloridia. Él mismo había atribuido a una teoría semejante (la de los corpúsculos volantes) la aparición de Fouquet, Maria y Luis en el Navío. ¿Por qué, pues, no aceptar que la imaginación de la madre, tan estrechamente ligada al fruto de su vientre, puede determinar en el feto tamañas y tantas mutaciones?

—Sea como fuere, la comadrona —prosiguió Cloridia— debe bautizar enseguida a los monstruos, pues éstos suelen vivir muy poco tiempo. Para ser exactos, debe bautizar dos veces a un monstruo con dos cabezas o dos bustos, pero una sola vez al que tiene cuatro brazos o cuatro piernas.

En el supuesto de que se reconozca en el monstruo un cuerpo completo y, en cambio, no se distinga el otro, se bautizará primero aquel que con plena seguridad sabemos que pertenece a la especie humana, y luego el otro, pero *sub condicione*, es decir, el bautizo sólo será válido si Dios establece que también el segundo posee alma, algo que únicamente Él puede ver bajo la apariencia de las deformidades.

—Como habéis visto, no mentía cuando os dije que las monstruosidades de los fetos son una materia sumamente curiosa —comentó Cloridia—. Asimismo, es algo muy placentero de contar a la mujer que acaba de parir una criatura sana y hermosa. Las historias y las teorías sobre los monstruos coronan los dolores que ha sufrido en el parto y la reaniman sobremanera, mientras descansa a la espera de tener las secundinas y las purgas.

—¿La reaniman? —masculló Atto, cuya verdosa palidez hacía temer un ataque de estómago.

—Desde luego —exclamó con entusiasmo mi mujercita—. Existen, en efecto, criaturas monstruosas cuya descripción resulta muy agradable, con cabeza de perro, de ternera o de elefante, de ciervo, de oveja o de carnero, o con patas de cabra u otro miembro semejante al de un animal. O criaturas que poseen más miembros de lo normal, dos cabezas o cuatro brazos, pongamos por caso, como vuestro Tetráchion. O los monstruos fruto de dos especies distintas, como el hipocentauro, mitad hombre y mitad caballo; el minotauro, mitad hombre y mitad toro, o el onocentauro, mitad hombre y mitad asno. Está luego la leyenda de Gerión, rey de España con tres cabezas, que…

—¿Cómo? —volvió a interrumpirla Melani—. ¿Un rey de España con tres cabezas?

—Exacto —confirmó Cloridia advirtiendo el interés de Atto—. Se cuenta que

eran tres niños que nacieron unidos entre sí y que reinaron en gran concordia.

—Decidme algo más del tal Gerión, doña Cloridia —pidió Atto enjugándose con un pañuelo el sudor que le perlaba la frente.

—No hay mucho que contar —repuso mi mujer—. ¿No hay en el escudo de los reyes de España un águila bicéfala? Pues bien, esa águila no es sino el recuerdo de un parto múltiple e imperfecto, que tuvo lugar entre los Habsburgo en la noche de los tiempos.

Contuve el aliento. Era el momento de hablar, de explicar a Cloridia lo que nos había pasado.

Mas Atto guardó silencio. Comprendí que procedía así por vergüenza y porque no se atrevía a referir a mi esposa un suceso tan increíble. De todos modos, para explicarse el abate habría tenido que reconocer nuestra deshonrosa huida. Yo, por mi parte, no quise romper su silencio; el secreto nos pertenecía a los dos.

No era casual que en España, continuó Cloridia, todas las clases de embarazos extraordinarios y anómalos se hubiesen estudiado en profundidad. El ibérico Antonio Torquemada, en su libro *Jardín de flores curiosas*, escribe, por ejemplo, que si osos y babuinos se mezclan con mujeres pueden nacer hombres perfectos y juiciosos. Y narra la historia de una sueca que se unió con un oso y la de una portuguesa que; condenada a muerte y dejada en medio de un desierto, quedó preñada de un babuino; las dos engendraron hombres perfectos. Habla también del caso de una mujer y un perro, que fueron los únicos supervivientes del naufragio de un buque que iba a las Indias Orientales Arribados a un lugar desierto e infestado de fieras llamado Tartaria, el perro defendía a la mujer de los ataques de las bestias, y entre ellos hubo amor. Ella quedó encinta y dio a luz un hombre perfecto. Este hombre se unió a su madre y engendraron muchos hombres y mujeres sabios y perfectos, que llenaron todo el reino. Los descendientes del perro guardaron memoria de su ancestro y todavía hoy no saben dar un título más elevado a su emperador que el de «gran can».

—De ser eso cierto —añadió mi esposa, cada vez más divertida por el desconcierto que mostrábamos Atto y yo—, también los Scaligeri, señores de Verona, que tuvieron en su familia muchos miembros llamados Cane della Scala, e incluso Cangrande della Scala, serían de raza canina.

El abate Melani no tardó en pedirnos que nos marchásemos. Lo miré de hito en hito y advertí que había rebasado el límite de sus fuerzas. La tremenda visión que habíamos tenido que soportar en el Navío lo había dejado rendido y ahora precisaba descansar. Además, ésa era la última noche de los festejos. Y Albani iba a estar presente.

Una vez a solas con Cloridia, la informé de los últimos acontecimientos. Permaneció un momento pensativa y, cuándo le pedí su opinión sobre el tema, sólo me dijo:

—Estáis indagando más de la cuenta. Hay cosas que no se deben tocar. Más vale que te ocupes de que el abate Melani te entregue la dote para nuestras niñas.

Antes del espectáculo final, que empezaría cuando hubiera anochecido, la tarde estaba consagrada a entretenimientos variados y placenteros. Así, se había preparado un frontón y en la tienda del famoso pelotero Horatio, sita en la piazza del Ficco, habían comprado para los jugadores las más perfectas raquetas y pelotas (también llamadas bolas volantes). A poca distancia se había dispuesto otro campo para el juego de las bochas.

Pero había pocos participantes, pues muchos de los invitados preferían ahorrar fuerzas para la larga noche de entretenimientos y de francachela que los esperaba. En efecto, el cardenal Spada había mandado levantar en los jardines pabellones a la turca con velos de seda muy fina, ligera y opalescente, traída expresamente, según se contaba, de Armenia (nunca se había visto nada semejante en Roma), de colores muy vivos, ricamente ornada y sumamente grata a la vista. Quien lo desease podría abrir el techo al cielo estrellado, y se encenderían braseros nocturnos que despedían humos olorosos. Los huéspedes que no quisieran abandonarse al sueño podrían acomodarse en generosas otomanas, donde lacayos ataviados con llamativos atuendos sarracenos les servirían discretamente hasta el amanecer toda clase de delicias, con lo que a un tiempo disfrutarían del exotismo de la decoración y de un marco inusual y caprichoso.

Ante el escaso número de jugadores de frontón y de bochas, don Paschatio me eximió rápidamente de prestar servicio a aquellas señorías, a cambio de lo cual me encargó la preparación de los pabellones turcos. Tenía que desenrollar tapices y alfombras, colocar los braseros, abrillantar jofainas de latón y llenarlas de agua perfumada para lavarse las manos, poner gran número de toallas en cada pabellón, *et cetera, et cetera*.

Mientras andaba en todo ese trajín, pensaba en el abate Melani. Como sabíamos por Ugonio, su tratado sobre los secretos del cónclave pasaría al día siguiente, jueves, de las manos de los cerretanos a las del cardenal Albani. ¿Qué haría el secretario de los Breves, que había tenido con Atto discusiones tan ásperas? Tal vez esa misma noche se acercaría al abate para proponerle algún sórdido cambio y comprometerlo aún más: yo no te hundo, con tal de que tú me hagas este favor…

O podía optar por esperar al día siguiente, a la visita de los invitados al palacio Spada, para crear un escándalo delante de todos arrojando el manuscrito de Atto a los pies de los otros ministros del Papa, empezando por el cardenal Spada. Todos tendrían entonces ocasión de leer los datos más reservados sobre los cónclaves, las intenciones más ocultas de Francia, la verdadera opinión del abate sobre decenas y decenas de cardenales y los pecados que aquél revelaba sobre éstos en ese informe

secreto sólo destinado a los ojos del Rey Cristianísimo.

Toda la vida del abate Melani, una larga existencia dedicada a conjurar trampas, injurias, amenazas, enredos, estaba a punto de tocar a su fin. Su vocación de acróbata de la política, en equilibrio entre el espionaje y la diplomacia, estaba al borde del fracaso: en unas horas, o a más, tardar al día siguiente, toda la discreción que había usado durante décadas, toda su prudencia, sus tapaderas… Sí, todo se iría al traste bajo el peso de la infamia y la delación, y quizá no en secreto, sino ante las altas jerarquías de la Iglesia de Roma, las mismas de cuyo perfecto conocimiento se vanagloriaba. ¿Cabía imaginar un epilogo peor?

Octava Noche

14 DE JULIO DE 1700

Tras tantas celebraciones y festejos había llegado el final. En esa última noche de algarabía habría de alcanzarse, según había dispuesto el cardenal Spada, el clímax del júbilo y de la maravilla. Para el adiós solemne se había previsto un gran espectáculo pirotécnico, o de fuegos de artificio, como lo llaman algunos. Máquinas efímeras, cohetes y girándulas deslumbrantes iluminarían la noche romana suscitando la admiración y el estupor en los cuatro rincones de la Ciudad Santa. Si hubiese gozado de buena salud, hasta el Santo Padre habría podido admirar desde su ventana la magia que los artificieros contratados por don Paschatio (sin descartar, por supuesto, que aún podía haber deserciones entre aquéllos) estaban preparando en los prados de la villa. Los nobles invitados ya estaban cómodamente sentados en la hierba, donde se había instalado gran número de sillas, sillones y otomanas para quienes llegaran a última hora.

A pesar de las aventuras que había vivido cada día con Atto, del montón de preguntas sin respuesta, de los nudos que aún había que desatar y de la agitación que acarreaba todo ello, de pronto me sentía cansado y triste. Tenía el cuerpo extenuado y mis cavilaciones estaban teñidas de la tinta amarga del humor melancólico.

A la tarde siguiente, me dije, los huéspedes prepararían sus maletas y regresarían a sus casas y sus ocupaciones, unos a la otra punta de Roma, otros fuera de la ciudad, otros más allá de los limites del Estado de la Iglesia. El gran acontecimiento de la boda de Clemente Spada y Maria Pulcheria Rocci ya quedaba atrás. Dos almas concluían su vida de jóvenes y comenzaban con el matrimonio una existencia nueva. Por alegre que fuera, no se trataba sino de un capítulo antes del siguiente. Así pasaban todas las cosas del mundo, ya fueran gloriosas o mezquinas, dejando tan sólo tras de sí la volátil estela de la memoria humana. Apagadas las luces de la fiesta, la oscuridad se adueñaba nuevamente de mi modesta vida de campesino y criado.

«*Tenebrae factae sunt* …», decía para mis adentros saludando la llegada de la noche, cuando un fuerte golpe me estremeció.

Los coheteros habían empezado la algazara de los fuegos artificiales. A una señal del cardenal Spada resonaron salvas de cañón, que sobresaltaron a todos, para grande aunque disimulado regocijo del dueño de casa.

A la serie de cañonazos siguió la primera aparición escénica. En aquellos días se había llevado a Roma, desde las tierras de Oriente, un ser nunca visto en la ciudad, de mayor tamaño y más espantoso que cualquier otro animal jamás descrito por el

hombre: un elefante. Sus guardianes lo conducían por las calles del centro suscitando el estupor de los niños, la observación atenta de los sabios y el terror de las viejecitas.

Pues bien, todos se volvieron pasmados cuando un coloso igual entró por la verja de la villa Spada. Era otro ejemplar de la misma raza, no menos poderoso que su gemelo; acompañado por cuatro jenízaros, se dirigía hacia los espectadores jadeando salvajemente.

—¡Su Señoría el elefante! —anunció con orgullo el gentilhombre de la casa, al tiempo que algunas damas lanzaban gritos de consternación y otras se levantaban para salir huyendo.

Un instante antes de que el miedo se apoderase del amable grupo de invitados, ocurrió algo inimaginable. Una llamarada blanca, roja y amarilla se elevó del lomo del animal; a continuación una serie de llamitas empezaron a arder en la punta de sus curvos colmillos, y por último una sarta de petardos brotó de su trompa, como si ésta se hubiese transformado en un arcabuz. Entonces todos comprendieron: era un elefante efímero, fabricado de madera y cartón piedra a imitación del verdadero, y dotado de artificios pirotécnicos. Fijándose bien, en efecto, se veía que avanzaba sobre un carrito, que empujaban los artificieros medio ocultos. Los corazones se relajaron y, mientras la tremenda bestia seguía acercándose, recorriendo el paseo principal, hasta los más miedosos se sentaron. Su fuerte jadeo (ahora se veía) lo producía un niño que, accionando un fuelle colocado en el trasero del fantoche, descargaba el aire comprimido en un tubo que terminaba fuera de su boca. El público, *massime* el femenino, continuaba, sin embargo, más asustado que divertido.

—¡Pobres damas, qué miedo! Como decía el caballero Bernini, las máquinas pirotécnicas sirven para asombrar, no para reír.

Era el abate Melani, que se acercó con discreción mientras yo ayudaba a levantarse a un monseñor que se había caído al tratar de huir. Atto tenía la expresión enardecida y tensa de un corcel que se dispone a correr.

—He preguntado. Albani no está. Puede que venga más tarde —me susurró rápidamente al oído.

Justo cuando llegaba a nuestro lado, el elefante luminoso se apagó como una vela consumida. Empezó entonces, muy oportunamente, la barahúnda de los rayos luminosos. Lanzaron primero un cometa verde, al que siguieron tres estrellas fugaces amarillas, tres rojas y de nuevo una verde, y otras especiales que se descomponían en un mar de chispas, en un diluvio de luz, en el destello de mil meteoros incandescentes.

—¿Os gusta el espectáculo, Eminencia? —preguntó, entre un estallido y otro, el príncipe Cesarini al cardenal Ottoboni, que esa noche participaba por primera vez en los festejos.

—Oh, no está mal. Pero no soy hombre hecho a tanto estruendo. Sólo os digo que

recuerdo con más placer las luminarias silenciosas que llenaron la cúpula de San Pedro hace diez años, con motivo de la canonización de san Juan de Dios —respondió el cardenal con tono levemente melancólico, quizá porque entonces era Papa su tío, Alejandro VIII.

Las amables conversaciones quedaron interrumpidas por la llegada de otro carro, en el que iba sentado el mismísimo Lucifer. Los invitados rieron, pues ya sabían que cada aparición, por espantosa que fuese, estaba concebida para su mayor deleite. El monigote autómata del diablo, con cuernos y un semblante infernal, estaba medio oculto en un cañaveral y tenía entre los brazos a la maléfica serpiente del relato bíblico. De repente, de la boca del reptil salió una lengua que despedía un fuego más verdadero que el de verdad, la cabeza del Maligno estalló con inmenso fragor y su cuerpo se incendió en un abrir y cerrar de ojos. Todos, incluidas las damitas más timoratas, prorrumpieron en aplausos. Por fin, cuando se hubo disipado el humo de la explosión, entrevimos atónitos, en lugar de Satanás, a un noble ángel de alas blancas y túnica inmaculada, mientras en cada esquina del carro aparecía una llamita para alumbrar la victoria de la luz sobre las tinieblas y la del bien sobre el mal, cosa que todos comentaron con elogios y entre aclamaciones.

Entonces, en todos los rincones del jardín, hasta en los más apartados, se prendieron las girándulas: colgadas en árboles, en setos, en la muralla, espirales de llamas amarillas, rojas, violetas y del color del rayo escupían fuego por todas partes y transformaban el jardín (con excepción de los sitios reservados a los huéspedes) en un bosque infernal desgarrado por las saetas de Vulcano. Salvas de petardos ensordecían a los presentes e impregnaban el aire de humos tan acres e irritantes que muchos tenían los ojos arrasados en lágrimas. Simultáneamente se lanzaron más cohetes, que llenaron el cielo de destellos multicolores, de manera que todo en derredor parecía un círculo infernal, de cuyas candentes garras Atto y yo, muy juntos, como nuevos Dante y Virgilio, escapamos milagrosamente sólo por la voluntad del Autor que nos había convocado en aquel lugar.

Aunque prodigioso, el diluvio de fuego y rayos no dejó de tener consecuencias. Al conde Antonio Maria Fede, ministro residente del gran duque de Toscana, la chispa de una girándula le quemó la peluca.

Fuimos testigos del grito de sorpresa e indignación del conde, y de la vibrante queja que formuló a don Paschatio. El gentilhombre de la casa mandó buscar enseguida al jefe de los coheteros, pero éste (eso refirieron sus ayudantes) había tenido que ausentarse para cumplir un encargo anterior.

—El conde de La Coba ha estado a punto de abrasarse —comentó Atto con una sonrisita algo amarga, fruto seguramente de la ausencia de Albani.

—¿Cómo decís?

—Es el apodo del conde Fede, porque cuentan que ha medrado dedicándose

primero a adular al gran duque de Toscana y luego a Su Santidad. No se ha acercado a saludarme porque sabe que la Serenísima República me concedió el patriciado en abril, de modo que ahora los dos somos nobles. La única diferencia es que él nació mozo de cuerda y yo no, ja, ja.

No entendía de qué se reía Atto, ya que él también había nacido pobre. Desde hacía muchos años, cuando nos conocimos, yo sabía que era hijo de un humilde campanero de la catedral de Pistoya. No por casualidad el padre había destinado a la castración a cuatro de los siete hermanos, pues de esa forma esperaba aumentar el caudal familiar.

—¡Oh! —exclamó el abate en ese momento—. ¡Qué grata sorpresa!

Un caballero elegante y muy engolletado se dirigía hacia él, acompañado por una hermosa dama y un criado.

—Es Niccoló Erizzo, embajador de la República de Venecia —me susurró Melani antes de ir a saludarlo.

—Han visto al príncipe Vaini salir corriendo del bosquete —comentó Erizzo guiñando un ojo después de los saludos de rigor—. Se estaba solazando entre las frondas con una dama guapa, esposa de un marqués cuyo nombre lamentablemente se desconoce.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué hablaban entre las frescas frondas?

—Dejo eso a vuestra imaginación. El caso es que de pronto se encendió una girándula gigante y Vaini, por el miedo, casi acaba reducido a cenizas.

—¿Vaini, convertido en cenizas o… en vainilla? —dijo Atto, y todos se echaron a reír—. Oh, os ruego que me perdonéis, hay un viejo amigo…

Enseguida comprendí su ardid. Fingiendo que había visto a otro personaje de relieve dejó a la pareja, que ya se reunía con otros invitados. Sfasciamonti le había hecho señas desde detrás de un seto. Hablaron brevemente y luego Atto volvió sobre sus pasos y vino en mi busca.

—Sfasciamonti ha obtenido la información —dijo pasándome un trozo de papel.

Lo desdoblé inmediatamente y leí:

Nicola Zabaglia.
Fábrica de San Pedro.
Jefe de la escuela.

—Ni hablar, don Atto. Es la última vez que os lo digo.

El abate Melani callaba.

—¿Conocéis San Pedro? ¿Habéis estado allí?

—Claro que he estado, pero…

—En tal caso, sabréis que la empresa que proponéis es una auténtica locura —

exclamé exasperado.

Nos habíamos reunido, avanzada la noche, en los aposentos de Atto, cuando los humos de los fuegos artificiales ya se habían disipado y los invitados estaban de francachela en los pabellones turquescos. «Albani no ha aparecido», había comenzado diciendo el abate, con el rostro un poco más animado. Después hablamos de la información que le había facilitado el esbirro.

—De nada os valdrá vuestra porfía, don Atto; no conseguiréis convencerme.

Hasta entonces había resistido bien su insistencia. De pronto, sin embargo, esgrimió el argumento que yo temía.

—Si no por mí, deberías hacerlo por tus hijas.

—¿Por mis hijas? —pregunté fingiendo que no entendía.

—Por su futuro, quiero decir. Si pretendes que los demás respeten sus compromisos, has de dar ejemplo.

—¡Nuestro acuerdo estipulaba explícitamente que no tendría que jugarme la vida!

—Y también que harías todo lo posible para favorecer mis intereses.

—Por cierto, los festejos ya han terminado, de modo que decidme cuándo pensáis cumplir vuestra promesa. ¿Dónde está la dote para mis hijas?

—Ya he acudido a un notario romano —respondió el abate Melani con sequedad —. Está preparando las escrituras. Iremos a verlas pasado mañana.

Sonreí con empacho y alivio.

—Si respetas el acuerdo —añadió con tono gélido.

Yo estaba entre la espada y la pared. Veladamente me amenazaba con no pagar la dote si no accedía a sus demandas.

—No lo entiendo —dije desconsolado—. ¿Qué os hace pensar que está allí? ¿Sólo el hecho de que ahora sabemos que el amigo de los cerretanos, el tal Zabaglia, trabaja para la fábrica de San Pedro?

Atto se explicó. Hube de admitir que su idea era acertada. No la rebatí, señal de que accedía.

—Yo, lamentablemente, no podré acompañarte —concluyó Atto.

—¿Por qué? El tratado sobre los secretos del cónclave es vuestro, sois sobre todo vos quien…

—Es necesario tener piernas ágiles y buenos reflejos, y poder esconderse con rapidez —dijo con voz un poco ronca.

Aunque no expresamente, reconocía que era demasiado viejo para la empresa que proponía.

—Entonces iré con Sfasciamonti —dije resignado.

Atto reflexionó un instante.

—Que vaya también Buvat. Y sobre todo llévate esto.

—Ya lo había pensado, don Atto —repuse, y cogí de sus manos el pesado y

tintineante aro de llaves de Ugonio.

Partimos poco antes del amanecer para evitar que los guardias y los esbirros nos cortaran el paso. El abate Melani había dicho a Sfasciamonti y a Buvat que debíamos subir, pero sin especificar cuánto.

La Bola Sagrada. Mientras nos alejábamos de la villa Spada, me reía para mis adentros pensando en aquel nombre un poco cómico usado por los saqueadores de tumbas y los cerretanos. Un nombre que sin embargo, una vez conocido el objeto, resultaba bastante atinada, Había oído algunas de las muchas historias que se contaban sobre aquella Bola Sagrada, que debía su fama a que era inalcanzable, modo que se reputaba de valiente a quien conseguía tocarla.

La empresa era descabellada, mas justamente por eso, me dije, tenía que sacar fuerzas de flaqueza. No debía únicamente mostrarme audaz y temerario, como Atto, sino además sentir que lo era. Igual que san Jorge, tenía que matar a un dragón. El miedo que podía impedírmelo estaba dentro de mí. El adversario más temible duerme entre nuestros oídos.

Ya oía la voz de mi bella Cloridia, que tras escuchar el relato de la empresa me preguntaba y vapuleaba con su férrea lógica hasta forzarme a confesar todas las dificultades, los riesgos y las locuras que Atto había proyectado y yo había hecho.

Su primera reacción sería de congoja; me abrazaría y besaría pensando en el peligro que había corrido. Sin embargo, pronto su invencible lucidez se impondría y entonces, con los ojos fuera de las órbitas y el pelo tieso, cual nueva Gorgona, lanzaría venablos cada vez más hirientes contra mi aventura. Por último, reprimiendo la ira funesta, me llamaría irresponsable, padre y marido indigno, codicioso, bestia y, lo peor de todo, tonto. Estaba en juego el futuro de nuestras hijas, de acuerdo, y había convenido una pingüe retribución por mis servicios, pero para la muerte no hay recompensa.

Durante la regañina de Cloridia nuestras dos niñas asentirían con la carita severa y se reirían a mis espaldas. Tal vez mi esposa acabaría echándome unos días del nido familiar, para evitar la tentación de estamparme una sartén en la frente o de golpearme con uno de sus contundentes y macizos instrumentos de obstetricia.

No podía negarse que la empresa era arriesgada. Ahora bien, si salía bien, podría pedir a Atto una recompensa bastante mayor. Aún era pronto, sin embargo, para pensar en eso; ahora tenía que confiar en las espaldas poderosas de Sfasciamonti y en la mano misericordiosa del Salvador, a quien rogué que velase por mi seguridad.

Ugonio, el saqueador de tumbas, lo había dicho: hasta el jueves, el tratado permanecería en la Bola Sagrada. Don Tibaldutio había añadido: se dice que los

cerretanos tienen un amigo en San Pedro. La información que había obtenido Sfasciamonti completaba el cuadro al dar un nombre al amigo de los hampones harapientos.

Nicola Zabaglia era miembro de la venerable fábrica de San Pedro, el instituto secular que se ocupa de la construcción, el mantenimiento y la restauración de la basílica edificada sobre la tumba del primer Papa. Es más, tenía una posición de gran relieve; se le consideraba un genio en la construcción de máquinas para el transporte de grandes objetos (piedras, columnas) y lo habían nombrado director de la escuela de los futuros integrantes de la fábrica, llamados *sampietrini*.

Sólo los *sampietrini* podían entrar en los lugares más secretos de la basílica, desde los misteriosos subterráneos (donde precisamente se encuentra la tumba de Pedro) hasta los aéreos pináculos de la cúpula. Con esas referencias, Atto se había formado una idea del lugar donde podríamos encontrar su tratado sobre los secretos del cónclave. El único problema era llegar, *massime* a esa hora.

El trayecto desde la villa Spada hasta San Pedro, bajando por el lado norte del monte Janículo, fue rápido y fácil. Tras cruzar los arrabales que circundan la basílica salimos a la gran columnata que, formada por dos semicírculos especulares y decorada con ciento cuarenta estatuas de santos, se extiende sobre la gran plaza de San Pedro, fiel imagen de los brazos misericordiosos con que la Santa Madre Iglesia ofrece amparo y consuelo a sus queridos hijos.

La plaza estaba muy expuesta a la vigilancia de los guardias. Sabíamos, pues, que inevitablemente nos verían, pero confiábamos en que eso ocurriera lo más tarde posible. Dejando a la izquierda el gran pórtico de entrada y la contigua Puerta de la Muerte, nos adentramos en el gran conjunto de la basílica por un arco situado en el extremo derecho de la fachada. Pasamos a un pequeño patio, que se comunicaba por un estrecho pasillo a cielo abierto con otro idéntico, pegado al costado norte del Sagrado Colegio y próximo a los jardines del Vaticano.

A continuación, a través de una puerta franqueamos los muros sagrados de la basílica. Nos encontramos en un vestíbulo pequeño y sombrío. A la derecha había una amplia escalera de husillo y, delante de ésta, un guardia apostado, que nos dio el alto. Por suerte Sfasciamonti sabía cómo proceder. Expeditivo, engañó fácilmente a nuestro interrogador valiéndose del trivial pretexto de que buscábamos a un *sampietrino*, lo que no dejaba de ser cierto (pues era el nombre de Zabaglia lo que nos había llevado hasta allí). Pasamos ante el guardia con toda naturalidad y desaparecimos en la escalera.

Empezamos a subir por la gran espiral. La redonda caja de la escalera estaba débilmente alumbrada por antorchas y salpicada de ventanales cerrados con robustas rejas de hierro. Avanzábamos con prudencia, casi abrazados a la fina barandilla. De vez en cuando, en la pared exterior surgían pequeñas puertas con inscripciones

oscuras para nosotros, como «Primer corredor», «Segundo corredor», «Octavas de san Basilio y san Jerónimo», que verosímilmente llevaban a pasadizos secretos utilizados por los *sampietrini* para llegar a los sitios más recónditos de la enorme construcción.

Al cabo de unos minutos topamos con otro individuo, que también nos preguntó qué hacíamos allí a esa hora. Esta vez Sfasciamonti esgrimió su título de esbirro y dejó bien claro que no se sentía obligado a decir nada. El hombre asintió y nos permitió continuar nuestro camino. Respiramos con alivio.

A continuación, ya jadeantes por el esfuerzo y la tensión, cruzamos un pasillo y llegamos a una pequeña escalera, por la que subimos. Al final nos esperaba una sorpresa. La escalera nos había conducido a una terraza, mejor dicho, a la terraza de San Pedro, una amplia extensión situada detrás de las estatuas del Redentor y de doce santos que dominan y embellecen la fachada. Delante de nosotros se elevaba el coloso: el gran tambor y la ojiva monumental de la cúpula.

Miré hacia atrás. Habíamos salido a la terraza por una cúpula de base octogonal, que comparada con su hermana mayor parecía minúscula. Siendo la planta de la basílica la de una gran cruz, la terraza cubría la superficie del brazo mayor desde su extremo hasta el cruce con el brazo menor. El espacio estaba moteado de cúpulas coronadas de grandes claraboyas que daban luz a las capillas laterales de la basílica y estaba dividido en el centro por un largo tejado a dos aguas.

La noche había extendido su manto color azabache sobre nuestras cabezas. La débil luz de la luna sólo nos permitía distinguir la silueta enorme de la basílica, que nos recordaba el justo temor de Dios, lo que hacía que nuestra visita no fuera del todo inútil.

Mientras esas reflexiones rondaban por mi alma, los acontecimientos adoptaron el cariz que había temido.

—Allí están —oímos decir a alguien en la oscuridad.

Comprendí enseguida que el segundo guardia no se había fiado de nosotros y había enviado a alguien para que nos detuviera. Distinguí un pequeño grupo de dos o tres sujetos, que avanzaban desde el extremo de la terraza que da a la plaza, allí donde, cada amanecer, la estatua de Nuestro Señor dirige su Santa Faz hacia las masas de los fieles.

—¿Qué hacemos? —preguntó Buvat.

—Podría intentar convencerlos soltando un testón —anunció Sfasciamonti—, aunque sinceramente no creo que…

Pero a mí me faltaban oídos para escuchar y paciencia para esperar. Había hecho mis cálculos: si era lo suficientemente rápido, tenía bastantes probabilidades de conseguirlo.

—Eh, muchacho, pero entonces… —oí que gritaba Sfasciamonti, mientras yo

salía disparado en dirección a una escalera de dos tramos que arrancaba justo delante de nosotros y ascendía por fuera del tambor de la cúpula hacia una puerta.

Luego no hubo más palabras. A mis pasos en rápida huida respondieron los de Buvat y Sfasciamonti, así como los de nuestros perseguidores, que, sorprendidos y rabiosos, nos pisaban los talones.

—Cloridia mía —susurré con la voz quebrada por el esfuerzo—, cuando te lo cuente, espero que me perdones.

Contaba con la desventaja de mi escaso o nulo conocimiento del lugar, y con la ventaja de la sorpresa y la distancia que sacaba a mis perseguidores. De entrada, mis pequeñas dimensiones me parecieron un inconveniente, mas no tardaría en comprobar mi error de juicio.

Corría con todas mis fuerzas, pero con la íntima (e insensata) esperanza de que no me exponía a demasiados peligros; lo peor que podía pasarme era que me detuvieran los guardias de San Pedro, en cuyo caso nada me impedía achacar mi acto a la audacia juvenil. No estaba robando ni dañando nada. Para evitar las consecuencias legales, Sfasciamonti se valdría de alguno de sus numerosos conocidos y Buvat recurriría a Atto, quien encontraría la forma de sacarme del apuro apelando a sus contactos. Una argumentación de mil «quizá», que me repetía mecánicamente sólo para darme ánimos.

Una vez en el tambor, otra escalera en forma de hélice conducía aún más arriba. Oía los pasos desenfrenados de Sfasciamonti cada vea más cerca, y detrás, los de Buvat y los de nuestros perseguidores. Nadie hablaba: nosotros reservábamos nuestros pulmones para la huida; los otros consagraban los suyos a la caza.

Al final de la escalera había dos caminos. Elegí al azar y fui hacia la izquierda. Franqueé un umbral sin puerta y de pronto me hallé suspendido sobre el infinito.

Estaba dentro de la cúpula, frente a un abismo de dimensiones incalculables. A derecha e izquierda se extendía un pasillo anular, que bordeaba toda la base del inmenso tambor sobre el que reposaba la cúpula. Dicho pasillo abría a mis pies una visión abismal sobre el interior de la basílica: la colosal nave central de San Pedro, justo en el punto donde la cruza el transepto. Sabía que precisamente allí, pero muchas anas más abajo, se elevaba la grandiosa mole del baldaquino del caballero Bernini, gloria de la basílica y de toda la cristiandad. Encima de mí, el luquete desmesurado de la cúpula, abismo sobre abismo, me convertía en algo semejante a un átomo de polvo perdido en la inmensidad del firmamento.

A mi altura, en las paredes del gran tambor que sostenía la cúpula, había colosales mosaicos con tiernos amorcillos que medían como cinco hombres, sentados en cornucopias del tamaño de dos carros.

Pero todo eso lo veía más bien con los ojos de la imaginación, pues sólo unas pocas antorchas iluminaban muy débilmente el interior de la iglesia, cavernoso

espacio ilimitado donde resonaba únicamente el ritmo desesperado de mis pasos.

El umbral que había cruzado en aquel observatorio vertiginoso era uno de los cuatro accesos al pasillo anular, diametralmente opuestos entre sí, como los puntos cardinales.

Derecha o izquierda. Izquierda, de nuevo. Esta vez, el umbral tenía una puerta. Empujé; estaba abierta. Detrás de mí el ruido de pasos sonaba más cercano. Otra vez a la izquierda; me di de bruces con el pestillo de una puerta, cerrada. Ya no había ninguna luz, la noche se había quedado sin luna. Una vez más a la izquierda, pues.

Unas escaleras. El primer tramo era recto, pero el segundo era de espiral, con peldaños muy anchos. En la pared de la izquierda, un poco de luz, muy tenue, casi nada. Llegaba de una ventana que daba al exterior. Fuera se distinguían, quietos y ajenos a mis desesperadas meditaciones, los tejados de la basílica. Los escalones seguían subiendo, de nuevo rectos. Me di otro golpe en los morros; a mi lado había una pequeña escalera de caracol que ascendía verticalmente. Subí por ella. Al oír un grito supuse que mis amigos también debían de tener problemas. Ahora sus pasos sonaban más débiles, lo que significaba que seguramente yo había corrido bastante. Pero ¿dónde estaba? Rogué que mis cálculos no se estrellasen contra los hechos. Todavía más importante que llegar era conseguir luego huir. Se trataba de un mecanismo delicado, Atto me lo había mostrado con todo detalle. Afortunadamente, en la biblioteca de la villa Spada había encontrado lo que se precisaba y habíamos aprovechado las horas nocturnas antes de mi partida para afilar las armas. Me refiero a *El Templo Vaticano y su origen*, obra del docto Carlo Fontana, con abundantes grabados e ilustraciones, impreso en Roma seis años antes, en 1694. Contenía plantas, secciones, perspectivas de la basílica y, lo que más nos interesaba, de la cúpula. En un par de horas de estudio había memorizado bien las representaciones gráficas de la disposición y orientación de las galerías interiores de la parte alta. Aunque de forma aproximada, la memoria me había guiado eficazmente.

La escalera volvió a adoptar la forma de hélice. Había algo extraño: las dos paredes, así la exterior como la interior, estaban espantosamente inclinadas, apenas quedaba espacio para avanzar. Me pregunté cómo lograría Sfasciamonti pasar por aquel absurdo corredor, cuya atmósfera era densa, pesada, irrespirable. De vez en cuando un ventanal ofrecía un poco de alivio y de aire menos tórrido, pero no había tiempo para detenerse y respirar.

Sólo entonces lo comprendí: estaba en la crujía que separaba dos muros de la cúpula. La escalera en forma de hélice se elevaba entre la superficie externa y la interna, paralela, que se veía desde dentro de la basílica. De pronto me abandonó la vertiginosa sensación de que me desplazaba por un cuerpo suspendido, pues la hélice ya no ascendía: ahora había un breve rellano. Abajo, gritos.

—Sfasciamonti, Buvat, ¿dónde estáis? —pregunté.

Por toda respuesta, voces y ruidos indistinguibles. Las piernas me temblaban un poco, y no sólo por el cansancio. Traté de apretar el paso, pero resbalé y caí unos peldaños, sometiendo a dura prueba rodillas y muslos. Me levanté, todavía entero. Regresé al pasillo horizontal, renqueando. No había escalera, ni salida, nada.

Luego noté que faltaba algo delante de mí, a dos o tres pasos: el suelo. Frené, perdí el equilibrio y con la mano derecha me sujeté a la pared interior.

Estaba asido a un escalón de piedra, enorme, tanto que casi me llegaba al cuello. Extendí los brazos y lo palpé. Sí, había otro encima, y más arriba, un tercero. Era más o menos como lo había imaginado, y me fié; por ahí seguía la subida. Se trataba de una de las cuatro escaleras de grandes gradas, una por cada punto cardinal, que llegaban hasta la cima de la cúpula por su crujía, entre la cara interna y la externa. Por fin pude decirme con júbilo que los de pequeña estatura pesan poco, y que los que pesan poco son veloces.

Al principio las gradas eran más altas que anchas; luego, a medida que se acercaban a la cima de la cúpula, sus proporciones se invertían. Sólo me faltaban tres peldaños para llegar, dos, uno. Molido, pero nuevamente de pie, toqué un rellano, mientras desde arriba entraba una débil claridad, o simplemente tinieblas menos densas. Palpé a la derecha, a la izquierda, en todas las direcciones, y primero encontré un muro, después una abertura. Tropecé, quizá con un escalón, y mi brazo derecho chocó con un pasamano. Ya no sabía adónde iba, pero en un santiamén llegué y por fin sentí en la piel el aire, la calle, el cielo. Estaba fuera.

Mis pies pisaban el paseo circular que rodea toda la cúpula por arriba. En el lado interior había una doble fila de columnas, por debajo de las cuales se podía pasar a través de una serie de pequeños arcos. En cambio, en el lado exterior el suelo se inclinaba para facilitar que corriese el agua de lluvia, lo que daba a los visitantes la impresión de verse continuamente empujados al precipicio. La única protección era un pretil, más allá del cual los ojos se embriagaban con el panorama invisible de una Roma nocturna, letárgica y pacífica. Un salto mortal retaba a la mirada en todas las direcciones.

—Dulce esposa mía, a partir de ahora no te contaré nada —musité, mientras los miembros se me ponían rígidos por el miedo y la emoción.

Volví a oír el jadeo de los guardias. Los que me acosaban estaban cerca de mí.

Me quedaba muy poco tiempo. La busqué, pues conocía su existencia merced al libro que había consultado aquella noche con Atto en la villa Spada. Después de recorrer casi la mitad del paseo, la encontré. Un rincón oscuro, una reja de hierro, dos goznes; ahí estaba. Una portezuela que parecía casi excavada con las uñas en la dura piedra de la cúpula. Me despojé de la camisa empapada de sudor y saqué de los pantalones el aro tintineante de las llaves de Ugonio. Busqué las apropiadas. Una grande, otra más pequeña y una tercera. Pasaban los segundos, estaba perdiendo mi

ventaja. Introduje la primera en la cerradura; ¡no hacía falta, estaba abierta! La puerta se abrió sin esfuerzo. No había tiempo para imprecar; di unos saltos rápidos y subí.

Al otro lado de la trampilla había un paseo circular semejante al anterior pero mucho menor, cerrado por una baranda con grandes soportes de piedra en forma de seta y enclavado de una manera aún más peligrosa en la cima de la cúpula. Si hubiera tenido tiempo, me habría deleitado contemplando las motas de luz que las estrellas habían salpicado en la negra bóveda del cielo e imaginando que las rozaba con la yema de los dedos.

En el centro del disco que era el paseo superior había una garita, también de planta circular. No tardé en rodearla; carecía de puerta. Ya al borde de la desesperación, porque había oído decir que se podía acceder a ella, de pronto lo vi: una especie de ventanuco bajo, que desde la altura del suelo se elevaba hasta mi estómago. Me agaché y entré, en el preciso instante en que oía pasos en el paseo de abajo.

Sorprendentemente la oscuridad no era total en la garita circular. Una tenue claridad penetraba por el ventanuco que servía de entrada. Además, un leve fulgor caía sobre mi cabeza. Una escalera de caracol conducía hacia mi meta: la esfera de bronce que se yergue en el ápice de San Pedro, debajo de la gran cruz que remata la basílica.

De un salto me así a un escalón y empecé a subir apoyando la punta de los pies en las paredes para ayudarme. La débil luz aumentaba poco a poco.

Se cuenta que dentro de la esfera de San Pedro pueden caber hasta dieciséis personas, si se colocan debidamente. Era obvio que, por numerosos que fuesen nuestros perseguidores, yo jamás podría verificar esa afirmación.

Por fin introduje la cabeza, luego los hombros y, por último, apoyé los codos en la gran esfera de bronce. Sólo entonces mis ojos descubrieron que no me encontraba solo.

Con su gran trasero apoyado contra la pared cóncava de la esfera, sudando como un gorrino, sin apenas poder respirar, ahí estaba Sfasciamonti. Probablemente había llegado hasta allí por otra de las cuatro escaleras de altas gradas que conducen hasta la cima de la cúpula a través de su crujía. En una mano tenía un pequeño libro: el tratado sobre los secretos del cónclave. En la otra, una pistola.

En la cavidad esférica en que nos encontrábamos, al lado del hueco de entrada y de salida, había un escabel. Sin duda habían dejado el librito ahí y el esbirro, más rápido que yo, se había apoderado de él. De pronto me lo entregó.

—¡Métetelo en los pantalones! ¡Están llegando!

Oí ruido procedente de abajo. Sfasciamonti puso el dedo en el gatillo. Todo indicaba que no teníamos escapatoria.

—No podemos disparar, estamos en una iglesia… Además, enseguida nos arrestarían —observé también sin aliento.

—En puridad, estamos encima de una iglesia —repuso el esbirro con una risita sarcástica.

De nada servía bajar por la esfera y huir, pues alguien había entrado en la garita y se disponía a subir. Sfasciamonti y yo nos miramos sin saber qué hacer.

Entonces ocurrió: nuestras pupilas se vieron atravesadas por un destello cegador, que, como un flagelo, fulminó nuestros rostros e hizo que nuestros cuerpos se retorcieran por el estupor.

De repente entendí por qué antes, al entrar en la esfera y luego en la garita, había notado que la luz aumentaba. Años atrás había conocido a un viejo carnicero cuyo hijo era *sampietrino,* el cual me había descrito lo que ahora estaba pasando. La esfera donde estábamos tenía cuatro tragaluces, situados a la altura de un hombre, que se correspondían con los cuatro puntos cardinales: hundiendo una hoja incandescente en el de levante e inundando todo el espacio, el sol había hecho su alegre entrada ante nosotros.

Era el alba.

Novena Jornada

15 DE JULIO DE 1700

Como una señal del destino, el rayo cayó de lleno Sobre el librito de Atto, que refractó su flujo luminoso en cien mil riachuelos blanquecinos.

Indiferente a aquel curioso hecho, Sfasciamonti apuntó la pistola hacia abajo.

—¡Quietos o disparo! ¡Soy un esbirro del gobernador! —exclamó.

Luego (eso me pareció) tropezó con el escabel, que cayó en el hueco de la esfera con gran y universal estruendo. Puede que también cayera el esbirro. Y puede que, en su intento por no caer, me arrastrase consigo.

El tiempo se esfumó. La luz se convirtió en tinieblas, el mundo y la esfera dieron juntos una revolución desquiciada, y me hallé en un subitáneo más allá.

Mientras me llevaban, saco de miembros vacíos y dormidos, mis ojos trataban de captar un último jirón de aquellas agujas sagradas, de aquel nido de águilas consagrado al Señor.

Estaba boca abajo. No obstante, merced a una de esas extrañas facultades de la conciencia que permiten leer perfectamente de derecha a izquierda, o hacer anagramas de forma improvisada se me apareció antes de perder el conocimiento y lo reconocí.

Altivo y enigmático, anclado en las alturas del Janículo, el Navío nos observaba.

—Detrás de toda muerte extraña o inexplicable hay una conspiración del Estado, esto es, de sus fuerzas secretas —sentencio el abate Melani.

Me dolía la cabeza. También me dolía el cuello. En verdad, me dolía todo.

—También los casos de personas desaparecidas, raptadas o víctimas de accidentes increíbles, que luego reaparecen milagrosamente de la nada y sanas como manzanas, constituyen claros indicios de tramas subversivas. Para librarse de la muerte es imprescindible la ayuda de quienes la practican con asiduidad.

La voz de Atto flotaba en un vacío desnudo y cristalino. Yo seguía con los ojos cerrados, y abrirlos no me parecía urgente.

Rememoré algo: la sensación de mi cuerpo pesadamente colocado y transportado en una carretilla; el frío del amanecer; la entrada en un lugar templado y familiar.

Al cabo de unas horas (¿o fueron minutos?) el chirrido de la puerta al abrirse y cerrarse y el ruido de pasos en el pasillo acabaron por despertarme. Mis párpados decidieron que ya era hora de levantarse.

Estaba tendido en la cama del abate Melani, en la villa Spada, completamente vestido. Atto estaba sentado en un sillón, a mi lado, con la mirada perdida, sumido en Dios sabía qué reflexiones. No se había dado cuenta de que me había despertado. Minutos después, apartó la vista del punto imaginario donde la había fijado y la posó en mí.

—Bienvenido entre los vivos —dijo con una sonrisa entre satisfecha e irónica—. Tu esposa estaba muy preocupada, se ha pasado toda la noche en vela. Ya le he hecho saber que has vuelto sano y salvo.

—¿Dónde está Sfasciamonti? —pregunté angustiado.

—Duerme.

—¿Y Buvat?

—En su cuartito. Él también ronca.

—No lo entiendo —dije incorporándome—. ¿Por qué no nos han arrestado?

—Por lo que me ha contado nuestro amigo el esbirro, habéis tenido mucha suerte. Sfasciamonti se precipitó, arrastrándote consigo, y cayó sobre el *sampietrino* que estaba a punto de daros alcance en la esfera. Después lo desarmó y lo dejó fuera de combate a base de patadas y puñetazos. Por último, te cargó a hombros y así desanduvo el camino, sin demasiado esfuerzo, dada su corpulencia. Cuando llegó abajo, nadie lo vio. Era el alba y por las inmediaciones no había un alma. Lo más probable es que todos los guardias de servicio estuviesen siguiendo los pasos de Buvat.

—¿De Buvat?

—Pues sí. Echó a correr en cuanto empezaron a perseguiros, en la terraza.

—¿Cómo? —exclamé pasmado—. Yo creía que había subido con nosotros hasta…

—A su pesar, estuvo genial. En vez de seguirte mientras huías por la escalera que conduce hacia la cúpula, dio marcha atrás y bajó por la que habíais salido. Uno de los dos *sampietrini* que os habían dado el alto, uno pequeñito (oh, *pardon*), fue en pos de él —explicó el abate excusándose por la mención de la estatura—. Sin embargo, Buvat tiene piernas largas y le hizo morder el polvo. Salió de San Pedro a la velocidad del rayo, sin que nadie le viese siquiera la cara. Despistó a todos los guardias. Eso sí, como era previsible, después se perdió en el camino de San Pedro hacia aquí y llegó poco antes que vosotros.

Yo estaba consternado. Había creído contar con dos aliados en la peligrosa subida a la esfera de San Pedro. En cambio, uno había vergonzosamente desertado y el otro había caído sobre mí en el momento crucial.

—Sé que te has portado muy bien. Lo habías conseguido.

—Vuestro manuscrito, el tratado sobre los secretos del cónclave —exclamé—. ¿Os lo ha dado Sfasciamonti?

Atto esbozó una expresión de dulce desconsuelo.

—No ha sido posible. Mientras te transportaba, el volumen se cayó de tus pantalones. Si he entendido bien, acabó en la terraza, en un rincón tan alejado que comportaba excesivo riesgo ir por él. Tenía que elegir entre la salvación y mi tratado. No podía hacer otra cosa, supongo.

—No lo entiendo… Todo había salido bien, y luego… Es absurdo —comenté aturdido—. Además, ¿por qué me ha traído aquí en lugar de llevarme a mi casa?

—Por un motivo muy simple: no sabe dónde vives.

Todavía un poco atontado, para recuperar del todo las fuerzas tuve que esperar a que la cortina del estupor y el desengaño bajase hasta el fondo de mi alma. Los peligros que habíamos corrido, el esfuerzo, el miedo… todo había sido en vano. Habíamos perdido el librito de Atto. Entonces me vino un vago recuerdo.

—Don Atto, mientras dormía os he oído hablar.

—Puede que estuviera meditando en voz alta.

—Decíais algo sobre las muertes inexplicables, las conspiraciones de Estado… o algo así.

—¿En serio? No me acuerdo. Pero ahora, chico, descansa un poco más si lo deseas —dijo, y se levantó para dirigirse hacia la puerta.

—¿Vais a la ciudad para visitar la villa Spada con los otros invitados?

—No.

—¿De verdad que no iréis? —pregunté imaginando que temía toparse con Albani. En efecto, a esa hora ya debía de haber encontrado su libro algún *sampietrino* a las órdenes del Zabaglia, que lo entregaría a los cerretanos, quienes se lo darían al gran legator, es decir, Von Lamberg, y éste al secretario de los Breves.

—No es el momento —respondió Atto—. Con gusto admiraría las maravillas del palacio Spada a la luz del día, pero otras cosas nos apremian mucho más.

El cielo empezaba a nublarse. Una ráfaga de viento caliente azotó nuestros rostros cuando desde la escalera de caracol entramos en la terraza del Navío.

Los preparativos para la expedición habían sido largos. Al final optamos por llevar lo esencial: la pistola del abate, un puñal largo, que escondí dentro de mis pantalones, y una de las redes que se habían utilizado en la cacería jocosa celebrada dos días antes. Así podríamos mantener a la criatura a distancia, herirla en un posible (y horrible) cuerpo a cuerpo o actuar como hábiles reciarios envolviéndola en una maraña de robustos hilos.

Nos apostamos ante la puerta del pabellón, con las piernas casi paralizadas por la tensión.

Nos cruzamos una mirada de ánimo. Atto se acercó al pabellón, asió la manija de la pequeña puerta y empujó. Dentro todo era penumbra y silencio.

Esperamos casi un minuto, sin movernos ni decir nada.

—Voy a entrar —dijo al fin Melani, que empuñó la pistola y se cercioró de que estaba lista para disparar.

Le respondí blandiendo el puñal y, tras desplegar ligeramente la red sobre mi hombro izquierdo, me preparé para arrojarla cuando se terciase.

Atto entró.

Franqueó el umbral y al punto se colocó de espaldas contra la jamba de la izquierda, con el propósito de reducir el número de flancos desde los que podían atacarlo. Con un brazo me hizo una seña para que avanzase. Obedecí.

Así me encontré de nuevo en la guarida del monstruo, arrimado al busto acezante de Atto, que, no obstante su edad avanzada, sus movimientos ya no felinos y su vista sin duda cansada, conservaba un valor leonino y se comportaba (y sentía), como el primero de los mosqueteros del Rey Cristianísimo.

La luz, que los cristales opacos atenuaban, era aún más débil que la vez anterior debido a las nubes. Como recordaba, en el centro del pabellón había dos columnitas.

Si estaba allí, debía de estar bien escondido.

Di un respingo al sentir una punzada. Para llamar mi atención Atto me había clavado un codo en el costado.

Entonces lo vi.

Algo se había movido en el rincón opuesto del pabellón, detrás de las dos columnitas y cerca de la ventana de la derecha. Un brazo, atrozmente deforme, cubierto de una especie de piel escamosa y serpentina, pegado a la pared, había reaccionado a la patada que Atto había dado al suelo. La bestia estaba allí.

Las dos columnitas no me dejaban ver bien; teníamos que acercarnos para averiguar qué parte del monstruo se había movido y, sobre todo, cómo diablos conseguía estar tan pegado a la pared.

—Quieto. No hagas nada —me indicó el abate Melani con un susurro casi inaudible.

Todo permaneció inmóvil durante un par de minutos. El brazo del Tetráchion y su mano monstruosa volvían a estar quietos. La puerta estaba abierta. Tanto el abate y yo como el ser habríamos podido abandonar el lugar y huir, mas, ya fuera por valentía o por miedo, ni él ni nosotros optamos por esa salida. El aire del pabellón, saturado por las filtraciones de agua del techo y por las capas de salitre incrustadas en buena parte del pequeño espacio, estaba aún más cargado por nuestra respiración, el silencio marmóreo que lo impregnaba todo, el miedo sólido y carnoso.

Mientras ocurría todo eso (en realidad nada, salvo la tempestad de nuestros corazones), yo combatía otra batalla: un reto contra mí mismo. Hacía todo cuanto podía pero, pese a la gravedad del momento, sabía que tarde o temprano terminaría cediendo. Me resistía con todas mis fuerzas, pero ya no aguantaba más. Al final

capitulé. Tenía que rascarme la nariz para evitar lo peor (un estornudo). Y lo hice.

Jamás habrá expresión de idioma humano capaz de explicar el sentimiento de estupor desesperado que experimenté al ver que el monstruo me imitaba con perfecta sincronía levantando la mano hacia su horrible cara, oculta detrás de las columnitas. Una duda feroz me asaltó.

—¿Habéis visto? —murmuré a Atto.

—Se ha movido —respondió alarmado.

Quise hacer una prueba. Estiré la mano y empecé a hacer figuras con los dedos. Luego moví rítmicamente una pierna de un lado a otro. Por último, bajo la mirada estupefacta de Atto, me aparté de donde estaba y me dirigí hacia las dos columnitas para echar una mirada, libre de obstáculos tanto materiales como del alma, al misterio que tan cruelmente nos había tenido aherrojados.

—¡Qué locura! Chico, te prohíbo que cuentes esta historia a nadie —dijo Atto con la vista clavada en el espejo—. Al menos hasta que aclaremos todo lo que permanece oscuro —se corrigió prudentemente para ocultar el motivo (la vergüenza) de su orden tajante.

Volvió a tocar la superficie ondulada del espejo deformante y contempló con admiración cómo se hinchaban, hundían, curvaban o enderezaban sus dedos, sus nudillos, su palma o su muñeca.

—Había visto algo parecido en Fráncfort hace mucho tiempo, una vez que el cardenal Mazzarino me invitó para una negociación secreta. Pero no tenía un efecto tan… tremendo como éste.

Todo apuntaba a que no habíamos visto al Tetráchion. El agudo Benedetti, genial creador del Navío, para mayor diversión de sus huéspedes había puesto en las paredes del pabellón espejos deformantes, que, gracias además al ambiente oscuro y lóbrego del pequeño espacio y al hecho de que se reflejaban entre sí, convertían la imagen del visitante en la de un ser monstruoso.

Mientras me rascaba la nariz, había notado que el supuesto Tetráchion imitaba mi gesto con insólita presteza. Asimismo, el monstruo había remedado con increíble exactitud todos mis otros movimientos; sólo podía ser, pues, mi imagen reflejada en una superficie deformante.

La primera vez que entramos en el pabellón, la imagen que teníamos del plato de Capitor, la voz de Albicastro, que llegaba hasta allí desde algún lugar ignoto, y los relatos del propio Atto sobre Capitor nos habían llevado a identificar al Tetráchion en la figura absurda y contrahecha de un ser con cuatro piernas y dos cabezas (en realidad, éramos Atto y yo, el uno pegado al otro). En cambio, estábamos rodeados de espejos curvos. Oí a Atto repetir:

El espejo de los locos
a esto denomino,
donde, a fe mía, cada loco se ve
e identifica rostros
idénticos al suyo.

—Son los versos que recitó la voz de Albicastro —dije.

—Exacto. Él sabía que aquí hay espejos deformantes y nos tomó el pelo —explicó Melani, y siguió recitando:

Quien bien se mira pronto aprende
—y su mente al punto colige—
que no ha de tenerse por lo que no es
ni por sabio tomarse.

—Pero ¿de dónde procedía su voz? —pregunté con recelo.

En lugar de responder, Atto comenzó a palpar las paredes en los puntos en que no había espejos.

—¿Qué buscáis?

—Tendría que estar aquí… o un poco más allá… ¡Ya lo he encontrado!

Con el rostro más animado por la sagacidad recobrada, me enseñó un tubo de latón que bajaba por la pared y terminaba curvándose hacia nosotros en una especie de trompeta.

—Vaya idiotas, ¿cómo no se nos ha ocurrido antes? —exclamó dándose una palmada en la frente—. La voz de Albicastro que oímos la otra vez y que parecía la de un fantasma venía de aquí, del viejo tubo que se utiliza para dar órdenes a la servidumbre que se encuentra en los otros pisos y que ya te había mostrado en la planta baja. Ese loco holandés seguramente estaba en las plantas inferiores, cerca de una de las boquillas del tubo. No bien supo que habíamos entrado en este sitio lleno de espejos deformantes, empezó a canturrear los versos del maldito Sebastián Brant y de su *Nave de los necios*, helándonos la sangre en las venas —explicó Atto, que reveló así el miedo que había experimentado y que hábilmente había disimulado.

Las conclusiones de Atto eran incontrovertibles. El «espejo de los locos» que había citado el extraño Albicastro se compadecía muy bien con el juego perverso mediante el cual el Tetráchion, que la loca Capitor había invocado, revivía en los espejos del Navío. Además, ¿acaso la cancioncilla del holandés no advertía que no hay que estimar siempre fidedigno lo que aparece en un espejo? En ese preciso instante, Atto recitó:

El puré de los locos nunca olvidé,
pues me gustaba el espejo:

el Orejas de Burro es mi hermano.

—¿Entiendes ahora estos versos? —me preguntó—. Albicastro nos ha tomado el pelo, y con gran placer. Quiero encontrarme con ese holandés insolente cara a cara y obligarlo a que nos presente sus excusas —añadió con tono guerrero, y con una señal me indicó que lo siguiera a las plantas de abajo.

Armados hasta los dientes, habíamos sido derrotados por un espejo y por nuestra imaginación. Ahora el abate Melani quería descargar su rabia y su humillación contra el único ocupante del Navío. Por lo menos, el único ocupante de carne y hueso.

Naturalmente, no lo encontramos. Albicastro pertenecía a esa rara especie de personas que aparecen por sorpresa («para calentarle a uno los cascos», agregó Atto), sin que uno las busque.

El abate se empeñó en hurgar en los cuartos de baño, en los tabucos y en los desvanes, pero muy pronto comprobamos que en todo el Navío no había rastro del holandés.

—Nos asusta lo que no entendemos —dije recordando al abate su propio aserto de la antevíspera, después de que yo tomara un perrito por un coloso en la galería de perspectivas falsas de Borromini.

—Calla y regresemos a la villa Spada —gruñó con el rostro sombrío.

Recorrimos el corto trayecto sin cruzarnos palabra. Yo reflexionaba. Habíamos elucidado todos los misterios con que habíamos topado y por cuya causa el abate Melani o yo (o los dos) nos habíamos estremecido: el holandés volante caminaba en realidad por una cornisa oculta a nuestra vista; las flores de los míticos jardines de Adonis eran vulgares plantas como el ajo o la que quita los callos; la galería del Navío, que parecía extenderse hasta la colina del Vaticano, no era sino un hábil juego de espejos; las llamas infernales y los rostros de almas de difuntos que habíamos visto en la guarida de Ugonio, en las termas de Agripina, y que me habían convencido de que estaba muerto, sólo eran producto de exhalaciones de alcanfor; el coloso descomunal que yo había temido que me devorara no era sino un perrito, cuyas dimensiones me habían parecido gigantescas a causa de la falsa perspectiva de la galería de Borromini; por último, acabábamos de tomar por el monstruo Tetráchion nuestras propias imágenes reflejadas en espejos deformantes. Sólo había algo a lo que aún no habíamos encontrado explicación: las apariciones de Maria, Luis y Fouquet en los jardines del Navío. El abate había postulado la teoría de los corpúsculos y hablado de exhalaciones alucinógenas, pero nada más; al revés que en todos los otros casos, en éste distábamos de haber dado con una solución concreta.

Mientras así reflexionaba, el abate Melani permanecía en silencio. Tal vez se

estaba planteando las mismas preguntas, me dije mirándolo de reojo.

Interrumpí bruscamente mis meditaciones al ver que el abate Melani se había puesto pálido, más blanco que al albayalde que cubría su rostro. Habíamos llegado a la verja de la villa Spada y Atto miraba algo en la lejanía.

Entre los perfumados arriates del paseo de entrada bullían lacayos, porteadores y secretarios, baúles listos para ser subidos a los carruajes, cestos de viaje con viandas, además de cardenales y caballeros que se despedían con amabilidad del dueño de casa y de los otros invitados y se citaban para una ceremonia de graduación en la Universidad de la Sapienza, en un consistorio o en una misa de sufragio.

Me preguntaba qué podía haber alterado el humor del abate Melani, cuando vi que uno de los esbirros de Sfasciamonti señalaba nuestra presencia a un desconocido. Tuve un tremendo sobresalto. Ya me veía denunciado por el párroco de San Pedro por haber entrado sin permiso en la basílica, identificado por los hombres del alguacil, juzgado y encerrado en chirona durante veinte años. Miré alrededor, aterrorizado. No intenté siquiera huir; en la villa Spada todo el mundo sabía dónde vivía. El desconocido tenía la cara crispada, cansada, trémula. Enseguida se acercó a nosotros.

—Un mensaje urgente para el abate Melani.

—Lo tenéis delante, hablad —dije con alivio, dado que Atto callaba; tenía la mirada fija y el rostro contraído, como si conociese (o temiese) el mensaje que el hombre estaba a punto de transmitirle.

—La condestablesa, madame la condestablesa Colonna. Su carruaje está a muy pocas calles de aquí. Os ruega que no os alejéis. Os encontraréis dentro de una hora.

Con las piernas paralizadas, esperé una reacción de Atto, una libre manifestación del alma, una genuina expresión del corazón, pero el viejo abate no abrió la boca. Tampoco apretó el paso; es más, me pareció que su caminar se volvía más lento e inseguro.

Llegamos a sus aposentos sin pronunciar palabra. Se quitó la peluca, se acarició lentamente la frente y se sentó, de repente muy cansado, frente al tocador.

Empezó a silbar un aria desconocida. Una tonada incierta y desafinada que se le quebraba en la garganta, mientras miraba con tristeza su cabeza desnuda, canosa y casi calva reflejada en el espejo.

—Es un motivo del *Ballet des plaisirs*, del maestro Lully —dijo sin dejar de explorarse el rostro. Luego se levantó y se puso la bata.

Yo estaba atónito. ¿El mensajero acababa de anunciarnos la inminente llegada de la condestablesa y Atto no se preparaba? ¿Acaso ya no creía que fuese a venir? Motivos no le faltaban; demasiadas veces la había esperado en vano. Sin embargo, ahora no parecía que hubiera que albergar dudas: Maria estaba casi en las puertas de la villa Spada, ya no había ningún impedimento. Lo raro, eso sí, era que se presentase en ese momento, cuando la fiesta había terminado. Tal vez venía a presentar sus

tardíos respetos, y sus excusas, al cardenal Spada.

—Hace unos meses, todos en la corte se asombraron cuando de improviso oyeron cantar a Su Majestad esta aria. Un aria que Maria y él habían cantado juntos durante una estación entera en sus paseos de amor de hace cuarenta años. Todos se maravillaron, menos yo.

Entendí. De hecho sabía perfectamente para qué venía Maria Mancini: obedecía el deseo del Rey Cristianísimo, como ella misma había escrito a Atto, y se disponía a escuchar por boca del abate las súplicas regias y la propuesta de que regresara a Francia. Para que lo escuchara, para conmoverla y persuadirla, Atto tenía que recurrir a su memoria: debía acordarse de las miradas, los momentos, las palabras del rey que Maria no había podido conocer y esforzarse para que todo aquello reviviera ante sus ojos y su corazón.

—Después del asunto de los venenos, cuando creía que el mundo se le caía encima, Su Majestad hizo requerir mis servicios a sus ministros con creciente frecuencia —contó Melani—. En aquellas misivas, en apariencia formales, el rey terminaba de un modo u otro nombrando a madame la condestablesa Colonna, preguntando: ¿cómo se encuentra?, ¿qué hace?, y así sucesivamente.

Maria, continuó con tono amargo, se había refugiado hacía tiempo en España, perseguida por su marido, el condestable Colonna, al que había abandonado huyendo de Roma. La pobre no hacía más que entrar y salir de conventos y prisiones.

—Lo cierto es que durante todos esos años nunca dejó de hacer llegar sus noticias al Rey Cristianísimo.

Contuve la respiración. Por fin Melani empezaba a confesar que era el intermediario entre el rey y la condestablesa. Quizá no tardaría en decirme toda la verdad, que yo ya conocía secretamente.

—Hasta que un día —siguió Atto—, después de que el rey, vencido y desengañado, tuviera que enterrar el asunto de los venenos, vi de nuevo en su rostro, y aún más intenso, el viejo y secreto estremecimiento que se apoderaba de él cuando oía el nombre Colonna.

Colonna… Este apellido, reveló el abate, soliviantaba a Luis XIV más que el simple nombre de María, que había sido suyo. Cada vez que oía «Colonna», en sus carnes regias se grababa con fuego el abismo que los separaba para siempre, porque Maria pertenecía a otro hombre, al gran condestable Lorenzo Onofrio Colonna, con quien había tenido tres hijos.

—El castigo más cruel era saber que Maria nunca lo había olvidado, que por él había huido del yugo del marido, al que sin embargo había estado unida por una fuerte pasión de los sentidos, como yo no había dejado de informar al rey —concluyó Atto con el sinsabor de quienes se ven forzados a vivir esos amores como espectadores, con la nariz aplastada contra la reja que separa a los de su desdichada

especie de los hombres y las mujeres.

—Don Atto, no me habéis contado nada del príncipe Colonna, el único marido de Maria.

—Hay poco que contar —zanjó el abate, molesto.

También Atto, pensé con una risita, detestaba hablar del hombre que había fecundado y hecho estremecer, si no el corazón, al menos las bellas carnes de su Maria. Sea como fuere, yo estaba al corriente de la fama decenal del borrascoso y fallido matrimonio del condestable Colonna y su indómita esposa.

—¿No temíais provocar la cólera del rey al comunicarle noticias que podían herirlo?

—Ya te he contado con pelos y señales cómo vivió Luis en los veinte años que siguieron a su boda con María Teresa. Su pecho estaba sumido en un sueño profundo y turbio. Yo no hacía más que lanzar ágiles pedrezuelas de luz, brillantes trozos de cristal que, hendiendo aquel sopor con el estilete de los celos, fulminaban por un breve instante el corazón y las venas del rey con el deslumbrante recuerdo de Maria, más cegador que todos los brocados y las joyas con que cubría a sus amantes, que todas las máquinas de maravilla que llenaban sus fiestas, sus comedias y sus ballets, que todas las orquestas con que se trastornaba. Sueños, momentos, pronto desbaratados por la magnífica algazara de la corte, demasiado breves para que él tuviese tiempo de reparar en ellos realmente; sin embargo, permanecían allí, acurrucados en un rincón de su alma, susurrándole, quizá en alguna noche de duermevela, que ella existía.

Me conmovió la fidelidad con que el abate Melani había sabido suplir humildemente su amor imposible por Maria Mancini. Durante veinte años, solo y en secreto, se había cuidado de que no se rompiese el delgado hilo de plata que aún unía a esos dos corazones desventurados, sin que éstos siquiera se enterasen.

Se me ocurrió pensar que el abate iba a revelarme en ese momento su presente oficio de mensajero entre el rey y Maria, pero, abrumado por los recuerdos, se había quedado en silencio.

Luego sacó de su bolsillo una cajita de oro y plata ricamente historiada que tenía forma de concha. La abrió y extrajo unas pastillas de cidra, que echó en la jarra de agua para hacer una bebida refrescante. Cuando se hubieron disuelto, bebió una buena cantidad.

—Esta cidra es francamente deliciosa —comentó con un suspiro enjugándose los labios—. El marqués Salviati me la regala con regularidad. Bonita mi concha, ¿verdad? —añadió refiriéndose al estuche de las pastillas, que yo, en efecto, estaba admirando—. Viene de las Indias, y es hermosa y galante en grado sumo, ¿no te parece? Es un obsequio de Maria… me la mandó hace unos años. —La voz del abate se había alterado por la emoción.

Llamaron a la puerta. Un lacayo preguntó a Atto si deseaba algo.

—Sí, gracias —respondió él tras aclararse la voz—. Tráeme algo de comer. ¿Y tú, chico?

Acepté de buen grado. Hacía mucho que había pasado la hora del almuerzo y mi estómago gruñía del hambre.

—Imagínate lo distinta que habría sido Francia, y toda Europa —comentó Atto—, si al lado de Luis hubiese reinado feliz Maria Mancini. Las invasiones de Flandes y de los principados alemanes, la feroz destrucción del Palatinado, el hambre y la pobreza dentro de las fronteras francesas para financiar todas esas guerras, y a saber cuántas cosas más, no las habríamos conocido.

—Sin embargo, si las cosas hubiesen ocurrido como vos desearíais, Francia no podría reclamar nada en la sucesión de España —no pude dejar de señalar.

El abate se sintió herido en lo más hondo.

—No es en absoluto una contradicción —repuso enfadado—. El pasado es el pasado, y no se puede cambiar su curso sino en nuestra imaginación, como nos ocurrió en el Navío. Lo único que está en nuestras manos es conseguir que los sucesos de antaño no hayan tenido lugar en balde.

—¿Qué queréis decir?

—Si la sangre de los Borbones obtiene hoy el trono de España merced a la separación de Su Majestad de Maria Mancini —exclamó pomposamente Atto, con el índice alzado—, su sufrimiento, que vivieron como una vana y ciega tortura hace cuarenta años, se sublimaría en un supremo sacrificio por la salud de la casa real de Francia y, obviamente, por la gloria de Dios Nuestro Señor, de quien siempre procede la investidura del monarca.

Me costó captar el busilis de su enrevesada explicación. Con todo, una cosa me quedó clara: era la primera vez, desde su llegada a la villa Spada, que Atto abordaba conmigo el tema de la sucesión al trono de España.

—Sólo si eso ocurre no se habrán separado en vano —añadió.

Así, prosiguió Melani, el Rey Cristianísimo había podido emprender la guerra en Flandes sólo como marido de María Teresa, dado que en dicho conflicto reclamaba a los españoles la dote de su esposa.

—En definitiva, hoy como entonces el Rey Cristianísimo está decidido a sacar el mayor provecho de la violencia que sufriera un día, incluso por la fuerza. Esos daños que padeció y luego infligió, sobre los cuales te hablé un día, ¿te acuerdas? —agregó Atto.

—Sí. Lo que me habéis referido hasta ahora me hace pensar que los blancos preferidos de su deseo de venganza son siempre las mujeres y la guerra.

—Reinas y razón de Estado, eso es precisamente lo que un día lo separó para siempre de Maria.

Por ello, continuó Atto con voz áspera, Luis XIV nunca renunciaba a hacer sufrir a las mujeres, y mejor si podía mezclar la política, como ocurrió con la princesa Palatina y con la gran delfina.

—El rey las admiraba mucho. No eran mujeres ñoñas ni frágiles como Louise de La Valliére, ni ambiciosas como Athénaïs de Montespan. Peor aún, eran espíritus independientes, que luchaban con todas sus fuerzas por sus ideales, exactamente como antes había tratado de hacer el propio Luis contra su madre y su padrino.

Luis se reconocía en aquellas dos jóvenes masculinas e idealistas, pero, como antaño había perdido la batalla, ahora no podía tolerar que ellas triunfasen. El rey es infeliz; pues que en la corte nadie se permita el lujo de ser feliz, ni siquiera sereno. El rey es bajo; pues que en la corte nadie se atreva a llevar tacones con los que lo sobrepase en altura, ni pelucas imponentes.

—¿El rey es bajo? Pero si me dijisteis que era alto, apuesto y…

—Eso no tiene nada que ver. Te dije lo que todo el mundo dice y siempre dirá, y lo que se pinta y siempre se pintará en los retratos de corte. Además, con esos tacones rojos y esas pelucas enormes, te aseguro que no puede haber en toda Europa un monarca más alto que él, pero también te aseguro que es imposible encontrar a un solo pintor con suficientes agallas para reproducir esos tacones como son en realidad. El Rey Cristianísimo, chico (y esto es una verdadera confidencia), de noche, cuando se descalza y se quita la falsa cabellera, no es mucho más alto que tú.

Nos trajeron una bandeja con dos parejas de francolines asados, con guarnición de judías verdes, alcachofas y agraz, además de vino y panecillos de sésamo. Atto comenzó por las verduras, mientras yo me apresuraba a hincar los dientes en las pechugas de los francolines.

Así, ay de aquellos a quienes el rey encontraba largo tiempo tranquilos, aunque fuese por resignación. Y la princesa Palatina (llamada así porque procedía del Palatinado) lo estaba. Joven, consciente de su fealdad, la cuñada alemana del rey era la segunda esposa de Monsieur, o sea, el hermano segundón Felipe, y había encontrado, a diferencia de la inquieta e infortunada Enriqueta de Inglaterra, que la había precedido en el lecho, un *modus vivendi* pacífico con su extraño marido. A éste no le gustaban las mujeres pero, como ella era bastante masculina, tampoco le repugnaba. Además, se contaba que con la milagrosa ayuda de una imagen sagrada, frotada en el momento y en el sitio debidos, él había conseguido dejarla embarazada y asegurar así a la descendencia aquel varón que su difunta primera esposa no había sido capaz de darle. Tras lo cual, de común acuerdo y con mutua satisfacción, la pareja separó las camas, para vivir sólo unidos por el amor a los hijos. Sin embargo, la serena resignación de la princesa Palatina duraría poco.

—La mala pasada que le jugaron hace poco más de diez años constituye uno de los crímenes más horrendos de la historia militar francesa —sentenció Atto sin

medias tintas, ya arrastrado por el hilo de su relato—. El saqueo metódico y feroz de su tierra, el Palatinado, y de su castillo natal, perpetrado en su nombre pero sin su consentimiento. Fue una obra maestra de luciferina perfidia.

Luis, como había hecho antes con María Teresa y su supuesto derecho a recibir en dote el Flandes español, reclama el Palatinado en nombre de su cuñada y contra su voluntad. Ella le pide desesperadamente audiencia, pero él no la recibe. Entretanto Luis ordena a las tropas francesas devastarlo todo, pero en las ciudades, no en el campo, como hasta entonces había sido la costumbre militar. Así, no arrasan cabañas aisladas de campesinos, sino ciudades enteras: Mannheim y, massime, *Heidelberg*, donde el magnífico palacio de piedra arenisca rosa acaba hundido en las aguas del Neckar.

—Han pasado años, pero aquello fue tan inaudito que los oficiales franceses que participaron todavía se avergüenzan. Sólo gracias a la espontánea piedad del mariscal Tessé se salvó, en el último momento y bajo el resplandor de los incendios, la galería de los retratos de familia de la princesa, para entregársela e intentar aplacar la desesperación que se apoderaría de ella cuando oyese la triste relación del desastre.

El confesor de Luis trata en vano de musitarle al oído, en la sombra de la confesión, expresiones como «amor al prójimo». El rey se levanta irritado mascullando «¡Quimeras!» y encogiéndose de hombros, antes de darle bruscamente la espalda sin siquiera despedirse.

El soberano prosigue impertérrito su camino. Inflige las mismas torturas a la otra alemana de la familia: la gran delfina, su nuera.

—Ella sí tenía madera para convertirse un día en reina, la verdadera reina que falta en Francia desde hace mucho tiempo. Poseía las virtudes y las dotes necesarias para soportar el peso del gobierno. Me acuerdo de las miradas de secreta admiración que le dirigía el rey cuando ella conversaba.

Hasta que un día, inopinadamente, Luis XIV le hizo saber que ya no podría estar al corriente de los asuntos del gobierno. Poco después no tuvo el menor reparo en entrar en guerra con Baviera, la tierra natal de la gran delfina, rechazando con sutil placer todo intento de mediación de la joven. Para ella fue el golpe de gracia. El mal de melancolía minó su alma e invadió su cuerpo; se hinchó de la cintura hasta los pies y falleció entre convulsiones al cabo de pocos días.

—Fue un castigo para el reino —gimió el abate Melani—. Con la muerte de la gran delfina, Francia se quedó sin la figura de una soberana: no había reina madre ni reina reinante, y tampoco delfina. En efecto, al casarse con madame de Maintenon Luis no sólo privó al reino de toda esperanza de ver a una nueva soberana en el trono, sino que además indujo a su hijo, el gran delfín, también viudo, a contraer la misma clase de enlace con una vieja amante, una actriz —explicó Atto, mientras tomaba con

desgana del plato un pequeño trozo de alcachofa.

—En suma, la reina está… abolida —dije tras dejar en la bandeja los huesos bien mondados del francolín y coger el otro.

—Sólo el viejo que tienes delante conoce el origen de esos excesos, que está en los remotos y aciagos días de hace cuarenta años. Hay que situarse en aquel amanecer en Brouage, cuando el supremo dolor del adiós a Maria chocó de pronto con el imperativo de la dureza de corazón, una máscara que el Rey Cristianísimo se impuso entonces y no ha abandonado jamás. Sólo desde hace unos años, con la proximidad de la vejez, Su majestad ya no puede celar plenamente los signos de aquel dolor antiguo y nunca calmado. El confesor de madame de Maintenon, con quien ésta se lamenta cada mañana, sabe algo al respecto.

—¿Y vos qué sabéis?

—El confesor me transmite sus quejas a mí —respondió el abate con una risa sarcástica—. Todos ven que el rey visita a madame de Maintenon tres veces al día: antes de la misa, después de la comida y a la vuelta de la caza. Lo que muy pocos saben, en cambio, es que al final del día, cuando va a dar las buenas noches a su esposa, suele sufrir misteriosas crisis de llanto: se pone triste, se ruboriza y empieza a llorar sin freno. A veces incluso se marea. Y todo ello sin que los dos se crucen ni media palabra.

—¡Madame de Maintenon debe de haber adivinado qué lo angustia tanto!

—Sin embargo, eso es precisamente lo que la atormenta. «¡No consigo que hable!», repite cuando ya no puede más. Para ella el rey es una esfinge.

Por eso, continuó el abate Melani, las enigmáticas buenas noches que el rey daba a su esposa todos los días se habían convertido para ésta en un motivo de cólera e incluso de repugnancia. En efecto, a Luis le gustaba terminar sus gimoteos sentimentales y lacrimosos con breves desahogos de una especie bastante más vulgar que, dada su edad, a ella le asqueaban. «¡Momentos penosos!», confía madame de Maintenon a su confesor. Sólo una vez satisfecho físicamente, el rey se marcha, con las mejillas aún bañadas en lágrimas, evidentemente sin pronunciar una sílaba.

—A la mañana siguiente, sin embargo, vuelve a ser el tirano de siempre. Es más, con la edad su tiranía se ha tornado más áspera, y vivir en Versalles, especialmente para las mujeres de su familia, constituye una auténtica tortura. En efecto, Su Majestad exige que en todos los viajes, aunque sólo vaya a Fontainebleau, sus hijas y nietas lo acompañen en su carruaje, como antaño llevaba consigo a la cuadrilla de sus amantes. Las trata con la misma dureza, sordo a sus quejas, ciego a su cansancio; han de acatar su voluntad en todo, para comer, para platicar, para mostrarse alegres. Los embarazos no las dispensan de esos viajes, y tanto peor si una resulta «herida». Nadie se atreve a llevar la triste cuenta de las preñeces malogradas debido a los crueles viajes en carruaje.

Me estremecí.

—¿Y qué decir —prosiguió el abate con una sonrisita— de las torturas a que ha sometido a madame de Maintenon? La ha hecho viajar en condiciones impropias incluso de una criada. Me acuerdo de una vez que fuimos a Fontainebleau y temimos que muriese por el camino. ¿Que madame de Maintenon tiene fiebre o jaqueca? Pues él la invita muy afectuosamente al teatro, donde las corrientes de aire y el destello de mil velas la quebrantan del todo. ¿Que está postrada en la cama, enferma, arropada para protegerse del frío? Pues él la visita y manda abrir de par en par todas las ventanas, aunque fuera esté helando.

—Nadie diría que desde hace cuarenta años es el más grande rey del mundo —comenté perplejo tras un breve silencio.

—El Rey Cristianísimo sigue luchando contra la vieja derrota que le infligió su madre, la reina Ana. Torturando a todas las mujeres de su familia, todavía es a ella a quien pretende vencer. Mas la del rey es una batalla perdida. Los muertos, chico, tienen esto de invencible: no permiten réplicas.

El río en crecida que había sido el relato de Atto se detuvo. Había empezado a contar para revivir (y así referir luego a Maria) el amor que Luis XIV aún sentía por ella. Sin embargo, no había tardado mucho en hablar de las fechorías cometidas por el viejo soberano. Aun así, la esencia no cambiaba; mujeres, amantes, rencores y venganzas, todo en el Rey Cristianísimo tendía hacia ella: Maria. Ese nombre contenía cuarenta años de la historia europea. Por esa mujer, vana y tardíamente invocada, *le plus grand roi du monde* había dominado a hierro y fuego a Europa, como una punta de frío diamante que no calienta ni el borboteo de la sangre inocente. Un corazón desgarrado se había saciado con los corazones de pueblos enteros, y también con los de sus propios parientes. Y ahora ella, la inocente causa de todo aquello, estaba a punto de aparecer.

Llamaron a la puerta. Era Buvat. La condestablesa había llegado.

—Está paseando por el jardín —explicó el secretario con turbación mal disimulada.

—Ah, bien —dijo Atto, y despidió al secretario sin pedirle más detalles, como si acabase de anunciarle la llegada de un simple visitante. Pero no podía fingir. Hablaba con voz quebrada, como cuando se quiere ocultar una conmoción del alma y se intenta por todos los medios mostrar indiferencia.

—Hace bochorno —comentó tan pronto como la puerta se hubo cerrado—. En verano, en Roma hace demasiado calor. Además, hay demasiada humedad. En los primeros años de mi estancia aquí, recuerdo que lo pasaba muy mal. ¿Tú no tienes calor?

—¿Yo…? Sí, también tengo calor —respondí mecánicamente.

Se asomó a la ventana y miró a lo lejos, como para reflexionar. Me sentía

desconcertado. Maria estaba fuera, Atto podía salir a encontrarse con ella en cualquier momento. Pues era indudable que le correspondía a él buscar a su amiga. Sin embargo, no lo hacía. Después de todos los relatos que le había oído, después de recorrer conmigo todas las etapas del amor de Maria y el Rey Cristianísimo, así como de su propio amor cojo de castrado por esa misma mujer, después de esperarla durante días y días, después de aquellas cartas henchidas de pasión, después de treinta años de separación… Después de todo eso, Atto no daba un paso. Miraba por la ventana, todavía en bata, y no decía ni una palabra. Miré su plato. La apetitosa carne de los francolines seguía intacta; sólo había comido un poco de verdura. Su estómago debía de ser presa de otros fermentos.

Me levanté y me coloqué a su lado. Era como la había imaginado. No podía confundirme de persona, porque todos los invitados a la fiesta ya se habían marchado.

La acompañaban un lacayo y una damisela. Caminaba con donaire por el jardín, mirando con divertido estupor los parterres de Tranquillo Romaúli, acariciando de vez en cuando una plantita, observando con satisfacción el esplendor y el refinamiento de la villa Spada, y eso a pesar de que la fiesta había terminado y todo estaba en desorden. No parecía molestarle el ir y venir de los criados y porteadores que desmontaban tarimas o transportaban bolsas de desechos. Seguramente estaba muy cansada por el viaje, pero no lo demostraba.

—Sólo a juzgar por toda la gente que está trabajando ahora, esta fiesta tiene que haberle costado un ojo de la cara a tu amo el cardenal —dijo Atto con una pizca de ironía.

—Quizá deberíamos… mejor dicho, quizá deberíais… —balbucí.

El abate se hizo el desentendido. Se dirigió cansinamente hacia el armario y empezó a repasar con desgana sus ricos atuendos. Acto seguido abrió una caja de remedios y escudriñó, con un aire escéptico que jamás le había visto, una serie de bálsamos, albayaldes y estuches para guardar lunares. Luego se volvió de nuevo hacia el armario y de su oscuridad, con un movimiento displicente del pie, sacó a la luz del mediodía unos pares de zapatos, ornados de lazos o de hebillas, que rodaron por el suelo. Atto los miró con impotencia, como si supiera que de ninguna manera podrían satisfacer sus deseos. Por último comenzó a sacar de mala gana la ropa.

—Con los muertos ya no queda tiempo para gritarles: «¡Os equivocasteis!» —dijo de improviso.

Mientras contemplaba las hermosas telas, Atto tenía aún los ojos de la mente en los fantasmas del pasado. Maria lo esperaba en los jardines, pero él seguía anclado en sus recuerdos, como una concha se aferra al escollo (la imagen era suya) del que no quiere soltarse.

—La reina madre se equivocó en sus previsiones, pero fue Mazzarino quien cometió el mayor error —añadió, al tiempo que acariciaba distraídamente una camisa

de tabí colgada en el armario—. Si el cardenal no se hubiera entrometido, Luis habría sin duda conseguido vencer la oposición de su madre y casarse con Maria, y el collar de la reina de Inglaterra habría sido el regalo de compromiso, no el de despedida.

—¿El mayor error, decís?

—Sí. Un error que el cardenal pagó con la vida.

—¿A qué os referís?

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre Capitor y sus enigmáticas advertencias a Su Eminencia? —preguntó, mientras una chorrera rameada de punto de Venecia despertaba su interés.

—Sí. Si no recuerdo mal, Capitor dijo: «Virgen que se casa con la corona trae la muerte.»

—Olvidas algo. La loca añadió que la muerte se cumpliría «cuando las Lunas alcanzaran los Soles del himeneo» —explicó, mientras pasaba los dedos por greguescos, puños, justillos, cuellos y jubones.

—Sí, pero a decir verdad nunca me habéis aclarado este último enigma.

—No se comprendió en el acto, de modo que tampoco se le prestó gran atención. Todos estaban concentrados en la «virgen» María y en la «corona» de Luis, que probablemente ocasionaría la muerte al destinatario del vaticinio de Capitor, esto es, a Mazzarino. Nos preguntábamos cómo reaccionaría a ese funesto presagio.

—Fue lo que llevó a Mazzarino a separar a Maria del Rey Cristianísimo —recordé.

—Así es. Luis se casó con la infanta de España, María Teresa, el nueve de junio. Repentinamente, nueve meses después, el nueve de marzo, Mazzarino muere. La profecía de Capitor se había cumplido.

—No lo entiendo.

—Chico, con la edad te has vuelto más duro de mollera —me zahirió Atto, que estaba recuperando el buen humor con su preciada indumentaria—. Nueve, nueve, nueve.

Lo miré perplejo.

—¿Sigues sin entender? —preguntó con impaciencia Melani—. El número de las Lunas, es decir, de los meses, había igualado el de los Soles, es decir, de los días del himeneo. El número de los Soles de los esponsales es el nueve; de hecho, la boda de Su Majestad y María Teresa se celebró el nueve de junio. Después de nueve Lunas, esto es, después de nueve meses, el cardenal murió, exactamente el nueve de marzo, justo el día en que caía la novena Luna.

Mientras en mi rostro se pintaba el desconcierto, el abate miraba cómo conjuntaban un fajín perlino y unas calzas carmesíes.

—Sin embargo, la profecía de Capitor no se cumplió —objeté—. La loca dijo que Mazzarino moriría si «la virgen» se casaba con «la corona», y eso no ocurrió.

—Sí ocurrió —rebatió Atto—. La virgen no era Maria, sino el rey, ¿y sabes por qué?

—¿La virgen… el rey?

—Dime, ¿qué día nació Su Majestad?

—En septiembre, si no recuerdo mal. Me dijisteis que había hecho arrestar a Fouquet el día de su propio cumpleaños… Veamos, sí, el cinco de septiembre.

—¿Y a qué signo del zodíaco pertenece el cinco de septiembre?

—A virgo.

—Muy bien, ya estás encaminado. El rey es virgo. Por otro lado, la «corona» es la de España, que la infanta María Teresa aportó en dote y que ahora permite a Francia reclamar el trono de España.

—¿Cómo lo dedujisteis?

—No lo deduje solamente yo —contestó Melani, mientras se probaba una casaca de alamares morados, una golilla nacarada y un ferreruelo gris castor, los cuales, como se detenía largo rato a contemplarse ante el espejo, estaban matándolo de calor —. Lo peor es que también el cardenal comprendió que separando a Maria y a Luis, y forzando la boda con la infanta, había firmado su condena a muerte. Ya era demasiado tarde, empero; estaba en el lecho de muerte. Con las pocas fuerzas que le quedaban gritó y se agitó, mientras la revelación lo asfixiaba, e intentó despojarse de la ropa sudada, como si así pudiera desbaratar el matrimonio fatal por el que tanto había intrigado. Con mis propios ojos lo vi desesperarse. De pronto sus pupilas, ya opacas, se clavaron en mí intensamente y leí en su mirada aterrorizada el recuerdo de todo cuanto él y yo habíamos hecho, lado a lado, durante las negociaciones en la Isla de los Faisanes para arrancar la mano de María Teresa a las pretensiones del emperador Leopoldo. No aguantó este último destello de la memoria; su pobre cuerpo se vio sacudido como por un rayo y el cardenal Giulio Mazzarino, italiano de nacimiento, siciliano de sangre y francés de adopción, entregó su alma a Dios.

—Por lo que manifestáis, colijo que dais el mayor crédito a las palabras de Capitor —observé con una punta de sarcasmo. El horror que me había suscitado aquella historia se mezclaba con la ironía que me inspiraba el abate, tan escéptico frente a las apariciones del Navío como convencido de las virtudes proféticas de la loca española.

—Aguarda, aguarda —se apresuró a decir, al tiempo que trataba vanamente de calzarse un par de zapatos de tacón alto en los que no cabían sus pies hinchados—. Nunca he dicho que creyese en la magia de Capitor.

—Pero si ahora mismo…

—No —me interrumpió con gesto altivo—. Préstame atención. ¿Sabes por qué Mazzarino murió exactamente el nueve de marzo? Porque se había dado cuenta de que en ese día caía la novena Luna contando desde el nueve de junio, día de la boda

del Rey Cristianísimo.

—No lo entiendo.

—Es verdad que estaba ya muy enfermo, pero el descubrimiento, llegado el día fatídico, le provocó un cólico renal que acabó con él en las primeras horas. En definitiva, la profecía de Capitor fue la causa de la muerte del cardenal, pero por la superstición de éste, no por el poder de aquélla —sentenció el abate Melani con una enorme peluca rubia colocada de través en la cabeza y otra, de color castaño, en la mano, sin saber cuál elegir—. Sufrimos los efectos, ya sean buenos o malos, sólo de aquello en lo que creemos, chico.

Atto pensaba que me había convencido con su explicación. Quería evitar a toda costa la peligrosa proximidad de los fenómenos ocultos que tanto lo habían irritado y confundido en nuestras visitas al Navío.

En realidad no era así, pues yo recordaba perfectamente con cuánto interés me había descrito, en su primer relato sobre Capitor, las virtudes proféticas de la loca española, llegada de visita a la corte francesa en el séquito de don Juan el Bastardo. Sin embargo, me contuve y preferí no hacérselo notar.

—Aun así, he de confesar que —admitió tras un minuto de silencio, aunque sin interrumpir el minué de sus pruebas de peinado— en las palabras de Capitor hubo algo más que resultó muy semejante a una profecía.

Se trataba, explicó Atto, del soneto sobre el globo como una rueda de la fortuna, que también habíamos leído en una de las puertas del Navío. Recitó las dos últimas estrofas:

> Mira, que aquél ya está en la cumbre,
> *et alter est expositus ruinae;*
> el tercero, en el fondo, de todo bien privado.
>
> *Quartus ascendet iam, nec quisquam sine*
> razón de aquel que obrando ha merecido,
> *secundum legis ordinem divinae.*

—Ocurrió después de la muerte del cardenal —añadió Atto cogiendo un perfume para peluca y echando un rápido vistazo a un cinturón y a dos esferas de reloj—. El ascenso de Colbert no podía sino recordar el verso «aquél ya está en la cumbre», mientras el atisbo de tormenta que precede a la caída en desgracia del superintendente Fouquet parecía precisamente el cumplimiento del verso «*et alter est expositus ruinae*», es decir, «el otro está expuesto a la ruina». En el cuarto, en fin, se prefiguraba el advenimiento del Rey Cristianísimo como persona que «*ascendet iam*», «ya ascendente». En efecto, el joven monarca, inmediatamente después del fallecimiento de Su Eminencia, se resolvió a tomar las riendas del gobierno del Estado, como dice el soneto, «*nec quisquam sine*», «razón de aquel que obrando ha

merecido», o sea, gracias a su trabajo, pero también «*secundum legis ordinem divinae*», vale decir, «según el orden de la ley divina», que inviste precisamente al rey del poder.

—Sin embargo, en vuestra interpretación del soneto falta el tercer personaje, aquel que está, como dice el verso, «en el fondo, de todo bien privado».

—Te felicito. Me agrada comprobar que la lentitud de tu inteligencia no afecta a tu capacidad de observación. El tercero es Mazzarino.

—¿Acaso murió pobre? Cuando nos conocimos me dijisteis, si no recuerdo mal, que había dejado una herencia fabulosa.

—Recuerdas perfectamente. El caso es que eligió mal el heredero. Armand de La Meilleraye, marido de Ortensia Mancini, estaba loco —afirmó. Entretanto, se ponía capas grandes y pequeñas de las formas y los colores más variados, de ormesí jaldado, de saetín, de doblete escarlata, de tejidos rizados y de rasos tornasolados, con lo que daba la impresión de que él también había perdido el juicio.

Armand de La Meilleraye. Casi indiferente al espectáculo dudoso que el abate, ya medio desnudo, ofrecía de sí mismo, yo reflexionaba. Por Buvat había sabido que Atto, al marcharse Maria de París, se había puesto a perseguir a Ortensia, lo cual desató las iras del marido loco, quien lo mandó apresar para apalearlo y luego lo obligó a dejar Francia. Melani aprovechó entonces para ir a Roma y, con la complacencia y la ayuda económica del rey, encontrarse con Maria, que acababa de casarse con el condestable Colonna.

—Parece una broma —proseguía entretanto el abate, perdido en el baile de la prueba de atuendos, su gracioso minué convertido en una disparatada sarabanda—. Mazzarino había buscado durante largo tiempo el mejor partido para la más hermosa y deseada de sus sobrinas, a quien había decidido nombrar su heredera universal. Su elección recayó en un sobrino de Richelieu, el duque de La Meilleraye, precisamente, que así se hizo dueño de la infinita y fraudulenta fortuna del cardenal. Se casaron apenas diez días antes de la muerte de Mazzarino, quien desapareció, pues, sin conocer nada del triste individuo en cuyas manos había dejado sus riquezas.

Armand de La Meilleraye, contó Atto prodigando toda su acritud contra su antiguo enemigo, era un loco de atar. Se avergonzaba de ser heredero de Mazzarino, a quien juzgaba un alma ladrona, destinada al infierno. Aceptó con gusto la herencia con el único fin de destruirla y disiparla. Buscaba a las víctimas de los robos del cardenal y les rogaba que demandasen a su heredero, esto es, a él mismo. De esa manera sumó más de trescientos juicios, y hacía todo lo posible por perderlos a fin de devolver lo usurpado. Para ello escuchaba la opinión de los abogados mejores y más caros, y luego hacía exactamente lo contrario. Una mañana, además, entregó a unos criados pintura y martillos, tras lo cual los llevó a la galería donde Su Eminencia había reunido amorosamente extraordinarias obras maestras de arte. Una vez allí, se

puso a aporrear con fuerza las estatuas griegas y romanas porque estaban desnudas y ordenó a sus sirvientes, deshechos en lágrimas por tamaño destrozo, que cubriesen con pintura negra los cuadros de desnudos, los de Tiziano, Correggio y muchos más. Cuando el ministro Colbert, consternado, llegó para salvar aquellas obras maestras, encontró al demente, exhausto y ya tranquilo, en medio del desaguisado. El reloj acababa de dar las doce de la noche, era domingo, día consagrado al descanso. La destrucción se detuvo, pero casi nada había sobrevivido.

—Resulta que justo en los últimos días de su vida Mazzarino fue visto en dicha galería acariciando precisamente esas estatuas y esas pinturas maravillosas, mientras entre sollozos repetía sin cesar: «¡Tendré que dejar todo esto! ¡Tendré que dejar todo esto!»

—Se diría que fue víctima de una maldición —observé.

—Es ridículo a lo que llegan los grandes hombres para perpetuar su memoria y pasar a la posteridad como mejores de lo que en realidad han sido —sentenció Atto.

Guardó silencio. De pronto se dio cuenta de que con esa frase no hacía más que tirar piedras sobre su propio tejado.

—Ridículo… —repitió mecánicamente, mientras sus labios se torcían a su pesar en una mueca de máscara trágica.

El viejo castrado bajó la mirada sobre el pecho. Observó los greguescos, el fajín, los borceguíes, la chorrera de punto de Venecia y todo cuanto se había puesto como si fuese el maniquí de un sastre. Se dirigió lentamente hacia la ventana y echó un vistazo a los jardines, donde, supuse, la condestablesa seguía esperando.

Fue entonces cuando vi volar capas, fajín, chorrera, golilla, puños, ferreruelo y calzas. La preciadísima seda, el brillante damasco, el carnelote, las telas rizadas, los rasos tornasolados, la seda de Milán y el satén de Génova planeaban en el aire, lanzados por Atto. Cual ejército hechizado de armaduras vacías, los tabíes, las popelinas, los organdíes, las sargas, los saetines y los dobletes desfilaban amenazadores y henchidos de aire. Mis ojos vagaban perdidos entre el color perlino, fueguino, de musgo, de rosas secas, de grana, escarlata, morado, níveo, jaldado, celedón, nacarado, castaño, lechoso, el gris castor, al tiempo que me cegaban las labores de oro y plata sin realce, o en forma de rectángulos o círculos, que Atto arrojaba al suelo con una vehemencia muda y desesperada.

Presencié pasmado la saña con que trataba sus maravillosas prendas, máxime cuando muchos años antes lo había visto proferir improperios en los túneles del subsuelo romano cada vez que un poquito de barro ensuciaba ligeramente sus encajes o sus adoradas calzas rojas de abate.

Segundos después, empero, el singular ejército de ropa quedó de nuevo exánime y todo el contenido del armario, desperdigado por doquier. El viejo cuerpo de Atto, como sátiro medio desnudo, yacía en la meridiana, al pie de la cama. Entonces,

venciendo el hielo que me atenazaba los miembros, fui a acercarme a él, pero el abate alzó repentinamente el rostro de las manos, entre las que lo había hundido, se levantó y se puso de nuevo la bata.

—¿Entiendes ahora el verso del soneto sobre la fortuna que recitó Capitor? —me preguntó como si no hubiera pasado nada.

Se dirigió hacia la cómoda y sirvió dos copas de vino tinto azucarado. Me tendió una.

—«El tercero, en el fondo, de todo bien privado» —dijo, pues yo no era capaz de pronunciar palabra—. Al morir el cardenal Mazzarino perdió todo aquello por lo que había intrigado.

—Sí —fue lo único que conseguí decir.

Apuré la copa de un trago. Me temblaban las manos. Atto me la llenó de nuevo. Evitaba mi mirada. Por suerte, los humos del alcohol disiparon prontamente los de la emoción y recobré la serenidad.

—Ésa sí era una auténtica profecía —exclamé, cuando hube digerido las revelaciones del abate sobre las palabras de Capitor.

—O una diabólica coincidencia —repuso.

Sonreí. El viejo castrado era inflexible. Se negaba a aceptar el carácter inexplicable de ciertos fenómenos. Por mi parte, no pensaba hacer nada para privarlo de esa pequeña satisfacción.

—En todo caso, lo cierto es que una de las supuestas «profecías» de Capitor no se ha cumplido —insistió el abate volviendo sobre sus certezas—. La que la loca pronunció ante el plato con el Tetráchion: «Aquel que prive a la corona de España de sus hijos, la corona de España lo privará de sus hijos.» ¿Qué quiere decir? ¿Quién ha quitado sus herederos a España? El rey Carlos II no ha tenido hijos, nadie se los ha quitado. Capitor hablaba sin ton ni son, ésa es la verdad.

—Sin embargo, si la memoria no me falla —observé—, Capitor, al presentar el plato, primero dijo: «Dos en uno.» Y al mismo tiempo señaló la pareja formada por Neptuno y Anfítrite y el cetro en forma de tridente, ¿no es así?

—¿Y bien? —Melani resopló, como si quisiese dar por concluido el tema.

—¿No os parece que eso casa de una forma muy curiosa con el monstruo Tetráchion del que nos habló Cloridia?

—No veo cómo —contestó el abate con sequedad.

—Puede que el Tetráchion sean dos gemelos unidos por un costado, como las dos divinidades marinas del plato y como la imagen que vimos reflejada en los espejos —expliqué, yo mismo sorprendido por la idea que acababa de ocurrírseme—. De hecho, Capitor dijo: «Dos en uno.»

—Sí, pero sólo se refería a las figuras del plato. Ése es el único Tetráchion de esta historia, chico, dado que todo lo que hemos creído ver en la torrecilla del Navío era

una ilusión óptica. ¿O lo has olvidado?

Me dio la espalda para indicarme que la conversación había terminado y se acercó de nuevo a la ventana.

—¿Sigue ahí? —pregunté.

—Sí. Siempre le han encantado los jardines, la mano del hombre que somete y rebasa la belleza de la naturaleza —dijo, y la voz le tembló.

—Tal vez sea hora de que bajéis…

—No; ahora no —dijo al instante, revelando qué pensamientos habían al fin triunfado en la batalla íntima y cruel que se había librado ante mis ojos—. La veré mañana.

—Pero tal vez podríais…

—Tal es mi decisión. Ahora déjame solo, ten la bondad. He de despachar un montón de asuntos.

Novena Noche

15 DE JULIO DE 1700

—Todos, todos, hagamos un alto. Paremos las mandíbulas, contengamos las lenguas, refrenemos los paladares. Que nadie se duerma sobre los laureles de un mal ganado banquete. Y que nadie olvide al amable señor que nos prodiga tantas delicias sin preocuparse del mañana, demostrando con sabia liberalidad la espléndida generosidad de su alma. Permitidme, pues, que alce mi copa para dedicar este brindis a la salud de nuestro amo, el eminentísimo, munífico y excelentísimo cardenal Spada, y para desearle las suertes más magníficas y crecientes.

Mientras el breve discurso se cerraba con un alegre concierto de aplausos, gritos de júbilo y tintineo de vasos, quien lo había pronunciado, el secretario de la casa Spada, Carl'Antonio Filippi, se arrellanó en una otomana del jardín, se remangó y empezó a atiborrarse de truchas fritas recubiertas de lirios, rellenas de albaricoques en almíbar y frutas escarchadas, azúcar y canela, triunfalmente adornadas con rodajas de limón.

El vino me bajó fresco por la garganta pero, como quería tener también los labios húmedos, los apreté contra los de Cloridia. Mientras las dos niñas fruto de nuestra unión jugaban a nuestros pies, la abracé con ternura susurrándole dulces palabras, frases amorosas y otras cosas secretas.

Se celebraba, con libertad y alegría, el banquete de la servidumbre. El cardenal Spada había permitido a sus criados festejar y divertirse en los venerables jardines de la villa, e incluso pernoctar en los pabellones turquescos, acariciados por las sedas armenias, que hasta pocas horas antes habían cobijado a los nobles invitados a la ceremonia nupcial. Esa generosa decisión había brindado a su secretario Filippi, autor de los discursos que se pronunciaban en la casa Spada en las ocasiones importantes, la oportunidad de demostrar su maestría en las reuniones improvisadas, y a todos los demás, la de regodearse, por una vez, con platos de señores.

Todavía no había contado a mi sagaz mujercita la verdad acerca de mi loca noche en San Pedro. Tratando de ocultar los peligros a los que me había expuesto, había elaborado un relato incompleto e inverosímil, que ella había fingido creer por la mera benevolencia que le inspiraba el ambiente festivo. De vez en cuando me preguntaba algo para tirarme de la lengua, y en mis respuestas invariablemente me delataba. Con todo, tanto la había alegrado verme de nuevo a su lado que probablemente ella misma no tenía ganas de profundizar en el asunto; le resultaba más grato que esa noche la lengua fuese caricia, no fusta.

El amanuense de la familia Spada, el abate Guiliano Borghi, estaba sentado a una mesa repleta de viandas exquisitas con don Tibaldutio, don Paschatio, el venerable decano Giovani Griffi, el copero mayor Germano Hondadei, el auditor Giovanni Gamba y el ayudante de cámara Ottavio Valletti, muy ocupados en devorar un plato de lenguados fritos en sartén con mantequilla y rellenos de pulpa de pescado, pasta de mazapán, telinas, agraz y polvo de mostachón. Eran sobras, desde luego, pero a veces los restos, madurados en su jugo y en su rica sustancia, mejoran el sabor.

Acomodados alrededor de una mesa más sencilla, palafreneros, lacayos, cocheros, postillones y caballerizos sorbían con sorprendido placer un potaje de camarones, trufas, ciruelas, cigalas, zumo de limón, vino moscatel y especias, con cortezas de pan tostado acompañadas de troncos de langostinos rellenos de paté y salpicadas de galletas a la Mazzarino cubiertas de pistachos.

Un grupo todavía más humilde, que reunía a porteadores, ayudas de cámara, jardineros, mozos y pajes, estaba sentado alegremente en torno a un pastel abombado a la francesa de pulpa de lubina, tenca y anguila, tocino, alcaparras, puntas de espárragos, endrinos, yemas de huevo cocidas enteras y rodajas de toronja.

Así pues, toda la servidumbre, incluidos los cocineros y los marmitones, estaba bajo las estrellas o en los pabellones turquescos, comentando a sus anchas todo cuanto había tenido que hacer en esos días.

Como si el mundo fuese al revés, los criados eran señores, y los señores se habían alejado de las comodidades: los ilustres huéspedes de la fiesta se habían ido o estaban en trance de despedirse, ya indiferentes a lo que pasaba en la villa. El cardenal Spada había regresado a sus graves asuntos de Estado.

Tras una semana de trabajo con la cabeza gacha, los humildes comensales se desahogaban hablando y comentando los hechos importantes y frívolos ocurridos ese día en la ciudad: en el palacio apostólico del Quirinal se había celebrado capilla pontificia, donde el cardenal Moriggia (ahora todos lo conocían bien en la villa Spada, especialmente *César Augusto*, que le había prodigado insultos) había cantado la misa; durante las vísperas, en la iglesia de la Madonna di Monte Santo, se había caído una viga que había matado a un cantor del coro; con motivo de sus nueve años de pontificado, Su Santidad había recibido al Sagrado Colegio de los Cardenales y a los embajadores, todos los cuales habían hecho votos (sabedores de que eso no ocurriría) para que reinara aún largo tiempo.

Esas charlas intrascendentes tenían el sabor de una vuelta a la normalidad. Todo, no solamente la fiesta, me parecía acabado. Había llegado Maria, pero sólo la habíamos visto de lejos, a causa de las aprensiones del abate Melani. Si no hubiese venido, ¿acaso no habría dado lo mismo? El tratado sobre los secretos del cónclave estaba en poder de los cerretanos, o tal vez ya había sido entregado a Von Lamberg, o incluso a Albani. Atto, pues, podía sufrir amenazas. Además, los tres cardenales cuyo

rastro habíamos tratado de seguir con tanto empeño siempre se nos habían escapado, y sólo la última vez habíamos entendido la causa, pero cuando ya era demasiado tarde.

Por último, es cierto que habíamos creído comprender qué era el Tetráchion, pero el ambiente misterioso del Navío y las apariciones que allí habíamos presenciado nos habían engañado: en lugar del monstruo anunciado por las profecías populares y del singular plato de Capitor, habíamos visto nuestras propias efigies, reflejadas en los espejos deformantes. Lo habíamos intentado todo, mas no habíamos conseguido nada. Las condiciones adversas, la mala suerte, nuestra incapacidad, la debilidad humana nos habían derrotado.

Lo peor de todo era que el abate Melani me había ocultado la verdad sobre los tres cardenales y sobre lo que hacían cuando en vano íbamos tras sus pasos: el moribundo rey de España había pedido ayuda al Papa para resolver el problema de la sucesión y éste había encargado a los tres purpurados que prepararan la respuesta. Así pues, yo había participado en una cacería sin saber cuál era la presa.

Entendía, claro está, que su prudencia y natural desconfianza impedían a Atto revelarme siempre lo que maquinaba, máxime cuando había venido a la villa Spada por un motivo bien distinto del supuesto: la correspondencia secreta entre la condestablesa y el Rey Cristianísimo.

Sin embargo, su pertinaz silencio sobre la cuestión española me había hecho sentir como un pelele que no sabía guardar secretos. Lo peor era que no podía reprocharle su proceder; yo mismo había leído a traición las cartas que se había cruzado con Maria, y eso me forzaba al silencio.

Habíamos comido en abundancia a la mesa de los señores. Cloridia se ausentó brevemente para acostar a nuestras niñas junto a los párvulos de los otros criados, en el cuarto de la servidumbre. Al volver a mi lado me cogió de la mano y me llevó hacia los pabellones. La hora tardía y los penetrantes olores de especias que despedían los braseros —así como los ánimos impregnados de licores azucarados— habían trocado las pláticas serviles en murmullos cómplices y coquetos. Mi esposa y yo nos abrimos camino entre medias y zapatos abandonados en el prado, y sorteamos pies desnudos que asomaban al umbral de aquellos entoldados de seda pura.

Nos acomodamos en un sitio un poco apartado, lejos de aquella curiosa aldea silenciosa y atareada, bajo una tienda de efímeras gasas armenias que ondeaban al viento, tenuemente entrelazadas y sombrea das de amaranto. Allí, tras desenrollar prudentemente el tapiz colgado a la entrada para quedar al abrigo de las miradas indiscretas, mis miembros naufragaron entre cojines de plumas y toda mi memoria se diluyó en la redonda y blanda tibieza de mi señora, mientras el aroma penetrante de los braseros se mezclaba con otras fragancias secretas e inefables.

—Os presento mis respetos —dijo Cloridia sonriendo, como si tal cosa, a alguien que estaba detrás de mí.

Sobresaltado, me volví de golpe, mientras una mano se posaba en mi hombro.

—Tengo noticias —anunció, sin el menor empacho, el abate Melani—. Vístete. Te espero en la verja. Me pongo a vuestros pies y os ruego encarecidamente que me perdonéis, doña Cloridia —añadió antes de bajar el tapiz de la entrada tras de sí—. Y, otra cosa, mis congratulaciones…

—¿Cómo os habéis atrevido? —exclamé encolerizado cuando, una vez vestido, le di alcance.

—Cálmate. Te llamé desde fuera de la tienda, pero estabas demasiado ocupado para oírme…

—¿Qué queréis? —lo atajé, rojo de indignación.

—He hablado con Von Lamberg.

De pronto lo recordé: mientras se servía el chocolate, el embajador del emperador había aceptado recibir a Atto.

—¿Y bien? —pregunté con tono apremiante. Confiaba en que al menos se hubiera aclarado algo sobre la agresión de que había sido víctima Atto.

Después de tanta espera el abate Melani se había encontrado por fin con el poderoso conde Von Lamberg, vástago de una de las más gloriosas familias de embajadores del Imperio.

Por mayor prudencia, se había presentado con Buvat, pero el tenebroso Von Lamberg había rogado a los servidores que lo dejasen a solas con su invitado, de modo que el secretario de Atto también se había quedado en la antecámara.

«Os conozco por vuestro renombre, señor Atto Melani», había empezado Von Lamberg.

Atto se había alarmado enseguida. ¿Era una alusión a su tratado sobre los secretos del cónclave? ¿Lo había recibido por medios tortuosos, quizá de manos del propio cardenal Albani, y ya lo había leído de punta a cabo?

«Cuando el emperador me envió aquí desde Ratisbona —había continuado el embajador—, creí que en esta ciudad, donde tiene lugar el jubileo, encontraría influencias benéficas. En cambio, lo que he encontrado es Babilonia.»

«¿Babilonia?», había repetido Atto con un tono todavía más cauto.

«Me hallo en un mar de confusiones, de guerras atroces, de parcialidad», había proseguido el otro con mirada torva.

«Bueno… sí, me hago cargo. La difícil situación internacional…», había dicho Atto en un intento de aquietar las aguas.

«¡Maldito! », exclamó de pronto Von Lamberg descargando con rabia el puño en la mesa.

En la habitación se hizo el silencio. Incontables gotas de sudor surcaron las sienes del abate Melani. Una actitud tan amenazadora y violenta podía ser incluso el anuncio de una agresión. Aunque con disimulo, Atto había empezado a mirar alrededor; temía que de pronto apareciesen sicarios con la orden de matarlo. «Maldición —se decía—, ¿cómo no he caído antes?» Hacía mucho tiempo que no iba en misión al Imperio y había olvidado cuán diferentes eran los alemanes de los franceses. «Malditos Habsburgo, locos y sanguinarios; todos iguales, de España a Austria, desde los tiempos de Juana la Loca», había pensado. Antes del encuentro se había prometido que no aceptaría nada de las manos de Von Lamberg, ni siquiera un vaso de agua, pero no había tenido en cuenta la posibilidad de que le tendieran una celada.

—Nadie podía encontrarme. Tú eras el único que sabía que había ido a ver a Von Lamberg, pero nadie te habría creído —observó el abate.

Llevar a Buvat había sido un condenado error, había mascullado para sí en esos momentos; también lo matarían a él, y ambos desaparecerían en la nada.

En ese punto del relato del abate, me acordé de la piedra bezoar. En efecto, por lo que había leído pocos días atrás en su correspondencia secreta, la condestablesa se la había enviado porque servía de contraveneno, y Atto le había prometido que la llevaría en su bolsillo durante la audiencia. Pues bien, de poco le habría servido si le tendían una trampa…

Mientras por la mente del abate daban vueltas esos funestos pensamientos, Von Lamberg guardaba silencio y lo miraba de hito en hito. Melani le sostenía la mirada, sin saber si el embajador quería seguir la conversación o se disponía a pasar a la acción.

Una idea lo consoló: muchos lo habían visto entrar en el palacio Médicis, propiedad del gran duque de Toscana, su protector. Atto era bien conocido; si moría de una puñalada, sería difícil mantenerlo mucho tiempo escondido.

El silencio de Von Lamberg se prolongaba. Atto no se atrevía a mover un músculo. En el ínterin le vino a las mientes una vieja historia, cuya veracidad desconocía: un ministro del emperador, aparentemente muerto de un ataque al corazón, había sido asesinado con un pinchazo invisible detrás de la oreja. Venenos que simulaban muertes naturales había montones; se aplicaban sobre la ropa, se echaban en el pelo, se rociaban en el aire, se ponían en el oído, se disolvían en el agua del baño y en los pediluvios… Atto lo sabía perfectamente. La serpiente del miedo volvió a provocarle un estremecimiento.

«Maldito…», murmuró de nuevo Von Lamberg, cuya voz temblorosa delataba una cólera rayana en la locura.

Por mucho miedo que tuviera, lo cierto es que Atto no podía dejar que lo insultaran de aquella manera. Así pues, haciendo acopio de toda la audacia de que era

capaz en ese instante, reaccionó como su honor merecía. «¿Dispensad?», dijo.

La mirada de Von Lamberg, que por unos segundos se había apartado de Atto, volvió a clavarse en él con insoportable intensidad. El embajador se levantó. También Atto se puso en pie, temiéndose lo peor. Aferró su bastón; estaba listo para defenderse. Von Lamberg, sin embargo, se dirigió hacia la ventana, que estaba entornada. La abrió de par en par.

«¿Os encontráis a gusto en Roma, abate Melani?», preguntó pasando repentinamente a otra cosa.

«Es una vieja táctica —pensó Atto— cambiar continuamente de tema para confundir al interlocutor. Tengo que mantenerme en guardia.»

Von Lamberg, que se había asomado a la ventana, le daba la espalda, situación inédita y bastante engorrosa. Atto había esperado un poco pero, como el embajador no se movía, cosa que las normas diplomáticas no contemplan, se había sentido autorizado a dar unos pasos para ver y oír mejor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el pecho del austriaco palpitaba rítmicamente, como si intentase ahogar un espasmo intenso y doloroso. El abate Melani no daba crédito a sus ojos, y sin embargo no cabía la menor duda.

Von Lamberg estaba llorando.

«Maldito —repitió por tercera vez—. No me ha dejado siquiera un trozo de papel. ¡Pero el emperador se lo hará pagar caro, muy caro! Le pedirá cuentas de todo —añadió volviéndose y apuntando un índice amenazador contra Melani—. El maldito perro de Martinitz», masculló con cara rabiosa.

El conde Martinitz, me explicó Atto, era el predecesor de Von Lamberg. Lo habían relevado del cargo de embajador pocos meses antes y sustituido enseguida debido a los excesivos enemigos que se había hecho en Roma. En la ciudad todo el mundo conocía la historia.

En cambio, nadie estaba al corriente de la venganza de Martinitz, que Von Lamberg explicó a Atto con tono encrespado. A su llegada a Roma, el pobre Von Lamberg, como él mismo había reconocido, no encontró un solo trozo de papel en los archivos de la embajada; su predecesor se había llevado toda la correspondencia diplomática oficial.

El nuevo embajador, que no conocía nada de la ciudad ni de la corte pontificia, estaba, por consiguiente, ayuno de todas las informaciones indispensables para su oficio: los contactos de que podía fiarse, la lista de los confidentes asalariados, los cardenales amigos y aquellos de los que había que desconfiar, el carácter del Papa, sus preferencias, los pormenores del ceremonial pontificio, y así sucesivamente. Bien es verdad que, como es habitual, en el momento de su nombramiento había recibido las instrucciones del emperador, mas el estado real de la embajada de Roma sólo podía conocerlo por Martinitz, que resultaba que le había hecho esa tremenda faena.

«Me hago cargo, Excelencia. Es algo muy grave», había musitado Melani con tono comprensivo.

Atto lo sabía muy bien: los imperiales, de natural sumamente rígido y huraño, no dejaban resquicio a la imaginación. Así pues, sin indicios escritos, Von Lamberg era completamente incapaz de construir en Roma una red propia de conocidos e informadores.

El desahogo del embajador había continuado como un torrente en crecida. Tan pronto como llegó a Roma, había contado, se dio cuenta (ninguno de los suyos se lo había explicado) de que en Roma la facción imperial era muy débil, mientras que los franceses se movían a su antojo y obtenían del Papa todo cuanto querían.

—¿En serio? —exclamé asombrado.

—Me dijo incluso que no consigue que el Papa lo reciba en audiencia, mientras que Uzeda y los otros embajadores entran y salen a diario de las estancias del Vaticano.

El encuentro tan esperado con el hombre que creíamos había ordenado la agresión a Atto, el robo de su volumen encuadernado y quizá el asesinato del encuadernador Haver había acabado, pues, en un lamento. Al cabo, Van Lamberg se había acercado a Atto para ponerlo en guardia contra las fuerzas malignas que bullen en la ciudad e invitarlo *massime* a guardarse del Sagrado Colegio de los Cardenales, sentina de todos los vicios y todas las infamias.

«Creí que aquí encontraría el gobierno de los justos, pero muy pronto he cambiado de parecer —había afirmado con tono lúgubre—. En Roma lo que más pesa es la razón de Estado, y en la corte pontificia los asuntos mundanos se tratan sin respeto a la razón ni al derecho, y tampoco a la ley. ¡La religión no importa un ardite!»

—Tenía la impresión de oír la música de su paisano, ¿cómo se llama…? Muffat, eso es. Una sinfonía grave, lenta, severa hasta la tristeza —me explicó el abate con gesto desconcertado.

Ante tal desahogo Atto, de nuevo seguro de sí mismo, había dicho: «¿Qué esperabais encontrar en estos lares, señor embajador? Ésta es la ciudad del engaño, de la disimulación, de los eternos aplazamientos, de las promesas nunca mantenidas. Los ministros del Papa son maestros en el arte de embaucar, de gastar frases, de intrigar, de lanzar la piedra y esconder la mano.»

El abate había seguido enumerando a rienda suelta las infamias de la corte de Roma, mientras el otro asentía desconsolado. Hasta que el embajador, al parecer porque tenía que recibir a otra visita, lo despidió calurosamente honrándolo con un sincero apretón de manos.

¿Sincero? Una vez que hubo bajado a la calle con Buvat, Atto se arrepintió de haber dejado que lo despidiera tan deprisa. En efecto, había advertido que la conducta

de Von Lamberg había rozado lo inverosímil. ¿No habría sido mera simulación? Si el embajador (como hasta ese momento habíamos supuesto) había urdido la agresión sufrida por el abate y el robo de su tratado sobre los secretos del cónclave, poseía sin duda un alma maligna y sutil. En tal caso, ¿no habría sido capaz de interpretar el papel de tonto? Ahora bien, las emociones que había exhibido eran tan intensas e inesperadas que habrían cogido desprevenido a cualquiera.

—En suma, estamos como al principio —comenté.

—Ay, sí. Von Lamberg es realmente un alma piadosa, cuya verdadera vocación sería la paz de los claustros austríacos, o bien es un actor consumado.

—Si no he entendido mal, os ha hecho hablar largo y tendido de la corte de Roma. En cambio, os ha contado muy pocas cosas útiles.

—¿Qué crees? No he hecho más que referirle minucias que todo el mundo conoce, nada importante. No soy un novato —replicó enojado Melani.

—No lo pongo en duda, don Atto, pero si realmente Von Lamberg ha fingido con vos y vos no habéis fingido con él…

—¿Qué? —preguntó nervioso.

—Él ahora conoce vuestra índole, pero vos no conocéis la suya.

—Sí, pero no creo que… Buvat, ¿qué ocurre?

El secretario de Atto había llegado jadeando. Obviamente, se trataba de un asunto urgente.

—Sfasciamonti ha atrapado al segundo cerretano, el amigo del Pelirrojo.

—El Podrido, al que perseguimos en las termas de Diocleciano y que se nos escapó.

—El mismo. Todo se ha debido al azar y a un descuido del cerretano: estaba mendigando en una iglesia, en San Pedro, nada menos. Como los cerretanos gozan en esos lugares de protección, creía que estaba a salvo, pero hete que Sfasciamonti se hallaba en las inmediaciones y lo ha detenido. Ya lo ha interrogado con el método seguido la vez anterior: cárcel verdadera, falso notario. Lo han ayudado un par de colegas.

—Esa gente no hace nada por amistad —comentó Atto—. Me temo que tendré que desembolsar una buena propina. ¿Y qué ha dicho el cerretano?

—Sfasciamonti nos espera para contárnoslo.

—Démonos prisa, pues —me instó Atto, mientras yo me resignaba a no gozar, esa noche, de la compañía de Cloridia.

El esbirro estaba agazapado detrás de la cabaña de las herramientas de jardinería. Estaba agitado, y con motivo. Era la segunda vez en pocos días que sometía a interrogatorio a un cerretano; si la secta de los hampones era en verdad tan poderosa como se decía, Sfasciamonti corría el riesgo de perder la vida. Empezó a hablar, pero

tal era su zozobra que respiraba con esfuerzo, como si acabase de correr.

—Lo eligen esta noche, por todas las escarcinas.

—¿Qué?

—El nuevo archimandrita mayor. El jefe de los hampones. El primero murió. Se reúnen todos, incluso los que vienen de lejos, y nombran al sucesor.

—¿Dónde?

—En Albano.

—¿Puedes repetirlo?

—En Albano.

Vi que Atto Melani bajaba los párpados como si acabasen de comunicarle un deceso, o como si le hubiesen anunciado que el Rey Cristianísimo le ordenaba que nunca más regresara a Francia.

—No es posible… Albano, a dos pasos de Roma… —lo oí musitar—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Albano. No Albani. Cuando Ugonio nos dijo que los cerretanos querían llevar los papeles de Atto *ad Albanum*, habíamos creído que pretendían entregárselos al cardenal Albani. En cambio, el saqueador de tumbas quería decir que iban a trasladarlos a Albano, la pequeña ciudad junto al lago del mismo nombre, lugar de descanso desde los días de Cicerón.

Vi que el rostro de Atto se animaba un poco al comprender que el cardenal Albani no tenía intenciones de cubrirlo de infamia, como había temido.

No obstante, quedaba la incógnita de Von Lamberg, el gran legator: ¿por qué los cerretanos tenían que ir hasta Albano para entregarle el tratado sobre los secretos del cónclave?

—¿Qué van a hacer en Albano con mi manuscrito?

—El muy miserable no lo sabe.

—¿Qué más ha dicho?

—Además de elegir al archimandrita mayor, los cerretanos tienen que cambiar su forma de hablar. Pero hay un problema: parece que alguien les ha robado su nueva lengua secreta.

—¿Quién?

—El muy miserable no lo sabe. Si lo deseáis, puedo leeros el acta. Como ya hice con el Pelirrojo, también en este caso he cambiado el nombre y alguna fecha, para no correr riesgos, ya me entendéis. Por lo demás, reproduce con exactitud sus palabras.

—Ahora no. Durante el trayecto.

—¿Durante el trayecto? —pregunté sin comprender.

Geronimo. Tal era el verdadero nombre del Podrido, el cerretano que había detenido Sfasciamonti. Ahora tenía sus palabras delante, alumbradas por la trémula llama de

un candil, escritas en una letra minúscula y rápida por una mano que se intuía propensa a la mentira: la mano de un esbirro habituado a falsificar actas, a distorsionarlas, a mutilarlas.

Como había anunciado Sfasciamonti, la fecha del interrogatorio se había cambiado por motivos de seguridad, como se hiciera con el acta del Pelirrojo. La que Sfasciamonti había hecho constar en la del Podrido, con el fin de introducirla en los archivos del gobernador sin levantar sospechas, se remontaba a más de un siglo: el 18 de marzo de 1595, siempre en la cárcel de Ponte Sisto.

La lectura no era precisamente cómoda. No obstante la estación estival, el camino hacia Albano estaba lleno de baches y los saltos se sucedían sin pausa. La carroza (aunque era de buena calidad, alquilada en el último instante por una cifra exorbitante) se tambaleaba, rechinaba y cada dos por tres amenazaba con volcar ya hacia un lado, ya hacia el otro, pero seguía andando. Sentado a mi izquierda, Atto ya había devorado el acta de Geronimo. Silencioso y meditabundo, miraba fijamente la campiña fingiendo que observaba las escasas luces de los caseríos, mas tenía los ojos de la mente implacablemente clavados en sus propias inquietudes.

A mi derecha estaba el fiel Buvat, tieso como un bacalao a pesar de un ataque pasajero de somnolencia. Antes de subir a la carroza lo habíamos visto hablar con don Paschatio. A nuestros oídos sólo llegaron algunos de los consejos finales que el gentilhombre de la casa le impartía cuando el secretario ya se aproximaba al coche: «Y ojo, hay que evitar la humedad y los movimientos bruscos, y mantenerlo en posición vertical.» Yo no tenía ni la más remota idea del tema de su conversación, pero, como Atto se abstuvo de preguntar nada cuando Buvat se instaló en el habitáculo, yo hice lo propio.

En el asiento de enfrente, doblada en dos y como metida a presión en el estrecho espacio, estaba la mole desbordante de Sfasciamonti, él también sumido en un impenetrable mutismo. Poco antes de nuestra partida había hablado largamente con Atto, tal vez para acordar el precio de sus próximos servicios. El viaje nocturno hacia Albano no era una broma. Todavía menos tranquilizador era el sitio al que íbamos. Por ello el abate Melani debía de haberle prometido una sustanciosa recompensa. Al lado del esbirro estaba sentado un pasajero que, en el momento de partir, había suscitado la perplejidad del cochero.

Apenas llegó la carroza, Atto ordenó que fuese rumbo hacia las termas de Agripina. El objetivo era recoger a Ugonio, pues era impensable infiltrarnos en la reunión de los cerretanos sin un guía. Una vez en su escondite, lo hicimos salir gritando a voz en cuello su nombre. Sólo por no llamar la atención del vecindario (para Ugonio era fundamental tener una guarida discreta y que nadie conociera), el saqueador de tumbas apareció al punto y aceptó el coloquio. Al principio, empero, Atto le mostró un encono manifiesto. Y es que en la ocasión anterior, cuando nos

refirió que el tratado del abate sobre los secretos del cónclave iba a ser llevado *ad Albanum*, Ugonio sabía perfectamente que se trataba de la pequeña ciudad hacia la cual ahora nos dirigíamos, pero se había guardado de precisarlo porque lo juzgó obvio. No podía saber que un tal cardenal Albani estaba mezclado en los asuntos del abate Melani y que eso iba a confundir hasta tal punto las ideas del abate y las mías. Una omisión, la suya, inocente, que sin embargo nos había hecho perder un montón de tiempo valioso. Como para aumentar la impaciencia de Atto, Ugonio, en cuanto supo cuál era nuestro designio, se opuso con tesón a servirnos de guía en la reunión de los cerretanos, pero al final, así bajo la presión de amenazas como por una generosa oferta de dinero, terminó por ceder y se embarcó con nosotros llevando consigo todo cuanto necesitábamos. No obstante, antes de que subiese al coche, tuvo lugar una última negociación. Atto se apartó con el nuevo pasajero y mantuvo con él una intensa charla, al cabo de la cual dejó caer en el bolsillo de Ugonio una sarta especialmente larga de monedas de oro, o al menos así me pareció en la oscuridad que nos envolvía. Por último, le entregó un libro. Yo intenté interrogar al abate al respecto, pero éste no quiso revelarme el propósito ni la naturaleza de esos tráficos.

Luego volví con el pensamiento al curioso encuentro entre Atto y Von Lamberg. Habíamos supuesto en todo momento que el embajador del Imperio era el gran maquinador del robo y de la agresión que había sufrido Atto. Ahora, empero, tanteábamos en las tinieblas: o Von Lamberg era un simulador muy fino, o realmente era un devoto y ferviente católico, cuya ejemplar moral había sido fustigada por el cruel látigo del desengaño. Si la segunda posibilidad era la correcta, el viaje a Albano se cargaba todavía de más incógnitas: el enemigo hacia el que nos dirigíamos no tenía rostro.

Pero estaba distrayéndome. Interrumpí aquella breve recapitulación de los últimos acontecimientos y reanudé la lectura.

El acta del cerretano, que después pude trasladar a mis notas casi en su original integridad, comenzaba por las fórmulas de rigor del notario criminal y seguía con las declaraciones del cerretano:

DIE 18. MARTIJ

Examinatus fuit in carceribus Pontis Sixti coram Magnifico et Excell. Dño N… per me notarium infra scriptum Hieronymus quondam Antonij Furnarij Romani annorum 22 in circa, cui delato iuramento etc.

Interrogatus de nomine, patria, aetate et causa suae carcerationis, respondit:

«Nací en Roma, hijo del quondam *Antonio Fornaro, en el barrio de Colonna, hacia la fuente de Trevi. Me llamo Geronimo, tengo veintidós años, carezco de oficio, aparte de trabajar en las salinas cuatro meses al año, luego regreso a Roma y pido limosna. Como veis, soy pobrísimo, estoy enfermo y desde hace diez años no tengo padre ni madre, huérfano abandonado, y me esfuerzo para vivir lo mejor que puedo, y he sido detenido en San Pedro el viernes de marzo pasado, porque pedía limosna en la iglesia.»*

A continuación habían preguntado a Geronimo qué sabía de las sectas secretas de los cerretanos. Entonces había repetido el nombre de las dieciséis hermandades ya confesadas por su predecesor, a las que añadió otras: murciélagos, harbadanzas, juaneros, landreros, caletas, aruñones, linces, baharíes, volateros, maullones, muñidores, hormigueros, capachas y dacianos.

«Los murciélagos roban de noche. Los harbadanzas son embaucadores que se aprovechan de los ingenuos diciendo que son caballeros o artesanos arruinados. Los juaneros se dedican a abrir los cepos de las iglesias. Los landreros hurtan abriendo la ropa a los desprevenidos donde ven que hay bulto de dinero. Los caletas roban en casas introduciéndose por un agujero. Los aruñones son los que registran las faltriqueras y quitan lo que hay en ellas. Los linces son los que, por su gran vista, hacen de atalaya para perpetrar un robo. Los baharíes son conocidos por su astucia, engatusan con su charla y así roban. Los volateros son los que, fingiéndose ciegos, se apropian de lo ajeno corriendo. Los maullones andan por las tabernas pidiendo limosna y atrapan al vuelo todo cuanto otros distraen. Los muñidores se encargan de avisar a sus cofrades de los sitios a donde pueden ir a pedir limosna. Los hormigueros juegan en las posadas y tabernas con cartas y dados falsos. Los capachas piden limosna como siervos de la Orden de San Juan de Dios y marean con su charla. Por último, los dacianos son mendigos que roban niños de tres o cuatro años, a los que rompen brazos y piernas para dejarlos contrahechos y venderlos después a ciegos.»

Leí por encima lo que seguía en busca de la importante información sobre Albano:

«He oído decir que en este mes de mayo muchísimos mendigos quieren ir a las grutas de Albano, porque tienen intención de elegir al archimandrita mayor y comunicar su nueva jerga, pero, habiendo sido ésta robada, quieren imponer orden y castigos a quienes hagan revelaciones, que serán cosidos a puñaladas. Sé que los pordioseros encontraron a ese Pompeo por Pescheria y empezaron a apalearlo y, si no llega a entrar en una iglesia entre curas, lo hubieran matado, porque lo detestan por haberlos delatado.»

De modo que los cerretanos iban a reunirse en Albano, como nos había dicho Sfasciamonti (por seguridad, en el acta figuraba el mes de mayo en vez de julio). Aseguraban que alguien les había robado su lengua secreta y pretendían «imponer orden», es decir (aunque Geronimo no explicaba cómo), remediar el asunto. La mayoría quería linchar a Pompeo, alias el Pelirrojo, porque se habían enterado de que había cantado. Pero ¿por quién?

Por último, el notario criminal había preguntado al mendigo, que había hecho una completa confesión, por qué no se apartaba de esos sujetos tan siniestros y abandonaba esas prácticas tan innobles para buscar un oficio, como hacían tantos otros en Roma.

«Estimado señor, os digo la verdad. Esta manera de vivir en libertad, aquí o allá, de gorra, sin esfuerzo, nos gusta mucho y, por decirlo en pocas palabras, quien conoce una vez la vida de truhán

ya no puede retirarse con tanta facilidad. Y lo que digo vale igual para hombres que para mujeres. Con la ayuda de Dios, espero cambiar de vida, si puedo salir de la cárcel, porque quiero ir a vivir con los frailes de San Bartolomé en la isla y gobernar uno de sus borricos.»

—Al final, claro está, lo dejamos marchar —dijo con sorna Sfasciamonti, que, como antes con el Pelirrojo, no podía detener ni interrogar al Podrido—. Irá a gobernar su borrico, con tal de que sus cofrades no lo prendan antes y lo cosan a puñaladas.

—Pero ¿cómo podrían enterarse de que ha hablado? —pregunté, inquieto por la idea de que los cerretanos tuviesen noticias de una nueva delación.

El rostro de Sfasciamonti se ensombreció.

—Del mismo modo que se enteraron del interrogatorio del Pelirrojo.

—¿Es decir?

—No lo sé.

—No os entiendo.

—Los cerretanos son diabólicos. Uno de ellos dice algo y al momento todos los demás están al corriente.

—Es verdad, maldición —exclamó Atto con vehemencia tras un instante de silencio—. Son francamente diabólicos.

—Esta vez Buvat no estaba presente. ¿Quién hizo de notario criminal? —pregunté.

—Un notario de verdad —respondió el esbirro.

—¿Cómo?

—No hay objeto falso más perfecto que uno auténtico —terció Atto.

—No lo entiendo —dije.

—Buena señal. Significa que la antigua ley aún rige y dentro de tres siglos seguirá rigiendo —afirmó el abate.

—Ahora me acuerdo. Me hablasteis de ello cuando nos conocimos. ¿Os referís a los documentos falsos que dicen la verdad?

—No, esta vez es exactamente lo contrario, y no hablo sólo de papeles, sino de muchas más cosas. Te pongo un ejemplo: ¿quién bate moneda en un Estado? —me preguntó Melani.

—El soberano.

—Exacto. Por consiguiente, las monedas que salgan de su ceca, la ceca del Estado, serán por fuerza verdaderas.

—Sí.

—Pues no, o al menos no siempre. En efecto, el soberano, si quiere, puede acuñar monedas falsas en gran cantidad, por ejemplo, para financiar una guerra. Sólo tiene que labrar monedas de oro de un valor inferior al nominal. En otras palabras, monedas que contengan menos oro que el declarado. Ahora dime, ¿esas monedas

serán verdaderas o falsas?

—¡Falsas! —contesté contradiciendo mi respuesta anterior.

—Sin embargo, las ha acuñado el rey. Por tanto, son verdaderas y falsas al mismo tiempo. En realidad, son auténticas pero infieles. El truco es tan viejo como el mundo. Hace cuatrocientos años el rey de Francia Felipe IV el Hermoso, para pagar la guerra contra los flamencos, redujo a la mitad el gran tornés, que al principio valía once onzas y media. Lo mismo hizo con el oro, que rebajó de veintitrés quilates a menos de veinte. Así, cada día entraban en sus bolsillos privados más de seis mil libras de sueldos parisinos. Al tiempo, sin embargo, dejó al país en la miseria.

—¿Sigue haciéndose hoy?

—Más que nunca. Lo ha hecho muchísimas veces Guillermo de Orange, quien ha batido falsos cequíes venecianos debidamente «rebajados».

—¡Qué enredo! Cosas falsas que revelan la verdad y cosas verdaderas que se hacen pasar por falsas —comenté con un suspiro.

—Es el enredo de la sociedad humana, chico. El chinche de Albicastro dijo al menos algo acertado: «Las cosas humanas, al igual que los silenos de Alcibíades, tienen siempre dos aspectos opuestos entre sí.» La regla del mundo es ésta: al abrir el sileno todo se encuentra trocado en su contrario —concluyó Atto citando de pronto al holandés, al que tanto detestaba.

El abate había evocado a los silenos de los que había hablado el violinista, aquellas estatuas grotescas que contenían imágenes divinas.

—Por volver a nuestro tema —añadió Melani—, el amigo Sfasciamonti se ha valido de un verdadero notario para que interrogue a Geronimo, notario que ha redactado un acta de una perfección inalcanzable hasta para el propio Buvat. No es un documento falso: tiene datos algo… imprecisos, si quieres, como algunas fechas. Con todo, la ha escrito un auténtico notario, flanqueado por verdaderos esbirros. Es un documento infiel, pero auténtico, o más que auténtico incluso. ¿Digo bien? —preguntó Atto a nuestro compañero de viaje.

El esbirro callaba. Le molestaba que se aireasen esas tretas, pero no podía negarlas. Por toda respuesta, apartó de nosotros la mirada, con lo que asentía tácitamente.

—No lo olvides, chico —me dijo Atto—. Las grandes falsificaciones requieren grandes medios. Y sólo el Estado los posee.

Siguiendo las indicaciones de Ugonio, mandamos al cochero, un mercenario acostumbrado a misiones de toda especie (huidas nocturnas, adulterios, reuniones clandestinas), que nos llevase a un lugar tranquilo del pueblo. Nos apeamos en una callejuela oscura, detrás de un enorme granero. Las casas estaban sumidas en las tinieblas; en contadas ventanas había aún una tenue luz, y en las calles, furtivos y desconfiados, rondaban los gatos y sus víctimas de siempre.

El cochero nos pidió prudencia, pero se guardó de preguntarnos qué diablos íbamos a hacer a esa hora en aquel lugar olvidado de Dios. Las calles estaban singularmente privadas de animación. Sin embargo, no dejaba de ser una calurosa y cautivadora noche de verano, alegría de espíritus insomnes, amantes furtivos y niños aventureros. El ambiente mortuorio que nos rodeaba, en cambio, parecía más propio de una tormenta de nieve en las oscuras tierras del norte, que tan bien describe Olao Magno.

El saqueador de tumbas llevaba al hombro un costal de tela pringosa. Enfilamos un sendero que conducía a los campos, llegaba a un cruce y luego se perdía entre matorrales de zarzas. El camino fue largo y tortuoso. Pasamos por huertos cultivados y por un prado inculto. Sólo el canto de los grillos y el insolente zumbido de los mosquitos hacían de contrapunto al rítmico ruido de nuestros pasos. Lo cierto es que debíamos avanzar con cautela para no caer en una ciénaga.

—¿Falta mucho? —preguntó Atto con cierta impaciencia.

—Es un apartadizo uniquívoco y ajenjo —se justificó el saqueador de tumbas—. Debe mantenerse escontrito.

De pronto Ugonio se detuvo y extrajo del costal tres gabanes andrajosos y pestilentes.

—¿Sólo tres? —pregunté.

El saqueador de tumbas explicó que Sfasciamonti no podría venir con nosotros.

—Estos ropasillos lo apechugarán en medida sumaria —dijo señalando los gabanes—. Se sobrepuja en corpachura. Más vale que se despatarrife hasta nuestra revuelta, quitando gotitas para no aumentar goteras, digo por descontado.

El esbirro lanzó un gruñido de disconformidad, pero no protestó. Extraño sino el suyo, me dije; durante años había bregado para indagar sobre los cerretanos, enfrentándose a la oposición de sus colegas y superiores, y ahora continuaba sus pesquisas al servicio del abate Melani, esto es, por dinero. Y hete que, después de todo el camino hecho de noche hasta Albano, tenía que renunciar a acompañarnos.

Me puse el gabán más pequeño. Huelga insistir aquí en la repugnancia que inspiraba esa ropa zarrapastrosa y fétida, usada durante años por seres como los saqueadores de tumbas, que desconocían las más elementales normas de higiene: olía a orina rancia, a comida podrida, a sudor ácido. Oí a Atto echar pestes en voz baja contra los compañeros de Ugonio y su suciedad. Buvat, como secretario fiel, se vistió sin rechistar.

Ahora bien, las prendas tenían varias ventajas indiscutibles. Por un lado, su desproporcionada capucha, que tapaba casi toda la cara; por otro, sus enormes mangas, que ocultaban las manos, y por último, una especie de cola que permitía caminar sin que se vieran los pies ni los zapatos. Conteniendo las náuseas crucé los brazos dentro de las mangas. Me había convertido en una especie de capullo de paño

apestoso, absurdo e irreconocible. El abate Melani y Buvat parecían algo menos ridículos sólo gracias a su mayor estatura.

—¿Cómo? ¿Sin candil? —protestó Atto cuando Ugonio dijo que tendríamos que avanzar en la oscuridad. El saqueador de tumbas fue inflexible: a partir de ese momento corríamos el riesgo de que los cerretanos nos descubrieran y desenmascararan. Recordé que los saqueadores se movían siempre sin luz, tanto en la oscuridad de la noche como en la de los subterráneos de Roma.

Semejantes a tres fantasmas sin rostro, Buvat, Atto y yo seguimos a Ugonio, que nos condujo por un sendero que sólo él veía. Sfasciamonti se despidió de nosotros con voz queda y nos deseó buena suerte.

Mientras caminaba, el hedor de mi atuendo negaba a mis fosas nasales el suave efluvio de la campiña nocturna. Mentalmente me persigné y rogué al Altísimo que no juzgase con excesiva severidad las imprudencias que a buen seguro íbamos a cometer. Sólo la futura dote de mis hijas, pensé para infundirme ánimos, podía dar sentido a las temeridades en que estaba a punto de incurrir.

Tras un largo tramo recto y llano, el sendero describía una gran curva y descendía paulatinamente hasta un gran barranco húmedo, donde el cielo lanzaba destellos siniestros y veleidosos.

De pronto, como mágicamente salidas de las tinieblas, aparecieron unas figuras cerca del punto en que nos hallábamos. Un viejo cojo, sostenido por dos tipos, se acercaba. Detrás de nosotros, envueltos en las brumas nocturnas, surgieron otros seres de aspecto semejante.

Grandes roquedales, que parecían delimitar un enorme edificio, se elevaban delante de nosotros. Entramos en un estrecho pasadizo que atravesaba un muro; unas antorchas colgadas de las paredes permitieron por fin al alma y a las pupilas reconfortarse. Mas de repente la roca, el musgo y la desnuda tierra se cerraron formando un impenetrable bastión. El túnel había terminado. Ugonio se volvió enseñándonos sus dientes rotos y negruzcos con una sonrisa maliciosa, disfrutando de nuestro pavor.

Buvat y yo nos miramos alarmados. ¿Habíamos caído en una trampa? El saqueador de tumbas nos instó por señas a taparnos bien con la capucha para que nadie nos reconociera. Luego se apoyó contra el muro de la izquierda. La roca lo engulló; Ugonio la había atravesado como el agua atraviesa la esponja.

Reapareciendo de otra dimensión, retrocedió un paso y nos indicó que lo siguiéramos.

De más está decir que Ugonio no había penetrado la materia rocosa. Sencillamente, yo no había oído el ruido seco de la madera pintada de la puerta que se abría en la roca: un pasadizo secreto que los intrusos no podían reconocer y que Ugonio debía de haber utilizado infinidad de veces.

Una vez dentro, pasaron unos instantes antes de que los ojos se habituaran al nuevo espacio. Miramos alrededor. Abandonado desde hacía siglos, inmenso e imponente, y ahora atestado de cerretanos, ante nosotros se extendía el anfiteatro romano de Albano.

—De modo que hemos entrado por un pasadizo secreto —observé con un susurro al oído del saqueador de tumbas.

—Para lograr más beneficios que maleficios —comentó—, los accesorios regulatorios han sido cerrados a cal y cantos. Esta noche no deben colacionarse extraños ni cursiosos.

—Sin embargo, nadie nos ha impedido el paso.

—No hace a la casuística. Hay muchos guardicioneros. Los que se intromisionan son deteccionados, machuconados y supresionados.

Así pues, el anfiteatro estaba protegido por un grupo de centinelas, encargados de descubrir a los intrusos y de volverlos inofensivos. Merced a los disfraces que nos había entregado Ugonio, nadie había sospechado de nosotros.

A lo largo del perímetro interior del anfiteatro, una larga serie de antorchas iluminaba la escena. En aquel vasto espacio, abierto pero cercado, me sentí a la vez perdido y prisionero. Encima de nuestras cabezas la negra manta del cielo advertía a los implumes que no debían intentar la audacia del vuelo. Murmullos fluctuantes, procedentes del centro del anfiteatro, incitaban maliciosamente a los sentidos y al alma. Había un aire dulzón, húmedo y preñado de pecado.

—Sí, claro, el anfiteatro —murmuró Atto—. Sólo podía ser aquí.

—¿Conocíais este sitio? —pregunté.

—Desde luego —respondió—. Ya en los días de Cicerón…

Ugonio nos hizo callar con un gesto brusco. El viejo cojo, acompañado por los dos amigos que habíamos visto fuera, se hallaba detrás de nosotros. Palpábamos la prudencia feroz con que el saqueador de tumbas nos guiaba y ya sentíamos que el ambiente sombrío de una reunión secreta, cual rapaz fantasma, se cernía sobre nuestras espaldas.

Desde el centro de la arena irradiaba la luz de varios hachones que, por lo que se oía y distinguía, alumbraban una asamblea sumida en un guirigay. Nos acercamos más, siempre siguiendo con prudencia los pasos de Ugonio. Una vez que hubimos pasado un montón de haces de leña, pudimos por fin echar una ojeada.

A pocos pasos de donde estábamos, un gran brasero de la altura de un hombre, donde ardía una generosa llama, proyectaba ávidamente sus pavesas hacia el cielo. En rededor había varios grupos de cerretanos: unos comían con desidia un mísero bocado, otros bebían a gollete de botellas de vino malo, otros jugaban a las cartas y otros recibían a los recién llegados levantando los brazos en señal de bienvenida.

Conformaban un conjunto de gente sórdida, desastrada, mugrienta y apestosa.

—Nos hemos implantificado acullá en el momento más imponderable —musitó Ugonio, al tiempo que nos indicaba con la mano que nos mantuviéramos apartados.

Observamos que desde el otro lado del anfiteatro se aproximaba una especie de procesión, a la vista de la cual quienes se hallaban cerca del brasero se levantaron diligentes.

—Acaba de ser el eleccionismo. El archimandrita apariciona con el gran legator —explicó Ugonio señalando el cortejo, tras lo cual nos invitó a seguirlo—. El primerizo es el jefe de la Cofradía de los Harbadanzas. Detrás están todos los adjuntivos y los completivos de las otrosí cofradías: malandrines, ermitaños, bailones, galafates, desahogados…

—¿De modo que éstos son los jefes de las cofradías de los cerretanos? —preguntó Atto con los ojos como platos, mientras nos aprestábamos a infiltrarnos en la procesión.

Me fijé en aquella tropa inmunda. Por lo que nos había contado el Pelirrojo, reconocí al archimandrita de los malandrines. En efecto, al cuello llevaba una gran cadena de hierro y murmuraba sin pausa «Bran bran bran»; la especialidad de su grupo, según recordaba, era la impostura: fingían que habían sido prisioneros de los turcos y que hablaban su lengua. Esa noche, claro está, no había ningún ingenuo que embaucar, pero los malandrines, como todos los otros cerretanos, se habían reunido en asamblea general, por decirlo de algún modo, en uniforme oficial.

—¿Y dónde está el gran legator? —añadió el abate buscando con la mirada (por absurda que fuese la idea) el rostro de Von Lamberg.

Por toda respuesta, Ugonio se dirigió hacia la cabeza del cortejo de los archimandritas. Se acercó al jefe de los harbadanzas, un individuo de barba tupida y cabellos largos que asomaban bajo un vistoso sombrero de plumas. Conforme a las características de su secta, vestía un traje de caballero, pero muy sucio y raído. Como había leído en el acta de Geronimo, los harbadanzas eran los que robaban diciendo que eran caballeros o artesanos arruinados.

Ugonio se arrodilló con actitud empalagosa y servil, de modo que el pequeño cortejo de los archimandritas hubo de aminorar el paso por unos instantes. Enseguida nos bajamos más la capucha, temerosos de que nos viesen la cara. Por suerte, jugaba a nuestro favor el resplandor intermitente de las antorchas, que iluminaban la cávea de forma muy irregular. Volví a mirar alrededor; por doquier había cojos, leprosos, tullidos, ciegos, cuerpos famélicos y medio desnudos que se retorcían, se arrastraban, exhibían marcas de flagelaciones, cadenas y torturas. Era una muestra de las imposturas de los cerretanos. Las aparentes laceraciones, las pústulas, el doloroso renqueo eran las herramientas del oficio, no indicio de sufrimiento, sino un arte, cuyas señales conservaban los cerretanos incluso cuando no se dedicaban a sus

estafas. Observándolos mejor advertí que iban tranquilamente de un lado a otro, bebían vino, reían y bromeaban como si tal cosa. Yo experimentaba espanto, miedo y sorpresa, pero no tuve tiempo de cruzar ninguna reflexión con Atto, pues tras una breve y tartamudeante conversación, de la que nada acertamos a oír, Ugonio volvió a nuestro lado y el cortejo continuó.

—Lincead al harbadanza que va detrás de la posterioridad del archimandrita —musitó el saqueador de tumbas.

Era un vejete calvo y medio jorobado, vestido con una casaca de artesano muy desgastada y calzado con unos zapatos rotos. También él, pues, según los dictados de su secta, robaba fingiendo que había sido honesto y se había arruinado. Al hombro llevaba un morral viejo, del que asomaban las páginas blancas de un librito.

—Es el gran legator —anunció Ugonio.

—¿Cómo? —masculló Atto, con los ojos fuera de las órbitas por la sorpresa.

—Es un hermano holandés. Se llama Drehmannius. Tiene la molleruza un poco chochona, ni siquiera sabe leer, pero es un encuadernista celiberrísimo. Por eso es harbadanza. Él tiene el tratable —añadió señalando con un imperceptible gesto de la cabeza el contenido de la bolsa.

Vi que Atto apretaba las mandíbulas. ¡Ni Von Lamberg ni conjura del Imperio! Ahora todo estaba claro. ¡El gran legator no era un *legatus*, es decir, un embajador, sino un *legator*, según el dudoso latín que hablaban los cerretanos, un simple encuadernador! El tratado sobre los secretos del cónclave, llave del destino de Atto, se hallaba, pues, en posesión de aquel vejete holandés pulgoso e insignificante.

—¿Qué tiene que hacer ese encuadernador holandés, Drehmannius o como diablos se llame, con mi tratado? —preguntó Melani en ascuas.

—Despellijizar la encuadernización. Me lo ha secretizado el archimandrita.

—¿Despegar la encuadernación? —dijo pasmado Melani—. ¿Qué diantres quieres decir?

Pero tuvo que callar. Se había acercado un cerretano alto e imponente, con las manos anchas y sucias, el ojo derecho tapado con un parche negro. Llamó a Ugonio, que acudió a su lado al punto.

Así pues, de pronto nos encontramos sin guía entre aquella multitud demente y facinerosa, siguiendo a un cortejo cuya meta y propósito desconocíamos. En medio de la procesión, un grupo de viejos andrajosos se disputaba una botella de vino; uno de ellos, borracho como una cuba, topó de bruces con Atto y lanzó un fuerte eructo. Melani se volvió asqueado e instintivamente buscó en el gabán su pañuelo de encaje, hasta que se dio cuenta de lo que iba a hacer; no podía pasar por remilgado.

En eso, todos los cerretanos, bastante eufóricos, entonaron una curiosa canción:

No hay arte mejor
que el de la holgazanería,

y en invierno estar al sol
y en verano en umbría,
y sujetar la botella
espantando moscas,
y de la carne
sólo comer la chicha…

Un mendigo, con el tronco lleno de ronchas, las uñas de los pies largas y negras, y un escuálido cayado en bandolera, se puso a cantar a voz en grito, sin importarle sobreponerse al coro:

¡Con arte y engaño se vive medio año;
con ingenio y falsedad se vive la otra mitad!

La reconocí. Era la coplilla cerretana que me había enseñado don Tibaldutio.

De improviso una cosa fría y escurridiza se deslizó entre el gabán y mi cuello. Me volví de golpe.

Estuve en un tris de desmayarme. Una culebra viscosa, que sujetaba un repelente miserable de cara mugrienta, peluda y pringosa, me había lamido las carnes indefensas de la nuca. El cerretano se desternilló de risa y me dio una palmada en el hombro que casi me hizo tambalear. Era una broma. A continuación metió la culebra en una cesta de paja que llevaba al hombro y se puso a cantar a coro con tres o cuatro camaradas:

Encantadores somos que por naturaleza embaucamos,
mujeres, y buscando vamos nuestra ventura.
De la casa de San Pablo descendemos,
lejos de estos pueblos…
Debajo todos nosotros con un signo hemos nacido,
siendo más sabio el que más grande lo tiene…

Era, pues, un sampaulista, curandero y encantador de serpientes, como el que había visto actuar días atrás. Para dejar claro el sentido de su canción, se había llevado una mano a las partes pudendas y acompañado el último dístico con contoneos rítmicos y obscenos. Si no de vino, él y sus compañeros estaban ebrios de júbilo. Mientras tanto, un pordiosero de mediana edad había abrazado un violín y lo hacía gemir agitando el arco con un ímpetu ordinario y ramplón.

Mas no podíamos detenernos. Nuevos asistentes llegaban al anfiteatro, legiones de cerretanos inundaban la arena; coros, bailes desordenados, gritos y carcajadas se multiplicaban. A nuestra llegada aquello era una asamblea; ahora se había convertido en un círculo infernal. El cortejo había aumentado sobremanera, se componía de

cientos de harapientos, casi todos ellos con una antorcha, y daba vueltas sobre sí mismo, prisionero del anfiteatro, como un topo cuya madriguera se ha vuelto demasiado estrecha. Algunos empezaron a mirarnos con curiosidad. Aunque bien embutidos en los gabanes de Ugonio, sin duda no nos movíamos con la soltura ni la agresividad de los saqueadores de tumbas, y tampoco aparentábamos disfrutar mucho de la juerga. Mas no tuvimos tiempo de preocuparnos. En efecto, en ese preciso instante un nuevo suceso atrajo nuestra atención. Varios grupos de mendigos se habían reunido alrededor del pequeño cortejo de los archimandritas y abarrotaban el lado del anfiteatro donde nos encontrábamos. Codos, espaldas y piernas luchaban como gladiadores en el circo; tuve que cuidarme de que no me arrastrase la muchedumbre para seguir cerca de Atto y Buvat.

Por suerte, reinaba a la sazón tal confusión que nadie se fijaba en el vecino y, por tanto, tampoco en nosotros. El maullido del violín se mezclaba con el zumbido de un grupo de flautas campestres y con el lamento nasal de una zampoña.

—Fíjate en aquél —me dijo Atto señalando a un joven macilento, de barba desaliñada y ojos hundidos.

Poniéndome de puntillas conseguí ver al sujeto.

—¿No te suena su cara?

—Bueno, sí… Creo que lo he visto, pero no recuerdo dónde. Puede que lo hayamos visto mendigar en algún sitio.

Justo al lado del joven, casi en medio del gentío, se alzaron en ese instante tres archimandritas. Habían subido a un estrado, o a una plataforma semejante, montada a toda prisa por un grupo de chicos inmundos y medio desnudos. En el centro estaba el archimandrita de los harbadanzas. Los otros dos le levantaron el brazo y la multitud gritó. No hacía falta un intérprete para comprender que él era el nuevo archimandrita mayor.

Junto a los tres apareció a continuación el gran legator. Tenía un pequeño volumen en la mano. Atto y yo lo reconocimos: era su tratado sobre los secretos del cónclave.

—Anda, otro holandés, vaya coincidencia.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

—Un holandés saca otro holandés —respondió con una sonrisita pícara.

Mientras yo intentaba entender sus enigmáticas palabras, un quinto ser subió al estrado: Ugonio.

—No dejes que te aparten de aquí, tenemos que permanecer cerca del escenario —me advirtió Atto.

Luego se hizo el silencio, o casi.

—Guitones, galloferos, trapones y mangantes, abrid los arcaduces —dijo con voz estentórea el archimandrita de los harbadanzas. Daba así principio, por lo que parecía,

a su discurso de toma de posesión como nuevo archimandrita mayor. Un discurso en jerga, cuya comprensión se nos escaparía por completo.

Sin embargo, Buvat se arrodilló al punto, envuelto en el sucio gabán para que no lo vieran, y empezó a hojear rápidamente el pequeño diccionario de jerga. Atto y yo procuramos protegerlo de todas las miradas.

El archimandrita mayor pidió al gran legator el volumen de Atto.

—Este libresco es de un alfaquín chute —continuó el archimandrita agitando el libro—. Un pescador y su halcón con sus bardas de moco querían poner un cebo de buitrera: bolatear y sacar el buche.

Un murmullo escandalizado y hostil se elevó de la multitud.

—Creo que ha dicho que el libro que tiene en la mano es de un religioso extranjero que quería embaucar, descubrir una lengua.

—¿Descubrir una lengua? —repitió Atto—. ¡Pardiez, ya lo entiendo! ¡Ahora lo entiendo todo! Aborrecibles mamarrachos, que Dios los maldiga…

En ese instante advertí con inquietud que un cerretano joven, descalzo, flaco y casi calvo, con la cara horriblemente marcada por cicatrices, el tronco desnudo y el resto del cuerpo sólo cubierto por una vieja manta anudada a la cintura, miraba asombrado a Buvat y su librito. Atto también se percató y guardó silencio.

—Hay que pernear al alfaquín —vociferó un viejo espantoso con el rostro lleno de pústulas.

—¡Chachipé, chachipé, chachipé! —exclamó la muchedumbre ondeando por la exaltación. Sonó otro aplauso, al tiempo que los cerretanos lanzaban al aire las botellas vacías en señal de júbilo.

—«Pernear» significa… Dicen que hay que castigar al extranjero, matarlo, en una palabra —susurró Buvat con tono alarmado, sin dejar de consultar las páginas del diccionario—. «Chachipé» quiere decir «sí».

—Un ardid genial —ironizó Atto mientras, con sólo la punta de los dedos, se acomodaba mejor la sucia capucha en la frente.

El cerretano medio desnudo llamó la atención de un compañero. La suerte quiso que en ese instante el movimiento de la multitud no les permitiese ver. ¿Se acercarían?

Entretanto el archimandrita de los harbadanzas esperaba a que se acallase el bullicio. Movido por un instinto casi primitivo, calculé la distancia que nos separaba de la entrada, que supuse era también la salida. Seguía estando muy cerca.

—Ahora, queridos truhanes —continuó el orador—, considerando que nos, sagrada majestad, glorioso y magno emperador, hemos sido elegido rey, jefe, caudillo, príncipe, rector y guía de los pícaros, y considerando toda la autoridad que tiene no sólo vuestra majestad pícara, sino hasta el menor pícaro de nuestra agrupación, por mi picardía no puedo menos que meteros con cuchara, con este

discurso mío, la superioridad y el valor incomparables de la picardía en cuanto tal y de todos los que la practican.

Sonó una ovación en el anfiteatro.

Buvat pudo dejar entonces el diccionario. El discurso continuó en lengua vulgar, puesto que ningún extraño lo escuchaba (salvo nosotros, pero eso lo ignoraban). La introducción en jerga había servido para caldear los ánimos. Un sujeto tendió una botella al archimandrita mayor, quien la cogió con avidez, bebió varios tragos seguidos y luego la arrojó a sus pies.

—Para empezar —prosiguió—, la picardía es mucho más antigua que la gente de los Baronci de que habla Boccaccio, más que la torre de Nembrod y que la de Babel. Siendo antigua, es forzoso que sea excelente y perfecta, y por consiguiente todo pícaro es excelente y perfecto, y por ende su soberano ha de ser excelentísimo y perfectísimo y casi inmortal.

Salvas de aplausos celebraron la apología que el nuevo archimandrita mayor, sonriendo satisfecho, había hecho de sí mismo y de sus súbditos. Atto y yo nos cruzamos una mirada de inquietud. Estábamos en medio de un ejército de locos.

—Comencemos por hablar del principio de este mundo grande y asqueroso —prosiguió el archimandrita—, cuando se vivía en el Reino de Oro y don Saturno era el rey de los hombres. ¡Qué vida pícara era la de entonces! Todos tenían al soberano por un buen padre y él los trataba como a buenos hijos. Vivían en paz, libres y seguros entre dichas y placeres de toda clase, comían, bebían y vestían como pícaros, no sabían qué eran la riqueza y la posesión, tanto es así que las autoridades de la picaresca llamaron a aquella época el Siglo de Oro. Sólo había hombres buenos, ladrones, sin la menor malicia; todas las cosas eran comunes, no había división de tierras, de objetos, separación de casas, límite de viñedos. No era obligatorio tener trato con otros, no había riñas, no se robaban gallinas, no se discutía por la cosecha. Cada cual podía labrar el terreno que quería, sembrar y arrodrigar las viñas a su manera. Las mujeres eran esposas de todos, y los hombres, maridos de todas, y los valientes pícaros hacían acopio de todo. ¡Cuánto bien habría hecho de semental, en aquel Siglo de Oro, nuestro pícaro Biello!

El archimandrita mayor había pronunciado las últimas palabras vuelto hacia un cerretano situado cerca del estrado, señalándoselo a la multitud, que lo aplaudió largamente.

—Pero luego vino ese quebrantacoños de Júpiter, que se olvidó de que era un pícaro, pues se había criado como una bestia, amamantado por las cabras. Ávido de reinar y repudiando la santa picardía, expulsó del Reino del Oro al viejo Saturno, su padre. Así todo el mundo cambió de vida y condición, se perdió la libertad y entre los hombres nacieron enemistades, iras, desprecios, furores, crueldades, incendios y atracos. Se empezaron a dividir las posesiones y todos los bienes, a separar las viñas,

los huertos y las casas, a atrancar las verjas, las ventanas y las puertas; los hombres comenzaron a tener celos de las mujeres, a discutir y a pelearse entre ellos hasta matarse, a hacer muchas otras barbaridades, tantas que no acabaríamos nunca.

Cerca de nosotros un cerretano soltó una estruendosa flatulencia, que hizo reír a todos sus vecinos.

—Pues sí que hizo estragos Júpiter —comentó Atto para sí, con gesto enfurruñado.

—Pero el tirano de Júpiter carecía de fuerza para anular y extinguir a la beata picardía —seguía el archimandrita mayor—, la cual, como cosa divina e inmortal, hizo saber a aquel soberbio que, por mucho que cambiara la situación y aunque él fuera monarca, sin ella no podía hacer nada. Y es que no sólo Júpiter, sino también todos sus parientes (que tenía infinidad) vivieron contentos y seguros porque gorroneaban la comida y la bebida a los pícaros…

—¡Chachipé, chachipé! —aprobaron a coro varias decenas de cerretanos.

Atto me indicó con una señal que lo siguiera. Nos fuimos hacia la izquierda tratando de evitar la mirada escrutadora del cerretano medio desnudo. Era inútil; cuando me volví, seguía observándonos.

—… Y las maneras y los ardides de que se valieron los dioses para obtener placer —continuaba el orador— los aprendieron de los pícaros: haciéndose pasar por otros, engañando y timando. Para empezar, el mismo Júpiter, cuando quiso ensartarle el dinguilindón a Europa, mayoral de las vacas del rey Agenor, buscó la ayuda de los pícaros para disfrazarse de jefe vaquero. ¡Nunca habría conseguido a Europa si no la hubiese engañado con aquel embozo! ¡Y cuando quiso cabalgar a Leda se vistió de tratante de pollos, motivo por el cual de aquel embarazo nacieron dos huevos! ¡Ja, ja!

Una carcajada coral se elevó de la multitud en respuesta a la risa del archimandrita.

—Para darse un verde con Antíope, Júpiter se disfrazó de cabrero, y de barquero cuando quiso jugar al choclón con Alcmena, para parecerse a su marido, que se dedicaba a ese oficio. Con el fin de unirse al meadero de Dánae cogió la ropa de un albañil y con la paleta de éste le hizo un hueco en el techo. Una vez en su casa, con respeto de pícaro le clavó la cuxa en el chipirrichape. En cambio, cuando meó en el cuerpo de Egeria adoptó el aspecto de un deshollinador. Por último, para deshonrar a Calisto se disfrazó de lavandera, lo que le resultó facilísimo, pues por entonces aún era imberbe como un golfillo, o como mi querido truhán Biagio, sentado delante de mí.

Biagio era el apodo de un gordinflón lampiño de cabeza brillante y pelada, que respondió a las palabras del archimandrita con una risotada ronca, a la que hicieron eco los gritos destemplados de la chusma cerretana.

—Aunque los primos y sobrinos de Júpiter podían aprovecharse de su parentesco,

todos acabaron por adherirse a la picaresca para hacer sus trastadas. ¿Cómo, si eran dioses, me decís? Pero si todo el mundo sabe que Vulcano era un herrero peor que Bratti Chatarrero.

El tal Bratti era un vejete desdentado, que estaba a pocos pasos de nosotros. Lo llamaban como a la famosa máscara toscana. Vi que reía orgulloso, exhibido como ejemplo al resto de la mesnada.

La arenga del archimandrita mayor era francamente eficaz y muy apropiada para una asamblea de esa especie: al asimilarlos a ejemplos míticos de perversidad, que adaptaba a las exigencias cerretanas, estimulaba sobremanera a los asistentes. Volví a mirar hacia donde estaba el cerretano de las cicatrices; había desaparecido.

—Ya no lo veo —dije a Atto.

—Mala señal. Confiemos en que no nos delate.

—¿Y Apolo? Era un cazador que fisgoneaba por todas partes, peor que mi Olgiato, archibribón —decía entretanto el orador guiñando un ojo a otro compadre, mezclado en la multitud—. Marte fue de joven un gran malhechor y cometió mil asesinatos. Mercurio fue mensajero, ayo, mayordomo, ujier o mandadero, paje o citador; en definitiva, a lo que se dedicaba era a extorsionar. Plutón era panadero, y el horno se lo cuidaba su Proserpina. Neptuno era pescadero, Baco un corredor de vinos, Cupido un rufián. Entre las mujeres, una fue tratante de pollos, como Juno; otra lavandera, como doña Diana. Todo el mundo sabe que Venus fue más furcia que la puta Pullica de Florencia y que dejaba sembrar y labrar sus fincas a cualquier hombre.

La infame masa de los cerretanos reía a mandíbula batiente, espoleada por las obscenidades de su nuevo jefe.

—Platón, padre de los literatos, fue pícaro y murió picarísimo. Aristóteles fue engendrado por el hijo de un medicucho de tres al cuarto y nunca quiso dejar la picaresca. Pitágoras salió de la bragueta de un mercader arruinado; el pícaro de Diógenes dormía en un tonel sin paja debajo. Pero, dejando los reinos griegos y bárbaros y pasando a los latinos, ¿acaso no fue Rómulo, glorioso fundador de Roma, el hijo miserable de un soldadito que robaba la paga de los ricos? Su madre, todos lo saben, fue una monja exclaustrada, y él mismo no era sino un albañil de pacotilla que hizo algún trabajillo en las murallas de Roma. Mientras vivió con los pícaros fue un gran hombre, muy apreciado; cuando los dejó, es de todos conocido que se fue al traste. Al final, mucho después de Rómulo, el pueblo romano y sus ejércitos se hicieron los amos del mundo. Pero ¿qué quiere decir pueblo? ¡Pueblo son los pícaros, la plebe y los pillos! ¿Y quiénes eran los capitanes de los ejércitos romanos?

—¡Los pícaros! —tronó la asamblea.

—¿Quién, pues, combatió, quién sometió todo el mundo?

—¡Los pícaros!

Un triunfo de aclamaciones y aplausos siguió a la última exclamación. Cuando volvió la calma, el archimandrita supo esperar el momento idóneo para continuar.

—Virgilio, imitador de Homero, nació en una cabaña cerca de Mantua y sus padres fueron los mejores pillos que hubo jamás en el Piamonte. Cuando vino a Roma, con el propósito de ser pícaro hasta la muerte, se puso a trabajar en el establo imperial, de donde lo sacó el emperador Augusto, que lo quería precisamente por sus virtudes de gran truhán. Cicerón vivió como un pícaro, siempre amó la picaresca y odió la amabilidad y la altanería. Mucio Escévola fue panadero y no se quemó la mano como un héroe para salvar Roma, según cuentan ahora; se la cortó la justicia porque durante el asedio de la ciudad mezclaba harina de habas con harina de grano para que el pan que vendía pesara más. Marco Marcelo era un carnicero piojoso, y el que le quitó la vida y el poder, Escipión, no era sino un mercader de pollos.

—Qué discurso más erudito —comentó con ironía Atto—. Es digno de un auténtico caballero venido a menos. No es casual que sea un harbadanza.

Las palabras del nuevo archimandrita mayor, en efecto, hacían suponer que había conocido tiempos mejores. Enseguida prosiguió:

—¿Y las grandes familias? Los Fabio vendían habas, los Lentuli, lentejas, los Pisoni, guisantes, los Papinii toman su nombre de las mechas que vendían en el mercado. Mientras perseveró en la picaresca, como sus pares, César fue temido y reverenciado, pero, no bien abandonó aquella vida para hacerse tirano y mandar a los otros, lo mataron como a un perro. Augusto, hijo de un panadero de Velletri, como le dijo el profeta Virgilio, siguió la santa picaresca y alcanzó su mayor gloria siendo un muy humilde y gran compañero. A su hijastro Tiberio le salió todo bien mientras siguió las costumbres del padrastro, pues quien abraza la picaresca saca provecho de todo y nunca puede acabar mal. En cambio, quienes la rechazan y rehuyen se vuelven viciosos, ingratos, antipáticos y odiosos a todo el mundo, y cuando mueren van derecho al gran infierno.

Se elevaron nuevos aplausos, silbidos, alguna pedorreta, un eructo. Vi que Atto estiraba el cuello hasta asomar la cabeza sobre el bosque endiablado de los cerretanos.

—Es la hora —dijo a Buvat, mientras arreciaba el alboroto—. No dejes que te vean; si no, será nuestro fin.

El secretario se dirigió hacia el centro del anfiteatro, que, como yo había observado, estaba en gran parte ocupado por madera vieja y otros restos. En ese momento no había casi nadie allí, porque todos los cerretanos asistían al discurso que pronunciaba el nuevo archimandrita mayor. Debajo del gabán de Buvat me pareció ver una especie de bulto, que también le había visto bajo la casaca cuando íbamos en la carroza.

—Caligula fue más bellaco que pícaro —proseguía impertérrito el archimandrita

—, y por eso se echó a perder. Nerón fue el pícaro que todo el mundo sabe pero, como sobre todo fue un glotón, nos interesa menos. Es inútil decir que todos los otros grandes nombres de emperadores, los Titos, los Vespasianos, los Otones, los Trajanos, todos hasta nuestros días, nacieron y vivieron como pícaros, y que cuanto más excelentes fueron en la picaresca, más dignos y valientes fueron como emperadores. El que no ha sido, el que no es, el que no será pícaro, no ha sido, no es ni será poderoso, rico ni digno. No se puede ser virtuoso ni excelente en ninguna ciencia sino por medio de la picaresca. Ella es santa porque contiene fe, amor y caridad; es divina porque hace a los hombres inmortales; es bienaventurada porque vuelve a los hombres ricos y poderosos. De ella proceden todos los placeres, los consuelos y las diversiones, hasta el juego del tarot y el tanganillo. ¡Recordadlo! El verdadero pícaro es amado, reverenciado, cortejado y deseado por todos, aunque no lo quieran demostrar. Que todos, pues, se adhieran a la, picardía, con entrega y para siempre; que todos la practiquen y se perfeccionen como hace el pícaro Lucazzo, despatarrado aquí a mi lado, que tima, roba y mendiga con el mismo arte con que el caballero Bernini hace sus estatuas. Por medio de la picaresca podemos transformarnos a nuestro antojo en poetas, oradores, filósofos, príncipes, señores, reyes y emperadores. ¡Viva la picaresca! ¡Y veréis que pronto el destino nos mandará la señal de sus favores!

—No te apures, te la manda ahora mismo —dijo Atto, mientras una batahola ensordecedora de gritos, aplausos y silbidos acogía la conclusión de la arenga.

—¿Qué ha ido a hacer Buvat? —pregunté en un susurro.

—Telémaco.

Entendí demasiado tarde lo que estaba a punto de ocurrir, pero casi fue mejor; la espera habría podido resultarme insoportable.

Todo sucedió en un santiamén. Primero se oyó un estruendo atroz, como si se hubiese abierto la tierra.

Mi mirada y la de Ugonio, que seguía en el estrado, se cruzaron por encima de la multitud de cerretanos, los cuales, pese a lo exaltados que estaban por el discurso inaugural que acababa de terminar, súbitamente se quedaron paralizados. Enseguida hubo otro estallido, todavía más tremendo que el primero.

La masa grisácea y maloliente de los mendigos se desparramó espantada en todas las direcciones; unos daban saltos, otros se tiraban al suelo, otros echaban a correr.

Se produjo entonces la tercera explosión, que impidió reaccionar a la sórdida turbamulta. Sin embargo esta vez, además del estruendo, se abrió sobre nuestras cabezas una maravillosa flor purpúrea que iluminó con destellos de carmín y bermellón a la horda cerretana, indigna de una belleza tan fulgurante. Los globos rojizos que se habían multiplicado y flotaban sobre el anfiteatro formaron luego

corolas luminosas, que acabaron descendiendo con suavidad hacia el suelo, donde se debilitaron melancólicamente.

El nombre de los dos primeros artefactos, en la jerga de los artificieros, era elocuente: Terremoto. Antes de nuestra partida Atto había mandado a Buvat que preguntase a don Paschatio si por casualidad habían quedado, en los sótanos de la villa Spada, fuegos artificiales de la velada de la víspera. Y el abate se había salido con la suya. El gentilhombre de la casa había explicado con pelos y señales a Buvat cómo se prendían (por suerte, en la asamblea de los cerretanos no faltaba el fuego) y la manera de conservarlos bien antes de usarlos: evitar la humedad y los movimientos bruscos, y mantenerlos en posición vertical (palabras que, en efecto, yo había oído pronunciar a don Paschatio cuando nos disponíamos a emprender la marcha). Por regla general el Terremoto era el broche de oro triunfal del espectáculo pirotécnico, se encendía cuando los oídos ya estaban acostumbrados al gran estruendo de los cohetes. Buvat, en cambio, había roto los tímpanos de los presentes a traición, sin aviso previo, merced también a la forma de embudo del anfiteatro, que había amplificado notablemente el estallido. Después de los dos Terremotos Buvat había lanzado un verdadero fuego de artificio multicolor.

Como acababa de anunciarme, el abate Melani había puesto en práctica el método de Telémaco, el hijo de Ulises, que, tal como Albicastro nos había recordado el día anterior, fingiendo que bromeaba y estaba loco ante la asamblea de los pretendientes los entregó, indefensos, a la venganza de su padre.

Atto había calibrado bien. Los cerretanos actuaban como los pretendientes de homérica memoria; a pesar de la confusión general, nadie había bajado del estrado, ni el archimandrita mayor ni sus dos colegas, y tampoco Drehmannius, el encuadernador holandés. Era evidente que no sabían si los fuegos artificiales eran una burla, una sorpresa agradable o una amenaza. Ugonio, que seguía a su lado, fue tan rápido como preciso. Cuando el rayo rojo se elevó en el cielo y atrajo las miradas de los presentes en el anfiteatro, las manos como garfios del saqueador de tumbas ya estaban bien hundidas en la bolsa del encuadernador holandés, extraían el libro y dejaban el que Melani le había entregado en la carroza. Los dos pequeños volúmenes eran idénticos; seguramente a Atto y Buvat no les había resultado difícil encontrar otro libro de dimensiones análogas, con la cubierta de pergamino y sin inscripciones, tal como el abate había encargado al pobre Haver que encuadernase su tratado.

«Un holandés saca otro holandés», había dicho enigmáticamente el abate Melani poco antes. Ahora lo entendía: gracias a las palabras de Albicastro habíamos recobrado el tratado sobre los secretos del cónclave de la bolsa de Drehmannius.

En la multitud festiva pero aún algo aturdida de los cerretanos, cada uno preguntaba a su vecino quién había tenido la buena idea de lanzar fuegos artificiales.

—Marchémonos, don Atto.

—No podemos. Tenemos que esperar a que… ¡Buvat! Maldición, larguémonos de aquí.

—¿Y Ugonio? —pregunté.

Miré al estrado. El saqueador de tumbas nos daba la espalda. El mensaje no podía ser más claro. Teníamos que salir solos del anfiteatro; él ya encontraría la manera de irse de allí.

Nos encaminamos presurosos hacia la puerta secreta.

—Así no, así no —musitó Atto—. Fijaos en mí.

En lugar de avanzar contra el gentío, con lo que habría puesto en evidencia la dirección de la huida, el abate Melani caminaba marcha atrás, con la cabeza hacia el estrado.

Demasiado tarde. El cerretano medio desnudo que había estado observándonos un rato antes ya nos había visto a Buvat y a mí, y ahora intentaba indicar nuestra posición a un par de corpulentos energúmenos. Los dos hombres escudriñaron la multitud hormigueante en busca de nuestro trío. Hasta que dieron con nosotros y los vi emprender nuestra persecución con aire decidido.

—Don Atto, han enviado a dos sujetos a detenernos —anuncié, mientras persistíamos en la difícil empresa de abrirnos paso entre la muchedumbre sin aparentar que teníamos prisa.

La distancia que nos separaba de los dos perseguidores disminuía rápidamente. Cuarenta pasos. Quince. La puerta que conducía al pasadizo secreto en la roca estaba a la vista. Los energúmenos se hallaban a diez pasos. A ocho.

De pronto un movimiento violento, a la derecha de los energúmenos, me hizo mirar hacia atrás. Ugonio avanza a duras penas, tiran de él, el saqueador de tumbas se da la vuelta para zafarse, una mano le arranca el volumen de Atto, él resiste y lo recupera, reanuda la huida, otras manos vuelven a apoderarse del libro, la encuadernación se desgarra…

—¡Buvat! —exclamó Atto, como si le recordara algo que ya habían acordado.

No entendí qué pretendía. A todo esto, los energúmenos ya estaban a sólo seis anas. Ahora los veía mejor. Como todos los cerretanos, eran sucios, pero además muy musculosos y taimados. Instintivamente juzgué que sabían cómo infligir sufrimiento.

—Pero ¿dónde hay…? ¡Aquí! —exclamó Buvat arrojándose casi, con una antorcha en la mano, sobre un cerretano.

La llama fue muy viva —roja, blanca y amarilla, con algunos reflejos azulinos—, antes de que la girándula cobrase vida y proyectase sus espirales en un vuelo loco hacia Ugonio y sus perseguidores. Buvat había procedido con gran maña: había encendido al vuelo la mecha en el punto justo y la había lanzado con buena puntería. El gentío se abrió en dos alas, como el mar Rojo al paso del pueblo de Israel.

Justo entonces, tras la ceremonia y la arenga, había llegado el momento de Baco: transportaban una enorme cuba hacia el estrado del discurso para que los participantes pudieran dar rienda suelta a sus bajos instintos. El recipiente, pesado como una manada de búfalos y llevado a pulso por un puñado de cerretanos bastante grandes, estaba justo en la trayectoria de los dos que nos pisaban los talones.

Mientras desaparecíamos en el pasadizo secreto, apenas tuve tiempo de vislumbrar al primero de los dos energúmenos, con el rostro demudado por el dolor y la pierna quebrada bajo la colosal cuba, mientras el otro despotricaba contra los porteadores aterrorizados por nuestro cohete y trataba de coordinar sus esfuerzos para sacar a su amigo del aprieto. El humo de la girándula, que a saber dónde había acabado, hacía llorar y ofuscaba las mentes; se creó tal confusión que entre los cerretanos cundió el pánico.

No vi nada más. Cuando la puerta se cerraba, sentí por última vez en el rostro, como el aliento de un dragón dormido, el olor ácido y viciado de la reunión cerretana.

Mis sentidos gozaron enseguida de la refrescante caricia de la brisa nocturna, ya en el camino de regreso, una larga marcha a través de los campos, por la desnuda hierba, para evitar el sendero, donde podíamos tener encuentros desagradables. Manteníamos la vista y el oído aguzados, pendientes de Ugonio, esperando que él también hubiese conseguido ganar la puerta. Aunque sabíamos que era una esperanza débil, pues lo habían descubierto. Y, en efecto, no oímos ni vimos nada.

Atto echaba pestes. Ugonio había logrado apoderarse de su tratado sobre los secretos del cónclave, que quizá había causado la muerte de Haver, y luego se lo habían quitado los cerretanos. El saqueador de tumbas los había traicionado por la paga del abate. Ahora le encontrarían encima ese dinero y lo harían trizas.

Llegamos al lugar donde habíamos dejado a Sfasciamonti exhaustos, con los nervios destrozados por el enorme peligro que habíamos corrido y hundidos por la derrota. Al final, pese a que Buvat y yo no hacíamos más que pedirle que no aflojara el paso, Atto se había quedado rezagado. Vi que ocultaba algo debajo del chaleco.

Sfasciamonti salió a nuestro encuentro.

—Hay que darse prisa, va a amanecer —dijo con tono apremiante.

—¡Mira! ¡Detrás de ti! —le indicó Atto a voz en grito.

El esbirro se volvió de golpe, temiendo un ataque.

Entonces Atto se acercó y sacó algo de su chaleco. El disparo de su pequeña pistola en la noche fue seco, agudo, casi estridente. Sfasciamonti cayó de bruces, con un grito de dolor.

—Vámonos —se limitó a decir el abate Melani.

No tuve valor para mirar atrás y ver desaparecer entre la hierba de los campos la figura triste y corpulenta del esbirro, ensangrentada hasta el tobillo.

Habíamos salido cinco y regresábamos tres. Lo más probable era que en ese momento a Ugonio lo estuviesen linchando en el anfiteatro. Sfasciamonti, por su parte, debía de estar arrastrándose por el suelo en busca de ayuda, en el desesperado intento de salvarse.

Por fin subimos a la carroza, que nos esperaba detrás del granero, y partimos.

Ante la mirada interrogativa del cochero, que había reparado en la ausencia de Sfasciamonti (era quien lo había contratado) y Ugonio, Atto dijo lacónico:

—Han decidido pasar la noche aquí.

Acompañó sus palabras de unas monedas de oro que dejó caer en las manos del cochero, a quien se le quitaron las ganas de hacer más preguntas.

Una vez más, como diecisiete años antes, escruté de reojo el rostro del abate Melani, castrado antaño célebre, hombre de confianza de los Médicis de Florencia, de Mazzarino, de mil príncipes de toda Europa, amigo de cardenales, Papas, soberanos, agente secreto del Rey Cristianísimo de Francia, y me pregunté si en realidad no estaba observando a un simple canalla o, peor aún, a un sicario de profesión.

Había disparado al pobre Sfasciamonti con una frialdad despiadada y sanguinaria. Ante tamaña decisión, nadie se había atrevido a oponerse. Si yo hubiera protestado, tal vez habría acabado igual que el esbirro.

Ahora, sentado frente al abate, sentía los miembros fríos y rígidos como el mármol. Buvat, embargado por la emoción, no había tardado en dejarse vencer por un sueño infantil y letárgico.

Atto me dispensó de la molestia de hacerle preguntas. Era como si hubiese advertido el zumbido de mis pensamientos y quisiese acallarlo.

—Tú me has proporcionado los elementos —dijo de pronto—. En primer lugar, la facilidad con que el ladrón llegó a mis aposentos. Me lo señalaste tú, cuando los inspeccionamos tras el robo. Dijiste que la villa Spada estaba llena de vigilantes. Entonces pregunté.

—¿A quién? —inquirí sin entender bien adónde quería llegar.

—Al ladrón, por supuesto. A Ugonio. Y me confirmó que los cerretanos le habían dicho que alguien lo ayudaría en su tarea desde dentro de la villa Spada.

—Sfasciamonti nos traicionó… —murmuré.

Me costaba creerlo. ¿De verdad Ugonio y los suyos habían preparado el robo a Atto valiéndose de la complicidad del esbirro?

—Es posible que Ugonio haya declarado que Sfasciamonti lo ayudó con la única intención de calumniarlo —objeté—. En el fondo los esbirros son enemigos de los saqueadores de tumbas.

—Es cierto, pero yo le dije primero que sospechaba de don Paschatio, contra el cual los saqueadores de tumbas no tienen nada. Así evité el riesgo de una respuesta

poco sincera.

—¿Y luego?

—Luego tú volviste a ofrecerme otro elemento interesante: la reforma del cuerpo de los esbirros, de la que habías oído hablar en la fiesta. Si la aprueban, muchos podrían quedarse sin trabajo. También Sfasciamonti. Nuestro esbirro tiene miedo, quiere dinero, su futuro es incierto. Además, está la increíble historia de la esfera.

—¿Os referís a cuando fuimos a San Pedro?

—No me cabía duda de que Sfasciamonti había impedido que te llevaras de la Bola Sagrada mi tratado, que había escondido allí (la idea, aunque descabellada, no deja de parecerme ingeniosa) Zabaglia, el capataz de San Pedro amigo de los cerretanos, o más probablemente de alguno que le había hecho un sucio favor. Fingí creerle cuando me contó que había cogido tu cuerpo exánime y traído a cuestas hasta la villa Spada, perdiendo de paso, eso sí, mi tratado.

—¿Qué ocurrió, según vos?

—Hizo lo imposible por llegar a la esfera antes que tú, porque no quería que te apoderaras de la presa. No cayó accidentalmente, como tú creíste, sino que se tiró adrede con todo su peso, te arrastró consigo y te atizó un buen mamporro en la testuz para mandarte al mundo de los sueños. Luego te sacó de allí con la ayuda de los guardias, que estaban compinchados con Zabaglia.

Entonces recordé que cuando velaba mi cuerpo durmiente, tras la malograda expedición a la esfera de San Pedro, Atto había pronunciado unas frases oscuras. Ahora comprendía plenamente su sentido.

—Por eso dijisteis, si no recuerdo mal: «Para librarse de la muerte es imprescindible la ayuda de los que la practican con asiduidad.» Queríais decir que Sfasciamonti me salvó de la muerte, o de la captura.

—Así es.

—También dijisteis: «Detrás de toda muerte extraña o inexplicable hay una conspiración del Estado, esto es, de sus fuerzas secretas.»

—Sí, y eso vale no sólo para los asesinatos, sino además para los robos, las injusticias, las masacres, los escándalos de los que todo el pueblo se queja y que nadie, extrañamente, consigue atajar. Si quiere, el Estado lo puede todo, da lo mismo que mande el rey de Francia, el Papa o el emperador. La vida demasiado fácil que los cerretanos llevan en Roma constituye un buen ejemplo: se la permiten gracias a que los esbirros, o sus superiores, los alguaciles y los gobernadores, son corruptos. O porque el Estado en su conjunto utiliza a los cerretanos para sus propios fines. O pretende utilizarlos cuando los necesite. Recuerda, chico: dichoso el criminal que siembra el terror en nombre del Estado; con toda seguridad se librará de la prisión. Sin embargo, el día en que conozca demasiados secretos infames, él también tendrá un triste final.

—En efecto, hace poco me dijeron que los ciegos y los cojos de la Cofradía de Santa Isabel corrompen a los esbirros para poder mendigar con tranquilidad.

—Lo sé perfectamente. ¿Por qué, pues, te asombra que los cerretanos paguen a Sfasciamonti?

¡La Cofradía de Santa Isabel! Desde que me había enterado de su existencia, cuánto recelo me había suscitado.

—Pero ¿por qué nos ayudó a descubrir a Zabaglia y, por tanto, a averiguar que vuestro tratado estaba en la esfera?

—Porque, cuando le pedí que encontrase a la persona de la que te había hablado don Tibaldutio, no le dije con qué fin queríamos esa información. Pero él quería conocer nuestro propósito.

Callé, lamiéndome mentalmente las heridas del alma.

—Sfasciamonti no es tonto —prosiguió el abate—. Es uno de tantos esbirros sin un cuarto, que se mueven en el límite entre la justicia y el crimen. Siempre buscan un buen filón que explotar: asesinos prófugos, putas que ocupan cuartos ilícitamente, recaudadores de impuestos que roban, y así sucesivamente. Sujetos, todos ellos, a los que se puede sacar una buena suma. Una vez que da con la víctima, el esbirro se hace el duro, finge que quiere indagar, arrestar, requisar. Así queda bien con sus superiores, pero nunca acaba lo que empieza: cuando hay que detener a alguien, llega dos minutos tarde; cuando interroga, se olvida de formular la pregunta pertinente; cuando efectúa un registro, no mira en la habitación donde está escondido el botín. A cambio, obviamente, la víctima le apoquina una cantidad sustanciosa. Los bribones tienen siempre reservado un dinero para contingencias de esta clase.

—Sin embargo, los cerretanos son demasiado numerosos para tener miedo de…

—¿… un cabezota como Sfasciamonti? Para quienes se dedican a los negocios sucios un esbirro es como un mosquito: si no puedes aplastarlo, procura dejarlo fuera de la ventana. Eso se consigue con dinero, sin correr riesgos inútiles. Más aún, te granjeas su amistad eterna, porque al esbirro corrupto le conviene que nada cambie. Seguramente conoces el proverbio: si remueves el estiércol, sale la peste.

Guardé silencio, perplejo. El esbirro tosco pero honesto que había creído conocer no era más que un sinvergüenza astuto y corrompido.

—Me pregunto desde hace cuánto tiempo anda Sfasciamonti tras los cerretanos —continuó Atto—. Cuando se aproxima demasiado a su objetivo y amenaza con causarles algún problema serio, han de darle algo. Entonces todo vuelve a su sitio. Por eso actuó así en los interrogatorios del Pelirrojo y de Geronimo: falsificó la fecha para que nunca los encontrasen y resultasen inútiles. ¿Qué juez puede sacar provecho de unas actas de hace un siglo? Sin embargo, la información que contienen quema, son cosas de hoy; una espina en el costado de los cerretanos, que desean mantener secretas sus sectas y, por consiguiente, están dispuestos a pagar bien para que eso no

circule. Así, el esbirro sigue amenazándolos y ellos continúan pagándole. El salario de los esbirros es miserable, como tú mismo oíste decir en la fiesta a aquellos dos prelados, porque en Roma todos ellos están corrompidos.

—Pero ¿Sfasciamonti no teme que un día los cerretanos se cansen y lo eliminen?

—¿Matarlo? Jamás se les ocurriría. La muerte de un esbirro suele provocar grandes dificultades. En cambio, basta comprarlo para resolverlo todo y bien, con discreción. Además, si lo eliminas, ¿quién lo reemplazará? Puede ser un sujeto riguroso, que no acepta dinero y cumple a rajatabla con su trabajo.

—¿Cuándo os convencisteis de la traición?

—Después de vuestro ascenso a la esfera de San Pedro, pero esta noche he tenido la confirmación definitiva. ¿Cómo, según nos contó Geronimo, supieron los cerretanos que el Pelirrojo había hablado?

—Por Sfasciamonti —concluí desconsolado, con un hilo de voz.

Así pues, reflexioné con amargura, el esbirro se había interesado por nuestras pesquisas e incluso nos había prestado alguna pequeña ayuda, pero sólo para espiarnos y vigilarnos.

—Lo gracioso es que estos días, para contar con él, yo también he tenido que pagarle. De ese modo, ha recibido dinero de las dos partes, del abate Melani y de los cerretanos —dijo con una sonrisita amarga.

—¿Habíais previsto usar los fuegos artificiales?

—Sólo si la cosa se ponía muy fea, para crear confusión y aprovecharla. La idea de Spada, tu amo, de concluir los festejos con un espectáculo pirotécnico nos ha salvado. Como has visto, ni siquiera tú te has enterado hasta el último momento de lo que iba a ocurrir en el anfiteatro. No podía correr el riesgo de que se te escapase algo con Sfasciamonti.

Sentí que me salían los colores a la cara. No obstante todas las declaraciones de estima y amistad, en el momento decisivo Atto me había tratado como a un aguafiestas al que deben confiársele los menos secretos posibles. No había remedio, me dije; un espía es siempre un espía, extraño a todos y enemigo de la confianza.

—¿Por qué lo hicisteis venir con nosotros?

—Para no perderlo de vista. Él creía que nos seguía los pasos, pero era al revés. Pedí a Ugonio que le dijera que no podía ir con nosotros al anfiteatro, para que no fuera un obstáculo. Sfasciamonti no podía oponerse; sabía que habría levantado demasiadas sospechas, pues yo le había pagado para que acatase mis órdenes. Es probable que intentara entrar a escondidas para traicionarnos, pero ignoraba dónde está el pasadizo secreto.

Yo tenía la mirada perdida. ¿Cómo era posible? ¿Es que se me escapaba todo de las personas que me rodeaban? ¿Tan hipócrita e inmoral era realmente Sfasciamonti? Me vino a las mientes la primera vez que vi a aquel esbirro torpe pero valiente, que

decía que quería convencer al gobernador de que metiera entre rejas a los misteriosos cerretanos: el esbirro que se retira de la lucha cotidiana para visitar a su madre…

—A propósito —añadió Atto—, pedí a Buvat que, entre una biblioteca y otra, fuese a preguntar un par de cosillas al párroco del barrio donde vive Sfasciamonti. Y descubrió algo francamente cómico.

—¿Qué?

—Que la madre de Sfasciamonti murió hace dieciséis años.

Callé, afligido por mi cortedad. Atto había deducido la traición de Sfasciamonti gracias a observaciones e informaciones que en buena parte yo mismo había recabado y, sin embargo, no había sido capaz de hilvanar lógicamente.

—Hay algo que no entiendo —admití—. ¿Por qué no habéis querido desenmascararlo antes?

—Ésta es una de las preguntas más estúpidas que me has planteado nunca. Piensa en Telémaco.

—¿Otra vez? —exclamé con impaciencia—. Ya he comprendido que la historia de Telémaco os sugirió la idea de distraer a los cerretanos con los fuegos artificiales. Pero ahora, francamente, no veo…

—Homero llama a Telémaco «discreto» —me interrumpió Atto—, «semejante a los dioses» y también «a la sagrada fuerza». Lo encomia casi en cada verso. Ahora bien, ¿qué dice de él el buen Eumeo, el porquerizo que tanto lo quería? Que «alguno de los dioses le ha confundido la mente». Y su propia madre, la fiel Penélope, le grita: «¡Telémaco, has perdido el juicio!» Así juzgaban sus gestas quienes más lo amaban. No reconocían la sutil sabiduría y la enorme prudencia de su proceder aparentemente insensato. ¿Y sabes por qué?

—Fingía que estaba loco para que no sospecharan de él los pretendientes que habían invadido el palacio de Ulises —respondí—. Pero, insisto, no veo de qué manera…

—Aguarda y escúchame. Telémaco se hace pasar por loco para cumplir su acto más audaz, atraer a los pretendientes a la trampa fatal: el certamen del arco de Ulises. Decía: «¡Oh, desgracia, que Zeus el Cronión me ha privado de seso! Heme aquí disfrutando y riendo con mente de loco.» ¿Y no se puso él mismo, cual señuelo, a probar ese arco que sólo su padre, según se decía, era capaz de tender? No hizo patente su simulación hasta el momento oportuno, cuando Ulises toma el arco para matar a los pretendientes.

—Ya entiendo —dije por fin—. Fingisteis creer a Sfasciamonti hasta que le sacamos el máximo partido.

—Exacto. Si lo hubiese desenmascarado antes, nunca habríamos sabido nada de lo que contó el Pelirrojo, ni habríamos llegado al Tudesco, o sea, a Ugonio, y así sucesivamente.

—Habéis sido hábil y temerario. Habéis sabido tener una alimaña a vuestro lado sin que os arranque los ojos —comenté admirado, pasando por alto que el abate me había hecho ver las orejas al lobo en compañía de un traidor.

—Además —concluyó Atto con una risita—, habría sido complicado deshacerse antes de Sfasciamonti; ¡no podía agujerearle el trasero en medio de los festejos de la villa Spada!

La carroza proseguía su camino en las primeras luces del alba. El cansancio caía inexorablemente sobre nuestros párpados, mas demasiadas preguntas me apremiaban aún en el alma.

—Don Atto, ¿por qué imprecasteis cuando Ugonio os dijo que aquel cerretano holandés tenía que despegar la encuadernación de vuestro tratado?

—Por fin lo preguntas. Todo el problema reside ahí.

—¿Qué queréis decir?

Era un asunto de falsos blancos. Cuando se apunta contra un objetivo equivocado, explicó Atto, todo se tuerce.

El primer blanco falso había sido el cardenal Albani. Como ya habíamos descubierto, no tenía nada que ver con el robo del tratado de Atto sobre los secretos del cónclave.

El segundo blanco falso era Von Lamberg. Habíamos creído que era el embajador imperial quien había encargado el robo, por su afán de apoderarse de los análisis e informes secretos que Atto debía de haber redactado para el Rey Sol en sus páginas. Era otro error.

—Von Lamberg no es más que un creyente muy devoto. En lugar de ser embajador, debería estar en Viena haciendo vida de cortesano, atiborrándose de costillas de ciervo y de pastel de queso, como hacen todos sus paisanos, y ocupándose de sus tranquilos feudos austríacos. Él no ordenó el robo de mi tratado.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Estoy seguro porque nadie ordenó a los cerretanos que cometieran el robo. Lo hicieron por su cuenta.

—¿Ellos? ¿Y por qué?

—¿Te acuerdas de lo que dijo Ugonio cuando entramos en su guarida en las termas de Agripina? Los cerretanos están inquietos, masculló, porque alguien les ha robado su nueva lengua. Lo confirmó también Geronimo, el cerretano que Sfasciamonti ha interrogado hoy. La respuesta de Ugonio parecía absurda. Sin embargo, no dejé de darle vueltas en la cabeza. La nueva lengua. ¿No es verdad que los cerretanos tienen una lengua secreta, la jerga, o jacarandina si lo prefieres? Como sabemos, es más seria que el idioma ridículo que oíste cuando te arrojaron de la terraza, en campo di Fiore.

—Os referís a… «tresmientrestes».

—Sí. Su lengua secreta no es más que la jerga que hemos sido capaces de entender en buena parte gracias al pequeño diccionario que nos consiguió Ugonio. Ahora bien, es probable que los cerretanos hayan decidido renovarla precisamente porque empieza a ser demasiado conocida. ¿Recuerdas lo que nos dijo Buvat? La jerga es una lengua secular. Sin embargo, cuando deja de ser incomprensible, la modifican un poco valiéndose de pequeños ardides para que vuelva a ser tan oscura como antes. Esta vez, sin embargo, alguien ha robado la clave del nuevo código, la regla de su funcionamiento, o algo semejante, tal como dijo Geronimo a Sfasciamonti y a sus dignos colegas. Podría tratarse de una simple hoja de papel con las instrucciones para hablar y comprender la jerga reformada.

—Sí, os sigo —dije comenzando a entender.

—Pues bien, después de sufrir el robo, los cerretanos habrán hecho de todo para recobrar la hoja mágica, ¿no te parece?

—Desde luego.

—¿Y qué es lo que por todos los medios han intentado sustraerme y conservar hasta esta noche?

—¡Vuestro tratado! ¿Insinuáis que la lengua secreta de los cerretanos está…?

—Oh, no en lo que yo he escrito. No sé nada de la lengua de los cerretanos. Para ser precisos, la hoja está dentro del volumen.

—¿De qué forma?

—¿Sabes cómo se hacen las cubiertas de pergamino, como la que yo encargué para mi tratado al pobre Haver?

—¡Pegando… hojas usadas! Ya lo entiendo: ¡las instrucciones para la lengua secreta están pegadas dentro de la cubierta! De hecho Ugonio dijo que aquel extraño cerretano, el encuadernador holandés, tenía que despegar la encuadernación…

—Así es. Tenía que separar de mi cubierta la hoja que describe las nuevas reglas de la lengua secreta. En efecto, las hojas que se emplean para la encuadernación suelen pegarse a la cubierta por el lado escrito.

—Por eso, para despegar la hoja han traído a un experto de Holanda. Pero se me escapa una cosa: ¿cómo ha acabado en vuestro libro?

—Qué preguntas. La puso el encuadernador, Haver. Sin saberlo, por supuesto.

—Eso explica que los cerretanos irrumpieran en la casa de Haver y se lo llevaran todo. ¡Buscaban vuestro volumen!

—Y el pobre hombre, del susto, entregó el alma —añadió Atto con tono triste—. Sin embargo, como recordarás, cuando llegaron a la casa de Haver yo ya había mandado retirar el libro. Los ladrones se apercibieron de ello sólo después de examinar su botín: montañas de papel. Se llevaron un chasco.

—Entonces encargaron a Ugonio que os robara el tratado.

—Así es. El saqueador de tumbas actuó sobre seguro: en mis aposentos no había más libros encuadernados. Por eso no tuvo ninguna dificultad en encontrar el volumen adecuado. Ni él ni los cerretanos conocían su contenido.

—Bien. Pero ¿cómo llegó la hoja al taller de Haver? ¿Y por qué se fijan en él los cerretanos?

—Haz un poco de memoria. Esta noche, al lado del estrado del archimandrita había un joven que creíamos haber visto en algún sitio.

—Sí, pero todavía no sé dónde nos hemos cruzado con él. Puede que lo hayamos visto mendigar en algún lugar de la ciudad, o quizá estaba con los otros mendigos en Termini la noche en que perseguimos al Pelirrojo y a Geronimo.

—Te equivocas, pero no hay por qué extrañarse, ya que apenas alcanzamos a verlo durante unos segundos; además, yo lo vi mejor que tú, porque es el hombre que me rebanó el brazo.

—¡El cerretano al que persiguió Sfasciamonti delante de la villa Spada!

—El mismo. No es casual que esta noche estuviese junto al archimandrita, a Ugonio y a ese mostrenco… ¿cómo se llamaba…? Drehmannius. Aquel chico tan flaco que parece un saco de huesos, mi agresor, llevaba a algún sitio la hoja con la lengua secreta. Se tropezó con nosotros, la hoja salió volando y se mezcló con otros papeles. Y acabó en mi encuadernación. Para los cerretanos, informados por Sfasciamonti, encontrar el taller de Haver fue un juego de niños.

—Pero ¿por qué aquel cerretano flaco tuvo que apuñalaros delante de la villa Spada?

—No me apuñaló. Fue un accidente. Sfasciamonti lo había visto en los alrededores y había comprendido que tramaba algún negocio sucio. Después de intentar detenerlo, fue en pos de él. El esbirro tuvo una buena intuición: el cerretano, en efecto, llevaba consigo el nuevo código de la jerga reformada. Tal vez hacía de mensajero; los cerretanos iban a reunirse dentro de muy poco, ahora lo sabemos, y seguramente estaban haciendo los preparativos. Mientras huía, el muchacho empuñó el puñal para defenderse en el caso de que lo alcanzaran. Entonces tropezó conmigo, provocándome la herida que todavía me duele, y perdió el arma. Sfasciamonti, mira por dónde, se quedó con el cuchillo; quería estar seguro de que nadie le robaría la investigación.

—Pero, en vez de complicarse la vida robando vuestro tratado, ¿los cerretanos no podían conseguir otra copia del código?

—No existe siquiera, creo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por simple lógica. Buvat nos dijo que por tradición sólo el archimandrita mayor puede dictar las nuevas reglas. Las escribe de su puño y letra, y luego el texto se lee en una reunión general con representantes de todas las sectas, los cuales se encargan

de difundir el nuevo código por todas partes. Sin embargo, Ugonio nos había informado de que debían nombrar un nuevo archimandrita porque el anterior había muerto. Así pues, había desaparecido el único que conocía el contenido de aquella hoja: su autor.

—Pero la asamblea general ya estaba convocada, quizá desde hacía meses —dije siguiendo el razonamiento—. Partidas de cerretanos afluían de toda Italia y no se podía elaborar un nuevo código porque no quedaba tiempo.

—Claro. Supongamos que, en el apuro, se empeñaran en componer una nueva lengua secreta sin el difunto archimandrita mayor. ¿Qué crees que, en una semana, podría salir de la mollera de esas bestias vestidas con harapos?

—Esto no tiene pies ni cabeza —comenté tras un breve silencio—. Me parece inaudito lo que hizo Sfasciamonti: lanzarse a perseguir a un individuo para luego entablar un pacto.

—No tiene nada de extraño. Los esbirros corruptos son los primeros que llegan allí donde se comete un delito, o simplemente allí donde hay motivos de sospecha. Saborean de antemano el dinero que podrán sacar.

Calló un instante, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de fino encaje.

—¿Creéis que sobrevivirá?

—No temas. Antes de disparar le hice volverse por dos razones: porque es un traidor, y a los traidores siempre se les dispara por la espalda, y para apuntarle al trasero, la única parte del cuerpo donde nada se fractura y son muy improbables las infecciones.

El abate Melani había hablado con tal aparente conocimiento de causa de las infecciones por arma de fuego que supuse que su trato con las armas venía de antiguo. Algo muy propio de todo espía auténtico.

Cuando llegamos, ya había despuntado el día. Pedimos al cochero que nos dejase a cierta distancia de la villa Spada para que los criados no nos vieran salir de la carroza.

Atto estaba exhausto. Buvat y yo tuvimos que ayudarlo a subir a sus aposentos. La servidumbre, ya acostumbrada a nuestras apariciones y desapariciones en horas insólitas, hizo como que no nos veía.

Acomodado en su cama como un cuerpo muerto, el abate Melani cerró los ojos preparándose para un largo sueño. Entonces, justo cuando me disponía a salir, vi que fruncía la nariz como siempre que percibía un mal olor. Al mismo tiempo mis ojos, no menos cansados que los miembros de Atto, advirtieron un movimiento detrás de la cortina de la ventana. Más abajo, en el suelo, bajo faldas de la tela asomaba un par de botas enormes.

—Esto no acabará nunca —dijo el abate entre asustado e irritado.

El intruso no se movía, temeroso quizá de nuestra reacción. Buvat, Atto y yo también nos quedamos quietos esperando su iniciativa.

—Sal de ahí, quienquiera que seas —dijo el abate sacando su pistola.

Hubo un instante de silencio.

—Para ser mas médico que mendigo, presiento al decisionismo incunable de vuesa merced este modesto aprovechamiento de mis denosdados mierdecimientos —susurró una vocecita tímida y temblorosa.

El brazo de un gabán salió de detrás la cortina y enseñó un libro que parecía haber sido pisado por las ruedas de cien coches.

—¡Mi tratado! —exclamó Atto, que tras asirlo apartó de golpe los pliegues de la cortina.

Ugonio, en un estado aún más calamitoso que el habitual, no se anduvo por las ramas. Explicó que había conseguido escapar de los cerretanos, gracias a la girándula que había encendido Buvat, poco antes de que nosotros saliéramos del alboroto. Una vez fuera del anfiteatro, él también se había cuidado de evitar el sendero principal, motivo por el cual no lo habíamos visto. Para regresar a Roma, venturosamente había robado un caballo en un establo, aunque corriendo el riesgo de que lo alcanzara y matara el dueño, que, armado hasta los dientes, lo había perseguido a lomos de una potranca. Ahora había venido a entregar la mercancía prometida y a recibir una nueva recompensa, que bien se merecía.

Muy emocionado por la recuperación de su tratado, el abate Melani no prestaba gran atención a Ugonio. Abrió el libro, y por fin vi con mis propios ojos aquello por lo cual había arriesgado la vida:

Atto me leyó orgullosamente el frontispicio:

—«Memorias secretas que contienen los acontecimientos más notables de los cuatro últimos cónclaves con numerosas observaciones sobre la corte de Roma.»



—Me urgencia en grado sumario mi gratoficación postrimera —dijo Ugonio tocándose un hombro. Tenía una mano vendada y restos de sangre en la cara.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Atto dejando de mirar su querida obra. No le cabía en la cabeza que a alguien tan hábil como Ugonio lo hubieran pillado con el tratado sobre los secretos del cónclave que él mismo le había encargado robar.

—Una nadita, un imprevistado con intrascendencia.

La respuesta era demasiado evasiva para no crispar a Atto.

—¡Vaya! Te he dado un montón de dinero y has estado a punto de perder mi libro cuando ya te habías apropiado de él, ¿y llamas a eso «un pequeño imprevisto»? —rezongó Melani.

El saqueador de tumbas calló con evidente turbación. Sus heridas eran elocuentes: al ir a quitar el libro a los cerretanos, algo había salido mal. No podía negarse a explicar lo que había ocurrido. Así pues, con circunloquios y expresiones muy coloridas y singulares, contó que el gran legator Drehmannius llevaba al cuello una cadenita con una reliquia sumamente interesante: de un pequeño crucifijo de madera colgaba una cajita que contenía un incisivo, que sin sombra de duda, como le había revelado su olfato, había pertenecido a la sagrada mandíbula del santo holandés Leboino.

—¡Me importa un bledo! No estabas allí para… —lo interrumpió Atto, pero enseguida se llevó una mano a la boca. Sus ojitos se achicaron y aguzaron como dos puñales deseosos de clavarse—. Sigue.

Aunque entre ambigüedades y medias palabras, llegó la confesión. Pese al gran riesgo que acababa de correr para sustraer del morral del gran legator el tratado de Atto, Ugonio no había podido resistir la tentación. Con un movimiento felino se había acercado al oído del cerretano holandés para susurrarle algo. Seguía el alboroto causado por los fuegos artificiales, de modo que la asamblea se había transformado en un hervidero estrafalario y ensordecedor. Con una mano Ugonio había soltado la cadenita del crucifijo por la nuca del otro, al tiempo que fingía perder el equilibrio y casi caía encima de él («¡Técnica muy aconsejante y productífera!», comentó satisfecho), para que la víctima no prestase atención al robo que estaba sufriendo. El crucifijo se había deslizado por la barriga del gran legator, Ugonio lo había cogido y se lo había guardado en el bolsillo.

—Lo que me imaginaba —masculló Atto, que contenía a duras penas la ira.

Como Melani y yo sabíamos perfectamente, los saqueadores de tumbas robaban, vendían y transformaban toda suerte de cosas, pero su mayor pasión eran las reliquias sagradas, sin importar que fueran verdaderas o falsas (ya diecisiete años antes nos habían dado pruebas de ese apetito malsano). Por desgracia, su desmedida codicia solía manifestarse cuando había en juego algo mucho más valioso, y al final todo se iba al traste. La avidez de Ugonio, en efecto, había sido castigada enseguida, como él continuó explicando en voz cada vez más baja por el empacho.

Al cabo de unos minutos, mientras se rascaba su pecho sucio y pulgoso, el gran legator se había dado cuenta de la sustracción del diente de san Leboino y, por consiguiente, también de la desaparición del tratado sobre los secretos del cónclave, que no habría echado en falta de no ser por el otro robo. Por eso Ugonio había tenido que poner pies en polvorosa y, con la fuerza de la desesperación y la ayuda de la girándula lanzada por Buvat, había conseguido librarse de sus ex aliados.

—Drehmannius es un memencio muy descuidadizo —concluyó alborozado el saqueador de tumbas, tras lo cual soltó su genuina e irrefrenable risa simiesca.

—¡Zote, animal, mendrugo! —espetó Atto—. ¡Te di un montón de dinero para

que recuperaras mi tratado, no para que fueras tras tus porquerías!

El acusado guardó silencio. La expresión de su rostro, que de pronto había adoptado un aire contrito y humillado, ocultaba hipócritamente (estaba seguro) la insensible y bestial sed de posesión que es propia de las naturalezas primitivas.

—Sólo una pregunta, Ugonio: ¿dónde está ahora esa sagrada reliquia? —inquirí, horrorizado y al tiempo divertido por lo voraz que era para el robo el saqueador de tumbas.

Por toda respuesta, como el aldeano saca de la jaula su mejor conejo para enseñarlo a los compradores, en un abrir y cerrar de ojos Ugonio extrajo de su gabán la cajita que contenía el incisivo de san Leboino. Lo había conseguido.

—Ahora los cerretanos van a rebuscarme por doquieran —concluyó con un tono de inquietud que nunca le había oído—. He de alargarme de aquí sin delación. Creo que me ahuyentaré hacia Vindobona.

—¿Regresas a Viena? —preguntó asombrado Atto, mientras dejaba una bolsita de monedas en la mano sana de Ugonio. Éste sopesó el contenido, que a pesar de todo se había merecido, y profirió un gruñido de satisfacción.

Sabíamos que el saqueador de tumbas procedía de la capital del Imperio, motivo por el cual su italiano era tan precario, pero nunca hubiéramos imaginado que los cerretanos podían perseguirlo con tanto encarnizamiento como para forzarlo a volver a su patria.

—De todos modos, supongo que después del jubileo no andarás corto de medios para establecerte en tus tierras —observó Atto.

Ugonio no pudo reprimir una sonrisa satisfecha.

—Para ser más médico que mendigo, los granjeos jubiliares han sido cuantosos y sucurápidos. Me sumiré en un lugar apartadizo y pachorro, para no menoscagar el peculiado.

El abate Melani, pese a su natural cínico, parecía casi disgustado.

—¿No podrías refugiarte temporalmente en el reino de Nápoles, que está a pocas horas de aquí, y regresar cuando las aguas se hayan calmado?

—Los cerretanos son inclemencios, matarifesios y muy tenacios —respondió el saqueador de tumbas. Acto seguido se aprestó a salir por la ventana, por donde probablemente también había entrado—. Asuertemente, se agerenciaron eso que con tanto frenetismo codicionaban.

Antes de desaparecer señaló el tratado que Atto tenía por fin entre sus manos.

Mientras el saqueador de tumbas se esfumaba (¿volvería a verlo alguna vez?), reparé en que, en efecto, la cubierta del libro estaba arrancada. Recordé entonces que había visto cómo la encuadernación se desgarraba cuando Ugonio trataba de librarse de sus perseguidores en el anfiteatro.

Los cerretanos habían conseguido su propósito: tenían en su poder el código de la

lengua secreta.

Décima Jornada

16 DE JULIO DE 1700

Al día siguiente Buvat vino a buscarme, enviado por el abate Melani. Yo había dormido unas horitas, durante las cuales había revivido la experiencia de Albano, la llegada de la condestablesa, la emoción y turbación de Atto Melani, la historia de la triste vejez del Rey Cristianísimo, que jamás había olvidado a su querida Maria. Pero sobre todo había pensado en el Tetráchion. Y había reflexionado. Mucho.

El secretario de Atto me traía un traje magnífico, además de un par de zapatos relucientes. Al final de su estancia en la villa Spada el abate cumplía por fin su propósito inicial, a saber, el de verme con ropa nueva. Y yo sabía por qué o, mejor dicho, para quién.

Me lavé, me vestí y me peiné bien, recogiéndome el pelo con el bonito lazo de tela azul que acompañaba al traje.

Cuando salía por la puerta de casa, Cloridia me miró de hito en hito.

—¡Caray, vaya lujo! Sí que es generoso tu abate. Esperemos que se decida de una vez a soltar la dichosa dote para las niñas.

—Esta tarde iremos al notario —la informé.

—Por fin. Diría que te lo has merecido con creces.

Encontré a Atto en el estado de aparente calma en que lo había dejado la tarde anterior, como si ya se hubiese olvidado de las sobrecogedoras peripecias que habíamos vivido por la noche. Esta vez, eso sí, se había vestido para la ocasión. Pero, curiosamente, se había puesto el ropón violeta y la caperuza de abate con los que lo había conocido diecisiete años atrás, y con los que había vuelto a verlo el día que llegó a la villa Spada. Atuendos pulcros y correctos, pero pasados de moda y que hablaban de tiempos lejanos.

Era una decisión apropiada, me dije. ¿Acaso no lo esperaba un encuentro con el pasado? Sentí gratitud hacia él; al final iría a la cita con la condestablesa vestido con la misma ropa con que se había presentado ante mí.

El único toque de vanidad era un perfume a la francesa que invadía la habitación con un aroma demasiado intenso.

Atto, sentado al escritorio, estaba poniendo un sello de cera a la cinta roja que cerraba una carta enrollada en forma de tubo. Su vieja mano temblaba y no conseguía sujetar bien la superficie curva de la hoja.

El día era caluroso y hacía mucho bochorno. Se oía el cántico de una procesión: en las vecinas calles de Trastevere desfilaba el gran cortejo de las archicofradías, que iban a reunirse en la iglesia de la Virgen del Carmen.

Melani me vio y suspiró, ya exhausto antes de salir, como ocurre siempre que nos sentimos inferiores a la tarea que nos aguarda o a lo que los demás esperan de nosotros. Ni siquiera me saludó.

—Esta mañana me he hecho anunciar. Hemos de estar allí dentro de media hora —dijo lacónicamente.

—¿Dónde?

—En el convento de las monjas de Campo Marzio.

—¿Por qué no se ha quedado a dormir aquí, en la villa?

—Por lo que me ha hecho saber, le parecía inoportuno. La fiesta ha terminado, ahora el cardenal Spada tiene la mente ocupada en otros asuntos.

Un carruaje nos esperaba en la entrada. Tan pronto como partimos, la mirada de Atto se sumió en la contemplación de la villa Spada que se alejaba.

Yo imaginaba, o al menos creía intuir, los pensamientos que bullían en su mente ante aquella vista: la fiesta había terminado, los cerretanos ya pertenecían al pasado, se volvía a la realidad. Tras el encuentro con la condestablesa reanudaría su batalla personal: el afán de imponer su huella al curso de las cosas humanas durante el próximo cónclave. Pero simultáneamente lo turbaban la dolorosa contemplación del tiempo implacable y la sensación de que el traqueteo del carruaje maltrataba su cuerpo mucho más, ay, muchísimo más, que aquel día de décadas atrás, cuando el joven castrado, contando sólo con su propio talento y con el apoyo del gran duque de Toscana, se había presentado en la misma ciudad, en otro carruaje, con la mirada rapaz y el corazón intrépido, para sentarse al gran banquete de la música, de la política, de la intriga y, quizá algún día, de la gloria.

Al cabo de pocos meses comprobaría, con el nuevo cónclave, si una vida entera era suficiente para cumplir sus ambiciones.

Al cabo de pocos minutos, en cambio, comprobaría si una vida entera había sido capaz de borrar un gran amor.

Cuando los caballos pasaron delante del Navío, Atto se asomó instintivamente. Miró hacia lo alto. Yo sabía en qué pensaba: en el Tetráchion.

Ya era hora de hablar.

—¿Por qué Capitor, cuando dijo «Dos en uno», señaló también el cetro de Neptuno, es decir, el tridente? —pregunté de sopetón.

El abate se volvió hacia mí, sorprendido.

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirió a su vez arrugando la frente.

—Tal vez Capitor quería decir que esas dos figuras estaban unidas al cetro: «Dos en uno», precisamente.

—¿Qué sentido tendría eso? —preguntó Atto delatando la impaciencia que le causaba no ser, por primera vez, tan rápido como yo en el razonamiento. Ignoraba que unas horas antes yo había elaborado mil veces esa reflexión en mi cama.

—¿Os acordáis de lo que dijo a Cloridia la doncella de la embajada de España? Que el Tetráchion era el heredero de la corona española. Además, vos mismo me habéis contado que el cetro de tres dientes empuñado por Neptuno simboliza la corona de España, dueña del océano y de dos continentes. Tal vez eso era lo que quería decir Capitor.

—Sigo sin entender.

—En resumidas cuentas —dije, mientras mis pensamientos iban a galope tendido y mi palabra a duras penas les seguía el paso—, tengo para mí que la loca quería decir que dos gemelos como los del Tetráchion eran los legítimos herederos al trono de España y que lanzó una advertencia a Mazzarino.

—¿A Mazzarino? —exclamó Melani con tono de incredulidad e impaciencia—. ¿Qué te pasa, chico? ¿Has perdido la chaveta?

Continué, sin prestarle atención.

—Capitor dijo también que quien quitara sus hijos a la corona de España sería castigado. Quizá… —Vacilé un instante—. Quizá esos hijos sean el Tetráchion y, dado que nosotros podríamos haberlo visto aquí, en el Navío, cabe que el cardenal Mazzarino los hiciera raptar en España…

El abate rompió a reír.

—Su Eminencia habría hecho raptar a esa especie de pulpo que creímos ver en el pabellón del Navío… No está mal como idea, diría incluso que puede ser excelente para una comedia de enredo. ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué, dime, iba a hacer eso? ¿Para hervirlo y prepararlo en ensalada con zanahorias y aceitunas? A lo mejor con una pizca de orégano fresco, toda vez que Mazzarino era siciliano…

—Lo hizo porque el Tetráchion era el heredero al trono de España.

—¿Has sufrido una insolación? ¿O la expedición a Albano te ha hecho perder el juicio? —insistió el abate, pero ahora con gesto serio.

—Don Atto, no creáis que no he meditado. Vos mismo me lo dijisteis: Mazzarino, antes de las profecías de Capitor, parecía albergar proyectos distintos del matrimonio para forzar a Felipe IV a una paz ventajosa para Francia. ¿Podéis explicarme por qué? Asimismo, me dijisteis que el cardenal no tenía todavía la menor intención de casar al Rey Cristianísimo con la infanta, es más, que dejaba que el amor entre Su Majestad y Maria continuase y se afianzase.

Atto me escuchaba sin mover un músculo.

—Tal vez Mazzarino tenía una baza, un secreto atroz, algo engendrado por la sangre ya podrida de los Habsburgo de España: el Tetráchion. Todos los hijos legítimos de Felipe IV morían pero, contra todo lo previsto, aquellos dos gemelos

habían sobrevivido.

—¿Quieres decir que, antes de Carlos II, Felipe IV tuvo dos gemelos de la ralea del Tetráchion? —preguntó con voz átona.

—Posiblemente uno de los casos menos graves, como explicó Cloridia, el de los gemelos unidos por una sola pierna —proseguí—. No se les podía separar de niños, pero sí de adultos, si seguían vivos. El hecho es que había heredero o, mejor dicho, herederos al trono de España. Mazzarino los hizo raptar para utilizarlos como moneda de cambio en las negociaciones de paz. Pero luego llega Capitor con su profecía de la virgen y la corona, el cardenal se asusta y quiere separar a toda costa a su sobrina del joven rey. Ya no sabe qué hacer con el Tetráchion y por eso se lo manda a Elpidio Benedetti, quien…

—Quieto ahí. Has cometido un gravísimo error de lógica —me atajó el abate con la mano—. Si, como afirmas, Capitor quería decir a Mazzarino que lo iban a castigar por haber sustraído el Tetráchion a España, el cardenal se habría ciscado de miedo y devuelto lo antes posible a los dos gemelos a Felipe IV En cambio, los manda a Roma, a Benedetti. ¿Por qué?

—Porque no lo entendió.

—¿Qué quieres decir?

—Vos mismo me lo habéis contado: Mazzarino se sintió muy halagado por el plato con las figuras de Neptuno y Anfítrite. En las dos divinidades soberanas del mar había identificado a sí mismo y a la reina Ana, y en el cetro de tres puntas de Neptuno, la corona de Francia, bien ceñida en su puño, e incluso la de España, dueña del océano y de dos continentes, que había sido devastada por la guerra y que ahora estaba en sus manos. Esta última hipótesis literalmente le arrebató el ánimo. Por otra parte, como me dijisteis, el cardenal creyó que la advertencia de la loca vidente contra quien privase a «la corona de España de sus hijos» estaba dirigida a Felipe IV. En suma, no entendió que las palabras de Capitor celaban una amenaza contra él.

—Te felicito por tanto derroche de fantasía, aunque juzgo que te sale un revoltillo algo desmesurado —dijo Melani con tono burlón.

—Si Mazzarino no hubiese hecho raptar a esos gemelos —continué impertérrito —, hoy Francia no podría reclamar la sucesión española. Con una pierna deforme se hubieran quedado cojos, sin duda, pero quizá, al revés que Carlos II, habrían podido procrear. ¿Acaso no existe en España la leyenda del rey Gerión, que tenía tres cabezas? ¿Y qué decir del águila bicéfala del escudo de los Habsburgo? Cloridia nos lo explicó: podría ser el recuerdo de un parto de gemelos defectuoso, acaecido a saber cuándo entre los antepasados de Carlos II. Dicho de otro modo, me parece que el Tetráchion no es el primer caso entre los reyes de España.

—Y, en tu opinión, Elpidio Benedetti tuvo a aquellos desdichados niños en algún sitio y luego en el Navío, una vez terminada la construcción de la villa —concluyó

rápidamente el abate.

—Mazzarino no le confió por azar los tres regalos de Capitor, así como el cuadro que los representaba —afirmé con tono serio.

—De suerte que en aquella villa, amén de las apariciones de Maria, el rey y Fouquet, del cuadro con los tres regalos de Capitor y, por supuesto, de tu papagayo, ¿cómo se llama?, sí, *César Augusto*, habríamos visto también el Tetráchion. ¡Vaya olla podrida que es el Navío! ¡Lo suyo sería llamarlo Calderón, ja, ja! —dijo con una carcajada.

Siguió riendo un rato. Yo lo miraba sin rencor; sabía que mis conjeturas no eran tan absurdas como parecían y me regocijaba pensando que por una vez yo era el maestro y Atto, el discípulo.

—Sin embargo, olvidas una cosa —precisó poco después—. El Tetráchion que vimos en el pabellón no era más que el reflejo deformado de nosotros mismos.

—Eso es lo que vimos ayer. Además, si damos crédito a los espejos, nosotros también seríamos monstruos —declaré con voz firme.

Mis afirmaciones inquietaron al abate.

—¿Insinúas que la primera vez quizá vimos la imagen de esos gemelos deformada por los espejos? —preguntó.

—¿Estáis convencido de poder descartarlo? —dije con ironía—. Ayer lo constatamos con nuestros propios ojos: esos espejos se reflejan el uno en el otro. La primera vez, podrían habernos devuelto la imagen de los gemelos desde cualquier punto del pabellón, tal vez fundiéndola con la nuestra. Aterrorizados por esa visión distorsionada, huimos corriendo sin siquiera mirar alrededor.

El abate Melani tamborileaba impaciente con los dedos sobre el puño de su bastón.

—¿Por qué no queréis aceptarlo, don Atto? Aquí no hay nada mágico ni inexplicable, solamente la ley física que rige esos espejos y la obstetricia, que hace ya más de un siglo describió casos de gemelos unidos a la manera del Tetráchion. Y casualmente los gemelos que quizá vimos tenían el mentón de los Habsburgo.

—¿Y adónde fueron a parar después? No encontramos más rastros suyos en el Navío.

—Después de descubrir los espejos deformantes, no los buscamos más. Y fue un error. Vos mismo me lo enseñasteis hace diecisiete años, con múltiples ejemplos: cuando un particular resulta infundado, no por ello hay que desechar toda la hipótesis; o bien, un documento puede ser falso, pero contar la verdad. En una palabra, como reza el dicho, aunque la mar sea honda, echa la sonda. Pues bien, nosotros hemos incurrido precisamente en esos errores.

—Ahora atiéndeme —replicó el abate muy enojado—. Ayer te hablé de ello. Para ser exacto, Capitor dijo: «Aquel que prive a la corona de España de sus hijos, la

corona de España lo privará de sus hijos.» Por si te interesa saberlo, para mí esas palabras carecen de sentido. Mazzarino nunca tuvo hijos y sus sobrinos le dejaron una descendencia tan numerosa que su título tardará mucho en desaparecer.

»Lo que creo, en fin, es que todo eso es demasiado complicado para ser cierto. Me alegro de haberte enseñado a no fiarte nunca de las apariencias y a extraer conjeturas, sin ninguna censura, allí donde faltan datos, pero no te excedas, chico; todo tiene un límite. Aquella loca habló sin ton ni son y nos está haciendo desvariar también a nosotros.

—Pero pensadlo bien…

—Basta ya de sandeces, estoy cansado.

Mientras proseguíamos el viaje, Atto miraba por la ventanilla las alturas del Janículo: las villas, el verde de los jardines, las suaves copas de los árboles. Más abajo se divisaba la ciudad y sus torres, símbolos de la cristiandad, y la cúpula de San Pedro, símbolo del eterno poder de la Iglesia.

Me hubiera gustado que me ayudara en mis reflexiones, pero Atto, férreamente incrédulo, se había mofado de mí y luego me había mandado callar conculcando así en la práctica sus enseñanzas de antaño. No sabía si atribuirlo a su incapacidad de comprender, a la envidia, a la vejez o a que realmente pensaba que, para una vez que intentaba sacar conclusiones por mi cuenta, éstas no eran más que puros desatinos. Desconozco si las mías no eran sino descabelladas e ingenuas fantasías de un labriego que cree en los monstruos. Una sola persona podía saberlo, quizá.

Estábamos muy cerca de nuestro destino. El postillón paró los caballos. Me apeé y fui al otro lado del coche para ayudar a Atto a bajar. Hicimos el último tramo del camino a pie, sin prisa. Llegados frente al convento, nos detuvimos a contemplar la fachada. Protegiéndose con una mano de los rayos del sol, Atto miraba las ventanas de los pisos más altos, que en los conventos, por tradición, están reservados para los huéspedes de incógnito. Ella quizá estuviera detrás de una de ellas.

Melani permanecía inmóvil, con la vista clavada en aquellas ventanas, como si hubiese llegado hasta allí sólo para esa contemplación.

—Parece que tendréis que subir un montón de escalones —comenté en son de burla, con la intención de despabilarlo.

No dijo nada. Instintivamente le ofrecí el antebrazo, ignoro si para animarlo a llamar a la puerta del monasterio o para ofrecerle consuelo. Vaciló. Luego me tendió la carta enrollada y sellada.

—Toma. Entrégasela en cuanto la veas.

—¿Yo? ¿Qué queréis decir? Os está esperando. Además, tenéis un montón de cosas que contarle y preguntarle. No pretenderéis…

Atto volvió la mirada hacia un viejo banco de madera abandonado cerca de donde

estábamos.

—Creo que voy a sentarme allí un rato —dijo.

—¿Por qué? ¿No os encontráis bien? —exclamé.

—Oh, me encuentro perfectamente, pero te agradecería que subieras tú.

Desconcertado, no me moví.

—¿Queréis decir que no vais a subir?

—No lo sé —respondió Atto lentamente.

—Si no vais, ella no lo entenderá.

—Ve tú, chico. Tal vez te siga.

—Pero ¿qué dirá cuando vea aparecer a un desconocido? ¿Y qué le diré yo? Tendré que contarle que sois un hombre de otros tiempos y preferís subir las escaleras con calma…

El abate sonrió.

—Cuéntale que soy un hombre de otros tiempos, y punto.

No pude contener un gesto de incredulidad. Sujeté la carta entre mis dedos.

—Cometéis una locura —protesté débilmente—. Además…

Pero Atto dio media vuelta y se encaminó hacia el banco de madera.

En ese preciso instante (es difícil decir si por una coincidencia o porque las monjas nos observaban secretamente) se abrió la puerta del convento. Una monja me miraba con expresión interrogativa por una rendija. Esperaba que me acercase.

Miré a Atto. Se sentó. Se volvió hacia mí y levantó un brazo, gesto que era al tiempo una despedida y una orden de avanzar. Apenas tuve tiempo de verlo de nuevo, mientras la monjita cerraba la puerta detrás de mí.

Me hallaba en un pasillo impregnado del inconfundible aroma de los conventos femeninos, aroma a oraciones, a frescas novicias y a vigilias al alba. Seguí a mi guía por varias escaleras y corredores, hasta que llegamos a una puerta. La monjita llamó, bajó el picaporte y se asomó a la habitación. Desde dentro, una voz femenina dijo algo.

—Esperad un instante, tened la bondad. Podéis sentaros aquí —me indicó la religiosa—. Llamad dentro de un rato. Os harán pasar. Yo, lamentablemente, debo ir enseguida a ver a la madre superiora.

¿Qué contenía la carta que yo llevaba en la mano? ¿Era un mensaje de Atto a la condestablesa o una nota autógrafa del rey Luis de Francia para su Maria? Quizá ambas cosas…

Días antes, Melani le había anunciado por escrito que, en su reencuentro, le entregaría algo que haría cambiar la idea que ella tenía sobre la felicidad del rey. ¿Qué quería decir exactamente? La respuesta estaba en la misiva.

Aunque disponía de poco tiempo, ya me había resuelto a hacerlo. El sello de Atto

estaba doblado, podía parecer que no se había pegado bien al papel.

Estaba a punto de levantar el telón del espectáculo más íntimo de los corazones de aquellos tres viejos.

Desenrollé la carta.

Cuando acabé de leer, casi no daba crédito a mis ojos.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando por fin llamé a la puerta. Mi alma estaba serena; mi intelecto, más lúcido que nunca.

—Entrad —dijo una bella voz femenina, madura pero gentil, dulce, bien dispuesta.

En el fondo, era así como me la imaginaba. Me acerqué.

Tras presentarme y entregarle la misiva, le expliqué la ausencia de Atto en términos vagos y sucintos. Fue muy amable al fingir que me creía y al no teñir sus palabras de la menor nota de reproche, sino sólo de pena por el encuentro frustrado.

Me incliné de nuevo y me dispuse a despedirme, cuando me dije que, a fin de cuentas, no tenía nada que perder. Quería preguntarle algo. Nada relacionado con lo que acababa de leer, no; para eso no necesitaba explicaciones.

El Tetráchion. Era probable que se sorprendiera, pero no me echaría. Sin duda, pensaría que actuaba en nombre de quien me había enviado, que esa persona hablaba por mi boca y que mis oídos eran también los suyos.

Empecé sin dar muchos rodeos, porque sólo ella, quizá, sabía la verdad. Y el tiempo apremiaba.

Terminé de hablar en pocos minutos. Durante todo ese tiempo la condestablesa no pestañeó. Continuó sentada, mirando por la ventana. No pronunció una sola palabra, no hizo un visaje ni ningún otro gesto. Permaneció callada, pero su silencio era más elocuente que mil sermones.

Era la muda confirmación de que cuanto yo decía no era fruto de la imaginación. Probablemente significaba también que mi reconstrucción tenía yerros, que era descabellada e ingenua. Pero el meollo era una realidad cruda e indiscutible, cuya terrible naturaleza Maria conocía mejor que nadie. Si se hubiese tratado de un mero desvarío, o si ella no hubiese sabido nada de todo aquello, me habría ganado, en el mejor de los casos, una invitación a marcharme de allí. Pero resulta que lo había escuchado todo en silencio, sin moverse ni un ápice. Sabía perfectamente de qué le hablaba: de aquel trozo de historia secreta que había roto todos sus sueños de felicidad y que la había condenado a una vida errabunda y desdichada. Su silencio era la mejor manera, la más explícita pero también la más prudente, de asentir, de confirmar, de animar.

Dejé que el silencio llenase aún unos instantes más la habitación y el espacio que nos separaba. Ella seguía mirando por la ventana, como si ya estuviese sola.

No había nada más que decir. Me despedí de ella con una reverencia, que hice con la misma penetrante ausencia de palabras con que ella había acogido mi exposición, único adiós posible entre quienes saben que no volverán a verse.

Podría haber sido la enésima sorpresa. Sin embargo, me lo esperaba: en la calle no había nadie esperándome. Ni Atto ni el carruaje. A esas alturas yo ya había descubierto el juego.

Mientras me dirigía a pie hacia la villa Spada, las impresiones agridulces de mi encuentro con Maria Mancini se desvanecieron bajo el peso de la violenta emoción que me había provocado la carta que le había entregado.

Una sola hoja. Blanca. En el centro, en la parte superior, sólo tres palabras, escritas con letra descuidada:

Yo, el rey[10]

Hasta un necio se habría dado cuenta. Tenía que ser una firma falsa, dado que era imposible que el Rey Católico de España estuviera en Roma. Sin duda la habían copiado en una hoja blanca para que sirviera de rúbrica a un documento falso. Y, puesto que Carlos II estaba agonizando, sólo podía tratarse de su testamento.

Cuanto más reflexionaba, más pugnaban en mi interior la rabia y la hilaridad. ¡Atto me había utilizado en una de sus jugarretas, y sin decirme nada! Y yo había sido un memo por no sospechar…

El testamento de Carlos II, el documento que nombraría al heredero más grande del mundo, el heredero que toda Europa esperaba. Con la excusa de la boda de su sobrino, Spada invita a Roma tanto a Atto como a Maria. El abate llega con la persona apropiada para imitar la firma: un falsificador muy diestro.

Claro, ¿qué me había dicho el abate Melani al presentarme a Buvat? «Se distingue más con la pluma, pero no como tú: tú creas; él copia. Y lo hace mejor que nadie.» En aquel momento yo había pensado que se refería a las funciones de escribano de su secretario. Pero no. De pronto me vino a la memoria lo que me había dicho Atto diecisiete años atrás, cuando me mencionó a su secretario: «Cada vez que me alejo de París a escondidas, él despacha mi correspondencia. Es un copista de extraordinario talento, que sabe imitar perfectamente mi caligrafía.»

Eso era, pues, lo que yo había visto entre los papeles ocultos del secretario de Atto: las extrañas pruebas con las letras *e*, *l*, *R*, o, *Y*, que yo había tomado por malos ejercicios caligráficos, no eran más que ensayos de imitación. Buvat se había

dedicado a practicar la firma de Carlos II de España repitiendo varias veces las cinco letras contenidas en el autógrafo «Yo, el rey». Y había guardado esas pruebas para compararlas con la firma auténtica del Rey Católico y luego elegir la mejor.

Yo sólo hubiera tenido que componer debidamente esas vocales y consonantes para descubrir la verdad. Por eso Atto guardaba con tanto celo en su peluca aquellas tres epístolas truncadas con la firma del rey de España; Buvat debía emplearlas como modelo. Ahora bien, como era demasiado comprometido dejarlas en manos de su secretario, Melani las llevaba encima.

Reanudé mi reconstrucción. Maria recibe el encargo de llevar la firma falsa a España, donde se usará en el momento preciso: cuando Carlos, al borde de la muerte, tenga que redactar el testamento. Se preparará uno falso, cuya última página contendrá la firma falsificada por Buvat. En el espacio en blanco que queda sobre la firma, se anotará la parte final del testamento. Naturalmente, se nombrará a un francés como heredero.

¡Por eso Atto nunca me hablaba de la sucesión de España y sacaba a relucir el cónclave sin cesar! Un pobre idiota como yo no debía enterarse del verdadero motivo de todos sus desvelos.

Así pues, ¿la espera de Maria no había sido más que una comedia? ¡Qué pérfida representación la de esas misivas melifluas en que el abate le manifestaba su ansia por verla!

Todo se había preparado a la perfección, incluso la forma de eludir el espionaje. La condestablesa tenía que llegar a la fiesta lo más tarde posible, justo a tiempo para que Atto y Buvat le dieran la firma falsa. No debía asistir a los festejos; la presencia en aquel lugar de Maria Mancini, la sobrina tristemente célebre de Mazzarino, residente en Madrid, habría levantado de inmediato sospechas de una conjura antiespañola.

¡Qué cómodo poder valerse de mí para que entregara a la condestablesa la hoja con la firma! Atto no había tenido siquiera que ensuciarse las manos. Desde el principio sabía que no iba a acudir personalmente al encuentro; me había tomado el pelo hasta el final, haciéndome creer que estaba demasiado turbado para verla después de una separación de treinta años.

El robo del tratado de Atto había sido una complicación, que lo había asustado y estorbado, pero sin alejarlo mucho de su propósito. Resuelto el misterio (¡una vez más, gracias a mi ayuda!) y sustraído su libro a los cerretanos, el abate Melani había podido concluir tranquilamente sus turbias actividades de espía.

Tras devorar el camino impulsado por la fuerza de la cólera, entré en la villa Spada sabiendo qué me esperaba.

Cuando fui a llamar a la puerta, la encontré abierta. Algunas prendas se habían

quedado sobre la cama; en la otomana, en cambio, había unas hojas garabateadas y un tintero seco, fiel imagen de mi pobre espíritu, confundido y abatido.

Atto y Buvat se habían marchado.

Procurando disimular la rabia y el desengaño, hice una breve investigación entre los criados de la villa. Supe que los dos habían partido a toda prisa. Destino: París. Se habían llevado algunos víveres. Atto había dejado una larga carta de agradecimiento para el cardenal Spada, a quien se la entregaría don Paschatio.

Entonces comprendí por qué esa mañana se había vestido con su ropón violeta y su caperuza de abate: ¡era su ropa de viaje!

Hacía un buen rato que habían salido. Todo indicaba que habían preparado las maletas casi despavoridos, como prófugos que desesperadamente tratan de huir de una guerra inminente. No era una partida, sino una huida.

Pero ¿de qué? No, sin duda no era por miedo a nuevas amenazas de los cerretanos. Era impropio de Atto asustarse de algo que había experimentado bien y cuya naturaleza conocía. Tampoco era una huida de supuestas amenazas políticas, a las que había temido al principio. No, era otra cosa. Huía de mí.

Yo, desde luego, no le inspiraba un temor concreto. Ocurría sencillamente que en el último instante, tras cumplir su propósito y creyendo que yo había deducido la verdad, no había tenido agallas para enfrentarse a mí y justificar sus mentiras y sus subterfugios.

Se había presentado después de diecisiete años para pedirme que hiciera de cronista de sus gestas antes del próximo cónclave. Luego, sin embargo, no me había dado ninguna indicación más ni había mostrado el menor interés por el tema.

La crónica de aquellos días en la villa Spada era un mero pretexto: lo único que Atto quería era que yo viese, escuchase y le refiriese cuanto pudiese resultarle útil. Le daba lo mismo que lo escribiera o no. ¿Qué me había dicho al principio? «Vas a redactar para mí una crónica juiciosa de todo cuanto veas y oigas en los próximos días, añadiendo los datos necesarios y oportunos que yo te indique. Luego me entregarás el manuscrito.» Me había hecho creer que me había convertido en gacetero. En cambio, le había servido de espía. Tanto es así que había puesto tierra por medio, sin siquiera acordar nada para la entrega de mi trabajo.

El cónclave, del que tanto me había hablado al principio, le era igualmente indiferente. Habíamos tratado de los temas más dispares y vivido toda clase de aventuras, desde las peripecias con *César Augusto* hasta la loca subida a la esfera de San Pedro, pasando por la inefable experiencia en el Navío y la pesadilla final con los cerretanos, en la que casi acabamos hechos papilla. Pero el cónclave casi nunca había salido a relucir en nuestras conversaciones.

«¡Qué necio, ingenuo, imbécil he sido!», me dije entre lágrimas y risas. Atto había dispuesto de mí, me había manipulado sin la menor consideración, igual que

hacía diecisiete años: me había señalado un camino y él se había ido por otro de puntillas, mientras me espoleaba.

Lo de ahora, sin embargo, era peor que lo de entonces, porque esta vez Melani había jugado con el futuro de mis niñas. Cuando quise abstenerme de participar en sus peligrosos manejos, Atto me había prometido la dote matrimonial y yo había picado. Justo esa tarde tendríamos que haber ido a ver al notario. Pero un momento: tenía su promesa por escrito.

Fustigado por mil escorpiones, fui volando a casa, cogí la hoja, monté en mi mula y aguijándola sin parar llegué a la ciudad. Deambulé de abogado en abogado, de notario en notario, en busca de alguien que me diese al menos una esperanza. En vano. Las preguntas eran siempre las mismas: «¿Por casualidad sabéis si este abate posee bienes en los Estados Pontificios?» Y la sentencia que oía, tras responder yo con un gesto negativo de la cabeza, también era unánime: «Aunque presentarais una demanda y la ganarais, no tendríamos ningún bien que hipotecar para satisfacer vuestro crédito.» ¿Entonces? «Habría que solicitar permiso para interponer una demanda en Francia. El procedimiento es largo y costoso, querido señor, y sumamente incierto.»

En conclusión, no tenía la menor esperanza. Con Atto viajando hacia París, aquel documento con su promesa no era más que papel mojado.

Regresé a la villa Spada, tentado de golpearme con mi propio látigo. Tendría que haber exigido a Atto que acudiésemos enseguida al notario, o al menos impedirle que postergase tanto el asunto. Lo cierto es que me había dejado llevar por los acontecimientos, me había doblegado a las órdenes del abate como un criado y no había tenido la menor consideración por mi familia. ¿Qué habría pasado si hubiera muerto o quedado inválido de por vida? Cloridia no podía sacar la casa adelante sola. ¿Quién habría mantenido a mis hijas? Habrían tenido que abandonar su aprendizaje de comadronas y renunciar a nuestras veladas, en las que yo les enseñaba a leer y escribir y mostraba a sus ojitos pasmados los hermosos libros que me había dejado en herencia mi difunto suegro. No les habría quedado más remedio que remangarse y trabajar de fregonas en una sórdida posada o, si tenían más suerte, colocarse de algún modo con los Spada gracias a la magnanimidad de don Paschatio.

Estaba furioso. El abate Melani me había engañado, había huido y no había mantenido su palabra. Yo también tenía ganas de desaparecer, de dejar aquel lugar, más aún, de abandonar la tierra cruel y mendaz. Si mis deberes de marido y padre no me lo hubiesen impedido, habría querido volar como un nuevo Dédalo y luego transformarme en Ícaro, pero al revés, y caer hacia arriba para que me devorara por siempre, jamás el abismo azul de las esferas celestes.

Mientras despotricaba para mis adentros, topé con una nueva mortificación.

—¡Señor maestro pajarero! ¿Habéis visto qué éxito ha tenido la fiesta? ¿Y habéis oído los comentarios entusiásticos del señor cardenal Spada, nuestro amo?

Don Paschatio me había detenido en la entrada. Quería comentar conmigo el éxito de la celebración y también, sin duda, hacerme notar que, si en vez de haber estado tan pendiente del abate Melani me hubiese ocupado más de otras tareas, el triunfo habría sido aún más rotundo.

No era el momento para recriminaciones. Con tal de no aguantar su verborrea, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Señor gentilhombre de la casa —dije resueltamente—, ya que en los últimos días me he ausentado varias veces, estoy seguro de que no os asombrará que interrumpa esta conversación para rogaros que me asignéis cualquier faena útil, con el fin de enmendar mis faltas y evitar pérdidas de tiempo.

Sorprendido por tan brusca respuesta, don Paschatio titubeó durante unos segundos.

—Ejem, bueno… Sí, en efecto, podéis ocuparos de las pajareras, limpiarlas y llenar los comederos, cosa que precisamente estaba a punto de ordenaros.

—¡Estupendo! —concluí con sequedad dando media vuelta—. Lo haré ahora mismo, señor gentilhombre de la casa.

Don Paschatio me miró rascándose perplejo la frente, mientras me dirigía con premura a la cocina a fin de recoger semillas y las herramientas necesarias para la limpieza de la pajarera.

Yo aún no podía saberlo, pero no iba a cumplir ese cometido. Tan pronto como abrí la jaula de la pajarera grande, un ruido insólito, una especie de crujido furtivo, atrajo mi atención. Miré hacia arriba, hacia la jaula de *César Augusto*, que permanecía vacía desde el día de su huida. Entonces los extraños sucesos de los últimos días que tenían que ver con el papagayo se me esclarecieron por fin en un destello de intuición.

Como ya he tenido oportunidad de referir, antes de desaparecer con la nota destinada al cardenal Albani el papagayo había estado especialmente malhumorado e inquieto. Además, por motivos desconocidos, muchas veces llevaba ramitas entre las garras, cosa que nunca antes había hecho. Su agitación se exacerbó con el robo de la nota y su larga ausencia. Luego, durante la alegre cacería, un tiro marrado de ballesta contra un pino había hecho caer al suelo un huevo de naturaleza desconocida. Ahora, ante lo que veían mis ojos, me acordé de que hacía poco un papagayo de la raza de *César Augusto* había llegado a la vecina finca Barberini y di con la solución inconcebible (pero acertada).

—¡Despedidlo, despedidlo! —graznó *César Augusto* mofándose de mí. Estaba cómodamente instalado en su rincón, en medio de un hermoso nido de plumas y ramitas.

—Pero tú… tú eres… tú has… —balbucí.

No fui siquiera capaz de decirlo. Nadie habría aceptado con facilidad, ni aun comprobándolo personalmente, que *César Augusto* era en realidad una papagaya. Y con abundante prole.

Me quedé como hipnotizado observando la nueva traza de aquel ser sorprendente, que no por casualidad había pertenecido a la loca Capitor. Había surcado indemne, como tranquilo espectador, décadas de historia: había visto el ocaso de Mazzarino, el ascenso del Rey Sol y cinco Papas, y ahora, con su sempiterno e insoportable graznido, entraba triunfalmente en el nuevo siglo con los estigmas sagrados y dulces de una madre.

Se levantó del nido para colocar amorosamente con el pico los huevos que habían sobrevivido. Todos los cazadores que habían examinado el huevo caído del pino se habían equivocado: no era de golondrina de mar, de faisán, de paloma torcaz ni de perdiz, sino de papagayo.

—Doiiiinnnng. —Con ojitos acusadores, *César Augusto* imitaba el ruido de una saeta de ballesta que se clava en una rama y la hace vibrar; el ruido de la saeta que, disparada durante la alegre cacería por el marqués Lancellotti Ginnetti, había hecho caer del nido el huevo de *César Augusto*, lo que a todas luces lo había forzado a abandonar el pino de la finca de los Barberini y regresar a la más segura y familiar pajarera de la villa Spada.

—Lo sé, lo sé, para ti tiene que haber sido terrible —dije.

—¡No hay que disparar a los nidos, es inútil y cruel! —exclamó repitiendo con inquietante precisión la frase del caballero que inmediatamente después del incidente se había burlado de la puntería de Lancellotti Ginnetti.

—Lancellotti no quería hacerte daño —traté de explicarle—. No dudo que construir un nido nuevo y trasladar los huevos de uno en uno tiene que haber sido un trabajo duro. Pero fue un accidente, no debiste imitar el tiro de arcabuz que aterrorizó a todo el mundo…

—¡Despedidlo! —repuso con sequedad, y me dio la espalda para enseguida agacharse y cubrir con alas amorosas las pequeñas esferas de la nidada.

Ni don Paschatio ni nadie de la casa Spada habría dado crédito a sus ojos. Ya me imaginaba las vueltas que darían a fin de encontrar otro nombre noble y latino para el volátil: ¿*Libia o Lucrecia, Popea* o *Mesalina*? Conocía al pájaro desde hacía tanto tiempo que lo había tratado casi de igual a igual, de hombre a hombre, y ahora resultaba que era una irascible, rebelde e intratable dama revestida de plumas. Me sentía un poco culpable por haberlo considerado casi un camarada, aunque en mi descargo he de decir que con la vista y el tacto es prácticamente imposible determinar el sexo de un papagayo. Para despejar la incógnita es menester comprobar si, una vez en compañía de otro, pone huevos o se convierte en viril defensor del nido.

Cuando salí de mi estupor, le dije:

—Conociéndote, juraría que no has transportado solamente los huevos. ¿No tienes nada que devolverme, ahora que estás calmado… perdón, calmada, quería decir?

César Augusto permanecía inmóvil, fingiendo que no me escuchaba.

—Sabes perfectamente de qué hablo —insistí con voz firme.

De pronto reaccionó con rapidez y desparpajo, al límite del desprecio. Rascó en el nido y del interior extrajo algo que dejó caer al suelo. Mi petición había sido satisfecha.

Como una hoja de árbol muerta, la nota del cardenal Albani revoloteó hacia abajo haciendo graciosas piruetas antes de que mis manos la asieran.

Estaba sucia, medio rasgada y olía a excremento de pájaro. No podía ser de otra manera, pues la papagaya, tras lamer una y mil veces la esquina impregnada de chocolate, la había utilizado para el nido. Y, porfiada como era, se la había llevado consigo para construirse el otro en la pajarera.

Con dedos ansiosos desdoblé el trozo de papel amarillento. Sólo tres líneas, que abrieron una brecha todavía más profunda en mi alma ya atormentada.

Opinión lista.
Miércoles 14 en la villa T., hora por confirmar.
Escribano y mensajero ya convocados.

De pronto me pesaron los brazos y los dejé caer a los costados. Lo que a cualquier otro le resultaría misterioso para mí era claro como el sol y lacerante como una flecha de fuego.

La «villa T.» era, evidentemente, la villa de Torre, el lugar donde el miércoles 14 Atto y yo, desde lo alto de la terraza del Navío, habíamos visto a los tres purpurados. La «opinión lista» no podía ser sino el documento que contenía el nombre del heredero que el Papa indicaba al rey de España, y que el escribano debía pasar a limpio y enviar por medio de un mensajero al monarca.

Como sabía por la conversación que había oído antes de que empezara la comedia en la villa Spada, el lunes 12 el embajador español Uzeda y los tres cardenales («esos cuatro zorros», como los habían llamado) habían convencido al Papa de que formara una comisión integrada precisamente por Albani, Spada y Spinola. El Pontífice la había instituido oficialmente dos días después, el 14 de julio. ¡Ellos, sin embargo, ya tenían lista la opinión el día en que el papagayo robó la nota, es decir, el sábado 10!

Todo había sido una gran comedia. Si el rey de España era un muerto andante, tampoco el Papa pintaba nada. Albani, Spada y Spinola habían dictado el destino del

mundo desde la villa Spada, entre una taza de chocolate y una partida de caza, sin que nadie se enterase de nada. La comisión nombrada por el Papa no había sido más que una farsa. Atto, ojo alerta del rey de Francia, había vigilado a los cardenales desde lejos. Y yo, sin saberlo, le había prestado ayuda.

Entonces recordé las palabras de Albicastro, que me inspiraron un sentimiento de desesperada impotencia: «El mundo es un enorme banquete, chico, y la ley de los banquetes es: ¡bebe o vete!»

¿Acaso yo nunca había tenido elección? ¿Acaso la autoridad que da Dios carecía ya de todo valor?

Otoño de 1700

Había pasado casi un mes y medio desde que Atto Melani y su secretario me habían abandonado. Tras su marcha siguieron días ininterrumpidos de odio, ira e impotencia. Todas mis noches, todos mis suspiros estaban pautados por el reloj candente de la humillación, el honor herido y la frustración. No debía de ser casual que hubiese tenido la horrible fiebre terciana, que no sufría desde hacía años. La llegada a la villa Spada, hacía aproximadamente un mes, de un notario que buscaba a Atto apenas me había consolado; dijo que el abate le había encargado redactar una escritura de donación, pero que luego no se había presentado a la cita para firmarla. Ahora tenía la confirmación: Melani no había decidido con premeditación faltar a su palabra, sino que, *in extremis*, había sido más fuerte el instinto de fuga.

Cloridia me compadecía. No obstante la cólera y la afrenta que sentía como madre por lo que había hecho el abate, muy pronto supo tomarse el asunto con humor. Decía que Atto sencillamente había desempeñado su oficio de espía y traidor.

Naturalmente, no había empezado las memorias por las que el abate me había pagado. A él no le interesaban lo más mínimo. Había decidido, por eso mismo, que el dinero que me había dado sería parte de la dote que no había entregado a mis hijas. Sin embargo, el 27 de septiembre de 1700, cogí la pluma debido a un suceso cuya gravedad sobrepasaba con creces mis egoístas sufrimientos y llevé un diario, que reproduzco a continuación.

27 de septiembre

Ha llegado el triste día: Inocencio XII nos ha dejado.

En la última noche de agosto había sufrido una recaída alarmante, tanto es así que el consistorio previsto para el día siguiente hubo de aplazarse. El 4 de septiembre (como supe por las hojas volantes que el gentilhombre de la casa leyó a los criados), experimentó una mejoría, lo que reavivó las esperanzas de su recuperación. Sin embargo, al cabo de tres días empeoró nuevamente, y de forma muy grave. Con todo, era de naturaleza tan fuerte que la enfermedad se prolongó aún más. En la noche del 22 al 23 pidió que le administraran la eucaristía; el 28 ordenó que lo llevaran a la habitación en que había expirado el papa Inocencio XI, a quien veneraba mucho.

El médico Luca Corsi, no menos diestro que su ilustre predecesor, Malpighi, hizo todo cuanto pudo, pero la ayuda humana ya era inútil. La del espíritu se la proporcionó un fraile capuchino, con el que el Papa se confesó.

«*Ingredimur via universae carnis*.» «Seguimos el destino de todos los mortales»,

dijo, conmoviendo hasta las lágrimas a todos cuantos lo asistían en sus últimos tormentos.

Anoche su sufrimiento se agravó sobremanera a causa de intensos dolores en un costado. Lograron reconfortarlo con unos sorbos de caldo, pero hacia las cuatro de la madrugada entregó su alma al Creador.

Sus restos se trasladarán del Quirinal a San Pedro, en un sencillo sarcófago elegido por él mismo. Deja tras de sí una fama ejemplar de padre de los pobres, de administrador desinteresado de los bienes de la Iglesia, de sacerdote pío y justo.

Ahora se inician realmente los juegos para la elección del próximo Papa. Ya pueden hacerse en voz alta los pronósticos por tal o cual cardenal sin ofender al honor del Santo Padre ni a su pobre cuerpo enfermo.

El abate Melani habría entrado en este momento en acción: habría movilizado a sus conocidos, trabado amistad con los conclavistas, sonsacado indiscreciones, propuesto estrategias, propalado noticias falsas para desequilibrar al frente adverso.

Pero nada de eso va a ocurrir. No tendré a mi lado a ningún hábil intérprete de las maniobras políticas, a ningún mago de las alquimias vaticanas. Veré el cónclave desde fuera, con los ojos atónitos y el alma en vilo como el resto de la plebe.

8 de octubre

Los cardenales se reúnen mañana en cónclave. Las facciones libran una lucha sin cuartel, toda Roma vive en una situación de permanente zozobra. La ciudad está llena de gacetas y hojas volantes con la composición de los partidos que se enfrentarán. Por todas partes llueven sátiras, comedias y sonetos; Pasquino[11] está desatado.

Sin temor de Dios, circulan comedias que se mofan de todo el Sagrado Colegio, pero todavía con mayor saña del cardenal Ottoboni y sus inclinaciones particulares: en *La Babilonia* le asignan el papel de la doncella Nina; en *La posada* es Petrina; en la *Babilonia creciente*, madame Fulvia; en la *Babilonia transformada*, en fin, una tal Angeletta, veneciana. Todo el mundo ríe a mandíbula batiente.

El otro día cayó en mi mano un soneto en el que el pobre papa Inocencio Duodécimo se convierte en Inocencio Duodeno; por pudor, no lo transcribo.

Además de las groserías, circulan también informaciones serias. Los cardenales imperiales y españoles, al menos sobre el papel, son nueve. Otros tantos son los franceses. El partido de los Cardenales Celosos es el más nutrido: cuenta con diecinueve cabezas. A algunos (Moriggia, Carlo Barberini, Colloredo) los he visto muy de cerca en la villa Spada. El grupo de los Viriles lo conforman diez (entre ellos figura el camarlengo Spinola di San Cesareo), lo mismo que el de los Errantes. Los Ottobonianos y los Altieristas (llamados así por el nombre de los Papas que los

invistieron cardenales) son doce. Entre ellos, amén de mi amo, el cardenal Spada, se cuentan Albani, Marescotti y, por supuesto, Ottoboni. Luego están las menudencias, como se dice en Roma: los de Odescalchi, los de Pignatelli, los de Barberini…

Sin embargo, según las gacetas, las divisiones entre los cardenales, lejos de limitarse a los partidos, son infinitas. Hay quien vislumbra rivalidades y alianzas por edades, talentos, aspiraciones, caprichos y hasta por sabores o gustos: están los purpurados agrios, es decir, de humor difícil (Panciatici, Buonvisi, Acciaioli, Marescotti); los dulces y sencillos (Moriggia, Radolovich, Barberini, Spinola di Santa Cecilia); los de sabor intermedio (Carpegna, Noris, Durazzo, Dal Verme), y por último, los acerbos, porque tienen menos de setenta años y son demasiado jóvenes para ser elegidos (Spada, Albani, Orsini, Spinola di San Cesareo, Mellini y Rubini).

Negroni tiene setenta y un años, pero ya ha anunciado que no quiere ser elegido; votará por quien se lo merezca, así lo ha jurado, y en contra de los indignos. Estos últimos —todos están convencidos— son la mayoría aplastante.

El camino de las almas probas, empero, no va a ser fácil: no se perdona nada a nadie, ni a quien cumple todos los requisitos. Carlo Barberini, por ejemplo, que tiene la edad apropiada, debe pagar el odio de los romanos contra sus parientes (que perdura desde hace ochenta años), la hostilidad de Spinola di San Cesareo y, *massime*, su propia estupidez. Acciaioli tiene en contra a Toscana y a Francia. Marescotti sólo es odiado por Francia en el extranjero, pero en Roma se ha granjeado la antipatía de los Bichi (a quienes, por otra parte, él corresponde con inmenso placer). Durazzo es envidiado por su parentesco con la reina de España. Moriggia tiene una relación demasiado estrecha con Toscana, y Radolovich con España. Carpegna es malquisto casi por todas las coronas de Europa, a Colloredo lo detestan los franceses y lo desprecia Ottoboni. Costaguti es notoriamente un incapaz. Noris no gusta a nadie porque es fraile. Panciatici sencillamente no gusta a nadie.

Muchos cardenales extranjeros no vendrán (como el austriaco Kollonitz, los franceses Sousa y Bonsi, el español Portocarrero), pues en sus países han de ocuparse de asuntos muy apremiantes. Pero la lucha será durísima, hasta el punto de que las eminencias podrían optar por encontrar una solución rápida para evitar el derramamiento de sangre. Algunos dicen que tal vez haya *fumata bianca* dentro de dos semanas, o quizá antes.

18 de noviembre

Marzo de 1702

Maria Mancini tenía razón: todo ha sido en vano.

Mientras escribo estas líneas, la guerra ensangrienta Italia desde hace un año y pronto se extenderá por doquier. La conjunción de Marte y Júpiter en este mes, han dicho los astrólogos, anuncia muchas batallas y calamidades.

En la primavera pasada las tropas imperiales invadieron el nordeste, para dirigirse después hacia el ducado de Milán. En julio los franceses de Catinat, mediocre caudillo, fueron derrotados en Carpi y tuvieron que abandonar sus posiciones entre el Adigio y el Mincio. Los austriacos cruzaron entonces el Po y se apoderaron de la fortaleza de la Mirandola. Nada los detuvo, ni la entrada en guerra del Piamonte ni los escuadrones franceses del mariscal de Villeroy, hecho prisionero en Verona. La situación sólo cambió con la llegada de Vendôme. Con ochenta mil hombres frescos y bien pertrechados, reconquistó Módena y libró a Mantua y Milán del asedio, mientras los imperiales, extenuados, quemaban sus reservas. Así las cosas, ahora es posible que llegue hasta Baviera a través de las gargantas del Tirol para unirse al ejército francés del Rin, dirigirse a Viena e intentar asestar un golpe mortal al Imperio.

Sin embargo, eso tampoco podrá poner fin a la contienda. Francia no tardará en ser atacada por Inglaterra y Holanda, que no ven la hora de hacerle morder el polvo, pues el Rey Cristianísimo ha engañado a ambos países. Había firmado con ellos el tratado de reparto de la inmensa monarquía española; luego, valiéndose del testamento de Carlos II, se ha quedado con todo, haciendo caso omiso de los pactos. Así pues, el conflicto está destinado a extenderse rápidamente a todos los rincones del continente.

El héroe de este primer año de guerra tiene, curiosamente, sangre italiana en las venas. Es el príncipe Eugenio de Saboya, hijo de un duque de Saboya y de una mujer a la que conozco bien por los relatos de Atto: Olimpia Mancini, la terrible hermana de Maria.

El príncipe Eugenio había sido francés, pero cuando aún era joven el desprecio y las humillaciones de Luis XIV lo empujaron a dejar el reino. Se alistó entonces en el ejército del emperador, donde se convirtió en el más grande general de todos los tiempos. En detrimento de Francia. Ay, Silvio, Silvio…

La condestablesa confirma así que es la mujer del sino: Eugenio, su sobrino, domina el conflicto que decidirá el destino del mundo. Su desalmada hermana, Olimpia, encuentra por fin una salida a su propia maldad: su hijo es el genio militar que siembra el terror en todas partes. Como en cada momento decisivo de la Historia, las profecías se cumplen. El padre de Maria Mancini había leído en el horóscopo de su hija que desencadenaría tumultos, rebeliones e incluso una guerra. Había atinado: si el joven Rey Cristianísimo se hubiese casado con ella, en lugar de con la infanta de

España, no habría podido aspirar a la sucesión de España y esta guerra nunca habría tenido lugar.

La conjura, de la que fui quizá el peón clave y decisivo, ha atormentado mi mente durante estos dos años. Hace uno por fin me resolví a escribir el relato de aquellos sucesos. Incluso he mandado imprimir un frontispicio, con muchos ornamentos, que he puesto al principio de estas páginas. Enviaré todo el trabajo al abate Melani, ya que me lo ha pagado, y al tiempo le reclamaré la dote para mis niñas. Ahora tienen doce y ocho años; todavía, Dios mediante, puedo encontrarles un buen marido antes de que dejen de ser casaderas.

¿Me responderá? A veces es superior a mis fuerzas el rencor que siento contra aquel campeón de la intriga y la mendacidad. Pero luego cojo el escapulario de la Virgen del Carmen, con las tres perlitas que guardó en mi recuerdo durante diecisiete años y que me devolvió en la guarida de Ugonio, y me digo que tal vez del abate Melani debería conservar en la memoria únicamente ese gesto de afecto.

Temo, en realidad, que ya no quede tiempo para las reclamaciones. Atto Melani, consejero del Rey Cristianísimo y abate de Beaubec, tiene (¿tendría?) hoy setenta y seis años. Miro alrededor y veo que pocos, muy pocos de su edad se mantienen aún en pie, sanos, alertas; o al menos vivos. La vida temeraria que ha llevado tiene que haber dejado huellas en sus miembros cansados. Sólo queda esperar.

Sin embargo, el presente me desasosiega aún más que el futuro. Maria Mancini hacía bien en advertir a su querido Luis que el testamento falso no iba a solucionar nada. Ahora que los cañones disparan, yo también sé que toda aquella maquinación, que todos aquellos esfuerzos para resolver la sucesión de España por medio del engaño, pero evitando la guerra, han sido vanos. Felipe de Anjou ha ascendido al trono de España, como deseaba el Rey Sol, pero Francia se ha visto arrastrada a un conflicto contra las otras potencias, un conflicto del que el mundo entero tal vez nunca se recuperará. «Una gran lucha fratricida, una nueva guerra del Peloponeso», había profetizado la condestablesa.

En aquellos días de julio en la villa Spada obré como lo hice por el bien de mis hijas. Lo cierto, en cambio, es que colaboré en una conspiración que estaba conduciendo a Europa a su destrucción.

¿Es ésta mi recompensa por todos mis desvelos, por haber subido entre tinieblas a la cúpula de San Pedro?

Hace dos días fui a buscar la respuesta al Navío, el lugar que más respuestas me había dado. Necesitaba aislarme y también encontrar un interlocutor. Cloridia había salido para asistir a una puérpera. Melani y Buvat estaban en París, y por mí que el diablo se los lleve. Pero acaso él, aquel curioso individuo, seguía allí donde lo había dejado. Habían transcurrido dos años, pero a veces nada es imposible.

—Dijo el rey Salomón: «Quien aumenta la ciencia aumenta su dolor.»

Como si no hubiera pasado un solo día, al llegar lo encontré en el sitio de siempre, en la cornisa del Navío, balanceándose y, ni qué decir tiene, tocando al violín la folía.

Me recibió con esa cita bíblica, como si hubiese leído en el destello de mis ojos por qué estaba allí. ¿Cómo no darle la razón? Al Navío no se iba sino en busca de algo.

—También dijo que, donde hay gran sabiduría, hay mucha indignación —apostilló el holandés.

Era cierto, muy cierto. Yo, ahora que sabía, sufría. Igual que diecinueve años atrás, cuando había conocido al abate Melani y mis ilusiones de muchacho se habían desvanecido una tras otra bajo los crueles golpes de la realidad.

—Precisamente por eso existe la folía —añadió el violinista, en voz alta para que lo oyera mejor, mientras apoyaba el arco y me obsequiaba con una amplia sonrisa—. La folía regocija las almas y, como predicaba Hildegarda de Bingen, convierte la *tristitia saeculi* en *coeleste gaudium*, o sea, el dolor por el mundo en dicha del cielo.

Después de dos años volvía a escuchar la folía. Sus notas arpegiadas arrastraban consigo las frases y los miembros de Albicastro y los amoldaban al trepidante ritmo de aquella danza; en contrapunto a sus palabras, los conceptos se tornaban música inédita e inefable.

Transcurrieron varios minutos y Albicastro continuó tocando, de modo que decidí alejarme un poco. Una vez más me adentré en los jardines del Navío, paseando tranquilamente; mis pensamientos, en cambio, se lanzaron de inmediato al galope siguiendo el vertiginoso ritmo de la folía.

Alumbrados por los rayos sonoros de aquella música, los acontecimientos que había vivido me ofrecían miles y miles de caras, me miraban dejándose perseguir y de pronto ya no oía sus zumbidos, de suerte que pensaba: «Los tengo.» Mas al punto volvían a bullir de una forma completamente distinta y, tras desbaratar mis nuevas certezas, parecían indicarme otros caminos de conocimiento.

Fuera de mí estaban, pues, los mil mundos de la folía. En cambio, dentro de mí, en mis pensamientos, había dos mundos. En el primero, Atto y Maria eran sórdidos espías al servicio del rey de Francia y en sus cartas, para despistar, fingían tramar una disputa amorosa. En el segundo, el abate Melani era el fiel y galante mensajero de amor entre la condestablesa y el Rey Cristianísimo, quienes se valían de la política para cortejarse como hacía cuarenta años, usando los mismos *alter ego*, Silvio y Dorinda, de sus antiguas lecturas amorosas.

¿Cuál de los dos mundos era real, y cuál mera ilusión? ¿No había visto sino máscaras, u hombres y mujeres de carne y hueso? Mientras la música invadía todos los rincones que me rodeaban, afilaba las armas del pensamiento. ¿Qué me había

dicho Atto en la víspera de su huida? «Si la sangre de los Borbones obtiene ahora el trono de España merced a la separación del rey de Francia de Maria Mancini, no se habrán separado en vano.»

De pronto lo entendí. Aquellos dos mundos, el de los espías y el de los amantes, no se excluían mutuamente. Coexistían; más aún, se alimentaban el uno al otro.

Maria y Luis se habían separado por España. Después de cuarenta años seguían escribiéndose, siempre por España. Su pasión había tenido que ceder a la razón de Estado, pero aquélla estaba unida a ésta de forma indisoluble.

Maria espiaba para Luis, pero por amor. El código secreto era *El pastor Fido*, su lectura preferida de antaño. Y Atto hacía de intermediario, ahora como entonces.

Si Maria no hubiese amado a Luis, quizá no habría siquiera obedecido las órdenes. Sus cartas lo demostraban: «Comprendo el punto de vista de Lidio, pero os repito lo que pienso: todo es inútil.» Nunca habría aceptado llevar a Madrid la firma falsa de Carlos II; un ardid inútil, pensaba, que se volvería contra su autor.

Así como Creso, rey de Lidia, quería oír cómo Solón lo declaraba el más feliz de los hombres, así el Rey Cristianísimo, con aquella firma falsa, que le habría entregado la corona de España en una bandeja de oro, quería demostrar a la condestablesa que era el soberano más poderoso y, por ende, el más feliz de los mortales. Atto se lo había anunciado a Maria: «Lo que recibiréis cuando nos veamos os convencerá. Sabéis que a él le satisface sobremanera vuestro juicio.»

Pero ella, como Solón, había negado con la cabeza. ¿Acaso no lo había escrito con claridad? «Lo que hoy parece un bien mañana se convierte en desdicha. La divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y luego los ha apartado radicalmente de ella.»

No creía que el testamento falso, satisfaciendo la sed de poder del Rey Cristianísimo, fuera a hacer también su felicidad de hombre. No obstante, se sometió en nombre de su antiguo amor: «Iré. Acataré los deseos de Lidio. Nos veremos, pues, en la villa Spada. Os lo prometo.» Luis esperaba de ella una doble obediencia: de amor y de Estado.

Por lo tanto, no era precisamente una prenda de amor, me dije con una sonrisita amarga, lo que el abate Melani tenía que entregar a Maria. Aquella hoja con sólo tres palabras, «Yo, el rey», cambiaría la historia del mundo.

Sin embargo, Atto me la había confiado a mí, humilde campesino y criado de la casa Spada; no se la había entregado a Maria. ¿Por qué? Para no ensuciarse las manos y para que la firma falsificada, que quemaba más que mil hogueras, la recibiera Maria de un mensajero que nada sabía. Eso era lo que yo había pensado dos años antes, arrastrado por la cólera. Empero, el abate me había acompañado hasta el convento, un acto poco prudente para un hombre que lo había previsto todo.

No, la ley de los dos mundos coexistentes, el de los sentimientos y el de la sucia

política, también valía para Atto. En el último instante, ahora lo comprendía, su corazón había cedido. No había tenido valor para presentarse ante ella con las espaldas cargadas de demasiados inviernos, pero tampoco, quizá, para conocerla en su aspecto de ahora. ¿Acaso los ojos de Atto no eran los del Rey Cristianísimo? Si Maria no quería comparecer ante el monarca, puede que entonces lo mejor fuera que tampoco Atto la viera; no quería traicionarla ni mentir a Luis. Porque, en efecto, llegaría el día en que el soberano le plantearía la inevitable pregunta: «Dime, ¿sigue siendo hermosa?»

Yo, que la había visto, habría podido contar al abate que quizá nunca había estado más hermosa, que jamás me abandonaría su recuerdo, el recuerdo de su rostro y sus manos, de una blancura luminosa; de sus grandes ojos castaños, que habían cruzado la mirada con los míos; de las cintas escarlatas primorosamente entrelazadas a su tupida cabellera rizada.

Pero no había podido, pues Atto se había marchado.

La folía seguía inexorable, al igual que mis reflexiones. Atto había sellado mal la carta fatídica para Maria, distracción sumamente grave (sólo ahora, ya aplacada la ira, lo entendía) para que no lo hubiese hecho adrede. No había sido capaz de mentirme hasta el final, había querido confesarme todo el engaño, pero a su manera. Luego, la consecuencia inevitable fue su huida precipitada. Él mismo no soportaba la verdad.

¿Y las cartas de Maria? ¿Las había descubierto yo por puro azar en los aposentos de Atto y leído a escondidas? Por supuesto que no, con el abate nada era casual. ¿Qué me habría dicho aquella firma, «Yo, el rey», si no hubiese leído la correspondencia de Atto y Maria? Poco o nada, pues al principio yo lo ignoraba todo de la sucesión al trono de España y del testamento de Carlos II.

Todo eso sólo podía significar una cosa: Atto sabía que yo había leído las misivas. Es más, había querido que leyese su epistolario con la condestablesa. Y yo había caído en la trampa.

¡Ingenuo de mí! Y lo listo que me creí cuando descubrí esos papeles en su ropa blanca sucia. Atto los había puesto ahí a propósito, seguro de que yo no tardaría en acordarme de la vez en que ambos, diecisiete años atrás, habíamos encontrado la respuesta a nuestras pesquisas en un par de calzones sucios. Para sacar de mí el mayor provecho como informador y valerse de mi ayuda, Melani necesitaba que yo conociese bien la cuestión de la sucesión española. El que no sabe es como el que no ve, y yo tenía que saber para poder observar y después contar. Sin embargo, Atto no podía instruirme abiertamente, puesto que le habría formulado demasiadas preguntas a las que no quería responderme. Así se le había ocurrido ese ardid. Y cuando estimó inoportuno que siguiese leyendo las misivas (las últimas, de hecho, contenían demasiadas verdades incómodas), las escondió cuidadosamente en otro sitio, hasta en

la peluca.

Sin embargo, no había previsto que yo sortearía los obstáculos. Al final, en efecto, continué leyéndolas y me acerqué mucho a la verdad: supe que Atto me había mentido sobre los tres cardenales. Luego, empero, sus poéticas súplicas a Maria, que seguía sin acudir a la villa Spada, me confundieron las ideas.

Ahora bien, mientras escribía esas líneas de amor, el abate ya sabía que ella no asistiría a la fiesta. Así pues, no era la sorpresa por el retraso de Maria lo que le había dictado aquellos versos atribulados, sino el tormento que le causaba el hecho de que, estando tan cerca, fuera empero intangible a causa de la misión que los había conducido a ambos a la villa Spada. Los dos mundos seguían coexistiendo.

Habría preferido no descubrir nada de todo eso, me dije, mientras empezaba a menguar la luz de la tarde. Si el abate no se hubiese dejado vencer por los escrúpulos de conciencia que tardía y vanamente había sentido por mí (¡después de poner en peligro mi vida infinidad de veces!), no habría tenido que huir y, como me había prometido, hubiéramos ido juntos al notario para la donación de la dote a mis niñas.

Tenía ganas de ir a París para encontrar a ese bellaco. Me salió un gesto de rabia: lancé un puñetazo al aire en busca de la mandíbula de Atto.

—Querrías vengarte, ¿no es cierto, muchacho? —preguntó Albicastro, que de repente había aparecido a mi lado modulando en el violín un picado de su folía.

—Quisiera estar tranquilo.

—¿Y quién te lo impide? Haz como el joven Telémaco.

—Y dale con Telémaco —exclamé—. Vos y el abate Melani…

—Si vives como Telémaco, cuyo nombre no casualmente significa «el que lucha desde lejos», vivirás tranquilo —afirmó el holandés pronunciando las sílabas al ritmo de las notas.

—No es fácil entenderos… —murmuré ante las elucubraciones de aquel singular personaje.

—Telémaco tendía la cuerda del arco, pero su padre, Ulises, disfrazado, le indicó por señas que no lo hiciera —contó Albicastro, mientras pasaba a una nueva variación del tema de la folía—. Telémaco dijo entonces a los pretendientes: «Quizá soy demasiado joven, pero, ¡ea!, vosotros, que sois mejores en fuerza, tantead este arco y lleguemos al fin del certamen.» ¿Sabes qué quiere decir esto? El joven habría podido, sin duda, tender el arco paterno, pero la venganza no le pertenecía. Ármate tú también de paciencia y deja hacer al Señor. Verás, hijo —continuó con un tono más dulce—, este mundo nuestro, que existe desde Homero y puede que desde muchos años antes, es el mundo de la folía, de la «lucha desde lejos». Aún no ha llegado el último Día, aquel en el cual, riendo y jugueteando, se tensará el arco fatal de Ulises. Pero no nos preguntemos cuán lejano puede estar ese día —concluyó antes de recitar:

Jerusalén cayó y se fue al traste,
cuando Dios perdió la paciencia.
Los de Nínive debieron de caer en la cuenta,
pues fueron absueltos tras pagar sus deudas,
mas eso no se prolongó tanto
y, por sus males aún mayores,
ya otro Jonás no les fue mandado.
Todas las cosas tienen su tiempo y su final,
y siguen su camino como a Dios le place.

Al cabo de dos años oía de nuevo las rimas de aquel poema, *La nave de los necios*. Parecía contener un verso apropiado para cada una de las experiencias que había vivido, desde el Navío hasta los cerretanos.

—En algún momento tendré que leer el libro de vuestro amado Brant —reflexioné en voz alta.

—A la espera de que se cumpla el tiempo —proseguía impasible Albicastro—, ¡vivamos y amemos! ¡Y que las amenazas de los pretendientes sean para nosotros como humo de pajas! Vuelve a casa, hijo, abraza a tu familia y no pienses más. La locura del que ama, decía Platón, es la más dichosa de todas.

Me pregunté si Albicastro, con todas sus palabras oscuras, no pertenecía a una secta hereje. Eso sí, había dicho una cosa atinada: que enterrase el pasado y regresase a casa. Sin hacer comentarios me alejé con un gesto de despedida.

—Adiós, hijo, no volveremos a vernos —dijo antes de atacar, por primera vez en el Navío, un motivo distinto de la folía.

Sorprendido, me detuve. Era un tema atormentado y enérgico, que transmitía la sensación de una amenaza inminente. Con movimientos del arco secos y repetidos, Albicastro hacía brotar de su instrumento toda la tragedia que a veces consiguen liberar, a despecho de sus dimensiones ridículas, una pequeña caja de madera y cuatro cuerdas de tripa.

—¿Volvéis a casa? —pregunté.

—Me marcho a la guerra. Voy a enrolarme en el ejército holandés —respondió acercándose, mientras el mortificante compás de aquel motivo duro y casi obsesivo hablaba de cañones, tambores, marchas forzadas en el barro.

—¿Y vuestra «lucha desde lejos»? —inquirí tras un instante de sorpresa.

—Te nombro mi sucesor —afirmó con tono solemne, tras interrumpir la ejecución para apoyar el arco en mi hombro a guisa de investidura—. ¡Además… —dijo entre risas antes de darme la espalda para dirigirse hacia la verja—, en el ejército holandés se ganan buenos cuartos!

Renuncié a averiguar si se trataba o no de una broma. Se alejó, con el violín al hombro, atacando otro tema nuevo: un adagio melancólico, una línea armoniosa muy pura en la que el arco del holandés volante improvisaba trinos y grupetos, apoyaturas

y mordentes, delicados florilegios de una melodía que, mejor que cualquier despedida terrenal (la música no es cosa del todo humana), nos decía simultáneamente adiós a mí, al Navío, a la paz y a los tiempos pasados.

Ahora yo también podía irme. Di una última vuelta por los jardines del Navío. Una vez más, el viento empezó a soplar y descubrió el rostro inflamado del sol. El tiempo se había tornado de pronto casi primaveral y parecía que alguien había retrasado un par de horas las agujas del reloj. Me dirigía por fin hacia la salida, cuando un rumor de ropas y una risita atrajeron mi atención.

Entonces los vi. Detrás de un tupido seto, como el día que la descubrimos a ella por primera vez: un delicado sudario que permitía ver sin ver, saber sin saber.

Ahora eran viejos. No maduros, sino viejos, con el rostro arrugado, la voz ronca, los párpados caídos. No obstante ello, parecían tan alegres como la vez que Atto y yo los vislumbramos desde las ventanas de la primera planta, cuando contaban veinte años. Caminaban uno al lado del otro, encorvados y sonrientes, comentando alguna nimiedad; ella le daba el brazo.

Contuve la respiración. Quería acercarme más, cerciorarme de que había visto bien. Busqué un paso en el seto, intenté bordearlo, cambié de idea, volví sobre mis pasos y eché un nuevo vistazo.

Demasiado tarde. Si alguna vez habían estado ahí, ahora estaban en otro lugar.

No esperé su regreso. Sabía por experiencia que era inútil.

Pensé una última vez en Albicastro. Dejaba aquella villa abandonada, pero en realidad repleta de vida misteriosa, para arrojarse a la caterva del mundo, que ahora no era sino guerra y destrucción. Me acordé de lo que me había dicho dos años atrás: justo como los silenos de Alcibíades, las grotescas estatuillas que ocultan dentro de sí imágenes divinas, lo que parece muerte es vida, y viceversa, lo que parece vida es muerte.

Cuando salía del Navío, noté que el cielo se había oscurecido otra vez; ahora la luz era opaca, crepuscular.

Sentí que la inquietud me erizaba la piel de los brazos. Sin embargo, sabía que en aquel lugar el Tiempo podía convertirse en torbellino y desandar el camino. ¿Por qué sorprenderse entonces, me dije, de que el viento y las hojas, las nubes y el sol lo acompañasen con el mismo paso de danza?

—¿Qué te ha pasado? ¡Llevo horas buscándote!

Estaba pálido como el papel. Cloridia, con mirada asombrada e inquieta, me acogió entre sus brazos amorosos. Había venido a mi encuentro, en la calle de nuestra casa.

Le expliqué en un santiamén todo cuanto había visto. Ella sonrió.

—Tu abate hablaría de fantasías, de exhalaciones capaces de inducir alucinaciones o incluso de un ardid, y quizá citaría uno de los numerosos tratadillos de física oculta que ahora están en boga.

—¿Y tú? —pregunté recordando la treta del alcanfor, que en la guarida de Ugonio me había hecho creer que estaba muerto.

—Pues yo podría decirte que has visto, o imaginado, lo que habría sucedido si no hubieran obligado al rey de Francia y Maria Mancini a separarse: habrían envejecido juntos.

—Así pues, una vez más en el Navío he visto aparecer el lado bueno de lo que debería haber ocurrido y no ha ocurrido —dije—. Pero ¿por qué nunca he visto el lado malo de lo que podía haber ocurrido?

—Podría responderte de la siguiente manera. En primer lugar, en esa villa encuentra amparo sólo lo que era justo que ocurriese y no acaeció debido a una… «aberración», llamémosla así, de la Historia. Una desviación del orden natural de las cosas.

—¿Y en segundo lugar? —pregunté, pues Cloridia había interrumpido su razonamiento.

—Podría, y digo podría, emplear grandes palabras y explicarte que el bien, lo que es bueno y justo, existe y punto. Es hijo de Dios Padre y Creador; por lo tanto existe, en el sentido más elevado del término. Y sigue existiendo incluso cuando, en el plano de las cosas terrenales, sucumbe frente a fuerzas malignas superiores. Y ello porque el bien es afirmación pura e incorruptible, y no puede no existir. Jamás, pues, es aniquilado. Y ten por seguro que, en otros tiempos y bajo otras formas, resurge.

—¿Y el mal?

—Sabes perfectamente que detesto la filosofía. Pero también aquí podría citar a san Agustín de Hipona: el mal es negación. Al revés que el bien, no existe por sí mismo, sino sólo como destrucción de lo que es bueno y justo. Por consiguiente, cuando el mal proyectado es derrotado por el bien, no va a ninguna parte, sino que desaparece del todo, es decir, desaparece también su mendaz apariencia, la cáscara vacía que arrojaba humo a los ojos de los hombres. Por ello nunca encontrarás un Navío que recoja las malas intenciones, los proyectos malvados que no pueden llevarse a cabo.

La observé perplejo. Cloridia hablaba como si todo aquello fuese la cosa más natural del mundo. Hicimos el resto del trayecto en silencio.

—¡Para vosotras, las mujeres, todo es tan evidente! —observé con un suspiro una vez que llegamos a la era, mientras me quitaba los bonitos zapatos que me había regalado Atto y me ponía mis zuecos de campesino—. Podríais ver un buey volando y no os sorprenderíais.

—Tal vez porque, como decís los hombres, tenemos menos seso que vosotros —repuso mi esposa quitándome el jubón y la cinta azul del pelo.

—No. Quería decir que siempre sois más sabias.

—Mira por dónde fue una mujer, no un hombre, quien aplastó la cabeza de la serpiente con su pie desnudo —asintió Cloridia—. Pero, ojo, he dicho que podría decirte todo esto…

—¿Y bien?

—Pues que ahora te digo sencillamente que has tenido una visión. Un producto de tu fantasía. Digno de una novela, tal vez.

Querido Alessio:

Ahora que habéis llegado al final del escrito de mis dos amigos, permitidme que me despida brevemente de vos. Esta vez, para verificar la autenticidad de los hechos narrados, no he tenido que hacer indagaciones. En efecto, he recibido además un disco que contiene todas las piezas musicales que se citan en el texto, así como un apéndice de pruebas documentales. Feliz circunstancia, pues, desde el lugar donde me encuentro, sin duda no habría podido llevar a cabo ninguna investigación, y tampoco encontrar una grabación de la tan desconocida como fascinante folía de Albicastro, o un aria inspirada en *El pastor Fido*.

Os dejo ahora el placer de comprobar si todo cuanto se afirma en el texto que acabáis de leer es cierto. La labor es menos ardua de lo que podéis suponer. Además, los intérpretes anónimos de las piezas del disco, que adjunto a este escrito, os harán buena compañía.

Como leeréis en las páginas siguientes, Rita y Francesco han encargado a dos grafólogos el examen de la firma del testamento de Carlos II de España. El resultado ha sido inequívoco: es falsa.

No os adelanto nada más. De todos modos, sé que aún estáis esperando que os explique por qué os envío este texto. Es muy simple: porque en Roma, cerca del Santo Padre, seguramente tendrá más fortuna que aquí, en las manos de un pobre obispo degradado a cura, en la lejana Tomi. Pero no os vayáis a lanzar al vuelo con vuestra túnica de preciada tela por los pasillos y las habitaciones más reservadas; no merece la pena. En este sentido, permitidme que os recuerde aquella advertencia del poeta latino Ovidio, mi compañero de desdichas, citado por Atto Melani: «Tú eres mortal, Faetón, y no lo por ti deseado.»

Creo que terminaréis dando suerte a mis dos amigos. «¿De qué manera?», os preguntaréis con sarcasmo, pero también —lo sé— con inquietud.

La respuesta está en la mente de Dios, *quem nullum latet secretum*.

Pruebas documentales

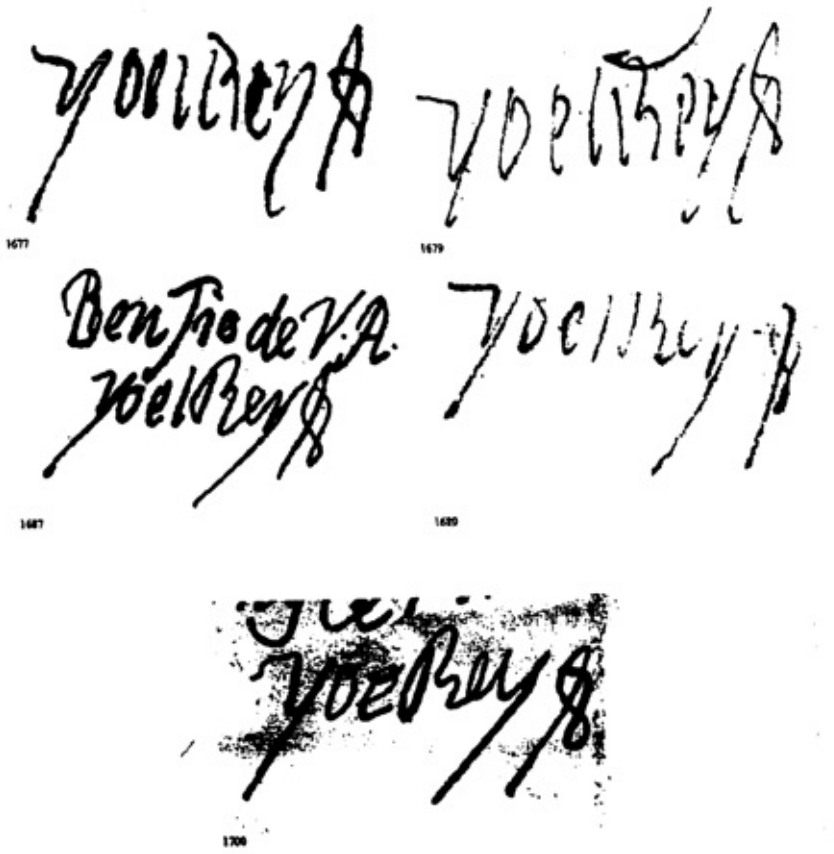
La firma de Carlos II de España

Si es verdad que el testamento de Carlos II fue falsificado, procede preguntarse: ¿qué habría ocurrido si el fraude no hubiese tenido lugar?

La guerra de Sucesión de España no habría estallado, o quizá las alianzas en juego en el conflicto hubiesen sido distintas, como distinto habría sido el resultado final. Es probable que el Imperio español se hubiese dividido pacíficamente entre las potencias, como preveía el tratado de reparto. Francia, al tiempo que se libraba de un terrible conflicto, habría mantenido una posición hegemónica en el continente, y los sucesos revolucionarios de 1789 podrían incluso haber tenido otro carácter o haberse producido más tarde, o con menor violencia. Europa quizá habría adoptado, al final del enfrentamiento militar, un orden muy diferente. Puede que el devenir de los siglos siguientes hubiese sido radicalmente distinto. Y el trono de España no estaría ocupado hoy por un Borbón.

¿Cómo se establece que una firma es falsa? Lógicamente, se recurre a un grafólogo. O mejor, a dos.

Hay firmas auténticas de Carlos II en los archivos de muchas grandes ciudades europeas, donde se conserva la correspondencia diplomática del rey de España con sus embajadores y con otros soberanos. A continuación se reproducen cinco firmas de Carlos II, trazadas en distintos períodos de su breve vida:



La siguiente es la firma del testamento, que se conserva en España, en el Archivo General de Simancas:



Hasta para un profano en la materia es evidente que esa firma ágil, segura, decidida, no puede ser la de un enfermo crónico como Carlos II, que en los últimos meses de su vida tuvo que guardar casi siempre cama (el testamento debió de firmarlo menos de un mes antes de su fallecimiento), postrado por la enfermedad. Las otras firmas son inseguras, irregulares, a veces vacilantes. Cuanto más se acerca la hora suprema, más temblorosas se vuelven. Increíblemente, la última, la del testamento, cuando Carlos estaba al borde de la muerte, fue estampada con la gracia y la despreocupación de un muchacho.

Pero el profano puede equivocarse. Por tal motivo se ha recurrido a dos expertos en grafología, ambos asesores habituales de las autoridades judiciales: uno de ellos reside en Verona, y el otro en Nápoles. Una mujer del norte de Italia y un hombre del sur, completamente distintos entre sí. Como es lógico, a ninguno de los dos se le ha revelado la identidad del otro.

La primera respuesta llegó del norte. La señora Marina Tonini escribió que:

> … la comparación de la firma X, fechada el 3 octubre de 1770, con la fechada en abril de 1700 no puede menos que plantear serios interrogantes sobre la autenticidad de la firma del testamento. Además, observamos que en la firma de abril de 1700 falta totalmente la l de «el» en «Yo, el rey». Ahora bien, dicho fenómeno concuerda plenamente con la motricidad gráfica gravemente afectada que aparece en el texto de A5. Así las cosas, es legítimo preguntarse si el sujeto estaba en condiciones de efectuar el gesto suave y suelto que aparece en la firma del testamento.
>
> Por consiguiente, sobre la base de todas las observaciones llevadas a cabo, y habida cuenta de los límites que impone el hecho de haber manejado sólo fotocopias, es legítimo informar de que con gran probabilidad la firma del testamento no pertenece a la mano que trazó las firmas autógrafas.

La expresión «con gran probabilidad» indica que la señora Tonini ha tenido que dejar un mínimo margen técnico de incertidumbre, como es de rigor entre los grafólogos, porque no ha dispuesto de ningún original de las firmas, sino sólo de fotografías y fotocopias. Un obstáculo, por lo demás, imposible de sortear, dado que las cartas de las que están sacadas las firmas se encuentran en España y Austria.

Hacía falta algo más. Y ese algo llegó finalmente con el otro peritaje, el del abogado y grafólogo judicial de Nápoles Andrea Faiello. Por un golpe de suerte, el abogado Faiello conoce, desde la época de sus estudios universitarios, la historia de la sucesión española y está familiarizado con los archivos históricos de su ciudad. Así, aunque el examen de la señora Tonini era muy minucioso, Faiello da un gran paso adelante: en el Archivo de Estado de Nápoles ha visto directamente, en documentos originales, otras firmas de Carlos II. Eso le ha permitido evaluar mejor el conjunto. Y éste es el resultado.

En la firma del testamento, dice el peritaje de Faiello:

> … faltan totalmente los signos de la «escritura en cama», que deberían ser frecuentes superposiciones, temblores, yuxtaposiciones, repasos y, en general, los signos de un cansancio progresivo de la mano que escribe […] (cansancio que tendría que ser aún más evidente dado el estado de salud de Carlos II en el período de la presunta firma…).
>
> La escritura aparece, en cambio, «fluida» (signo gráfico: «escritura fluida», propia de la clase de escritura que se inclina con seguridad hacia la izquierda, con un trazo gráfico tendente a desplazarse más en sentido horizontal que vertical, independientemente de la prisa o la calma con que se realice el movimiento, del respeto o del maltrato a las letras; tendencia motriz: impetuosidad y dinamismo en el sentimiento y en la voluntad).
>
> Se nota, además, la presencia del signo gráfico «escritura rápida», propia de la escritura en que las letras o partes de éstas no se alinean en el renglón de base real o imaginaria, sino que se proyectan hacia arriba o hacia abajo […]. En la comparación con las escrituras seguramente autógrafas, se

aprecia asimismo una evidente distorsión de la formación del «enlace» (espacio entre «palo», línea descendente, y «perfil», línea ascendente) entre la primera evolución de la «rúbrica» final [= sello] de la firma y el elemento correspondiente en las otras escrituras comparadas. La amplitud de dicho enlace (estrecho) es ciertamente inferior a la de los enlaces, siempre constantes, de las firmas que Carlos estampó en los distintos momentos de su vida y a lo largo del avance de las complejas patologías que lo debilitaron hasta causarle la muerte. Además, en dicha rúbrica hay un ángulo de orientación distinto de los palos y los perfiles.

Por otra parte, el trazo en su conjunto aparece sustancialmente carente de corrimientos, retoques, borrones, abultamientos, vacilaciones y repasos. Tanto las partes finales de las letras como las iniciales están trazadas con una fluidez de ejecución que seguramente se debe a un estado físico distinto de aquel en que se encontraba el soberano y a un ejercicio que hacía factible las mismas evoluciones morfológicas de las letras.

CONCLUSIONES

Por todo ello, con absoluta serenidad y conciencia concluyo:

—Que el sujeto que trazó la firma al pie de la escritura testamentaria fechada el 3 de octubre de 1700 no presenta ninguna de las características seguramente autógrafas de Carlos II de Habsburgo;

—que la firma es APÓCRIFA.

Así pues, es verdad. El testamento de Carlos II, por el que se nombraba heredero a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, nunca fue firmado por el rey español. Quizá firmó otro, luego destruido, en el que dejaba el trono a un Habsburgo de Austria. Pero son suposiciones. Un solo hecho es cierto: la casa de los Borbones ascendió ilegítimamente al trono de España, su actual representante lo ocupa en virtud de un testamento falso. Se podrá objetar que fue Francisco Franco quien, después de la Segunda Guerra Mundial, organizó la vuelta al trono del rey Juan Carlos de Borbón. Pero Franco eligió a un heredero en línea directa de Felipe V, a un Borbón precisamente, que aún se beneficiaba de los efectos de aquella firma falsa.

Los dos peritajes han sido depositados en una notaría:

Dr. Stefan Prayer

Notariat Dr. Wiedermann und Dr. Prayer

Vivenotgasse 1/7

A - 1120 Viena (Austria)

Tel.: +43 1 813 13 56

Fax: +43 1 813 13 56 23

Quien lo desee puede consultar ambos peritajes, bien acudiendo a esta dirección o solicitando el envío, a su cargo, de una fotocopia autentificada. Así podrá tocar con la mano, por decirlo así, esta enésima y flagrante mentira de la Historia.

Las firmas autentificadas que han analizado los dos grafólogos proceden de:

1677: Viena, Haus-, Hof-und Staatsarchiv, Spanien, Hofkorrespondenz 7 (Fasz.10), c. 1.

1679: *Ibidem*, c. 12.

1687: publicada por L. Pfandl, Karl II - *Das Ende der spanischen Machtstellung in Europa*, Múnich, 1940, p. 176.

1689: Viena, Haus-, Hof-und Staatsarchiv, Spanien, Diplomatische Korrespondenz 59, c. 503.

1700: publicada por Pfandl, p. 448.

Asimismo, el perito Faiello ha examinado directamente las firmas originales de Carlos II conservadas en el Archivo Histórico de Nápoles:

—Archivo «Giudice Caracciolo di Villa»: sección Pergaminos, carpeta nº 134.

—Archivo «Sanseverino di Bisognano»: sección Pergaminos, carpeta nº 29.

—Archivo «Giudice di Cellamare»: sección Pergaminos, carpeta nº 94, doc. nº 15.

El testamento de Carlos II está depositado en España, en el Archivo General de Simancas, Estado K, carpeta 1684, nº 12.

¿OPINIÓN O MEDIACIÓN?

Tan sólo la descripción ordenada y clara de los hechos puede explicar la conjura que permitió a los tres cardenales más poderosos de aquel momento (el secretario de los Breves Albani, el secretario de Estado Fabrizio Spada y el camarlengo Spinola) burlar la autoridad del viejo papa Inocencio XII y enviar al rey de España la carta en la que se le aconsejaba que nombrase heredero a un francés. Era el presupuesto necesario para que el testamento de Carlos, que quería que un Habsburgo lo sucediese, fuese falsificado en España. Los dos documentos falsos se confirmarían mutuamente: la opinión del Papa y el testamento de Carlos. Un delito perfecto, en el que todo el mundo ha creído. Hasta ahora.

Todo empieza en la primavera de 1700, cuando se difunde el rumor de que Carlos II ha redactado un testamento con el nombre de su sucesor, un Habsburgo de quince años: el archiduque de Austria, hijo del emperador de Viena, Leopoldo I.

En efecto, el 27 de marzo el nuncio pontificio en Madrid escribe a Roma: «Es probable que el rey elija como sucesor a un príncipe de su misma sangre, de la casa de Austria, no a un francés.» Todo indica, pues, que Carlos se inclinaba aún por un

heredero de la casa de Habsburgo (M. Landau, *Wien, Rom und Neapel, Zur Geschichte des Kampfes zwischen Papsttum und Kaisertum*, Leipzig, 1884, p. 455, nº 1).

Como cuenta Maria en sus cartas a Atto (cfr. O. Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart*, VIII, Viena, 1879, p. 496 y ss.), Carlos II pide entonces a su primo Leopoldo I que envíe a Madrid a su hijo segundón, el archiduque de Austria. Manda incluso armar una escuadra naval en el puerto de Cádiz, lista para zarpar e ir en busca del archiduque. Es evidente que Carlos va a nombrarlo su heredero. Sin embargo, el Rey Cristianísimo no podía dejar de intervenir; tan pronto como se enteró de la noticia, anunció a Carlos II, a través de su embajador, que interpretaría tal decisión como una ruptura formal de la paz. Enseguida hace equipar en Tolón una flota mucho más poderosa que la española y dispuesta a levar anclas e ir a bombardear el buque que traslada a España al archiduque de Austria. Leopoldo no se atreve a exponer a su hijo a semejante peligro. Carlos II propone entonces enviar al joven archiduque a los territorios españoles de Italia. Pero Leopoldo vacila: el Imperio, después de años de lucha en el este contra el turco, ya no quiere desangrar a sus propios súbditos para defenderse. Y el rey de Francia lo sabe. Es más, ha comprendido que ha llegado el momento de asestar el golpe decisivo: para asustar más a los españoles, hace público el pacto secreto de reparto de su reino, suscrito casi dos años antes con Holanda e Inglaterra. Consternado, Carlos II abandona precipitadamente El Escorial y va a Madrid. En la corte cunde la impaciencia; el Consejo de Estado teme a Francia y está dispuesto a aceptar a un nieto del Rey Cristianísimo como heredero con tal de evitar una invasión francesa.

El domingo 6 de junio, en efecto, el Consejo de Estado español decide solicitar a Luis XIV el nombre de un nieto al cual destinar el reino (Landau, *ibídem*).

El 13 de junio, Carlos II reclama la ayuda del Papa (cfr. Galland, «Die Papstwahl des Jahres 1700 in Zusammenhang mit den damaligen kirchlichen und politischen Verháltnissen», en *Historisches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft*, III, 1882, p. 226, y L. Pfandl, *Karl II*…, op. cit., p. 442). Al mismo tiempo escribe a su primo, el emperador Leopoldo, a Viena para informarle de que ha pedido la mediación del Pontífice y adjunta una copia de la misiva dirigida a éste.

En la conferencia de ministros que se reúnen en Viena para debatir el asunto, se habla en estos términos del propósito de la petición: «Acerca de la carta del rey de España, él escribe que se ha remitido a la mediación del Papa» (el original reza «*remissio ad mediationem*»; cfr. protocolo de la conferencia del Consejo Imperial del 6 de julio de 1700, Viena, Haus-, Hof-und Staatsarchiv, *Geheime Conferenzprotokolle*, Conferentia vom 6. Juli 1700. Cfr. también A. Gaedeke, *Die Politik Österreichs in der spanischen Erbfolgefrage*, Leipzig, 1877, II, pp. 188—189).

La carta que debió de contener la petición de «mediación» estuvo materialmente presente en la conferencia del Consejo Imperial del 6 de julio y fue anexada a las actas; sin embargo, a finales del siglo XIX ya había desaparecido; Klopp la buscó en vano en el Archivo de Estado de Viena, donde tendría que haberse encontrado (O. Klopp, *Der Fall*…, op. cit., VIII, p. 504, nota 1).

Eso no es todo. En Roma, el 24 de julio, tras una larga espera, Von Lamberg fue finalmente recibido en audiencia por el Papa. El Santo Padre aborda sin ambages la sucesión española. Según refiere Von Lamberg, el Pontífice dijo que, «como no podía negociar con el príncipe de Orange [o sea, el rey inglés Guillermo III, protestante], tampoco podía interponer su mediación» (cfr. L. v. Lamberg, *Relazione istorica umiliata alla maestá dell'augustissimo imperatore Leopoldo I*, Viena, Nationalbibliothek, p. 30). El propio Von Lamberg recuerda al Papa que los ingleses y los holandeses sólo desempeñan un papel indirecto en ese asunto. En efecto, el problema principal era Francia. El Papa dice: «Es un caso infausto. Pero ¿qué podemos hacer? Se nos priva de la dignidad que pertenece al vicario de Cristo y se nos abandona.»

¿A quién se refiere el Papa? Con toda probabilidad, a sus colaboradores más íntimos: a Spada, su secretario de Estado, a Albani, el secretario de los Breves, y al camarlengo, Spinola di San Cesareo, los hombres que, mejor que nadie, podían arrebatarle la autoridad y maniobrar a su antojo. Sea como fuere, para entonces la opinión falsificada ya estaba camino de España.

Una vez en Madrid, la opinión del Pontífice no hace que el rey Carlos II cambie su decisión. A tenor de los protocolos de las conferencias de ministros vieneses del 23 y 24 de agosto de 1700 (Viena, Haus-, Hof-und Staatsarchiv, *Geheime Conferenzprotokolle* del 23 y 24 de agosto. Cfr. también O. Redlich, *Geschichte Österreichs*, Gotha, 1921, VI, p. 503), el soberano español debió de comunicar al emperador, por intermedio del enviado imperial en Madrid, Ludwig Harrach, su firme intención de reservar toda la monarquía española a la casa de Habsburgo. Es más, el 10 de septiembre habría manifestado una vez más al Consejo de Estado su total desaprobación a las presiones a las que éste lo sometía para que nombrase heredero a un príncipe francés. Carlos II estaba muy enfermo, casi incapacitado. Sin embargo, aún tenía fuerzas para defender la idea con la que se había criado: dejar su reino a otro Habsburgo, porque, como él mismo afirmó, «sólo un Habsburgo es digno de un Habsburgo».

No termina ahí. Carlos escribe también a su embajador en Viena, el duque Moles (F. M. Ottieri, *Istoria delle guerre avvenute in Europa per la successione alla Monarchia delle Spagne*, Roma, 1728, I, p. 391), para ordenarle que garantice al emperador que el heredero será un Habsburgo.

Para todo el mundo era evidente que el rey español, por muy débil y enfermo que

se encontrara, jamás iba a firmar un testamento a favor de Francia. Sólo quedaba una solución: que el testamento fuese firmado, desde luego, pero por otra persona. Y eso fue lo que se hizo.

RÉCORD DE VELOCIDAD

La forma en que se elaboró la opinión del Papa también es digna de mención.

El 3 de julio, el embajador español, el duque de Uzeda, es recibido en audiencia por Inocencio XII. El hecho suscita sorpresa, pues ya había estado con el Papa la víspera. Lleva una carta autógrafa del rey de España fechada el 13 de junio, que con carácter urgente acaba de entregarle un mensajero: es la petición del soberano español al Pontífice.

El mariscal Tessé (R. de Fralay, *Mémoires*, París, 1806, I, p.178) refiere lo que Uzeda le contó en 1708 de aquella audiencia. Al principio el Papa puso inconvenientes; se negó a dar su opinión sobre un tema tan delicado, pero tras los insistentes ruegos de Uzeda, que le había llevado dictámenes de juristas y teólogos, accedió a manifestarse (Landau, p. 452 y ss.). Por entonces Uzeda ya era partidario de los franceses, pero fingía que seguía siendo amigo del Imperio y de Von Lamberg, lo que éste descubrirá demasiado tarde (cfr. *Relazione*, p. 8). A fin de convencer al Papa de que redacte una respuesta para el rey de España, Uzeda recurre a la ayuda de los tres hombres más cercanos a Inocencio XII: Spada, el secretario de Estado, Albani, el secretario de los Breves, y Spinola di San Cesareo, el camarlengo (Landau, p. 453, que cita a Tessé).

El día 12, el viejo Papa cede. En efecto, Von Lamberg (*Relazione, ibidem*) anotará más tarde que ese día Uzeda «actuó mal en el punto principal y contravino la fe, que *sanctissimum humani pectoris bonum est*». El 14 de julio, el Pontífice nombra oficialmente a los tres cardenales miembros de la congregación encargada de redactar un consejo (*ibidem*, p. 23).

El 16 de julio se envía a España la respuesta del Papa a Carlos II (Voltaire, *Le siécle de Louis XIV*, Lyon, 1791, II, p. 180).

Sólo dos días, del 14 al 16 de julio, bastaron pues a los tres cardenales para decidir la sucesión de España. Lo normal hubiese sido que, ante un asunto tan candente, hubiesen reunido, o al menos consultado, a juristas, historiadores, expertos en derecho internacional, etcétera. Hubiese sido normal que tardasen unos días, como mínimo una semana o dos, en calibrar y por fin redactar el veredicto. Pero no ocurrió nada de eso: Albani, Spada y Spinola liquidaron la cuestión en apenas cuarenta y ocho horas.

«La opinión, fruto de un largo y serio intercambio de ideas [¡sic!], fue aceptada

por el Papa, y su respuesta fue dictada por Albani a un escribano y enviada por correo especial a Madrid.» (Galland, p. 226, citado por Ottieri y P Polidori, *Vita Clementis XI*, Urbino, 1727, p. 40.)

La opinión de la Santa Sede sobre el destino del mundo se preparó en un dos por tres. Un Papa viejo y enfermo, que no tardaría en morir, y una de las burocracias menos eficientes de Europa batieron curiosamente todas las marcas de velocidad. ¿Extraño? Sin embargo, hasta hoy los historiadores han aceptado esa versión.

Contadas y tímidas voces se han atrevido a formular la posibilidad de que la opinión papal se hubiese adulterado. El historiador español Domínguez Ortiz constituye una de esas excepciones: «No se conoce el original de la respuesta pontificia y se sospecha que la opinión (favorable a la sucesión francesa), emitida por tres cardenales, fue falsificada.» (A. Domínguez Ortiz, «Regalismo y relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVII», en *Historia de la Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, volumen IV de la *Historia de la Iglesia en España*, Madrid, 1979, pp. 88—89; citado en R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, Madrid, 1994, XVIII, p.155.)

Por otra parte, manipular y contrahacer la respuesta del Papa no era difícil: Inocencio XII no firmaba personalmente los documentos. Cumple señalar que Albani, su sucesor, actuó de una forma completamente distinta tras ser elegido con el nombre de Clemente XI. «El número de documentos redactados o corregidos por Clemente XI […] es sorprendentemente alto. Pocos Papas han escrito tanto y, por lo mismo, es el Papa del que se conservan más autógrafos.» (L. v. Pastor, *Geschichte der Päpste*, Friburgo, 1930, XV, p. 10.) ¿Temía Albani que un cardenal demasiado avispado alterase sus escritos, como había hecho él con su predecesor?

DESAPARECEN LAS PRUEBAS

Por supuesto, sería fácil demostrar directamente, de una vez por todas, que Carlos requirió una mediación, no una opinión, si hubiesen llegado hasta nosotros la petición de Carlos y la respuesta del Papa. Ahora bien, no ha quedado una sola línea de dichas misivas, pese a su importancia. Se tiene constancia, sin embargo, de que de la petición de Carlos hubo tres copias originales, y dos de la respuesta de Inocencio XII; todas ellas evaporadas en la nada. La coincidencia no puede sino arrojar una grave sospecha sobre todo el asunto. La siguiente es la lista de las desapariciones.

En Roma, del Archivo Secreto del Vaticano han desaparecido la petición original que mandó Carlos II y la copia de la respuesta de Inocencio XII, que, según los archiveros del Vaticano, deberían encontrarse en su sitio (la desaparición se confirmó ya en el siglo XIX; cfr. Galland, p. 228, nota 5).

En España, del Archivo General de Simancas faltan tanto la copia de la carta de Carlos II al Papa como el original de la respuesta de Inocencio XII (en 1822, el director del archivo español denunció su desaparición; cfr. Galland, *ibídem*).

Como ya se ha dicho, la copia de la carta de Carlos II al Papa, que el propio rey español habría enviado al emperador Leopoldo I, no se encuentra en el Archivo de Estado de Viena (esta misiva ya se había extraviado también a mediados del siglo XIX; cfr. Galland, *ibídem*, que lo verificó personalmente. Klopp tampoco encontró rastros; cfr. *Der Fall*…, op. cit., VIII, p. 504, nota 1).

Por último, en París, las dos versiones apócrifas de las cartas, halladas y publicadas por C. Hippeau (*Avénement des Bourbons au trone d'Espagne*, París, 1875, II, pp. 229—230 y 233—234) han desaparecido del archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Estos apócrifos se esfumaron también muy pronto, e Hippeau es el único historiador que puede presumir de haberlos visto.

En resumidas cuentas, son muchas las capitales europeas donde ha habido extrañas desapariciones.

Un par de apuntes sobre las dos cartas apócrifas publicadas por Hippeau. En 1702 circularon en Italia, en una hoja volante, la supuesta misiva de Carlos II y la respuesta de Inocencio XII, en la que éste aconsejaba a aquél nombrar heredero a un francés. Von Lamberg (Klopp, *ibídem*) fue a ver a Albani, ya elegido Papa con el nombre de Clemente XI, y le pidió explicaciones, dado que el propio Albani había dirigido la célebre congregación para la sucesión española.

Albani le contó que en aquellas cartas «… hay pequeñas cosas ciertas, pero muchas falsas… y basta decir en verdad que ni la petición de Carlos II ni la respuesta de Inocencio XII fueron como las que se leen en la hoja».

El Papa autorizó después a Von Lamberg a imprimir y difundir sus palabras (Klopp, *ibídem*; Galland, p. 229, nota 5).

No obstante el desmentido público del Papa, algunos historiadores del siglo XVIII estimaron verídicas las dos cartas apócrifas (tal vez a falta de algo mejor). Además, la fecha de envío que figura en la misiva con la opinión es el 6 de julio, no el 16. Esto dio lugar, en los siglos siguientes, a una larga serie de errores en la reconstrucción cronológica de los hechos, cuyos efectos aún se notan en muchos manuales de historia.

EL PAPA ALBANI Y ATTO MELANI

Albani demuestra su reconocimiento a Atto muy poco después de convertirse en

Papa: a los dos meses de su elección al solio pontificio, encarga al cardenal Paolucci, secretario de Estado, que escriba al nuncio apostólico en Francia, monseñor Gualtieri, una carta llena de gratitud hacia Melani, con la promesa de recompensarlo cuanto antes por la ayuda que ha prestado (Florencia, Biblioteca Marucelliana, Manuscritos Melani, 3, c. 280):

> Nuestro señor está muy bien informado del ventajoso concepto que se tiene en esta corte del señor abate Melani y del esmero con que oportunamente se aplica para servir a esta Santa Sede y a sus Ministros, habiendo tenido varios testimonios en distintas circunstancias […], por lo cual Su Beatitud no sólo guarda un grato recuerdo, sino que además se digna mostrarse muy dispuesta a recompensar la obra del mismo señor abate con los actos de su paternal benevolencia en las ocasiones que pudieran ser favorables a los intereses de su casa aquí.

En el Archivo de Estado de Florencia (Fondo Mediceo del Principato, legajo 4807) hay muchos testimonios más de la atención incesante con que el abate Melani, en los meses previos a su llegada a la villa Spada, sigue la salud del Papa moribundo y los movimientos de los distintos cardenales a la vista del próximo cónclave. El 4 y el 8 de enero de 1700, escribe a Gondi, secretario del gran duque de Toscana, que Luis XIV ha ordenado que todos los purpurados franceses vayan a Roma alrededor del 20 de enero para asistir al cónclave que se avecina. Luego, el 25 del mismo mes, informa de que muchos cardenales no han partido hacia Roma, pues se ha sabido que la salud del Papa «no deja de mejorar»; otros purpurados franceses, con todo, ya habían emprendido el viaje antes de conocer la noticia.

Además, Atto sabía perfectamente desde hacía meses que el viejo papa Inocencio XII había sido privado de su autoridad por los cardenales que lo asesoraban, pese a que en su respuesta a la condestablesa desmienta cándidamente esos rumores. El 1 de febrero, de hecho, escribe a Gondi:

> Por más que los señores cardenales de Palacio intenten ocultar la verdad, se sabe que su espíritu [del papa Inocencio XII] varía mucho, y que los cargos dados a distintos prelados han sido el instrumento de que se han valido para que el mundo crea que Su Santidad está en estado de obrar.
> NATURALMENTE, TAMBIÉN EL RESTO ES VERDAD…

MARIA Y LUIS

No cabe duda de que Maria espió en España al servicio de Francia, ni de que mantuvo contactos muy secretos con Luis XIV hasta el final. Su intermediario era Atto Melani. Los documentos que han encontrado los autores, citados más adelante, así lo confirman.

Atto Melani fue realmente íntimo amigo de Maria Mancini y admirador de sus célebres hermanas. Una de ellas, Ortensia, en sus memorias (*Mémoires d'Hortense et de Marie Mancini*, Doscot, ed., Mercure de France, París, 1965, p. 33), cuenta, en efecto, que «un eunuco italiano, músico del cardenal, hombre de gran ingenio», tuvo atenciones «tanto con mis hermanas como conmigo». Añade que «… el eunuco, su confidente [es decir, de Maria Mancini], que se quedó sin crédito por su ausencia y por la muerte del cardenal, intentó granjearse mi voluntad; […] Este hombre gozó de la amistad del rey desde la época que había sido confidente de mi hermana [María]» (citado en R. L. Weaver, «Materiali per le biografie dei fratelli Melani», en *Rivista italiana di Musicologia*, XII (1977), p. 252 y ss.).

Las cartas de Maria a Atto, en las cuales, por intermedio de éste, la condestablesa se dirige al Rey Sol con el apodo de Silvio y Lidio, existen realmente. Han sido descubiertas por los autores en París, junto con los informes que Maria enviaba desde España al abate Melani ante la inminencia de la guerra de Sucesión española. Estos últimos son una prueba fehaciente de las actividades que desarrollaba Maria. Su contacto francés era siempre Atto, que se encargaba de presentar, explicar y comentar los informes de su amiga a los ministros (las cartas de Maria y los correspondientes escritos de Atto están en C. P Rome Suppl. 10 - Lettres de l'abbé Melani, cc. 120, 185, 187, 206, 222, 259, 281, 282, 285).

Pese a que cumplía tan peligroso encargo, parece que Maria conserva en todo momento la imagen de Luis. Eso se desprende de una carta que escribe a Atto desde Toledo el 9 de agosto de 1701 (c. 285 y ss.), en la que, observando a Felipe V, confiesa: «Me enternezco cuando lo veo, porque me recuerda a su abuelo cuando tenía su edad.»

Hasta hoy nadie conocía esta correspondencia entre Atto Melani y Maria Mancini, que duró cuarenta años, ni las alusiones cifradas a Luis contenidas en ella.

Por eso mismo, ni una sola de las numerosas y documentadas biografías escritas hasta hoy de Maria Mancini (desde la de L. Perey [seudónimo de Luce Herpin], *Une princesse romaine au XVII siécle*, París, 1896, hasta la de C. Dulong, *Marie Mancini*, París, 1980) ha intuido su verdadero y decisivo papel en la vida del soberano.

Los autores también han descubierto, en la Biblioteca Marucelliana de Florencia (Manuscritos Melani 9, cc. 157-158r), la carta de despedida (desconocida hasta hoy) que Maria escribió al soberano y que Atto Melani le entregó secretamente, como el propio abate cuenta en la cuarta noche. En realidad Atto no se limitó a echar un vistazo a la carta: antes de dársela a su rey, la copió entera. Fue una suerte, porque hoy es la única misiva que nos queda de toda la correspondencia amorosa entre Maria Mancini y Luis XIV La carta, escrita originalmente en francés, que Atto copió e incluyó en su propia correspondencia, omitiendo por prudencia la fecha, el nombre del remitente y el del destinatario, lleva el sencillo y evocador título de «Lettre

tendre», carta tierna. Asimismo, la identidad de la infanta de España María Teresa, futura esposa del rey, está oculta bajo el seudónimo de Eleonor:

> *Me despido de vos, señor, y os escribo desde el mismo palacio donde nos hallamos aún los dos y del que nos disponemos a marcharnos. Los caminos que vamos a tomar son muy distintos: vos vais a llevar a Francia la alegría y el amor a todos los corazones de vuestros súbditos; os aprestáis a dar el anillo a una reina, a la cual a continuación os entregaréis. ¡Ay, señor! ¿Alguna vez imaginasteis que llegaría a asistir a un espectáculo tan triste? Al conceder vuestra mano a Eleonor asestáis el último golpe a mi vida. ¿Podré vivir, Dios mío? ¿Y veros en los brazos de otra? Tal vez me digáis, señor, que yo misma os aconsejé este matrimonio funesto. ¿Oh, señor, es que no sabéis que siempre hago despiadadamente lo que mi honor me exige? Mas por ello no he sufrido menos. Puedo decir que os devuelvo a vuestra libertad, a vuestra patria, a vuestros pueblos y, lo que sobrepasa todas las crueldades, que os regalo una esposa. No había aspirado a este honor, me habría gustado, quizá, que no hubieseis estado destinado a nadie. No me hice ilusiones, pero mis quimeras fueron extravagantes. Quise que fueseis un simple caballero. Si se hubiese cumplido mi deseo, habría hecho por vos más de lo que vos habéis hecho por mí en la situación en la que ahora os encontráis. ¡Qué idea, ay! Pero esa idea aún me halaga, porque además en todos mis otros pensamientos no veo sino horror y desesperación. Si sigo viva cuando celebréis vuestro matrimonio, iré a pasar el resto de mi vida en un lugar austero. Puntas de hierro, espantosas, erizadas y terribles se aprestan a elevarse entre vos y yo. Las lágrimas y los sollozos hacen temblar mi mano. Mi imaginación se ofusca, ya no puedo escribir. No sé lo que digo. Adiós, señor, la poca vida que me queda no se sostendrá sino con los recuerdos. ¡Oh, deliciosos recuerdos! ¿Qué haré yo de vos, qué haréis vos de mí? Pierdo la razón. Adiós, señor, por última vez.*

Innumerables indicios inducen a pensar que en los últimos años de su vida el Rey Sol siguió pensando, e intensamente, en su primer amor. Valgan unos ejemplos como botón de muestra. Un día, el rey encarga a Philidor, uno de sus músicos de corte, que haga el inventario de todas las obras representadas bajo su reinado. Ambos conversan a menudo. Así, en una ocasión Philidor reconoce que no se acuerda del texto de Pan del *Ballet des plaisirs*. Entonces el Rey Sol se pone a cantar enseguida, de memoria, las estrofas. «Se acuerda aún de un aria que había bailado en el Louvre hace casi sesenta años y que probablemente había silbado durante toda una estación, como tenía por costumbre, mientras paseaba con su querida Maria por la terraza de las Tullerías o más lejos, por el jardín Renard.» (Combescot, *Les petites Mazarines*, París, 1999, p. 402.)

En 1702, un supuesto padre capuchino, sospechoso de espionaje, es arrestado y llevado a la Bastilla. Su carcelero, el lugarteniente D'Argenson, le encuentra encima cartas, con mechones de pelo, de sus numerosas amantes, entre las que se cuentan damas de alta alcurnia. Sale a relucir el nombre de Maria, que, en efecto, embrujada por el ambiguo atractivo del aventurero, había tenido con éste una relación e incluso lo había presentado al nuevo rey de España, Felipe V.

El rumor llega a oídos del Rey Sol. Mira por dónde, tan pronto como oye decir que su antigua enamorada ha sido una de las amantes del capuchino, ordena interrogatorios rigurosos (el falso capuchino pasará, de hecho, largo tiempo en la

cárcel). Maria, que a la sazón se encuentra en Aviñón, se entera del suceso con inquietud; podrían acusarla de espionaje antifrancés. Pero, sobre todo, pregunta temblorosa si también el rey está al corriente de su relación con el siniestro aventurero. Incluso en un caso así, cuya gravedad reside en el espionaje o en los problemas judiciales, la preocupación de ambos es otra: el rey quiere saber si Maria se ha concedido a alguien; Maria, lo que el rey ha sabido.

En 1705, al cabo de más de cuarenta años, Maria regresa a París. A través del duque D'Harcourt le llegan una invitación del rey a Versalles y una oferta de ayuda económica. Ella rechaza ambas cosas. Es demasiado juiciosa para ceder y mostrar a su antiguo amante los signos del tiempo en su rostro. No se encuentran, ni volverán a verse nunca más.

Maria quería ser enterrada en el lugar donde la sorprendiera la muerte. Y así fue: murió el 8 de mayo de 1715 en Pisa, víctima de una indisposición repentina. El epitafio de la lápida, pedido por ella misma, reza: «*Pulvis et cinis*»; polvo y cenizas. Su tumba se encuentra todavía hoy delante del altar mayor de la iglesia del Santo Sepulcro.

La noticia de su fallecimiento tarda un mes en llegar a Roma, donde vivían sus hijos; desde ahí se divulga por París y toda Europa, y así la conoce el Rey Sol. Puede que sea casualidad pero, no bien se enteró, Luis XIV cayó enfermo. Pocos días después, deja Versalles y se traslada a su residencia de Marly. En Pentecostés, el cirujano Mareschal advierte a madame de Maintenon que el soberano ha entrado en el camino inexorable hacia la muerte. La esposa se irrita, lo manda callar. Pero Luis empeora claramente, hasta que en agosto ya nadie puede negarlo: gangrena. Morirá el 1 de septiembre.

Si el abate Melani no hubiese fallecido, a edad muy avanzada, el año anterior, tal vez habría señalado conmovido: «Luis y Maria no pudieron vivir juntos, pero juntos han conseguido irse.»

El pastor Fido, de Giambattista Guarini, que Luis y Maria leyeron juntos y de donde están tomados los versos citados en sus cartas, fue uno de los mayores éxitos de los siglos pasados. Desde su puesta en escena en la corte de Ferrara (1598), conoció una extraordinaria difusión en toda Europa hasta finales del siglo XVIII.

En la corte de Francia había bastantes tapices con escenas inspiradas en el poema de Guarini; entre ellos, los de François de la Planche, alias Van der Plancken, al que Atto menciona en la novela, y los de su hijo Raphäel (cfr. *L'objet d'art*, de mayo de 2001, con la recensión de la exposición de tapices «Délices et tourments» en la galería Blondeel-Deroyan de París).

También las palabras de agradecimiento que Maria dirige a Fouquet en los

jardines del Navío son auténticas. La carta a que se refiere Atto, y que contiene esas mismas palabras, se conserva en París (Biblioteca Nacional, Ms. Baluze 150, c. 237; cfr. además C. Dulong, *op. cit*., p. 101).

La descripción que se hace de Maria Mancini la primera vez que aparece en el Navío también es verídica (cfr. la descripción que hizo un anónimo contemporáneo en un opúsculo: la «Carta» final de las *Memorie della S.P.M.M. Colonna, connestabilessa del regno di Napoli*, Colonia, 1678). Asimismo, son reales todos los relatos y todas las anécdotas sobre las amantes del Rey Sol (cfr. los innumerables cronistas de la época, así como el muy documentado libro de Simone Bertiére, *Les femmes du Roi soleil*, París, 1998).

Todo cuanto narra Maria sobre Carlos II y la corte española está históricamente documentado (cfr. Ludwig Pfandl, *Karl II. - Das Ende der spanischen Machtstellung*, Munich, 1940).

La predicción de Solón que Maria Mancini hace suya en las cartas a Atto («La divinidad ha permitido a muchos contemplar la felicidad y luego los ha apartado radicalmente de ella») se confirmó: entre 1711 y 1712 el Rey Cristianísimo se queda casi sin descendientes. El gran delfín, padre del delfín e hijo de Su Majestad Cristianísima, fallece en 1711. Al año siguiente le toca el turno a María Adelaida de Borgoña, esposa del delfín de Francia, el nieto de Su Majestad, madre de dos niños, los últimos herederos al trono. María Adelaida muere de sarampión, con apenas veintiséis años, la noche del 12 de febrero de 1712. Desmoronado por el dolor y contagiado por la enfermedad, su marido, el delfín, fallece seis días después. Sus hijos caen también enfermos: primero el pequeño Luis, duque de Bretaña, un hermoso niño de cinco años, que, extenuado por las sangrías, perece el 8 de marzo. Su hermano menor, sin embargo, consigue salir indemne. Tiene solamente dos años, aún no ha sido destetado y apenas ha empezado a hablar.

El destino se desquita entonces del hombre. El Rey Cristianísimo tiembla: está viejo y no soporta la idea de morir sin herederos. Se dirige, pues, al duque de Anjou, convertido en soberano de España con el nombre de Felipe V; es su nieto, más aún, le debe la corona. Pero Felipe no acepta o, mejor dicho, rechaza abiertamente suceder a su abuelo y prefiere quedarse como soberano en su nueva patria, en Madrid.

Afligido por los duelos, encerrado en un mutismo inconsolable, a causa de una extraña represalia de la historia el Rey Cristianísimo se encuentra en la misma situación que Carlos II de España doce años antes: a la cabeza del más poderoso reino de Europa, pero sin herederos. Desde luego, no podía contar con su pequeño bisnieto, de sólo dos años, vulnerable a toda clase de enfermedades, para la perpetuación de la estirpe y la conservación del reino.

Luis tuvo suerte, aunque *post mortem*: el pequeño sobrevivió y lo sucedió con el nombre de Luis XV. Sin embargo su dinastía, los Borbones de Francia, se ha

extinguido (en la actualidad, los derechos dinásticos los reclaman los Orleáns). En cambio, la dinastía de los Borbones de España, descendiente del francés Felipe V, es hoy más fecunda y prolífica que nunca (Juan Carlos tiene dos hermanas y tres hijos).

Así pues, también la última predicción de Capitor se hizo realidad: Luis XIV, con el testamento falso de Carlos II, privó a la corona de España de su legítimo heredero, pero no previó que, en virtud de ese mismo testamento, la corona de España privaría después a Francia de los suyos. El 29 de julio de 1714, se cumple un gran temor del abate Melani: Luis XIV promulga un edicto con el cual abre la sucesión a los hijos bastardos. A partir de ese momento, como dice Atto, ya no solamente un hijo de reina, sino cualquiera, lo que se dice cualquiera, podría convertirse en rey. Y todo pueblerino se preguntará: ¿por qué no puedo ser yo? Un día llegará la guillotina para resolver la cuestión.

ATTO Y MARIA

El abate Melani estuvo realmente enamorado de Maria Mancini, incluso en su vejez y hasta su muerte. Siempre mantuvo con ella una intensa correspondencia, aunque nunca volvió a verla. Se enviaban frecuentes y valiosos regalos (como la piedra bezoar y la concha de las Indias de oro y plata), y Maria fue varias veces huésped en la finca pistoyesa de Atto; iba también a visitar a la familia de éste.

Estas relaciones, desconocidas hasta hoy, han sido descubiertas por los autores en la Biblioteca Marucelliana de Florencia, a la que el Ministerio de Cultura italiano ha destinado recientemente nueve volúmenes de la correspondencia de Atto Melani adquiridos por intermedio de un anticuario. Los numerosos biógrafos de Maria Mancini ignoraban dónde había pasado los últimos años de su vida. Las cartas de Atto Melani arrojan luz sobre este punto: demuestran que la condestablesa pasaba largas temporadas en Pistoya, en el palacio de Atto, y en verano, en su casa de campo.

Este amor eterno está también atestiguado en numerosas misivas que Atto dirigió primero a su hermano Jacinto, y luego al hijo de éste, Luigi, heredero de la familia Melani. En la última carta que el viejo castrado escribe a sus parientes el 27 de noviembre de 1713, un mes antes de su muerte, su amor por Maria aún lo hace suspirar (Biblioteca Marucelliana, Manuscritos Melani, 3, cc. 423-424):

> *Cuando leí vuestra carta del 4 del presente mes, tuve la sensación de soñar, sintiendo aún en Pistoya a la señora condestablesa…*

«Tuve la sensación de soñar…»: palabras conmovedoras e inesperadas en labios de un viejo de casi noventa años, en las postrimerías de su vida. Maria lo hace soñar hasta el final. Luego teme que su amada se haya aburrido durante su estancia en su palacio pistoyés:

… no sé cómo la habréis entretenido, salvo que ella haya aceptado la visita de las damas [las mujeres de la casa Melani] para jugar una partida de hombre.

Maria, que desde hace años deambula por Italia, va sobre todo a Toscana, muchas veces a la casa de Atto, mientras a éste lo retiene en Francia el Rey Sol, que niega reiteradamente al viejo abate el permiso para pasar una breve temporada en Pistoya. Atto ya no aguanta más ese suplicio y lo asalta el incontenible deseo de ver a su condestablesa. Aunque no le quedan fuerzas, decide entonces afrontar el viaje hasta Versalles al final del invierno para ir a suplicar personalmente al rey:

Rogad a Dios que pueda ir Versalles el próximo mes de abril, porque quiero obtener licencia del rey para ir allí, y que me dé permiso durante dos años.

El destino, sin embargo, le será adverso, y Atto no pasa siquiera de ese invierno. Muere en su casa de París en las primeras horas del 4 de enero de 1714.

Dos años antes, en una carta del 27 de junio de 1712 (Biblioteca Marucelliana, Manuscritos Melani, 3, cc. 407-408), encontramos a Maria en la casa de Atto, en la finca de Castel Nuovo, en la campiña pistoyesa. El abate octogenario no consigue ocultar toda la agitación que esa noticia le suscita y anuncia el envío de una espléndida bata a su amiga:

Me ha emocionado sobremanera saber que la señora condestablesa se ha dignado regresar a Pistoya y espero que, pese a los grandes calores que creo habéis tenido, haya disfrutado mucho de Castel Nuovo. El calor por estos pagos ha sido tan excesivo que el termómetro ha marcado más de 33 grados… En la primera ocasión que tenga, mandaré a la señora condestablesa una bata de tafetán ordinario, creada por la señora duquesa de Nevers y que ella misma me ha entregado, para que le sirva de modelo si le gusta esta moda.

La condestablesa debía de tratar mucho con los sobrinos de Atto: en una carta del 3 de mayo de 1712, el gran duque de Toscana Cósimo III escribe a Melani que Maria había ido a visitar al recién nacido sobrino nieto del abate (Archivo de Estado de Florencia, Mediceo del Principato, legajo 4813a):

Puedo deciros que la señora condestablesa, que se encuentra en esta ciudad [o sea, Florencia], me ha alabado mucho la bella casa, y villa, que tenéis en Pistoya, pero mucho más el hermoso nieto

que Dios ha dado a Vuestra Señoría, del que decía que parecía un pequeño Jesús de Luca.

En la misma correspondencia (Biblioteca Marucelliana, Manuscritos Melani, 3, cc. 148—149; 156—157; 192—193, respectivamente) aparecen, en fin, la piedra bezoar, útil contra los venenos, y la concha-pastillero de oro y plata: los dos regalos de Maria que Atto lleva consigo en la villa Spada:

París, 27 de diciembre de 1694

Madame Colonna me ha mandado una hermosa piedra bezoar oriental, que yo mismo le había pedido, contra las enfermedades con petequias que marcaban aquí los meses pasados.

París, 14 de febrero de 1695

Madame Colonna me ha mandado una piedra que le fue regalada a la reina madre. Es casi tan grande como un huevo de gallina y de valor incalculable, porque es auténtica piedra oriental, y todos los nuncios que vuelven de España tratan de conseguir una. Aquí también es muy apreciada contra las fiebres malignas porque provoca el sudor y actúa contra el veneno. Esta piedra se encuentra en el cuerpo de un animal y me han prometido un informe de sus propiedades.

París, 14 de enero de 1696

… pastillas de cidra. El marques Salviati me dio unas estos últimos días para guardarlas en una pequeña concha de oro y plata que procede de las Indias, hermosa y galante en grado sumo, que madame Colonna me ha enviado.

No volvieron a verse y, sin embargo, parecen una pareja que se ha mantenido muy unida toda la vida. El 11 de febrero de 1697, Atto escribe con orgullo que ha recibido un bastón muy caro y valioso, «regalo de madame Colonna, que pagó por él ochenta francos». La confianza que tiene en ella es absoluta: cuando Maria le aconseja remedios medicinales, el abate la cree tan firmemente que contradice a sus propios sobrinos (7 de diciembre de 1711).

CAPITOR, EL RETRATO CON EL PAPAGAYO

El Bastardo, en efecto, visitó París en marzo de 1659, llevando en su séquito a la loca Capitor. También es cierto que justo después Mazzarino cambió drásticamente de actitud con respecto a Luis y Maria e hizo cuanto pudo por separarlos. Nadie ha entendido nunca por qué.

La canción que Atto canta con Capitor en presencia de Mazzarino es *Pasacalle de la vida*, de autor anónimo, publicada en *Canzonette spirituali e morali*, Milán, 1677.

La Naturaleza muerta con globo y papagayo, del pintor flamenco Pieter Boel, que representa los tres regalos de Capitor, se conserva en Viena, en la Gemäldegalerie der Akademie für bildende Künste (inv.nr.757). Boel llevaba poco tiempo en París cuando Capitor pasó por la ciudad, y no debe sorprender que pudiera pintar los *cadeaux* destinados a Mazzarino. La descripción novelesca de las dos divinidades marinas que figuran en el plato y de sus piernas extrañamente cruzadas, que no parecen pertenecer ni a un busto ni al otro, es completamente fiel al cuadro (puede 716 verse en Internet, por ejemplo, en las páginas:

www.khm.at/stillleben/ausstellung/ziel/ausstellungKUENSTLER.html, http://idw-online.de/de/image5144.[12]

El otro retrato de los regalos de Capitor (que, según el relato de Atto, el Bastardo encargó antes de separarse de sus objetos) es un cuadro de Jan Davidszoon de Heem, que estuvo primero en la colección Koetser y ahora se conserva en el Kunsthaus de Zúrich. Es interesante señalar que en este segundo cuadro el globo celeste («hermano» del terrestre regalado a Mazzarino) y la copa con el pie en forma de centauro aparecen claramente, no así el motivo más importante: la mitad del plato de oro está tapada por un paño, de modo que se ven los caballos marinos que tiran del carro de Neptuno y Anfítitre, pero no las dos divinidades, que constituyen la parte más bella e interesante del plato. ¿Acaso se pretendía ocultar a ojos indiscretos el secreto del Tetráchion?

LOS PERSONAJES

La relación personal de Elpidio Benedetti y el abate Melani está asimismo bien demostrada. Benedetti fue efectivamente a Francia para visitar Vaux-le-Vicomte, el castillo de Nicolas Fouquet (cfr. D. di Castro Moscati, «L'abate Elpidio Benedetti», en *Antologia di Belle Arti*, nueva serie, números 33-34, 1988, pp. 78-95), como afirma Atto en la novela. En su testamento, Benedetti lega al abate «cuatro cuadros grandes ovalados de marinas, en sus marcos de nogal y oro, y otros dos redondos, uno de Galatea y el otro de una Europa, en sus marcos dorados, además de un pequeño cuadro de una coronación ideal del rey presente de Francia, de la época en que era niño, obra de Romanelli como los otros dos mencionados arriba, y un cofre de piedras duras […], con el ruego de que los acepte como pequeños recuerdos de mi agradecimiento por los muchos favores que me ha hecho durante mi larga estancia en

París» (Archivo de Estado de Roma, Trenta Notai Capitolini, of. 30, notario Thomas Octavianus, vol. 305, c. 479v).

Es más, Benedetti debía de estar unido a toda la familia Melani, dado que incluye en su testamento a otros dos hermanos de Atto. A Filippo le deja «dos pequeñas perspectivas del difunto Salvucci, en marcos árabes cos negros y dorados». Por su parte, Alessandro Melani recibe objetos que revelan un trato convival: además de «cuatro cabecitas de angelitos, muy bien hechas», Benedetti le lega una preciosa serie de instrumentos para mantener frío el vino, así como «copas y jícaras para chocolate».

Atto y Buvat fueron también amigos y colaboradores en la vida real. En sus memorias, Buvat confirma que el abate intentó convencer a sus superiores de que le aumentasen su magro sueldo. Sin embargo, como se desprende de sus quejumbrosas anotaciones manuscritas, dicho intento fue infructuoso («Mémoire-Journal de Jean Buvat», en *Revue des bibliothéques*, octubre-diciembre, 1900, pp. 235-236).

La Biblioteca Nacional de París conserva, además (Mss. Fr. n.a. 11220-11222), una colección de *Nouvelles à la main* de 1700 a 1721: noticias de política interior y exterior recopiladas por Atto (pero también por otros, ya que él murió en 1714) y redactadas en gran parte por Jean Buvat, como informa el catálogo de la biblioteca.

Por último, Jean Buvat es uno de los protagonistas de la novela de Dumas padre *El caballero de Harmental*.

También Sfasciamonti es un personaje de carne y hueso. El cronista romano del siglo XVIII Francesco Valesio (Diario di Roma, Milán, 1977, II (1702—1703), pp. 272—273) documenta la presencia del esbirro un par de años después de los sucesos novelescos, el 6 de septiembre de 1702, mientras ejecuta una medida digna de él: la incautación de la ropa de una prostituta. Sin embargo, al final fracasó en su propósito, pues él y otro esbirro tuvieron que salir huyendo de los guardias del conde Lamberg, que se arrogaba el derecho de franquicia (y la consiguiente prohibición de entrada de la policía) en el lugar donde Sfasciamonti estaba actuando. Al viejo guardián de la ley debió de afectarle algún nervio el tiro que le pegó Atto, aunque lo hiriera en el trasero: según Valesio, Sfasciamonti era cojo.

La reforma de la policía pontificia, propuesta por un tal monseñor Retti, como murmuran los dos prelados a los que el protagonista espía antes de que se sirva el chocolate y durante el juego de la gallina ciega, fue efectivamente contemplada en la época del papa Inocencio XI (cfr. G. Pisano, «I "birri" a Roma nel `600 ed un progetto di riforma del loro ordinamento sotto il pontificato d'Innocenzo XI», en *Roma - Rivista di studi e di vita romana*, X (1932), pp. 543—556).

Como tantas otras reformas inteligentes, nunca se llevó a cabo.

El Llaverista, cuyo verdadero nombre era Giuseppe Perti, es asimismo un personaje histórico (cfr. Valesio, I, 434). Su breve y agitada vida termina a las dos de

la tarde del 8 de julio de 1701: autor confeso de robos y homicidios, es ahorcado en el puente Sant'Angelo. Se comporta píamente ante la muerte; en sus últimos instantes se arrepiente y hace acto de contrición. Al llegar al patíbulo ruega al pueblo presente que diga una *salve regina* por su alma. Tenía veintidós años.

Igualmente verídicos (también en sus descripciones físicas y morales) son otros personajes como Corelli, Nicola Zabaglia y Von Lamberg (el temperamento ferviente e ingenuo de éste sale a relucir claramente en su citada *Relazione*, así como en sus juicios manuscritos sobre la curia romana, conservados en Viena en Haus-, Hof und Staatsarchiv, Botschaft Rom-Vatikan I, Nachlass Gallas; cfr. además G. Rill, «Die Staatsräson der Kurie im Urteil eines Neustoizisten (1706)», en *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs*, XIV (1961), pp. 317 y ss.).

Arcangelo Corelli publicó su folía en la *Opera V*, precisamente en el año 1700.

El holandés volante del Navío, Giovanni Henrico Albicastro, debía de amar especialmente Italia, pues eligió ser conocido con un seudónimo italiano (se llamaba en realidad Johann Heinrich von Weissenburg). Pese al minucioso estudio del profesor Rudolf Rasch, de la Universidad de Utrecht (a quien los autores quieren expresar aquí su agradecimiento por los datos que les ha aportado), su singular figura de violinista, compositor y soldado sigue en gran medida envuelta en el misterio. Vivió, aproximadamente, entre 1660 y 1730; de origen bávaro (hecho que tal vez explique su perfecto conocimiento de Sebastián Brant), sólo se sabe que era adolescente cuando llegó a Holanda, a Leiden, para combatir en la guerra de Sucesión española, como él mismo anuncia al final de la novela. Dejó numerosas composiciones (tríos, sonatas para instrumentos de cuerda, sonatas para violín, conciertos y cantatas), a las que sólo en las últimas décadas se ha prestado la atención que merecen.

La nave de los necios, de Sebastián Brant, es quizá el libro alemán que ha tenido más éxito a lo largo de los siglos. Publicado en Basilea en 1494 con motivo del carnaval, está ilustrado con xilografías de Alberto Durero.[13]

Todos los miembros del servicio de la casa Spada (don Paschatio, don Tibaldutio, los trinchantes, los cocheros, los marmitones) figuran, con nombres y apellidos, en los papeles de familia conservados en el fondo Spada-Veralli del Archivo de Estado de Roma.

Atto cuenta que al cardenal Spada le preocupa granjearse enemigos. Este apunte psicológico es veraz. Lo demuestran las numerosas cartas que Spada dirigió a sus parientes, conservadas en el fondo Spada-Veralli del Archivo de Estado de Roma.

EL BRAZO DE ATTO, LAS MUJERES DE AUXERRE Y LOS SECRETOS DEL CÓNCLAVE

Atto no falta a la verdad cuando dice que lo habían herido en el brazo once años antes, en 1689, en París. En el Archivo de Estado de Florencia (Mediceo del Principato, legajo 4802) se conserva, en efecto, una de sus cartas a Gondi, secretario del príncipe Cósimo III de Médicis, con fecha del 12 septiembre de 1689, en la que se lee:

> *Aunque dentro de seis días termina mi cuarentena, no dejo de estar incómodo por mi brazo y por mi hombro, y sin las continuas visitas que he recibido me habría muerto de melancolía y desesperación, porque si no hubiese sufrido este accidente habría ido a Roma con el duque de Chaulnes. Pero hágase siempre la voluntad de Dios y, mientras no me ocurran más desgracias en mi año climatérico, tendré ocasión de dar las gracias a Su Majestad, pues sobraban razones para que yo hubiese muerto en ese foso.*

Que el brazo herido fue el derecho se deduce del hecho de que las cartas anteriores no son de su puño y letra, señal de que el accidente le impidió usar la pluma (el abate no era zurdo) y de que por consiguiente tuvo que dictar las cartas a un copista.

El episodio sobre el paso de la corte por Auxerre, que Atto narra en la sexta jornada, también es real. Se encuentra en una carta de Melani a Gondi, también en el Archivo de Estado de Florencia (Mediceo del Principato, legajo 4802), fechada el 5 de julio de 1683:

> *La corte no ve la hora de regresar a Versalles, habiendo padecido enormemente en este viaje: M. de Louvois ha tenido unos dolores de barriga atroces, pero se ha aliviado con tres sangrías. Dicen que el rey ha adelgazado y que a todas las damas las ha descompuesto el sol. Cuentan que al pasar por Auxerre, donde las mujeres son sumamente hermosas, toda aquella gente llegó para ver a las personas regias y a las damas que estaban en el carruaje con la reina, las cuales asomaron la cabeza para ver a la gente que había por las calles y en las ventanas, y entonces el pueblo de Auxerre comenzó a decir: «Á qu'elle son laide, et qu'elle son laide» [¡sic!], lo que hizo reír a carcajadas al rey, que estuvo hablando de ello durante el resto del día.*

El tratado que Atto había escrito para el Rey Sol y que roban los cerretanos existe realmente. Los autores han descubierto el manuscrito en un archivo y ya lo han dado a la imprenta[14]. Su título es *Mémoires secrets contenant les evénements plus notables des quatre derniers conclaves, avec plusieurs remarques sur la cour de Rome*. Es un manual jugoso, rico en anécdotas y apuntes relativos a la corte romana, sobre el arte de influir con medios más o menos lícitos en la elección de los Papas para conseguir que salga el candidato más favorable a Francia y al Rey Cristianísimo.

Las reuniones de Albani, Spada y Spinola en la villa de Torre, hoy villa Abamelek, residencia del embajador ruso (cfr. el diario romano de Valesio, I, 26), son verídicas.

LOS CERRETANOS, LOS PEREGRINOS, LAS COMADRONAS

Las actas de los dos cerretanos a los que Sfasciamonti interroga en la novela con métodos no precisamente ortodoxos son reales. Los dos investigadores que tuvieron la suerte de verlas las han publicado (para el acta del Pelirrojo, cfr. A. Massoni, «Gli accattoni in Londra nel secolo XIX e in Roma nel secolo XVI», en *La Rassegna italiana*, Roma, 1882, pp. 20 y ss; para las dos actas, tanto la del Pelirrojo como la de Geronimo, cfr. M. Löpelmann, «Il dilettevole esamine de'Guidoni, Furfanti o Calchi, altramente detti Guitti, nelle carceri di Ponte Sisto di Roma nel 1598. Con la cognitione della lingua furbesca o zerga comune a tutti loro. Ein Beitrag zur Kenntnis der italienischen Gaunersprache im 16. Jahrhundert», en *Romanische Forschungen*, XXXIV (1913), pp. 653—664).

Según Massoni, la primera acta estaba en el Archivo Secreto del Vaticano, donde sin embargo no puede localizarse porque el autor omitió anotar la signatura de archivo. Por su parte, Löpelmann afirma que ambas actas se encontraban en la Biblioteca Real de Berlín con la signatura «ital. fol. 17. Fo 646r—659v» (al menos hasta la *tabula rasa* que hicieron de la ciudad los bombardeos aliados de 1945).

La jerga (o lengua de villanos, si se prefiere) no sólo ha existido, sino que tiene una larga tradición en todas las lenguas europeas. El elemental «treseado» (el idioma que se obtiene intercalando un «tres» entre las sílabas de una palabra, de donde el «tresmientrestes» que el narrador oye antes de caer en el carro de estiércol) siguen empleándolo con fluidez los vendedores del gran mercado romano de Porta Portese para decirse algo que no quieren que entiendan los clientes. El diccionario anónimo de jerga que consulta Buvat es el *Modo nuovo d'intendere la lingua zerga*, Ferrara, 1545.[15]

El discurso final del archimandrita mayor de los cerretanos fue transcrito y se conserva todavía hoy en la Biblioteca Ambrosiana de Milán (manuscrito A13 inf., atribuido a Jacopo Bonfadio).

Un curioso misterio sigue rodeando los orígenes de los cerretanos y sus relaciones con las autoridades eclesiásticas. Como revela don Tibaldutio al protagonista, a finales del siglo XIV los cerretanos gozaban de un permiso regular para pedir limosna en Cerreto, en beneficio de los hospitales de la Orden del Beato Antonio. Esta autorización, por proceder de las autoridades eclesiásticas, vendría a confirmar la activa tolerancia de éstas con el movimiento cerretano.

Si el dato fuese cierto, de algún modo debería constar en el estatuto de la ciudad de Cerreto, redactado en 1380, pero el documento se ha perdido. Existe una copia del siglo XVI. Sin embargo —como refiere don Tibaldutio—, precisamente la parte

correspondiente a la cuestación ha sido arrancada por manos desconocidas; basta ir al Archivo Municipal de Cerreto para comprobarlo personalmente.

Todas las tradiciones, ceremonias, costumbres y tretas de los cerretanos y otros grupos de mendigos[16] citados en la novela son auténticas hasta en los mínimos detalles (cfr., entre otros, el soberbio ensayo de P Camporesi, *Il libro dei vagabondi*, Turín, 1973). Para la Cofradía de Santa Isabel, cfr. C. J. Ribton-Turner, *A history of vagrants and vagrancy and beggars and begging*, [repr.] Montclair, Nueva Jersey, 1972.

Los trucos con el alcanfor de que Ugonio y los saqueadores de tumbas se valen para espantar a quienes se aventuran en su guarida, así como la teoría de los corpúsculos con que Atto trata de explicar las apariciones del Navío, pueden leerse en M. L. L. de Vallemont, *La phisique occulte*, París 1693, que cita Melani. Ahora bien, los autores confiesan que aún no han tenido el valor de probar los efectos de esos experimentos con el alcanfor.

Todas las anécdotas sobre el jubileo son completamente genuinas, incluidos los casos de peregrinos raptados y forzados a trabajar en el campo. También es del todo cierto lo que dice don Tibaldutio cuando diserta sobre la validez de la indulgencia jubilar (cfr., por ejemplo, E A. Zaccaria, *Dell'Anno Santo. Trattato storico, cerimoniale e polemico*, Roma, 1824).

En sus discursos de obstetricia y pediatría, Cloridia demuestra un profundo conocimiento del famoso tratado *La commare*, de Scipione Mercuri (Venecia, 1676), donde se encuentra también la leyenda de Gerión, rey de España con tres cabezas. Todos los casos de monstruos como el Tetráchion, de prodigios y de partos deformes son reales y pueden consultarse en U. Aldrovandi, *Monstrorum historia cum paralipomenis historiae omnium animalium*, Bolonia, 1642, y A. Paré, *Deux livres de chirurgie* (libro II, *Des monstres tant terrestres que marins avec leur portraits*), París, 1573.

EL MISTERIO DEL NAVÍO

A estas alturas el lector ya no tendrá siquiera necesidad de preguntarse por la existencia del Navío. Las ruinas de la villa Benedetta (como la llamó su fundador), que Elpidio Benedetti mandó construir en 1663, pueden verse aún en la colina del Janículo, cerca de la puerta San Pancrazio. Todas las descripciones que se hacen de la villa y el jardín, incluidas las paredes tapizadas de lemas y los espejos deformantes del pabellón de la terraza donde Atto y su amigo ven (o creen ver) el Tetráchion, siguen fielmente los testimonios históricos, sobre todo el librito, muy ilustrativo y con un extenso apartado de los dichos que figuraban en el Navío, que el propio

Benedetti publicó bajo seudónimo (*Villa Benedetta descritta da Matteo Mayer*, en Roma, por el Mascardi,1677; segunda edición con algunos añadidos de P. Erico, Augusta, 1694). Cualquier otro detalle sobre el Navío y Benedetti puede verificarse en el muy documentado estudio de Carla Benocci, *Villa Il Vascello*, Roma, 2003.

Como cuenta Atto, efectivamente Benedetti dejó en herencia la villa a Filippo Giuliano Mancini, duque de Nevers, hermano de Maria y sobrino de Mazzarino, quien sin embargo nunca vivió en ella; es más, ni siquiera llegó a verla, pues jamás volvió a Roma. Es imposible saber si la villa estaba habitada en 1700 o si realmente no residía nadie allí, por la sencilla razón de que en aquellos años se habían perdido los registros de la parroquia a la que pertenecía el Navío, S. Angelo alle Fornaci.

En la historia del edificio se ha señalado (cfr. la entrevista de A. Chiarle a Carla Benocci, «Villa del Vascello», en *Hiram*, 3/2002) la existencia de «anomalías» y «peculiaridades desconcertantes», como el propio perfil de barco, esencial en la simbología cristiana, sólo que la proa de la criatura de Benedetti apunta hacia el Vaticano. Además, la excesiva proliferación de referencias a la corte francesa «suena falsa, como una tapadera detrás de la cual se oculta una visión del mundo innovadora y profundamente ética». Asimismo, los espejos deformantes del pabellón en la terraza «constituyen un elemento inquietante, cuya función es la de suscitar asombro, pero también la de sugerir que la realidad tangible es algo engañoso, que esconde una realidad completamente distinta».

Los dichos y las sentencias que Atto y su joven amigo leen con franco interés proceden de varios textos, entre los que destaca *Il Principe Buono, ovvero le obbligazioni del Principato* (Roma, 1661), versión italiana de una obra de Armand de Bourbon, príncipe de Conti, que el propio Benedetti hizo traducir y publicar, en la cual se subrayan el fundamento religioso de todos los actos del príncipe y la necesidad de que éste cumpla las virtudes teologales y cardinales cristianas. Una visión innovadora, pues, y también radical, pero que no se aparta del surco de la moral cristiana.

Un conjunto de extraordinaria originalidad, baluarte de profundos contenidos morales, tal es la sensación que causa el Navío a los muchos viajeros que visitan Roma durante todo el siglo XVIII. La villa era una parada obligada, y en las guías turísticas de la época está catalogada como una auténtica joya equiparable a las más fastuosas mansiones patricias.

Pero todo tiene un final. En junio de 1849, durante los enfrentamientos de la República romana, Giuseppe Garibaldi y sus tropas se acuartelaron en el Navío, mientras que enfrente, en el Casino Corsini ai Quattro Venti, lo hicieron las milicias francesas llegadas para asediar Roma y devolvérsela al Papa. En la villa de Benedetti lucharon los nombres más significados del Risorgimento italiano, como Bixio, Mazzini, Saffi y Armellini, por mentar sólo algunos, además del mismo Garibaldi.

Muchos murieron, no sin el consuelo religioso del fraile Ugo Bassi. Entre ellos, Goffredo Mameli, de veintitrés años, autor del himno nacional de la futura Italia unida, que expiró entre los brazos de la célebre y patriótica princesa de Belgioioso. Los cañonazos duraron veintisiete días y toda la zona de la colina del Janículo fue devastada, incluidas la villa de Torre y la villa Spada. Ahora bien, huelga decir que las que sufrieron los mayores daños fueron las que tuvieron la desgracia de ser elegidas como cuarteles generales: el Navío quedó casi completamente destruido.

Tarde o temprano todas las villas fueron restauradas, reconstruidas o reformadas; no se abandonaron ni demolieron. Hete aquí la sorpresa: el Navío fue dejado a su suerte.

Los restos que quedan del Navío tras los cañonazos son muy singulares. Sigue en pie la planta baja, incluidos el mirador semicircular y el imponente costado oriental, que ha resistido hasta el segundo piso. Así, en la loma donde se recortaba majestuosa la villa de Benedetti hay ahora una ruina tan afilada y descollante que se ve desde varios kilómetros de distancia. En todos los rincones de la colina brillan al sol los restos de colores de los frescos y las decoraciones murales. La ruina se convirtió rápidamente en uno de los temas preferidos de los paisajistas de la época.

Una vez expulsados los hombres del Risorgimento y devuelta Roma al Papa, los franceses hacen un cálculo de los daños. Los saqueos de los soldados, reconocen, han destruido lo que se había salvado de los cañonazos. Presupuesto estimado para la reconstrucción: veinte mil escudos, dos terceras partes de cuyo monto los franceses aceptan honestamente pagar en desagravio por sus errores. Sin embargo, por motivos misteriosos, no se hace nada. Se suceden varios dueños, pero la política no cambia y la villa se mantiene como simple viñedo.

Al unirse Roma a Italia en 1870, se enaltece el Navío como «lugar de los heroísmos». En 1876, el rey Víctor Manuel II otorgó al general Giacomo Medici (su primer ayudante de campo en los enfrentamientos de 1849) el título de marqués del Navío. Al año siguiente el general compró la villa, pero no tocó un solo ladrillo; es más, parece que mandó derribar lo que quedaba de la primera y la segunda plantas.

En 1897 el rey Umberto I y la reina Margarita visitan el Navío, que es exaltado como memoria histórica del Risorgimento italiano. Sin embargo, no se dice nada sobre su restauración.

El asunto resulta aún más llamativo si se tiene en cuenta, como acota Benocci en su libro, que el debate cultural sobre la reconstrucción del Navío se había extendido al ámbito internacional hacía ya varias décadas y que en él intervinieron muchas figuras destacadas como el poeta inglés John Ruskin y los arquitectos Eugéne Viollet-Le-Duc y Camillo Boito. Eso no es todo. Entre 1857 y 1859 se restauró cuidadosamente el ex cuartel general francés situado justo enfrente del Navío: el Casino Corsini ai Quattro Venti, una villa espléndida, pero muy inferior a la criatura

de Benedetti por su valor intrínseco y originalidad.

En 1897 Medici amplía el parque del Navío comprando una propiedad colindante, donde además hace construir nuevas dependencias. No falta, pues, dinero, pero no se invierte en el edificio del siglo XVII, que es abandonado e incluso demolido trozo a trozo. ¿No se trataba del «lugar de los heroísmos», que había tenido el honor de alojar a Garibaldi y Mazzini? Al soldado y patriota Medici (que ha puesto las ruinas del Navío en su escudo nobiliario) eso parece traerle sin cuidado.

Hoy, de todo el grandioso edificio sólo se conserva una parte de las paredes de la planta baja, donde se ha hecho un apartamento de alquiler. Los dueños son los marqueses Pallavicini Medici del Navío, herederos de Giacomo Medici.

El abandono secular y pertinaz del Navío (pese a sus frescos de enorme valor, como la *Aurora*, de Pietro da Cortona) y su renacimiento frustrado siguen esperando explicaciones. «Parece una *damnatio memoriae*», afirma Benocci. Una condena al olvido, ¿por qué? ¿Será porque la inquietante fama del Navío, que era «lugar de heterodoxia en el siglo XVII y de revolucionarios garibaldinos en el XIX», como afirma la estudiosa, «sigue dando miedo al cabo de dos siglos»?

¿Es el Navío un lugar esotérico? Es inevitable preguntarse si el teatro de las peripecias de Atto y su amigo no será realmente la cuna electiva de los espíritus del pasado, de las imágenes de lo que debería haber sido y no fue…

Algo podrían saber sus moradores, pero el apartamento de la primera planta lleva mucho tiempo vacío. Su último inquilino, un conocido hombre de negocios, ha muerto. El sino del Navío parece el de estar deshabitado.

El jardín se ha dividido en dos. Una mitad abarca aún las ruinas del edificio. La otra, en cambio, incluida la entrada original de la villa, pertenece al palacete del siglo XIX que el general Medici mandó construir después de la destrucción del Navío. Es la sede (¿coincidencia?) de una conocida organización, de nombre algo complicado, que seguramente no es ajena al esoterismo: la Obediencia Masónica del Gran Oriente de Italia del Palacio Giustiniani (via di Porta S. Pancrazio, nº 8), a la que los autores quieren agradecer que los hayan guiado amablemente por el interior de la villa y les hayan enseñado el mismo panorama del Vaticano que antaño se disfrutaba desde el Navío.

LA VILLA SPADA

La villa Spada aún existe. También quedó devastada por los enfrentamientos de 1849, pero después se reconstruyó. Hoy alberga la embajada de Irlanda ante la Santa Sede (via G. Medici, nº 1). Con exquisita solicitud, la embajadora, Fiamma Davenport, guió personalmente a los autores durante toda una tarde por el interior de

la villa y su parque. Lamentablemente éste es hoy mucho menor a causa de las salvajes parcelaciones de terreno que en los insensatos años sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado (y todavía hoy en algunos países) arrasaron en toda Europa parte de lo que milagrosamente se había salvado de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

La descripción del palacio Spada, situado en la piazza Capodiferro, y de sus interiores (en especial, la famosa galería de perspectivas de Borromini y la sala del cuadrante catóptrico) no tiene nada de inventado. El cardenal Fabrizio Spada mandó hacer realmente obras de restauración para la boda. Hoy el palacio es la sede del Consejo de Estado y pueden visitarse algunos de sus salones.

La colección de curiosidades de Virgilio Spada aún se conserva en la Biblioteca Vallicelliana de Roma, en el oratorio de los padres de San Felipe. Por desgracia, fue saqueada en el siglo XIX por las tropas napoleónicas y sólo queda una parte mínima de la colección, de escaso valor. Se ignora qué contenía originalmente, pues con el saqueo se perdieron también los inventarios.

La boda de Clemente Spada y Maria Pulcheria Rocci se celebró efectivamente el 9 de julio de 1700. La descripción de las decoraciones efímeras y de los adornos florales de la villa Spada, los menús de los banquetes, las escenas de la boda, el sermón nupcial de don Tibaldutio y hasta Tranquillo Romaúli (abuelo y homónimo del maestro florista de la villa Spada) figuran en los muchos tratados y diarios de la época. Un ejemplo: F Posterla, *Memorie istoriche del presente anno di Giubileo* MDCC, Roma, 1700-1701.

En crónicas y documentos de la época constan los chismes, los rumores y las polémicas sobre los que se departe durante las cenas y los refrigerios en la villa Spada. Los cardenales, los nobles, los embajadores, su aspecto físico, sus manías y sus tics son auténticos (lo mismo que la amistad o enemistad que existe entre ellos). Por ejemplo, Atto no miente cuando se precia de ser amigo del cardenal Delfino, del cardenal Buonvisi o del embajador veneciano Erizzo.

Delfino fue asiduo corresponsal de Atto y también un valioso informador suyo. En una colección privada romana se conserva un conjunto de cartas que Delfino envió durante largos años al abate Melani. En París hay pistas de la relación entre ambos en los Archives des Affaires Étrangéres, Correspondance Politique, Rome, supl.10 - Lettres de l'abbé Melani, c. 70 y ss. (carta de Delfino despachada en Roma el 3 de abril de 1700, en la que cuenta, entre otras cosas, sus maniobras para conseguir que Ottoboni defienda los intereses de Francia en el próximo cónclave).

También con Gerolamo Buonvisi y con su sobrino Francesco, ambos cardenales, se carteó Atto semanalmente durante cuarenta años. Asimismo Melani, como él mismo cuenta, obtuvo el título de patricio veneciano por los servicios que había prestado en Francia a la República de Venecia a petición de Erizzo.

Los juegos y pasatiempos organizados para la fiesta de la villa Spada se encuentran en los muchos manuales de la época, así como los fragmentos de conversación sobre el empleo de bracos, los huevos de pájaros o la caza con halcón. Valga un ejemplo por todos: los artificios y entretenimientos venatorios que describe el boloñés Giuseppe Maria Mitelli (*La caccia giocosa*, Bolonia, 1684).

El entremés de Epifanio Gizzi, *Amor, premio de la constancia*, al que asisten los invitados de la fiesta de la villa Spada, fue impreso en Roma en 1699.

LA BOLA SAGRADA

Hoy no se podría subir a la cumbre de San Pedro igual que en la novela. En efecto, en el tramo final se ha colocado una escalera de hierro que permite «salvar» las gradas de la parte final que hay en el extremo de la crujía, entre los dos muros de la cúpula, gradas difíciles para quienes no sean buenos escaladores. Además, desde los años cincuenta del siglo pasado está prohibida la entrada a la esfera: sólo pueden acceder a ella los *sampietrini*. Sin embargo, el común de los mortales no tiene nada que lamentar, pues antes de esa fecha sólo estaban autorizados a visitar la esfera los miembros de la alta aristocracia.

Podemos consolarnos llegando a pie (es mejor renunciar al ascensor, merece la pena) a la terraza situada debajo: el panorama que se contempla desde allí es impresionante. Además, cabe llegar hasta la esfera con la imaginación gracias a un artículo de Rodolfo de Mattei («Ascesa alla "palla"», en *Ecclesia*, nº 3, marzo de 1957, pp. 130—135), que enumera a los ilustres visitantes del pasado (entre ellos, Goethe y Chateubriand) y da algunos detalles de la construcción.

Por último, cualquiera de los *sampietrini* puede aún describirnos la gran esfera de bronce y sus cuatro enormes claraboyas, una por cada punto cardinal, a través de las cuales se filtra el primer rayo de sol al alba. Por que los *sampietrini* siguen subiendo a la esfera, y todavía más arriba. Atados a cables y ganchos, y arriesgando la vida, trepan primero a la esfera y luego a la gran cruz que la corona para reemplazar periódicamente una pequeña vara de hierro, auténtica cima de toda la basílica: el pararrayos.

Notas

[1] Oficial inferior de justicia. (Nota digitalización) <<

[2]«Si una saeta punzante
de una mirada brillante
la razón me hirió,
si en pena de amor
se desgarra mi corazón
de noche y de día…» <<

[3] «Si un rostro divino
esta alma robó,
si el amar es destino
¡que resista quien pueda!» <<

[4] Locución latina que indica la aceptación contra la propia voluntad (Nota digitalización) <<

[5] Animal quimérico, compuesto de macho cabrío y ciervo. (Nota digitalización) <<

[6] Tribunal de la curia romana por donde se despachaban diversos asuntos, como provisiones de beneficios, pensiones, dispensas matrimoniales, etc. (Nota digitalización) <<

[7] Literalmente «rompemontes» <<

[8] Canturía, canto monótono <<

[9] «Puntas de hierro, espantosas, erizadas y terribles, se aprestan a elevarse entre vos y yo. Las lágrimas y los sollozos hacen temblar mi mano. Mi imaginación se ofusca, ya no puedo escribir. No sé lo que digo. Adiós, señor, la poca vida que me queda no se sostendrá sino con recuerdos. ¡Oh, deliciosos recuerdos! ¿Qué haré yo de vos, qué haréis vos de mí? Pierdo la razón. Adiós, señor, por última vez.» <<

[10] En español en el original. (N. del T.) <<

[11] Célebre estatua en las inmediaciones de la piazza Navona, donde desde hace siglos se pegan sátiras anónimas sobre los poderosos. (N. del T.) <<

[12] El primer enlace parece no estar activo. El segundo enlace no es el que figura en el texto, sino una redirección del enlace original en el que se puede observar el cuadro de referencia (Nota digitalización) <<

[13] La única traducción al español de *La nave de los necios* es de Antonio Regales Serna (Akal, Madrid, 1998). (N. del T.) <<

[14] *Los secretos del cónclave*, edición a cargo de Monaldi & Sorti, Salamandra, Barcelona, 2005. <<

[15] Para la traducción española se han buscado equivalentes en obras como *Vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades, Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, *La Celestina*, de Fernando de Rojas, *El buscón*, de Francisco de Quevedo, *Rinconete y Cortadillo*, *El coloquio de los perros* y *El casamiento engañoso*, de Miguel de Cervantes. Asimismo, ha sido de gran utilidad el *Tesoro de villanos*, de María Inés Chamorro, Herder, Barcelona, 2002. (N. del T.) <<

[16] Sobre los nombres dados a los grupos de mendigos en la traducción, valga lo dicho en la nota anterior. (N. del T.) <<